HISTORIA DEL
Análisis económico

JOSEPH A. SCHUMPETER

HISTORIA DEL ANÁLISIS ECONÓMICO

POR

JOSEPH A. SCHUMPETER

EDITADO DEL MANUSCRITO POR

ELIZABETH BOODY SCHUMPETER

Y CON UNA INTRODUCCIÓN DE

MARK PERLMAN

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1954 por Allen & Unwin Ltd

Contenido

Introducción de Mark Perlman [1]

Como veremos, hay muchas cosas en este libro que son redundantes, irrelevantes, crípticas, fuertemente sesgadas, paradójicas o inútiles o incluso perjudiciales para la comprensión. Dejado todo esto, queda todavía lo suficiente para constituir, por amplio margen, la contribución más constructiva, original, docta y brillante a la historia de las fases analíticas de nuestra disciplina que jamás se haya visto. hecho. (Viner 1954, págs. 894-5).

I - Poniendo a Schumpeter y las historias del pensamiento económico en perspectiva

1.1 Schumpeter era un hombre de muchos intereses y talentos. Más allá de eso, tenía, ciertamente cuando era joven, ambiciones monumentales. No conviene en este ensayo dedicar mucho espacio al viaje de su vida; afortunadamente, ahora hay disponibles no sólo los esclarecedores memoriales de 1950 de sus colegas, en particular el de Gottfried Haberler, [2] una enorme y magnífica pieza de erudición bibliográfica sobre lo que escribió, quién escribió sobre él y con quién estuvo más comparado con frecuencia por Massimo M. Augello (1990), [3] pero también tres biografías recientes (1991) y seguramente importantes del hombre. *Schumpeter, A Biography* by Richard Swedberg contiene una evaluación académica particularmente cuidadosamente equilibrada de los cuatro o cinco esfuerzos principales de Schumpeter, así como un relato general intrigante de los tiempos y entornos en los que vivió. Swedberg discute *ad seriatim* las diversas décadas de la vida y obra de Schumpeter, y si intenta explicar al hombre, lo hace sólo por inferencia.

La segunda biografía es diferente. *Abriendo puertas: La vida y obra de Joseph Schumpeter* de Robert Loring Allen tiene más de las características de *The Life of Samuel Johnson, LL.D* de James Boswell . o el *Diario de* Samuel Pepys (1815). Beneficiando enormemente de la masiva, académica, incluso intimidante [4] tarea de descifrar los diarios personales de Schumpeter llevadas a cabo por la señora Erica Mattschnigg Gershenkron, [5] Allen interpreta los materiales a menudo elípticas, si no realmente oscurecer,. A diferencia de Swedberg (un sociólogo), Allen (un economista) fue un estudiante de Schumpeter muy impresionado, incluso abrumado. Allen documenta mucho de lo que Swedberg no pudo hacer más que inferir.

La tercera biografía, *Joseph Schumpeter: erudito, maestro y político* de Edward März, un historiador marxista vienés, evita no solo la discusión de Schumpeter, el individuo idiosincrásico, sino virtualmente toda mención de los intereses histórico-culturales-epistemológicos de Schumpeter. El esfuerzo de März es encajar a Schumpeter en las filas de los marxistas de los últimos días, un esfuerzo interesante pero que apenas guarda relación con lo que nos interesa. Por esa razón, lo que sigue se basa en gran medida en los memoriales y los otros dos estudios.

1.2 Creo que los esfuerzos intelectuales de Schumpeter se centraron en cinco (posiblemente cuatro y medio) proyectos importantes. Yo clasificaría el primer esfuerzo (incluyendo tres libros) como al menos dos proyectos importantes, uno que involucra la naturaleza de la teoría económica y la ciencia económica y el otro se concentra en la naturaleza y fuentes del desarrollo económico. El primero surgió en 1908 *Das Wesen und der Hauptinhalt der teoretischen Nationalökonomie* (*La naturaleza y esencia de la economía teórica*) y, en menor grado, en *Der Dogmen- und Methodengeschichte de* 1914 (

Método económico y doctrina: un bosquejo histórico); [6] el segundo en la *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung de* 1911 (*La teoría del desarrollo económico*).

Su siguiente (yo lo llamaría el tercer) gran esfuerzo implicó un libro sobre el dinero (escrito en parte pero nunca publicado por él, aunque apareció en 1970 como *Das Wesen des Geldes* [7]) y sus *Business Cycles de* 1939 en dos volúmenes . Este esfuerzo generalmente infructuoso fue paralelo al fallido *Tratado sobre el dinero de* Maynard Keynes de 1930 y su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero de* 1936, que tuvo un éxito total .

Schumpeter no pensó que su *Capitalismo, socialismo y democracia* fuera un gran esfuerzo; de hecho, "a menudo lo llamaba un" caldero de olla " " (Allen, 1992, II, p. 133). Otros no han compartido esa evaluación, y bien puede denominarse Esfuerzo 'Tres y medio' o incluso Cuatro.

Su quinto esfuerzo implicó su interpretación de la filiación de ideas en el desarrollo de la teoría económica. Este esfuerzo surgió inicialmente con su *Epochen der Dogmen — und Methodengeschichte de* 1914 (traducido más tarde como *Economic Doctrine and Method: An Historical Sketch*) y quedó inconcluso cuando murió, pero el esbozo del corpus apareció como *Historia del análisis económico* (1954). También incluiría en este quinto esfuerzo otra colección póstuma, *Diez grandes economistas* (1954), que contiene refinados ensayos.

1.3 La inconclusa *Historia del Análisis Económico* (HEA) es la parte más significativa del quinto y último de los grandes proyectos de Schumpeter. Para algunos, su desarrollo representa las sombrías reflexiones de un erudito mayor, amargado por tragedias personales, profesionales y de carácter. Para otros, es el gran *tour d'horizon* profesional *por* excelencia, aunque incompleto, del más destacado visionario de la economía profesional académica del siglo XX. Y para otros, es el compendio de nombres y títulos más sabio jamás publicado en inglés (y posiblemente en todos los demás idiomas) en la larga historia de la disciplina.

1.4 En el pasado ha habido muchos tratamientos de la historia de la disciplina empleados como explicaciones del desarrollo de la teoría económica. De hecho, una forma de explicar el surgimiento de la hegemonía virtual smithiana y ricardiana fue simplemente relatar cómo Smith fusionó escritos anteriores, rechazó algunos y canonizó otros. Ricardo, refiriéndose a la obra maestra de economía de Smith de 1776, [8] ofreció un tipo de razonamiento más estricto y, por lo tanto, parecía que la economía clásica se ensambló, si no que realmente nació. [9] El 'registro de nacimiento' oficial, visto por los británicos, fue sin duda alguna *The Literature of Political Economy* (1840) de John Ramsay McCulloch , así como se podría decir de *Histoire de l'économie politique en Europe* de Jérôme-Adolphe Blanqui [10] (1838) haber sido una afirmación francesa incluso anterior, por supuesto, lo que hace que la de McCulloch sea una garantía, si es menor, un pariente o simplemente un Pretendiente.

También hay un linaje alemán. Wilhelm Georg Friedrich Roscher publicó por primera vez su *Geschichte der Englishen Volkswirtshaftslehre* (1851) y luego en 1874 su *Geschichte der Nationalökonomie in Deutchsland* , y su alumno Gyula Kautz, publicado en 1860 *Die Geschichtliche Entwicklung der Nationalökonomie und Ihrer Literatur* . Se podría continuar, pero basta con indicar que no sólo Marx trató la historia de la economía en *Das Kapital* (particularmente en el Volumen Uno, 1867) sino que el objeto del desprecio marxista, Eugen Karl Dühring, publicó una *Kritische Geschichte der Nationalökonomie und der* positivista . *Sozialismus* en 1871. Desde un punto de vista más "moderno", me siento tentado a señalar en primer lugar la decisión de William Stanley Jevons de encargar una traducción de *Guido allo Studio dell'Economia Politica* (1875) de Luigi Cossa como

nuestra "piedra angular". Cossa estaba tan complacido con la solicitud de Jevons que amplió y reescribió parcialmente su primera edición para esa traducción. Así fue como la segunda edición de 1876 con un prefacio de Jevons (¡y no publicada en italiano hasta el año siguiente, 1877!) Se convirtió en el modelo para muchos de los textos de historia analítica de la economía que siguieron. 11

Hasta que apareció la *Historia del análisis económico de* Schumpeter de 1954 , los estudiantes de posgrado en economía estadounidenses (y presumiblemente británicos) generalmente se referían a varios `` viejos recursos ": la extraña mezcla de Eric Roll de pro y luego a-marxista (para acuñar un neologismo) *A History of Economic Thought* (en particular las ediciones 2 [1946] y 3ra [1954] posteriores a la Segunda Guerra Mundial) y Charles Gide y Charles Rist *Una historia de las doctrinas económicas desde la época de los fisiócratas hasta la actualidad* (traducida al inglés en 1948 de los varios [2ª, 6ª y 7ª] ediciones en francés). Más recientemente, es decir, en los últimos 20 años, la *teoría económica en retrospectiva de* Mark Blaug y *The New Palgrave* han sido las principales autoridades para los estudiantes de posgrado. Para los estudiantes de licenciatura en economía, estaba el excelentemente compuesto *The Development of Economic Doctrine: An Introductory Survey* (1931) de Alexander Gray y *The Growth of Economic Thought* (1971) de Henry W. Spiegel . Los estudiosos más avanzados se basaron en monografías sobre escritores, escuelas, períodos y subconjuntos del tema (por ejemplo, teoría monetaria, etc.). Sin embargo, nada de lo anterior es, desde mi punto de vista, magistral, ninguno intenta sintetizar una visión. Desde la aparición de *History of Economic Analysis* han aparecido otras dos obras particularmente autorizadas: *Types of Economic Theory: From Mercantilism to Institutionalism, de* Wesley Clair Mitchell, editado por Joseph Dorfman (1967, 1969) 12 y *A History of Economic Reasoning* (1983) de Karl Pribram.). Ninguno de los dos intentó sintetizar una visión, aunque cada uno buscó presentar un tema organizador, en sí mismo una interpretación "whiggish" (yo no consideraría tales interpretaciones como visiones). Compararé sus enfoques principales a continuación.

Lo más importante de la *Historia del análisis económico de* Schumpeter es su impacto en la profesión. Inacabado y publicado con lagunas evidentes e identificadas, no puede servir como una buena guía de referencia. Sin embargo, regularmente se hace referencia a él. ¿Por qué? Aunque me extenderé sobre este punto más adelante, permítanme decir aquí solo que ofrece una visión compleja pero no del todo idiosincrásica de la economía.

Schumpeter conocía fuentes continentales, con las que la mayoría de británicos —y estadounidenses— y, a menudo, imaginativamente. Sobre todo, escapó de las limitaciones habituales de haber sido educado dentro de los límites del utilitarismo británico, y aunque durante gran parte de su vida aparentemente tuvo una debilidad por la superioridad sin esfuerzo del caballero erudito inglés, fue en el sentido importante un forastero intelectualmente magníficamente equipado.

1.5 En resumen, entonces, la importancia del libro es que da una visión del desarrollo de la disciplina económica, una visión creada por un 'forastero' inusualmente bien leído (desde el punto de vista de la mayoría de los economistas profesionales formados en Gran Bretaña y Estados Unidos).) en un momento en que rechazó la compañía más profesional y fue impulsado por una ambición personal ética de trabajo para completar un esfuerzo monumental para explicar la relación entre lo que él llamó la ciencia económica y no solo otras ciencias, sino también otros estudios sociales y disciplinas filosóficas. Defecto por su incompletitud (debido a la muerte repentina del autor), no hay, sin embargo, nada parecido en el idioma inglés; e incluso cuando uno se dirige a otras culturas, no ha aparecido nada

que tenga su atractivo, si no su alcance. Sobre todo, es el producto de una mente imaginativa amargada por una Guerra Mundial en la que su país adoptivo, quizás engañado por una penumbra cultural anglosajona omnipresente (que llegó a despreciar), aparentemente estaba luchando contra el enemigo equivocado. El libro representa un desafío (tal vez si se hubiera terminado habría sido un rechazo) a la forma en que los economistas angloamericanos estaban acostumbrados a verse a sí mismos y su oficio.

II - La parte del libro en la vida de Schumpeter

2.1 Me parece que el motivo por el que Schumpeter se comprometió a escribir *Der Dogmen — und Methodengeschichte de* 1914 es menos misterioso que la inclinación de su contenido. En ese momento era un hombre joven, percibido tanto por el mundo como por él mismo como un *niño prodigio* . También formaba parte de su juicio, quizás, de su presunción, que quería trazar un esquema para la comprensión del desarrollo de la disciplina económica, tanto como ciencia como practicada como arte. De tono asertivo, refleja una confianza intelectual que hasta ahora no había sido esencialmente afectada por ningún fracaso profesional serio. Pero, si Schumpeter estaba ileso, ciertamente era consciente de que otros lo habían hecho. De ellos, según Swedberg (1991, págs. 91-3), estaba muy preocupado por las opiniones de Max Weber, cuyos esfuerzos por combinar una ciencia teórica de la economía demasiado abstracta con una historia comparativamente demasiado detallada de acontecimientos y políticas habían resultó en una nueva "disciplina", - *Sozialökonomie* .

La oportunidad llegó para complacerlo en forma de una solicitud del propio Weber para preparar una historia del tema de la teoría económica. Weber estaba emprendiendo la organización y publicación de un manual colectivo deliberadamente importante, *Grundriss der Sozialökonomie* . Los otros autores seleccionados fueron dos eminentes eruditos mayores, Karl Bücher y Friedrich von Wieser. Su presencia, más su propio deseo de congraciarse con Weber [13] , sin duda afectó la retórica en el libro. Y aunque conserva una tolerancia nominal para una especie de enfoque histórico, me parece claro que esto fue una concesión a los sentimientos de Weber y fue más una cortesía que una opinión completamente sincera. En ese momento, Schumpeter solía apostar por la teoría abstracta.

Este libro anterior no se tradujo al inglés hasta después de la muerte de Schumpeter, pero para la mayor parte de la historia de los *aficionados a la* economía del período de entreguerras, su existencia y (para aquellos que sabían leer alemán, su contenido) aseguraron a Schumpeter un grado extra de profesionalidad. en pie. Sin embargo, el propio Schumpeter parece haberlo considerado como una prueba de un producto sin terminar. Las limitaciones de espacio no permiten detenerse mucho en su contenido (cf. Perlman, 1982), pero en el momento en que lo escribió tenía la intención de (1) establecer una distinción entre economía científica y economía política; (2) mostrando cómo la economía clásica británica estaba dando paso a "escuelas de pensamiento económico"; (3) indicando que el futuro del análisis económico está en la tradición del análisis de equilibrio general walrasiano, aunque en una "forma dinámica más que estática"; y (4) insistir en que la filiación de ideas, así como la política económica, descansaban mejor en las mentes y manos de una élite cultural desinteresada.

2.2 En la década de 1940, Schumpeter se distanció de muchos de sus colegas de Harvard. Se cree popularmente que esta brecha se produjo debido a la Segunda Guerra Mundial y la alianza entre las democracias occidentales y la Unión Soviética de Stalin. Más de cincuenta años después del evento, es difícil reconstruir los muchos sentimientos que influyen en la situación. Loring Allen sugiere que la

alienación puede haber tenido una fuente anterior en la ambivalencia de Schumpeter con respecto al antisemitismo y los nazis; pero muchos de los juicios de Allen me parecen fáciles y demasiado fáciles de basar tanto en rumores como en evaluaciones *post hoc, ergo propter hoc* . Pero, cualquiera que sea la causa, Schumpeter se retiró de Cambridge y se concentró en reformular sus ideas sobre el desarrollo histórico de la disciplina. Cuando terminó la guerra, Schumpeter resurgió de su capullo, pero nunca fue la oruga, y mucho menos la mariposa, lo había sido de joven. Escribió brillantes ensayos sobre Irving Fisher y Maynard Keynes; ambos fueron publicados póstumamente en *Ten Great Economists* (TGE), superando su análisis en el *HEA* . Se desempeñó como presidente de la Asociación Económica Estadounidense en 1948 y, en esa capacidad, pronunció un discurso sobre "Ciencia e ideología". Más concretamente, se le pidió que pronunciara, *entre otras cosas* , un elogio de Wesley Clair Mitchell justo después de la muerte de este último (en 1950). Fue una actuación extraña e idiosincrásica pero, para que conste, el ensayo escrito, terminado justo antes de la muerte del propio Schumpeter, aunque efusivo también es sabio. La *Historia del Análisis Económico* parece haber sido en gran parte el producto de los amargos años que llevaron a la Guerra y durante ella. Swedberg relata cómo Schumpeter propuso el volumen a la Oxford University Press, y desde el principio fue concebido como una visión, un tratamiento masivo del surgimiento de la disciplina científica. Pero, como muchas últimas grandes obras de artistas y otros escritores, parece haber sido maldecido por una estrella malvada. Lo escrito lo hizo un autor deprimido. Estaba inacabado cuando murió, y su devota estudiante y tercera esposa, Elizabeth Boody Schumpeter, que había sacado del caos el orden que había habido durante los años desde alrededor de 1938 en adelante, trató de pulir el manuscrito lo mejor que pudo e integrarlo. cuanto más se pueda.

La tarea fue sumamente difícil. El método de escritura de Schumpeter estaba desordenado. Los fragmentos importantes y las piezas grandes se encontraron en tres estudios diferentes, y no siempre estaba claro cuál se había escrito primero y cuál después. Mucho se escribió en una arcaica taquigrafía alemana. Sin embargo, perseveró.

Pero la maldición de la estrella malvada sobre el proyecto también la siguió. Sufrió una enfermedad maligna durante los meses en que pudo trabajar en el libro y murió mucho antes de que saliera a la luz. Varios colegas de Harvard hicieron lo que pudieron para completar su tarea, pero los comités rara vez pueden hacerlo tan bien como un solo individuo y, como he indicado, el conocimiento de Elizabeth Schumpeter sobre la visión, seguramente mayor que el de cualquier otra persona, fue mucho mayor que el de ellos.

Elizabeth Schumpeter también propuso la impresión de una colección de sus ensayos esencialmente obituarios sobre economistas clave, ensayos que se desarrollaron desde 1914 hasta no menos de quince días antes de su muerte. Su selección (*TGE*) combina un juicio sobre el gusto del mercado (que puede explicar el extenso ensayo sobre Marx que viene primero) y uno que refleja la consideración de Schumpeter por la eminencia de los diez 'grandes' (Marx, Walras, Carl Menger, Marshall, Pareto, von Böhm-Bawerk, Taussig, Fisher, Mitchell y Keynes) más tres breves piezas adjuntas sobre Knapp, von Wieser y von Bortkiewicz.

Me parece digno de mención a *Diez grandes economistas* , sobre todo por su extenso análisis del trabajo de Pareto. Es canónico que Schumpeter pensara que Walras era el mayor economista en la historia de la profesión. Sugiero que también vale la pena considerar una visión menos convencional. Al final admiró a Pareto tanto o más. Como mínimo, Pareto era el San Pablo mundano para el Jesús

espiritual de Walras.

III - Cómo está organizado el libro

3.1 En el *HEA* Schumpeter se propone explicar cómo se debe percibir la disciplina. La Parte I (3,7 por ciento de las páginas), como me parece, es la más importante. En su estudio de 1914, *Der Dogmen — und Methodengeschichte* , que durante mucho tiempo se basó en la organización consciente de sí misma, [14] los temas de Schumpeter implican una distinción entre la `` ciencia '' (por ejemplo, la economía científica) y los programas económico-políticos (economía política), y contrastan los roles desempeñados por "administradores consultores" desinteresados a diferencia de los panfletistas venales (cf. Perlman, 1983). El viejo Schumpeter se propuso en la *HEA* hacer algo mucho más sofisticado. Trató de explicar la economía en términos de la dinámica de la sociología del conocimiento en lugar de bajo la rúbrica más habitual, la epistemología clásica. Creo que su exposición posiblemente habría sido pedagógicamente más fácil si hubiera optado por vincular sus pensamientos al *Trattato di Sociologia Generale de* Pareto , con su distinción entre sistemas racionales y no racionales. Pero sus objetivos relacionados con la teoría como un medio para comprender los significados humanos eran similares y Schumpeter, al explicar en última instancia lo que dio forma a la economía (y por economía se refería claramente a la teorización económica), afirmó de manera bastante llana que primero había que conocer la historia económica [15] y la presentación estadística y análisis. [16] Teniendo en cuenta esos antecedentes, uno estaba listo para estudiar teoría. Schumpeter se esforzó en explicar que gran parte de la escritura que pasaba por teoría era irrelevante e incluso irrelevante; Los teóricos envenenaron su propio pozo haciendo condenas tontas de detalles empíricos y afirmaciones extravagantes relacionadas con su propio progreso y destreza. Muchos teóricos ignoraban intencionadamente el hecho de que los mejores teóricos (como Newton) se mostraban escépticos (con razón) de ser clasificados por los teóricos como teóricos.

No obstante, la regla general de Schumpeter era que las reglas abstractas debían derivarse y luego contrastarse con los datos observados. Aunque se refiere a Marshall como un líder en la práctica de la `` economía científica '' (1954, p. 21), también es aún más cierto que Schumpeter aborrecía la tendencia de Marshall y los Marshallianos a inclinar su análisis en nombre de ideologías tales como libre comercio, utilitarismo, etc.

En un sentido significativo, la Parte I de la *Historia del análisis económico* parece haber sido presentada como una contribución importante. Sin embargo, al estar inacabado, adolece de graves omisiones. Lo que Schumpeter tenía que decir sobre su bugaboo, la ideología, y su Vellocino de oro, una economía científica, se puede inferir de la versión escrita de su Discurso presidencial de 1948. Pero lo que había querido decir sobre su *comprensión* del significado de la *Sozialökonomie* de Weber no está adecuadamente especificado, y en su consciente evitación del sistema sociológico de Pareto (como veremos más adelante, su largo ensayo sobre Pareto fue escrito durante los últimos meses de su vida) sus opiniones me quedan, al menos, en el aire.

3.2 La Parte II refleja las mayores fortalezas relativas de Schumpeter. Involucra aproximadamente una cuarta parte de las páginas del libro, y retoma *ad seriatim* primero las contribuciones fundamentales contrastantes de Platón y Aristóteles y la asombrosa falta de material analítico asociado con la Roma republicana e imperial antes de pasar a un espléndido estudio de la ley cristiana y natural. escritores. El tercer capítulo de esta parte es una repetición de su tema de 1914 sobre

los administradores consultores y los panfletistas: los primeros buscaban a tientas una visión y los segundos una recompensa. Su trato con Smith es perspicaz pero, no obstante, severo. La alabanza, tal como la dio en este capítulo a los ingleses, estaba reservada para Josiah Child.

El cuarto capítulo tiene un tono más generoso; en él se hace evidente la identificación de Schumpeter de las cualidades del héroe. Lo que más le impresionó fue la capacidad del héroe para construir un sistema original en lugar de simplemente introducir un mecanismo de pensamiento. Tomando a William Petty y sus asociados, Boisguillebert, Cantillon, Quesnay y sus asociados, y Turgot, Schumpeter, el primer presidente de la Econometric [17] Society, finalmente agregó (en lápiz) el nombre de Turgot al título original de un capítulo, *The Econometricians* .

Siguen tres capítulos enfocados en temas y subtemas específicos; baste aquí enumerar sólo los temas: (5) Población, Rendimientos, Salarios y Empleo; (6) Valor y dinero, y (7) La literatura 'mercantilista'. Contienen mucha información informativa: nombres, títulos, fechas y, sobre todo, el rastreo de la filiación de ideas, pero en su mayoría son descriptivos. Schumpeter, naturalmente, "calificó" los nombres; entre los que obtuvieron "primeros" o "segundos muy altos" estaban Botero, Serra y Misselden, Steuart y quizás Hume. Para muchos, lo más útil de esta parte es la integración de nombres continentales (con lo que para muchos lectores se limita al inglés) los nombres británicos.

3.3 La Parte III cubre la economía entre 1790 y 1870. Los tres capítulos iniciales cubren el plan del análisis, una vista panorámica de la historia económica del período y un estudio maravilloso de los conjuntos de ideas dominantes de esa época. Una vez más, Schumpeter "revisa las tropas" (su frase) e identifica a sus héroes, incluidos Longfield y von Thünen, Cournot, JS Mill, Say y Sismondi. Schumpeter luego dedica la mayor parte del capítulo (5) a JS Mill. En el capítulo 6, Schumpeter sintetiza la economía clásica británica, utilizando los cuatro postulados de Senior (maximización racional, la ley de Malthus, rendimientos decrecientes en la agricultura y rendimientos crecientes en la industria) como un punto de referencia conveniente o punto de partida intelectual. A partir de ahí continúa en la integración del pensamiento ricardiano y marxista, la Ley de Mercados de Say y la preocupación por la producción y la distribución. Tanto el capítulo 6 como su secuela (7), 'Money, Credit, and Cycles' están orientados a la experiencia en inglés.

El tratamiento de Schumpeter del utilitarismo británico merece una mención específica. Acepta su centralidad en el desarrollo del sistema clásico británico, pero no acepta su validez. En consecuencia, no debería sorprendernos que ni Mandeville [18] ni Bentham tengan una tableta, y mucho menos un memorial, en su Panteón.

3.4 Mientras que se necesitaron tres capítulos de aproximadamente 84 páginas en la Parte III para presentar el trasfondo intelectual (la sociología de las ideas) para el período de 1790 a 1870, se necesitaron cuatro capítulos pero menos páginas (alrededor de 74) para introducir el trasfondo intelectual del período. 'De 1870 a 1914 y posteriores' en la Parte IV. Aun así, esta Parte es la que ofrece un alcance geográfico completo. Retomando los desarrollos teóricos en Gran Bretaña (se concentra mucho más en Marshall que en Jevons o Edgeworth), Francia, Alemania y Austria, Italia, los Países Bajos y Escandinavia, los Estados Unidos y finalmente en el 'marxismo' (si no una tierra, ciertamente una 'nube' en sí misma), prepara el escenario para lo que realmente quiere discutir. El capítulo 6 trata del sistema marshalliano; el capítulo 7 trata sobre la evolución del análisis del equilibrio (el equilibrio parcial se considera el producto de Cournot y Marshall; el equilibrio general, aunque estático, es principalmente el producto de Walras). El Capítulo 8 aborda las aplicaciones como se ve en

el tratamiento de Dinero, Crédito y Ciclos.

Schumpeter menciona con entusiasmo a su colega Haberler, y con menos entusiasmo a su contemporáneo Maynard Keynes. [19] Bates Clark y Wesley Clair Mitchell [20] reciben poca atención. [21] Irving Fisher (en resumen) es tratado con entusiasmo calificado y con cierta extensión, aunque limitada. [22] En cambio, se propone glorificar a Walras y, como mencioné anteriormente y mencionaré nuevamente a continuación, evitó la mayor parte, pero no toda, la discusión extensa sobre Pareto. Como Schumpeter era un hombre difícilmente consumido por la modestia, falsa o no, es desconcertante por qué no mencionó ninguna de sus propias contribuciones; quizás eso debía dejarse para el final. A mi juicio, la Parte 4 —porque iba a sentar las bases para comprender el significado del análisis dinámico del equilibrio general— necesitaba mucho más trabajo. Supongo que, dado el tiempo, Schumpeter podría haber expandido y mejorado enormemente su exposición. Pero también creo que, dado el estado de las matemáticas durante el período anterior a 1960 y su propia renuencia a involucrarse en más estudios en matemáticas, esta sección estaba destinada a haber sido limitada.

3.5 La Parte V iba a ser "Un bosquejo de desarrollos modernos". Cuando se dejó el manuscrito, tenía una declaración truncada de su plan, una comparación del enfoque marshalliano-wickselliano (un análisis de equilibrio esencialmente parcial), una discusión de la 'economía totalitaria' (Alemania, Italia y Rusia), algunas reflexiones sobre investigación sobre la dinámica y el ciclo económico, y una evaluación ligeramente pulida del impacto de Keynes en la profesión. [23] Esta parte, claramente destinada a ser en última instancia sólo un "boceto", está demasiado inconclusa para interesar a nadie más que a los interesados únicamente en dibujos muy preliminares.

IV - Las reacciones a las tesis del libro

4.0 La aparición del libro unos cuatro años después de la muerte de Schumpeter puede haber afectado su recepción, pero sabemos con certeza que produjo una serie de ensayos de reseñas de libros inusualmente largos. Prácticamente todo el mundo lo consideró monumental, en su propósito, si no en su presentación. La mayoría, pero no todas, [24] de las principales revistas lo revisaron, por lo general eligiendo a un académico bien establecido [25] para evaluar la visión de Schumpeter de lo que debería ser una evaluación masiva del desarrollo de la economía. La mayoría de los revisores no dudaron en evaluarlo con relativa pasión: las críticas aparecieron en su mayor parte mucho después de la muerte de Schumpeter y el libro se consideró tan importante que no se prestó atención a la regla del *nil nisi bonum* . En pocas palabras, todos los revisores quedaron impresionados en algunos sentidos, incluso asombrados, por la visión y el enorme detalle (por imperfecto que quedara). Pero muchos de los críticos se sintieron desanimados por los evidentes juicios anti-británicos (generalmente significando anti-utilitarismo) de Schumpeter. La mayoría de los críticos se tragaron con fuerza el elogio de sus héroes continentales, pero la mayoría de ellos, al carecer de su familiaridad de primera mano con los textos, no estaban en una posición fuerte para quejarse. Un crítico, Ronald Meek (1957), lo criticó por simplificar demasiado, y de hecho deformar, el concepto marxista de la naturaleza institucional de la creación de valores sociales (costumbres sociales).

4.1 La reseña de George Stigler en el *Journal of Political Economy* fue inusual en el sentido de que desde el principio se preguntó por qué alguien debería querer 'escribir en tal escala' (p. 344). Si bien Stigler expresó su asombro por la obvia erudición de Schumpeter, también pensó que muchas de las generalizaciones derivadas de Schumpeter (por ejemplo, los economistas tardan en adoptar nuevas

ideas) estaban claramente equivocadas (*ibid.*). Encontró la exposición tan truncada que a menudo no podía entender realmente lo que Schumpeter tenía en mente. [26] Sus críticas estaban aún más dirigidas a la visión que a la ejecución. Pero, Stigler también elogió poco a Schumpeter:

Hay esplendor en el desprecio de Schumpeter por aquellos que explican y valoran las teorías por los motivos venales que sus autores posiblemente alimentaron. Hay una caballerosidad intelectual en sus intentos de divorciar la calidad de los análisis de las políticas con las que estaban casados. Hay magnanimidad y generosidad en el tratamiento de casi todos los economistas menores y, por supuesto, estos son los que necesitan ese tratamiento. Y hay ingenio. . . . (pág.345)

4.2 Otro economista de Chicago, Frank Knight (él mismo no es un historiador mezquino del pensamiento económico) tuvo lo que me parece una de las críticas más mordaces del libro. Aunque terminó su extenso ensayo con una especie de disculpa de 'si los gatos pueden mirar a los reyes', su revisión, que aparece en el *Southern Economic Journal* , fue claramente una advertencia por varios motivos. Se cuidó de notar que si Schumpeter estaba dispuesto a comenzar con los babilonios, aunque solo con una breve referencia, seguramente debería haber podido hacer algunas, aunque limitadas, referencias a fuentes indias (y presumiblemente a otras asiáticas) también. El punto de Knight era que el libro de Schumpeter se limitaba al pensamiento económico occidental, pero que incluso allí, Schumpeter no pasó una prueba real.

Como muchos otros, Knight notó el sentimiento anti-británico en la mentalidad de Schumpeter. Sin embargo, a diferencia de todos los demás, notó fuertemente el claro descuido de Schumpeter del impacto protestante (y explícitamente del Antiguo Testamento) en el pensamiento económico. Desconfiaba explícitamente del sentido de adoración al héroe de Schumpeter (Schumpeter calificaba a los individuos en escalas de originalidad y dotación personal), por supuesto, sin cualidades morales personales. Knight eligió suavizar esa crítica agregando la paradoja de que si tuviera que confiar en los juicios de alguien, el de Schumpeter habría estado entre los más confiables.

Lo más interesante para mí, sin embargo, fue la observación de Knight relacionada con la apreciación limitada de Schumpeter del hecho de que diferentes sociedades tenían diferentes "funciones de utilidad" (para emplear un neologismo aceptado). El individualismo surge tarde en el juego histórico. Y:

Las ideas primitivas estaban necesariamente orientadas al *orden* , no a la libertad y al progreso. Pero en condiciones primitivas, las actividades del prestamista (incluso del comerciante) pueden ser profundamente perturbadoras, desastrosas. Y la sociedad medieval tenía poderosas "razones" adicionales en una teoría de la sociedad centrada en la "salvación", que se lograría mediante un credo y ritual ortodoxos bajo la custodia de una autoridad absoluta encomendada por Dios. (p. 267, énfasis en el original)

4.3 Tres escritores ingleses trataron de enfocar sus juicios anti-británicos y sus implicaciones. Me dirijo primero a IMD Little, luego a Lionel Robbins y finalmente a Mark Blaug, cuya evaluación del libro es probablemente la más cuidadosamente razonada.

Si bien el interés principal de Little parece residir en criticar el malestar de Schumpeter con la economía del bienestar, pensé que su crítica más fuerte estaba reservada para el descuido prácticamente total de Schumpeter de la influencia de Thomas Hobbes en lo que vino después. Little cree que Hobbes (y yo comparto este punto de vista) ofreció a los economistas junto con otros el problema paradigmático; los esfuerzos de la mayoría de los teóricos ingleses buscaban negar o resolver ese

problema. De Hobbes vienen las corrientes de pensamiento que emergen como individualismo, empirismo y, finalmente, utilitarismo. Pero, como la interpretación de Schumpeter no enfatiza la conexión con Hobbes, Schumpeter tendría poca o ninguna razón para emplear a Hobbes como la bisagra entre las tradiciones medievales y lo que tiendo a llamar lo moderno.

Lionel Robbins primero se esmeró en indicar cuán maravillosamente preparado había estado Schumpeter por sus conexiones y entrenamiento en Viena (luego bañado por el sol intelectual) para emprender la tarea de escribir un libro masivo (demasiado masivo, en opinión de Robbins (Robbins, 1955, p. 4)) tratado sobre todo el tema de la economía. Después de las habituales reverencias en dirección a alguna regla personal *nil nisi bonum* , Robbins se puso manos a la obra.

Robbins, como Schumpeter, era un hombre de gran cultura, gran lectura y muchas amistades. A diferencia de Schumpeter, Robbins prácticamente no albergaba simpatías religiosas. En cambio, era un inglés de sentido común con fe en la perfectibilidad del hombre a través del estudio y el uso de la razón; en resumen, abrazó el utilitarismo británico, algo que Schumpeter no aceptaba ni como filosofía viable ni, menos aún, como sustituto de las convicciones religiosas. Por lo tanto, gran parte de la erudición de Schumpeter, basada en un sofisticado catolicismo continental, no solo dejó a Robbins frío, sino que claramente no le prestó atención.

En general, Robbins pensó que el prejuicio de Schumpeter contra la economía clásica reflejaba los sentimientos de alguien fuera de la tradición utilitarista "verdadera". Robbins escribió que la percepción de Schumpeter de la influencia del utilitarismo de Bentham y James Mills estaba distorsionada; la mayoría de los escritores ingleses eran más equilibrados en sus suposiciones sobre el significado y las consecuencias de esa doctrina.

Sin embargo, es cuando Robbins se propone demoler el sistema de escalamiento de clasificaciones de héroes de Schumpeter cuando anota sus verdaderos éxitos. El enfoque de Robbins es atacar *primero* la validez textual de las afirmaciones de Schumpeter (1) del lugar de Smith en el esquema de las cosas, (2) de la influencia de Ricardo, (3) de las habilidades analíticas de Cournot, y (4) de los escritos y la influencia de Marshall, y *segundo* para demostrar que el tratamiento que Schumpeter dio a Walras fue sesgado en la otra dirección. Schumpeter, según Robbins, claramente no aplicó el mismo rigor al evaluar a Walras como lo hizo en otros lugares (Robbins 1955, págs. 4-5).

Claramente, lo que Robbins descartó fue el esquema schumpeteriano básico, que separó lo que fue antes de la economía de la escuela clásica británica, dándole a la primera la división entre verdaderos filósofos / teólogos y meros panfletistas. La principal víctima fue la reputación de Adam Smith: en contra de filósofos / teólogos como Platón, Aristóteles y Aquino, Smith se convierte en una pequeña patata. La implicación de Schumpeter (en realidad nunca se dijo) de que Ricardo tenía una buena parte del panfleto en sus escritos, tendió a denigrar aún más su opinión sobre la majestuosidad de la contribución británica. Pero sería un error concluir que al reflexivo Robbins no le impresionó lo que Schumpeter tenía que decir en 400 páginas sobre la tradición clásica británica.

Robbins elogió el tratamiento de la economía por parte de Schumpeter desde 1870, pero señaló de manera bastante mordaz que, en contraste con la regla de Schumpeter, los escritores individuales, no las escuelas de pensamiento, son los que deben ser juzgados. Es en este sentido que Robbins pensó que Schumpeter claramente subestimó a Marshall y trató con desprecio una supuesta negligencia por parte de Marshall de Jevons, de von Thünen y de Cournot y Dupuit. Pensó que el tratamiento que Schumpeter dio a Walras estaba diseñado para protegerse tanto a él como a Walras de

las críticas de que Edgeworth y Marshall eran los mejores de Walras tanto en lo que respecta a la visión como a los detalles técnicos. 27

Si bien Robbins decidió terminar su ensayo con una reminiscencia pastoral de su último encuentro con Schumpeter, lo importante es el ataque de un inglés contra alguien que pudo haber sido un anglófilo en su juventud (antes de la Primera Guerra Mundial), pero que fue muy diferente en su madurez y vejez. 28

Algo más tarde, Mark Blaug iba a plantear esta línea de crítica de otra manera, pero con mucha más precisión y claramente más mordaz. En su autorizada declaración-con-libro de texto (1962, etc.), Blaug toma la mayoría de las afirmaciones de Schumpeter sobre lo que se propuso hacer y luego las compara con lo que realmente hizo. Por supuesto, sucedió lo mismo con Schumpeter que con muchos otros: el alcance era mayor que el agarre. Más importante aún, Blaug golpeó la creencia de Schumpeter de que la ideología podría separarse de la ciencia. Pero el golpe de Blaug, a diferencia del de Ronald Meek (al que llegaremos en breve), no fue dirigido con la idea de que las direcciones de uno estén determinadas por el entorno de uno; más bien, donde Schumpeter afirmó que en la elaboración de la teoría, particularmente cuando se trataba de la observación fáctica estadística, uno podía despojar a la ciencia de los propios compromisos ideológicos, Blaug afirma que el despojo ocurre cuando uno ve los resultados de las verdaderas aplicaciones científicas sólo después de probar los constructos en diferentes condiciones. Blaug, algo así como un popperiano, también tiene algo de lógico; y entre los dos, Blaug modela su vara de medir. Blaug, como Schumpeter, no sufre de duda observable; no obstante, a mi juicio, ofrece, dispersos a lo largo de su libro, los análisis más penetrantes y detallados del tratado de Schumpeter.

4.4 Otro ataque crítico vino, como era de esperar, desde la esquina marxista, en la persona de Ronald Meek. Publicado en el *Scottish Journal of Political Economy* en 1957, el ensayo de Meek, 'Is Economics Biased? Una visión herética de una tesis principal en la *historia* de Schumpeter , 'ataca frontalmente el problema de Schumpeter de separar ciencia e ideología, y al hacerlo se dirige a la espinosa cuestión de si la filiación de ideas conduce invariablemente al progreso. Meek comprende la fascinación de Schumpeter por el marxismo, pero insiste en que estaba tan dotado de un disgusto visceral por Marx que Schumpeter se volvió poco confiable al hacer sus juicios. Marx había argumentado que la economía estaba progresando científicamente hasta la década de 1830 y luego se lanzó con una patada burguesa.

Los marxistas argumentan, escribe Meek, que durante la fase patrístico-escolástica los escritos tendían a identificar cuáles deberían ser los precios; durante la fase neoescolástico-mercantilista los escritos tendían a explicar por qué las cosas se vendían a los precios que lo hacían, y en la etapa clásica los escritos tendían a identificar el equilibrio competitivo y la cantidad de fuerza de trabajo consumida en la fabricación de bienes. Schumpeter, por el contrario, pensaba que los escritores patrístico-escolásticos habían desarrollado una teoría de la utilidad y la escasez. Lo que surgió después contenía muchos desvíos y un claro error.

El argumento de Meek se aprecia más claramente cuando se trata de la consideración del análisis marginal, algo que Schumpeter pensaba que era ciencia real e ideológicamente neutral. Meek piensa que el análisis marginal refleja el nexo entre los hombres (los productores) y los bienes, mientras que el análisis clásico anterior reflejaba el nexo entre los hombres (los trabajadores) y los propietarios. En consecuencia, no hubo gran avance con el advenimiento del análisis marginal; en todo caso,

condujo al examen de cosas distintas de las importantes, a saber, las relaciones sociales y el proceso de producción.

4.5 Habiendo expuesto así varias líneas de crítica al libro de Schumpeter, permítanme pasar a una de las reseñas más magistrales, la de Jacob Viner, que destaca las virtudes de la obra:

Es cuando Schumpeter trata con autores cuya calidad analítica califica muy alto y cuyo análisis económico constituye un sistema complejo y coordinado que eleva a su nivel más alto en su libro. Sus informes de estos sistemas son magníficas hazañas de resumen. Además, al delinear el marco analítico de estos sistemas, pone claramente de manifiesto la plenitud de sus logros y nos permite leer a estos autores en lo sucesivo con una comprensión y una apreciación más profundas. Son las partes sustanciales del libro las que dedica a la exposición, valoración y elogio del análisis económico de Cantillon, Quesnay, Marx, Jevons, Menger y Böhm-Bawerk, Cournot y Walras, y con menos entusiasmo, Adam Smith, Marshall. y Fisher, que constituyen su contribución más valiosa. *En ningún otro lugar, creo, en la literatura de nuestra disciplina, se puede encontrar, dentro de limitaciones comparables de espacio, una exposición tan brillante y modesta de un economista, él mismo un maestro, de los logros analíticos de otros economistas* . (p. 899, énfasis agregado).

Lo anterior no se presenta como si Viner no tuviera desacuerdos importantes, los cuales se presentan de manera lógica y completa. Todavía encuentro el caso de Viner contra el tratamiento de Ricardo por parte de Schumpeter el mejor hasta ahora.

4.6 Las limitaciones de espacio impiden más que la más mínima referencia a la revisión generalmente elogiosa de OH Taylor (el colega de Schumpeter que había enseñado regularmente la Historia del Pensamiento Económico en Harvard) en la *Review of Economics and Statistics* , o al ensayo crítico y elogioso de GB Richardson en el *Oxford Economic Papers* , o de un ensayo de revisión general de 1956 (que también contiene otros libros) de VW Bladen en el *Canadian Journal of Economics and Political Science* .

Sin embargo, me queda informar solo una crítica adicional, que se encuentra en la biografía de Arnold Heertje sobre Schumpeter en *The New Palgrave* .

Al leer a Schumpeter, uno se da cuenta de que su importancia duradera proviene de la descripción histórica y el análisis teórico no matemático. Su incapacidad para plasmar sus ideas sobre el desarrollo de la vida económica en una forma matemática puede eventualmente cambiar nuestra evaluación de él. Pero cualquiera que sea la evaluación final de Schumpeter, no se puede negar que dio una nueva dirección al desarrollo de la ciencia económica al plantear algunas preguntas completamente nuevas. La preocupación de Schumpeter por la dinámica de la vida económica rompió el hechizo del enfoque estático de los problemas económicos.

A lo largo de su vida, Schumpeter fue un *enfant terrible* , que siempre estuvo dispuesto a tomar posiciones extremas por el bien de la discusión y, a menudo, aprovechó la oportunidad para irritar a la gente. Pero también fue un gigante sobre cuyos hombros se posaron muchos estudiosos posteriores que contribuyeron a la ciencia económica. Como economista, ya no está a la sombra de Keynes, sino en el centro del escenario económico, tanto en el sentido teórico como empírico. (Heertje, 1987, pág. 266).

V - Mi evaluación del libro

5.1 En mi opinión, lo que es sobresaliente en este trabajo es, en primer lugar, el alcance de la

visión de Schumpeter y, en segundo lugar, la evidencia de la amplitud de la ejecución. Creo que desde su publicación han aparecido dos, quizás tres, otros libros que ofrecen una visión de alcance comparable (pero no necesariamente igual). Son obras de Ben B. Seligman (1962), Wesley Clair Mitchell (1967, 1969) y Karl Pribram (1983). Los dos últimos también se publicaron póstumamente, pero el material en el que se basaron era más completo que en este caso.

5.2 El libro de Seligman estudia la historia de la economía desde el punto de vista de un énfasis creciente en la técnica analítica (es decir, generalmente geométrica y algebraica). Como estudio, creo que refleja una consternación (tal vez incluso una desilusión) sobre las direcciones que ha tomado la economía, particularmente desde la influencia dominante de *The Foundations of Economic Analysis* de 1947 de Paul A. Samuelson . Es un libro legible, pero su visión es estrechamente reactiva, y creo que la mera mención de él es suficiente para nuestros propósitos.

5.3 El estudio de Mitchell, *Tipos de teoría económica: del mercantilismo al institucionalismo* , por otro lado, es magistral. En su forma, es una transcripción bien revisada de la transcripción taquigráfica de un estudiante de varios conjuntos de notas de lectura de Mitchell por Joseph Dorfman, el destacado historiador de la economía estadounidense. El enfoque de Mitchell, reducido aquí casi al punto de la trivialidad, es una interpretación de cómo el pensamiento económico reflejó la adaptación de la sociedad principalmente a los fenómenos de la industrialización moderna (post-revolución industrial) y la vida urbana industrializada moderna. [30] La teoría económica, en el juicio maduro y meditado de Mitchell, era esencialmente un conjunto de explicaciones un tanto idiosincrásicas de un grupo de economistas brillantes que buscaban explicar en términos familiares a ellos mismos los fenómenos empíricos asociados con los procesos sociales antes mencionados. Al igual que Schumpeter, la teoría del pensamiento de Mitchell trataba de significados, generalmente de fenómenos observables.

5.4 Creo que el libro de Pribram, *Historia del razonamiento económico* , es otro ejemplo de interpretación magistral. El planteamiento de Pribram, reducido también a algo cercano a la trivialidad, es que desde la época de Platón hasta la actualidad, la economía, como tipo de pensamiento, ha buscado armonizar dos métodos bastante opuestos, el *priorismo* y el empirismo. Tal fue el problema al que se enfrentó Aristóteles al contemplar las *esencias* de Platón ; tal era el problema que enfrenta el franciscano Roger Bacon, [31] para hacer frente a los dominicos y lo que más tarde se convirtió en la influencia cartesiana; tal fue la división entre los kantianos y los hegelianos del siglo XIX, la división entre los comunistas y los fascistas durante la década de 1930, y tal ha sido la división entre los internacionalistas (los Free Traders estadounidenses posteriores a la Segunda Guerra Mundial) y los autárquicos. nacionalistas '(es decir, los británicos de influencia keynesiana).

5.5 Lo que Schumpeter ofreció en la *Historia del análisis económico* , de nuevo reducido a algo que se aproxima a la trivialidad, es la opinión de que comprender los fenómenos económicos, después de abstraer lo que se entiende de las preferencias ideológicas, depende en gran parte de los métodos epistemológicos que se emplean, pero de estos métodos tiene su propia experiencia histórico-sociológica. Llegó, particularmente en sus últimos años, a la opinión de que uno tiene que apreciar la forma en que lo que se toma prestado afecta lo que se tiene. Como interpreto este punto, mi ejemplo es que al emplear el cálculo, los economistas tomaron prestado un método originalmente diseñado para la mecánica física, y que la fascinación de la disciplina física por explicar el equilibrio de fuerzas se tradujo en economía en una fascinación por un equilibrio estático, no en todo apto para un proceso que

era esencialmente biológico, orgánico y en constante mutación. [32] Cuando Schumpeter escribió sobre el equilibrio general dinámico, tenía en mente algo muy diferente de un vellocino de oro «newtoniano». Pribram, también educado en la Universidad de Viena (fue el asistente principal de von Wieser), como Schumpeter, expresó la opinión de que la economía británica y estadounidense estaba seriamente limitada por la influencia del utilitarismo benthamita.

5.6 Llego ahora a mi propia crítica principal de lo que Schumpeter nos ofreció, a saber, su visión. La lectura cuidadosa de Blaug de lo que Schumpeter prometió y lo que entregó muestra que no eran lo mismo. Consulta, si uno es el más importante que el otro, ¿es la entrega *necesariamente* la base para la evaluación final? Si es así, entonces uno no comprende el lugar único de las visiones. Pero, ¿sirve cualquier sueño? ¡No es probable! Lo que coloca el sueño de Schumpeter por encima del de los demás es la multiplicidad y complejidad de sus partes.

Pero, asumiendo que Schumpeter buscaba ofrecer una visión, ¿cómo se puede juzgar su visión? Hayek, en cierto sentido un producto del mismo molde del *Gymnasium* vienés que produjo Schumpeter, ofrece el comienzo de una comparación interesante y una crítica definitiva.

Hayek llegó a abrazar el complejo paradigma del individualismo-utilitarismo. En consecuencia, si hubiera escrito sobre la visión de Schumpeter, probablemente habría dicho (sin duda cortésmente) que Schumpeter estaba equivocado.

Pero el entusiasmo de Hayek por el paradigma del individualismo-utilitarismo, enfatizando en su economía la centralidad de Mandeville (Hayek, 1967a), Smith, JS Mill y la libertad personal, me trae a la mente la cuestión de varios paradigmas alternativos posibles. Menciono sólo tres: la centralidad de la escasez, la centralidad de la incertidumbre y la centralidad de los imperativos morales esenciales (es decir, estables) (es decir, valores).

Como hemos visto, Schumpeter rechazó el paradigma del individualismo-utilitarismo (y la libertad personal). No consideró seriamente el paradigma de la incertidumbre. Pero, en ausencia de cualquier otra especificación, me parece que estaba buscando a tientas algún paradigma de moral social fundamental. Se desvió fácilmente y dedicó demasiado esfuerzo a denunciar la ideología (aunque nunca denunció la teología).

Ronald Meek señaló en su interpretación marxista que antes de la tradición clásica, la economía se ocupaba de cuestiones sociales (con lo que sospecho que podría haber querido decir imperativos estables) [33] como la relación entre los trabajadores y sus señores. Continuó diciendo que durante el período clásico ese interés paradigmático se alejó de una discusión históricamente apropiada sobre clases, personas y organización social a un nexo históricamente inapropiado entre productores y bienes. Mi sugerencia es que la visión que Schumpeter realmente buscaba era una que involucraba algo parecido a un paradigma teológico: integrar valores fundamentales, inalterables, éticos y sociales y el funcionamiento dinámico de una economía evolutiva.

Por valores humanos y sociales fundamentales me refiero a un sistema verdadero, absoluto, exógeno al tiempo y al lugar. Fue por esta razón que gran parte del interés de Schumpeter se centró en los escritores medievales y la Ley Natural, pero su propio matrimonio después de su divorcio lo alejó de la religión de sus antepasados. Loring Allen afirma que si bien Schumpeter parecía creer que las creencias religiosas *convencionales* eran para los mortales inferiores a él, se volvió cada vez más místico a medida que envejecía, hasta el punto de escribir y hablar con su madre muerta y su segunda

esposa muerta (Allen, 1991 , I, págs. 223-7; II 58-9). Mi propia evaluación difiere de la de Allen, quien, como muchos científicos modernos, ofrece sus discusiones y juicios sobre los conceptos de religión y religiosidad en planos estrechos, algo formalistas e institucionalizados. Schumpeter, en mi opinión, tenía una fuerte naturaleza religiosa, aunque no clasificada entre las religiones "organizadas en marcha". Su segundo matrimonio después de un divorcio puede haberlo dejado fuera del rebaño católico romano, pero su devoción por las almas de su madre muerta y su segunda esposa son una evidencia considerable de que algo de su condicionamiento religioso anterior permaneció.

Cuando era joven, había pensado en la ciencia como una fuente de respuestas que cubrían todos los temas. Cuando llegó a este trabajo, tenía menos fe en la ciencia (nótese su reverencia a la cruzada de Hayek contra el cientificismo: Schumpeter 1954, p. 17), reemplazándola por un interés en la sociología histórica. Mi punto es simplemente que su sentido de la visión, excelente en comparación con los estándares, era sin embargo, sin duda, incompleto. Por un lado, provenía de su religiosidad un sentido de verdad atemporal que todo lo abarcaba, que incluía pero trascendía la ciencia, pues ciencia era el nombre que se le daba a maravillosos conjuntos de herramientas analíticas, cuando se perfeccionaban quizás también de naturaleza atemporal, pero ciertamente nunca tan grande como la propia visión básica. Por otro lado, estaba la sociología histórica, que dio un sistema a los cuerpos de material, incluidos los métodos de exposición, relacionados con sociedades en constante cambio.

Creo que había genialidad en el vínculo de Schumpeter entre la ciencia y una mayor verdad, pero también conocía un defecto. Era consciente de que el avance científico en un área no solo podía traducirse en trabajos en otras áreas, sino que en el proceso se transfería más que simplemente el método científico. El área original tenía su propia *Gestalt* , y la transferencia a menudo traía consigo partes de esa *Gestalt* original , que podrían ser esencialmente ajenas a la nueva área. Newton, uno de los inventores del cálculo, fue un físico interesado en la mecánica y, por tanto, preocupado por el equilibrio. Los economistas, al apreciar el potencial del cálculo, a menudo ignoraban que estaban aplicando una técnica derivada de la física a una disciplina de tipo sociobiológico, donde la única verdad importante no era el equilibrio sino la mutación constante. [34]

Por lo tanto, concluyo que Schumpeter quería una visión que abrazara y uniera lo permanente y exógeno con lo sociológico-transitorio e indígena, y no la encontró. Si hubiera optado por basarse en los escritores institucionalistas estadounidenses como Commons y Mitchell como ejemplos de lo sociológico-transitorio con su incapacidad para encontrar la verdad eterna, podría haber mostrado el dilema desde el lado no "teórico". [35] A diferencia de muchos de los teóricos de su tiempo, Schumpeter expresó cierto respeto, aunque limitado, por lo que estaban tratando de hacer; pero, no continuó diciendo lo que debería haberse dicho: (a) que no vieron más allá del paradigma utilitario-individualista de Hobbes-Locke, y (b) que su ignorancia del trabajo de Pareto sobre sistemas no racionales hizo que su trabajo mucho más estéril teóricamente de lo que debería haber sido.

Quizás si Schumpeter hubiera vivido más tiempo, podría haber arreglado su presentación. Pero, como se publicó, es esa falta de plenitud de su visión, más que las críticas de "entrega inadecuada" de Blaug, lo que es crítico. Como muchas figuras del Antiguo Testamento, Schumpeter era magnífico, pero defectuoso; como ellos, tenía una gran visión, pero sólo de proporciones menos que perfectas. Al igual que con Einstein, Schumpeter no pudo encontrar su teoría unificada, pero como Einstein, creía que debía haber una en alguna parte. Una vez describí los tratamientos de Schumpeter, Mitchell y Pribram así:

Se dice de Franz Liszt y Arthur Rubenstein, ambos concertistas de la más grande distinción, que "a menudo pasaban por alto algunas de las notas". Por tanto, uno puede tener autoridad sin ser siempre exacto. . . . Ser magisterial es tener autoridad, y cada uno [de los tres autores, Schumpeter, Mitchell y Pribram] alcanza el estatus de magistral debido a la originalidad distintiva y completa de. . . percepción de evolución intelectual, más que de alcance cronológico, precisión, incluso pulido. (Perlman, 1986, pág.9)

La de Schumpeter fue la más valiente de esas visiones; el más completo de esos sueños.

¿Por qué? Porque, como escribieron Robbins y prácticamente todos los demás, Schumpeter había leído más, más ampliamente y con más imaginación que cualquiera de los demás. En palabras de Viner:

Este es un libro escrito a la manera de los eruditos quizás por el último de los grandes eruditos. . . . Schumpeter poseía conocimientos y habilidades que excedían manifiestamente en rango los mostrados por cualquier otro economista de su tiempo o de nuestro tiempo, y que en este libro aplicó estos dones a la ilustración de sus lectores con un brillo y un virtuosismo que emocionan y deslumbran incluso cuando ellos fallar por completo en persuadir. (1954, pág.894)

Referencias

Augello, Massimo M. (1990). *Joseph Alois Schumpeter: una guía de referencia* . Berlín: Springer-Verlag.

Allen, Robert Loring (1991). *Abriendo puertas: la vida y obra de Joseph Schumpeter* . New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction Publishers.

Bladen, VW (1956). 'Historia del análisis económico de Schumpeter y algunos libros relacionados'. *Revista Canadiense de Economía y Ciencias Políticas* , 22, 103-15.

Blanqui, Jérôme-Adolphe (1838). *Histoire de l'Économie Politique en Europe* .

Blaug, Mark (1985). *Economic Theory in Retrospect* , cuarta edición. Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press. Las ediciones anteriores fueron publicadas por Irwin en 1962 y 1968, y por Cambridge University Press en 1978.

Cossa, Luigi (1875). *Guido allo Studio dell'Economia Politica* . Una segunda edición, publicada por primera vez en inglés como *Introducción al estudio de la economía política* con un prefacio por William Stanley Jevons en 1876.

Dorfman, Joseph (1946-1949). *La mente económica en la civilización estadounidense* . En cinco volúmenes. Nueva York: Viking.

Dühring, Eugen Karl (1871). *Kritische Geschichte der Nationalökonomie und der Sozialismus* .

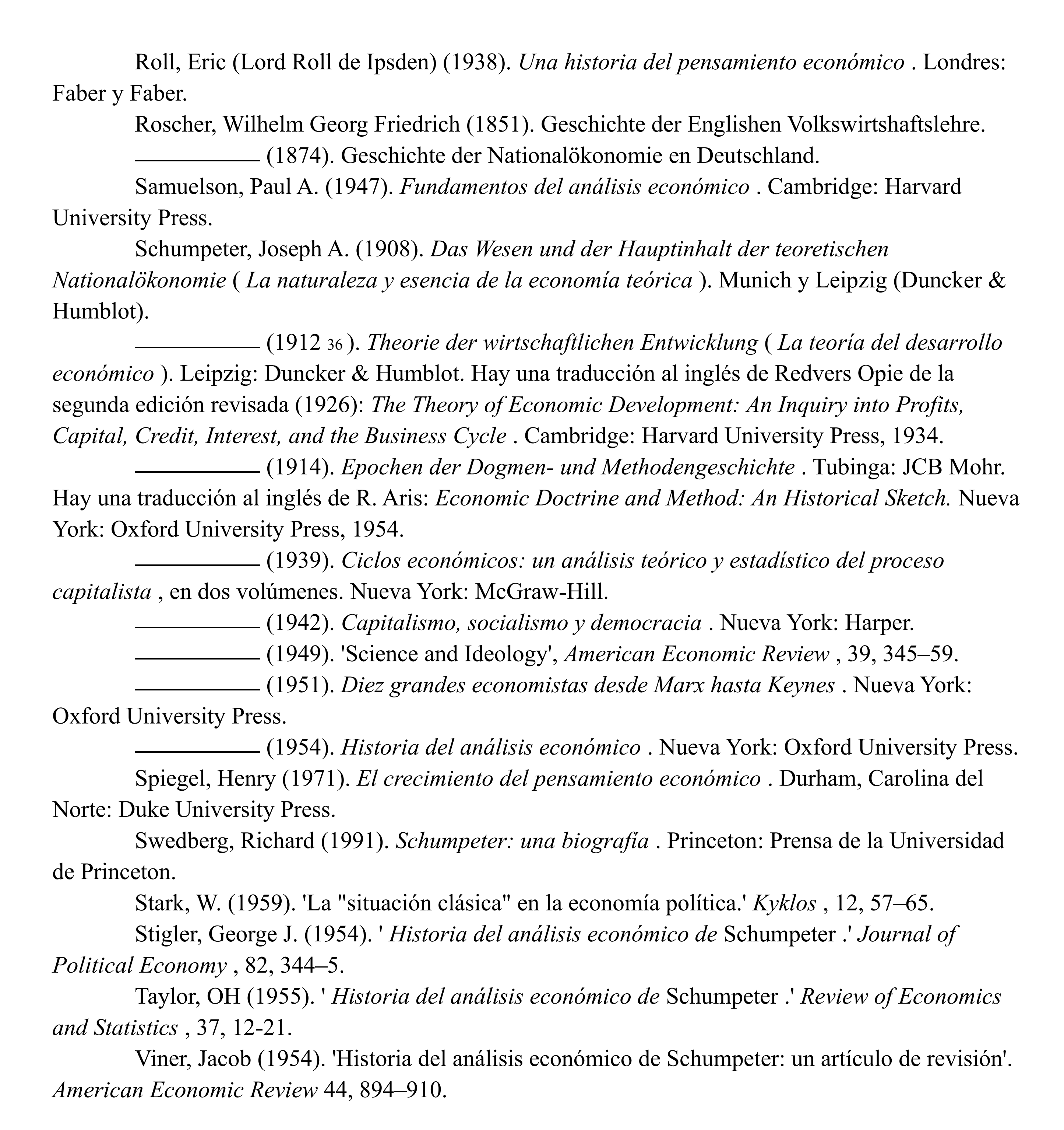
Gide, Charles y Charles Rist (1948). *Una historia de las doctrinas económicas desde la época de los fisiócratas hasta la actualidad* .

Gray, Alexander (1931). *El desarrollo de la doctrina económica: una encuesta introductoria* . Londres: Longmans, Green.

Haberler, Gottfried (1951). 'Joseph Alois Schumpeter, 1883–1950,' *Quarterly Journal of Economics* , 64, 333–72.

——————— (1993). *El orden económico liberal* . Editado por Anthony YC Koo. Aldershot,

Hants, Reino Unido: Edward Elgar.
Harris, Seymour Edwin, (ed.) (1951). *Schumpeter, científico social* . Cambridge, MA: Universidad de Harvard.
Hayek, Friedrich (1967a). 'Dr. Bernard Mandeville', *Actas de la Academia Británica* , págs. 125–41.
___________ (1967b). Revisión de la *Historia del Análisis Económico* de Joseph A. Schumpeter , en *Estudios de Filosofía, Política y Economía* , Chicago: University of Chicago Press. Esta es una versión abreviada de lo que apareció en The Freeman en 1954.
Heertje, Arnold (1987). *The New Palgrave* , vol. 4, págs. 263–6.
Kautz, Gyula (1860). *Die Geschichtliche Entwicklung der Nationalökonomie und Ihrer Literatur* .
Caballero, Frank H. (1954). 'Historia de la economía de Schumpeter.' *Southern Journal of Economics* , 21, 261–72.
Pequeño, IMD (1955). Ensayos de bibliografía y crítica XXXI. Historia del análisis económico. ' *Revisión de la historia económica* : *Series 2* , 10, 91–8.
Marx, Karl (1867). *Das Kapital* .
März, Edward (1991). *Schumpeter: académico, profesor y político* . New Haven, CT: Prensa de la Universidad de Yale.
McCulloch, John Ramsay (1845). *La literatura de economía política: un catálogo clasificado: Publicación selecta en los diferentes departamentos de esa ciencia con notas históricas, críticas y bibliográficas* . Londres: Longman, Brown, Green y Longmans.
Manso, Ronald (1957). '¿Está sesgada la economía? Una visión herética de una tesis principal en la *historia* de Schumpeter . ' *Revista escocesa de economía política* , 1-17.
Mitchell, Wesley Clair (1949). 'Notas de la conferencia sobre tipos de teoría económica: del mercantilismo al institucionalismo'. Vendido por Augustus Kelley, Librería, Nueva York.
___________ (1967 y 1969). *Tipos de teoría económica: del mercantilismo al institucionalismo* . Editado con una introducción de Joseph Dorfman. Nueva York: Kelley.
Perlman, Mark (1982) 'Schumpeter como historiador del pensamiento económico', en Helmut Frisch (ed.), *Schumpeterian Economics* , Eastbourne, East Sussex, Inglaterra: Praeger, 1981, págs. 143–61.
___________ (1986). 'Percepciones de nuestra disciplina: tres interpretaciones magistrales de la historia del pensamiento económico'. *History of Economics Society Bulletin* , número de invierno, págs. 9–28.
___________ (1990). Die Bienen-Fabel: Eine moderne Würdigung, en von Hayek, Friedrich A., Perlman, Mark y Kaye, Frederick B. *Bernard de Mandevilles Leben und Werk* . Düsseldorf: Verlagsgruppe Handelsblatt.
Pribram, Karl (1993). *Una historia del razonamiento económico* . Baltimore: Prensa de la Universidad Johns Hopkins.
Richardson, GB (1955). 'Historia del análisis económico de Schumpeter.' *Oxford Economic Papers* 7, 136–50.
Robbins, Lionel (1955). 'Historia del análisis económico de Schumpeter.' *Quarterly Journal of Economics* , 44, 1–22.



Roll, Eric (Lord Roll de Ipsden) (1938). *Una historia del pensamiento económico* . Londres: Faber y Faber.

Roscher, Wilhelm Georg Friedrich (1851). Geschichte der Englishen Volkswirtshaftslehre.

———— (1874). Geschichte der Nationalökonomie en Deutschland.

Samuelson, Paul A. (1947). *Fundamentos del análisis económico* . Cambridge: Harvard University Press.

Schumpeter, Joseph A. (1908). *Das Wesen und der Hauptinhalt der teoretischen Nationalökonomie* (*La naturaleza y esencia de la economía teórica*). Munich y Leipzig (Duncker & Humblot).

———— (1912 [36]). *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (*La teoría del desarrollo económico*). Leipzig: Duncker & Humblot. Hay una traducción al inglés de Redvers Opie de la segunda edición revisada (1926): *The Theory of Economic Development: An Inquiry into Profits, Capital, Credit, Interest, and the Business Cycle* . Cambridge: Harvard University Press, 1934.

———— (1914). *Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte* . Tubinga: JCB Mohr. Hay una traducción al inglés de R. Aris: *Economic Doctrine and Method: An Historical Sketch.* Nueva York: Oxford University Press, 1954.

———— (1939). *Ciclos económicos: un análisis teórico y estadístico del proceso capitalista* , en dos volúmenes. Nueva York: McGraw-Hill.

———— (1942). *Capitalismo, socialismo y democracia* . Nueva York: Harper.

———— (1949). 'Science and Ideology', *American Economic Review* , 39, 345–59.

———— (1951). *Diez grandes economistas desde Marx hasta Keynes* . Nueva York: Oxford University Press.

———— (1954). *Historia del análisis económico* . Nueva York: Oxford University Press.

Spiegel, Henry (1971). *El crecimiento del pensamiento económico* . Durham, Carolina del Norte: Duke University Press.

Swedberg, Richard (1991). *Schumpeter: una biografía* . Princeton: Prensa de la Universidad de Princeton.

Stark, W. (1959). 'La "situación clásica" en la economía política.' *Kyklos* , 12, 57–65.

Stigler, George J. (1954). ' *Historia del análisis económico de* Schumpeter .' *Journal of Political Economy* , 82, 344–5.

Taylor, OH (1955). ' *Historia del análisis económico de* Schumpeter .' *Review of Economics and Statistics* , 37, 12-21.

Viner, Jacob (1954). 'Historia del análisis económico de Schumpeter: un artículo de revisión'. *American Economic Review* 44, 894–910.

Introducción del editor

LA *Historia del análisis económico* , en la que Joseph A. Schumpeter trabajó durante los últimos nueve años de su vida y que no había terminado del todo, fue el resultado de su intención de traducir, revisar y actualizar el 'pequeño bosquejo de doctrinas y métodos '(*Epochen der Dogmen — und Methodengeschichte*) escrito para el primer volumen de *Grundriss* de Max Weber , que se publicó en 1914. [37] Este fue un ensayo largo (unas 60.000 palabras) de poco más de cien páginas que se dividió en cuatro partes o capítulos. Un examen de la tabla de contenido mostrará que estas cuatro partes o capítulos cubren muy brevemente los mismos temas generales que se tratan con mucho más detalle en las Partes II, III y IV de la *Historia del análisis económico de* 1200 páginas . Los dos primeros, que se ocupan de (1) el desarrollo de la economía a partir del trabajo de los filósofos y la discusión popular y (2) los descubrimientos en economía asociados con los fisiócratas, Turgot y Adam Smith, se discuten en una sola parte. en el presente trabajo (Parte II: Desde los inicios hasta 1790). Las divisiones tercera y cuarta de las dos obras son aproximadamente paralelas. Los cuatro epígrafes principales de *Epochen* eran los siguientes:

I. Die Entwicklung der Sozialökonomik zur Wissenschaft (El desarrollo de la economía como ciencia).

II. Die Entdeckung des wirtschaftlichen Kreislaufs (El descubrimiento del flujo circular de la vida económica).

III. Das klassische System und seine Ausläufer (El sistema clásico y sus derivados).

IV. Die historische Schule und die Grenznutzentheorie (La escuela histórica y la teoría de la utilidad marginal).

El antiguo ensayo se había agotado; nunca se había traducido del alemán al inglés; mucha gente se había interesado en él y había pedido una traducción. Después de un trabajo hercúleo, JAS había terminado sus monumentales *ciclos económicos* en 1938 y buscó la relajación en *Capitalismo, socialismo y democracia* , que consideraba claramente una oferta "popular" que esperaba terminar en unos pocos meses. Lo completó en algún momento en 1941. Mientras tanto, comenzó a dar un medio curso de Historia del Pensamiento Económico en Harvard. Dio este curso por primera vez en el semestre de otoño de 1939 y por última vez en el semestre de primavera de 1948; lo impartió todos los años excepto en 1940, cuando estaba de licencia. Este último desarrollo fue probablemente el factor decisivo. Una vez más estaba enseñando en un campo que siempre le había interesado. Era natural pensar en escribir en ese campo. Él traduciría, revisaría y actualizaría el *Epochen* . Al principio no enfatizó tanto el elemento puramente analítico en los escritos de los economistas discutidos en su curso y sobre quienes escribió. De hecho, durante mucho tiempo tuve la impresión de que estaba escribiendo una historia del pensamiento económico.

Su plan original no era muy ambicioso. Ciertamente, no tenía intención de dedicar nueve o diez años a la historia del análisis económico. Al principio probablemente pensó en dedicar su tiempo libre durante unos meses o un año a un librito de trescientas o cuatrocientas páginas. Más tarde pensó en un gran volumen de seiscientas o setecientas páginas. Su principal interés era su trabajo teórico y planeaba escribir su mayor contribución en este campo. Trabajó constantemente en sus matemáticas porque creía que eran una herramienta indispensable de la teoría moderna. Imaginó una teoría que

algún día podría sintetizar la economía dinámica de la misma manera que el sistema walrasiano resumía la economía estática. Eventualmente modificó este programa hasta el punto de que primero escribiría una pequeña Introducción a la Teoría que sería para este tipo de teoría lo que la *Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero* fue para la teoría keynesiana. Leyó la literatura teórica actual (en gran parte en publicaciones periódicas), trabajó en sus matemáticas y reunió voluminosas notas. Los resultados de este trabajo se reflejan en algunas de las últimas partes de la *Historia* , especialmente en aquellas partes que resumen los desarrollos modernos.

Es difícil decir por qué su trabajo sobre la *Historia* se volvió cada vez más elaborado y le ocupó cada vez más de su tiempo. En parte se debía a que sus intereses se ampliaban constantemente y le resultaba cada vez más difícil tratar brevemente algo que para él era un desarrollo fascinante. (Por ejemplo, los escolásticos y los filósofos del derecho natural se convirtieron en un interés absorbente a principios de los años cuarenta). Aquí también pudo tejer los hilos de todos sus intereses: filosofía, sociología, historia, teoría y campos aplicados de la economía como dinero, ciclos, finanzas públicas, socialismo. También creo que la guerra tuvo algo que ver con eso. Recuerdo que le dijo a uno o dos amigos que consideraba que trabajar en la *Historia era* una ocupación bastante tranquilizadora en tiempos de guerra. Lo alejó temporalmente de una realidad sombría que lo entristeció sin medida porque estaba convencido de que destruiría la civilización que amaba.

Como siempre, escribió todo de su mano y guardó todo lo que escribió. Es posible ver, por tanto, cómo los primeros tratamientos se volvieron cada vez más elaborados. Probablemente empezó a escribir la *Historia* en 1941. Durante los años 1942 y 1943 parece haber mecanografiado un buen número de capítulos y secciones, la mayoría de los cuales fueron revisados posteriormente. Las únicas partes sustanciales de la *Historia* escritas en los primeros años que no fueron reescritas más tarde son el capítulo La literatura 'mercantilista', que fue mecanografiado en junio de 1943, el capítulo sobre *Sozialpolitik* y el Método Histórico, parte del cual fue mecanografiado en enero de 1943. y el resto en diciembre de 1943, y la sección sobre los cuatro postulados de Senior al comienzo del capítulo 6 de la parte III (Economía general: teoría pura). Estos también probablemente habrían sido revisados o reescritos si JAS hubiera vivido para completar la *Historia* . Ocasionalmente, algunas páginas de una versión anterior se incorporaron en versiones posteriores. Este proceso se describe con cierto detalle en el Apéndice.

Con el paso del tiempo, comenzó a enfatizar que esta era una historia del análisis económico y no una historia del pensamiento económico. Lo deja claro en una breve descripción que escribió a principios de 1949 para sus editores ingleses, Allen & Unwin, en la que afirmó:

Este libro describirá el desarrollo y la suerte del análisis científico en el campo de la economía, desde la época grecorromana hasta el presente, en el marco apropiado de la historia social y política y con cierta atención a los desarrollos en otras ciencias sociales y también en filosofía. Las ideas sobre política económica que flotan en la mente del público o que pueden atribuirse a legisladores y administradores, estén o no incorporadas en sistemas elaborados, como el liberalismo o el solidarismo y similares, que comúnmente se conocen como pensamiento económico, vienen solo como parte de ese escenario. El tema del libro es la historia de los esfuerzos por describir y explicar los hechos económicos y proporcionar las herramientas para hacerlo.

Dado que la posibilidad misma de tratar la historia de la economía como la historia de cualquier otra ciencia es controvertida, la Parte I del libro está dedicada por completo a las cuestiones

metodológicas que plantea este enfoque y especialmente a la cuestión de hasta qué punto la distinción entre análisis económico científico y el pensamiento económico es válido a pesar de la interacción entre ambos. La Parte II luego cuenta la historia del crecimiento del conocimiento histórico, estadístico y teórico de los fenómenos económicos desde sus inicios en la antigua Grecia hasta el surgimiento de la economía como un campo especial reconocido y la consiguiente aparición en la segunda mitad del siglo XVIII de tratados sistemáticos, de los cuales La *riqueza de las naciones de* A. Smith resultó ser el más exitoso.

La Parte III cubre el período entre 1776 [posteriormente cambiado a 1790] y 1870, y la Parte IV el período entre 1870 y 1914. La Parte V es para ayudar al lector a relacionar el estado actual de la economía con el trabajo del pasado. En todo momento, se ha hecho un esfuerzo para resaltar las líneas de contorno más importantes sin sacrificar la corrección por la simplicidad de la exposición.

Dije al principio que JAS había estado trabajando en su *Historia del Análisis Económico* durante los últimos nueve años de su vida. En un sentido más amplio, había estado trabajando en ello toda su vida. Probablemente todos sus escritos y toda su enseñanza contribuyeron al resultado final. La conferencia que pronunció al dejar Czernowitz en 1911, por ejemplo, se tituló "Vergangenheit und Zukunft der Sozialwissenschaften". [38] Este fue un breve esbozo de lo que primero se convirtió en la *Epochen* y finalmente en la *Historia del Análisis Económico* . Su discurso presidencial ante la American Economic Association en diciembre de 1948, "Ciencia e ideología", se ocupó de algunos de estos problemas de metodología que aborda en la Parte I de la *Historia* . El curso que impartió en Harvard sobre Historia del Pensamiento Económico cubrió esencialmente el período entre A. Smith y A. Marshall, con especial énfasis en el sistema ricardiano de teoría económica. En el curso de Teoría Económica Avanzada [39] discutió muchos de los problemas que se describen en la Parte IV, Capítulo 7 (Análisis del equilibrio) y en la Parte V.También enseñó en Harvard un curso sobre socialismo y, a veces, un curso sobre ciclos económicos y el curso sobre dinero. En la Universidad de Bonn, JAS ocupó la Cátedra de Finanzas Públicas, pero también llevó a cabo un seminario que se ocupó principalmente de la teoría, incluida la teoría del dinero, y de la epistemología. Mientras estuvo en Yale durante un año, impartió el curso de Comercio Internacional. No solo sus cursos, sino también sus numerosos artículos sobre casi todos los aspectos de la economía, sus numerosas reseñas de libros, sus ensayos biográficos, sus libros, todos fueron parte de la preparación para escribir la *Historia del análisis económico* . Incluso su lectura por placer y recreación (le encantaba leer biografías, preferiblemente las de muchos volúmenes) contribuyó a ese fascinante conocimiento de los hombres, los eventos y los antecedentes que es evidente a lo largo de la *Historia* y que animará a algunos lectores las discusiones sobrias sobre puntos finos. de análisis económico.

Ninguna parte del manuscrito estaba en su forma final, pero algunas estaban más completas que otras. Las tres Partes principales (II, III y IV) estaban prácticamente terminadas, con las excepciones señaladas en el Apéndice; la Parte I introductoria y la Parte V final se estaban escribiendo al final. Lo último que se escribió, a fines de 1949, fue aparentemente el capítulo sobre Keynes y la macroeconomía moderna al final de la Parte V. Esto lo dejó para ser mecanografiado cuando fue a Taconic para Navidad y a Nueva York para las reuniones de la Asociación Económica Americana. A su regreso de las reuniones, comenzó a escribir su discurso, "La marcha hacia el socialismo", y también a leer el texto mecanografiado de la Parte III de la *Historia* . Dejó varias páginas de notas para revisión en los primeros tres o cuatro capítulos de esta parte sobre economía "clásica". Su muerte el 8 de enero

de 1950 le impidió realizar estas revisiones.

La *Historia* completa se escribió primero a mano. Algunas porciones, como el capítulo anterior sobre el dinero (Parte II, cap. 6) y gran parte del material sobre el sistema de equilibrio walrasiano (Parte IV, cap. 7, sec. 7), existían sólo a mano y nunca se habían publicado. mecanografiado. En unos pocos casos, incluso hubo varias versiones alternativas a mano. Otras partes habían sido mecanografiadas pero el autor no las había leído después de escribirlas. Otros más habían sido leídos a máquina y corregidos a lápiz con notas y preguntas para su posterior revisión. Hubo referencias ocasionales que completar, y JAS me dijo que las referencias debían ser verificadas. Yo iba a haber ayudado en esta tarea. El lector profesional interesado encontrará información más detallada sobre estos puntos en las notas editoriales a lo largo del trabajo y en el Apéndice del Editor.

JAS no tuvo asistencia de secretaría regular durante la mayor parte del período en que trabajó en este libro, pero sí tuvo personas que conocían su caligrafía y que escribían a máquina por él. De vez en cuando enviaba una gran cantidad de manuscritos completos para ser mecanografiados. Escribió la mayoría de sus cartas de su propia mano. Esto, por supuesto, aumentó enormemente la carga de su trabajo y significó que su material nunca se archivó como lo hubiera hecho una secretaria eficiente. No adquirió una secretaria a tiempo parcial hasta el verano de 1948, cuando fue presidente de la Asociación Económica Estadounidense y, al mismo tiempo, realizó el resto de su trabajo. Incluso entonces era reacio a tomarse el tiempo para instruirla adecuadamente porque los días y las semanas nunca eran lo suficientemente largos para hacer todas las cosas que planeaba hacer: su enseñanza, sus consultas, sus lecturas, sus escritos, su correspondencia.

Concebí mi tarea editorial como la simple de presentar una versión lo más completa y precisa posible de lo que JAS realmente escribió, pero no para intentar completar lo que no había escrito. No existía un esquema de la obra completa, y no había leído nada antes de su muerte porque JAS deseaba que comenzara con la introducción, en la que estaba trabajando, y que leyera la obra completa en su orden correcto. El material se encontró en muchos lugares —algunos en cajas de archivos, otros apilados en estantes— en el estudio de Cambridge en Acacia Street, en el estudio Taconic, y un poco en su oficina en Littauer Center. Me tomó dos o tres meses descubrir que la *Historia* estaba casi terminada y que las secciones o subsecciones siguieron apareciendo durante algún tiempo. El ajuste inicial de las piezas se vio dificultado por el hecho de que las páginas del manuscrito a menudo no estaban numeradas en absoluto, y que el texto mecanografiado no estaba numerado consecutivamente desde el principio, sino solo en pequeños lotes según se mecanografió. JAS usó solo el primer texto mecanografiado para el editor. Nunca se molestó en tener una copia al carbón para sí mismo. Afortunadamente, las diversas personas que mecanografiaron el manuscrito conservaron una copia al carbón, y estas copias al carbón estaban apiladas en una habitación en el tercer piso de la casa de Acacia Street. Algunas de estas, especialmente las realizadas en 1943 y 1944, estaban fechadas. Seguí buscando hasta que encontré un manuscrito y un primer texto mecanografiado que coincidiera con los carbonos. En varios casos, los carbonos representaron tratamientos tempranos posteriormente descartados o incorporados parcialmente en versiones posteriores. Mientras leía todo el trabajo una y otra vez, descubrí que, aunque no se había escrito ningún esquema o tabla de contenido, tal esquema existía dentro del texto. Hubo una complicación menor debido al hecho de que el número de capítulos originalmente planeados se redujo de ocho a siete en el caso de la Parte II y de diez a ocho en el caso de la Parte IV. Sin embargo, al final, no tuve casi ninguna dificultad para determinar a dónde pertenecía

cada sección o subsección o para decidir cuál era la última de dos o más versiones. Estos problemas se analizan en el Apéndice.

La tarea se complicó inmensamente por la longitud del libro. Aunque soy un economista con algo de experiencia editorial, no fue fácil armar un trabajo tan largo que tratara con tantos economistas, escribiendo en tantos idiomas durante un período tan largo. En general, el procedimiento fue el siguiente: se mecanografiaron las secciones aún manuscritas; luego, varios asistentes me leyeron el manuscrito de principio a fin mientras yo corrigía el texto mecanografiado; se completaron y verificaron las referencias; se proporcionaron títulos y subtítulos cuando fue necesario; Después de que Oxford University Press editó el texto mecanografiado, lo revisé una vez más para transmitir los cambios realizados, proporcionar referencias cruzadas a otras partes del trabajo, compararlo con un catálogo de tarjetas de autores; finalmente varios ayudantes me leyeron la copia del autor de principio a fin mientras yo corrigía las galeradas. Durante cada lectura sucesiva de la *Historia* , se aclararon cada vez más pequeñas inexactitudes e incertidumbres. Sin duda, este proceso podría haberse prolongado indefinidamente, pero las consideraciones de tiempo impusieron una parada razonable. Parece apropiado en este momento reconocer con gratitud un regalo de David Rockefeller y una subvención de la Fundación Rockefeller que hizo posible gran parte de la asistencia de secretaría y editorial descrita anteriormente.

Quizás debería abordarse aquí una dificultad. Se aplica especialmente a las partes inconclusas de la *Historia* . JAS a menudo inició y abandonó muchos tratamientos sobre el mismo tema. Conservó todos estos esfuerzos de prueba y sus notas originales junto con los fragmentos terminados del manuscrito, de modo que no siempre fue fácil saber cuál era una versión más o menos final. A veces, la fecha de una referencia o la incorporación de una página o dos de una versión anterior era una pista. Otra dificultad es que sus planes o sus notas de revisión eran a menudo una mezcla de inglés, alemán y taquigrafía. En el Apéndice se reproducen cuatro páginas de dichas notas (el plan y la página final del capítulo de dinero en la Parte II y dos bosquejos de la Parte V). No hice ningún esfuerzo por interpretar o poner en práctica tales revisiones taquigráficas o breves sugerencias en cuanto a revisiones. Simplemente incorporé las correcciones sencillas en el primer texto mecanografiado. El manuscrito original, las versiones alternativas, las notas y el primer texto mecanografiado con correcciones y revisiones sugeridas de la mano de JAS se depositarán en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, donde podrán ser consultados por el académico interesado.

El editor ha agregado material solo por motivos de claridad o coherencia, y tales adiciones se incluyen entre corchetes. Esto se aplica especialmente a títulos y subtítulos, notas editoriales en el texto y notas editoriales al pie de página. Al principio, JAS simplemente numeró sus secciones. Conforme pasó el tiempo, agregó títulos para las secciones y subsecciones. De vez en cuando dejaba un espacio en blanco donde no había tomado una decisión final. Los títulos proporcionados por el editor se basaron en el texto y están todos entre corchetes. Hay tanto los comentarios del autor como las notas del editor entre corchetes, pero casi siempre es posible distinguirlos. Los comentarios del autor suelen aparecer en medio de citas, mientras que el material del editor aparece como oraciones completas al final de las notas, como notas al pie de página completas o como un párrafo completo en el texto impreso en el tipo de nota al pie de página. Cuando haya peligro de confusión, las iniciales 'JAS' o la abreviatura 'Ed.' son usados.

Hay algunas repeticiones, de las que JAS era muy consciente, y algunas omisiones del material

prometido "arriba" o "abajo". En su mayor parte, no intenté eliminar las repeticiones, excepto las que estaban muy juntas y eran obvias. Cuando el mismo artículo fue citado varias veces en diferentes conexiones o la misma idea expresada varias veces en diferentes partes del texto, no me sentí competente para eliminar algunas referencias y dejar otras, aunque el propio autor lo habría hecho. He intentado llamar la atención en notas a pie de página sobre las omisiones más importantes, que fueron la consecuencia de que algunas partes del trabajo no estaban completamente completas. Por sugerencia de Richard M. Goodwin, también llamé la atención en notas a pie de página sobre algunos de los otros escritos del autor que tenían relación con los problemas en discusión, ya que JAS casi nunca se refirió a su propio trabajo en sus enseñanzas o en sus escritos. . Sin duda, otras personas podrían haberlo hecho mejor, pero nadie más tuvo tiempo para pasar por este largo trabajo una y otra vez.

De vez en cuando era imposible leer una palabra o se omitía una palabra o una oración estaba incompleta. Me ocupé de esos problemas lo mejor que pude. El vocabulario utilizado era extenso y muchas palabras inusuales en inglés tuvieron que ser rastreadas en el gran Diccionario Oxford. Muchos de los títulos extranjeros citados no se encontraron en ninguna de las Bibliotecas de Harvard, ni fueron listados por la Biblioteca del Congreso. Utilizando varias listas de libros extranjeros y con la ayuda de académicos de este país y de Europa, pude finalmente verificar casi todos los autores y títulos.

En su mayor parte, JAS era específico sobre las ediciones utilizadas cuando esto era importante, pero ocasionalmente había una pequeña dificultad en este sentido, porque el autor había trabajado en tantos lugares durante un período tan largo que inevitablemente había utilizado diferentes ediciones y impresiones de las obras cotizadas. Sin duda, utilizó las bibliotecas universitarias europeas y su propia extensa biblioteca para sus notas y escritos antes de llegar a Harvard en 1932. En ese momento, su biblioteca estaba empaquetada y almacenada en Jülich, cerca de Bonn. No fue traído a Estados Unidos antes de la guerra porque al principio no tenía espacio para él y luego hubo varias 'dificultades prácticas' (quizás más imaginarias que reales). Luego vino la guerra. Finalmente fue destruido en el bombardeo de Jülich por la Fuerza Aérea estadounidense. Solo alrededor de un centenar de libros (en su mayoría biografías en inglés) fueron rescatados de los escombros. Después de 1932, JAS usó libros de trabajo adquiridos en este país y mi biblioteca de libros de economía en Taconic. Pasó mucho tiempo durante la guerra trabajando tranquilamente en la Biblioteca Kress de Economía y Negocios de la Escuela de Administración de Empresas de Harvard. (También leyó extensamente en la literatura periódica profesional, y leyó los libros actuales y las reimpresiones en muchos idiomas que los académicos de todas partes le enviaron.) Esto puede ayudar a explicar por qué las ediciones anteriores y posteriores del mismo trabajo se enumeran en la *Historia* y por qué encontré referencias de páginas a dos traducciones inglesas diferentes del Volumen I de *Das Kapital* y a las ediciones inglesa y americana de Cairnes (*Algunos principios fundamentales*) y Keynes (*Tratado sobre la reforma monetaria*). Obviamente, el trabajo original sobre las *Reflexiones* de Turgot se realizó antes de la publicación de la edición de Schelle.

No se intenta presentar una bibliografía con esta *Historia del Análisis Económico* . En cierto sentido, toda la historia puede considerarse una bibliografía. Sin embargo, presento una lista de libros frecuentemente citados donde la edición utilizada es importante y donde esto no se menciona específicamente en cada ocasión. JAS usó la cuarta edición de Marshall's *Principles* (1898) porque tanto él como yo éramos dueños de esta edición. (Tenía muchos escrúpulos al respecto y se preguntó si no debería cambiar a una edición posterior). Esta lista de libros (con la edición o impresión utilizada) se

encuentra al final del trabajo, inmediatamente después del Apéndice.

El lector puede quedar perplejo por la importancia del material sangrado que aparece en las primeras 566 páginas de este trabajo. Debe admitirse de inmediato que se trata de un error, consecuencia de un malentendido entre el impresor y el editor, por una parte, y el editor, por otra. Todo el material sangrado debería haber sido escrito en forma de nota al pie (no sangrado) como supuestamente de menor interés para el lector promedio. Se recordará que JAS estaba intentando escribir una historia que podría publicarse en un volumen de posiblemente seiscientas o setecientas páginas. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, su tratamiento se volvió cada vez más elaborado y se dio cuenta del hecho de que el libro se estaba volviendo demasiado largo, y también de que trataba temas que podrían no interesar al lector medio. Por tanto, decidió escribir el libro en dos niveles, con el material más o menos técnico, las discusiones epistemológicas y filosóficas, y los bocetos biográficos en letra pequeña para que ocupen menos espacio y puedan ser fácilmente saltados. Indicó esto haciéndolos mecanografiar en un solo espacio como las notas al pie. El impresor, habiendo elegido un tipo apropiado para el libro, decidió que habría demasiado del tipo pequeño o de nota al pie y desarrolló el plan de poner este material 'secundario' en el tipo de texto pero con sangría, invirtiendo así lo que el autor había pretendido. ser la importancia relativa de este material. Desafortunadamente, este plan no me quedó claro y casi la mitad de la *Historia* estaba en galeras antes de que yo viera ninguna prueba. Restablecer todo esto habría supuesto tanto un gasto considerable como un retraso considerable. Por lo tanto, lo dejé reposar en su mayor parte y solo tuve pequeñas secciones de discusión incompleta o muy técnica restablecidas en letra pequeña. Un vistazo a las páginas 414-18, 449-52 y 464-9, donde se analizan Comte, Mill's *Logic* y Longfield, Thünen y John Rae, ilustrará el tipo de material que el autor pretendía haber subordinado. No estoy seguro de que siempre tuviera razón en su énfasis, especialmente con referencia a los bocetos biográficos, que atraen a la mayoría de las personas que los han leído.

En el resto de la *Historia* (los dos últimos capítulos de la Parte III y las Partes IV y V), dividí el material 'secundario' entre el tipo de texto y el tipo de nota al pie, con solo dos o tres discusiones 'filosóficas' sangradas como se había hecho. hecho antes. Los bocetos biográficos, algunos de los cuales eran bastante largos, se imprimieron casi todos en la tipografía más grande que en la más pequeña, como se pretendía originalmente. Hice esto porque estaba convencido de que sería difícil leer tanto material en el tipo de nota a pie de página muy pequeño que ya habíamos elegido, aunque este cambio fue, por supuesto, contrario a mi política de publicar la *Historia lo* más cerca posible de lo que JAS había escrito. eso. El manuscrito y el primer mecanografiado depositados en la Biblioteca Houghton mostrarán lo que el autor planeó al respecto.

Me es posible mencionar aquí sólo a un número muy pequeño de personas sin cuyo consejo o asistencia no podría haber preparado el trabajo para su publicación. Arthur W. Marget fue la primera persona que leyó toda la *Historia* en texto mecanografiado, me aconsejó sobre las secciones inconclusas y discutió conmigo la política editorial general. También armó y editó el capítulo sobre Valor y Dinero en la Parte II. Este capítulo nunca se había mecanografiado, las páginas del manuscrito no habían sido numeradas y en algunos casos existía cierta incertidumbre sobre el orden de las páginas. Gottfried von Haberler también leyó la mayor parte del texto mecanografiado y me ayudó a verificar referencias oscuras y cualquier punto teórico que me preocupara. Paul M. Sweezy leyó todas las pruebas, hizo muchas sugerencias valiosas y captó varios errores que se me habían escapado. Richard

M. Goodwin primero reunió para mí el material de la Parte IV, Capítulo 7 y Parte V, que estaban inacabados y en los que JAS estaba trabajando en el momento de su muerte. Este fue el material importante sobre el análisis del equilibrio y sobre los desarrollos modernos. Alfred H. Conrad leyó parte del texto mecanografiado y gran parte de la prueba y comprobó las formulaciones matemáticas. William J. Fellner leyó parte del texto mecanografiado y Alexander Gerschenkron leyó parte de la prueba. Frieda S. Ullian fue ingeniosa e infatigable en la búsqueda de autores desconocidos. Anna Thorpe me ha ayudado en todas las etapas de este libro, desde mecanografiar algunos de los primeros manuscritos hace muchos años hasta ayudarme a leer pruebas y preparar un índice. Su familiaridad con la letra algo difícil de JAS y sus métodos de trabajo ayudó a resolver muchos problemas. Mi agradecimiento para estas personas y para todos los que me ayudaron de una forma u otra a editar esta *Historia del Análisis Económico* .

ELIZABETH BOODY SCHUMPETER

Taconic, Connecticut
Julio de 1952

NOTA: Después de la muerte del profesor Schumpeter y hasta las últimas semanas de su prolongada enfermedad, la Sra. Schumpeter dedicó la mayor parte de su tiempo a preparar este libro para su publicación. A su muerte, el índice de autores estaba casi terminado, pero el trabajo sobre el índice de materias apenas se había comenzado. El Dr. Robert Kuenne emprendió la difícil y extensa tarea de preparar el índice de materias; también completó el índice de autores y coordinó los dos. Los editores están profundamente agradecidos al profesor Wassily Leontief por su ayuda para hacer posible la publicación.

Parte I: Introducción :

alcance y método

1

-

[Introducción y plan]

1. Plan del libro

POR HISTORIA del Análisis Económico me refiero a la historia de los esfuerzos intelectuales que los hombres han realizado para *comprender* los fenómenos económicos o, lo que viene a ser lo mismo, la historia de los aspectos analíticos o científicos del pensamiento económico. La segunda parte de este libro describirá la historia de esos esfuerzos desde los comienzos discernibles más tempranos hasta las dos o tres últimas décadas del siglo XVIII inclusive. La Parte III continuará a través del período que puede describirse, aunque sólo de manera muy aproximada, como el período de los "clásicos" ingleses, hasta aproximadamente principios de la década de 1870. La Parte IV presentará un recuento de la suerte de la economía analítica o científica desde (hablando de nuevo de manera muy aproximada) el final del período `` clásico " hasta la Primera Guerra Mundial, aunque la historia de algunos temas, por conveniencia, será llevado a la actualidad. Estas tres partes constituyen la mayor parte del libro y encarnan la mayor parte de la investigación que se incluyó en él. La Parte V es simplemente un esbozo de los desarrollos modernos, liberados de parte de su carga por las anticipaciones de la Parte IV que se acaban de mencionar, y no tiene como objetivo nada más ambicioso que ayudar al lector a comprender cómo el trabajo moderno se vincula con el trabajo de los autores. pasado.

Al enfrentar la enorme tarea que se ha intentado en lugar de realizar en este libro, nos damos cuenta de inmediato de un hecho ominoso. Cualesquiera que sean los problemas que, para atrapar a los incautos, se esconden bajo la superficie de la historia de cualquier ciencia, su historiador está, en otros casos, al menos lo suficientemente seguro de su tema como para poder empezar de inmediato. No es así en nuestro caso. Aquí, las mismas ideas del análisis económico, del esfuerzo intelectual, de la ciencia, se "apagan en el humo", y las mismas reglas o principios que han de guiar la pluma del historiador quedan abiertas a la duda y, lo que es peor, al malentendido. Por lo tanto, las Partes II a V estarán precedidas por una Parte I que debe explicar tan completamente como el espacio lo permita mis puntos de vista sobre la naturaleza de mi tema y algunos de los arreglos conceptuales que propongo usar. Me ha parecido, además, que deberían incluirse varios temas que pertenecen a la Sociología de la Ciencia, a la teoría de la ciencia considerada como un fenómeno social. Pero observe: estas cosas están aquí para transmitir alguna información sobre los principios que voy a adoptar o sobre la atmósfera de este libro. Aunque se darán las razones para que las adopte, no se pueden establecer completamente aquí. Son simplemente para facilitar la comprensión de lo que he intentado hacer y permitir al lector dejar el libro a un lado si esta atmósfera no es de su agrado.

2. ¿Por qué estudiamos la historia de la economía?

Bueno, ¿por qué estudiamos la historia de *cualquier* ciencia? Se podría pensar que el trabajo actual preservará todo lo que todavía sea útil del trabajo de las generaciones anteriores. Es de suponer que no vale la pena preocuparse por los conceptos, métodos y resultados que no están tan conservados.

Entonces, ¿por qué deberíamos volver a los autores antiguos y ensayar puntos de vista pasados de moda? ¿No se pueden dejar las cosas viejas al cuidado de unos pocos especialistas que las aman por sí mismas?

Hay mucho que decir sobre esta actitud. Ciertamente, es mejor desechar los modos de pensamiento obsoletos que ceñirse a ellos indefinidamente. Sin embargo, nos beneficiamos de las visitas al trastero siempre que no nos quedemos allí demasiado tiempo. Los logros con los que podemos esperar emerger de él se pueden mostrar bajo tres encabezados: ventajas pedagógicas, nuevas ideas y conocimientos sobre los caminos de la mente humana. Los abordaremos sucesivamente, al principio sin una referencia especial a la economía y luego agregaremos, bajo un cuarto encabezado, algunas razones para creer que en economía el caso para un estudio de la historia del trabajo analítico es aún más fuerte que para otros. campos.

En primer lugar, los profesores o estudiantes que intenten actuar sobre la base de la teoría de que todo lo que necesitan es el tratado más reciente, pronto descubrirán que se están dificultando innecesariamente las cosas. A menos que el tratado reciente presente un mínimo de aspectos históricos, ninguna cantidad de corrección, originalidad, rigor o elegancia evitará que una sensación de *falta de dirección y significado se* propague entre los estudiantes o al menos la mayoría de los estudiantes. Esto se debe a que, sea cual sea el campo, los problemas y métodos que se utilizan en un momento dado encarnan los logros y llevan las cicatrices del trabajo que se ha realizado en el pasado en condiciones completamente diferentes. El significado y la validez de ambos problemas y métodos no pueden comprenderse completamente sin un conocimiento de los problemas y métodos anteriores a los que son la respuesta (provisional). El análisis científico no es simplemente un proceso lógicamente coherente que comienza con algunas nociones primitivas y luego se suma al stock de manera lineal. No se trata simplemente del descubrimiento progresivo de una realidad objetiva, como es, por ejemplo, el descubrimiento en la cuenca del Congo. Más bien es una lucha incesante con las creaciones de nuestra propia mente y la de nuestros predecesores y 'progresa', si es que lo hace, de manera entrecruzada, no como lógica, sino como el impacto de nuevas ideas, observaciones o necesidades, y también como dictan las inclinaciones y temperamentos de los hombres nuevos. Por lo tanto, cualquier tratado que intente traducir 'el estado actual de la ciencia' realmente presenta métodos, problemas y resultados que están históricamente condicionados y son significativos solo con referencia al trasfondo histórico del que surgen. Para decir lo mismo de otra manera: el estado de cualquier ciencia en un momento dado implica su historia pasada y no se puede transmitir satisfactoriamente sin hacer explícita esta historia implícita. Permítanme agregar de inmediato que este aspecto pedagógico se tendrá en cuenta a lo largo del libro y que guiará la elección del material de discusión, a veces a expensas de otros criterios importantes.

En segundo lugar, nuestras mentes tienden a obtener una nueva inspiración del estudio de la historia de la ciencia. Algunos lo hacen más que otros, pero probablemente sean pocos los que no obtengan ningún beneficio. La mente de un hombre debe ser realmente lenta si, al apartarse del trabajo de su tiempo y contemplar las amplias cordilleras del pensamiento pasado, no experimenta una ampliación de su propio horizonte. La productividad de esta experiencia puede ilustrarse por el hecho de que las ideas fundamentales que eventualmente se desarrollaron en la teoría de la relatividad (especial) aparecieron primero en un libro sobre la historia de la mecánica. [40] Pero, además de la inspiración, todos podemos extraer lecciones de la historia de su ciencia que son útiles, aunque a veces

desalentadoras. Aprendemos sobre la futilidad y la fertilidad de las controversias; sobre desvíos, esfuerzos en vano y callejones sin salida; sobre los períodos de crecimiento detenido, sobre nuestra dependencia del azar, sobre cómo no hacer las cosas, sobre los márgenes de maniobra que tenemos que compensar. Aprendemos a comprender por qué estamos tan lejos como en realidad estamos y también por qué no estamos más lejos. Y aprendemos *qué tiene éxito y cómo y por qué,* una cuestión a la que se prestará atención a lo largo de este libro.

En tercer lugar, la afirmación más elevada que se puede hacer a favor de la historia de cualquier ciencia o de la ciencia en general es que nos enseña mucho sobre los caminos de la mente humana. Sin duda, el material que presenta se refiere únicamente a un tipo particular de actividad intelectual. Pero dentro de este campo, su evidencia es casi idealmente completa. Muestra lógica en lo concreto, lógica en acción, lógica unida a la visión y al propósito. Cualquier campo de la acción humana muestra la mente humana en funcionamiento, pero en ningún otro campo nos acercamos tanto a los métodos reales de trabajo porque en ningún otro campo la gente se toma tantas molestias para informar sobre sus procesos mentales. Diferentes hombres se han comportado de manera diferente a este respecto. Algunos, como Huyghens, fueron francos; otros, como Newton, se mostraron reticentes. Pero incluso los científicos más reticentes están destinados a revelar sus procesos mentales porque la actuación científica, a diferencia de la política, es auto-reveladora por naturaleza. Es principalmente por esta razón que se ha reconocido muchas veces —desde Whewell y JS Mill hasta Wundt y Dewey— que la ciencia general de la ciencia (la *Wissenschaftslehre* alemana) no es sólo lógica aplicada, sino también un laboratorio de la lógica pura. Es decir, los hábitos científicos o las reglas de procedimiento no deben juzgarse meramente por estándares lógicos que existen independientemente de ellos; ellos mismos contribuyen en algo y reaccionan a estos estándares lógicos. Para transmitir el punto mediante el útil recurso de la exageración: una especie de lógica pragmática o descriptiva puede abstraerse de la observación y formulación de procedimientos científicos, que por supuesto *implican* o se fusionan con el estudio de la historia de las ciencias.

En cuarto lugar, es lógico que los argumentos anteriores, al menos los que se han presentado bajo los dos primeros títulos, se apliquen con más fuerza al caso especial de la economía. Prestaremos atención a las implicaciones del hecho obvio de que el tema de la economía es en sí mismo un proceso histórico único (véase la sección 3 más adelante) de modo que, en gran medida, la economía de diferentes épocas se ocupa de diferentes conjuntos de hechos y problemas. Este solo hecho sería suficiente para prestar un mayor interés a la historia doctrinal. Pero descartemos por el momento para evitar repeticiones y enfatizar otro hecho. Como veremos, la economía científica no carece de continuidad histórica. De hecho, nuestro principal propósito es describir lo que podría llamarse el proceso de la filiación de las ideas científicas, el proceso mediante el cual los esfuerzos de los hombres por comprender los fenómenos económicos producen, mejoran y derriban las estructuras analíticas en una secuencia interminable. Y es una de las principales tesis que se establecen en este libro que *fundamentalmente* este proceso no se diferencia de los procesos análogos en otros campos del conocimiento. Pero, por razones que también es uno de nuestros propósitos dejar claro, esta filiación de ideas ha encontrado más inhibiciones en nuestro campo que en casi todos los demás. Pocas personas, y mucho menos nosotros los economistas, somos propensos a felicitarnos por nuestros logros intelectuales. Además, nuestro desempeño es, y siempre fue, no solo modesto sino también desorganizado. Los métodos de investigación y análisis que, en principio, algunos de nosotros

consideramos deficientes o incorrectos, prevalecen y han prevalecido ampliamente entre otros. Aunque es posible, sin embargo, como intentaré mostrar, hablar por todas las épocas de la opinión profesional establecida *sobre temas científicos* y aunque esta opinión a menudo ha resistido la prueba de ser prueba contra fuertes diferencias en las opiniones políticas, no podemos hablar con tanta gente. confianza al respecto, como pueden hacerlo los físicos o los matemáticos. En consecuencia, no podemos, o al menos no podemos, confiar unos en otros para resumir "el estado de la ciencia" de una manera igualmente satisfactoria. Y el remedio obvio para las deficiencias de resumir trabajos es el estudio de la historia doctrinal: mucho más que en, digamos, la física, es cierto en economía que los problemas, métodos y resultados modernos no pueden entenderse completamente sin algún conocimiento de cómo han llegado los economistas. razonar como ellos. Además, mucho más que en física se han perdido resultados en el camino o han quedado en suspenso durante siglos. Nos encontraremos con casos que son poco menos que espantosos. Es mucho más probable que el economista que estudia la historia de su ciencia reciba sugerencias estimulantes y lecciones útiles, aunque desconcertantes, que al físico que, en general, puede confiar en el hecho de que casi nada que valga la pena se ha perdido del trabajo de su ciencia. antecesores. Entonces, ¿por qué no empezar de inmediato con otra historia de conquista intelectual?

3. ¿Pero es la economía una ciencia?

La respuesta a la pregunta que encabeza esta sección depende, por supuesto, de lo que entendamos por "ciencia". Así, tanto en el lenguaje cotidiano como en la jerga de la vida académica, especialmente en los países de habla francesa e inglesa, el término se utiliza a menudo para denotar la física matemática. Evidentemente, esto excluye todas las ciencias sociales y también la economía. La economía en su conjunto tampoco es una ciencia si hacemos del uso de métodos similares a los de la física matemática la característica definitoria (*definiens*) de la ciencia. En este caso, solo una pequeña parte de la economía es "científica". Nuevamente, si definimos la ciencia de acuerdo con el lema "La ciencia es medida", entonces la economía es científica en algunas de sus partes y no en otras. No debería haber susceptibilidades con respecto al 'rango' o la 'dignidad' sobre esto: llamar a un campo una ciencia no debe significar un cumplido o lo contrario.

Para nuestro propósito, se sugiere una definición muy amplia, a saber: una ciencia es cualquier tipo de conocimiento que ha sido objeto de esfuerzos conscientes para mejorarlo. [41] Tales esfuerzos producen hábitos mentales —métodos o "técnicas" - y un dominio de los hechos desenterrados por estas técnicas que están más allá del alcance de los hábitos mentales y el conocimiento fáctico de la vida cotidiana. Por tanto, también podemos adoptar la definición prácticamente equivalente: una ciencia es cualquier campo del conocimiento que ha desarrollado técnicas especializadas de búsqueda de hechos y de interpretación o inferencia (análisis). Finalmente, si queremos enfatizar aspectos sociológicos, podemos formular otra definición, que también es prácticamente equivalente a las otras dos: una ciencia es cualquier campo del conocimiento en el que hay personas, los llamados investigadores, científicos o académicos, que se dedican a la tarea de mejorar el acervo existente de hechos y métodos y que, en el proceso de hacerlo, adquieren un dominio de ambos que los diferencia del "profano" y, finalmente, también del mero "practicante". Muchas otras definiciones serían igualmente buenas. Aquí hay dos que agrego sin más explicaciones: (1) la ciencia es sentido común refinado; (2) la ciencia es conocimiento elaborado.

Dado que la economía usa técnicas que no están en uso entre el público en general, y dado que hay economistas para cultivarlas, la economía es obviamente una ciencia en el sentido que le damos al término. Parece deducirse que escribir la historia de esas técnicas es una tarea perfectamente sencilla sobre la que no debería haber dudas ni escrúpulos. Desafortunadamente, esto no es así. Todavía no hemos salido del bosque; de hecho, todavía no estamos en eso. Tendremos que eliminar una serie de obstáculos antes de que podamos estar seguros de nuestro terreno: el más serio lleva la etiqueta de Ideología. Esto se hará en los capítulos siguientes de esta parte. Ahora mismo, se presentarán algunos comentarios sobre nuestra definición de ciencia.

En primer lugar, debemos hacer frente a lo que el lector presumiblemente considera una objeción fatal. Siendo ciencia conocimiento elaborado, es decir, definido por el criterio del uso de técnicas especiales, parece que deberíamos incluir, por ejemplo, la magia practicada en una tribu primitiva si usa técnicas que no son generalmente accesibles y están siendo desarrollado y transmitido dentro de un círculo de magos profesionales. Y, *por supuesto* , deberíamos incluirlo en principio. Esto es así porque la magia, y las prácticas que en el aspecto relevante no difieren fundamentalmente de la magia, a veces se difuminan en lo que el hombre moderno reconoce como procedimiento científico mediante pasos imperceptibles: la astrología fue compañera de la astronomía hasta principios del siglo XVII. Sin embargo, existe otra razón aún más imperiosa. La exclusión de cualquier tipo de conocimiento elaborado equivaldría a declarar que nuestros propios estándares son absolutamente válidos para todos los tiempos y lugares. Pero esto no podemos hacer. [42] En la práctica, de hecho, no tenemos más remedio que interpretar y evaluar cada pieza de conocimiento elaborado, tanto pasado como presente, a la luz de nuestros estándares, ya que no tenemos otros. Son el resultado de un desarrollo de más de seis siglos, [43] durante el cual el ámbito de los procedimientos o técnicas científicamente admisibles se ha visto cada vez más restringido en el sentido de que cada vez más procedimientos o técnicas han sido descartados como inadmisibles. Nos referimos a este ámbito críticamente restringido sólo cuando hablamos de ciencia "moderna", "empírica" o "positiva" [44] . Sus reglas de procedimiento difieren en los diferentes departamentos de la ciencia y, como ya hemos visto anteriormente, nunca están fuera de toda duda. Sin embargo, en términos generales, pueden describirse por dos características sobresalientes: reducen los hechos que se nos invita a aceptar *por motivos científicos* a la categoría más estrecha de "hechos verificables por observación o experimento"; y reducen la gama de métodos admisibles a "inferencias lógicas a partir de hechos verificables". De ahora en adelante nos colocaremos en este punto de vista de la ciencia empírica, al menos en la medida en que sus principios sean reconocidos en economía. Pero al hacerlo, debemos tener esto en cuenta: aunque vamos a interpretar las doctrinas desde este punto de vista, no pretendemos ninguna validez "absoluta" para ello; y aunque, razonando desde este punto de vista, podemos describir cualquier proposición o método dado como inválido —siempre, por supuesto, con referencia a las condiciones históricas en las que fueron formulados—, por lo tanto, no los excluimos del ámbito del pensamiento científico en nuestro original (más amplio) sentido de la palabra o, para decirlo de otra manera, negarles el carácter científico [45], que debe ser valorado, si es que lo hace, según los estándares "profesionales" de cada época y lugar.

En segundo lugar, nuestra definición original ('conocimiento elaborado') indica la razón por la cual es en general imposible fechar, incluso por décadas, los orígenes, y mucho menos el 'fundamento', de una ciencia a diferencia de los orígenes de un método o método particular. la fundación de una

'escuela'. Así como las ciencias crecen por acumulación lenta cuando nacen, también emergen por acumulación lenta, diferenciándose gradualmente, bajo la influencia de condiciones ambientales y personales favorables e inhibidoras, de su trasfondo de sentido común y, a veces, también de otras ciencias. La investigación del pasado, aclarando esas condiciones, puede reducir y reduce el intervalo de tiempo dentro del cual, en cada caso, es igualmente justificable confirmar o negar la existencia de un cuerpo de conocimiento científico. Pero ninguna cantidad de investigación puede eliminar por completo una zona de duda que siempre ha sido ampliada por la ecuación personal del historiador. En lo que respecta a la economía, el sesgo o la ignorancia por sí solos pueden explicar afirmaciones como que A. Smith o F. Quesnay o Sir William Petty o cualquier otra persona "fundó" esa ciencia, o que el historiador debería comenzar su informe con una de ellas. Pero hay que admitir que la economía constituye un caso particularmente difícil, porque el conocimiento del sentido común va en este campo mucho más lejos en relación con el conocimiento científico que hemos podido alcanzar, que el conocimiento del sentido común en casi cualquier otro campo. El conocimiento del profano de que las cosechas abundantes se asocian con precios bajos de los alimentos o de que la división del trabajo aumenta la eficiencia del proceso productivo es obviamente precientífico y es absurdo señalar tales afirmaciones en escritos antiguos como si encarnaran descubrimientos. El aparato primitivo de la teoría de la oferta y la demanda es científico. Pero el logro científico es tan modesto, y el sentido común y el conocimiento científico son, lógicamente, vecinos tan cercanos en este caso, que cualquier afirmación sobre el punto preciso en el que el uno se convirtió en el otro debe ser necesariamente arbitrario. Aprovecho esta oportunidad para advertir sobre un problema relacionado.

Definir la ciencia como conocimiento elaborado y asociarla con grupos particulares de hombres es casi lo mismo que enfatizar la importancia obvia de la especialización de la cual las ciencias individuales son el resultado (relativamente tardío). [46] Sin embargo, este proceso de especialización nunca ha ido de acuerdo con cualquier plan de racional, ya sea explícita o preconcebidas única manera objetiva actual para que la ciencia en su conjunto nunca ha alcanzado una arquitectura lógica coherente; es un bosque tropical, no un edificio construido según el plano. Individuos y grupos han seguido líderes o métodos explotados o han sido atraídos por sus problemas, por así decirlo, a campo traviesa, como ya se explicó en la Sección 2. Una de las consecuencias de esto es que las fronteras de las ciencias individuales o de la mayoría de ellos están cambiando incesantemente y no tiene sentido tratar de definirlos *ni por tema ni por método* . Esto se aplica particularmente a la economía, que no es una ciencia en el sentido en que la acústica lo es, sino más bien una aglomeración de campos de investigación mal coordinados y superpuestos en el mismo sentido que lo es la "medicina". En consecuencia, de hecho discutiremos las definiciones de otras personas —principalmente con el propósito de maravillarnos de sus insuficiencias— pero no adoptaremos una para nosotros. Nuestro enfoque más cercano para hacerlo consistirá en la enumeración que se presenta a continuación de los principales 'campos' ahora reconocidos en la práctica docente. Pero incluso esta definición de epidemia [47] debe entenderse que no tiene ninguna pretensión de ser completa. Además siempre debemos dejar abierta la posibilidad de que, en el futuro, se agreguen o eliminen temas de cualquier lista completa que se elabore a partir de hoy.

En tercer lugar, nuestra definición no implica nada acerca de los motivos que impulsan a los hombres a esforzarse para mejorar el conocimiento existente en cualquier campo. En otra conexión, volveremos ahora a este tema. Por el momento sólo notamos que el carácter científico de un análisis

dado es independiente del motivo por el cual se emprende. Por ejemplo, la investigación bacteriológica es investigación científica y sus procedimientos no tienen importancia si el investigador se embarca en ella para cumplir un propósito médico o cualquier otro. Del mismo modo, si un economista investiga las prácticas de especulación por métodos que se ajusten a los estándares científicos de su época y entorno, los resultados formarán parte del fondo científico de conocimiento económico, independientemente de que desee utilizarlos para recomendar legislación reguladora o para defender la especulación contra tal legislación o simplemente para satisfacer su curiosidad intelectual. A menos que permita que su propósito distorsione sus hechos o su razonamiento, no tiene sentido que nos neguemos a aceptar sus resultados o negar su carácter científico sobre la base de que desaprobamos su propósito. Esto implica que cualquier argumento de carácter científico producido por "defensores especiales" —ya sea que se les pague o no por producirlos— es para nosotros tan bueno o malo como los de los "filósofos desprendidos", si es que esta última especie existe. Recuerde: ocasionalmente, puede ser una pregunta interesante preguntar por *qué* un hombre dice lo que dice; pero cualquiera que sea la respuesta, no nos dice nada sobre si lo que dice es verdadero o falso. No valoramos el artilugio barato de la guerra política —desgraciadamente también demasiado común entre los economistas— de discutir sobre una proposición atacando o ensalzando los motivos del hombre que la patrocina o el interés a favor o en contra del cual la proposición parece decir.

2
-
Interludio I: [Las técnicas de análisis económico]

EL ÚLTIMO PÁRRAFO del capítulo anterior apunta hacia problemas trascendentales que, bajo el título de Sociología de la ciencia, se abordarán en el capítulo 4. Ahora interrumpimos nuestro argumento y nos desviamos para cazar dos liebres cuyos caminos divergen a veces en de manera desconcertante: por un lado, es necesario definir las relaciones de la economía con algunos de los campos del conocimiento instrumental que la han influido o han influido o tienen zonas fronterizas en común con ella [48] (cap. 3); por otro lado, conviene aprovechar esta oportunidad para explicar ahora mismo algunos de los conceptos y principios que regirán nuestra exposición de la historia del análisis económico. Esto se hará en el capítulo actual.

Comencemos de una manera completamente de sentido común. Lo que distingue al economista "científico" de todas las demás personas que piensan, hablan y escriben sobre temas económicos es el dominio de las técnicas [49] que clasificamos en tres categorías: historia, estadística y "teoría". Los tres juntos conforman lo que llamaremos Análisis Económico. [Más adelante en este capítulo, JAS agregó a estos tres un cuarto campo fundamental, la sociología económica].

[1. Historia económica]

De estos campos fundamentales, la historia económica, que influye en los hechos actuales y los incluye, es con mucho el más importante. Quiero decir ahora mismo que si, comenzando mi trabajo en economía de nuevo, me dijeran que podría estudiar solo uno de los tres pero que podría elegir, sería historia económica lo que debería elegir. Y esto por tres motivos. Primero, el tema de la economía es esencialmente un proceso único en el tiempo histórico. Nadie puede esperar comprender los fenómenos económicos de ninguna época, incluida la actual, que no tenga un dominio adecuado de los *hechos* históricos y una cantidad adecuada de sentido histórico o de lo que pueda describirse como *experiencia histórica* . [50] En segundo lugar, el informe histórico no puede ser puramente económico, sino que inevitablemente debe reflejar también hechos `` institucionales " que no son puramente económicos: por lo tanto, ofrece el mejor método para comprender cómo los hechos económicos y no económicos *se* relacionan entre sí y cómo los diversos factores sociales. las ciencias *deben* estar relacionadas entre sí. [51] En tercer lugar, creo que es el hecho de que la mayoría de los errores fundamentales que se cometen actualmente en el análisis económico se deben a la falta de experiencia histórica más a menudo que a cualquier otra deficiencia del equipo del economista. Por supuesto, debe entenderse que la historia incluye campos que han adquirido diferentes nombres como consecuencia de la especialización, como los informes prehistóricos y la etnología (antropología). [52]

Dos siniestras consecuencias del argumento anterior deben notarse a la vez. En primer lugar, dado que la historia es una fuente importante, aunque no la única, del material del economista y dado que, además, el economista mismo es un producto de su tiempo *y de todo el* tiempo *anterior* , el análisis económico y sus resultados ciertamente se ven afectados por la relatividad histórica [53]. y la única pregunta es cuánto. No se puede obtener una respuesta que valga la pena a esta pregunta filosofando sobre ella, pero será una de nuestras principales preocupaciones resolverla mediante una

investigación detallada. Por eso, esbozos del "espíritu de la época" y, en particular, de la política de cada período, prefabricarán nuestra exposición del análisis económico en las partes siguientes. En segundo lugar, tenemos que afrontar el hecho de que, como la historia económica es parte de la economía, las técnicas del historiador son los pasajeros del gran autobús que llamamos análisis económico. El conocimiento derivado siempre es insatisfactorio. Por lo tanto, incluso los economistas que no son historiadores económicos y que simplemente leen los informes históricos escritos por otros deben comprender cómo surgieron estos informes o, de lo contrario, no podrán apreciar el significado real. No podremos estar a la altura del programa que se deriva de esto. En principio, sin embargo, recordemos: la paleografía latina, por ejemplo, es una de las técnicas de análisis económico.

[2. Estadísticas]

Es lógico que para la economía, la estadística, es decir, la cifra estadística o la serie de cifras, debe ser de vital importancia. En la práctica, esto se ha reconocido al menos desde los siglos XVI y XVII, cuando una gran parte del trabajo de los *políticos* españoles , por ejemplo, consistía en la recopilación e interpretación de cifras estadísticas, sin mencionar a los econometristas ingleses, a quienes se denominaba políticos. aritméticos y sus compañeros de trabajo en Francia, Alemania e Italia. [54] Necesitamos estadísticas no solo para explicar las cosas, sino también para saber con precisión qué hay que explicar. Pero hay que añadir un comentario análogo al comentario del párrafo anterior sobre el tema de la historia. Es imposible comprender las cifras estadísticas sin comprender cómo se han recopilado. Es igualmente imposible extraer información de ellos o comprender la información que los especialistas extraen para el resto de nosotros sin comprender los métodos mediante los cuales se hace esto y los antecedentes epistemológicos de estos métodos. Por lo tanto, un dominio adecuado de los métodos estadísticos modernos es una condición necesaria (pero no suficiente) para evitar que el economista moderno produzca tonterías, aunque mucho más en algunos campos que en otros: nuestro interés en estos métodos es demasiado grande para nosotros. dejar el juicio sobre las virtudes o defectos, digamos, del método de diferencias variables a los especialistas, incluso si eran unánimes al respecto. Una vez más, no podremos estar a la altura del programa que se deriva de esto. Pero de nuevo, reconoceremos, al menos en principio: los métodos estadísticos son parte de las herramientas del análisis económico incluso cuando no están especialmente diseñados para satisfacer sus necesidades particulares; y *Ars conjectandi de* Jacques Bernoulli o *Théorie analytique de* Laplace se encuentran en la historia de muchas ciencias, pero también tienen su lugar en la historia de la nuestra. [55]

[3. 'Teoría']

El tercer campo fundamental es la "teoría". Este término tiene muchos significados, pero solo dos de ellos son relevantes en lo que respecta a nuestro propio uso en este libro. El primero y menos importante convierte a las teorías en sinónimos de hipótesis explicativas. Por supuesto, estas hipótesis también son ingredientes esenciales de la historiografía y la estadística. Por ejemplo, incluso el historiador más ferozmente fáctico, económico o de otro tipo, difícilmente puede evitar formular una hipótesis o teoría explicativa, o varias hipótesis o teorías explicativas, sobre los orígenes de las ciudades. El estadístico debe formar una hipótesis o teoría, digamos, sobre la distribución conjunta de las variables estocásticas que entran en su problema. Todo lo que hay que decir al respecto es que es un error, aunque generalizado, creer que el único o principal negocio del teórico económico consiste en

formular tales hipótesis (algunos tal vez deseen agregar: fuera del cielo azul) .

La teoría económica hace algo completamente diferente. En efecto, como tampoco puede hacerlo la física teórica, sin simplificar esquemas o modelos que pretenden retratar ciertos aspectos de la realidad y dar por sentadas algunas cosas para establecer otras de acuerdo con ciertas reglas de procedimiento. En lo que respecta a nuestro argumento actual, las cosas (proposiciones) que damos por sentadas pueden llamarse indiscriminadamente hipótesis o axiomas o postulados o suposiciones o incluso principios, [56] y las cosas (proposiciones) que creemos haber establecido por admisibles procedimiento se llaman teoremas. Por supuesto, una proposición puede figurar en un argumento como un postulado y en otro como un teorema. Ahora bien, las hipótesis de este tipo también son *sugeridas* por hechos —se enmarcan teniendo en cuenta las observaciones hechas— pero en lógica estricta son creaciones arbitrarias del analista. [57] Se diferencian de las hipótesis del primer tipo en que no incorporan resultados finales de investigación que se suponen interesantes por sí mismos, sino que son meros instrumentos o herramientas enmarcados con el propósito de establecer resultados interesantes. Además, enmarcarlas no es más que todo lo que hace el teórico económico que enmarcar hipótesis estadísticas es todo lo que hace el teórico estadístico o, de hecho, cualquier teórico. Igual de importante es el diseño de otros dispositivos mediante los cuales se pueden extraer resultados de las hipótesis: todos los conceptos (como 'tasa marginal de sustitución', 'productividad marginal', 'multiplicador', 'acelerador'), relaciones entre conceptos y métodos para manejar estas relaciones, todos los cuales no tienen nada de hipotético. [58] Y es la suma total de tales artilugios —incluidos los supuestos estratégicamente útiles— lo que constituye la teoría económica. En la frase inmejorablemente feliz de la Sra. Robinson, la teoría económica es una caja de herramientas.

El fundamento de esta concepción de la teoría económica es muy simple y el mismo que en todos los demás departamentos de la ciencia. La experiencia nos enseña que los fenómenos de una clase determinada —económicos, biológicos, mecánicos, eléctricos y otros— son de hecho sucesos individuales, cada uno de los cuales, a medida que ocurre, revela peculiaridades propias. Pero la experiencia también nos enseña que estos sucesos individuales tienen ciertas propiedades o aspectos en común y que se puede realizar *una tremenda economía de esfuerzo mental si nos ocupamos de estas propiedades o aspectos, y de los problemas que plantean, de una vez por todas* . Para algunos propósitos, es realmente necesario analizar cada caso individual de fijación de precios en un mercado individual, cada caso de formación de ingresos, cada ciclo económico individual, cada transacción internacional, etc. Pero incluso donde esto es necesario descubrimos que estamos utilizando, en cada caso, conceptos que ocurren en el análisis de todos. A continuación, descubrimos que todos los casos, o al menos grandes conjuntos de casos individuales, muestran características similares que, y cuyas implicaciones, pueden tratarse para todos ellos juntos por medio de esquemas generales de precios, formación de ingresos, ciclos, transacciones internacionales. , y así. Y finalmente descubrimos que estos esquemas no son independientes entre sí sino que están relacionados, por lo que es ventajoso ascender a un nivel aún más alto de `` abstracción generalizadora '' sobre el cual construimos un instrumento compuesto o motor u órgano de análisis económico, aunque no el único, como hemos visto, que funciona *formalmente* de la misma manera, sea cual sea el problema económico al que nos dediquemos . La obra [60] de Richard Cantillon es la primera en la que la conciencia de esta última verdad es claramente discernible, aunque los economistas tardaron más de un siglo en darse cuenta de todas sus posibilidades; de hecho, Léon Walras fue el primero en hacerlo (véase más adelante la Parte IV, cap. 6,

sec. 5b).

Aunque no es posible ni deseable que nos embarquemos en una epistemología de la economía y aunque algunos de los temas pertenecientes a ese campo recibirán atención tanto en los capítulos siguientes de esta Parte como en todas las Partes posteriores, será útil insertar aquí algunos comentarios adicionales con la esperanza de que hagan algo para reducir las posibles barreras entre mis lectores y yo.

Primero, entonces, debe agregarse una salvedad al argumento anterior sobre la naturaleza y funciones de la teoría económica. Este argumento se desarrolló en términos que son aplicables, sustancialmente al menos, a todas las ciencias que tienen algún aparato de análisis para todo propósito. Pero existen límites a este paralelismo y los más importantes de ellos están representados por los dos hechos siguientes. La economía carece de los beneficios que la física deriva de los experimentos de laboratorio (cuando los economistas hablan de experimentar se refieren a algo muy diferente de experimentar en condiciones de laboratorio), pero en cambio disfruta de una fuente de información que se le niega a la física, a saber, el amplio conocimiento del hombre sobre los *significados* de la economía. comportamiento. Esta fuente de información es también fuente de controversias que nos molestarán repetidamente en nuestro camino. Pero difícilmente se puede negar su existencia. Ahora bien, cuando hablamos, por ejemplo, de motivos que se supone que actúan sobre individuos o grupos, nuestra fuente de información puede identificarse a grandes rasgos con el conocimiento de procesos psíquicos, conscientes o subconscientes, que sería absurdo no utilizar, aunque, como Nunca dejaré de enfatizar que esto no es lo mismo que invadir el campo de la psicología profesional, como tampoco declarar la 'ley' de los rendimientos decrecientes de la tierra implica invadir el ámbito de la física. Sin embargo, también hay otra forma de interpretar nuestro conocimiento de los significados que se asemeja más a la lógica. Si afirmo, por ejemplo, que, bajo una serie de condiciones, las ganancias instantáneas de una empresa se maximizarán en la producción en la que el costo marginal es igual al ingreso marginal (el último es igual al precio en el caso de la competencia pura), puedo decir estar formulando la lógica de la situación y un resultado verdadero, como es una regla de lógica general, independientemente de que alguien actúe o no de conformidad con ella. Esto significa que hay una clase de teoremas económicos que son *ideales* o *normas* lógicos (no, por supuesto, éticos o políticos) . Y evidentemente difieren de otra clase de teoremas económicos que se basan directamente en observaciones, por ejemplo, en observaciones sobre hasta qué punto las expectativas de oportunidades de empleo afectan el gasto de los trabajadores en bienes de consumo o cómo las variaciones en los salarios afectan la tasa de matrimonio. Sin duda, sería posible asimilar ambos tipos de teoría interpretando las normas lógicas también como generalizaciones "purificadoras" de datos de observación, si es necesario, de observaciones que son almacenadas subconscientemente por la experiencia común. En general, sin embargo, parece mejor no hacerlo sino reconocer francamente que tenemos, o creemos tener, la capacidad de comprender significados y de representar las implicaciones de estos significados mediante esquemas construidos apropiadamente.

En segundo lugar, la explicación anterior puede haber hecho algo para eximirme de la sospecha de que estoy contaminado con el cientificismo. Este término ha sido introducido por el profesor von Hayek [61] para denotar la copia acrítica de los métodos de la física matemática en la creencia igualmente acrítica de que estos métodos son de aplicación universal y el ejemplo incomparable para toda la actividad científica a seguir. Esta historia en su conjunto responderá a la

pregunta de si realmente ha habido una copia tan acrítica de métodos que tienen significado solo dentro de los patrones particulares de las ciencias que los desarrollaron, *aparte de las declaraciones programáticas que han sido lo suficientemente numerosas desde el asombro. inspiradores éxitos de las ciencias físicas en el siglo XVII, pero no significan casi nada* . En lo que respecta a la cuestión de los principios, no puede haber la menor duda de que Hayek tiene razón —y también lo tenían todos los que en el siglo XIX lo precedieron en protestas similares a las suyas— al sostener que el préstamo por parte de los economistas de cualquier método por el único motivo que ha tenido éxito en otro lugar es inadmisible, y que los casos raros y sin importancia en los que esto se ha hecho realmente merecen lo que tienen en sus manos. Desafortunadamente, esta no es la verdadera pregunta. Tenemos que preguntarnos qué constituye "pedir prestado" antes de poder proceder a preguntar qué constituye un préstamo ilegítimo. Y aquí debemos tener cuidado con una ilusión óptica similar a la que hace que los marxistas sean tan reacios a usar términos como precio o costo o dinero o valor de los servicios de la tierra o incluso interés cuando se habla de un futuro orden socialista: estos términos denotan conceptos. de lógica económica general y, para los marxistas, parecen estar teñidos de un significado capitalista sólo porque se utilizan también en la sociedad capitalista. De manera similar, los conceptos y procedimientos de las matemáticas "superiores" se han desarrollado por primera vez en conexión con los problemas del físico, pero esto no significa que haya algo específicamente "fisicalista" en este tipo particular de lenguaje. [62] Pero esto también es válido para algunos de los conceptos generales de la física, como el potencial de equilibrio u oscilador, o la estática y la dinámica, que aparecen por sí mismos en el análisis económico al igual que los sistemas de ecuaciones: lo que tomamos prestado cuando usamos, por ejemplo , el concepto de 'oscilador' es una palabra y nada más. Sin embargo, dos circunstancias se combinan para reforzar esa ilusión óptica. Por un lado, físicos y matemáticos, cuando se toparon con esos conceptos generales que se nos ocurrieron más tarde, no solo los bautizaron sino que también elaboraron su lógica. Mientras esta lógica no introduzca nada "fisicalista", sería un desperdicio de esfuerzo no hacer uso de ella. Por otro lado, los estudiantes a veces comprenden una analogía física más fácilmente que la economía del caso que se presenta. Por lo tanto, estas analogías se utilizan a menudo en la enseñanza. Por lo tanto, parece que las cosas de las que se nos acusa de tomar prestadas son simplemente el reflejo del hecho de que todos nosotros, físicos o economistas, tenemos un solo tipo de cerebro con el que trabajar y que este cerebro actúa de maneras que son hasta cierto punto similares. cualquiera que sea la tarea que aborde, el hecho al que debe su existencia el movimiento Unity-of-Science. Esto no implica ningún error mecanicista, determinista u otro '-ista', ni ningún descuido de la verdad de que 'explicar' significa algo diferente en las ciencias naturales y sociales, o finalmente ninguna negación de las implicaciones del carácter histórico. de nuestro tema.

En tercer lugar, si la teoría económica es un tipo de cosa tan simple e inofensiva como la he representado, el lector podría preguntarse de dónde viene la hostilidad que la ha seguido desde que atrajo la atención (que fue aproximadamente desde el momento de los fisiócratas) hasta el día de hoy. Simplemente enumeraré los encabezados principales para una respuesta que nuestra historia verificará ampliamente:

(1) En todo momento, incluido el presente, al juzgar desde el punto de vista de los requisitos de cada período (sin juzgar el estado de la teoría como estaba en cualquier momento según los estándares de una época posterior), el desempeño de la teoría económica ha sido por debajo de las expectativas razonables y abierto a críticas válidas.

(2) El desempeño insatisfactorio siempre ha estado y sigue estando acompañado de afirmaciones injustificadas, y especialmente de aplicaciones irresponsables a problemas prácticos que estaban y están más allá de los poderes del aparato analítico contemporáneo.

(3) Pero si bien el desempeño de la teoría económica nunca estuvo a la altura, es decir, nunca fue lo que podría haber sido, al mismo tiempo estuvo más allá del alcance de la mayoría de las personas interesadas que no la entendieron y se resintieron con cualquier intento de refinamiento analítico. Distingamos cuidadosamente los dos elementos diferentes que entran en este resentimiento. Por un lado, siempre hubo muchos economistas que deploraron la pérdida de todas esas masas de hechos que en realidad se pierden en cualquier proceso que implique abstracción. Por lo que se refiere a la aplicación, este tipo de resentimientos suele estar bastante justificado. Por otro lado, sin embargo, hay mentes poco teóricas que no pueden ver ningún uso en nada que no se relacione directamente con problemas prácticos. O, para decirlo de manera menos inofensiva, que carecen de la cultura científica necesaria para apreciar el refinamiento analítico. Es muy importante que el lector tenga presente esta curiosa combinación de crítica justificada e injustificada de la teoría económica, que será enfatizada a lo largo de este libro. Explica el hecho de que la crítica de la teoría económica prácticamente siempre procedía tanto de personas que estaban por encima como de personas que estaban por debajo del nivel de la teoría económica de su época.

(4) La hostilidad que procedía de estas fuentes se vio frecuentemente reforzada por la hostilidad hacia las alianzas políticas que la mayoría de los teóricos persistió en formar. El ejemplo clásico de esto es la alianza de la teoría económica con el liberalismo político del siglo XIX. Como veremos, esta alianza tuvo el efecto de convertir por un tiempo la derrota del liberalismo político en una derrota de la teoría económica. Y en ese momento mucha gente odiaba positivamente la teoría económica porque pensaban que era solo un dispositivo para reforzar un programa político que desaprobaban. Este punto de vista les resultó mucho más fácil porque los propios teóricos económicos compartieron su error e hicieron todo lo que pudieron para poner su aparato analítico al servicio de su credo político liberal. En este y muchos casos análogos, de los cuales la teoría económica moderna es otro ejemplo deplorable, los economistas se complacieron en su fuerte propensión a incursionar en la política, a vender recetas políticas, a ofrecerse como filósofos de la vida económica, y al hacerlo descuidaron el deber de declarar. explícitamente los juicios de valor que introdujeron en su razonamiento.

(5) Aunque está realmente implícito en uno o más de los títulos anteriores, también podemos enumerar por separado la opinión de que la teoría económica consiste en enmarcar hipótesis especulativas infundadas en el primero de los dos significados que se distinguieron anteriormente. De ahí la tendencia bastante frecuente entre los economistas u otros científicos sociales de excluir la teoría económica del ámbito de la ciencia seria. Es interesante notar que una propensión [63] de este tipo no se limita en modo alguno a nuestro campo. Isaac Newton era un teórico si era algo. Sin embargo, mostró una marcada hostilidad hacia la teoría y especialmente hacia la formulación de hipótesis causales. Lo que realmente quiso decir no fue teoría o hipótesis de nuestro segundo tipo, sino especulaciones insuficientemente fundamentadas. Quizás también había algo más en esta hostilidad, a saber, la aversión de la mente verdaderamente científica al uso de la palabra "causa" que tiene un sabor metafísico. También se puede apelar al ejemplo de Newton para ilustrar la verdad de que el desagrado por el uso de conceptos metafísicos en el ámbito de la ciencia empírica no implica en absoluto ningún

desagrado por la metafísica misma. [JAS tenía la intención de tener estos nueve párrafos de material sangrado en letra pequeña para que al lector medio le fuera fácil omitirlos].

[4. Sociología económica]

El lector habrá observado que nuestros tres campos fundamentales, historia económica, estadística y método estadístico, y teoría económica, si bien se complementan esencialmente entre sí, no lo hacen perfectamente. Al escribir historia económica, de hecho hay afirmaciones que no deberían añadirse en absoluto a menos que estén debidamente fundamentadas con piezas de razonamiento que pertenezcan a la teoría económica: tal afirmación es, por ejemplo, la que vincula el gran desarrollo económico de Inglaterra desde la década de 1840 hasta la década de 1840. finales del siglo XIX hasta la derogación de las Leyes del Maíz y prácticamente cualquier otro tipo de protección. Los esquemas de la teoría económica derivan los marcos institucionales dentro de los cuales se supone que funcionan a partir de la historia económica, que es la única que puede decirnos qué tipo de sociedad era, o es, a la que deben aplicarse los esquemas teóricos. Sin embargo, no es solo la historia económica la que presta este servicio a la teoría económica. Es fácil ver que cuando introducimos la institución de la propiedad privada o de la libre contratación o bien una mayor o menor cantidad de regulación gubernamental, estamos introduciendo hechos sociales que no son simplemente historia económica, sino una especie de generalización, tipificación o estilización. historia económica. Y esto se aplica aún más a las formas generales de comportamiento humano que asumimos en general o para determinadas situaciones sociales pero no para otras. Todo libro de texto de economía que no se limite a enseñar técnica en el sentido más restringido de la palabra tiene una introducción institucional que pertenece a la sociología más que a la historia económica como tal. Tomando prestado de la práctica alemana, encontraremos útil, por tanto, introducir un cuarto campo fundamental para complementar los otros tres, aunque el trabajo positivo en este campo también nos lleva más allá del mero análisis económico: el campo que llamaremos Sociología Económica (*Wirtschaftssoziologie*) . Para usar una frase feliz: el análisis económico se ocupa de las cuestiones de cómo se comporta la gente en cualquier momento y cuáles son los efectos económicos que producen al comportarse así; la sociología económica se ocupa de la cuestión de cómo llegaron a comportarse como lo hacen. [64] Si definimos el comportamiento humano con la suficiente amplitud para que incluya no solo las acciones, los motivos y las propensiones, sino también las instituciones sociales que son relevantes para el comportamiento económico, como el gobierno, la herencia de la propiedad, el contrato, etc., esa frase realmente nos dice todo lo que necesitamos. necesitar. Por supuesto, debe observarse que esta distinción es una que hacemos para nuestros propios fines. No se da a entender que esta distinción haya sido realizada por los propios autores con los que nos vamos a encontrar. La prueba de cualquier pudín está en comer y por eso me abstengo de decir nada en su defensa en este momento.

[5. Economía política]

A la suma total de las técnicas históricas, estadísticas y teóricas que se han caracterizado anteriormente, junto con los resultados que ayudan a producir, la llamamos economía (científica). Este término es de crecimiento relativamente reciente. El gran tratado de A. Marshall fue el primero en establecer su uso, a partir de 1890, al menos en Inglaterra y Estados Unidos. [65] En el siglo XIX, el término comúnmente utilizado era Economía Política, aunque en algunos países otros términos

competían con él en las primeras décadas de ese siglo. Este asunto sin importancia será tratado, a medida que avancemos, en las Partes siguientes. Pero conviene señalar dos puntos a la vez. Primero, economía política significaba cosas diferentes para diferentes escritores y, en algunos casos, significaba lo que ahora se conoce como teoría económica o economía "pura". Por lo tanto, se debe hacer una advertencia ahora mismo de que para interpretar correctamente lo que dijo cualquier escritor sobre el alcance y el método de la economía política, siempre debemos estar seguros del significado que le dio a este término: algunas proposiciones sobre esos temas que han indignado los críticos se vuelven perfectamente inofensivos si se tiene en cuenta esta regla. En segundo lugar, desde que nuestra ciencia o aglomeración de ciencias fue bautizada como economía política por un escritor poco significativo del siglo XVII, cuya obra debe una inmortalidad inmerecida a este hecho, ha existido la sugerencia implícita o explícita de que la preocupación exclusiva de nuestra ciencia era con la economía del estado —aunque por supuesto no sólo de la *polis* , la ciudad-estado de Grecia— o, lo que es casi lo mismo, con las políticas públicas de carácter económico. Esta sugerencia, que fue aún más enfatizada por el término alemán frecuentemente utilizado como sinónimo de economía política, *Staatswissenschaft* , implicaba, por supuesto, una concepción demasiado estrecha del alcance de la economía. Por cierto, hizo demasiado hincapié en la distinción, en gran medida sin sentido, entre economía y lo que ahora se llama economía empresarial. Por lo tanto, entendamos que nosotros mismos no nos divorciamos de los dos y que todos los hechos y herramientas relevantes para el análisis del comportamiento de empresas individuales, pasadas o presentes, entran dentro de nuestro significado de economía tanto como los hechos y herramientas relevantes para el análisis del comportamiento de los gobiernos y, por lo tanto, deberán agregarse al contenido de cualquier economía política más restringida del pasado. Sin embargo, debemos notar un significado novedoso del término economía política que se ha afirmado últimamente.

Algunos economistas contemporáneos opinan que la teoría económica moderna (en nuestro sentido) pende demasiado en el aire y no toma suficientemente en cuenta el hecho de que ninguna aplicación sensata a cuestiones prácticas o incluso al análisis de situaciones dadas de una economía puede basarse en sus resultados sin referencia al marco histórico-político en el que se han de sostener. Esta opinión se extiende a veces de modo que implica la crítica de cualquier trabajo que se concentre en la mejora de las herramientas teóricas o estadísticas de análisis, y luego me parece que no significa nada más que un fracaso en darse cuenta de la inexorable necesidad del trabajo especializado. Pero tanto más justificada es esta opinión si se formula como se ha formulado en la primera frase de este párrafo. En particular, es probable que una economía que incluya un análisis adecuado de la acción del gobierno y de los mecanismos y filosofías predominantes de la vida política sea mucho más satisfactoria para el principiante que una serie de diferentes ciencias que no sabe cómo coordinar, mientras que, para su deleite, encuentra precisamente lo que busca confeccionado en Karl Marx. Una economía de este tipo se presenta a veces con el título Economía política. En reconocimiento parcial de la verdad que parece estar contenida en este programa, hemos establecido nuestro 'cuarto campo fundamental', la Sociología Económica.

Economía política en el sentido discutido en el párrafo anterior evoca aún otro significado del término, el que aparece en una discusión de Sistemas de Economía Política. Y este significado a su vez evoca, por asociación, el término Pensamiento Económico. Pero será conveniente abordar estos dos conceptos en el Capítulo 4. Allí también intentaremos aclarar la relación de esta Historia del Análisis

Económico con cualquier historia de los sistemas de economía política y con cualquier historia de los pensamientos sobre temas económicos que flotar en la mente del público.

[6. Campos aplicados]

La división del trabajo, tanto en la investigación como en la docencia, ha producido, tanto en la economía como en otros lugares, un número indefinido de especialidades que suelen describirse como "campos aplicados". Para obtener una lista de ellos (que no pretende ser completa) inspírese en los cursos ofrecidos por las instituciones más grandes de educación superior en los Estados Unidos que enseñan economía.

Además de los cursos de investigación general y los cursos de historia económica, estadística, teoría económica y sociología económica, [66] encontramos, en primer lugar, ofertas en un grupo de campos que todos consideran parte integrante de la `` economía general '' y que reciben un tratamiento separado únicamente. a fin de facilitar un tratamiento más intensivo de sus sujetos. Tales son el dinero y la banca, las fluctuaciones (o ciclos) comerciales, el comercio exterior (relaciones económicas internacionales) y, ocasionalmente, la ubicación. En segundo lugar, encontramos un grupo de campos, como la contabilidad, las ciencias actuariales y los seguros, que históricamente han conservado en conjunto demasiada independencia de la economía general (que se está abandonando lentamente en el caso de la contabilidad) pero que son útiles o incluso indispensables. para todos o para algunos economistas, porque ofrecen tanto instrumentos de análisis económico como oportunidades para aplicarlo; atestigua, por ejemplo, el tema de la depreciación. En tercer lugar, nos encontramos con un grupo de campos estándar que pivotan sobre los de edad establecido departamentos de la política económica pública especialmente: agricultura, [67] de mano de obra, transporte y servicios públicos, '' los problemas de la industria manufacturera (y de *su* control público) -para el que hay no es un nombre en inglés generalmente aceptado, y finanzas públicas ('política fiscal'), al que la mayoría de la gente agregará (por el momento) una serie de otros campos como marketing ('distribución de productos básicos') y seguridad social (en la medida en que no cubiertos por el seguro). El socialismo y los 'sistemas económicos comparativos' o nuevamente 'población' pueden representar un cuarto grupo, y los 'estudios de área' que se han vuelto tan populares últimamente un quinto. La inclusión de otros campos o la subdivisión de algunos de los que se han mencionado podría aumentar de manera impresionante el número de pasajeros en lo que hemos descrito como un gran bus. Pero nuestra lista tal como está y el conocimiento general del lector son suficientes para verificar las tres declaraciones que es relevante para nuestra tarea.

En primer lugar, es evidente que no hay permanencia ni orden lógico en este revoltijo de campos aplicados. Tampoco hay fronteras definidas para ninguno de ellos. Aparecen o desaparecen, aumentan o disminuyen en importancia relativa y se superponen entre sí según lo dictan los intereses y métodos cambiantes. Y, como ya se ha indicado, así debe ser. Emprender o abstenerse de emprender cualquier tarea interesante por respeto a las fronteras o la tectónica sería el colmo del absurdo.

En segundo lugar, *todos* esos campos especiales o aplicados, y no solo los tres que se han mencionado como constituyentes de nuestro primer grupo, son mezclas de hechos y técnicas que forman lo que hemos descrito como las cuatro divisiones fundamentales del análisis económico en nuestro sentido. Las mezclas difieren mucho unas de otras porque hay grandes extensiones de terreno en las que hay mucha menos necesidad u oportunidad de herramientas estadísticas o teóricas elaboradas

que en otras o incluso ninguna, aunque el elemento histórico casi nunca puede ser ignorado por completo. con impunidad. Además, las mezclas también difieren por otra razón: los trabajadores especializados en los diversos campos, individual y grupalmente, se basan de manera muy diferente en los campos fundamentales y, por lo tanto, mezclan técnicas de una manera que difiere considerablemente de lo que podrían pensarse las especialidades elegidas. requerir, un hecho que debemos tener en cuenta si queremos entender por qué la economía es lo que es. En principio, sin embargo, es imposible divorciar ninguno de los campos aplicados de los fundamentales.

Pero, en tercer lugar, ese divorcio también es imposible porque los campos aplicados no solo aplican un conjunto de hechos y técnicas que están listas para su uso en la economía general, sino que también se suman a él. Estos campos pueden acumular existencias "privadas" de hechos y métodos que son de poca o ninguna utilidad fuera de sus límites. Más allá de esto, sin embargo, han desarrollado repetidamente acumulaciones de hechos y esquemas conceptuales que deberían registrarse como contribuciones al análisis económico general, aunque los guardianes designados de este último a veces han tardado en recibirlos. La economía agrícola moderna ofrece algunos ejemplos, los campos del transporte y las finanzas públicas ofrecen otros. De ello se deduce que no podemos limitarnos a la historia del análisis económico "general", sino que tendremos que estar atentos a los desarrollos en los campos aplicados lo mejor que podamos.

3

-

Interludio II: [Desarrollos contemporáneos en otras ciencias]

DE VEZ EN TIEMPO, levantaremos la vista de nuestro trabajo para ver una pieza de paisaje intelectual. Un poco menos superficialmente, para cada uno de nuestros períodos, registraremos algunos desarrollos contemporáneos en otras ciencias (en nuestro sentido del término) que fueron relevantes o que, por una razón u otra, podrían esperarse que hayan sido relevantes para el desarrollo. nuestro. Lo que hay que decir ahora sobre este aspecto de nuestra exposición está tan preponderantemente relacionado con la «filosofía» que bien podría haber titulado este capítulo: Economía y filosofía. El resto se eliminará en los dos párrafos siguientes.

[1. Economía y Sociología]

Después de lo que se ha dicho en el capítulo anterior sobre la importancia primordial para el análisis económico de la historia, y todas las ciencias y ramas de las ciencias que este término significa [68] -y de estadísticas, no hace falta decir que hay que tratar de mantener algún tipo de contacto con ellos; La razón por la que esto se hará de manera fragmentaria no es que no sea deseable un tratamiento más sistemático, sino que dicho tratamiento es imposible dentro del espacio a nuestra disposición y dentro de los límites de mi propio conocimiento, e incluso si fuera posible, ahogaría nuestra propia historia en un océano insondable. Del mismo modo, no hace falta decir que no podemos permitirnos, con las mismas restricciones, descuidar los desarrollos de la sociología. Este término lo usaremos en el sentido estricto en el que denota una ciencia única, aunque lejos de ser homogénea, a saber, el análisis general de los fenómenos sociales como la sociedad, el grupo, la clase, las relaciones de grupo, el liderazgo y similares. Y usaremos el término en este sentido a lo largo, es decir, para desarrollos que anteceden en siglos a la introducción de la palabra. En un sentido más amplio, significa el conjunto de muchas ciencias sociales superpuestas y descoordinadas, que es el término que preferimos y que incluye, entre otras cosas, nuestra propia economía, jurisprudencia, hierología, 'ciencia política', ecología y ética y estética descriptiva. (en el sentido de la sociología de los patrones de conducta moral y del arte). En la nota a pie de página siguiente, el ejemplo de la jurisprudencia ilustra los tipos de relaciones que pueden hacer que los desarrollos en estos y otros campos sean relevantes para la historia del análisis económico. [69]

La cercanía de algunas de estas relaciones ha sido reconocida al establecer el "campo fundamental" de la sociología económica en el que ni los economistas ni los sociólogos pueden llegar muy lejos sin pisarse los dedos de los pies. Pero no se sigue *ya sea* que la cooperación entre los dos grupos en realidad ha sido especialmente estrecha o fértil; *o* que cualquiera de ellos se habría llevado mejor si hubiera habido más cooperación. En cuanto al primer punto, es el hecho de que desde el siglo XVIII ambos grupos se han ido distanciando constantemente hasta que ahora el economista modal y el sociólogo modal saben poco y se preocupan menos por lo que hace el otro, prefiriendo cada uno utilizar, respectivamente, un la sociología primitiva y una economía primitiva propia a aceptar los resultados profesionales del otro, un estado de cosas que fue y no mejora por la vituperación mutua. En cuanto al segundo punto, no es de ninguna manera seguro que una cooperación más estrecha, tan a

menudo clamada por los laicos que esperan grandes cosas de la "fertilización cruzada" con una certeza que no se ve afectada por la competencia profesional, hubiera sido una bendición sin mezcla. Pues ciertamente no podría haber producido ganancias *netas* porque habría habido alguna pérdida de esa eficiencia que es el resultado de una especialización estricta o incluso estrecha. Esto vale incluso para la división de la economía y la sociología (en el sentido más amplio) en departamentos que se han convertido en lo que son, a todos los efectos, ciencias semiindependientes. Precisamente por eso preferimos hablar de ciencias sociales antes que hablar de sociología en un sentido más amplio. Como observó una vez un eminente economista, la fertilización cruzada puede resultar fácilmente en una esterilización cruzada. Esto no afecta lo que se ha dicho sobre la necesidad de seguir, al menos de manera fragmentaria, los desarrollos de todos los "campos vecinos" en este libro. Fue sólo para evitar un posible malentendido que creí necesario escribir las últimas frases.

[2. Lógica y Psicología]

Por lo demás, estamos particularmente interesados en la lógica y la psicología. El primero reclama nuestra atención porque los economistas han hecho una contribución nada despreciable, pero especialmente por su propensión a dogmatizar y a discutir sobre el `` método ": los economistas que disfrutan de este deporte pueden verse influenciados por los escritos de los lógicos de su época. que por lo tanto, aunque más aparentemente que realmente, obtienen alguna influencia, legítima o no, sobre nuestro trabajo. En lo que respecta a la psicología, existe la opinión que se destacó por primera vez en el siglo XVIII y, por lo tanto, ha sido patrocinada de forma intermitente, de que la economía, como otras ciencias sociales, se ocupa del comportamiento humano. La psicología es realmente la base a partir de la cual debe partir cualquier ciencia social y en términos de la cual debe correr toda explicación fundamental. Esta visión, que se ha defendido con tanta fuerza como se ha atacado, la denominaremos psicologismo. En realidad, sin embargo, los economistas nunca han permitido que sus análisis se vean influidos por los psicólogos profesionales de su época, sino que siempre han formulado para sí mismos los supuestos sobre los procesos psíquicos que creían deseable. Por un lado, notaremos este hecho ocasionalmente con sorpresa porque existen problemas en el análisis económico que podrían ser atacados con ventaja por métodos elaborados por psicólogos. Por otro lado, debemos evitar una ilusión muy natural. Si utilizamos una suposición cuyo contenido parece pertenecer a un campo en particular, esto no significa necesariamente que realmente invadamos ese campo. Por ejemplo, la llamada ley de los rendimientos decrecientes de la tierra se refiere a lo que podría denominarse un hecho físico. Pero, como ya se ha señalado, esto no significa que al formular este supuesto estemos entrando en el campo de la física. De manera similar, cuando afirmo la suposición de que a medida que continúo comiendo sucesivos trozos de pan, mi deseo por más trozos de pan disminuye, se puede decir que estoy afirmando un hecho psíquico. Pero, al hacerlo, no estoy tomando prestado nada de la psicología profesional, ni buena ni mala; Simplemente estoy formulando lo que, correcta o incorrectamente, creo que es un hecho de experiencia común. Si nos colocamos en este punto de vista, encontraremos que hay mucha menos psicología acerca de las proposiciones económicas de lo que uno podría pensar a primera vista. Hablar de leyes psicológicas, como la ley keynesiana de la propensión a consumir, es un abuso flagrante, porque esta práctica sugiere una justificación de nuestros supuestos, que, en efecto, no existen. Sin embargo, es necesario echar un vistazo ocasionalmente a los desarrollos en el campo de la psicología profesional, y esta necesidad surge, aunque con menos frecuencia,

también con respecto a una serie de otras ciencias. Por el momento, nos limitamos a mencionar la biología como ejemplo. Existe, o ha existido, el darwinismo social y económico. Si vamos a valorar este fenómeno, conviene estar seguros de lo que realmente dijo Charles Darwin y de los métodos y materiales que lo indujeron a decirlo.

[3. Economía y Filosofía]

Pasamos ahora al tema de las relaciones entre economía y filosofía. O, para decirlo más precisamente, a la pregunta de hasta qué punto el análisis económico ha experimentado influencias de la filosofía. [70] Debido a los muchos significados que se le han asignado a la palabra filosofía, es necesario cierto cuidado para evitar confusiones.

En primer lugar, hay un significado para el que nuestra pregunta es muy fácil de responder, o más bien, para el que no existe ningún problema. El «filósofo» griego, que pasó a ser retórico y sofista, era simplemente el hombre de las búsquedas intelectuales. Tomada en este sentido, que se transmitió a la Edad Media y sobrevivió hasta el siglo XVIII, la filosofía significaba la suma total de todos los conocimientos científicos. Era simplemente la ciencia universal, de la que la metafísica formaba parte no menos que la física, y la física no menos que las matemáticas o cualquier "filosofía" sobre la naturaleza de la sociedad y de la *polis* . Este uso estaba destinado a mantenerse mientras el stock, tanto de herramientas analíticas como de hechos, siguiera siendo lo suficientemente pequeño como para abarcarlo un cerebro. Más o menos, así fue hasta, muy aproximadamente, mediados del siglo XVIII, cuando terminó definitivamente la época de los polihistoriadores. [71] Como hemos visto, Santo Tomás de Aquino se sumó a este uso de la palabra filosofía, excepto que excluyó la doctrina sagrada que era una ciencia aparte. Todas las demás eran "disciplinas filosóficas". Es interesante notar que Santo Tomás no hizo ningún intento de asignar al primero ninguna otra prerrogativa que la de la dignidad supra-mundana y no le otorgó ninguna autoridad sobre el segundo.

Cuando miramos más de esos sistemas integrales [72] de la ciencia, no podemos dejar de hacer un descubrimiento de la mayor importancia para el problema en la mano. Ni Aristóteles ni ninguno de los polihistoriadores posteriores lograron unificar, ni siquiera intentaron unificar, los diversos departamentos de su enseñanza y, en particular, afirmar en cada uno de ellos sus puntos de vista sobre las 'últimas causas', el 'significado último' de cosas y cosas por el estilo. Las teorías físicas de Aristóteles, por ejemplo, son completamente independientes de sus puntos de vista sobre esos "fundamentos" y podrían, en lo que a éstos concierne, haber sido igualmente diferentes de lo que eran. Y esto es tan cierto para su sociología política (por ejemplo, sus investigaciones sobre las constituciones de las ciudades-estado griegas) como lo es para su física. De manera similar, las opiniones de Leibniz sobre el comercio exterior no tienen nada que ver con su visión fundamental del mundo físico y moral y él podría, en lo que a estos respecta, haber sido un libre comerciante. Por tanto, es mejor hablar de un compuesto de ciencias en lugar de una ciencia universal. Este compuesto se rompió en pedazos cuando las exigencias de la división del trabajo se afirmaron. Fue entonces en los siglos XVII y XVIII cuando la filosofía se dividió generalmente en filosofía natural y moral, una división que presagiaba la alemana entre *Natur- und Geisteswissenschaften* . [73] Hay otro sentido de la palabra filosofía en el que no surge ninguna duda de su influencia en la economía. Este es el caso si la filosofía se concibe como una ciencia, como cualquier otra, que plantea determinadas preguntas, utiliza

determinados materiales y produce determinados resultados. Ejemplos de los problemas que surgen, si luego definimos la filosofía en este sentido, serían: qué se entiende por materia, fuerza, verdad, percepción sensorial, etc. Esta concepción de la filosofía, que atrae a muchos que no son filósofos, hace que la filosofía sea completamente neutral con respecto a cualquier proposición particular en cualquier otra ciencia. Se acerca a convertir la filosofía en sinónimo de epistemología, la teoría general del conocimiento.

Pero surge un problema, y uno muy importante, si definimos filosofía como todos los sistemas de creencias teológicos y no teológicos ('sistemas especulativos') relacionados con verdades últimas (realidades, causas), fines últimos (o valores), últimos normas. La ética y la estética entran en tales sistemas, no como ciencias de ciertos conjuntos de fenómenos (patrones de comportamiento) que buscan describir (explicar), sino como códigos normativos que conllevan sanciones extra-empíricas. [74] Cabe preguntarse si la economía no entra también en el sentido de que la "filosofía" de un escritor determina, o es uno de los factores que determinan, su economía.

A fin de preparar el terreno para nuestra respuesta, mencionaré primero algunos casos ilustrativos de la historia de otras ciencias. Para cualquier trabajador cuya filosofía incluya la fe cristiana, la investigación es la investigación de las obras de Dios. Para él, la dignidad de su vocación surge de la convicción de que su obra está revelando una parte, por pequeña que sea, del orden divino de las cosas. Así, Newton expresó las creencias cristianas en un trabajo puramente científico. Leibniz pasó fácilmente de cuestiones de física pura y matemáticas a cuestiones de teología; evidentemente, no vio ninguna diferencia de principio metodológico entre los dos, y los aspectos teológicos se le ocurrieron a la mente con la mayor facilidad. Leonhard Euler (1707-1783) defendió su "método para encontrar curvas que disfruten de ciertas propiedades extremas" basándose en que el mundo es obra del Creador más perfecto y, por *tanto,* debe ser susceptible de descripción en términos de proposiciones máximas y mínimas. James P. Joule (1818-1889), el co-descubridor del principio fundamental de la termodinámica moderna, el principio del equivalente mecánico del calor, adujo el argumento de que, en ausencia de la equivalencia entre calor y movimiento, algo (energía) podría perderse en el universo físico, lo que sería contrario a la dignidad de Dios asumir. Los dos últimos casos podrían incluso interpretarse como una prueba de la influencia directa de las creencias de Euler y Joule sobre su trabajo analítico. Sin embargo, nadie duda de que no hubo influencia de este tipo, es decir, (a) que el trabajo científico de los cuatro autores mencionados no fue desviado de su curso por sus convicciones teológicas; (b) que sea compatible con *cualquier* posición filosófica; y (c) que no tendría sentido tratar de explicar sus métodos o resultados por sus posiciones filosóficas. Simplemente coordinaron sus métodos y resultados con su fe cristiana viva, ya que coordinarían con ella todo lo demás que hicieran. Pusieron su trabajo científico en un atuendo teológico. Pero, en lo que respecta al contenido de esta obra, el atuendo era desmontable.

Sostengo que el atuendo de la filosofía también se puede quitar en el caso de la economía: el análisis económico no ha sido moldeado en ningún momento por las opiniones filosóficas que tenían los economistas, aunque con frecuencia ha estado viciado por sus actitudes políticas. Pero esta tesis, tal como está, está abierta a tantas malas interpretaciones que ahora debemos deletrearla con cuidado. El mejor método para hacerlo es declarar explícitamente lo que *no* implica.

Primero, no implica "cientificismo" (ver el cap. 2, sec. 3). Es decir, no estoy argumentando que, debido a que el atuendo filosófico o teológico se puede quitar de las proposiciones que pertenecen

a las ciencias físicas, por lo tanto, también deba serlo de las proposiciones que pertenecen a las ciencias sociales. Nuestros ejemplos se han presentado simplemente para ilustrar lo que quiero decir cuando digo que los credos teológicos o filosóficos de un trabajador científico no necesitan ejercer ninguna influencia definida sobre su trabajo analítico, pero no para establecer mi tesis. En lo que respecta a esos ejemplos, sigue siendo una cuestión abierta si también se aplica o no a las ciencias de la acción humana.

En segundo lugar, mi tesis no implica, por supuesto, que la acción humana en sí misma y los procesos psíquicos asociados con ella --motivos o métodos de razonamiento, ya sean políticos o económicos o de cualquier otro tipo-- no estén influidos por, o no estén correlacionados con, filosóficos o religiosos o éticos. convicciones. Sucede que es parte de mi propia psicología social sostener que esta correlación está lejos de ser perfecta —un barón ladrón puede haber profesado con toda sinceridad un credo de mansedumbre y altruismo— pero esto es un asunto completamente diferente. Ahora estamos interesados en las proposiciones de las ciencias del comportamiento humano sobre este comportamiento humano y no cuestionamos que los elementos religiosos o filosóficos deban entrar en cualquier explicación de este comportamiento siempre que apunten a la completitud o el realismo. *Y esto también se aplica a la "política" del economista científico y a cualquier consejo o recomendación que pueda ofrecer con miras a influir en las "políticas".* Todo lo que implica nuestra tesis es que no se aplica a sus herramientas y 'teoremas'. [75]

En tercer lugar, mi tesis no implica la confianza en consideraciones generales sobre la autonomía lógica de la proposición económica o teorema de la filosofía. Esto todavía sería compatible con las influencias de este último que se infiltran en los procedimientos del trabajo analítico de una manera lógicamente ilegítima. De hecho, podría resultar plausible que tales proposiciones, como que las ciudades se desarrollan con frecuencia a partir de lugares de reunión de comerciantes, no tengan ninguna connotación filosófica particular; o que tales proposiciones, como que las pruebas de significación ordinarias son inútiles en el caso de correlación entre series de tiempo, son válidas por igual para el deísta y el ateo; o que proposiciones, como que el aumento de la tasa de remuneración de un factor de producción puede disminuir su oferta, son compatibles con *cualquier* filosofía y no imponen ninguna. Pero no pido a mis lectores que confíen en argumentos de este tipo, por muy convincentes que puedan parecerles a algunos. Por el momento no estoy intentando establecer mi tesis. Solo lo estoy anunciando y explicando su significado. La prueba se proporcionará en las partes siguientes, cuando se muestre que incluso aquellos economistas que tenían puntos de vista filosóficos muy definidos, como Locke, Hume, Quesnay y, sobre todo, Marx, *de hecho* no estaban influenciados por ellos cuando haciendo su trabajo de análisis.

La razón por la que se ha puesto tanto énfasis en la tesis de que la filosofía en cualquier sentido técnico del término es constitucionalmente incapaz de influir en el análisis económico y en realidad no ha influido en él, es que la tesis opuesta es una de las fuentes más importantes de pseudo-explicaciones de la evolución del análisis económico. Estas pseudoexplicaciones tienen un fuerte atractivo para muchos historiadores de la economía que están interesados principalmente en los aspectos filosóficos y, por lo tanto, otorgan un peso indebido a las referencias a tales aspectos que de hecho abundan en la literatura y no siempre son fáciles de reconocer por lo que son. —Flores sin importancia que, sin embargo, borran la filiación de las ideas científicas.

4
-
La sociología de la economía

YA HEMOS referido a un departamento de ciencia que llamamos Ciencia de las Ciencias (*Wissenschaftslehre*). Esta ciencia, partiendo de la lógica y en cierta medida también de la epistemología, trata de las reglas generales de procedimiento en uso en las demás ciencias individuales. Pero hay otra ciencia sobre ciencia que se llama Sociología de la ciencia (*Wissenssoziologie*) [76] y trata a la ciencia como un fenómeno social. Es decir, analiza los factores y procesos sociales que producen el tipo de actividad específicamente científico, condicionan su ritmo de desarrollo, determinan su rumbo hacia ciertos sujetos más que otros igualmente posibles, fomenta unos métodos de procedimiento con preferencia a otros, planteó los mecanismos sociales que explican el éxito o el fracaso de líneas de investigación o actuaciones individuales, elevan o deprimen el estatus e influencia de los científicos (en nuestro sentido) y su trabajo, etc. Nuestro énfasis en el hecho de que los trabajadores en los campos del conocimiento instrumentado son aptos para formar grupos vocacionales distintos califica particularmente bien para transmitir al lector las razones por las cuales, y el grado en que la ciencia constituye un tema apropiado de investigación sociológica. Nuestro interés en este tema se limita, por supuesto, al menos principalmente, a los temas que pueden figurar de manera útil en una introducción a la historia del análisis económico. De éstos, el problema de la ideología es, con mucho, el más importante y se abordará en primer lugar (1); bajo un segundo título consideraremos las fuerzas motrices del esfuerzo científico y los mecanismos del desarrollo científico (2); y finalmente discutiremos algunos temas relacionados con el personal de la ciencia en general y la economía en particular (3).

1. ¿Es la historia de la economía una historia de ideologías?

[(a) Naturaleza especial de las 'leyes económicas'].

La naturaleza histórica o "evolutiva" del proceso económico limita sin duda el alcance de los conceptos generales y de las relaciones generales entre ellos ("leyes económicas") que los economistas pueden ser capaces de formular. De hecho, no tiene sentido negar, *a priori* , como se ha hecho a veces, que tales conceptos o relaciones puedan formularse en absoluto. En particular, no es necesario que los conceptos que utilizamos en el estudio de los grupos sociales sean familiares para los miembros de estos grupos: el hecho, si es un hecho, que el concepto de renta no era familiar para la gente del La Edad Media antes del siglo XIV no es motivo para no utilizarlo en un análisis de su economía. [77] Pero es cierto que las 'leyes económicas' son mucho menos estables que las 'leyes' de cualquier ciencia física, que funcionan de manera diferente en diferentes condiciones institucionales, y que el descuido de este hecho ha sido responsable de muchas aberraciones. También es cierto que siempre que intentamos interpretar las actitudes humanas, especialmente las de personas muy alejadas de nosotros en el tiempo o la cultura, corremos el riesgo de malinterpretarlas no solo si sustituimos crudamente nuestras propias actitudes por las de ellos, sino también si hacemos nuestro mejor esfuerzo para penetrar en el funcionamiento de sus mentes. Todo esto se agrava mucho más de lo que sería de otra manera por el hecho de que el propio observador analizador es el producto de un entorno social dado -

y de su ubicación particular en este entorno - que lo condiciona a ver ciertas cosas en lugar de otras, y a verlos en una cierta luz. E incluso esto no es todo: los factores ambientales pueden incluso dotar al observador de un deseo subconsciente de ver las cosas bajo cierta luz. Esto nos lleva al problema del sesgo ideológico en el análisis económico.

La psicología y la psicoterapia modernas nos han familiarizado con un hábito de nuestra mente que llamamos racionalización. [78] Este hábito consiste en consolarnos e impresionar a los demás dibujándonos un cuadro de nosotros mismos, nuestros motivos, nuestros amigos, nuestros enemigos, nuestra vocación, nuestra iglesia, nuestro país, que puede tener más que ver con lo que nos gusta que sean que con lo que ellos son. El competidor que tiene más éxito que nosotros probablemente deba su éxito a trucos que despreciamos. Lo más probable es que el líder de un partido que no es el nuestro sea un charlatán. La niña amada es un ángel exento de las debilidades humanas. El país enemigo es el hogar de los monstruos, el nuestro es el hogar de héroes admirables. Y así. La importancia de este hábito para la salud y felicidad de la mente normal es obvia [79] y también lo es la importancia de un correcto diagnóstico de sus manifestaciones verbales.

[(b) La exposición marxista del sesgo ideológico.]

Medio siglo antes de que se reconociera y utilizara profesionalmente la plena importancia de este fenómeno, Marx y Engels lo descubrieron y utilizaron su descubrimiento en sus críticas a la economía "burguesa" de su tiempo. Marx se dio cuenta de que las ideas o sistemas de ideas de los hombres no son, como la historiografía todavía tiende a asumir acríticamente, los principales motores del proceso histórico, sino que forman una `` superestructura " sobre factores más fundamentales, como se explicará en el lugar apropiado en nuestro narrativa. Marx se dio cuenta además de que las ideas o sistemas de ideas que prevalecen en un momento dado en cualquier grupo social dado son, en la medida en que contienen proposiciones sobre hechos e inferencias de hechos, susceptibles de estar viciadas exactamente por las mismas razones que también vician a un hombre. teorías sobre su propio comportamiento individual. Es decir, es probable que las ideas de las personas glorifiquen los intereses y acciones de las clases que están en condiciones de afirmarse y, por lo tanto, es probable que dibujen o insinúen imágenes de ellas que pueden diferir seriamente de la verdad. Así, los caballeros medievales se imaginaban a sí mismos como protectores de los débiles y defensores de la fe cristiana, mientras que su comportamiento real y, más aún, otros factores que habían producido y mantenido en existencia la estructura social de su mundo están destinados a ser muy diferentes a un observador de una época y una clase diferentes. Marx llamó ideologías a tales sistemas de ideas. [80] Y su argumento era que gran parte de la economía de su tiempo no era más que la ideología de la burguesía industrial y comercial. El valor de esta gran contribución a nuestra comprensión de los procesos de la historia y del significado de las ciencias sociales se ve afectado, pero no destruido, por tres imperfecciones, que conviene advertir a la vez.

En primer lugar, aunque Marx estaba tan consciente del carácter ideológico de los sistemas de ideas con los que no simpatizaba, estaba completamente ciego a los elementos ideológicos presentes en el suyo. Pero el principio de interpretación involucrado en su concepto de ideología es perfectamente general. Evidentemente, no podemos decir: en todas partes hay ideología; [81] solo nosotros estamos sobre la roca de la verdad absoluta. Las ideologías laboristas no son mejores ni peores que las demás.

En segundo lugar, el análisis marxista de los sistemas ideológicos de pensamiento los reduce a emulsiones de intereses de clase que a su vez se definen en términos exclusivamente económicos.

Según Marx, las ideologías de la sociedad capitalista son, para decirlo crudamente, glorificaciones de los intereses de lo que él llamó la clase capitalista, cuyos intereses están hechos para volverse en busca de ganancias pecuniarias. Las ideologías que no glorifican el comportamiento del hombre capitalista en los negocios sino algo más, por ejemplo el carácter y el comportamiento nacionales, deben, por tanto, ser siempre reducibles, aunque sea indirectamente, a los intereses económicos de la clase dominante. Sin embargo, esto no está implícito en el principio de interpretación ideológica, pero constituye una teoría adicional y mucho más dudosa. El principio mismo implica sólo dos cosas: que las ideologías son superestructuras erigidas y producidas por las realidades de la estructura social objetiva debajo de ellas; y que tienden a reflejar estas realidades de una manera característicamente sesgada. Si estas realidades pueden o no describirse completamente en términos puramente económicos es otra cuestión. Sin entrar en él aquí, simplemente registramos el hecho de que le daremos un significado mucho más amplio al concepto de Influencia Ideológica. Sin duda, la ubicación social es un factor poderoso en la formación de nuestras *mentes* . Pero esto no equivale a decir que nuestras mentes están moldeadas exclusivamente por los elementos económicos de nuestra posición de clase o que, incluso en este caso, están moldeadas exclusivamente por una clase o un *interés de* grupo bien definido . [82]

En tercer lugar, Marx y especialmente la mayoría de sus seguidores asumieron demasiado fácilmente que las declaraciones que muestran influencia ideológica son *ipso facto* condenadas por ello. Pero no se puede enfatizar demasiado que, como las racionalizaciones individuales, las ideologías no son mentiras. Cabe agregar que las declaraciones de hecho que entran en ellos no son necesariamente erróneas. Es grande la tentación de aprovechar la oportunidad de disponer de un plumazo de todo un cuerpo de proposiciones que no le agradan, con el simple recurso de llamarlo ideología. Este dispositivo es sin duda muy eficaz, tan eficaz como los ataques a los motivos personales de un oponente. Pero lógicamente es inadmisible. Como ya se señaló, la explicación, por correcta que sea, de las razones por las que un hombre dice lo que dice no nos dice nada acerca de si es verdadero o falso. De manera similar, las declaraciones que proceden de un trasfondo ideológico están abiertas a la sospecha, pero aún pueden ser perfectamente válidas. Tanto Galileo como sus oponentes pueden haber sido influidos por ideologías. Eso no nos impide decir que tenía 'razón'. Pero, ¿qué garantía lógica tenemos para decirlo? ¿Existe algún medio de localizar, reconocer y posiblemente eliminar los elementos ideológicamente viciados en el análisis económico? ¿Y queda suficiente cuando lo hemos hecho?

Se entenderá que nuestras respuestas, aunque ilustradas con ejemplos, serán por el momento provisionales y que la validez o no de los principios que estoy a punto de formular puede juzgarse sólo por sus aplicaciones en este libro en su conjunto. Pero antes de embarcarnos en esta tarea debemos aclarar un asunto preliminar.

Desafortunadamente, tenemos que bloquear una escalera de incendios por la cual algunos de los más fuertes exponentes de la doctrina de que la economía, y en principio toda la ciencia, está viciada por delirios ideológicos, han tratado de escapar de la aparentemente inevitable conclusión relativa a la posibilidad 'de la verdad científica'. El profesor K. Mannheim enseñó que, aunque la ilusión ideológica es el destino común de la humanidad, existen, sin embargo, "inteligencias independientes", que flotan libremente en el espacio, que disfrutan del privilegio de estar exentas de este destino. Ligeramente más realista, todo el mundo es víctima de la ilusión ideológica, excepto el intelectual radical moderno que está de hecho sobre la roca de la verdad, el juez imparcial de todas las

cosas humanas. Ahora bien, si algo se puede llamar obvio en este campo, es el hecho de que este intelectual es solo un conjunto de prejuicios que en la mayoría de los casos se sostienen con toda la fuerza de la convicción sincera. Pero aparte de esto, no podemos seguir a Mannheim por su escalera de incendios porque hemos aceptado plenamente la doctrina de la ubicuidad del sesgo ideológico y, por lo tanto, no podemos ver nada más en la creencia de algunos grupos en su libertad de él, sino una parte particularmente cruel de su propio sistema de delirios. [83] Ahora pasamos a nuestra tarea.

Primero, el sesgo ideológico, tal como lo define nuestra versión enmendada de la definición marxista, obviamente no es el único peligro que amenaza el análisis económico. En particular, hay otros dos que deben mencionarse específicamente porque se confunden fácilmente con sesgos ideológicos. Una es la posible alteración de los hechos o de las reglas de procedimiento por parte de los abogados especiales. Todo lo que tenemos que decir al respecto ya se ha dicho: aquí solo quiero advertir al lector que el alegato especial no es lo mismo que el análisis ideológicamente viciado. Otro peligro proviene del hábito inveterado de los economistas de emitir juicios de valor sobre los procesos que observan. Los juicios de valor de un economista a menudo *revelan* su ideología, pero no *son* su ideología: es posible emitir juicios de valor sobre hechos establecidos irreprochablemente y las relaciones entre ellos, y es posible abstenerse de emitir juicios de valor sobre hechos que se ven en un contexto. luz desviada ideológicamente. No vamos a discutir aquí el problema de los juicios de valor. Será más conveniente hacerlo en otras ocasiones, especialmente cuando tenga que informar sobre un debate general sobre el tema en la Parte IV, Capítulo 4. [84]

[c) ¿En qué se diferencia la historia del análisis económico de la historia de los sistemas de economía política? de una historia del pensamiento económico?]

Sin embargo, la distinción anterior entre declaraciones sesgadas ideológicamente y juicios de valor no debe interpretarse como una negación de su afinidad. Esta afinidad es incluso la razón principal por la que creo que es importante distinguir esta historia de la economía —análisis económico — de una historia de los sistemas de economía política o de una historia del pensamiento económico. Por sistema de economía política me refiero a la exposición de un conjunto integral de políticas económicas que su autor defiende sobre la base de ciertos principios unificadores (normativos) como los principios del liberalismo económico, del socialismo, etc. Tales sistemas entran dentro de nuestro alcance en la medida en que contienen trabajo genuinamente analítico. Por ejemplo, La *riqueza de las naciones de* A. Smith era, de hecho, como intencionalmente, un sistema de economía política en el sentido que acabamos de definir y, como tal, no nos interesa. Nos interesa tanto más en virtud del hecho de que los principios políticos y las recetas de A. Smith —su cautelosa defensa del libre comercio y todo lo demás— no son sino el manto de un gran logro analítico. En otras palabras, no estamos tan interesados en *lo* que defendió como en *cómo* argumentó y qué herramientas de análisis usó para hacerlo. Sus propios principios y recetas políticas (incluida la ideología, que revela juicios de valor) eran sin duda lo que más le importaba a él y a sus lectores y, además, lo que explica principalmente el éxito de su trabajo con el público y, en este sentido, su posición orgullosa en la historia del pensamiento humano. Pero estoy dispuesto a renunciar a todos ellos como meras formulaciones de la ideología de su época y país, sin validez para ninguna otra.

Lo mismo se aplica a lo que definimos como Pensamiento Económico, es decir, la suma total de todas las opiniones y deseos sobre los temas económicos, especialmente en lo que respecta a las políticas públicas sobre estos temas que, en un momento y lugar determinados, flotan en la mente

pública. Ahora bien, la mente pública nunca es algo indiferenciado u homogéneo, sino que es el resultado de la división de la comunidad correspondiente en grupos y clases de diversas naturalezas. En otras palabras, la mente pública refleja de manera más o menos traicionera, y en ocasiones de manera más traicionera que en otras, la estructura de clases de la sociedad correspondiente y las mentes o actitudes grupales que se forman en ella. Dado que estas mentes grupales tienen diferentes oportunidades de afirmarse y, especialmente, de dejar sus huellas en la literatura que es objeto de la observación de generaciones posteriores, surgen cuestiones de interpretación que siempre son difíciles ya veces imposibles de resolver. La mente pública de una época y un lugar se diferencia, en particular, no solo de manera seccional, sino también según la posición y la inteligencia de los individuos que forman la misma sección horizontal o vertical. Una cosa es con los políticos, otra con los comerciantes, agricultores y trabajadores que están "representados" por estos políticos. Y puede ser formulado en sistemas de economía política por escritores que pertenecen, o que se adhieren, a secciones particulares. Por otro lado, puede rayar o superponerse con el trabajo analítico, como a menudo lo ha hecho en tratados escritos por miembros de la burguesía comercial o industrial. En la medida en que haga esto último, será nuestra tarea, por supuesto, seleccionar lo mejor que podamos tales actuaciones analíticas de la serie común de verbalizaciones de los humores de la época que no están conectadas con ningún esfuerzo por mejorar nuestro aparato conceptual. y por tanto sin interés para nosotros. Por difícil que pueda ser llevar a cabo este programa en un caso particular, la distinción entre diferentes masas de pensamiento que estamos tratando de trazar es bastante clara en principio.

Supongo que sería posible escribir junto con una historia del análisis económico otra historia de las opiniones populares sobre temas económicos. De la misma manera es posible escribir una historia del pensamiento económico que traza el cambio histórico de actitudes, mencionando de pasada las actuaciones analíticas. En efecto, tal historia mostraría la estrecha asociación que existe dentro de las actitudes de la mente pública en el sentido definido, con el tipo de problemas que en un momento dado interesan a los analistas y forman la actitud o espíritu general con el que abordan sus problemas. Nuestro propio plan es exactamente el opuesto. Por supuesto, nunca descuidaremos el entorno general del pensamiento económico en el que, en diversas ocasiones, los analistas realizaron su trabajo. Pero estos entornos y sus cambios históricos nunca son nuestro principal objeto de interés. Vienen como influencias favorables o inhibidoras sobre el trabajo analítico, que seguirá siendo el héroe durante todo nuestro juego. Al tratar de desenredar el trabajo analítico de su trasfondo popular, aunque este trasfondo afirma incesantemente su influencia, haremos un descubrimiento que conviene advertir de inmediato.

El desarrollo del trabajo analítico, por muy perturbado que haya sido por los intereses y actitudes del mercado, muestra una propiedad característica que está completamente ausente del desarrollo histórico del pensamiento económico en nuestro sentido y también de la sucesión histórica de sistemas de economía. economía política. Esta propiedad puede ilustrarse mejor con un ejemplo: desde los primeros tiempos hasta hoy, los economistas analíticos se han interesado, más o menos, en el análisis del fenómeno que llamamos precio competitivo. Cuando el estudiante moderno se encuentra con el fenómeno en un nivel avanzado de su estudio, por ejemplo, en los libros de Hicks o Samuelson, se le presentan una serie de conceptos y problemas que pueden parecerle difíciles al principio, y sin duda habrían sido completamente incomprensible para un autor tan relativamente reciente como John Stuart Mill. Pero el estudiante también descubrirá en poco tiempo que un nuevo aparato plantea y resuelve problemas para los que los autores más antiguos difícilmente podrían haber encontrado

respuestas incluso si hubieran sido conscientes de ellos. Esto define con sentido común y, en todo caso, de una manera perfectamente inequívoca, en qué sentido ha habido "progreso científico" entre Mill y Samuelson. Es el mismo sentido en el que podemos decir que ha habido avances tecnológicos en la extracción de dientes entre la época de John Stuart Mill y la nuestra.

Ahora bien, nuestra capacidad de hablar de progreso en estos casos se debe obviamente a que existe un estándar ampliamente aceptado, confinado, por supuesto, a un grupo de profesionales, que nos permite ordenar diferentes teorías de precio competitivo en una serie, cada una miembro del cual se puede etiquetar sin ambigüedades como superior al anterior. Observamos además que este arreglo está asociado con el lapso de tiempo, en el sentido de que la teoría posterior del precio competitivo casi siempre tiene un rango más alto en el arreglo de perfección analítica: siempre que este no sea el caso, es posible asignar este hecho a influencias extraanalíticas y, en este sentido, perturbadoras. Pero si bien es posible hablar de progreso analítico e imposible negar los hechos que esta palabra debe denotar, no hay nada que se corresponda con esto en el campo del pensamiento económico o incluso en ningún conjunto histórico de sistemas de economía política. Por ejemplo, no tendría sentido hablar de una superioridad de las ideas de Carlomagno sobre política económica, tal como lo revelan sus acciones legislativas y administrativas sobre las ideas económicas de, digamos, el rey Hammurabi; o de los principios generales de política revelados por las proclamaciones de los reyes Estuardo sobre las de Carlomagno; o de las declaraciones de política que a veces preceden a los actos del Congreso sobre esas proclamaciones de Stuart. Por supuesto, podemos simpatizar con algunos de los intereses favorecidos en cualquiera de esos casos más que con los intereses favorecidos en otros y, en este sentido, ordenar dichos documentos también en una escala de preferencia. Pero el lugar de cualquier cuerpo de pensamiento económico en tal arreglo diferiría según los juicios de valor del juez, y por lo demás nos quedaremos con nuestra preferencia emocional o estética por los diversos esquemas de vida que encuentran expresión en esos documentos. Deberíamos estar en la misma posición si nos preguntaran si Gauguin o Tiziano fue el pintor más importante. Es decir, la única respuesta sensata a tal pregunta es que no tiene sentido. Y lo mismo se aplica, por supuesto, a todos los sistemas de economía política si excluimos de ellos las excelencias o deficiencias técnicas. De hecho, podemos preferir el mundo del socialismo dictatorial moderno al mundo de Adam Smith, o viceversa, pero cualquier preferencia de este tipo entra en la misma categoría de evaluación subjetiva que, para plagiar a Sombart, la preferencia de un hombre por las rubias sobre las morenas. En otras palabras, no hay un significado objetivo para el término progreso en asuntos económicos o de cualquier otra política porque no existe un estándar válido para las comparaciones interpersonales. Sería superfluo añadir que este argumento parece aclarar satisfactoriamente las diferencias entre los historiadores de la economía en este punto. Algunos piensan en el análisis técnico y en un dominio cada vez mayor de los hechos; éstos tienen razón al hablar de progreso científico en nuestro campo. Otros están hablando de los humores cambiantes, ellos mismos el producto de las condiciones sociales cambiantes, que producen opiniones cambiantes sobre políticas y deseos; éstos tienen razón al negar que exista un progreso en nuestro campo. Cualquiera de los dos grupos puede equivocarse únicamente al pasar por alto que hay un aspecto del pensamiento del hombre sobre temas económicos distinto del que están considerando exclusivamente. Sólo aquellos que yerran sin reservas que no ven en el desarrollo del análisis económico nada más que un reflejo de los humores cambiantes de la mente pública, o se entregan a la envidiable pero infantil creencia de que las actitudes políticas no son una función de nada más que

intuiciones progresistas.

[(d) El proceso científico: visión y reglas de procedimiento.]

Ahora estamos listos para dar el segundo paso en nuestra investigación sobre los peligros del sesgo ideológico, es decir, preguntarnos hasta qué punto amenaza la validez de los resultados en ese campo más estrecho que hemos descrito como Análisis Económico. Algunos lectores pueden pensar incluso que no hay un segundo paso que dar: dado que ya hemos entregado, como ideológicamente condicionados, todos los sistemas de economía política, y dado que, además, hemos reconocido como ideologías los conjuntos de opiniones menos completamente sistematizados sobre temas económicos que, en cualquier momento y lugar, "flotan en la mente del público", parece que de hecho hemos admitido todo lo que hay que admitir. Y aquellos lectores en particular cuyo interés principal es la historia de las ideas que dan forma o, en todo caso, están estrechamente asociadas con las políticas o con las ideas de la gente sobre lo que debe considerarse justo o deseable en la gestión de los asuntos económicos y cuyo El interés en el desarrollo del análisis económico técnico es secundario, pero es muy probable que garanticemos —quizá con un encogimiento de hombros— que nuestra caja de herramientas puede estar tan alejada de la influencia de las ideologías como lo están las técnicas de cualquier otra ciencia. Desafortunadamente, no podemos dar esto por sentado. Analicemos, pues, el propio proceso científico para ver dónde pueden entrar los elementos ideológicos y cuáles son nuestros medios para reconocerlos y quizás eliminarlos.

En la práctica, todos comenzamos nuestra propia investigación a partir del trabajo de nuestros predecesores, es decir, casi nunca partimos de cero. Pero supongamos que empezamos de cero, ¿cuáles son los pasos que deberíamos seguir? Obviamente, para poder plantearnos cualquier problema, primero deberíamos tener que visualizar un conjunto distinto de fenómenos coherentes como un objeto valioso de nuestros esfuerzos analíticos. En otras palabras, el esfuerzo analítico está necesariamente precedido por un acto cognitivo preanalítico que proporciona la materia prima para el esfuerzo analítico. En este libro, este acto cognitivo preanalítico se llamará Visión. Es interesante notar que una visión de este tipo no solo debe preceder históricamente al surgimiento del esfuerzo analítico en cualquier campo, sino que también puede volver a entrar en la historia de toda ciencia establecida cada vez que alguien nos enseña a *ver las* cosas a una luz de la cual la fuente no se encuentra en los hechos, métodos y resultados del estado preexistente de la ciencia.

Ilustremos esto de inmediato con un ejemplo sobresaliente de nuestro propio campo y tiempo. Los críticos y admiradores del desempeño científico del difunto Lord Keynes estarán de acuerdo con la afirmación de que su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936) fue el éxito sobresaliente de la década de 1930 y que dominó el trabajo analítico durante una década después de su publicación. , por decir lo menos. La *Teoría General* presentó un aparato analítico que el autor resumió en el capítulo 18. Si seguimos su exposición paso a paso (véanse especialmente las págs. 249-54), observamos que este aparato había sido diseñado para dar expresión conveniente a ciertos hechos. del `` mundo en el que vivimos '', aunque, como el mismo Keynes enfatizó, estos hechos se atribuyen a sus programas fundamentales (propensión al consumo, actitud hacia la liquidez y eficiencia marginal del capital) como características especiales y no como `` lógicamente necesarias '' propiedades. Este patrón analítico se discutirá en el lugar apropiado, [85] donde también se mostrará que las características especiales en cuestión son las características del capitalismo envejecido de Inglaterra, visto desde el punto de vista de un intelectual inglés. No cabe duda de que se han establecido mediante una

investigación fáctica previa. Están "atribuidos plausiblemente a nuestro mundo [inglés], sobre nuestro conocimiento general de la naturaleza humana contemporánea" (p. 250). Este no es el lugar para discutir los méritos o deméritos de esta concepción. Todo lo que importa aquí y ahora es que *es* una concepción o visión en nuestro sentido, y que antecede a todos los esfuerzos analíticos que Keynes y otros le otorgaron. El proceso se destaca en este caso con una claridad insuperable porque podemos leer una formulación de la visión, aún analíticamente desarmada, en unas pocas páginas brillantes de *Las consecuencias económicas de la paz* de Keynes (1919). En lo que respecta a esta línea de empeño de un hombre de muchos intereses, todo el período entre 1919 y 1936 se dedicó luego a intentos, primero infructuosos, luego cada vez más exitosos, de implementar la visión particular del proceso económico de nuestro tiempo que era fijado en la mente de Keynes en 1919 a más tardar. Se podrían aducir otros ejemplos, tanto de nuestro campo como de otros, para ilustrar esta "forma de pensar". Pero difícilmente sería posible encontrar uno más revelador.

El esfuerzo analítico comienza cuando hemos concebido nuestra visión del conjunto de fenómenos que captaron nuestro interés, ya sea que este conjunto se encuentre en suelo virgen o en tierras que ya habían sido cultivadas. La primera tarea es verbalizar la visión o conceptualizarla de tal manera que sus elementos ocupen su lugar, con nombres adjuntos que faciliten el reconocimiento y la manipulación, en un esquema o imagen más o menos ordenada. Pero al hacerlo, realizamos casi automáticamente otras dos tareas. Por un lado, reunimos más hechos además de los que ya percibimos, y aprendemos a desconfiar de otros que figuraban en la visión original; por otro lado, el mismo trabajo de construir el esquema o la imagen agregará más relaciones y conceptos y, en general, también eliminará otros del acervo original. El trabajo fáctico y el trabajo `` teórico '', en una relación interminable de toma y daca, probándose naturalmente entre sí y estableciendo nuevas tareas, eventualmente producirán *modelos científicos* , los productos conjuntos provisionales de su interacción con los elementos supervivientes de la visión original. , a los que se aplicarán estándares cada vez más rigurosos de coherencia y adecuación. Ésta es de hecho una declaración primitiva pero no, creo, engañosa del proceso por el cual trituramos lo que llamamos proposiciones científicas. Ahora debería quedar perfectamente claro que hay una puerta amplia para que la ideología entre en este proceso. De hecho, entra en la misma planta baja, en el acto cognitivo preanalítico del que venimos hablando. El trabajo analítico comienza con el material proporcionado por nuestra visión de las cosas, y esta visión es ideológica casi por definición. Encarna la imagen de las cosas tal como las vemos, y dondequiera que haya algún motivo posible para desear verlas de una manera determinada en lugar de otra, la forma en que vemos las cosas difícilmente puede distinguirse de la forma en que deseamos verlas. verlos. Cuanto más honesta e ingenua es nuestra visión, más peligrosa es para la eventual aparición de cualquier cosa por la que se pueda reclamar una validez general. La inferencia para las ciencias sociales es obvia, y ni siquiera es cierto que quien odia un sistema social formará una visión objetivamente más correcta de él que quien lo ama. Porque el amor distorsiona en verdad, pero el odio distorsiona aún más. Nuestro único consuelo es el hecho de que existe una gran cantidad de fenómenos que no afectan nuestras emociones de una forma u otra, y que, por lo tanto, miran a un hombre tanto como a otro. Pero también observamos que las reglas de procedimiento que aplicamos en nuestro trabajo analítico están casi tan exentas de influencia ideológica como la visión está sujeta a ella. La lealtad apasionada y el odio apasionado pueden alterar estas reglas. En sí mismas, estas reglas, muchas de las cuales, además, nos son impuestas por la práctica científica en campos poco o nada afectados por la ideología, son

bastante efectivas para mostrar el mal uso. Y, lo que es igualmente importante, tienden a aplastar el error condicionado ideológicamente de las visiones de las que partimos. Es su virtud particular, y lo hacen automáticamente e independientemente de los deseos del investigador. Los nuevos hechos que está obligado a acumular se imponen a su esquema. Los nuevos conceptos y relaciones, que alguien más formulará si no lo hace, deben verificar sus ideologías o bien destruirlas. Y si se permite que este proceso se desarrolle por sí solo, de hecho no nos protegerá del surgimiento de nuevas ideologías, pero al final limpiará las existentes del error. Es cierto que en la economía, y más aún en otras ciencias sociales, esta esfera de lo estrictamente demostrable está limitada en el sentido de que siempre hay extremos marginales de las cosas que son materia de experiencia e impresión personal de los que es prácticamente imposible sacar la ideología. o para el caso, deshonestidad consciente, [86] completamente. Por lo tanto, el consuelo que podemos obtener de nuestro argumento nunca es completo. Pero cubre la mayor parte del terreno en el sentido de reducir considerablemente el ámbito de las proposiciones viciadas ideológicamente, es decir, de reducirlo y de hacer siempre posible localizar los puntos en los que puede actuar.

[JAS no completó su parte introductoria y se detuvo en este punto. Los siguientes tres párrafos se encontraron sin mecanografiar entre las notas y el manuscrito de esta Parte.]

Si bien se espera que el tratamiento anterior del problema ideológico ayude al lector a comprender la situación en la que tenemos que trabajar y a ponerlo en guardia sin imbuirle de un pesimismo estéril sobre la 'validez objetiva' de nuestros métodos y resultados. , debe admitirse que nuestra respuesta al problema, que consiste en un conjunto de reglas mediante las cuales localizar, diagnosticar y eliminar el engaño ideológico, no puede ser tan simple y definida como la habitual afirmación simplista de que la historia de la economía científica es o no es una historia de ideologías. Hemos tenido que hacer grandes concesiones a la primera visión, concesiones que desafían el carácter científico de todas esas filosofías integrales de la vida económica, como la Economía Política del Liberalismo, que son, para muchos de nosotros, las más interesantes y glamorosas de todas. las creaciones del pensamiento económico. Peor que esto, hemos tenido que reconocer, por un lado, que si bien existe un mecanismo que tiende a aplastar las ideologías de forma automática, este puede ser un proceso lento que encuentra muchas resistencias y, por otro lado, que nunca estamos a salvo de la actual intrusión de nuevas ideologías para tomar el lugar de las antiguas que se desvanecen. En estas circunstancias, los ejemplos que pueden contribuir a enseñar el uso de nuestras reglas pueden complementar de manera útil la discusión anterior. Organizaremos nuestro ejemplo en cuatro grupos.

Primero, cuando miramos el contenido de nuestra caja de herramientas teóricas o estadísticas, descubrimos muchos elementos que son, y se sabe que son, ideológicamente neutrales. Por ejemplo, encontramos un concepto que se llama tasa marginal de sustitución, que, desde 1900, se ha utilizado cada vez más en la teoría del valor en lugar del concepto más antiguo, la utilidad marginal. Quienes aceptaron lo primero con preferencia a lo segundo lo han hecho por razones puramente técnicas que son completamente ajenas a cualquier ideología de la vida económica y, de hecho, nadie ha afirmado nunca lo contrario. Del mismo modo, la cuestión de si las pruebas de significación ordinarias son aplicables o no al caso de correlación entre series de tiempo es muy importante para el análisis económico. Pero sería una pérdida de tiempo investigar los argumentos que se han utilizado para establecer la respuesta negativa del sesgo ideológico, porque está claro desde el principio que son impermeables a él por naturaleza. Los resultados que producimos mediante el razonamiento que hace

uso de tales conceptos o teorías de acero inoxidable aún pueden estar viciados ideológicamente. Pero al menos podemos estar seguros de que el sesgo ideológico, si lo hay, debe buscarse entre los demás elementos de nuestro razonamiento.

En segundo lugar, hay herramientas o teorías que, aunque se puede demostrar que son realmente neutrales, adquieren una importancia ideológica putativa porque la gente cree erróneamente que son relevantes para sus ideologías. Acabamos de notar el hecho indiscutible de que la transición de la teoría del valor de la utilidad marginal a una teoría del valor basada en el concepto de tasa marginal de sustitución fue ideológicamente neutral en el sentido de que se puede demostrar que cualquiera de las dos es igualmente compatible con cualquier ideología. . Pero esto no fue así con la fase anterior del desarrollo de la teoría del valor. Entre los oponentes de la teoría del valor de la utilidad marginal se encontraban los patrocinadores marxistas de una teoría del valor trabajo que creían, como también lo hicieron muchos teóricos de la utilidad marginal, que la elección entre las 'explicaciones' del valor económico del trabajo y la utilidad marginal depende de nuestra visión de el proceso económico y es ideológicamente relevante. Específicamente, la noción marxista de que el valor es trabajo congelado fue el primer eslabón de lo que los marxistas consideraban una prueba de que la fuente de todos los ingresos, excepto los salarios, es la explotación. Sin embargo, como se verá en la Parte III, la ideología. . . .

[JAS casi había terminado la Sección 1 del Capítulo 4 (¿Es la Historia de la Economía una Historia de las Ideologías?). Para una discusión más detallada de algunos de estos problemas, se remite al lector al discurso presidencial (por JAS) ante la Asociación Económica Estadounidense, 'Science and Ideology', *American Economic Review* , marzo de 1949.

El capítulo 4 aparentemente iba a ser el último capítulo de la parte introductoria. Debían haber dos secciones más (2. Las fuerzas motrices del esfuerzo científico y los mecanismos del desarrollo científico, y 3. El personal de ciencia en general y de economía en particular). Estos temas se discuten a intervalos a lo largo de la *Historia* (ver Índice bajo estos títulos) y en conexión con el concepto de "escuelas" del autor. Sobre los ricardianos, por ejemplo, dijo: “Además, el grupo era una escuela genuina en nuestro sentido: había un maestro, una doctrina, una coherencia personal; había un núcleo; había zonas de influencia; había extremos marginales.

Algunos párrafos preliminares (probablemente dictados), que tratan en cierta medida del personal científico, se encontraron entre las notas del autor y se imprimen a continuación.]

El lector no tendrá dificultad en percibir la relación que existe entre la definición de ciencia como técnica que se desarrolla en un grupo social dedicado profesionalmente a su cultivo y los aspectos ideológicos de los métodos y resultados que surgen de las actividades 'científicas' de tal grupo. Evidentemente debe existir una cierta cohesión entre sus miembros, al menos cuando el grupo ha alcanzado una existencia suficientemente definida, un espíritu corporativo que produce reglas explícitas o subconscientes según las cuales los miembros se reconocen entre sí y admiten a ciertos individuos y excluyen a otros. Al advertir algunos de los fenómenos a los que dan lugar estos hechos, completaremos lo poco que se puede decir aquí sobre el tema de la sociología de la ciencia.

Si es posible imaginar a un individuo que, sin importar la razón por la cual se embarca por sí mismo y por sí mismo en la investigación de cualquiera de esos conjuntos de fenómenos que alguna vez se han convertido en objeto de esfuerzos científicos, también debería ser posible realizar una investigación. verdad muy simple pero muy fundamental. Nuestro individuo debe reconocer primero

los fenómenos sobre los que va a trabajar y debe reconocerlos como conectados entre sí y distintos de los demás. Este reconocimiento es un acto cognitivo. Pero no forma parte del trabajo analítico. Al contrario, proporciona el objeto o material sobre el que trabaja el análisis y, por tanto, es un requisito previo del mismo. El trabajo analítico en sí mismo consiste entonces en dos actividades diferentes aunque inseparables. El uno consiste en conceptualizar los contenidos de la visión. Con esto entendemos la fijación de sus elementos en conceptos precisos que reciben etiquetas o nombres para retener su identidad, y el establecimiento de relaciones (teoremas o proposiciones) entre ellos. La otra consiste en buscar más datos empíricos (hechos) con los que enriquecemos y comprobamos los percibidos originalmente. Es lógico que estas dos actividades no sean independientes entre sí, sino que debe haber un intercambio incesante entre ellas. Los intentos de conceptualización invitan a la búsqueda de más hechos y los nuevos hechos descubiertos deben insertarse y conceptualizarse. En una secuencia sin fin, ambas actividades mejoran, profundizan y corrigen la visión original y también los resultados de cada una. Intentamos en cualquier etapa de nuestros esfuerzos científicos construir esquemas o sistemas o modelos mediante los cuales describir lo mejor que podamos el conjunto de fenómenos que nos interesan, que luego se desarrollan "deductivamente" o "inductivamente". Pero son provisionales por naturaleza y siempre están relacionados con el acervo de hechos que tenemos. De hecho, esta es una descripción muy imperfecta del procedimiento científico, pero resalta un hecho que se enfatizará una y otra vez en estas páginas: no hay ni puede haber ninguna oposición fundamental entre 'teoría' y 'investigación de hechos', y mucho menos entre deducción e inducción. Una de nuestras tareas será mostrar por qué, sin embargo, ha surgido la apariencia de tal oposición.

En la práctica, por supuesto, ningún trabajador científico pasa por todas las etapas del trabajo comenzando con una visión independiente propia. La percepción intuitiva de aspectos novedosos nunca está ausente mientras una ciencia esté realmente viva. Pero la visión del tipo que produce métodos o proposiciones novedosas o que conduce al descubrimiento de hechos novedosos, que luego ingresan a la ciencia en forma de nuevas hipótesis o restricciones, solo se suma a las estructuras científicas existentes y quizás las desplaza parcialmente, la mayor parte de las cuales se transmite de generación en generación como algo natural. Y prácticamente siempre no es la sociedad en su conjunto o incluso una colección aleatoria de miembros la que transmite el acervo de conocimiento científico, sino un grupo más o menos definido de profesionales que enseñan a las nuevas generaciones no solo sus métodos y resultados, sino también sus opiniones sobre la dirección y los medios para seguir avanzando. En la mayoría de los casos, la competencia en la realización de trabajos científicos no puede ser adquirida, o puede ser adquirida sólo por personas de excepcional originalidad y fuerza, de cualquier fuente que no sea la enseñanza de profesionales reconocidos. Echemos un vistazo breve a algunas de las consecuencias de este hecho.

En primer lugar, debe observarse que este mecanismo social ahorra enormemente trabajo. Por medio de él, cualquier principiante que siga los consejos recibidos y que realice el trabajo que se le asigna, adquiere conocimiento de los hechos, comprensión de los problemas, dominio de los métodos con una economía de energía que debería liberar el grueso de su fuerza para la exploración de tierras que se encuentran más allá de la línea divisoria en la que termina la competencia del profesor. Por lo tanto, no debería haber ninguna duda razonable al respecto de que, principalmente, el mecanismo social considerado no solo es favorable al desarrollo del aparato conceptual y a la acumulación de conocimiento fáctico, sino que incluso proporciona la fuerza motriz más potente de lo que se suele

referir. como progreso científico. Sin embargo, obviamente también hay otra cara de la medalla. Enseñar en cualquier ciencia establecida estereotipa la mente del principiante y puede atrofiar la originalidad que pueda tener. Esto tiene otra consecuencia menos obvia. Debido a la resistencia que ofrece una estructura científica existente, los cambios importantes en la perspectiva y los métodos, al principio retardados, luego se producen a través de una revolución en lugar de una transformación y elementos de la vieja estructura que podrían ser permanentemente valiosos o al menos aún no lo han hecho. han tenido tiempo de producir toda su cosecha de resultados es probable que se pierdan en el proceso. Por tanto, hay mucha justificación, al igual que los resentimientos del revolucionario, para la propensión de cierto tipo de mente a enfatizar la continuidad y defender las viejas ideas contra las nuevas. En este libro se observarán muchos ejemplos de esto.

En segundo lugar, el hecho de que las estructuras existentes una vez establecidas tienden a persistir explica en el campo del esfuerzo científico, como lo hace en otros, un fenómeno que no es fácil de explicar, el fenómeno de las "generaciones". Considere una población con distribución de edad constante en la que además el número de personas que ingresan a las vocaciones científicas es igual al número de personas que se jubilan. Una profesión determinada, digamos la profesión de economistas científicos, también mostraría una distribución de edad constante. Sin duda, es posible construir subgrupos cuyas perspectivas y métodos se espera que se desarrollen y no hay problema alguno en el antagonismo de estos grupos de edad que podamos observar. Pero este no es el problema de las generaciones científicas porque también observamos que en un momento dado la mayoría de las personas en todos los grupos de edad muestran ciertas similitudes de actitud de modo que, por ejemplo, se puede hablar de una generación de 1880– 1900 y para contrastarlo con la generación de 1920-1940, aunque presumiblemente los hombres jóvenes y mayores diferían tanto en el primer período como en el segundo. No tendría sentido hacer esto si el cambio en los métodos y los resultados procediera a un ritmo uniforme. En el caso de los economistas, uno podría verse tentado a explicar este fenómeno por el cambio en las condiciones sociales y económicas y por el consiguiente cambio en los problemas prácticos que llamaron la atención en los dos períodos. Pero encontramos el mismo fenómeno en las ciencias que trabajan en entornos invariables. Es precisamente esto lo que nos da la clave de la naturaleza del problema y, al mismo tiempo, de su solución. Los problemas y los métodos no solo cambian porque los entornos cambian. También cambian como consecuencia del [hecho de que] el trabajo analítico que se encarna en una estructura dada de una ciencia tiene una forma de resistir el cambio.

En tercer lugar, los profesionales que se dedican al trabajo científico en un campo en particular e incluso todos los profesionales que se dedican al trabajo científico en cualquier campo tienden a convertirse en un grupo sociológico. Esto significa que tienen otras cosas en común además del interés en el trabajo científico o en una ciencia en particular per se. En la mayoría de los casos, enseñan la ciencia que están tratando de desarrollar y se ganan la vida enseñando. Naturalmente, esto tenderá a evolucionar de tipo social y económico. El grupo acepta o se niega a aceptar compañeros de trabajo también por razones distintas de su competencia o incompetencia profesional. En economía, este grupo tardó mucho en madurar, pero cuando lo hizo adquirió una importancia mucho mayor que en la física. Veremos cómo en la mayoría de los países los escritores sobre temas económicos provienen de todos los sectores de la sociedad. De hecho, hubo factores que propiciaron la agrupación en una época temprana, siendo el ejemplo más importante los médicos escolásticos católicos, pero el resto consistió

en tipos que provenían de cualquier lugar en las escalas de rango social o de niveles de ingresos. En Inglaterra, esto fue así incluso en la primera mitad del siglo XIX. En tales casos debemos utilizar la palabra profesión con una salvedad. En Inglaterra había en ese momento una profesión de economistas en el sentido de que había escritores sobre temas económicos que reconocían mutuamente su competencia profesional. Pero más tarde, la asociación del trabajo científico con la docencia produjo una profesión económica en un sentido más amplio de la palabra y esta profesión económica desarrolló actitudes hacia cuestiones sociales y políticas que *eran similares también por razones distintas de las visiones científicas similares* . Esta similitud de condiciones de vida y de ubicación social produjo filosofías de vida similares y juicios de valor similares sobre los fenómenos sociales. No sería necesario insistir en las consecuencias de esto si no fuera por el hecho de que está estrechamente asociado con el fenómeno de las escuelas científicas. Dado que este concepto inevitablemente jugará un papel considerable en nuestra historia, es mejor que nos quedemos un momento para investigar su significado.

Parte II:

Desde los inicios hasta la primera situación clásica (aproximadamente hasta 1790)

1

-

Economía grecorromana

1. Plano de la pieza

SE HA explicado en la Parte I que ninguna ciencia, en el sentido allí definido, es jamás fundada o creada por un solo individuo o grupo. En general, tampoco es posible asignar una fecha precisa a su "nacimiento". El lento proceso por el cual la economía, como la llamamos ahora, se convirtió en una existencia reconocida, siguió su curso entre mediados del siglo XVII y fines del siglo XVIII. Sin embargo, un concepto que se ha introducido en la parte I puede ayudarnos a ser algo más precisos, al menos en lo que respecta a las exigencias de la exposición: el concepto de situaciones clásicas. [87] Una situación tan clásica surgió en la segunda mitad del siglo XVIII y nunca antes había surgido una situación tan clásica. Aprovechando esto, podríamos sentir la tentación de comenzar en algún lugar entre 1750 y 1800, quizás con el mayor éxito de esa época, La *riqueza de las naciones de* A. Smith (1776). Pero toda situación clásica resume o consolida la obra —la obra realmente original— que conduce a ella y no puede entenderse por sí misma. Por lo tanto, trataremos de cubrir en esta Parte, lo mejor que podamos, todo el lapso de más de 2000 años que se extiende desde los 'comienzos' hasta aproximadamente veinte años después de la publicación de La *riqueza de las naciones* . Esta tarea se ve muy facilitada por el hecho adicional de que, en lo que respecta a los propósitos de esta historia, muchos siglos dentro de ese lapso son espacios en blanco.

La situación clásica de la segunda mitad del siglo XVIII fue el resultado de la fusión de dos tipos de trabajo que son suficientemente distintos para justificar una consideración separada. [88] Existía el acervo de conocimiento fáctico y el aparato conceptual que había crecido lentamente, durante siglos, en los estudios de los filósofos. Y, semiindependiente de esto, había un acervo de hechos y conceptos que habían sido acumulados por hombres de asuntos prácticos en el curso de sus discusiones sobre temas políticos de actualidad. Estas dos fuentes de la economía naciente no pueden separarse estrictamente. Por un lado, existían numerosos casos intermedios que no se pueden clasificar sin cortar muchos nudos gordianos. Por otro lado, justo en la época de los fisiócratas, la técnica del erudito era tan simple que la mayor parte estaba al alcance del sentido común ordinario y fácilmente rivalizaba con los practicantes no instruidos, cuyos escritos, por lo tanto, no pueden ser descartados como irrelevantes para nuestro propósito: por el contrario, con frecuencia se elevaban a lo que en este libro llamamos el nivel científico. En términos generales, sin embargo, nuestra distinción es válida de todos modos.

Recordemos nuestra distinción entre el pensamiento económico —las opiniones sobre asuntos económicos que prevalecen en un momento dado en una sociedad determinada y pertenecen al ámbito de la historia económica más que al ámbito de la historia de la economía— y el análisis económico, que es el resultado del esfuerzo científico en nuestro sentido. La historia del pensamiento económico parte de los registros de las teocracias nacionales de la antigüedad cuyas economías presentaban fenómenos que no eran del todo diferentes a los nuestros, y problemas que manejaban con un espíritu que, en lo fundamental, tampoco era tan diferente. Pero la historia del análisis económico comienza solo con los griegos.

El antiguo Egipto tenía una especie de economía planificada que dependía de su sistema de riego. Las teocracias asirias y babilónicas tenían enormes establecimientos militares y burocráticos y elaborados sistemas legales, de los cuales el código de Hammurabi (alrededor del 2000 a. C.) es el monumento legislativo más antiguo; siguieron una política exterior activista; también desarrollaron instituciones monetarias a un alto grado de perfección, y conocían el crédito y la banca. Los libros sagrados de Israel, especialmente las partes legislativas de ellos, revelan una comprensión perfecta de los problemas económicos prácticos del estado hebreo. Pero no hay rastro de esfuerzo analítico. Más que en ningún otro lugar, podríamos esperar encontrar tales rastros en la antigua China, el hogar de la cultura literaria más antigua que conocemos. De hecho, nos encontramos con una administración pública muy desarrollada que se ocupó en la actualidad de problemas agrarios, comerciales y financieros. Estos problemas se abordan con frecuencia, principalmente desde un punto de vista ético, en los restos de la literatura clásica china, por ejemplo en la enseñanza de Kung Fu Tse (551-478 a. C.), quien fue él mismo en dos etapas de su vida un administrador práctico y reformista, y de Mêng Tzû (Mencius, 372-288 a. C., obra traducida por LA Lyall, 1932), de cuyas obras es posible compilar un sistema integral de política económica. Además, había métodos de gestión monetaria y de control de cambios que parecen presuponer cierto grado de análisis. Los fenómenos incidentes de las inflaciones recurrentes fueron sin duda observados y discutidos por hombres muy superiores a nosotros en refinamiento cultural. Pero no nos ha llegado ningún razonamiento sobre temas estrictamente económicos que pueda llamarse "científico" en el sentido que le damos al término. [89]

La inferencia obvia es, por supuesto, muy incierta. Puede haber habido trabajo analítico, cuyos registros no sobrevivieron. Pero hay motivos para suponer que no había mucho. Hemos visto antes que el conocimiento de sentido común, en relación con el conocimiento científico, va mucho más lejos en el campo económico que en casi cualquier otro. Es perfectamente comprensible, por tanto, que las cuestiones económicas, por importantes que sean, tardaron mucho más en despertar una curiosidad específicamente científica que los fenómenos naturales. La naturaleza alberga secretos que es emocionante explorar; la vida económica es la suma total de las experiencias más comunes y monótonas. Los problemas sociales interesan a la mente académica principalmente desde un punto de vista filosófico y político; científicamente no parecen a primera vista muy interesantes o incluso como "problemas" en absoluto.

[2. Desde los inicios hasta Platón]

Por lo que sabemos, el análisis económico rudimentario es un elemento menor —muy menor — en la herencia que nos dejaron nuestros ancestros culturales, los antiguos griegos. Al igual que sus matemáticas y geometría, su astronomía, mecánica, óptica, su economía es la fuente de prácticamente todos los trabajos posteriores. Sin embargo, a diferencia de su desempeño en estos campos, su economía no logró alcanzar un estatus independiente o incluso una etiqueta distintiva: su *Oeconomicus* (casa de οἶχο, y νόμος, ley o regla) significaba solo la sabiduría práctica de la administración del hogar; la *Crematística* aristotélica (χρῆμα, posesión o riqueza), que se acerca más a una etiqueta de este tipo, se refiere principalmente a los aspectos pecuniarios de la actividad empresarial. Fusionaron sus piezas de razonamiento económico con su filosofía general del estado y la sociedad y rara vez abordaron un tema económico por sí mismo. Esto explica, quizás, el hecho de que su logro en este campo fue tan modesto, especialmente si se compara con sus resplandecientes logros en otros. Los estudiosos

clásicos, así como los economistas que la valoran más, piensan en esa filosofía general y no en la economía técnica. También son propensos a caer en el error de aclamar como descubrimiento todo lo que sugiere desarrollos posteriores, y de olvidar que, en economía como en cualquier otro lugar, la mayoría de los enunciados de hechos fundamentales adquieren importancia sólo por las superestructuras que están hechos para soportar y son un lugar común en la economía. la ausencia de tales superestructuras. Tal como fueron, las esquirlas científicas del pensamiento económico griego [90] que nos son accesibles pueden extraerse de las obras de Platón (427-347 a. C.) y Aristóteles (384-322 a. C.).

El pensamiento griego, incluso donde es más abstracto, siempre giró en torno a los problemas concretos de la vida humana. Estos problemas de la vida, a su vez, siempre se centraron en la idea de la ciudad-estado helénica, la *polis* , que era para los griegos la única forma posible de existencia civilizada. Así, en virtud de una síntesis única de elementos que con nosotros habitan en mundos diferentes, el filósofo griego fue esencialmente un filósofo político: fue desde la *polis* que miró al universo, y fue el universo, tanto del pensamiento como del pensamiento. de todas las demás preocupaciones humanas, que encontró reflejadas en la *polis* . Los sofistas parecen haber sido los primeros en analizar este universo tanto como lo hacemos ahora: son, de hecho, los antepasados de nuestros propios métodos de pensamiento, incluido nuestro positivismo lógico. Pero el objetivo de Platón no era el análisis en absoluto, sino visiones extra-empíricas de una *polis* ideal o, si lo preferimos, la creación artística de una. El cuadro que pintó del Estado Perfecto en su *Politeia* (*La República* [91]) no es más análisis de lo que la interpretación de un pintor de una Venus es anatomía científica. Huelga decir que en este plano el contraste entre lo que es y lo que debería ser pierde su sentido. La calidad artística de la *Politeia* y de toda la literatura —en su mayor parte perdida— de la que la *Politeia* parece haber sido el logro máximo queda bien *resaltada* por el término alemán para ella, *Staatsromane* (literalmente: novelas estatales). A falta de un sinónimo satisfactorio en inglés, debemos usar la palabra Utopía. Es de suponer que el lector sabe que más o menos bajo la influencia del ejemplo platónico, este tipo de literatura volvió a gozar de popularidad en el Renacimiento y luego se siguió produciendo, esporádicamente, hasta finales del siglo XIX. [92]

Pero el análisis entra después de todo. Existe una relación entre la Venus del pintor y los hechos descritos por la anatomía científica. Así como la idea de "equitación" de Platón obviamente tiene algo que ver con las propiedades de los caballos observables, su idea del estado perfecto está correlacionada con el material proporcionado por la observación de estados reales. Y no hay razón alguna para negar el carácter analítico o científico —recuerde: no atribuimos ningún significado complementario a ninguna de estas palabras— de las observaciones de hechos o relaciones entre hechos que están consagradas, explícita o implícitamente, en la construcción de Platón . El razonamiento de naturaleza analítica es aún más prominente en una obra posterior, las *Nomoi* (Leyes). Pero en ninguna parte se persigue como un fin en sí mismo. En consecuencia, no llega muy lejos.

El estado perfecto de Platón era una ciudad-estado concebida para un número reducido y, en la medida de lo posible, constante de ciudadanos. Tan estacionaria como su población iba a ser su riqueza. Toda la actividad económica y no económica estaba estrictamente regulada: guerreros, agricultores, artesanos, etc., estaban organizados en castas permanentes, y hombres y mujeres eran tratados exactamente por igual. El gobierno fue confiado a una de estas castas, la casta de los guardianes o gobernantes que debían vivir juntos sin propiedad individual ni vínculos familiares. Los cambios

introducidos en el *Nomoi* son considerables —principalmente son compromisos con la realidad— pero no tocan los principios fundamentales involucrados. Esto es todo lo que necesitamos para nuestro propósito. Aunque la influencia de Platón es obvia en muchos esquemas comunistas de épocas posteriores, no tiene mucho sentido etiquetarlo como comunista o socialista o un precursor de comunistas o socialistas posteriores. Creaciones de tal fuerza y esplendor desafían la clasificación y deben entenderse en su singularidad, si es que lo hacen. La misma objeción excluye los intentos de reclamarlo como fascista. Pero si insistimos en obligarlo a ponerse una camisa de fuerza de nuestra propia fabricación, la camisa de fuerza fascista parece encajar algo mejor que la comunista: la "constitución" de Platón no excluye la propiedad privada excepto en el nivel más alto del ideal más puro; al mismo tiempo, impone una estricta regulación de la vida individual, incluida la limitación de la riqueza individual y severas restricciones a la libertad de expresión; es esencialmente "corporativo"; y reconoce la necesidad de una *clase dirigeante, características* que van en gran medida a definir el fascismo.

El trasfondo analítico, tal como es, aparece tan pronto como hacemos la pregunta: ¿por qué esta rígida estacionariedad? Es difícil no responder (por más vulgar que pueda parecerle al verdadero platónico) que Platón hizo estacionario su ideal porque no le gustaban los cambios caóticos de su tiempo. Su actitud ante los acontecimientos contemporáneos fue ciertamente negativa. Odiaba a los sicilianos *tyrannos* (aunque no hay que traducir esta palabra por el tirano). Es casi seguro que despreciaba la democracia ateniense. Sin embargo, se dio cuenta de que la tiranía surgía de la democracia y era, en cualquier caso, la alternativa práctica a ella. La democracia, a su vez, la interpretó como la reacción inevitable a la oligarquía, y esto nuevamente lo atribuyó a la desigualdad de riqueza, la consecuencia, según él pensaba, de la empresa comercial (*Politeia* VIII). El cambio, el cambio económico, estaba en el fondo del desarrollo de la oligarquía a la democracia, de la democracia a la tiranía (de un líder popular), que era tan poco de su gusto. Independientemente de lo que pensemos de la estacionariedad platónica como remedio, ¿no hay una parte —casi marxista— de análisis económico-sociológico detrás de ese diagnóstico?

No es necesario que nos quedemos a considerar los numerosos temas económicos que Platón tocó de manera incidental. Bastará mencionar dos ejemplos. Su sistema de castas se basa en la percepción de la necesidad de alguna división del trabajo (*Politeia* II, 370). Desarrolla este eterno lugar común de la economía con un cuidado inusual. Si hay algo interesante en esto, es que él (y después de él, Aristóteles) pone el énfasis no en el aumento de eficiencia que resulta de la división del trabajo per se, sino en el aumento de eficiencia que resulta de permitir que todos se especialicen en para qué está mejor preparado por naturaleza; Vale la pena mencionar este reconocimiento de las diferencias innatas en las habilidades porque más tarde se perdió por completo. De nuevo, Platón comenta de pasada que el dinero es un "símbolo" ideado con el propósito de facilitar el intercambio (*Politeia* II, 371; Jowett tradujo σύμβολον por "moneda-ficha"). Ahora bien, un dicho tan ocasional significa muy poco y no justifica la atribución a Platón de una opinión definida sobre la naturaleza del dinero. Pero debe observarse que sus cánones de política monetaria —su hostilidad al uso del oro y la plata, por ejemplo, o su idea de una moneda nacional que sería inútil en el extranjero— en realidad concuerdan con las consecuencias lógicas de una teoría según cuyo valor del dinero es en principio independiente del material de que está hecho. En vista de este hecho, me parece que estamos dentro de nuestro derecho si afirmamos que Platón es el primer patrocinador conocido de una de las dos teorías

fundamentales del dinero, así como Aristóteles puede afirmarse como el primer patrocinador conocido de la otra (sec. .5b a continuación). Es muy poco probable, por supuesto, que estas teorías se originaran con ellos, pero es cierto que las enseñaron y que les atribuyeron exactamente el mismo significado que los autores que las retomaron desde finales de la Edad Media en adelante. Podemos asumir esto con confianza porque esos autores muestran influencias tanto platónicas como aristotélicas con suficiente claridad. De hecho, la filiación puede demostrarse estrictamente.

El diálogo *Eryxias* , que no fue escrito por Platón pero que nos ha sido transmitido entre sus escritos y no contiene nada que contradiga ninguna de sus opiniones conocidas, se menciona aquí porque es la única obra existente que está íntegramente dedicada a la economía. sujeto y, de hecho, lo trata por sí mismo. De lo contrario, el contenido del diálogo, sustancialmente una investigación sobre la naturaleza de la riqueza, que está relacionada con las necesidades y se distingue cuidadosamente del dinero, no presenta gran interés.

[3. Desempeño analítico de Aristóteles]

La actuación de Aristóteles es bastante diferente. No es sólo que en sus obras el glamour platónico brille por su ausencia, sino que en cambio encontramos (si se puede decir tal cosa sin ofender a una figura tan grande) decorosa, vulgar, algo mediocre y más que algo pomposa común. sentido. Tampoco es sólo que Aristóteles mucho más que Platón —en todo caso, mucho más francamente que Platón— coordinara y discutiera opiniones preexistentes que prevalecían en lo que debió ser una abundante literatura. La diferencia esencial es que una *intención* analítica , que puede decirse (en cierto sentido) que estuvo ausente de la mente de Platón, fue el motor principal de la de Aristóteles. Esto se desprende de la estructura lógica de sus argumentos. Se vuelve aún más claro cuando observamos su método de trabajo: por ejemplo, sus conceptos políticos y doctrinas fueron extraídos de una extensa colección que hizo laboriosamente de las constituciones de los estados griegos. Por supuesto, también buscó el Mejor Estado, [93] que era realizar el Buen Vivir, el *Summum Bonum* y la Justicia. También rebosaba de juicios de valor por los que reclamaba validez absoluta (como nosotros). También dio forma normativa a sus resultados (como nosotros). Y finalmente también se exhortó a la virtud y el vicio (como no lo hacemos nosotros). [94] Pero, por importante que haya sido todo esto para él y, desde hace más de 2000 años, para todos sus lectores, no nos concierne en absoluto; como ya he dicho y aprovecharé cada oportunidad para repetir una y otra vez, todo esto afecta los fines y motivos del análisis pero no afecta su naturaleza. [95]

Pero solo una pequeña parte de su desempeño analítico se ocupa de los problemas económicos. Su principal obra así como su principal interés, en lo que a los fenómenos sociales se refiere, fue en el campo que hemos decidido llamar sociología económica o más bien en el campo de la sociología política al que subordinó tanto la sociología económica como la economía técnica. Es como un tratado o un libro de texto sobre el Estado y la sociedad que debe *valorarse* su *Política* . Y su *Ética a Nicómaco* —un amplio tratado sobre el comportamiento humano presentado desde el ángulo normativo— trata también de manera tan preponderante del hombre político, del hombre en la ciudad-estado, que debe considerarse como un volumen acompañante de la *Política* , componiendo junto con este último la primera presentación sistemática conocida de una ciencia social unitaria. Es de suponer que el lector sabe que hasta, digamos, la época de Hobbes, todo lo que se conocía con el nombre de ciencia política y filosofía política se alimentaba de la estirpe aristotélica. Para nuestro propósito, debe

ser suficiente señalar: (1) que no solo Aristóteles, como buen analista, fue muy cuidadoso con sus conceptos, sino que también coordinó sus conceptos en un aparato conceptual, es decir, en un sistema de herramientas de análisis que estaban relacionados entre sí y que estaban destinados a usarse juntos, una bendición invaluable para edades posteriores; (2) que, como de hecho está implícito en su enfoque "inductivo" al que se aludió anteriormente, investigó tanto los procesos de cambio como los estados; (3) que trató de distinguir entre rasgos de organismos sociales o de comportamiento que existen en virtud de la necesidad universal o inherente (φὺσεῖ) y otros que son instituidos por decisión legislativa o costumbre (νὸμω); (4) que discutió las instituciones sociales en términos de propósitos y de las ventajas y desventajas que le parecían presentar, y que él mismo cedió, y llevó a sus seguidores a ceder, a una forma particular del error racionalista, a saber , el error teleológico. 96 Aplazando la consideración de su concepto de ley natural, nos limitamos a tres muestras características de su análisis.

[4. Sobre el origen del Estado, la propiedad privada y la esclavitud]

Contrariamente a la impresión generalizada, Aristóteles no aceptó la idea de Platón de que el estado se desarrolló a partir de la familia patriarcal o *gens* . Tampoco aceptó plenamente la idea de un contrato social que parece haber sido corriente entre los sofistas, pero que siempre rondaba en su camino. De vez en cuando, incluso hablaba de un pacto original para que la idea le llegara fácilmente a cualquier discípulo suyo. Esto es interesante por dos razones. Primero, en los siglos XVII y XVIII el contrato social se convirtió en la pieza central de una línea de pensamiento a cuyos exponentes les habría molestado mucho que los llamaran aristotélicos. En segundo lugar, el manejo de este tema por parte de Aristóteles es característico de su actitud general hacia las ideas de los sofistas. Mucho en Aristóteles sugiere fuertemente influencias sofistas. Sin embargo, siempre argumentó en contra de ellos, o más bien en contra de las opiniones que sabemos que tenían. Quizás no sea difícil explicar tal actitud; de ninguna manera es raro. En cualquier caso, sin embargo, no debemos permitir que se borre el hecho de que absorbió parte de su pensamiento y que fue principalmente a través de sus obras que algunas influencias sofistas alcanzaron la Edad Media.

En el segundo Libro de *Política* , Aristóteles discutió la propiedad privada, el comunismo y la familia, principalmente criticando a Platón, Phaleas e Hippodamus. Su crítica a Platón —el único de los tres cuyo texto podemos comparar con la crítica— es sorprendentemente injusta y, además, malinterpreta por completo la naturaleza y el significado de la creación de Platón. Pero los argumentos que adujo a favor de la propiedad privada y la familia y contra el comunismo tuvieron tanto más éxito: se leen casi exactamente como los argumentos de los liberales de clase media del siglo XIX.

Aristóteles vivía en una sociedad y respiraba el aire de una civilización para la que la esclavitud era esencial. Sin embargo, también vivió una época en la que esta institución esencial estaba bajo el fuego de la crítica social. En otras palabras, la esclavitud se había convertido en un problema. Aristóteles intentó resolver este problema planteando un principio que debía servir tanto de explicación como de justificación. Enunciaba lo que él pensaba que era un hecho indudable, la desigualdad "natural" de los hombres: en virtud de la cualidad innata, algunos hombres están predestinados al sometimiento, otros al gobierno. Vio la dificultad de identificar esta proposición con la muy diferente de que la primera clase de hombres proporciona realmente a los esclavos de la vida real y que la última clase de hombres proporciona realmente a los amos de la vida real. Pero eliminó esta dificultad

admitiendo casos de esclavitud "antinaturales" e "injustos", como los que surgirían de la esclavitud indiscriminada de prisioneros de guerra (helénicos). La mayoría de nosotros veremos en esta teoría un ejemplo incomparable de sesgo ideológico junto con una intención apologética (como sabemos, los dos no coinciden necesariamente). Lo más importante es dejar muy claro *qué* es lo que justifica esta impresión. Nuestro disgusto por la proposición de que la esclavitud se debe a una inferioridad congénita —de algún tipo— en los esclavizados ciertamente no la justificaría. Tampoco es suficiente que la teoría de Aristóteles implique varias incongruencias. Esto establecería defectos de análisis pero no sesgos ideológicos. Al mismo tiempo, si los errores cometidos en un argumento apuntan todos en la misma dirección y si esta dirección está de acuerdo con lo que podemos concebir que es la ideología del analista, probablemente estemos dentro de nuestro derecho al sospechar un sesgo ideológico. Aun así, no es la sospecha de parcialidad sino la prueba de los errores lo que debe motivar el rechazo.

[5. Economía 'pura' de Aristóteles]

Teniendo en cuenta estos principios de interpretación, pasamos ahora a la economía 'pura' embrionaria de Aristóteles, cuyos elementos se encuentran principalmente en *Política* , I, 8-11, y en *Ética* , V, 5. Nada sería más fácil que para mostrar que estaba preocupado principalmente por lo 'natural' y lo 'justo' como se ve desde el punto de vista de su ideal de la vida buena y virtuosa, y que los hechos económicos y las relaciones entre los hechos económicos que consideró y evaluó aparecen en el a la luz de las ideas preconcebidas ideológicas que cabe esperar de un hombre que vivía en una clase ociosa culta y escribía para ella, que despreciaba el trabajo y los negocios y, por supuesto, amaba al granjero que lo alimentaba y odiaba al prestamista que explotaba eso. Estas cosas son tan interesantes pero no más que los correspondientes aunque diferentes juicios de valor e ideologías del intelectual moderno. Los puntos que realmente nos importan son estos. Aristóteles basó su análisis económico directamente en los deseos y sus satisfacciones. Partiendo de la economía de los hogares autosuficientes, introdujo la división del trabajo, el trueque y, como medio de superar las dificultades del trueque directo, el dinero, el error de confundir la riqueza con el dinero que entra debidamente en la restricción. No existe una teoría de la "distribución". Esto —presumiblemente el extracto de una gran literatura que se ha perdido— constituye el legado griego, en lo que respecta a la teoría económica. Seguiremos su suerte hasta el libro La *riqueza de las naciones de* A. Smith, cuyos primeros cinco capítulos no son más que desarrollos de la misma línea de razonamiento. Por tanto, analicemos el legado más de cerca.

(a) Valor.

Aristóteles no sólo distinguió el valor en uso y el valor en intercambio tan claramente como lo hizo cualquier escritor posterior, sino que también percibió que este último fenómeno se deriva de alguna manera del primero. Pero en sí mismo esto no es solo de sentido común sino también un lugar común, y más allá de esto no avanzó. Su fracaso en hacerlo fue reparado por los escolásticos posteriores, que tienen derecho al crédito por haber desarrollado la teoría del precio que no se puede decir que él mismo tuviera. Se ha sostenido que esto se debió a su preocupación por el problema ético de la justicia en la fijación de precios, la justicia "conmutativa", que desvió su interés del problema analítico de la fijación de precios real. Nada podría estar más lejos de la verdad. La preocupación por la ética de la fijación de precios, como el ejemplo de los escolásticos posteriores basta para mostrar, es precisamente uno de los motivos más fuertes que un hombre puede tener para analizar los mecanismos

reales del mercado. Varios pasajes muestran, de hecho, que Aristóteles intentó hacerlo y fracasó. [97] Consideró, sin embargo, el caso del Monopolio (*Política* , I, 11 y *Ética* , V, 5), que definió como se ha definido desde entonces, a saber, como la posición en un mercado de un Vendedor Único (μὸνος, solo o de pie solo; πωλεῖν para vender). [98] Lo condenó como 'injusto'.

Estos hechos parecen dar la solución a un problema que ha preocupado a algunos historiadores de la teoría del valor. Sin duda, Aristóteles buscó un canon de justicia en los precios, y lo encontró en la "equivalencia" de lo que un hombre da y recibe. Dado que ambas partes de un acto de trueque o venta deben necesariamente beneficiarse de él en el sentido de que deben preferir sus situaciones económicas después del acto a las situaciones económicas en las que se encontraban antes del acto, o de lo contrario no tendrían ningún motivo para hacerlo. realizarlo: no puede haber equivalencia entre los valores "subjetivos" o de utilidad de los bienes intercambiados o entre el bien y el dinero pagado o recibido por él. Y dado que Aristóteles no ofreció ninguna teoría del valor de cambio o del precio, esos historiadores concluyeron que debió haber tenido en mente algún misterioso Valor Objetivo o Absoluto de las cosas que es intrínsecamente inherente a ellas e independiente de las circunstancias o valoraciones o acciones humanas: una metafísica. entidad más bienvenida a las personas con propensiones filosóficas y más desagradable a las personas de un tipo de mente más "positiva". Pero seguramente esto no se sigue. No explicar el valor de cambio no es no reconocerlo como un hecho. Y es mucho más razonable suponer que Aristóteles simplemente pensó en los valores de cambio del mercado, *expresados* en términos de dinero, más que en alguna sustancia de valor misteriosa *medida* por esos valores de cambio. Pero, ¿no implica esto que aceptó los precios reales de las mercancías como el estándar de su justicia conmutativa y, por lo tanto, perdió los medios para pronunciarse sobre su justicia o injusticia? De ningún modo. Hemos visto que condenó los precios monopolísticos. No es descabellado equiparar, para el propósito de Aristóteles, los precios de monopolio con los precios que algún individuo o grupo de individuos ha establecido para su propio beneficio. Los precios que se le dan al individuo y que no puede manipular, es decir, los precios *competitivos* que surgen en el mercado libre en condiciones normales, no entran dentro de la prohibición. Y no hay nada extraño en la conjetura de que Aristóteles pudo haber tomado los precios competitivos normales como estándares de justicia conmutativa o, más precisamente, que estaba dispuesto a aceptar como 'simplemente' *cualquier* transacción entre individuos que se llevara a cabo a tales precios, lo cual es de hecho, lo que los médicos escolares debían hacer explícitamente. Si esta interpretación es correcta, su concepto del valor justo de una mercancía es ciertamente "objetivo", pero sólo en el sentido de que ningún individuo puede alterarlo por su propia acción. Además, sus valores justos eran valores sociales, expresivos, como casi con certeza pensaba, de la evaluación de la comunidad de cada mercancía [99], pero sólo en el sentido de que eran el resultado superindividual de las acciones de una masa de hombres razonables. En cualquier caso, no son nada más metafísicos o absolutos que cantidades de mercancías multiplicadas por sus precios competitivos normales. El lector no tendrá dificultad en percibir que, si los valores se definen así, la exigencia aristotélica de la justicia conmutativa adquiere un sentido sólido y perfectamente simple. Se cumplirá con su igualdad en todo acto de intercambio o venta: si A intercambia zapatos por los panes de B, la justicia aristotélica exige que los zapatos sean iguales a los panes cuando ambos se multiplican por sus precios competitivos normales; si A vende los zapatos a B por dinero, la misma regla determinará la cantidad de dinero que debería recibir. Dado que, en las condiciones previstas, A obtendría realmente esta cantidad, tenemos ante nosotros un ejemplo instructivo de la relación que, con el mismo Aristóteles y una multitud de

seguidores, subsiste entre el ideal lógico y el normal y entre lo 'natural' y el justo.'

Hemos puesto tanto cuidado en este argumento porque elimina de una vez por todas las especulaciones metafísicas sobre el valor objetivo o absoluto dondequiera que ocurran. Descartando definitivamente lo que hemos visto como un problema espurio, entenderemos en adelante por valor objetivo de una mercancía la magnitud definida y nada más. De manera similar, no nos preocuparemos por ningún posible significado metafísico del concepto de valor intrínseco, ya que siempre es posible (y en la mayoría de los casos muy fácil) adjuntarle uno completamente no metafísico, como, por ejemplo, en el caso más importante, donde un autor habla del valor intrínseco de una moneda.

(b) Dinero.

La teoría del dinero que Aristóteles patrocinó en oposición consciente, me parece, a la alternativa patrocinada por Platón fue la siguiente: la existencia misma de cualquier sociedad no comunista implica el intercambio de bienes y servicios; este intercambio, al principio, "naturalmente" toma la forma de trueque; pero las personas que quieren lo que tienen otras personas pueden no tener lo que quieren estas últimas; por lo tanto, a menudo será necesario aceptar a cambio lo que uno no quiere para obtener lo que sí quiere por medio de otro acto de trueque (intercambio indirecto); La conveniencia obvia inducirá entonces a la gente a elegir, tácitamente o mediante la acción legislativa, una mercancía (Aristóteles no consideró la posibilidad de que la gente pudiera elegir más de una) como medio de intercambio. Aristóteles mencionó brevemente el hecho de que algunas mercancías, como los metales, están mejor preparadas para este papel que otras, presagiando así algunos de los pasajes más trillados de los libros de texto del siglo XIX sobre homogeneidad, divisibilidad, portabilidad, estabilidad relativa del valor, [100], etc. en. Además, los requisitos de su regla de equivalencia en el intercambio lo llevaron naturalmente a observar que el medio de intercambio también se utilizará como medida de valor. Y finalmente reconoció, al menos implícitamente, su uso como depósito de valor. Por lo tanto, tres de las cuatro funciones del dinero enumeradas tradicionalmente en esos libros de texto del siglo XIX (la cuarta es servir como estándar de pagos diferidos) se remontan a Aristóteles.

Esencialmente, esta teoría incorpora dos proposiciones. La primera es que, sean cuales sean los otros fines que el dinero pueda llegar a cumplir, su función fundamental, que lo define y da cuenta de su existencia, es servir como medio de intercambio. Por lo tanto, esta teoría pertenece a lo que el profesor von Mises ha descrito como teorías 'catalácticas' del dinero (χαταλλάττειν, intercambiar). La segunda proposición es que para servir como medio de intercambio en los mercados de mercancías, el dinero mismo debe ser una de estas mercancías. Es decir, debe ser una cosa útil y que tenga valor de cambio independientemente de su función monetaria —esto es todo lo que significa valor intrínseco en este sentido— un valor que pueda compararse con otros valores. Así, la mercancía monetaria va en peso y calidad al igual que otras mercancías; por conveniencia, la gente puede decidir ponerle un sello (χαραχτήρ) para evitar la molestia de tener que pesarlo cada vez, pero este sello solo declara y garantiza la cantidad y calidad del producto contenido en una moneda y no es el causa de su valor. Esta proposición, que, por supuesto, no es idéntica a la primera ni está implícita en ella, identificará lo que de aquí en adelante llamaremos metalismo o teoría metalista del dinero en contraste con la teoría cartal de la que Platón es un ejemplo. [101]

Cualesquiera que sean sus defectos, esta teoría, aunque nunca sin respuesta, prevaleció sustancialmente hasta finales del siglo XIX e incluso más allá. Es la base de la mayor parte de todo el trabajo analítico en el campo del dinero. Por lo tanto, tenemos todos los motivos para asegurarnos de

nuestra interpretación de Aristóteles, cuya influencia personal en este asunto es reconocible al menos hasta A. Smith. Ningún pasaje de la *Política* admitirá otra interpretación a menos que atribuyamos a Aristóteles ciertos puntos de vista que él mencionó pero que claramente atribuyó a otros. Pero en la *Ética* , jugando con la palabra griega para moneda corriente (νòμισμα), afirmó que el dinero no existe por "naturaleza" sino por convención o legislación (νòμῳ), lo que parece apuntar en otra dirección. Sin embargo, el hecho de que agregara, para explicar su significado, que el dinero podría ser cambiado o desmonetizado por la comunidad sugiere que no quiso decir más que que la convención o la legislación deciden el material que se utilizará para acuñar dinero y sobre el particular. forma que se le dará a las monedas. 102

Finalmente, se debe llamar la atención sobre un punto interesante del método. La teoría del dinero de Aristóteles es una teoría en el sentido corriente de este término, es decir, un intento de explicar qué es y qué hace el dinero. Pero lo presentó en forma genética, como era su costumbre al tratar con cualquier institución social: deja que el dinero se desarrolle en lo que pretende ser una secuencia histórica que parte de una condición o 'etapa' en la que no había dinero. Por supuesto, no necesitamos ver más en esto que un dispositivo expositivo. De hecho, el lector debe recordar esta posible interpretación, que redimirá del puro absurdo muchos argumentos que se presentan con el disfraz de una 'historia' puramente imaginaria, como lo hacen, por ejemplo, las teorías del Estado que utilizan la idea de un contrato social original. Incluso el "estado temprano y rudo de la sociedad" de A. Smith puede beneficiarse de una interpretación que se niega a tomarlo en serio. Pero el caso del dinero es diferente porque la teoría aristotélica del origen *lógico* del dinero puede ser aprobada —en un empujón— como teoría verificable de su origen *histórico* . Ejemplos como el shekel semita o el dinero del té de los nómadas mongoles bastan para demostrarlo. Es en tales casos que surge nuestro punto de método. ¿Es un procedimiento válido remontarnos lo más lejos posible la historia de una institución para descubrir sus significados esenciales o más simples? Claramente no. Las formas primitivas de existencia no son por regla general más simples sino más complejas que las posteriores: el cacique que es juez, sacerdote, administrador, guerrero, todo en uno, es evidentemente un fenómeno más complejo que cualquiera de sus sucesores especializados de tiempos posteriores; la mansión medieval es conceptualmente un fenómeno más complejo que la US Steel Corporation. Los orígenes lógicos e históricos deben, por tanto, mantenerse distintos. Pero esta distinción se presenta solo en etapas avanzadas de análisis. El analista poco sofisticado los confunde invariablemente. 103 Esta confusión está indudablemente implícita en las teorías del dinero de Aristóteles y también de otras instituciones sociales. Lo legó a toda la línea de pensadores que descienden de él, incluidos los utilitaristas ingleses. Y sobrevivió, en algunos puntos, hasta hoy.

(c) Intereses.

El resto de la economía "pura" de Aristóteles, *considerada desde nuestro punto de vista* , apenas merece ser mencionado. Muchas, si no la mayoría, de las cosas que se convertirían en problemas para el economista de épocas posteriores, las dio por sentadas en el espíritu del sentido común precientífico; y emitió sus juicios de valor sobre una realidad en grandes extensiones que no logró explorar en absoluto. Evidentemente, las rentas principalmente agrarias del caballero de su tiempo no le presentaban ningún problema; el trabajador libre era una anomalía en su economía esclavista y se eliminaba de manera superficial; al artesano, salvo en lo que respecta al precio justo de su producto, le fue un poco mejor; el comerciante (y propietario del buque), el comerciante, el

prestamista de dinero fueron considerados principalmente con miras a la evaluación ética y política de sus actividades y sus ganancias, [104] ninguno de los cuales parecía requerir un análisis explicativo. No hay nada sorprendente o reprochable en esto. Poco a poco, los hechos físicos y sociales del universo empírico entran en el alcance del reflector analítico. En los comienzos del análisis científico, la masa de los fenómenos se deja intacta en el conjunto del conocimiento del sentido común, y solo las astillas de esta masa despiertan la curiosidad científica y, por tanto, se convierten en "problemas".

Para Aristóteles, el interés no era ese chip. Aceptó el hecho empírico del interés sobre los préstamos monetarios y no vio ningún problema en ello. Ni siquiera clasificó los préstamos según las distintas finalidades que pueden cumplir y no parece haber advertido que un préstamo que financiaba el consumo es algo muy distinto a un préstamo que financia el comercio marítimo (*foenus nauticum*). Condenó el interés —que equiparó a la "usura" en todos los casos— sobre la base de que no había justificación para que el dinero, un mero medio de intercambio, aumentara en el paso de mano en mano (lo que, por supuesto, no es así). Pero nunca se preguntó por qué se pagaban intereses de todos modos. [105] Esta pregunta fue formulada por primera vez por los médicos escolares. A ellos les corresponde el mérito de haber sido los primeros en recopilar hechos sobre el interés y en desarrollar los esbozos de una teoría al respecto. El propio Aristóteles no tenía ninguna teoría del interés. En particular, no debería ser aclamado como el precursor de las teorías del interés monetario de hoy. Porque aunque vinculó el interés con el dinero, esto no se debió al esfuerzo analítico sino a la ausencia de él: el análisis que finalmente conduce a una visión preanalítica, que el análisis anterior parecía haber refutado, le confiere un significado diferente.

[6. Filosofía griega]

En lo que respecta a la economía en el sentido técnico, no perdemos nada al dejar el pensamiento griego en este punto. Desafortunadamente, perdemos mucho en otro aspecto. Difícilmente hay una idea en el ámbito de la filosofía que no descienda de fuentes griegas, y muchas de estas ideas, aunque no son directamente relevantes para el análisis económico en sí, son más relevantes para la actitud general y el espíritu del analista. como he tenido cuidado de señalar, tales influencias de fondo no deben exagerarse. Las diversas escuelas posaristotélicas en particular, como los escépticos, los estoicos, los epicúreos y luego los neoplatónicos, no solo influyeron en los eclécticos romanos como Cicerón y Séneca, sino que también ayudaron a moldear el pensamiento directamente medieval y más moderno. . No hace falta decir, por ejemplo, que la idea estoica de un universo racional [106] gobernado por leyes inmutables refleja una actitud mental que no deja de tener significado para nosotros. Sin embargo, debemos contentarnos con echar un vistazo al mensaje de Epicuro (alrededor del 341-270 a. C.). [107]

La filosofía epicúrea podría servir como un ejemplo estándar de la verdad de que lo que un conjunto de ideas llega a significar en el transcurso del tiempo está muy relacionado con lo que los creadores pretendían transmitir. Epicuro vivió en el período helenístico que presenció la rápida decadencia de la *polis* . La vida activa, para los griegos, había significado una participación activa en la administración y la política de las ciudades-estado. Para un hombre de cultura, esa vida ya no era posible. Y la respuesta de Epicuro, como muchas otras personas, al problema ético resultante, el problema de lo que podría llamarse la incapacidad espiritual de la mente refinada, fue dejar el mundo en paz y tratar de lograr la serenidad desapegada (αταραξία) mediante la *comprensión de la*

resignación . Las causas que produjeron esta actitud particular —*no* hay un buen equivalente para la *Lebensstimmung alemana*— fueron históricamente únicas y también lo es realmente esa actitud — o lo ha sido hasta hoy. Pero tres elementos del sistema de pensamiento de Epicuro siguieron apareciendo en la última Edad Media, en el Renacimiento y también más tarde. El primero de estos elementos es su materialismo atomista que concuerda con, y quizás influyó, en las filosofías mecanicistas posteriores del universo. El segundo es éste: la actitud de Epicuro hacia el entorno social puede de hecho describirse como un hedonismo o eudaemonismo egocéntrico altamente sublimado; y aunque su hedonismo y eudemonismo era algo muy diferente del hedonismo y eudemonismo de épocas posteriores y, en particular, definía el placer y el dolor de manera muy diferente, todavía existe una línea de conexión que lleva de Epicuro a Helvétius y Bentham. El utilitarismo bullicioso y vulgar de Bentham sin duda habría sorprendido al viejo sabio. Pero, por mucho que no nos guste asociarlos, debemos llamarlos a ambos hedonistas en un sentido más amplio. El tercer elemento es el contrato social, del cual Epicuro, aunque no el originador, fue un exponente importante. Pero la idea fue entregada a los filósofos del derecho natural, quienes la adoptaron en los siglos XVII y XVIII, por sus predecesores escolásticos, y este hecho no apunta a Epicuro.

[7. La contribución de los romanos]

Consideremos ahora la contribución aún menor de los romanos. La doctrina de que la necesidad práctica —y no, como yo sostengo, el atractivo de la aventura intelectual— es el motor principal del esfuerzo científico puede ponerse a prueba en el caso de la antigua Roma. Incluso en los primeros tiempos, cuando Roma era sustancialmente una comunidad de campesinos, existían problemas económicos de primera importancia que producían violentas luchas de clases. En la época de la Primera Guerra Púnica se habían desarrollado importantes intereses comerciales. Hacia el final de la República, el comercio, el dinero y las finanzas, la administración colonial, la difícil situación de la agricultura italiana, el suministro de alimentos de la capital, el crecimiento de los *latifundios* , el trabajo esclavo, etc., presentaban problemas que, en una configuración política artificial creado por la conquista militar y por todas las consecuencias de la guerra incesante, podría haber empleado plenamente a una legión de economistas. En el apogeo de los logros culturales, en la época de Adriano y Antonino Pío, cuando muchas de esas dificultades quedaron temporalmente en suspenso y la paz y la prosperidad reinaron durante un tiempo en el vasto reino, sus capaces gobernantes y la galaxia de brillantes generales y administradores alrededor. ellos podrían haber hecho uso de un fideicomiso de cerebros. Sin embargo, no había nada por el estilo, nada más allá de los quejidos ocasionales sobre la desfavorable balanza comercial del imperio o sobre el *latifundio perdidere Italiam* . [108]

[(a) Ausencia de trabajo analítico.]

Pero esto no es difícil de entender. En la estructura social de Roma, los intereses puramente intelectuales no tenían un hogar natural. Aunque su complejidad aumentó con el paso del tiempo, podemos, para nuestro propósito, resumir el caso diciendo que estaban los campesinos, la *plebe* urbana (incluidos los comerciantes y artesanos) y los esclavos. Y por encima de todos, existía una 'sociedad' que sin duda tenía su estrato empresarial (más o menos representado por el orden de los *equites*) pero que estaba constituida principalmente por una aristocracia que, a diferencia de la aristocracia ateniense en la época posterior a Pericles, nunca se retiró. a la oposición para llevar una vida de refinado ocio, pero se entregó de todo corazón a los asuntos públicos tanto civiles como militares. La *res publica* fue

el centro de su existencia y de toda su actividad. Con horizontes cada vez más amplios y un refinamiento cada vez mayor, cultivó un interés por la filosofía y el arte griegos y desarrolló una literatura propia (en gran parte derivada). Sin embargo, estas cosas se tocaron a la ligera y definitivamente se consideraron como pasatiempos, esencialmente insignificantes en sí mismos. Quedaba poco impulso para el trabajo serio en cualquier campo científico, como lo demuestran los escritos representativos de Cicerón (106-43 a. C.). [109] Y esta deficiencia no fue ni pudo ser compensada animando a los extranjeros y libertos que se dirigían principalmente hacia tareas utilitarias.

Por supuesto, una sociedad de esta estructura estaba destinada a estar apasionadamente interesada en la historia, principalmente en su propia historia. De hecho, éste era uno de los dos principales canales de la curiosidad científica que albergaba la mente romana. Pero esta curiosidad se limitó característicamente a la historia política y militar. Los antecedentes sociológicos y económicos se esbozaron apresuradamente (tales esbozos ocurren incluso en César). Los trastornos sociales se relataron con la mayor economía de consideraciones generales. La única gran excepción es la *Germania de* Tácito (*c.* 55-120) .

[(b) Importancia del derecho romano.]

La única otra salida era la ley. Para comprender la naturaleza de los logros romanos en este campo y la razón por la que, a diferencia de otros sistemas jurídicos, el derecho romano juega un papel en la historia del análisis económico, debemos recordar algunos hechos al respecto. Quizás el lector esté familiarizado con la división inglesa del material jurídico en derecho consuetudinario y equidad. En la antigua Roma existía una división algo análoga. Estaba el antiguo y formalista derecho civil (*jus civile* , *jus quiritium*), que, sin embargo, a diferencia del derecho consuetudinario inglés, se aplicaba únicamente a los asuntos de los ciudadanos (*quirites*) que hasta el 212 *d.C. no* formaban más que una parte de la población libre de el imperio. Esta ley civil [110] fue desarrollada por "interpretación" a través de la agencia de un colegio de sacerdotes (*pontificios*) y también a través de la agencia de un oficial del estado a cargo de la administración judicial (*praetor urbanus*). Este material legal adicional guarda cierta similitud con la ley de equidad inglesa. Pero la mayor parte de lo que, hasta cierto punto, se puede comparar con la equidad inglesa, surgió de otra raíz, a saber, de las relaciones, comerciales y de otro tipo, entre no ciudadanos (*peregrini*) o entre ciudadanos y no ciudadanos. El conjunto de normas legales que se aplicaba a estos se denominó *jus gentium* . Nótese que este término, tal como se usa en la época romana, no tiene nada que ver con el significado que comenzó a adquirir a partir del siglo XVII, es decir, el significado de Derecho de las Naciones (*droit des gens* , *Völkerrecht*). Dado que este cuerpo de leyes fue formulado, y en gran medida creado, por otro funcionario del estado, que estaba a cargo de un departamento separado de la administración pública (*praetor peregrinus*), también lo fue, junto con las reglas legales formuladas o creadas por el *praetor urbanus* , referida como 'ley de oficiales' (*jus honorarium*): cada *pretor la* codificó y promulgó para su año de mandato en su *edicto* . Por supuesto, también hubo un flujo constante de promulgaciones especiales de varios tipos. No se intentó una codificación completa o incluso una compilación antes del siglo IV, aunque esas *edictas* pretorianas se fusionaron y estereotiparon en una promulgación durante el reinado de Adriano. Sin embargo, tenemos un libro de texto del siglo II, las *Institutiones* , de un jurista cuyo nombre de pila (*praenomen*) era Cayo.

La jurisprudencia angloamericana, es decir, la suma total de las técnicas del razonamiento jurídico y de los principios generales a aplicar a los casos individuales, es en gran parte obra de los

tribunales superiores, cuyas decisiones junto con los argumentos motivadores, como todos sabe, tener una autoridad que se acerque a la de una promulgación. En Roma, las mismas necesidades prácticas produjeron un logro similar pero de una manera diferente. Los jueces ingleses y estadounidenses de los más altos rangos son abogados profesionales y, al menos en principio, abogados muy eminentes, líderes de la profesión jurídica de gran autoridad personal. Los jueces romanos eran laicos —como nuestros miembros del jurado— a quienes había que informar sobre la ley. Y los abogados en ejercicio también eran legos a excepción de un grupo de abogados profesionales (*causidici*) que no tenían mucho prestigio. Esta deficiencia se compensó de una manera para la que no hay analogía. Los hombres de posición y ocio se interesaron por las cuestiones legales casi como un pasatiempo (a menos que enseñaran; el primero en dar una conferencia sobre jurisprudencia fue, hasta donde sabemos, M. Antistius Labeo; el primero en establecer una escuela, Masurius Sabinus, *c.* 30 dC). Y no estaban interesados tanto en los casos individuales como en los principios lógicos relevantes para su solución. No abogaron ni realizaron ningún otro tipo de trabajo jurídico excepto uno: opinaron sobre cuestiones de derecho siempre que fueran consultados por partes o abogados o jueces. Tan grande era su autoridad que bien podría compararse con la de los jueces ingleses. Fue reconocido oficialmente por primera vez por Augustus, quien otorgó al más eminente de estos 'juristas' un privilegio especial de dar tales opiniones, el *jus respondendi* . Estas opiniones eran pequeñas monografías que, junto con obras más completas (como los comentarios *ad edictum*), formaban una extensa literatura cuyos restos, la mayoría conservados en los extractos realizados para el *Corpus* de Justiniano (528-33), [111] han sido objeto de admiración desde entonces.

La razón que tenemos para referirnos a esta literatura es su carácter genuinamente científico. Esos juristas analizaron hechos y produjeron principios que no solo eran normativos sino también, al menos por implicación, explicativos. Crearon una lógica jurídica que resultó ser aplicable a una amplia variedad de patrones sociales, de hecho, a cualquier patrón social que reconozca la propiedad privada y el comercio "capitalista". En la medida en que sus hechos eran económicos, su análisis era un análisis económico. Lamentablemente, el alcance de este análisis estaba estrictamente limitado por los propósitos prácticos que tenían en vista, por lo que sus generalizaciones arrojaron principios legales pero no también económicos. A ellos les debemos principalmente definiciones —por ejemplo, de precio, dinero, de compra y venta, de los distintos tipos de préstamos (*mutuum* y *comomodatum*), de los dos tipos de depósitos (*regular* e *irregular*), etc. proporcionó puntos de partida para un análisis posterior. Pero no fueron más allá de estos puntos de partida. Cualquier teorema, por ejemplo, sobre el comportamiento de los precios o sobre la importancia económica del depósito 'irregular' que no crea ninguna obligación de devolver las cosas individuales depositadas, sino sólo la obligación de devolver 'tanto del mismo tipo' (*tantundem in genere*) —Habrían sido digresiones irrelevantes. No es, pues, del todo correcto hablar de una teoría económica del *Corpus juris* [112] —no, en todo caso, de una articulada —, aunque se puede decir con verdad que los juristas romanos, al aclarar conceptos, hicieron un trabajo preliminar. [113]

La importancia de este trabajo —y también de la formación en la claridad mental que experimenta todo el que estudia la literatura— se ve reforzada por el hecho curioso de que el derecho del *Corpus juris* se volvió a enseñar a partir del siglo XII y posteriormente recuperó su autoridad ante los tribunales de la mayoría de los países europeos ("recepción" del derecho romano). Ahora, hasta finales del siglo XVIII, la mayoría de los escritores sobre cuestiones económicas eran, si no hombres de

negocios, clérigos o abogados de profesión: la formación académica de estos dos tipos de economistas fue proporcionada en gran medida por el derecho romano y canónico y así que había una vía natural por la cual los conceptos, el espíritu e incluso, quizás, algunos gestos de los juristas romanos entraban en el campo del análisis económico. Entre estos conceptos estaba el fundamental de la Ley Natural. Una vez más, sin embargo, aplazamos su consideración, como hicimos cuando lo conocimos en Aristóteles: será más conveniente dar más adelante un relato conexo de su desarrollo.

[c) Escritos sobre agricultura.]

Pasamos ahora por un momento a un asunto menor, los escritos romanos sobre agricultura (*De re rustica*). Esta rama de la literatura económica que parece haber sido cultivada de manera bastante extensa por los romanos es más interesante para el historiador económico que para nosotros. Trataba de los principios prácticos de la gestión agrícola o, más bien, de la propiedad, pero rara vez abordaba cuestiones que surgen dentro de nuestra provincia. Por ejemplo, el consejo del anciano Catón de que el terrateniente debería vender esclavos envejecidos antes de que se vuelvan inútiles y que debería mostrarse tan duro como sea posible al inspeccionar su propiedad es sin duda muy revelador en muchos aspectos, pero no implica ningún análisis económico. . Algunos de esos escritores, de los que sólo hay que mencionar a Varro y Columella, hicieron puntualmente algunas observaciones que sugieren desarrollos posteriores, como que el uso más rentable de un terreno depende, entre otras cosas, de su distancia al centro de consumo. . Pero es tan cierto en estos casos como en otros que el mero enunciado de hechos que nos son conocidos por la experiencia común no tiene importancia científica, a menos que se conviertan en el punto de partida de un análisis que destile resultados más interesantes.
[114]

[8. Pensamiento cristiano primitivo]

No dejamos el mundo grecorromano cuando ahora nos volvemos por un momento al pensamiento cristiano de los primeros seis siglos. Después de lo que se ha dicho sobre la naturaleza de nuestros objetivos, es obvio que no tendría sentido buscar "economía" en los propios escritos sagrados. Las opiniones sobre temas económicos que podamos encontrar, como que los creyentes deben vender lo que tienen y dárselo a los pobres, o que deben prestar sin esperar nada (posiblemente ni siquiera reembolso) de ello, son imperativos ideales que forman parte de un esquema general de vida y expresar este esquema general y nada más, y menos las proposiciones científicas. Pero tampoco hay nada que podamos cosechar de las obras de esos grandes hombres que durante estos siglos sentaron las bases de la tradición cristiana. Y esto requiere una explicación. Porque podríamos esperar que, en la medida en que el cristianismo apuntó a la reforma social, el movimiento debería haber motivado el análisis de la manera en que, por ejemplo, lo hizo el movimiento socialista en nuestro tiempo. Sin embargo, no hay nada por el estilo en Clemente de Alejandría (alrededor de 150-215) o en Tertuliano (155-222) o en Cipriano (200-258) para mencionar algunos de los que se preocuparon por los aspectos morales de la fenómenos económicos a su alrededor. Predicaron contra el lujo desenfrenado y la riqueza irresponsable, impusieron la caridad y la moderación en el uso de los bienes terrenales, pero no analizaron en absoluto. Además, sería bastante absurdo sospechar de las teorías mercantilistas detrás del consejo de Tertuliano de contentarse con los simples productos de la agricultura y la industria nacionales en lugar de ansiar lujos importados, o de una teoría del valor detrás de su observación de que la abundancia y la rareza tienen algo que ver con precio. Lo mismo ocurre con los maestros cristianos del período posterior. No les faltó nada de refinamiento y desarrollaron técnicas de

razonamiento —que en parte provenían de la filosofía griega y del derecho romano— para los temas que les parecían valiosos. Sin embargo, ni Lactancio (260-340) ni Ambrosio (340-97), que podrían haber elaborado un poco su afirmación de que los ricos consideran como su legítima propiedad los *bienes comunes que han poseído,* ni Crisóstomo (347-407) ni San Agustín (354-430), el consumado autor de la *Civitas Dei* y de las *Confessiones* —cuyos mismos *obiter dicta* revelan hábitos mentales analíticos— nunca se metió en problemas económicos aunque sí en los problemas políticos del estado cristiano.

La explicación parece ser la siguiente. Cualquiera que sea nuestro diagnóstico sociológico de los aspectos mundanos del cristianismo primitivo, está claro que la Iglesia cristiana no tenía como objetivo la reforma social en ningún otro sentido que el de reforma moral del comportamiento individual. En ningún momento, incluso antes de su victoria, que puede datarse aproximadamente del Edicto de Milán de Constantino (313), la Iglesia intentó un ataque frontal contra el sistema social existente o sobre cualquiera de sus instituciones más importantes. Nunca prometió un paraíso económico o, en realidad, ningún paraíso de este lado de la tumba. El cómo y por qué de los mecanismos económicos eran *entonces* de ningún interés, ya sea a sus dirigentes oa sus escritores.

2

-

Los doctores escolásticos y los filósofos del derecho natural

1. La gran brecha

EL IMPERIO ORIENTAL sobrevivió al Occidente durante otros mil años, seguido por la burocracia más interesante y exitosa que el mundo haya visto jamás. Muchos de los hombres que dieron forma a las políticas en las oficinas de los emperadores bizantinos eran la crema intelectual de su época. Se ocuparon de una serie de problemas legales, monetarios, comerciales, agrarios y fiscales. No podemos evitar sentir que deben haber filosofado sobre ellos. Sin embargo, si lo hicieron, los resultados se han perdido. No se ha conservado ningún razonamiento que debería mencionarse aquí.

En los estados germánicos de Occidente, problemas similares surgieron incluso antes de la época de Carlomagno, y sabemos bastante bien por las fuentes literarias, así como por los documentos, cómo los abordaron. Pero el vasto imperio de Carlomagno presentaba problemas de administración interna y relaciones económicas internacionales que habían sido desconocidos para cualquier gobernante germánico anterior a él. Sin embargo, la sabiduría práctica, no inferior a la de cualquier otra época, es todo lo que reflejan sus medidas. Los historiadores y filósofos que adornaron su corte tocaron las cuestiones económicas de manera incidental, si es que lo hicieron. [115] En lo que respecta a nuestro tema, podemos saltar con seguridad más de 500 años a la época de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), cuya *Summa Theologica* [116] es en la historia del pensamiento lo que la aguja sudoeste de la Catedral de Chartres está en la historia de la arquitectura.

2. Feudalismo y escolástica

La vida de Santo Tomás se extendió por la cresta de la civilización feudal. Este término sugiere la idea de un tipo particular de sociedad guerrera, a saber, de una sociedad dominada por un estrato guerrero que estaba organizado, sobre el principio de vasallaje, en una jerarquía de señores y caballeros dotados de feudos. Desde el punto de vista de esta jerarquía de guerreros, la antigua distinción entre hombres de estatus libre y hombres de estatus no libre había perdido gran parte de su significado original. Lo que importaba no era si un hombre era libre o no, sino si era un caballero o no. Incluso el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico de nacionalidad alemana —para usar la frase oficial—, que en teoría era reconocido como el señor feudal de todo el cristianismo, era principalmente, y se sentía a sí mismo, un caballero; e incluso el hombre no libre se convirtió en un caballero tan pronto como se apoderó de un caballo y armas y aprendió a usarlos, lo que al principio fue un asunto muy simple, aunque en la época de Santo Tomás se había convertido en un experto ocupación. Esta clase guerrera disfrutó de un poder y un prestigio incomparables, y por lo tanto imprimió el sello de su propio patrón cultural en la civilización de la época feudal.

La base económica de esta pirámide social estaba constituida por los campesinos dependientes y los artesanos señoriales de cuyo trabajo vivían los guerreros. Por lo tanto, parece que contemplamos lo que a primera vista parece una unidad estructural en el sentido que la frase Pirámide social pretende transmitir. Pero esta imagen es bastante poco realista. Las sociedades, con la posible excepción de las

tribus primitivas y el socialismo en toda regla, nunca son unidades estructurales, y la mitad de los problemas que presentan surgen del hecho de que no lo son. La sociedad de la época feudal no puede describirse en términos de caballeros y campesinos como tampoco la sociedad de la época capitalista puede describirse en términos de capitalistas y proletarios. La industria, el comercio y las finanzas romanas no habían sido destruidos en todas partes. Incluso donde habían sido destruidos o donde nunca habían existido, ellos —y consecuentemente las clases de carácter burgués— se habían desarrollado o vuelto a desarrollar antes de la época de Santo Tomás. En muchos lugares, estas clases habían superado el marco de la organización feudal y, ayudadas por el hecho de que una ciudad bien fortificada era normalmente inexpugnable para las artes de la guerra de los caballeros, habían desafiado con éxito el gobierno de los señores feudales, el más conspicuo siendo el ejemplo la victoriosa resistencia de las ciudades de Lombardía. Como realidad histórica, por tanto, el feudalismo significa la simbiosis de dos sistemas sociales esencialmente diferentes y en gran medida, aunque no totalmente, antagónicos.

Pero había otro factor de origen y carácter no feudal que la clase guerrera no logró absorber ni conquistar, para nosotros el más importante de todos, la Iglesia Católica Romana. No podemos entrar en una discusión sobre las relaciones extremadamente intrincadas de la Iglesia medieval con los poderes feudales. El único punto esencial que hay que comprender es que la Iglesia no era simplemente un órgano de la sociedad feudal, sino un organismo distinto de la sociedad feudal que siempre siguió siendo un poder por derecho propio. No importa cuán estrechamente aliado o dependiente de los reyes y señores feudales haya estado en ocasiones, no importa cuán cerca haya estado de la derrota y de ser enjaezado al servicio de la clase guerrera, nunca renunció a su propia autoridad y nunca se convirtió en el instrumento de esa o cualquier otra clase. Dado que la Iglesia siempre fue capaz no sólo de afirmarse, sino también de librar una guerra exitosa contra los poderes feudales, este hecho debería ser demasiado obvio para requerir una declaración explícita, si no fuera porque la historiografía, inspirada en una versión popular de la sociología marxista, podría fácilmente dar la impresión —para decirlo de la manera más cruda posible— de que el pensamiento medieval era simplemente la ideología de una clase guerrera terrateniente, verbalizada por sus capellanes. Esta impresión sería errónea no solo desde el punto de vista de quienes se niegan a aceptar la sociología marxista de las ideas, sino también desde el punto de vista del propio Marx, incluso si optamos por interpretar el sistema católico de pensamiento como una ideología, todavía permanecería la ideología del clero y nunca fusionarse con la de la clase guerrera. Es importante tener esto en cuenta debido al monopolio prácticamente completo del saber que disfrutó la Iglesia Católica hasta el Renacimiento. Este monopolio se debió principalmente a la autoridad espiritual de la Iglesia. Pero se vio muy reforzado por las condiciones de aquellas épocas en las que no había lugar ni seguridad para los eruditos profesionales, excepto dentro de un convento. En consecuencia, casi todos los "intelectuales" de esa época eran monjes o frailes. Consideremos brevemente algunas implicaciones de esto.

Todos esos monjes y frailes hablaban el mismo latín no clásico; escucharon la misma Misa dondequiera que fueran; estaban formados por una educación igual en todos los países; profesaban el mismo sistema de creencias fundamentales; y todos reconocieron la autoridad suprema del Papa, que era esencialmente internacional: su país era la cristiandad, su estado era la Iglesia. Pero esto no es todo. Su influencia internacionalizadora se vio reforzada por el hecho de que la propia sociedad feudal era internacional. No solo la autoridad del Papa, sino también del Emperador era internacional en principio y, en cierto grado, de hecho. El antiguo Imperio Romano y el de Carlomagno no eran meras

reminiscencias. La gente estaba familiarizada con la idea de un superestado temporal y espiritual. Las divisiones nacionales no significaron para ellos lo que llegaron a significar durante el siglo XVI; nada en toda la gama de ideas políticas de Dante es tan sorprendente como la ausencia total del ángulo nacionalista. El resultado fue el surgimiento de una civilización esencialmente internacional y una república internacional de académicos que no era una frase sino una realidad viva. Santo Tomás era italiano y John Duns Scotus era escocés, pero ambos enseñaron en París y Colonia sin encontrar ninguna de las dificultades que habrían encontrado en la era de los aviones.

De hecho, al igual que en principio, prácticamente todos los que lo deseaban podían ingresar en una orden monástica y también unirse a las filas del clero secular. Pero el avance dentro de la Iglesia estaba abierto a todo el mundo sólo en principio, ya que los reclamos de los miembros de las familias de la clase guerrera absorbieron de hecho la mayor parte de los obispados y abadías. Pero el hombre sin conexión nunca fue completamente excluido de las dignidades superiores, ni siquiera de las más altas; y, lo que es mucho más importante para nosotros, no se le impidió convertirse en un "hombre clave" que da forma a las ideas y a las políticas. El clero regular (los monjes) y los frailes abastecían, por así decirlo, al personal general de la Iglesia. Y en los monasterios se encontraban hombres de todas las clases en igualdad de condiciones. Naturalmente, la atmósfera intelectual estuvo a menudo cargada de radicalismo social y político, aunque esto fue, por supuesto, mucho más el caso en algunas ocasiones que en otras y mucho más con los frailes que con los monjes regulares. En la literatura que vamos a examinar, obtenemos este radicalismo en una forma muy enrarecida, pero lo obtenemos.

Pero, ¿cómo se puede imputar una actitud mental radical, y por tanto también crítica, a un grupo social cuyos miembros estaban obligados a obedecer los dictados de una autoridad suprema y absoluta? Esta aparente paradoja se resuelve fácilmente. La vida y la fe de los monjes y frailes estaban sujetas a una autoridad que era, al menos en teoría, absoluta y decía una verdad inmutable. Pero más allá de la esfera de la disciplina y de las creencias religiosas fundamentales —más allá de las cuestiones *de fide*— esa autoridad no se comprometió a dirigir su pensamiento, ni prescribió resultados. [117] En particular, no tenía, en general, ningún motivo para hacerlo en el departamento del pensamiento político y económico, es decir, para obligar a los intelectuales clericales a exponer y defender o representar como inmutable cualquier orden temporal de las cosas. . La Iglesia fue juez de todas las cosas humanas; el conflicto con la autoridad temporal era una posibilidad siempre presente y muy a menudo el hecho real; las órdenes monásticas eran instrumentos importantes de la autoridad papal: estas no eran razones para impedirles considerar las instituciones temporales como obras históricamente cambiantes del hombre. Estoy lejos de querer menospreciar la importancia de los ideales y preceptos cristianos per se. Pero no necesitamos invocarlos para darnos cuenta de que la subordinación monástica a la autoridad en asuntos de fe y disciplina era compatible con una amplia libertad de opinión en todos los demás asuntos. Debemos ir aún más lejos. No sólo la ubicación sociológica de los monjes —por así decirlo fuera de la estructura de clases— provocó una actitud de crítica imparcial de muchas cosas; también había un poder detrás de ellos que estaba en condiciones de proteger esa libertad. En lo que respecta al tratamiento de los problemas políticos y económicos, el intelectual clerical de esa época no estaba más, sino menos expuesto a la interferencia de la autoridad política y de los "grupos de presión" que el intelectual laico de épocas posteriores.

La acusación de que la aceptación incondicional de la autoridad eclesiástica invalidaba el razonamiento de esos eruditos monásticos desde un punto de vista científico se considera, por tanto,

infundada. Sin embargo, todavía tenemos que considerar una forma particular de ello. La naturaleza analítica de su razonamiento se ha negado a menudo sobre la base de que sus argumentos pueden haber sido solo argumentos de autoridad: sujetos a la autoridad del Papa como estaban, no les quedaba otro método para establecer o refutar una proposición que aducir a favor o en contra de las autoridades literarias reconocidas por esa autoridad suprema. Pero esto no es así. El punto se puede aclarar con una referencia a Santo Tomás. De hecho, enseñó que la autoridad era de importancia decisiva en asuntos relacionados con la Revelación, es decir, la autoridad de aquellos a quienes se habían hecho las revelaciones, pero también enseñó que en todo lo demás (y esto incluye, por supuesto, todo el campo de la economía) cualquier argumento de la autoridad era "extremadamente débil". [118]

Con el monopolio del aprendizaje pasó el monopolio de la enseñanza "superior". En las escuelas que fueron fundadas a partir del siglo VII en adelante, por señores temporales y espirituales, fueron los clérigos quienes enseñaron los jirones de la ciencia grecorromana, así como la teología y las doctrinas filosóficas propias; grandes maestros como Abelardo atrajeron a estudiantes y causaron, ocasionalmente, muchos problemas para las autoridades de control. En algunos casos de estas escuelas, en otros de forma independiente, las `` universidades '' autónomas se desarrollaron en los siglos XII y XIII: incorporaron asociaciones [119] de profesores, como en París, o de estudiantes, como en Bolonia, que antes de mucho tiempo se agruparon en facultades teológicas, filosóficas, legales y médicas. Al principio, los príncipes y obispos no tenían más que ver con ellos que lo que implicaba la concesión de privilegios corporativos y la supervisión religiosa. En consecuencia, las universidades gozaron de una gran libertad e independencia; le dieron más alcance al maestro individual que las universidades mecanizadas de hoy; eran un lugar de encuentro de todas las clases sociales; y eran esencialmente internacionales. Pero a partir del siglo XIV, las fundaciones gubernamentales se hicieron cada vez más frecuentes. Los gobiernos también adquirieron el control de instituciones anteriormente independientes. Eventualmente, esto cambió todo. La influencia del gobierno no solo contribuyó a la afirmación de fines puramente utilitarios, sino también a la restricción de la libertad, particularmente, por supuesto, en materia de doctrina política. Pero, precisamente debido al poder que estaba detrás de los profesores clericales, las universidades se mantuvieron bastante bien hasta la escisión religiosa del siglo XVI.

Las oportunidades ofrecidas por las universidades reforzaron naturalmente la vieja tendencia de los académicos a convertirse en profesores. Y dado que el público era entonces tan propenso como ahora a enfatizar demasiado la enseñanza a expensas de la producción de lo que se enseña, a los hombres de ciencia medievales se les llamaba y se les suele llamar escolásticos o escolásticos (*doctores scholastici*). Para desengañarse de las ideas preconcebidas predominantes, es mejor que el lector vea en estos médicos escolásticos simplemente profesores de colegio o universidad. Santo Tomás, entonces, era profesor. Su *Summa Theologica* fue, como nos informa en el prefacio, concebida como un libro de texto para principiantes (*incipientes*).

3. Escolástica y capitalismo

Los procesos que finalmente hicieron añicos el mundo social de Santo Tomás de Aquino generalmente se resumen en la frase Rise of Capitalism. Aunque son infinitamente complejos, admiten una descripción en términos de unas pocas generalizaciones amplias que no son tan irremediablemente erróneas. Además, aunque, por supuesto, no hubo interrupciones en ninguna parte, es posible fechar los desarrollos al menos por siglos. La empresa capitalista no había estado ausente antes, pero a partir del

siglo XIII comenzó lentamente a atacar el marco de las instituciones feudales que durante siglos habían encadenado pero también protegido al agricultor y al artesano, y a evolucionar los contornos del patrón económico que aún se mantiene. , o hasta hace muy poco tiempo era nuestro. A fines del siglo XV, la mayoría de los fenómenos que solemos asociar con esa vaga palabra que el capitalismo había puesto en su aparición, incluidos los grandes negocios, la especulación de valores y productos básicos, y las 'altas finanzas', para todos los cuales la gente reaccionó tanto como nosotros mismos. 120 Incluso entonces, estos fenómenos no eran todos nuevos. Verdaderamente sin precedentes fue solo su importancia absoluta y relativa.

El crecimiento de la empresa capitalista, sin embargo, creó no solo nuevos patrones y problemas económicos, sino también una nueva actitud hacia todos los problemas. El surgimiento de la burguesía comercial, financiera e industrial, por supuesto, alteró la estructura de la sociedad europea y, en consecuencia, su espíritu o, si se prefiere, su civilización. El punto más obvio de esto es que la burguesía adquirió poder para hacer valer sus intereses. Esta era una clase que veía los hechos comerciales bajo una luz diferente y desde un ángulo diferente; una clase, en resumen, que se dedicaba *a los* negocios y, por lo tanto, nunca podía ver sus problemas con la indiferencia del escolar. Pero este punto es el segundo en importancia a otro. Como hemos visto en la primera parte de este libro, es más esencial darse cuenta de que, independientemente de la afirmación de sus *intereses* , el empresario, a medida que aumentaba su peso en la estructura social, impartía a la sociedad una dosis cada vez mayor de su *mente* , tal como lo había hecho el caballero antes que él. Los hábitos mentales particulares que genera el trabajo en la oficina comercial, el esquema de valores que emana de ella y la actitud hacia la vida pública y privada que le caracteriza, se difunden lentamente en *todas las* clases y en *todos los* campos del pensamiento y la acción humanos. . Los resultados estallaron en la época de transformación cultural que ha sido tan curiosamente mal llamada Renacimiento. 121

Uno de los más importantes de estos resultados fue el surgimiento del intelectual laico, 122 y, por tanto, de la ciencia laica. Podemos distinguir desarrollos de tres tipos diferentes. Primero, siempre ha habido médicos y abogados laicos; pero en el Renacimiento empezaron a desplazar al elemento clerical. En segundo lugar, a partir de sus necesidades y problemas profesionales, los artistas y artesanos laicos (realmente no había distinción sociológica entre ellos) comenzaron a desarrollar un fondo de conocimiento elaborado (por ejemplo, en anatomía, perspectiva, mecánica) que era una fuente importante de conocimientos modernos. ciencia, pero creció fuera de la ciencia universitaria escolástica: una figura como Leonardo da Vinci ilustrará este punto; y la figura de Galileo ilustrará otro punto, a saber, cómo este tipo de desarrollo produjo al físico laico. Tenía su análogo en economía; el empresario y funcionario, comenzando también como el artista-artesano a partir de sus necesidades y problemas prácticos, comenzó a desarrollar un fondo de conocimiento económico que será examinado en el próximo capítulo. En tercer lugar, estaban los humanistas. Profesionalmente, estos eran eruditos clásicos. Su trabajo científico consistió en la edición crítica, traducción e interpretación de los textos griegos y latinos que estuvieron disponibles en los siglos XV y XVI. Pero les encantaba creer que el dominio del griego y el latín haría a un hombre competente en todo; y esto unido a su ubicación social —también fuera de las universidades escolares— convirtió a estos críticos de textos en críticos de hombres, costumbres, creencias e instituciones, así como en *literatos polifacéticos* . Sin embargo, no contribuyeron a la economía técnica. Para nosotros son importantes sólo en la medida en que influyeron en la atmósfera intelectual general de su época.

La Iglesia Católica tenía pocas razones para oponerse al médico o abogado laico como tal y en realidad no se opuso a ellos; fue el mecenas más liberal del artista-artesano, cuyo arte, de hecho, siguió siendo principalmente religioso durante mucho tiempo; empleó a humanistas en la cancillería papal y en otros lugares, y los papas y cardenales del Renacimiento, algunos de los cuales eran distinguidos humanistas, invariablemente fomentaron los estudios humanísticos. El conflicto que surgió, sin embargo, es por tanto un problema. Y el diagnóstico de su naturaleza no se facilita pintando todo el cuadro en blanco y negro. Hay poco o nada en la saga de una nueva luz que había brillado sobre el mundo y fue combatida amargamente por los poderes de las tinieblas, o de un nuevo espíritu de libre investigación que los secuaces del autoritarismo reprimido intentaron en vano sofocar. Tampoco ayuda nuestra comprensión del conflicto mezclándolo con el fenómeno relacionado, pero bastante diferente, de la Reforma: la revolución intelectual y la revolución religiosa se reforzaron mutuamente, pero sus fuentes no son las mismas; no se mantienen entre sí en una simple relación de causa y efecto.

No existía un nuevo espíritu del capitalismo en el sentido de que la gente hubiera tenido que adquirir una nueva forma de pensar para poder transformar un mundo económico feudal en uno capitalista completamente diferente. Tan pronto como nos damos cuenta de que el feudalismo puro y el capitalismo puro son creaciones igualmente irreales de nuestra propia mente, el problema de qué fue lo que convirtió al uno en el otro se desvanece por completo. 123 La sociedad de la época feudal contenía todos los gérmenes de la sociedad de la época capitalista. Estos gérmenes se desarrollaron lentamente, cada paso enseñaba su lección y producía otro incremento de métodos capitalistas y de "espíritu" capitalista. De manera similar, no existía un nuevo espíritu de libre investigación cuyo surgimiento requiriera explicación. La ciencia escolástica de la Edad Media contenía todos los gérmenes de la ciencia laica del Renacimiento. Y estos gérmenes se desarrollaron lenta pero constantemente dentro del sistema del pensamiento escolástico, de modo que los laicos de los siglos XVI y XVII continuaron en lugar de destruir el trabajo escolar. Esto se aplica incluso donde se niega con más insistencia. Incluso en el siglo XIII, observó Albertus Magnus, Roger Bacon experimentó e inventó —también insistió en la necesidad de métodos matemáticos más poderosos— mientras que Jordanus el Nemore teorizó con un espíritu completamente "moderno". 124 Incluso el sistema heliocéntrico de la astronomía no fue simplemente una bomba lanzada contra la fortaleza escolástica desde el exterior. Se originó en la fortaleza. Nicolaus Cusanus (1401–64) fue cardenal. Y el propio Copérnico era canónigo (aunque en realidad no aceptaba órdenes), doctor en derecho canónico, vivió toda su vida en círculos eclesiásticos, y Clemente VII aprobó su trabajo y deseaba que se publicara. 125 Esto tampoco es sorprendente porque, como hemos visto, la autoridad de la Iglesia no era el obstáculo absoluto para la investigación libre que se ha dicho que es. La impresión que prevalece en sentido contrario se debe al hecho de que hasta hace poco el mundo se ha contentado con aceptar el testimonio de los enemigos de la Iglesia, que se inspiró en un odio irracional y acontecimientos individuales indebidamente dramatizados. Durante los últimos veinte años ha ido ganando terreno una opinión más imparcial. Esto es una suerte para nosotros porque hace que sea mucho más fácil apreciar el desempeño científico escolar en nuestro campo.

Si, entonces, quitamos una capa de colores partidistas, la verdadera imagen del conflicto aparece sin más dificultad. Fue principalmente de naturaleza política. Los intelectuales laicos, católicos no menos que protestantes, a menudo se oponían a la Iglesia como poder político, y la oposición política contra una Iglesia se convierte muy fácilmente en herejía. Fue este espíritu de oposición política y el peligro incidental de herejía lo que la Iglesia percibió —a veces erróneamente, más a

menudo correctamente— en las obras de los intelectuales laicos y lo que la hizo reaccionar incluso a escritos que no tenían nada que ver ni con el gobierno de la iglesia ni religión y habrían pasado desapercibidos si hubieran sido publicados por un clérigo de cuya lealtad política y religiosa la Iglesia estaba segura. Sin embargo, había otro punto de importancia limitada pero, para nosotros, considerable. Parecería que la profesión científica no siempre absorbe las novedades con prontitud. Además, los profesores son hombres constitucionalmente incapaces de concebir que el otro tenga razón. Esto es válido para todos los tiempos y lugares. En la época de Galileo, sin embargo, las universidades estaban en manos de órdenes monásticas, excepto en los países que se habían vuelto o se estaban volviendo protestantes. Estas órdenes dieron la bienvenida a los novicios y les abrieron rápidamente la carrera científica. Pero no acogieron con agrado el trabajo científico de personas que no quisieron unirse a ellos: de ahí un conflicto de intereses entre dos grupos de intelectuales que se interpusieron en el camino del otro. Y el resentimiento profesional contra un adversario científico, del que todas las edades ofrecen divertidos ejemplos, adquirió a veces una connotación que no resultaba divertida en circunstancias en las que las universidades, aunque no siempre tuvieron el oído del Papa, siempre tuvieron el oído de la Inquisición. Pero esto no significa que esos mismos profesores no hicieran más que ensayar textos aristotélicos.

4. Sociología y economía escolásticas [126]

Santo Tomás dividió el campo del conocimiento elaborado en las ciencias que funcionan solo a la luz de la razón humana (*philosophicae disciplinae*), incluida la teología natural (*illa theologia quae pars philosophiae ponitur*) y la teología sobrenatural (*sacra doctrina*). Esta última era también una ciencia, pero una ciencia *sui generis* en virtud del hecho de que, a diferencia de todas las demás ciencias, utiliza no sólo la razón humana sino también la revelación. (*Summa* I, quaest. I.) [127] En este esquema que parece haber sido generalmente aceptado, la sociología y la economía no tenían compartimentos separados propios. Al principio, formaron parte de la teología moral o la ética, que en sí misma formaba parte de la teología tanto sobrenatural como natural. Posteriormente, especialmente en el siglo XVI, los temas sociológicos y económicos fueron tratados dentro del sistema de jurisprudencia escolástica. En ocasiones, las cuestiones individuales, principalmente sobre dinero e intereses, se tratan por separado. También lo eran las cuestiones políticas. Pero la economía en su conjunto nunca lo fue. Para nuestro propósito, será conveniente distinguir tres períodos en la evolución histórica del pensamiento escolástico, según el grado de atención de los problemas económicos.
[(a) Desde el siglo IX hasta finales del XII.]

El más temprano de nuestros períodos se extiende desde el siglo IX, en el curso del cual el pensamiento escolástico cobró impulso por primera vez, hasta el final del XII. Aparte de las cuestiones puramente teológicas, fueron principalmente problemas de teoría o filosofía del conocimiento los que atrajeron a los pensadores de esa época. Por lo que puedo entender, ninguna pieza de razonamiento que pueda atribuirse al campo del *análisis* económico se encuentra en ninguna de las obras de líderes como, por mencionar algunos, Erigena, Abelardo, San Anselmo o Juan. de Salisbury. Nuestro programa, por lo tanto, nos impide considerar su desempeño, aunque esto limitará fatalmente nuestra concepción de la corriente general del pensamiento escolástico. Sin embargo, hay que mencionar dos cosas. Los llamaremos (I) la racha platónica y (II) la racha individualista.

I. En la lenta y laboriosa tarea de reconstrucción intelectual que tuvo que emprenderse después de siglos durante los cuales Europa había sido devastada por hordas bárbaras, los restos del saber antiguo adquirieron naturalmente una importancia primordial. La mayoría de estos restos, sin embargo, no estaban disponibles antes del siglo XII y gran parte del resto estaba más allá de los estudiosos de la época o estaba disponible solo en malas traducciones. Dentro de la pequeña estirpe, predominaron las influencias platónicas y neoplatónicas tanto directamente como, por mediación de la filosofía de San Agustín, indirectamente. Pero la influencia platónica traerá inevitablemente a primer plano el problema de las ideas platónicas, el problema de la naturaleza de los conceptos generales (*universalia*). En consecuencia, la primera y más famosa de todas las discusiones escolásticas en filosofía pura fue sobre este problema; y hasta fines del siglo XV siguió resplandeciendo una y otra vez. No nos asombraremos de esto ni lo aceptaremos como prueba positiva de la esterilidad del pensamiento escolástico. Porque debería quedar claro que este problema representa sólo una forma particular de plantear el problema general de la filosofía pura. Decir que los escolásticos nunca dejaron de discutirlo, por lo tanto, no significa más que eso, aunque interesados en muchas otras cosas, nunca dejaron de estar interesados en la filosofía pura. En general, se puede afirmar que el punto de vista "realista", el punto de vista según el cual sólo las ideas o conceptos, como tales, tienen existencia real y que, por tanto, es exactamente lo contrario de lo que deberíamos llamar un punto de vista realista, prevaleció más o menos hasta el siglo XIV cuando la batalla se volvió a favor del punto de vista opuesto, el "nominalista". [128] Pero el compromiso de Abelardo (1079-1142) parece haber gozado de una gran, aunque variable, popularidad en todas partes: las ideas o universales existen independientemente de cualquier individuo que les corresponda en la mente de Dios (*universalia* son *ante res* , en este sentido); pero están encarnados en cosas individuales (*universalia* están, por tanto, también *in rebus*); y la mente humana puede vislumbrarlos sólo mediante la observación y la abstracción (en cuyo sentido son *post res*).

Esta controversia fue de naturaleza puramente epistemológica y no tiene relación alguna con la práctica del análisis económico o de cualquier otro tipo. Pero había que mencionarlo porque, en nuestro propio tiempo, el realismo y nominalismo de los médicos escolásticos se han relacionado con otros dos conceptos, el universalismo y el individualismo, que algunos escritores consideran relevantes para la práctica analítica. Estos escritores llegaron incluso a representar el universalismo y el individualismo como dos visiones fundamentalmente diferentes de los procesos sociales, cuyo conflicto atraviesa toda la historia del análisis sociológico y económico y es, de hecho, el hecho esencial detrás de todos los otros choques de opinión que se produjeron a lo largo de la historia. las edades. [129] Cualquiera que sea el argumento que pueda ser posible aducir para esta doctrina desde el punto de vista del pensamiento económico o, posiblemente, también desde el punto de vista de una interpretación filosófica de los procedimientos analíticos, no hay nada en él que concierna a estos procedimientos analíticos en sí mismos: el resto de los libro establecerá este punto. En este momento nos interesa simplemente mostrar que el universalismo y el individualismo no tienen nada que ver con el realismo y el nominalismo escolásticos. El universalismo, en oposición al individualismo, significa que los 'colectivos sociales', como la sociedad, la nación, la iglesia y similares, son conceptualmente anteriores a sus miembros individuales; que los primeros son las entidades realmente relevantes con las que deben tratar las ciencias sociales; que los últimos son sólo el producto del primero; de ahí que el análisis deba trabajar desde lo colectivo y no desde el comportamiento individual. Entonces, si elegimos llamar a estos colectivos universales sociológicos, entonces se puede decir que la doctrina en cuestión opone los

universales a los individuos. Pero el realismo escolástico opuso los universales a los individuos en un sentido muy diferente. Si adoptara el realismo escolástico, entonces mi idea de, digamos, la sociedad reclamaría una precedencia lógica sobre cualquier *sociedad* empírica individual que observe, pero no sobre los *hombres* individuales ; la idea de estos hombres sería otro universal en el sentido escolástico, reivindicando una precedencia lógica sobre los individuos empíricos. Evidentemente, esto no implicaría nada sobre la relación entre los dos universales escolásticos o la relación entre cualquier sociedad empírica (un universal en el sentido de la doctrina universalista) y los individuos empíricos que la componen. En particular, en este caso podría seguir siendo un individualista tan fuerte, políticamente o en cualquier otro sentido, como me plazca. Por tanto, se considera que la opinión contraria no descansa más que en un error inducido por el doble sentido que se atribuye a "universal" e "individual". 130

II. Al examinar la historia de las civilizaciones, a veces hablamos de casos objetivos y subjetivos. Por civilización objetiva entendemos la civilización de una sociedad en la que cada individuo se encuentra en su nicho designado y está sujeto, sin referencia a sus gustos, a reglas superindividuales; una sociedad que reconoce como universalmente vinculante un determinado código ético y religioso; una sociedad en la que el arte está estandarizado y toda actividad creativa expresa y sirve ideales superindividuales. Por civilización subjetiva entendemos una civilización que muestra las características opuestas; en el que la sociedad sirve al individuo y no al revés; en definitiva, una sociedad que se vuelca e implemente gustos subjetivos y permita a cada uno construir su propio sistema de valores culturales. No necesitamos entrar en la cuestión general de la posición analítica de tales esquemas. Pero nos preocupa la afirmación generalizada con la que nos encontramos a menudo de que, en el sentido explicado, la civilización medieval era objetiva y la civilización moderna es (o hasta hace poco era) subjetiva o individualista, porque esto toca, o puede suponerse que toca, el 'espíritu' con el que las personas realizan o llevan a cabo su análisis económico. No puede haber ninguna duda de que algunas de las características encajan: la vida religiosa en la era de 'Un Dios, una Iglesia', en comparación con la vida religiosa en la era de cientos de denominaciones, es el ejemplo estándar. Pero tampoco cabe duda de que, en conjunto, esas imágenes abstractas son ridículamente inadecuadas. ¿Es posible imaginar un individualista más feroz que un caballero? ¿No surgió precisamente de este hecho todo el problema que experimentó la civilización medieval con la gestión militar y política (y que explica en gran medida sus fracasos)? ¿Y el miembro de un sindicato moderno o el agricultor mecanizado de hoy es realmente mucho más individualista que el miembro medieval de un gremio de artesanos o el campesino medieval? Por lo tanto, el lector no debe sorprenderse al saber que la veta individualista en el pensamiento medieval también fue mucho más fuerte de lo que comúnmente se supone. Esto es cierto, tanto en el sentido de que la opinión fue mucho más diferenciada individualmente como en el sentido de que el fenómeno individual y (en las especulaciones sobre la sociedad) el hombre individual fueron atendidos mucho más cuidadosamente de lo que pensamos. La sociología y la economía escolásticas, en particular, son estrictamente individualistas, si entendemos que esto significa que los médicos, en la medida en que apuntaban a la descripción y explicación de los hechos económicos, partían invariablemente de los gustos y el comportamiento del individuo. El hecho de que aplicaran cánones de justicia superindividuales a estos hechos no es relevante para la naturaleza lógica de su análisis; pero incluso estos cánones se derivaban de un esquema moral en el que el individuo era un fin en sí mismo y cuya idea central era la salvación de las almas individuales.

[(b) El siglo XIII.]

Nuestro segundo período, hablando a grandes rasgos, abarca el siglo XIII. Hay justificación para llamarlo el período clásico de la escolasticismo en lo que respecta a la teología y la filosofía. El pensamiento teológico y filosófico no solo se revolucionó, sino que también se consolidó en un nuevo sistema que era todo lo que implica el término Clásico. Principalmente, esta revolución fue obra de Grosseteste, Alejandro de Hales, St. Bonaventura y Duns Scotus (escuela franciscana) por un lado, y de Albertus Magnus y su discípulo, Santo Tomás (colegio dominicano), por el otro. La consolidación, es decir, la creación del sistema clásico, fue el logro imponente de solo Santo Tomás. Pero en otros aspectos, solo hubo revolución y no consolidación. Ese siglo, de hecho, dio origen a la ciencia escolástica a diferencia de la teología y la filosofía; produjo un trabajo que inició y sentó las bases para el trabajo futuro, pero no estableció nada más allá de los puntos de partida. Esto es válido tanto para las ciencias sociales como para las físicas. Debe notarse particularmente que, como muestra el ejemplo de Grosseteste, el interés por la investigación matemática y física estaba generalizado incluso entre los hombres que no realizaban tales investigaciones. Roger Bacon era un pico, pero no un pico solitario; y muchos hombres, dentro y fuera de la orden franciscana, estaban listos para continuar en su línea de avance. La razón por la que esto no destaca como debería es que los físicos y matemáticos escolásticos de los cuatro siglos siguientes tendieron a convertirse en especialistas en sus campos particulares y su formación académica se pierde fácilmente de vista. Por ejemplo, consideramos a Francesco Cavalieri (1598-1647) simplemente como un gran matemático. No se nos ocurre asociar los orígenes del cálculo integral con el escolasticismo en general o con la orden jesuita en particular, aunque de hecho Cavalieri fue producto de ambos. [131]

En sí misma, esa revolución teológico-filosófica no es asunto nuestro. Pero un aspecto de ella es de considerable importancia para la historia del análisis sociológico y económico, a saber, la resurrección del pensamiento aristotélico. Durante el siglo XII, el conocimiento más completo de los escritos de Aristóteles se filtró lentamente en el mundo intelectual del cristianismo occidental, en parte a través de la mediación semita, árabe y judía. [132] Para los médicos escolares esto significaba dos cosas. En primer lugar, la mediación árabe significaba interpretación árabe, lo que les resultaba inaceptable en algunos asuntos de epistemología y teología. En segundo lugar, el acceso al pensamiento de Aristóteles facilitó inmensamente la gigantesca tarea que tenían ante ellos no solo en la metafísica, donde debían abrir nuevos caminos, sino también en las ciencias físicas y sociales, donde debían partir de poco o nada.

El lector observará que no asigno a la recuperación de los escritos de Aristóteles el papel de causa principal de los desarrollos del siglo XIII. Tales desarrollos nunca son inducidos únicamente por una influencia externa. Aristóteles entró, como un poderoso aliado, para ayudar y proporcionar implementos. Pero la percepción de la tarea y la voluntad de apresurarse estaban allí, por supuesto, independientemente de él. Una analogía aclarará este punto. Hemos tenido ocasión de referirnos a la adopción parcial o "recepción" del *Corpus juris civilis* en la última Edad Media y el Renacimiento. Este fenómeno no puede explicarse causalmente por un descubrimiento afortunado de unos pocos volúmenes antiguos junto con la creencia ingenua de mentes acríticas de que estos volúmenes contenían material legal que todavía estaba en vigor. El proceso económico fue evolucionando patrones de vida que requerían formas legales, especialmente un sistema de contratos, del tipo que habían elaborado los juristas romanos. No cabe duda de que los abogados de la Edad Media eventualmente

habrían elaborado formas similares por sí mismos. La ley romana entró de manera útil, no porque trajera algo que era ajeno al espíritu y las necesidades de la época —en la medida en que lo hizo, su recepción fue de hecho una molestia absoluta— sino precisamente porque presentó, ya hecho, lo que sin él habría tenido que producirse laboriosamente. De manera similar, la "recepción" de las enseñanzas de Aristóteles fue principalmente un dispositivo muy importante para ahorrar tiempo y trabajo, particularmente en aquellos campos que aún eran tierras baldías. Es bajo esta luz —y no a la luz de la teoría de que hubo aceptación pasiva de un descubrimiento afortunado— que debemos ver la relación entre aristotelismo y escolasticismo.

Pero tan pronto como los médicos escolásticos se dieron cuenta de que en los escritos de Aristóteles tenían todo, o casi todo, lo que podían esperar en ese momento y que con la ayuda de sus doctrinas podrían lograr lo que les habría costado un siglo de trabajo. ellos mismos, naturalmente, aprovecharon al máximo esta oportunidad. Aristóteles se convirtió para ellos en el filósofo, el maestro universal, y la mayor parte de su trabajo tomó la forma de exponerlo a los estudiantes y al público en general, y de comentarlo. Además, sus escritos sirvieron admirablemente con fines didácticos, ya que de hecho estaban resumiendo y sistematizando libros de texto. En consecuencia, fue en el papel de expositores y comentaristas de la doctrina aristotélica que Grosseteste, Albertus Magnus y los otros líderes mencionados anteriormente aparecieron al público de su propia época y de la de épocas posteriores. El mismo Santo Tomás se convirtió, para muchas personas, simplemente en el hombre que había logrado utilizar a Aristóteles para el servicio de la Iglesia. Esta concepción errónea de la revolución del siglo XIII y, en particular, de la actuación de Santo Tomás no se corrigió sino que, por el contrario, fue fomentada por la práctica científica de los siguientes 300 años. Pues el trabajo de Aristóteles continuó proporcionando el marco sistemático para el creciente material científico y supliendo la necesidad de textos agradablemente peatonales; todo, por lo tanto, siguió moldeándose en el molde aristotélico, nada tan completamente como la economía escolástica, lo que también ilustra la forma en que, mediante esta práctica conveniente, los médicos escolásticos probablemente perderían el crédito por sus contribuciones originales.

Esto explica no solo el éxito incomprensible de la enseñanza aristotélica a lo largo de estos 300 años, sino también la pena que el antiguo sabio finalmente pagaría por este éxito. También podemos completar la historia que es tan interesante para el estudioso de los tortuosos caminos de la mente humana. Hemos visto que no había nada en el sistema escolástico que impidiera nuevos desarrollos dentro de él o incluso desarrollos fuera del terreno tomado por sus obras clásicas. La filosofía de Descartes puede ejemplificar tal desarrollo. [133] No mostró hostilidad hacia la antigua filosofía escolástica y, entre otras cosas, aceptó la prueba de San Anselmo de la existencia de Dios, rechazada por Santo Tomás, como base de su propia teoría del *cogito* . Hay muchas dudas sobre cuánto asciende. Pero ciertamente basta con hablar de evolución pacífica desde los orígenes escolares. Sin embargo, también hemos visto que la escolástica se convirtió en una pesadilla, ya que la influencia de los intelectuales laicos se afirmó. Y dondequiera que se afirmaba la hostilidad al escolasticismo, se afirmaba también la hostilidad a Aristóteles: dado que el aristotelismo era el recipiente del pensamiento escolástico, la hostilidad al aristotelismo se convirtió en el recipiente de la hostilidad hacia los médicos. Incluso hubo escolásticos antiescolásticos y antiaristotélicos de los que Gassendi es el ejemplo destacado. [134] Su trabajo matemático y físico, completamente neutral en sí mismo, adquirió una connotación crítica por la forma en que defendió la causa de los métodos experimentales —

"empiristas" o "inductivos", más que por esta defensa como tal. En filosofía, reemplazó la base aristotélica (sustancialmente) por una esencialmente epicúrea. Sin embargo, fue uno de los enemigos laicos de los médicos católicos donde se puso de moda representar a Aristóteles como la encarnación del polvo viejo y de la futilidad. Paracelso hizo quemar solemnemente los libros aristotélicos antes de comenzar sus conferencias médicas; Galileo, en el famoso diálogo sobre el sistema heliocéntrico que tanto ofendió, hizo una figura cómica del inepto objetor aristotélico; Francis Bacon, al abrazar la causa de la ciencia "inductiva", la contrastó tanto con la especulación escolástica como con la aristotélica. Todo esto fue injusto para los médicos escolares. Pero fue aún más injusto para el viejo sabio. Porque si hay algún mensaje general que nos hable desde sus páginas, seguramente es el mensaje de la investigación empírica. 135 Tan cierto es que, en la ciencia como en todas partes, luchamos por y contra no los hombres y las cosas como son, sino a favor y en contra de las caricaturas que hacemos de ellos. 136 Sin embargo, volvamos al período clásico, el siglo XIII, para buscar elementos de análisis sociológico y económico.

Sólo encontramos pequeños comienzos: poco de sociología, menos aún de economía. En parte, esto se debió sin duda a la falta de interés. Santo Tomás, en particular, estaba realmente interesado en la sociología política, pero todas las cuestiones económicas juntas le importaban menos que el punto más pequeño de la doctrina teológica o filosófica, y es sólo donde los fenómenos económicos plantean cuestiones de teología moral que toca. sobre ellos en absoluto. Incluso donde lo hace, no sentimos, como en otros lugares, que su poderoso intelecto está todo allí, apasionadamente resuelto a penetrar en el meollo de las cosas, sino que está escribiendo obedeciendo a los requisitos de una exhaustividad sistemática. Más o menos, esto se aplica a todos sus contemporáneos. En consecuencia, la enseñanza de Aristóteles les bastaba y casi nunca la superaban. De hecho, hubo una diferencia en el tono moral y la visión cultural y también un cambio de énfasis que se explica por los diferentes patrones sociales que contemplaron. Pero tampoco es tan importante como podríamos haber esperado. Dado que estas cosas no son de gran importancia en la historia del análisis económico, bastará señalar que los médicos escolásticos consideraban el trabajo físico como una disciplina favorable a la virtud cristiana y como un medio para evitar que los hombres pecaran, lo que implica una actitud enteramente a diferencia del de Aristóteles; que para ellos la esclavitud ya no era una institución normal, y mucho menos fundamental; que dieron sus bendiciones a la caridad ya la pobreza voluntaria; que su ideal de una *vita contemplativa* llevaba, por supuesto, un significado que era bastante extraño al correspondiente ideal de vida de Aristóteles, aunque hay importantes similitudes entre los dos; que repitieron pero matizaron los puntos de vista de Aristóteles sobre el comercio y las ganancias comerciales.

Mientras que todos los demás puntos se aplican a la doctrina escolástica de todas las edades, el mencionado en último lugar es válido únicamente para el período clásico. Después del siglo XIII se produjo un cambio significativo en la actitud de los médicos escolares hacia la actividad comercial. Pero los escolásticos del siglo XIII sostuvieron indudablemente la opinión expresada por Santo Tomás, a saber, que hay 'algo de base' en el comercio en sí mismo (*negoiatio secundum se considerata quandam turpitudinem habet* , *Summa* II, 2, quaest. LXXVII, art. 4), aunque la ganancia comercial podría estar justificada (a) por la necesidad de ganarse la vida; o (b) por el deseo de adquirir medios con fines benéficos; o (c) por un deseo de servir *publicam utilitatem* , siempre que el lucro sea moderado y pueda considerarse como una recompensa del trabajo (*stipendium laboris*); o (d) mediante una mejora de la cosa negociada; o (e) por diferencias intertemporales o interlocales en su

valor; o (f) por riesgo (*propter periculum*). La redacción de Santo Tomás deja lugar a dudas sobre las condiciones en las que estaba dispuesto a admitir las consideraciones (d) - (f), y puede ser cierto que otros, especialmente Duns Scotus (1266-1308) y un médico a quien yo No he mencionado hasta ahora, Richard de Middleton (1249-1306), fue algo más allá, especialmente en lo que respecta a justificar la utilidad social de la práctica de comprar en un mercado más barato y vender en uno más caro. Sin embargo, incluso las calificaciones (b) y (c) van más allá de las enseñanzas de Aristóteles. El énfasis que todos estos autores ponen en el elemento de remuneración de alguna actividad socialmente útil ha dado lugar, por un lado, a la opinión, que puede ser correcta, de que la fuente del derecho (moral) al producto del trabajo de uno. 'puede encontrarse en la literatura escolástica y, por otro lado, al error de que los médicos escolásticos sostenían una teoría del valor trabajo (analítica), es decir, que explicaban el fenómeno del valor por el hecho de que (la mayoría) los productos básicos cuestan mano de obra. Por el momento, el lector solo debe notar que no existe una relación lógica entre el mero énfasis en la necesidad, moral o económica, de remunerar el *trabajo* (sin importar si traducimos la palabra latina por el inglés 'trabajo' o por 'actividad' o 'esfuerzo' o 'problema') y lo que técnicamente se conoce como la teoría del valor trabajo.

La sociología de las instituciones de Santo Tomás, [137] políticas y otras, no es lo que los lectores que tienen la costumbre de rastrear las doctrinas políticas y sociales del siglo XIX hasta Locke o los escritores de la Ilustración francesa o los utilitaristas ingleses. . Considerando que, a este respecto, la enseñanza de Santo Tomás no sólo fue representativa de la de sus contemporáneos sino que también fue aceptada por todos los médicos escolásticos de épocas posteriores, conviene señalar brevemente sus puntos principales. Allí estaba el recinto sagrado de la Iglesia Católica. Pero por lo demás, la sociedad fue tratada como un asunto completamente humano y, además, como una mera aglomeración de individuos reunidos por sus necesidades mundanas. También se pensaba que el gobierno surgía y existía únicamente con fines utilitarios que los individuos no podían realizar sin tal organización. Su *razón de ser* era el Bien Público. El poder del gobernante se derivaba del pueblo, como podemos decir, por delegación. El pueblo es el soberano y un gobernante indigno puede ser depuesto. Duns Scotus se acercó aún más a adoptar una teoría del estado del contrato social. [138] Esta mezcla de análisis sociológico y argumento normativo es notablemente individualista, utilitarista y (en cierto sentido) racionalista, hecho que es importante recordar en vista del intento que vamos a hacer de vincular este cuerpo de ideas con las ideas laicas. y filosofías políticas anticatólicas del siglo XVIII. No hay nada metafísico en esta parte de la doctrina escolástica. Los médicos católicos tampoco apoyaron el autoritarismo político. El derecho divino de los monarcas, en particular, y el concepto de estado omnipotente son creaciones de los patrocinadores protestantes de las tendencias absolutistas que iban a imponerse en los estados nacionales.

La veta individualista y utilitaria y el énfasis en un Bien Público percibido racionalmente recorren toda la sociología de Santo Tomás. Bastará con un ejemplo: el más importante, la teoría de la propiedad. Habiendo eliminado los aspectos teológicos del asunto, Santo Tomás simplemente argumenta que la propiedad no está en contra de la ley natural sino una invención de la razón humana, [139] lo cual es justificable porque la gente cuidará más de lo que posee para sí misma que de lo que le pertenece. a muchos o todos; porque se esforzarán más por sí mismos que por los demás; porque el orden social se conservará mejor si las posesiones son distintas, de modo que no hay ocasión para discutir sobre el uso de las cosas que se poseen en común, consideraciones que intentan definir la ``

función " social de la propiedad privada tal como Aristóteles las había definido antes. y por mucho que el libro de texto del siglo XIX los definiera después. Y como encontró en Aristóteles todo lo que quería decir, se refirió a él y aceptó sus formulaciones.

Esto es válido con más fuerza para la "economía pura" de St. Thomas (sin embargo, *oeconomia* para él significa simplemente administración del hogar). Era embrionario y en realidad consiste sólo en una parte de su argumento sobre el precio justo (*Summa* II, 2, quaest. LXXVII, art. 1) y sobre el interés (*Summa* II, 2, quaest. LXXVIII). La parte relevante del argumento sobre el precio justo, el precio que asegura la "equivalencia" de la justicia conmutativa, es estrictamente aristotélica y debe interpretarse exactamente como hemos interpretado la de Aristóteles. Santo Tomás estaba tan lejos como estaba Aristóteles de postular la existencia de un "valor objetivo" metafísico o inmutable. Su *quantitas valoris* no es algo diferente al precio, sino simplemente un precio competitivo normal. La distinción que parece hacer entre precio y valor no es una distinción entre precio y algún valor que no es un precio, sino una distinción entre el precio pagado en una transacción individual y el precio que 'consiste' en la evaluación pública de la mercancía. (*justum pretium. . . en quadam aestimatione consistit*), que sólo puede significar precio competitivo normal, o el valor en el sentido de precio competitivo normal, donde existe tal precio. [140] En los casos en que no existe tal precio, Santo Tomás reconoció, dentro de su concepto de precio justo, el elemento del valor subjetivo de un objeto para el vendedor, aunque no el elemento del valor subjetivo del objeto para el comprador. —Un punto importante para el tratamiento escolar de interés. Más allá de esto, no entró en el artículo mencionado. Pero otros pasajes, quizás, apoyan la opinión de que, al menos por implicación, dio un paso más allá de Aristóteles que fue más explícitamente dado por Duns Escoto, Ricardo de Middleton y posiblemente otros. En todo caso, a Duns Scotus se le puede atribuir el mérito de haber relacionado el precio justo con el costo, es decir, el gasto de dinero y esfuerzo de los productores o comerciantes (*expensae et labores*). Aunque presumiblemente no pensó en nada más que en proporcionar un criterio más preciso de `` justicia conmutativa " escolástica, que fue correctamente rechazado por los escolásticos posteriores, debemos reconocerle el haber descubierto la condición de equilibrio competitivo que se conoció en el siglo XIX. como la Ley del Costo. Esto no está imputando demasiado: porque si identificamos el precio justo de un bien con su valor común competitivo, como ciertamente lo hizo Duns Scotus, y si equiparamos además ese precio justo con el costo del bien (teniendo en cuenta el riesgo, como no dejó de observar), entonces tenemos *ipso facto* , al menos por implicación, enunciado la ley del costo no solo como una proposición normativa sino también analítica.

Siguiendo a Alejandro de Hales y Alberto Magno, Santo Tomás condenó el interés por ser contrario a la justicia conmutativa sobre una base que resultó ser un enigma para casi todos sus sucesores escolásticos: el interés es un precio pagado por el uso del dinero; pero, visto desde el punto de vista del poseedor individual, el dinero se consume en el acto de ser utilizado; por tanto, como el vino, no tiene ningún uso que pueda separarse de su sustancia como tiene, por ejemplo, una casa; por lo tanto, cobrar por su uso es cobrar por algo que no existe, que es ilegítimo (usurero). Independientemente de lo que se pueda pensar de este argumento, que, entre otras cosas, ignora la posibilidad de que el interés 'puro' pueda ser un elemento del precio del dinero en sí mismo, en lugar de ser un cargo por un uso separable [141], una cosa está clara: exactamente como el Un argumento aristotélico algo diferente, no se refiere en absoluto a la cuestión de por qué se pagan realmente los intereses. Dado que esta pregunta, la única que es relevante para el análisis económico, fue realmente

planteada por los escolásticos posteriores, aplazamos la consideración de las pistas en busca de una respuesta, que el razonamiento de Santo Tomás sugiere sin embargo.

[(c) Desde el siglo XIV hasta el XVII.]

El último de los tres períodos en los que hemos decidido dividir la historia de la escolástica se extiende desde principios del siglo XIV hasta las primeras décadas del XVII. Comprende prácticamente la totalidad de la historia de la economía escolástica. Pero, habiendo explicado ya completamente el entorno y la naturaleza del trabajo escolar, ahora podemos permitirnos ser breves. En particular, no parece ser necesaria una explicación adicional de la facilidad con la que la economía de los médicos absorbió todos los fenómenos del capitalismo naciente y, en consecuencia, del hecho de que sirvió tan bien como base del trabajo analítico de sus sucesores. , sin excluir a A. Smith.

Para lograr el máximo de economía, mencionaré sólo unos pocos nombres representativos y luego intentaré dibujar un esquema sistemático de lo que concibo que fue el estado de la economía escolástica alrededor de 1600. Otros nombres, por supuesto, tendrían que ser ser mencionado para otros propósitos; estamos reduciendo artificialmente lo que era una corriente muy amplia y profunda.

Para el siglo XIV elegimos a Buridanus y Oresmius como representantes. [142] El tratado de este último sobre el dinero suele describirse como el primer tratado enteramente dedicado a un problema económico. Pero es principalmente de naturaleza legal y política y realmente no contiene mucho material estrictamente económico —en particular, nada que no fuera doctrina corriente entre los escolásticos de la época— su propósito principal es combatir la práctica prevaleciente de degradar el dinero, un tema eso fue tratado más tarde en una abundante literatura que se notará brevemente en la actualidad. Nuestros representantes del siglo XV serán San Antonino de Florencia, quizás el primer hombre al que es posible atribuir una visión integral del proceso económico en todos sus aspectos principales, y Biel. [143] Para el siglo XVI seleccionamos a Mercado y, como representantes de la literatura sobre Justicia y Derecho (*De justitia et jure*) que en el siglo XVI se convirtió en el principal depósito escolar de material económico, los tres grandes jesuitas cuyas obras han sido recientemente analizadas por Profesor Dempsey: Lessius, Molina y de Lugo. [144]

Todo lo que hay que decir sobre la sociología de los escolásticos posteriores es que desarrollaron, con mayor detalle y con una percepción más completa de las implicaciones, las ideas que habían cristalizado en las obras de sus predecesores del siglo XIII. Su sociología política, en particular, mantuvo el mismo método de acercamiento a los fenómenos del Estado y el gobierno y también el mismo espíritu "radical". [145] Su sociología económica, especialmente su teoría de la propiedad, continuó tratando a las instituciones temporales como dispositivos utilitarios que debían ser explicados —o 'justificados' - por consideraciones de conveniencia social centradas en el concepto de Bien Público. Y esta conveniencia social podría, según las circunstancias históricas, a veces favorecer y otras veces en contra de la propiedad privada. Sin duda creían que en las sociedades civilizadas, es decir, en sociedades que habían pasado del estado primitivo o natural en el que todas las posesiones eran comunes a todos (*omnia omnibus sunt communia*), estas consideraciones se pronunciaban a favor de la propiedad privada (*divisio rerum*); pero no existía un principio teórico ni moral que les impidiera llegar al resultado contrario siempre que nuevos hechos lo sugirieran. [146] Algunos aspectos metodológicos de esto se tratarán en la siguiente sección. Pero hay que mencionar brevemente otro punto.

Los escolásticos no se preocuparon principalmente por los problemas de los estados nacionales

y su política de poder. Este es precisamente uno de los vínculos más importantes entre ellos y los "liberales" del siglo XVIII e incluso del XIX. Sin embargo, algunos de los fenómenos que acompañaron el surgimiento de estos estados estaban destinados a atraer su atención crítica, y entre ellos estaba la política fiscal. Menciono esto aquí, y no en relación con su economía, porque apenas se adentraron en los problemas específicamente económicos de las finanzas públicas, como la incidencia de los impuestos, los efectos económicos del gasto público y similares: incluso cuando sí discutieron sobre el gobierno. endeudamiento (que, siguiendo el ejemplo de Santo Tomás, en su mayoría condenaron) o la cuestión de los méritos relativos de los impuestos sobre la riqueza y los impuestos sobre el consumo (Molina, Lessius y de Lugo, entre otros, abordaron esta cuestión), no produjo nada que califique como análisis económico. Lo que más les interesaba era la "justicia" de los impuestos en la más amplia aceptación del término, cuestiones tales como si los impuestos podían imponerse legítimamente y cuándo, por quién y sobre quién, con qué fines y en qué medida. Y debajo de sus proposiciones normativas había algún análisis sociológico de la naturaleza de la tributación y de la relación entre Estado y ciudadano. Tanto estas normas como este análisis, junto con el resto de su sociología política y económica, entraron en el trabajo de sus sucesores laicos, aunque la ciencia posterior de las finanzas públicas surgió principalmente de otras raíces. 147

Pero mientras que la sociología económica de los doctores escolásticos de este período no fue, en esencia, más que la doctrina del siglo XIII elaborada de manera más completa, la economía `` pura " que también transmitieron a esos sucesores laicos fue, prácticamente en su totalidad, su propia creación. Es dentro de sus sistemas de teología moral y derecho donde la economía ganó una existencia definida, si no separada, y son ellos los que se acercan más que cualquier otro grupo a haber sido los "fundadores" de la economía científica. Y no sólo eso: parecerá, incluso, que las bases que sentaron para un cuerpo útil y bien integrado de herramientas y proposiciones analíticas eran más sólidas que gran parte del trabajo posterior, en el sentido de que una parte considerable de la economía de los últimos años. El siglo XIX podría haberse desarrollado a partir de esas bases más rápidamente y con menos problemas de lo que realmente costó desarrollarlo, y que parte de ese trabajo posterior fue, por lo tanto, en la naturaleza de un desvío que consumía tiempo y trabajo.

En lo que puede describirse como la economía aplicada de los médicos escolásticos, el concepto fundamental era el mismo Bien Público que también dominaba su sociología económica. Este Bien Público fue concebido, con un espíritu claramente utilitario, con referencia a la satisfacción de las necesidades económicas de los individuos según lo discernido por la razón del observador o *ratio recta* (ver, más abajo, la siguiente sección), y es, por lo tanto, salvo la técnica, exactamente el lo mismo que el concepto de bienestar de la Economía del Bienestar moderna, por ejemplo, el del profesor Pigou. El vínculo más importante entre esta última y la economía del bienestar escolástica es la economía del bienestar de los economistas italianos del siglo XVIII (véase más adelante, cap. 3). En lo que respecta a la valoración de la política económica y la práctica empresarial, la idea de los escolásticos de lo que es "injusto" se asoció —aunque nunca se identificó— con su idea de lo que es contrario al bienestar público en ese sentido. Para dar al menos un ejemplo: Molina declaró que el monopolio era en general (*regulariter*) injusto y perjudicial para el bienestar público (*tratado* . II, *disp* . 345); aunque no identificó a los dos, su yuxtaposición es significativa.

La economía del bienestar de los médicos escolásticos se vinculó con su economía "pura" a través del concepto fundamental de esta última, Valor, que también se basaba en "los deseos y su

satisfacción". Por supuesto, no hubo nada nuevo en este punto de partida. Pero la distinción aristotélica entre valor en uso y valor en intercambio se profundizó y desarrolló en una teoría subjetiva o de utilidad fragmentaria pero genuina del valor de cambio o precio de una manera para la que no había analogía ni en Aristóteles ni en Santo Tomás, aunque sí existía en ambos lo que podemos describir como un puntero. Primero, al criticar a Duns Scotus y sus seguidores, los escolásticos tardíos, particularmente Molina, dejaron bastante claro que el costo, aunque es un factor en la determinación del valor de cambio (o precio), no era su fuente lógica o "causa". [148] En segundo lugar, esbozaron con inconfundible claridad la teoría de la utilidad que consideraban como fuente o causa del valor. Molina y Lugo, por ejemplo, fueron tan cuidadosos como C. Menger en señalar que esta utilidad no era una propiedad de los bienes en sí ni idéntica a ninguna de sus cualidades inherentes, sino que era el reflejo de los usos que los individuos estaban haciendo. observación que se propone hacer de estos bienes y de la importancia que conceden a estos usos. Pero un siglo antes de eso, St. Antonine, evidentemente motivado por el deseo de despojar al concepto relevante de significados 'objetivos' indeseables, había empleado el término poco *clásico* pero excelente *complacibilitas* , el equivalente exacto del 'deseo' del profesor Irving Fisher, que también es utilizado para expresar el hecho de que una cosa se desea realmente y nada más. En tercer lugar, los escolásticos tardíos, aunque no resolvieron explícitamente la "paradoja del valor" —que el agua, aunque útil, normalmente no tiene valor de cambio— obtuvieron la dificultad al hacer que su concepto de utilidad, desde el principio, sea relativo a abundancia o escasez; su utilidad no era la utilidad de los bienes en abstracto, sino la utilidad de las *cantidades* de bienes disponibles o producibles en las situaciones particulares del individuo. Por último, en cuarto lugar, enumeraron todos los factores determinantes de los precios, [149] aunque no los integraron en una teoría completa de la oferta y la demanda. Pero los elementos para tal teoría estaban todos ahí y el aparato técnico de los horarios y de los conceptos marginales que se desarrollaron durante el siglo XIX es realmente todo lo que se les debe agregar.

Hay dos aspectos más de esta teoría del valor de cambio que merecen ser notados. Por un lado, los escolásticos tardíos identificaron su precio justo no, como parecen haber hecho Aristóteles y también Duns Escoto, con *el* precio competitivo *normal* pero con cualquier precio competitivo (*communis estimatio fori* o *pretium currens*). Dondequiera que existiera tal precio, era `` justo " pagarlo y aceptarlo, cualesquiera que fueran las consecuencias para las partes comerciales: si los comerciantes, pagando y aceptando precios de mercado, obtenían ganancias, estaba bien, y si sufrían pérdidas. , esto era mala suerte o bien una sanción por incompetencia *siempre que las ganancias o pérdidas fueran resultado del funcionamiento sin trabas del mecanismo del mercado, aunque no si* eran el *resultado, por ejemplo, de la fijación de precios por parte de la autoridad pública o preocupaciones monopolísticas* . [150] La desaprobación de Molina de la fijación de precios, aunque calificada, y su aprobación de las ganancias que surgen de los precios competitivos en tiempos de escasez son sin duda juicios éticos. Pero revelan una percepción de las funciones orgánicas de las ganancias comerciales y de las fluctuaciones de precios que las generan, hecho que marca un paso considerable en el análisis. Esto debe tenerse en cuenta, ya que, por regla general, no tenemos la costumbre de buscar en los escolásticos el origen de las teorías asociadas con el liberalismo del laissez-faire del siglo XIX.

Por otro lado, los escolásticos tardíos analizaron la actividad económica en sí misma — St. La *industria* de Antonine —y particularmente la actividad comercial y especulativa, desde un punto de vista diametralmente opuesto al de Aristóteles. El hombre económico de épocas posteriores hizo acto

de presencia en la concepción de la `` razón económica prudente '', frase tomista que adquirió una connotación enteramente no tomista por la interpretación de Lugo, en el sentido de que esta prudencia implica la intención de ganar en todas las formas legítimas. Esto no significaba la aprobación moral de la caza de ganancias. En cuanto a eso, es seguro asumir que ni los sentimientos de De Lugo ni de ningún otro médico escolástico diferían de los de Aristóteles; San Antonino, por ejemplo, fue muy explícito en este punto. Pero deletreaba un análisis mejorado de los hechos empresariales que, por supuesto, fue inducido en parte por la observación de los fenómenos del capitalismo en ascenso. Debe destacarse especialmente este carácter realista de la obra de los escolásticos tardíos. No se limitaron a especular. Hicieron toda la investigación que les era posible hacer en una época sin servicios estadísticos. Sus generalizaciones surgieron invariablemente de discusiones sobre patrones fácticos y fueron ilustradas copiosamente por ejemplos prácticos. Lessius describió la práctica del intercambio de Amberes (*bursa*). Molina salió de su estudio para entrevistar a empresarios sobre sus métodos. Algunas de sus investigaciones sobre las condiciones económicas de su época y país, como su estudio del comercio lanero español, equivalen a pequeñas monografías.

En cuanto al dinero, bastará con registrar los cuatro puntos siguientes. Primero, razonando en líneas aristotélicas, los médicos presentaron, prácticamente a un hombre, una teoría del dinero estrictamente metalista que, en lo fundamental, no difería de la de A. Smith; encontramos la misma deducción genética o pseudohistórica de la necesidad de evitar los inconvenientes del trueque directo, la misma concepción del dinero como mercancía más vendible, etc. En segundo lugar, no solo eran metalistas teóricos, sino también prácticos, que desaprobaban, con diversos grados de severidad, la degradación y cualquier beneficio que de ello se derivara para los príncipes. Como se mencionó anteriormente, la autoridad destacada en este asunto, Oresmius, solo formuló la opinión común de los médicos, que en este caso evidentemente fue compartida por la mayoría de las personas. [151] El estudiante moderno de la teoría monetaria, que posiblemente simpatice con esos príncipes y se sienta inclinado a considerarlos como dignos predecesores de los gobiernos de su época, debería observar que los médicos se adentraron muy poco en los efectos económicos de la devaluación. Vieron el efecto sobre los precios y sintieron que los acreedores y tenedores de dinero estaban siendo defraudados, pero eso fue todo. Incluso en estos asuntos, su análisis no fue más allá de lo obvio, y la idea de que la devaluación —y otros métodos para aumentar la cantidad de unidades monetarias circulantes— pudieran estimular el comercio y el empleo les era bastante ajena; se les ocurrió por primera vez a los empresarios que escribieron sobre política monetaria en el siglo XVII (véase más adelante, cap. 6). Dado que esta idea se perdió casi por completo en los 'clásicos' ingleses del siglo XIX, tenemos aquí otra de esas curiosas afinidades doctrinales que existen entre JS Mill y el padre Molina. En tercer lugar, observamos para referencia futura que algunos de los médicos, entre los que Mercado es el ejemplo más importante, esbozaron más o menos claramente lo que llegó a llamarse la teoría cuantitativa del dinero, al menos en el sentido en que se puede decir que Bodin lo he tenido. Y, en cuarto lugar, se hacen cargo de una serie de problemas en la acuñación de monedas, [152] de divisas, los movimientos internacionales de oro y plata, el bimetalismo, y el crédito de una manera que merecería más atención y que se compara favorablemente en algunos puntos con un rendimiento mucho más tarde.

Contrariamente a una opinión que tiene algunos seguidores, los médicos escolásticos no elaboraron ninguna teoría del aspecto físico de la producción ('capital real'), aunque finalmente, desde San Antonino, bloquearon una teoría del papel en la producción. y comercio de capital monetario.

Tampoco poseían una teoría integrada de la distribución, es decir, no aplicaban su aparato embrionario de oferta y demanda al proceso de formación de la renta en su conjunto. Además, la renta de la tierra y los salarios del trabajo aún no se habían convertido para ellos en problemas analíticos. En el caso de la renta, esto se debió quizás al hecho de que, con los agricultores que labraban su propia tierra, el elemento de la renta no muestra fácilmente su carácter distintivo, y que las rentas pagadas a los terratenientes eran en tiempos de los médicos tan variadas. con cuotas de distinta naturaleza que la renta económica, que además tradicionalmente se fijaba, no se manifestaba de forma muy clara ni siquiera en este caso. En el caso de los salarios, tampoco hicieron la pregunta teórica; presumiblemente sintieron que nadie necesita que se le diga lo que se paga por los salarios. De hecho, ofrecieron consideraciones y recomendaciones morales en cuanto a políticas. Sin embargo, incluso las recomendaciones de St. Antonine, dignas de mención debido a las amplias simpatías sociales que las inspiraron, no descansan en ningún fundamento analítico del tipo que nos interesa. Lo mismo se aplica a la considerable literatura que se desarrolló en el siglo XVI sobre el relieve de los pobres, el desempleo, la mendicidad, etcétera, a los que los médicos contribuyeron copiosamente. [153] Mucho más importantes fueron sus contribuciones a las teorías de los dos tipos de ingresos que sintieron que eran problemas analíticos, ganancias comerciales e intereses. La teoría del riesgo-esfuerzo de la ganancia empresarial se debe sin duda a ellos. En particular, se puede mencionar que De Lugo, siguiendo una sugerencia de Santo Tomás, describió las ganancias empresariales como 'una especie de salario' por un servicio social. No es menos cierto que lanzaron la teoría del interés.

Hasta ahora, nuestro bosquejo de la economía escolástica ha sido elaborado sin mucha atención a su filosofía metodológica, que se discutirá en la siguiente sección, y también sin mucha atención a los procesos lógicos involucrados en desenvolver el elemento analítico en el razonamiento de los médicos de las consideraciones normativas en las que estaba integrado. Para exhibir estos procesos y mostrar precisamente cómo fue que llegaron a plantear la pregunta que fueron los primeros en plantear, es decir, la pregunta por qué se pagan realmente los intereses, debemos, en el caso de los intereses, ser más cuidadosos. al hacer el desenvolvimiento.

Evidentemente, el motivo del análisis escolástico no era pura curiosidad científica, sino el deseo de comprender lo que estaban llamados a juzgar desde un punto de vista moral. [154] Cuando el economista moderno habla de "juicios de valor", se refiere a la valoración moral o cultural de las instituciones. Como hemos visto, los médicos escolásticos también emitieron juicios de valor de este tipo. Sin embargo, principalmente y en lo que respecta a su tarea práctica, no eran los méritos o deméritos de las instituciones lo que les importaba, sino los méritos o deméritos del comportamiento individual dentro del marco de instituciones y condiciones dadas. Más que nada, eran directores de conciencias individuales o, más bien, maestros de directores de conciencias individuales. Escribieron con muchos propósitos, pero principalmente para la instrucción de los confesores. En primer lugar, por tanto, tuvieron que exponer preceptos morales que eran inmutables por principio. En segundo lugar, tenían que enseñar la aplicación de estos preceptos a casos individuales que surgen en una variedad casi infinita de circunstancias. [155] Pero esto no fue suficiente. Para asegurar algo parecido a la uniformidad de la práctica entre los numerosos confesores, fue necesario elaborar decisiones concretas para los tipos más importantes de casos que ocurren en la práctica. Además, una de las consideraciones que son más útiles para decidir si, desde el punto de vista de un individuo dado, un acto dado es un pecado, y si es así, qué tan grave es un pecado, es si es una práctica común o no en el país. entorno del individuo. Por

ambas razones, era necesario que los médicos investigaran las formas típicas de comportamiento económico y también las prácticas reales que prevalecían en los entornos bajo su observación, una tarea que a menudo era tan simple que no requería un esfuerzo especial, pero que era sumamente difícil cuando llegó al complejo fenómeno de interés.

Así, el motivo normativo, tan a menudo enemigo del trabajo analítico paciente, en este caso fijó la tarea y proporcionó el método para los analistas escolásticos. Una vez establecida, la tarea era estrictamente científica y lógicamente independiente de la teología moral cuyos propósitos iban a ser cumplidos. Y el método también era estrictamente científico; en particular, era eminentemente realista, ya que no implicaba nada más allá de la observación de los hechos y su interpretación: era un método para elaborar principios generales a partir de "casos", algo parecido al método de la jurisprudencia inglesa. La teología moral entró solo después de que se realizó el trabajo analítico en cada caso, para subsumir el resultado bajo una de sus reglas.

Sin embargo, no es sorprendente que para los críticos poco comprensivos del trabajo escolástico, la investigación escolástica sobre el interés apareciera no solo a la luz de la `` casuística '' en un sentido despectivo del término, sino incluso de una serie de intentos de cubrir el retiro de los católicos. Iglesia desde una posición insostenible mediante trucos lógicos o subterfugios, y para justificar *ex post* cada *hecho consumado* . El lector puede juzgar por sí mismo. Pero conviene señalar un hecho que parecerá apoyar esa opinión. Por un lado, el precepto moral, por inmutable que sea, producirá resultados diferentes si se aplica a circunstancias diferentes; y la evolución capitalista creó circunstancias en las que los casos sujetos a la prohibición de la usura disminuyeron rápidamente en importancia. Por otra parte, tal evolución irá inevitablemente acompañada de subterfugios de las partes interesadas, que intentarán aprovechar todas las posibilidades que ofrece un sistema de reglas y excepciones que se vuelve cada vez más complejo; quizás el más famoso de estos subterfugios fue el abuso del elemento *mora* que se menciona actualmente en el texto, pero hubo muchos de ellos. Este paralelismo no puede dejar de impresionar al observador superficial, especialmente si no está muy versado ni en literatura escolástica ni en teoría económica. Además, estamos hablando de la doctrina escolástica en su máxima expresión. Por supuesto, no se niega que los clérigos ordinarios, como cualquier burocracia, cometieron muchos errores y fomentaron el recurso a subterfugios tanto por una interpretación poco inteligente y restrictiva de las reglas que estaban obligados a aplicar como por una connivencia bien intencionada con las evasiones.

La usura, entonces, era un pecado. Pero, ¿qué es la usura? Por un lado, no implica necesariamente la explotación de los necesitados: este elemento es moralmente relevante en otros aspectos, pero no formaba parte del concepto escolástico de usura. Por otro lado, la usura no siempre está presente cuando se estipula más que el reembolso de la suma prestada: la simple exégesis de la enseñanza de Santo Tomás fue suficiente para justificar una compensación por el riesgo o problema del prestamista, particularmente evidente en la compra por debajo del valor nominal. o compensación en los casos en que el prestamista fue privado de su dinero en contra de su voluntad, como en los casos de préstamos forzosos, o de falta de pago por parte del deudor en el tiempo estipulado (*más debitoris*). La enseñanza tomista incluso sugirió la proposición de Molina de que, dado que el prestamista de cualquier producto tiene derecho en cualquier caso a recibir su valor total en el momento del préstamo, podría tener que reembolsarse más unidades de las que se dieron (*esto plus in quantitate sit accipiendum*), aunque no se hizo ninguna aplicación de esto, que yo sepa, a los préstamos monetarios.

De todos esos casos surgió el principio de que un cargo debía considerarse normal o inobjetable siempre que el prestamista incurriera en alguna pérdida (*damnum emergens*). Algunos médicos argumentaron que el prestamista al regalar temporalmente su dinero siempre e inevitablemente sufre tal pérdida. Pero la mayoría se negó a aceptar este punto de vista. La mayoría tampoco admitió que la ganancia que el prestamista renuncia al prestar (*lucrum cessans*) es en sí misma una justificación para cobrar. Sin embargo, sí admitieron que, como podemos decir, las ganancias perdidas se convierten en pérdidas reales cuando la oportunidad de obtenerlas es parte del entorno normal de un hombre. Esto significaba dos cosas. En primer lugar, se consideró que los propios comerciantes que tenían dinero con fines comerciales, evaluando este dinero con referencia a las ganancias esperadas, estaban justificados para cobrar intereses tanto sobre préstamos simples como en casos de pago diferido de productos básicos. En segundo lugar, si la oportunidad de ganancia supeditada a la posesión de dinero es bastante general o, en otras palabras, si existe un mercado monetario, entonces todos, incluso si no están en el negocio, pueden aceptar el interés determinado por el mecanismo del mercado. Esta proposición tuvo que manejarse con cuidado, porque evidentemente abrió la puerta a todo tipo de evasiones. Pero no es más que un caso especial del principio de que todos pueden, en justicia, pagar y pedir el precio actual por todo, y no fue inventado ad hoc: si no está en evidencia en el siglo XIII y mucho en evidencia en el siglo XVI, esto se debe simplemente al hecho de que los mercados monetarios habían sido poco comunes en el siglo anterior y se volvieron bastante comunes en el segundo. [156] Obsérvese que siempre que todas las personas tengan acceso a oportunidades alternativas de ganancia, el argumento de la ganancia renunciada coincidirá con el argumento de la "privación": en este caso, la renuncia a la ganancia es precisamente en lo que consiste la privación. Observe además que en *todos* los casos mencionados La justificación se basa en circunstancias que, por muy frecuentes o incluso generales que puedan prevalecer en un entorno dado, son lógicamente accidentales al contrato de préstamo puro (*mutuum*), que en sí mismo nunca se consideró para justificar intereses. Y observe finalmente que la justificación nunca, o casi nunca, se basó en las ventajas que el *prestatario* podría obtener del préstamo; se basaba exclusivamente en las desventajas que los préstamos traían al *prestamista* .

Abandonando ahora el atuendo normativo del análisis de interés escolástico y las *doctrinas* morales que motivaron su investigación, podemos reformular de la siguiente manera las *teorías* causales *que* su investigación desenterró, en el entendimiento de que el panorama no puede ser del todo satisfactorio porque los médicos escolásticos no estaban mucho más de acuerdo la teoría del interés que nosotros.

I. El interés, aunque se basa en el modelo más general de préstamos de "bienes de consumo", es esencialmente un fenómeno monetario. No había ningún mérito analítico en esto. Los médicos escolásticos simplemente aceptaron un hecho superficial exactamente como lo había hecho Aristóteles. A veces relacionaron el interés sobre el dinero con los rendimientos de los bienes que generan ingresos, la tierra, los derechos mineros y similares que se pueden comprar con dinero. Pero este punto —aunque utilizado en algunas teorías del interés de los siglos XVII y XVIII— carecía de valor analítico porque el precio de los bienes rentables y, por tanto, el rendimiento neto de ellos, ya presupone la existencia de intereses.

II. El interés es un elemento del precio del dinero. Llamarlo precio por el uso del dinero no explica nada y, en el mejor de los casos, reafirma el problema de una manera poco esclarecedora. En sí mismo, es una frase vacía. La analogía del interés con las primas interlocales o los descuentos en

dinero tampoco es más que una reafirmación del problema. Porque estas primas y descuentos interlocales se explican por los riesgos y costos de las transferencias, mientras que el interés puro, a diferencia de la compensación por riesgos y costos, es una prima intertemporal que la analogía no ayuda a explicar. La apelación acrítica al mero lapso de tiempo per se no tiene valor: son fácilmente concebibles circunstancias en las que no produciría una desviación del interés cero. Aunque solo negativas, estas proposiciones son de gran valor analítico. Ellos despejan el terreno y demuestran que los médicos escolásticos —en este sentido muy superiores a las nueve décimas partes de los analistas de interés del siglo XIX— vieron el verdadero problema lógico involucrado. De hecho, estas proposiciones lo definen. Es por eso que se les debe atribuir el haber lanzado la teoría del interés.

III. Por tanto, la desviación del interés desde cero es un problema cuya solución sólo puede encontrarse mediante el análisis de las circunstancias particulares que explican la aparición de una tasa de interés positiva. Dicho análisis revela que el factor fundamental que eleva el interés por encima de cero es la prevalencia de la ganancia empresarial; todos los demás hechos que pueden producir los mismos resultados no son necesariamente inherentes al proceso capitalista. Esta propuesta constituye la principal contribución positiva del análisis de interés escolar. Adumbrado antes, fue declarado claramente por primera vez por St. Antonine, quien explicó que aunque la moneda en circulación pudiera ser estéril, el capital monetario no lo es porque su dominio es una condición para emprender negocios. [157] Molina y sus contemporáneos, si bien insistían con razón en que el dinero "en sí mismo" no era productivo y no era un factor de producción, aceptaron un punto de vista similar: acuñaron la significativa frase de que el dinero era la herramienta del comerciante. Además, comprendieron muy bien el mecanismo por el cual esta prima, si las empresas capitalistas son suficientemente activas y, en relación con el resto del entorno, suficientemente importantes, tenderá a convertirse en un fenómeno normal omnipresente. Y sus ideas sobre *lucrum cessans* y *damnum emergens* complementan su análisis en lo que respecta al lado de la oferta del mercado monetario.

Más allá de esto no fueron. Su teoría de los beneficios empresariales en particular no estaba lo suficientemente desarrollada como para permitirles obtener el máximo beneficio de la información que los llevó a rastrear el interés hasta el beneficio como su fuente. Además, siendo los primeros en este campo, buscaron a tientas sus generalizaciones en lugar de afirmarlas. En este prolongado proceso de tanteos, se equivocaron con frecuencia y utilizaron muchos argumentos inadecuados e incluso erróneos. Pero si vamos a tratarlos como tratamos a otros grupos de trabajadores analíticos, los méritos prevalecen en gran medida sobre las deficiencias, especialmente si les damos crédito, como deberíamos, por mucho de lo que los sucesores e incluso los oponentes aprendieron de su análisis.

Pero ¿qué ocurre, si es así, con la gran batalla de intereses entre escritores escolásticos y anti-escolásticos que se supone que se libró en los siglos XVI y XVII? En lo que respecta a la historia del análisis económico, la única respuesta es que no hubo batalla. No se hizo ningún progreso analítico y no se ofrecieron nuevas ideas analíticas sobre el interés durante mucho tiempo. Incluso los líderes más famosos del lado antiescolástico, como Molinaeus o Salmasius [158], no tenían nada nuevo que decir: Molinaeus y Navarrus, contemporáneos hablando aproximadamente, estaban a la par en la comprensión teórica del problema del interés. Salmasius solo reformuló la teoría escolástica sobre el *lucro cesante a* partir de las oportunidades comerciales disponibles que encontramos en Molina. En lo que respecta a la cuestión moral, los teólogos protestantes y los abogados laicos diferían entre sí en el tema de interés, pero también se contentaban con repetir argumentos forjados por los escolásticos, cualquiera que fuera

el lado que defendieran. [159] Pero, además, hubo una cuestión legislativa o administrativa, y es ésta la que da cuenta de la controversia en cuestión. Como hemos visto, los escolásticos sostenían que los intereses debían justificarse por motivos no inherentes al contrato de préstamo (*mutuum*) como tal. Pero esto equivalía a decir que cada caso, o al menos cada tipo de caso, estaba en juicio y no debía aprobarse sin investigación. Aunque no siempre se opusieron a la legislación secular que permitía el interés, [160] es fácil imaginar qué inconvenientes debió causar este principio después de que el interés se convirtió en un fenómeno normal. Naturalmente, surgió la pregunta, que finalmente fue respondida afirmativamente por los Papas Pío VIII y Gregorio XVI, si en tales circunstancias un conjunto de reglas demasiado complicado, aunque lógicamente correcto, no debería ser reemplazado por admitir una presunción general de que la aceptación de una tasa de mercado de interés estaba bien. Esto es realmente todo lo que demandaba un número cada vez mayor de escritores laicos e incluso clericales. Pero no lo expresaron de esta manera, en parte porque no fueron capaces de comprender la lógica finamente tejida de los escolásticos y, por lo tanto, la catalogaron como mera sofisma, y en parte porque, la mayoría de ellos enemigos de la Iglesia católica o de los médicos escolásticos. por razones políticas y religiosas, no se atrevían a discutir la cuestión de la política sin burlas o invectivas. Esto dio la impresión de que existía una batalla entre los viejos y los nuevos principios *teóricos* que, dado que distorsiona el cuadro de una fase en la historia del análisis económico, parecía que valía la pena disipar.

5. El concepto de derecho natural [161]

Ahora debemos ocuparnos de un tema cuya consideración hemos aplazado dos veces. Está plagado de dificultades y una fuente inagotable de malentendidos que no se pueden resolver por completo en el espacio disponible. Sin embargo, un llamamiento a la paciente cooperación del lector está justificado por su importancia fundamental para los orígenes y la historia temprana de todas las ciencias sociales. Porque el primer descubrimiento de toda ciencia es el descubrimiento de sí misma. La conciencia de la presencia de un conjunto de fenómenos interrelacionados que dan lugar a "problemas" es evidentemente el requisito previo de todo esfuerzo analítico. Y en el caso de las ciencias sociales, esta conciencia se plasmó en el concepto de ley natural. Intentaremos desenredar sus diversos significados y captar sus sutiles cambios y asociaciones.

(a) El concepto ético-legal.

Los propios médicos escolásticos rastrearon su concepto de derecho natural hasta Aristóteles y los juristas romanos, aunque, como veremos más adelante, hicieron de él algo totalmente diferente. Aristóteles, hablando de justicia, distinguió lo 'naturalmente justo' (φυσιχόν δίχαιον) de lo 'institucionalmente justo' (νομιχόν δίχαιον) (*Ética* V, 7). Pero en ese pasaje, el término natural debe entenderse en un sentido muy estricto. Aristóteles aquí significa referirse sólo a formas de comportamiento impuestas por necesidades muy generales de la vida que el hombre comparte con otros animales. Pero en otros lugares usó el término natural en un sentido mucho más amplio, de hecho en todos los sentidos que adquirió sin distinguirlos, y mucho menos definirlos claramente. Y lo natural en el sentido más amplio, también, se asoció con lo justo, dando así un ejemplo para las edades venideras, incluso los economistas 'clásicos' ingleses a veces mezclaban lo natural y lo justo, aunque no fue del todo coherente al respecto: a veces aprobaba lo que no llamaba natural; pero nunca desaprobó nada en lo que puso esta etiqueta.

Los romanos, poco dados a filosofar, simplemente aceptaron la definición aristotélica: *Cayo* (Instit. I, 2) dijo ingenuamente que la ley natural (*jus naturale*) "es lo que la naturaleza ha enseñado a todos los animales" (*quod natura omnia animalia docuit*). Ulpian dijo lo mismo. Simplemente aceptaron esta Ley Natural como una fuente de reglas legales que era tan buena como, y de hecho superior, a cualquiera de las fuentes del derecho positivo, estatutario y otras. Pero hay dos puntos importantes a destacar además. Primero, se desarrolló una tendencia entre los romanos de propensiones literarias, como Cicerón, a agregar el término *jus naturale* a lo que oficialmente se llamaba *jus gentium* . La razón fue que este último, al incorporar reglas de equidad, parecía de alguna manera más "natural" que el derecho civil formalista. El lector debe observar que este sentido de derecho natural, el sentido que finalmente prevaleció (mientras que, como hemos visto, el término *jus gentium* adquirió en el siglo XVII el significado de derecho de gentes) no es idéntico al sentido definido por Aristóteles en *Ética* V, 7, aunque tiene más que ver con los otros sentidos en los que Aristóteles usó la palabra natural. En segundo lugar, los juristas romanos también asociaron diferentes significados con las palabras Naturaleza y Natural, de los cuales uno es importante para nosotros: [162] la *rei natura* o la naturaleza del caso. Por ejemplo, cuando nos enfrentamos a una cuestión legal que surge de un contrato, primero debemos averiguar cuál era la "naturaleza del negocio" que las partes del contrato pretendían efectuar. A primera vista, esta naturaleza del caso parece no tener nada que ver con el derecho natural en ningún sentido, como tratan de explicar muchos tratados legales que están escritos por juristas que, bajo la influencia de la escuela histórica, han llegado a odiar la propia frase Ley Natural. Pero ahora veremos que tiene mucho que ver con eso.

Santo Tomás [163] aceptó la definición aristotélica en la formulación legalista de los juristas romanos, pero simplemente como una cuestión de forma. En realidad, su intento de poner orden lógico en los diversos usos que Aristóteles le dio produjo algo que no era ni aristotélico ni romano. [164] En primer lugar, la ley natural o lo 'naturalmente justo' (*lex naturalis, justum naturale*) puede ser el conjunto de reglas que la naturaleza impone a todos los animales y también puede ser, en el sentido de la definición de Aristóteles, inmutable en principio. Pero dado que estas reglas funcionan de manera diferente en diferentes condiciones de tiempo y lugar y con diferentes personas, y dado que es posible agregarles o restar de ellas, incluso esta ley natural se volvió históricamente variable en la práctica (ver, especialmente, *Summa* II , 1, *cuest* . XCIV, art. 4 y 5). En segundo lugar, había otro significado de ley natural que Santo Tomás explica sólo con ejemplos, pero que realmente equipara la ley natural al conjunto de reglas que se ajustan (*habet quandam commensurationem*) a la necesidad o conveniencia social, cuya relatividad histórica *S.* Thomas nunca se cansaba de estresarse. La ley natural en *este* sentido se identifica casi, aunque no del todo, con *jus gentium* en el sentido oficial romano. En tercer lugar, se sostiene que el derecho humano positivo consiste necesariamente en deducciones de esta ley natural o en ajustes de sus reglas a condiciones particulares. Una promulgación que viola cualquier regla de *esta* ley natural no hace ley válida en absoluto. El lector notará las implicaciones políticas de esta doctrina.

Para abreviar la historia, saltamos de St. Thomas a Molina. Molina identificó claramente la ley natural, por un lado, con los dictados de la razón (*ratio recta*), y con lo socialmente conveniente o necesario (*expediens et necessarium*), por el otro. Estas proposiciones, en sí mismas, no son más que el tomismo formulado de manera más precisa. Pero dio un paso más (*tracto* . I, *disp* . 4): tras repetir la definición aristotélica añadió, aparentemente a modo de explicar su significado: 'es decir,' lo

naturalmente justo es lo que nos obliga en virtud de la naturaleza del caso (*cuius obligatio oritur ex natura rei*). Pero esto no es en absoluto lo que quiso decir Aristóteles. Molina no interpreta su significado, pero agrega uno nuevo: casó definitivamente la ley natural con nuestro diagnóstico racional, en referencia al Bien Común, de los casos —ya sean contratos individuales o instituciones sociales— que observamos en la investigación o en la práctica. La opinión de Molina sobre "la naturaleza de la ley natural" se menciona solo como un ejemplo de lo que era la opinión general de los médicos en su época e incluso en una anterior. El concepto de De Soto del Comando de la Razón (*rationis ordinatio*) equivale a lo mismo.

Una forma de expresar este resultado es decir que todos los elementos especulativos, metafísicos o no empíricos se habían evaporado del concepto de derecho natural de Molina, y que no quedaba más que la razón aplicada a hechos particulares, aunque, hasta ahora, aplicada desde el punto de vista normativo. Desafortunadamente, sin embargo, el tema es más complicado que esto. La doctrina de los escolásticos también contiene las fuentes de dos corrientes de pensamiento que son los opuestos de la sobria objetividad. Estos deben mencionarse porque contribuyeron sustancialmente a la confusión prevaleciente sobre la ley natural. Primero, está la asociación de la ley natural con condiciones primitivas. Hemos visto que, siguiendo a Aristóteles, los médicos, como A. Smith, con frecuencia hacían uso de un método de exposición pseudohistórico: les gustaba comenzar, en la explicación de un fenómeno social como la propiedad o el dinero, desde un estado inicial imaginario. ' de la sociedad. Por lo que puedo ver, no hicieron un uso indebido de esta construcción. Pero lo natural era lo justo y si lo natural se revela particularmente claramente en las condiciones primitivas, como implica ese método de exposición, entonces las condiciones primitivas se vuelven tan bien como naturales. Desde este punto de vista comienza una línea ininterrumpida que se adentra directamente en la glorificación de Rousseau del estado natural, en el sentido de primitivo, de la humanidad, una asociación que es completamente inmaterial pero que no se suma a la posición del concepto. Los escolásticos mismos, no hace falta decirlo, no mostraron ninguna tendencia a glorificar las condiciones primitivas.

En segundo lugar, existe una relación entre la ley natural escolástica y los derechos del hombre, *droits de l'homme* y construcciones similares del siglo XVIII, incluido el derecho natural del trabajador a su producto. No se puede poner en duda la existencia de esta relación. Porque la ley natural de los médicos era considerada como una fuente de reglas legales válidas sobre derechos y deberes, y todo lo que pretendían hacer los redactores de los *droits de l'homme* era recurrir a esta fuente para el Comando de la Razón o *rationis ordinatio* con respeto a los derechos políticos del hombre civilizado. Además, algunos elementos de la lista de estos derechos están claramente reconocidos por los escritores escolásticos. Y, sin embargo, el carácter especulativo de estos y otros derechos concebidos de manera similar es un lugar común. Es precisamente este tipo de cosas, más que cualquier otra cosa, lo que explica el disgusto que muchos de los mejores economistas han sentido por el concepto de ley natural, y lo que lo ha convertido en sinónimo de metafísica ahistórica y acientífica. Tanto es este el caso que, con algunos de nosotros, una proposición sólo necesita estar vinculada con la ley natural para ser puesta fuera de los tribunales; de hecho, una de las razones más comunes para el rechazo total de la teoría económica hasta el día de hoy es que no es más que un vástago de filosofías no científicas del derecho natural. Por lo tanto, tenemos todos los motivos para examinar más de cerca la acusación. Esto se hará en el siguiente título.

(b) El concepto analítico.

Hasta ahora hemos estado investigando el desarrollo del concepto de derecho natural en su rol dentro del ámbito ético y jurídico o, lo que equivale a lo mismo, del derecho natural considerado como fuente de imperativos moral y legalmente válidos. Después de lo dicho en las secciones anteriores de este capítulo, es fácil encontrar el puente hacia el concepto de ley natural en su función analítica. De hecho, solo necesitamos generalizar nuestros hallazgos en el caso especial de la teoría de interés. Con este propósito, planteemos la pregunta: ¿por qué Aristóteles habría llamado a ciertas formas de comportamiento "naturalmente justas" en el sentido estricto de su definición? Evidentemente porque estas formas de comportamiento eran condiciones necesarias para la supervivencia (como él pensaba) de la vida animal en general. Una respuesta similar será válida para los "naturalmente justos" en el sentido más amplio que cubre las necesidades de la vida social en las circunstancias históricas reales de cualquier sociedad humana dada. Por tanto, para saber qué es naturalmente justo en un caso concreto, primero es necesario analizar estas circunstancias. Las generalizaciones que podemos derivar al hacerlo pueden llamarse ley natural en el sentido analítico: *la ley natural normativa presupone una ley natural explicativa* . El primero no es más que un tipo particular de juicio de valor emitido sobre los hechos y las relaciones entre los hechos desenterrados por el segundo. Los dos son lógicamente tan distintos y prácticamente tan distinguibles como lo son los juicios de valor y las proposiciones analíticas de cualquier economista. Por ejemplo, A. Smith tenía una teoría de los salarios que consiste en enunciados de hechos y en generalizaciones derivadas de ellos. Pero también dijo (*Riqueza* , Libro I, cap. 8) que "el producto del trabajo constituye la recompensa natural o el salario del trabajo". Dado que por producto del trabajo se refería allí a todo el producto, y dado que, según él mismo, los salarios normalmente no equivalen a eso, tenemos aquí claramente una proposición de ley natural en el sentido filosófico o de juicio de valor. Pero cuando nos interesa únicamente el análisis científico, no tenemos ninguna dificultad en descartar esta oración. O un economista moderno puede analizar el fenómeno de la discriminación de precios y emitir un juicio de valor sobre él. Si hace esto último al llamarlo injusto, está adoptando una regla de derecho natural que no difiere, en este caso, de la de los escolásticos. Si aprueba la Ley Robinson-Patman, que prohíbe la discriminación, hace lo que habrían hecho los escolásticos en su día al decir que esta ley es ley válida porque se ajusta a un imperativo de la ley natural. De hecho, podemos llamar a esto, o cualquier juicio de valor de cualquier tipo, no científico o extracientífico. Pero no tiene sentido tirar al bebé analítico con el agua del baño filosófico. Y esto es precisamente lo que están haciendo quienes se deshacen de la economía de los médicos escolásticos o sus sucesores laicos simplemente señalando sus asociaciones con un sistema de imperativos morales y legales, de leyes naturales en el sentido analítico debido a su asociación con un sistema de leyes naturales en el sentido normativo.

Sin embargo, la principal objeción planteada contra la jurisprudencia del derecho natural y la economía por la escuela histórica no fue ésta, sino una diferente, aunque relacionada: se suponía que el derecho natural estaba completamente divorciado de la realidad histórica. Hemos visto que esta objeción carece de fundamento en lo que respecta a los médicos escolásticos, que siempre destacaron la relatividad histórica de los fenómenos sociales. Está mejor fundamentado en el caso de algunos de sus sucesores. Pero debe observarse que, bien o mal fundamentada, esta objeción toca únicamente el uso del concepto y no el concepto en sí. Cualquier concepto puede utilizarse incorrectamente. Además, cualquier teoría puede ser inadecuada o errónea. En particular, puede reclamar por sus proposiciones una cantidad indebida de generalidad. Los puntos de vista teóricos asociados con los *droits de l'homme*

, por ejemplo, ciertamente lo hicieron. Pero una teoría científica inadecuada, o incluso errónea, sigue siendo una teoría científica. Por otro lado, entenderemos que las afirmaciones absolutas hechas en el siglo XVIII en nombre de ciertos programas legislativos, sin la debida referencia a las condiciones de tiempo y lugar, fomentaron todo tipo de malentendidos sobre el verdadero carácter del análisis del derecho natural.

He dicho que las ciencias sociales se descubrieron a sí mismas en el concepto de ley natural. Esto resultará particularmente claro si lo visualizamos en la forma de la definición de Molina, extraída de la "naturaleza del caso", la *rei natura* . Tomado en este sentido, el ideal de la ley natural encarna el descubrimiento de que los datos de una situación social determinan —en el caso más favorable, de manera única— una cierta secuencia de eventos, un proceso o estado lógicamente coherente, o *lo harían si fueran se les permitió ejercitarse sin más molestias* . Esto lo pone en términos modernos. Pero la razón por la que podemos atribuir esta idea, por muy rudimentaria que sea, a los médicos escolásticos es su concepto de justicia. Santo Tomás explicó este concepto (aristotélico) de justicia relacionando la palabra "justicia" con ajuste y la palabra "justo" con ajustado. ¿Es justo lo que se ajusta o se ajusta a ... qué? La única respuesta que podemos dar si tomamos la pista ofrecida por la *rei natura de* Molina es: al patrón social involucrado, visto desde un Bien Común utilitario o conveniencia social. De ahí las ecuaciones entre lo justo y lo natural, lo natural y lo normal. [165] De ahí también la facilidad con la *que* pasaron de la doctrina normativa al teorema analítico y viceversa, y con la que *podemos* pasar, por ejemplo, de su precio justo al precio del equilibrio competitivo (a corto o largo plazo). De ahí, finalmente, la relación —no, por supuesto, equivalente a identificación— que subsiste con ellos entre justificación y explicación. Por tanto, si bien es cierto, como cuestión de historia, que la economía moderna proviene de los escritores escolásticos, como sostienen sus críticos, también es cierto que este hecho no constituye una objeción. [166]

(c) Derecho natural y racionalismo sociológico.

I. *Un comentario sobre el racionalismo filosófico* . Para mostrar un punto que es importante para nosotros, seleccionamos el siguiente significado de la palabra proteica Racionalismo. Llamamos Racionalismo Filosófico a la creencia no solo de que nuestra mente ('razón natural') es la fuente de verdades que anteceden a la experiencia, sino también de que nuestra mente es capaz de producir resultados sobre temas supramundanos, como la existencia de Dios. [167] En este sentido, Santo Tomás fue un racionalista metafísico porque, a diferencia de otros escolásticos (principalmente escotistas), creía que la existencia de Dios se puede probar lógicamente. No era un racionalista metafísico en el sentido en que esta frase llegó a usarse en los siglos XVII y XVIII, es decir, que la razón humana era la *única* fuente admisible de conocimiento en materia de teología, pues también admitía la revelación. Ahora bien, si un hombre cree que, también por los poderes sin ayuda de su propio aparato lógico, puede probar que Dios no existe, de hecho, en este asunto particular, se opone contradictoriamente a Santo Tomás. Pero hay un punto en el que, sin embargo, son hermanos en el espíritu: el deísta racionalista y el ateo racionalista son ambos racionalistas en el sentido definido y aliados contra cualquiera que no confíe en que su razón se eleve tan alto como eso, en particular contra cualquier positivista lógico de hoy. Por supuesto, no hay nada de sorprendente en esto. Es una ocurrencia más común que las personas que tienen diferentes puntos de vista, sin embargo, reconocen y apelan a la misma autoridad. Pero era necesario advertir este hecho porque nos ayudará a ver una continuidad en el desarrollo doctrinal donde, sin su ayuda, no veríamos más que rupturas y antagonismos.

II. *Racionalismo sociológico* . La actividad científica se considera a menudo como el ejemplo estándar de actividad racional en el sentido de que el trabajador, cualquiera que sea su objetivo último, se deja guiar por las reglas de la inferencia lógica. De hecho, esto no es del todo exacto: precisamente los logros más importantes de la ciencia no proceden de la observación o la experimentación y el corte ordenado de la lógica, sino de algo que se llama mejor visión y es similar a la creación artística. Sin embargo, los resultados tienen que ser 'probados' por el procedimiento lógico o racional dictado por los estándares profesionales y esto es suficiente para imprimir la racionalidad en este sentido, que no tiene nada que ver con el sentido discutido anteriormente, en el acervo de conocimiento científico que poseemos en en cualquier momento. Pero este concepto de racionalidad científica se refiere únicamente a la actitud de los analistas y no al comportamiento del objeto analizado. El alienista puede investigar "racionalmente" las reacciones de los locos, el sociólogo puede investigar racionalmente las psicologías de la guerra o el comportamiento de las multitudes enloquecidas, sin implicar que las palabras y acciones observadas "tengan sentido". En este sentido, todos somos, incluidos los médicos escolásticos, no menos que sus peores enemigos, necesariamente racionalistas metodológicos, es decir, todos creemos que *algunos* métodos racionales son aplicables a la descripción de los fenómenos sociales. Las generalizaciones resultantes de la aplicación de tales métodos pueden denominarse leyes naturales, y esta es la única relación *indispensable* que existe entre el concepto de ley natural y la "razón justa" o *ratio recta* .

Pero el racionalismo sociológico o económico significa otra cosa. Así como podemos considerar el universo físico —en la forma en que lo pusieron de moda los estoicos por primera vez— como un todo lógicamente coherente que se modela sobre un plan ordenado, podemos considerar la sociedad como un cosmos que posee una coherencia lógica inherente. Para nosotros, poco importa si este orden le es impuesto por la voluntad divina, dirigido a unos fines definidos por una mano invisible, o es inherente meramente en el sentido de que el observador descubre en él un plan y un propósito que son independientes de su racionalidad analítica. , porque en cualquier caso no se permite que entre en ese cosmos "racional" nada más que lo que está al alcance de la luz de la razón. Debemos, sin embargo, distinguir aún más entre el Racionalismo Objetivo Sociológico o Económico que no, y el Racionalismo Subjetivo Sociológico que sí postula que este orden o plan es o puede ser realizado por la acción racional de los individuos o grupos que componen la sociedad. Evidentemente, ambos deben atribuirse a los médicos escolásticos, así como a la mayoría de sus sucesores hasta nuestros días. Y esto da un color adicional a su concepto de Ley Natural y establece otra relación entre ella y su *ratio recta* que es bastante distinta a la establecida en el párrafo anterior, la relación formulada para todos los tiempos por Santo Tomás: *rationis autem prima regula est lex naturae* (*Summa* , II, 1, *quaest* . XCV, art. 2).

Esto, por supuesto, es inaceptable desde el punto de vista del positivismo moderno. De hecho, constituye la única justificación para encontrar "especulación" no sólo en el concepto normativo sino también en el analítico de derecho natural. Tanto más importante es repetir que el racionalismo sociológico o económico se basa únicamente en la interpretación de las proposiciones de derecho natural y no necesariamente en su contenido. Podemos dejar lo primero y retener lo segundo. Sin embargo, es cierto que el postulado del racionalismo subjetivo encarna una opinión exagerada del valor explicativo de la acción racional y nos tienta a depositar una confianza indebida en argumentos teleológicos y en errores similares. Esto es especialmente grave si se asocia a una costumbre que tienen los economistas de erigirse en jueces de la racionalidad no sólo de los medios sino de los fines

(motivos), es decir, si aprueban, como racionales, los fines (motivos) que parecen 'razonables' para sí mismos y desechar a todos los demás como irracionales. Los médicos escolares son culpables de todos estos cargos. Pero es interesante notar que nosotros también: en este sentido, también, como en tantos otros, somos sus herederos. No se puede encontrar mejor ejemplo para ilustrar este punto que Alfred Marshall.

III. *Ratio recta* y *la razón* . Observe que el racionalismo sociológico o económico no tiene por qué conducir a actitudes "conservadoras" en la práctica. Como el racionalismo metafísico, corta en ambos sentidos. De hecho, podemos inferir de nuestra creencia en la existencia de un orden económico o cosmos que todo es siempre para mejor en el mundo tal como es en realidad, la opinión que Voltaire ridiculizó en la figura del Dr. Pangloss (en *Candide*). Pero no necesitamos suponer que el orden racional de las cosas existe realmente en las cosas como son. Basta creer en un orden racional que existe sólo en el ámbito de la razón y que la razón misma nos llama a afirmar frente a una realidad desviada. Este es el significado que el racionalismo sociológico o económico tiene con todos los grupos reformadores que proponen `` aplicar la razón a los fenómenos sociales ", con los hombres de la Ilustración cuyo culto a *la razón* era de este tipo, con los benthamitas y con la mayoría de los liberales, radicales. y socialistas de hoy. *Y todos descienden de los escolásticos* . Porque la sociología política de los médicos es por sí misma suficiente para demostrar que tenían la segunda y no la primera visión sobre el cosmos social o la ley natural. Todas las diferencias en los resultados de la aplicación de la "luz de la razón", ampliamente explicadas por diferencias de puntos de vista y circunstancias, carecen de importancia en lo que respecta al punto que se discute. Es el mismo principio metodológico que impregna todo pensamiento sociológico y político que no sea antiintelectualista. Los griegos fueron los primeros en darle una expresión articulada. Pero los escolásticos fueron los primeros en hacerlo en el mundo germánico. Cualquier cosa contra *la que se rebelara la razón* en el siglo XVIII, no era un modo de pensamiento. Epistemológicamente, hay una continuidad perfecta, y *ratio recta* (igual a *naturalis ratio*) es la madre de *la raison* .

Esto no tiene por qué sorprender ni escandalizar a nadie. La espada que fue forjada por los ángeles podría caer fácilmente en manos de los demonios. Y la espada forjada por los demonios podría serles arrebatada por los ángeles, solo que, en este caso, los demonios tienen derecho al tipo de reconocimiento que todo socialista civilizado extiende a los logros del capitalismo.

6. Los filósofos del derecho natural: análisis del derecho natural en el siglo XVII

Ahora nos separamos de los médicos escolares para considerar el trabajo de sus sucesores inmediatos. Las eternas preguntas sobre el gobierno de la humanidad continuaron formulándose, por supuesto, y otras surgieron durante el siglo XVII a partir de la confusión de nuevos patrones y problemas políticos. Especialmente en Inglaterra, estos produjeron un torrente de panfletos de todo tipo que iban desde un argumento muy razonado; supongo que los escritos de (George Savile, marqués de) Halifax, el 'recortador', siempre se destacarán como el pico los logros de esta literatura, hasta desvaríos alimentados con citas apocalípticas. Pero el ansia de respuestas también fue satisfecha, en el nivel de principio general, por un grupo de escritores a quienes llamaremos Filósofos de la Ley Natural. 168

(a) Los escolásticos protestantes o laicos.

Aunque separados de los escolásticos por la división religiosa y por el cambio en la escena política, eran del mismo tipo profesional que los escolásticos y realizaban la misma tarea, con el mismo

método, con el mismo espíritu, tanto es así. , de hecho, que la mejor manera de caracterizarlos es llamarlos escolásticos protestantes (o laicos). Por supuesto, no habrían estado de acuerdo con este diagnóstico. Tampoco es probable que la caracterización atraiga a los estudiantes modernos de simpatías católicas, protestantes o "liberales". Todos enfatizan las diferencias en creencias o doctrinas religiosas y políticas y, desde su punto de vista, tienen razón al ver el contraste donde nosotros vemos similitudes. No se puede repetir con demasiada frecuencia que en este libro sólo nos interesan los métodos y los resultados del análisis y que todo lo demás entra en juego sólo en la medida en que los arroja luz. Y estos métodos y resultados no difieren sustancialmente de los de los escolásticos tardíos. Esto no significa que los filósofos del derecho natural copiaran a los escolásticos sin decirlo. Aunque en muchos casos la influencia escolástica es clara más allá de toda duda razonable, presumiblemente también hubo un redescubrimiento o desarrollo de las mismas fuentes, los juristas romanos en particular.

La corriente de pensamiento patrocinada por los filósofos era demasiado importante para dejar intacta a cualquier persona educada. Además, como quedará claro en este momento, no eran más que un eslabón en una secuencia que se prolonga hasta el siglo XIX. Por ambas razones es imposible hablar de ellos como un grupo definitivamente delimitado. Ahora mismo excluiremos no sólo a todos aquellos autores que se suele valorar como meros economistas, sino también a todos aquellos aportes que no guardan relación alguna con la filosofía del derecho natural, aunque los hombres que los escribieron pertenecieran al grupo. En este entendimiento, será suficiente mencionar algunos nombres representativos del siglo XVII: Grotius, Hobbes, Locke, Pufendorf.

Hugo Grocio o Huigh de Groot (1583-1645, *De jure belli ac pacis* , 1ª ed., 1625; 2ª ed. Rev., 1631) fue el primero y último un gran jurista cuya fama se basa en su destacada actuación en el derecho internacional. Se ocupó brevemente de temas económicos, como precios, monopolios, dinero, intereses y usura en el Libro II, cap. 12 — sin duda con mucha sensatez, pero sin añadir nada notable a la enseñanza de los escolásticos tardíos.

Thomas Hobbes (1588-1679; además del *Leviatán* (1651), *De cive* (1642) y *De corpore politico* (1650) deben mencionarse; la biografía de Sir Leslie Stephen puede recomendarse como uno de los mejores esbozos de los antecedentes culturales de esa época.) era un hombre de Oxford del tipo de tutor privado y, primero y último, un sociólogo político. No estaba más interesado en la economía que Grocio, aunque también tocó temas económicos, especialmente dinero. Su importancia para nosotros se debe no tanto a la poderosa originalidad de su filosofía política (que realmente encaja mejor con el tema del próximo capítulo) sino más bien al hecho de que, más que cualquier otro filósofo del derecho natural, estaba abierto al incipiente materialismo mecanicista de su tiempo y que transmitió su influencia, particularmente a través de su enseñanza ética y psicológica (sensacionalista), a las ciencias sociales. Es relevante señalar que, aunque no era un buen matemático y físico, y mucho menos creativo, mostró un interés más que diletantico en ambos campos; y que todo esto no le impidió hacer varias incursiones en la teología especulativa además de utilizar argumentos teológicos y citas bíblicas dentro de su análisis sociológico.

John Locke, el filósofo (1632-1704; una primera colección incompleta de sus obras apareció en 1714, una de nueve volúmenes en 1853; hay muchas vidas), también fue un producto de Oxford. Comenzó su carrera dando clases particulares y dando conferencias y luego ingresó al servicio civil, en el que, bajo las alas de los protectores Whig (a quienes proporcionó consejos e ideologías), finalmente

ascendió a un puesto en la Junta de Comercio. Su trabajo es de gran importancia para nosotros en varios aspectos. Primero, como filósofo en el sentido estricto de la palabra, dirigió la tendencia empirista a la victoria primero en Inglaterra y luego en el continente, especialmente en Francia, frente al racionalismo cartesiano (el trabajo decisivo fue su *Ensayo sobre el entendimiento humano* , publ. 1690). Esto fue, en efecto, una ruptura con la tradición escolástica (Aristóteles) y bastante decisiva. El lector debe reflexionar, sin embargo, que esto *no implica que hubo una ruptura similar en la teoría política o económica* : es esencial mantener estas cosas distintas. En segundo lugar, como defensor de la tolerancia (calificada), de la libertad de prensa y de la educación extendida, Locke contribuyó decisivamente a la construcción del esquema general del liberalismo político posterior, hecho que debe mencionarse de pasada debido a su relación con la economía. liberalismo. En tercer lugar, como teórico político (véase especialmente sus *Dos tratados de gobierno* , publ. 1690), Locke puede reclamar un lugar de primera fila entre los filósofos del derecho natural, aunque añadió poco a Grocio y Pufendorf. En cuarto lugar, como economista (véase más adelante, capítulo 6) hizo contribuciones significativas que, sin embargo, se abordarán en otra conexión porque no guardan relación ni con su filosofía ni con su teoría política. Finalmente, debemos notar nuevamente sus intereses teológicos (ver especialmente su *Razonabilidad del cristianismo* , 1695).

Samuel von Pufendorf (1632-1694) fue un jurista de tipo académico y sucesivamente profesor en las Universidades de Heidelberg, Lund (Suecia) y Berlín. No era mucho más que un seguidor de Grocio. Pero escribió un tratado que se convirtió en un libro de texto de reputación internacional y resume y representa la estructura completa de la ciencia social de los filósofos del derecho natural mucho mejor que las obras de los grandes hombres antes mencionados: *De jure naturae et gentium, libri octo* (1ª ed. [el utilizado], 1672); más importante que su anterior *Elementa jurisprudentiae universalis* (1660). Es el trabajo a consultar para tener una idea general del alcance y nivel de ese tipo de ciencia social. Además, Pufendorf se adentró mucho más en la economía que Grocio (libro V, capítulos 1-8), aunque todavía no me parece que haya añadido mucho al acervo de conocimientos y al aparato analítico de los escolásticos tardíos. Pero presentó el material de forma sistemática. De manera bastante característica, también escribió un tratado teológico: *De habitu christianae religionis ad vitam civilem* .

Se pueden mencionar otros nombres, entre ellos algunos es probable que el lector se pierda. Pero el gran nombre de Leibniz y el de su fiel secuaz, Christian Wolff, se dejan de lado deliberadamente: eran polistores, por supuesto, y estaban muy interesados, entre otras cosas, en los acontecimientos económicos y las políticas de su época; pero no contribuyeron a nuestro tema. Sin embargo, quizás debería haber mencionado a Thomasius (1655-1728) porque sus escritos arrojan una luz interesante sobre el concepto de ley natural tal como lo usa el grupo.

Exactamente como los escolásticos, los filósofos del derecho natural aspiraban a una ciencia social integral, una teoría integral de la sociedad en todos sus aspectos y actividades, en la que la economía no era un elemento muy importante ni independiente. Esta ciencia social de los filósofos apareció por primera vez en forma de sistemas de jurisprudencia que eran similares a los tratados escolásticos *De justitia et jure* : Grotius y Pufendorf eran principalmente abogados y sus tratados son principalmente tratados de derecho. Trataban de principios jurídicos y políticos para los que se reclamaba una validez muy general sobre la base de que eran naturales en el sentido de que derivaban de las propiedades generales de la naturaleza humana y no, como el derecho positivo, de las

condiciones particulares de cada país. [169] Y todo lo que se ha dicho en la sección anterior sobre el carácter metodológico y los diversos significados del derecho natural de los escolásticos tardíos, en particular sobre la relación entre su aspecto normativo y analítico, debería ahora repetirse para el ley natural de los filósofos laicos. Pero aunque es tremendamente inexacto atribuir a este último la concepción en sí misma y su explotación con fines puramente analíticos, o calificarlos de innovadores que se levantaron contra los métodos de pensamiento escolásticos, hay varias contribuciones suyas que registrar, algunas de ellas más feliz que otros.

(b) Matemáticas y Física.

Los filósofos del derecho natural vivieron en la era heroica de las matemáticas y la física. Descubrimientos espectaculares en lo que para el público en general —aunque no para nosotros— era la "nueva filosofía experimental" fueron acompañados de una popularidad no menos espectacular de la física, incluso entre meros hombres de letras y grandes damas. Primero en Italia, luego en todas partes, los experimentadores y matemáticos se reunieron para discutir los resultados y luchar contra las diferencias; pero sus reuniones atrajeron a los curiosos que deseaban que se les explicaran las cosas y fueron bienvenidos debido a la ayuda que pudieron brindar, tanto financiera como de otra manera. [170] Esos éxitos y esta moda no pasaron desapercibidos para los filósofos de la ley natural. Ellos, o algunos de ellos, miraron sus herramientas y se preguntaron si, después de todo, no tenían alguna similitud con las de los físicos victoriosos; Pufendorf profesó utilizar un *método matemático* , aunque en realidad no lo hizo. Hobbes declaró que la `` filosofía civil '', término claramente utilizado en aras del paralelismo con la filosofía natural en el sentido de la ciencia física, data de la publicación de su propio libro, *De cive* (1642), y que fue el primero en aplicar a esta filosofía civil los métodos de Copérnico y Galileo (que él, sin embargo, concibió como una deducción de una «ley del movimiento» abstracta y universal). Este tipo de cosas, a pesar de ser meras palabras, tuvo una consecuencia muy desafortunada.

Hemos visto que los críticos posteriores, principalmente los que simpatizaban con la escuela histórica, atacaron el concepto de ley natural basándose en que era metafísico y especulativo. Otros escritores del siglo XIX que tomaron ese discurso al pie de la letra, como suelen hacer los críticos, lo condenaron como demasiado "naturalista", es decir, como si implicara un intento de copiar métodos físicos de análisis. Incluso sucedió que el mismo crítico planteó ambas objeciones, que además de infundadas, se excluyen mutuamente. De modo que el desafortunado concepto de derecho natural finalmente se encontró con el desastre bajo el fuego de dos sectores opuestos. O más bien, la frase lo hizo; porque la idea siguió viva.

Ni siquiera se puede afirmar que los filósofos laicos tenían menos mentalidad teológica que los escolásticos tardíos, aunque la suya era, por supuesto, una teología diferente. Escribieron libros sobre cuestiones teológicas. Citaron las Escrituras en apoyo de sus argumentos. La cuarta parte del *Leviatán* de Hobbes (1651) se titula "Del reino de la oscuridad" y contiene un capítulo sobre demonología, aunque los demonios sin duda se reducen a una existencia simbólica como lo son los ángeles en la tercera parte.

(c) Sociología económica y política.

En esta concepción de la naturaleza humana, los filósofos de la ley natural introdujeron elementos que, aunque no del todo nuevos, recibieron un énfasis que sí lo fue. Los más importantes se deben a Hobbes. Los médicos escolásticos habían dado a entender que la propiedad privada debe su origen, en parte, a la necesidad de evitar una lucha caótica por los bienes, y el gobierno su origen a la

necesidad de imponer la paz y el orden. Pero no fueron tan lejos como para hablar de una guerra original de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*) o de que cada hombre es un lobo para todos los demás (*homo homini lupus*). Este tipo de cosas no se convirtió en doctrina general y difícilmente se puede llamar una mejora analítica. Del mismo modo, el contrato social, esbozado con más delicadeza por los médicos y por Grocio, salió con brutal ingenuidad en el sistema de Hobbes. En el *Leviatán* (II, cap. 17 y 18) deja que una comunidad o *civitas* , 'ese gran Leviatán', en realidad se genere por un acuerdo o pacto, que todos celebran con todos los demás con el fin de transferir el derecho de cada uno a gobernarse a sí mismo a un hombre o una asamblea de hombres. Esta doctrina, reiterada en su forma más escueta y más influyente por Locke, obtuvo un asentimiento casi general. Pero la omnipotencia con la que Hobbes invistió a este gobierno no lo hizo; Locke, en particular, no tenía la intención de argumentar que los sujetos no pueden cambiar la forma de gobierno y que el poder del gobierno no se puede perder. En cualquier caso, la tesis de la omnipotencia gubernamental no tiene valor analítico. Porque no es, como algunos de los argumentos jurídicos de los médicos y los filósofos, el manto de una proposición analítica, sino sólo un argumento jurídico y nada más; Hobbes simplemente lo dedujo del pacto imaginario interpretándolo arbitrariamente de tal manera que implique la entrega incondicional del ciudadano. Finalmente, podemos notar que Locke 'justificó' la propiedad privada del derecho de cada uno a su propia persona, que incluye el derecho al trabajo de uno, que incluye el derecho a los resultados del trabajo de uno, de nuevo un argumento puramente jurídico y obviamente inadecuado en ese. No es necesario añadir que este argumento no tiene nada que ver con una teoría del valor trabajo.

Si esto fuera todo, entonces la contribución de los filósofos a la sociología política y económica sería ciertamente pobre. Pero hay algo más, a saber, una contribución a lo que podríamos llamar metasociología o antropología filosófica: algunos de los filósofos indagaron en esa naturaleza humana de la que se derivarían sus leyes naturales. [171] Nuevamente, Hobbes es el ejemplo sobresaliente. La primera parte del *Leviatán* , titulada 'Del hombre', que conduce al concepto de ley natural, bloquea toda una filosofía de la mente humana y se ocupa de la psicología y la psicología social del pensamiento, la imaginación, el habla, la religión y la similares. Mucho de esto tiene raíces aristotélicas y escolásticas, aunque Hobbes adoptó la práctica casi general de indicar antagonismo donde hubo desarrollo. Pero, en una dirección definida, en realidad fue mucho más lejos de lo que habían ido Aristóteles o los escolásticos. Definió el "pensamiento", un pensamiento individual, lo mismo que la "idea" de Locke, como la "representación de un objeto externo" y dejó que la mente humana sea proporcionada por la impresión sensorial. De hecho, se puede afirmar que anticipó la sustancia del empirismo de Locke, así como el principio de la psicología asociacionista que iba a estar tan estrechamente aliado a la economía en los tiempos de los dos Molinos, padre e hijo (ver más adelante, Parte III, cap. 3, sec.5).

Por empirismo filosófico nos referimos a la doctrina, esbozada por los griegos (Aristóteles, epicúreos, estoicos) pero desarrollada principalmente por pensadores ingleses de los siglos XVII y XVIII (especialmente por Hobbes, Locke y Hume), que (a) todo conocimiento de la el individuo se deriva de la experiencia durante su propia vida; (b) que esta experiencia puede equipararse a las impresiones sensoriales a las que está expuesta su mente; (c) que antes de esta experiencia su mente no sólo está completamente en blanco, sino incluso sin actividad 'conativa' propia y también sin ideas innatas en el sentido de categorías mediante las cuales se ordenan las impresiones sensoriales, de modo

que tal vez sería lógico decir que, como tal, la "mente" no existe en absoluto; (d) que las impresiones son los elementos últimos en los que pueden resolverse todos los fenómenos mentales, no sólo el recuerdo, la atención, el razonamiento —incluida la construcción de secuencias causales— sino también los afectivos, las 'pasiones': todos estos no son más que aglomeraciones de impresiones elementales y producidas por sus 'asociaciones' aleatorias. Esta resolución de la "mente" o "alma" humana en impresiones atómicas puede compararse con la reducción de todos los fenómenos físicos a la mecánica atomística, una analogía muy empleada que hizo que el empirismo fuera popular entre algunos y odioso para otros. El lector observará que el término empirismo se usa aquí en lo que es solo uno de sus muchos significados, razón por la cual se agrega el adjetivo filosófico. En particular, *no tiene nada* que ver con el empirismo científico, un término que simplemente denota la actitud que ensalza los roles del experimento y la observación a expensas del de la "teoría". Las etiquetas más específicas son Sensualismo o Sensacionalismo.

Como filosofía, el empirismo o el sensualismo o el sensacionalismo, aunque brillantemente defendido por Hume en el siglo XVIII y por JS Mill en el XIX, y aunque siempre estuvo en boga considerable entre los no filósofos ingleses, no le fue bien. Leibniz planteó la objeción obvia, aunque no decisiva, ¿qué es? A principios del siglo XVIII. El obispo Berkeley, un poco más tarde, presentó un argumento diferente que equivalía al rechazo (*Principles of Human Knowledge* , 1710), e incluso en Inglaterra, y mucho menos en Escocia o Alemania, la batalla entre los filósofos profesionales fue principalmente en su contra. Pero a la psicología asociacionista le fue mucho mejor y de hecho contó con la lealtad explícita o implícita de los economistas ingleses y sus aliados continentales hasta alrededor de 1900 y más allá. Un distinguido economista, James Mill, es incluso responsable de su exposición más intransigente del siglo XIX. Por asociacionismo psicológico nos referimos exactamente a la misma doctrina que antes llamamos empirismo filosófico. La diferencia que requiere un término separado es esta. Mientras que la segunda es, o pretende ser, una filosofía en el sentido estricto del término y también una epistemología o teoría del conocimiento, la primera denota la misma doctrina, pero considerada como hipótesis fundamental en el estudio de los diversos problemas que surgen. dentro del campo profesional de la psicología, como la teoría de la imaginación, o la atención, o el lenguaje, etc. Se ruega al lector que tenga todo esto en cuenta para futuras consultas.

No se puede insistir demasiado en otro punto al lector. Los médicos escolásticos habían enseñado las doctrinas de la libertad natural y la igualdad natural de los hombres. Para ellos, sin embargo, esta igualdad natural no era una afirmación sobre hechos de la naturaleza humana, sino un ideal o postulado moral: descansaba en creencias cristianas como que el Salvador murió por la salvación de todos. Pero Hobbes, al explicar las condiciones que producen su estado original de guerra de todos contra todos, afirmó *como un hecho* (*Leviatán* , cap.13) que las facultades mentales y corporales del hombre son casi iguales en el sentido de que el rango de sus variaciones es tan estrechamente limitado como para *hacer de la igualdad completa una hipótesis de trabajo permisible* . Y esta fue la opinión general de los filósofos. De ahora en adelante denotamos esta proposición con la frase Igualitarismo Analítico para distinguirlo del ideal cristiano, que llamaremos Igualitarismo Normativo. Ahora, primero, debería ser obvio que el igualitarismo analítico es de inmensa importancia, no solo para la sociología económica y no solo para las implicaciones más amplias de la economía propiamente dicha, sino también para muchos problemas de la teoría económica misma. Solo necesitamos reemplazarlo por la afirmación de hecho opuesta para darnos cuenta de que esto cambiaría

el cuadro completo del proceso económico. En segundo lugar, con pocas excepciones y con poca calificación, la mayoría de los economistas han aceptado, y están aceptando hasta el día de hoy, el igualitarismo analítico. Pero nunca hicieron ningún intento serio de verificarlo, aunque uno pensaría que tenían todas las razones para asegurarse de la confiabilidad de tal pilar de sus estructuras analíticas. Volveremos sobre este hecho sumamente curioso en nuestro estudio de la *riqueza de las naciones* .

(d) Contribución a la economía.

La economía de los filósofos podría haber sido tomada de Molina. Bastará señalar la presentación completa del tratado de Pufendorf. Distinguiendo el valor de uso y el valor de cambio (o *pretium eminens*), deja que este último sea determinado por la relativa escasez o abundancia de bienes y dinero. El precio de mercado entonces gravita hacia los costos en los que normalmente se debe incurrir en la producción. Su análisis de interés (en el que demuestra no ser contrario a las citas bíblicas) es claramente inferior al de los escolásticos tardíos. Continúa discutiendo diversos problemas de la política pública, como la represión del lujo por leyes suntuarias, la regulación de los monopolios, gremios artesanales, herencias, vinculación, población. El buen sentido y la moderación son invariablemente evidentes, al igual que el sentido del flujo histórico de las cosas. El aspecto del bienestar siempre se tiene en cuenta. Una vez más, contemplamos una *riqueza de naciones* embrionaria .

7. Los filósofos del derecho natural: análisis del derecho natural en el siglo XVIII y después

Para 1700, los desarrollos que se examinarán en el próximo capítulo ya habían dejado atrás a la economía de los filósofos del derecho natural. Sin embargo, resultará útil quedarse un momento para seguir la suerte posterior de ese pequeño cuerpo de verdad económica hasta que pierda su individualidad y, fusionándose con una corriente más amplia, desaparezca de nuestra vista (véase más adelante, subsección g).).

Los sesenta o setenta años que precedieron a la Revolución Francesa se conocen comúnmente como la Ilustración. Esta frase tiene la intención de indicar un avance acelerado en muchos frentes, o más bien una sensación de avance acelerado: entusiasmo general por el progreso y las reformas. Aplicar la razón a lo que parecía ser el montón de tonterías heredadas del pasado era el programa de la época. Una ola de crítica religiosa, política y económica que fue patéticamente acrítica de sus propios estándares dogmáticos se extendió por los centros intelectuales de Europa. La sociedad francesa, en particular, se estaba desintegrando rápidamente, pero todavía se sentía perfectamente segura. Como todas las sociedades en desintegración que no quieren enfrentar su peligro, se deleitó en proteger a sus enemigos y, por lo tanto, proporcionó un entorno de encanto único para una literatura que atraerá incluso a aquellos de nosotros que sentimos un sabor de decadencia y, a veces, lo que es peor. , también un sabor de mediocridad, cuando se vuelven hacia estos viejos volúmenes que albergan tanta complacencia. El mejor antídoto contra los cumplidos que los hombres de esa autodenominada Edad de la Razón solían hacerse a sí mismos es leerlos. Afortunadamente, hay mejores actuaciones que registrar que las de Voltaire y Rousseau. Sin embargo, es imposible transmitir, en el espacio disponible, una imagen de esa situación intelectual o de su trasfondo social. [172] Sólo podemos tocar el mínimo irreductible de puntos esenciales.

[(a) La ciencia de la naturaleza humana: psicologismo.]

El único hecho que debe notarse en materia de teología es que una teología natural a diferencia de la *doctrina sacra* —recuerde que esta distinción se remonta al siglo XIII— definitivamente se estableció como un campo separado de las ciencias sociales laicas. Su contenido propiamente teológico tendía a reducirse a un deísmo insípido. 173 Pero más interesante fue el desarrollo de una sociología de la religión —una teoría del origen y la práctica social de las ideas religiosas— cuyos primeros comienzos sustanciales localizamos con Hobbes. El hecho más importante sobre el pensamiento filosófico es el progreso victorioso del empirismo o sensacionalismo inglés —de la enseñanza de Hobbes y Locke— que es tanto más notable porque, metodológicamente, no concuerda tan bien como el racionalismo filosófico con todas las afirmaciones que se estaban haciendo. hecho, en teología y en otros lugares, en nombre de *la razón* . Esto, por supuesto, favoreció enormemente el éxito de la psicología asociacionista. Hagamos un alto para echar un vistazo a tres figuras que no sólo son de gran importancia para nosotros, sino también representativas del espíritu de la época en su máxima expresión: Condillac, Hume y Hartley. Los dos primeros los volveremos a encontrar en el papel de simples economistas. El tercero apunta directamente a la actuación de James Mill en 1829. 174 Los tres no filosofaron simplemente por filosofar, sino para desarrollar la Ciencia del Hombre o de la Naturaleza Humana que iba a ser la base de la ciencia —o las ciencias— de la sociedad: más que nada, eran metasociólogos o antropólogos filosóficos. Sin duda, estaban convencidos de que tanto en el objetivo como en el método —el método «experimental», para el que invocaron la autoridad de Francis Bacon— su trabajo significaba un nuevo punto de partida. Es aún más importante darse cuenta de que este no fue el caso. Tanto en el objetivo como en el método, Hobbes los había anticipado claramente. Pero sabemos que Hobbes, aunque original en varios puntos individuales importantes, fue un filósofo de la ley natural como Grocio o Pufendorf y que no se diferenciaba de ellos en cuanto a su objetivo y método fundamentales. Condillac, Hume y Hartley fueron ciertamente más articulados; con un propósito más claro, desarrollaron más plenamente esta ciencia de la naturaleza humana. Sin embargo, la idea de esta ciencia misma y el programa de derivar de ella las proposiciones básicas de las ciencias sociales individuales son la idea y el programa de los filósofos del derecho natural e indirectamente de los escolásticos. La afinidad se muestra en muchos detalles: por ejemplo, los gérmenes de la psicología asociacionista se encuentran en los conceptos de similitud y contigüidad de Aristóteles y en los conceptos correspondientes de psicología escolástica. Además, los métodos realmente utilizados por los hombres del siglo XVIII eran exactamente los mismos que los de sus predecesores y, en particular, no eran más «experimentales». Por lo tanto, así como expresamos un aspecto importante del trabajo de los filósofos del derecho natural llamándolos escolásticos laicos, ahora podemos expresar un aspecto importante del trabajo de los Condillacs, Humes y Hartley llamándolos filósofos del siglo XVIII. de la ley natural. 175 Dos puntos sobre esta ciencia del hombre son de especial interés para nosotros.

Primero, la metasociología de Condillac, Hartley y Hume era esencialmente psicológica. Y su psicología asociacionista era esencialmente introspectiva, es decir, admitía la observación del analista de sus propios procesos psíquicos como una fuente válida de información. Ambas características tienen una importancia obvia para la historia del análisis económico, pero ahora estamos particularmente interesados en el primero. Esos autores y la mayoría de sus contemporáneos creían evidentemente que las consideraciones psicológicas explicarán no sólo los mecanismos psicológicos del comportamiento individual y grupal, y las formas en que los hechos sociales se reflejan e interpretan en las mentes individuales o grupales, sino también estos hechos sociales. sí mismos. No habrían negado, por

supuesto, que para explicar cualquier evento, institución o proceso real también debemos tener en cuenta hechos distintos de los psicológicos. Pero no desarrollaron teorías generales sobre ellos ni los admitieron en su metasociología: el único acervo de conocimiento general necesario en todas las ramas de la ciencia que tiene algo que ver con las acciones o actitudes humanas era la psicología y todas estas ramas de la ciencia no eran nada. sino psicología aplicada. Sin embargo, esta opinión no es la única posible. Podemos pensar que, aparte de los datos psicológicos, por ejemplo, los hechos geográficos, tecnológicos y biológicos son mucho más importantes en el trabajo práctico de análisis que cualquier cosa que pueda aportar una ciencia psicológica de la naturaleza humana. Por tanto, la metasociología debería construirse a partir de materiales distintos de los psicológicos; e incluso —que era, por ejemplo, la opinión de Karl Marx— que los procesos sociales se rigen por una lógica superindividual propia, a cuya comprensión la psicología de los individuos y los grupos no tiene nada que aportar excepto el conocimiento de la superficie. fenómenos en aras de los cuales, además, no es necesario ir muy lejos en la psicología. Independientemente de cuál de estos dos puntos de vista sobre la naturaleza y el método de las ciencias sociales hagamos nuestro, nunca debemos olvidar que el patrocinado por nuestros autores representativos no puede simplemente darse por sentado. Para enfatizar esto, le daremos una etiqueta distintiva, Psicologismo.

En segundo lugar, la sociología que se basaba en esa ciencia del hombre tendía a enfatizar demasiado, tal como lo había hecho Aristóteles, el elemento de racionalidad en la conducta. Por lo tanto, es interesante notar que los mejores cerebros comenzaron a reaccionar contra esto. Por ejemplo, ¡curioso fenómeno de lag! - mientras que escritores como Rousseau llevaban el *contrat social* a la cúspide de su popularidad, Hume ya lo denunciaba como una construcción completamente imaginaria y, además, innecesaria. Además, disparó otro tiro a un objetivo similar cuando escribió la concisa frase: " No es, por tanto, la razón que es la guía de la vida, sino la costumbre" (*Resumen* , p. 16).

[(b) Ética y estética analítica.]

La forma en que esa ciencia fundamental del hombre —de la naturaleza humana, el conocimiento humano y el comportamiento humano— produjo todo tipo de 'leyes naturales' puede ilustrarse mejor con lo que se puede describir como la 'estética natural' inglesa y la 'ética natural'. 'del siglo XVIII. Por supuesto, no todas las especulaciones sobre estética y ética fueron vástagos de esa ciencia, incluso en Inglaterra, pero nos interesan solo aquellas que lo fueron, porque estas presentan análisis altamente reveladores por métodos que iban a servir al análisis económico durante más de un siglo para ven.

La estética y la ética naturales fueron, en primer lugar, la estética y la ética analíticas: aunque nunca se descartó el propósito normativo, no se le permitió interferir con la tarea principal de explicar el comportamiento real. Este punto de vista analítico ya había pasado a primer plano durante el siglo XVII, por estética, por varios escritores italianos y, por ética, por Hobbes y Spinoza. 176 En segundo lugar, la tarea analítica se abordó en el espíritu de lo que se definió anteriormente como psicologismo: la psicología no solo debía proporcionar el enfoque de los fenómenos estéticos y éticos, sino también explicar todo lo que había que explicar sobre ellos. En tercer lugar, la psicología realmente utilizada, aunque no siempre estrictamente asociacionista, fue siempre la psicología individual, introspectiva y del tipo más primitivo, rara vez o nunca involucrando algo más allá de una simple hipótesis sobre las reacciones de la psique individual de la que todo lo demás siguió por deducción. . Los valores estéticos y éticos se explicaron así de una manera sugerente de aquella en la que los economistas italianos y

franceses del siglo XVIII, y la mayoría de los economistas de todos los países del XIX, explicaron los valores económicos. Este procedimiento se denominó empírico y en cierto sentido lo era, pero sólo en el sentido en que, por ejemplo, lo es la teoría de la utilidad marginal de Jevons-Menger-Walras. No tenía nada de "experimental" o inductivo y, de hecho, no era muy realista, a pesar de todas las declaraciones programáticas, los gritos de guerra y los llamamientos a Francis Bacon.

La estética, entonces, tendió a reducirse, en lo que concierne a esta escuela de pensamiento, a un análisis de las sensaciones placenteras evocadas por una obra de arte, recibiendo menos atención la psicología del esfuerzo creativo del artista. 177 Para exhibir la analogía que nos interesa, compararemos el hecho objetivo de que una obra de arte sea considerada 'bella' en un grupo social dado con el hecho objetivo del precio de mercado. Se verá entonces que la teoría estética en cuestión explica el primer hecho mediante valoraciones subjetivas de los miembros del grupo, del mismo modo que la teoría económica análoga explica el último hecho mediante valoraciones subjetivas de los individuos que participan en un mercado. En ambos casos la valoración subjetiva crea el valor objetivo —sabemos que esto lo habían enseñado, en el caso de las mercancías, los médicos escolares— y no al revés: una cosa es bella porque agrada, no agrada porque agrada. es "objetivamente" hermoso. Por supuesto, podemos continuar preguntando por qué ciertas cosas agradan a ciertas personas y podemos indagar en los orígenes de nuestras ideas sobre lo bello. Pero por muy lejos que lleguemos en estos problemas y otros similares, siempre nos movemos dentro del alcance de una concepción particular del significado de las cosas, incluso si introducimos, por hipótesis especiales, un "sentido" de lo bello. Diferentes autores llegaron a diferentes extremos en la 'subjetivación' de la estética. Sin embargo, fue esta subjetivización la que constituyó la principal aportación de la escuela en cuestión y que, además, sus miembros consideraron como el elemento particularmente realista o 'experimental' o no especulativo de la misma. Los principales autores ingleses a mencionar son Shaftesbury, Hutcheson, Hume y Alison. Los tres primeros son mucho más importantes para la ética. 178

El argumento anterior se aplica plenamente también a la ética, pero debe complementarse, en este caso, con algunas consideraciones adicionales. En lo que respecta a la ética analítica —análisis de la conducta real—, los puntos principales de la historia se cuentan rápidamente. Hobbes había descrito la conducta real, por medio de lo que suponía su factor determinante, el egoísmo individual y hedonista. Esto puede haberle parecido la cima del realismo pero, de hecho, no es más que un postulado o hipótesis y, además, evidentemente poco realista. Shaftesbury contrarrestó esta teoría con otra hipótesis, la hipótesis del altruismo: explicó que para el hombre que vive habitualmente en sociedad es tan natural desarrollar sentimientos de compañerismo y, por lo tanto, valorar el bien de otras personas como desarrollar el interés propio y para valorar su propio bien. Sobre esto superpuso otra hipótesis, también derivada de la introspección, según la cual los virtuosos experimentan placer al hacer el bien independientemente de su apreciación de sus efectos. Esto es lo que se conoce específicamente como la teoría del sentido moral de Shaftesbury, que, aunque su valor explicativo evidentemente no es grande, tuvo un éxito considerable precisamente debido a la extrema simplicidad de la "psicología" involucrada. La posición de Shaftesbury fue elaborada sistemáticamente por Hutcheson. Y Hume, bajo la influencia de los tres, creó el tipo moral del egoísta afable, tolerante, humano, sobriamente amante del placer que resumía el tipo de persona que él mismo era: sin ascetismo ni ninguna otra virtud `` monacal " para él. él —¡no de verdad! - y, por tanto, *por supuesto* , no para nadie más. Que el análisis sin prejuicios de estas virtudes monacales pudiera, tal vez, desenterrar la

verdadera clave del fenómeno ético estaba más allá de su campo de visión. Abraham Tucker (1705-1774) [179] postuló de manera similar la satisfacción de los deseos individuales como el objetivo último y el motivo universal de acción. No creo que me equivoque al atribuir la opinión de Hume-Tucker también a Bentham, quien sostuvo que los únicos intereses en los que se puede confiar que un individuo consulte son los suyos propios, pero agregó una nota de calificación al enfatizar el interés propio razonable o ilustrado que también tiene en cuenta los intereses, sentimientos y reacciones de otras personas.

Sin embargo, los moralistas ingleses del siglo XVIII no estaban más preparados para prescindir de un estándar normativo de conducta y juicio que cualquier otro moralista. Algunos se contentaron con recurrir a una ley moral que los hombres conocen y aceptan intuitivamente, una idea que presagiaba el imperativo moral de Kant. Incluso Locke apeló a esa intuición, aunque este fue un mal descuido para un empirista. Pero soluciones de este tipo nunca habrían servido para Hume o Bentham. Para su forma de pensar todo eso era una metafísica vacía. Al mismo tiempo, estaban bastante dispuestos a convertir su egoísmo humano en un ideal, es decir, a convertir su teoría de la conducta en una fuente de normas de conducta. Hemos visto que Hume modeló el mundo moral a su propia imagen. [180] Es evidente que, con deliciosa ingenuidad, aprobaba plenamente esta imagen: el esquema de sus propias preferencias era el esquema razonable. Por otro lado, la razón había eliminado todos los valores superpersonales excepto el bien de la sociedad. Pero, en vista de esa filosofía de los valores humanos, ¿en qué otra cosa podría consistir este bien de la sociedad sino en la suma total de todas las satisfacciones que obtienen todos los individuos por la realización de sus esquemas hedónicos de preferencia? Si es así, ¿no hemos descubierto, de un plumazo, el fundamento de los valores sociales, la relación entre ellos y los valores individuales, y también la única norma de moralidad que posiblemente puede tener sentido? Las respuestas afirmativas a estas preguntas ya habían sido sugeridas en el siglo XVII, especialmente por el obispo Cumberland [181] y, menos claramente, por Grocio, quien no fue mucho más allá del concepto de bien común de los escolásticos. Los escritores del siglo XVIII, especialmente aquellos entre Hume y Bentham, solo elaboraron el canon fundamental de la Ética Utilitaria: bueno es toda acción que promueve, mala es toda acción que perjudica el bienestar social. Antes de considerar este canon en sus aspectos más amplios, debemos echar un vistazo a un trabajo de particular interés para el economista, el de A. Smith. [182]

Con la posible excepción de Shaftesbury, creo que esta actuación debe situarse muy por encima de todas las demás. Primero, distinguió, como Hutcheson, pero más claramente que cualquier otro, entre la ética como una teoría del comportamiento y la ética como una teoría de los juicios de la gente sobre el comportamiento, y se concentró resueltamente en esta última. En segundo lugar, esta teoría del juicio ético se basa en nuestra capacidad para colocarnos, por así decirlo, en el lugar del otro hombre (`` simpatía '') y comprenderlo, el juicio de nuestros propios actos se deriva entonces de nuestros principios de juzgar a los demás. . En tercer lugar, lo natural se concibe como aquello que es psicológicamente normal —para ser analizado de manera realista— y que no se identifica con la regla ideal de la razón, sino que se distingue de ella (ver vol. I, p. 128, 6ª ed.). En cuarto lugar, la influencia de la utilidad sobre la aprobación estética y ética no se trata simplemente como un postulado sino como un problema en la práctica real de juzgar (Parte IV). En quinto lugar, la costumbre y la moda no solo se reconocen como factores relevantes, sino que se investigan sistemáticamente (Parte V). Los «sistemas de filosofía moral», es decir, las teorías distintas de la de A. Smith, son objeto de críticas que en

ocasiones son triviales pero, en general, sorprendentemente exitosas (Parte VII). El plan y el desempeño son bastante similares al plan y al desempeño de *Wealth of Nations* .

[(c) Interés propio, bien común y utilitarismo.]

Sabemos que tanto el interés propio como el bien común eran viejos personajes. Pero a mediados del siglo XVIII, se afirmaron con nueva energía, no solo en la ética, sino en todo el campo del pensamiento social. En particular, eran, o se suponía que eran, los principios básicos y unificadores de todas las ciencias sociales, prácticamente los únicos que la "razón" había adoptado. Helvétius [183] (1715-1771) comparó el papel del principio del interés propio en el mundo social con el papel de la ley de la gravitación en el mundo físico. Incluso el gran Beccaria [184] llegó al extremo de afirmar que el hombre es totalmente egoísta y egocéntrico y que no se preocupa en absoluto por el bien de ningún otro hombre (o el común). Debe observarse una vez más que este interés personal individual se orientaba a la expectativa racional del placer y el dolor individuales, [185] que, a su vez, debe definirse en un sentido estrictamente hedonista. Es cierto que los autores del siglo XVIII agregaron matices y reconocieron placeres que no suelen ser clasificados como hedonistas, como los placeres de la malevolencia, de la adquisición de poder e incluso de las creencias y prácticas religiosas. En consecuencia, los defensores de esa doctrina han tenido cierto éxito en su intento de redimirla de la acusación que ha hecho que el comportamiento humano se vuelva contra los filetes de ternera. Pero este éxito —aparte del hecho de que no afecta a todas las demás objeciones que pueden surgir contra cualquier teoría que enfatice la racionalidad en la conducta— fue más aparente que real. Porque si vamos mucho más allá de las gratificaciones más burdas de los apetitos más simples, nos acercamos peligrosamente a identificar la expectativa de 'placer' con todos los motivos posibles, incluso con el sufrimiento intencional de dolor, y entonces, por supuesto, la doctrina se vuelve un vacío. tautología. Peor aún, si dejamos demasiado margen a los `` placeres '' que pueden proporcionar el esfuerzo, la victoria, la crueldad y cosas por el estilo, podemos obtener una imagen del comportamiento humano y de la sociedad que difiere totalmente de la que esos hombres realmente imaginaron. . Por lo tanto, si hemos de derivar la conclusión que derivaron de sus ideas sobre el placer y el dolor, después de todo no tenemos más remedio que adoptar una definición de este último que de hecho pueda permitir cierta libertad para ir más allá de los filetes de ternera, pero solo limitada; es decir, no tenemos más remedio que adoptar una teoría de la conducta que se opone a los hechos más obvios. ¿Por qué, entonces, fue adoptado tan fácilmente por muchos cerebros buenos? La respuesta parece ser que estos buenos cerebros pertenecían a reformadores prácticos que lucharon contra un estado de cosas históricamente dado que les parecía "irracional". En tal lucha, la sencillez e incluso la trivialidad son las principales virtudes de un argumento, y las filosofías de bistec son la mejor respuesta a un sistema de derechos y deberes santificados supramundanamente. No es que estos autores fueran poco sinceros: todos nos convencemos rápidamente de las tonterías que predicamos habitualmente.

Hemos visto más arriba cómo el bien común o la conveniencia social de los médicos escolásticos fue aprovechado en una forma particular por los devotos de la razón del siglo XVIII. Repitamos y reformulemos. Se supone que los placeres y dolores de cada individuo son cantidades mensurables capaces de ser sumadas (algebraicamente) a una cantidad llamada felicidad del individuo (*felicità*); un término alemán de uso frecuente era *Glückseligkeit* . Estas "alegrías" individuales se resumen nuevamente en un total social, *ponderadas todas por igual* : "todos deben contar por uno, nadie para contar más de uno". Finalmente, ese total social sustituye o identifica al bien común o

bienestar de la sociedad, que se resuelve así en sensaciones individuales de placer o dolor, las únicas realidades últimas. Esto produce el principio normativo del utilitarismo, a saber, la mayor felicidad del mayor número, que se asocia principalmente, en reconocimiento a la ardiente defensa, la cuidadosa elaboración y la amplia aplicación, con el nombre de Bentham. [186] Si la idea era de origen antiguo y creció tan lentamente como para desafiar la datación, el eslogan en sí puede fecharse con mayor precisión: que yo sepa, aparece primero en Hutcheson (*op. Cit.* 1725), luego en Beccaria (*op.* .cit . 1764, la massima felicità divisa nel maggior numero); después en Priestley (*op. cit.* 1768), a quien Bentham atribuye el mérito de lo que para él era una "verdad sagrada". Hume no tiene el lema, pero debería incluirse en esta serie de todos modos. La palabra utilitarismo es de Bentham. [187]

El punto esencial a comprender es que el utilitarismo no era más que otro sistema de derecho natural. Esto es válido no sólo en el sentido de que los utilitaristas fueron los sucesores históricos de los filósofos del derecho natural del siglo XVII; ni sólo en el sentido de que el sistema utilitarista se desarrolló a partir del sistema de los filósofos que, aunque evidente, puede probarse en detalle a partir de la historia de la ética, por un lado, y de la historia del concepto de bien común, por el otro. otro; pero sostiene también en un sentido mucho más significativo, que en enfoque, en metodología y en la naturaleza de sus resultados, el utilitarismo fue en realidad otro, el último, sistema de derecho natural. El programa de derivar, a la luz de la razón, "leyes" sobre el hombre en sociedad a partir de una naturaleza humana muy estable y sumamente simplificada se ajusta a los utilitaristas no menos bien que a los filósofos o los escolásticos; y si miramos esta naturaleza humana y la forma en que se suponía que debía funcionar, como hicimos anteriormente, nos damos cuenta de que la afinidad va mucho más allá.

Como los sistemas de los filósofos o los escolásticos, el utilitarismo presenta un triple atractivo. Primero fue una filosofía de vida, exhibiendo un esquema de 'valores últimos'. Es aquí donde debemos buscar la fuente de la impresión ineludible de que el utilitarismo, especialmente el de Bentham, era algo nuevo y fundamentalmente antagónico a los sistemas más antiguos. Pero, como el lector debe saber a estas alturas, la diferencia no fue grande en lo que respecta a la filosofía del negocio actual de la vida cotidiana. Para la esfera del establo, el granero, la tienda y el mercado, los médicos escolares fueron bastante utilitarios. La diferencia real fue que los médicos confinaron el punto de vista utilitarista a la actividad puramente utilitarista donde es (casi, ni siquiera del todo) adecuada, mientras que los utilitaristas redujeron todo el mundo de los valores humanos al mismo esquema, descartando, como contraria, a la razón, todo lo que realmente le importa al hombre. Por lo tanto, tienen derecho al mérito de haber creado algo que era nuevo en la literatura, porque no se puede atribuir a Epicuro, es decir, la más superficial de todas las filosofías de vida concebibles que se encuentra en una posición de antagonismo irreconciliable con el resto de ellas. .

En segundo lugar, el utilitarismo era un sistema normativo con un fuerte sesgo legal. Era, como el sistema escolar, un sistema de imperativos morales, por un lado, y de principios legislativos, por el otro. Bentham se consideraba ante todo un moralista y legislador, [188] y fue como criterio de legislación "buena" y "mala" que el principio de la mayor felicidad del mayor número adquirió para él una importancia capital. Observe una vez más el elemento igualitario que era tan esencial como el elemento de la felicidad. Y estos dos, junto con la creencia no solo de que cualquier individuo era muy parecido a cualquier otro, sino también de que cada individuo era un material indescriptible y maleable con pocas o ninguna característica innata propia, produjo la `` tabla '' política fundamental del

benthamismo: educar a la gente y dejarla votar libremente y todo lo demás se resolverá solo. 189

Pero, en tercer lugar, nuevamente como la ley natural de los filósofos y los escolásticos, el utilitarismo también era un sistema integral de ciencias sociales que encarnaba un método uniforme de análisis. Y este aspecto es separable de los otros dos en el mismo sentido en que el trabajo analítico de los escolásticos y los filósofos es separable del resto de su pensamiento. En otras palabras, es lógicamente posible despreciar el utilitarismo, de raíz y rama, como filosofía de vida y como programa político y, sin embargo, aceptarlo como motor de análisis en todos o algunos de los departamentos de las ciencias sociales. . Pero dado que, por un lado, el utilitarismo puede no ser mucho más valioso como motor de análisis que en los otros dos aspectos y dado que, por otro lado, muchos economistas no han dudado en declarar que es básico para la teoría económica. —Jevons incluso definió la teoría económica como "un cálculo del placer y el dolor"; el alcance de su influencia sobre el trabajo analítico debería aclararse de inmediato.

Es un error común de los laicos, filósofos e historiadores del pensamiento mostrar un respeto exagerado a todo lo que se presenta como un principio fundamental. En realidad, la gente no siempre hace uso, en el trabajo científico más que en las preocupaciones prácticas de la vida, de los principios fundamentales a los que profesa lealtad. Como el utilitarismo es un conjunto de principios fundamentales, debemos preguntarnos en cada caso qué papel se le permitió desempeñar. En lo que respecta a la economía, sin embargo, podemos ofrecer respuestas amplias para cuatro tipos de casos. Primero, las hipótesis utilitarias carecen por completo de valor en cuestiones de interpretación de la historia o en cuestiones que afectan a las fuerzas motrices de la historia económica. En segundo lugar, las hipótesis utilitarias son peores que carentes de valor en todos los problemas que involucran cuestiones de esquemas reales de motivación, por ejemplo, en un problema como los efectos económicos de la herencia. En tercer lugar, las hipótesis utilitarias son de hecho básicas para esa parte de la teoría económica a la que generalmente se hace referencia como economía del bienestar, heredera de las teorías italianas del siglo XVIII sobre la *felicità pública* . Adoptamos estas hipótesis habitualmente cuando discutimos problemas tales como los efectos de "transferencias de riqueza de los relativamente ricos a los relativamente pobres". Y esta es precisamente la razón por la que las proposiciones de la economía del bienestar nunca convencen a nadie que no esté ya convencido de antemano e independientemente de cualquier argumento. Porque aunque hay, por supuesto, un aspecto de estos problemas para el que el enfoque utilitarista es apropiado, siempre que lo creamos metodológicamente admisible, este aspecto no es evidentemente el único: hemos demostrado muy poco, cuando hemos demostrado que transferir el dólar de un hombre rico a un hombre pobre aumenta el bienestar en el sentido utilitario. Cuarto, en el campo de la teoría económica en el sentido más estricto del término, las hipótesis utilitarias son innecesarias pero inofensivas. Por ejemplo, podemos enunciar y discutir las propiedades del equilibrio económico sin introducirlas. Pero si los introducimos, los resultados no se ven afectados materialmente y, por lo tanto, no se ven afectados. Esto nos permite salvar gran parte del análisis económico que a primera vista parece irremediablemente viciado por prejuicios utilitarios.

[(d) Sociología histórica.]

A los escritores del siglo XVIII se les ha culpado a menudo de la falta de «sentido histórico», una discapacidad que, de hecho, llegó tan lejos con algunos de ellos que los hizo ciegos a los valores de civilizaciones pasadas. Tanto más necesario es señalar que el antídoto se desarrolló junto con la

enfermedad. Si encontramos, en algunos casos, el desprecio más tonto por el arte griego —por ejemplo, se pone a Voltaire por encima de Homero— también encontramos los orígenes de su culto moderno. Si a veces encontramos una estupenda ausencia de interés en la historia, también encontramos una rica cosecha de trabajo histórico serio que sentó las bases de los desarrollos del siglo XIX. No podemos hacer más que enumerar cinco puntos esenciales: se hizo un buen comienzo con la recolección sistemática de materiales; se elaboraron nuevos métodos de interpretación y crítica de documentos; La historia económica y cultural comenzó a desviar parte de la atención que antes estaba casi monopolizada por la historia política y militar; el informe (relativamente hablando) imparcial que presenta evidencia documental comenzó a prevalecer sobre las epopeyas o las predicaciones (Hume, William Robertson, Gibbon); [191] y el despertar del interés del público está atestiguado por el éxito de las historias populares universales y nacionales. Por supuesto, existe algo que se llama historia no histórica, es decir, un hombre puede hacer un trabajo histórico sin tener nunca el ángulo específicamente histórico. Pero la *Historia de Inglaterra de* Hume (8 vols., 1763) no era de este tipo. Aunque irremediablemente anticuado a estas alturas, siempre será un hito de la historiografía, lo que demuestra que él, al menos, no era un esclavo de su utilitarismo.

Aún más destacable desde nuestro punto de vista es el surgimiento de la Sociología Histórica —a veces llamada Filosofía de la Historia [192]— , es decir, de teorías sociológicas que, por un lado, utilizaron material histórico para llegar a generalizaciones y fueron, por otro, mano, destinado a explicar estados y procesos históricos individuales. La mayor parte de este tipo de trabajo era diletantico y de una naturaleza que disgusta a los historiadores serios. Además, parte de ella no era histórica en el sentido que acabamos de definir: el hecho histórico a menudo se tergiversaba para ajustarse a las ideas preconcebidas de *la razón* . Sin embargo, también hubo actuaciones considerables e incluso pioneras. A modo de ejemplo, puedo mencionar a Condorcet, Montesquieu y uno de los más grandes pensadores que se han encontrado en cualquier época en el campo de las ciencias sociales: Vico. [193] El *Esquisse* de Condorcet presenta una teoría definida de la evolución histórica o "progreso": su objetivo es la igualdad [194] y su fuerza motriz es el conocimiento cada vez mayor que la mente humana indefinidamente perfectible sigue adquiriendo. Esto, por supuesto, es una sociología muy pobre. Pero la obra es el ejemplo sobresaliente de una visión intransigente "intelectualista" del proceso histórico. En agudo contraste, el *Esprit des lois de* Montesquieu , a pesar de la mano de obra inadecuada, especialmente inadecuada en cuanto al uso crítico del material, es una sociología seria. La principal virtud de este último trabajo, tanto en lo que respecta al método como a la ejecución, es que contempla los estados históricos de las sociedades y sus cambios a la luz de una serie de factores objetivos, [195] que dan explicaciones realistas y, en este sentido, teorías analíticas pero no simples. , en particular ninguna fórmula general racionalista. De hecho, esto fue un nuevo punto de partida y, metodológicamente, significó una ruptura significativa con las ideas de la ley natural: era una sociología basada en la observación real de patrones temporales y locales individuales, no meramente de propiedades generales de la naturaleza humana. Para nuestros propósitos, este fue el logro esencial de Montesquieu, presagiado en este tratamiento del caso particular de la antigua Roma. Su éxito, en ese momento y después, se debió, por supuesto, al atractivo de sus teorías «constitucionales» —*contrebalance des pouvoirs* y similares— que no nos interesan.

El logro de Vico fue bastante diferente y tuvo poco éxito hasta finales del siglo XIX. Su Nueva Ciencia (*scienza nuova*) se describe mejor con la frase "una ciencia evolutiva de la mente y la

sociedad". Pero esto no debe interpretarse en el sentido de que la evolución de la mente humana da forma a la evolución de la sociedad humana; ni, aunque esto estaría más cerca de la verdad, que la evolución histórica de las sociedades modela la evolución de la mente humana; pero esa mente y la sociedad son dos aspectos del mismo proceso evolutivo. La razón, en el sentido de las operaciones racionales o lógicas de la mente humana, no es un factor causal en este proceso que Vico concibió con un espíritu completamente antiintelectual. La razón, en el sentido de objetivos o significados percibidos por la razón del observador, tampoco tiene nada que ver con ella: la teoría de los procesos recurrentes de Vico (*corsi e ricorsi*) niega enfáticamente cualquier tendencia hacia, y de hecho, la existencia de tales objetivos y significados. En este esquema, la filosofía y la sociología se habían convertido en una sola, el pensamiento y la acción se habían convertido en una sola unidad, y esta unidad era esencialmente de naturaleza histórica. 196 Y, después de todo, aunque las corrientes comunes de las aguas del siglo XVIII no le llegaban hasta las rodillas, Vico también era del siglo XVIII.
[e) Las Encyclopédistes.]

Hemos tenido ocasión de notar el aumento de la demanda de diccionarios o enciclopedias durante el siglo XVII. Aumentando aún más durante el siglo XVIII, esta demanda fue satisfecha por empresas cada vez más ambiciosas (*Cyclopaedia de* Chambers , *Universal-Lexicon de* Zedler y otras). Todas ellas fueron superadas por la gran *Encyclopédie* francesa (de 1751 en adelante), 197 que, entre otras cosas, superó a las demás obras de su tipo y época por el número y la calidad de sus artículos sobre temas económicos. Pero se menciona aquí por una razón totalmente diferente: quien crea en el concepto del "espíritu" de una época se inclinará a considerar la *Encyclopédie* como la encarnación misma del espíritu del siglo XVIII. En la medida en que esto sea correcto, la obra en sí es una parte importante del trasfondo cultural del cual estamos tratando de reconstruir algunos parches. Pero, ¿hasta qué punto es correcto? Como todas las enciclopedias de este tipo, esta contenía artículos que diferían mucho no solo en calidad sino también en puntos de vista. Los artículos económicos a los que se hace referencia, por ejemplo, fueron escritos por escritores tan distantes entre sí como Quesnay y Forbonnais, mientras que la mayor parte de los artículos —física y tecnología fueron particularmente atendidos— no dejaban margen para diferencias de punto de vista en el sentido filosófico o político. Sin embargo, la fuerte personalidad del editor en jefe, Diderot, logró impartir cierta uniformidad a lo que los críticos hostiles llamaron la Torre de Babel. Para darse cuenta de esto, basta nombrar algunos de los miembros principales del círculo que se reunió en torno a Diderot: d'Alembert, Voltaire, Condorcet, Holbach, Helvétius, todos comprometidos al servicio de *la raison* en el sentido particular de lo que significó enemistad con la fe cristiana y especialmente con la Iglesia Católica. Con diversas medidas de reserva, la oportunidad que brindan los artículos sobre historia, filosofía y religión se aprovechó con fines de propaganda a ese respecto. Pero esto fue todo. En otros aspectos, no se pretendía ni se conseguía mucha uniformidad. La filosofía es principalmente empirista, pero no del todo. La política refleja las opiniones sobre el estado, la administración pública y la política que se llevaron mucho más allá del círculo específicamente enciclopedista. Más allá de esto, no había un programa definido. En particular, no había un programa revolucionario: esos intelectuales sin duda tenían su ataque al régimen de Luis XV y ocasionalmente apuntaban a sus características especiales; en general, sin embargo, se sentían demasiado cómodos para anhelar un violento levantamiento; algunos de ellos vieron puntos en los déspotas ilustrados de su tiempo que se reformaron y pagaron bien; los que vivieron para presenciar las realidades de la revolución no estaban muy contentos con ella. Así,

aunque sigue siendo cierto que la gran empresa francesa puede tomarse como símbolo de una importante corriente de pensamiento, su importancia para nosotros no es tan considerable como parecía a sus enemigos contemporáneos, que aseguraron su éxito combatiéndola.

Sin embargo, hay un punto que debe ser enfatizado o enfatizado nuevamente (ver arriba, sec. 5), a saber, la relación del pensamiento de los *enciclopédistes* con el de los filósofos del derecho natural del siglo XVII. La enseñanza de los últimos fue bastante bien en manos de los primeros. Las *enciclopédistes* —y todos los escritores a quienes se puede decir que abarca este término, en un sentido más amplio— no siempre dieron el crédito a los filósofos como deberían haberlo hecho. Pero no mostraron hostilidad hacia el sistema de leyes naturales y de hecho desarrollaron sus ideas. Tampoco es sorprendente. ¿No se derivó la ley natural, por la razón, de la naturaleza humana y, por tanto, la encarnación misma de su propio programa? Y los Derechos Naturales de los filósofos eran, por supuesto, completamente de su agrado. La barrera religiosa les ocultaba el verdadero origen de estas ideas: no podían haber citado la afirmación de Santo Tomás de que la ley natural era *rationis regula* . Pero tal barrera no existía en el caso de los filósofos que, al menos, no eran católicos. Y así los *enciclopédistes* , dentro y fuera de los volúmenes de la enciclopedia, y muchos otros hombres, como Quesnay, que no eran *enciclopédistes* en sentido estricto (aunque fueran colaboradores), siguieron utilizando el esquema analítico de los filósofos y, a veces, , incluso sus argumentos más dudosos. El *ordre naturel de* Quesnay sería reconocible como una rama de la raíz de la ley natural, incluso si Quesnay nunca hubiera escrito su artículo sobre el *droit naturel* . El Abbé Morellet, un ferviente libre comerciante, se contentaba con argumentar que, dado que el hombre es naturalmente libre y dado que esto implica que puede comprar y vender donde le plazca, la protección está condenada por violación de la ley natural, argumento que también se da en otros escritos de la época y evidentemente debe haber impresionado a algunas personas, [198] un comentario muy interesante sobre la edad de la razón.

[(f) Los escritores semisocialistas.]

Se ha dicho que, como organismo, los *enciclopédistes* no eran políticamente revolucionarios. Tampoco eran socialistas. El igualitarismo de la época —tanto normativo como analítico— sugirió las críticas a las desigualdades, especialmente las grandes desigualdades, de riqueza que encontramos en Helvétius y muchos otros escritores. Y las obvias debilidades de las filosofías del derecho natural sobre el derecho natural a la propiedad que fueron expuestas ya sea en la línea de Locke o en la forma especial adoptada por los fisiócratas (ver más abajo, cap. 4), invitaron a críticas que a veces iban desde el ataque a argumentos particulares en defensa de la propiedad para atacar la propiedad misma. Pero aunque el historiador de las ideas socialistas es sin duda capaz de compilar una larga lista de publicaciones socialistas, comunistas o casi comunistas que no dejaron de influir en el socialismo del siglo XIX, el historiador del análisis económico tiene poco interés que registrar: puede Solo estoy de acuerdo con la opinión de Karl Marx sobre esa literatura. Debe observarse, sin embargo, que los escritores socialistas o semisocialistas, al argumentar contra las conclusiones extraídas de las premisas de la ley natural por métodos de la ley natural, casi invariablemente utilizaron estas premisas y métodos ellos mismos. Así, exactamente como los partidarios de *la razón* lucharon contra la escolástica sin dejar de ser sus alumnos en lo que respecta a los métodos y resultados del análisis, así los escritores socialistas o semisocialistas del siglo XVIII siguieron siendo filósofos del derecho natural en su forma de pensar: los conceptos de derecho natural y de derechos naturales eran bastante capaces de servir a objetivos prácticos opuestos, y pocos, si es que alguno, pensaron en atacar el método que encarnaban.

Rousseau, Brissot, Morelly y Mably son ejemplos ilustrativos. En aras de la conveniencia, agregamos aquí una figura muy diferente, Godwin, cuya única contribución al análisis económico, sin embargo, deberá ser considerada más adelante.

JJ Rousseau (1712-1778), a pesar de su glorificación del estado natural de la sociedad y de la igualdad, difícilmente puede ser llamado socialista; era típicamente lo que nuestro término "semisocialista" pretende transmitir. Pero tampoco se le puede llamar economista. Su artículo sobre economía política en la *Encyclopédie* casi no contiene economía. Su ensayo sobre el origen de la desigualdad (1755) no es un esfuerzo serio para explicar el fenómeno. En particular, a pesar de algunas similitudes superficiales en la redacción, no fue un fisiócrata ni un precursor de los fisiócratas. Sin embargo, las ideas que sostuvo sobre temas económicos tuvieron una influencia considerable entre el público. JP Brissot de Warville (1754-1793), un político girondino ejecutado en 1793, ocupa un lugar entre los reformadores del derecho penal. La obra relevante para nuestro tema, las *Recherches philosophiques sur le droit de propriété et sur le vol. . .* (1780), es pura especulación del derecho natural del tipo que hizo que los críticos posteriores de la sociología y la economía del derecho natural pasaran por alto por completo sus serios logros. La inexistencia del derecho a la propiedad privada es el *thema probandum* . Brissot parece haber ignorado prácticamente todos los argumentos realistas y realmente dañinos que pueden forjarse en su contra. La doctrina de que la propiedad es robo, que Proudhon hizo famosa en el siglo XIX, es la pieza central del libro. El *Code de la nature de* Morelly (1755) es un programa de comunismo de estado en toda regla de considerable mérito: presenta, en minucioso detalle, soluciones de los problemas prácticos de la estructura y gestión de una sociedad comunista, muchos de los cuales aparecen, en su mayoría sin reconocimiento, en la literatura del socialismo del siglo XIX y la mayoría de los cuales reflejan un sentido sobrio de "viabilidad". La doctrina, mucho más implícita que declarada francamente, de que todas las desviaciones del comportamiento normal que se consideran inmorales son causadas por las condiciones de vida en la sociedad capitalista, hasta donde yo sé, fue expuesta por primera vez en este libro. No podemos ir más allá de señalar que este libro también es pura filosofía del derecho natural: el comunismo estrictamente controlado por el Estado es la forma de existencia que corresponde idealmente a las leyes naturales discernidas por la razón. Gabriel Bonnot de Mably (1709-1785), aunque no fue comunista desde el principio, y aunque al final se resignó a programas prácticos que no iban más allá de reformas bastante comunes, también debe ser clasificado como comunista heterosexual en el fuerza de las implicaciones de la única obra que se puede mencionar aquí, *Doutes proposés aux philosophes économistes sur l'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1768). Este trabajo contiene un elaborado ataque no sólo a la teoría fisiócrata de la propiedad privada, sino también a la propiedad privada misma, que se considera un mal casi puro. Pero aunque un análisis unilateral y defectuoso, el argumento de Mably sigue siendo un análisis de los hechos y no meramente una discusión de los "derechos". La teoría de que la propiedad de la tierra es la causa última de todas las desigualdades de riqueza —apoyada repetidamente en el siglo XIX y por F. Oppenheimer en el XX— puede estar equivocada, pero sigue siendo una proposición o teoría analítica. Los autores mencionados, así como muchos otros, han recibido una atención considerable por parte de los historiadores del pensamiento, incluidos los economistas interesados principalmente en la historia del pensamiento. Véase, por ejemplo, A. Lichtenberger, *Le Socialisme au XVIII e siècle* (1895).

Las ideas francesas de la Ilustración fueron buenas navegantes (cruzaban el Canal con

facilidad), tanto más porque tenían importantes raíces inglesas, especialmente empiristas y asociacionistas. Muy por encima del entusiasmo común se elevó el libro que debe representar esta literatura para nosotros, *Investigación de* William Godwin *sobre la justicia política* (1793). Es solo semisocialista e incluso esto solo en virtud de su dogma de que la propiedad en el producto del trabajo de otras personas es "injusta". Quizás tengan razón quienes, sobre la base del extremo disgusto de Godwin por la violencia y la compulsión de cualquier tipo, lo clasifican como anarquista. En cualquier caso, la visión de la naturaleza humana, según la cual la mente del hombre es un espacio en blanco, pero indefinidamente perfectible, que debe ser llenado por la experiencia condicionada por las instituciones sociales, casi nunca, antes o después, se ha hecho al servicio del igualitarismo absoluto de manera tan inflexible. De hecho, Godwin fue incitado a realizar un trabajo analítico por el ataque de Malthus. Pero su trabajo en sí mismo es esencialmente no analítico y, por lo tanto, más allá del alcance de la crítica científica. Expone un credo que es impermeable a los argumentos y en la actualidad cuenta con más adeptos que nunca.

[(g) Filosofía moral.]

Todos los hechos presentados anteriormente sobre el pensamiento del siglo XVIII demuestran que el enfoque de la ley natural de la sociología y la economía se mantuvo firme en gran medida y que la noción de que un nuevo espíritu `` experimental '' se alzó victorioso contra él, o que el El culto a *la razón* era algo fundamentalmente nuevo; es tan ilusorio como la noción análoga de que el trabajo de los filósofos del derecho natural del siglo XVII supuso una ruptura violenta con el análisis escolástico. En otras palabras, estos hechos enseñan una lección de continuidad en el desarrollo. Sin embargo, el sistema de pensamiento basado en la ley natural se desintegró o, al menos, sufrió una transformación. Sabemos que, originalmente, había sido un sistema de jurisprudencia y que todo el material no legal había sido incluido en el marco legal con una función auxiliar. Pero en el siglo XVIII, el aumento de este material y la incorporación de nuevos campos de investigación rompieron ese marco. De haber estado en la posición de una sociedad de cartera de gobierno que unificaba y coordinaba todo, la 'jurisprudencia natural' se convirtió simplemente en una especialidad de una nueva unidad integral que ya no tenía un carácter principalmente legal. [199] Esta nueva unidad se denominó, especialmente en Alemania y Escocia, Filosofía moral; la palabra filosofía se tomó en su antiguo sentido de la suma total de las ciencias (St. Thomas ' *philosophicae disciplinae*), de modo que, a grandes rasgos, filosofía moral significa lo social ciencias (las ciencias de la "mente y la sociedad") en contraste con la Filosofía Natural que denota las ciencias físicas más las matemáticas. Era el tema de un curso estándar ofrecido dentro de los planes de estudios universitarios y consistía, principalmente, en teología natural, ética natural, jurisprudencia natural y política (o 'policía') que incluía economía y también finanzas públicas ('ingresos'). [200] Francis Hutcheson, el maestro de A. Smith, fue profesor de filosofía moral en este sentido en la Universidad de Glasgow, al igual que A. Smith. Tanto los *sentimientos morales* como la *riqueza de las naciones* son bloques extraídos de un todo sistemático más amplio. Así, la vieja ciencia social universal de los médicos escolásticos y de los filósofos del derecho natural sobrevivió en la nueva forma. Pero no por mucho tiempo. Aunque el curso de filosofía moral figura en los planes de estudios universitarios incluso en la primera mitad del siglo XIX (las universidades son conservadoras), estaba perdiendo rápidamente, en la mayoría de los lugares, su antiguo significado y posición hacia fines del siglo XVIII.

Esto se debió a la misma causa que hizo estallar el sistema de leyes naturales. La

incorporación de material en las ramas individuales de la filosofía moral tendió a ponerlas en manos de especialistas, cada uno de los cuales inevitablemente tuvo que concentrarse en su propia rama y descuidar tanto las otras ramas como los principios generales. Esto se aplica con especial fuerza a la economía porque en este caso el nuevo material vino de afuera (ver el próximo capítulo). Es muy significativo que A. Smith encontrara imposible hacer lo que Hutcheson había hecho como algo natural, es decir, producir un sistema completo de filosofía moral o ciencias sociales de una sola vez. El tiempo para hacer esto había pasado: la absorción del nuevo material, tanto hechos como análisis, se había convertido en un trabajo de tiempo completo.

Mientras esta absorción no se consumaba, el pequeño cuerpo de conocimiento científico económico que había sido heredado de los escolásticos y alimentado por los filósofos del derecho natural conservaba no sólo una existencia independiente sino también un carácter distintivo propio. Debido al mayor refinamiento intelectual de los hombres que lo habían creado, ya su desapego de las cuestiones inmediatamente prácticas de la política económica, su análisis económico era diferente del análisis de otras personas. Al contemplarlo, no podemos dejar de notar una formulación más correcta de los fundamentos y una visión más amplia de los problemas prácticos, ambos anticipando opiniones mucho más tardías. Pero tan pronto como esa absorción se consuma, naturalmente la perdemos de vista, aunque no perdemos su contribución. Esto sucedió, en términos generales, entre 1776 y 1848: el último sistema de derecho natural, el utilitarismo, que se hizo a la mar cuando los especialistas económicos habían establecido su pretensión de autonomía, no pudo, como sus predecesores, ejercer un control efectivo sobre ellos.

3

-

Los administradores consultores y los panfletos

1. Más hechos de la historia social

YA SABEMOS que, a medida que avanzaba el siglo XVIII, la economía se asentó en lo que hemos decidido llamar una Situación Clásica y que, principalmente como consecuencia de esto, adquirió entonces el estatus de un campo reconocido de conocimiento instrumental. Pero los trabajos de cribado y coordinación de ese período, entre los que la *riqueza de las naciones* fue el éxito sobresaliente, no simplemente ampliaron y profundizaron el riachuelo que fluía de los estudios de los escolásticos y de los filósofos del derecho natural. También absorbieron las aguas de otro arroyo más bullicioso que brotó del foro donde hombres de negocios, panfletistas y, más tarde, maestros debatieron las políticas de su época. En este capítulo examinaremos a vista de pájaro los distintos tipos de literatura económica producida por estos debates, reservándonos para los capítulos siguientes un tratamiento más completo de las obras y temas que parecen requerirlo.

Esta literatura no es una unidad lógica o histórica. Los hombres que lo escribieron, a diferencia de los filósofos del derecho natural, no forman un grupo homogéneo. Sin embargo, existe un vínculo entre todos ellos que es necesario subrayar: se discutieron de inmediato problemas prácticos de política económica, y estos problemas eran problemas del naciente Estado Nacional. Por lo tanto, si queremos comprender el espíritu que anima a esos escritores, sus líneas de razonamiento, los datos que dieron por sentados, debemos por un momento divagarnos en la sociología de aquellos estados cuya estructura, comportamiento y vicisitudes moldearon la historia europea: el pensamiento así como la acción, desde el siglo XV en adelante. El punto importante a comprender es que ni el surgimiento ni el comportamiento ('políticas') de esos estados fueron simplemente manifestaciones de la evolución capitalista. Nos guste o no, tenemos que afrontar el hecho de que fueron producto de una combinación de circunstancias que, vistas desde el punto de vista del proceso capitalista como tal, deben considerarse accidentales. 201

[a) Factores incidentales en el surgimiento de los Estados nacionales.]

Primero, fue un accidente que el surgimiento del capitalismo incidiera en un marco social de una fuerza bastante inusual. El "feudalismo" sin duda cedió, pero las clases guerreras que habían gobernado el organismo feudal no lo hicieron. Por el contrario, continuaron gobernando durante siglos y la burguesía en ascenso tuvo que someterse. Incluso consiguieron absorber una gran parte de la nueva riqueza para sus propios fines. El resultado fue una estructura política que fomentaba pero también explotaba los intereses burgueses y no era de naturaleza y espíritu burgueses: era un feudalismo dirigido sobre una base capitalista; una sociedad aristocrática y militar que se alimentaba del capitalismo; un caso anfibio muy alejado del control burgués. Este patrón produjo problemas y ángulos —'militaristas "- desde los que mirarlos, que eran completamente diferentes de lo que la mera lógica del proceso básico nos llevaría a esperar. 202 Así, para la mayoría de los economistas, los monarcas que eran principalmente señores de la guerra y la clase de terratenientes aristocráticos, siguieron siendo los ejes del sistema social hasta mediados del siglo XVIII, al menos en el continente europeo. Por tanto, el

lector debería aplicar la necesaria calificación a lo que ha leído en el capítulo anterior sobre el creciente peso social de la burguesía.

Además, fue un accidente que la conquista de América del Sur produjo un torrente de metales preciosos. En cualquier caso, se podría haber esperado que el crecimiento de la empresa capitalista produjera situaciones inflacionarias, pero este torrente marcó una gran diferencia en el curso de los acontecimientos. De una manera que es demasiado obvia para necesitar elaboración, aceleró el desarrollo capitalista, pero mucho más importantes son otros dos hechos al respecto que apuntan en la dirección opuesta. Por un lado, este acceso a los medios líquidos fortaleció mucho la posición de aquellos gobernantes que pudieron apoderarse de ellos. En las circunstancias de la época, esto confería una ventaja decisiva en la planificación de empresas militares en líneas que a menudo, como por ejemplo en el caso de los Habsburgo españoles, estaban bastante desconectadas de los intereses burgueses en las partes componentes de su imperio lejano o con la lógica del proceso capitalista. Por otro lado, la revolución de precios que siguió [203] supuso la desorganización social y, por tanto, no sólo fue un factor propulsor sino también distorsionador. Mucho de lo que podría haber sido un cambio gradual, si nada más que el proceso básico hubiera estado en funcionamiento, se volvió explosivo en la atmósfera febril de inflación. Debe prestarse especial atención al efecto sobre el mundo agrario. Cuando llegó la inflación, la mayor parte de las cuotas que los campesinos continentales debían a sus señores se habían convertido en términos de dinero. Con el poder adquisitivo del dinero cayendo rápidamente, los señores intentaron en muchos países elevar el valor monetario de esas cuotas. Los campesinos resistieron. Las revoluciones agrarias fueron la consecuencia, y el temperamento revolucionario así engendrado fue un factor importante en los trastornos políticos y religiosos de esa época. Pero, debido a la fuerza del estrato feudal superior, estas revoluciones no aceleraron, como podíamos esperar, los desarrollos sociales de acuerdo con el proceso básico. Los levantamientos de los campesinos y de los otros grupos que se habían rebelado en simpatía fueron sofocados con despiadada energía. Los movimientos religiosos sólo tuvieron éxito en la medida en que fueron patrocinados por las aristocracias y, en los casos más importantes, perdieron rápidamente el radicalismo social o político que se había asociado originalmente con algunos de ellos. Príncipes y barones, ejércitos y clérigos salieron del juicio con mayor prestigio y poder, mientras que el prestigio y el poder político de la burguesía decayeron, especialmente en Alemania, Francia y España. La gran excepción, en el continente, fue Holanda.

Un tercer evento histórico de importancia primordial y duradera fue el colapso de la única autoridad internacional eficaz que el mundo haya visto jamás. Como se ha señalado, el mundo medieval era una unidad cultural y, al menos en principio, profesaba lealtad tanto al Imperio como a la Iglesia Católica. Aunque se mantuvieron puntos de vista muy diferentes en cuanto a su verdadera relación entre ellos, estos dos juntos formaron un poder supernacional que no solo fue reconocido ideológicamente sino también políticamente invencible mientras estuvieran unidos. Según la visión tradicional, este poder estaba destinado a menguar tan pronto como los ácidos del capitalismo comenzaran a disolver las bases de la sociedad medieval y sus creencias. No es así. Independientemente de lo que esos ácidos pudieran haber hecho eventualmente con ese poder dual, no tenían nada que ver con la ruptura real que ocurrió mucho antes de que esas creencias fueran dañadas, simplemente por el hecho, que, desde el punto de vista del proceso básico, fue nuevamente accidental. que, por razones que no se pueden analizar aquí, el imperio no pudo aceptar la supremacía de los Papas

ni conquistarlos. Una lucha prolongada que sacudió al mundo cristiano hasta sus cimientos terminó con una victoria pírrica de los Papas en tiempos de Federico II (1194-1250). Pero en esta lucha ambos partidos habían agotado tan a fondo sus recursos políticos que es más correcto hablar de una derrota común de ambos: los Papas perdieron la autoridad, el imperio se desintegró. En consecuencia, el internacionalismo medieval había llegado a su fin y los estados nacionales empezaron a afirmar su independencia de esa autoridad supernacional que había sido formidable sólo mientras la iglesia romana cooperaba con la "espada temporal" de Alemania. 204

[(b) Por qué los estados nacionales fueron agresivos.]

Debe dejarse al lector desarrollar las implicaciones de todo esto. Pero debe quedar claro que fue la persistencia del gobierno aristocrático, el acceso a la riqueza idealmente disponible y el colapso del poder supernacional de la Edad Media, más que cualquier cosa derivable del proceso capitalista en sí, lo que explica no solo el surgimiento sino también la fisonomía política del Estado moderno. En particular, esos hechos explican por qué el estado moderno fue "nacional" desde el principio y refractario a cualquier consideración supernacional; por qué insistió y se vio obligado a insistir en la soberanía absoluta; por qué fomentó iglesias nacionales incluso en países católicos, como lo demuestra el galicanismo en Francia; y sobre todo por qué fue tan agresivo. Los nuevos poderes soberanos fueron belicosos en virtud de sus estructuras sociales. Habían emergido de manera fortuita. Ninguno de ellos tenía todo lo que quería; cada uno de ellos tenía lo que otros querían. Y pronto se vieron rodeados de nuevos mundos que invitaban a la conquista competitiva. Debido tanto a esta situación como a la estructura social de la época, la agresión —o, lo que es lo mismo, la "defensa" - se convirtió en el eje de la política. En este mundo fermentado, la paz no era más que el armisticio, la guerra el remedio normal del desequilibrio político, el extranjero *ipso facto* el enemigo, como lo había sido en los tiempos primitivos. Todo esto hizo que los gobiernos fueran fuertes; y los gobiernos fuertes, que sufrían crónicamente de ambiciones políticas que iban más allá de sus medios económicos, se vieron impulsados a intentos cada vez más exitosos de fortalecerse aún más mediante el desarrollo de los recursos de sus territorios y su puesta a su servicio. Esto, a su vez, explica, entre otras cosas, por qué la tributación adquirió no solo una importancia mucho mayor, sino también nueva (véase la sección 6 de este capítulo).

Estos hechos, aunque fundamentalmente los mismos en toda Europa occidental y central, produjeron resultados algo diferentes según las circunstancias de las diferentes naciones. Sin tener en cuenta los países más pequeños, encontramos que la principal diferencia estaba entre Inglaterra y el continente. En Alemania, las tendencias económicas y políticas se rompieron por el curso de los acontecimientos centrados en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que creó una situación completamente nueva y cambió el patrón político y cultural de Alemania para siempre. En el suelo devastado y en una población que en algunos lugares se había reducido a menos del 10 por ciento, los príncipes, sus soldados y sus burocracias eran, en la mayor parte del territorio nacional, prácticamente todo lo que quedaba de las fuerzas políticas. del pasado. En Italia, el gobierno extranjero y también la devastación fueron responsables de una situación que se diferenciaba de la alemana solo en grado. Francia y España no tuvieron que pasar por experiencias como estas, pero los problemas religiosos y los esfuerzos de guerra interminables produjeron un empobrecimiento similar en España y condiciones políticas y administrativas similares tanto en Francia como en España.

En la mayoría de estos países —una excepción es la de Suiza y otra de Hungría— el príncipe

llegó a personificar el estado y la nación a partir del siglo XVI. Logró someter a su autoridad a todas las clases: la nobleza y el clero, no menos que la burguesía y el campesinado, aunque los dos primeros en el entendimiento de que debían continuar ocupando una posición de privilegio social y económico. La riqueza y el poder de este estado era el objeto indiscutible de la política: el máximo de ingresos públicos —para consumir por la corte y el ejército— era el propósito de la política económica, la conquista el propósito de la política exterior. No debería ser necesario mostrar cómo la preocupación por el bienestar de las clases de las que se alimentaba ese sistema social entraba en esa política: este bienestar no se consideraba simplemente como un medio para un fin; fue un fin en sí mismo para muchos grandes monarcas o administradores, exactamente como el bienestar de sus trabajadores fue y es un fin en sí mismo para muchos grandes industriales; pero tenía que encajar con el patrón político dado y con el sistema social dado. Todo esto, precisamente donde la preocupación por el bienestar de los fabricantes, agricultores y trabajadores era más real, significó la gestión de todo lo que a su vez significó el surgimiento de la burocracia moderna, un hecho que no es menos importante que el surgimiento de la clase empresarial. La economía resultante fue una Economía Planificada; y fue planeado, principalmente, con miras a la guerra. 205

En Inglaterra observamos las mismas tendencias. Pero allí eran más débiles y la resistencia a ellos fue más fuerte porque ella se salvó de las experiencias que en otros lugares rompieron la columna vertebral de aristocracias y burguesías por igual. Quizás no se trataba simplemente de unos pocos kilómetros de canal; pero podemos, en aras de la brevedad, adoptar una teoría que es sólo inadecuada y no falsa, a saber, que fue la ausencia de invasiones extranjeras reales y la rareza de las amenazas serias de invasión lo que redujo la necesidad de un establecimiento militar; una marina, por supuesto, conlleva mucho menos peso político y, en consecuencia, el poder y el prestigio de la corona y de todos los organismos administrativos dependientes de la corona. El síntoma más evidente de la diferencia que esto hizo, la supervivencia en Inglaterra de la antigua constitución semifeudal, no es en sí mismo importante para nosotros. Pero tanto más es el hecho de que, en todo momento, el Estado inglés no logró apoderarse de la vida nacional como lo hicieron los Estados en otras partes y que, en particular, el sector económico de la vida nacional, incluida la aventura colonial, permaneció relativamente autónomo. La planificación, si no ausente, tenía un alcance más limitado —principalmente preocupada por las relaciones de la economía inglesa con Irlanda y las colonias, y con el comercio exterior— y, lo que es más pertinente, se hizo cumplir menos estrictamente que en la mayoría de los países continentales. Pero para los escritores sobre temas económicos, esto supuso una diferencia menor de la que podríamos esperar. Sin embargo, algunos de ellos se deleitaron con visiones de planificación. Y mientras algunos expresaron las opiniones del empresario, otros expresaron las del burócrata. Además, nunca debemos olvidar, si queremos entenderlos, que prácticamente todos estos escritores, a pesar de lo que se acaba de decir, escribieron consistentemente con la guerra y la conquista en sus mentes. Después de todo, a pesar de su propia posición relativamente protegida, Inglaterra estaba atravesando la etapa bucanera de su imperialismo.

[(c) Influencia de circunstancias especiales en la literatura contemporánea .]

Lamentablemente, la bibliografía que se examinará no puede entenderse únicamente a partir de los hechos mencionados. Gran parte de ello está condicionado por situaciones individuales en países individuales que los escritores dieron por sentado, y por problemas individuales que surgieron de estas situaciones. Incluso los libros y folletos que no se ocupan de cuestiones planteadas por un proyecto de

ley o una práctica individual difícilmente pueden apreciarse sin un conocimiento completo de los patrones nacionales particulares tal como los ven sus autores. Para ilustrar esta verdad, podría compilarse una larga lista de errores de interpretación y valoración cometidos, especialmente por los críticos "liberales" del siglo XIX de esa literatura, pero también por los posteriores. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto aquí 206 más allá de ofrecer las siguientes generalidades. Se agregarán algunos otros hechos cuando sea necesario a medida que avancemos.

I. Toda la economía de aquellos tiempos, con la posible excepción de la rama holandesa de la misma, se escribió en y para países pobres. Esto es válido sin excepción si "pobre" se equipara con "subdesarrollado". Todos los países europeos estaban al comienzo de su carrera industrial e incluso agrícola y todos se dieron cuenta de esto. Para nosotros, la expansión económica está vinculada principalmente con nuevos deseos y métodos; esa época, sin embargo, tenía ante sí posibilidades prácticamente inagotables con las necesidades y tecnologías existentes, además de lo que estaba llegando a esperar del progreso tecnológico y de la conquista. Pero nuestra propuesta se aplica en un sentido diferente y con más fuerza a los grandes países continentales que en la segunda mitad del siglo XVII se enfrentaron también a un inmenso problema de reconstrucción. Eran pobres incluso en relación con lo que habían sido en el siglo XVI. Debe quedar claro que, en tales condiciones, las políticas y los razonamientos pueden haber tenido un significado que a los observadores que los veían desde el punto de vista de las condiciones del siglo XIX parecían meras tonterías.

II. En todas partes, todos los países, incluso Inglaterra, eran predominantemente agrarios. Sus problemas económicos eran principalmente problemas agrarios, las masas de su pueblo eran masas agrarias: campesinos, agricultores, trabajadores agrarios. En los siglos XVI, XVII y XVIII, este mundo agrario sufrió cambios que lo revolucionaron por completo: los historiadores económicos hablan con razón de una revolución agraria, o más bien de varias revoluciones agrarias. Esta frase indica dos tipos distintos de cambio, aunque por supuesto relacionados, que se reforzaron mutuamente y habrían roto el marco de la sociedad medieval incluso si nada hubiera sucedido en el sector industrial. Por un lado, hubo una larga serie de cambios en las tecnologías de todas las ramas de la producción agraria; este proceso cobró impulso en el siglo XVIII, pero comenzó a principios del XVI. Por otro lado, en simpatía con las revoluciones tecnológicas, se produjo un proceso de cambio organizativo que convirtió las mansiones medievales en fábricas de cereales, lana y carne y destruyó las antiguas relaciones entre señores y campesinos o labradores. Baste mencionar la forma inglesa principal de este tipo de cambio, Enclosures. Los gobiernos y, en consecuencia, los escritores adoptaron dos actitudes característicamente diferentes ante este cambio. En el continente, y especialmente en Alemania, los gobiernos hicieron un esfuerzo decidido y en gran medida exitoso para salvar a los campesinos y convertirlos eventualmente en una clase de pequeños terratenientes. En Inglaterra, se permitió que desaparecieran los propietarios de tierras y la labranza y, a pesar de la emotividad de las aldeas desiertas, la gran propiedad prevaleció, no como una unidad productora sino como una unidad de administración que dejaba la producción al capitalista trabajador. el granjero.

III. Pero no es de extrañar que la manufactura y el comercio internacional, por insignificantes que fueran, atrajeron más atención literaria que la agricultura. Eran los niños pequeños y, además, los niños de los que se pensaba que dependía principalmente el futuro de la familia. Además, tenían más motivos y oportunidades que los terratenientes y agricultores para derramar tinta en su propio nombre. Para la economía, esto simplemente significaba que había más economistas "industriales y

comerciales" que "agrícolas". Pero la existencia de estos dos grupos de escritores fue principalmente un fenómeno de división del trabajo como lo es ahora: sus antagonismos muy naturales no deben sublimarse en antagonismos entre filosofías de vida o de economía, excepto en algunos casos: el único importante es que de los fisiócratas (ver más abajo, cap. 4), donde hay alguna justificación demostrable para ello.

La empresa a gran escala, relativamente grande para los estándares ambientales, surgió, en gran medida, en el siglo XIV en Italia, en el XV en Alemania, en el XVI (bajo Isabel) en Inglaterra, primero en la esfera financiera y comercial y luego en el ámbito de la producción. Pero, sustancialmente, la industria manufacturera que los economistas contemplaron y sobre la que razonaron fue a lo largo de la industria manufacturera del artesano (todavía organizado en gremios de artesanos), del 'maestro' de la industria nacional y del propietario-gerente de fábricas que eran pocas. y sobre todo bastante pequeño. En Europa occidental, especialmente en Inglaterra, esto cambió (de manera significativa pero no fundamental) en la Revolución Industrial de las últimas décadas del siglo XVIII, pero las consecuencias totales no se revelaron antes de las primeras décadas del XIX. Muchos autores, en ocasiones incluso A. Smith, clasifican al fabricante con el trabajador. Ningún autor, ni siquiera A. Smith, tenía una idea muy clara de lo que realmente significaban los procesos que llevaron a lo que los historiadores económicos han denominado la Revolución Industrial. A. Smith sintió que la forma corporativa de la industria era una anomalía, excepto en casos como canales y similares. Para él y sus contemporáneos, los grandes negocios todavía significaban grandes negocios comerciales y financieros, particularmente la empresa colonial. Y lo consideraron de la misma manera que los economistas modernos consideran cualquier tipo de empresa a gran escala, es decir, con sentimientos de desconfianza resentida.

IV. Esta evolución industrial y comercial se caracterizó, casi hasta el final del período en discusión, por políticas 'monopólicas' y prácticas comerciales que fueron uno de los principales temas de la literatura económica de ese período y han sido criticadas por economistas y economistas. historiadores económicos desde A. Smith hasta el día de hoy. Por política pública 'monopolística' y práctica empresarial privada, nos referimos a medidas y formas de comportamiento destinadas a asegurar una 'ventilación' rentable para los productos o servicios de un individuo o grupo (1) manteniendo al extranjero fuera de los mercados nacionales e internacionales, que , mientras los territorios nacionales no se hubieran convertido en unidades económicas, a menudo incluía excluir a los productores y comerciantes de la ciudad o distrito vecino; (2) mantener fuera de un comercio, en la medida de lo posible, a todas las connacionales que no sean el individuo o grupo favorecido, por ejemplo, mantener a los minoristas fuera del negocio del comerciante; (3) restringir la producción del propio individuo o grupo favorecido y regular su distribución entre mercados. Detengámonos un momento para analizar, a la luz de las consideraciones precedentes, las razones del predominio de esta política y práctica.

Primero, podríamos esperar que, si el capitalismo en toda regla hubiera estallado repentinamente en el mundo y si se le hubiera permitido desarrollarse sin ser distorsionado por los factores mencionados, tanto el comportamiento empresarial como las políticas públicas hubieran sido desde el principio lo que se convirtieron. de hecho, durante un tiempo, en el siglo XIX. Es decir, podríamos esperar que en este caso hubiera habido, en países tan pobres en bienes y tan ricos en posibilidades, una avalancha de empresas competitivas. Sin embargo, esta expectativa solo estaría

justificada en parte. La pobreza es un mal cliente y los riesgos normales de hacer negocios aumentan enormemente en un entorno donde la riqueza de la que procede la demanda no solo debe ser atraída sino creada. En los negocios, como en otros lugares, la estrategia de futuro requiere con mucha frecuencia tácticas defensivas como complemento, aunque la mayoría de los economistas de todas las edades se niegan obstinadamente a ver esto. Pero en condiciones en las que el avance a largo plazo era inevitablemente lento, cada etapa debía ser salvaguardada con especial cuidado a fin de ganar medios y tiempo para avanzar más allá de ella. Es bastante natural que el historiador observador esté mucho más impresionado por las prácticas y políticas que apuntan a la restricción protectora, que dominan la escena en cada momento, que por la imagen del proceso a lo largo del tiempo. 207 Pero es cierto, sin embargo, que incluso un gobierno idealmente racional, impulsado por el único motivo de fomentar el desarrollo industrial, habría tenido que otorgar privilegios de monopolio en muchos casos en los que la empresa no habría sido posible en absoluto sin él, y que, en otros, habría tenido que permitir la práctica monopólica por parte de los empresarios interesados. Esto se mantiene, por supuesto, con fuerza adicional para aquellos países que habían sido devastados por la guerra, como Alemania, donde solo las perspectivas de ganancias anormales podían provocar el esfuerzo empresarial de una población inmersa en la miseria y la desesperación.

En segundo lugar, sin embargo, el capitalismo no irrumpió en un mundo en blanco: creció lentamente a partir de un patrón preexistente dominado, en el aspecto en discusión, por el espíritu, las instituciones y la práctica de los gremios artesanales. Los nuevos productos, los nuevos métodos de producción y las nuevas formas de empresa son resistidos por cualquier entorno; pero en estos siglos existía una maquinaria legal de resistencia que funcionaba automáticamente. Esto se relaciona con nuestro tema de dos maneras. Por un lado, la legislación y la administración de todos los países, bajo la presión de los gremios de artesanos y en su interés, sometieron a la nueva empresa "libre" a diversas regulaciones que restringían la producción. Por otro lado, aunque estas regulaciones no tienen raíces en el sistema capitalista, sino que lo distorsionan, los comerciantes, amos, etc., que fueron afectados por ellas, naturalmente sacaron el mejor provecho de un mal negocio y se organizaron de manera similar. . Había varias razones, además de los beneficios que se esperaban de una regulación restrictiva, por las que esto les resultaba fácil: los comerciantes y amos eran ellos mismos el producto de un mundo en el que la organización y la acción corporativa era lo reconocido y no tenían objeciones a aceptar códigos 'éticos' y religiosos, que exigen un comportamiento estandarizado, reuniones de oración incluidas. Carecían de prestigio y peso político mientras actuaran como individuos, mientras que cada Worshipful Company era un poder político; y, en el caso más importante del comercio exterior, la necesidad de proporcionar protección física y agresión —existían cosas como sociedades anónimas constituidas para ningún otro negocio que la piratería— era un motivo que sin duda uniría a los comerciantes e invitaría acción empresarial en otros aspectos también. La Chartered Company, no una empresa comercial en sí misma, sino más bien la estructura organizativa para el comercio de sus miembros, era, en parte en oposición y en parte en alianza con, el sistema de grapas medieval (*jus emporii*), la respuesta obvia a todas estas necesidades. y el instrumento natural para aprovechar las oportunidades que brinda el proteccionismo de la época. 208

En tercer lugar, los gobiernos de los estados nacionales tenían sus propios motivos particulares para crear o favorecer organizaciones o posiciones más o menos "monopolísticas". Ya se ha mencionado uno de estos motivos, el motivo de la reconstrucción. Otra era la perspectiva de beneficio

personal para los gobernantes: la reina Isabel participó personalmente en las ganancias (y pérdidas) de las empresas "monopolísticas", incluso en el producto de un robo descarado. El mismo gran monarca ofrece ejemplos sobresalientes del método de proporcionar favoritos otorgándoles patentes de monopolio. Además, las organizaciones 'monopolistas' eran esponjas, que era mucho más fácil de exprimir de lo que hubiera sido exprimir a un gran número de empresarios independientes. Y, finalmente, dados los gobiernos fuertes, tales organizaciones no solo son más fáciles de explotar sino también más fáciles de administrar: sus propios órganos administrativos son tantos mangos preparados para que los gobiernos los tomen. Este aspecto cobrará toda su importancia si recordamos la naturaleza de la política de aquellos gobiernos para quienes las medidas relativas al comercio eran solo uno de los instrumentos de la política de poder agresiva: forzar el comercio en una dirección, detenerlo completamente en otra, era en algunos casos, casi tan eficaz como una campaña; además, las compañías coloniales de diferentes naciones podían hacer la guerra entre sí mientras los respectivos gobiernos nacionales estaban oficialmente en paz. 209

Es muy natural que el público en general se resintiera de ser explotado de cualquiera de esas formas y para cualquiera de esos fines sin preocuparse por distinguir entre ellos y sin preguntarse si existían o no ventajas compensatorias para esas prácticas en algunos casos, por ejemplo, en los casos en que determinados artículos no se hubieran podido proporcionar sin ellos. La abundante literatura sobre el tema, el lector sabe más de él si conoce la correspondiente literatura popular de hoy, simplemente refleja este resentimiento y rara vez 210 fueron más allá de la denuncia de los individuos y grupos favorecidos, la East India Company y los aventureros mercantil siendo, en Inglaterra , los objetivos más populares. Incluso los empresarios se unieron a la refriega contra las restricciones y los privilegios en casi todos los casos que no eran del autor: todos eran enemigos jurados de los privilegios de los demás. Por tanto, la mayor parte de los análisis minuciosos fueron realizados principalmente por "defensores especiales" que defendieron casos individuales. 211 Recordemos, sin embargo, de la Parte I que los motivos del analista no son relevantes para la cuestión de si sus hechos o argumentos son o no verdaderos, valiosos o no, y que la presencia de un `` motivo interesado '', por efectivo que sea su revelación puede estar en discusión popular, no invalida el razonamiento que procede de él más de lo que su ausencia sirve para validar el razonamiento de un hombre. Para nosotros, los hechos y argumentos del defensor especial son tan buenos o malos como los del "filósofo imparcial", incluso si existe. Se pueden ofrecer explicaciones demasiado obvias para detenernos por el hecho de que la reacción del público a la práctica restrictiva fue mucho más fuerte en Inglaterra que en el continente: por mencionar un síntoma, el libre comercio, que en el siglo XVII significaba, entre otras cosas, la abolición del sistema básico o la abolición de las empresas autorizadas o al menos el derecho de todo comerciante a convertirse en miembro de este último, encontró apoyo en el parlamento y un proyecto de ley bastante amplio contra las restricciones del comercio, no, por supuesto, para el libre comercio en el último El sentido del término — se introdujo, aunque no se llevó a cabo, ya en 1604. Pero hay otro punto de diferencia que es de considerable interés para nosotros. El lector puede haber observado que, por muy objetables que hayan sido para el hombre de la calle la mayoría de las prácticas restrictivas y las medidas legislativas, no crearon monopolistas en el sentido estricto de los vendedores individuales, 212 y no dieron como resultado precios específicamente monopolísticos. Sin embargo, el clamor general contra todos ellos fue contra el monopolio. La razón no está lejos de buscar. Aunque el público inglés de la época de la reina Isabel difícilmente puede haber sido influenciado por el hecho de que el

monopolio ya había sido estigmatizado por Aristóteles y los escolásticos, albergaba viejos resentimientos, que datan de la Edad Media, contra las esquinas y similares. Estos resentimientos estallaron en furia cuando Isabel y Jacobo I adoptaron la práctica de crear en grandes cantidades lo que eran en realidad monopolios genuinos y, además, monopolios que, en la mayoría de los casos, no presentaban características redentoras. En las luchas sobre éstos, la palabra Monopolio se cargó de emoción, una pesadilla para todos los tiempos venideros, que estaba en la mente del inglés promedio asociado con la prerrogativa real, el favoritismo y la opresión; y Monopolist se convirtió en un término de oprobio. Pero una vez que una palabra ha adquirido un valor emocional, positivo o negativo, que garantice la reacción automática de casi todo el que la oiga o la lea, los hablantes y escritores intentarán explotar este mecanismo psíquico aplicando la palabra lo más extensamente posible. Y así monopolio llegó a denotar casi cualquier cosa que a un hombre le desagradara de la práctica capitalista. Esta actitud emocional se extendió naturalmente a los Estados Unidos con mayor facilidad porque un gran porcentaje de los emigrantes ingleses a este país eran, por otras razones, fuertes opositores al régimen de Tudor-Stuart. Ha sobrevivido y ha influido poderosamente en la opinión pública, la legislación e incluso el análisis profesional hasta el día de hoy, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. 213

La mayor parte de lo que se ha dicho en esta sección indica patrones definidos de comportamiento que parecen invitar a la sublimación en "principios". Así se ha hecho, y las frases Mercantilismo, Sistema Mercantil, Política Mercantilista han sido acuñadas, primero por críticos hostiles, para denotar el resultado. Sin embargo, he tratado de evitar su uso hasta ahora. La razón de esto se explicará en el capítulo 7, donde haremos del mercantilismo —frase y realidad— nuestro tema central. Mientras tanto, deseo pedirles a mis lectores que olviden todo lo que puedan saber al respecto y que examinen lo que sigue con una mente abierta, es decir, sin prejuicios preconcebidos no históricos.

[2. La literatura económica de la época]

Intentaremos ahora clasificar el material difícil de manejar del que vamos a extraer productos más o menos significativos del esfuerzo analítico. Ésta es una tarea difícil. Incluso en nuestros días, los economistas no siempre tienen la misma opinión sobre qué desempeños están a la altura de los estándares profesionales y cuáles no. Pero estamos ante un período formativo en el que no existían estándares profesionales, no, en todo caso, antes de la Situación Clásica al final del mismo. Además, el campo en sí no estaba definido y, en virtud de este solo hecho, era mucho más amplio de lo que es ahora: cubría, por ejemplo, la tecnología. Sin embargo, para reducir nuestra tarea a proporciones manejables, excluiremos de inmediato de la consideración ciertos cuerpos de literatura que también están excluidos por la práctica moderna, aunque no debemos ocultarnos que, al hacerlo, podemos estar excluyendo partes de la literatura. análisis que no son inferiores a algunos que incluimos sin duda. Esta operación sobre nuestro material se realiza en los cuatro párrafos siguientes.

[(a) El material excluido.]

I. En el siglo XVI e incluso más tarde, *Oeconomia* todavía significaba gestión del hogar. Este tipo de literatura parece haber sido muy popular. El método, sin duda poco fiable, de hojear libros de este tipo no arrojó nada que mereciera la pena destacar en esta historia. Pero se pueden mencionar dos ejemplos: primero, la famosa *Oeconomia ruralis et domestica* (1593-1607) de Johann Colerus, que vivió durante más de un siglo y contiene todo tipo de consejos sobre el cuidado del hogar, incluida la agricultura, la jardinería y la práctica médica doméstica; segundo, *L'Economo prudente* (1629) de B.

Frigerio, quien definió la *economía* como `` cierta prudencia con la que gobernar una familia '' (el capítulo IX, por ejemplo, trata sobre el *gobierno* de la esposa) y posiblemente podría interesar a algunos economistas porque intenta describir el comportamiento económico nacional; de hecho, su concepto de *economía* es un precursor de sentido común del concepto de hombre económico. De manera similar, B. Keckermann, *Systema disciplinae politicae* (1606) definió *Oeconomia* como *disciplina de domo et familia recte dirigenda* .

II. Mucho más importante es la literatura sobre contabilidad y aritmética comercial, que se difumina en la literatura vecina sobre administración de empresas, derecho empresarial, geografía comercial y condiciones comerciales en varios países. Algunos ejemplos caracterizarán el contenido de estas literaturas, que excluimos, aunque en ellas se producen pequeños fragmentos de análisis puramente económico. La *Summa de arithmetica, geometria, providenciai e proporcionalità* (Venecia, 1494) de Fra Luca Paccioli contiene, además de los cálculos comerciales ordinarios de intereses, facturas, canjes, etc., también una exposición de la contabilidad por partida doble. El primer libro alemán sobre contabilidad por *partida* doble que he visto es *Zwifach Buchhalten* (1549) de W. Schweicker . Tales textos se hicieron comunes en los siglos XVI y XVII. También lo hicieron las guías de prácticas comerciales en los centros comerciales de Europa. Uno de los primeros y más famosos que el lector puede consultar en El *crecimiento de la industria y el comercio ingleses de* Cunningham (5a ed., Vol. I, págs. 618 y siguientes) fue *La Pratica della mercatura de* FB Pegolotti (alrededor de 1315). . Las publicaciones de este tipo del siglo XVII contienen a menudo argumentos económicos rudimentarios. Véase, por ejemplo, John Roberts, *The Trades Increase* (1615) y Lewes Roberts, *The Merchants Mappe of Commerce* (1638). En los siglos XVII y XVIII encontramos, por un lado, una rica cosecha de monografías, sobre todo en los bancos, algunas de las cuales habrá que destacar más adelante, y, por otro, recopilaciones completas. Hay que mencionar *Le parfait négociant* (1675) de Jacques Savary , que demostró su vitalidad pasando por nuevas ediciones hasta 1800 y me parece que repite, a mayor escala, la interpretación de GD Peri, *Il* Negotiante (1638-1665) y el aún anterior uno de B. Cotrugli Raugeo, *Della Mercatura e del mercante perfetto* (1573); y el *Dictionnaire universel du commerce* del hijo de Savary (Jacques Savary des Bruslons) . . . (terminado y publicado por su hermano Philémon-Louis, 1723–30). El *Diccionario universal de comercio y comercio de* Malachy Postlethwayt (1751-175), aunque se basa en este último, no es en modo alguno una mera traducción del mismo, como se ha afirmado a veces (sobre las diferencias, véase EAJ Johnson, *Predecessors of Adam Smith* , 1937 , Apéndice B. El mismo autor, en la misma obra, Apéndice C, también redujo a sus proporciones adecuadas la acusación de plagio que se ha formulado con frecuencia contra Postlethwayt, aunque el caso sigue siendo bastante malo). Sin embargo, ninguno de estos diccionarios se ocupa principalmente de lo que llamamos economía. Ambos estaban destinados a satisfacer las necesidades prácticas del comerciante y abordar los problemas económicos solo de manera incidental. Ésta es la diferencia de principio que, además del complemento estadístico, separa estos emprendimientos de otros similares posteriores, especialmente del *Diccionario* de McCulloch *, Práctico, Teórico e Histórico de Comercio y Navegación Comercial* (1832).

III. Es con recelo que también excluyo la literatura sobre la ganadería (gestión agrícola, tecnología agraria) y la silvicultura; la exclusión de otro material tecnológico no tiene por qué causar escrúpulos, aunque algunos escritores, por ejemplo, los escritores sobre los aspectos tecnológicos de la minería, también se ocuparon de temas económicos (véase G. Agricola, *De re metallica* , 1556,

traducido más tarde al alemán, una aparentemente muy tratado exitoso). El desarrollo de la literatura sobre la cría durante el período se puede esbozar brevemente como sigue. En el siglo XIII hubo un grupo de escritores ingleses (hasta ahora nadie ha sido capaz de relacionarlos ni con predecesores ni con sucesores inmediatos) que produjeron varias obras notables sobre administración de fincas y agricultura (traducidas del francés normando y editadas críticamente para el Royal Sociedad histórica de Miss Elizabeth Lamond, 1890); basta mencionar un tratado sobre la *cría* , escrito antes de 1250 y atribuido a Walter de Henley. Sin tener en cuenta este grupo, encontramos un interés activo en estos temas a partir del siglo XV, cuando nuevas ediciones de los agricultores romanos (*Scriptores rei rusticae* , la primera edición que he visto es de 1472), Columella en particular, parecen haber sido reclamadas con entusiasmo. . Un nuevo espíritu de comercialismo en la agricultura, asociado con los trastornos en la estructura social del campo, produjo entonces en todas partes una literatura que tenía como objetivo enseñar esos nuevos métodos de producción, cuya introducción generalmente se conoce como la Revolución Agraria. En Inglaterra, hay un desarrollo continuo desde *Boke of Husbondrye de Fitzherbert* (1523), hasta *Discours of Husbandrie de* Weston *usado en Brabant y Flanders* (1650), *Systema agriculturae de* Worlidge (1669), *Whole Art of Husbandry de* Mortimer (1707) y Jethro Tull's *Horse-Houghing Husbandry* (1731), que se encuentra en el origen de un estallido de actividad literaria que duró a lo largo del siglo XVIII y, en cierto sentido, culminó en los abundantes escritos de Arthur Young (ver, por ejemplo, su *Economía rural* , 1770, y su periódico, *Annals of Agriculture*). Esta literatura abordó una amplia gama de temas, desde cercados hasta drenaje, siembra, rotación de cultivos, nabos y tréboles y cría de ganado. En el continente, los holandeses lideraron en la práctica agrícola, pero los italianos en la literatura del tema. Notemos como precursor, todavía sustancialmente bajo la influencia de los antiguos, P. de Crescenzi (*Opus ruralium commodorum* , sólo conozco la edición de 1471) y luego A. Gallo (*Dieci giornate della vera agricoltura* , 1566), GB della Porta (1583), y especialmente el sorprendentemente original Camillo Tarello (*Ricordo di agricoltura* , 1567, pero solo conozco una edición de 1772), que en puntos importantes anticipó el desarrollo de casi dos siglos. De las contribuciones alemanas, notaremos *Rei rusticae libri quatuor de* Heresbach (1570, primera traducción al inglés, 1577) y la obra de Colerus (ver arriba). Los desarrollos se interrumpieron luego, pero se reanudaron a fines del siglo XVII para continuar de manera constante con los escritos sobre economía rural de JC Schubart (1734-1787), a quien el emperador José II ennobleció con el significativo título de 'Cloverfield'. El español, GA de Herrera (*Libro de agricultura* . . Nueva ed 1563..), Y los franceses, Charles Estienne (*L'Agriculture et Maison Rustique* , 1570; italiana trans 1581;. No conozco el original) y Oliver de Serres (*Théâtre d'agriculture* , 1600) también debe mencionarse. Este intento de localizar los primeros hitos debe ser suficiente, aunque esta literatura contribuyó considerablemente a la formación de algunos de los hábitos de pensamiento más característicos de la economía moderna. Lo mismo ocurre con la literatura sobre silvicultura, en la que no he podido entrar en absoluto. Vale la pena señalar, sin embargo, que la silvicultura siguió siendo una división reconocida de los tratados alemanes sobre economía general hasta el siglo XIX.

IV. La descripción por parte de los viajeros de las condiciones económicas que observaron en el extranjero e incluso en sus propios países constituye una parte importante de la literatura económica en el período en discusión, debido a la ausencia de informes periódicos por parte de las agencias permanentes. Este método de informar sobre hechos e interpretarlos se realizó en niveles muy diferentes que van desde observaciones extraviadas hasta análisis cuidadosos, que en ocasiones

involucran considerables fragmentos de teoría. El descuido de esta literatura puede distorsionar seriamente nuestra imagen de la economía de esos siglos y, en particular, ocultar toda la extensión del trabajo de investigación que realmente se realizó. Sin embargo, no tenemos más remedio que excluir esta literatura. Basta mencionar dos ejemplos ingleses famosos que merecerán la lectura: *Observaciones de* Sir William Temple *sobre las Provincias Unidas* (1672; 3a edición aumentada 1676), que presenta las condiciones en los Países Bajos desde el punto de vista de una filosofía definida de la riqueza (que centra en 'la frugalidad y la industria'), y los informes de Arthur jóvenes en sus diversas excursiones y viajes (más importantes a este respecto: . *viajes . . con el fin de verificar el cultivo, recursos riqueza y la prosperidad nacional del Reino de Francia* , 1792), que contienen mucho de lo que podría denominarse 'teoría en acción'.

[JAS tenía la intención de que esta discusión del Material Excluido se estableciera en letra pequeña como de interés solo para el especialista. Muchos de los libros mencionados los examinó en la Biblioteca Kress (Escuela de Administración de Empresas de Harvard), que tanto para él como para el editor le pareció una especie de paraíso para los estudiosos.

Al profesor Alexander Gerschenkron le debo la información de que *De re metallica de* Georg Agricola (mencionado anteriormente, III) fue traducido al inglés por Herbert Clark Hoover y Lou Henry Hoover (1912; nueva edición 1950).]

[(b) Los Administradores Consultores.]

Los autores del material restante los dividiremos en dos grupos claramente, aunque sólo ampliamente, distintos. Los llamaremos Administradores Consultores [214] y Panfletistas. Entre los Administradores Consultores, los profesores y redactores de tratados más o menos sistemáticos forman un subgrupo relativamente fácil de delimitar. En ese paraíso de la burocracia existía, por supuesto, una demanda constante de instrucción de jóvenes que se preparaban para la carrera de servicio público —o de hombres mayores que deseaban mejorar su equipamiento— particularmente en Alemania e Italia. A lo largo del siglo XVIII se empezaron a proporcionar cátedras para la enseñanza de lo que en Alemania se describía como Ciencia Cameral o Ciencia del Estado (*Staatswissenschaft*) y lo que podría describirse con mayor precisión como Principios de Política y Administración Económicas. (en alemán, *Polizeiwissenschaft*). [215] A partir de entonces, esos tratados fueron en gran medida simplemente libros de texto y el producto de conferencias académicas. Sin embargo, la misma necesidad se había manifestado mucho antes, y se habían escrito tratados sistemáticos de interés pedagógico en todos los países continentales mucho antes de que la economía, como campo distinto, recibiera el reconocimiento oficial que implicaba la fundación de esas cátedras.

Pero a partir del siglo XV, primero en Italia y luego en otros lugares, los administradores públicos de todos los rangos y tipos —grandes nobles y humildes esclavos— comenzaron a plasmar en el papel sus ideas sobre cómo el gobierno y la economía de sus países debían funcionar y funcionar. especialmente cómo se deben administrar sus finanzas. Estos administradores eran practicantes, familiarizados con el negocio de gobernar, y la mayoría de ellos eran laicos. Por tanto, sus libros, informes y memorandos difieren característicamente de las obras de los escolásticos y filósofos del derecho natural. Es cierto que también se diferencian de los de los profesores.

Los practicantes carecían del hábito sistemático y la erudición del profesional académico, aunque compensaban estas deficiencias con su dominio de los hechos y la frescura de su perspectiva. No obstante los incluiremos con los profesores en nuestro grupo de Administradores Consultores.

Después de todo, eran en su mayoría servidores públicos que escribían para otros servidores públicos. Sin embargo, debemos ir más lejos. También debemos incluir a varios hombres que no eran servidores públicos pero que hicieron, con el mismo espíritu que éstos, que el público se preocupara por sí mismo o, mejor aún, escribieron con el espíritu genuino del análisis científico: empresarios, profesores de ciencias. además de la economía, los particulares de los más diversos orígenes y posiciones. Así tenemos, junto al subgrupo profesional, otro que forma una unidad no en ningún sentido sociológico sino en virtud de la naturaleza de su desempeño. De ella procedió gran parte de la obra más importante, especialmente la más original, del período. Y este trabajo, aunque raras veces sistemático en su forma, fue muy a menudo sistemático en sustancia. En Inglaterra, estas publicaciones llegaron a ser tan numerosas en el siglo XVII que constituyen un tipo estándar fácilmente reconocible; también había un título estándar para ellos, *Discurso del comercio* . Pero no se limitaron a Inglaterra, aunque en otros lugares no existía un título estándar excepto, quizás, en el caso de los *Éléments du Commerce* franceses del siglo XVIII. A estos libros los llamaremos Cuasi-sistemas. Fue en ellos donde la "economía general" tomó forma independiente por primera vez.

[(c) Los panfletistas.]

Los Panfletistas eran una multitud mixta: proyectores de bancos, canales, empresas industriales y coloniales; defensores especiales a favor o en contra de algún interés individual, como la Compañía de Merchant Adventurers o la Compañía de las Indias Orientales; defensores o enemigos de una medida o política en particular; planificadores, a menudo chiflados, con ideas para mascotas; y hombres que no pertenecen a ninguna de estas categorías pero que simplemente deseaban aclarar algún tema o presentar un análisis. Todos ellos florecieron en todos los países debido al rápido aumento de las oportunidades de impresión y publicación. Los periódicos también, escasas empresas del siglo XVI, se hicieron abundantes en el siglo XVII y, en el siglo XVIII, sólo en Alemania se enumeraron 170 periódicos y revistas que publicaban material económico. [216] Pero Inglaterra fue el hogar clásico del panfleto, como era de esperar. Porque en ningún otro lugar existía un incentivo tan fuerte para que cualquiera que tuviera un interés especial intentara influir en la opinión pública.

Es con estos panfletistas que la dificultad señalada al principio de esta sección se vuelve más grave. En la medida en que sus escritos simplemente reflejan las condiciones, humores, luchas e idiosincrasias de su época, son por supuesto muy interesantes para el historiador económico y el historiador del pensamiento económico, pero no nos interesan a nosotros. En un informe sobre el estado actual de la economía a nadie se le ocurriría incluir la economía "popular" o lo que Marx denominó la economía "vulgar" de nuestro tiempo. Pero hasta, digamos, 1750 no es posible tal distinción. Toda la economía 'científica' consistía en el pequeño núcleo contenido en los sistemas de los filósofos del derecho natural, y con ello cualquier empresario inteligente que conociera sus hechos podía competir con éxito sin necesidad de adquirir ninguna técnica en particular. Además, los Panfletistas desarrollaron lentamente la técnica primitiva que necesitaban. Algunos de ellos produjeron tratados de carácter estrictamente científico. Y la economía de la Primera Situación Clásica tiene una deuda considerable con ellos. Así que no podemos permitirnos el lujo de descuidarlos. Pero cada uno de nosotros debe, dentro de su dominio individual del material, [217] confiar en su propio juicio falible de calidad.

3. Sistemas del siglo XVI

Nuevamente tomamos la *riqueza de las naciones* como nuestro punto de orientación. En el capítulo anterior consideramos a A. Smith como un filósofo de la ley natural. En este lo consideraremos un Administrador Consultor. En nuestro camino hacia él, trataré de evitar enumeraciones confusas y vacías e introduciré el menor número posible de nombres. Pero un pequeño número de interpretaciones importantes o particularmente representativas, ya sea en este o en los capítulos siguientes, se discutirán con suficiente detalle para dar una idea de su naturaleza y significado. Tomando el período en su conjunto, creo que los primeros honores deberían ser para Italia. Si pudiera tener algún sentido tal afirmación, podríamos decir que la economía fue principalmente una ciencia italiana hasta el último cuarto del siglo XVIII. España, Francia e Inglaterra se dividen segundos honores, aunque en proporciones muy diferentes en diferentes momentos. El resto de este capítulo está dedicado principalmente al primero, o profesor, de los dos subgrupos en los que hemos dividido a los Administradores Consultores, aunque será necesario echar algunas miradas también a los autores de cuasi-sistemas. La razón de este arreglo no es que las obras del primer tipo sean de gran interés o importancia. Al contrario, ningún otro grupo produjo, entre otros más inspiradores, libros de tan indescriptible tedio. Más bien, nos ocupamos de ellos primero para sacarlos de nuestro camino.

[(a) La obra de Carafa.]

A finales de la Edad Media, la historia económica ya ofrece una amplia evidencia de lo que, en vista de nuestros propios resultados, estamos obligados a llamar un alto nivel de comprensión de los problemas prácticos de la política económica. Una instancia en inglés [218] citada a menudo será suficiente para mostrar esto. Lo que deberíamos llamar 'audiencias' sobre la salida de dinero de Inglaterra y otros problemas monetarios se llevaron a cabo en 1382. El lector puede estar seguro de que lo que dijeron los expertos examinados tiene mucho sentido y no difiere sustancialmente de lo que deberíamos. Espere escuchar a expertos similares en condiciones similares, aunque sin duda se expresará en una fraseología más sofisticada. Si documentos como estos revelan la presencia de una cierta cantidad de poder analítico, también hay indicios de la presencia de interés en la recopilación de hechos: *Livre des métiers de* Étienne Boileau (hacia 1268), [219] una recopilación de las regulaciones relativas a los oficios de París, es un hito de este tipo de investigaciones que cobraron impulso a partir del siglo XVI. El esfuerzo literario del tipo que se analizará en este capítulo también se remonta a mucho tiempo atrás, en cierto sentido al *De regimine principum de* Santo Tomás y al *Speculum regis en inglés* (ed. Por Moisant, 1894) y otras obras de los siglos XIII y XIV. , como *De regimine principum libri de* Aegidius Colonna , o *Trattato de* Fra Paolino (ed. Mussafia, 1868), o *De republica optime administranda de* Petrarca .

De esta literatura surgió, en el siglo XV, una obra tan superior a todas las que se habían escrito antes que podemos encabezar adecuadamente nuestra lista de Administradores Consultores con su autor, aunque fue principalmente uno práctico, el conde y duque napolitano, Carafa. . [220] La gama de sus ideas puede estar indicada por algunas de sus recomendaciones. Quería ver un presupuesto equilibrado que tuviera mucho espacio para los gastos de asistencia social y evitar la necesidad de recurrir a préstamos forzosos, que comparó con el robo y el hurto, y cosas por el estilo; impuestos definidos, equitativos y moderados que no expulsen capital del país ni opriman el trabajo que es la fuente de la riqueza; los negocios se dejaron en paz, aunque añadió que la industria, la agricultura y el

comercio deberían ser estimulados por préstamos de dinero y de otras formas; Los comerciantes extranjeros se sienten cómodos porque su presencia es de lo más útil para el país. Todo esto es sin duda de excelente sentido y notablemente libre de errores y prejuicios definidos. Pero está igualmente libre de cualquier intento de análisis. Los procesos normales de la vida económica no abrigaban ningún problema para Carafa. El único problema era cómo gestionarlos y mejorarlos. En particular, no debemos sospechar de una teoría del valor detrás de ese pasaje sobre el trabajo como fuente de riqueza. Tales preguntas ejercieron las mentes ágiles de sus contemporáneos escolásticos. Pero nunca se le ocurrieron a ese soldado-estadista.

Sin embargo, su actuación ocupa un lugar destacado en la historia del análisis económico. Su disposición sistemática por sí sola bastaría para demostrarlo. La primera parte de su libro analiza los principios de la política general y de la defensa (compárese con las conferencias de A. Smith sobre armas), la segunda, la administración de justicia. El tercero es un pequeño tratado sobre finanzas públicas y está a una distancia medible, aunque por supuesto larga, del quinto libro de la *riqueza de las naciones* , "De los ingresos del soberano o de la Commonwealth". La cuarta y última parte presenta los puntos de vista de Carafa sobre la política económica propiamente dicha, y muchos tratados del siglo XVIII parecen una expansión de estos puntos de vista. No hay evidencia de que escritores posteriores tomaran su libro como modelo y que, en este sentido, creara la forma sistemática en la que se iba a plasmar una parte importante del trabajo de los Administradores Consultores. Pero, de hecho, hasta donde yo sé, fue el primero en abordar de manera integral los problemas económicos del naciente Estado moderno, y durante los tres siglos siguientes una multitud de escritores, que adoptó las mismas ideas sistemáticas y definió sus ideas. field de manera similar, siguió su estela y escribió con el espíritu que representaba en su mejor momento. Sin duda, aprendieron a arar más profundamente y a tomar nuevas tierras bajo el arado. Pero no alteraron el diseño general. En particular, no solo se adhirieron, sino que con el tiempo también desarrollaron, la idea fundamental que Carafa vistió en su concepción del Buen Príncipe (y que Sir James Steuart personificaría en su Estadista). Esta entidad antropomórfica es el embrión de su concepto de Economía Nacional (en alemán, *Volkswirtschaft* o *Staatswirtschaft*), que refleja tan bien el proceso histórico que hemos tratado de visualizar en la primera sección de este capítulo. Esta Economía Nacional no es simplemente la suma total de los hogares y empresas individuales o de los grupos y clases dentro de las fronteras de un estado. Se concibe como una especie de unidad de negocio sublimada, algo que tiene una existencia distinta y unos intereses distintos propios y que debe gestionarse como una gran granja. Así fue como esa época conceptualizó la posición clave que realmente adquirieron los gobiernos y las burocracias, y también la forma en que se trazó una distinción entre economía política y económica que sobrevivió hasta nuestros días, aunque, desde un punto de vista puramente analítico, no hay poco que decir al respecto.

[(b) Actuaciones representativas: Bodin y Botero.]

En el siglo XVI este tipo de economía floreció en todos los países continentales. Como representaciones representativas, que también se destacaron por su influencia en escritores contemporáneos y posteriores, elegiremos dos obras de Bodin y de Botero. 221 Ambas obras son principalmente tratados de "ciencia política", escritos en el espíritu de la Política de Aristóteles, y como tales son importantes trampolines entre Maquiavelo y Montesquieu. Su economía es, como la de Carafa, la economía de las políticas públicas y la administración, y ocupa su lugar junto a todas las demás ramas del conocimiento político. Sin embargo, el análisis económico en el Sexto Libro de la

République de Bodin está apenas por encima de las ideas que eran corrientes en su tiempo y, de hecho, no va mucho más allá de Carafa, aunque sus principios de tributación marcan un mayor progreso hacia el Quinto Libro de la *Riqueza de Naciones* . [222] Botero, quien en algunos otros aspectos puede ser clasificado como seguidor de Bodin, hizo una contribución mucho más importante al análisis económico que se verá en un capítulo posterior sobre población. Aquí, se sugiere otra observación. El tratado de Botero, especialmente si se considera en relación con sus otras obras, muestra una notable mentalidad fáctica. Era un analista capaz. Pero la mayor parte de su trabajo se dedicó a la recopilación, coordinación e interpretación de hechos pasados y contemporáneos: económicos, sociales, políticos. En esto no fue la excepción. Hemos visto que los médicos escolásticos del siglo XVI eran ávidos cazadores de hechos y que razonaban mucho más a partir de la observación y mucho menos de premisas abstractas de lo que uno podría suponer. Sin embargo, este fue aún más el caso de la literatura que ahora se está discutiendo, cuya mayor parte y valor principal puede decirse que consiste en investigaciones 'fácticas': entonces, *como siempre, a lo largo de la historia de la economía* , la búsqueda de hechos fue principal cuidado de la abrumadora mayoría de economistas. Además de la teoría de la población de Botero, Italia produjo durante el siglo XVI varias otras obras que son mucho más importantes que la literatura sistemática que ahora estamos examinando, especialmente en el campo del dinero (Davanzati, Scaruffi, ver más abajo, cap. 6).
[(c) España e Inglaterra.]

El altísimo nivel de la economía española del siglo XVI [223] se debió principalmente a las contribuciones escolares. Pero podemos señalar lo que creo que fue un 'cuasi-sistema' temprano, el trabajo de Ortiz, [224] principalmente un programa bien razonado para el desarrollo industrial de un tipo que iba a ser tan prolífico en el siglo XVII, tanto en España y en Inglaterra. En el caso de Alemania, hay poco que registrar. Sin embargo, en la nota a pie de página se mencionan dos cuasi-sistemas que parecen haber tenido éxito. [225] A primera vista uno podría concebir la impresión de que en la Inglaterra del siglo XVI había poco que se correspondiera con el tipo de trabajo examinado hasta ahora. Pero esto no es así. Correspondiente trabajo hubo, solo que tomó otras formas debido a la diferente estructura política del pueblo al que iba dirigido. La discusión de los problemas económicos de la época, alentada y también disciplinada por el ritual de las investigaciones parlamentarias y gubernamentales, mejoró enormemente a lo largo de ese siglo y, en ocasiones, alcanzó un significado "científico". A partir de las pruebas presentadas ante las comisiones reales, como la Comisión Real de Intercambio, 1564, discursos, peticiones, folletos sobre recintos, gremios, empresas, el sistema básico, monopolios, impuestos, moneda, aduanas, ayuda a los pobres, salarios, regulación de la industria, y así sucesivamente, podría compilarse un manual de análisis económico y política que se compare favorablemente con los esfuerzos sistemáticos contemporáneos en el continente. [226] Sin embargo, en lugar de intentar hacer esto, seguiremos un camino mucho más fácil que, afortunadamente, está abierto a nosotros. Hay una serie de publicaciones que pueden considerarse como estudios generales de la economía de la época. En parte, al menos, proporcionan lo que necesitamos. Nos limitaremos al más conocido de estos tratados. [227]

El *discurso del bien común* contiene tres diálogos que tratan una amplia variedad de temas. El autor lamenta "que los jóvenes estudiantes estén siempre por encima de hastye in utterynge theire Jugementes" y el "scysme en materia de trustgyen"; recomienda una mejor formación en todos los aspectos, llegando incluso a considerar la superioridad en "lernynge" como una de las razones de la

victoria de Julio César sobre Pompeyo; condena los cercados en la medida en que convierten la tierra arable en pastos; critica el surgimiento de corporaciones comerciales y sus prácticas monopólicas; desaprueba la moneda devaluada y de inflación que daña a las personas cuyos ingresos no reaccionar con rapidez, tales como los obreros, 228 propietarios, e incluso del Rey Alteza; recomienda el fomento de industrias jóvenes, así como la acumulación de un fondo monetario para emergencias ("sodeyne eventes"), siendo el dinero, por así decirlo, un "depósito de cualquier mercancía" y *nervus bellorum* ; no favorece la exportación de materias primas, especialmente de lana; frunce el ceño a estos 'vagabundos' que no venden nada más que cosas frívolas que les cuestan poco, aunque los ingleses las pagan caro, y compran a cambio buenos bienes ingleses honestos, si es que compran algo y no toman 'monye currant' directamente, lo que prefieren hacerlo últimamente; opina que se deberían gravar los productos básicos extranjeros para que los productores nacionales *puedan competir* ; quiere ver el dinero de la nación guardado en el país y recuperar lo que ya lo dejó. Y así.

A partir de estas indicaciones, el lector debería poder hacer un dibujo de la economía de nuestro autor. Por supuesto, era una economía popular —preanalítica—. Pero la mayor parte fue sentido común. El 'doctor' de los diálogos era evidentemente un hombre completamente razonable y nunca dijo nada que pudiera parecer absurdo al inteligente lego o político de hoy. En cierto sentido, sin embargo, fue especialmente razonable para su época. Desconfiaba de la regulación menos que los liberales del siglo XIX, pero más que nosotros. No le gustaba la compulsión. Desea trabajar a favor y no en contra del afán de lucro, que considera fundamental. Además, a veces veía debajo de la superficie de las cosas. Por ejemplo, vio con bastante razón que la invasión de ovejas en la tierra cultivable tenía mucho que ver con la política que tenía como objetivo mantener el trigo barato mediante la fijación de precios y prohibiciones de exportación, y por lo tanto frustraba su propósito al alterar la rentabilidad relativa de producción de trigo y lana a favor de esta última. Este razonamiento (análogos a los que se encuentran con frecuencia en los escritos de los Administradores Consultores) va más allá de lo obvio. En sus implicaciones, se acerca al estatus de trabajo analítico.

4. The Systems, 1600–1776

[(a) Representantes de las etapas anteriores.]

Los desarrollos más ricos de los siglos XVII y XVIII son mucho más difíciles de transmitir. Teniendo en cuenta nuestro plan de campaña, en esta sección, ignoraremos provisionalmente todo lo demás y continuaremos con nuestro estudio de la literatura "sistemática" de esos dos siglos hasta llegar a la vecindad de la *Riqueza de las Naciones* . Las primeras etapas de este tipo de obras estarán representadas por Montchrétien para Francia, Bornitz y Besold para Alemania y Fernández Navarrete para España.

Antoyne Montchrétien, Sieur de Watteville (*c.* 1575-1621), *Traicté de l'oeconomie politique* (1615), parece haber sido el primero en publicar un libro con el título de Economía política. Este fue, sin embargo, su único mérito. El libro es una interpretación mediocre y carece por completo de originalidad. Aunque hay un sentido común aproximado sobre sus recomendaciones, abundan los errores elementales de razonamiento que indican un nivel de competencia más por debajo que por encima de su propio tiempo. Para una valoración completamente diferente, véase la introducción de T. Funck-Brentano a su edición de la obra (1889), y también el estudio de P. Lavalley, *L'Œuvre économique de Antoine de Montchrétien* (1903).

Jacob Bornitz, *Tractatus politicus de rerum suffia in republica et civitate procuranda* (1625), una recopilación mal digerida de hechos económicos; El *Collegium politicum* (1614) de Christoph Besold (1577-1638) , el *Politicorum libri duo* (1618) y, por mencionar otra de sus numerosas obras, *Synopsis politicae doctrinae* (1623), avanzaron en el nivel superior del saber polihistórico de este famoso maestro. , aunque era inferior a Bornitz en el conocimiento de los hechos; su tratamiento del interés anticipó al de Salmasius; La influencia de Bodin es inconfundible.

Pedro Fernández Navarrete, *Discursos* (primero 1621; edición posterior con el título *Conservación de monarquías* , 1626). Este autor, un oficial de la Inquisición, muestra una notable libertad con respecto a la tendencia de su tiempo (y el nuestro) a exagerar la importancia del factor monetario y un juicio no menos notablemente sólido al sostener que un proceso normal de industrialización habría terminado. lejos de remediar los males que sufría España (el valor añadido a las materias primas por el trabajo humano es mucho más importante que el oro y la plata, véase el decimosexto de sus cincuenta *Discursos*) y que este proceso podía acelerarse eliminando obstáculos. Estoy bastante seguro de tener razón al preferir la interpretación de Fernández Navarrete a la del igualmente conocido Moncada (*Discursos* , 1619, reeditado en 1746 con el título *Restauración política de España*) en lo que respecta a la capacidad de análisis.

Cuatro nombres más bastarán para caracterizar lo que se puede considerar una etapa más avanzada: Martínez de la Mata, que desarrolló un programa de política industrial en la línea de Fernández Navarrete; Seckendorff, quien escribió el primer tratado sobresaliente sobre la administración pública y la política de los principados alemanes; el gran nombre de Sully, a quien descuidamos como debemos; y Du Refuge (Philippe de Béthune), que fue mucho más allá de Bodin o Montchrétien.

Francisco Martínez de es conocido por su la Mata *Memorial ó Discursos en Razón del remedio de la despoblación, Pobreza y esterilidad de España* (1650; el *epítome de los Discursos* . . 1701, es todo lo que sé;. Sempere y Guarinos, *Op. Cit* . vol. III contiene extractos). Esta obra del autodenominado 'servidora de los pobres afligidos' (*Siervo de los Pobres Afligidos*) debe haber sido un gran éxito. La solidez fundamental de su tesis principal —la misma que la de Navarrete— está, de hecho, fuera de toda duda y fue repetida por un coro de economistas posteriores.

Veit Ludwig von Seckendorff (1626–92), él mismo un distinguido administrador, publicó en 1656 el *Teutscher Fürstenstaat* , la obra clásica de su género. Detrás del programa descriptivo y pedagógico hay una visión social definida y una política definida. El fin dado es una población numerosa y bien empleada, protección y libertad interna de industria y comercio, lo que por sí mismo eliminará los gremios artesanales obsoletos, la educación primaria obligatoria y un sistema de impuestos basado en los impuestos especiales, que al incidir ligeramente en el mayores ingresos incrementarán el empleo, son los principales medios previstos. Veremos ahora que éste fue, y siguió siendo, el programa típico y, por implicación, el análisis típico de los "cameralistas" alemanes e italianos a lo largo de sus carreras, es decir, hasta las primeras décadas del siglo XIX. El hombre que primero lo formuló de manera definitiva y correcta, y al hacerlo anticipó, en algunos puntos, los desarrollos de más de un siglo por venir, no fue un segundo evaluador. Al contrario, se eleva alto, como hombre y como intelecto, por encima de muchos escritores que figuran mucho más prominentemente en estas páginas. Pero el análisis explícito, es decir, los esfuerzos conscientes para establecer relaciones de causalidad o interdependencia, es difícil de encontrar en su trabajo. Y lo que hay de él, no es mucho.

Maximilien de Béthune (1560-1641), creado duque de Sully por Enrique IV, el ministro de finanzas de este último, era un hombre mucho más grande y especialmente más fuerte que el más famoso de sus sucesores, Colbert. Reformó el sistema fiscal de Francia con mucho éxito y vio mucho más allá del alcance de lo que realmente logró. Además, supo —que es el criterio de grandeza en un administrador fiscal— cómo hacer de la política fiscal un elemento y una herramienta de la política económica general. Sus *Économies royales* (primera publicación en 1638; una selección, que es todo lo que sé, se ha vuelto a publicar en la *Petite bibliothèque économique de* Guillaumin) son esencialmente memorias de su administración y constituyen, en su forma pintoresca, una lectura encantadora e instructiva. Pero no tiene sentido llamarlo precursor de los fisiócratas, por la fuerza de su preocupación por el bienestar de la población agraria y de su *afirmación* de que la cría y los pastos eran los dos *mamelles* de Francia. Nada puede ser más obvio que este hombre era completamente inocente de cualquier teoría.

Eustache Du Refugio [229] trabajos, *Le Consejero de estat ou Recueil général de la politique moderne* (1645), desciende a la de Bodin. Los primeros cuarenta capítulos tratan de las diversas formas de gobierno, la tolerancia, los deberes de los magistrados, el servicio militar obligatorio, etc. Los capítulos 41 a 44 son, a todos los efectos, un tratado sobre economía y política económica en resumen; el resto incluye, entre otras cosas, las finanzas públicas, especialmente los impuestos, y marca otro paso hacia el quinto libro de A. Smith. La economía de Du Refuge es notable en varios aspectos. En particular, fue el primer autor que conozco en distinguir y al mismo tiempo coordinar los efectos de la 'parsimonie' (cap. 44) que conserva la riqueza y de *l'espargne* (acaparamiento, cap. 49) que interfiere con el comercio. En este y otros puntos hizo un meritorio esfuerzo de análisis.

Durante el resto del siglo XVII y prácticamente todo el siglo XVIII, el mismo tipo de trabajo fue elaborado por un número creciente de escritores, entre los cuales los profesores académicos ganaron rápidamente la mayoría. En algunos países, especialmente en Alemania, fue la principal fuente nacional de enseñanza económica incluso en las primeras décadas del siglo XIX. Sin embargo, gran parte de ella era tan angustiosamente poco original y tan obviamente escrita en respuesta a la demanda más que a un impulso creativo que no tendría sentido seguir su historia en detalle. Para nuestros propósitos, es decir, para hacernos una idea de su carácter general y ver cuánto había avanzado en el umbral de la era smithiana, bastará con presentar a dos autores del siglo XVIII de renombre internacional, Uztáriz y Justi, y tomar para discusión una de las obras de este último.

Gerónimo Uztáriz (1670-1732) escribió un tratado titulado *Theórica y práctica de comercio y de marina* (1ª ed. 1724, otras dos ediciones mejoradas por el propio autor), que puede decirse que está relacionado con el de Martínez de la Mata como el de este último. tratado es de Fernández Navarrete. Fue traducido al inglés y al francés y fue muy leído y admirado. El título es engañoso en dos aspectos. En primer lugar, sugiere una limitación a los temas del comercio internacional, mientras que trata de manera integral prácticamente todos los problemas de impuestos, monopolio, población, etc., que entran en el ámbito de la economía "aplicada". En segundo lugar, el título también sugiere un análisis teórico, aunque no se encuentra ninguno en el tratado: lo que él, como tantos economistas posteriores, entiende por teoría es crítica y recomendación a diferencia de la presentación de hechos. El cuidado y el espacio concedidos a este último (reimprimió o extrajo tantos documentos como para hacer que su tratado sirviera a los propósitos de un libro de consulta) es lo que primero llama la atención al lector. Las recomendaciones adquieren para nosotros un interés histórico adicional cuando recordamos que

Uztáriz ocupaba un cargo público de tipo político en la época en que el cardenal Alberoni estaba al frente de los asuntos: este último siguió, no sin un éxito considerable, exactamente la política de armamento y industrialización que recomendó Uztáriz en el tratado que apareció cinco años después de la caída del Cardenal. Sea lo que sea que este hecho pueda significar, la suposición del lector es tan buena como la mía, nuestro autor ciertamente debe ser elogiado, considerando la situación entonces de su país y el punto de vista desde el cual lo veía, por la exactitud de tal análisis que pudo haber estado detrás de su recomendación.

[b) Justi: el Estado de Bienestar.]

Johann Heinrich Gottlob von Justi (1717-1771) fue profesor durante parte de su vida y administrador de empresas públicas durante otra parte. Su equipo intelectual cubría toda la filosofía del derecho natural de su época y de la época anterior, pero se enriqueció con la experiencia práctica de una manera en la que las dos rara vez se combinaban. Por supuesto, debemos otorgarle al profesor una ración justa de trivialidad pesada, y también permitir su forma de llegar a conclusiones de sentido común por una ruta tortuosa que conduce a través de filosofías políticas cuestionables. Un ejemplo ilustrará el último punto: la libertad es absoluta en virtud de la ley natural; sólo que, como ha demostrado sabiamente el profesor en alguna parte, consiste en la libertad de obedecer las leyes y las reglas de la burocracia; pero esto último, tal como lo enseñó Justi, es tan razonable que, después de todo, salimos del bosque con el resultado que se presentará en el texto. De las numerosas obras de Justi, el profesor Monroe eligió su *System des Finanzwesens* (Sistema de finanzas públicas, 1766) para su publicación parcial en *Early Economic Thought* (1924). Nuestro esbozo en el texto se basa en *Die Grundfeste zu der Macht und Glück-seeligkeit der Staaten oder ausführliche Vorstellung der gesamten Polizeywissenschaft* (The Groundwork of the Power and Welfare of States or Comprehensive Presentation of the Science of Public Policy, 2 vols., 1760 –61). Nos ocupamos únicamente del primer volumen. El segundo contiene, en el espíritu de esa ciencia de la administración, disertaciones sobre religión, ciencia, gobierno de la casa privada, virtudes cívicas, bomberos, seguros —de los que Justi fue ferviente defensor— regulación de la vestimenta, etc. Su *Staatswirtschaft* (1755) habría servido igualmente bien.

En lugar de Justi, podría haber elegido a Joseph von Sonnenfels (1732–1817; *Grundsätze der Polizey, Handlung, und Finanzwissenschaft* , 1765–7), que era en varios aspectos superior a Justi, aunque en esencia se movió sobre el último y el de Forbonnais. líneas. Hijo de un rabino de Berlín, se convirtió, después de emigrar a Viena, en una de las luces de esa 'edad de la razón' y participó, tanto como profesor académico (siendo el primer profesor de política y ciencia cameral en Viena) como como funcionario en muchas de las reformas legislativas de su tiempo: fue miembro de lo que podría describirse como la confianza mental de José II. Su libro siguió siendo el libro de texto oficial dentro de la monarquía austrohúngara hasta 1848. El tema de su conferencia inaugural (1763) merece ser notado. Se trataba de la insuficiencia de la mera experiencia en economía.

El tema de la investigación de Justi es lo que los historiadores alemanes llaman el Estado de Bienestar (*Wohlfahrtsstaat*) en su individualidad histórica y en todos sus aspectos. Es decir, abordó los problemas económicos desde el punto de vista de un gobierno que acepta la responsabilidad de las condiciones morales y económicas de la vida, como lo hacen los gobiernos modernos, en particular del empleo y el sustento de todos, de la mejora de los métodos y la organización. de producción, para un suministro suficiente de materias primas y alimentos, y así sucesivamente a través de una larga lista de

temas que incluyen embellecimiento de ciudades, seguros contra incendios, educación, saneamiento, etc. Agricultura, manufacturas, comercio, dinero, banca, todos son objeto de discusión desde este punto de vista, los aspectos tecnológicos y organizativos reciben mucha atención. Pero habiendo fijado así su fe en un principio de planificación pública integral, él, como Seckendorff y la mayoría de los escritores entre estos dos, no llegó a las conclusiones prácticas que este principio podría llevarnos a esperar. Por el contrario, de ninguna manera estaba ciego a la lógica inherente de los fenómenos económicos y no deseaba reemplazarla por decretos gubernamentales. La fijación de precios, por ejemplo, era una medida a la que el gobierno tenía el derecho y el deber de recurrir para fines particulares en circunstancias particulares, pero debía evitarse en la medida de lo posible. Reprendió a Mirabeau por enseñar, entre otras "doctrinas falsas, absurdas y monstruosas", que la disminución del interés depende de la voluntad del gobierno, mientras que en realidad "nada está tan poco sujeto a él". Tampoco estaba ciego a las potencialidades de la libre empresa, a la que miraba con indiferencia pero sin hostilidad. De hecho, a pesar de su aprobación de la regulación gubernamental, que llega a hacerle admitir la conveniencia de hacer cumplir la producción de ciertas cosas por decreto gubernamental, afirmó como principio general que toda la industria y el comercio que realmente necesitaban era libertad y seguridad. Aunque no aconsejaría la liquidación de los gremios de artesanos, porque estaban allí y podrían utilizarse para desempeñar algunas funciones administrativas que consideraba útiles, los consideraba una molestia y aconsejaba a los gobiernos que no fueran duros con los forasteros. Y, aunque enseñó que los elevados derechos de protección e incluso las prohibiciones de importación y la obligación de comprar productos nacionales podrían ser 'a veces' de interés público, declaró que era su opinión que 'en general' no debería haber ningún impedimento para las importaciones más allá de un derecho ad valorem del 10 por ciento, condición que ninguno de nosotros podría distinguir del libre comercio irrestricto.

Se podrían aducir muchos otros ejemplos de lo que para los liberales del siglo XIX simplemente deletreaba una incoherencia vergonzosa, que se inclinaban a atribuir al hecho de que Justi vivía en una época de transición: aunque todavía era víctima de un error explosivo, no podía cerrar los ojos del todo. a la nueva luz. Pero si miramos más de cerca los casos particulares a los que aplicó su principio de planificación, se sugiere una explicación muy diferente. Vio el argumento práctico a favor del laissez-faire no menos claramente que A. Smith, y su burocracia, mientras guiaba y ayudaba donde era necesario, siempre estaba dispuesta a desaparecer cuando no parecía necesaria ninguna guía o ayuda. [230] Sólo que él vio con mucha más claridad que este último todos los obstáculos que se interponían en el camino de su funcionamiento según el diseño. Además, estaba mucho más preocupado que A. Smith por los problemas prácticos de la acción gubernamental en las vicisitudes a corto plazo de su tiempo y país, y por dificultades particulares en las que la iniciativa privada fracasa o habría fracasado en las condiciones de la industria alemana. de su tiempo. Su laissez-faire era un laissez-faire más vigilancia, su economía de empresa privada era una máquina que era lógicamente automática pero expuesta a averías y contratiempos que su gobierno estaba dispuesto a reparar. Por ejemplo, aceptó como algo natural que la introducción de maquinaria ahorradora de mano de obra causaría desempleo: pero esto no era un argumento contra la mecanización de la producción porque, también como algo natural, *su* gobierno encontraría igualmente buenos empleos para el país. desempleados. Esto, sin embargo, no es inconsistencia sino sentido. Y, para nosotros que estamos más de acuerdo con él que con A. Smith, su visión de la política económica puede parecernos un laissez-

faire sin las tonterías. 231 Pero dos ejemplos españoles muestran aún mejor que Justi lo bien que los mejores cerebros de la época conocían su "economía aplicada": me refiero a Campomanes y Jovellanos, 232 que se destacaron en la era de reformas de Carlos III. Fueron reformadores prácticos en la línea del liberalismo económico, y no se preocuparon ni contribuyeron al progreso del análisis. Pero entendieron el proceso económico mejor que muchos teóricos. Y, en vista de la fecha del *Discurso* de Campomanes (1774), no deja de ser interesante observar cuán poco, si es que había algo, podía aprender de La *riqueza de las naciones* .

Esto cubre, y de hecho resume, una gran parte de la economía continental de los siglos XVII y XVIII. El lector debe darse cuenta, sin embargo, de que, aunque en conocimiento práctico y utilidad práctica, fue, al menos tal como llegó a enseñarse con el tiempo, apenas inferior a La *riqueza de las naciones* , también lo fue, con la excepción de ser notado actualmente, completamente aventajado por este último en lo que respecta al logro analítico. El trabajo de Justi ejemplifica esta debilidad tan claramente como ejemplifica esos méritos. He dicho que no estaba ciego a la lógica inherente de los fenómenos económicos. Pero esto fue mera intuición precientífica. No hizo nada para mostrar cómo se relacionan y cómo se determinan entre sí, que es donde comienza la economía científica. No estaba consciente de la necesidad de probar proposiciones —por ejemplo, su propuesta de que la mecanización crea desempleo— o de usar cualquier herramienta que no esté al mando del profano. Sus argumentos eran argumentos de un sentido común inexperto; sólo cuando argumentó en contra de otro autor intentó algún análisis. Y cuando lo hizo, ocasionalmente cometió un grave desliz. Para citar un ejemplo, no estaba por encima de tirar la siguiente erección atroz: supongamos que dos países, A y B, son exactamente iguales en todos los aspectos excepto que A tiene el doble de plata monetaria que B; mientras que sus estados de bienestar serán exactamente iguales, los precios en A serán dos veces más altos que los precios en B; pero debido a la cantidad doble de dinero, la tasa de interés de A será la mitad de la tasa de interés de B y, por lo tanto, A, produciendo más barato, venderá menos a B y seguirá sacando dinero de él, lo que aumentará el empleo en A, y así sucesivamente. (*Die Grundfeste* , p. 611) - y todo eso a pesar de los hechos de que su razonamiento sobre el interés era por lo demás bastante sensato, que en general no sobrestimaba en absoluto las ventajas que se derivan de la abundancia de metales para un país, y que enfatizó la importancia básica del consumo no menos que A. Smith.

[(c) Francia e Inglaterra.]

El funcionario francés fue educado como abate o también como abogado. La economía no se enseñó, como una asignatura distinta, hasta durante y después de la revolución. ¿Podría ser que esta gran desventaja tuviera alguna compensación? En cualquier caso, la literatura francesa de tipo sistemático, mucho menos voluminosa, se elevó en el siglo XVIII a un nivel muy por encima del alemán. Puesto que reservamos picos como Boisguillebert, Cantillon, Turgot y, por supuesto, los fisiócratas para discutirlos en el próximo capítulo, podemos contentarnos con los cinco nombres siguientes: Forbonnais, Melon, Mirabeau, Graslin y Condillac. Forbonnais, 233 que podría compararse con Justi o Sonnenfels, es el prototipo del economista "útil" o "sano" que el público aprueba. Ningún historiador cantará jamás sus alabanzas; porque el historiador que sólo está interesado en qué política estaba a favor o en contra de un hombre no quedará satisfecho y calificará a Forbonnais de un ecléctico sin originalidad; y el historiador que busque contribuciones a nuestro aparato analítico también quedará insatisfecho, porque no las encontrará, y notará un comportamiento torpe y vulgar siempre que

Forbonnais se aventurara sobre hielo teórico. Pero pocos economistas han dicho o insinuado tan poco que sea definitiva y demostrablemente erróneo en los hechos o en la lógica. Es un ejemplo sobresaliente para ilustrar la verdad de que ser economista o médico es una cosa y ser teórico o fisiólogo es otra muy distinta.

Notablemente inferior a Forbonnais en estos aspectos y un poco por encima de él en competencia analítica, Melon 234 se ha comportado algo mejor en manos de críticos posteriores. Pero su actuación, que, en lo que respecta a los «principios», anticipó en parte a Forbonnais », es de la misma naturaleza. Su contribución a la teoría monetaria se verá en un capítulo posterior. El anciano Mirabeau 235 es conocido principalmente como el jefe, en sucesión de Quesnay, del grupo fisiócrata, pero se había establecido independientemente antes de eso por un trabajo que puede llamarse un tratado sistemático sobre todos los problemas de la economía aplicada escrito desde un muy Punto de vista personal: se logra la unidad sistemática haciendo que esos problemas pivoten sobre Población y Agricultura. Su mérito analítico es insignificante, pero tanto mayor fue su éxito. De Graslin 236 reputación no era lo que debería haber sido porque él puso tanto énfasis en la crítica de los fisiócratas, que es de hecho el mejor de la historia le ofrecía a sus lectores, que eran propensos a pasar por alto su contribución positiva. En realidad, su *analítica Essai* presenta los esbozos de una teoría integral de la riqueza como una teoría del ingreso total más que del ingreso neto de todos los gastos de los productores, incluidos los salarios, una mejora nada despreciable considerando el papel que este último iba a desempeñar más adelante. También estuvo por encima de sus contemporáneos en la comprensión del problema de la incidencia de los impuestos. Por último, la obra de Condillac 237 no merece del todo los elogios de WS Jevons, que la llamó "original y profunda" y de HD Macleod, que la llamó "infinitamente superior a la de A. Smith". Los elogios se explican ampliamente por el entusiasmo de esos dos autores por lo que creían que era una formulación temprana de su propia teoría del valor. Pero no tenía nada de original y, considerando a todos los predecesores en ese camino, deberíamos maravillarnos del manejo ineficaz de Condillac más que de su patrocinio. Aún así, el libro es un tratado bueno, aunque algo esquemático, sobre teoría y política económicas y muy por encima de la corriente común de sus contemporáneos.

Inglaterra era aún más inmune a la "sistemitis" que Francia. Exceptuando la *riqueza en* sí, solo hay un libro del tipo estrictamente sistemático que mencionar, pero este es de primera importancia, los *Principios* de Steuart . 238 Fue intencional y laboriosamente sistemático: lo que quería era consolidar el conocimiento fáctico y analítico de su tiempo en una "ciencia regular", es decir, claramente apuntaba al mismo objetivo que A. Smith. La comparación con la *riqueza de las naciones* se dificulta por dos hechos. En primer lugar, el trabajo de Steuart no cabalgó, como el de Smith, en la ola de una política única y simple que estaba conquistando rápidamente a la opinión pública. Por el contrario, agrupó todo lo que realmente interesa al público en torno a la figura anticuada de un imaginario estadista patriota que con infinita sabiduría vigila el proceso económico, dispuesto a interferir en el interés nacional, concepción que recuerda la de Justi y estaba bastante fuera de lugar. contacto con el humor de Inglaterra. Pero esto no debería pesarnos. En segundo lugar, cuando uno examina (como debería hacer el lector) los cinco libros en los que se divide la obra: Población, Comercio e Industria, Dinero y Monedas, Crédito y Deudas e Impuestos, no puede dejar de sorprenderse por el número de puntos que indican una mayor originalidad y un pensamiento más profundo que la *riqueza de las naciones* ; pero también por el número de errores definidos y formulaciones infelices. En las teorías de la población, los precios, el dinero y los impuestos, Steuart fue muy por debajo de la superficie lisa en la que A. Smith

navegó felizmente su curso. Pero sólo en el primero de ellos hizo una contribución significativa, que se discutirá más adelante en el Capítulo 5; en los demás, es difícil sacar el trigo de la paja poco prometedora o incluso, en algunos casos, estar completamente seguro de que hay algo de trigo.
[(d) Alto nivel de la contribución italiana.]

Pero los honores del campo de la producción del sistema anterior a Smith deberían ser para los italianos del siglo XVIII. En intención, alcance y plan, sus obras estaban en la tradición que ha sido ilustrada por los ejemplos de Carafa y Justi; eran sistemas de Economía Política en el sentido de la economía del bienestar: el antiguo Bien Público escolástico y la Felicidad específicamente utilitaria reunidos en su concepto de bienestar (*felicità pubblica*). Pero mientras que en su celo por la búsqueda de hechos y en la comprensión de los problemas prácticos no eran inferiores a los alemanes, eran superiores a la mayoría de sus contemporáneos españoles, ingleses y franceses en capacidad analítica y logros. La mayoría de ellos eran profesores y funcionarios y escribían desde el punto de vista de profesores y funcionarios. El regionalismo de la vida italiana 239 los divide en grupos. Pero sólo puedo discernir dos "escuelas" en el sentido estricto del término que implica tanto el contacto personal como la similitud de doctrina debido a la influencia mutua: la napolitana y la milanesa. Genovesi y Palmieri representan al primero; Más adelante se presentarán otros 240 miembros, en particular su estrella más brillante, Galiani.

Las figuras representativas de la escuela milanesa son Verri y Beccaria. Sin embargo, aprovechamos esta oportunidad para presentar a un hombre que se mantiene completamente solo, Ortes el veneciano.

El conde Pietro Verri (1728-1797), un funcionario de la administración austriaca de Milán, pero no un maestro, tendría que estar incluido en cualquier lista de los más grandes economistas. Pero aunque sería fácil examinar sus diversas recomendaciones en cuanto a política, que para él eran las cosas importantes; en el prefacio de su obra principal, exclamó: *potessi io dire qualche cosa di utile, potessi io farla* (¡cómo quiero decir algo útil, no, para hacerlo!) - es menos fácil transmitir una idea suya puramente logro científico; algunos aspectos se mencionarán más adelante. Aquí solo necesitamos mencionar dos de sus muchas publicaciones, el *Elementi del commercio* (1760), que lo estableció, y el *Meditazioni sull 'economia politica* (1771; republ. En la colección de Custodi; hay traducciones al francés y al alemán) en las que el primero fue ampliado. Además de presentar una potente síntesis, estas obras contienen una serie de aportaciones originales (entre ellas su curva de demanda de gasto constante). Entre otras cosas, tenía una concepción clara, aunque poco desarrollada, del equilibrio económico basada, en última instancia, en el `` cálculo del placer y el dolor '' (anticipó la frase de Jevons) y estaba, en lo que respecta a esto, más por encima que por debajo. A. Smith. Es importante enfatizar su actitud objetiva. No solo hizo una investigación histórica de importancia (*Memorie storiche* , publicada póstumamente) sino que fue un verdadero econometrista; por ejemplo, fue uno de los primeros economistas en calcular una balanza de pagos, es decir, supo cómo entretejen la investigación y la teoría en un tejido coherente: el problema metodológico que agitó a las generaciones posteriores de economistas que él mismo había resuelto con éxito. Sobre el hombre y su carrera, ver E. Bouvy, *Le Comte Pietro Verri* (1889) y MR Manfra, *Pietro Verri* . . . (1932). Sin embargo, la mejor exposición y valoración de la obra de Verri se encuentra en la magistral introducción del profesor Einaudi a su nueva edición de *Bilanci del commercio dello stato di Milano* de Verri (1932).

El título principal a la fama de Giammaria Ortes (1713-1790) reside en su contribución a la

teoría de la población "malthusiana" (véase más adelante, cap. 5). Su empresa sistemática (*Economia nazionale* , 1774; republ. En la colección de Custodi) siempre destacará en la historia de las teorías que consideran el consumo como factor limitante de *la* producción *total* y derivan de esta configuración su diagnóstico económico: otro vínculo entre él y Malthus. En esto, como en otros aspectos, su actuación es ciertamente original en el sentido de que no se encuentra en el camino principal del avance. Pero poco más se puede decir al respecto. Los críticos e historiadores se han sentido, por un lado, desconcertados por él y, por otro lado, reconciliados por su ataque a la "confusión mercantilista" (ver más abajo, cap. 6) del dinero y la riqueza y sus puntos de vista del libre comercio. Así, se ha desarrollado una tradición de tratar con él en una actitud de tímida admiración. Vale la pena agregar que parece haber aprendido mucho de Sir James Steuart. De la literatura de Ortes bastará mencionar a A. Faure, *Giammaria Ortes* . . . (1916), el viejo libro de F. Lampertico, G. Ortes. . . (1865) y C. de Franchis, G. Ortes, *Un sistema d'economia matematica* . . . (1930), aunque no puedo encontrar muchas matemáticas en Ortes.

Cesare Bonesana, Marchese di Beccaria (1738-1794), era milanés y producto de la educación jesuita. Ya se ha mencionado su fama internacional como penólogo, ganada a la edad de unos treinta años (el año de su nacimiento no es del todo seguro), y el lugar que de paso adquirió en la historia del utilitarismo. Principalmente sobre la base de este éxito —aún había hecho poco como economista— el gobierno austríaco (el príncipe Kaunitz) lo nombró a una cátedra de economía en Milán fundada con ese propósito (1768). Después de solo dos años de mandato, cambió esta cátedra por un empleo en la administración milanesa, en la que continuó sirviendo hasta su temprana muerte, ascendiendo gradualmente al rango más alto disponible para un hombre que no califica para gobernador, participando y en algunos casos iniciando las reformas del período, escribiendo afanosamente una gran cantidad de informes y memorandos —sobre el almacenamiento de granos, la política monetaria, el sistema métrico, la población y demás— y al mismo tiempo recorriendo una amplia esfera de intereses intelectuales . Entre otras cosas, fue cofundador y colaborador de *Il caffè* , un periódico inspirado en el ejemplo del *espectador* inglés . En 1770 publicó el primer y único volumen de su estética (sobre *Estilo*). Además, parece haber sido un buen matemático.

La mayor parte de sus escritos económicos consistió en esos informes gubernamentales. El único razonamiento económico que publicó él mismo (en *Il caffè* , 1764) fue un ensayo sobre el contrabando, que presenta dos rasgos de interés, primero, el tratamiento algebraico del problema y, segundo, el dispositivo analítico encarnado en la pregunta que él hecho básico para su teoría pura del contrabando: dada la proporción de las mercancías contrabandeadas que, en promedio, serán incautadas por las autoridades, ¿cuál es la cantidad total que los contrabandistas deben mover para quedarse sin ganancias ni pérdidas? Esto explica el descubrimiento de la idea que subyace al análisis moderno de la variedad de indiferencia. El argumento de Beccaria fue desarrollado por G. Silio, 1792 (ver *La matematica applyta all 'economia politica de* Augusto Montanari , 1892). Aquí nos interesan las conferencias de Beccaria (escritas en 1769-1770). Estos no los publicó él mismo: los dejó en sus archivos durante casi un cuarto de siglo. Se publicaron por primera vez en la colección de Custodi, bajo el título: *Elementi di economia pubblica* (1804).

El gran éxito de su *Dei delitti e delle pene* , *Ensayo sobre crímenes y castigos* (1ª ed. 1764; traducción inglesa 1767) ha borrado en cierto modo la grandeza del hombre: desde entonces se le ha considerado principalmente como penólogo. La literatura de Beccaria trata de poco más y, por lo tanto,

solo es de interés periférico para nosotros. Sin embargo, conviene hacer referencia a la vida de P. Custodi (*Cesare Beccaria* , 1811) y a la edición de P. Villari de sus obras (*Opere* , 1854).

Por el momento, nos concentramos en Beccaria, el italiano A. Smith. La similitud entre los dos hombres y sus actuaciones es realmente sorprendente. Incluso hay alguna similitud en sus antecedentes sociales y ubicaciones. Hay similitud en sus vidas, y en esas actitudes que están condicionadas por las búsquedas de uno, aunque Beccaria era mucho más un servidor público que A. Smith, quien solo ocupaba un puesto subordinado sin posibilidades creativas, y A. Smith era mucho más de un profesor que Beccaria, que enseñó durante sólo dos años. Ambos eran señores soberanos de un vasto reino intelectual que se extendía mucho más allá de lo que, incluso entonces, era posible abrazar para los mortales comunes. Beccaria supuestamente sabía más matemáticas que A. Smith, pero A. Smith parece haber conocido más astronomía y física que Beccaria. Ninguno de los dos era simplemente un economista: la obra de toda la vida de A. Smith no tiene rival para *Dei delitti e delle pene* , pero sus *Sentimientos morales* son más que un rival para la estética de Beccaria. Ambos nadaron alegremente en el río de su tiempo, pero con una diferencia: mientras que Beccaria no solo aceptó todo lo que representa el utilitarismo, sino que también fue una fuerza principal en su formación, A. Smith mostró claramente cierta frialdad crítica hacia él; y mientras que A. Smith no sólo aceptó (casi) todo lo que representan el libre comercio y el laissez-faire, sino que también fue una fuerza principal en su victoria (en lo que respecta a la literatura económica), Beccaria mostró claramente cierta frialdad crítica hacia ellos. Espléndidas figuras los dos. Pero, al menos después de 1770, Beccaria, casi con certeza más dotada por la naturaleza, dio al servicio público del "estado" milanés lo que A. Smith reservaba para la humanidad.

Elementi de Beccaria , después de definir el tema de la economía de la misma manera normativa que A. Smith en la introducción al Cuarto Libro de la *Riqueza de las Naciones* , comienza con consideraciones sobre la evolución de la tecnología, la división del trabajo y la población (el aumento de la cual hizo función del aumento de los medios de subsistencia). Como principio de la acción económica, ya lo sabemos, abrazó sin reservas la doctrina utilitarista del egoísmo hedonista, que él mismo había hecho mucho por desarrollar y que más tarde resultó ser un aliado tan embarazoso para la economía. La segunda y tercera parte de las conferencias tratan de la agricultura y las manufacturas, y la cuarta, del comercio, se convierte en el repositorio de la teoría del valor y el precio: trueque, dinero, competencia, intereses, divisas, bancos, crédito y servicios públicos. los créditos se suceden en una secuencia que es tan sugerente de la práctica de los libros de texto del siglo XIX como lo es el marco en su conjunto. En detalle, el argumento de Beccaria, particularmente en lo que respecta a las teorías del costo y del capital, no siempre es impecable o lógicamente riguroso. Pero todos los problemas esenciales se ven y se ven en coordinación. Algunos puntos se mencionarán en capítulos posteriores. Hay varias contribuciones, sin embargo, como la indeterminación del trueque aislado, la transición de este caso al de un determinado mercado competitivo y de allí al caso del intercambio indirecto, con las que solemos asociarnos mucho más tarde, especialmente con post-Smithian, tiempos. La influencia fisiócrata es evidente pero no es muy profunda. ¿Fue el escocés Beccaria el mayor economista de los dos? Si juzgamos por sus obras tal como se encuentran ante nosotros, ciertamente lo fue. Pero hacerlo no sería justo para los hombres. No es solo que hay que tener en cuenta la prioridad y también que los años entre 1770 y 1776 fueron muy significativos en la marcha de las ideas económicas; mucho más importante es que La *riqueza de las naciones* fue el resultado maduro del

trabajo de una vida, mientras que los *Elementi* son notas de conferencias y, además, notas de conferencias *que el autor se negó a publicar* . En lo que se refiere al desempeño subjetivo, no deben coincidir con la *riqueza de las naciones,* sino más bien con la parte económica de las conferencias de A. Smith en Glasgow, donde Beccaria ganaría sin lugar a dudas, o de lo contrario la *riqueza de las naciones* debe compararse con lo que nosotros Podría concebir que Beccaria hubiera terminado con sus conferencias si hubiera emigrado a Kirkcaldy y hubiera dedicado otros seis años a ellas en lugar de sumergirse en los problemas del estado milanés. El hecho de que la principal causa de la diferencia que percibimos consiste en la cantidad de trabajo invertido es, en cualquier caso, un indicio importante del secreto del éxito de A. Smith.

[e) Adam Smith y la riqueza de las naciones.] 241

Con tanta frecuencia hemos mencionado a Adam Smith, con tanta frecuencia tendremos que volver a mencionarlo, que el lector bien podría preguntarse si es necesario un estudio completo de su desempeño en un lugar determinado. Para nuestro propósito, las referencias a él que se encuentran dispersas a lo largo de esta historia son de hecho más importantes que lo que se dirá en esta sección. Sin embargo, parece apropiado quedarse un momento para mirar la figura del más famoso de todos los economistas, para formarse una idea de lo que hizo, y en el más exitoso no solo de todos los libros de economía sino, con la posible excepción del *Origen de las especies de Darwin* , de todos los libros científicos que han aparecido hasta el día de hoy. Además, nuevamente será útil presentar una breve Guía del Lector.

Se necesitan pocos datos y ningún detalle sobre el hombre y su vida protegida y tranquila (1723-1790). 242 Bastará señalar: primero, que era un escocés hasta la médula, puro y sin adulterar; segundo, que su entorno familiar inmediato era el de la administración pública escocesa; para comprender su visión de la vida social y la actividad económica (muy diferente de lo que a menudo se le ha imputado), es importante no olvidar nunca la gentileza, la intelectualidad, la actitud crítica ante la actividad empresarial, los medios modestos pero adecuados que caracterizaban el entorno que lo producía; tercero, que fue un profesor nacido y criado, no sólo mientras impartía conferencias en Edimburgo (1748-1751) y Glasgow (1751-1763), sino siempre y en virtud de su *carácter indelebilis* ; cuarto —un hecho que no puedo dejar de considerar relevante, no para su economía pura, por supuesto, sino sobre todo para su comprensión de la naturaleza humana— que ninguna mujer, excepto su madre, jugó un papel en su existencia: tanto en esto como en otros aspectos, los espejismos y las pasiones de la vida eran solo literatura para él. En 1764-176 viajó a Francia, actuando como "tutor" del joven duque de Buccleuch, a quien la economía debe el ocio y la independencia posteriores que produjeron la *riqueza de las naciones* . Su nombramiento a un cuasi-sinecure (1778) agregó un amplio consuelo para el resto de su vida. Era concienzudo, minucioso hasta cierto punto, metódico, equilibrado, honorable. Reconoció la obligación donde el honor lo requería, pero no con generosidad. Nunca descubrió las huellas de sus predecesores con franqueza darwiniana. En la crítica fue estrecho y poco generoso. Tenía el coraje y la energía que encajaban exactamente con la tarea del erudito y le iban bien con mucha circunspección.

El día del conocimiento polihistórico aún no había terminado: un hombre podría entonces vagar por toda la ciencia y el arte e incluso trabajar en campos muy distantes sin encontrarse con el desastre. No menos que Beccaria o Turgot, A. Smith dominaba un amplio dominio del que la economía era solo una parte. Ya hemos tenido la oportunidad de conocer su *Teoría de los sentimientos morales*

(1759), al que se adjuntó (3a ed. 1767) *Una disertación sobre el origen de las lenguas, su* primer gran éxito, que maduró, desde los inicios, en el material de la Edimburgo da conferencias durante la primera mitad de su mandato en la cátedra de Glasgow, y debe recordarse para que el lector sea inmune a la crítica tonta de que A. Smith prestó una atención inadecuada a la importancia de las fuerzas éticas. Además, la *filosofía* de la riqueza y la actividad económica de Smith está ahí y no en La *riqueza de las naciones* . A esto y a su obra sobre derecho natural, 'teología natural' y belles lettres hay que añadir, sin embargo, seis ensayos, [243] algunos de los cuales son fragmentos cristalizados del grandioso plan de una 'historia de las ciencias liberales y las artes elegantes 'que abandonó' como demasiado extenso '. La perla de la colección es el primer ensayo sobre los 'Principios que conducen y dirigen las Investigaciones Filosóficas; ilustrado por la Historia de la Astronomía ». Me atrevo a decir que nadie puede tener una idea adecuada de la estatura intelectual de Smith si no conoce estos ensayos. También me atrevo a decir que, si no fuera por el hecho innegable, nadie acreditaría al autor de La *riqueza de las naciones* el poder de escribirlas.

Ya sabemos que el esqueleto del análisis de Smith proviene de los escolásticos y los filósofos del derecho natural: además de estar a mano en las obras de Grocio y Pufendorf, se lo enseñó su maestro Hutcheson. [244] Es cierto que ni los escolásticos ni los filósofos del derecho natural desarrollaron jamás un esquema de distribución completamente articulado, y mucho menos la idea engañosa, que iba a desempeñar un papel tan importante en la teoría del siglo XIX, de un producto social o Dividendo Nacional distribuido entre los agentes que intervienen en su producción. Pero habían elaborado todos los elementos de un plan de este tipo, y Smith sin duda estaba a la altura de la tarea de coordinarlos sin más ayuda de nadie. Según Cannan, las Conferencias de Glasgow, que no muestran un gran avance más allá de Hutcheson en ninguna dirección, no contienen ningún rastro. . . del esquema de distribución que establece la *Riqueza de las Naciones* ». Sin embargo, no es necesario inferir de esto que Smith estaba bajo una fuerte obligación (y en gran parte no reconocida) con los fisiócratas, a quienes conoció (1764-1764) y presumiblemente leyó antes de establecerse para trabajar en Kirkcaldy. El Draft descubierto por el profesor Scott demuestra que esto puede ir demasiado lejos: el Draft presagia claramente el esquema de la *Riqueza* . Sin embargo, por otro lado, no debe olvidarse que la herencia de los filósofos del derecho natural y los logros de los contemporáneos franceses de A. Smith no eran todo lo que tenía para trabajar. Estaba la otra de las dos corrientes que se encuentran en La *Riqueza de las Naciones* , representada por los Administradores Consultores y los Panfletistas. Smith conocía a Petty y Locke; presumiblemente conoció a Cantillon, al menos a través del *Diccionario* de Postlethwayt , en una etapa temprana de su trabajo; puso a Harris y Decker bajo contribución; Los escritos de su amigo Hume y los de Massie debían de serle familiares; y en la larga lista de escritores a los que fingía despreciar por sus 'errores mercantilistas', hay algunos que podrían haberle enseñado mucho, por ejemplo, Child, Davenant, Pollexfen, a no insistir en tales 'anti-mercantilistas' como Barbon y North. [245] Pero no importa lo que realmente aprendió o no aprendió de sus predecesores, el hecho es que La *riqueza de las naciones* no contiene una sola idea, principio o método *analítico* que fuera completamente nuevo en 1776.

Aquellos que ensalzaron el trabajo de A. Smith como un logro original y que hizo época estaban, por supuesto, pensando principalmente en las *políticas que* él defendía: libre comercio, laissez-faire, política colonial, etc. Pero, como debería estar claro a estas alturas y como se irá aclarando aún más a medida que avancemos, este aspecto no conduciría a una conclusión diferente, incluso si fuera

relevante para nuestro tema. El propio Smith, según Dugald Stewart, de hecho reclamó (en un documento redactado en 1755) la prioridad relativa al principio de la libertad natural sobre la base de que lo había enseñado ya en 1749. Por este principio se refería tanto a un canon de política —la eliminación de todas las restricciones excepto las impuestas por la "justicia" - y la proposición analítica de que la libre interacción de los individuos no produce caos sino un patrón ordenado que está lógicamente determinado: nunca distinguió los dos con claridad. Sin embargo, tomado en cualquier sentido, el principio había sido enunciado con bastante claridad antes, por ejemplo, por Grotius y Pufendorf. Es precisamente por esta razón que no se puede imputar ningún cargo de plagio a Smith ni en su nombre a otros. Esto no excluye la posibilidad, por supuesto, de que, al afirmarlo con mayor fuerza y plenitud que nadie antes que él, Smith experimentó subjetivamente toda la emoción del descubrimiento o incluso que, en algún momento antes de 1749, realmente hizo el "descubrimiento" él mismo.

Pero aunque La *riqueza de las naciones* no contenía ideas realmente novedosas y aunque no puede clasificarse con los *Principia* de *Newton* o el *Origen* de Darwin como un logro intelectual, es una gran actuación de todos modos y merece plenamente su éxito. La naturaleza de uno y las causas del otro no son difíciles de ver. Había llegado el momento de precisamente ese tipo de coordinación. Y esta tarea A. Smith se desempeñó extremadamente bien. Estaba preparado para ello por naturaleza: nadie más que un profesor metódico podría haberlo logrado. Dio lo mejor de sí: la *Riqueza* es el producto del trabajo entregado a regañadientes durante más de veinticinco años, concentrado exclusivamente en ella durante unos diez. Su estatura mental estaba a la altura de dominar el material difícil de manejar que fluía de muchas fuentes y de someterlo, con mano fuerte, a la regla de un pequeño número de principios coherentes: el constructor que construyó sólidamente, sin importar el costo, también fue un gran arquitecto. Sus mismas limitaciones contribuyeron al éxito. Si hubiera sido más brillante, no lo habrían tomado tan en serio. Si hubiera cavado más profundamente, si hubiera desenterrado una verdad más recóndita, si hubiera utilizado métodos difíciles e ingeniosos, no habría sido comprendido. Pero él no tenía tales ambiciones; de hecho, no le gustaba todo lo que iba más allá del sentido común. Nunca se movió por encima de las cabezas de los lectores más aburridos. Los guió suavemente, alentándolos con trivialidades y observaciones hogareñas, haciéndolos sentir cómodos todo el tiempo. Mientras que el profesional de su tiempo encontraba lo suficiente para ganarse su respeto intelectual, el 'lector educado' pudo asegurarse de que sí, así era, él también siempre lo había pensado; Si bien Smith puso a prueba la paciencia del lector con su gran cantidad de material histórico y estadístico, no puso a prueba su capacidad de razonamiento. Fue eficaz no sólo en virtud de lo que dio, sino también en virtud de lo que dejó de dar. Por último, pero no menos importante, la discusión y el material fueron animados por la defensa que es, después de todo, lo que atrae a un público más amplio: en todas partes, el profesor convirtió su silla en un asiento de juicio y otorgó elogios y culpas. Y fue la buena suerte de Adam Smith que simpatizaba plenamente con los humores de su tiempo. Abogó por las cosas que estaban a la vista e hizo que su análisis les sirviera. No hace falta insistir en lo que esto significó tanto para el rendimiento como para el éxito: ¿dónde estaría la *riqueza de las naciones* sin libre comercio y laissez-faire? Además, los terratenientes 'insensibles' o 'perezosos' que cosechan donde no sembraron, los empleadores cuyas reuniones resultan en una conspiración, los comerciantes que se divierten y dejan que sus empleados y contables hagan el trabajo, y los trabajadores pobres que apoyan al resto de la sociedad en el lujo: todas estas son partes importantes del espectáculo. Se ha sostenido que A. Smith,

muy adelantado a su tiempo, desafió la impopularidad dando expresión a sus simpatías sociales. No es así. Su sinceridad no la pongo en duda ni por un momento. Pero esas opiniones no fueron impopulares. Estaban de moda. Un rousseaunismo juiciosamente diluido también es evidente en la tendencia igualitaria de su sociología económica. Los seres humanos le parecían muy parecidos por naturaleza, todos reaccionaban de la misma manera simple a estímulos muy simples, debiendo las diferencias principalmente a diferentes entrenamientos y diferentes entornos. Esto es muy importante considerando la influencia de A. Smith en la economía del siglo XIX. Su trabajo fue el canal a través del cual las ideas del siglo XVIII sobre la naturaleza humana llegaron a los economistas.

Ahora para la Guía del lector: *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* por Adam Smith, LL.D. y FRS, ex profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow, en dos volúmenes, Londres 1776, define la economía científica bastante bien por su título y no menos felizmente, aunque menos concisamente, en el último párrafo de la Introducción. Pero en la introducción al Libro IV leemos que la Economía Política 'propone enriquecer tanto al pueblo como al soberano', y es esta definición la que expresa tanto lo que Smith quería por encima de todo como lo que interesaba a sus lectores más que cualquier otra cosa. Hace de la economía una colección de recetas para el "estadista". Lo más importante es recordar que el punto de vista del análisis no está ausente y que *nosotros* , independientemente de lo que haya pensado el propio A. Smith, podemos separar el análisis de las recetas sin violentar su texto.

Hay cinco libros. El quinto y más largo, que ocupa el 28,6 por ciento del espacio total, es un tratado casi autónomo sobre finanzas públicas y se convertiría y seguirá siendo la base de todos los tratados del siglo XIX sobre el tema hasta que, principalmente en Alemania, el ' El punto de vista social —la tributación como instrumento de reforma— se afirmó. La extensión del libro se debe a la gran cantidad de material que contiene: su tratamiento del gasto público, los ingresos y las deudas es *principalmente* histórico. La teoría es inadecuada y no llega mucho por debajo de la superficie. Pero lo que hay de él se combina admirablemente con los informes sobre desarrollos generales, así como sobre hechos individuales. Se han acumulado más hechos y se ha mejorado la técnica teórica, pero hasta el día de hoy nadie ha logrado unir los dos —y un poco de sociología política— como lo hizo A. Smith. El cuarto libro, casi igual de largo, 246 contiene la famosa acusación del `` sistema comercial o mercantil '' - la crítica condescendientemente benevolente de la doctrina fisiócrata en el noveno y último capítulo no requiere comentario - de cuyas cenizas surge Phoenix- como el propio sistema político de Smith. Una vez más: el lector contempla masas de hechos meticulosamente organizados, muy poco de teoría muy simple (ningún avance en esto sobre incluso distantes `` predecesores ''), que, sin embargo, se utiliza con mayor éxito para aclarar el mosaico de detalles, para calentar el hechos hasta que brillen. Los hechos se desbordan y tropiezan: se insertan dos monografías a modo de digresiones (sobre Bancos de Depósito y sobre Comercio de Maíz) donde no pertenecen. El gran y justamente famoso capítulo 'De las colonias' (que debería compararse con las últimas páginas de la obra) se sale de la línea, pero nada importa: tenemos una obra maestra ante nosotros, una obra maestra no solo de argumentación sino también de análisis. El libro III, que ocupa menos del 4,5% del espacio total, puede describirse como un preludio del libro IV, que completa consideraciones generales de naturaleza principalmente histórica sobre el `` progreso natural de la opulencia '', el surgimiento y el comercio de las ciudades como distorsionado — obstaculizado o impulsado — por las políticas patrocinadas por diversos intereses. Este tercer libro no atrajo la atención que parece merecer. En su sabiduría algo seca y carente de

inspiración, podría haber sido un excelente punto de partida para una sociología histórica de la vida económica que nunca se escribió. Los libros I y II, respectivamente alrededor del 25 y el 14 por ciento del total, también rebosantes de hechos ilustrativos, presentan lo esencial del esquema analítico de A. Smith. De hecho, pueden ser examinados por sí mismos. Pero el lector que, más interesado en la teoría que en la "aplicación", se niegue a ir más allá de ellos, perderá mucho de lo que es indispensable para una comprensión completa de la teoría misma.

Los primeros tres capítulos del libro 1 tratan de la división del trabajo. [247] Estamos en la parte más antigua del edificio, la parte ya terminada en el Anteproyecto. Además, presumiblemente porque en sus enseñanzas Smith había repasado este tema con tanta frecuencia, es con mucho la parte más pulida del conjunto. Aunque, como sabemos, no tiene nada de original, debe mencionarse un rasgo que no ha recibido la atención que merece: nadie, ni antes ni después de A. Smith, pensó jamás en poner tal carga sobre la división del trabajo. Con A. Smith es prácticamente el único factor del progreso económico. Por sí solo, explica 'la riqueza superior y la abundancia comúnmente poseída incluso por [el] miembro más bajo y más despreciado de la sociedad civilizada, en comparación con lo que el salvaje más respetado y activo puede alcanzar' a pesar de tanta 'desigualdad opresiva' (Borrador , véase Scott, *op. cit.,* p. 328). El progreso tecnológico, la "invención de todas esas máquinas", e incluso las inversiones, es inducido por él y, de hecho, es solo un incidente. Consideraremos esta característica del esquema analítico de A. Smith al final de esta Guía del lector.

La división del trabajo en sí se atribuye a una propensión innata a los camiones y su desarrollo a la expansión gradual de los mercados: la extensión del mercado en cualquier momento determina hasta dónde puede llegar (cap. 3). Aparece y crece así como una fuerza enteramente impersonal, y como es el gran motor del progreso, este progreso también se despersonaliza.

En el capítulo 4, A. Smith completa la secuencia tradicional: división del trabajo-trueque-dinero y, muy por debajo del nivel alcanzado por muchos autores más antiguos y particularmente por Galiani, separa el valor a cambio 'completamente del' valor en uso. . En el capítulo 5 (que comienza con la definición de *riqueza* de Cantillon) se compromete a encontrar una medida de la primera que sea más fiable que el precio expresado en términos de dinero. Al equiparar el valor a cambio con el precio y observar que el 'precio en dinero' fluctúa en respuesta a cambios puramente monetarios, Smith reemplaza a los efectos de las comparaciones interlocales e intertemporales este precio monetario o 'nominal' de cada producto por un precio real en el mismo sentido en de lo que hablamos, por ejemplo, de los salarios reales a diferencia de los salarios nominales , [248] es decir, por el precio en términos de todas las demás mercancías. Y estos precios reales los reemplaza a su vez, ignorando el método del número índice ya inventado en su tiempo, por precios expresados en términos de trabajo (después de haber considerado el maíz para el papel): en otras palabras, elige el trabajo mercantil en su lugar. de la plata mercancía o del oro mercancía como *numéraire* —para usar la frase que L. Walras puso en uso general. Esto puede ser útil o no, pero no hay ninguna objeción lógica. Pero Smith tropieza tan mal al transmitir la idea y, además, la confunde con filosofías relativas a la naturaleza del valor y el precio real en un sentido diferente: véanse las famosas doctrinas sobre 'trabajo y problemas' como el precio real de todo (párrafo 2 de cap. 5) y sobre el trabajo por sí solo 'que nunca varía en su propio valor' (párrafo 7), que su idea fundamentalmente simple fue mal entendida incluso por Ricardo. En consecuencia, se le atribuyó una teoría del valor trabajo, o más bien tres teorías laborales incompatibles [249], mientras que en el capítulo 6 está bastante claro que pretendía explicar los precios de las mercancías por el costo de

producción, que en este capítulo divide en salarios. , la ganancia y la renta, las "fuentes originales de todos los ingresos, así como de todo el valor de cambio". Sin duda, esto es muy insatisfactorio como explicación del valor, pero sirve como una vía tanto para una teoría del precio de equilibrio como para la teoría de la distribución.

La rudimentaria teoría del equilibrio del capítulo 7, con mucho la mejor teoría económica desarrollada por A. Smith, de hecho apunta hacia Say y, a través del trabajo de este último, hacia Walras. Los desarrollos puramente teóricos del siglo XIX consisten en un grado considerable en mejoras sobre él. El precio de mercado, definido en términos de oferta y demanda a corto plazo, se considera que fluctúa alrededor de un precio "natural" (el precio "necesario" de JS Mill, el precio "normal" de A. Marshall), que es el precio que es suficiente y no más. lo suficiente para cubrir 'el valor total de la renta, los salarios y las ganancias, que deben pagarse para llevar' al mercado esa cantidad de cada mercancía 'que abastecerá la demanda efectiva', es decir, la demanda efectiva en ese precio. No hay teoría del precio del monopolio más allá de la frase sin sentido (o incluso falsa) de que "el precio del monopolio es siempre el más alto que se puede obtener", mientras que "el precio de la libre competencia". . . es el más bajo que puede tomarse a largo plazo, un teorema importante, aunque Smith no parece haber tenido ninguna noción de las dificultades de una demostración satisfactoria. Los capítulos 8 a 11 completan el argumento autónomo del primer Libro, cuyas curvas de nivel, aunque ocultas por el frondoso follaje de un hecho ilustrativo que a menudo degenera en digresión, no carecen de belleza. Se ocupan de "las circunstancias que determinan naturalmente" la tasa de salario y la tasa de ganancia y "regulan" la renta de la tierra (p. 56). 250 Estos capítulos, resumiendo y coordinando, transmitieron la teoría de la distribución del siglo dieciocho a los economistas del diecinueve, a quienes les resultó más fácil partir de ellos porque la propia laxitud de las doctrinas de Adam Smith invitaba al desarrollo en muchas líneas diferentes. : Las mismas debilidades de Smith conspiraron para calificarlo para su tipo de liderazgo. Debe ser suficiente llamar la atención del lector sobre los siguientes puntos.

El capítulo 8 sobre salarios contiene no sólo los rudimentos de las teorías tanto del fondo salarial (pág. 61) como del mínimo de existencia (págs. 71, 76), que podrían haberse derivado de Turgot y los fisiócratas y que se han elaborado la mayor parte de los sucesores ingleses de A. Smith, pero también otro elemento, cuya plena importancia no vieron estos sucesores. Esto está consagrado en su concisa frase de que la 'recompensa liberal del trabajo' es tanto 'el efecto necesario' como 'el síntoma natural del *aumento* (cursiva de JAS) de la riqueza nacional' (p. 65) que, aunque inadecuadamente motivada, arroja una luz sobre el problema de los salarios muy diferente de aquel en que Ricardo lo veía. El capítulo 9 sobre beneficios ofrece muchos puntos sobre los factores que determinan la tasa de beneficio (por ejemplo, en la p. 83), especialmente en relación con los salarios, pero no aborda el problema fundamental. En la medida en que a Smith se le pueda atribuir el haber tenido una teoría de la "ganancia", debe construirse a partir de indicaciones, en su mayoría vagas e incluso contradictorias, que se encuentran dispersas en los dos primeros libros. Primero, sancionó definitivamente y ayudó a la victoria la tendencia doctrinal que iba a prevalecer en la economía del siglo XIX, particularmente en Inglaterra: la ganancia, tratada como la renta básica de la clase capitalista, es (sustancialmente) el rendimiento del uso en los negocios de bienes físicos (incluidos los medios de subsistencia del trabajo) que esa clase suministra; y el interés de los préstamos es simplemente un derivado de él. Excepto el caso de los meros prestamistas ('hombres adinerados'), no hay una función distintiva de los empresarios, aunque Smith sí habla del 'empresario de pompas fúnebres', o de los industriales, quienes,

dejando de lado la 'inspección y la dirección', son fundamentalmente capitalistas. o los maestros "ponen a trabajar a gente trabajadora" y se apropian de parte del producto de "su trabajo" (cap. 6). Las implicaciones marxistas de esto, que además Smith hace todo lo posible por subrayar, son obvias. Sin embargo, no se puede decir que Adam Smith sostuviera una teoría de la explotación de la ganancia, aunque se puede decir que la sugirió. Porque también enfatizó el elemento de riesgo y habló de que los empleadores " *adelantan* " todo el stock de materiales y salarios "(p. 42), lo que apunta en una dirección completamente diferente. Además, nadie que pensara tanto en la importancia social del ahorro como A. Smith puede quejarse si se le asocia con las ideas de la teoría de la abstinencia.

Al tratar las diferencias 'De salarios y ganancias en los diferentes empleos de mano de obra y acciones' (cap.10), Smith, deleitándose con hechos y argumentos de un tipo algo trillado, mejoró Cantillon y logró crear un capítulo estándar del libro de texto del siglo XIX. El capítulo 11, 'De la renta de la tierra' —Smith, y siguiendo a él, prácticamente todos los economistas ingleses hasta la época de Marshall, confinaron el concepto de renta a la tierra y las minas— está hinchado por una gigantesca digresión (o un grupo de digresiones o monografías) que representa alrededor del 7,6 por ciento de todo el trabajo. Si se reducen los vastos materiales y las casi innumerables disquisiciones sobre puntos particulares, surge un mosaico de ideas de las que estos son los elementos destacados. Primero, razonando a partir de su teoría del valor del costo, Smith llega a la conclusión de que el fenómeno de la renta sólo puede deberse a un 'monopolio' en la tierra (p. 131), iniciando así en su carrera una idea eso fue encontrar patrocinadores una y otra vez y aún no se ha extinguido. Pero en segundo lugar, encontramos (p. 132) la afirmación de que, mientras que "los salarios altos o bajos y las ganancias son las causas de los precios altos o bajos; la renta alta o baja es el efecto de ella, 'que encaja pero mal con la teoría del monopolio y apunta en la dirección ricardiana: la llamada teoría ricardiana de la renta *podría* haber surgido de un esfuerzo por poner orden lógico en el revoltijo de Smith. Y, tercero, hay incluso una sugerencia que podría haber inducido a un discípulo a enderezar ese revoltijo por medio de una teoría de la productividad (ver, por ejemplo, p. 133). Todo esto se entremezcla con otras ideas, buenas y malas, por ejemplo, la vieja idea que era tan persistente como inútil y que volvemos a encontrar en Malthus, que la producción de alimentos tiene una posición única en el sentido de que crea su propia demanda. porque la gente se multiplicará a medida que se expanda, que entra y sale del escenario tanto como lo hace la multitud de Falstaff en *Enrique IV* . Incluso antes de que el lector llegue a las digresiones sobre el valor de la plata y sobre la relación entre los valores de la plata y el oro, el capítulo contribuye mucho a la teoría del dinero de Smith, que sin embargo no se puede dominar por completo sin leer la obra completa (ver especialmente el cap. . 2 de la segunda libro y la digresión importante que respecta a los bancos de depósito en el cap. 3 de la cuarta). Dos puntos más hay que añadir: al final de la digresión sobre la plata Smith intenta demostrar por qué, al menos en términos generales, la relación precio-el verdadero precio de los productos agrarios aumentará como consecuencia del progreso de la Mejora (pp. 198 et seq.) y, en una digresión adicional (págs. 224 y ss.), que el precio real de las manufacturas caerá. En cierto sentido, esto presagia la doctrina del siglo diecinueve de rendimientos decrecientes en la agricultura y rendimientos crecientes en la industria hacia la que se puede decir que se dirigió con cautela y que *podría* haberse extraído de sus páginas. Además, llegó a la conclusión ricardiana (p. 229), aunque no se sigue de manera convincente de su confuso argumento, que los terratenientes se benefician en el proceso directamente, tanto porque el valor real de los productos de la tierra aumenta como porque reciben una mayor participación relativa

de estos productos; y además de manera indirecta, por la caída del precio real de las manufacturas. Los trabajadores también se benefician (p. 230) porque sus salarios suben y los precios de parte de las mercancías que compran caen. Pero la tercera clase, los `` comerciantes y maestros fabricantes '' (p. 231), sufren porque, como dijo A. Smith, la *tasa* de interés tiende a ser baja en los países ricos y alta en los países pobres, por lo que el interés de esta clase entra en conflicto tanto con los intereses de las otras dos como con el "interés general de la sociedad". Evidentemente, esto estaba destinado a un esquema de intereses de clase económica como el que muchos economistas posteriores intentaron construir, posiblemente inspirados por el ejemplo de A. Smith y por el deseo de corregir sus errores.

El segundo libro presenta la teoría del capital, el ahorro y la inversión que, por muy transformada que haya sido por el desarrollo y la crítica, siguió siendo la base de prácticamente todo el trabajo posterior hasta Böhm-Bawerk, y en parte incluso más allá. Ciertamente parece un ala nueva agregada a una estructura vieja. A pesar del débil intento realizado en la introducción de vincularlo con el primer Libro por medio de otra apelación bastante poco convincente a la `` división del trabajo '', no hay razón para creer que alguna parte esencial de ella haya sido escrita o planeada antes. La estancia de A. Smith en Francia. Específicamente, la influencia fisiócrata es mucho más claramente reconocible que en cualquier parte del primer Libro, tanto en muchos detalles como en la concepción como un todo. Sin embargo, esta afirmación no debe malinterpretarse. A. Smith no tenía la costumbre de aceptar pasivamente lo que leía o escuchaba: leía y escuchaba judicialmente, criticaba enérgicamente y, al hacerlo, llegaba a una concepción propia. Por eso he hablado únicamente de la influencia fisiócrata y no también de su influencia por Turgot. Turgot tiene prioridad en puntos esenciales, pero no se sigue que Smith haya derivado de él sus puntos de vista. Porque estos puntos de vista son los que naturalmente surgirían en la mente de Smith a partir de una crítica creativa de la enseñanza de Quesnay, de modo que, en ausencia de pruebas convincentes de lo contrario, parece más justo hablar de paralelismo que de dependencia. El espacio prohíbe la presentación de más de una ilustración. El sentido común del escocés se ofendió por la afirmación de Quesnay de que solo el trabajo agrícola (y extractivo) era productivo. De Turgot podría haber aprendido a encogerse de hombros ante este capricho y a seguir adelante con una elegante reverencia. Sin embargo, éste no era su camino. Se tomó las cosas no solo en serio, sino también literalmente. Tuvo que embarcarse en una refutación pesada. Pero en sus meditaciones sobre el tema puede que se le haya ocurrido que había algo en la distinción entre trabajo productivo e improductivo. 251 Así que elaboró su propia interpretación y la sustituyó por la de Quesnay. En cierto sentido, se lo sugirió Quesnay (esto se indica por el hecho de que no hay indicios de ello en el primer Libro, aunque naturalmente pertenecería allí), pero en otro sentido era el suyo.

El capítulo 1 del segundo Libro distingue la parte del stock total de bienes de un hombre y de la sociedad que se llama capital (no solo bienes físicos, ya que 'las capacidades adquiridas y útiles de todos los habitantes' son capital) del resto. ; introduce los conceptos de capital fijo y circulante; y clasifica los bienes que se incluirán en ambos rubros, incluido el capital circulante, pero no los medios de subsistencia de los trabajadores productivos, aunque el argumento de Smith exige y de hecho implica la inclusión de este último. El extenso Capítulo 2, uno de los más importantes del trabajo, contiene la mayor parte de la teoría del dinero de A. Smith. Está muy por encima del Capítulo 4 del primer Libro y ciertamente es el resultado de una etapa tardía de los trabajos de A. Smith. Pero no

muestra ninguna influencia fisiócrata: toda influencia reconocible es inglesa. El capítulo 3 (que introduce la distinción entre trabajo productivo e improductivo), con su tremendo énfasis en la propensión a ahorrar como verdadero creador del capital físico ('La parsimonia, y no la industria, es la causa inmediata del aumento de capital', pág. . 301;. 'aparece cada pródigos para ser un enemigo público, y cada hombre frugal un benefactor público', p 304), las marcas de la victoria por más de 150 años por venir de una teoría de ahorro de pro. «Lo que se ahorra anualmente se consume con tanta regularidad como lo que se gasta anualmente, y casi en el mismo tiempo también; pero es consumido por un conjunto diferente de personas " (p. 302), es decir, trabajadores productivos cuyos salarios y empleo están, por tanto, relacionados positivamente con la tasa de ahorro que se identifica o al menos se equipara con la tasa de aumento del capital, que es, inversión. En este capítulo, ingreso significa ganancia más renta, exactamente como lo hace con Marx. El capítulo 4 aborda el problema de interés. Dado que, como se indicó anteriormente, la ganancia se trata como el fenómeno fundamental y esto se da por sentado aquí, el interés simplemente se deriva del hecho de que el dinero, pero, como sostiene Smith, realmente los bienes y servicios de los productores que se pueden comprar por él. siempre satisface la demanda con una prima motivada por la expectativa de ganancias. Smith, así como todos sus sucesores hasta tiempos recientes, simplemente no vieron ninguna dificultad en explicar el interés per se: la diferencia entre él y sus sucesores del siglo XIX era solo que él tampoco veía mucho problema en las ganancias comerciales, mientras que, como el tiempo prosiguió, un número creciente de estos últimos empezó a preocuparse por ello. Por tanto, sólo hay que mencionar tres puntos: primero, su explicación poco convincente de la tendencia a la baja de la tasa de interés por la creciente competencia entre capitales crecientes; segundo, su vigoroso, y durante 150 años exitoso, argumento contra las teorías monetarias de interés que intentan explicar esa tendencia por el aumento en la cantidad de metales monetarios; tercero, su argumento moderado y juicioso sobre los máximos legales que provocó un ataque completamente injustificado de Bentham.

[La Guía del lector no se completó. Por ejemplo, no hay discusión del cap. 5 (De los diferentes Empleo de Capitales), capítulo final del Libro segundo. El párrafo final estaba en una hoja separada sin indicación sobre su posición prevista.]

Antes de que terminara el siglo, *Wealth of Nations* había llegado a nueve ediciones en inglés, sin contar las que aparecieron en Irlanda y los Estados Unidos, y se había traducido (que yo sepa) al danés, holandés, *francés* , *alemán* , italiano. y español (las cursivas indican más de una traducción; la primera traducción rusa apareció en 1802-6). Esto puede tomarse para medir el alcance de su éxito en la primera etapa de su carrera. Para una obra de este tipo y calibre, que carecía por completo de las gracias del *Esprit des lois* , creo que puede llamarse espectacular. Pero esto no fue nada comparado con el éxito realmente significativo que no es tan fácil de medir: aproximadamente a partir de 1790, Smith se convirtió en el maestro no del principiante o del público, sino de los profesionales, especialmente los profesores. El pensamiento de la mayoría de ellos, incluido Ricardo, partió de él y la mayoría de ellos nunca lo superaron. Durante medio siglo o más, aproximadamente hasta que JS Mill's *Principles* (1848) inició su carrera, Adam Smith proporcionó la mayor parte de las ideas del economista medio. En Inglaterra, los *Principios* de Ricardo (1817) supusieron un serio freno. Pero fuera de Inglaterra, la mayoría de los economistas no estaban a la altura de Ricardo, y Smith siguió dominando. Fue entonces cuando fue investido con la insignia de 'fundador', que ninguno de sus contemporáneos habría pensado en otorgarle, y cuando los primeros economistas asumieron el papel de 'precursores' en quienes fue

simplemente maravilloso descubrir lo que, sin embargo, siguieron siendo las ideas de Smith.

5. Cuasi-Sistemas

Para que el lector no conciba una impresión completamente errónea, que si se le permite asentarse en su mente, los capítulos siguientes podrían ser impotentes para disipar, es necesario complementar sin demora la historia contada en la sección anterior con al menos algún relato de la historia. flujo paralelo de cuasi-sistemas. La mayoría de ellos, como sabemos, fueron programas de desarrollo industrial y comercial. Sus autores recomendaron o combatieron políticas apropiadas o contrarias a esos programas, y razonaron en términos de problemas individuales. Pero sus ideas no eran sistemáticas en el sentido de carecer de coherencia. Sabían cómo relacionar un problema con otro y reducirlos a principios unificadores: principios *analíticos* , no meramente principios de política. Si estos principios analíticos no siempre se establecieron explícitamente, sin embargo, a menudo se elaboraron de manera eficaz de una manera que sugiere el desarrollo del derecho inglés. En esta sección, nos limitaremos a una selección de escritores del siglo XVII, todos los cuales tendremos que mencionar nuevamente a medida que avancemos. Se introducirán muchos más en los capítulos siguientes y posteriores.

Los honores de esta literatura —del siglo XVII— pertenecen a empresarios y funcionarios ingleses, pero encabeza la lista un italiano, Serra. [252] Creo que a este hombre se le debe atribuir el mérito de haber sido el primero en redactar un tratado científico, aunque no sistemático, sobre los principios y la política económicos. Su principal mérito no consiste en haber explicado la salida de oro y plata del reino napolitano por el estado de la balanza de pagos, sino en el hecho de que no se detuvo allí, sino que pasó a explicar esta última mediante un análisis general de las condiciones que determinan el estado de un organismo económico. Esencialmente, el tratado trata sobre los factores de los que depende la abundancia, no de dinero, sino de *mercancías: los* recursos naturales, la calidad de la gente, el desarrollo de la industria y el comercio, la eficiencia del gobierno, lo que implica que si el proceso económico es un Todo funciona correctamente, el elemento monetario se hará cargo de sí mismo y no requerirá ninguna terapia específica. Y este argumento contiene varias contribuciones al naciente acervo de herramientas teóricas que se notará más adelante. [253]

Durante varias décadas, no hubo nada como esto en ningún lado. Pero en la segunda mitad del siglo contemplamos una rica cosecha de obras de un tipo similar en Inglaterra, cuyo título estándar era, como ya se mencionó, *Discourse of Trade* . Poco a poco, sus autores descubrieron por sí mismos piezas de la lógica inherente al proceso económico: las cosas que podrían haber aprendido de los escolásticos y sus sucesores y que, en diferentes circunstancias y, en consecuencia, desde el punto de vista de diferentes fines políticos, se convertirían en el fundamento de las doctrinas del liberalismo del laissez-faire. Un hito en este camino fue el *Discurso* del niño . [254] Esta destacada actuación fue y generalmente se descarta como uno de los muchos escritos "mercantilistas", que fue y (hasta cierto punto) todavía es suficiente para evitar que muchos historiadores vean algún mérito en ella. Pero con bastante independencia de si esa etiqueta se ajusta o no, debe reconocerse que este *Discurso se* ocupa de los problemas prácticos de su tiempo —empleo, salarios, dinero, intercambios, exportaciones e importaciones, etc.— a la luz de claramente esbozados ' leyes 'del mecanismo de los mercados capitalistas; aunque no se ha elaborado explícitamente, la herramienta que llamamos teoría del equilibrio está, por así decirlo, presente detrás de la escena. Esta actuación fue igualada y en muchos

puntos individuales superada por hombres como Barbon, Davenant, North, Pollexfen y otros. [255] En cada uno de estos casos vemos más o menos conciencia de la existencia de un aparato analítico que funciona esencialmente de la misma manera, cualquiera que sea el problema práctico por el cual se pone en funcionamiento, y más o menos voluntad y capacidad. para usarlo. Para nosotros esto es lo que importa: que nos gusten o no nos gusten las recomendaciones prácticas que los autores suponen seguir de su análisis es totalmente indiferente.

Aprovecho esta oportunidad para mencionar un tratado notable, aunque poco conocido, sobre comercio exterior que el profesor Foxwell (véase Kress Library of Business and Economics, Harvard Graduate School of Business Administration, Catalog) describió como 'uno de los primeros sistemas formales de economía política, y planteando uno de los argumentos prácticos más contundentes a favor del libre comercio, «aunque la última parte de la declaración de Foxwell me parece más cierta que la primera: Isaac Gervaise, *The System or Theory of the Trade of the World* (1720). El profesor Viner (véase más adelante, capítulo 7) ha hecho plena justicia a esta notable contribución a la teoría del comercio internacional cuyo autor esbozó además, todo en el espacio de 34 páginas, los temas de teoría general relacionados con su tema particular, aunque por supuesto, no en ningún diseño "formal".

Sin embargo, la corriente común de estos discursos estaba muy por debajo de ese nivel. La mayoría de ellos fueron simplemente programas motivados para el desarrollo industrial y comercial de Inglaterra. Dado que el comercio exterior ocupó el lugar de honor y la mayor parte del espacio en esos programas, en el último capítulo de esta Parte se destaca una selección de trabajos de este tipo. Por el momento, bastará mencionar a modo de ejemplo los tratados del sobrevalorado Mun (sin embargo, su título no era Discourse of Trade sino *England's Treasure de Forraign Trade* , 1664), de Cary y de Petyt. [256] No hubo falta de unidad en ellos en cuanto a visión política. Y esta visión fue bastante amplia, abarcando todos los problemas económicos de la nación. Pero no hubo trabajo analítico y abundan las fallas de razonamiento. Cary, por ejemplo, además de discutir cuidadosamente las condiciones y posibilidades del comercio inglés con cada país extranjero, con Irlanda y con las colonias (la parte más valiosa del terreno) también se ocupa de los monopolios (es decir, los monopolios de los grandes empresas comerciales), las causas y los remedios para el desempleo, la acuñación de monedas, el crédito y muchos otros temas hasta el problema -¿o fue la contribución de la señora Cary? - de cómo hacer que las sirvientas sean más ordenadas y gobernables de lo que son ahora. (pág.162). Pero cada intento que hace por llevar el análisis más allá de lo obvio es un fracaso. Las rentas elevadas, por ejemplo, son responsables de que Inglaterra se venda menos en los mercados extranjeros. Se sostiene que el alto interés es otra causa de esto, pero sin recurrir a ningún argumento que pueda elevar esta teoría por encima del estatus de una observación popular. A pesar del énfasis en los excedentes de exportación, los altos precios y los altos salarios son elogiados por motivos que ponen a prueba la capacidad del lector para una interpretación generosa. Y así. Sin embargo, hay mucho sentido común en todo esto: astuto, estrechamente nacionalista e ingenuamente brutal (compárese, por ejemplo, su entusiasmo por el comercio de esclavos, la 'mina de plata' de Inglaterra, p. 76, o sus puntos de vista sobre el trato que debe recibir. repartido a Irlanda, *passim*).

Una vez que hemos aprendido a discernir 'cuasi-sistemas' en o detrás de escritos que profesan tratar solo problemas particulares, encontramos el género en todas partes. En los Países Bajos, por ejemplo, le pertenecen los [257] escritos de Graswinckel y de la Court , aunque el primero se refería únicamente al comercio de cereales. Muchos historiadores los colocarán por encima de sus

contemporáneos ingleses debido a sus puntos de vista "liberales" sobre el comercio nacional e internacional —aunque de la Court faltó a la gracia en cuanto a este último— interferencia del gobierno, corporaciones medievales, etc. Pero llegaremos a una estimación sustancialmente similar debido a la clara percepción que tienen esos autores de las causas y efectos en todos los aspectos del mecanismo de precios. Un hombre que en 1651 reconoció la función económica de la 'anticipación' y la especulación, al igual que Graswinckel, sabía algo que podría haberse presentado como un descubrimiento en 1751, no que realmente lo hubiera sido, aunque era un lugar común en 1851 y sonará del todo mal ahora.

Los escritos alemanes del siglo XVII de este género, además de adoptar, por supuesto, una visión diferente en cuanto a la política, no estaban en este nivel, pero había muchos del tipo Cary o mejores. Nos contentaremos con un representante austriaco, el conocido Hornigk, [258] que, como el mucho más importante Becher y algunos otros, figura en toda la historia de la economía. Su libro es otro programa para una política de fomento del desarrollo económico, escrito esta vez para un país pobre, eternamente amenazado por las invasiones turcas y que carece tanto de los recursos como de las posibilidades de Inglaterra. Sin embargo, si tenemos debidamente en cuenta este hecho, llama la atención el parecido familiar de las recomendaciones con las de los contemporáneos ingleses de Hornigk, o incluso con las del médico del *Discourse of the Common Weal* : tierras baldías y otros recursos no utilizados son para ser explotado; la eficiencia del trabajo aumentará mediante una mejor formación; la industria nacional debería recibir ayuda, entre otras cosas, dirigiendo la demanda de los consumidores hacia sus productos; favorecer las exportaciones de manufacturas y las importaciones de las materias primas necesarias, restringir las exportaciones de las últimas y restringir las importaciones de las primeras; el comercio debe equilibrarse bilateralmente con cada país extranjero individual (véase el último capítulo de esta Parte); y así sucesivamente: sentido del sonido en su totalidad o en su mayor parte y muy interesante como monumento del pensamiento del burócrata inteligente, pero sentido del sonido que ni siquiera sospechaba que podría ser reforzado de manera útil por el análisis.

En lo que respecta a los Estados Unidos, no hay nada que registrar en la forma de esfuerzo sistemático antes del siglo XIX. Esto es lo que deberíamos esperar de las condiciones ambientales que era poco probable que produjeran una demanda o una oferta de tratados generales. Pero la discusión de los problemas prácticos actuales estuvo activa incluso en la época colonial, y durante el siglo XVIII abundan los informes, panfletos y tratados, especialmente sobre cuestiones de papel moneda, acuñación, crédito, comercio y política fiscal. [259] Y algunas de estas interpretaciones responden a nuestra idea de 'cuasi-sistemas'. Aquí hay tres ejemplos que se recomienda al lector estadounidense que busque por sí mismo. Primero, el famoso *Informe de* Hamilton *sobre las manufacturas* (1791), [260] aunque sin duda pretende ser una descripción con un programa, es realmente una 'economía aplicada' en su máxima expresión y revela con bastante claridad los elementos esenciales del marco analítico que iba a ser explicitado por D. Raymond y F. List y, a su vez, señala el trabajo de hombres como Child y Davenant. En segundo lugar, el trabajo de Coxe se acerca a ser en realidad un tratado sistemático. [261] En tercer lugar, los diversos tratados de Benjamin Franklin (1706-1790) sobre temas económicos [262] presentan material suficiente para permitirnos reconstruir su sistema, en el aspecto práctico, sustancialmente de tipo laissez-faire, aunque hay poco que elogiar por virtudes puramente analíticas. .

6. Las finanzas públicas una vez más

En la primera sección de este capítulo, se enfatizó el hecho de que en los estados nacionales emergentes, las finanzas públicas adquirieron no solo una importancia primordial sino también una nueva importancia. Sería poco exagerado decir que, al menos para las ramas continentales de la literatura que se han examinado, fue el tema central alrededor del cual giró la mayor parte del resto. Por tanto, volvamos sobre nuestros pasos y observemos más de cerca el problema financiero de estos siglos.

Las finanzas públicas en nuestro sentido, y especialmente los impuestos modernos, se desarrollaron por primera vez en el curso del siglo XV en las ciudades-repúblicas italianas, Florencia en particular, y en las ciudades libres alemanas (*Reichsstädte*). Más importante para nosotros es, sin embargo, el desarrollo de los sistemas fiscales de los estados nacionales y de los principados italianos y alemanes. En aras de la brevedad y la concreción, pensaremos principalmente en el caso de este último o, aún más precisamente, en el desarrollo de las finanzas públicas en un principado *temporal* típico de Alemania. Por supuesto, la gente siempre reconoció la existencia de algunos intereses que eran comunes a todos los miembros de una unidad política; el reconocimiento de la *res publica* fue fomentado, entre otros factores, por la enseñanza escolástica. Sin embargo, los asuntos públicos eran, en principio legal, asuntos del gobernante territorial. Las guerras en particular fueron sus peleas personales (compárese con la frase oficial inglesa que aún sobrevive, "los enemigos del rey"). Por tanto, en la medida en que el servicio militar que le debían sus vasallos resultó insuficiente —y este recurso se agotó en el curso del siglo XVI—, tuvo que financiarlo con sus propios medios. Estos consistían, en primer lugar, en los ingresos feudales de sus propias tierras y, en segundo lugar, en una serie de derechos fiscales consuetudinarios que acompañaban al señorío de un principado, como el señoreaje, los peajes y las aduanas, el derecho a cobrar por el salvoconducto de viajeros y caravanas de comerciantes, el derecho a cobrar impuestos a las comunidades judías por la protección que se les brinda, y el derecho a una amplia variedad de tarifas de todo tipo (*regalía*).

La subida de los precios, el coste de los mercenarios y más tarde de los ejércitos permanentes, los profundos gastos en noblezas y burocracias cortesanas, y otras causas, todas relacionadas con las ambiciones políticas de esos príncipes o bien con la estructura social de sus territorios, las volvieron habituales. fuentes de ingresos inadecuadas y condujeron a una carga de deuda cada vez mayor. En las situaciones insostenibles que siguieron, los príncipes apelaron a sus Estados alegando que, por ejemplo, una invasión turca era, después de todo, no sólo un asunto privado del príncipe. Los Estados concedieron entonces subsidios que, además de las contribuciones de las ciudades, recaudaban sobre sus propios ingresos *feudales* , es decir, sobre las cuotas que les debían sus campesinos, quedando libres las tierras en su propia administración. En un principio insistieron cada vez que estaban haciendo el otorgamiento por su propia voluntad en respuesta a una humilde solicitud y solo para la emergencia particular en cuestión; pero en realidad llevaron la carga. Sin embargo, muy pronto hubo que reconocer la recurrencia regular de estos impuestos directos. Pero, aceptando el hecho, los Estados, por un lado, establecieron sus propias administraciones para recaudarlos y gastar los ingresos y, por otro lado, ya no los aburrieron ellos mismos, sino que los recogieron a su vez de sus campesinos dependientes. Esta disposición, además de ser inadecuada, no fue en absoluto del gusto de los príncipes y sus burocracias. Se produjo un tira y afloja entre ellos y los Estados por el control de este nuevo aparato fiscal que había

crecido junto al suyo. El lector sabe que el parlamento inglés logró mantener su control sobre estos hilos de la bolsa que finalmente en el siglo XVII estrangularon el poder del rey. En la mayoría de los demás países, sin embargo, reyes y príncipes, o más bien sus burocracias, ganaron en el transcurso del siglo XVIII, aunque el *ancien régime* francés se quebró en el intento de asegurar la reforma fiscal.

Mientras tanto, es decir, hasta que las burocracias conquistaran el bastión fiscal de los Estados, el creciente Leviatán tuvo que alimentarse de las antiguas fuentes de ingresos. En consecuencia, el desarrollo de estos, especialmente de todos los derechos fiscales, se convirtió en una tarea importante de los gobiernos y sus secuaces. Esto significó eventualmente el crecimiento desproporcionado de los impuestos indirectos, especialmente en las formas del Impuesto General sobre el Consumo por un lado, y del Impuesto General sobre el Volumen de *Negocios —la alcavala* española es el ejemplo destacado — por el otro. Porque aunque la introducción o el aumento de impuestos indirectos también dependía en principio del consentimiento de los Estados, resultó, en casi todas partes, excepto en Inglaterra, más fácil eludir este requisito en el caso de los indirectos que en el caso de los impuestos indirectos. tributación directa. Los príncipes y las burocracias también tenían otro motivo para preferir a los primeros. Estamos acostumbrados a considerar los impuestos indirectos como contrarios a los intereses de los relativamente pobres. Pero en los siglos XVII y XVIII el argumento "social" se inclinaba a favor de los impuestos indirectos: porque los impuestos indirectos al menos *también* eran soportados por la nobleza y el clero, mientras que estas clases apenas contribuían en absoluto a los ingresos de los impuestos directos. Sin embargo, dado que tampoco fue fácil introducir o reformar los impuestos indirectos, lo que, por cierto, muestra cuán lejos estaban esas monarquías de ser 'absolutas', los ingresos de esta fuente tuvieron que incrementarse de acuerdo a la oportunidad más que a cualquier plan racional. . Y dado que, además, los gobiernos rara vez estaban en condiciones de abandonar los ingresos de los antiguos derechos fiscales por irracionales, onerosos o vejatorios que fueran, el resultado fue casi increíble: la única palabra es 'desorden', cuya mera corrección fue extremadamente tarea difícil que, cuando se asumió en los siglos XVII y XVIII, ejercitó el ingenio de administradores y escritores por igual. La literatura que surgió en respuesta a estas condiciones contiene algunos análisis sobre problemas tales como la incidencia de los impuestos, que se notará brevemente más adelante, y también análisis de un tipo que sería mejor advertir ahora, junto con esas partes mucho más importantes de esa literatura que no es relevante para la historia de la economía analítica y que sólo hay que mencionar para descartarla.

Primero, el tira y afloja mencionado produjo innumerables libros y folletos sobre el derecho a tributar, la "justicia" de la tributación y las cuestiones constitucionales relacionadas con la tributación. Ya hemos señalado el importante preludio a esto que está contenido en los escritos escolásticos. La literatura laica de este tipo muestra una diferencia característica de tendencia entre su rama inglesa y sus ramas continentales: la mayoría de los escritores continentales se pusieron del lado de las burocracias y, a menudo, vieron una resistencia ignorante y antisocial de los intereses de clase donde la gran mayoría de los escritores ingleses, particularmente en la lucha por el dinero de los barcos de Carlos I, vio una posición meritoria por la libertad. Sin embargo, todo esto era simplemente política o "filosofía política" y no nos interesa. En segundo lugar, la descripción pura de las fuentes de ingresos públicos y la práctica administrativa se remonta a mucho tiempo atrás. Hay una instancia inglesa del siglo XII. [263] Esta literatura se desarrolló mucho a partir del siglo XVI, especialmente en el continente, pero no necesita más atención para nuestros propósitos. [264] En tercer lugar, la necesidad de aprovechar

los derechos fiscales existentes produjo en el servicio público un tipo especial de abogado cuya tarea era salvaguardar, ampliar y sistematizar esos derechos mediante una adecuada interpretación y que naturalmente también enseñaba y escribía, creando lo que es conocida como Jurisprudencia Fiscal. 265 Una cuarta categoría estaba formada por los planificadores fiscales, los numerosos escritores que abogaban por esquemas de reforma fiscal: todas las emergencias o controversias financieras desde el siglo XV produjeron naturalmente grupos de ellos. A la luz de sus ideas, sería posible escribir no solo una historia de las finanzas públicas, sino también una historia de la sociedad política, pues todo lo que ocurre en la esfera política se refleja más fielmente en las ideas predominantes sobre política fiscal que en Algo más. Sin embargo, la mayoría de los planificadores no realizó ningún trabajo analítico. Esto es especialmente cierto para algunos de los más eminentes entre ellos, como el cardenal Cusanus, quien propuso un plan que de hecho habría rescatado al Imperio alemán de la decadencia en la que estaba cayendo en los siglos XV y XVI. Pero algunos lo analizaron. Analizaron la naturaleza de los impuestos; ya se ha mencionado un ejemplo temprano, la teoría de Mattheo Palmieri; sus efectos económicos; la severidad de la presión ejercida por diferentes sistemas; los efectos del gasto público; los méritos relativos de los impuestos directos e indirectos y del financiamiento de las guerras mediante impuestos, préstamos e inflación; y así. La discusión española de los siglos XVII y XVIII sería particularmente interesante de seguir, 266 la discusión inglesa sobre las finanzas de guerra de los siglos XVII y XVIII o sobre el plan de impuestos especiales de Sir Robert Walpole no lo es menos. Pero de la masa de esta literatura seleccionaremos sólo dos obras de primera importancia. El tratado de Petty sobre impuestos y contribuciones (discutido en el capítulo siguiente) no es uno de ellos porque el interés que presenta, aunque grande, pertenece al campo de la economía general más que al de la política fiscal.

La primera es una de las obras que fueron provocadas por la situación económica de Francia durante los últimos veinte años del reinado de Luis XIV. La Guerra de Sucesión española que siguió a la Guerra de la Gran Alianza estaba convirtiendo el empobrecimiento en miseria nacional cuando una de las grandes figuras del Estado y del ejército, el ingeniero-soldado Vauban, cometió la indiscreción de publicar una vieja idea suya, el *Projet d'une dixme royale* (1707). 267 Esta es una de las actuaciones destacadas en el campo de las finanzas públicas, insuperable, antes o después, en la pulcritud y contundencia del argumento. La recomendación en sí no importa mucho aquí. Básicamente, se trataba de que el torbellino irracional y difícil de manejar de los impuestos que había surgido de una manera completamente asistemática debería ser descartado -excepto un impuesto a la sal racionalizado, ciertos impuestos especiales y derechos de exportación e importación- y reemplazado por un impuesto general sobre la renta que debía aplicarse. a todo tipo de ingresos, aunque a tasas variables, de las cuales la más alta sería el 10 por ciento (de ahí la palabra *dixme*); ideas similares habían ocurrido antes. Las características que sí importan son estas. En primer lugar, Vauban se elevó plenamente a esas alturas, pisoteadas por tan pocos, desde las que la política fiscal se considera una herramienta de terapéutica económica, el resultado final de un estudio exhaustivo del proceso económico. Con una visión gladstoniana se dio cuenta de que las medidas fiscales afectan al organismo económico directamente a sus células y que el método de obtener una determinada cantidad de ingresos puede marcar la diferencia entre la parálisis y la prosperidad. En segundo lugar, basó sus conclusiones en cada detalle en hechos numéricos. Su mente de ingeniero no lo adivinó. Se dio cuenta. La ordenación intencionada de todos los datos disponibles fue la esencia de su análisis. Nadie comprendió nunca mejor la verdadera relación entre hechos y argumentos. Esto es lo que lo convierte en un clásico económico en el sentido

elogioso de la palabra y un precursor de las tendencias modernas, aunque no contribuyó en nada al aparato teórico de la economía. [268] Su caso ofrece otra ilustración de la verdad de que un hombre puede ser un excelente economista sin ser un buen teórico. Lo contrario también es cierto, lamentablemente.

El segundo trabajo que se mencionará, el tratado [269] de Broggia sobre impuestos, es de una naturaleza completamente diferente y ha sido seleccionado por razones completamente diferentes. También describe un sistema fiscal "ideal" que podría haberse derivado del desarrollo crítico del de Vauban: las principales ideas prácticas, salvo una, son aproximadamente similares. Pero las fuentes italianas, tanto anteriores como contemporáneas, pueden indicarse para cada particular, entre otros para los `` cánones de impuestos " (cap. 1) que, expandidos en *Meditazioni* de Verri (1771), esencialmente anticipan los de A. Smith. Por tanto, falta aquí la frescura —la originalidad «subjetiva »— que hace del *Projet* de Vauban una lectura tan deliciosa. Tampoco hay nada que corresponda al mérito principal del trabajo de Vauban, los hechos y las cifras. En cambio, sin embargo, encontramos una exhaustividad sistemática y un análisis más minucioso: el resultado es, al menos, un compendio de todo lo que era mejor, no solo en la literatura sobre finanzas públicas del siglo XVIII, sino también en la mayor parte de la del XIX. Está la racionalización del siglo XV de los impuestos como pago de garantía y como equivalentes de los servicios prestados por el gobierno. Existe el principio de que los impuestos directos e indirectos son complementos necesarios entre sí, las dos manos de las finanzas (Gladstone podría haber dicho eso: en realidad, habló de dos hermanas tan casi iguales que una duda a la hora de decidir cuál de las dos debe juzgar). Se combina un impuesto proporcional (10 por ciento) sobre ciertos ingresos (*entrate certe* , principalmente de tierras, casas, incluidas las habitadas por sus propietarios, y fondos públicos; compare la predilección de A. Smith por los impuestos sobre la tierra y la vivienda) que no se transferirán con un sistema de impuestos indirectos (*gabelle*) que se supone que se transfieren a los compradores, mientras que todos los ingresos *inciertos* (ganancias, salarios, etc.) deben dejarse libres. Lo interesante de esto es el diagnóstico de fondo de la situación económica: la financiación de Broggia era fomentar el aumento de la riqueza a través de la actividad industrial y comercial; para este propósito, la riqueza adquirida debía ser gravada para obligar a las personas a dedicarse a los negocios, mientras que tanto la riqueza en construcción como el trabajo debían tocarse suavemente. Por eso recomendó que los préstamos de dinero a las empresas o los fondos comerciales monetarios (dinero *impiegato a negozio*) no se *gravaran* , y por qué incluso sus impuestos directos no se *aplicaban* a los ingresos personales, sino a los rendimientos 'reales' u 'objetivos'. a consideraciones de conveniencia administrativa en esto, como ya lo habían hecho Bodin y Botero, pero el punto esencial era evitar encadenar la actividad empresarial y oprimir la "lucha contra la pobreza". Hay tres aspectos en esto: primero, un esquema de objetivos y valoraciones que no nos preocupan más de lo que nos preocupa todo su discurso sobre la "justicia"; segundo, una visión de las condiciones sociales y económicas y sus posibilidades que fue muy por debajo de la superficie; y tercero, el análisis, aunque no del todo explícito, de las causas y efectos económicos. Es este tercer punto el que constituye el mérito científico del trabajo. [270]

7. Nota sobre las utopías

Aquí se insertan algunas palabras sobre las novelas de Estado de los siglos XVI y XVII (*Staatsromane*) [271] que derivan su nombre, Utopías, del título del mayor éxito del género, la *Utopía* de Tomás Moro. Este significado del término utopía debe distinguirse del significado que pretende

transmitir la frase marxista socialismo utópico. F. Engels (1892) definió lo 'utópico' en contraste con el socialismo 'científico' para denotar ideas socialistas que (a) no están conectadas con un movimiento de masas real y (b) no se basan en ninguna prueba de la existencia de fuerzas económicas observables que tienden para realizar esas ideas. En este sentido, el *Code de la Nature de* Morelly (1755) es ciertamente un socialismo utópico. Sin embargo, no lo hemos llamado utopía, no solo porque esto habría restringido el concepto a las utopías socialistas, sino también porque en este libro deseamos usar el término, excepto cuando se advierta lo contrario, para algo completamente diferente: un tipo literario distintivo: para creaciones artísticas de una naturaleza que sugiere el término novela de estado y ejemplifica La *República* de Platón . En este sentido, la descripción del anteproyecto de una sociedad socialista o de cualquier otro tipo, aunque no exista, como la que dibujó Morelly, no es una utopía. Este tipo, que, sin duda bajo la influencia griega, fue bastante popular en la época bajo revisión, [272] es difícil de interpretar. Una forma literaria puede consagrar cualquier cosa, desde un sueño diurno convertido en un poema en prosa hasta el análisis más realista. Afortunadamente, siempre es posible reconocer la presencia y especialmente la ausencia de este último elemento, aunque no siempre es posible decir si lo que se presenta como enunciado de hecho o como imperativo debe entenderse como "poesía o como verdad". ' Solo es necesario mencionar cuatro casos, las obras de Francis Bacon, Harrington, Campanella y More. Y los tres primeros pueden descartarse de inmediato como irrelevantes para nuestro propósito: la *Nueva Atlántida de* Bacon (1627), un fragmento, una desviación singular del credo de la `` ciencia inductiva '' predicado por su autor, y *Oceana* de Harrington (1656) interés en absoluto; a la *Civitas solis de* Campanella (Ciudad del sol, 1623) Los rayos platónicos que juegan alrededor de la materia más bien común dan un glamour que no es propio; [273] pero el caso de la *utopía* de More es diferente. [274]

Este rico libro está lleno de sabiduría madura y, naturalmente, ha sido objeto de muchas interpretaciones diferentes que, dado que nos ocupamos sólo de uno de los muchos aspectos que presenta, y de uno muy menor, no necesitamos quedarnos a discutir. Tampoco es necesario entrar en las críticas sociales de More ni en los rasgos generales de su esquema de vida comunista que facilita la solución de la mayoría de los problemas económicos mediante el postulado de gustos simples e invariables en una población que se mantiene estacionaria o casi estacionaria por la emigración regulada o más bien forzada. —Uno de los muchos puntos de similitud con la *Politeia* de Platón . Sin embargo, dos cosas tienen relevancia para el análisis. Primero, el plan general de producción y distribución de bienes: los gustos se dan, las cantidades producidas actualmente, de acuerdo con las regulaciones gubernamentales, por todos los adultos excepto una clase privilegiada de hombres `` eruditos '', no del todo guardianes de Platón, porque hay un rey elegido. —Se distribuyen de manera que todos los distritos estén en pie de igualdad sobre la base de estadísticas de producción corriente y mediante un sistema de almacenamiento público. Esto, sea lo que sea lo que pueda significar, no es un mal método para poner en evidencia lo esencial del funcionamiento de cualquier organismo económico. En particular, una teoría útil del dinero puede derivarse de esta concepción, y More insinúa esta teoría al derramar los frascos de ira humorística sobre el fetichismo del oro y la plata, que, a menos que se requiera para pagar el exceso de importaciones, Utopía solo usa con fines indicativos del desprecio de More. La crítica de la economía popular de su época bien puede haber sido uno de los principales objetivos de esta construcción. En segundo lugar, su crítica de las condiciones económicas, aunque de mayor peso en asuntos legales y especialmente penológicos, se entremezcla con diagnósticos y

formulaciones, algunas de las cuales pueden clasificarse como contribuciones al análisis. La atribución del desempleo a los recintos, aunque siempre una verdad a medias, no fue, en 1516, el lugar común en el que se convirtió poco después. E introdujo la palabra y el concepto de oligopolio exactamente en el mismo sentido en que lo usamos ahora.

4

-

Los econometristas y Turgot 275

LOS INDIVIDUOS y grupos que se discutirán en este capítulo también fueron Administradores Consultores, aunque no del tipo académico, y algunos de ellos califican además como filósofos del derecho natural. Sin embargo, no fue solo para aliviar un capítulo ya sobrecargado de nombres que se han reservado para un tratamiento separado. A excepción de la gran figura de Turgot, que aparecerá al final del capítulo, tienen algo en común que hace que sea deseable agruparlos en una matriz conectada: el espíritu del análisis numérico. Eran econometristas. De hecho, sus trabajos ilustran a la perfección qué es la Econometría y qué están tratando de hacer los Econometristas. 276

1. Arithmetick político

Repetidamente hemos tenido ocasión de observar que, con economistas de todo tipo pero especialmente con los Administradores Consultores, la investigación fáctica fue la tarea principal que absorbió la mayor parte de la mano de obra disponible y progresó de manera más satisfactoria que la "teoría" que existía. Esto fue así desde el principio, como bastan para mostrar ejemplos tan representativos como Botero y Ortiz. Sin embargo, en los siglos XVII y XVIII, se desarrolló un tipo de enseñanza, especialmente en las universidades alemanas, que se especializaba en la presentación puramente descriptiva de los hechos relevantes para la administración pública. A un profesor alemán, Hermann Conring (1606–81), se le suele atribuir el mérito de haber sido el primero en dar conferencias de este tipo. Otro, Gottfried Achenwall (1719-1772), que hizo lo mismo, introdujo el término Estadística. Estas 'estadísticas' no presentaban principalmente cifras sino más bien hechos no numéricos y, por lo tanto, no tenían nada que ver, en manos de esos profesores, con lo que ahora llamamos método estadístico. Pero el propósito de esta información era muy similar al que se calcula que sirven nuestras cifras, tratadas con métodos algo más refinados. La definición de estadística adoptada hasta 1838 por la Royal Statistical Society —para darle su título actual— todavía giraba en torno a la "ilustración de las condiciones y perspectivas de la sociedad" y, por tanto, cubría bastante bien el trabajo de Conring y Achenwall. 277 But-por desgracia para la profesión académica! -El desarrollo realmente interesante no comenzó de la misma.

El impulso decisivo vino de un pequeño grupo inglés liderado e inspirado por Sir William Petty. 278 La naturaleza tanto de lo que él llamó Political Arithmetick como de su contribución personal ha sido formulada con una imparcialidad insuperable por uno de sus seguidores más capaces, Davenant 279 (*Of the Use of Political Arithmetick* , *Works* , I, p. 128): ' Por Arithmetick político entendemos el arte de razonar mediante cifras sobre cosas relacionadas con el gobierno. . . . El arte en sí es, sin duda, muy antiguo. . . . [Pero Petty] primero le dio ese nombre y lo incorporó a reglas y métodos '. Se verá que los "métodos" —que por supuesto él tampoco inventó pero, por así decirlo, ayudaron a la conciencia— no consisten en reemplazar el razonamiento por el ensamblaje de hechos. Petty no fue víctima del lema: que los hechos hablen por sí mismos. Petty fue el primero y el último teórico. Pero fue uno de esos teóricos para quienes la ciencia es en verdad medida; que forjan herramientas analíticas que trabajarán con hechos numéricos y despreciarán sinceramente a cualquier otro; cuyas

generalizaciones son el producto conjunto de cifras y razonamientos a los que nunca se les permite separarse. La relación de este procedimiento con el de las ciencias físicas -y con los principios newtonianos, en particular- es tan obvia que hace necesario enfatizar que Petty no mostró ninguna propensión a tomar prestado de ellos o incluso a fortalecer su caso mediante dudosas analogías con ellos. . Simplemente propuso 'en lugar de usar solo palabras comparativas y superlativas y argumentos intelectuales'. . . para expresarse en términos de número, peso y medida. ' No menos obvio es que estaba muy consciente de los aspectos polémicos de su credo metodológico. Estaba bastante dispuesto a luchar por ello y comenzar lo que habría sido la primera controversia sobre el "método". Pero nadie atacó. Algunos siguieron. Muchos admirados. Y la gran mayoría se olvidó muy rápidamente. Es decir, los economistas no olvidaron el nombre; incluso recordaron puntos de vista individuales de Petty sobre varios temas prácticos y algunas de sus teorías, precisamente aquellas que estaban expresadas en simples lemas. Fue el mensaje inspirador, el sugestivo programa, que se marchitó en las manos de madera del profesor escocés y prácticamente se perdió para la mayoría de los economistas durante 250 años: A. Smith tomó el lado seguro que le resultó tan agradable cuando declaró (*Wealth* , Libro IV, cap.5) que no puso mucha fe en el Arithmetick político.

Sin embargo, no se perdió el impulso dado a las estadísticas vitales y, por tanto, indirectamente a las estadísticas en general. En esto, el mérito principal o incluso único ahora se suele atribuir a Graunt (ver nota a pie de página arriba).

En el próximo capítulo tocaremos las controversias de ese período sobre el tema del crecimiento (¡o declive!) De la población que hasta el censo de 1801 era, al menos en Inglaterra, una cuestión de conjeturas. Este, sin embargo, fue sólo uno de los problemas que los logros de Graunt o Petty pusieron en una forma más prometedora por medio de las 'facturas de mortalidad' extraídas de los registros parroquiales. Los cálculos de la probabilidad de supervivencia con aplicación a un seguro, de la influencia de la inoculación en la longevidad, de la relación de los sexos al nacer y de la duración media del matrimonio en relación con las edades del marido y la mujer son ejemplos tomados al azar de un gran campo de investigación que se llevaría a la cultivación dentro de los siguientes cien años en las líneas marcadas con tiza en el libro de Graunt. Tampoco se caracteriza adecuadamente su mérito llamándolo el "Colón de las facturas de la mortalidad". Quizás sea aún más digno de su crédito que mostró un sentido de la naturaleza metodológica de esos fenómenos de masas que pueden ser descritos por "leyes" aunque los elementos individuales de ellos son fortuitos. Basta mencionar los principales peldaños de un mayor progreso. El primero en investigar con precisión el problema de las posibilidades de supervivencia fue E. Halley (*An Estimate of the Degrees of the Mortality of Mankind* , 1693). JP Sussmilch (Die Ordnung Göttliche en el foso Veränderungen des menschlichen Geschlechts. . ., 1740) se puede decir que han puesto las estadísticas vitales, sin duda en sus pies mediante el desarrollo y la sistematización de la obra de sus predecesores ingleses. La teoría de la probabilidad, la base del método estadístico, fue desarrollada por Jacques Bernoulli (1654-1705; *Ars conjectandi* , 1713) y aún más por sus sobrinos Nicholas (1687-1759) y Daniel Bernoulli (1700-1782), que también trabajó otras aplicaciones. En vista de la estrecha alianza entre la economía moderna y no solo el material sino también los métodos de la estadística, es muy lamentable que no podamos seguir esta línea de avance más. Sin embargo, el lector puede extraer la mayor parte de lo que falta aquí de un estudio de las excelentes *Contribuciones* de HL Westergaard *a la historia de la estadística* (1932).

Más importante para la economía propiamente dicha fue otra actuación que ilustra la curiosa

torpeza (recién lamentada) de los economistas: la ley de demanda de trigo de Gregory King (1648-1712). 280 Se refiere a las desviaciones de una supuesta normalidad y establece que si la cosecha no llega a esta normal en 1, 2, 3, 4 o 5 décimas, el precio aumentará por encima de lo que deberíamos llamar su valor de tendencia, que King, sin embargo, se supone que es constante, al menos, durante muchos años juntos, en 3, 8, 16, 28 o 45 décimas. De esto se puede derivar fácilmente una ecuación, dando explícitamente la ley de demanda implícita. 281 Lo notable es que King, aunque no intentó más refinamientos, evidentemente entendió el problema perfectamente; que trabajó con desviaciones de lo normal es un toque particularmente interesante. Aún más notable es que, a pesar de la notoriedad general que iba a ganar la 'ley de King', a los economistas tampoco se les ocurrió mejorarla, aunque todo lo que se requería era avanzar más en una línea inequívocamente marcada con tiza. o aplicar el mismo método a otras mercancías hasta que el trabajo de HL Moore, 1914 (véase más adelante, Parte IV, capítulos 5 y 7) liberó la avalancha de curvas de demanda estadística de nuestro propio tiempo, un desfase de más de 200 años. No olvidemos, sin embargo, el trabajo econométrico realizado en otros lugares, por ejemplo, en Italia, por hombres como Verri o Carli.

Para volver a Petty. Todos o la mayoría de sus escritos fueron motivados por los problemas prácticos de su época y su país: problemas de impuestos, de dinero, de la política de comercio internacional, en particular con miras a sacar lo mejor de los holandeses, etc. La calidad superior de su mente se muestra en todos sus comentarios y sugerencias, pero no hay nada muy llamativo, muy original o muy distintivo en ellos: representaban las opiniones que estaban entonces, o que rápidamente lo están haciendo, entre los mejores economistas ingleses. Tampoco hay nada distintivo en el hecho mismo de que Petty sin duda razonara a partir de un conjunto de principios o esquema teórico percibidos más o menos claramente; varios de sus contemporáneos hicieron eso, y su esquema no era más articulado que el de ellos. Sin embargo, había algo que era específicamente suyo y en el que su energía mental y talento teórico se afirmaban de manera conspicua: como ya se ha observado, forjó conceptos a partir de investigaciones estadísticas y en conexión con ellas, y al hacerlo llegó más lejos en algunos puntos que cualquiera de sus contemporáneos. Su concepto de la velocidad del dinero es, con razón, el ejemplo más famoso y será mencionado nuevamente en el Capítulo 6. Otro ejemplo es su trabajo sobre la renta nacional: no se preocupó por su definición, pero reconoció su importancia analítica y trató de descúbrelo. Se puede decir, en este sentido, que el análisis de ingresos moderno comienza con él, aunque en general parece mejor rastrearlo hasta Quesnay (véase más adelante, sec. 3). Un tercer ejemplo es este: todo el mundo conoce la frase que se ha repetido hasta la *saciedad* , 'el trabajo es el padre'. . . de la riqueza, como la tierra es la madre. Esto significa que puso en pie los dos "factores originales de producción" de los teóricos posteriores. Dejando caer ilógicamente a la madre, declaró en otra parte que el capital (la "riqueza, las existencias o la provisión de la nación") es el producto del trabajo pasado, lo que recuerda la torpe reformulación de Ricardo de James Mill. 282 Pero no se puede repetir con demasiada frecuencia que, en sí mismas, y sin los desarrollos que las hacen valiosas, tales sugerencias equivalen a muy poco. Lo que sí equivale a algo es su investigación sobre un 'par natural' entre tierra y trabajo, es decir, quedarse, su intento, presagiando el mucho más minucioso de Cantillon, de relacionar los valores de la tierra y el trabajo equiparando una pieza. de tierra que producirá un 'alimento diario de un hombre adulto' (con ciertas correcciones) al trabajo diario de dicho hombre. Si la tecnología y todas las demás condiciones de producción y consumo permanecieran severamente iguales, este procedimiento podría darnos la piedra filosofal económica: la unidad de

medida por la cual reducir las cantidades disponibles de los dos 'factores originales', tierra y trabajo, a un Cantidad homogénea de "poder productivo" que podría expresarse mediante una cifra, y cuya unidad podría servir como patrón de valor de la tierra y el trabajo. Tal como está, esta interesante empresa, como todas las similares, resultó ser un callejón sin salida.

Por supuesto, esto no era una explicación del fenómeno del valor, mucho menos una teoría del valor del trabajo; en todo caso, era una teoría del valor de la tierra. Sobre la división del trabajo, sin embargo, encontramos todos los elementos esenciales de lo que Adam Smith iba a decir al respecto, incluida su dependencia del tamaño de los mercados. Los precios se tratan de forma esquemática. Contrariamente a la opinión marxista, no existe una teoría de los salarios (a menos que decidamos dignificar con este nombre la proposición de que los trabajadores 'deberían' nunca obtener más que un mínimo de subsistencia porque si ganaran el doble, ¡reducirían su trabajo a la mitad!) y ninguna teoría de explotación de la plusvalía o de la renta (a menos que decidamos dignificar con estos nombres las proposiciones triviales de que no habría excedente si los trabajadores reclamaran todo el producto, que la renta de la tierra es lo que queda después de que los costos de producción hayan sufragado, y que aumenta a medida que, con la demanda creciente, el maíz debe ser traído desde mayores distancias). 283 Sin embargo, al menos en un caso particular que no está muy bien enmarcado, existe una percepción de la tendencia hacia la igualación de los rendimientos entre industrias. 284 Aunque carece de la referencia a los márgenes, que sería necesaria para hacer viable el teorema, tenemos aquí de hecho una contribución a la explicación del mecanismo empresarial.

Finalmente, la teoría del interés de Petty, en la medida en que se puede decir que tuvo una, apunta a los escolásticos. La influencia directa no es del todo imposible, ya que recibió parte de su educación en el colegio jesuita de Caen. Por un lado, está su afirmación de que el cambio de divisas es 'interés local', lo que sugiere, aunque no lo dice explícitamente, que habría estado de acuerdo con la frase de que el interés es 'intercambio a lo largo del tiempo' - la escolástica los médicos consideraron, aunque no aceptaron, una explicación al respecto. Y hay, por otro lado, la declaración explícita de Petty en el sentido de que los intereses son una compensación "por abstenerse del uso de su propio dinero durante un período de tiempo acordado cualquiera que sea la necesidad que pueda tener mientras tanto". Esto, especialmente si se considera a la luz de su desaprobación de los intereses sobre el dinero que el prestamista puede reclamar en cualquier momento, es simplemente una doctrina escolástica tardía. Sus diversas y no siempre felices consideraciones sobre la relación entre el interés y la renta de la tierra, en las que notoriamente no hizo una contribución obvia, a saber, derivar el valor de la tierra mediante el descuento de su rendimiento neto por la tasa de interés predominante. Recordemos también los argumentos escolásticos, aunque no es necesario invocar ninguna influencia externa para comprender por qué este problema debe imponerse a cualquier analista.

2. Boisguillebert y Cantillon

Aunque, como líder en el campo de las finanzas públicas, ya hemos conocido a Boisguillebert y, aunque, como líder en el campo del dinero, lo volveremos a encontrar en poco tiempo, es deseable no perderlo en el escenario que estamos tratando. para visualizar ahora 285 como una figura importante en el campo de la "teoría general". Se le ha llamado un precursor de los fisiócratas, y es fácil ver por qué: por un lado, fue un enérgico patrocinador del interés agrícola; por otro lado, encontramos en sus páginas frases como: todo lo que se necesita es *laissez faire la nature et la liberté* . Pero aunque estos

hechos son suficientes para alinearlo con el pensamiento político de los fisiócratas, no son suficientes para convertirlo en el antepasado del análisis específicamente fisiócrata. Existe una afinidad analítica entre sus puntos de vista y los de Quesnay sobre el dinero (ver más abajo, cap. 6) pero, en general, parece mejor no enfatizar demasiado la relación. Fue uno más de esos autores que vieron el organismo económico como un sistema de equilibrio de magnitudes económicas interdependientes y que construyeron este sistema desde el ángulo del consumo, yendo más lejos, quizás, que nadie antes de Cantillon. Su sociología económica se centró, con un espíritu casi marxista, en dos clases sociales, ricos y pobres, cuya existencia explicó de una manera que se volvería bastante común a medida que avanzaba el siglo XVIII. Los individuos más fuertes, por el *crimen y la violencia* , se apoderan de los medios de producción y luego no quieren trabajar más; Además, un toque muy moderno que el lector no dejará de apreciar, estos fuertes ladrones, que se han hecho ricos, tienden a almacenar dinero en lugar de bienes (¡el dinero *acumulado* , el 'moloch del mundo'!), y por lo tanto deprecian la riqueza real. y perturbar la corriente de la vida económica. El principio económico del orden lo encontró en competencia con tanta claridad como lo hizo A. Smith más de medio siglo después. Desde el punto de vista del análisis, esto es decisivo. Que, sobre la base de esto, él no propugnara (como hizo A. Smith) el libre comercio incondicional es irrelevante, porque en esta conclusión práctica entran tantas otras consideraciones y, además, tantas preferencias personales que su aceptación o rechazo por se prueba nada a favor o en contra del análisis de un hombre. Pero aunque su concepción del "equilibrio proporcional" competitivo era tan definida como la de A. Smith, no lo era más: no se le ocurrió definirlo ni investigar sus propiedades. Al definir la *riqueza* , como iba a hacer Cantillon, como el *goce* de todo lo que puede dar satisfacción (*plaisir*), declaró, al igual que Petty, que esta riqueza no tenía otras fuentes que la tierra y el trabajo, [286] y luego simplemente continuó diciendo que el proceso de transformación incesante de la tierra y el trabajo en bienes de consumo funcionará normalmente sin contratiempos si todas las mercancías y los servicios se producen por iniciativa ilimitada de productores competidores, como si esto no requiriera ninguna prueba. El primero en intentar un (primitiva) definición matemática del equilibrio y una (también primitiva) prueba matemática de esta proposición fue Isnard, que tiene hasta el momento de conquistar la posición en la historia de la teoría económica que se le debe [287] como precursor de Léon Walras.

A la gran obra de Cantillon [288] le fue mejor tanto por su forma sistemática e incluso didáctica completa como porque tuvo la buena suerte de obtener, mucho antes de su publicación real (véase la nota al pie 4), la aprobación entusiasta y el apoyo efectivo de dos personas muy influyentes. hombres, Gournay y Mirabeau. Lo que Petty no logró, salvo por lo que había ofrecido casi todas las ideas esenciales, está logrado ante nosotros en el *Essai* de Cantillon . Es cierto que no se logró con el estilo de un alumno que a cada paso mira hacia atrás por encima del hombro en busca de la guía del maestro, sino con el estilo de un colega intelectual que avanza con confianza de acuerdo con sus propias luces. Del mismo modo, Quesnay siguió su camino de acuerdo con sus propias luces y no era más un simple alumno de Cantillon de lo que Cantillon lo era de Petty. Sin embargo, pocas secuencias en la historia del análisis económico son tan importantes para que las veamos, las comprendamos y las fijemos en nuestra mente, como lo es la secuencia: Petty-Cantillon-Quesnay. El celo econométrico de Cantillon derivó su dirección de Petty. Desafortunadamente, el suplemento de su *Essai* que contenía sus cálculos se ha perdido. Pero, como veremos más adelante, los resultados presentados en su texto son suficientes para mostrar que fueron los problemas de Petty —principalmente la "par" entre tierra y trabajo, y los

métodos de Petty los que los inspiraron. Además, la dependencia o posible dependencia —no puede haber certeza acerca de ella— se extiende más allá de puntos individuales tan importantes como la teoría de la velocidad de circulación o la teoría de la población hasta las características fundamentales de la estructura teórica general. Se verá que se aplica exactamente la misma conclusión a la relación del trabajo de Quesnay con el de Cantillon. La afinidad es obvia, las diferencias no son menos reveladoras de ella que los acuerdos: ya que un hombre puede aprender de otro al criticarlo tan bien como al aceptar su enseñanza, y algunos de los puntos de vista de Quesnay parecen de hecho como si hubieran sido derivados de Cantillon por el método anterior. Y, nuevamente, son precisamente las características fundamentales de la estructura analítica de Quesnay las que se prefiguran inequívocamente en el trabajo de Cantillon. Una analogía puede ser útil: Cantillon fue para Quesnay y Petty fue para Cantillon, lo que Ricardo fue para Marx. Esto deja fuera a Boisguillebert, aunque existen importantes afinidades entre él y Cantillon y, en cuanto al dinero, entre él y Quesnay. Pero ahora parece importante centrar la atención del lector en una línea de desarrollo sólida y simple. La única manera de plantear todo esto por encima de vagas generalidades es tomar una vista de pájaro del trabajo de Cantillon o, para expresarlo de otra manera, presentar una Guía del lector. Esto es lo que procedo a hacer.

La Primera Parte contiene los fundamentos de la estructura analítica. En el primer capítulo obtenemos el diseño general por medio de los conceptos clave: tierra, trabajo y riqueza. Exactamente como Petty, e igualmente engañosamente, la tierra, la fuente del material, y el trabajo, el agente formador o productivo, entran en igualdad de condiciones para producir una riqueza que *n'est autre eligió que la nourriture, les commodités et les agrémens de la vie* (definición de Boisguillebert). Los capítulos 2 a 6 presentan lo que a todos los efectos es una sociología económica. Primero obtenemos una teoría de las clases sociales: la propiedad de la tierra, basada en la conquista y la violencia como con Boisguillebert, crea las tres clases `` naturales '' fundamentales de terratenientes, agricultores y trabajadores (los comerciantes y empresarios entran, junto con los artistas, ladrones, abogados, mendigos; pero se agregan a este esquema, no encajan realmente en él). Luego obtenemos una teoría muy interesante del origen de las aldeas, el surgimiento de los municipios (Cantillon adoptó una `` teoría del mercado '' de las ciudades, la teoría que las hace desarrollarse primero a partir de mercados periódicos, luego de mercados permanentes), ciudades y capitales. Además de crear la forma en que se redactaron muchos libros de texto del siglo XIX (en cierto sentido, incluso el tratado de Alfred Marshall), Cantillon demostró claramente su conciencia del hecho, que las mentes más pequeñas a menudo no lograban comprender, es decir, que los problemas de cualquier Las ciencias sociales analíticas necesariamente se dividen en dos grupos metodológicamente diferentes: el grupo que se centra en la cuestión de cómo el comportamiento real de las personas produce los fenómenos sociales que observamos, y el grupo que se centra en la cuestión de cómo ese comportamiento llegó a ser lo que es. En el Capítulo 3 también aprendemos algo sobre la ubicación; este es quizás el primer intento (si descuidamos las consideraciones embrionarias en la literatura agrícola) de hacer algunos avances en este campo.

La transición a la economía pura, la economía que se ocupa del comportamiento dentro del marco social descrito, se efectúa en los capítulos 7-9 donde Cantillon, para referencia futura, resuelve una serie de cuestiones preliminares relativas a (a) las diferencias en la remuneración entre trabajadores y artesanos y como entre artesanos en diferentes empleos, y (b) población. El primer tema iba a ser uno de los favoritos de los escritores posteriores, particularmente A. Smith, y se convirtió en un tema

estándar en el texto estándar del siglo XIX. Este último tema deberá tratarse en el capítulo siguiente sobre población, salarios y empleo. Pero conviene dejar constancia aquí, por anticipado, de que Cantillon (claramente desarrollando puntos de vista de Petty) permite que la población, por un lado, se adapte a la demanda de trabajo y, por otro, se regule por una ley de salario mínimo de existencia, de modo que su autoridad pudiera ser reclamada por una visión malthusiana si no fuera por el hecho de que él también (en esto aún más como Petty) consideraba el trabajo como la 'riqueza natural' de una nación (cap. dieciséis). Esto último apunta en una dirección diferente, aunque realmente no hay contradicción entre las dos ideas. Ambos se habían convertido en doctrina común en el siglo XVII.

Habiendo preparado así el terreno, nuestro autor presenta (cap. 10) una teoría del coste del precio o valor normal (*valeur intrinsèque* : no importa la palabra objetable, es bastante inofensiva). Esto, en todo caso, se queda corto con la teoría de los escolásticos, excepto que Cantillon, siguiendo la teoría de Petty, definió su costo en términos de las cantidades de tierra y trabajo que entran en la producción de cada mercancía. El problema obvio así planteado —podríamos llamarlo el problema de Petty— que Ricardo trató de esquivar eliminando la tierra (ver más abajo, Parte III, cap. 6) para quedarse con un solo factor, Cantillon aborda en el Capítulo 11 con la alternativa expediente: el trabajo se reduce a la tierra por la consideración de que el trabajo *du plus vil Esclave adulte vaut au moins. . . la quantité de terre* que debe emplearse para satisfacer sus necesidades. O, más bien, dado que según las tablas de Halley aproximadamente la mitad de los niños murieron antes de cumplir los 17 años (y también por otras razones), fue aproximadamente el doble de esa cantidad. Otros trabajadores obtienen más que el *plus vil Esclave* , pero esto se debe a que su trabajo cuesta más tierra para producir o porque su remuneración está sujeta a riesgos. Las cifras sobre los presupuestos de los trabajadores que Cantillon sostuvo para justificar esta estimación estaban en el suplemento perdido, pero en cualquier caso debemos dar crédito a Cantillon por haber dado el primer paso importante en este campo particular de investigación que se iba a desarrollar considerablemente antes de que terminara el siglo. Por lo demás, no es necesario entrar aquí en la crítica ni de la propia teoría del valor tierra-trabajo (si se le puede llamar así) ni del intento particular de hacerla numéricamente operativa. En cuanto a esto, debe bastar con decir que esto último no es lo que parece ser, es decir, una completa tontería, y que el éxito en esta línea no está descartado en un futuro lejano. Repitamos, sin embargo, primero, que lo realmente importante es el mensaje de la investigación econométrica que nos llega de este intento: el mensaje de que *los* cálculos *numéricos* deben estar en la base de cualquier ciencia, por 'teórica' que sea, que sea cuantitativa por naturaleza; y, en segundo lugar, que los *arpents* de tierra por año (1 arpeto = 330 pies cuadrados) desempeñaron exactamente el mismo papel en el análisis de Cantillon que los días de trabajo en el de Ricardo. Y agreguemos que tenemos aquí el núcleo positivo de la teoría del valor normal de Quesnay: sus filosofías sobre los poderes de creación de valor de la naturaleza agregaron tan poco al contenido operativo de la teoría de Petty-Cantillon como las filosofías de Marx sobre el poder de creación de valor. del trabajo agregado al contenido operativo de la teoría de Ricardo.

Con las desviaciones de los precios reales de esta norma —que redujo del costo en términos de tierra y mano de obra al costo en términos de tierra solamente— Cantillon trató con mucho cuidado. No hay nada en el *Essai* que pueda clasificarse como una teoría del monopolio, que es la más seria porque, como será evidente en el resto de nuestra narrativa, Cantillon razonó sobre la hipótesis de la más perfecta de las competiciones perfectas de modo que cualquier imperfección en naturalmente adquiere una importancia particular. Pero hay mucho acerca de las desviaciones temporales debido a otras

razones, es decir, Cantillon prestó mucha atención al problema del precio de mercado a diferencia del precio normal, exactamente como lo hizo A. Smith más adelante. Vale la pena señalar una característica de su tratamiento porque persistió prácticamente en JS Mill. Como todos los `` clásicos '' del siglo XIX, especialmente Ricardo, Cantillon nunca se preguntó *cómo* se relaciona el precio de mercado con el precio normal y precisamente *cómo* este último emerge, si es que surge, del mecanismo de oferta y demanda que produce el primero. Dando por sentada esta relación, se vio obligado a tratar el precio de mercado como un fenómeno separado *y restringirle la explicación de la oferta y la demanda* . Así surgió la fórmula superficial y, como lo demostraría el desarrollo posterior de la teoría del valor, engañosa —el precio normal está determinado por el costo, el precio de mercado está determinado por la oferta y la demanda— de la que veremos más en la Parte III.

Continuando, vemos la figura de Quesnay aún más claramente asomando en el futuro, y la de Boisguillebert no menos claramente asomando en el pasado. Todas las clases (*ordres*) de la sociedad y todos los hombres de un estado subsisten o se enriquecen a expensas de los terratenientes (cap. 12). A la luz del Capítulo 14, se verá que esto no significa más que eso, mientras que todos los demás elementos de ingresos se equilibran con un elemento de costo, incluidos en los costos los gastos de vida necesarios del receptor, el alquiler de los propietarios es el único eso no es tan equilibrado porque, para usar una frase posterior, es un retorno a un factor natural "sin costo", es decir, no producido. Por tanto, los ingresos de la tierra, al no estar ligados a ciertos usos más o menos predeterminados, pueden gastarse de cualquier forma que sugieran los caprichos de los terratenientes. Su gasto es el indeterminado y, precisamente por ello, el factor determinante y activo del total del consumo nacional, y por tanto también del total de la producción nacional, de modo que el destino económico de todos depende de *les humeurs, les modes et les façons de vivre* del príncipe y la aristocracia terrateniente. Estos *humeurs* determinan *les usages auxquels on Emploie les terres* y, en particular, cuántas personas estarán empleadas y podrán ganarse la vida en un país (cap.15), y cómo se verá su balanza comercial si ambos lados de la misma se miden en términos de tierra, que es el criterio que aplicó para juzgar la ventaja o desventaja que un país deriva del comercio exterior. No todo esto reaparece en los escritos de Physiocrat, no, por ejemplo, el último punto mencionado. Pero la mayor parte lo hace y, por lo tanto, es deseable dejar muy claro qué debemos pensar al respecto. Deben distinguirse varios aspectos. Primero está el teorema de que la renta pura es un rendimiento neto que se explica por la productividad de los escasos agentes naturales: esta es una proposición verdadera y valiosa a la que, después de muchos vagabundeos, la teoría regresó alrededor de 1870. En segundo lugar, está la afirmación de que esta El rendimiento neto es el único y, por lo tanto, es la agricultura la que produce la totalidad de la renta neta de la sociedad y ninguna otra actividad económica la produce. Esto, a primera vista, es incorrecto pero, como la teoría del valor trabajo, se puede hacer realidad mediante la introducción de un número suficiente de supuestos o postulados auxiliares, como competencia absolutamente perfecta, estado estacionario, ausencia de renta urbana. , salarios mínimos de existencia para que el trabajo se convierta en un producto de lo que consume el trabajador, y otros [289] , que, sin embargo, destruyen el valor práctico del enunciado. En tercer lugar, se hace hincapié en la importancia de que estos ingresos netos se gasten rápidamente para mantener el proceso económico en marcha. Este punto jugó un pequeño papel con Cantillon pero más con Boisguillebert antes que él y con Quesnay después de él. Y cuarto, está el énfasis, específicamente de Cantillon, en la forma en que se gastan los ingresos netos. Obviamente, se puede hacer un caso de sentido común para esto, especialmente para la sociedad que se

encontraba ante los ojos de Cantillon.

Ahora, el *produit de la terre* se divide, según Cantillon, en tres partes aproximadamente iguales (*les trois rentes*), un tercio reemplaza los desembolsos del agricultor, incluida su propia manutención necesaria, otro tercio le corresponde a él como `` ganancias ", y el último tercio a los *señores* . Estos terratenientes gastan el equivalente a su tercio del producto de la tierra en los pueblos donde se supone que vive aproximadamente la mitad de la población total. Los agricultores también gastan algo en las manufacturas producidas en las ciudades, es decir, una cuarta parte de sus dos tercios. Así, el equivalente a la mitad (⅓ + ⅙) del producto total de la agricultura llega a los pueblos, a manos de los *marchands et emprendedores* , que a su vez lo gastan en alimentos y materias primas, etc. La interpretación de este esquema, del que el propio Cantillon no reclama más que el valor de un boceto muy tosco de la uña del pulgar, presenta varias dificultades en las que no podemos entrar. Pero también presenta muchos puntos de interés, de los cuales mencionaremos dos.

Primero, Cantillon tenía una concepción clara de la función del empresario (cap. 13). Era bastante general, pero lo analizó con especial cuidado para el caso del agricultor. El agricultor paga ingresos contractuales, que por lo tanto son "seguros", a los terratenientes y trabajadores; vende a precios que son "inciertos". También lo hacen los pañeros y otros `` comerciantes ": todos se comprometen a ciertos pagos en espera de ingresos inciertos y, por lo tanto, son esencialmente directores de producción y comercio que asumen riesgos, y la competencia tiende a reducir su remuneración al valor normal de sus servicios. Esto, por supuesto, es doctrina escolástica. Pero nadie antes de Cantillon lo había formulado tan completamente. Y puede deberse a él que los economistas franceses, a diferencia de los ingleses, nunca perdieron de vista la función empresarial y su importancia central. Aunque presumiblemente Cantillon nunca había oído hablar de Molina y aunque no hay nada que demuestre que realmente influyó en JB Say, no es menos cierto que "objetivamente" su actuación en este punto, y esto no fue sugerido por Petty ni desarrollado por Quesnay. es el vínculo entre esos dos. En segundo lugar, si miramos una vez más la secuencia de pagos y entregas de Cantillon, que comienza con la división tripartita del producto bruto o los ingresos de la agricultura, las *trois rentes* , y, a través de una serie de estaciones definidas, nos lleva de nuevo a su inicio. punto, los agricultores, inmediatamente sentimos que estamos contemplando algo que es novedoso, algo que no está explícitamente presente en los esquemas de los predecesores o contemporáneos de Cantillon, ni siquiera en los de Petty, o de hecho en los esquemas de la mayoría de los teóricos de cualquier época. De ellos, obtenemos efectivamente declaraciones de principios generales que rigen el proceso económico. Pero nos dejan a nosotros visualizar este proceso en sí mismo a medida que transcurre entre grupos sociales o clases. Cantillon fue el primero en hacer concreto y explícito este flujo circular, para darnos una visión panorámica de la vida económica. En otras palabras, fue el primero en dibujar un *tableau économique* . Y, salvo diferencias que apenas afecten a lo esencial, este *cuadro* es el mismo que el de Quesnay, aunque Cantillon en realidad no lo condensó en una tabla. La prioridad de Cantillon está, pues, fuera de toda duda en lo que respecta a la "invención" que Mirabeau, complaciendo como siempre sus generosos ardores, comparó en importancia con la "invención" de la escritura. Pero dado que la formulación de Quesnay es mucho más famosa, agregaremos lo que hay que agregar en relación con su trabajo.

Es lógico que el método del *cuadro* ofrezca oportunidades especiales para investigar los fenómenos monetarios, especialmente la velocidad de circulación; ésta es una de sus principales

ventajas. De hecho, Cantillon está en su mejor momento en este campo. El capítulo 17 de la Parte I, que presenta los fundamentos de la teoría monetaria, no es particularmente original: obtenemos prácticamente lo antiguo, incluida la divisibilidad, portabilidad, etcétera, del oro y la plata que los recomiendan para la función monetaria. Pero toda la Parte II (que, sin embargo, también incluye las teorías del trueque, el precio de mercado, etc.) está dedicada al dinero, el crédito y los intereses, al igual que gran parte de la Parte III (principalmente sobre comercio exterior), donde encontramos el análisis de Cantillon de los bancos, el crédito bancario y la acuñación. No obstante, se reservará la consideración de los elementos principales de esta brillante actuación, que en la mayoría de los aspectos se mantuvo insuperable durante aproximadamente un siglo; por ejemplo, el mecanismo automático que distribuye los metales monetarios a nivel internacional se describe casi sin fallas, un logro que generalmente se atribuye a Hume. para los capítulos siguientes. [290]

3. Los fisiócratas

[(a) Quesnay y los discípulos.]

El pequeño grupo de economistas y filósofos políticos franceses que fueron conocidos en su día como *Les économistes* y son conocidos en la historia de la economía como fisiócratas presenta rasgos fuertemente característicos incluso para la mirada atrás más superficial. Pero, visto desde nuestro punto de vista, el grupo realmente se reduce a un hombre, Quesnay, a quien todos los economistas admiran como una de las mayores figuras de su ciencia. No conozco ninguna excepción, aunque no hay duda de que existen algunas diferencias en las razones que diferentes personas esgrimirían para motivar su acuerdo individual con el voto unánime. De los otros miembros del grupo, debemos notar solo Mirabeau, Mercier de la Rivière, Le Trosne, Baudeau y Dupont. Todos ellos fueron discípulos, es más, alumnos de Quesnay en el sentido más estricto y significativo que estos términos pueden tener, discípulos que absorbieron y aceptaron la enseñanza del maestro con una fidelidad para la que sólo hay dos analogías en toda la historia de la economía: el la fidelidad de los marxistas ortodoxos al mensaje de Marx y la fidelidad de los keynesianos ortodoxos al mensaje de Keynes. Eran una escuela en virtud de lazos doctrinales y personales, y siempre actuaban en grupo, elogiando a los demás, peleando las luchas de los demás, cada miembro participando en la propaganda grupal. De hecho, ilustrarían a la perfección la naturaleza de ese fenómeno sociológico si no hubieran sido algo más que una escuela científica: formaron un grupo unido por lo que equivalía a un credo; de hecho, eran lo que les habían llamado tan a menudo, una Secta. Este hecho, naturalmente, afectó su influencia sobre todos los economistas, franceses o extranjeros, que no estaban preparados para hacer los votos de Un Maestro y Una Doctrina: además, invitó al rechazo total de su enseñanza incluso por parte de las personas que estaban de acuerdo con ellos en muchos puntos de la teoría. así como de política o incluso de personas que estaban obligadas con ellos. Algunos eruditos extranjeros serios, en particular los principales italianos, entre ellos Genovesi, Beccaria y Verri, se mostraron realmente amistosos. Pero en lo que se refiere al análisis y no a la política, esta amabilidad significaba poco más que declaraciones ocasionales a los principios específicamente fisiócratas y no debe inducirnos a error para llamarlos fisiócratas. Sólo en Alemania se encuentran seguidores entusiastas de alguna importancia: bastará mencionar al margrave de Baden, Schlettwein, Mauvillon y al suizo Herrenschwand. El mínimo necesario de hechos sobre los hombres mencionados hasta ahora se reúne a continuación.

François Quesnay (1694-1774), hijo de un abogado de éxito moderado, fue sobre todo

cirujano-médico. Su distinguida carrera profesional absorbió la mayor parte de su energía y nunca dejó más para la economía de la que un hombre puede reservar para un pasatiempo amado con pasión. Escribió un tratado médico sobre hemorragias, se convirtió en secretario general de la Academia de Cirugía y editor de su revista, cirujano y, finalmente, primer médico del rey. En realidad, fue asesor médico de la señora de Pompadour, en quien encontró una protectora que no solo fue extremadamente amable sino también inteligentemente comprensiva, hecho que le aseguró una posición estratégica en la vida intelectual de Versalles y París y que debería asegurar al señora la gratitud duradera de los economistas. Era pedante y doctrinario hasta cierto punto y debe haber sido un aburrimiento espantoso. Pero tenía toda la fuerza de carácter que suele acompañar a la pedantería. Es agradable agregar que también fue completamente recto y honesto. Su lealtad a su protectora y su impermeabilidad a las típicas tentaciones de su entorno quedan sobradamente establecidas por una anécdota relatada por Marmontel más divertida que propia. El hecho de que él fuera la única fuerza creativa en su círculo queda algo oscurecido por su incapacidad o falta de voluntad para desarrollar sus ideas de manera completa y sistemática. Notaremos de sus escritos económicos (su única obra voluminosa fue el *Essai physique sur l'économie animale* , 1736) los artículos de la *Encyclopédie* 'Fermiers' (1756), 'Grains' (1757), 'Hommes' (1757); el *Tableau économique* (1758; ver más abajo, sub d); el artículo 'Droit naturel' (1765) y el diálogo 'Du Commerce' (1766), ambos en el *Journal de l'agriculture, du commerce et des finances* ; también el artículo 'Despotisme de la Chine' (*Éphémérides* , 1767), que ha dado lugar a especulaciones sobre el tema de la influencia china sobre los fisiócratas. (Véase, por ejemplo, el artículo bajo este título de LA Maverick, Economic History, Supplement to the *Economic Journal* , febrero de 1938). Finalmente, están los *Maximes* de Quesnay , un suplemento muy revelador o comentario político sobre el Tableau (1758). , y las *Œuvres économiques et philosophiques* editadas por August Oncken con una interesante introducción (1888). Todas las historias de la economía tratan de Quesnay, por supuesto, el tratamiento en Gide y Rist requiere una atención especial. Véase H. Higgs, *The Physiocrats* (1897); G. Schelle, *Le Docteur Quesnay* (1907); G. Weulersse, *Le Mouvement Physiocratique en France de 1756 a 1770* (1910) y *Les Physiocrates* (1931); *Inquiry into Physiocracy* (1939) de M. Beer está, con toda razón, casi enteramente dedicado al propio Quesnay.

Mirabeau ya nos hemos encontrado (ver arriba, cap. 3). Después de su conversión por Quesnay, se dedicó de todo corazón a la causa de la fisiocracia, sin renunciar por completo al juicio independiente. Dos de sus obras ya mencionadas, la *Théorie de l'impôt* y la *Philosophie rurale* , pueden haber sido escritas en colaboración o consulta con Quesnay, pero ciertamente no son quesnayismo puro y contienen cosas que Quesnay no puede haber aprobado. Sin embargo, la *Philosophie* (1763) fue generalmente aceptada como el primero de los cuatro libros de texto de la ortodoxia fisiócrata. La sexta parte de *L'Ami* presentó, entre otras cosas, la explicación de Mirabeau del *Tableau* .

Pierre-Paul Mercier de la Rivière (también conocido como Lemercier; 1720-1793), cuya impulsividad o malos modales lo hacían más conspicuo de lo que merecía, fue el responsable del segundo de esos libros de texto, *L'Ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1767, reimpresión con útil introducción de E. Depitre, 1909), que Dupont de Nemours volvió a publicar, en abstracto, con un título que revela el estado de ánimo del grupo: decía *De l'origine et des progrès d 'une science nouvelle* (1768). Los primeros treinta y cinco capítulos de la obra de Mercier están dedicados a temas de teoría política, que era lo que más le interesaba: el esquema de *despotismo legal de* Quesnay que en realidad no era despotismo en absoluto. La economía que ocupa los nueve capítulos restantes es

insignificante. Sin embargo, tanto Diderot como A. Smith consideraron muy bien el libro.

GF Le Trosne (1728-1780) fue un hombre mucho más capaz. Pero era abogado y estaba interesado principalmente en los aspectos de derecho natural del sistema fisiócrata. En el campo de la economía, adoptó la ortodoxia fisiócrata con algunas reservas. Su *Liberté du commerce des grains* (1765) y su *De l'intérêt social. . .* , segundo volumen de *De l'ordre social* (1777), son representaciones meritorias, aunque no son más que eso.

El abate Nicolas Baudeau (1730-1792) comenzó como un enemigo, pero tuvo su día en Damasco en 1766 y, desde entonces, demostró ser un divulgador y controvertido sumamente útil, así como un editor eficiente. Su *introducción al estreno. . .* (1771; reimpresión con instructiva introducción de A. Dubois, 1910) es el tercero de los libros de texto del grupo, quizás el más débil de todos.

El cuarto y mejor de estos libros de texto fue el breve *Abrégé des principes de l'économie politique* (publicado primero en el vol. I de las *Éphémérides* , para 1772) de Karl Friedrich von Baden-Durlach.

Pierre S. Dupont de Nemours (1739-1817), que entró en la vida adulta como un autónomo literario completo, fue con mucho el más capaz de todos. Napoleón I describió una vez al mariscal Villars como un 'fanfaron d'honneur'. De manera similar, podemos describir a Dupont como un 'emprendedor' que nunca olvidó el honor y los principios y que, en particular, conservó tanto un interés genuino en las cuestiones puramente científicas como la lealtad al credo fisiócrata a lo largo de una carrera que ofreció todas las excusas para abandonarlas. Fue convencido para la causa de la fisiocracia por el mismo viejo y astuto Quesnay, que sabía perfectamente con quién estaba tratando y nunca tiró de la acera con demasiada brusquedad. Dupont inmediatamente comenzó a escribir copiosa y eficazmente, publicando, entre otras cosas, un tratado de libre comercio sobre exportaciones e importaciones de granos, 1764. Sobre la base de su éxito como escritor y editor, consiguió varios empleos importantes con Turgot y más tarde bajo el último gran ministro del *ancien régime* , Vergennes. No hace falta seguirlo a través de los avatares de la vida que, a través de la *Constituyente* y el *Directorio,* lo llevaron finalmente —*diría* un romano, con la pérdida de su escudo— a Estados Unidos. Tampoco necesitamos registrar sus numerosas publicaciones, todas las cuales dan testimonio de la brillantez de su talento, aunque estos talentos eran los del pianista y no los del compositor. El lector interesado encuentra todo excepto sus cartas en *Dupont de Nemours et l'école Physiocratique* (1888) de G. Schelle ; ver también el trabajo de Weulersse citado anteriormente.

Como ya se mencionó, la escuela estaba completamente consciente de la importancia de la propaganda y algunos de sus miembros, especialmente Baudeau y Dupont, eran muy buenos en ella. Ellos fundaron grupos de discusión, trabajaron con individuos y agencias en posiciones clave (los *parlamentos* especialmente) y produjeron una gran cantidad de literatura popular y controvertida. Sus hazañas en el periodismo económico, aunque interesantes en sí mismas, no tendrían que mencionarse aquí si no fuera por el hecho de que, por encima de él, también produjeron la mayor parte del material que llegó a las páginas de las primeras revistas científicas del mundo. historia de la economía. El *Journal Oeconomique* (1751-1772) había mantenido desde el principio un nivel muy meritorio, prestando servicios a la economía científica como la publicación de traducciones de Hume (un dato importante a tener en cuenta) y Josiah Tucker. El *Journal d'agriculture, du commerce et des finances* (1764-1783) fue concebido desde el principio para complementar la *Gazette* ocupándose de los artículos "más pesados". Los fisiócratas en parte controlaban, en parte tenían fácil acceso a esta revista

en 1765-1774 y 1774-1783. En 1765, sin embargo, Baudeau fundó el famoso *Éphémérides du citoyen* ('los registros diarios del ciudadano' daría este título, aunque era un semanario), que, tras la conversión de Baudeau (del proteccionismo) en 1766, se identificó con la fisiocracia. En 1768 se hizo cargo Dupont. Fue suprimido debido a su fuerte hostilidad a la política del gobierno de Aiguillon-Maupeou-Terray, pero revivido por Turgot (1774), cuyas políticas, por supuesto, apoyó y algunos de cuyos enemigos atacó. Las *Nouvelles éphémérides* murieron en 1776, y varios esfuerzos para reanudar la publicación terminaron rápidamente en un fracaso. Pero, en cierto sentido, el breve *Journal d'économie publique, de morale et de politique* (fundado en 1796), aunque ni Physiocrat ni el equivalente de la revista Physiocrat, era el mismo tipo de cosas, como lo fue de hecho el posterior *Journal des économistes* . En más de un aspecto, por lo tanto, los *Éphémérides* deben ser recordados por el estudiante de historia de la economía como uno de los mayores logros de Quesnay y su grupo. El lector encontrará un excelente esbozo de la trayectoria de esta revista, con todos los hechos esenciales en un breve compás, en el *Diccionario de Economía Política de* Palgrave , artículo 'Éphémérides' del profesor S. Bauer. I. Iselin fundó una réplica alemana, no igual al prototipo (*Ephemeriden der Menschheit* , 1776-1782).

Las impresiones que recibe un lector al leer los volúmenes de las *Éphémérides* (sólo he podido hacerlo hasta 1772) variarán, por supuesto, de un lector a otro. Personalmente, me ha impresionado mucho una cierta similitud que muestran con las revistas científicas de la ortodoxia marxista de finales del siglo XIX, especialmente la *Neue Zeit* : el mismo fervor de convicción, similar talento controvertido, la misma incapacidad para tomar cualquier otro que no sea el visión ortodoxa de cualquier cosa, capacidad comparable de amargo resentimiento e igual ausencia de autocrítica. Esto se muestra particularmente en los artículos de revisión. Pero el mérito sólido casi borra estas imperfecciones. Incluso aparte de las *Reflexiones* de Turgot , que son, por supuesto, en una clase por sí mismas, y las explicaciones del *Tableau* , hay muchas cosas realmente buenas. Dupont, por ejemplo, contribuyó con lo que yo sé, la primera historia genuina de la economía. Se presentan masas de material histórico. Actualmente se revisan los acontecimientos contemporáneos de todos los rincones del mundo, aunque siempre desde un punto de vista estrictamente sectario. Con todo, la primera de una larga serie de revistas científicas de economía estableció un alto estándar durante mucho tiempo. Su éxito internacional fue bien merecido.

Los tres alemanes mencionados anteriormente no necesitan detenernos mucho tiempo. En lo que respecta al margrave de Baden-Durlach (más tarde gran duque de Baden, 1728-1811), que políticamente fue uno de los hombres públicos más capaces de su tiempo, solo necesitamos agregar una referencia a su correspondencia con Mirabeau y Dupont (editado, con introducción de K. Knies, 1892), que compensará la lectura. JA Schlettwein (1731-1802) fue el colaborador ejecutivo del Margrave en el experimento sobre la aplicación práctica de la receta del fisiócrata en el pueblo de Dietling, que informó en *Les moyens d'arrêter la misère publique. . .* (1772). Descuidando su relato posterior y más completo de este experimento, nos contentaremos con mencionar su *Grundfeste der Staaten oder die politische Oekonomie* (1778). Su actividad casi turbulenta al servicio de la fisiocracia, considerada como un esquema práctico de reforma agraria, causaba revuelo allá donde iba y le aseguraba una de esas posiciones tradicionales en la historia de la economía científica para las que ningún análisis de desempeño publicado puede desenterrar una justificación. . Este hombre sólo puede interesarnos en un aspecto, excelente, aunque sin duda se interpuso en su camino. Ilustra a la perfección el tipo de

economista que, me temo, nunca morirá y que desacreditará para siempre la economía a los ojos de hombres cuya aprobación vale la pena tener. Este es el tipo que dice: aquí está el medicamento patentado que curará todos los males, 'lo más importante para el público' (estas palabras son el título de una de sus publicaciones); de hecho, lo único que le importa a la humanidad es tragárselo. Jakob Mauvillon (1743-1794) fue un hombre aún más excelente en muchos aspectos, pero aún más débil como economista. Su ensayo sobre el lujo incluido en su *Sammlung von Aufsätzen. . .* (1776-17) es insignificante. Su *Physiokratische Briefe an den Herrn Professor Dohm* (1780) está en o cerca del centro de una controversia alemana sobre la fisiocracia, por el único motivo de que esta publicación merece ser mencionada. Pero esta controversia en sí misma necesita ser mencionada solo porque hay cierto interés en el hecho de que la doctrina fisiócrata, aunque muy poco entendida en su verdadera importancia científica y discutida principalmente en sus aspectos prácticos, podría suscitar un debate más amplio alrededor de 1780. oportunidad para referirse a la mejor actuación en nombre de la fisiocracia, *Apologie des physiokratischen Systems de* KG Fürstenau (1779). De los oponentes bastará mencionar a CKW von Dohm (*Kurze Vorstellung des physiokratischen Systems* , 1778) y JF von Pfeiffer (*Antiphysiokrat* , 1780). Las voluminosas obras sistemáticas de este último de tipo Justi, sin duda marcadas por un fuerte sentido práctico, le han merecido grandes elogios de varios historiadores. Jean (Johann) Herrenschwand (1728-1811), fue un fisiócrata tardío. Quizás no debería ser llamado fisiócrata en absoluto, porque no era ortodoxo. Pero era un economista capaz. Sus principales obras fueron *De l'économie politique moderne* (1786); *De l'économie politique et morale de l'espèce humaine* (1796); *Du vrai principe actif de l'économie politique* (1797). Existe una monografía alemana: A. Jöhr, *Jean Herrenschwand* (1901).

Una secta con un credo y un programa político naturalmente presenta muchos aspectos y requiere un análisis interpretativo desde muchos puntos de vista distintos al nuestro: primero veremos algunos de ellos, luego consideraremos los huesos básicos del análisis económico de Quesnay, y especialmente el *Tableau économique* .

[b) Derecho natural, agricultura, laissez-faire y l'Impôt Unique.]

La fisiocracia [291] no existía en 1750. *Tout Paris* y aún más Versalles hablaron de ella desde 1760 hasta 1770. Prácticamente todo el mundo (excepto los economistas profesos) la había olvidado en 1780. Esta carrera meteórica se comprenderá fácilmente tan pronto como nos demos cuenta de la naturaleza y extensión de este éxito, es decir, tan pronto como nos damos cuenta precisamente de *qué* fue lo que, durante unas dos décadas, tuvo un éxito tan conspicuo, *cómo* lo logró y *por qué* .

Anteriormente (en el capítulo 2) hemos interpretado a Quesnay como un filósofo de la ley natural. De hecho, las teorías del Estado y la sociedad de Quesnay no eran más que reformulaciones de la doctrina escolástica. El lema, *Ex natura jus, ordo, et leges* podría haber sido, aunque presumiblemente no lo fue, tomado de Santo Tomás. El fisiócrata *ordre naturel* (al que corresponde en el mundo de los fenómenos reales un *ordre positif*) es el dictado ideal de la naturaleza humana revelada por la razón humana. La diferencia que hay entre Quesnay y los escolásticos no es mérito de los primeros. Hemos visto que Santo Tomás y aún más los escolásticos tardíos, como Lessius, eran perfectamente conscientes de la relatividad histórica de los estados e instituciones sociales y que siempre se negaron a comprometerse, en los asuntos mundanos, con un orden invariable de cosas. Pero el orden ideal de Quesnay es invariable. Además, en su artículo sobre *Droit naturel* , definió la Ley Física como el ' curso regulado (*réglé*) de todos los eventos físicos que evidentemente es el más

ventajoso para la humanidad', y la Ley Moral como 'la regla (*règle*) de toda acción humana conforme al orden físico evidentemente más ventajoso para la humanidad ": estas" leyes "forman juntas lo que se llama" ley natural ", y son todas inmutables y las" mejores posibles "(*les meilleures lois possible*). En el caso de los médicos escolásticos, tales principios se limitaron al ámbito de la metafísica y no se aplicaron directamente a patrones históricamente condicionados. En el caso de Quesnay se aplicaron directamente a instituciones particulares, como la propiedad. Y la teoría política de Quesnay —*tanto* analítica como normativamente— se volvió sobre un absolutismo monárquico de una manera acrítica y ahistórica que, como hemos visto, también era bastante ajena a los escolásticos. [292] Ahora, sabemos lo bien que le fue al antiguo sistema de derecho natural en el siglo XVIII y lo aceptable que resultó ser, en sus características esenciales, para *la razón* . Por lo tanto, la forma particular de Quesnay, exceptuando algunos adornos no esenciales, encajaba con la moda intelectual del momento: todos entendieron fácilmente esta parte de su enseñanza, simpatizaron con ella desde el principio y se sintieron como en casa cuando la discutieron. Y, a diferencia de otros devotos de *la razón* , Quesnay no albergaba hostilidad ni a la Iglesia católica ni a la monarquía. Aquí, entonces, estaba *la razón* , con toda su fe acrítica en el progreso, pero sin sus colmillos irreligiosos y políticos. ¿Necesito decir que esta corte y la sociedad encantados?

Una vez más, la agricultura ocupó una posición central en el programa de política económica de Quesnay, así como en su esquema analítico. Y esta característica de su enseñanza también encajaba con la moda del momento. En ese momento, todo el mundo estaba entusiasmado con la agricultura. Este entusiasmo tuvo dos fuentes diferentes que se reforzaron entre sí, aunque en realidad eran bastante independientes. Primero, la revolución de la técnica agraria dio una novedosa actualidad a los problemas agrícolas. Ascendió a menos en Francia que en Inglaterra, pero produjo tanta charla de salón en París como en Londres. En segundo lugar, la asociación ilógica de los derechos naturales de los hombres con un estado primitivo glorificado de la sociedad y la asociación no menos ilógica de este último con las actividades agrarias dieron a la agricultura una popularidad de salón que, sin duda, no tenía relación con la seriedad de Quesnay. enseñando, pero sin embargo sopló viento en sus velas. Tenemos la foto si le agregamos un toque más. El apartamento del doctor dogmatizador en el entresuelo del palacio de Versalles no estaba lejos del pozo de todos los predominios, la suite de la señora de Pompadour. Los ambiciosos de los peldaños más bajos de la escalera difícilmente podrían dejar de percibir este hecho, y algunos de ellos pueden haber pensado que una hora de aburrimiento en el primero era un precio barato a pagar por una buena palabra caída en el segundo. Marmontel fue bastante franco al respecto, y es seguro asumir que no fue el único en hacer el descubrimiento.

Tales cosas son importantes en todo momento, aunque los diferentes entornos tienen diferentes métodos para favorecer las doctrinas sin absorber, o cuidar, su importancia científica real, si la hay. Expresado en términos de ese entorno particular, el éxito de Quesnay fue principalmente un *succès de salon* . La sociedad educada habló de fisiocracia durante un tiempo, pero muy pocas personas de fuera le prestaron mucha atención, excepto para burlarse de ella. Hubo, pues, una moda fisiócrata, pero no hubo movimiento fisiócrata en el sentido en que hubo (y hay) un movimiento marxista, especialmente no uno arraigado en los intereses de clase agraria. Pero, ¿qué pasa con la influencia política de los fisiócratas de los que tanto leemos? ¿Qué pasa con su papel histórico en la lucha contra los privilegios, los abusos y todos los horrores de la protección? El lector malinterpretaría por completo la deriva del argumento presentado, así como las razones por las que se consideró necesario presentarlo, si

concluyera de lo dicho hasta ahora que esta influencia debe equipararse a cero. Ningún grupo tan disciplinado y tan inclinado a la propaganda como los fisiócratas puede dejar de ejercer alguna influencia. Por ejemplo, un grupo como nuestra propia Liga de Mujeres Votantes es un engranaje en nuestro motor político que ningún análisis realista de nuestro tiempo puede permitirse descuidar por completo. El caso es que el grupo fisiócrata ejerció este tipo de influencia y no otra, y que su importancia como fuerza motriz de la política fue pequeña. Un breve examen de las recomendaciones de Quesnay establecerá esto.

Estas recomendaciones pueden, para nuestros propósitos, reducirse a dos: laissez-faire, incluido el libre comercio, y el impuesto único sobre los ingresos netos de la tierra. Para llegar a una estimación verdadera de la competencia de Quesnay como economista "práctico", es necesario, con respecto a ambos, distinguir los adornos doctrinales del sentido común subyacente. Por tanto, Quesnay enseñó el laissez-faire y el libre comercio como normas absolutas de sabiduría política. Pero estos imperativos deben ser vistos a la luz de la hostilidad de los fisiócratas hacia todo tipo de privilegios y hacia muchísimas cosas que les parecían abusos, posiciones monopolísticas entre otras. Dado que estos no podrían haber sido abolidos sin una gran cantidad de "interferencia" gubernamental, Quesnay instó al gobierno a lo que realmente era una política activista, y en absoluto una política de no hacer nada. Además, a pesar de su condena total de la regulación o el control del gobierno, es relevante observar que lo que realmente enfrentó fueron regulaciones que fueron heredadas del pasado y que ya no se ajustaban a las condiciones actuales: la norma absoluta del laissez-faire adquiere en tal situación. caso un significado relativo que difiere mucho de lo que sugiere su absolutismo. Por último, no debemos olvidar que la agricultura francesa en 1760 no estaba interesada en la protección: no había "peligro" de grandes importaciones de trigo como fenómeno normal; y el libre comercio de productos agrícolas, en todo caso, habría aumentado sus precios. En la actualidad descubriremos razones para dudar de que Quesnay hubiera sido un libre comerciante completo si hubiera escrito en 1890. De manera similar, en lo que respecta a su impuesto único, debemos distinguir la idea de sentido común de las trampas que la convirtieron en objeto de análisis. ridículo. Simplificar y racionalizar el sistema tributario francés basándolo en un impuesto sobre la renta neta era evidentemente una idea sensata. Basarlo *exclusivamente* en tal impuesto era la forma doctrinaria de plantear esta idea. Basarlo exclusivamente en un impuesto sobre la renta neta de la tierra era la forma en que Quesnay aplicaba su teoría de que la renta neta de la tierra era el único tipo de renta neta que existía y que, en última instancia, cualquier impuesto debía recaer sobre ella en cualquier caso. Esta teoría puede resultar insostenible. Incluso si pudiera sostenerse como una proposición abstracta, su aplicación a la cuestión práctica de los impuestos sería indefendible porque la mera presencia de fricción en el sistema sería suficiente para producir retornos netos distintos de la renta de la tierra. Pero el valor de la idea fundamental no se destruye por completo con este giro particular. Además, la sugerencia de gravar la renta pura de la tierra, en vista del hecho de que entonces no se gravaba directamente en absoluto, tenía sentido independientemente de los adornos en los que se presentó, un sentido que no se puede reclamar para propuestas posteriores de naturaleza similar. , como el de Henry George. De hecho, la contribución del fisiócrata a las finanzas públicas se destaca bien en el libro de texto del grupo, *Théorie de l'impôt de* Mirabeau (1760). Este trabajo —Dupont lo llamó 'sublime' - alivió el estrés sobre la panacea del impuesto único al enfatizar adecuadamente la importancia de las reformas administrativas, de los ingresos del *dominio* , la casa de la moneda, la oficina de correos, un impuesto especial sobre la

producción de tabaco y un impuesto a la sal: todo esto ayuda a eliminar el estigma de extravagancia que se ha impuesto al *impôt unique* .

Pero observe que no había nada en el programa general de Physiocrat que fuera sustancialmente nuevo. La afirmación tradicional de lo contrario puede atribuirse (1) al comprensible deseo de los historiadores del grupo de proteger sus prioridades contra A. Smith, en lo que, por supuesto, tenían toda la razón; (2) a la ilusión óptica que victimizará a cualquier historiador de la doctrina que concentre su visión en un grupo en particular y no preste la debida atención a lo que está a su alrededor e, históricamente, ante él; (3) a la forma de formulación pintoresca y distintiva de Quesnay, que separa sus puntos de vista de otros similares por líneas divisorias demasiado acentuadas pero todas iguales artificiales. Por tanto, la idea del impuesto único era, como la conocemos, antigua; si se puede decir que Quesnay hizo algo novedoso con él, entonces su contribución consiste en haberle dado ese giro particular que pocos de nosotros consideraremos una mejora. En materia de libre comercio, de hecho se puede sostener que los fisiócratas fueron el primer *grupo* en defender el libre comercio incondicional, aunque habían sido anticipados por individuos como Sir Dudley North. Pero para nosotros esto no es importante. Mucho más importante es que en lo que respecta a la comprensión de los principios científicos involucrados, muchos de sus contemporáneos, incluidos sus enemigos declarados como Forbonnais, eran sus iguales. No se puede repetir con demasiada frecuencia que el patrocinio de una conclusión práctica particular no prueba nada a favor o en contra de la percepción de un hombre de las causas y efectos económicos. De hecho, si se duda de la igualdad de percepción, la duda debería plantearse contra Quesnay. En el caso de las posiciones de "cerdo completo", aunque hay muchas otras explicaciones para ellas, por lo general apuntan a algún defecto en la percepción más que al contrario.

No obstante, las opiniones de Quesnay sobre el proceso económico y sus políticas, siendo lo que fueron, es posible, por supuesto, rastrear hasta él prácticamente todo el arsenal de la argumentación liberal del siglo XIX. Pero todas esas ideas flotaron hacia los escritores y políticos del siglo XIX en una corriente mucho más amplia, en la que el elemento fisiócrata era sólo una pequeña parte. Esto también se aplica a los políticos de la *Constituante* y de la Revolución en general. Tampoco hay más justificación para la afirmación de que la influencia fisiócrata fue responsable del nombramiento de Turgot o de su política (véase más adelante, sec. 4). Los únicos ejemplos de influencia práctica fueron los experimentos con el *impôt unique* realizados por Karl Friedrich de Baden-Durlach y por Peter Leopold, Gran Duque de Toscana. Sin embargo, ya se ha señalado que Quesnay, si obtuvo algo más de lo que le correspondía como santo patrón del liberalismo económico, hasta el día de hoy ha estado recibiendo menos de lo que le corresponde como economista científico, si descuidamos los entusiastas elogios de su inmediato. discípulos. Especialmente ese tipo de reconocimiento, el único serio, que consiste en el reconocimiento por parte de los trabajadores competentes de la obligación, o al menos de la prioridad, en determinados puntos, le ha sido concedido con bastante moderación. Una razón de esto fue que su trabajo analítico fue poco comprendido y que, en consecuencia, los economistas posteriores en realidad no le debieron tanto como podría pensarse. Otro fue la presencia en su enseñanza de lo que la gente consideraba un elemento de rareza. En el caso de A. Smith, ambas razones parecen haber sido operativas: es casi seguro que no comprendió completamente la importancia del *tableau économique* ; ciertamente estaba demasiado ansioso por evitar asociarse con cualquier cosa que fuera de alguna manera extraña. Karl Marx fue el único economista de primer rango que le dio a Quesnay lo que le

correspondía.

[(c) Análisis económico de Quesnay.]

Recuerde la definición de Quesnay de la ley natural. Tan pronto como nos demos cuenta de todas sus implicaciones, entenderemos lo que quieren decir aquellos historiadores que, señalando una inclinación teológica en el pensamiento de Quesnay, o niegan el carácter analítico de su obra o, si no van tan lejos, al menos sostienen que Las creencias religiosas de Quesnay deben haber sido un factor en la configuración de su economía. [293] Puede haber algo de verdad en esto en lo que respecta a las opiniones de Quesnay sobre la política económica y sus juicios de valor. Pero no hay nada de cierto en esto con respecto a su teoría económica. Por supuesto, no es decisivo que el propio Quesnay afirmara repetidamente que estaba describiendo fielmente los hechos. [294] Pero la aplicación de nuestra propia prueba produce el mismo resultado y establece la validez de esa afirmación: el lector verá que ninguna proposición económica de Quesnay se basa en premisas teológicas o se vería afectada por descartar lo que sabemos sobre sus creencias religiosas. Esto prueba *ipso facto* la naturaleza puramente analítica o "científica" de su trabajo económico y no deja lugar a influencias extra-empíricas. Consideremos ahora brevemente las características sobresalientes de su estructura teórica.

I. Todo razonamiento sobre temas económicos implica necesariamente el reconocimiento de un Principio Económico de algún tipo. Precisamente por esto, es difícil decir cuándo y por quién se formuló por primera vez tal principio. Pero si queremos hacer hincapié en la explicitación de la formulación, creo que la prioridad (frente a los italianos) pertenece a la regla de conducta de Quesnay: la mayor satisfacción (*goce*) debe lograrse con el menor gasto o, como él continúa diciendo, el dolor del parto. La importancia de esta regla o principio, considerado como una contribución a la teoría formal o, como también podemos llamarlo, a la lógica pura de la economía, consiste principalmente en resaltar el hecho de que el problema fundamental de esa teoría es un problema máximo. . La importancia del atuendo hedonista con el que Quesnay lo presentó consiste en que, considerando las fechas, le otorga un lugar destacado en la historia de la filosofía social utilitarista: ciertamente fue uno de los padres fundadores del utilitarismo aunque no expresó el principio de mayor felicidad en tantas palabras.

Pero también es el más importante de todos los padres fundadores de la doctrina que de ahora en adelante será referida como la Doctrina Máxima de la Competencia Perfecta (ver A. Marshall, *Principles* , p. 531). Es decir, sostuvo que la máxima satisfacción de los deseos de todos los miembros de la sociedad, tomados en conjunto, resultará si, prevaleciendo las condiciones de competencia perfecta, a todos se les permite actuar libremente sobre su propio interés individual. Esta doctrina fue enseñada a lo largo del siglo XIX, incondicionalmente o con alguna calificación, por la mayoría de los teóricos no socialistas de renombre, incluidos muchos que se negaron a aceptar la filosofía utilitarista: la crítica seria, aunque al principio muy cautelosa, realmente comienza con A. Marshall. Tanto más necesario es señalar cuán débiles fueron sus cimientos desde el principio. Por supuesto, la doctrina nunca es estrictamente verdadera bajo ninguna circunstancia. Pero, para ciertos entornos históricos, se puede argumentar a su favor bajo supuestos que son de hecho restrictivos, pero no tan restrictivos como para privarlo por completo de valor práctico. El punto sobre el que deseo llamar la atención del lector es, sin embargo, que Quesnay no hizo ningún intento por demostrarlo. No le pareció que necesitara una prueba explícita. Manifiestamente pensó que si cada individuo se esfuerza por lograr la máxima satisfacción, entonces todos los individuos 'por supuesto' alcanzarán la máxima satisfacción. El hecho

de que uno de los mejores cerebros de nuestra ciencia pudiera haberse contentado con un non sequitur tan obvio es ciertamente motivo de reflexión: los bajos estándares de rigor y la negligencia de pensamiento han sido peores enemigos de la economía científica que el sesgo político.

Obsérvese, sin embargo, que el lema fisiócrata — "los intereses de los individuos son los servidores del interés público" - no está per se abierto a nuestra objeción. Puede que no signifique más que, como dijo A. Smith, que no debemos nuestro pan a la benevolencia del panadero, sino a su propio interés, una verdad pedestre que vale la pena repetir una y otra vez a la vista. del irradicable prejuicio de que toda acción destinada al interés de lucro debe ser antisocial en virtud de este solo hecho. A. Smith tuvo cuidado de no construir demasiado sobre esto. En particular, estaba muy consciente del antagonismo entre clases sociales. Pero Quesnay pasó de afirmar la compatibilidad universal —o, de hecho, complementariedad— de los intereses individuales en una sociedad competitiva, a afirmar la armonía universal de los intereses de clase, lo que lo convierte en el precursor del armonismo del siglo XIX (Say, Carey, Bastiat). En este caso, sin embargo, tenemos un intento de prueba: el *tableau économique* muestra cómo cada clase, por así decirlo, vive de todas las demás y, en particular, cómo la prosperidad de los terratenientes condiciona la prosperidad de las otras clases. La prueba, que proviene de Cantillon, está abierta a objeciones obvias e incluso al ridículo, pero sin embargo, el armonismo de Quesnay no se queda en el aire. Tampoco es necesario apelar a la creencia en una ordenanza providencial para explicarla.

II. Quesnay poseía un esquema analítico muy completo, aunque lo presentaba mediante bocetos inconexos. Algunas partes, especialmente las relativas a la población, los salarios, los intereses y el dinero, se notificarán en los capítulos siguientes. Sin embargo, para no dejar incompleto el cuadro actual, señalaré sus posiciones sobre estos temas: su teoría de la población anticipó a la de Malthus en todos los aspectos esenciales; su teoría de los salarios centrada en una proposición de mínimo de existencia; se puede decir que su teoría del interés es casi inexistente y no pudo explicar el fenómeno por completo; su teoría del dinero, a diferencia de la de Cantillon, fue lo que hemos decidido etiquetar como cartalista.

El trueque y los precios los analizó en líneas estrictamente "subjetivas", basando su teoría resueltamente en el hecho de los deseos de los consumidores. Esto tiene cierta importancia —aunque no añadió nada a la teoría de los precios de los escolásticos tardíos— porque su tratamiento del problema (como el de Condillac) debe contarse entre las influencias que mantuvieron viva esta teoría en Francia: apunta directamente a JB Say. Sin embargo, hay otro punto que señalar a este respecto. A. Marshall puede haber tenido razón al negar que la teoría del consumo es la base científica de la economía. Pero ciertamente fue la base de la economía de Quesnay. Los economistas 'liberales' del siglo XIX tenían la costumbre de elogiar a los librecambistas del siglo XVIII, especialmente a A. Smith, por haber enfatizado debidamente la verdad de que el consumo es el 'único fin y propósito de la producción' y por haber abolido así uno de los los "errores del mercantilismo". Hay muy poco en esto: la verdad, en la medida en que es verdad, es trivial y el error es en gran parte imaginario. Sin embargo, Quesnay también se ocupó del consumo en un sentido diferente que habría sido muy poco del gusto de esos economistas 'liberales' y es, en todo caso, sugerente de líneas de pensamiento 'mercantilistas': [295] a diferencia de Turgot y A. Smith, él hizo una condición explícita para que el proceso económico funcionara sin problemas *que todo el mundo debería gastar rápidamente sus ingresos netos en bienes de consumo* o, para usar una frase que ha ganado popularidad en Washington en los últimos años, que

todo el mundo debería 'utilizar' plenamente sus ingresos . Si esto no se hiciera, pensó, y especialmente si algunas personas ahorraran *para aumentar sus existencias individuales de dinero* , todas las clases decaerían y la producción total se reduciría, ya que la negativa de cualquiera a gastar necesariamente destruye los ingresos de otra persona. Este aspecto "keynesiano" de la enseñanza de Quesnay se considerará más adelante.

III. Particularmente significativa como contribución creativa fue la teoría del capital de Quesnay. A pesar de Cantillon y otros precursores, se puede decir que sentó las bases de esta parte de la teoría económica. La actuación es una ilustración interesante de la forma en que, en la mente del teórico nato, *la generalización analítica puede surgir de la observación inducida por la preocupación por problemas prácticos* . El programa agrícola de Quesnay, que para él era prácticamente equivalente a la suma total de la política económica, estaba orientado a las necesidades de la agricultura bastante grande: como Cantillon, nunca consideró seriamente ningún mundo agrario que no fuera uno que se encendiera y fuera impulsado. por, la empresa de una clase agrícola inteligente y activa en plena posesión de todas las oportunidades tecnológicas y comerciales de su tiempo. A estos agricultores inteligentes no los visualizaba como propietarios de sus tierras, sino libres de toda interferencia de los terratenientes, a quienes alquilaban, durante largos períodos, grandes lotes de tierra, despejados y equipados con edificios, para hacer con ellos como ellos complacieron. Los bienes comunes deben disolverse y alquilarse a individuos como el resto del país; deberían abolirse los derechos y deberes feudales, en particular el derecho a cazar en tierras agrícolas; también deberían hacerlo las costumbres internas y externas que obstaculizan la disposición de los productos, y los impuestos que desalientan el esfuerzo (una de las razones prácticas del impuesto único que debía pagar el propietario); el campo, por así decirlo, se disolvería en un enjambre de empresas prósperas, abandonadas a sus propios recursos, vendiendo a precios elevados, rebosantes de energía y dinamizando toda la economía nacional. 296

Ahora bien, si el lector visualiza este tipo de programa en particular, verá de inmediato que su éxito presupone el cumplimiento de tres condiciones: primero, que estos agricultores-empresarios deben realmente vibrar con energía, una condición que Quesnay tomó a la ligera porque, siendo un niño típico de su época, no le dio mucha importancia al problema de las cualidades innatas del personal; en segundo lugar, que este paraíso de los agricultores no debería venderse a menor precio desde el extranjero, una situación por la que, en la Francia del siglo XVIII, no era necesario preocuparse; y tercero, que debería haber suficiente capital —capital barato— disponible para estos agricultores-empresarios esencialmente capitalistas. Quesnay se preocupó por esta última condición. Tenía todas las razones para hacerlo, porque sus estudios realistas, que profundizaron en todos los detalles de la tecnología y la política comercial de la agricultura, le habían dado una idea real de cuáles son realmente las necesidades de capital de este tipo de agricultura. Y fue a partir de estas investigaciones que, conceptualizando sus hallazgos, desarrolló su teoría del capital. El resultado inmediato se materializa en su clasificación de las necesidades de capital del agricultor en *avances foncières* , gastos iniciales en limpieza, drenaje, vallado, construcción, etc. que no se repiten en absoluto o se repiten solo en períodos prolongados, *avances primitivos* , gastos en equipo incluidos el ganado y los caballos y los *avances anuales* , los gastos corrientes en semillas, mano de obra y similares. 297

Quesnay no se molestó mucho en generalizar estos conceptos: su extensión a la industria no presenta ninguna dificultad. Pero, ¿en qué consisten estos *avances* ? Sin duda es el drenaje, las

construcciones, los bueyes, los arados, las semillas y la mano de obra, y demás, lo que necesita el agricultor. ¿Un stock de bienes y servicios, entonces? Pero si es así, ¿qué vamos a hacer con el hecho de que el 'capital requerido' o el 'capital invertido' se *expresa* , como mínimo, en términos de dinero y que, de hecho, también se *compra* por dinero? , que es realmente lo que necesitan el terrateniente (para los *avances foncières*) y el agricultor en primera instancia? Quesnay tropezó con todos los problemas que acechan detrás de estas preguntas, y sus rudimentarios intentos de resolverlos pueden haber sido, incluso si no lo fueron en realidad, ya que es imposible estar seguro de esto, los puntos de partida de todo trabajo posterior sobre ellos. . Discutiremos a continuación las razones que se han aducido para creer que la teoría del capital de A. Smith surgió de la absorción crítica de Quesnay, que de hecho convertiría a esta última en el antepasado de prácticamente todas las teorías del capital hasta la de JS Mill. Y dado que el hombre que aborda por primera vez un tema a menudo arroja todo tipo de sugerencias que apuntan en muchas más direcciones de las que él mismo es consciente, podríamos incluso sentirnos tentados a rastrear hasta Quesnay los desarrollos posteriores asociados con los nombres de Walras e Irving Fisher, por un lado, y Jevons y Böhm-Bawerk, por otro. Esto, sin embargo, es difícilmente permisible, porque la posibilidad lógica de hacerlo simplemente resulta de las posibilidades ricas e indefinidas, tanto de verdad como de error, que se consagran en la palabra *avances* . Por supuesto, ningún escritor sobre temas económicos puede haber dudado jamás del simple hecho de que lo que hacen los "capitalistas" es proporcionar bienes o dinero con los que iniciar y continuar la producción; y los propios "capitalistas" siempre supieron que lo que hacían era "adelantar" dinero para estos fines. Pero uno de los tipos fundamentales de logro analítico consiste precisamente en sacar *a la luz de la conciencia teórica* algún hecho simple (por ejemplo, que las manzanas, cortadas de las ramas del manzano, caerán al suelo) . En esto consiste la contribución de Quesnay a la teoría del capital: impresionado por el hecho de que sus agricultores-empresarios no podían iniciar sus carreras a menos que se les proporcionara todo tipo de cosas de *antemano* , introdujo el capital en la teoría económica como riqueza acumulada antes de comenzar el producción bajo consideración. Pero no hizo más que esto, y pueden abrirse caminos muy divergentes desde este punto de partida. En particular, no analizó la formación y el comportamiento del capital dinerario como algo distinto del capital "real", algo que, además, juega sus propias malas pasadas. Y aceptó la cara de Janus del capital no monetario, que es valor por un lado (*valeurs acumulados*) y bienes físicos por el otro, sin aclarar los problemas involucrados, particularmente el de los gastos de transporte que entran en el concepto de valor pero no entran el físico.

IV. El tercer capítulo del Libro II de los *Principios* de Marshall comienza con la frase "El hombre no puede crear cosas materiales". Esta declaración proviene de JS Mill y Rae y de muchos escritores anteriores. Dado que la economía se ocupa de la "creación" o producción de servicios públicos o de valores de mercado, es difícil ver la relevancia de tal afirmación, de la cual, de hecho, ninguno de esos escritores hizo uso alguno. Pero, como todo el mundo sabe, los fisiócratas le dieron un uso analítico: siguiendo a Cantillon derivaron de él su teoría de la *red de producción* . Ésta es la única razón por la que el tema vuelve a cruzarse en nuestro camino. Porque ni su declaración de lo que creían que era un hecho físico ni las filosofías a las que se entregaron en relación con él son en sí mismas dignas de nuestro análisis. Tampoco habría nada particularmente interesante en la decisión terminológica de Quesnay de llamar, sobre la base de ese hecho, la actividad agrícola 'productiva' (la actividad del agricultor, no la del trabajador agrícola) y cualquier otra actividad 'estéril' (que, por

supuesto, , no significa inútil), aunque es precisamente esto lo que se consideró extraño y atrajo una cantidad indebida de atención crítica. Observemos, sin embargo, que en realidad no es tan extraño considerar una economía como un motor que se alimenta de materiales extraídos del útero de la naturaleza y que simplemente elabora estos materiales sin agregarles nada: la única pregunta que surge es si la analogía es útil o no. Después de lo que se ha dicho sobre el tema en nuestra revisión del trabajo de Cantillon, podemos deshacernos de él rápidamente.

Hemos visto en ese estudio que la teoría del *produit de la terre* de Cantillon —y *produit net de* Quesnay es lo *mismo*— es un método, aunque ciertamente no el más correcto o conveniente, de expresar el hecho de que la renta de la tierra es, o contiene, un rendimiento neto. Pero, como también hemos visto, la teoría va más allá. Sostiene que la renta de la tierra es el único rendimiento neto que existe, y que es coextensivo con el conjunto de los ingresos netos disponibles de la sociedad, equilibrándose todos los demás rendimientos por partidas de costo en el sentido de que no son más que suficientes para reemplazar lo que la producción se agota. El trabajador no recibe más de lo necesario para reproducir su capacidad de trabajo. El capitalista, teniendo en cuenta los riesgos, no obtiene más de lo necesario para reponer sus existencias y *su* capacidad de trabajo: el trabajo, la dirección y el capital son 'estériles' en el sentido de que, aunque producen utilidades, no producen ningún excedente. Valor.

En una concepción general, esta teoría tiene un parecido sorprendente con la de Marx. Exactamente como Quesnay dejó que la tierra por sí sola produjera plusvalía, Marx dejó que el trabajo por sí solo produjera plusvalía. Ninguna construcción permite productividad alguna al capital, es decir, planta, equipo y material, que de hecho es un conductor o encarnación de una plusvalía creada, respectivamente, por la tierra o el trabajo, pero que no la agrega. Hasta ahora, la teoría de Marx parece ser el resultado de cambiar el esquema de Quesnay de uno de los dos factores de producción originales de Petty al otro. Sin embargo, parece haber una diferencia fundamental entre los dos. La forma en que Marx lleva a cabo su postulado de que la productividad es inherente únicamente al trabajo está, como veremos, abierta a objeciones. Pero, para él, la productividad del trabajo es desde el principio una productividad de valor, y trató de mostrar, sobre la base de su ley de valores, cómo la plusvalía emerge del mecanismo de los mercados competitivos. Quesnay no hizo tal intento. Su punto de partida fue la productividad física, es decir, la 'creación' de cosas y no de valores. Daba por sentado que el hecho de la productividad física implicaba una productividad de valor, y pasó a mitad de camino de uno a otro. A primera vista, esto parece ser un claro error del que Marx no fue culpable. Pero hemos visto anteriormente que, mediante supuestos adecuados, es posible, no obstante, hacer la proposición de que la renta de la tierra es el único rendimiento neto formalmente válido. Y esto significa, a su vez, que si aceptamos estos supuestos, que, después de todo, no son mucho peores que los que es necesario admitir para validar la teoría del valor trabajo, es posible trasponer el argumento irrelevante de Quesnay sobre la productividad física. en uno relevante de la productividad del valor: el agente natural escaso, por hipótesis que opera solo en la agricultura, produce un excedente de valor sobre los otros factores allí empleados, y la manufactura no agrega nada porque la competencia reducirá lo que agrega al valor de la producción. materiales al nivel del valor de los productos agrarios que consumen los fabricantes y sus trabajadores. Si estamos decididos a seguir adelante con este argumento, incluso el interés podría explicarse como un derivado de la *red de producción* . Esto completaría la analogía con Marx.

(d) El Tableau Économique.

La estructura analítica que hemos estado examinando es lógicamente bastante completa, y quien sepa cómo reconstruirla —lo que Quesnay no hizo— no se perderá ninguno de los elementos esenciales que forman parte de un extenso tratado de economía pura y aplicada. La descripción general de un proceso económico estacionario que Quesnay encarnó en su *cuadro* no es, como creían sus alumnos y prácticamente todos los críticos, la pieza central de esa estructura, sino una adición que es separable del resto, pintada, por así decirlo, en un lienzo separado y, por lo tanto, se puede tratar por separado. Lo que describe es el flujo de gastos y productos entre las clases sociales, que aquí se convierten en los actores del juego económico, que no lo son en el resto del trabajo de Quesnay.

Los economistas, por supuesto, siempre tuvieron algún esquema de la estructura de clases de la sociedad en el fondo de sus mentes. Cantillon parece, sin embargo, haber sido el primero en construir tal esquema explícitamente y en usarlo como herramienta de análisis. Este esquema fue adoptado por Quesnay. En consecuencia, distinguió a los terratenientes (*classe des propriétaires* , o *classe souveraine* o, lo que es significativo, *classe distributive*), agricultores (*classe productivo*) y a todas las personas dedicadas a actividades no agrícolas, aproximadamente equivalentes a la burguesía (*classe stérile*). La mano de obra puede tratarse como una cuarta clase o agregarse en proporciones adecuadas a la segunda y tercera. Esto último parece preferible para resaltar la naturaleza del esquema, que no es tanto un esquema de clases como entidades sociológicas, sino de grupos económicos del tipo que encontramos en las estadísticas familiares de personas `` vinculadas '' a, digamos, agricultura o industrias mineras o manufactureras. En cualquier caso, sin embargo, el trabajo juega un papel completamente "pasivo" con él, exactamente como lo hizo con Cantillon. El flujo de gastos y productos, entonces, se encuentra entre una "cuenca de agricultores", una "cuenca de terratenientes" y una "cuenca de clase estéril". No es necesario reproducir la imagen de Quesnay ni entrar en sus detalles. 298 Todo lo que el lector necesita conservar es esto.

Suponga que en el período unitario $t-1$ los propietarios han recibido y acumulado en muchas cuotas la renta que les adeudan los agricultores, de modo que, al comienzo del período t , mantienen en efectivo todo el ingreso nacional neto (en el sentido de Quesnay) mientras que todos los demás están listos para vender y producir. Debemos seguir los meandros de esa renta o ingreso neto a través de la economía. Sea su cantidad 1000 unidades de dinero. Los terratenientes, supondremos más adelante, gastan 500 de esto en productos agrícolas y 500 en manufacturas, los productos de la clase estéril, es decir, la clase que no produce plusvalía. Las 500 unidades que los agricultores recuperan de esta manera (pues estas unidades salieron de sus pagos en $t-1$) se duplican en primer lugar en sus manos como consecuencia de su actividad productora de plusvalía, de modo que aumentan hasta 1000. La mitad de esto luego va a los terratenientes en alquiler (no se gastará hasta el período $t+1$), una cuarta parte se 'consume' dentro del sector agrario, la última cuarta parte va a los 'estériles' en pago de manufacturas para los agricultores ' utilizar. Los 'estériles' no aportan ningún valor, solo lo reproducen. De las 500 que recibieron de los terratenientes, 250 unidades son absorbidas por el consumo de sus propios productos y el de sus trabajadores. Para los otros 250 compran alimentos y materias primas a los agricultores en cuyas manos estos 250 vuelven a aumentar a 500. Y lo mismo ocurre con los 250 y las cantidades posteriores que obtienen de los agricultores. Todo lo que reciben los agricultores siempre se duplica y se utiliza para el pago de la renta a los terratenientes que se gastará en el período $t+1$ para el consumo en el sector agrario y para nuevas compras de los 'estériles'. Se verá fácilmente que, si se elige correctamente la duración del período unitario, encontraremos al final del mismo que las 1000

unidades de ingreso neto están nuevamente en manos de los propietarios, quienes, al comienzo de período $t+1$, gastarlos y así comenzar todo el proceso nuevamente. El lector se dará cuenta de que todo esto, aparte de la forma pictórica, no es más que un desarrollo más detallado del esquema de Cantillon. [299] Pero, ¿de qué sirve esta imagen y cuál es la naturaleza del logro analítico que encarna?

Debe observarse desde el principio que, en lo que respecta a la idea de tal esquema, los rasgos específicamente fisiócratas del *cuadro* Cantillon-Quesnay son irrelevantes. Habiéndonos ocupado ya de esto, por lo tanto, ya no estamos interesados en la posición central que Cantillon y Quesnay asignaron a los propietarios de tierras y sus gastos: bien podríamos comenzar desde una de las otras dos 'cuencas'. Tampoco nos interesa más lo que era de importancia primordial para Quesnay, a saber, el principio de que toda suma que se destina a los agricultores aumenta (se duplica) en sus manos y que las sumas que se destinan a los fabricantes no. Todo analista puede organizar estos puntos de manera que se adapten a su estructura teórica. Lo que ahora nos interesa es la idea de *tableau* considerada como una herramienta, el método de *tableau en* sí. Hay tres aspectos que merecen especial atención.

En primer lugar, el método *tableau* logra una tremenda simplificación. En realidad, la vida económica de una sociedad no socialista consiste en millones de relaciones o flujos entre empresas individuales y hogares. Podemos establecer ciertos teoremas sobre ellos, pero nunca podremos observarlos todos. Pero si los reemplazamos por relaciones entre clases o por flujos de clases (u otros) agregados, el número inmanejable de variables en el problema económico se reduce repentinamente a unas pocas que son fáciles de manejar y seguir. Al reservar este aspecto para una discusión posterior, aprovechamos la oportunidad para notar un punto afín aunque diferente. Un vistazo al *cuadro* sugiere la idea de un producto social o producción total que se produce en una serie de pasos y se "distribuye" en otra. Estamos tan familiarizados con esta idea que rara vez, o nunca, nos damos cuenta de lo poco realista que es una abstracción. De hecho, la producción y la distribución son procesos diferentes en una sociedad socialista. Pero en la sociedad capitalista no son más que aspectos diferentes de un mismo proceso: la mayor parte de los ingresos capitalistas se forma en el curso de las transacciones que constituyen la producción en el sentido económico, a diferencia del tecnológico. Sin embargo, la idea realista de la formación de ingresos, cuya virtud realista, además, no conlleva ninguna desventaja que pueda justificar su descuido, ha pasado a primer plano sólo esporádicamente. [300] En el caso de los economistas franceses, prevaleció la idea fisiócrata de la distribución y lo mismo ocurre con los economistas ingleses que la adoptaron, tal vez, bajo la influencia de JB Say, a principios del siglo XIX. El concepto de producción anual total y su valor (*valeur de la reproducción annuelle*) tiene, por supuesto, sus usos independientemente de esto. Fue adoptado por A. Smith.

En segundo lugar, la simplificación del patrón analítico lograda por el método del *cuadro* abre grandes posibilidades para la teoría numérica. Quesnay estaba más consciente de estas posibilidades que Cantillon y, en este aspecto particular, llevó el trabajo de este último mucho más allá. Se preocupó por los datos estadísticos y de hecho trató de estimar los valores de la producción anual y otros agregados. Es decir, hizo un trabajo genuinamente econométrico. Este aspecto también ha adquirido nueva actualidad en nuestro tiempo a través de la gran obra de Leontief, [301] que, aunque es completamente diferente de Quesnay en propósito y técnica, revivió sin embargo el principio fundamental del método del *cuadro* . Marx, que se encuentra entre los dos, no intentó hacer que su esquema fuera estadísticamente operativo. [302]

En tercer lugar y más importante, el *cuadro de* Cantillon-Quesnay fue el primer método ideado

para transmitir una concepción *explícita* de la naturaleza del equilibrio económico. Parecería imposible exagerar la importancia de este logro si los discípulos admiradores no hubieran tenido éxito en hacerlo. La economía, como cualquier otra ciencia, comenzó con la investigación de las relaciones "locales" entre dos o más cantidades económicas, como la relación entre el precio de una mercancía y la cantidad disponible en un mercado; en otras palabras, comienza con Análisis Parcial (ver más adelante, Parte IV, cap. 7, sec. 6). Los esfuerzos desconectados de este tipo se dirigieron hacia puntos que resultan ser de algún interés práctico o que atraen nuestra curiosidad por otras razones. Poco a poco, los analistas empezaron a darse cuenta del hecho de que existe una interdependencia generalizada entre todos los fenómenos económicos, que de alguna manera todos van unidos. Hemos visto que los mejores discursos del comercio del siglo XVII, como los de Child o Pollexfen o, más aún, los escritos de Davenant, muestran síntomas inconfundibles de una creciente conciencia de ello. Pero nunca se molestaron en investigar *cómo* van las cosas juntas. Lo dieron por sentado y no pudieron elevar esta interdependencia al plano de la formulación explícita o no vieron la necesidad de hacerlo. Estuvieron muy lejos de darse cuenta de que esta interdependencia omnipresente es el hecho fundamental, cuyo análisis es la fuente principal de las adiciones que la actitud específicamente científica debe hacer al conocimiento del hombre práctico de los fenómenos económicos; y que la más fundamental de todas las cuestiones específicamente científicas es la cuestión de si el análisis de esa interdependencia producirá relaciones suficientes para determinar —si es posible, de manera única— todos los precios y cantidades de productos y servicios productivos que constituyen el "sistema" económico. Ya he dicho en una ocasión anterior que el primer descubrimiento de una ciencia es el descubrimiento de sí misma. Pero esto no significa el descubrimiento de su problema fundamental. Eso viene mucho después. En el caso de la economía, llegó particularmente tarde. Los escolásticos lo intuyeron. Los empresarios-economistas del siglo XVII se acercaron más a ella. Isnard, A. Smith, JB Say, Ricardo y otros lucharon o más bien lo intentaron, cada uno a su manera. Pero el descubrimiento no se hizo completamente hasta que Walras, cuyo sistema de ecuaciones, que define el equilibrio (estático) en un sistema de cantidades interdependientes, es la Carta Magna de la teoría económica, siendo las imperfecciones técnicas de ese monumento del derecho constitucional una parte esencial de la teoría económica. analogía (ver más abajo, Parte IV, cap. 7, sec. 7). La historia del análisis económico o, en todo caso, de su núcleo "puro", desde Child hasta Walras, podría escribirse en términos del surgimiento gradual de esta concepción a la luz de la conciencia.

Ahora Cantillon y Quesnay tenían esta concepción de la interdependencia general de todos los sectores y todos los elementos del proceso económico en el que —así lo expresó Dupont— nada está solo y todas las cosas van juntas. Y su mérito distintivo, compartido, hasta cierto punto, por Boisguillebert, fue que, sin darse cuenta de las posibilidades del método esbozado más tarde por Isnard, hicieron explícita esa concepción de una manera propia, a saber, mediante el método del *cuadro* : mientras la idea de representar la lógica pura del proceso económico mediante un sistema de ecuaciones simultáneas estaba bastante fuera de su campo de visión, lo representaban mediante una imagen. En cierto sentido, este método era primitivo y carecía de rigor, que es, de hecho, la razón por la que se quedó fuera de juego y la razón por la que el análisis se desarrolló históricamente en la otra línea. Pero en un aspecto era superior al método lógicamente más satisfactorio; visualizó el proceso económico (estacionario) como un flujo de circuito que en cada período retorna sobre sí mismo. Este no es solo un método para transmitir el hecho de que el proceso económico es lógicamente autónomo,

una cosa distinta que es completa en sí misma, sino que también es un método para transmitir características del mismo, secuencias definidas en particular, que no se mantienen. igualmente bien en un sistema de ecuaciones simultáneas. Por supuesto, también existe la simplificación de la teoría del equilibrio general a la que ya se ha hecho referencia: Quesnay identificó el equilibrio general, es decir, el equilibrio en la economía como un todo en distinción al equilibrio en cualquier pequeño sector particular de la misma, con el equilibrio de agregados sociales, exactamente como lo hacen los keynesianos modernos. 303

4. Turgot

Aunque Turgot no era econométrico, su gran nombre se le ha asignado este lugar en nuestra galería porque a menudo se le clasifica entre los fisiócratas, aunque en su mayoría con calificaciones. A primera vista, esto parece bastante razonable, ya que su obra principal abunda en pasajes que evidentemente tienen la intención de enfatizar la lealtad a los principios específicamente fisiócratas. Leemos que la tierra es la *única* fuente de *riquezas* ; que el *cultivador* produce no solo su propia compensación sino también los ingresos que sirven para remunerar a la clase de artesanos y otros *estipendios* ; que la actividad del agricultor es el motor principal del motor social, mientras que la del fabricante sólo transforma; que el agricultor apoya y alimenta a todas las demás clases; y así. Pero, si miramos más de cerca, hacemos un descubrimiento sorprendente. Entonces, se considera que esos pasajes son ajenos al argumento en el que se insertan. Podemos suprimirlos sin afectar al resto. De hecho, el resto gana en consistencia con ello. Por lo tanto, si nos adherimos a un principio que se aplica uniformemente en este libro a la interpretación de tales profesiones de fe, a saber, el principio de relevancia para el procedimiento y los resultados analíticos, no tenemos más remedio que descuidar esos pasajes. ¿Qué vamos a pensar de esto? En primer lugar, las reglas de crítica comúnmente aceptadas nos harían sospechar de esos pasajes si estuviéramos tratando con un texto antiguo. Y sucede que en este caso particular tal desconfianza no es del todo injustificada. Porque sabemos que hubo una discusión no muy amistosa entre Dupont y Turgot sobre el tema de la publicación del manuscrito de este último, y no sabemos exactamente cuál fue el resultado. Sin embargo, renunciaré a este punto. Pero independientemente de ello, considerando lo que sabemos del carácter generoso de Turgot, no hay dificultad para entender por qué, escribiendo para su publicación en ese momento en particular, debería haber hecho todo lo posible para mostrar respeto a un grupo con el que estaba de acuerdo. en muchos puntos de la economía científica —de los que, tal vez, había aprendido mucho, por ejemplo, en materia de teoría del capital— y con los que estaba totalmente de acuerdo en todos los puntos inmediatamente prácticos de la política económica, aunque no estaba de acuerdo con ellos en algunos puntos de su filosofía política. Según esta hipótesis, que lo coloca moralmente por encima de todos aquellos que enfatizan puntos de diferencia para distanciarse de los compañeros de trabajo a los que tienen obligación, no debe ser catalogado como fisiócrata con reservas, sino como un no-fisiócrata. Fisiócrata con simpatías fisiócratas. Esto parece, de hecho, cumplir con el caso.

Nos tomamos la molestia de desenredar a Turgot de los fisiócratas no solo para hacer que su figura se levantara sobre su propio pedestal, como debería, sino también para colocar este pedestal en el lugar correcto. Porque más de cerca que con los fisiócratas estaba asociado con otro grupo, si "grupo" es la palabra para una conexión muy débil que no era una escuela en el sentido correcto del término. Se centró en un hombre fuerte e influyente, que sin embargo no era doctrinario ni exponente de ningún

"sistema": Gournay. 304 Este hecho arroja mucha luz sobre los antecedentes de Turgot como economista. Gournay había viajado mucho y era un observador inteligente de los desarrollos ingleses. Mucho de lo que sabemos sobre sus puntos de vista tiene un marcado sabor inglés. Y entre sus escritos hay varias traducciones, en particular una de Child's *New Discourse* . Turgot era su amigo personal y también estaba interesado en las obras de economistas ingleses, especialmente Hume y Josiah Tucker, a quienes tradujo. Si se puede confiar en la inferencia obvia, tenemos aquí un ejemplo de la forma en que no sólo las ideas políticas sino también científicas cruzaron y volvieron a cruzar el Canal. La posible filiación Child-Hume-Turgot es particularmente interesante, más aún en caso de que tengamos que agregar el nombre de A. Smith después del de Turgot. 305 En la parte francesa de sus antecedentes, la figura más importante es Cantillon.

Los brillantes logros de Turgot, su lugar indiscutido en la historia de nuestra ciencia y su evidente título de miembro del triunvirato en el que Beccaria y A. Smith son sus colegas, son razones suficientes por las que es deseable mirar por un momento al hombre y su carrera. Anne Robert Jacques Turgot, barón de l'Aulne (1727-1781; conocido por sus contemporáneos como M. de Turgot; antes de 1750, era conocido como Abbé de Brucourt), provenía de una familia normanda que era antigua, si no alto, nobleza y bastante bien para hacer, si no rico. El tipo sociológico se traduce por la palabra inglesa "gentry" y por la palabra alemana "Junker". Fue, como tercer hijo, educado para la Iglesia, y esta educación clerical, que dio pleno alcance a sus brillantes y precoces dotes, debe recibir reconocimiento, aunque no suele ser así, en una enumeración de los factores que contribuyeron a su desarrollo. logros. Emergió lleno de grandes planes y maestro de amplios horizontes (científicos y de otro tipo) como abad en la Sorbona, donde se convirtió en toda una figura, escribiendo, discutiendo, experimentando la segunda influencia formativa de su juventud, la del 'secte encyclopédiste, 'aunque muy pronto se alejó de él. Luego cambió la carrera de eclesiástico por el servicio civil, y permaneció como funcionario durante el resto de su vida activa. Las burocracias de todos los tiempos y países pueden estar orgullosas de él, porque no solo fue un adorno de la burocracia francesa del *ancien régime* , sino que esta burocracia también fue la tercera de las influencias ambientales que ayudaron a formarlo. Tuvo un gran éxito como *intendente* (administrador general) del distrito (*généralité*) de Limoges, 1761-1774, donde su celo, ingenio y espíritu público se mostraron de la mejor manera. Sobre la base de este éxito fue nombrado, en 1774, Ministro de Marina y, unos meses después, *Contrôleur Général des Finances* (que significa Ministro de Hacienda y Comercio y Comisionado de Obras Públicas), cargo que ocupó durante veinte meses. , gran parte del tiempo torturado por la gota. Después de su caída, vivió retirado hasta su muerte.

Excepto por el justo orgullo que los economistas podemos sentir por un compañero de trabajo tan brillante, la principal importancia de esta carrera para la historia del análisis económico es que explica por qué el trabajo científico de Turgot no llegó a buen término. Los biógrafos e historiadores del pensamiento económico, sin embargo, siempre han destinado la mayor parte de su espacio a sus hazañas como ministro de Hacienda y, al tratarlas, han propagado dos sagas que inciden en la sociología de nuestra ciencia y que, por tanto, deben ser brevemente notado. Antes de hacerlo, deseo, sin embargo, renunciar a cualquier intención de "desacreditar" la fama de una de las no muy numerosas figuras significativas de las que puede presumir la historia de la economía: no hace falta decir que a nadie se le ocurriría escribir un volumen sobre Great Ministros de Hacienda sin incluir a Turgot. La primera de esas sagas podría titularse: 'El economista en acción'. Representa al hombre que, a partir del

análisis científico, deriva recetas para curar los males del estado y, al alcanzar el poder, se apresura a llevarlas a cabo. No hay nada en esto. Turgot fue, primero y último, un gran funcionario, que miró al Estado y a la sociedad con ojos de funcionario. Entonces, cuando alcanzó el puesto de gabinete ("poder" sería un término engañoso de usar) se dispuso a mejorar la administración financiera y la situación casi desesperada de las finanzas reales. En ambos aspectos, tuvo un éxito notable, de hecho casi increíble, bueno, y estos fueron sus principales logros. También estableció, por real decreto, el libre comercio interno de granos y —la única otra medida relevante para nosotros— abolió las *jurandes* , los gremios de artesanos. Éstas y algunas medidas menores no fueron éxitos en el sentido político principalmente por su falta de consideración de los aspectos tácticos: suscitaron inmediatamente una resistencia violenta, la del comercio de cereales por un golpe de mala suerte, su coincidencia con una mala cosecha. El punto a observar es, sin embargo, que nada de lo que Turgot realmente hizo o mostró alguna intención de hacer tiene alguna relación particular con ninguna doctrina, científica o de otro tipo. Todo estaba en la línea de un funcionario inusualmente capaz que percibió las corrientes de su tiempo y trató de servirlas con espíritu práctico. Estaba tan poco dispuesto a obedecer principios abstractos —lo cual, por supuesto, es todo su mérito— que, en un caso, introdujo realmente un deber de protección y, en otro, se embarcó en la empresa estatal (en la industria química). Los fisiócratas lo aplaudieron, por supuesto, y le hicieron propaganda, pero poco tuvieron que ver con su política y nada que ver con su llegada al poder, pues en 1774 no estaban en condiciones de ejercer influencia alguna. Del mismo modo, su caída no fue una derrota de ninguna doctrina que fuera específicamente suya.

La otra saga deriva de la saga de la Revolución Francesa. Dado que la mayoría de los escritores de Turgot simpatizaban y simpatizan con este último, fueron y están inevitablemente impulsados a exaltar en "héroes que lucharon por la luz en las tinieblas del despotismo" a unos pocos elegidos sirvientes del *ancien régime* . Turgot es el principal beneficiario de esta tradición que fue iniciada por los propios revolucionarios, quienes, incluso oficialmente, a veces se referían a Turgot como *ce bon citoyen* . Y algunos escritores han agregado el toque de que Turgot fue elevado al cargo por la voz del pueblo y destituido a instancias de una corte intrigante. De hecho, Turgot fue nombrado *Contrôleur* por un monarca completamente bien intencionado que buscó entre sus burócratas al mejor hombre para el puesto. Si hubo alguna otra influencia, fue la del ministro de Maurepas. Tan pronto como asumió el cargo, Turgot, sin duda con las más meritorias intenciones, comenzó a apoyarse fuertemente en la prerrogativa real. Ahora es muy fácil, cuando un ministro es apoyado por un monarca, redactar excelentes decretos y obligarlos a tragarlos a los *parlamentos* que se niegan a registrarlos. La dificultad, dado que el gobierno se lleva a cabo entre personas y grupos vivos, es hacer que se acepten esos decretos. Luis XVI al principio prestó su apoyo incondicional, pero el problema con él, que tenía muchas buenas cualidades, era precisamente que no era un déspota y no estaba dispuesto a usar la fuerza. Y aunque Turgot fue también blanco de intrigas cortesanas y de otro tipo —de la primera, principalmente por su política de despido— fue la resistencia popular del proletariado rural y de los gremios artesanales la que se convirtió después de un tiempo en el factor dominante de la situación: incluso hubo revueltas locales que Turgot reprimió con mano firme. Tampoco sería cierto, pero estaría más cerca de la verdad que al contrario, decir que Turgot fue elevado a un cargo ministerial por el rey y derrocado por el pueblo. Para nuestro propósito, la relevancia de esto está en la luz que arroja sobre la personalidad de uno de los más grandes economistas científicos de todos los tiempos. La

interpretación presentada hace que el rey salga mejor que la habitual pero, lo único que importa aquí, no hace que Turgot salga peor. Solo lo hace parecer diferente. Vemos al excelente funcionario que es un buen administrador y (quizás) asesor, pero no un líder o táctico. También vemos honestidad y firmeza (tanto como otros intérpretes) y (lo que quizás no impresione tanto a estos otros intérpretes) lealtad a su rey. La respuesta a la pregunta académica que se ha planteado, si, si hubiera permanecido en el cargo o no, hubiera evitado la Revolución, depende de lo que entendamos por revolución. Si nos referimos al derrocamiento de la monarquía y los excesos sanguinarios, la respuesta debería ser afirmativa: no más, sin embargo, por las reformas que podría haber llevado a cabo en ese caso que por su voluntad de llamar a las tropas. Ningún límite de libertad se ajustará a Turgot.

Su obra principal, *Réflexions sur la formación et la distribution des richesses* , fue escrita en beneficio de dos estudiantes chinos en 1766 y publicada (como se ha dicho anteriormente, no sin algunas fricciones que surgieron de los intentos de Dupont de interferencia editorial, presumiblemente hecho en interés de la ortodoxia fisiócrata) en las *Éphémérides* (1769-1770; traducción inglesa 1898). De las publicaciones menores que complementan útilmente esta obra, las más importantes son el *Éloge de Gournay* , la carta sobre papel moneda al Abbé de Cicé (su primera publicación económica, 1749), las *observaciones* sobre los ensayos de St.-Péravy (1767) y Graslin (1767) sobre impuestos indirectos, y un documento sobre préstamos de dinero (1769). Sus contribuciones a la *Encyclopédie* , incluidos temas como "existencia", "expansibilidad" y "etimología", y su crítica a la filosofía de Berkeley —y muchas otras— son interesantes como pruebas de la amplitud de su gama. Las *obras* de Turgot fueron editadas por Dupont de Nemours (1808–11) y nuevamente por G. Schelle (1913–23), siendo la última edición la que se debe utilizar. *Turgot de* Léon Say ha sido traducido al inglés por MB Anderson (1888). Véase también Alfred Neymarck, *Turgot. . .* (1885); S. Feilbogen, *Smith und Turgot* (1892); WW Stephens, *La vida y los escritos de Turgot* (1895); y especialmente G. Schelle, *Turgot* (1909).

Si ahora tratamos de comparar la personalidad científica de Turgot con las de Beccaria y A. Smith, primero nos sorprenderán similitudes significativas: las tres fueron polihistóricas en cuanto a aprendizaje y alcance de visión; los tres estaban fuera del ámbito de los negocios y las actividades políticas; los tres demostraron una devoción resuelta al deber que tenían entre manos. Turgot fue sin duda el más brillante de los tres, aunque su brillantez estaba algo teñida de superficialidad, no en economía, sino en sus dominios intelectuales periféricos. La principal diferencia, desde el punto de vista de su logro científico, es que A. Smith gastó muy poco de sus energías en trabajos no científicos, Beccaria mucho y Turgot, desde 1761 en adelante, casi todo lo que tenía. Durante los trece años en Limoges, Turgot sólo pudo haber tenido escaso tiempo libre; durante sus (casi) dos años de cargo ministerial, prácticamente ninguno: su trabajo creativo debe haber sido realizado entre los 18 y 34 años. Y esto explica todo lo que hay que explicar, no precisamente sobre los méritos comparativos de las tres obras en cuestión. , sino sobre los diferentes grados en los que se terminaron las obras.

Turgot era un hombre demasiado capaz para escribir algo insignificante. Sin embargo, solo el especialista de Turgot necesita ir más allá de las *Reflexiones* , y con una excepción nos limitaremos a esto. Evidentemente, la esbelta obra se escribió a toda prisa y nunca se revisó a fondo. Parece que los *Principios* de Marshall se verían si el texto, las notas y los apéndices se destruyeran y solo se conservaran los resúmenes marginales, y no todos. De hecho, no es mucho más que un índice analítico muy elaborado escrito para un tratado voluminoso pero inexistente. Sin embargo, tal como es, el esqueleto teórico de Turgot es, incluso independientemente de su prioridad, claramente superior al

esqueleto teórico de La *riqueza de las naciones* . Para llegar a esta opinión, no es necesario imputar a Turgot nada que en realidad no haya dicho ni atribuirle ninguna implicación de lo que dijo que posiblemente no haya visto él mismo. De hecho, entregó la mercancía. Al llamar a la obra inacabada o esqueleto, no quiero decir que haya necesidad de conjeturas inciertas o generosidad de interpretación para terminarla. Presenta un sistema completo de teoría económica. Lo que le falta a cualquier economista competente podría aportarlo sin añadir (salvo críticas) de su propio acervo de conocimientos. Por supuesto, nadie admira La *riqueza de las naciones solo* por su esqueleto teórico. Debe su posición a su sabiduría madura, sus exuberantes ilustraciones, su eficaz defensa de las políticas. Y también hay algo que decir sobre la laboriosa creación del profesional académico: fue producto de la paciencia, del cuidado meticuloso, de la autodisciplina, y no podemos estar seguros de que Turgot alguna vez hubiera producido algo comparable a eso. , incluso si hubiera tenido todo el ocio del mundo. Sin embargo, se desprende una lección del éxito muy diferente de ambos trabajos: en economía, al menos, el rendimiento intelectual no es suficiente; termina cuenta; y también la elaboración, la aplicación y la ilustración; incluso ahora están lejanos los días en que será posible, como ocurre en la física, dar forma al pensamiento internacional mediante un artículo de menos de una página. La contribución de Turgot salió tan bien como lo hizo debido a su eminencia en otro ámbito de la vida. Aun así, nunca dio los frutos que fácilmente podría haber dado.

Dado que la única manera satisfactoria de resumir ese resumen es transcribirlo, y dado que, además, los puntos más importantes se abordarán en capítulos posteriores, aquí solo se ofrecerán algunos comentarios generales en lugar de una Guía del lector. Aproximadamente el primer tercio de las 31 secciones tratado en la primera [306] -presents las bases que incluye el esquema Cantillon-Quesnay de clases y un análisis de sus relaciones en la producción y distribución que está salpicado de colores fisiócratas. Ciertas proposiciones fundamentales, como la proposición de que la competencia siempre reduce los salarios al nivel mínimo de existencia, se insiste desde el principio. Las secciones XXXII-L contienen una teoría del trueque, el precio y el dinero que, hasta donde llega, es casi impecable y, salvo la formulación explícita del principio marginal, está a una distancia medible de la de Böhm-Bawerk. El resto del tratado está dedicado principalmente a una teoría del capital que anticipa la mayor parte del trabajo del siglo XIX y a los temas de interés, ahorro e inversión y valores del capital. La originalidad en puntos individuales es difícil de afirmar o negar, más aún porque Turgot no cita, lo cual no es un reproche en el caso de tal boceto. Pero la visión integral de todos los hechos esenciales y sus interrelaciones más la excelencia de la formulación son evidentes en un grado que haría de la obra en su conjunto una contribución original, incluso si ningún punto individual hubiera sido exclusivo de Turgot. Y prácticamente no se pueden encontrar errores definidos en este primero de todos los tratados sobre Valor y Distribución que iban a ser tan populares en las últimas décadas del siglo XIX. No es exagerado decir que la economía analítica tardó un siglo en llegar a donde podría haber llegado en veinte años después de la publicación del tratado de Turgot si su contenido hubiera sido debidamente comprendido y absorbido por una profesión alerta. Tal como estaban las cosas, incluso JB Say, el vínculo más importante entre Turgot y Walras, no sabía cómo explotarlo por completo.

5

-

Población, rendimiento, salarios y empleo

1. El principio de población

LOS PROBLEMAS de población, es decir, las preguntas sobre qué es lo que determina el tamaño de las sociedades humanas y cuáles son las consecuencias que conlleva el aumento o la disminución del número de habitantes de un país, bien podrían ser las primeras en ocurrir a un observador perfectamente distante tan pronto como mira esas sociedades con un espíritu de curiosidad científica. La idea de que la clave de los procesos históricos se encuentra en la variación de las poblaciones, aunque unilateral, es al menos tan razonable como cualquier otra teoría de la historia que proceda del prejuicio de que debe haber un único motor primario de la sociedad. o evolución económica, como tecnología, religión, raza, lucha de clases, formación de capital, etc. Por tanto, es bastante comprensible que los problemas de población debieran haber recibido atención en los inicios mismos del análisis económico; que deberían haber cobrado gran importancia en el pensamiento de todos los principales escritores del período en discusión; y que se les debería haber dado un lugar de honor en el único gran sistema económico anterior a Smith que produjo Inglaterra, los *Principios de* Sir James Steuart .

Pero también había una razón práctica para esta prominencia de los problemas de población. Desde que las tribus primitivas resolvieron las suyas mediante el aborto y el infanticidio, la gente en general y los filósofos sociales en particular nunca dejaron de preocuparse por ellos. En términos generales, hasta finales del siglo XVI, el problema surgió de una relación entre las tasas de natalidad y la tasa de mortalidad que era incompatible con entornos económicos estacionarios o cuasi estacionarios: el problema de la población era de superpoblación real o amenazante. Fue desde este ángulo que se presentó a Platón y Aristóteles. El tipo opuesto de problemas fue bastante excepcional: el ejemplo sobresaliente es la decadencia de la población romana nativa en el último siglo de la República y durante toda la época del Imperio. En la Edad Media las moradas del estrato inferior de la clase guerrera, los simples caballeros, sufrían de hacinamiento siempre que no había cruzadas, guerras de las Rosas, epidemias, etc. para reducir el número; y los gremios de artesanos ofrecían sustento a un número limitado únicamente y experimentaban dificultades perennes con "listas de espera" cada vez más largas. Pero todo esto cambió durante los siglos XVII y XVIII. Hemos visto que los problemas económicos prácticos de esos siglos fueron los problemas de países pobres en bienes pero ricos en posibilidades. Frente a estas posibilidades, el problema de la población se convirtió en un problema de subpoblación. Además, algunos países, en particular Alemania y España, habían experimentado la despoblación juntos durante décadas. 307 Y, como también hemos visto, estas condiciones prevalecieron cuando las ideas de poder y expansión nacional o territorial llenaron el pensamiento y el corazón de todos.

[(a) La actitud poblacionista.]

En consecuencia, los gobiernos comenzaron a favorecer el aumento de la población por todos los medios a su alcance. Las medidas diferían de vez en cuando y de un país a otro, pero en algunos

casos —por ejemplo, en Francia bajo Colbert— fueron tan enérgicas como cualquier otra a la que han recurrido los dictadores modernos. Los economistas se dejaron llevar por los humores de su época. Con raras excepciones, estaban entusiasmados con la "población" y el rápido aumento en el número. De hecho, hasta mediados del siglo XVIII, fueron casi unánimes en esta actitud "poblacionista" como nunca lo han sido en cualquier otra cosa. Una población numerosa y en aumento era el *síntoma* más importante de riqueza; era la *causa* principal de la riqueza; que *era* la riqueza en sí, el mayor activo para cualquier nación que tenga. Los enunciados de este tipo eran tan numerosos que las citas eran superfluas. En Inglaterra, en particular, a los hombres del primer vuelo que se registran como líderes del sentimiento poblacionista, como Child, Petty, Barbon, Davenant, se unieron casi todas las bases. [308] Que los escritores alemanes y españoles fueron más lejos que cualquier otro se explica ampliamente por las condiciones de sus países. Dado que Italia tenía una población comparativamente densa y era menos favorecida en cuanto a oportunidades de expansión nacional, los economistas italianos fueron menos en esta dirección y, más tarde, menos en la opuesta que sus hermanos ingleses y franceses. Como siempre, la única pregunta que nos interesa es: ¿cuál fue la lógica económica de todo esto, si es que el análisis económico tuvo algo que ver con eso? La respuesta debería ser obvia. El complemento analítico de la actitud poblacionista se reduce a una proposición: *en las condiciones imperantes* , el aumento de cabezas aumentaría el ingreso real per cápita. Y esta proposición era manifiestamente correcta.

Salvo excepciones sin importancia, estas condiciones no cambiaron sustancialmente en el siglo XVIII o incluso en las primeras décadas del XIX. Por tanto, es todo un problema explicar por qué la actitud opuesta —que podría llamarse anti-poblacionalista o, para asociarla con el nombre del hombre que la convirtió en un éxito popular en el siglo XIX, maltusiana— debería haberse afirmado entre economistas desde mediados del siglo XVIII en adelante. ¿Por qué los economistas se asustaron con un espantapájaros? El primer paso hacia la solución de este problema es localizar el surgimiento de la actitud maltusiana. Los economistas alemanes y españoles no le tenían miedo al espantapájaros. De hecho, nunca hubo ningún maltusianismo nativo ni en Alemania ni en España: el maltusianismo que existió en esos países fue producto de la enseñanza del inglés durante la primera mitad del siglo XIX. Los italianos, como se dijo anteriormente, tenían alguna razón real para estar (levemente) asustados, y lo estaban. Pero la cuna de la doctrina genuinamente anti-poblacionista fue Francia. El segundo paso hacia una solución es, por tanto, averiguar si no había algo en la situación económica y política de Francia que pudiera, a pesar de las oportunidades 'objetivas', sugerir pesimismo sobre el futuro económico del país y así explicar ese cambio de actitud. . De hecho, la hubo. Durante prácticamente todo el siglo XVIII, Francia libró una batalla perdida con Inglaterra. Muchos de sus principales espíritus comenzaron a aceptar esta derrota en 1760 y a descartar las oportunidades de expansión nacional. Además, el modelo institucional gastado del último medio siglo de la monarquía no fue favorable para un vigoroso desarrollo económico en el país. Así, el pensamiento pasó de una empresa audaz a las posibilidades que ofrece la agricultura, de los sueños de evolución a la imagen de una economía "madura" o cuasi estacionaria. El tercer y último paso, entonces, es explicar por qué el sentimiento anti-poblacionista se apoderó de la mente inglesa a pesar del hecho de que en Inglaterra prevalecía exactamente el estado de cosas opuesto. Para entender esto tenemos que darnos cuenta de que la tendencia a largo plazo de una evolución es una cosa, y la secuencia de situaciones a corto plazo a través de las cuales se abre camino es otra muy distinta. Así, los poblacionistas ingleses de los siglos

XVII y XVIII pueden haber tenido bastante razón al considerar el rápido crecimiento como motor, condición y síntoma del desarrollo económico, e igualmente acertados al preocuparse al mismo tiempo, como la mayoría de ellos, por la vicisitudes a corto plazo, el desempleo en particular, que acompañó ese desarrollo; esto no los condena de contradicción ni en su análisis ni en sus recomendaciones. Pero en la Revolución Industrial de las últimas décadas del siglo XVIII, estas vicisitudes a corto plazo se volvieron más serias que antes, precisamente porque el ritmo del desarrollo económico se aceleró. Y algunos economistas —como se señalará en un momento, sólo una minoría— quedaron tan impresionados por ellos que perdieron de vista la tendencia. El estado de ánimo anti-poblacionista resultante produjo entonces el conjunto de proposiciones analíticas que se conocieron, en el siglo XIX, como el principio o teoría de la población malthusiana. Antes de considerar su historia temprana, debemos ocuparnos de otro asunto.
[(b) Crecimiento del conocimiento fáctico.]

En los Estados Unidos, el primer censo se realizó en 1790; en Inglaterra en 1801. En Canadá y en algunos países de la Europa continental había habido otros anteriores, pero no fue hasta las primeras décadas del siglo XIX cuando se dispuso de información confiable sobre los datos numéricos de la población a intervalos regulares. Los escritores de los siglos XVII y XVIII, por tanto, teorizaron sobre la población sin conocer los hechos estadísticos. Todo lo que tenían que seguir, si exceptuamos los raros casos en los que la observación local arrojó resultados definitivos, eran indicaciones poco fiables e impresiones vagas: así, los escritores ingleses podían estar en desacuerdo sobre la cuestión de si la población inglesa había aumentado o no. disminuyó durante el siglo entre 1650 y 1750. De ahí que las investigaciones que se emprendieron para disipar esta niebla y las controversias resultantes ejemplifiquen un tipo peculiar de teoría. Por lo general, el análisis teórico se ocupa de hechos que son, o se supone que son, conocidos: ordena, interpreta, explica, establece relaciones y generaliza a partir de hechos o "datos" dados. Esto, por supuesto, es también lo que iba a hacer la teoría de la población en el siglo XIX. Pero en los siglos XVII y XVIII, la principal tarea de la investigación sobre población no era analizar hechos dados sino, en la medida de lo posible, averiguar cuáles eran realmente los hechos: era el tipo de teoría que, a diferencia de otros tipos, se retira. antes de avanzar en el conocimiento fáctico y eventualmente debe ser reemplazado por él. Pero el trabajo realizado por esas investigaciones —primero por los aritméticos políticos— también sentó las bases de la teoría posterior de la población. Pues muchas de las consideraciones que se desarrollaron originalmente con el fin de formarse una idea de los hechos, sirvieron posteriormente para interpretarlos. Es por eso que a continuación se presentan ejemplos de esas controversias.

El *Ensayo de* Sir William Petty *sobre la multiplicación de la humanidad* (2ª ed. Rev. Y enl., 1686) es el ejemplo estándar de la especulación del siglo XVII sobre los hechos. También se puede mencionar *Primitive Origination of Mankind de* Sir Matthew Hale (1677; parcialmente republicado en 1782 bajo el título de *Essay on Population* ; sobre el autor, véase JB Williams, *Memoirs of the Life, Character and Writings of Sir Matthew Hale* , 1835). Ambos autores infieren hechos, sobre escasas observaciones, principalmente de "leyes" derivadas de consideraciones generales.

De las controversias del siglo XVIII, notaremos primero una que surgió de la declaración de Montesquieu en las *Lettres persanes de* que el mundo antiguo era más poblado que el mundo occidental de su tiempo. En su ensayo 'Of the Populousness of Antient Nations' (*Discursos políticos* , 1752), Hume ofreció razones para la opinión opuesta que fueron criticadas por Robert Wallace en el

Apéndice de su *Disertación sobre los números de la humanidad* (1753), en la que sostuvo Tesis de Montesquieu. Wallace encontró un seguidor en William Bell, quien expandió la discusión sobre números a una discusión de causas y efectos: en su disertación *¿Qué causas contribuyen principalmente a hacer que un país sea poblado? ¿Y qué efecto tiene la población de una nación en su comercio?* (1756) presentó la teoría de que el desarrollo de la manufactura y el comercio, al desviar recursos de la producción de alimentos, tiende a producir una disminución de la población (lo que él asumió como un hecho y desaprobó); en consecuencia, abogó por fomentar la agricultura y una distribución equitativa de la tierra entre las familias agrícolas. Este tratado dio lugar a otro, *Una reivindicación del comercio y las artes* (1758) de W. Temple (un vendedor de ropa, que no debe confundirse con Sir William Temple, el estadista y escritor del siglo XVII). No se concede gran importancia a las obras de Bell o Temple. Se mencionan aquí debido a una discusión similar sobre un tema similar que tuvo lugar medio siglo después y es mucho más conocido: opiniones similares a las de Bell, que fueron reafirmadas por Thomas Spence, provocaron una respuesta de James Mill que estableció su reputación. como economista.

Otra controversia fue más interesante. En 1779, Richard Price, ahora recordado principalmente por su propuesta de establecer un fondo de amortización que extinguiría la deuda nacional, publicó un *Ensayo sobre la población de Inglaterra* en el que afirmó que la población había disminuido en una cuarta parte desde la revolución de *Inglaterra.* 1688 y esa aglomeración urbana fue responsable de ello. Naturalmente, esto fue atacada por una serie de escritores, especialmente por W. Gales (*Investigación sobre el estado actual de la Población en Inglaterra y Gales* , 1781), John Howlett (*Examen de Ensayo del Dr. Price* . . . 1781), y otros, A. Jóvenes entre ellos. La contribución de Howlett es la más interesante, no solo porque es un buen ejemplo del arte de razonar sobre hechos inadecuados, sino también porque, como Bell, se lanzó a un análisis de fenómenos económicos relacionados. En particular, interpretó los recintos como consecuencia del aumento de la población y como una 'causa' de algunas de esas mejoras en la agricultura que se pedían por esa teoría del aumento en la que había un elemento importante de verdad.

[(c) Aparición del principio 'maltusiano'.]

Sin embargo, la teoría de la población tal como se entendía en el siglo XIX, es decir, una teoría de los factores —o "leyes" - que determinan los números y las tasas de aumento o disminución, surgió mucho antes. [309] Despojado de lo no esencial, el Principio de Población 'maltusiano' surgió completamente desarrollado del cerebro de Botero en 1589: las poblaciones tienden a aumentar, más allá de cualquier límite asignable, en la máxima medida posible gracias a la fecundidad humana (la *virtus generativa* de la traducción latina); los medios de subsistencia, por el contrario, y las posibilidades de incrementarlos (la *virtus nutritiva*) son definitivamente limitadas y por tanto imponen un límite a ese incremento, el único que hay; este límite se impone a través de la necesidad, lo que inducirá a las personas a abstenerse de casarse (control negativo de Malthus, control prudencial, `` moderación moral ") a menos que los números se reduzcan periódicamente por guerras, pestilencias, etc. (control positivo de Malthus). Esta actuación pionera —la única actuación en toda la historia de la teoría de la población que merece algún crédito— llegó mucho antes de la época en que su mensaje podría haberse extendido: prácticamente se perdió en la ola poblacionista del siglo XVII. Pero unos doscientos años después de Botero, Malthus realmente no hizo más que repetirlo, excepto que adoptó leyes matemáticas particulares para el funcionamiento de la *virtus generativa* y la *virtus nutritiva* : la

población debía aumentar 'en proporción geométrica o progresión', es decir , en una serie geométrica divergente: comida en "proporción aritmética o progresión". [310] Pero la 'ley de la progresión geométrica', aunque no en la obra de Botero, fue sugerida por Petty en su *Ensayo sobre la multiplicación de la humanidad* (1686), por Süssmilch (1740), por R. Wallace (1753) y por Ortes (1774), por lo que, dentro de este abanico de ideas, no le quedaba nada a Malthus para decir que no se hubiera dicho antes. De los autores del siglo XVIII que, sin comprometerse con esta particular forma matemática, afirmaron que la población siempre aumentará hasta el límite fijado por la oferta de medios de subsistencia, bastará mencionar Franklin [311] (1751), Mirabeau (1756). —Quien se expresó a su manera pintoresca: los hombres se multiplicarán hasta los límites de la subsistencia como 'ratas en un granero' - Sir J. Steuart (1767), Chastellux (1772), [312] y Townsend (1786). [313] Steuart, cuya prioridad Malthus debía reconocer, fue particularmente explícito. Exactamente como lo hizo Botero, tomó la 'facultad generativa' como una fuerza constante para compararla con un resorte que está sujeto por un peso y que seguramente responderá a cualquier disminución de este peso. Townsend definió el factor limitante como "el hambre, no como sentida o temida directamente por el individuo mismo, sino como prevista y temida por su descendencia inmediata". Hasta donde yo sé, Ortes fue el único escritor que admitió que la "razón" puede tener más influencia de la que se da a entender en la anticipación de la necesidad, una influencia que ilustró con el celibato del clero católico.

Botero, entonces, fue el primero en emitir esa nota de pesimismo que se convertiría en una manzana de la discordia tan famosa en los días de Malthus: como hemos visto, asoció el aumento de población con la miseria real o potencial. Pero la mayoría de los autores que creían que las poblaciones tienden a aumentar sin límite asignable no compartían el pesimismo de Botero, sino que, por el contrario, simpatizaban con los sentimientos poblacionistas de su época y países. Petty y, antes de su conversión a la visión de Botero-Malthus de la materia, Mirabeau y Paley pueden servir como ejemplos. [314] Esta posición, por supuesto, no implica ningún error de razonamiento. Porque el hecho de que una población sea *físicamente capaz* de multiplicarse hasta que no solo carezca de alimentos, sino también de un terreno sobre el que pararse no es motivo de preocupación a menos que se complemente con la proposición adicional de que *en realidad* tenderá a hacerlo en lugar de simplemente responder a una expansión económica. medio ambiente creciendo junto con él (o incluso, posiblemente, por una disminución en la tasa de natalidad). En otras palabras, la población debe tender a "presionar contra" el suministro de alimentos. Pero incluso si se admite tal tendencia, no tiene por qué preocuparnos por el futuro calculable o, lo que es más importante para nosotros, tener alguna relevancia para la explicación de los fenómenos contemporáneos. Para que este sea el caso, evidentemente no es suficiente creer que la población "presionará contra" el suministro de alimentos en algún momento indefinidamente distante: debemos creer que la presión está realmente presente o es realmente inminente. A menos que esto se pueda establecer, la creencia en esa tendencia es compatible con la creencia opuesta en lo que respecta a una situación determinada o en lo que respecta a la perspectiva *ex visu* de una situación determinada. El lector bien puede pensar que estoy poniendo un énfasis innecesario en estas distinciones obvias, pero su negligencia es responsable de la inutilidad de muchas de las controversias que surgieron sobre la población tanto en el siglo XVIII como en el XIX.

Sin embargo, un trabajo de R. Wallace [315] ilustrará la forma en que la mera creencia en la presión de la población en un futuro indefinidamente remoto puede, después de todo, volverse relevante para el análisis económico. Wallace consideraba al comunismo igualitario como la forma

absolutamente ideal de sociedad. Sin embargo, lo rechazó. Y la única razón que adujo para hacerlo fue que en tal sociedad no habría ningún freno al funcionamiento de los poderes físicos de multiplicación de la humanidad, de modo que la carrera de una sociedad comunista eventualmente tendría que terminar en hacinamiento y miseria: un punto de vista eso evidentemente no implicaba ninguna opinión sobre la situación que realmente prevalecía en la época de Wallace. Independientemente de lo que pensemos sobre los méritos del argumento, presenta dos rasgos característicos que no se pueden subrayar demasiado. Primero, si la proposición sobre la multiplicación sin control fuera válida, evidentemente se acercaría a ser una "ley natural" en el sentido estricto del término. La mayoría de los economistas ingleses de los cien años siguientes lo aceptaron como tal, como la formulación de una inexorable necesidad casi física. Los mismos economistas tenían la costumbre de reclamar una necesidad similar y una validez universal, no solo para aquellas proposiciones económicas que no son más que lógica aplicada, sino también para otras como su "ley del salario". Evidentemente, no es descabellado sospechar que este hábito de los economistas ingleses tuvo algo que ver con su creencia en esa "ley" biológica. De ser así, la cuestión de las clásicas "leyes eternas de la economía" no debería tratarse como una cuestión de filosofía del método científico, sino simplemente como una cuestión de la validez o relevancia de una proposición individual. En segundo lugar, a Wallace nunca se le ocurrió buscar obstáculos para la perfección humana que no fueran el poder de multiplicación de la humanidad: a excepción de los peligros que amenazaban con esto, no tenía más dudas sobre la perfectibilidad humana que Condorcet. Esto estaba en consonancia con la sociología superficial de la Ilustración, pero es interesante observar que Malthus y, de hecho, todos los "clásicos" parecen haber tenido la misma opinión. Solo conozco un escritor que al menos sonó la nota eugenésica. Fue Townsend. En el trabajo mencionado anteriormente, argumentó que la provisión para los 'ociosos y viciosos' impondría una carga sobre los 'más prudentes, cuidadosos y laboriosos' que les impediría casarse: 'el granjero cría solo con lo mejor de su ganado; pero nuestras leyes prefieren preservar lo peor. . .

La autoridad sobresaliente para la otra opinión, es decir, para la opinión de que la presión de la población estaba realmente presente alrededor de 1750 —y es de hecho un fenómeno siempre presente — fue Quesnay. A diferencia de Cantillon, de quien se separó en este punto, 316 sostenía no sólo que la propagación no tiene otros límites que los de subsistencia, sino que también tiende *siempre* a ir más allá de ellos. La única justificación que ofreció para esta afirmación dogmática fue que, siempre y en todas partes, hay personas que viven en la pobreza o la miseria (indigencia). Esta teoría de la superpoblación de la pobreza es la esencia del "maltusianismo". Pero antes de la publicación del *Ensayo* de Malthus tenía tan pocos adeptos que hasta el día de hoy la mayoría de los historiadores se lo atribuyen. De hecho, el poblacionismo no se mantuvo firme, al menos no fuera de Alemania y España. Pero en todas partes los economistas se negaron a aceptar el punto de vista opuesto. La mayoría parece haber estado de acuerdo con el obispo Berkeley, quien se deleitaba con la visión de multitudes alegremente bulliciosas, o con Hume, quien llamó a la felicidad de la sociedad y su populosidad "asistentes necesarios". En consecuencia, A. Smith resumió reduciendo el principio de población a una vieja perogrullada, conservando sin embargo su carácter de ley natural: `` toda especie de animales se multiplica naturalmente en proporción a los medios de subsistencia, y ninguna especie puede multiplicarse más allá de eso.' (*Riqueza* , Libro I, cap. 8.) Y al mismo tiempo declaró, en el espíritu de los viejos poblacionistas, que 'la marca más decisiva de la prosperidad de cualquier país es el aumento del número de sus habitantes' (*ibíd.*). Beccaria descartó tanto el entusiasmo como el pesimismo de los

economistas sobre el aumento del número: reconoció que el aumento no siempre era una bendición para rezar en todo momento; pero también que no había motivos para tenerle miedo en todo momento. De hecho, parece haber sido la única autoridad que enseñó explícitamente el punto de vista obviamente sensato. Sin embargo, Genovesi fue más allá al efectuar una síntesis entre los dos opuestos. Vio que, desde el punto de vista de una población que vive en determinadas condiciones, los números pueden ser demasiado pequeños o demasiado grandes en el sentido de que aumentar o disminuir produciría una mayor "felicidad". Esto llevó a Genovesi a reafirmar la vieja idea de población óptima (*popolazione giusta, Lezioni* , Parte I, cap. 5) que iba a ser patrocinada nuevamente por Knut Wicksell. Este concepto es difícil de manejar y quizás no sea muy valioso. Pero tiene el mérito de sacar a relucir la verdad de que el poblacionismo y el maltusianismo no son los opuestos mutuamente excluyentes que parecían ser para tanta gente.

2. Rendimientos crecientes y decrecientes y la teoría de la renta

[(a) Rendimientos crecientes.]

Hemos visto que la actitud poblacionista, en la medida en que esté motivada económicamente, implica la creencia de que el aumento de la población aumentará (dentro de ciertos límites) la riqueza per cápita o, como también podemos decir, la creencia en los rendimientos crecientes. Lo mismo ocurre, en la mayoría de los casos, con la actitud proteccionista que acompañaba al poblacionismo (véase más adelante, cap. 7). La idea de rendimientos crecientes en este sentido, es decir, rendimientos crecientes con referencia a una economía nacional en su conjunto, e independientemente de cualquier razón bien definida por la que los rendimientos deberían estar aumentando y de si se trata de rendimientos físicos o rendimientos en términos del dinero que se quiere decir, es sin duda una nebulosa y no equivale a más que un "indicio" de cualquiera de los diversos significados que el concepto iba a adquirir. Pero más allá de esos indicios, que por supuesto eran muy frecuentes, también encontramos aquí y allá argumentos más precisos, como el argumento de Petty de que el gasto en lo que podríamos denominar gastos generales sociales (gastos en el gobierno, carreteras, escuelas, etc.) En igualdad de condiciones, aumenta proporcionalmente con la población: esto coloca los rendimientos crecientes en la forma no del todo equivalente de costo decreciente por unidad de servicio, pero sin embargo identifica un fenómeno definido que se puede observar en todas las sociedades y en todas las empresas individuales. Antes de esto, una ley general de rendimientos crecientes en la industria manufacturera, también en la forma de una ley de costo unitario decreciente, había sido enunciada explícitamente y con plena conciencia de su importancia por Antonio Serra, 317 de la misma forma que se iba a establecer en el libro de texto del siglo XIX. Debe notarse especialmente la restricción de los rendimientos crecientes de la fabricación. De hecho, Serra no afirmó que la producción agraria estuviera sujeta a rendimientos decrecientes. Pero la idea de que la producción industrial y agraria como tal siguen diferentes "leyes" fue expresada por él con tanta claridad como si lo hubiera hecho. Así presagió un rasgo importante del análisis del siglo XIX que no fue completamente abandonado ni siquiera por A. Marshall. En los siglos XVII y XVIII, sin embargo, la mayoría de los economistas no dijeron nada al respecto. Pero muchos insinuaron, o incluso dijeron explícitamente, que los rendimientos crecientes también prevalecían en la agricultura. A continuación, discutiremos el ejemplo más importante de esta posición. Por el momento, observemos que A. Smith, más de siglo y medio después de Serra, adoptó una visión muy similar a la suya. Claramente, aunque vagamente, estableció

una ley de rendimientos crecientes para las manufacturas: primero, en relación con la división del trabajo (Libro I, cap. 1) y, segundo y más completamente, en la digresión sobre los 'Efectos del progreso de la mejora sobre el precio real de las manufacturas ", que insertó en la Parte III de su enorme capítulo sobre la renta de la tierra (Libro I, cap. 11), donde atribuyó el hecho de que `` una cantidad mucho menor de trabajo se convierte en un requisito para ejecutar cualquier trabajo en particular "como consecuencia de una mejor maquinaria, de una mayor destreza y de una división y distribución del trabajo más adecuadas". 318 Pero en ninguna parte estableció una ley de rendimientos decrecientes, aunque repetidamente la rozó, especialmente en el Capítulo 11. De hecho, en el Capítulo 1, simplemente señaló una diferencia entre la producción agrícola e industrial en el alcance que ofrecen para una división cada vez mayor. del trabajo, y su texto es compatible con la interpretación de que pretendía afirmar rendimientos crecientes también para la agricultura, pero en menor grado. Y esto a pesar del hecho de que los dos casos de rendimientos (físicos) decrecientes, que West y Ricardo iban a reconocer, habían sido completamente descritos ante él por Sir James Steuart (1767) y Turgot (1767). 319

[(b) Rendimientos decrecientes: Steuart y Turgot.]

Steuart en sus *Principios* (1767) - y después de él Ortes en su *Economia Nazionale* (1774) - presentó lo que los últimos seguidores de Ricardo llamarían el caso del Margen Extenso: a medida que aumenta la población, los suelos más y más pobres deben ser llevados a El cultivo y, aplicado a estos suelos progresivamente más pobres, cantidades iguales de esfuerzo productivo producen cosechas progresivamente menores. Turgot descubrió el otro caso de rendimientos físicos decrecientes, al que los mismos seguidores de Ricardo iban a referirse como el caso del Margen Intensivo: como cantidades iguales de capital (*avances*), las cantidades de trabajo, sin embargo, funcionarían igual de bien. en este caso, si se aplican sucesivamente a un terreno determinado, las cantidades de producto que resultan de cada aplicación primero aumentarán sucesivamente hasta cierto punto en el que la relación entre incremento de producto e incremento de capital alcanzará un máximo. Más allá de este punto, sin embargo, la aplicación ulterior de cantidades iguales de capital irá acompañada de aumentos progresivamente más pequeños del producto, y la secuencia de estos aumentos decrecientes finalmente convergerá hacia cero. Esta afirmación de lo que finalmente llegó a ser reconocido como la verdadera ley de los rendimientos decrecientes no puede ser elogiada demasiado. Encarna un logro que es nada menos que brillante y es suficiente en sí mismo para colocar a Turgot como un teórico muy por encima de A. Smith. Es mucho más correcto que la mayoría de las formulaciones del siglo XIX; la formulación de Turgot, de hecho, no fue superada hasta que Edgeworth 320 tomó el asunto en la mano.

Una característica particularmente feliz es la inserción de un intervalo de rendimientos crecientes antes del intervalo de rendimientos decrecientes; es decir, el reconocimiento del hecho de que los rendimientos decrecientes no prevalecen desde la aplicación de la primera "dosis" de algún factor variable, sino que se establecen sólo después de que se ha alcanzado cierto punto. Esto debería haber eliminado, de una vez por todas, la opinión errónea de que quien afirma que la extensión de la producción, en determinadas circunstancias, será acompañada de rendimientos crecientes, niega por tanto la validez de la "ley de los rendimientos decrecientes". Además, los rendimientos crecientes de Turgot se definen con una pulcritud insuperable: son los rendimientos crecientes que acompañan a la aplicación de un factor variable a uno que se da en una cantidad fija —o a un conjunto de factores cuyas cantidades se mantienen constantes— *antes de la combinación óptima. de factores se alcanza* .

Por lo tanto, se puede decir que Turgot formuló un caso especial de lo que los economistas estadounidenses alrededor de 1900 llamarían la ley de proporciones variables. 321

Y finalmente hay que dejar constancia de que Turgot expresó su ley en términos de incrementos sucesivos de producto y no en términos de producto promedio (por unidad del factor variable). Esto significa que en realidad utilizó el análisis marginal y que el dominio de la técnica moderna sólo podría haber mejorado la forma de su declaración. Realmente no hay nada que criticar en él, excepto una conciencia inadecuada de la necesidad de especificar tanto el producto para el que se cumple su ley como también el factor variable que se aplica: la canasta de cosas dispares que se esconden detrás de sus *avances* no cumple el último requisito, pero simplemente lo esquiva. 322 A la objeción adicional de que no enfatizó el hecho de que su ley tenía sentido solo con un estado dado de conocimiento tecnológico, o un horizonte tecnológico dado, o una función de producción dada, como deberíamos decir, probablemente habría respondido que esta Ni que decir. Pero estamos a punto de ver que no es así. Sin embargo, hay que señalar otro punto antes de continuar.

Tanto Steuart como Turgot hablaron únicamente de agricultura. Hace cincuenta años esto no habría sorprendido a nadie, ya que entonces se estableció como práctica restringir los rendimientos decrecientes de la agricultura. Pero nosotros, que damos por sentado que ni los rendimientos crecientes ni decrecientes están restringidos a una rama particular de la actividad económica, sino que pueden prevalecer en cualquier rama, siempre que se cumplan ciertas condiciones generales, estamos en condiciones de darnos cuenta de lo sorprendente que fue en realidad. La explicación parece residir en el hecho de que, para la mente poco sofisticada, hay algo particularmente convincente en las limitaciones impuestas a la actividad humana por un entorno físico inexorablemente "dado". Se necesita un esfuerzo prolongado para reducir la importancia analítica de estas limitaciones a sus dimensiones adecuadas y divorciarlas del suelo y la industria que trabaja el suelo. Sin embargo, no debería haber tomado tanto tiempo para ver que realmente no existe *una* diferencia *lógica* entre tratar de expandir la producción en una granja dada y tratar de expandir la producción en una fábrica determinada, y que si las granjas no pueden multiplicarse o ampliarse indefinidamente, tampoco pueden hacerlo las fábricas. . La explicación adicional requerida la proporciona la creencia de prácticamente todos los autores del siglo XVIII, creencia que se traslada a los 'clásicos' del siglo XIX, de que si bien el factor tierra se dio de una vez por todas, el otro factor original, el trabajo, siempre aumentaría a cualquier cantidad requerida si se le permitiera hacerlo. Si adoptamos este punto de vista, simpatizaremos de inmediato con la renuencia de esos autores a tratar el trabajo y la tierra por igual y a aplicar las leyes del rendimiento físico de manera imparcial a ambos. Entonces también simpatizaremos con la estructura analítica asimétrica que establecieron.

[(c) Rentabilidades históricas crecientes.]

Como hemos visto anteriormente, afirmar que, en una situación dada, prevalecen rendimientos crecientes en la agricultura de un país, es decir, que el aumento de insumos iría acompañado de un aumento más que proporcional de la producción, no implica negar la validez de la ley. de rendimientos decrecientes. Este hecho debe aplicarse ahora a la interpretación de las opiniones de los economistas y políticos ingleses que realmente hicieron esa afirmación. Ya sea correcto o incorrecto de hecho, su posición era lógicamente defendible si no significaban más que una o las dos cosas. Estaban bien como a la lógica (aunque posiblemente equivocada en cuanto a sus hechos) si querían decir que en las últimas décadas del siglo XVIII Inglés agricultura 323 se mueve en un intervalo de rendimientos crecientes, es

decir, que la tierra no tenía todavía recibió su complemento óptimo de otros factores. No tenían menos razón en lógica (y, hasta cierto punto, de hecho) si querían decir que en el futuro se vislumbraban posibilidades de mejorar los métodos agrícolas de producción que se materializarían si se pusieran a disposición de la agricultura recursos adicionales ('capital'). —De la misma forma en que esto estaba sucediendo realmente en la industria. Observe, sin embargo, que esto es algo bastante diferente de los rendimientos crecientes que hemos estado discutiendo. De hecho, si así lo decidimos, podemos hablar de rendimientos crecientes que acompañan a una mayor aplicación de recursos también en este caso. Pero estos hechizos de rendimientos crecientes, a diferencia de los demás, no ocurren dentro del patrón dado de práctica tecnológica. Como las máquinas mejoradas de A. Smith, implican un cambio en este patrón. Si visualizamos los intervalos de Turgot, primero de rendimientos crecientes y luego de decrecientes, como una curva que asciende, alcanza un máximo y luego desciende, [324] entonces vemos que los rendimientos crecientes en el sentido anterior están representados por una sección de la curva, pero que los rendimientos crecientes en el sentido que estamos discutiendo ahora no lo son. Sin embargo, pueden representarse desplazando toda la curva hacia arriba (alterando su forma o no, según lo requiera el caso) a una nueva posición: la antigua curva se rompe y es reemplazada por una nueva que mantiene un nivel superior (aunque no necesariamente a lo largo de su curso) pero nuevamente muestra tanto un intervalo de rendimientos crecientes en el sentido anterior como un intervalo de rendimientos decrecientes. El aumento de los rendimientos en el nuevo sentido se produce cuando la curva se desplaza de su antigua posición a la nueva. Cabe agregar que, si la curva se desplaza una y otra vez, no hay razón para que las diferencias entre estos niveles sucesivos se reduzcan: *no existe una ley de rendimientos decrecientes del progreso tecnológico* . Para evitar la confusión entre dos fenómenos completamente diferentes, sería mejor restringir el término Rendimientos crecientes al caso de Turgot. En consecuencia, haremos esto. Cuando deseemos mantener la asociación entre los dos, por engañosa que sea, utilizaremos, para el fenómeno ahora explicado, la frase Rendimientos históricos crecientes. La frase ha sido elegida para indicar que estos rendimientos crecientes históricos no pueden, como los genuinos, estar representados por ninguna curva o "ley", y mucho menos por una curva en la que podamos viajar de un lado a otro. Pues se alcanzan nuevos niveles de técnica en el curso de un proceso histórico irreversible y se nos ocultan hasta que realmente se alcanzan.

Un ejemplo ilustrará esta situación. Uno de los economistas ingleses más interesantes de finales del siglo XVIII, Anderson, [325] afirmó audazmente que el poder del hombre para aumentar la productividad de sus campos era tal "que le permitiera seguir el ritmo de su población, cualquiera que sea esta". [326]

Se ha interpretado que esto significa la negación de la ley de los rendimientos decrecientes, siendo Malthus el primero de los críticos de Anderson que lo malinterpretó en este sentido. Pero el énfasis de Anderson no estaba en el producto sino en la productividad de la tierra. Y esto, junto con su referencia a los "descubrimientos" que se produce en el mismo pasaje, debería ser prueba suficiente de que en lo único que estaba pensando era en lo que acabamos de decidir denominar Rendimientos históricos crecientes. En el caso de Anderson, es particularmente fácil convencernos de que sus ideas, sin duda exageradas, sobre estas posibilidades eran compatibles con el reconocimiento de la ley de los rendimientos decrecientes. Aunque es cierto que en ninguna parte mencionó el caso de Turgot, es igualmente cierto que aceptó el caso de Sir James Steuart. Porque en realidad inventó la teoría "ricardiana" de la renta que la presupone.

[(d) Renta de la tierra.]

Hemos visto que la explicación de la renta de la tierra no fue uno de los problemas que llamó la atención en las primeras etapas del análisis económico. Cantillon y, después de él, los fisiócratas, pueden decirse que fueron los primeros 327 en tener una visión distintiva del fenómeno: simplemente equivalía a la proposición, si podemos expresarlo en términos de una época posterior, que la tierra produce renta. porque es un factor de producción escaso (o incluso el único 'original'), y que esta renta es en parte un pago de intereses sobre las inversiones realizadas por el terrateniente y en parte un pago por los 'poderes productivos naturales e indestructibles del suelo'. ' Esta teoría era primitiva y no estaba completamente articulada, pero sin embargo superior a muchas especulaciones posteriores. Además del mérito de no decir o dar a entender nada que sea definitivamente incorrecto, tuvo otro que lo eleva por encima de la trivialidad: quien sostiene esta teoría, demuestra así su conciencia de que la productividad y la escasez, en el caso de un factor gratuito, son suficiente para dar cuenta de su rendimiento neto, de modo que no tiene sentido buscar otras circunstancias explicativas. Pero esto es precisamente lo que la mayoría de los economistas no se dieron cuenta, entonces y durante la primera mitad del siglo XIX. En consecuencia, se involucraron en especulaciones que produjeron, antes de que terminara el siglo XVIII, las dos teorías de la renta que prevalecerían durante la época posterior (aproximadamente hasta el último cuarto del siglo XIX). Uno puede estar asociado con el nombre de Adam Smith, el otro con el nombre de James Anderson.

La teoría del valor de A. Smith, que se analizará en el próximo capítulo, da como resultado que, en condiciones de competencia, una cosa que no tiene costo realmente no puede tener precio. Los servicios de la tierra no tienen costo: A. Smith explicó extensamente que estos servicios no deben identificarse con los servicios del capital que puede haber sido invertido en la tierra. Sin embargo, tienen un precio. De ahí 'la renta de la tierra. . . considerado como el precio pagado por el uso de la tierra, es naturalmente un precio de monopolio ”(*Riqueza* , Libro I, cap. 11). Si esto fuera cierto, la renta tendría que "entrar en la composición del precio de las mercancías" exactamente como lo hacen las ganancias y los salarios, lo que A. Smith niega explícitamente en la página siguiente. Pero, por supuesto, no es cierto: el interés de la tierra no es un vendedor único y, por lo tanto, sus ingresos no pueden explicarse por la teoría del monopolio. La pobreza de este análisis de la renta se superpone con una gran cantidad de materiales y comentarios detallados que hicieron que el capítulo once rompiera el marco del Libro I. Muchos de estos detalles merecen ser registrados, pero debemos limitarnos a tres. Primero, A. Smith puso mucho énfasis en la renta de la ubicación. En segundo lugar, elaboró una teoría que iba a entrar en el mercado de valores de Malthus, y que siguió apareciendo en los estratos más bajos de la teoría del siglo XIX, a saber, la teoría de que `` la comida humana parece ser el único producto de la tierra ''. que siempre y necesariamente proporciona alguna renta al terrateniente '(cap. 11, Parte II) porque, en virtud del principio de población, la producción de alimentos es el único tipo de producción que, por así decirlo, siempre creará su propia demanda: bocas siempre aumentando en respuesta a cada aumento en el suministro de alimentos. Aunque el comentario es, confío, superfluo sobre los méritos de esta proposición, no es superfluo señalar que este tipo de cosas va en gran medida a justificar la animosidad hacia la *teoría* albergada por economistas institucionalistas e históricos. Es por la misma razón que menciono una tercera teoría (presentada en la Conclusión del cap.11): creyendo que *todo* aumento en la riqueza real de la sociedad tiende, directa o indirectamente, a elevar la renta real de la tierra, concluyó que El interés de clase de los terratenientes 'está estricta e

inseparablemente conectado con el interés general de la sociedad' de modo que, a diferencia de 'los que viven del lucro', los terratenientes cuando hablan desde el punto de vista de sus intereses de clase 'nunca pueden engañar' al público en su búsqueda de medidas que promuevan el bienestar general. Una pieza de razonamiento verdaderamente increíble: se podría demostrar que las premisas están equivocadas a partir del material y el argumento dentro de las cubiertas de la *riqueza* , y la conclusión no se seguiría incluso si las premisas fueran correctas. 328

Como se ha dicho, nada necesitamos más allá de la productividad y la escasez de tierra para explicar por qué existe la renta. Ni el hecho a explicar ni los hechos que explican tienen nada que ver con rendimientos decrecientes. Sin embargo, Anderson estableció la asociación de la renta con rendimientos decrecientes, que sería uno de los rasgos más característicos del sistema ricardiano. En sus *Observaciones* de 1777 llegó a la conclusión de que la renta de la tierra es una prima que se paga por el privilegio de cultivar suelos más fértiles que otros, y en su *Investigación* del mismo año formuló con mayor precisión las condiciones que Cannan afirmó que establecían. la fórmula: 'El alquiler pagado con respecto a cualquier cápsula en particular es igual a la diferencia entre el gasto de criar la cápsula más cara recolectada y el gasto de criar esa cápsula', explicando completamente cómo la competencia entre agricultores asegurará exactamente esta cantidad para el arrendador. 329 En un ensayo posterior, incluido en *Recreaciones* (vol. V), presentó otro aspecto de la misma idea al decir que la renta era un 'artificio' para igualar las ganancias en tierras de diferente fertilidad: un énfasis en la 'ley de la tasa promedio de ganancia ”que lo convierte en un precursor de Ricardo en otro sentido. Excepto por la afirmación de que explicaba el alquiler, todo esto era bastante correcto hasta donde llegaba. Pero el logro de anticipar el pensamiento de un siglo sobre este tema habría sido digno de mención, incluso si todo hubiera estado mal.

3. Salarios 330

El uso analítico más obvio que se le puede dar al principio de población es sin duda la teoría de los salarios. Se podría citar a muchos escritores —entre los líderes, especialmente Quesnay y Turgot — para mostrar lo fácil que fue, partiendo de una aceptación acrítica de ese principio, llegar a una teoría del salario mínimo de existencia como una conclusión igualmente acrítica. Dado que, además, la teoría fisiócrata del capital —la idea de los *avances*— tenía la naturaleza de sugerir el concepto de "fondo salarial", los escritores pre-smithianos, principalmente franceses, erigieron otro pilar de la economía ricardiana.

Pero la proposición de que los salarios per cápita tienden hacia un nivel mínimo de existencia (cualquiera que sea su definición) no es más una teoría de los salarios que la teoría cuantitativa es una teoría del dinero. Ambas son proposiciones sobre los valores que asumen ciertas cantidades económicas en un estado de equilibrio de largo plazo y forman parte de una teoría comprensiva del salario o del dinero —es decir, si creemos en ellos— pero no lo son en su totalidad. Ninguna teoría tan completa se elaboró antes de A. Smith. Pero muchos economistas anteriores a Smith contribuyeron con fragmentos. La más importante de estas contribuciones fue la de Child, discutida anteriormente en el Capítulo 4. No tenía nada que ver con el principio de población. Child, como sabemos, fue un poblacionista que declaró que "la mayoría de las naciones en las partes civilizadas del mundo son más o menos ricas o pobres en proporción a la escasez o abundancia de gente". Esta escasez o abundancia la hizo depender del `` empleo '', de modo que podemos interpretar que significaba que la tasa salarial está determinada,

por un lado, por la demanda de trabajo y, por otro lado, por la oferta que este la demanda llama. Este fue un buen comienzo, más aún porque Child no dijo nada sobre el nivel particular en el que las fuerzas de la oferta y la demanda fijarían los salarios. En particular, se mantuvo alejado de cualquier ley de existencia mínima. En cambio, dijo que los altos salarios son la consecuencia y la "evidencia infalible" de la riqueza de un país. Davenant fue un poco más allá en su declaración de que en un país pobre el interés es alto y la tierra y la mano de obra baratos. También otros escritores llegaron tan lejos. Pero en ninguna parte encontramos más que esto hasta que llegamos a los teóricos del mínimo de existencia mencionados anteriormente.

Esto no significa, por supuesto, que la gente no estuviera interesada en cuestiones salariales. Al contrario, los economistas los debatieron con entusiasmo y prácticamente todos nos dejaron su opinión sobre la política salarial. Pero la mayoría de estas expresiones eran de naturaleza preanalítica. Revelan sentimientos y valoraciones que reflejan aspectos importantes de la historia social y son un objeto legítimo para la aplicación de la teoría marxista de la ideología, siempre que se maneje sin un dogmatismo poco inteligente. Para nosotros, sin embargo, estos sentimientos significan sólo una dificultad adicional de interpretación: nos vemos impulsados a desentrañar elementos de análisis de las diversas recomendaciones de nuestros autores, o las razones que dan para sus declaraciones normativas, y al hacerlo estamos en constante peligro de confundir con una proposición analítica lo que puede haber sido sólo una profesión de simpatías. Por tanto, Child, aunque interpretó los salarios altos como un síntoma de riqueza, no propuso ninguna teoría sobre los salarios altos en el sentido de que los salarios altos son en sí mismos un factor que contribuye a la prosperidad. Pero evidentemente simpatizaba con los salarios altos y, por lo tanto, *parece* haber sostenido una teoría de los salarios altos en este sentido. Que este no fue el caso, podemos verlo en la forma en que se comportó cuando se enfrentó a un argumento de salarios bajos. Realmente no discutió, simplemente se enojó y lanzó un desafío a la odiosa doctrina: '¡un proyecto de caridad y bien convertirse en usurero!' Otros autores ofrecen pistas para motivar proposiciones analíticas. Algunos, incluido Cary, consideraban los salarios altos como parte del mecanismo de un negocio dinámico y esbozaban el argumento del poder adquisitivo. Otros opinaron que los altos salarios reales conducen a un mejor desempeño. [331] Pero esto no significó mucho. Tampoco lo hizo el razonamiento de los hombres de bajos salarios. El argumento de Petty era que los salarios altos solo fomentarían la pereza y que si los salarios se duplicaban, la oferta de horas de trabajo se reduciría a la mitad. El argumento más importante de este lado de la cuestión fue, por supuesto, el argumento de la competencia en el comercio internacional. Sir James Steuart sostuvo que los salarios altos perjudicarían la situación competitiva del país y sostuvo que los salarios "deberían" mantenerse al nivel de las necesidades físicas. [332] D. Hume también creía que los altos salarios son perjudiciales para el comercio exterior de un país, aunque no llegó a la misma conclusión; por el contrario, continuó diciendo que esta desventaja pesa ligeramente en comparación con "la felicidad de tantos millones".

El desempeño de A. Smith en el campo de la economía del trabajo [333] es muy característico y, de hecho, una buena muestra de su trabajo en su conjunto. Además, adquiere una importancia adicional por haber sido el primer tratamiento plenamente sistemático del tema. Sin duda, siguió las pistas disponibles, pero, escalando los bordes aquí y desarrollándose allí, hizo un todo bien redondeado que estaba calificado para servir, como de hecho sirvió, como base para un análisis adicional. En primer lugar, elaboró una teoría integral de los salarios. Tomando prestada una proposición de derecho natural

que fue ampliamente aceptada en su tiempo, a saber, que `` el producto del trabajo constituye la recompensa natural o el salario del trabajo '', procedió a explicar cómo sucedió que el trabajo tiene que entregar parte de `` su trabajo ''. 'producto, es decir, el resultado completo del proceso productivo, a los terratenientes y otra parte a los' amos '. Obsérvese que esto plantea el problema fundamental de los salarios, pero que lo hace de una manera peculiar: el argumento de A. Smith parte de un trasfondo pseudohistórico de un estado natural en el que, por un lado, no hay terratenientes ni amos 'y en el que, en cambio, el trabajo es el único factor de producción escaso; confundiendo estos dos hechos muy diferentes, redujo de inmediato el problema de los salarios al problema de las otras dos participaciones distributivas que, por lo tanto, se convirtieron en "deducciones del producto del trabajo". La renta es una deducción de los salarios `` naturales '' que no está motivada por la productividad de la tierra sino por el surgimiento de la propiedad privada en ella, lo que encaja muy bien con su teoría del monopolio de la renta: algunas personas monopolizan la tierra exactamente como podrían monopolizar el aire, si fuera así. tecnológicamente posible hacerlo. Y el beneficio es otra deducción motivado no por la productividad del capital en acciones 'avanzado' al trabajador, sino solamente por el poder de sus propietarios 334 a insistir en ello, un poder que está más reforzada por la facilidad con que estos propietarios pueden combinar contra los trabajadores pobres e indefensos que "deben morir de hambre o asustar a sus amos para que cumplan inmediatamente sus demandas". El lector debe darse cuenta tanto de las obvias debilidades que presenta este argumento cuando se considera como pieza de análisis como del atractivo que seguramente tendrá. De hecho, presagió todas las teorías de la explotación y el poder de negociación de los salarios que produciría el siglo XIX, y también sugirió la idea de que el trabajo es el "reclamante residual".

Sin embargo, A. Smith fue mucho más lejos que eso. Dado que el trabajador no puede vivir sin los avances de los "amos", estos últimos pueden, estrictamente hablando, reducir su salario al mínimo físico de existencia. Pero la competencia de los amos por el trabajo, con el aumento de la riqueza nacional, los obligará a "romper la combinación natural de los amos para no aumentar los salarios" y elevará las tasas salariales por encima de ese nivel durante períodos de tiempo indefinidos. En consecuencia, A. Smith negó enérgicamente que los salarios en Gran Bretaña estuvieran cerca del nivel mínimo de existencia o que fluctuaran con el precio de la provisión, como hubieran tenido que hacer en ese caso. 335 A efectos prácticos, esto equivale a negar la validez de la teoría fisiócrata del salario. En principio, sin embargo, A. Smith lo aceptó. Esta reconciliación de dos opiniones aparentemente contradictorias la logró enfatizando no tanto el nivel absoluto de riqueza del que procede la demanda de trabajo, sino su `` aumento continuo '': no era una gran riqueza como tal, sino una riqueza creciente lo que, superando el aumento de la población , hace que los salarios suban tanto en términos monetarios como reales. Pero la riqueza que no aumenta, por grande que sea, no es garantía contra los bajos salarios: las manos 'en este caso se multiplicarán naturalmente más allá de su empleo', de modo que Quesnay tendría razón al final. A. Smith también aceptó la teoría del fondo de salarios, que reformuló en la forma que iba a ser objeto tanto de elaboración como de ataque en el siglo XIX. Al abordar la demanda de trabajo, expresó lo que se lee como una perogrullada inofensiva: esta demanda "es evidente, no puede aumentar sino en proporción al aumento de los fondos que se destinan al pago de los salarios". El bromista que se esconde detrás de la palabra 'destinado' fue responsable de muchos dolores de cabeza más adelante. Pero A. Smith concluyó alegremente que la demanda de trabajo, ya que proviene de los ingresos de las personas acomodadas, que exigen un servicio personal, o del acervo

de empresarios, que demandan servicios productivos, y dado que 'el aumento de los ingresos y las existencias son el aumento de la riqueza nacional, 'aumentará con el aumento de la riqueza' y no es posible que aumente sin él '. No hay fuente de error más fecunda que las premisas aparentemente triviales.

Esta teoría de los salarios fue ilustrada copiosamente por todo tipo de hechos, por lo que da al lector la impresión de plenitud y realismo. Se insertan libremente comentarios críticos, y a menudo sabios, sobre la legislación laboral y las leyes de pobreza de épocas anteriores. Y el interés de A. Smith por los fenómenos concretos de la vida práctica es responsable de muchos análisis de cuestiones particulares, una de las cuales puede mencionarse. La teoría abstracta razona sobre una tasa salarial imaginaria, cuya contraparte en la vida real es una estructura de tasas salariales muy variables. Para asegurarnos de que una teoría que trabaja con una tasa única tiene alguna relevancia para la explicación de los fenómenos reales, debemos analizar la naturaleza de las diferencias en los salarios —y las ganancias— obtenidos en diferentes empleos y lugares. Este es el tipo de cosas en las que A. Smith se deleitó y se destacó. Cantillon había dado la iniciativa. Pero A. Smith profundizó mucho más en el asunto, creando así un capítulo importante, si no exactamente emocionante, del libro de texto del siglo XIX.

4. Desempleo y el "estado de los pobres"

En principio, la sociedad medieval proporcionó un lugar para todos los que reconocía como miembros: su diseño estructural excluía el desempleo y la indigencia. En realidad, la amenaza del desempleo involuntario no estuvo completamente ausente. Los jornaleros que trabajaban bajo las órdenes de los maestros dentro de los gremios de artesanos eran a menudo, y los jornaleros agrícolas (*mercenarios*) eran siempre, trabajadores contratados cuyo empleo no estaba garantizado. Pero, por regla general, ninguno de los grupos tuvo muchas dificultades para encontrar trabajo. En tiempos normales, el desempleo carecía de importancia cuantitativa y se limitaba a las personas que se habían escapado de su entorno o habían sido expulsados por él y que, en consecuencia, se habían convertido en mendigos, vagabundos y salteadores de caminos. Los bandoleros fueron tratados con una energía brutal pero ineficaz; con los otros tipos, la caridad ordenada y organizada por la Iglesia Católica fue perfectamente capaz de hacer frente. Es importante tener en cuenta este patrón porque formó una actitud hacia el desempleo y los desempleados que persistió durante siglos después de que las condiciones medievales habían desaparecido. Recordemos en particular que el desempleo masivo, definitivamente ajeno a las deficiencias personales de los desempleados, era desconocido en la Edad Media, excepto como consecuencia de catástrofes sociales como la devastación por guerras, enemistades y plagas.

Esto cambió en el siglo XV y después. La ruptura del mundo medieval, acompañada como fue por trastornos sociales, es en sí misma suficiente para explicar el sufrimiento y la miseria generalizados que observamos. La revolución agraria no solo destruyó entornos que podrían haber albergado a fugitivos de áreas en peligro, sino que también provocó que el proletariado sin tierra aumentara más rápidamente que la demanda efectiva de mano de obra. La resistencia al cambio ofrecida por la artesanía organizada, mientras protegía a algunos elementos de la población, empeoraba las cosas para otros. La creciente industria capitalista absorbió a largo plazo más que creó desempleo. Pero hubo muchos cuellos de botella que impidieron el desarrollo de nuevas oportunidades y el flujo de mano de

obra hacia ellas. Además, cuando el ritmo del desarrollo industrial se aceleró en la segunda mitad del siglo XVIII, el desempleo tecnológico apareció como un fenómeno de masas y con frecuencia eclipsó ese efecto a largo plazo. Esto explica por qué el surgimiento del sistema fabril estuvo asociado con tanta miseria: durante muchos años, la mano de obra no fue atraída a las fábricas por salarios más altos y mejores condiciones de vida, sino empujada hacia ellas a pesar de los menores ingresos reales y las peores condiciones de vida. Las viejas regulaciones protectoras se rompieron no tanto bajo la influencia de las filosofías del laissez-faire como bajo el peso del desempleo actual o amenazante. Durante un tiempo, aunque no en todas partes en la misma medida, todas las barreras al deterioro de la suerte del trabajador fueron cediendo. Así, no es difícil comprender la paradoja ya notada, a saber, que los gobiernos y los escritores que eran entusiastamente poblacionistas nunca dejaron de preocuparse por cómo "poner a trabajar a los pobres" o cómo combatir la "ociosidad". 336

Pero el primer problema al que se enfrentaron los gobiernos europeos desde principios del siglo XVI fue administrativo. En todas partes, el creciente número de mendigos y vagabundos indigentes superó las posibilidades de la caridad privada y en todas partes la organización pública de ayuda tuvo que ocupar su lugar. En Inglaterra, las medidas anteriores fueron sistematizadas por la Ley de Pobres Isabelina de 1601, que definitivamente estableció la tasa de pobreza obligatoria de manera permanente. La baja tasa era un impuesto que se recaudaba en cada parroquia para el mantenimiento de sus propios habitantes indigentes. La carga fue considerable y sobre todo muy visible. Los principios y resultados fueron evidentemente discutibles. En consecuencia, se sugirieron, debatieron y promulgaron enmiendas en un flujo interminable hasta el advenimiento de la legislación de seguridad moderna. Dada la importancia para la historia de la economía de la corriente correspondiente de libros, folletos y artículos que durante más de trescientos años se ocuparon de esos problemas, es mejor que tengamos en cuenta las dos cuestiones principales en cuestión. La promulgación isabelina había dejado la administración de los fondos recaudados por la baja tasa a los oficiales locales honorarios elegidos con ese propósito, un arreglo muy ineficaz que no se cambió radicalmente hasta la Ley de Enmienda de la Ley de Pobres de 1834; por lo tanto, la primera pregunta fue una de control central versus local. La segunda pregunta, que es más interesante desde nuestro punto de vista, fue Alivio al aire libre versus mantenimiento en una casa de trabajo. El alivio al aire libre fue el método original que, debido a una variedad de abusos administrativos que eran solo en parte inherentes a sus principios, suscitó las críticas que llevaron el método de la casa de trabajo de manera constante a un primer plano, y así preparó el terreno para su victoria temporal en 1834. 337 Repito, la legislación y la administración de los siglos XVII y XVIII hicieron poco para complementar los sistemas existentes de alivio del desempleo con medidas para la protección de los empleados con respecto a las horas, las condiciones de trabajo, etc. (ni siquiera en el caso de las mujeres y niños). En algunos países continentales encontramos los inicios de la legislación fabril dentro de nuestro período, en Austria, por ejemplo, bajo el reinado (1781-1790) de José II. Pero en Inglaterra no había casi nada antes de la (ineficaz) Ley de Salud y Moral de los Aprendices de 1802. 338 En otra línea, sin embargo, podemos señalar la Ley de Sociedades de Amigos de 1793, que mitigó la legislación contra la acción corporativa de los trabajadores.

Los principales remedios contra el desempleo consistieron en medidas destinadas a fomentar la industria manufacturera. Más adelante (en el capítulo 7) veremos que la preocupación por las oportunidades de empleo fue uno de los principales motivos de las políticas "mercantilistas". En algunos países continentales, especialmente en Alemania, la protección de la propiedad campesina era

una salvaguardia importante contra la pauperización de los trabajadores industriales. Y el financiamiento deficitario de los gobiernos continentales, aunque no motivado por este propósito, ciertamente tuvo algunos efectos paliativos. Inglaterra estuvo mucho más cerca de equilibrar sus presupuestos. Pero algunos escritores ingleses, aunque no recomendaban déficits, estaban más atentos a las posibilidades de remedios monetarios para el desempleo que sus hermanos continentales. [339]

Los escolásticos tardíos, [340] como sus predecesores, habían enfatizado el papel de la caridad y defendieron al mendigo contra las reacciones ásperas del entorno. En particular, habían defendido el "derecho a mendigar". Pero se dieron cuenta de que el desempleo estaba creciendo más allá de las posibilidades de la benevolencia privada y, por lo tanto, iniciaron una discusión sobre las posibilidades ofrecidas por la legislación y la administración pública, tocando, primero incidentalmente, luego más sistemáticamente, los problemas de causalidad. Esta discusión fue retomada por escritores laicos, principalmente los Administradores Consultores, de toda Europa. En Alemania, *das Armenwesen* se convirtió naturalmente en un tema estándar dentro de la literatura "cameralista". Los gobiernos alemanes aceptaron la responsabilidad del estado por el empleo y el mantenimiento como algo natural. El mismo principio fue afirmado repetidamente en Inglaterra, por ejemplo, por los magistrados de Berkshire en 1795. Pero no hay mucho que registrar para el historiador del análisis económico. [341]

En primer lugar, una gran cantidad de escritores sobre las leyes de los pobres argumentaron sobre la "teoría" explícita o implícita de que, salvo la desgracia, y especialmente la enfermedad, los desempleados indigentes eran personalmente culpables de su destino. Al evaluar este punto de vista, el desprecio por su insuficiencia como teoría del fenómeno social a explicar, y la indignación ante la insensibilidad de la que puede ser síntoma, no deben cegarnos al elemento de verdad en él que ha llegado a ser tan muy subestimado en nuestro propio tiempo como estaba sobrevalorado entonces. Fue la base del argumento de los defensores del sistema de asilos de trabajo y sobrevivió, en diversos matices, hasta 1914. Los principios de que el socorro debe limitarse al mantenimiento en el asilo de trabajo y que la vida y el trabajo en el asilo de trabajo deben ser menos elegibles. que el empleo menos elegible puede apuntar simplemente a probar la presencia de indigencia; en realidad, sin embargo, a menudo se asociaron con intenciones punitivas que sólo pueden explicarse en la teoría en cuestión. En segundo lugar, los escritores que fueron más allá mencionaron una serie de factores que eran todos ellos más o menos relevantes para explicar el desempleo o las condiciones deficientes entre los trabajadores ocupados, pero sin someterlos a ningún análisis elaborado. Los más importantes fueron la competencia extranjera, altas tasas de interés, impuestos y regulaciones que obstaculizaron la empresa, los cercados y, principalmente en relación con los cercados, la propiedad de la tierra. Es muy difícil decir cuánta intuición revela tal declaración. Para mencionar un ejemplo, Child mencionó un alto interés como una causa de desempleo. Pero la razón que adujo no fue que un alto interés pueda restringir la inversión, sino que facilita la jubilación prematura de los negocios, lo que, aunque no del todo indefendible, se parece mucho a un error analítico. La maquinaria como causa de desempleo (o de salarios bajos) fue mencionada con creciente frecuencia a medida que avanzaba el siglo XVIII. Pero nadie intentó desarrollar una teoría de la mecanización del proceso productivo. En general, prevaleció la opinión contraria, a saber, que la introducción de maquinaria tiende a aumentar el empleo y elevar los salarios. Esta opinión, ya sostenida por Cary, parece haber sido compartida por A. Smith. En tercer lugar, durante el último cuarto del siglo XVIII se afirmó una tendencia a explicar el desempleo mediante el "principio de población". La naturaleza analítica de esta línea de razonamiento se puede

transmitir mejor mediante una analogía. Uno de los fenómenos familiares que observamos en cada depresión es que los productores no pueden vender sus productos a precios que cubran el costo; por tanto, nada es más fácil que llegar a la conclusión de que la raíz del problema es la "superproducción". Ésta es la más primitiva de todas las teorías de crisis o depresiones. Y la más primitiva de todas las teorías del desempleo es que la gente no puede encontrar trabajo con un salario digno porque hay demasiados. Casi siempre estaba en el fondo de los argumentos en el sentido de que una provisión más generosa para los `` pobres sin discapacidades " empeoraría las cosas para la clase trabajadora en su conjunto, o incluso que la ley de pobres, tal como estaba entonces, estaba generando pobreza al fomentar el aumento de la población. 342 Obsérvese que esta teoría, en la medida en que hay algo en ella, se aplica igualmente bien al alivio otorgado a los desempleados, y a los subsidios que las autoridades de la ley de los pobres solían otorgar a las personas empleadas a menos de salario digno. Esta última práctica fue severamente criticada debido a los abusos administrativos a los que dio lugar: hizo posible que los potentados locales transfirieran parte de su gasto salarial a la tarifa baja. Esta es probablemente la razón por la que nadie produjo nada que pudiera pasar por una teoría aceptablemente adecuada de los subsidios salariales. Pero la similitud fundamental entre el desempleo y el empleo en condiciones deficientes se destacó con mayor claridad. Ambos entraron en el concepto de 'pobreza' o 'indigencia', que, como sabemos, Quesnay había sido el primero en explicar por superpoblación.

El debate sobre el problema conexo del trabajo infantil fue aún menos productivo en el desempeño analítico. Los niños siempre habían trabajado con sus padres en la granja y, bajo el sistema de industria doméstica, en el hogar. La expansión de las fábricas simplemente creó nuevas oportunidades para el empleo de niños a una edad muy temprana en el cuidado de máquinas simples e indujo una nueva práctica de vincular a los hijos de los pobres con los fabricantes de algodón para reducir la tasa de pobreza. Aquellos escritores que quedaron impresionados por los horrores incidentales o por las obvias consecuencias para la salud de la raza eran realmente pocos. La gran mayoría aceptó el trabajo infantil, no solo como una cuestión de rutina, sino con aprobación, como una disciplina sólida y como una solución de problemas. muchos de los problemas del trabajador. Algunos escritores del siglo XVII lo aclamaron como una bendición para las masas y parecen haber considerado los ingresos de los niños como una adición neta a los ingresos familiares de los trabajadores, sin tener en cuenta los efectos que la competencia de los niños debe producir en los salarios de los trabajadores. adultos. Esta teoría, sostenida por Yarranton, 343 califica bien como un ejemplo de distorsión ideológica de la visión. Pero también califica como un ejemplo de razonamiento económico temprano que, a pesar de su crudeza, contenía un elemento de verdad. Si optamos por ignorar todo excepto los ingresos monetarios, entonces es probable que, en las condiciones de esa época, el trabajo infantil resultó en una ganancia para la clase trabajadora, aunque esta ganancia fue ciertamente menor que la cantidad de ingresos de los niños, y promovió El ideal de Yarranton de baratura y abundancia. Esta actitud cambió, pero lentamente, en el siglo XVIII y los sentimientos humanitarios tuvieron más que ver con ella que el análisis económico. Se podrían aducir muchos ejemplos de escritores que mencionan el pleno empleo de niños a una edad tan temprana como sea posible —a los seis o incluso cuatro años— con absoluta satisfacción; o quien al menos lo aceptaba sin cuestionarlo como el estado normal de las cosas. 344 Las estimaciones de Arthur Young sobre el presupuesto normal de la familia de un trabajador rural dan por sentado que el principal sostén de la familia no podría haber proporcionado un mínimo de existencia para su familia sin las ganancias de su esposa e hijos.

Pero la actividad de investigación se encontraba en una situación mucho mejor y sus resultados constituyen, en el campo de la economía del trabajo, el logro más importante de esa época. La actuación sobresaliente fue la de Eden, [345] que en alcance y método no tiene igual en la literatura inglesa o en cualquier otra literatura de la época. De particular interés para nosotros es el hecho de que el autor, aunque rechazó cualquier intención más allá de lo que implica la búsqueda de hechos (ofrece algunas discusiones interesantes, sin embargo), era plenamente consciente de la importancia de sus hechos, no solo para fines legislativos. y práctica administrativa, sino también para el análisis económico. Trabajó, como él mismo dijo, como uno de los 'cortadores de piedra y sacadores de agua' sin el cual 'no se puede levantar el edificio del conocimiento político'. Es de suma importancia tener en cuenta, si se quiere entender la historia de la economía, que, aunque es la figura más grande, no estaba solo en ese campo. La colección de Davies de presupuestos familiares de trabajadores agrícolas y su cuidadoso análisis de sus datos fueron concebidos con el mismo espíritu, [346] y también lo fue la *Historia de las leyes de los pobres de* Richard Burn , 1764. Un trabajo de este tipo allanó el camino hacia los desarrollos legislativos de la Siglo xix.

6

-

Valor y dinero [347]

1. Análisis real y análisis monetario

Ya HEMOS tocado este tema en el Capítulo 4 cuando discutimos el trabajo de Quesnay. Ha llegado el momento de profundizar un poco más en él para visualizar con la mayor claridad posible un desarrollo doctrinal que ha adquirido un interés adicional para el estudioso de la economía moderna debido al hecho de que el Análisis Monetario ha conquistado una vez más en nuestro tiempo. . En primer lugar, redefinamos el significado de estos dos enfoques.

Real Analysis [348] parte del principio de que todos los fenómenos esenciales de la vida económica pueden describirse en términos de bienes y servicios, de decisiones sobre ellos y de relaciones entre ellos. El dinero entra en escena solo en el modesto papel de un dispositivo técnico que se ha adoptado para facilitar las transacciones. Este dispositivo, sin duda, puede estropearse, y si lo hace, producirá fenómenos que son específicamente atribuibles a su *modus operandi* . Pero mientras funcione con normalidad, no afecta al proceso económico, que se comporta de la misma manera que lo haría en una economía de trueque: esto es esencialmente lo que implica el concepto de Dinero Neutral. Así, el dinero ha sido llamado un 'atuendo' o 'velo' de las cosas que realmente importan, tanto para los hogares o empresas en su práctica diaria como para el analista que las observa. No sólo *puede* descartarse siempre que analicemos los rasgos fundamentales del proceso económico, sino que *debe* descartarse del mismo modo que hay que apartar un velo si queremos ver el rostro detrás de él. En consecuencia, los precios monetarios deben ceder el paso a las relaciones de cambio entre las mercancías que son lo realmente importante "detrás" de los precios monetarios; la formación de ingresos debe considerarse como un intercambio de, digamos, trabajo y medios físicos de subsistencia; el ahorro y la inversión deben interpretarse como el ahorro de algunos factores reales de producción y su conversión en bienes de capital reales, como edificios, máquinas, materias primas; y, aunque "en forma de dinero", son estos bienes de capital físico los que "realmente" se prestan cuando un prestatario industrial solicita un préstamo. Los problemas específicamente monetarios se pueden tratar por separado, de la misma manera que tratamos muchas otras cosas por separado, por ejemplo, los seguros.

El análisis monetario, en primer lugar, implica la negación de la proposición de que, con la excepción de lo que se puede llamar desórdenes monetarios, el elemento dinero es de importancia secundaria en la explicación del proceso económico de la realidad. De hecho, solo necesitamos observar el curso de los eventos durante y después de los descubrimientos de oro de California para estar seguros de que estos descubrimientos fueron responsables de mucho más que un cambio en el significado de la unidad en la que se expresan los valores. Tampoco tenemos ninguna dificultad para darnos cuenta —como lo hizo A. Smith— de que el desarrollo de un sistema bancario eficiente puede marcar una gran diferencia en el desarrollo de la riqueza de un país. Hasta cierto punto, estas y otras cosas pueden ser, y han sido, reconocidas dentro del ámbito del Análisis Real. Incluso podemos sostener teorías monetarias de ciclos económicos o de interés sin salir de sus recintos. El lector debe observar, sin embargo, que no se puede ir muy lejos en esta ruta sin darse cuenta del hecho de que los

procesos monetarios que dan cuenta de "perturbaciones" conspicuas no dejan de actuar ni siquiera en el curso más normal de la vida económica. Por tanto, nos vemos llevados, paso a paso, a admitir elementos monetarios en el Análisis Real y a dudar de que el dinero pueda *alguna vez* ser "neutral" en un sentido significativo. En segundo lugar, entonces, el Análisis Monetario introduce el elemento del dinero en la base misma de nuestra estructura analítica y abandona la idea de que todas las características esenciales de la vida económica pueden ser representadas por un modelo de economía de trueque. Los precios monetarios, los ingresos monetarios y las decisiones de ahorro e inversión que influyen en estos ingresos monetarios ya no aparecen como expresiones, a veces convenientes, a veces engañosas, pero siempre no esenciales, de cantidades de bienes y servicios y de relaciones de intercambio entre ellos: adquieren una vida y una importancia propia, y hay que reconocer que las características esenciales del proceso capitalista pueden depender del "velo" y que el "rostro detrás de él" está incompleto sin él. Debe decirse de una vez por todas que, de hecho, los economistas modernos lo reconocen casi universalmente, al menos en principio, y que, tomado en este sentido, el Análisis Monetario se ha consolidado.

[(a) Relación del análisis monetario con el macroanálisis o agregación.]

El Análisis Monetario, como se suele entender, significa más que esto: en tercer lugar, significa además Análisis Agregativo o, como a veces se le llama, Macroanálisis, [349] es decir, análisis que intenta reducir las variables del sistema económico. a un pequeño número de agregados sociales, como el ingreso total, el consumo total, la inversión total y similares. El *cuadro* de Quesnay es el ejemplo sobresaliente de la alianza entre el análisis monetario y agregado. La alianza no es una necesidad lógica pero, sin embargo, es cercana: es posible, como hemos dicho, introducir el dinero en la planta baja del análisis económico general sin adoptar la visión agregada. Pero los agregados monetarios son homogéneos, mientras que la mayoría de los no monetarios son montones sin sentido de cosas desesperadamente dispares; y si queremos trabajar con un número reducido de variables, difícilmente podemos evitar recurrir a las monetarias. Y dado que esta alianza con el enfoque agregativo en realidad recorre toda la historia del análisis monetario, en lo sucesivo restringiremos este término al análisis en términos de agregados [350] , principalmente, como hemos visto en nuestro estudio del *cuadro* , corrientes de gasto. Allí se señaló que el análisis de este tipo no elimina el análisis real, sino que lo limita a la descripción del comportamiento de los hogares y las empresas individuales. Lo importante es, repito, que los totales sociales que resultan de este comportamiento se tratan como tales y sin volver a referirse, en cada paso, a los actos o decisiones individuales detrás de ellos. Por ejemplo, la inversión como total social es la suma algebraica de un gran número de inversiones individuales, positivas o negativas. El Análisis Monetario deja la explicación de éstos a la Teoría de los Hogares y Empresas Individuales, y se ocupa solo de esa suma algebraica sobre la hipótesis de *que esto es todo lo que importa para el proceso económico en su conjunto* y que todos los efectos sobre el proceso económico como un todo que emana de la multitud de decisiones de inversión individuales se miden por su suma algebraica. [351] No se puede enfatizar demasiado que el Análisis Monetario que acepta esta hipótesis no se encuentra en una posición tan segura como el Análisis Monetario que no la acepta. Porque se puede probar estrictamente que esta hipótesis es en general contraria a los hechos. Para nuestro propósito, sin embargo, es suficiente ilustrar esto con el ejemplo que acabamos de mencionar. Suponga que, para un año determinado, las decisiones de inversión de todas las empresas suman cero. Es lógico que el curso de los acontecimientos que se esperan de esto no dependa únicamente de este

hecho, sino también de las decisiones individuales que lo componen: el efecto será diferente, por ejemplo, si todas las empresas han decidido realmente no invertir nada, es decir , para dejar inalterados sus compromisos de capital, de lo que sería si algunos de ellos hubieran decidido realizar inversiones positivas mientras que otros hubieran decidido reducir sus compromisos de capital en los mismos montos. Además, los efectos —sobre el proceso económico en su conjunto— diferirán según la naturaleza "real" de las inversiones de las empresas individuales y, en particular, según sean complementarias o competitivas entre sí. Es cierto que, en lo que respecta a los efectos inmediatos del gasto de las empresas como tales, nuestra suma algebraica todavía nos dice algo. Esta es precisamente la razón por la que el análisis monetario no carece de valor. Pero no es más que una parte de la teoría del proceso económico en su conjunto y se vuelve seriamente engañoso si se aplica solo. 352
[(b) Análisis monetario y opiniones sobre el gasto y el ahorro.]

En cuarto lugar, como también hemos visto en el caso de Quesnay, el Análisis Monetario está asociado, no por una necesidad lógica, pero sin embargo estrechamente, con un conjunto característico de visiones sobre el Gasto y el Ahorro y, en relación con ellas, sobre las visiones monetarias y fiscales. política. De hecho, tan pronto como veamos el proceso económico, primaria o exclusivamente, como un sistema de corrientes de gastos, estaremos tentados a esperar todo tipo de perturbaciones de cualquier obstrucción al flujo uniforme de estas corrientes y, viceversa, a Atribuimos cualquier perturbación que observemos en el proceso económico a tales obstrucciones, como al menos su causa próxima. La forma en que los hogares y las empresas manejan su dinero y reaccionan a las magnitudes monetarias adquirirá, por tanto, importancia independientemente del aspecto de mercancías de sus acciones. En particular, es posible que nos veamos inducidos a conceder más importancia a que las personas `` aprovechen plenamente los ingresos que reciben de las empresas '', es decir, a que los gasten rápidamente en productos de estas empresas que a los bienes que adquieren al hacerlo y a los precios a los que los adquieren. De la misma manera, se nos puede llevar a identificar el Ahorro con la obstrucción a ese flujo de gasto y, en el caso límite, a verlo en el papel de Disturber General económico. Por lo tanto, el análisis monetario no solo califica bien como una herramienta para los economistas que son 'gastadores' y 'anti-ahorradores' independientemente de cualquier teoría, sino que también tiende a producir en las mentes de sus seguidores la actitud de 'gastar' y 'anti-ahorro'. centrando la atención en el proceso de generación de ingresos monetarios detrás del cual todo lo demás desaparece de la vista.

Habiendo despejado el terreno, ahora debemos seguir la suerte del Análisis Real y Monetario durante la época que estamos considerando. Enfrentemos de inmediato la principal dificultad de esta tarea. Surge de la circunstancia de que nos encontramos con las ideas subyacentes o asociadas con el Análisis Monetario, por así decirlo, en dos niveles: el precientífico y el científico. Desde que los salarios comenzaron a pagarse en dinero, todas las sirvientas han sentido que todo iría bien si sus empleadores gastaran su dinero con suficiente libertad; y desde que comerciar comenzó a significar recibir dinero, todos los comerciantes han sentido que podrían vender lo que quisieran vender, si tan solo hubiera dinero suficiente o si las personas que lo tenían solo pudieran ser persuadidas para que se separaran de él. eso. Con excepciones que prueban la regla —en la Europa del siglo XIX casi la derrocan—, este es y siempre ha sido un elemento importante de la economía del hombre de la calle que nunca creyó realmente en el evangelio del ahorro, incluso cuando habló de labios para afuera. servicio a ella. Lo primero que hace el esfuerzo analítico es disipar algunas de estas "ilusiones

monetarias". Pero otros esfuerzos analíticos continúan creando y recreando un Análisis Monetario a nivel científico que a veces tiene tanto éxito en sus ataques al Análisis Real como lo ha sido este último en sus ataques a esos 'prejuicios populares'. Estos dos niveles, sin embargo, no están desconectados, y aquí es donde entra en juego el problema del historiador. Por un lado, los sentimientos populares sobre el dinero y el gasto demostraron ser invencibles. Siempre sobrevivieron y siempre se manifestaron en una corriente literaria que corría a veces fuera ya veces dentro de la economía "reconocida". Y siempre prestaron un poderoso apoyo a los intentos de establecer el Análisis Monetario a nivel científico: así como el éxito popular de los argumentos socialistas forjados por economistas capacitados no se debe a sus méritos científicos sino al hecho de que caen en los antojos del corazón humano. que desafían la formulación racional, por lo que los éxitos populares del análisis monetario científico no pueden explicarse sin tener en cuenta el hecho de que sus argumentos encajan con sentimientos extraracionales y, por lo tanto, es probable que, particularmente en momentos de estrés, sean recibidos con muchos suspiros. de alivio. 353

Las proposiciones más efectivas del Análisis Monetario científico son, de hecho, aquellas en las que el público puede descubrir un indicador hacia la salida fácil de las dificultades y que guardan una semejanza familiar con lo que los gruñidos profesionales denominan errores populares. Por otro lado, estos prejuicios populares, como otros, contienen elementos de verdad científicamente comprobables, por lo que la asociación con ellos no constituye un caso *prima facie* para rechazar el Análisis Monetario científico. Sin embargo, los exponentes del Análisis Real pensaron que sí: no solo descuidaron esos elementos de verdad, en detrimento de su propia enseñanza, sino que también aprovecharon la oportunidad para representar los resultados del Análisis Monetario simplemente como nuevas versiones de lo que indudablemente eran falacias populares. Más tarde, siempre que estaban en condiciones de hacerlo, los partidarios del Análisis Monetario respondieron con el mismo entusiasmo, tanto más celosamente porque, en parte, en realidad cometieron un gran error en la nueva vestimenta. No se pretende acusar a la honestidad subjetiva. Sin embargo, tales confusiones surgirán mientras los economistas continúen analizando con la mirada puesta en los programas prácticos que deseen recomendar o combatir, como hicieron y hacen la mayoría de ellos. Porque cualquier esfuerzo de este tipo participará inevitablemente de las características de la guerra política en la que la sabiduría táctica más primitiva excluye cualquier admisión en el sentido de que puede haber algo en el punto de vista del oponente, con el resultado, en el caso que nos ocupa, de que ambos Los analistas "reales" y "monetarios" invariablemente sobrepujaron sus manos. Pero para completar la analogía, es necesario agregar que también cometieron todo tipo de errores al jugarlos. Sin embargo, ahora trataremos, en la medida de lo posible, de enderezar el enredo, primero visualizando algunos contornos amplios del desarrollo doctrinal y, segundo, mencionando algunos nombres representativos.

La historia del análisis económico *comienza* con el análisis real en posesión del campo. Aristóteles y los médicos escolásticos se adhirieron a él. Esto es perfectamente comprensible, ya que no había nada para enfrentarlos excepto los sentimientos preanalíticos del público. Pero, como sabemos, hay que hacer una salvedad importante: ofrecieron explicaciones monetarias para el fenómeno de interés. *Muy groseramente* , este estado de cosas se mantuvo hasta principios del siglo XVII. Nuevamente, la historia del análisis económico en el período examinado *termina* con una victoria del Análisis Real que fue tan completa que dejó al Análisis Monetario prácticamente fuera de los tribunales durante más de un siglo, aunque se hicieron uno o dos esfuerzos en su nombre en el corte de economía

científica, y aunque continuó llevando una vida prolongada fuera de ese tribunal, en un 'inframundo' propio. [354] Esta victoria también es comprensible. Por supuesto, se vio facilitado en gran medida por los vívidos recuerdos de los problemas monetarios, medievales y más recientes, de una espectacular mala gestión de los métodos bancarios, los hechos de John Law (ver más adelante, sección 5) todavía estaban en la mente de todos, y por el antagonismo enseñanzas 'mercantilistas'. Pero de gran alcance que fueran, estos factores [355] no se deben exagerar hasta el punto de hacernos olvidar que el Análisis Real fue también el resultado de antemano analítica e instrumental en el logro de un mayor avance.
[(c) Interludio del análisis monetario (1600-1760): Becher, Boisguillebert y Quesnay.]

Pero entre, digamos, 1600 y 1760, hubo un importante interludio de Análisis Monetario. Los empresarios, funcionarios y políticos, que luego tomaron sus bolígrafos, se ocuparon de los aspectos monetarios de sus problemas con naturalidad. Habrían dudado tan pronto de haberse mojado cuando llovía como que más dinero significaba más ganancias y más empleo, o que los precios altos eran una bendición, o que los altos intereses eran solo una molestia. Pero aunque esta literatura despegó inequívocamente del nivel preanalítico del Análisis Monetario y nunca perdió del todo contacto con la economía de la sirvienta, no se quedó allí sino que finalmente produjo, salvo la técnica, prácticamente todo lo que ha vuelto a salir a la luz durante los años treinta del siglo XX. Este siglo. Aplazando la consideración de los principios específicamente 'mercantilistas' y, por el momento, también de todos los demás asuntos, notaremos ahora el surgimiento del Análisis Monetario en su sentido más significativo, es decir, en el sentido de una teoría del proceso económico en términos de los flujos de gastos. Aunque el ejemplo de Quesnay es suficiente para mostrar que, en estricta lógica, no tiene nada que ver con el proteccionismo, el primer documento que presenta tal teoría con una claridad que está fuera de toda duda fue un tratado fuertemente 'mercantilista', *Politische Discurs de* Becher (1668). [356] Este tratado contiene los rudimentos de un esquema analítico que gira en torno al gasto de consumo de las personas: el motor principal o, como dijo Becher, el "alma" de la vida económica. En sí misma, la observación de que el gasto de un hombre es el ingreso de otro —o que el gasto de los consumidores genera ingresos— es tan antigua como trivial. Pero se puede convertir en un principio de análisis en el principio de que Quesnay, un siglo más tarde, fue a encarnar en su *cuadro* -justo al igual que el viejo y trivial observación de que un cuerpo en reposo permanece en reposo a menos que alguna fuerza externa actúa sobre él . Lo llamaremos Principio de Becher, porque parece haber sido el primero en darse cuenta de sus posibilidades teóricas. Hizo poco para desarrollar un *sistema* de análisis monetario y, por supuesto, dejó muchas cosas por hacer a Lord Keynes. [357] Pero en la medida en que se pueda confiar en que las recomendaciones revelen el esquema analítico de un autor, existe una concordancia prácticamente completa entre los dos (excepto sus puntos de vista sobre población) [358] , entre otras cosas, en materia de inversión nacional.

No es sorprendente que Becher encontrara sucesores en Alemania. Los Administradores Consultores alemanes estaban lejos de comprender la importancia analítica de su principio. Pero el Análisis Monetario, en el sentido definido, trabaja con conceptos que, aunque en realidad son muy abstractos y de hecho poco realistas, tienen un significado superficial que es perfectamente familiar para todos. Este significado superficial lo absorbieron fácilmente porque encajaba excelentemente con el resto de su pensamiento, tanto que ni siquiera es necesario asumir la dependencia. Muchos de sus diagnósticos y recomendaciones pueden, de hecho, coordinarse y racionalizarse con referencia al principio de Becher. Así, muchos de ellos creían en la importancia fundamental del consumo masivo de

alto nivel o, para poner lo mismo en su forma normativa de expresarse, en medidas que estimularan el consumo masivo. Para algunos de ellos, Justi por ejemplo, esta fue la razón principal para poner tanto énfasis en el aumento de la población, como un medio de expandir la demanda, y no al revés. El propio Becher percibió la interacción de los dos. Su principio fue, por supuesto, relevante, como lo es hoy, para evaluar los efectos de los precios altos, el ahorro y el lujo.

En Inglaterra, ni el principio de Becher ni nada estrechamente relacionado con él fue, hasta donde yo sé, formulado explícitamente. Con mayor frecuencia estaba implícito. Por ejemplo, el argumento de Potter (1650) en el sentido de que un aumento en la oferta de dinero aumentará la tasa de gasto y producción apunta proporcionalmente en esta dirección, y también lo hace el argumento análogo aunque más cauteloso de Law (1705). [359] La literatura francesa ofrece, entre otros, el ejemplo más notable de todos: el de Boisguillebert (*Dissertation sur la nature des richesses* , ver cap. 4 arriba), que es el más interesante porque, como Quesnay, en principio era un libre comerciante y defensor del laissez-faire. No invocó la gestión estatal para asegurar el flujo constante de valores monetarios (gastos), sino que, por el contrario, señaló los impedimentos hechos por el estado para ello: los derechos de exportación, las barreras internas al comercio, la interferencia reguladora en la agricultura y las manufacturas, la viciosas operaciones del impuesto directo más importante, el *taille* , que desolaron el campo y empobrecieron las ciudades *porque restringieron el gasto de los consumidores* . Además, mientras consideramos a los asalariados como los gastadores más fiables, Boisguillebert, en el patrón social de su época, asignó este papel a los terratenientes. Pero estas diferencias sólo sirven para enfatizar la similitud fundamental tanto de su teoría como de su visión de los problemas prácticos con los de nuestro tiempo. El gasto de los consumidores es el principio activo de la vida económica. El equilibrio era un equilibrio de demanda recíproca, en términos de dinero, de todos los grupos por los productos o servicios de todos los demás grupos; se realizaría si y sólo si cada vendedor se convirtiera rápidamente en comprador. [360] Cualquier cosa que interfiriera con el rápido gasto en bienes de consumo induciría una caída en los precios, por lo tanto una caída en los ingresos, luego, a su vez, otra caída en el gasto de los consumidores y, por tanto, resultaría en una deflación acumulativa. De ahí su horror, nunca superado por nadie fuera del Senado de los Estados Unidos, por el peor de los desastres: el pan barato. Con deliciosa ingenuidad advirtió a los abogados, médicos, actores, etc. que no clamaran por los bajos precios de los productos agrícolas: al hacerlo, estaban "cavando sus propias tumbas"; pues los terratenientes, que no son más que gastadores intermedios, verían reducidos sus ingresos y tendrían que reducir sus gastos, y ¿dónde estarían esos abogados, etcétera? Por lo tanto, su idea de una sociedad próspera no implicaba Barato y Mucho, sino Caridad y Mucho. No utilizó la frase falacia de la baratura que tanto gustan a los «gastadores» modernos, pero es evidente que quiso decir exactamente lo mismo. Dado que esta cuestión nunca ha dejado de despertar el interés —al menos en esa tierra de nadie que se encuentra entre la economía profesional y la popular— será mejor que aprovechemos esta oportunidad para comentarla.

[(d) Caridad y abundancia versus baratura y abundancia.]

En primer lugar, está bastante claro que las dos opiniones contempladas están fuertemente arraigadas en la mente pública y que los políticos, legisladores y administradores que tomaron medidas para dar efecto a una u otra simplemente respondieron a las demandas populares. Esto es tan cierto hoy como lo fue para los edictos de precios de los últimos emperadores romanos, y explica no solo las contradicciones en los motivos profesos y en las medidas reales que observamos, sino también las

muchas faltas de sinceridad en el uso de argumentos aparentemente generales para lo que se quería decir para mejorar la posición relativa de algún grupo en particular. En términos generales, el trabajador siempre quiso precios bajos de los *productos básicos* , el empresario precios altos, y ambos asumieron acríticamente la ausencia de cualquier efecto adicional, ya sea de bajo precio o caro. Los primeros análisis, aquí como en otras partes, partieron de esos sentimientos populares y los racionalizaron y reconfiguraron en doctrinas. Pero al hacerlo, los escritores —de nuevo: aquí como en cualquier otro lugar— solían ponerse del lado de uno o del otro y, por tanto, eran lentos, ya menudo reacios, para ver los elementos de verdad en el otro. Los médicos escolares asociaron la prosperidad con la baratura; cariño que asociaron con el hambre y la miseria masiva. Los empresarios-economistas ingleses del siglo XVII, naturalmente en las condiciones de su entorno, se inclinaron hacia la posición opuesta pero no siempre: algunos, por ejemplo Roger Coke, defendieron la Barato y la Abundancia; pero la mayoría asociaba Dearness and Plenty —y, por lo tanto, podemos agregar, una baja tasa de interés— con un comercio dinámico y altos niveles de empleo. Se verá que la diferencia entre ellos, así como la diferencia entre su mayoría y los médicos escolásticos, se debió enteramente a diferencias en las situaciones que vislumbraban diferentes escritores y grupos de escritores, de modo que realmente no existía incompatibilidad lógica entre lo que a primera vista parecen puntos de vista diametralmente opuestos. Pero nadie vio ni admitió esto, porque todos querían dar una lección práctica. Y esto sigue siendo cierto para el análisis más refinado del siglo XVIII. El argumento del alto precio resultó difícil de vencer y, al menos en algunos aspectos, fue apoyado por hombres de primera línea, como Boisguillebert y Quesnay, pero finalmente fue derrotado, las partes sostenibles e incluso sugestivas de él no menos que lo realmente falaces. A. Smith votó por Barato y abundancia, y prácticamente todos los economistas de renombre del siglo XIX lo siguieron. De nuevo, debe observarse que todo lo que hizo realmente la escuela Barato y abundancia fue, en primer lugar, afirmar verdades tan triviales como que cualquier nivel general de precios y expresiones monetarias al que se adapta el proceso económico es, en la medida de lo posible se trata de una economía cerrada, tan buena como cualquier otra y que, en la medida de esto, son sólo las relaciones entre unos precios y otros las que importan, por ejemplo, la relación entre los precios de las mercancías y los factores; segundo, interpretar la baratura en términos de esfuerzo más que en términos de dinero; tercero, aceptar la caída de los precios monetarios que se produce como consecuencia de la acumulación y el mejoramiento como el método natural para hacer efectivo el creciente abaratamiento de las cosas en términos de esfuerzo; y, cuarto, esclarecer, por un lado, las perturbaciones que son inseparables de la caída de precios y, por otro, las posibilidades de estímulo, inherentes a las políticas de precios alcistas. En realidad, no había nada en todo esto que pudiera llamarse correctamente una falacia. En aspectos importantes, la victoria de los defensores de la Barato y la Abundancia supuso un avance analítico. Pero fue un avance unilateral que descuidó muchas sugerencias prometedoras de los hombres de Dearness-and-Plenty.

Pero, en segundo lugar, debe observarse que el lema de Dearness and Plenty no está necesariamente conectado con el Análisis Monetario en el sentido de análisis en términos de agregados monetarios. Evidentemente, no hay nada en este último que nos impida asociar las condiciones de prosperidad con lo económico. A primera vista, entonces, la conexión entre el análisis monetario en ese sentido y el precio es solo histórica y, por lo tanto, requiere una motivación especial en cada caso. En el caso de Boisguillebert, este requisito se puede cumplir fácilmente. Su argumento de los altos precios era en realidad un argumento sobre los altos precios de los productos agrícolas, y los efectos de estos en

el bienestar estaban motivados por la consideración de que significaban altos ingresos para los terratenientes en quienes Boisguillebert confiaba principalmente para hacer el gasto: al igual que los economistas modernos identificaron tasas salariales altas con un ingreso total alto de la clase trabajadora y esto con gasto liberal por parte de los consumidores, por lo que Boisguillebert identificó precios altos de productos agrícolas con rentas altas, rentas altas con gasto liberal, gasto liberal con altos niveles de empleo y bienestar. Aquí, entonces, tenemos una relación lógica entre el Análisis Monetario y una filosofía de precios altos. Pero el argumento de Verri en el sentido de que un aumento en la oferta de dinero, debido a sus efectos estimulantes sobre la producción, puede inducir una caída en los precios (Verri es la autoridad pre-Smithiana más importante en Cheapness and Plenty) podría transformarse en una pieza de Análisis Monetario que estaría aliada a una filosofía de precios bajos.

Quesnay tenía la misma opinión en lo que respecta a los precios (véase, especialmente, sus *Maximes générales* , 1758). También pensó que, mientras que abundancia y poco valor no son riquezas, y escasez y carestía significan miseria, abundancia y carestía significan opulencia: no se debe permitir que los precios bajen porque *telle est la valeur vénale, tel est le revenu* (XVIII). No se debe pensar que la baratura es ventajosa para los pobres, sólo hace que bajen sus salarios. Y no se deben disminuir los medios (*pasividad*) de las clases más bajas (XIX), pues entonces se reducirá su consumo (es decir, la demanda total en términos de dinero o gasto), y esto a su vez reducirá la producción y los ingresos. Pero nada es tan característico de este tipo de teoría, que se puede traducir tan fácilmente al lenguaje moderno de tono familiar, como lo es la actitud al ahorro, esbozada por Boisguillebert, desarrollada íntegramente por Quesnay. En este esquema analítico, el rápido flujo de poder adquisitivo lo es todo. Se cree que el ahorro lo interrumpe. Por tanto, el ahorro es una especie de enemigo público. Quesnay lo convierte en uno de sus *máximos* : *que la totalité des sommes du revenu rentre dans la circulación annuelle y la parcoure dans toute son étendue* (VII). No debe haber formación de *fortunas pécuniaires* (¿acumulación de efectivo real?). Los propietarios de tierras y quienes ejercen profesiones lucrativas no deben conservar 'le pécule du royaume au préjudice de la rentrée des avances de la culture. . . : cette interception du pécule diminuerait la reproducción des revenus et de l'impôt. ' Sin duda, *le pécule* puede interpretarse en el sentido de ahorros no invertidos. Aun así, la similitud con los puntos de vista keynesianos es sorprendente: en sí mismo, el ahorro es estéril y perturbador; siempre debe ser 'compensado', y esta compensación es un acto distinto que puede tener éxito o no. Una tradición anti-ahorro bastante fuerte adquirió un apoyo adicional poco antes de que casi desapareciera en el aire. Esto es todo lo que hay que decir sobre la teoría monetaria de los fisiócratas.

¿Cómo fue entonces que Real Analysis conquistó tan fácil y completamente? Esta pregunta será respondida en las dos últimas secciones de este capítulo, donde se examinarán dos de los principales campos de batalla de su campaña victoriosa, la teoría del ahorro y la teoría del interés. Sin embargo, se puede dar una respuesta general de inmediato: la razón de la derrota o más bien el colapso del Análisis Monetario en las últimas décadas del siglo XVIII fue su debilidad. Incluso si, por el bien de la argumentación, admitimos sin reservas que el principio del análisis monetario es sólido y que su desarrollo moderno es una mejora con respecto al análisis real del siglo XIX, debería quedar claro que este último no fue menos superior al análisis monetario del XVIII. Tales espirales de avance son, creo, no infrecuentes: las teorías de que es un logro desplazar pueden volver a desplazar a aquellos por los que habían sido desplazados, y tanto el desplazamiento como el retorno pueden beneficiar esa cosa extraña, el conocimiento científico.

2. Fundamentos [361]

Pasemos ahora a la teoría del dinero en el sentido más estricto y aún más habitual; digamos, brevemente, aunque imperfectamente, la teoría del dinero como dispositivo técnico. Para ello, conviene introducir algunos términos que facilitarán la exposición a lo largo del resto de este libro.

[(a) Metalismo y cartalismo: teórico y práctico.]

Por metalismo teórico denotamos la *teoría de* que es lógicamente esencial que el dinero consista en, o esté `` cubierto " por, alguna mercancía, de modo que la fuente lógica del valor de cambio o poder adquisitivo del dinero es el valor de cambio o poder adquisitivo del dinero. esa mercancía, considerada independientemente de su función monetaria. Es cierto que en principio se puede elegir cualquier bien para que sirva de dinero. Pero el término Teoría del dinero de las mercancías también tiene otro significado. Por eso, valiéndonos del hecho de que en los tiempos modernos solo se ha elegido normalmente el oro y la plata para ese papel, preferimos el término metalismo, aunque no es estrictamente correcto. También es cierto que el 'estándar' elegido puede consistir en más de una mercancía: el singular se usa simplemente para evitar agregar 'o mercancías' cada vez. Por metalismo práctico denotaremos el patrocinio de un principio de política monetaria, a saber, el principio de que la unidad monetaria "debería" mantenerse firmemente vinculada y libremente intercambiable con una cantidad dada de algún bien. El cartalismo teórico y práctico se puede definir mejor mediante los negativos correspondientes. Así, hablaremos de cartalismo teórico dondequiera que encontremos una negación de la proposición de que es lógicamente esencial que el dinero consista en, digamos, oro, o que sea rápidamente convertible en oro; del cartalismo práctico dondequiera que encontremos el patrocinio del principio de política de que el valor de la unidad monetaria "no debería" estar ligado al valor de ninguna mercancía en particular. [362]

Estas distinciones deben su importancia para nosotros al hecho de que el metalismo teórico y práctico no tienen por qué ir juntos. Un economista puede, por ejemplo, estar plenamente convencido de que el metalismo teórico es insostenible y, sin embargo, ser un fuerte metalista práctico. La falta de confianza en las autoridades o los políticos, cuya libertad de acción se ve muy aumentada por los sistemas monetarios que no prevén la redención rápida e incuestionable en oro de todos los medios de pago que no consistan en oro, es suficiente para motivar el metalismo práctico en un cartalista teórico; esto no implica ninguna contradicción. Pero el lector se dará cuenta de que este hecho puede ocasionar grandes dificultades a la hora de interpretar a los autores que suelen confundir consideraciones teóricas y prácticas. Tampoco es ésta la única razón por la que no siempre es fácil decir si un hombre debe ser clasificado como metalista teórico o no. Porque, sin serlo, todavía puede creer que "la mercancía más vendible" constituye la fuente histórica a diferencia de la lógica del fenómeno del dinero. [363] Una vez más, tal vez desee hacer hincapié en el papel del gobierno en la elección de la mercancía que debe servir como dinero y su poder para alterar esta decisión de varias maneras. Al hacerlo, puede fácilmente, si no es muy sofisticado o cuidadoso, usar un lenguaje que nos tente a clasificarlo como cartalista. Recordamos que esta dificultad surgió en el caso de Aristóteles (cap. 1, arriba). Finalmente, las teorías básicas son maleables y los escritores son a menudo inconsistentes, aún más a menudo vagos. Cuando descubrimos que un escritor compara el dinero con un boleto —un boleto que da acceso al portador al gran almacén social de todos los bienes— nos sentimos inclinados a registrarlo como cartalista. Pero la frase no tiene por qué significar mucho, y tanto JS Mill, que la utilizó en el siglo

XIX, como Berkeley, que la utilizó en el XVIII, son más propiamente denominados metalistas. No se puede negar que las opiniones sobre el dinero son tan difíciles de describir como las nubes cambiantes. [364]

[(b) Metalismo teórico en los siglos XVII y XVIII .]

Metalismo teórico, por lo general, aunque no siempre asociada con metalismo práctico, [365] llevó a cabo su propia lo largo de los siglos XVII y XVIII y prevaleció victoriosamente en la 'situación clásica' que surgió en el último trimestre de este último. Adam Smith lo ratificó sustancialmente. Y durante más de un siglo fue aceptado casi universalmente —por nadie más implícitamente que por Marx— tanto que, de hecho, la mayoría de los economistas llegaron a sospechar no solo de una falta de solidez de razonamiento sino de algo muy parecido a una oblicuidad de propósito detrás. toda expresión de opiniones antimetalistas.

Este desarrollo, como sabemos, fue acorde con la tradición establecida. Los filósofos del derecho natural y aquellos Administradores Consultores que fueron directamente influenciados por ellos simplemente repitieron y desarrollaron la enseñanza de Aristóteles y los autores escolásticos. Pero la mayoría de los escritores sobre el dinero que no se puede probar que hayan experimentado ninguna influencia de ese sector —por ejemplo, los economistas mercantiles ingleses— también se adhirieron a esa tradición. Abundan los ejemplos para todos los países. Para Inglaterra bastará mencionar, en primer lugar, algunos economistas de primer orden, como Child, que identificaron claramente al dinero con aquellas partes de las existencias de oro y plata que cumplen la función monetaria y sostuvieron que a pesar de esta función el oro y la plata, acuñada o sin acuñar, seguía siendo productos exactamente como "vino, aceite, tabaco, telas y demás"; Petty, quien también razonó sobre el dinero en términos de su material; y Locke, [366] que hizo lo mismo, aunque estaba más dispuesto a admitir que la función monetaria marca la diferencia; Hume, [367] cuya enseñanza sobre este punto en particular difiere de la de Child sólo en la claridad y el pulido; Cantillon (*op. Cit.* Parte I, cap. 17), cuyo metalismo teórico ejerció una influencia considerable en Francia; y, en segundo lugar, los autores de lo que pueden considerarse las dos obras inglesas estándar sobre el dinero de los siglos XVII y XVIII, Rice Vaughan [368] y Joseph Harris. [369]

Por lo demás, nos limitaremos a ejemplos de la literatura italiana sobre el dinero, que a lo largo del período mantuvo un nivel superior a cualquier otro. Prácticamente todos los protagonistas eran metalistas intransigentes. Los nombres más importantes son Scaruffi, Davanzati, Montanari, Galiani y Carli. Beccaria y Verri deben agregarse como ejemplos del tratamiento que se le da al tema del dinero en los amplios tratados de economía general.

Casi todas las obras de estos autores se han vuelto a publicar en la colección de Custodi (ver arriba, cap. 3). En esta nota se intentará transmitir una idea general de la actuación de cada autor excepto los de Beccaria y Verri, que se caracterizan en otros lugares (cap. 3, sec. 4d arriba). Las contribuciones de Verri y Carli, además, se encontrarán nuevamente en otra conexión (cap. 7, Mercantilismo). Sin embargo, la monografía de Verri *Dialogo sulle monete* (1762) no debe dejar de mencionarse.

Gasparo Scaruffi (1515? -84), banquero de Reggio en Emilia, publicó en 1582 una monografía sobre el dinero titulada *Alitinonfo* , que ilustra admirablemente la gama del pensamiento del siglo XVI, partiendo de las funciones del dinero y tratando los problemas de la acuñación. en una vena fuertemente metalista: el dinero es una pieza de metal estampada, el sello sólo tiene una importancia

declaratoria. Su propuesta de bimetalismo internacional (algo empañada por una fe irracional en una relación invariable de 1:12) con una unidad internacional a ser emitida (sin señoreaje) por una autoridad internacional *implica* mucha teoría bastante avanzada. Pero muy poco de eso sale explícitamente. Así, el paso es realmente grande para Bernardo Davanzati (1529-1606), 'un mercante letterato Fiorentino', como lo llamó Montanari. *Lezione delle monete de* Davanzati (1588; véase también *Notizia de'cambi* , 1582) es el "máximo histórico", también en lo que respecta a la elegancia literaria, de la teoría metalista del origen y la naturaleza del dinero.

Aproximadamente un siglo después, Geminiano Montanari (1633-1687), profesor de matemáticas y astronomía en Bolonia y Padua, escribió un *Breve trattato del valore delle monete in tutti gli stati* (1680); seguido de *La zecca in consulta di stato* (título posterior, *Della moneta* , 1683–167), que presenta la misma enseñanza en una forma más desarrollada pero sin agregar nada esencial.

El napolitano Ferdinando Galiani (1728-1787), un típico *abate del* siglo XVIII , resplandeciente de espíritu, hizo para su época lo que Montanari había hecho para el siglo XVII y Davanzati para el siglo XVI en su tratado *Della moneta* (1751; primero). libro: *De'metalli* ; segundo libro: *Della natura della moneta* ; tercer libro: *Del valore della moneta* ; cuarto libro: *Del corso della moneta* ; quinto libro: *Del frutto della moneta;* no solo sobre intereses, sino también sobre deudas públicas e intercambio), que habría sido recibido con respeto si hubiera aparecido en 1851. En el próximo capítulo se mencionará otra obra de Galiani. Hay que enfatizar un punto de su pensamiento antes de apartarnos de una de las mentes más capaces que jamás se hayan hecho activas en nuestro campo: fue el único economista del siglo XVIII que siempre insistió en la variabilidad del hombre y en la relatividad, hasta el momento. y lugar, de todas las políticas; el que estaba completamente libre de la creencia paralizante —que luego se deslizó sobre la vida intelectual de Europa— en principios prácticos que reclaman validez universal; que vio que una política que era racional en Francia en un momento dado podía ser bastante irracional, al mismo tiempo, en Nápoles; que tuvo el valor de decir: 'Je ne suis pour rien. . . Je suis pour qu'on ne déraisonne pas '(*Diálogos sur le commerce des blés* , 1769, primer diálogo); y que despreciaba debidamente todo tipo de doctrinarios políticos, incluidos los fisiócratas. Existe bastante literatura galiani, y hay varias reimpresiones y selecciones de sus obras. Se enumeran en el *Economisti Napoletani dei sec de* Giorgio Tagliacozzo . *XVII e XVIII* (pp. Lxv y lxvi), que también contiene un ensayo sobre Galiani y extractos de *Della moneta* y los *Diálogos* .

Gian Rinaldo (Conte) Carli (1720-1795), profesor de astronomía en Padua, más tarde presidente de la Junta de Finanzas en el estado de Milán (entonces parte de la monarquía de Habsburgo), en cuyo cargo, entre otras cosas, reformó la acuñación según un plan propio, un escritor sumamente polifacético cuyos comentarios sobre los Estados Unidos en *Delle lettere Americane* (1ª ed. 1780; 2ª ed., en 4 vols., 1786) merecen mención incluso en un boceto como éste, debe figurar aquí debido a su trabajo titulado *Delle monete* . . . (primera entrega, bajo el título *Dell' origine e del Commercio della Moneta* . . . 1751, toda la obra en 3 vols., 1754-1760), que incluye el ensayo *Del valore e della proporzione dei metalli monetati con i GENERI* [materias primas] *en Italia* , que contiene la contribución que se menciona a continuación. Otros escritos económicos suyos serán notados en el próximo capítulo.

Es natural que la mayor parte de avances como el análisis de los procesos monetarios se vinculen con fundamentos metalistas, incluso donde, en estricta lógica, los puntos de partida antimetalistas hubieran sido más apropiados. Sin embargo, esto no debería sorprendernos: a pesar de

sus defectos, el metalismo teórico, debidamente manejado, nos lleva casi tan lejos como lo haría una teoría más correcta, que es precisamente una de las razones por las que resultó ser una planta tan resistente.

[(c) Supervivencia de la tradición antimetalista.]

Sin embargo, también existía una tradición antimetalista, sin duda más débil pero igualmente antigua, al menos si decidimos rastrearla hasta Platón. Recibió impulso de gobiernos en dificultades financieras y de inflacionistas, 'reflacionistas' y promotores bancarios de la época, aunque no todos los proponentes de los esquemas bancarios eran inflacionistas ni antimetalistas, [370] y aunque no existe una relación necesaria entre el inflacionismo y la teoría. antimetalismo, pero su supervivencia durante nuestro período no debe atribuirse totalmente a este factor. De los escritores continentales bastará mencionar a Ortes y Boisguillebert. [371] Las instancias inglesas correspondientes son Potter, Barbon, Berkeley, Steuart y, si afirmamos para Inglaterra que el escocés que se convirtió en francés, Law.

The Key of Wealth , de William Potter , publicado (anónimamente) en 1650 y seguido de dos publicaciones interpretativas, recomienda un plan, a saber, la fundación de una corporación de comerciantes (para ser reforzada por otro organismo que 'asegure' el crédito de estos comerciantes) que debía aceptar —o, lo que en este caso equivale a lo mismo— emitir 'facturas' garantizadas por terrenos, edificios y otros bienes y que tengan la intención de circular como dinero de curso legal. Este plan para movilizar la propiedad física no solo coloca a Potter en la posición de un precursor de los proyectores del banco de tierras (sec. 5), sino que también oscurece el trabajo analítico detrás de él, que es de considerable interés. El carácter antimetalista tanto del plan como del análisis está fuera de toda duda, aunque Potter no corta por completo la conexión de la moneda de su billete con el oro y la plata, porque, si se adoptara tal plan, esa conexión se reduciría a una de origen histórico únicamente. : aunque el dinero se hubiera originado en forma de mercancía, su valor y comportamiento ya no estarían gobernados por esa mercancía.

La reputación de Nicholas Barbon, un médico que se embarcó en varias empresas comerciales, sufrió en su propio tiempo, así como más tarde, de los muchos elementos extravagantes no solo en sus planes sino también en sus argumentos analíticos. Además, fue uno de los proyectores del banco de tierras. A pesar de esto, creo que debe estar clasificado entre, digamos, la media docena de economistas ingleses más importantes del siglo XVII. También lo encontraremos en otro contexto, pero su principal importancia para nosotros está en el campo del dinero y los intereses. Su *Discourse of Trade* (1690) ha sido reeditado por JH Hollander. También debe hacerse referencia a: *Un discurso sobre la acuñación del nuevo mechero del dinero* (1696).

La contribución de George Berkeley (1685-1753), obispo Berkeley, al análisis económico no está a la altura de su contribución a la filosofía. Se encuentra principalmente en su *Querist* (1ª ed., 1735-177). La idea de poner un argumento prolongado en una serie interminable de preguntas fatigosas puede no ser del gusto de todos. Pero el contundente sentido común, que es el punto fuerte de su pensamiento filosófico, brilla en casi todos ellos.

Sir James Steuart ya nos conocemos. Para el tema del dinero es necesario agregar otras publicaciones a sus *Principios* , especialmente los *Principios del dinero aplicados al estado actual de la moneda de Bengala* (1772).

John Law (1671-1729), siempre he sentido, está solo en una clase. Los aventureros financieros, pero ¿es justo llamar a eso genio administrativo? A menudo tienen una especie de sistema

filosófico-económico. Los Pereires de Crédit Mobilier tenían uno (de complexión St. Simonist). Pero el caso de Law es diferente. Elaboró la economía de sus proyectos con brillantez y, sí, profundidad, lo que lo coloca en la primera fila de los teóricos monetarios de todos los tiempos. Y esto es todo lo que nos importa. Sin embargo, como es evidente que su análisis ha sido condenado, durante aproximadamente dos siglos, principalmente por la fuerza del fracaso de su Banque Royale, es pertinente señalar, en primer lugar, que su predecesor, el Banque Générale, fundado en 1716 , era un banco perfectamente ortodoxo que debía emitir pagarés y recibir depósitos pagaderos a la vista y descontar papel comercial —sin antimetalismo al respecto— y que la Banque Royale y la Compagnie des Indes, que absorbió, fracasaron porque las empresas coloniales combinadas en este último, por el momento, no resultó ser la fuente de nada más que pérdidas. Si estas empresas hubieran tenido éxito, el grandioso intento de Law de controlar y reformar la vida económica de una gran nación desde el punto de vista financiero —pues esto es a lo que su plan eventualmente ascendió— habría parecido muy diferente para sus contemporáneos e historiadores. Aun así, esa gigantesca empresa no fue simplemente una estafa y bien puede dudarse que Francia fuera peor por ella, en conjunto. Sin embargo, los economistas no solo aceptaron la opinión popular de que el esquema no era más que una estafa, sino que también señalaron ciertos defectos técnicos que eran de hecho importantes causas subsidiarias de su fracaso. Así, ese evento adquirió una influencia considerable en la evolución de lo que finalmente se convirtió en la teoría clásica de la banca.

La actuación de Law como teórico monetario está contenida en su tratado: *Money and Trade consider, with a Proposal for supply the Nation with Money* (1a ed. 1705, 2a ed. 1720; republicado en Somers ' *Tracts* , 1809; versión francesa, junto con otros escritos que incluyen interesantes *Mémoires justificatifs* , en la edición Guillaumin de *Économistes financiers du XVIII e siècle* , bajo el título de *Considérations sur le numéraire et le commerce*). El lector que desee más información sobre esa colorida personalidad puede consultar AW Wiston-Glynn, *John Law of Lauriston* (1907) y P. Harsin, *Étude critique sur la bibliographie des œuvres de John Law* (1928).

Uno de sus planes estaba relacionado con un banco de tierras que debía emitir papel moneda de curso legal hasta una cierta proporción del valor de la tierra y recibir como depósitos *para la colocación* dinero que de otra manera permanecería inactivo, de modo que el dinero nunca fuera demasiado. barato o demasiado caro. En esto siguió a los proyectores de los bancos de tierra ingleses que ahora deben mencionarse brevemente.

Los terratenientes de la Cámara de los Comunes no eran más que los demás agrarios, capaces de ver por qué no debían pedir prestado tan fácil y barato como comerciantes o financieros, y no tomaban con buenos ojos los argumentos sobre la diferencia entre un factura y una hipoteca. Un banco de tierras que, entre otras cosas, pudiera satisfacer estos anhelos, eventualmente se convirtió en un tablón conservador cuando la fundación del Banco de Inglaterra estaba a la vista. En el momento adecuado (1693), un intelectual, Hugh Chamberlen, obstetra de profesión, presentó un plan de un banco de tierras donde los terratenientes obtendrían préstamos al 4% y el gobierno obtendría más dinero del que había obtenido del Banco de Inglaterra. . El plan, que fracasó por falta de apoyo financiero, no tiene por qué detenernos. Pero hubo partidarios que intentaron proporcionarle un trasfondo analítico. Barbon, como ya sabemos, fue uno. John Asgill (. *Varios aserciones probadas* . . . 1696, republ en la serie Hollander) fue otro; Este tratado ilustra la verdad, que trato incesantemente de enfatizar, que el hecho de que podamos ver algún punto en ese esquema no salva en sí mismo todos los argumentos

tortuosos que se le hayan presentado. Sin embargo, John Briscoe (*Discurso sobre los Fondos tardías* . . 1694;. Abstracta de que en el mismo año), que afirmaron haber sido plagiado por Barbon y Asgill y él mismo fue acusado de haber plagiado Chamberlen, no proporcionan una cierta base analítica con respecto a las que todas esas acusaciones no tienen sentido. Muchos economistas lo llamarían metalista porque atribuye importancia a las existencias de oro y plata. Sin embargo, reflexionando, se comprenderá que la creencia de un hombre en la utilidad de una reserva de mercancías universalmente aceptables no prueba nada acerca de sus opiniones sobre la naturaleza del dinero.

No podemos, ni necesitamos, investigar la literatura a favor y en contra de la fundación del Banco de Inglaterra. No carecía de interés en otros aspectos, era, que yo sepa, estéril en el que nos interesa aquí.

Barbon fue más decidido que nadie al renunciar al metalismo teórico sobre la base de que "el dinero es un valor creado por la ley", para lo cual el valor de su material no es esencial. John Law implica más que afirma lo mismo cuando enfatiza las virtudes del papel moneda, que consisten en que su cantidad sea susceptible de una gestión racional. Berkeley es, hasta donde yo sé, el autor de la analogía del billete: "¿Si la verdadera idea del dinero, como tal, no es del todo la de un billete o de un mostrador?" (*Querist* , n. ° 23). El único esfuerzo por construir una teoría del dinero sobre una base antimetalista es mérito de Sir James Steuart. Pero avanzó tan poco y se equivocó con tanta frecuencia que el comienzo prometedor se perdió en la corriente metalista.

El punto es este. La práctica de la época, especialmente la práctica de los cuatro grandes bancos de compensación y depósito, [372] había familiarizado a los economistas con la idea de un dinero de cuenta que se definía por cantidades de metal y que existía sólo como un dispositivo de contabilidad con el propósito de facilitar comercio y finanzas a gran escala en un mundo de innumerables y cambiantes sistemas monetarios. En este sentido, el dinero de cuenta también entró en la teoría monetaria de tipo metalista. Galiani lo llamó *moneta ideale* o *moneta immaginaria* , [373] y lo distingue de *moneta reale* , que consiste en *pezzi di metalo* reales . Steuart (*Principios* , Libro III) hace la misma distinción entre "dinero de acompañamiento" y "dinero-moneda", pero con él esta distinción adquirió un significado diferente. Habiendo *definido* previamente (*Principios* , Libro I, p. 32 de la edición de 1767) el dinero como `` cualquier mercancía que, puramente en sí misma, no tiene ningún uso material para el hombre, pero que adquiere tal estimación de su opinión sobre ella como para convertirse en la mercancía universal. medida de lo que se llama valor. . .'— una manera defectuosa de definir un *numéraire* puro del que así se le puede llamar el descubridor [374] - entonces parte de un dinero de cuenta, considerado como una 'escala arbitraria' para medir valores y, a diferencia del dinero de cuenta de práctica y también de teoría metalista, desprovista de cualquier connotación mercantil. Intenta sin éxito encontrar casos primitivos de tal unidad, [375] y no logra explicar cómo se puede construir teóricamente tal unidad y cómo podría funcionar en la práctica. Pero tuvo la idea y también vio el dinero metálico en su verdadera luz, es decir, a la luz de un caso muy especial.

Todos los escritores que se adentraron en los fundamentos relataron y desarrollaron, como habían hecho los escolásticos, las virtudes particulares que explican por qué los metales preciosos resultaron tan universalmente aceptables como para adquirir su función monetaria (su divisibilidad, movilidad, etc.). Algo menos trivial fue la lista de las cuatro funciones del dinero que iban a ganar tanta prominencia en el libro de texto del siglo XIX: la 'medida del valor (de cambio)' y el 'medio de cambio' aristotélicos se complementaban con el 'depósito de valor': un elemento muy enfatizado por los

escritores específicamente mercantilistas (véase el capítulo siguiente), y por el 'estándar de pagos diferidos', aunque no conozco ningún caso en el que estas cuatro funciones aparezcan claramente una al lado de la otra, algunos escritores incluso enfatizaron la primera solamente y otros la segundo solamente. Poco a poco se fue dando cuenta de que estas dos funciones son separables y que sus teorías son diferentes.

Los economistas de ese período tenían ante sus ojos, al igual que los escolásticos, casi todas las formas de bimetalismo que es posible concebir y, por tanto, todos los problemas prácticos que inciden en este sistema. Es tanto más sorprendente que se haya avanzado tan poco en su análisis. En particular, no parece haberse advertido el punto esencial sobre la proporción legal de los dos metales: los teóricos se dieron cuenta, por supuesto, de que el metal que esta proporción sobrevalora con respecto al otro tenderá a expulsar al que infravalora; habían discutido este fenómeno al menos desde la época de Molina; de hecho, si se desea, se puede subsumirlo bajo la ley de Gresham; pero no vieron que, mientras ambos metales estén en circulación, este mecanismo tenderá a incrementar el valor de mercado de uno y a disminuir el valor de mercado del otro y, por lo tanto, tenderá, dentro de ciertos límites, a estabilizar los valores de mercado de ambos, que es la propiedad más interesante del bimetalismo. Locke, que era monometalista por principio, incluso argumentó sobre bases generales que no debería haber ninguna razón legal en absoluto, no más que una tasa de interés legal o una tasa de cambio legal, sin observar que en este caso el sistema se vuelve indeterminado. [376] Beccaria y otros no son más satisfactorios en este asunto.

Será conveniente, antes de continuar, abordar brevemente una serie de temas, algunos de ellos de gran importancia en sí mismos, que no pueden tratarse en su totalidad en una historia del análisis económico.

Primero, las cuestiones de la acuñación debían ser discutidas con entusiasmo en circunstancias en las que el estado de la moneda seguía causando problemas. La extensa literatura sobre técnica, principalmente italiana, contiene poco que nos interese. Pero podemos mencionar la cuestión del señoreaje. El antiguo privilegio feudal de los reyes y príncipes de acuñar dinero y cobrar un impuesto al hacerlo, a menudo además de una tasa (*brassage,* como a veces se lo llamaba), era oneroso incluso cuando no conducía a frecuentes recuperaciones y producía un irresistible demanda popular de acuñación gratuita. En consecuencia, en Inglaterra se abolió el señoreaje en 1666, mientras que en otros países la tendencia fue a reducirlo al costo de la acuñación. Hay dos puntos sobre esto que son relevantes para la teoría del dinero. Una es que algunos escritores, entre ellos Sir William Petty, sostuvieron que la libre acuñación era esencial para que el oro y la plata cumplieran la función del dinero: si se hiciera algún cargo por acuñar, ya no serían medidas verdaderas del valor de la moneda. otras cosas, lo que parece un desliz teórico. La otra es que el acto que introdujo la libre acuñación fue motivado por el deseo de atraer oro y plata —los costos que debían sufragarse con los aranceles de importación de otras mercancías— y, por tanto, fue una medida típicamente "mercantilista". Los economistas no estaban de ninguna manera enamorados de él y prácticamente todo el coro del libre comercio de North a Smith y de Smith a Mill recomendó un cargo que cubra los costos como lo hicieron la mayoría de los continentales, aunque en el caso de los economistas alemanes podríamos estar tentados a atribuye esto al hecho de que estaban asesorando a los gobiernos pobres.

Esto conduce naturalmente, en segundo lugar, a la discusión de la devaluación o la degradación ("levantar la moneda"). Los viejos argumentos, característicos del metalismo estricto, de

que degradar era defraudar, se siguieron repitiendo: los encontramos en una multitud de escritores, incluidos Locke, Justi y A. Smith. 377 Pero los economistas llegaron cada vez más a adoptar otra visión mucho más interesante del asunto: empezaron a prestar menos atención a los aciertos y errores y más a los efectos de la degradación sobre el proceso económico. Esporádicamente, encontramos consideraciones de este tipo incluso en el siglo XVI, cuando se discutía si la degradación era ventajosa o desventajosa para las finanzas públicas. En la segunda mitad del siglo XVII y XVIII, la discusión se centró en los efectos sobre el comercio exterior y sobre el desarrollo económico de un país. Observemos superficialmente algunas balizas en esta ruta. Primero, la moneda inglesa (monometalismo de la plata con una circulación real cada vez mayor de oro), habiendo caído en mal estado en las últimas décadas del siglo XVII, el gobierno Whig de Guillermo III, en el que Charles Montague gestionaba los asuntos financieros, llevó un proyecto de ley (1698). según el cual las monedas de plata debían ser devueltas a su antiguo peso y finura a expensas del público, este gasto se cubriría con un impuesto de ventana, operación que se completó en 1699. El debate sobre la medida se glorifica con el nombre de Locke, que fue el protagonista literario del lado del gobierno, y su interés para nosotros reduce a la luz su contribución que arroja sobre el alcance de su comprensión de los fenómenos monetarios. Desafortunadamente, es una imagen lamentable que se despliega ante los ojos del lector de Locke. No es solo que trabajó principalmente en la línea del fraude —esto es un juicio moral y es asunto suyo, no nuestro— sino que no vio (a) que no se podía volver a acuñar a un promedio del contenido real de plata de las monedas de plata. llamaba degradación o podía llamarse así sólo con la salvedad de que la situación económica ya estaba adaptada a ella, de modo que en efecto estaba abogando por la sobrevaloración de la moneda y la infravaloración de la plata contenida en ella; (b) que, en consecuencia, a menos que todos los precios se adaptaran con prontitud —lo cual no era de esperar y habría acentuado mucho, si hubiera sucedido, las condiciones depresivas imperantes— la plata emigraría, como de hecho lo hizo; (c) que la presencia de monedas de oro en circulación real era relevante para el problema. Incluso llegó a sostener que lo que llamó degradación era inútil, de hecho imposible, ¡sobre la base de que una onza de plata nunca podría valer más que una onza de plata! Su caso y su defensa estaban por debajo del de su principal oponente, Lowndes; esto es lo que le sucede al hombre "que renuncia al partido lo que fue destinado a la humanidad". Es curioso y melancólico observar que tanto la medida como la defensa de Locke han sido elogiada, a veces en términos extravagantes, durante más de dos siglos.

A continuación notaremos, de la discusión francesa sobre los problemas monetarios durante y después de las últimas guerras de Luis XIV, el duelo entre Melon y Dutot [el texto se interrumpe en este punto].

3. Digresión sobre el valor

El trabajo en este campo también procedió de la formación académica. Sabemos que los médicos escolásticos habían desarrollado lo esencial de un análisis realista del valor, el costo y el precio, incluido un concepto rudimentario de equilibrio, que solo necesitaba ser elaborado en contenido y perfeccionado en técnica. Hasta cierto punto, esto es exactamente lo que se hizo durante el período que se examina. Este trabajo fue impulsado poderosamente por la preocupación por el problema del valor (poder adquisitivo) del dinero. La teoría metalista, como teoría del dinero, puede no ser muy buena en sí misma. Pero ciertamente lleva al economista que lo acepta a indagar más de cerca el

problema del valor en general. Por lo tanto, no nos sorprenderá que una gran parte del mejor trabajo en este campo haya sido realizado por estudiantes interesados principalmente en los fenómenos monetarios. Es por eso que esta sección se encuentra donde lo hace. Vamos a intentar sacar a la luz, mediante un breve relevamiento de actuaciones destacadas, los puntos más importantes para desarrollos posteriores.

[(a) La paradoja del valor: Galiani.]

Los italianos de Davanzati en adelante (*Lezione delle moneta* , 1588) fueron los primeros en darse cuenta explícitamente de cómo la Paradoja del Valor: la paradoja de que muchas mercancías muy `` útiles '' como el agua tienen un valor de cambio bajo o nulo mientras que son mucho menos `` útiles ''. Los que, como los diamantes, tienen un valor elevado, pueden resolverse y no obstaculizan el camino hacia una teoría del valor de cambio basada en el valor de uso. El hecho asombroso de que tanto Smith como Ricardo pensaban que sí se ve, sin embargo, en todo su significado solo si agregamos que, durante el siglo y medio después de Davanzati, se podría compilar una larga lista de escritores que entendieran muy bien exactamente cómo El elemento de utilidad entra en el proceso de fijación de precios y que había varios ingleses entre ellos. John Law, en particular, en el tracto citado más arriba (*Dinero y Comercio considerado* . . . 1705), dio una breve pero excelente de la materia-de hecho el uso de los ejemplos de agua y los diamantes. Sin embargo, nos limitaremos al economista que llevó este análisis a su apogeo en el siglo XVIII, Galiani. [378] A diferencia de Law, era un metalista tan intransigente que se sintió obligado a investigar el valor del oro y la plata considerados como mercancías y, por tanto, el valor de todas las mercancías. Al hacerlo, demostró un dominio seguro del procedimiento analítico y, en particular, una pulcritud en sus construcciones conceptuales cuidadosamente definidas hasta un grado que habría hecho superfluas todas las disputas y malentendidos del siglo XIX sobre el tema del valor que habían tenido las partes. A estas disputas estudió primero su texto, [379] *Della Moneta* , 1751 (esbozado en la sección anterior de este capítulo).

Habiendo definido resueltamente (primer libro, cap. II) el término valor para significar una relación de equivalencia subjetiva entre una cantidad de un bien y una cantidad de otro, las equivalencias objetivas en el mercado se tratan como un caso especial de esto, pero él no resolvió la transición de valores subjetivos a objetivos en este sentido, de modo que la frase Valor de una mercancía no tiene significado excepto con referencia a una cantidad dada de otra, Galiani responde a la pregunta de qué depende este valor de la utilidad y la escasez (*utilità e rarità*), y procede a desarrollar estos conceptos de la misma manera en que sospecho que se explican en muchos cursos elementales de hoy. La utilidad no es la utilidad como la entiende el observador; "útil" en el sentido del economista es todo lo que produce placer (*piacere*) o procura bienestar (*felicità*). La moda, el valor de prestigio y los componentes altruistas salen a la luz a su debido tiempo. Y la escasez es la relación entre la cantidad existente de una cosa y los usos que se le dan y explica por qué se valora más un becerro de oro que un becerro natural. Repito, todo eso no fue original con Galiani. La famosa "paradoja del valor", que se discutió seriamente de nuevo en el siglo XIX —el hecho de que las cosas obviamente útiles tienen un precio bajo y mucho menos las "necesarias" un precio alto— se había resuelto varias veces antes. Pero nunca antes, ni durante más de un siglo, se presentó esta teoría de manera tan completa y con un sentido tan pleno de su importancia. Lo que separa a Galiani de Jevons y Menger es, en primer lugar, que carecía del concepto de utilidad marginal —aunque el concepto de escasez relativa se acerca bastante a él— y, en segundo lugar, que no aplicó su análisis a los problemas

de costo y distribución. . La primera deficiencia es quizás una razón por la que no llega a una teoría satisfactoria del precio, aunque podría haber llegado más lejos de lo que llegó a pesar de ella, como lo demuestra el éxito posterior de Isnard. Aun así, sin embargo, dejó su huella en el tema. Habiendo indicado cómo el precio deriva de la utilidad y la escasez, se topó con el hecho de que este precio, al limitar la cantidad de la mercancía que los consumidores pueden adquirir, reacciona a su vez ante la escasez que sienten estos consumidores. Al mismo tiempo regula y es regulado por la demanda (*consumo*). Sabía perfectamente cómo lidiar con este fenómeno de interdependencia. Y en las tres páginas que dedica al tema descubrió realmente el concepto de equilibrio a largo plazo y esbozó el mecanismo de ganancias que funciona para lograrlo, visualizando un país, hasta ahora musulmán y abstemio, que de repente abraza el cristianismo y luego desarrolla un demanda de vino. Hay un sabor de Mandeville en estas páginas que quizás resta un poco de mérito a lo que de otra manera tendría que ser considerado como una exhibición notable de originalidad. Pero esto no altera el hecho de que un poco de cuidado y paciencia hubieran sido suficientes para desarrollar un cuerpo de teoría mucho más perfecto que el que presentaría A. Smith.

Si bien Galiani presagió así desarrollos muy posteriores (utilidad marginal), también anticipó la teoría del valor de los próximos cien años (Ricardo y Marx). Pues, con sorprendente brusquedad, pasa del *rarità* , por la vía de la cantidad de mercancías, al trabajo (*fatica*) y lo entroniza de inmediato como único factor de producción y única circunstancia *che dá valore alla cosa* . En un sentido, esto estropea su teoría del valor, pero en otro es muy interesante. *Fatica* significa cantidad de trabajo, corregido por los hábitos sociales que determinan cuántos días al año y cuántas horas al día trabaja realmente un hombre y por las diferencias en la capacidad natural (*talenti*) que explican los diferentes precios de la *fatica* de diferentes personas. —Y, con una calificación por el precio de monopolio de las cosas únicas (*Venere de 'Medici* , por ejemplo), el valor de equilibrio se hace proporcional a esa cantidad (las fluctuaciones temporales son debidamente atendidas). Pero ésta es, en esencia y en muchos detalles, la teoría de Ricardo y Marx, y más satisfactoria —si nos colocamos en un punto de vista ricardiano— que la de A. Smith. [380]

[(b) Hipótesis de Bernoulli.]

Pero tengamos en cuenta que fue la teoría 'subjetiva' o 'utilitaria' del precio la que tuvo el viento hasta que se impuso la influencia de la *Riqueza de las Naciones* —y especialmente de los *Principios de* Ricardo—. Incluso después de 1776, esa teoría prevaleció en el continente y existe una línea ininterrumpida de desarrollo entre Galiani y JB Say. Quesnay, Beccaria, Turgot, Verri, Condillac, [381] y muchas luces menores contribuyeron a establecerlo cada vez con más firmeza. Todos vincularon el precio y el mecanismo de fijación de precios *directamente* a lo que concibieron como el propósito fundamental de la actividad económica, la satisfacción de deseos. Todos aceptaron la definición de *riqueza* de Cantillon , no solo como una frase para olvidar tan pronto como se dice, o, como en el caso de Smith, para ser recordado solo para recomendar políticas favorables a los consumidores, sino como punto de partida del precio. análisis. Además, en todos ellos, el fenómeno de los precios estaba arraigado en el cálculo del placer y el dolor, exactamente como sucedió con Jevons: en este sentido, eran benthamitas por anticipado, y benthamitas más fuertes que los que serían los partidarios de Bentham entre los economistas ingleses. Así, no solo fueron los precursores de los 'subjetivistas' de la segunda mitad del siglo XIX, sino que también sellaron esa desafortunada alianza entre la teoría del valor y el utilitarismo que iba a resultar tan embarazosa un siglo después. [382] Por el momento, sin

embargo, no profundizaremos en esto, sino que notaremos una actuación que, además de presentar una serie de otros puntos de interés, anticipó la teoría de la utilidad marginal de forma aún más definitiva.

En un artículo [383] escrito en 1730 o 1731, Daniel Bernoulli, el eminente científico a quien ya hemos tenido ocasión de mencionar, sugirió la hipótesis de que la importancia económica para un individuo de un dólar adicional es inversamente proporcional a la cantidad de dólares que ya tiene. . Al referir esto al ingreso en lugar de, como hizo Bernoulli, al valor monetario de los activos netos totales de un individuo, identificamos fácilmente este dólar adicional con lo que, en la terminología de una época posterior, iba a ser el dólar marginal, y su significancia con lo que, en la misma terminología, iba a ser su utilidad marginal, cuya medición estadística ha sido intentada por Fisher y Frisch en nuestro tiempo. [384] No menos interesantes son las aplicaciones a la práctica empresarial que Bernoulli hizo de su hipótesis (*op. Cit.* §§ 15, 16). La idea subyacente es que incluso cuando las probabilidades de ganancias y pérdidas son estrictamente calculables —como lo son, por ejemplo, las posibilidades de pérdidas en el transporte marítimo si una larga experiencia proporciona suficiente material— la acción racional no está determinada por el valor de estas probabilidades únicamente. También es necesario tener en cuenta la importancia para el empresario individual de determinadas ganancias y pérdidas, que por supuesto difieren según los medios del individuo, y la hipótesis de Bernoulli proporciona un método para lograr esto. Así deduce un criterio para decidir si es ventajoso o no para un hombre pagar una determinada suma por asegurar su cargamento, y también una regla para evaluar la ventaja que se deriva de transportar una determinada cantidad de mercancías en varios barcos, o de la inversión de una determinada suma en varios valores en lugar de en uno, sugerencias importantes para una teoría de los riesgos comerciales y de la inversión que aún ahora no se explotan plenamente. Y puede tener sentido recordar una frase del texto de Bernoulli (*op. Cit.* § 17): 'Precisamente porque estos resultados concuerdan tan bien con el comportamiento empresarial observado, no parece correcto descuidarlos como afirmaciones no comprobadas que se basan en hipótesis. Lamento la imposibilidad de discutir otros puntos [385] de este artículo que son de interés absorbente para el estudioso de los caminos de la mente humana y del mecanismo del progreso científico.

[(c) La teoría del mecanismo de fijación de precios.]

En cuanto a la teoría del mecanismo de fijación de precios, hay muy poco que informar antes de mediados del siglo XVIII. Las contribuciones de incluso las luces más brillantes, como Barbon, Petty, Locke, no son muchas, y la gran mayoría de los administradores consultores y panfletistas del siglo XVII se contentaron con el tipo de teoría que encontraron o podrían haber encontrado en Pufendorf. Se ocuparon de los problemas prácticos de la política reguladora, pero el aspecto analítico lo dieron en gran parte por sentado y tardaron en darse cuenta de la necesidad de una conceptualización y una prueba rigurosas. Algunos ejemplos ilustrarán la situación. La gente estaba bastante familiarizada con el patrón del monopolio, al que otorgaban un odio impulsivo, y con la competencia, que concibían como el patrón normal sin molestarse en definirlo. Pero ya en 1516, sir Thomas More (*Utopía* , ver cap. 3 arriba) pensó que para que la competencia prevaleciera no es necesariamente suficiente que una mercancía fuera vendida por más de un vendedor. Los precios pueden no caer al nivel competitivo también si los vendedores son pocos, *quod. . . si monopolium appellari non potest. . . certe oligopolium est* . [386] Así, More introdujo el concepto de oligopolio. Podríamos esperar que esta sugerencia hubiera llevado a un análisis más detallado de los conceptos de monopolio y competencia, especialmente en Inglaterra, donde la interminable discusión de los monopolios de varios tipos y de las restricciones del

comercio de todo tipo, ambas restricciones que los competidores acuerdan en Para promover su interés común, y las restricciones que los monopolistas imponen a otras personas, que precedieron y siguieron nuevamente al Estatuto de los Monopolios de 1623/4, proporcionaron todos los motivos y materiales que uno puede desear. Pero casi no había nada por el estilo. Políticos, abogados y algunos hombres de negocios lucharon apasionadamente contra los 'monopolios', como lo hacen hoy —sobre todo los de las sociedades mercantiles autorizadas— y los intereses atacados se defendieron lo mejor que pudieron, también como lo hacen hoy. Intelectualmente, ambas partes hicieron un mal espectáculo, una vez más como lo hacen hoy. Aunque se lograron resultados prácticos y aunque el historiador del pensamiento y la política económica encuentra mucho que registrar, [387] el historiador del análisis económico parte de esa literatura casi con las manos vacías. Sin embargo, para no descuidar migajas, observemos, primero, la tendencia a extender el concepto de monopolio más allá del caso de un solo vendedor [388] y, segundo, los rudimentos del argumento de que el monopolio mientras se esfuerza por maximizar las ganancias, como deberíamos digamos, cambia las condiciones con respecto a las cuales se intenta esta maximización y, por lo tanto, no es necesario establecer un precio más alto que el que prevalecería bajo la competencia trabajando en diferentes condiciones. [389] También podemos mencionar nuevamente el intento de Becher de clasificar , *ilógicamente* , los patrones de mercado en *monopolio* , *propolio* y *polipolio* , es decir, monopolio, anticipación y competencia no regulada, que según él produce mercados desorganizados en los que cada participante es proletarizado.

Pero cosas mejores vendrían después en el siglo XVIII. Nos limitaremos a los logros máximos de Beccaria, Turgot e Isnard, y luego consideraremos la manera en que la *Riqueza de las Naciones* codificó la totalidad de la teoría del valor y el precio de la época.

Beccaria abordó el valor y el precio en la Parte IV, Capítulo 1 ('Del commercio') de su *Elementi* (publicado póstumamente, 1804): el tema se encuentra prácticamente en el mismo lugar que tenía en los *Principios de* JS Mill . Explica el fenómeno del valor, como ya se mencionó, por la utilidad y la escasez, y luego procede a investigar el *modus operandi* de un mercado hipotético en el que el vino se intercambia por trigo (cf. Manzanas y nueces de Marshall). [390] Reconoció claramente que la relación de intercambio es indeterminada en el caso de intercambio aislado (entre dos individuos) y que la determinación se produce por la competencia a través de la `` fluctuación del mercado '': las fluctuaciones deben eventualmente llevar al precio al que la *cantidad demandada es igual a cantidad ofrecida* . Su cuidadoso tratamiento del intercambio de tres mercancías entre sí, en el que insiste en el fenómeno (y la necesidad) del intercambio indirecto, es particularmente satisfactorio. Esto es casi todo lo que el economista medio tenía que decir un siglo después.

La interpretación de Beccaria ha sido elegida para comentarios debido a su comparativa plenitud, pero había sido sorprendentemente anticipada por *Réflexions* , XXXIII-XXXV de Turgot (escrito en 1766, publicado en 1769-1770). Después de haber deducido el comercio (comercio) de *besoins réciproques* , Turgot también toca el caso del intercambio aislado y luego introduce la fuerza determinante, la competencia. Su descripción del mecanismo del mercado es muy similar a la de Böhm-Bawerk (ver más adelante, Parte IV, cap. 5, sec. 4). El precio de mercado resultante (prix courant) se hace variar bajo el impacto de las fuerzas que actúan a través de la oferta o la demanda. El logro culminante de la época en esta línea de análisis es el de Isnard. [391] En su libro, que por lo demás no es notable, hay un sistema elemental de ecuaciones que, salvo diferencias en la técnica, describe la interdependencia dentro del universo de precios de una manera que sugiere a Walras.

[(d) Codificación del valor y la teoría del precio en la riqueza de las naciones.]

El trabajo principal de A. Smith fue combinar y desarrollar las especulaciones de sus contemporáneos y predecesores franceses e ingleses en cuanto al valor. 392 Además, es muy cierto que hizo `` una investigación cuidadosa y científica sobre la manera en que el valor mide el motivo humano ", es decir, supongo, que hizo el valor de cambio (precio o, en todo caso, relativo precio) la pieza central de un sistema primitivo de equilibrio. Pero no fue, como sostenía Marshall, el primero en hacerlo; además, al codificar, abandonó o esterilizó muchas de las sugerencias más prometedoras contenidas en el trabajo de sus predecesores inmediatos. Por supuesto, puede que no conociera las *Reflexiones* de Turgot , y no puede haber conocido a *Elementi* de Beccaria : Pufendorf y luego Cantillon, Harris, Locke, Barbon, Petty (estos últimos cinco son mencionados por Marshall) y Quesnay fueron presumiblemente sus guías principales, por lo que sus El rendimiento "subjetivo" fue mayor que su logro "objetivo". Pero "desarrolló" este material con menos éxito que Turgot y Beccaria. La culpa está en su puerta por mucho de lo que es insatisfactorio en la teoría económica de los siguientes cien años, y por muchas controversias que habrían sido innecesarias si hubiera resumido de otra manera.

El lector debe refrescar sus recuerdos de la Guía del lector presentada anteriormente. 393 La exposición de A. Smith en el primer Libro sube deliberadamente hacia el fenómeno del precio y vuelve a descender hacia las partes componentes de los precios de las mercancías, cuyos componentes son las categorías de costo e ingreso, salarios, ganancias y renta. Esta es, repetimos, una forma primitiva de describir la interdependencia universal de las magnitudes que constituyen el cosmos económico; pero es una forma eficaz. Los críticos que no entendieron que la teoría del precio no es más que un nombre para la teoría de la lógica económica —incluyendo, entre otras cosas, todos los principios de asignación de recursos y de formación de ingresos— lo culparon de haber adoptado el punto de vista estrecho de El hombre de negocios. Otros críticos que no entendieron la naturaleza de un sistema de magnitudes interdependientes lo acusaron de razonamiento circular. Su sombra triunfa fácilmente contra estas y otras críticas. Es esta parte de su actuación la que constituye su principal mérito en este campo. Hay otros. Tan primitivo pero claramente visible como es su concepto de interdependencia universal es su concepto de equilibrio o precio "natural". Este precio de equilibrio es simplemente el precio al que es posible ofrecer, a largo plazo, cada producto en una cantidad que será igual a la "demanda efectiva" *a ese precio* . De nuevo, este es el precio que, a la larga, solo cubrirá los costos. Y estos, a su vez, son iguales a la suma total de los salarios, las ganancias y las rentas que deben pagarse o imputarse a sus ' *tasas ordinarias o promedio* '. Por tanto, también podemos vislumbrar la distinción de Marshall entre fenómenos a corto y largo plazo, siendo el precio de mercado de A. Smith esencialmente un fenómeno a corto plazo, y su precio "natural" un fenómeno a largo plazo: la normal a largo plazo de Marshall. "Todo está en A. Smith" era un dicho favorito de Marshall. Pero también podemos decir: 'Está todo en los escolásticos'. No existe una teoría del monopolio. La proposición (Libro I, cap. 7) de que "el precio del monopolio es en todas las ocasiones el más alto que se puede obtener" podría ser el producto de un profano no muy inteligente; tomado literalmente, ni siquiera es cierto. Pero tampoco el mecanismo de la competencia es objeto de un análisis más minucioso. En consecuencia, A. Smith no logra probar satisfactoriamente su proposición de que el precio competitivo es "el más bajo que los vendedores pueden permitirse comúnmente"; para el lector moderno, es una fuente de preguntarse qué tipo de argumento tomó como prueba. Menos aún intentó demostrar que la competencia tiende a minimizar los costos, aunque es evidente que debe haberlo creído.

Pero, ¿cuál era la teoría del valor de A. Smith en el sentido estricto de la frase, es decir, sus puntos de vista sobre el problema de la explicación causal del fenómeno del valor? Dado que durante el siglo siguiente los economistas estuvieron muy interesados en ese problema, discutieron con entusiasmo los puntos de vista de Smith al respecto y por esta misma razón no podemos pasarlo por alto. En sí misma, la respuesta es bastante clara.

En primer lugar, si el lector busca los últimos párrafos del Libro I, Capítulo 4, podrá estar satisfecho de dos cosas. Por un lado, A. Smith declara allí que va a investigar las reglas que 'los hombres observan naturalmente al intercambiar' bienes 'ya sea por dinero o entre sí'. Esto significa que no estaba interesado principalmente en el problema del valor en el sentido que acabamos de definir. Lo que quería era una teoría de los precios mediante la cual establecer ciertas proposiciones que no requieren en absoluto pasar al fondo del fenómeno del valor. Evidentemente, esta también era la opinión de Marshall. Por otro lado, habiendo distinguido el valor en uso y el valor en intercambio, descarta al primero señalando lo que se ha llamado por encima de la `` paradoja del valor '', que evidentemente creía que era un obstáculo para avanzar en esta línea, por lo tanto salvo, durante las próximas dos o tres generaciones, la puerta tan auspiciosamente abierta por sus predecesores franceses e italianos. Ninguna charla sobre su "reconocimiento del papel de la demanda" puede alterar este hecho. En segundo lugar, en el libro I, capítulo 6, A. Smith declara expresamente: "Los salarios, la ganancia y la renta son las tres fuentes *originales* [las cursivas son mías] de todos los ingresos, así como de todo el valor de cambio". Si las palabras significan algo, esto es concluyente. Su teoría del valor fue lo que más tarde se denominó teoría del costo de producción. De hecho, esta es la opinión de muchos estudiantes. Pero, en tercer lugar, el asunto se complica por el hecho de que un gran número de pasajes de La *riqueza de las naciones* parecen apuntar a una teoría del valor trabajo o más bien a varias. [394]

En el libro I, capítulo 5, de La *riqueza de las naciones* aparece la proposición: 'El precio real de todo, lo que todo le cuesta realmente al hombre que quiere adquirirlo, es el trabajo y la molestia de adquirirlo', uno de esos traicioneros lugares comunes que pueden significar cualquier cosa y nada. A primera vista, sin embargo, indica una tendencia a basar el fenómeno del valor en el fastidio o la desutilidad del trabajo, o a adoptar una teoría del valor de la desutilidad del trabajo. Sin embargo, esta teoría puede descartarse porque A. Smith no la utiliza en absoluto. Nuevamente, al comienzo del Libro I, Capítulo 6, Smith presenta el famoso ejemplo sobre el castor: 'si. . . Por lo general, cuesta el doble de trabajo para matar un castor que para matar un ciervo, 'un castor naturalmente se vendería por tanto como dos ciervos. Ahí está la cantidad de trabajo que "regula" el valor y no el trabajo y los problemas, que, por supuesto, no es lo mismo. No cabe duda de que este pasaje es la raíz de las teorías del valor de la cantidad de trabajo de Ricardo y Marx. Pero A. Smith limita esta teoría a `` ese estado temprano y rudo de la sociedad que precede tanto a la acumulación de existencias como a la apropiación de la tierra '', que, interpretado con caridad, significa que los precios competitivos de las mercancías serán, en equilibrio, proporcionales a la trabajo que entra en su producción si el trabajo es de la misma calidad "natural" y si no hay otros medios de producción escasos. Esto es cierto, pero no constituye en sí mismo una teoría de la cantidad de trabajo, ni ninguna teoría del valor del trabajo, porque, para este caso especial, todas las teorías del valor llegarían al mismo resultado. Finalmente, como ya hemos tenido ocasión de advertir, A. Smith (Libro I, cap.5) considera que la cantidad de trabajo que una mercancía puede ordenar en el mercado es el sustituto más útil de su precio en dinero, es decir, él elige mano de obra para *numéraire* . En principio, no puede haber objeciones a esta decisión, que en sí

misma no lo compromete más con una teoría del valor del trabajo de lo que la elección de bueyes por *numéraire* nos comprometería con una teoría del valor del buey. Pero trata de motivar su decisión con tantos argumentos que parecen reclamar un significado más profundo para ella, como ese 'trabajo solo'. . . que nunca varía en su propio valor, es solo [sic] el estándar final y real 'de los valores de todas las mercancías o que' es su precio real 'o' la única medida universal y precisa de valor ', que están todos equivocados, y él mismo parece tan poco claro acerca de lo que está y lo que no está implícito en elegir algo para *numéraire* que es casi excusable si muchos economistas posteriores malinterpretaron lo que realmente quiso decir y que ellos, entre ellos Ricardo, 395 lo acusaron de haber confundido la cantidad de trabajo que entra en una mercancía con la cantidad de trabajo que comprará. Sin embargo, esta acusación fracasa, y es importante que lo haga, ya que equivale a acusar a Smith de un absurdo: tomar lo que se intercambia una mercancía, sin importar cuál sea, ya que la *explicación* de su valor sería uno de los peores errores. en la historia de la teoría. Debe añadirse que, si elegir una hora o un día de trabajo como unidad en la que expresar los precios no implica aceptar una teoría del valor del trabajo, tampoco se hace hincapié en el papel del trabajo en la producción o en las reclamaciones o injusticias del trabajo. Como ya se ha mencionado, hay mucho de esto en La *riqueza de las naciones* , gran parte, tal vez, inspirado por Locke. "El producto del trabajo constituye la recompensa natural o salario del trabajo" (Libro I, cap. 8). Es el trabajador quien levanta la cosecha y el terrateniente, habiéndose apropiado de la tierra, exige una parte de ella. La ganancia hace una segunda deducción del "producto del trabajo". Hasta el día de hoy, ha sido difícil hacer ver a las personas con mentalidad filosófica que todo esto es completamente irrelevante para una teoría del valor, considerada no como una profesión de fe o como un argumento en la ética social, sino como una herramienta de análisis de la economía. realidad.

4. La teoría cuantitativa

No sorprenderá al lector saber que los *efectos* de las violentas revoluciones de precios de los siglos XV, XVI y XVII deberían haber sido discutidos con celo. Pero podría sorprenderle saber que hay dudas sobre sus causas. Por la degradación de la moneda —devaluaciones por parte de los gobiernos y recortes fraudulentos de monedas por parte de los individuos— y el torrente de oro estadounidense y especialmente de plata estaban ante los ojos de todos; y ni siquiera el teórico más sofisticado de hoy podría encontrar fallas en el diagnóstico obvio, ya que las unidades monetarias recién creadas por la degradación de la moneda o la afluencia de la plata estadounidense se gastaron muy rápidamente, mientras que las mismas guerras en las que ellos se gastaron principalmente interfirieron en gran medida con la producción. Sin embargo, aunque probablemente sea posible encontrar argumentos tempranos que implican más o menos claramente este diagnóstico obvio, 396 parece ser el hecho de que ninguna presentación explícita, completa y, hasta donde llegaba, teóricamente satisfactoria, apareció antes de 1568. , cuando Bodin publicó su *Respuesta* a las *paradojas sur le faict des Monnoyes* (1566) de M. de Malestroict. (Hay una traducción de la *respuesta* de Bodin en *Early Economic Thought de* AE Monroe .) Sobre esta base, es votado universalmente como el "descubridor" de la teoría cuantitativa del dinero. Dado que el asunto ha recibido una atención bastante desproporcionada con respecto a su importancia, lo examinaremos brevemente nosotros mismos.

[(a) Explicación de Bodin de la revolución de precios.]

Jehan Cherruyt de Malestroict había argumentado que el aumento universal de los precios se

debía a la degradación y que, expresado en moneda de peso completo, los precios no habían aumentado. Bodin respondió —y luego repitió en *Les six livres de la République* , 1576— que este argumento pasaba por alto la influencia de la plata estadounidense. La revolución de los precios, según él, se debió a (1) el aumento en la oferta de oro y plata; (2) la prevalencia de los monopolios; (3) depredaciones que redujeron el flujo de productos disponibles; (4) el gasto de reyes y príncipes en los objetos de sus deseos; y (5) las degradaciones que fueron el único factor considerado por su oponente. Añadió, además, que la primera causa era la más importante. El lector observará que este análisis necesita poco reajuste o generosidad de interpretación para ser un diagnóstico correcto del caso histórico tal como se presentó en 1568. Incluso en lo que respecta al contenido teórico general, es superior a trabajos mucho posteriores. De hecho, el análisis de Bodin escapa a varias de las objeciones típicas que iban a plantearse contra la teoría cuantitativa en el siglo XIX. Pero, ¿afirma o implica esta teoría?

La pregunta puede parecer sorprendente, pero vale la pena formularla. Abracemos, por un momento, el metalismo intransigente y consideremos el caso del monometalismo perfecto del oro —metalismo del oro tal que el oro pueda entrar y salir libremente del sistema monetario— desde este punto de vista. Siendo el oro una mercancía como cualquier otra, el valor en términos de mercancía de la unidad monetaria dorada caerá, en igualdad de condiciones, si aumenta la producción de oro, así como el precio de los huevos bajará, en igualdad de condiciones, si aumenta la producción de huevos . Cualquier subida de precios en términos de oro que pueda producirse aquí se explica como consecuencia de una mayor oferta. Observemos que el alcance de esta caída (en el valor del oro) simplemente dependerá de la forma del programa de demanda de oro como mercancía en términos de algún otro estándar, y que la 'cantidad' operativa en cuestión es el total cantidad del aumento. En consecuencia, no hay razón para suponer que, por iguales que sean las demás cosas, la caída será proporcional al aumento. Se verá que no entra en el argumento ninguna hipótesis especial, que fluye suavemente desde la base metalista y habría sido aceptada por los escolásticos como algo natural. Pero el reconocimiento de la relevancia de la "cantidad" para el valor del dinero en este sentido y por esta razón no tiene más que ver con la teoría cuantitativa del dinero que el hecho de que la palabra cantidad aparezca en ambos argumentos. Y no se requiere más de esto para el argumento de Bodin o, agreguemos de inmediato, para el de A. Smith.

[(b) Implicaciones del teorema cuantitativo.]

Para aclarar esto, veamos el mismo caso desde el punto de vista de la teoría cuantitativa. Para facilitar la exposición, asumiremos que existe una colección absolutamente fija de bienes que deben venderse por el dinero que tengan los compradores, y que estos compradores se sienten obligados a gastar rápidamente todo el dinero que tengan en esa colección de bienes. También en lo sucesivo hablaremos, en lugar de la *teoría* cuantitativa , del *teorema* cuantitativo , porque no es una teoría completa del dinero sino simplemente una proposición sobre el valor de cambio del dinero. Manteniendo, entonces, todo lo demás severamente como está, dejamos que la producción de oro aumente. Como en el simple argumento metalista, inferimos que esto hará que la unidad de oro sea menos valiosa, es decir, elevará todos los precios en términos de ella. La razón de esto es la misma que antes en lo que respecta a la parte del aumento que se destina a usos industriales. Pero esa parte del aumento que se derrama en circulación ahora opera de una manera diferente y produce una caída en el valor de cambio del oro monetario - un aumento en los precios de las mercancías - por una razón

diferente: la caída, bajo nuestros supuestos altamente artificiales, es exactamente proporcional al aumento en la cantidad de existencias de oro *monetario* ; y la razón inmediata de esto no es la caída en el valor de la mercancía del oro, lo cual es relevante de hecho, pero solo en un punto, es decir, en virtud del hecho de que determinará el grado en que la cantidad de oro monetario aumentar, pero el aumento de la cantidad de monedas per se. Es el aumento de *esta* cantidad lo que, manteniéndose constante el poder adquisitivo del stock monetario total, es la causa inmediata de la consiguiente caída del valor de cambio de la unidad monetaria. Y esta caída será la misma que si este stock, sin aumentar, se hubiera dividido en unidades de menor contenido de oro, *porque* en cualquier caso ahora hay menos de cada mercancía por moneda. La operación del nuevo oro en el uso de *productos básicos* puede compararse con los efectos de agregar trabajadores de la misma habilidad a una planta y equipo determinados. La operación del nuevo oro en el uso *monetario* puede compararse con los efectos de reemplazar la fuerza de trabajo que opera una planta y equipo dados por más trabajadores de proporcionalmente menos habilidades. Así, el teorema de la cantidad hace tres cosas: primero, reconoce el hecho de que la función monetaria afectará el valor de la mercancía elegida para el dinero y es una fuente lógicamente distinta, aunque no independiente, del valor de cambio del oro (esto, por supuesto, , podemos reconocer sin comprometernos con los siguientes pasos); segundo, reconoce que el mecanismo que determina el valor del oro en circulación es diferente del mecanismo que determina el valor del oro industrial o de cualquier otra mercancía; tercero, ofrece un esquema específico —muy primitivo pero también muy simple— de ese mecanismo. La aparente dificultad de este asunto realmente simple se debe al hecho de que, en el caso del monometalismo perfecto del oro, los dos mecanismos diferentes deben, por supuesto, producir los mismos valores de oro en la esfera monetaria y en la industrial; y que las influencias de un aumento en la producción de oro sobre el valor de la mercancía y sobre el valor monetario del oro se entrelazan de tal manera que no las vemos con claridad. Pero uno de los puntos fuertes de la teoría cuantitativa es que se puede aplicar al caso del papel moneda sin ninguna construcción auxiliar. Y en este caso, cuando no hay un valor mercantil del material que provoque ambigüedad sobre qué cantidad queremos decir y qué *modus operandi* le atribuimos, todo se vuelve perfectamente claro. Esta afinidad lógica del teorema de la cantidad con el cartalismo teórico debe tenerse en cuenta: el teorema esencialmente equivale a tratar el dinero no como una mercancía sino como un vale para comprar bienes, aunque no todos los que consideran el dinero bajo esta luz necesitan aceptar el esquema específico. ofrecido por el teorema de la cantidad. Es más importante recordar este punto porque los desarrollos posteriores tendieron a borrarlo.

No hay rastro de consideraciones de este tipo en Bodin. Pero hay en Davanzati (1588, ver más arriba, sec. 2), quien enfrentó la masa de mercancías con la masa de dinero - acciones con acciones - y se le debería atribuir una formulación superior del teorema cuantitativo en su forma más primitiva. incluso si interpretáramos el argumento de Bodin en el mismo sentido. El posterior avance en esta línea fue lento. El mero reconocimiento del efecto sobre los precios de las importaciones de oro y plata estadounidenses o de cualquier aumento en las existencias de oro y plata de un país, por supuesto, pronto se convirtió en algo común. No siempre es fácil deducir de los toscos escritos de los `` mercantilistas " menos alfabetizados qué es lo que tenían en mente, pero algunos de ellos, especialmente Malynes y Mun (ver más abajo, cap.7), intentaron, creo, transmitir la idea genuina de la teoría cuantitativa, aunque en una forma bastante rudimentaria, mientras que otros, quizás la mayoría, se contentaron con el "simple metalismo". [397] Sin embargo, Davanzati finalmente encontró un sucesor

en Montanari (1680), y en Inglaterra los casos se hicieron frecuentes en la segunda mitad del siglo XVII. Entre estos, Briscoe (1694) merece una mención especial, [398] porque fue el primero, hasta donde yo sé, en escribir una ecuación de intercambio en la forma insatisfactoria: la cantidad de dinero es igual a los precios multiplicados por el ingreso real. [399] En el curso del siglo XVIII fue el teorema de la cantidad genuino el que, a veces en la forma más cruda posible, se convirtió en un lugar común para muchos de los líderes. Genovesi, Galiani, Beccaria y Justi lo dan por sentado, y Hume lo reafirmó con un énfasis que apenas era necesario (1752). Lo más significativo es que A. Smith no se comprometió definitivamente con más que el simple metalismo.

Pero la ecuación de intercambio de Briscoe ya estaba obsoleta cuando la publicó: [400] antes se había dado un gran paso adelante. La forma más primitiva de ver la relación entre la cantidad de dinero y los precios, pero para la mente primitiva la forma más natural, es comparar una acción o fondo de dinero con una acción o fondo de bienes que se supone que se intercambian por uno. otro. La siguiente idea que se le ocurre a uno, cuando se piensa en ello con más detenimiento, es que este stock de bienes es una entidad bastante dudosa: el total de las monedas puede considerarse como un stock definido de piezas que, a menos que desmonetizados o exportados, también son permanentes; pero las mercancías que se están intercambiando actualmente por estas monedas no son siempre las mismas piezas individuales: las unidades individuales de pan, vino y tela, etc., desaparecen del mercado para siempre y actualmente son reemplazadas por otras unidades para cumplir, en el futuro. el próximo día de mercado, las mismas monedas otra vez. Por lo tanto, la comparación es entre un stock y un flujo. La forma obvia de reducirlos a la comparabilidad es elegir un período unitario y multiplicar el stock por un coeficiente que nos diga con qué frecuencia en este período el stock se encuentra con el flujo, es decir, con qué frecuencia por período el dinero hace lo que los bienes pueden hacer. hazlo solo una vez. El problema se simplifica enormemente, aunque su solución pierde mucho valor, si asumimos que todas las monedas se gastan (ninguna se retiene) y se gastan solo una vez cada día de mercado (se ofrecen cantidades iguales de todos los bienes cada día) y que no no hay otras transacciones: entonces la "velocidad" o "rapidez de circulación" del dinero será igual al número de días de mercado por período unitario. Si este número es 12 por año, la cantidad de dinero mantendrá el mismo nivel de precios que una acción 12 veces mayor que soportaría con un solo día de mercado por año. *Tomada en este sentido* , la "velocidad" es peculiar del dinero y no tiene ni puede tener ningún análogo en el mundo de las mercancías. [401]

La percepción de este hecho y su inserción en el motor analítico fue principalmente el logro de tres hombres: Petty, Locke y Cantillon. Su importancia justifica una investigación sobre la forma en que se realizó el "descubrimiento".

Ni Petty ni Locke procedieron de la manera lógica, es decir, deduciendo el fenómeno de la velocidad de la naturaleza del dinero, la manera esbozada anteriormente. Se enfrentaron a ella en el curso de sus intentos de responder una pregunta práctica que consideraban importante. Esta pregunta era: ¿cuál es la cantidad de dinero que necesita un país determinado? Hume ('Of Money' in *Political Discourses* , 1752) parece haber sido el primero en mostrar clara y explícitamente que, en el nivel de la lógica pura, esta pregunta no tiene sentido; por un lado, cualquier cantidad de dinero, por pequeña que sea, será hacer en un país aislado; por otro lado, con una moneda de oro perfecta en todas partes, cada país siempre tenderá a tener la cantidad adecuada a su posición relativa en el comercio internacional. Pero en el siglo XVI la gente pensaba de manera diferente y, de hecho, se puede impartir un sentido

práctico a esa pregunta agregando: al nivel de precios prevaleciente. Así modificado, el problema fue determinar las necesidades de la circulación interna en determinadas condiciones de tiempo y lugar con una vista *ya sea* para soportar hasta un punto o para el combate más allá de ese punto, la política de 'mercantilista' de hacer cumplir las importaciones de oro y plata.

La tarea fue principalmente de naturaleza estadística. Petty lo abordó desde el punto de vista del pago de ingresos, es decir. . . [inconcluso; los dos párrafos siguientes se toman del breve tratamiento inicial sobre el dinero descrito en el apéndice y, por lo tanto, no se relacionan exactamente con lo que precede].

Hay un punto más. Desde el punto de vista del teórico, siempre es un "acontecimiento importante" cuando un concepto importante se hace explícito y factible, aunque estaba —este es el caso habitual— implícitamente presente en argumentos anteriores. La sombra de Velocity of Money puede detectarse en Davanzati. Pero no adquirió sustancia hasta las últimas décadas del siglo XVII. Este fue un logro puramente inglés. Ya conocemos la hazaña de Sir William Petty sobre el terreno. El otro patrocinador fue Locke (en *Some Considerations* , 1692). Se acerca al fenómeno por medio de los saldos de efectivo que diversas clases de personas tienen la necesidad práctica de mantener. Los efectos de las variaciones de la velocidad sobre los precios no se señalan directamente, aunque se puede decir que se producen indirectamente a través de la acción de la tasa de interés sobre los saldos inactivos. [402] Cantillon, que, hasta donde yo sé, fue el primero en hablar de *vitesse de la circulación* , fue también el primero en afirmar con tantas palabras que el aumento de la velocidad del dinero equivalía a un aumento de su cantidad. También llegó a la conclusión de que las medidas calculadas para disminuir la velocidad contrarrestarán los efectos de la inflación. Ni Hume ni Smith agregaron nada de importancia.

Se verá que el concepto evolucionó desde el primero en las dos líneas que se siguieron en su desarrollo posterior. Petty y Locke usaron el enfoque de saldo de caja, Cantillon el enfoque de rotación. Locke y Cantillon prevén claramente no solo la velocidad en sentido estricto, sino también la tasa de gasto. Debido a la prominencia que ha ganado el concepto relacionado de propensión a consumir en relación con el análisis del multiplicador, puede ser interesante agregar dos ejemplos para mostrar que este concepto también era perfectamente familiar para los economistas de esa época. Como ya sabemos, Boisguillebert (*Dissertation sur la nature des richesses*) señaló que una moneda en la mano de un comerciante muy pequeño se gasta mucho más rápidamente que una moneda en la mano de un hombre rico que tiene más probabilidades de callarla. en sus *cofres* , los ricos acaparadores evidentemente no son ningún descubrimiento o invención de los últimos diez años. Y Galiani (en el segundo *Diálogo sur le commerce des blés*) trazó una distinción entre la propensión a consumir del agricultor, que ahorra y atesora, y del artesano que gasta rápidamente (*disipa*).

5. Crédito y banca

Sabemos que los escolásticos tardíos estaban familiarizados con prácticamente todos los rasgos esenciales del capitalismo. En particular, estaban familiarizados con las bolsas de valores y los mercados monetarios, con los préstamos y la banca, con las letras de cambio y otros instrumentos de crédito. [403] En lo que respecta a los fenómenos a interpretar, el billete de banco es el único que se añadió a lo largo del siglo XVI, dejando en segundo plano durante unos dos siglos la forma más antigua de lo que se denominó 'dinero bancario , 'el depósito transferible: incluso Hume, ya en 1752, habló de' esta nueva invención del papel '. Sin embargo, el billete de banco, al menos en una de sus

primeras formas, no debería haberle parecido una novedad: el billete que era un recibo de orfebre por el oro realmente depositado no era en realidad más que un dispositivo para aumentar la seguridad y la comodidad en el manejo del dinero. y encajaba perfectamente con ideas antiguas. Sin embargo, fueron nuevas las prácticas de las que el billete de banco se convirtió en el vehículo principal y la importancia que adquirió en consecuencia. Daniel Webster, en 1839, tomó nota de emitir el rasgo definitorio de un banco. Estas prácticas y los fenómenos que las acompañan produjeron rápidamente un interesante desarrollo *analítico* .

El punto a comprender es este. Al contemplar las nacientes instituciones del capitalismo, los médicos escolásticos y sus laicos sucesores no experimentaron ninguna dificultad para interpretarlas y encajarlas en su teoría metalista del dinero. Esta tarea analítica se vio facilitada por su dominio del aparato conceptual del derecho romano. Al observar los contratos de venta que preveían el pago diferido, los analizaron fácilmente en una venta propiamente dicha y un préstamo de dinero. El depósito de dinero, al ser un *depositum irregular* , confería la propiedad al receptor del depósito: los padres escolásticos podrían incluso haber deducido que el receptor no estaba obligado por ley o moral a mantener depósitos de esta naturaleza en una bóveda, porque sólo debía *tantumdem in genere* , es decir, tanto del mismo tipo como había recibido. Además, si una conexión comercial convertía a *A en* deudor de *B* y al mismo tiempo a *B en* deudor de *A* , ellos podrían —dentro de ciertos límites— "compensar" y serían considerados responsables sólo por la diferencia; y este principio podría extenderse luego a la compensación multilateral e interlocal de deudas sin el uso de efectivo real. El resultado es que, para los escolásticos, ni prestar en el sentido habitual de la palabra ni dar o recibir crédito en el curso del comercio de mercancías o cualquier otra transacción tenían realmente algo que ver con el sistema monetario y su funcionamiento: estas cosas implicaban la uso del dinero, sin duda, pero en ningún otro sentido que comprar por dinero o hacer un regalo en dinero o pagar impuestos en dinero.

Pero esto, por supuesto, no es así. Las operaciones de "crédito" de cualquier forma o tipo afectan el funcionamiento del sistema monetario; lo que es más importante, afectan el funcionamiento del motor capitalista, hasta el punto de convertirse en una parte esencial del mismo, sin la cual el resto no puede entenderse en absoluto. Esto es lo que los economistas descubrieron en el siglo XVII y trataron de resolver en el XVIII: fue entonces cuando el capitalismo se descubrió analíticamente o, como también podemos decir, se descubrió o se volvió analíticamente consciente de sí mismo. Veamos cómo se produjo este descubrimiento y hasta dónde llegó. Dos líneas de avance son claramente visibles.

[(a) Crédito y el concepto de velocidad: Cantillon.]

El primero de estos podría haber sido tomado por los propios médicos escolásticos, si la economía escolástica se hubiera desarrollado a partir de sus propias bases a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Es decir, una concepción estrictamente metalista del dinero invitaba, si no imponía absolutamente, al intento de trazar una clara línea divisoria entre el dinero y los instrumentos legales que encarnan los derechos sobre el dinero y las operaciones en dinero, *y para llevar estos últimos a el cuadro mediante construcciones auxiliares* para lo cual los conceptos legales aludidos anteriormente ofrecían sugerencias. Hasta cierto punto, tal curso siempre es posible, [404] en nuestro caso incluso más de lo habitual. La construcción auxiliar que se necesita consiste en una extensión del concepto de velocidad. No se piensa que el banquero que emite billetes por encima de su efectivo está creando o aumentando los medios de pago, y mucho menos el 'dinero'. Todo lo que hace es aumentar la velocidad

de ese efectivo, que por poder, por así decirlo, efectúa muchos más pagos de los que podría liquidar yendo de mano en mano; y lo mismo ocurre, por supuesto, cuando presta directamente parte del efectivo que se le deposita. La clara percepción de la verdad de que un billete de banco y un depósito corriente son fundamentalmente lo mismo es de hecho uno de los puntos fuertes de esta teoría. Por tanto, el dinero sigue estando muy estrictamente definido. El crédito, en particular el crédito bancario, es simplemente un método para utilizarlo de manera más eficiente. No puedo detenerme para mostrar, pero el lector puede ver fácilmente por sí mismo, que la mayoría de los fenómenos que entran en el título de crédito *pueden* describirse de esta manera. El papel moneda del gobierno puede entonces incluirse con la moneda de peso completo en el total de la cantidad de dinero o bien interpretarse como una deuda del gobierno, es decir, como una promesa de pagar en moneda en un momento u otro. Predominó este último punto de vista y, a lo largo del siglo XIX, hubo casos de gobiernos que emitieron notas con la leyenda: `` Esta nota es parte de la deuda flotante del gobierno '', lo que sugiere una analogía con las letras del tesoro, especialmente cuando las notas devengan intereses, ya que no lo hizo con poca frecuencia.

La autoridad sobresaliente de esta teoría es Cantillon, quien la llevó a cabo en detalle y con tanto sentido común como brillantez. Sus banqueros son esencialmente prestamistas intermediarios del dinero de otras personas. Prestan los depósitos que reciben y, al hacerlo, aceleran las cosas y reducen la tasa de interés. Las dificultades lógicas que acechan en esta afirmación aparentemente simple se reducen un poco por su énfasis en el caso en el que los banqueros sólo prestan lo que los depositantes, por el momento, no necesitan —el caso de los depósitos a plazo, como deberíamos decir— de modo que un determinada suma de dinero solo hace un servicio a la vez. Además, no debemos olvidar que Cantillon vivía en un entorno donde, aparte del comercio al por mayor, el pago en especie era la regla abrumadora, de modo que la gente iba y venía incesantemente a buscar y traer bolsas de monedas al banco; y donde era habitual adquirir un depósito depositando realmente una moneda, como ahora se adquiere mediante un préstamo o una transferencia de otro prestatario. En cualquier caso, su enseñanza se encuentra en la fuente de lo que siguió siendo la teoría bancaria oficial prácticamente hasta la Primera Guerra Mundial. Galiani y Turgot, independientemente o no, sostenían la misma doctrina. También lo hicieron innumerables luces menores, como Justi, y 'economistas de negocios', como Marperger.

Pero, por decir lo menos, esta no es la única forma de interpretar los hechos de la práctica bancaria. Incluso el banquero que presta mediante el pago del dinero real que se le ha depositado hace más que recogerlo de innumerables charcos pequeños, donde se estanca, para entregárselo a las personas que lo utilizarán. Presta las mismas sumas una y otra vez *antes de que el primer prestatario las haya reembolsado* : es decir, no sólo encuentra empleos sucesivos por la suma que se le ha confiado, sino muchos empleos que esa suma luego llena simultáneamente. Si presta mediante el pago de pagarés —o acreditando la suma prestada al prestatario en una cuenta corriente— para la que su tenencia de efectivo actúa simplemente como reserva, el mismo hecho se destaca aún más claramente. Y lo mismo ocurre si presta monedas que recibió como depósito, que el depositante propone usar exactamente como las hubiera usado si las hubiera guardado. [405] Seguramente debe haber otras formas de expresar estas prácticas que llamando a estos billetes de banco encarnaciones de la velocidad de circulación, una velocidad tan grande que permite que una cosa esté en diferentes lugares al mismo tiempo. Más importante que este inconveniente terminológico es el hecho de que la velocidad de

circulación en el sentido técnico de la palabra no aumenta en absoluto: los préstamos del banquero no alteran las 'estaciones' por las que tiene que pasar una unidad de poder adquisitivo, o acortar el tiempo que se tarda en pasarlos o, en sí mismos, afectan los hábitos de las personas de tener ciertas cantidades de lo que consideran efectivo disponible. Por lo tanto, tal vez parezca más natural decir que los banqueros aumentan no la velocidad sino la cantidad de dinero, o de aquellos medios de pago que, dentro de ciertos límites, sirven tan bien como dinero si se desea reservar este término para monedas o monedas. y papel del gobierno. Esto concuerda perfectamente con la práctica: los prestatarios sienten que obtienen medios líquidos adicionales que normalmente son tan buenos como el dinero. Ya no se dice que los bancos 'prestan sus depósitos' o 'dinero de otras personas', sino que 'crean' depósitos o billetes de banco: parecen fabricar dinero en lugar de aumentar su velocidad o actuar, lo cual es una idea completamente irreal. en nombre de sus depositantes. En cualquier caso, es claro y en realidad indiscutible que lo que hace el banquero con el dinero no se puede hacer con ninguna otra mercancía —o, como algunos de nosotros preferiríamos decir, con una mercancía— porque la cantidad o velocidad de ninguna otra mercancía puede ser aumentado de esta manera. La única respuesta a la pregunta de por qué es así es que no hay otro caso en el que un reclamo sobre una cosa pueda, dentro de ciertos límites, sin duda, servir al mismo propósito que la cosa en sí: no se puede montar en un reclamo sobre un caballo. , pero puede pagar con un reclamo de dinero. Pero esta es una razón poderosa para llamar al dinero lo que pretende ser un reclamo de dinero legal, siempre que sirva como medio de pago. Por regla general, una letra de cambio ordinaria no sirve para ello; entonces no es dinero y pertenece al lado de la demanda del mercado monetario. A veces, sin embargo, ciertas clases de ellos lo hacen; luego, según esta visión, son dinero y forman parte de la oferta en el mercado monetario. Los billetes de banco y los depósitos de cheques hacen eminentemente lo que hace el dinero; de ahí que sean dinero. Así, los instrumentos de crédito, o algunos de ellos, se inmiscuyen en el sistema monetario; y, por la misma razón, el dinero a su vez no es más que un instrumento de crédito, un derecho al único medio de pago final, el bien de los consumidores. A estas alturas, se puede decir que prevalece esta teoría, que por supuesto es capaz de adoptar muchas formas y necesita muchas elaboraciones.

[(b) John Law: antepasado de la idea de una moneda administrada.]

¡Fabricación de dinero! ¡Crédito como creador de dinero! Evidentemente, esto abre perspectivas distintas a las teóricas. Los proyectores de banco del siglo XVII, especialmente los proyectores de banco de tierra ingleses y Law, que fue uno de ellos originalmente, tuvieron vislumbres, que varían en grado de distinción, de la teoría esbozada anteriormente. Pero se dieron cuenta plenamente de las potencialidades comerciales del descubrimiento de que el dinero, y por lo tanto el capital en el sentido monetario del término, se puede fabricar o crear. Su reputación, en ese momento y más tarde, sufrió mucho por el fracaso de sus esquemas, los esquemas de Law en particular, al igual que, en el siglo XIX, la reputación de ideas fundamentalmente similares sufrió por la asociación con la banca salvaje y con los fracasos de esquemas que salieron mal sin ser fraudulentos ni disparatados, como el *Crédit Mobilier* de los hermanos Pereire. Pero dado que hay una gran diferencia entre un principio económico y un proyecto bancario, estas fallas no son evidencia en el tribunal de la teoría.

La interpretación de la posición teórica de John Law en cuestiones de dinero y crédito (sobre su teoría del valor, véase más arriba, sección 2) presenta dificultades bastante aparte del hecho de que algunos de sus argumentos pueden no haber sido más que movimientos tácticos. Por la forma en que deduce el fenómeno del dinero —que, en primera instancia, hace del dinero una mercancía— parece

que hay que catalogarlo como un metalista teórico. Este diagnóstico se apoya en su antagonismo con la degradación o la devaluación, al que llamó un impuesto injusto, sobre la base dudosa de que tiende a dañar más a los pobres que a los ricos, y también de su práctica, pues mantuvo la redención de sus billetes como mientras pudiera. Dado que esto parece chocar bastante con el resto de sus puntos de vista, los historiadores han dejado de lado esta evidencia. Pero es muy posible llegar a partir del principio metalista a conclusiones que parecen violarlo, como el ejemplo americano de nuestro tiempo basta para mostrar. El argumento de Law admite la siguiente reconstrucción: primero observó —una clara ventaja del análisis— que el uso de una mercancía como medio de circulación afecta su valor; de esto se sigue que el valor de cambio de la mercancía monetaria como dinero no puede explicarse por su valor de cambio como mercancía más de lo que este último puede explicarse por la primera, aunque, por supuesto, siempre que la mercancía monetaria pueda moverse libremente. entre sus usos monetario e industrial, los dos deben ser iguales; por lo tanto, explicó, con bastante lógica, el valor de cambio de la plata como dinero en las líneas del argumento de la cantidad (*abondance* de dinero en comparación con *abondance des produits*); pero dado que la plata que sirve como dinero no tiene otro uso que comprar bienes, bien podría ser reemplazada por un material más barato, en el caso límite por uno que no tenga ningún valor de mercancía, como el papel impreso, porque 'El dinero no es el valor *por el* que se intercambian los bienes, sino el valor *por* el que se intercambian' [cursiva de JAS]. Esto, sin embargo, corta el cable que hasta ahora [ha vinculado el dinero a una mercancía que tiene] valor "intrínseco". Ahora llega a la conclusión de que hay una ventaja además de la baratura y la ausencia de preocupaciones sobre cómo obtener y mantener [una cantidad adecuada de dinero]: es que la cantidad de dinero es totalmente manejable.

[El párrafo anterior estaba inacabado con notas al final que fueron completadas por Arthur W. Marget.]

Este, entonces, parece haber sido el trabajo que dio origen a la idea de Moneda Administrada, que posteriormente se perdió para la gran mayoría de los economistas hasta que se impuso sobre ellos después de 1919. La evidente importancia del evento hace que valga la pena. quedarse un momento para considerarlo. En primer lugar, los pasajes relevantes en las vías de la Ley (*Dinero y Comercio Considerado* . . . 1705) adquieren un significado adicional por su práctica, o más bien por un aspecto de ella. No nos preocupan sus esquemas particulares, desde el de la *Banque Générale* (1716), que parece tan inocuo y casi ortodoxo, hasta los de la *Compagnie des Indes* (1719), que parecen cada vez más visionarios, y finalmente los de 1720. , que eran el último recurso del nadador fuerte en su agonía. Pero un gran plan estaba detrás de todo esto, de hecho muy avanzado en el camino hacia el éxito: el plan de controlar, reformar y llevar a nuevos niveles toda la economía nacional de Francia. [406] Esto es lo que hace que el `` sistema '' de Law sea el antepasado genuino de la idea de moneda administrada, no solo en el sentido obvio de ese término, sino en el sentido más profundo y amplio en el que se describe la administración de la moneda y el crédito como un medio de administrar la moneda. proceso económico. Y esto es lo que interpreta y glorifica los modestos pasajes del tratado. [407]

6. Capital, ahorro, inversión

La palabra Capital había formado parte de la terminología jurídica y empresarial mucho antes de que los economistas encontraran empleo para ella. Con los juristas romanos y sus sucesores, denotaba el "principal" de un préstamo a diferencia de los intereses y otras reclamaciones accesorias

del prestamista. En obvia relación con esto, más tarde llegó a denotar las sumas de dinero o sus equivalentes aportadas por los socios a una sociedad o empresa, la suma total de los activos de una empresa, y similares. Por lo tanto, el concepto era esencialmente monetario, es decir, dinero real, derechos de dinero o algunos bienes evaluados en dinero. Además, aunque no del todo definido, su significado era perfectamente inequívoco y no había dudas sobre lo que se quería decir en cada caso particular. ¡Qué masa de controversias confusas, inútiles y francamente tontas nos habría salvado si los economistas hubieran tenido el sentido común de ceñirse a esos significados monetarios y contables del término en lugar de tratar de "profundizarlos"! Antes del siglo XVIII, sin embargo, apenas lo usaban. Descartando preguntas como si San Antonino de Florencia desarrolló o no una teoría del capital, simplemente notamos que en el siglo XVII términos como Riqueza, Riquezas, Acciones se usaban a menudo donde deberíamos usar Capital, y eso a lo largo del siglo XVIII, e incluso en En las primeras décadas del siglo XIX, se favoreció el uso de Stock en la naciente teoría del capital.

El stock, más o menos en el sentido de riqueza duradera o productiva, ejemplificado este último por el stock de herramientas y materiales de Child, fue, por supuesto, objeto de atención y de recomendaciones. Pero cuando dije que los economistas tardaron en encontrar empleo para él, me refería al empleo en el análisis articulado que involucra una "teoría" de la naturaleza y funciones del capital. De esto solo hubo rudimentos antes de Cantillon y los fisiócratas. Puede sorprender al lector que se le atribuya a Quesnay el mérito de sentar las bases de una teoría del capital, considerando su énfasis en el papel de los agentes naturales. Debemos, sin embargo, ir más allá y reconocer simplemente la presencia de uno de esos casos —son tan frecuentes en la ciencia como en la política— en los que un hombre logra, si no lo contrario, algo muy diferente de lo que busca. pretende lograr: los fisiócratas fueron incluso responsables de una de las últimas teorías de la productividad del capital. Todo el proceso descrito por el *cuadro* parte de los "avances" dados y, además, continúa en términos de los avances anuales. Estos adelantos son bienes —para vivir o producir con ellos— aunque su cantidad puede expresarse en términos de dinero, y son precisamente lo que significa capital en uno de los muchos sentidos de la palabra. Esta idea es tan importante para el carácter general de cualquier esquema teórico que la adopte, que bien podemos formar un grupo de todos los esquemas que lo hacen y llamarlo economía "avanzada". 408

Turgot se ocupó casi de inmediato de este punto y esbozó la correspondiente teoría del capital. Hizo hincapié, casi se puede decir, que se `` frotó '', que la riqueza distinta de los agentes naturales (*richesse mobilière amassée d'avance*) es un *prefacio indispensable* para toda producción (*Réflexions* , LIII), lo que equivale a ofrecer sus hombros para futuros intentos. tratar al capital en este sentido como un factor de producción. A su manera, A. Smith hizo lo mismo. Pero una de las razones para creer que no conocía las *Reflexiones* (publ. En las *Éphémérides* , 1769-1770) es que su exposición, aunque infinitamente más prolija, dista mucho de la de Turgot. Me parece que el capítulo 1 del libro II de la *riqueza* representa lo que él mismo hizo con la sugerencia de Quesnay. La idea de 'avance' está ahí y también es un indicio de la productividad (necesidad) del capital, pero en lugar de una teoría del interés, como en el caso de Turgot (ver más adelante, sec. 7), solo una 'taxonomía' de el capital proviene de él: los avances primitivos de Quesnay pueden haber sugerido el concepto de 'capital fijo', los avances anuales de Quesnay pueden haberse transformado en 'capital circulante', y A. Smith luego procede a enumerar las diversas categorías de bienes que forman el uno y el otro el otro y discutir qué debería y qué no debería incluirse en cada categoría. A menudo se ha señalado que, debido a sus

diferentes puntos de vista confusos, esta taxonomía no es del todo satisfactoria. No necesitamos entrar en esto. Todo lo que importa es que un concepto de capital físico o 'real', que, sin embargo, incluía el dinero, las 'habilidades adquiridas y útiles de todos los habitantes' y también, aunque esto no es obvio en el catálogo de Smith, los medios de subsistencia de trabajadores "productivos" - se transmitió a los teóricos del siglo XIX y, con críticas menores, fue aceptada y desarrollada por la mayoría de ellos.

Y también lo era la teoría del ahorro y la inversión de Turgot-Smith. Con tremendo énfasis, A. Smith establece (cap. 3 del Libro II) que "la parsimonia, y no la industria, es la causa inmediata del aumento de capital"; que "pone en movimiento una cantidad adicional de industria"; que lo hace 'inmediatamente' (sin retraso) porque 'lo que se ahorra anualmente se consume con tanta regularidad como lo que se gasta anualmente', es decir, el ahorrador gasta tan pronto como el pródigo, solo que lo hace para diferentes propósitos y el consumidor lo hacen otras personas, es decir, trabajadores "productivos"; y "todo hombre frugal es un benefactor público". Turgot, solo con un toque más ligero, había escrito todo esto antes. 409 Pero ni Quesnay, ni Cantillon, ni Boisguillebert. Turgot evidentemente rompió con una tradición anti-ahorro establecida en su círculo. Tampoco conozco a ningún economista francés anterior, con la posible excepción de Refuge, a quien se le pueda atribuir un verdadero "antecesor". Entre los economistas ingleses, solo Hume tenía algo de derecho. Sin duda, una multitud de escritores, en el siglo XVII y antes, declamaron contra el lujo (y el daño de la ociosidad), especialmente contra la importación de lujos, pidieron o aprobaron leyes suntuarias, y elogiaron la economía, al menos para la burguesía y la economía. obrero. 410 Entre los economistas españoles e ingleses esto fue, de hecho, bastante moda. Este último, en particular, sostenía que la propensión inadecuada a ahorrar era una de las razones que hacía que a los ingleses les resultara tan difícil expulsar a los holandeses, por quienes sentían una admiración tan resentida y que se suponía que eran tan frugales, de su liderazgo en el comercio internacional. . Pero esto se vinculó con una concepción del ahorro y la inversión que se detuvo en la mayoría de los casos en la acumulación de existencias de bienes duraderos, oro y plata en particular, y en una balanza comercial favorable, el ángulo mercantilista que se considerará en el próximo capítulo. Nadie vio, o en todo caso se preocupó por, el *modus operandi* del ahorro y la formación de capital per se. Turgot, entonces, debe ser considerado responsable del primer análisis serio de estos asuntos, como A. Smith debe (al menos) inculcarlo en la mente de los economistas.

Deben tenerse en cuenta dos puntos para referencia futura. En primer lugar, frente a las frecuentes críticas, la teoría de Turgot resultó ser increíblemente resistente. Es dudoso que Alfred Marshall hubiera avanzado más allá de él, seguro que JS Mill no lo había hecho. Böhm-Bawerk sin duda le añadió una nueva rama, pero suscribió sustancialmente las propuestas de Turgot. En segundo lugar, la teoría no solo fue absorbida por la gran mayoría de los economistas: se tragó con gancho, línea y plomada. Como si Law —y otros— nunca hubieran existido, un economista tras otro repetía que sólo el ahorro (voluntario) creaba capital. Y un economista tras otro no miró con recelo esa palabra "inmediatamente". Pero en efecto, cualquier otra interpretación benévola que pudiera hacer de ello, esto llegó a significar que cada decisión de ahorrar coincide con una decisión correspondiente de invertir, de modo que el ahorro se transforme en capital (real) prácticamente sin problemas y como una cuestión de rutina o que En otras palabras, ahorrar prácticamente equivale a suministrar capital (real). El lector no necesita forzar su imaginación indebidamente para darse cuenta de la diferencia que habría supuesto para la historia doctrinal si la posibilidad y, en situaciones depresivas, la probabilidad de que se

produjeran enganches se hubiera señalado desde el principio, de enganches que pueden paralizar. el mecanismo descrito por Turgot y hacen que el ahorro se convierta en un perturbador del proceso económico y, por tanto, posiblemente en un destructor en lugar de un creador de aparatos industriales. Tal admisión no solo habría roto la punta de lanza de los ataques modernos a la teoría, sino que también la habría convertido en un análisis más efectivo dentro de las situaciones *para las que es bastante cierto* . Hubo menos excusas para negarse a reconocer las calificaciones necesarias porque podrían haber sido tomadas de economistas anteriores y contemporáneos, especialmente de los *Maximes* de Quesnay .

Si al ahorro se le asigna un papel así en el drama, no se puede esperar que el "príncipe" (es decir, el gasto público, por lo tanto, las deudas públicas) escape al papel del villano, o uno de los villanos, de la obra. El tema de las deudas públicas, aunque interesante desde el punto de vista de la sociología económica y también desde el punto de vista de la técnica financiera, es de poca importancia para nosotros, porque el juicio y la defensa prevalecieron sobre el análisis. Por lo tanto, bastará decir que muchos autores se esforzaron por descubrir los efectos deseados que pudieran atribuirse al endeudamiento público. Algunos llegaron incluso a convertirlos en un factor de prosperidad nacional. 411 Sin embargo, prevaleció la tendencia opuesta: los devotos de la interpretación ideológica pueden atribuir esto a la creciente influencia de la mente burguesa, que de hecho tenía más razones que una para desagradar las finanzas arrogantes. Fue fuertemente patrocinado por Hume y Smith. De su teoría del ahorro, embrionaria en Hume, desarrollada en Smith, se deduce de hecho que el endeudamiento público (o cualquier otro) con fines no productivos supone un retroceso en el crecimiento de la riqueza. Es menos fácil ver por qué ambos deberían haber sido de la opinión de que las deudas públicas de su tiempo eran cargas aplastantes que probablemente producirían bancarrotas y ruina. Sin embargo, apenas hicieron más que expresar la opinión actual sobre el tema. De hecho, el público inglés estaba tan nervioso que el gobierno de Pitt en 1786 reanudó, en mayor escala y más seriamente, la política de pagar una suma anual a un Fondo de amortización. 412

7. Interés

El desarrollo más significativo a notar en la teoría del interés del período es el surgimiento, y casi universal aceptación, de las proposiciones (1) que el interés de los préstamos comerciales no es más que una ganancia comercial normal transferida a los prestamistas, y (2) que la el beneficio empresarial en sí mismo no es más que el rendimiento de los medios físicos de producción, incluidos los medios de subsistencia del trabajo. Es tan esencial para nosotros comprender la plena importancia de este desarrollo que iba a dar forma a la posterior teoría de la historia del interés que, para que se destaque claramente, descuidaremos los problemas secundarios y las corrientes cruzadas en la medida de lo posible. En particular, descuidaremos las discusiones sobre los intereses de los préstamos con fines de consumo: para esto. . . [incompleto].

[(a) Influencia de los médicos escolásticos.]

Partimos de nuevo del trabajo de los médicos escolásticos y sus sucesores protestantes a los que el lector debería referirse antes de leer detenidamente esta sección. Su influencia se afirmó de dos maneras. Por un lado, brindaron uno de los principales temas de discusión: continuó la polémica sobre la legalidad de cobrar y pagar intereses. En la segunda mitad del siglo XVIII, flaqueó pero no se extinguió del todo, e incluso Turgot luchó, en su tratado *Mémoire sur les prêts d'argent* , con la

posición aristotélica. En esto no necesitamos volver a entrar. Pero un punto afín exige nuestra atención. En la mayoría de los países, la cuestión moral fue en parte superada por una cuestión puramente económica, que no giraba en torno a la vieja cuestión de principio, sino a la cuestión de la conveniencia de reducir la tasa de interés mediante la legislación. Los comerciantes ingleses especialmente, que miraban con resentida admiración las condiciones comerciales en los Países Bajos, abrazaron la teoría que naturalmente se le ocurrirá al practicante no instruido, a saber, que una de las causas, quizás la causa principal, del floreciente estado del comercio holandés en el siglo XVII. siglo fue la baja tasa de interés que prevaleció allí, e insistieron en que la regulación legal podría conferir la misma ventaja a Inglaterra. Será suficiente mencionar a Child como el más eminente entre los muchos exponentes de esta teoría y echar un vistazo en la nota a pie de página a lo que me parece ser la mejor parte de la controversia resultante de la cual la teoría opuesta, a saber, que una tasa baja el interés es la consecuencia y no la causa de la riqueza, que surgió victoriosamente, para no volver a ser seriamente desafiada hasta nuestro tiempo. 413 De esto no se sigue, por supuesto, que la regulación legal del tipo de interés no pueda tener ningún sentido. De hecho, ni Locke ni A. Smith llegaron tan lejos. Pero al final prevaleció esta opinión. 414

Por otro lado, la doctrina escolástica también aportó las ideas teóricas (explicativas) sobre el interés de las que partió el análisis de los siglos XVII y XVIII. Descuidando los puntos menores, nos concentraremos en estos dos: la concepción monetaria del interés y la proposición consagrada en el conciso dicho de Molina de que "el dinero es la herramienta del comercio del comerciante". De hecho, los escolásticos no restringieron el concepto de interés al interés de los préstamos de dinero, pero este último, naturalmente, atrajo su atención más que cualquier otra cosa; nunca acordaron ni desarrollaron la idea de que las ganancias prospectivas son la fuente de la demanda de préstamos comerciales, pero algunos de los más eminentes la esbozaron con una claridad inconfundible.

Durante el siglo XVII y hasta bien entrado el XVIII, la gran mayoría de los economistas consideraba el interés —como muchos de nosotros volvemos a hacer ahora— como un fenómeno monetario. En particular, esto es cierto para los Culpepers, Manley, Child, Petty, Locke y Pollexfen, por no mencionar a los escritores continentales. En el caso de Petty, la influencia escolar directa no es inconcebible, ya que había recibido parte de su educación en un colegio jesuita. Mirando, en el espíritu de los padres escolásticos, por una razón especial independiente y adicional al mero acto de transferir dinero al prestatario, que explicaría una prima, dio con, o mejor dicho resucitó, el 'inconveniente' (una *maldición*) sufrido por el prestamista que se comprometió a no pedir su dinero durante un tiempo determinado. En cualquier caso, y a pesar de que relacionó este inconveniente con la renta de tanta tierra como la misma cantidad compraría, siempre está pensando en dinero, y es la cantidad de dinero que se retiene para determinar la tasa de interés sin que haya ninguna indicación de las condiciones *ceteris-paribus* que se requerirían para que esto sea cierto. Locke va algo más profundo que esto. Debido a su forma torpe de expresarse, es extremadamente difícil hacerle justicia, pero si he captado su significado, se le puede atribuir el mérito de haber introducido explícitamente y haber desarrollado la segunda de las dos ideas mencionadas anteriormente. Nuevamente, el interés es un precio por el *dinero* prestado. Pero la "oferta" en el mercado monetario debe considerarse en relación con la situación de la deuda y el estado del comercio: aumento de las ganancias elevadas, reducción de las ganancias bajas, la tasa. Aunque no podemos quedarnos para probarlo, y mucho menos para considerar objeciones, creo que, en un momento, esto puede interpretarse como una forma embrionaria de lo que ahora se conoce

como la teoría sueca de los fondos prestables: el interés se explica y se determina mediante un la demanda procede de los beneficios esperados y satisface una oferta de "fondos prestables".
[(b) Barbon: 'El interés es la renta de las acciones'].

Pero un mayor desarrollo no tomó esta línea. No existe un puente entre Locke y las teorías del interés monetario de hoy. En cambio, hubo una nueva salida, que iba a tener tanto éxito que incluso ahora nos resulta difícil sorprendernos tanto como deberíamos. Hasta donde yo sé, existen sólo las indicaciones más elusivas de ello antes de 1690, cuando Barbon (*Discurso del comercio*) escribió la trascendental declaración: “El interés se calcula comúnmente por el dinero. . . Pero esto es un error; porque el interés se paga por las acciones, "es" la Renta de las acciones y es lo mismo que la Renta de la tierra; el primero es la Renta del ganado forjado o artificial; el último, de la estirpe sin forjar o natural. 415 Para que el lector comprenda la teoría de la historia de los intereses durante el siglo XIX, y parte de ella incluso durante las primeras cuatro décadas del XX, es absolutamente necesario comprender plenamente lo que esto significa.

A primera vista, la afirmación de Barbon puede sonar trivial: por supuesto, el prestatario normalmente no quiere el dinero para verlo; lo que realmente quiere, si descuidamos el propósito de refinanciar otras obligaciones, son los bienes y servicios que realmente compra con ellos. Tampoco queremos, por sí mismo, el cuchillo con el que cortar nuestra comida y, sin embargo, no se sigue que el precio que pagamos por el cuchillo sea "realmente" pagado por la comida. De hecho, para ciertos propósitos podemos, por ejemplo, mediante la teoría de la imputación (discutida más adelante, Parte IV) adoptar tal punto de vista del asunto. Pero sería un resultado asombroso e importante si estuviera permitido adoptarlo para todos los propósitos. Aun admitiendo que los préstamos comerciales se utilizan normalmente para comprar o contratar capital real en el sentido de bienes y servicios de los productores, no se sigue que el interés pagado por el primero sea `` realmente '' un elemento del precio del segundo: el interés puede tienen una relación particular con el "dinero", a diferencia de los bienes que se compran con él, o puede ser un precio por otra cosa —el sacrificio que implica el ahorro, por ejemplo— que no puede *identificarse* simplemente con el "capital real". Afirmar que es posible dejar de lado el elemento monetario sin perder nada esencial en el proceso es, por lo tanto, un paso extremadamente audaz, que ni los escolásticos ni Petty ni Locke pensaron tomar, aunque la trivialidad anterior no puede haberles sido desconocida; en particular, fue el paso decisivo hacia el análisis `` real '' del siglo XIX, según el cual el dinero era solo un `` velo '' que era tarea del análisis levantar, que es precisamente el centro de las dificultades analíticas creadas por Análisis real.

Además del servicio o el flaco favor que Barbon brindó por el impulso que dio en la dirección de Análisis Real, hay otro aspecto de su desempeño que no es menos importante. Si el interés es el rendimiento de las "existencias forjadas" (medios de producción producidos) exactamente como la renta es el rendimiento de las "existencias en bruto" (agentes naturales de producción), entonces son bienes de una u otra clase los que el prestamista "realmente" posee. De hecho, es el fabricante o comerciante quien posee tales bienes, y los obtiene, ya sea produciéndolos él mismo o comprándolos a otros productores y no al capitalista o prestamista. Descuidar esto y razonar como si éste fuera un bien prestado es otro golpe de análisis, cuya audacia nos queda oculta sólo por nuestra familiaridad con él. Pero luego el rendimiento de estos bienes se materializa en manos del empresario que los utiliza y constituye la parte principal —y teóricamente básica— de su beneficio, al menos si optamos por tomar a la ligera sus "problemas y riesgos". Por lo tanto, fácilmente nos deslizamos hacia una posición que

puede caracterizarse por las proposiciones equivalentes de que la empresa gana intereses o que el prestamista recibe ganancias, no, como parecería más natural para la mente sin prejuicios, una renta *sui generis* de la cual la ganancia es simplemente el resultado. fuente más importante.
[(c) Cambio de la tarea analítica del interés al beneficio.]

Durante todo el siglo XIX y más allá, esto trasladó la tarea analítica del interés al beneficio. Con la excepción parcial de las teorías de la abstinencia y del descuento psicológico, el fenómeno a explicar era el excedente neto de negocios, que, a su vez, era esencialmente un excedente que se derivaba del uso de un conjunto de ciertos bienes físicos; que este excedente, libre de accesorios como compensación por problemas y riesgos, tenía que ser entregado a otra persona, si esta persona y no el gerente de la empresa era su propietario real (aunque no legal), difícilmente requería una explicación independiente. Esto se aplica también a Böhm-Bawerk y Wicksell, aunque este último dio el primer paso más allá de esta teoría y debe tenerse en cuenta incluso ahora cuando comparamos una teoría como la de Keynes con otras teorías del interés: el objeto del esfuerzo analítico es diferente.

No es exagerado decir que este iba a ser el rasgo dominante de la imagen general del teórico e incluso de la sociología económica para todos: el empresario se convirtió en el "capitalista". Fundamentalmente, su ingreso era el ingreso de la propiedad de bienes, un retorno impersonal.

[Los dos párrafos anteriores estaban en una sola página con notas (tanto taquigráficas como largas) para indicar cómo se continuaría el argumento. Esta sección sobre el interés fue más fragmentaria que cualquier otra parte de este capítulo inconcluso. Obviamente, era un esquema que se habría completado y completado, si el autor hubiera vivido.]

A. Smith aceptó sustancialmente esta teoría del interés y del proceso capitalista. A su vez, el siglo XIX lo aceptó. Sin embargo, antes de considerar la forma precisa que le dio, debemos mirar brevemente su desarrollo entre 1690 y 1776.

El *Discurso* de Barbon , sobre este punto en todos los casos, no tuvo éxito. El tratado parece haber sido olvidado muy pronto. Así, la idea fundamental de Barbon permaneció en suspenso hasta 1750, cuando fue nuevamente expuesta —por lo que sabemos, redescubierta independientemente— por Massie, 416 cuyo análisis no sólo fue más allá del de Barbon, sino que también cobró fuerza a partir de su crítica de las opiniones de Petty y Locke. Dos años más tarde, en su volumen titulado *Discursos políticos* , Hume publicó dos ensayos ('De interés' y 'De dinero') que no parecen haber recibido el debido homenaje de los historiadores recientes. De hecho, es cierto que, en la superficie, vemos poco más que una síntesis y una re-exposición efectiva de las ideas que se habían presentado antes. Esta impresión es particularmente fuerte con los autores que prestan atención principalmente a ciertos resultados prácticos que extrajo de su estructura analítica, como que el interés no es simplemente una función de la cantidad de dinero, que el bajo interés es una consecuencia y no una causa de la riqueza. , que no puede ser determinado por la legislación, que se correlaciona con las ganancias en una relación de interacción mutua, y que es un 'barómetro del estado', siendo el bajo interés 'un signo casi infalible de prosperidad' (que, por supuesto, , no es cierto en todos los sentidos de 'prosperidad'), ninguno de los cuales era nuevo. Pero la estructura analítica con la que Hume respaldó todo esto, aunque esquemática, puede llamarse sintética solo en el sentido en que la síntesis puede trascender la coordinación y ser creativa. Equivale a aceptar la explicación de Locke de la demanda de préstamos - definitivamente *préstamos* esta vez, no 'dinero' - por las necesidades de los terratenientes derrochadores y por las expectativas de ganancias de los empresarios, y a reemplazar la oferta de dinero de Locke por la oferta

de ahorros. Esto permite la estrecha relación entre ganancia e interés sin identificarlos, y admite el aspecto monetario —particularmente en lo que respecta a los efectos a corto plazo de las variaciones en la cantidad de dinero sobre la tasa de interés que también fueron reconocidos por Ricardo— sin que sea dominante. . En resumen, tenemos aquí un esquema que sólo necesita haber sido elaborado para producir una teoría del fenómeno del interés mucho mejor y más completa que la que se puede encontrar en Ricardo o Mill. Pero precisamente se perdieron los puntos más valiosos.
[(d) Gran actuación de Turgot.]

La contribución de Turgot 417 no sólo es, con mucho, la mejor actuación en el campo de la teoría del interés que produjo el siglo XVIII, sino que presagió claramente gran parte del mejor pensamiento de las últimas décadas del XIX. Al igual que Hume, Turgot argumentó que la cantidad de dinero no determina la tasa de interés, enfatizando muy bien la independencia conceptual de los dos significados de la frase 'valor del dinero': su valor en el mercado monetario y su valor en los mercados de dinero. productos básicos, e incluso yendo tan lejos como para afirmar que un aumento en la cantidad de dinero que eleva los precios de los productos básicos podría posiblemente *aumentar* la tasa de interés. También como Hume, sustituyó la oferta de ahorros por la oferta de dinero. Y hay otros puntos que Hume hizo antes que él. Pero su teoría es mucho más profunda que todo eso y es bastante diferente tanto en contenido como en trasfondo.

La influencia canonista, como era de esperar, es muy evidente —aunque, por supuesto, a veces se hace que las ideas escolásticas sirvan a conclusiones prácticas exactamente opuestas— y una característica esencial del esquema de Turgot, la identificación del capital con los "avances", se remonta a Quesnay o Cantillon. Los *hommes industrieux* comparten sus beneficios con los capitalistas que aportan los fondos (*Reflexiones* , LXXI). La participación de estos últimos está determinada como todos los demás precios (LXXV) por el juego de la oferta y la demanda entre prestatarios y prestamistas (LXXVI), por lo que el análisis está desde el principio firmemente asentado en la teoría general de precios. A primera vista y en la superficie, el interés es el precio que se paga por el uso del dinero (LXXII, LXXIV). Pero, ¿por qué el uso del dinero tiene un precio o, para decirlo de otra manera, por qué el mecanismo de oferta y demanda funciona de tal manera que produce normalmente una prima sobre el dinero presente en comparación con el futuro? Turgot se dio cuenta de que no basta con responder que el dinero prestado es dinero ahorrado. Su respuesta fue que los *fondos* aportados por el capitalista representan *riquezas mobilière* o avances, que son un prerrequisito indispensable de la producción (LIII): el capital rinde intereses porque cierra la brecha temporal entre el esfuerzo productivo y el producto (LIX, LX). A estas alturas, esta idea se ha vuelto tan obsoleta como una cita de Hamlet. Además, muchos de nosotros hemos dejado de creer en su valor explicativo. Por ambas razones, al lector puede resultarle difícil admirar como debería la brillantez del trazo con el que Turgot, explotando la concepción del capital de Cantillon o Quesnay, vinculó el fenómeno del interés a un hecho más elemental sobre la producción. Las proposiciones de que la tasa de interés es el *termómetro* de la abundancia (relativa) o rareza del capital (real) (LXXXVIII) —en otras palabras, que la tasa de interés está correlacionada negativamente con la tasa de ahorro— y que mide la La medida en que la producción se puede llevar a cabo (LXXXIX) también adquiere un significado adicional a la luz de esta teoría. El primero permaneció prácticamente indiscutido hasta nuestros días, el segundo permanece indiscutido incluso ahora.

Como se ha dicho antes, A. Smith estereotipó la situación doctrinal. Pero al hacerlo, abandonó

precisamente las sugerencias más prometedoras de Hume y (si conocía las *Reflexiones*) de Turgot — aún más las que podría haber encontrado en Locke— de modo que sus sucesores partieron de una formulación mucho más barbónica que la de cualquiera de estos escritores. En la *riqueza* , el aspecto monetario del problema de los intereses se reduce definitivamente a una cuestión de forma o técnica. Lo que realmente ofrece el prestamista. . . no es el dinero sino. . . los bienes que puede comprar '(Libro II, cap. 4), y no hay *nada* en la opinión de' Mr. Locke, Mr. Law y Mr. Montesquieu 'que un aumento en la cantidad de oro y plata reduce la tasa de interés (*ibid.*). Explicó la tendencia a la caída del interés exactamente de la misma manera que la tendencia a la caída de las ganancias (Libro I, cap. 9, que realmente trata los mismos temas que el Libro II, cap. 4), los cuales A. Smith parece aceptar —con una salvedad de 'adquisición de nuevo territorio o de nuevas ramas de comercio' - como hechos incuestionables. Y esto es bastante lógico porque, como ya debería estar claro, son, en el esquema de A. Smith, realmente una y la misma cosa. A. Smith los distingue: la ganancia también incluye la compensación por "problemas" y "riesgos", mientras que el prestamista recibe sus intereses sin problemas ni riesgos. Pero estos quedan relegados a un segundo plano. Esencialmente, la ganancia es 'ganancia de acciones', y los intereses que van al empleador capitalista se reciben por 'acciones' (bienes) prestados. Tanto si el ganado es suyo como si lo ha tomado prestado de alguna otra persona, suministrar stock a los trabajadores es la función básica del empresario. En primer lugar, es el "capitalista" y, *como* capitalista, es el empleador típico del trabajo, cuya función básica es suministrar este ganado a los trabajadores, aunque ese empleador capitalista no siempre tiene que hacer el trabajo él mismo, en cuyo caso. . . .

[Este párrafo estaba escrito en una hoja amarilla que aún estaba adherida a una libreta y, obviamente, estaba inacabado. La página, que estaba llena de notas en taquigrafía austriaca y en inglesa, se reproduce en el Apéndice.]

7
-
La literatura 'mercantilista' [418]

LAS CUESTIONES DE LAS RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES se cernían tanto en los horizontes de todos los autores de esta época que ya hemos tenido que referirnos más de una vez a sus propuestas sobre estos problemas. Sin embargo, es necesario volver al cargo y examinar algunas de estas proposiciones más de cerca para introducir otro lote de escritos y extraer de ellos qué contribuciones a la economía analítica pueden contener. Agruparé esas proposiciones bajo los títulos de Monopolismo de exportaciones, Control de cambios y Balanza comercial. Las doctrinas relativas al segundo y al tercero, en particular al tercero, suelen considerarse el núcleo de ese órgano imaginario, el "sistema mercantilista" de la enseñanza tradicional. Para muchos economistas, de hecho se refieren a todo. Esta tradición fue establecida por Adam Smith, cuyo famoso ataque a lo que él llamó (siguiendo, quizás, el ejemplo de los fisiócratas) el Sistema Comercial o Mercantil (*Riqueza* , Cuarto Libro) se centró en una discusión sobre la balanza comercial, aunque estaba no ciego a otros aspectos.

[1. Interpretación de la literatura 'mercantilista']

Es de suponer que el lector sabe que estas doctrinas específicamente "mercantilistas" han dado lugar a una controversia entre los historiadores del pensamiento que vale la pena comentar antes de embarcarnos en nuestra tarea. Esto no solo aclarará los problemas involucrados, sino que también ofrecerá una ilustración interesante de los principios de interpretación descritos en la Parte I.

Las opiniones de los escritores mercantilistas celebrada sobre estos temas, la medida en que se puede decir que han mantenido opiniones uniforme en todas las [419] -came a ser considerada no sólo con la desaprobación, sino también con desprecio por la gran mayoría de los economistas de la Siglo xix. No vieron nada más que un error en ellos y, al tratar con sus predecesores, desarrollaron una práctica según la cual era casi suficiente para sacar una obra de los tribunales para adjuntarle el más mínimo tinte de "mercantilismo". Esto se puede comprobar, de forma casi divertida, consultando los artículos relevantes *del Diccionario de Economía Política de Palgrave* . [420] A continuación, surgió una oposición a esta visión del libre comercio; expresada principalmente, aunque no exclusivamente, por escritores alemanes, fue prácticamente al otro extremo. Esta oposición también logró establecer una tradición, aunque menos general, que últimamente parece haber suscitado una reacción que, uniendo fuerzas con los elementos supervivientes de la tradición "liberal", a su vez apuesta por sobrepasar la marca. La monografía del profesor Jacob Viner quizás pueda citarse como ejemplo. [421]

Ahora bien, lo primero que hay que observar acerca de esta campaña prolongada es que tanto los antimercantilistas como los promercantilistas estaban interesados principalmente en la *práctica* mercantilista y que las opiniones de ambos fueron y son principalmente una cuestión de preferencia política. Los críticos ingleses no estaban de acuerdo con lo que se había *hecho* en la era mercantilista. Los simpatizantes alemanes no estaban a favor de todos los aspectos de la práctica mercantilista, pero estaban a favor de alguna medida de autarquía nacional, de gestión estatal y, sobre todo, de construcción estatal. Todo esto es completamente irrelevante para nuestro propósito, y lo único que hay que decir al respecto es esto: tanto los críticos como los simpatizantes fueron víctimas de la creencia,

tan querida en esa época racionalista, de que sus opiniones sobre política eran inferencias científicas de premisas. que se había establecido con un espíritu científico. Especialmente los utilitarios ingleses, como John Stuart Mill, consideraron sus recomendaciones con respecto a la política como un ingeniero consideraría su recomendación sobre la construcción de un motor. Su presente era invariablemente "esta época ilustrada". Por tanto, el «error» práctico y teórico era para ellos igualmente definido y, de hecho, lo mismo. Este punto de vista, que en parte explica su actitud pontificia, es, por supuesto, totalmente insostenible, ya que no necesitamos quedarnos para demostrarlo una vez más.

En segundo lugar, los promercantilistas sostenían lo que los antimercantilistas por implicación negaban, a saber, que las políticas mercantilistas no solo eran comprensibles en el sentido en que todo lo es, incluido el crimen y la locura, sino también en el sentido mucho más significativo de que, teniendo en cuenta las circunstancias y oportunidades En ocasiones, constituían medios adecuados para asegurar lo que, con la misma condición, eran fines racionalmente defendibles. Aquí, como el argumento anterior basta para mostrar, los promercantilistas puntúan, aunque no en la medida en que ellos mismos creían. 422 En todo caso, esto debe ser admitido por todos aquellos que no estén dispuestos a condenar políticas comerciales modernas de similar tipo, que de hecho cuentan con el apoyo de muchos que conocen todo sobre su Smith, su Ricardo y su Marshall. En aras de futuras referencias, llamémoslo el Argumento Práctico. 423

Pero, en tercer lugar, esto no prueba nada para el análisis, cuyos resultados se han utilizado para defender esas políticas. Un hombre puede hacer lo que, desde su punto de vista y en sus circunstancias, es para él lo correcto y, sin embargo, hacerlo por razones que son una completa tontería. 424 Los promercantilistas, en particular los alemanes que se preocupaban poco y sabían menos acerca de la teoría económica, se equivocaron, por tanto, al pensar que habían demostrado algo de lo que concibieron como doctrina mercantilista cuando habían logrado hacer realidad, en el sentido definido anteriormente. , un caso parcial a favor de la práctica mercantilista. Además, hay que tener en cuenta que no basta con mostrar que una proposición que encontramos en un panfleto mercantilista tiene sentido para *nosotros* , es decir, que *podemos* demostrar que es correcta. Porque muchas proposiciones modernas guardan un parecido superficial sorprendente —esperemos que el parecido no vaya por debajo de la superficie— con otras bastante primitivas que pueden ser fácilmente refutadas. Leer nuestro significado acríticamente en textos antiguos equivale a traicionar el deber del historiador tanto como a enfatizar demasiado cada error de formulación. A esta clase de consideraciones, a efectos de referencia, la denominaremos Argumento Teórico. Armados con estas distinciones, ahora continuamos con nuestra tarea.

[2. Monopolismo de exportaciones]

Para empezar, el argumento práctico está fuertemente a favor de aquellos escritores de esa época que sostuvieron que el monopolio y la cooperación cuasimonopolística, sin importar cuáles hayan sido sus efectos en la industria y el comercio nacionales, cumplían una función esencial en el comercio exterior. Eso es lo que quiero decir con monopolio de las exportaciones. En todo momento la gente ha juzgado de manera diferente la práctica monopolística que estaba dirigida contra los extranjeros. Por lo tanto, el Congreso estadounidense, por lo demás tan hostil a cualquier cosa que pueda parecer un monopolio, fue fácilmente persuadido de flexibilizar la legislación antimonopolista en beneficio del comercio de exportación mediante la Ley Webb-Pomerene. La proposición

involucrada es tan simple como es, hasta donde llega y si solo se consideran los efectos inmediatos, correcta: las ganancias del monopolio del comercio exterior son ganancias netas para una nación porque los elementos que tendrían que restarse si se lograran estas ganancias en el mercado interno se equiparan a cero. Además, hasta mediados del siglo XVIII y en muchas partes del mundo hasta mucho más tarde, el comercio solo era posible dentro de acuerdos *ad hoc de* protección que los comerciantes tenían que proporcionar en gran medida ellos mismos. Esto no implicaba necesariamente una acción monopolística. Pero deletreaba organización y cooperación que fácilmente podría extenderse a la política comercial general y de precios, no solo para facilitar la explotación sino también para regularla y defender la práctica estándar contra las connacionales deficientes. De esto, la Society of Merchants Adventurers ofrece un ejemplo revelador. [425] Por último, parece demasiado obvio para requerir una declaración explícita, pero sorprendentemente a menudo los críticos de las `` teorías mercantilistas '' no tienen en cuenta que esa época era la época del imperialismo bucanero y que el comercio estaba asociado con la colonización, con la explotación desinhibida de las colonias fundadas. , [426] con la guerra privada para la que los gobiernos, especialmente el Inglés, con frecuencia se redujo la responsabilidad, y con las condiciones que raya permanentemente en guerra. El ejemplo clásico de todo esto es el de las Indias Orientales; el único ejemplo moderno, el caso de Rhodesia. Esto explica muchas cosas perfectamente racionalmente que estaban destinadas a desaparecer bajo la influencia de diferentes condiciones, incluso si no hubiera habido ningún progreso en absoluto en la comprensión de la lógica de los fenómenos económicos: de hecho, este progreso presumiblemente tuvo muy poco que ver con la cambio en la práctica.

Las dos fuentes principales de la gran cantidad de literatura sobre el tema del monopolismo de las exportaciones, incluida la colonización, surgieron del hecho de que las políticas de las grandes empresas afectaron también los intereses internos, y del otro hecho de que su éxito despertó el odio envidioso de tanto el escudero como el hombre común contra los 'nababs'. Los ataques provocaron respuestas, de las cuales valdría la pena señalar el mejor ejemplo que ha llegado a mi conocimiento: la defensa de John Wheeler de los Merchants Adventurers, entre otras cosas contra los voceros burocráticos de la regulación que no saben nada de negocios (*tout comme chez nous*). Este trabajo mencionado anteriormente en los Capítulos 3 y 6, titulado *Tratado de Comercio, en el que se muestran las Mercancías que surgen de un Comercio bien ordenado y gobernado, como el de la Sociedad de Comerciantes Aventureros, se demuestra que está: Escrito principalmente para la mejor información. de los que dudan de la necesidad de dicha Societie en el Estado del Reino de Inglaterra* (1601), también fue escrito, como podemos agregar, con una legislación hostil inminente a la vista. En mi opinión, el Sr. Wheeler lo hizo extremadamente bien, y su argumento elimina con éxito algunos de los puntos que invariablemente se plantean en las discusiones sobre el monopolio. Su economía no está ni un poco por debajo del nivel que observamos hoy en argumentos populares, políticos o forenses similares. Pero no aporta nada a nuestra colección de herramientas científicas. Su economía analítica, en general, no estaba mal. Sin embargo, había muy poco. Debido a su prominencia, la Compañía de las Indias Orientales atrajo la mayor parte de la atención y la hostilidad del público. Esto explica una gran parte de la literatura en cuestión. Sin embargo, por lo que puedo ver, no hay nada que nos interese excepto los argumentos y contraargumentos sobre la exportación de metal monetario por parte de la empresa y sobre la competencia que, aunque hostigada por la legislación y la administración, ofreció a las lanas inglesas por sus importaciones de productos indios. Sin embargo, estos argumentos y

contraargumentos entran en la discusión general sobre la balanza comercial (ver sec. 4). Se invita a prestar atención a la nota a pie de página a continuación. 427

[3. Control de cambios]

A continuación, veamos cómo se sitúa el argumento práctico en materia de control de cambios. La guerra, como sabemos por experiencia, induce inevitablemente al control gubernamental de la vida económica y, no menos inevitablemente, crea burocracias para administrarla que luego no se limitan a aferrarse a sus poderes sino que se esfuerzan automáticamente por expandirlos. Las importaciones, las exportaciones y las divisas se encuentran, obviamente, entre las cosas más importantes que deben controlarse. El argumento a favor del control también se aplica a condiciones que bordean permanentemente la guerra. Además, debemos tener en cuenta el espíritu inducido por la guerra y la incesante amenaza de guerra, el estado de ánimo en el que el daño a una nación extranjera es casi tan bienvenido como la ganancia para la propia, o, para decirlo de otra manera, en el que la política de las relaciones económicas internacionales se fusiona con una política de guerra económica y se convierte en una de las armas en el eterno juego de la política de poder. Si se admite que todo esto es válido para esa época, la lógica de su práctica en materia cambiaria debería ser obvia, sobre todo si no perdemos de vista la tendencia expansiva inherente a toda práctica burocrática. Los embargos sobre el oro y la plata acuñados y no acuñados los incluimos simplemente como un complemento necesario bajo el control de cambios, aunque en casos más primitivos eran la principal medida a tomar o incluso todo lo que era posible hacer. 428

Sin embargo, puede ser útil presentar esa justificación en una forma más general, es decir, sin hacer referencia a las condiciones particulares de la economía de guerra. Al hacerlo, consideraré únicamente el control de cambios perfecto, es decir, el caso en el que una autoridad pública, que posee un monopolio efectivo de las transacciones de cambio, puede requisar y asignar divisas como le plazca. Entonces, esta autoridad puede (a) superar la escasez temporal de divisas que, si no se atiende, puede producir consecuencias desproporcionadas, especialmente a través de procesos acumulativos; b) facilitar el pago ordenado de las deudas en situaciones en las que el ajuste automático es imposible debido a inhibiciones en el funcionamiento del mercado internacional; (c) prevenir o derrotar la especulación bajista en un mercado cambiario que carece de su capacidad de recuperación normal; (d) evitar los efectos no deseados (depresivos) del ajuste automático que puedan producirse incluso cuando dicho ajuste automático sea posible; (e) impedir determinadas importaciones o exportaciones y estimular otras y así influir poderosamente en la producción nacional; (f) mejorar los términos de intercambio de un país dentro de límites, que pueden ampliarse mediante restricciones complementarias, introduciendo un elemento de monopolio en sus transacciones con comerciantes extranjeros.

Quedan por añadir dos puntos. Primero, para demostrar que es el arma afilada que es capaz de ser, el control de cambios no solo requiere atención al resultado neto de todas las transacciones que cruzan la frontera de un país o al resultado neto de las transacciones de un país con todos los demás países tomados por separado —El principio del comercio bilateral de hoy— pero también requiere atención a las transacciones en cada producto individual y de cada comerciante individual. Esto es especialmente necesario si se quiere aprovechar al máximo las posibilidades discriminatorias del método. En segundo lugar, para que sea plenamente eficaz como herramienta de planificación integral,

el control de cambios (más los embargos sobre los metales monetarios) debe implementarse mediante otros controles que actúen directamente sobre las transacciones individuales en sí mismas. Muchos de estos controles se han utilizado en diversas épocas, pero esa época tenía un carácter *específico* , la institución del básico. [429] Obviamente, es mucho más fácil controlar los intercambios cuando el comercio ya está controlado al ser forzado a los canales prescritos; y los pueblos básicos con su aparato de casas de moneda, contralores y hostelers (prácticamente carceleros de comerciantes extranjeros) ofrecían oportunidades administrativas incomparables para controlar el mercado cambiario. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que las dos políticas, si bien son fundamentalmente complementarias, también pueden, en cierta medida, sustituirse entre sí. [430]

Ahora bien, independientemente de lo que pensemos de los efectos más remotos de una política de este tipo, especialmente si la practican todos los países, y de lo que pensemos de la forma en que se trabajó realmente, la legislación fue (y es), por supuesto, en absoluto. veces un montón de medidas contradictorias sumamente irracionales; en principio, no era simplemente una tontería y ningún escritor que la defendiera en las condiciones de esa época puede ser acusado de haber defendido una tontería. Esto ciertamente es válido en lo que respecta al argumento práctico y, por lo tanto, para los practicantes, entre los que destaca Sir Thomas Gresham (1519-1579) sin igual. [431] El propio John Stuart Mill no podría haber sugerido una alternativa viable, y si se levantó de entre los muertos para negar esto, deberíamos responder que no sabía lo suficiente acerca de las condiciones de la época y que fue él quien se abrió a la acusado de razonamiento erróneo al negarlo. Pero esto no altera el hecho de que, en general, se cree que esos puntos de vista prácticos defendibles están asociados con teorías inadecuadas o incluso francamente sin sentido. Sin embargo, surge la pregunta de si hubo algún argumento teórico.

De hecho, prácticamente todos los escritores que discutieron las posibilidades de proteger el cambio nacional y asegurar una afluencia de dinero o lingotes de oro y plata sin hacer referencia a la balanza comercial o de pagos no deberían ser acreditados ni acusados de *ninguna* teoría. [432] Precisamente para ser justos con ellos, debemos darnos cuenta de lo inocentes que eran de análisis. Esto los limpiará de algunas acusaciones que se ha convertido en una tradición para dirigirles sin mejor razón que el hecho de que nos tomamos sus declaraciones demasiado en serio e insistimos en ceñirlas a las teorías que estas declaraciones parecen implicar. Pero no analizaron nada. No tenían ninguna concepción de las relaciones más obvias entre los fenómenos económicos. Viviendo en una época en la que las naciones se preparaban para igualar su poder de lucha, resintieron impulsivamente las importaciones de lujos innecesarios, lo que no implica un rechazo considerado del gran lugar común de Adam Smith de que el consumo es el "único fin y propósito de toda producción". Observaron las payasadas de los tipos de cambio y las atribuyeron a las maquinaciones de los especuladores, exactamente como lo hicieron los políticos y el público en Francia y Alemania después de 1919. Consideraron que era bueno para una nación y para los individuos tener dinero, y lo dijo sin pensar más en ello. Eran nacionalistas acérrimos, y el extranjero, por supuesto, era objeto de aversión y desconfianza. La mayoría de ellos eran lo que puede calificarse de ingenuamente críticos de los negocios y de los actos de los comerciantes, como siempre fue y es la opinión pública. El lector habrá captado el punto y me excusará de continuar con este argumento. Tampoco sería útil presentar ejemplos. [433]

Sin embargo, hubo excepciones. [434] El único que llama para una atención específica es

Malynes [435] a quien hemos conocido antes. Detrás de sus recomendaciones, principalmente aranceles de importación más altos, prohibición de la exportación de lingotes, el sistema básico y la resurrección de la oficina de Royall Exchange con el propósito de fijar oficialmente los tipos de cambio, hay una teoría más seria de la que ha admitido una larga serie de críticos. que han tratado sus puntos de vista con desprecio. Que no se lo merece, lo prueba el hecho de que, como veremos, durante todo ese siglo ningún otro escritor lo superó en una comprensión clara y completa del mecanismo internacional de cambio de divisas que opera a través de los niveles de precios y del oro y Movimientos de la plata: el 'mecanismo automático' que se discutirá actualmente bajo el título Balanza comercial. En la segunda parte de su tratado, *Canker of England's Commonwealth* , explica muy bien cómo, si la moneda de un país cae por debajo de su par de ceca y, en consecuencia, la moneda fluye, los precios caerán en ese país y subirán en el extranjero 'donde nuestro dinero coincide con el dinero de otros países causa abundancia, por lo que el precio de las mercancías extranjeras se aduan ''. Esta es una contribución teórica considerable. Debemos ir al siglo XVIII para encontrar el argumento llevado a la conclusión a la que apunta. Entonces, ¿por qué Malynes no llegó a sacar él mismo esta conclusión? Creo que porque estaba mucho más impresionado con las deficiencias de ese mecanismo que con el mecanismo en sí. En particular, se quejaba de que, en los mercados pequeños e inhibidos de su época, las operaciones de cambio funcionaron tan bien para Inglaterra que ella vendía sus productos más baratos y pagaba los productos extranjeros más caro de lo necesario, es decir, que sus condiciones de el comercio eran innecesariamente desfavorables, en lo que principalmente consiste el. . . sobrebalanceo '. Percibió la posibilidad de mejorar esos términos mediante el control de cambios (nuestro punto (f) anterior), y una prueba más de que razonó correctamente sobre el asunto la proporciona el hecho de que, al considerar las objeciones a su plan (*Canker of England's Commonwealth* , Tercera parte), menciona primero el efecto en las ventas que podría esperarse de mejores términos de intercambio y rápidamente responde `` cuán necesarios son nuestros productos y qué demanda de ellos hay en todos los lugares '', lo que significa que, en su opinión, la demanda extranjera de Los bienes ingleses eran inelásticos. Ahora bien, puede que se haya equivocado en su valoración fáctica de la situación. Incluso es seguro que sobrestimó tanto lo que la especulación a cambio puede hacer para dañar los intereses de un país como lo que el control de cambios puede hacer para promoverlo. La exageración de su punto es obvia en la controversia con Misselden. Pero ese no es el punto. No nos preocupa la cuestión de si Inglaterra "debería haber" aceptado su consejo. Nos preocupa su razonamiento. Y esto, aunque por supuesto no está exento de críticas, debe enumerarse principalmente como una contribución. Si lo etiquetamos como un 'bullionista', entonces el equilibrio del argumento teórico no está claramente en contra del bullionismo. Tampoco es cierto que, en lo que a su posición teórica se refiere, fue desalojado por Misselden.

[4. La balanza comercial]

Pasando, finalmente, al tercer tema, la proposición de que una balanza comercial favorable [436] (exceso de exportaciones sobre importaciones) es algo altamente deseable o incluso necesario al cual apuntar, primero observamos que, en lo que respecta al argumento práctico, mucho de lo dicho anteriormente se aplica con igual fuerza a este caso. Esto es tan cierto si miramos las políticas comerciales de esa época simplemente bajo el aspecto del proteccionismo como si optamos por enfatizar específicamente el aspecto de la balanza comercial. Porque, como se ha subrayado

suficientemente, espero, los elementos de la economía de guerra y la política de poder en esas políticas serían en sí mismos bastante suficientes para eliminar cualquier tinte de *irracionalidad* del deseo de asegurar una afluencia tan grande como sea posible de una influencia universalmente aceptable. dinero. Por tanto, la única cuestión que cabe plantear es la relativa al argumento teórico. Dividámoslo en dos partes: (a) hasta qué punto los economistas 'mercantilistas' mismos tomaron en cuenta esa asociación de sus recomendaciones y sus argumentos con las condiciones de su tiempo que imparte un significado lógicamente defendible a este último, aunque sí lo hace. no, por supuesto, nunca olvides esto, "justificarlos" en cualquier otro sentido; y (b) ¿qué contribuyeron al análisis económico o qué errores demostrables cometieron en su razonamiento?

[(a) El argumento práctico: políticas de poder.]

No puede haber ninguna duda sobre la primera pregunta. Los escritores «mercantilistas» —y menos los italianos, por supuesto— estaban muy atentos al elemento de la política de poder, como de hecho no podrían haber dejado de serlo. En Inglaterra en particular, la ciudad de la que salieron la mayoría de los escritores principales fue un pilar de una política exterior agresiva que, como se desprende claramente de lo que se ha dicho antes, se adaptaba a los intereses comerciales a la perfección incluso cuando no se inspiraba directamente en ellos. . Por supuesto, esto no siempre se indica explícitamente. Los impulsos imperialistas rara vez lo son. Pero se esconde detrás de la preocupación de los autores acerca de la riqueza del rey, detrás de su charla sobre la decadencia de la potencia Inglés, 437 detrás de sus temores por la seguridad de Inglaterra, detrás de la actitud que Hume era criticar en su ensayo *De los celos de Trade* (1752), detrás de su insistencia en la importancia vital de la marina y, en relación con ella, de la navegación y la construcción naval. Sin embargo, son de especial interés aquellos casos en los que el argumento del poder (o la seguridad) no solo se presenta de manera inequívoca, sino que también se opone al argumento de las ganancias: porque lo que sea que podamos pensar en esto desde otros ángulos, marca un progreso en la percepción económica. . Bastarán dos ejemplos bien conocidos. En su *Discurso sobre el comercio* (1690), Child defiende la política de las leyes de navegación mediante el argumento del poder, al tiempo que admite que, desde un punto de vista puramente económico, puede haber un caso sólido en su contra. En sus *Discursos sobre los ingresos públicos y sobre el comercio de Inglaterra* (1698), Davenant va más allá. 438

[(b) La contribución analítica.]

Responder a la segunda pregunta, la de las contribuciones y los errores en el análisis, no es tan fácil. Algunas contribuciones las hay. Se presentarán a sí mismos en la luz adecuada si los miramos, por así decirlo, *ex ante* , y no, como hacen invariablemente los críticos, desde el punto de vista del análisis posterior para el cual fue la contribución más importante de los escritores 'mercantilistas' a han pavimentado el camino y que, de hecho, surgieron de su trabajo. Pero tan pronto como uno se sumerge en esa literatura, no puede dejar de sorprenderse por dos cosas.

Primero, aunque ocasionalmente se pueden encontrar piezas de trabajo analítico genuino y los intentos de análisis son más frecuentes, la mayor parte de la literatura sigue siendo esencialmente preanalítica; y no sólo eso, es tosco: el trabajo de mentes poco profesionales o incluso sin educación que con frecuencia carecían de los rudimentos del arte de la exposición: gran parte de esa literatura era popular en el sentido más angustioso de la palabra. La percepción de este hecho, del que algunos de esos escritores eran dolorosamente conscientes, no sólo debería enseñarnos tolerancia, particularmente con respecto a los *dictados* individuales, sobre cuya fuerza un autor nunca debería ser condenado hasta

que estemos satisfechos de que realmente hace uso indebido de ellos, pero también debe advertirnos que estamos en peligro constante, razonando desde nuestras propias alturas sublimes, de malinterpretar lo que esos simples tipos realmente querían decir. Sin duda, hay un número considerable de escritores a los que esto no se aplica. Pero esto solo conduce a otra dificultad. Si queremos ser justos a la edad, debemos separar claramente la paja deficiente del trigo valioso. ¿Cómo saldrá la economía de nuestra época dentro de doscientos o trescientos años, si los críticos se meten en la cabeza juzgarla por todo lo que se ha escrito sobre temas económicos durante la última década? Pero, ¿qué es el trigo, más allá de un grupo bastante pequeño de actuaciones en las que todos estamos de acuerdo? Aquí, cada uno de nosotros debe confiar en sus evaluaciones personales de la calidad analítica, el único tipo de juicios de valor que son tanto permisibles como inevitables en una historia de la economía científica, un asunto en el que a menudo el único acuerdo alcanzable será el acuerdo para diferir. .

En segundo lugar, ya hemos tenido una amplia oportunidad de observar que las opiniones de los economistas de ese período, si es que es lícito hablar de economistas para un período en el que la profesión estaba en proceso de surgimiento pero que realmente no había surgido todavía. —Eran tan uniformes como los de los economistas de cualquier otro período, pero no más: los individuos y los grupos diferían entre sí, en fundamentos y detalles, tanto como siempre lo han hecho los economistas, y se pelean entre sí y sus puntos de vista métodos en consecuencia. La opinión generalizada en sentido contrario ha resultado en otra injusticia. El historiador crítico, después de haber creado un hombre de paja "uniformado", pasa por alto el hecho de que mucho de lo que es más objetable desde el punto de vista del análisis posterior (o la política) había sido rechazado o corregido dentro del período. El historiador tiene en verdad un método para lidiar con este hecho cuando lo mira a la cara: aquellos que tomaron lo que para él parece ser una visión más correcta, o son visitados con restricciones más indulgentes o son excluidos de esa unidad imaginaria bajo la partida de herejes o precursores. Pero este método es dudoso por decir lo menos.

Hemos notado y tratado de comprender la corriente proteccionista de la época; también nos hemos encontrado con las opiniones de varios escritores sobre el tema de la protección. Naturalmente, esperaremos que los escritores que estamos considerando bajo el título de Balanza comercial hayan completado la lista de argumentos proteccionistas. Esta expectativa no se ve defraudada. Encontramos el argumento de la industria naciente, que, salvo quizás el caso de las lanas inglesas, debe suponerse en las circunstancias del período que subyace a cualquier recomendación de protección a la rama de producción nacional que no esté expresamente motivada de otra manera. Encontramos los argumentos militares, de la industria clave y de la autarquía general. Encontramos el argumento del empleo. Encontramos el argumento de que hoy ha cobrado tanta importancia en relación con el enfoque multiplicador, a saber, que en la medida en que la protección tenga éxito en producir un exceso de exportaciones, estimulará el proceso empresarial al aumentar el gasto interno. La inversión extranjera no juega ningún papel, o casi ninguno, en su análisis, excepto en un sentido a corto plazo: algunos de ellos señalaron que una exportación temporal de monedas puede ser un eslabón necesario en una serie de transacciones que eventualmente generan un excedente de exportación. Los ejemplos ingleses —nos limitaremos a los ingleses aunque el continente también proporcionaría una cosecha— se dan a continuación. También se sumarán a nuestra modesta colección de nombres.

Como era de esperar, el argumento de la industria naciente aparece en los tiempos de Elizabeth, cuando Inglaterra experimentó su primer auge industrial, y penetra la literatura en discusión

hasta el final, es decir, hasta el umbral de la revolución industrial, cuando Sir James Steuart puso considerable énfasis en ello. Nos interesan principalmente los casos en los que se recomienda la protección solo por un tiempo limitado o en los que el elemento de "infancia" se acentúa de otra manera de manera que se elimine cualquier posibilidad de duda sobre el carácter del argumento. Así, Arthur Dobbs en *An Essay on the Trade and Improvement of Ireland* (1729-1731), Parte II, declaró expresamente que `` las primas solo deben otorgarse para alentar las manufacturas u otras mejoras en su infancia " y que la ayuda adicional sería en vanos "si después de su mejora no pueden seguir su propio camino". Yarranton (*Mejora de Inglaterra por mar y tierra, de superar al holandés sin luchar, a las deudas de retribución, sin dineros, a poner en todo el trabajo de los pobres de Inglaterra . . .* 1677, segunda parte, 1681) de protección recomendadas para la producción de lino, pero sólo para una período de siete años. Andrew Yarranton encontró un biógrafo lo suficientemente entusiasta como para llamarlo "el verdadero fundador de la economía política en Inglaterra" (ver PE Dove, *Elements of Political Science* , 1854, App.). Aunque esto es, por supuesto, absurdo, quizás fue una reacción saludable contra la negligencia que había caído sobre su nombre. Yarranton fue un hombre polifacético de muchos oficios y no puede, en algunas de las líneas de su actividad, la técnica agrícola en particular, ser calificado más alto que como un proyector popularizador. Pero en economía fue más que eso. Aunque no hay conquistas analíticas en su haber, muchas de sus sugerencias y muchos de sus comentarios sobre las condiciones alemanas y holandesas implican un esquema teórico; lo mismo ocurre con el hecho de que, incluso en sus vuelos más atrevidos, siempre se detiene sin hacer tonterías. Prestó poca atención a la balanza comercial. Creía que la prosperidad de los países vecinos era una ganancia para Inglaterra. La mejora de las facilidades crediticias reduciría la tasa de interés del 6 al 4 por ciento (observe los límites que protegen la declaración contra una acusación que sin ellos estaría peligrosamente cerca). El empleo y la comida barata (esta última se asegurará de fabricar productos baratos [dice "tela"]) son los objetivos a los que aspirar. De hecho podemos citarlo aquí como autoridad para todos los argumentos mencionados en el texto, ya que lo hemos citado y lo citaremos en otros temas.

El argumento militar ya se ha tratado. El argumento de la industria clave está presente en el debate sobre los alimentos y la producción y exportación de lana. El argumento de la autarquía general se desarrolló en Alemania más que en Inglaterra (para Francia, véase J. Nowak, *L'Idée de l'autarchie économique* , 1925). Para el argumento del empleo, acabamos de tener un ejemplo en Yarranton. Ocurre desde el primero (véase Clement Armstrong, 'A Treatise Concerning the Staple and the Commodities of this Realme', *c.* 1519-1535, *Tudor Economic Documents* , III, págs. 90 y siguientes, especialmente pág. 112; véase también John Hales, ¿ *Discurso del bien común* , 1549?). La legislación proteccionista, motivada por el argumento del desempleo, es por supuesto aún más antigua por lo menos cien años y rara vez está ausente en los libros más importantes. Malynes, Misselden, Child (que lo convierte en el criterio de la ventaja que obtiene la madre patria de las colonias), Barbon, Locke, Petty, todos lo tienen. Notemos además: John Cary, *Ensayo sobre el estado de Inglaterra* . . . (1695), que a juzgar por haber sido reeditado varias veces y por el elogio de Locke debe haber sido un éxito considerable; John Pollexfen, cuyo caso completo para prohibir la exportación de lana y la importación de productos manufacturados se basa en el argumento del empleo; John Bellers, *Ensayos sobre los pobres, manufacturas, comercio* . . . (1699); y 'Philanglus' (W. Petyt), *Britannia Languens o A Discourse of Trade* (1680). Algunos de los escritores "mercantilistas" llegaron a extremos

sorprendentes, de hecho hasta keynesianos. No hay nada sorprendente en la afirmación de Sir William Petty de que es mejor producir cosas inútiles que no producir nada: esto sólo demuestra su preocupación por la conservación de la eficiencia del trabajo. Pero otros a veces se expresaron como si pensaran que la ventaja nacional que se puede obtener del comercio exterior consiste exclusivamente en el empleo que da. Y esto, a su vez, llevó lógicamente a esa posición que parece tan absurda cuando se juzga a partir de las suposiciones de los 'liberales' del siglo XIX, y de hecho ha sido calificada de absurda por el profesor Viner (*op. Cit.* P. 55; el lector encuentra ejemplos en las dos páginas anteriores), a saber, que un comercio es más ventajoso para un país cuanto *más alto* es el costo total de la mano de obra de las exportaciones en comparación con el costo total de la mano de obra de las importaciones correspondientes. Volveremos a un aspecto de esto.

El argumento del empleo no solo se adelantó per se, sino también en su forma indirecta, a través del estímulo que la entrada de efectivo dará a las empresas. Aquí no nos interesan todos aquellos escritores que consideraron la posibilidad de impartir este estímulo mediante la creación de papel moneda, sino sólo aquellos que pensaron en lubricar las ruedas de los negocios mediante la importación de monedas y lingotes. Si el lector observa cuán popular es y siempre ha sido esta idea entre el hombre de la calle, esperará que sea prácticamente omnipresente, tanto que a menudo está implícita en lugar de expresarse explícitamente. El único obstáculo para su dominio absoluto era el aspecto de tesoro de la importación de lingotes: la idea de que los lingotes importados debían acumularse para cumplir con los requisitos de la guerra. Malynes y Misselden, los dos antagonistas, sin embargo, pueden citarse como ejemplos de este "argumento de la lubricación". Ambos vieron el estímulo en relación con la subida de precios, la sombra de Malynes —después de haber sido, durante tres siglos, objeto de vituperación prácticamente universal— provocando el aplauso de Lord Keynes (*Teoría general del empleo, el interés y el dinero* , p. 345) por ser conscientes de 'la falacia de la baratura' y el peligro de la 'competencia excesiva' y haber asociado el aumento de las ventas con el aumento, en lugar de la caída, de los precios. Pero, como hemos visto, otros escritores no enfatizaron esta relación del estímulo con el aumento de los precios: o miraron con recelo los aumentos de precios más altos o creyeron que la importación de lingotes estimularía el comercio sin aumentar los precios. Que no es de ninguna manera tonto sostener la última opinión se mostrará más adelante en una nota al pie.

Child, Mun y otros ofrecen ejemplos de la proposición de que las inversiones extranjeras son inevitables a corto plazo (si lo dijeron por motivos interesados, ¿qué hay de eso?), Pero no puedo citar ejemplos de argumentos a favor de la inversión permanente en el extranjero antes. Sir James Steuart y, lo que es más, tampoco el profesor Viner (*op. Cit.* P. 16).

En lo que respecta a estos argumentos, hay pocos errores graves que registrar. Teniendo en cuenta el patrón al que iban a aplicarse, todos eran más o menos capaces de una defensa lógica, más, en algunos aspectos, que los argumentos similares de hoy. Además, ciertas debilidades no deben juzgarse con demasiada severidad. Es cierto, por ejemplo, que la mayoría de esos escritores no parecen haber sido conscientes de hasta qué punto la validez de sus argumentos, al menos de los puramente económicos entre ellos, dependía de la condición de subempleo o *subdesarrollo* de las *áreas* productivas. recursos. [439] Pero el reproche inverso puede dirigirse a sus críticos y sucesores en el siglo XIX, en parte incluso al propio Marshall. [440] Finalmente, veremos que muchas de las calificaciones necesarias y muchos de esos contraargumentos que son complementarios más que competitivos fueron elaborados no por unos pocos "herejes" aislados, sino por los propios escritores "mercantilistas".

Pero tampoco hay mucho mérito analítico que registrar. Ya sea correcto o incorrecto, esos argumentos en la mayoría de los casos se presentaron sobre la base de su atractivo de sentido común. El hombre común en todo momento creyó en ellos como algo natural, y los economistas de esa época creyeron en ellos junto con él. Intentaron racionalizar la práctica de su tiempo, tanto en el sentido de que intentaron expresar lo que concibieron como los objetivos y necesidades de sus tiempos y países, como en el sentido de que intentaron poner un orden lógico en el montón irracional. de las medidas y prácticas reales. Pero no indagaron bajo la superficie hasta profundidades donde se impone la necesidad de una técnica analítica. Plantearon sus argumentos y se apresuraron a formular recomendaciones específicas, por ejemplo, en cuanto a qué industrias eran las más prometedoras para fomentar (para Inglaterra, sugirieron la pesca o el hierro o el lino o la mejora de las vías fluviales o el desarrollo de las tierras de la corona) y cómo el gobierno debería promoverlos: muchas de sus obras están llenas de proyectos; las de Yarranton son un buen ejemplo. Pero, por regla general, hicieron lo que hacen principalmente nuestros propios planificadores: dejaron donde comienza el análisis. Esto es lo que quise decir cuando dije que la mayor parte de esa literatura era precientífica, lo que desde nuestro punto de vista es mucho más importante que si nos gustan o no nos gustan las políticas "mercantilistas" y su espíritu nacionalista. Lo muy precientífico que fue el razonamiento de la mayoría de los escritores se puede ver más claramente cuando hicieron intentos de análisis y en ninguna parte mejor que en la forma en que manejaron la única herramienta analítica que la historiografía hostil ha señalado para la crítica, el equilibrio de concepto de comercio.

[(c) El concepto de balanza comercial como herramienta analítica.]

Lo primero que hay que observar sobre este concepto es que en realidad es una herramienta analítica. La balanza comercial no es una cosa concreta como un precio o una carga de mercancías. No se impone a ojos inexpertos. Se requiere un esfuerzo analítico definido para visualizarlo y percibir su relación con otros fenómenos económicos, por insignificante que sea ese esfuerzo. La historia de la física teórica muestra que lograr este tipo de logros es difícil y lleva mucho más tiempo del que deberíamos esperar: las ideas han estado durante siglos dentro de lo que nos parece fácil de alcanzar, e incluso se han pronunciado de alguna forma estéril de vez en cuando. sin llegar realmente al alcance de nadie. Si reflexionamos sobre esta dificultad, dejaremos de tomar a la ligera ese logro en particular.

El concepto tampoco carece de importancia. La balanza de *pagos* en el sentido definido en la nota a pie de página 441 es un dato importante en el diagnóstico de la situación económica de un país y un factor importante en sus procesos comerciales. En los siglos XVII y XVIII la *balanza comercial* de productos y servicios bien pudo haber sido la parte operativa de la *balanza de pagos* y, por tanto, haber tenido toda la importancia que se le puede atribuir. El problema es que, como herramienta de análisis económico general, no funciona por sí solo: si no conocemos más que las cifras de exportaciones e importaciones (siempre incluidas las cifras de servicios), no podemos hacer ninguna inferencia a partir de ellas. Así, un equilibrio "desfavorable" puede ser síntoma de una riqueza creciente pero también de un proceso de empobrecimiento; uno "favorable" puede significar prosperidad y empleo, pero también lo contrario. Sólo en conexión con otros datos la balanza comercial adquiere su significado sintomático y causal. Esto quizás deba ser matizado por la admisión de que, incluso tomado por sí mismo, el neto del saldo de débitos y créditos corrientes —que a veces *puede* ser indicado aproximadamente por el neto corriente de la balanza comercial— es un factor importante en los procesos monetarios. de un país, por lo tanto, un factor importante en las decisiones de las autoridades monetarias. Pero hablando en

términos generales, tanto el razonamiento como la acción que no depende de nada o casi nada más que la balanza comercial no pueden ser correctos excepto por accidente. Estas consideraciones ayudarán materialmente a evaluar tanto las contribuciones como los errores de los escritores "mercantilistas". Tengamos en cuenta, sin embargo, que ahora no nos preocupamos por un tablón en una plataforma económica sino por el manejo de una herramienta analítica.

[(d) Serra, Malynes, Misselden, Mun.]

Esta herramienta analítica tiene una larga prehistoria en la que no necesitamos adentrarnos. 442 El mérito de haber tenido una concepción clara del mismo y de haber sido el primero en utilizarlo plenamente y, en el fondo, es de Antonio Serra. 443 No es sólo que prestó la debida atención a los elementos invisibles, en los que parece haberse anticipado a todos los escritores de su propio siglo; o que comprendió plenamente la naturaleza de las políticas de control de cambios; o, como suele decirse, que "refutó la doctrina bullionista de los intercambios"; o que expuso (como lo había hecho Laffemas antes que él) las opiniones sobre la prohibición de las exportaciones de oro y plata que en Inglaterra se generalizarían, al menos entre los escritores de primer orden, 444 a medida que el siglo llegaba a su fin; o que introdujo el elemento de la teoría cuantitativa en la discusión sobre la propuesta de detener la salida de oro y plata por devaluación, aunque estas fueron contribuciones importantes. Tampoco deberíamos dejarnos demasiado impresionados por el hecho de que, aunque no fue el primero en ver la relación entre los movimientos del oro y la plata y la balanza comercial (o de pagos), fue el primero en elaborarla. Porque aunque esto lleva al análisis un paso más allá, en sí mismo no significa más que una observación bastante obvia, que además es tan probable que sugiera inferencias erróneas o al menos inadecuadas como sugerir inferencias verdaderas. El punto realmente importante no es que él explicara la salida de oro y plata del Reino Napolitano por el estado de su balanza comercial, sino que no se detuvo en esto, sino que pasó a explicar tanto la salida como la balanza comercial por las condiciones económicas del país. Esencialmente, todo el tratado trata sobre los factores de los cuales depende la abundancia de *productos básicos: los* recursos naturales, la calidad de la gente, el desarrollo de la industria y el comercio, la eficiencia del gobierno, lo que implica que si el proceso económico en su conjunto funciona correctamente, la balanza comercial se cuidará por sí sola y no requerirá de ningún tipo específico. En este esquema, los fenómenos monetarios son consecuencias más que causas, y sintomáticos más que importantes en sí mismos. 445 Y el autor (en su análisis del caso de Venecia, cap. X, Parte I) se opone, aunque no expresa explícitamente, a la proposición de que un país próspero, es decir, un país cuyo proceso económico no es desintegrarse — puede tener todo el dinero de oro y plata que pueda necesitar. 446 A partir de aquí, sin embargo, el camino no debería haber estado muy lejos de Hume.

Hay dos razones por las que esto nunca se ha reconocido adecuadamente. Primero, Serra no llegó a una formulación precisa y no hubo sucesores inmediatos para desarrollar su análisis. En segundo lugar, la visión de los críticos, ya sean amistosos u hostiles, ha sido tan borrosa por los eslóganes sobre el 'mercantilismo' que apenas se molestaron en preguntar qué papel preciso desempeñaba el proteccionismo de un hombre en su esquema de pensamiento y en qué sentido la balanza comercial parecía importante. para él, aunque, desde el punto de vista del análisis económico, estas cuestiones son mucho más interesantes que la cuestión de cuán alejado puede haber estado ese hombre del libre comercio.

En Inglaterra, surgió una controversia no muy diferente a la entre De Santis y Serra entre

Malynes y Misselden. Ya lo hemos mirado desde el lado de Malynes. En menor medida, Edward Misselden (fl. 1608–54) [447] tiene derecho a un crédito a la par con Serra. No dejó de plantear la proposición de que la exportación o importación de lingotes se explica en último análisis por la "abundancia o escasez de productos básicos" y, por lo tanto, no se le puede acusar de no haber entendido completamente el punto. [448] Tampoco es tan fácil como creyeron generaciones de críticos condenarlo por un razonamiento erróneo si, por un lado, permitimos plenamente las insuficiencias de exposición y, por otro lado, todo lo que se pueda decir a su favor desde el punto de vista de las teorías recientes. Sin duda, sin embargo, se acercó mucho más que Serra a esos errores definidos que se destacan tan claramente en el libro de Mun, [449] quizás sólo porque allí el argumento está más desarrollado.

El libro de Mun se considera generalmente como el clásico del "mercantilismo" inglés. Esta prominencia es lamentable, pero no del todo inmerecida. De hecho ya lo hemos tenido que mencionar varias veces. Una amplia variedad de cuestiones, desde la pesca hasta el embargo de oro y plata, se abordan con sensatez (aunque sin especial profundidad ni originalidad) en su espacioso marco, siendo el hilo conductor lo que, en la feliz frase del profesor Johnson, podemos llamar preocupación por 'generar poder.' [450] Sin embargo, este aspecto está cubierto por comentarios anteriores, en particular sobre el argumento proteccionista. Es sólo para evitar malentendidos que deseo enfatizar una vez más que la economía detrás de los argumentos de Mun sobre cuestiones prácticas era, si bien primitiva, pero sustancialmente sólida; esta afirmación, arriesgarse a otra repetición, no tiene nada que ver con la aprobación o desaprobación de objetivos imperialistas o cualquier otro "punto de vista último". [451] En realidad, esos argumentos se ven muy poco afectados por los errores analíticos que se mencionan. Incluso el énfasis particular que se pone en el excedente de exportación, como sabemos, no es en sí mismo incapaz de defenderse. Finalmente, no sólo se pueden eliminar las proposiciones erróneas, sino que en la mayoría de los casos, y especialmente en las de Mun, se asocian con otras que las califican y, a veces, incluso las contradicen. Los dos ejemplos más importantes en su caso son su reconocimiento de la necesidad de exportaciones ocasionales de oro y plata, [452] y su reconocimiento, que parece haber escapado a algunas críticas, del hecho de que, al final de cuentas, una política que apunta a los excedentes de exportación persistentes debe derrotarse a sí mismo mediante el aumento de los precios internos que eventualmente produciría. [453]

Todos los errores en cuestión se centran en una sola proposición, que, sin embargo, puede enunciarse en tres niveles diferentes: (1) que el superávit o déficit de exportación *mide* la ventaja o desventaja que una nación obtiene o sufre de su comercio internacional; (2) que el excedente de exportación o déficit es lo que la ventaja o desventaja de comercio internacional *consiste en* ; (3) que el superávit o déficit de exportación *es la única* fuente de ganancias o pérdidas para una nación en su conjunto.

Se han realizado las tres declaraciones. Ninguno de ellos es defendible. La idea de que una cierta cantidad mide otra cantidad que no se puede medir directamente no se le ocurre fácilmente a la mente no instruida. Por lo tanto, no esperaremos encontrar instancias explícitas de la proposición (1) y he insertado esa declaración solo porque ofrece una interpretación atenuante, justificable en algunos casos de lo que realmente se lee como (2). Sin embargo, se pueden citar Fortrey y Coke [454] a modo de ilustración. La segunda afirmación —que por supuesto no debemos sospechar detrás de toda proposición sobre las ventajas, reales o imaginarias, de un excedente de exportación— no es muy fácil

de encontrar en los escritores que cuentan. Sin embargo, tanto Misselden como Mun parecen estar entre ellos, tal vez incluso Petty si decidimos tomar al pie de la letra un pasaje de lo más infeliz. Con los pequeños alevines, expresiones como que todas las exportaciones son ganancias, todas las importaciones son pérdidas, son casi tan comunes como lo fueron con los senadores proteccionistas de los Estados Unidos en el siglo XIX e incluso después. La tercera afirmación es la peor. Dado que ninguna persona imparcial atribuirá a la ligera tales tonterías a cualquier escritor que muestre algún rastro de capacidad para razonar, y dado que una formulación inadecuada puede fácilmente hacerla indistinguible de la inofensiva afirmación de que la expansión de su comercio exterior fue, durante el siglo XVII Inglaterra, una importante vía hacia la grandeza (la exageración puramente retórica era mucho más habitual en la época del eufismo, el marinismo y el gongorismo que en la actualidad), sería tentador negar la existencia de casos convincentes. La razón por la que esto no es posible no radica tanto en el hecho de que algunos casos resultarían bastante refractarios a una interpretación benevolente, sino más bien en el hecho de que los intentos de análisis que se llevaron a cabo, si hubieran tenido éxito, hubieran establecido la tercera declaración junto con las otras dos.

El más común de estos intentos procedió por analogía. Su patrocinador más influyente, aunque no el primero, fue Mun (y Cary lo repitió). Si un individuo suma parte de sus ingresos anuales al dinero disponible en su cofre, siempre que los demás no hagan lo mismo, debemos agregar, se hará más rico cada año; si una nación obtiene un excedente de exportación y lo extrae de oro y plata, está haciendo lo mismo; *ergo* la nación se enriquecerá con la cantidad exacta de este excedente. Eliminemos algunas de las características más obviamente objetables de este razonamiento eligiendo una analogía algo diferente. Supongamos que consideramos una nación como una empresa comercial. Se puede decir que una empresa privada se enriquece o empobrece cada año según el monto de la partida de ganancias o pérdidas de su balance. Suponga además que la balanza de pagos es para la nación lo que el balance ordinario es para la empresa individual, de modo que su neto corresponde a la partida de pérdidas y ganancias de esta última. Si la balanza de pagos no contiene más que los elementos que componen la balanza comercial, la nación se volvería más rica o más pobre cada año por el monto de su excedente de exportación o importación. Dos cosas están claras: primero, que no tiene ningún sentido este argumento; segundo, que, si se toma en serio, seguirían nuestras tres declaraciones y no solo las dos primeras. [455]

Incluso si no se indica explícitamente, se debe sospechar alguna confusión de este tipo siempre que se enfatice el elemento de equilibrio favorable en ausencia de una motivación especial, como el argumento sobre la estimulación monetaria del proceso empresarial. Sin embargo, hay otra línea de razonamiento que puede conducir a las dos primeras afirmaciones e incluso enredar a un autor en la tercera. Varios autores de alto rango, como Coke y Petty, [456] lo adoptaron, pero Locke lo desarrolló más claramente. [457] Si definimos la ventaja nacional como el aumento de la participación relativa de una nación en la riqueza real del mundo, y si suponemos que todos los países usan un patrón de plata sin restricciones, la cantidad total de plata existente es aproximadamente constante, entonces el valor relativo de la nación La participación en la riqueza mundial tenderá a ser proporcional a, o representada por, su participación relativa en las existencias de plata existentes. 'La riqueza no consiste en tener más oro y plata, sino en tener más en proporción que el resto del mundo', por lo que una cierta cantidad de plata, si se adquiere mediante una balanza comercial favorable, aumenta las riquezas de una nación más que la misma cantidad si fuera recién extraída. Sin tener en cuenta la última posibilidad, podemos

incluso decir que una balanza comercial favorable es el único medio de aumentar esa participación en la riqueza mundial o, para cualquier nación, la única fuente posible de 'riqueza relativa' adicional, una proposición que no es peor. que muchos que se enseñan hoy. Es sorprendentemente ilustrativo de las formas de la mente humana que Locke de todos los hombres se haya comprometido con este argumento. Que Colbert [458] debería haber sido adicto a él es mucho menos sorprendente.
[(e) Tres proposiciones erróneas.]

Antes de continuar, es necesario tocar brevemente tres puntos de menor importancia. Primero, si el argumento recién presentado fuera aceptable, proporcionaría una racionalización para la idea de que la ganancia de una nación es la pérdida de otra. De hecho, esta idea simplemente se seguiría. Sin embargo, por mucho que necesitemos tal racionalización de una idea que estaba vigente en ese momento y nunca ha estado ausente en ningún momento, no estamos obligados a asumir que fue racionalizada de esa manera. Teniendo en cuenta la primitividad de todo el razonamiento económico de la época, quizás podamos conectar de manera más plausible esa idea con su contraparte en el ámbito de la economía individual, la idea de que en todo intercambio la ganancia de un hombre es la pérdida de otro. A partir de Aristóteles, los filósofos la refinaron definiendo con mayor precisión cuál era la ganancia que quedaba así prohibida, es decir, el excedente por encima del precio justo. Pero, como quiera que se definiera, la gente siempre sintió, como ahora, que el tipo de ganancia que hacía rico al comerciante era el resultado de ser estafado o explotado de alguna manera. En los escritos de los Administradores Consultores de todo tipo, abundan los síntomas tanto de que más o menos suscribían esa mirada como de que paulatinamente se fueron deshaciendo de ella. Pocos lo suscribieron tan explícitamente como Montchrétien, quien lo enuncia como un axioma (Heckscher, *op. Cit.* Vol. II, p. 26); pocos lo superaron tan completamente como Barbon: la mayor parte de la literatura se encuentra entre estos extremos. Esta lenta desintegración de uno de los elementos más antiguos del pensamiento económico popular es uno de los puntos más importantes para recordar sobre la historia del análisis en el siglo XVII.

Ahora bien, si nos aferramos, por un lado, al principio de que 'la ganancia de un hombre es la pérdida de otro' y, por el otro, al hábito del período de razonamiento sobre el comercio nacional por analogía con el comercio individual, llegamos inmediatamente a otra racionalización errónea de la creencia de que la ganancia de una nación debe ser la pérdida de otra.

En segundo lugar, de esto se desprende inmediatamente una posible explicación de otra proposición errónea que puede sospecharse detrás de muchas versiones del argumento de la balanza comercial. Si identificamos la ganancia que es la pérdida de otra persona con la ganancia en el sentido del empresario, todas esas ganancias se cancelarán en un balance general combinado de todas las empresas y hogares del país, *excepto* las ganancias que se obtienen en el comercio exterior. Estos no se cancelarán, porque las pérdidas de los extranjeros no cuentan. Haciendo el supuesto descabellado adicional de que estas ganancias se suman al excedente de exportación, podemos coronar una pirámide de tonterías afirmando que este último representa la suma total de las ganancias privadas netas, es decir, no compensadas, en una nación.

Pero no estoy dispuesto a cargar esto en la cuenta de ninguno de esos escritores "mercantilistas" que estaban en un nivel lo suficientemente alto como para justificar la discusión de sus puntos de vista, incluso si algunos de ellos se acercaron peligrosamente a decirlo o insinuarlo. Mi razón es que los Administradores Consultores no escribieron principalmente, lo que sea que hayan pensado,

sobre las ganancias individuales. Incluso cuando utilizaban términos como "beneficios" del comercio internacional, se referían a una ventaja nacional. Y esta ventaja nacional no se identificó con el interés de lucro. Tampoco se sostuvo que la acción individual con ánimo de lucro, necesariamente o normalmente, promueva el interés social o nacional. Esta proposición del laissez-faire era al principio bastante ajena a su esquema de pensamiento. Utilizaron el principio de que el comportamiento empresarial gira en torno a las ganancias (por ejemplo, sus recomendaciones apuntan principalmente a influir en las expectativas de ganancias) pero no solo admitieron la posibilidad de choques con el interés público, sino que incluso consideraron que los choques eran normales y la concordancia excepcional. Esta es precisamente la razón por la que la mayoría de ellos dio por sentada la necesidad de la regulación gubernamental y solo discutió los objetivos y métodos de la misma. Es cierto que poco a poco se abrieron camino hacia un punto de vista diferente; como veremos más adelante, uno de sus logros consiste en esto. Pero fundamentalmente eran planificadores, que planificaban precisamente para evitar lo que concebían como los efectos antinacionalistas de la empresa no regulada, independientemente de cuán rentable pudiera ser para los individuos: cuando recomendaron que se detuviera la importación de grosellas a través de Venecia, no se preocupó por las ganancias que podrían destruirse al hacerlo. En estas circunstancias, no es necesario insistir en atribuirles la responsabilidad de ese particular aborto analítico.

En tercer lugar, hasta ahora no se ha dicho nada sobre la famosa "confusión de riqueza (o riquezas) con dinero". Ninguno de los errores de análisis que se han mencionado equivale ni implica tal confusión. Además, hasta donde yo sé, no hay ninguna proposición en los escritores 'mercantilistas' que no pueda explicarse —por muy errónea que sea— sin suponer que pensaban que la riqueza era lo mismo que dinero, lingotes o tesoros, 'o que confundieron el dinero con lo que se puede comprar con dinero. Por lo tanto, tenemos pocas razones para desperdiciar espacio en una pregunta completamente carente de interés. Pero los lectores pueden sentirse con derecho a un comentario sobre lo que se ha convertido en un tema estándar en la historiografía de la economía desde que Adam Smith, por su crítica poco inteligente del "sistema comercial o mercantil", [459] dio el mal ejemplo.

Ya en 1549, un autor anónimo, [460] se propuso "declarar los medios y las políticas para reducir este Reino a un estado próspero y floreciente", considera necesario definir en qué consiste este estado floreciente. A su juicio, consiste principalmente en ser fuerte contra la invasión de los enemigos [que esto sea primero es interesante para nosotros desde otro punto de vista, JAS], no molestado con las guerras cívicas, *la gente es rica* [cursiva del autor] y no opresión con la familia ni penuria de víveres ", las últimas palabras con la clara intención de ilustrar al" rico ". Sin embargo, quiere un excedente de exportación para poder importar lingotes. De los autores del siglo XVII, Serra, Misselden, Mun ('la riqueza consiste en la posesión de aquellas cosas que son necesarias para la vida civil'), Child ('muchas herramientas o materiales'), Cary, Coke, Yarranton y, por supuesto, , Barbon, Davenant y Petty, sin mencionar a los defensores del papel moneda y de los esquemas bancarios, pueden citarse en apoyo de la tesis de que, cualesquiera que hayan sido sus deficiencias y por mucho que hayan exagerado la importancia de un aumento en "tesoro", la riqueza se definió —explícitamente o implícitamente— tal como la definimos nosotros mismos. Un *locus classicus* aparece en un tratado firmado por Papillon: [461] `` Es cierto que normalmente la medida de las existencias o riquezas se contabiliza por el dinero, pero eso está más en la imaginación que en la realidad: se dice que un hombre vale diez mil libras, cuando posiblemente no tenga cien libras en dinero disponible; pero su propiedad, si es un agricultor, consiste

en tierra, maíz o ganado e implementos de cría. . . .

Sin embargo, los giros de frases como La riqueza es dinero ocurren con frecuencia. 462 A veces se pueden eliminar fácilmente como *façons de parler* . Milles incluso dice que "aunque el dinero era el rayo y el cambio la luz, el lingote es el hijo" (citado por Seligman en su artículo, "Bullionistas"). ¿Deduciremos que él pensaba que los lingotes y el sol eran la misma cosa? En otros casos, puede ser necesario recordar que, mientras estamos tratando con piezas de análisis o intentos de análisis, estamos tratando con análisis primitivos, cuyos métodos difieren muy poco de y en los niveles inferiores se difuminan fácilmente en , los de la mentalidad popular que aún albergaba vestigios del culto de tesoros de oro y plata, aunque la armada británica ya había expulsado al dragón protector del lugar que solía ocupar. Pero esto es todo.

[5. Progreso analítico desde el último cuarto del siglo XVII: Josiah Child a Adam Smith]

Volvamos a la vía principal que, como ya sabemos, se elevó con fuerza en la segunda mitad, sobre todo en el último cuarto, del siglo XVII. Teniendo en cuenta lo dicho antes sobre otros aspectos del trabajo analítico de esas décadas, ahora agregaremos lo que queda por decir sobre el aspecto específicamente "mercantilista". El trabajo que queda por notar bajo este epígrafe es mucho más importante que el de las décadas precedentes y consistió en gran parte en una revisión crítica de este último, revisión que constituye el principal esfuerzo analítico de los escritores mercantilistas. Me parece que el crédito por haber dado la iniciativa debe ser de Child. 463 De otros nombres bastará mencionar Barbon, Cary, Coke, Davenant, Petty, Pollexfen, 464 Yarranton, y uno que espero que algunos lectores se sorprendan al encontrar en esta lista: North, ¡el libre comerciante! 465 Los principales puntos a tener en cuenta son estos.

Primero, Child, y otros más o menos al mismo tiempo pero principalmente después de él (ejemplo principal, Pollexfen), extrajeron la consecuencia de su teoría del dinero, que el dinero, al ser una mercancía como 'vino, aceite, tabaco, tela o cosas', a menudo puede exportarse tanto para beneficio nacional como cualquier otro producto básico. 466 Esto, si se desarrolla adecuadamente, golpea el fondo de cualquier posición que otorgue una importancia primordial a la balanza comercial per se. Sin embargo, Child no procedió al ataque frontal, que, hasta donde yo sé, quedó en manos de Barbon. Pero lo hizo inevitable. De manera similar, condujo a los dos corolarios de su propuesta, pero no los expresó. El primero, que si la exportación de oro y plata no es nada de qué preocuparse, su importación (el aumento en la oferta de dinero) no es nada para regocijarse, también fue desarrollado por Barbon. La otra, que la importación de lingotes no agrega más riqueza a una nación que la importación de materias primas, o incluso menos (obsérvese, sin embargo, que esto no es en todos los sentidos anterior a la pregunta), se desarrolló, aunque algo *post festum* (1696) de Cary. El proceso de análisis que ilustran estas instancias también eliminó los errores discutidos anteriormente. Puede decirse que esto se logró a fines del siglo XVII. Es cierto que fueron sacudidos en lugar de renunciados explícitamente, lo que explica el hecho de que los giros de frase que los sugieren continúan ocurriendo incluso con escritores como Cary, Davenant, Petty, Yarranton y otros posteriores, como Harris, quien en esencia, estaban bastante libres de esos errores. 467 También es cierto que, en lo que se ha llamado los niveles inferiores, todo esto vivió hasta que fue reemplazado por eslóganes "liberales", que, en esos niveles, no tenían mejor grano intelectualmente. 468

[a) Concepto de mecanismo automático.]

En segundo lugar, hemos visto que la concepción del mecanismo automático, el mecanismo que, si se permite que funcione y si las condiciones no se alteran demasiado, puede considerarse que garantiza a largo plazo una relación de equilibrio entre las existencias de dinero, los niveles de precios, ingresos, tasas de interés, etcétera de diferentes naciones [469] - no estaba completamente fuera del alcance de la visión de ninguno de los escritores 'mercantilistas' que uno se preocupa por citar: Serra vio mucho, Misselden y Mun, un poco, Malynes, casi el todo. Las contribuciones que se acaban de discutir anteriormente, así se podría pensar en retrospectiva, deberían haber hecho de la teoría completa de ese mecanismo una cuestión fácil de coordinar y ampliar la reformulación. Pero —como demuestra una vez más la historia de cualquier ciencia: la termodinámica ofrece un ejemplo particularmente bueno—, una formulación tan definitiva es sorprendentemente difícil de lograr y los primeros intentos siempre serán probablemente fracasos. Ninguno de los autores mencionados lo logró. North lo intentó. Vio que existe un mecanismo como resultado del cual cada país atraerá hacia sí una `` suma determinada '' de dinero que será suficiente para llevar a cabo su proceso económico (al nivel apropiado de precios y después del ajuste al mismo, salvedad que, sin embargo, no añade). Pero se descarriló por completo en su intento de describirlo. Locke tuvo más suerte. Incluso usó el dispositivo adoptado más tarde por Hume para tratar de describir lo que sucederá si se retira repentinamente la mitad del dinero existente en un país, y se dio cuenta de que esto restringirá las importaciones y aumentará las exportaciones, y sin embargo, no saca el dinero. conclusión que nos parece obvia (o lo parecía hasta hace veinte años). Pero para poner las cosas en la perspectiva histórica correcta, debe tenerse en cuenta que esta fortaleza, aunque no fue completamente reducida antes de mediados del siglo XVIII, finalmente fue ingresada, no mediante un nuevo ataque desde un lado o mediante un nuevo método de ataque, pero simplemente presionando a través de la brecha que habían hecho los escritores "mercantilistas". Esto se puede demostrar fácilmente mediante un breve estudio de los acontecimientos posteriores, que al mismo tiempo servirán para llevarnos no solo a la *Riqueza de las naciones,* sino más allá de ella, al umbral de discusión suscitado por la suspensión de los pagos en especie (Restricción bancaria , 1797).

El siguiente avance sustancial fue realizado por Gervasia. [470] Añadió la proposición, nunca antes expresada con inconfundible claridad, de que un aumento en el 'crédito' (digamos, billetes de banco) aumentará los ingresos y el consumo, por lo tanto disminuirá las exportaciones y aumentará las importaciones, y así producirá, al igual que un aumento en la cantidad. de los metales monetarios, una salida de estos metales que eventualmente impondrá restricciones crediticias, una contribución importante, particularmente meritoria en su énfasis en el "enfoque de ingresos". Por supuesto, esta proposición implica una comprensión completa del mecanismo fundamental del que estamos hablando, ya que simplemente desarrolla una consecuencia particular de él. Pero la descripción real de Gervasia del mecanismo automático, aunque superior a cualquiera que se haya publicado antes, está lejos de ser satisfactoria. Sin embargo, sería suficiente insertar algunos pasajes de Malynes para que así fuera. Los tiradores sucesivos, sin embargo, se acercaron cada vez más a dar en el blanco del viejo objetivo. De los que lo lograron, los más eminentes fueron Cantillon y Hume. [471] El hecho de que el ensayo de Hume suscitara cierta oposición atestigua su mérito, al igual que los hechos adicionales de que agregó varios puntos que eran nuevos, hasta donde yo sé, y que, a diferencia de algunos economistas del siglo XIX, no confiaba en la mecanismo incondicionalmente, aunque no enfatizó las fricciones y perturbaciones que pueden acompañar a su funcionamiento. Básicamente, sin embargo, su logro

consistió en sacudir el polvo de los errores de las piezas de la herencia "mercantilista" y reunir estas piezas en una teoría pulcra y completa. 472 Y esto es todo. No se añadió nada de mayor importancia durante el resto del siglo. En La *riqueza de las naciones* , Adam Smith no avanzó más allá de Hume, sino que se mantuvo por debajo de él. De hecho, no está lejos de la verdad decir que la teoría de Hume, incluido su énfasis excesivo en los movimientos de precios como vehículo de ajustes, permaneció sustancialmente sin cuestionar hasta los años veinte de este siglo.

[Nota de la izquierda de JAS: 'Por favor, deje el resto de la página' y agregó con lápiz como recordatorio los tres nombres Melon, Dutot, Galiani.]

[b) Fundamentos de una teoría general del comercio internacional.]

Queda por notar un tercer punto sobre el trabajo de nuestro grupo de escritores. Así como allanaron el camino hacia la teoría del mecanismo automático de los movimientos del oro y la plata, también allanaron el camino hacia la teoría del mecanismo automático de los movimientos de las mercancías. Es decir, salieron de esa etapa precientífica en la que los argumentos proteccionistas no tenían fundamento teórico, más que defectuoso, y empezaron a sentar las bases de la teoría general del comercio internacional que iba a gestarse en las últimas décadas de el XVIII y las primeras décadas del XIX. Lógicamente, aunque no históricamente, podemos distinguir dos pasos en su avance.

El primer paso consistió en la calificación y elaboración de los argumentos primitivos. Percibieron el hecho de que las ventajas inmediatas y visibles que las medidas proteccionistas pretenden asegurar nunca son ventajas netas o, como también podemos decir, que hay en cada propuesta sobre esas ventajas una contraproposición sobre los efectos ocultos o invisibles, muchos de los cuales son en la naturaleza de los costos. Tales proposiciones complementarias están implícitas en el argumento de Cary sobre la importación de materias primas o en el argumento de Coke sobre la importación tanto de materias primas como de productos manufacturados, o en el argumento de Coke y Yarranton sobre la baratura y la abundancia, o el argumento de Yarranton sobre las ventajas que obtiene una nación de la prosperidad de sus vecinos, o el argumento de Barbon (ocurre con frecuencia, pero creo que no fue definitivamente establecido ante Barbon) de que las regulaciones y restricciones siempre destruyen algún elemento de la riqueza potencial. Es, o era, la práctica común de los críticos decir que al introducir tales argumentos nuestros autores contradecían o se retractaban parcialmente de sus puntos de vista "mercantilistas", o que se volvían "eclécticos". Pero sea lo que sea que sea cierto desde otros puntos de vista, desde el nuestro, esos argumentos y las calificaciones que implicaban son simplemente la consecuencia inevitable de intentos cada vez más exitosos de ver más de un lado del caso.

Escritores continentales del mismo tipo hicieron conquistas similares. En particular, no nos sorprenderá saber que los holandeses estaban en la vanguardia. Los dos ejemplos destacados son Graswinckel y Pieter de la Court. 473

Así, gradualmente se fueron revelando aspectos adicionales y menos obvios, aunque de una manera totalmente asistemática. Pero entre las piezas inconexas de la realidad económica que se estaban desenterrando, había una que tenía el poder suficiente para coordinar todas las demás y apoyar la estructura de una teoría integral del comercio internacional o incluso del comercio en general. Child parece haber sido el primero en llegar (1668-1670) a una idea clara del valor explicativo del simple hecho de que las mercancías tienden a buscar el mercado más ventajoso. Para usar la frase de Davenant, quien elaboró la idea en los noventa, existen "canales" definidos que, bajo el estímulo de las

expectativas de ganancias, el comercio se encuentra por sí mismo; o, para decirlo de otra manera, el afán de lucro proporciona un principio regulador para la actividad empresarial "no regulada", internacional y nacional, y produce resultados que nos pueden gustar o no, pero que son determinados y no caóticos. Las proposiciones que implican este descubrimiento o incluso se refieren expresamente a ese principio en casos particulares ocurren en el siglo XVI y antes. Por supuesto, era bastante familiar para los escolásticos. Por otro lado, no se desarrolló completamente hasta Léon Walras. Pero los escritores mercantilistas ayudaron a colocarlo en su posición clave en la teoría del comercio internacional.

Ni Child ni Davenant llegaron muy lejos. Barbon, sin embargo, comprendió el mecanismo lo suficientemente bien como para esbozar la teoría del equilibrio en el comercio internacional de productos básicos, al menos en la forma de la proposición, expresada sin las calificaciones necesarias, de que las restricciones a las importaciones restringirán las exportaciones a una cantidad correspondiente. No puedo encontrar mucho más que esto en ningún autor del siglo XVII. En particular, se habló muy poco del argumento sobre la división territorial del trabajo. En su forma más primitiva, por supuesto, no puede haber sido nunca desconocido para nadie. Armstrong y Hales, en el siglo XVI, basaron el comercio internacional en el hecho de que diferentes naciones, que viven en diferentes condiciones, producen diferentes productos, cuyas partes superfluas pueden intercambiarse con ventaja para todas las partes interesadas. Incluso North pensaba en el comercio internacional con el mismo espíritu que el "intercambio de superfluidades", al igual que Grocio (1625). El reconocimiento del hecho mucho más interesante de que este intercambio alterará los organismos económicos de las naciones comerciales está, sin duda, implícito en muchas sugerencias prácticas, especialmente en las relaciones económicas entre Inglaterra e Irlanda y también en consideraciones más generales de Davenant (p. Ej. , en su *Ensayo sobre el comercio entre las Indias Orientales* , 1696), pero nadie parece haberse dado cuenta plenamente de su importancia como punto de partida del análisis o haber tenido la menor idea del principio de los costos comparativos. North, en particular, no hizo más que resumir, incompleta pero eficazmente, la contribución de los escritos "mercantilistas" hasta 1691.

Pero ninguno de los demás era un libre comerciante absoluto. Solo el norte lo estaba. Y para los intérpretes de la historia del análisis económico que no estaban interesados en nada más que el libre comercio y no conocían ningún canon de crítica excepto la distancia que separa a un autor del libre comercio, este era, por supuesto, el hecho más importante. Para ellos, está, por un lado, la oscuridad del error 'mercantilista' y, por otro lado, la luz eterna del 'liberalismo'; la luz se elevó contra la oscuridad y la disipó tan completamente que no quedó nada de ella excepto la piadosa maravilla de los liberales de cómo alguien pudo haber sido tan ignorante. Ahora bien, esta forma de ver la historia de ese tiempo bajo el aspecto de una aguda antítesis es totalmente errónea. Y es tan esencial para una comprensión adecuada de la evolución de nuestra ciencia comprender esto que debemos quedarnos un momento, incluso a riesgo de alguna repetición, para aclarar la naturaleza de la confusión de la que surgió esa visión.

Incluso si estuviéramos estudiando la historia de las doctrinas políticas, sería necesario señalar que las fuerzas de libre comercio no se reunieron simplemente fuera de la ciudadela mercantilista y la asaltaron; esto solo es cierto para el componente agrario conservador, que en ese momento era fuertemente antagónico a las grandes empresas y la protección, pero en mucha mayor medida formaba parte de ellas. Esto debería atraer a los marxistas, porque el apoyo decisivo del libre comercio inglés

provino después de todo de la misma clase burguesa que anteriormente había apoyado la protección. Pero el avance del análisis que solo nos interesa aquí no fue en absoluto una cuestión de libre comercio y liberalismo naciente. Podría haber ocurrido sin que nadie se convirtiera al libre comercio y al liberalismo, y el libre comercio y el liberalismo podrían haber obtenido su victoria política sin la ayuda de ese avance. De esto podemos quedarnos satisfechos con la reflexión de que, por ejemplo, ninguno de los viejos argumentos proteccionistas enumerados anteriormente se ve afectado por el análisis posterior que, en manos de los liberales, se hizo al servicio de la política de libre comercio. Ese análisis solo estableció la existencia de un 'mecanismo automático'. El conocimiento de este mecanismo no es irrelevante para la práctica. Cuando esté completamente desarrollado, evitará que las personas adopten el proteccionismo o el libre comercio por razones erróneas. Pero más allá de esto, no es el amo sino el servidor de las decisiones a las que llegamos. Puede servir —y racionalizar— las decisiones proteccionistas tan bien como las decisiones de libre comercio, pero tampoco es suficiente para hacer cumplir.

Es fácil aplicar esto al caso particular de North. Su lealtad al partido conservador probablemente tuvo mucho más que ver con sus opiniones sobre el libre comercio que su análisis. En lo que respecta a este último, para darse cuenta de que podría haber llegado a conclusiones 'mercantilistas' sin ningún error o inconsistencia, solo necesitamos suponer que adoptó uno de esos argumentos proteccionistas o simplemente que vio que una nación individual puede ganancia mediante un sistema bien diseñado de deberes de protección. Por lo tanto, podemos descartar sus convicciones sobre el libre comercio como irrelevantes en una valoración *de su aparato analítico* . Pero si miramos a este último, no tenemos ninguna dificultad en reconocer, primero, su afinidad con el 474 de Barbon y, segundo, el hecho de que por lo demás está compuesto por elementos bastante antiguos: la riqueza consiste en todo lo que satisface las necesidades; el dinero es una mercancía de la que puede haber demasiado o muy poco; no tiene sentido prohibir su exportación o tomar cualquier medida para asegurar un suministro adecuado de la misma; las leyes suntuarias embotan las espuelas para comerciar; y así. Claramente, es más correcto decir que su trabajo analítico se desarrolló a partir del "mercantilista" que decir que la relación fue de choque frontal.

[(c) Tendencia general hacia un comercio más libre.]

Sigamos de nuevo la evolución de la publicación de La *riqueza de las naciones* . Será conveniente distinguir claramente el desarrollo de *políticas* y *doctrinas* de libre comercio del desarrollo de *análisis* asociado a ambos.

Si se tienen debidamente en cuenta todos los obstáculos que se interponen en el camino, creo que se percibe una tendencia general hacia un comercio más libre. En Inglaterra, esta tendencia ya se había afirmado en la creciente oposición a las leyes de navegación y otras medidas 'mercantilistas', por ejemplo, en el Comité de Comercio de 1668. Mucho más significativo fue el asalto al sistema que los conservadores, bajo Harley y San Juan, hecho en 1713: las cláusulas octava y novena del tratado de paz de Utrecht marcaron un largo camino hacia el libre comercio con Francia. El asalto terminó en derrota. Los conservadores no cumplieron con esas cláusulas y el subsiguiente régimen whig (primero Walpole, después los Pelham) se mantuvo estrictamente en la táctica proteccionista. Los gobiernos de Bute a North tenían otras preocupaciones, pero Shelburne, y especialmente el joven Pitt, abrieron el camino hacia menos y menores obligaciones; el logro supremo de este último fue el tratado comercial con Francia de 1786. El revolucionario frenó el progreso durante casi treinta años. y las guerras

napoleónicas, tras las cuales la política de Pitt se reanudó en los años veinte del siglo XIX (por Huskisson). Como podemos ver en esto, Francia avanzó sustancialmente al mismo paso. Solo que hubo dos problemas adicionales: incluso el libre comercio interno no se logró hasta la Revolución, aunque sucesivas administraciones intentaron instaurarlo, y la situación agraria puso en primer plano la cuestión particular del libre comercio de granos, especialmente la libre exportación de granos. [475] En los Estados alemán e italiano no vemos a primera vista nada excepto un mayor desarrollo del sistema "mercantilista". Pero su racionalización condujo en muchos casos a una reducción de las cargas sobre el comercio interterritorial, especialmente en materias primas y productos semielaborados. En los Países Bajos, como era de esperar, ya en el siglo XVII se había afirmado una tendencia mucho más definida hacia un comercio más libre.

La doctrina se movió más rápidamente. La convicción del libre comercio comenzó a extenderse como parte de un código general de laissez-faire. Con el público burgués, el impulso operativo estaba simplemente lleno de sobreadministración burocrática, que se volvió tan fuerte que incluso el interés personal directo fracasó ocasionalmente en contrarrestarlo. Con los escritores, o algunos de ellos, un impulso similar adquirió un sabor filosófico: el libre comercio se consideraba cada vez más como parte de la autonomía del individuo, lo que se consideraba que implicaba un "derecho natural" a comerciar como quisiera. Este argumento, que ya había sido utilizado por Hugo Grocio y que puede seguirse a través de los diversos grupos de derecho natural, incluidos los fisiócratas e incluso los utilitaristas ingleses, carece por supuesto de todo significado científico. [476] Pero es relevante para nosotros, primero, porque prácticamente siempre estuvo asociado a enunciados positivos sobre los efectos económicos, que sí tienen significado científico y deben ser considerados independientemente de él; segundo, porque tenemos aquí (científicamente hablando) una influencia ilegítima que embota el borde de la facultad crítica e imparte un sesgo al razonamiento económico de los mejores escritores.

Como veremos más claramente más adelante, las debilidades que no son fáciles de explicar de otra manera pueden atribuirse a esta influencia, que comprensiblemente se alió con la doctrina de la Mano Invisible, incluso en los casos de Quesnay y Smith. Por supuesto, contó aún más en las opiniones populares que favorecían el laissez-faire que conquistó cafeterías y salones y presagió el dogmatismo del libre comercio de los liberales del siglo XIX, que no tiene mucho más que ver con el conocimiento científico que cualquiera de los dogmas populares de mercantilismo.

El progreso analítico, sin embargo, fue lento. Las controversias que surgieron sobre cuestiones políticas, que atrajeron la atención del público, resultaron sorprendentemente estériles a este respecto. El planteado por la política de cereales francesa, [477] por ejemplo, aunque atrajo el interés de algunas de las estrellas más brillantes del análisis económico, incluido François Quesnay, no produjo ningún resultado que debamos notar. [478] Sin embargo, hubo algún avance, aunque un avance que condujo a un nuevo error así como a una nueva verdad.

[(d) Beneficios de la división territorial del trabajo.]

El único logro importante que puedo ver consistió en una formulación técnicamente superior de los beneficios de la división territorial del trabajo que de alguna manera avanzó hacia la anticipación del elemento más importante de la teoría de los valores internacionales del siglo XIX. Es mérito de dos autores ingleses a los que nos limitaremos, aunque también podrían citarse otros. Un escritor anónimo, en 1701, publicó un tratado titulado *Consideraciones sobre el comercio entre las Indias Orientales* , [479] en el que trataba el comercio internacional como un método de adquirir bienes con una cantidad de

trabajo menor de la necesaria para producirlos en casa. No parece haber sido consciente de la relación de esto con el principio de costo comparativo, pero aun así tenemos aquí un predecesor de Ricardo, aunque posiblemente uno bastante poco influyente.

Ahora bien, producir en lugar de una mercancía A para el consumo interno, otra mercancía B, cuya exportación se obtendrá en la mercancía A en términos más ventajosos, es obviamente una cuestión de asignación de recursos productivos. Desde este ángulo, Gervasia consideró el problema, quien infirió, como Marshall [480], que los aranceles, al deletrear como interfieren con la asignación más ventajosa, deben generar una desventaja para la nación en su conjunto, por grande que sea la ventaja inmediatamente visible para las industrias protegidas. puede ser. Se ha mencionado que el tratado de Gervasia tiene sólo 34 páginas y si, en base a esto, le damos crédito por lo que podría haber tenido que decir en diez veces más, entonces esta proposición debe considerarse como una contribución considerable. al aparato de la teoría económica. De hecho, puede decirse que da, bajo la apariencia de una aplicación, uno de los primeros atisbos de la teoría del equilibrio general.

Pero casi no había nada más. Hume, a pesar de las muchas cosas sabias que tuvo que decir en sus ensayos sobre el comercio, sobre los celos del comercio y sobre la balanza comercial, [481] apenas llevó esta parte de nuestro tema más lejos. Tampoco Adam Smith, quien parece haber creído que bajo el libre comercio todos los bienes se producirían donde sus costos absolutos en términos de trabajo sean más bajos, aunque sin duda coordinó, redondeó, enfatizó e ilustró. De hecho, no hay nada de importancia que informar durante el resto del siglo, a pesar de la creciente avalancha de literatura popular, la mayoría de la cual era de tez de libre comercio o de libre comercio e influyó fuertemente en la *riqueza de las naciones* . [482] E incluso ese avance en el análisis de la especialización territorial no fue una ganancia absoluta. Tanto el autor anónimo como Gervasia estaban demasiado dispuestos a llegar a conclusiones acordes con sus opiniones sobre el libre comercio [483] y, al hacerlo, asociaron su logro con errores de razonamiento que se convertirían en típicos de la literatura sobre el libre comercio del siglo XIX. Gervaise no se dio cuenta de que su teorema sobre la asignación de recursos no puede oponerse a ninguno de esos argumentos proteccionistas, como el argumento de la industria naciente o el subempleo, que visualizan condiciones a las que ese teorema no se aplica. Al descuidar esto, Gervasia se alejó de muchas verdades valiosas que habían sido desenterradas por los escritores mercantilistas y, como North, adoptó una actitud que, aunque permitida en la teoría pura, estaba destinada a producir errores cuando se adhería acríticamente. El caso del autor anónimo es aún peor. Se apoya en gran medida en el argumento de que, debido a que el comercio internacional consiste en transacciones voluntarias, que por lo tanto deben ser necesariamente en beneficio de ambas partes contratantes, nada más que una ventaja para la nación en su conjunto puede resultar de él. North también había razonado así. Y Adam Smith, después de señalar *más suo* a un hecho obvio, a saber, que cada individuo recurrirá a la ocupación para la que se sienta mejor adaptado, continúa declarando que `` lo que es prudencia en la conducta de toda familia privada, puede escasamente sea insensatez en la de un gran reino. Desde el punto de vista de la técnica analítica, esto era tan malo como cualquier cosa que se pueda cargar al débito de la cuenta "mercantilista". Sin embargo, el error involucrado deberá discutirse completamente más adelante.

Hemos visto que, al menos en lo que respecta al análisis económico, no es necesario que haya habido una ruptura espectacular entre los "mercantilistas" y los "liberales". Sin perjuicio de sus ideales o intereses políticos, los economistas de la última persuasión podrían haber sucedido a los economistas

de la primera persuasión en la tarea analítica, del mismo modo que un equipo de trabajadores sucede a otro para llevar a cabo el trabajo. Hasta cierto punto, esto es lo que sucedió. Pero en la medida en que no sucedió, no solo se eliminó el error pasado de moda, sino también un desperdicio innecesario, comparable al desperdicio que resultaría si equipos sucesivos de trabajadores aplastaran los productos de sus predecesores, siempre que no les gustara la política de estos últimos. Si Smith y sus seguidores hubieran refinado y desarrollado las proposiciones 'mercantilistas' en lugar de desecharlas, en 1848 se podría haber desarrollado una teoría de las relaciones económicas internacionales mucho más verdadera y rica, una que no podría haber sido comprometida por un grupo de personas. y tratado con desprecio por otro.

Parte III:

De 1790 a 1870

1

-

Introducción y plan

1. Cobertura

ESTA PARTE cubre la historia del análisis económico desde la década de 1790 hasta finales de la de 1860 o principios de la de 1870. Durante una década o dos después de la publicación de La *riqueza de las naciones,* hay poco que informar *en lo que respecta al trabajo analítico* , y la mayor parte de lo que hay se ha incluido en la Parte II. No veo ningún sentido en insistir en un año en particular, pero si insistiéramos, podríamos comenzar un nuevo período de actividad analítica con el primer *Ensayo sobre población de* Malthus (1798). La publicación del primer volumen de Marx *El Capital* (1867), de Jevons' *Teoría* (1871), de Menger *Grundsätze* (1871), y la fundación de la Verein für Sozialpolitik (1872) son algunos de los eventos que marcan claramente la llegada de otro período.

Periodizar, como sabemos, es un mal necesario. En primer lugar, hay una objeción de principio que se aplica independientemente de la forma particular en que un escritor periodice: los desarrollos históricos son siempre continuos y nunca pueden cortarse en pedazos sin arbitrariedad y pérdida. Al negarnos a fechar por años, no resolvemos el problema sino que solo mitigamos las consecuencias de nuestra incapacidad para resolverlo. En segundo lugar, nuestra forma particular de periodizar, dictada por nuestra concentración en la historia del análisis económico, inevitablemente no satisfará a quienes estén interesados en otra cosa. Y, en tercer lugar, incluso desde el punto de vista de los compañeros de estudios de historia del análisis, existen objeciones bien fundadas a un método que sitúa a A. Smith cerca del final del período anterior en lugar de al comienzo del que podría decirse. haber sido dominado por su influencia. Nuestro reconocimiento de todo esto se mostrará de muchas formas, por ejemplo, en el hecho de que no tratamos en esta Parte con todos los autores que pertenecen a ella cronológicamente —el ejemplo más importante es Cournot— y que incluimos a algunos que no lo hacen. pertenecen a él cronológicamente; un ejemplo es Cairnes. Pero sostengo, sin embargo, que nuestra periodización saca a relucir la verdad esencial. Esto será para que el lector juzgue. Pero podemos mencionar a la vez dos hechos que de alguna manera justifican nuestro procedimiento. Primero, muchos historiadores antes que nosotros han sentido que este período formó una unidad real. El sentimiento se ha expresado en un nombre distintivo: fue llamado el período "clásico" de la economía, en un sentido bastante diferente de aquel en el que se usa el término en este libro. [484] Conservó esta etiqueta hasta que, en un momento en que la palabra 'clásico' había perdido su connotación elogiosa y comenzaba a significar 'obsoleta', Lord Keynes usó la palabra para denotar la enseñanza de A. Marshall y sus seguidores inmediatos (o simplemente, economía prekeynesiana). En segundo lugar y más importante, el tiempo entre la década de 1790 y el final de la de 1860 responde a nuestros criterios de un período: primero, hubo una nueva actividad que luchó con esperanza con la madera muerta; entonces las cosas se calmaron y emergió una situación clásica típica en nuestro sentido, resumida en el logro típicamente clásico —de nuevo, en nuestro sentido del término— de JS Mill, quien subrayó el hecho con su actitud de hablar desde la posición ventajosa de la verdad establecida y por la ingenua confianza que puso en la durabilidad de esta verdad establecida. Luego siguió el estancamiento, un estado que se sintió universalmente como

uno de madurez de la ciencia, si no uno de decadencia; un estado en el que "los que sabían" estaban sustancialmente de acuerdo; un estado en el que, "habiéndose hecho el gran trabajo", la mayoría de la gente pensaba que, salvo puntos menores, sólo quedaba por hacer la elaboración y la aplicación.

2. Parafernalia

Algo muy parecido a la envidia entra en escena para estropear la sonrisa con la que solemos saludar los numerosos pasajes de los escritos de este período que respiran una inmensa complacencia. Los economistas, o la mayoría de ellos, estaban evidentemente tan complacidos con los resultados de su trabajo como algunos de ellos lo estarían de nuevo en la década de 1930. Más adelante haremos un esfuerzo por comprender ese estado de ánimo feliz en el que los economistas vieron una casa sólida en la que no habían construido nada mejor que una choza endeble: [485] todavía infravaloramos los logros anteriores a Smith; todavía sobrevaloramos el logro de los 'clásicos'.

Las condiciones en las que se llevó a cabo este trabajo se pueden caracterizar brevemente como sigue. Dudo en decir que la economía profesional se estableció definitivamente durante este período. Ciertamente no se puede decir que la economía como profesión se haya consolidado, pues el estudio de los fenómenos económicos aún no era un trabajo de tiempo completo y pocas personas eran economistas y nada más: muchos eran empresarios, o servidores públicos, o periodistas, e incluso los profesores académicos de economía, en muchos, si no en la mayoría de los casos, también enseñaron materias afines, o incluso completamente diferentes. Sin embargo, tenemos derecho a hablar de un rápido proceso de profesionalización que tuvo lugar durante ese período: desde el principio, la economía había establecido su derecho a un campo de investigación definido; se había convertido en una especialidad definida; utilizó métodos definidos; sus resultados ganaron en definición; y los economistas, aun siendo personalidades fraccionarias, se reconocieron entre sí y fueron reconocidos por el público, más definitivamente que antes. Se fundaron nuevas sociedades de economía política; aparecieron nuevas revistas, nuevos diccionarios y nuevas bibliografías, todo lo cual, sin embargo, significaba sólo la continuación de la práctica anterior. [486] El estudio de la historia del pensamiento económico tuvo un comienzo vigoroso [487] y hubo, por supuesto, una marea creciente de libros de texto, algunos de los cuales mencionaremos cuando surja la ocasión.

La investigación fue financiada en gran parte por los propios investigadores: el logro de Tooke, por ejemplo, sólo fue posible porque era un hombre rico; en algunos casos, por supuesto, el producto de la publicación comercial de los resultados resultó adecuado. Sin embargo, la enseñanza fue totalmente inadecuada. Incluso en aquellos países en los que antes se habían previsto conferencias periódicas, como Alemania, Italia, España y Escocia, la intención era complementar otras líneas de estudio (derecho, por ejemplo, o filosofía) en lugar de un estudio independiente. plan de estudios organizado de formación en economía per se. En los Estados Unidos se fundó una cátedra de Filosofía Moral y Economía Política en Columbia en 1818, y un profesor de química recibió el encargo de dar una conferencia sobre economía en el South Carolina College en 1824. Sin embargo, antes se había impartido clases de enseñanza en varios plazas por personas de las más variadas cualificaciones. En Inglaterra, muy pocas cátedras o cátedras son anteriores al período posterior. El de Oxford se fundó en 1825; el primer titular fue Senior; el de University College, Londres, en 1828; el primer titular fue McCulloch; el de Dublín en 1832; el primer titular fue Longfield, y había una cátedra de historia, comercio y finanzas en el East India College de Haileybury, al que Malthus fue nombrado en 1805. [488]

Pero los estipendios y otras condiciones de tenencia demuestran ampliamente que los fundadores y administraciones ni siquiera deseaban que la gente tuviera nombramientos por mucho tiempo, y mucho menos que deberían hacer de ellos sus trabajos de por vida. En Inglaterra se fundó en 1857 una Asociación Nacional para la Promoción de las Ciencias Sociales con el fin de remediar este estado de cosas, pero se necesitaron décadas para lograr un éxito perceptible.

Esto debe tenerse en cuenta en cualquier evaluación del desempeño del período y aún más en cualquier evaluación del desempeño de un individuo. En otra ocasión tendré que enfatizar que los fondos y las sillas no lo son todo, pero aquí tengo que enfatizar que tampoco son nada. En esas circunstancias, hombres de brillante habilidad y amplia cultura tocaron nuestro campo con tanta ligereza que todas sus habilidades y adquisiciones no les impidieron convertirse en economistas insignificantes, razón por la cual, en nuestro campo y para ese período, una valoración determinada del desempeño no implica necesariamente una valoración del hombre. 489

Salvo algunos picos solitarios en el extranjero, Inglaterra se sitúa fácilmente en primer lugar en el desempeño de ese período. De hecho, ese período fue el período específicamente inglés en la historia de nuestra ciencia. El prestigio inigualable del que disfrutaban entonces los economistas ingleses se debía solo en parte a la gloria que se reflejaba irracionalmente sobre ellos por el éxito económico de su país. Básicamente, ese prestigio se debía a la calidad del trabajo realizado por ellos, no solo por un pequeño número de maestros, sino también por un gran número de escritores capaces, que no estaban en la primera fila pero cuyos esfuerzos combinados equivalían a una gran cantidad de escritores. acuerdo.

3. Plano de la pieza

Vamos a cambiar nuestro método de presentación. En la Parte II no solo tuvimos que cubrir un vasto lapso de años, sino también lidiar con la dificultad de que no existía un sistema generalmente aceptado para describir. Estrictamente hablando, no existió tal sistema en el período cubierto por la Parte III. Pero había algo que era casi, aunque no tan bueno. Es decir, la gran mayoría de las personas que, como hemos dicho, se reconocieron como economistas coincidieron suficientemente en los fundamentos de la materia, método y resultados para permitir sistematizar sus aportes, aunque discreparon: individualmente o en grupo, en prácticamente todos los problemas individuales dentro de ese marco de fundamentos. Había incluso más puntos en común y, entre décadas sucesivas, de continuidad de lo que los escritores individuales hubieran estado dispuestos a admitir. Porque, entonces como ahora, la mayoría de los economistas solían enfatizar las diferencias más que los acuerdos, aunque hubo importantes excepciones a esto, siendo la más importante JS Mill. Es cierto que hubo muchos disidentes *toto cœlo* , hombres que condenaron el creciente cuasi-sistema de raíz y rama de la economía "clásica". Pero la mayoría de ellos no cumplen con nuestra prueba de competencia analítica. Y otros objetaron por motivos no analíticos, es decir, principalmente por motivos políticos, morales o culturales, de modo que sus objeciones no son necesariamente 490 relevantes para nosotros, incluso cuando simpatizamos con ellos.

Aprovechando estos hechos, podremos hacer en esta Parte lo que no pudimos hacer en la Parte II, es decir, después de haber recordado los rasgos sobresalientes del escenario político e intelectual (Capítulos 2 y 3), trazar un imagen de *desarrollos analíticos* con referencia a una sección transversal. Esta sección transversal estará representada (en el Capítulo 5) por los *Principios de* JS Mill . Pero para

simplificar las cosas, liberaremos al Capítulo 5 de parte de su carga, presentándonos de antemano a los individuos y grupos más importantes (Capítulo 4) y reservando los detalles de la teoría pura y del dinero, tanto como sea posible, para dos capítulos separados (6 y 7). El capítulo 7 también se ocupará de lo poco que hay que decir sobre la banca y los ciclos.

4. Sobre el sistema marxista

Nuestro plan es simple y funciona bien en todos los casos excepto en uno: el caso del sistema marxista. La dificultad no es, como podría suponerse, que la economía marxista se mantenga al margen en un espléndido aislamiento y sea inconmensurable con el resto del trabajo que se discutirá. Veremos, por el contrario, que es parte integrante de la economía general de ese período, razón por la cual debe encajar aquí. No estaba pensando en Marx cuando hablé de los disidentes *toto cælo* en la sección anterior, y puede ser tratado en este libro exactamente como lo son otros economistas. 491 Tampoco surge la dificultad del hecho de que también fue sociólogo. Porque su sociología puede encajar en su lugar apropiado tan bien como su economía. La dificultad es que, en el caso de Marx, perdemos algo que es esencial para comprenderlo cuando dividimos su sistema en proposiciones componentes y asignamos nichos separados a cada una, como lo requiere nuestro modo de proceder. Hasta cierto punto, esto es así con todos los autores: el todo es siempre más que la suma de las partes. Pero es sólo en el caso de Marx que la pérdida que sufrimos al descuidar este 492 es de vital importancia, porque la totalidad de su visión, como totalidad, afirma su derecho en cada detalle y es precisamente la fuente de la fascinación intelectual que experimentan todos. , amigo y enemigo, que lo estudia. La forma en que propongo afrontar esta dificultad no puede ser satisfactoria para el marxista ortodoxo para quien Marx es el sol central de las ciencias sociales. Tampoco puede ser satisfactorio para quien quiere imágenes artísticas de pensadores individuales. Pero es perfectamente satisfactorio para todo lector que desee conocer la imagen de la evolución de la economía técnica que este libro pretende presentar. Reconocemos plenamente, pero no pretendemos duplicar, la tarea distinta de la marxología. No perturbaremos nuestro plan. Desarmaremos la obra de Marx y utilizaremos, con estricta economía, sólo lo que sea relevante para nuestro propósito, en los lugares indicados por nuestro propósito. Pero usaremos el resto de esta sección para comentar el conjunto.

I. Marx figura en este libro sólo como sociólogo y economista. Por supuesto, ese profeta creador de credos fue mucho más que esto. Y su actividad creadora de credos, por un lado, y su actividad política y agitadora, por el otro, están inextricablemente entrelazadas con su actividad analítica. Tanto es este el caso que surge la pregunta de si se le puede llamar trabajador analítico. Esta pregunta puede tener una respuesta negativa desde dos puntos de vista muy diferentes. El marxista ortodoxo, para quien cada palabra del profeta es verdad eterna y para quien disentir no solo significa error sino pecado, devolverá una respuesta negativa, pero en este sentido particular: en la eminencia hegeliana de Marx, el actuar y el razonamiento, la realidad y el pensamiento, se vuelven idéntico; el análisis no puede, en ese nivel, separarse de la práctica; por tanto, si llamamos analítico al pensamiento de Marx, deberíamos añadir de inmediato que fue analítico en un sentido que difiere esencialmente del habitual; por tanto, su trabajo no es analítico en el sentido habitual, y el autor de este libro, congénitamente incapaz de hacerle justicia, debería apartar sus impías manos de él. Algunos antimarxistas estarían de acuerdo con el resultado, aunque podrían formularlo de otra manera aconsejándome que no me dejara llevar por lo profano: para ellos, la obra de Marx es una serie de

diatribas esencialmente acientíficas, escritas por un hombre incapaz congénitamente de ver un hecho o razonar directamente.

Mi respuesta a nuestra pregunta es, sin embargo, afirmativa. La garantía de esta respuesta afirmativa está en la proposición de que la mayor parte de la obra de Marx es analítica en virtud de su naturaleza lógica, ya que consiste en enunciados de relaciones entre hechos sociales. Por ejemplo, la proposición de que un gobierno es esencialmente un comité ejecutivo de la clase burguesa puede estar completamente equivocada; pero encarna un análisis en nuestro sentido, cuya aceptación o refutación está sujeta a las reglas ordinarias del procedimiento científico. Ciertamente, sería absurdo describir el *Manifiesto Comunista* , en el que aparece esta proposición, como una publicación de carácter científico o aceptarlo como una declaración de verdad científica. No es menos absurdo negar que, incluso en la obra más científica de Marx, su análisis fue distorsionado no solo por la influencia de propósitos prácticos, no solo por la influencia de juicios de valor apasionados, sino también por el engaño ideológico. [493] Finalmente, sería absurdo negar la dificultad que en algunos casos se eleva a la imposibilidad de desenredar su análisis de su elemento ideológico. Pero el análisis ideológicamente distorsionado sigue siendo análisis. Incluso puede producir elementos de verdad. En resumen: no *cantaremos O Altitudo* cada vez que aparezca el nombre de Marx en las páginas siguientes; pero tampoco lo sacamos de la cancha *a limine* ; simplemente lo reconocemos como un analista sociológico y económico cuyas proposiciones (teorías) tienen el mismo significado y posición metodológica y deben ser interpretadas de acuerdo con los mismos criterios que las proposiciones de cualquier otro analista sociológico y económico; no reconocemos ningún halo místico. [494]

II. Dado que Marx cuenta para nosotros sólo en la medida en que fue un sociólogo y economista "científico", no necesitamos considerar ningún aspecto de su carrera, actividades o carácter personal que no sea relevante para su trabajo "científico". Deseo renunciar a cualquier intención de "evaluarlo" como hombre, y esto también se aplica a su amigo y fiel aliado, Engels. Sin embargo, algunos hechos son necesarios para ver el trabajo de cada uno en su debida luz. Se presentan en la nota a pie de página a continuación. [495] Subrayamos algunos de ellos. Primero, nadie entenderá a Marx y Engels si no sopesa adecuadamente las implicaciones de su trasfondo cultural burgués, que es una de las razones, aunque no la única, por la que el marxismo debe ser considerado como un producto de la mente burguesa, un producto que creció a partir de raíces burguesas del siglo XVIII y principios del XIX. La creencia de que alguna vez significó o podría significar algo para las masas o de hecho para cualquier grupo, excepto un número limitado de intelectuales, es uno de los elementos más patéticos de la ideología personal de Marx y Engels. [496] En segundo lugar, nuestra información nos permite formarnos una idea bastante clara de las oportunidades de Marx para el trabajo concentrado. A veces, se entregaba a actividades y vivía en condiciones que seguramente irritarían a un hombre y serían más destructivas para su trabajo científico de lo que podríamos inferir de las horas realmente absorbidas. Sin embargo, tenía, en promedio, una cantidad de tiempo 'para sí mismo' que se compara favorablemente con la cantidad que le queda, también en promedio, al típico profesor estadounidense de nuestros días. Y lo usó al máximo. Una vez más, nadie entenderá nunca a Marx y su obra si no concede el peso adecuado a la erudición que la llevó a cabo, fruto de un trabajo incesante que, partiendo de intereses fundamentalmente filosóficos y sociológicos en sus primeros años, se concentró cada vez más en la economía como pasó el tiempo, hasta que sus horas de trabajo fueron casi monopolizadas por él. Tampoco era el tipo de mente en el que el carbón académico apaga el fuego: con

cada hecho, con cada argumento que le afectaba *en su lectura* , luchaba con un entusiasmo tan apasionado que se desviaba incesantemente de su línea principal de avance. En esto no puedo insistir demasiado. Este hecho sería mi tema central si escribiera una marxología. La lectura de su *Theorien über den Mehrwert* basta para convencer a uno de ellos. Y, una vez comprobado, sirve para establecer a su vez otro hecho y para resolver un enigma muy discutido: sirve para establecer que fue un analista nato, un hombre que se sintió impulsado a hacer un trabajo analítico, quisiera o no y no importa cuáles fueran sus *intenciones* ; y sirve para resolver el enigma de por qué no pudo terminar su trabajo y en cambio nos dejó montones de manuscritos desordenados que ningún trabajo de amor valió para poner en una forma aceptable.

En tercer lugar, nuestra información justifica las afirmaciones de que era en gran medida un filósofo aficionado a la sociología y la política (como hacen tantos filósofos) hasta que fue a París; que allí avanzó rápidamente y se puso de pie como economista; y que para cuando él y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista* (1847; publicado en 1848); es decir, a los 29 años, [497] estaba en posesión de todos los elementos esenciales que componen la Ciencia Social marxista, siendo la única laguna importante en el campo de la economía técnica. Por lo demás, la línea principal de su vida intelectual puede describirse como una serie de esfuerzos para desarrollar esa ciencia social y llenar esas lagunas, *tareas que, creo, Marx no esperaba que implicaran dificultades insuperables, aunque lo hizo. Espero que se requiera una gran cantidad de trabajo adicional para enderezar y coordinar todo lo que debía encontrar un lugar dentro de la vasta estructura* .

Esta interpretación no es la habitual. Atribuye a Marx una concepción temprana de todo lo que es fundamental en su esquema de pensamiento y, salvo puntos de detalle comparativo, una gran cantidad de consistencia en su desarrollo, surgiendo de un propósito y plan teórico que nunca varió en lo esencial. Incluso los marxistas, de quienes se puede esperar que simpaticen con este punto de vista, lo encontrarán demasiado simple; pero los críticos de Marx lo declararán absolutamente erróneo. En consecuencia, es necesaria alguna defensa. Los hechos relevantes son estos. En 1859, Marx publicó *Zur Kritik der politischen Ökonomie* , que evidentemente iba a ser la primera entrega de una exposición completa y, por lo tanto, constituye una prueba de que debe haberse creído preparado para escribir una. El hecho de que abandonara este torso prueba que no lo era y que sentía que había tenido un comienzo insatisfactorio. Pero, ¿y eso? Esto es exactamente lo que se debe esperar que suceda en una empresa de tal magnitud —que, además, implica, desde el punto de vista económico, una gran cantidad de detalles, teóricos aún más que fácticos— y no puede tomarse como prueba de que algo haya salido mal. con los fundamentos. Comenzó de nuevo y, después de luchas que se reflejan de manera más instructiva en parte del material manuscrito finalmente publicado en tres volúmenes por Kautsky (*Theorien über den Mehrwert* , 1905-10), publicó una nueva primera entrega (*Das Kapital* , primer vol., 1867). [498] El hecho de que durante la vida de Marx no siguiera ningún segundo volumen y de que Engels tuvo que editar el segundo volumen (1885) y compilar un tercero (1894), ambos a partir de manuscritos inacabados, es interpretado por los antimarxistas como una confesión de fracaso: Marx, decían, se dio cuenta de la presencia en su sistema de inconsistencias irreconciliables (especialmente en su teoría del valor) y, por lo tanto, se negó a continuar. Sin embargo, a partir de *Theorien über den Mehrwert* se puede demostrar que Marx, cuando publicó el primer volumen, conocía perfectamente y había planeado lo que a sus críticos les parecían inconsistencias irreconciliables. Su correspondencia, es cierto, establece el hecho de que aplazó la finalización del segundo volumen por razones que no se leen

de manera demasiado convincente. Pero seguramente esto se puede explicar por la creciente resistencia de un organismo envejecido que temía nuevos esfuerzos. Por tanto, no se puede considerar que los hechos mencionados refuten mi interpretación. Las razones positivas que tengo para preferirlo son su método de trabajo al que se ha aludido anteriormente, y el conocimiento de mi teórico de las dificultades teóricas de Marx; desde su punto de vista, no eran insuperables. Esto es, por supuesto, bastante compatible con mi convicción de que el sistema de Marx tiene graves fallas. Solo quiero decir que podría haber presentado una teoría económica integral sin violar la lógica; siempre habría tenido que violentar los hechos.

III. Dado que hemos decidido hacer lo que los marxistas —quizá con razón— resienten, es decir, hacer pedazos la estructura marxista y discutir cada una de estas piezas en los lugares a los que pertenecen, no obtendremos una visión general de ella en ninguna parte. . Los siguientes comentarios pretenden ofrecer un sustituto parcial de tal punto de vista.

Las 'piezas' se dividen en dos grupos, uno sociológico y otro económico. Las piezas sociológicas incluyen contribuciones de primer orden de importancia, como la Interpretación económica de la historia, que, como argumentaré, puede considerarse como propia de Marx, tanto como la descendencia del hombre de Darwin es del propio Darwin. Pero el resto de la sociología de Marx —el marco sociológico que, como todo economista, necesitaba para su teoría económica— no es objetivamente novedoso ni subjetivamente original. Sus ideas preconcebidas sobre la naturaleza de las relaciones entre capital y trabajo, en particular, las tomó simplemente de una ideología que ya era dominante en la literatura radical de su tiempo. [499] Sin embargo, si deseamos rastrearlos más atrás, podemos hacerlo sin dificultad. Una fuente muy probable es la *riqueza de las naciones* . Las ideas de A. Smith sobre la posición relativa del capital y el trabajo estaban destinadas a atraerle, especialmente porque se vinculaban con una definición de renta y ganancias, como 'deducciones del producto del trabajo' (Libro I, cap. 8, ' Of the Wages of Labor '), lo que sugiere fuertemente una teoría de la explotación. Pero estas ideas fueron bastante comunes durante la Ilustración y su verdadero hogar fue Francia. Los economistas franceses, desde Boisguillebert, habían explicado la propiedad de la tierra mediante la *violencia* , y Rousseau y muchos filósofos se habían extendido sobre el tema. Sin embargo, hay un escritor, Linguet, que, más explícitamente que otros, trazó exactamente el cuadro que Marx hizo suyo: el cuadro no solo de los terratenientes que someten y explotan a los siervos rurales, sino también de los empleadores industriales y comerciales que hacen exactamente lo mismo. lo mismo para los trabajadores que son nominalmente libres, pero en realidad esclavos. [500]

Este marco sociológico ofrecía la mayoría de las clavijas que Marx necesitaba para tener algo sobre lo que colgar sus frases resplandecientes. Y dado que los historiadores están interesados principalmente en estos, no importa si los admiran o se sienten escandalizados por ellos, es difícil obtener un asentimiento a la verdad obvia sobre la naturaleza de las piezas puramente económicas del sistema marxista. Esta verdad obvia es que, en lo que respecta a la teoría pura, Marx debe ser considerado un economista "clásico" y más específicamente un miembro del grupo ricardiano. [501] Ricardo es el único economista a quien Marx trató como un maestro. Sospecho que aprendió su teoría de Ricardo. Pero mucho más importante es el hecho objetivo de que Marx utilizó el aparato ricardiano: adoptó el esquema conceptual de Ricardo y sus problemas se le presentaron en las formas que Ricardo les había dado. Sin duda, transformó estas formas y al final llegó a conclusiones muy diferentes. Pero siempre lo hizo partiendo y criticando a Ricardo: la *crítica a Ricardo era su método en su trabajo*

puramente teórico . Aquí solo se pueden mencionar tres ejemplos sobresalientes: Marx aceptó sustancialmente la teoría ricardiana del valor (ver más abajo, capítulo 6) y la defendió con los argumentos ricardianos pero, reconociendo que no se puede esperar que los valores ricardianos sean proporcionales a los precios, trató de funcionar desarrollar una teoría diferente de la relación entre los dos; Marx, siguiendo el ejemplo de Ricardo, se enfrentó, como Ricardo, al problema de la plusvalía pero, reconociendo que la solución de Ricardo realmente no era una solución en absoluto, desarrolló su teoría de la explotación a partir de la estructura ricardiana; Marx aceptó en su totalidad, hasta en los detalles, la teoría del desempleo tecnológico de Ricardo pero, al encontrarla inadecuada para sus propósitos, intentó convertir en una "ley" general lo que para Ricardo no era más que una posibilidad. Se espera que estos puntos se aclaren a medida que avancemos (cap. 5 y 6). Aquí se mencionan a modo de anticipación para dar una definición al significado de mis afirmaciones de que Ricardo era el maestro de Marx y que Marx, aunque transformó el material teórico que encontró, trabajó con herramientas que encontró y no con herramientas que él mismo creó. . Ésta es sólo otra forma de expresar que, por más `` secular " que haya sido un fenómeno de Marx en algunos aspectos, estaba esencialmente ligado a un período como técnico teórico, un hecho que más tarde creó muchas dificultades para los seguidores que se sentían incapaces de admitirlo. que Marx podría volverse obsoleto en cualquier aspecto.

Sin embargo, para recordar un punto que parece importante, me he limitado estrictamente en el párrafo anterior a la técnica teórica de Marx. Pero hay dos rasgos de la teoría marxista que trascienden la técnica. Y estos no estaban sujetos a períodos. Uno es su *tableau économique* . En su análisis de la estructura del capital, Marx desarrolló a Ricardo una vez más. Pero hay un elemento en él que no proviene de Ricardo sino que puede provenir de Quesnay: Marx fue uno de los primeros en tratar de elaborar un modelo explícito del proceso capitalista. [502] El otro es aún más importante. La teoría de Marx es evolutiva en un sentido en el que ninguna otra teoría económica lo fue: trata de descubrir el mecanismo que, por su mero funcionamiento y sin la ayuda de factores externos, convierte cualquier estado de la sociedad en otro. [503]

IV. Esto es todo lo que nuestro espacio nos permite decir sobre el sistema marxista en general y sobre la forma en que se tendrán en cuenta las partes que lo componen en este libro. [504] Debe seguir una guía del lector ahora. Pero me siento incapaz de producir uno. Marx era un escritor tan difuso y repetitivo y, salvo el primer volumen de *Das Kapital* , sus obras teóricas reflejan un estado tan inacabado de su argumentación, que es imposible señalar lo más significativo con confianza. En lugar de intentar una tarea imposible, referiré a mis lectores a un libro del Dr. Sweezy (el trabajo de un teórico consumado y un monumento de lealtad inquebrantable) que presenta la economía de Marx en la luz más favorable y, además, es la mejor. introducción a la literatura marxista que conozco. [505] Basándome en esta referencia, me limitaré a ofrecer los siguientes consejos.

No tiene ningún sentido examinar fragmentos seleccionados de los escritos de Marx o incluso leer detenidamente el primer volumen de *Das Kapital* solo. Cualquier economista que desee estudiar a Marx debe resignarse a leer atentamente los tres volúmenes de *Das Kapital* y los tres de *Theorien über den Mehrwert* . [506] Además, no tiene ningún sentido abordar a Marx sin preparación. No sólo es un autor difícil sino que, debido a la naturaleza de su aparato científico, no se le puede entender sin un conocimiento práctico de la economía de su época, Ricardo en particular, y de la teoría económica en general. Esto es tanto más importante porque su necesidad no se manifiesta en la superficie. Una vez

más, el lector debe estar en guardia para no dejarse engañar por rastros de terminología hegeliana. Más adelante se argumentará que Marx no permitió que su análisis estuviera influenciado por la filosofía hegeliana. Pero a veces usa términos en su sentido específicamente hegeliano, y un lector que los toma en su sentido habitual pierde el significado de Marx. Finalmente, un lector que desee algo más que adoctrinamiento debe, por supuesto, aprender a distinguir tanto los hechos como el razonamiento lógicamente válido del espejismo ideológico. El propio Marx nos ayuda en esto: a veces, semiconsciente de la ilusión ideológica, se eleva, en defensa, a las alturas de su retórica vituperante, que por lo tanto sirve para indicar los puntos en los que algo anda mal.

2
-
Antecedentes sociopolíticos

DURANTE LA ÚLTIMA década antes de la Revolución Francesa, algunos de los rasgos se hicieron visibles de un patrón social y político que, después de que las guerras revolucionaria y napoleónica y sus consecuencias inmediatas terminaron, más o menos se estableció para el resto del siglo XIX. . Parece deseable tocar algunas de sus características esenciales, aunque sólo sea para corregir algunos malentendidos que la mente del lector pueda albergar y para suavizar los colores definidos irrealmente en los que las diversas tradiciones ideológicas la han pintado. Al hacerlo, tendremos que luchar con una dificultad que no es nueva para nosotros. Vamos a intentar visualizar una estructura económica y social -en proceso de cambio incesante, por supuesto- y la superestructura cultural que estaba asociada a ella o, según la doctrina marxista, generada por ella: la llamamos la civilización o la espíritu de la época, o el *Zeitgeist* . [507] Pero este *Zeitgeist* nunca es una unidad estructural. Siempre es una síntesis imperfecta de elementos en conflicto y nunca puede describirse con sinceridad en términos de unos pocos "principios" consistentes. La razón más obvia para esto es que en un momento dado, tanto la estructura económica y social de una sociedad como su *Zeitgeist* contienen elementos que provienen de estados históricamente anteriores. Pero existen otras razones más fundamentales, menos fáciles de explicar, que imposibilitan analizar lo que sucede en un organismo social en términos de procesos que se ajustan a la lógica inmanente de su estado y en términos de procesos que son inducidos por la resistencia. de supervivencias o, aún más superficialmente, como "progreso" y "reacción". La disposición conceptual que vamos a utilizar da testimonio de esta dificultad.

En general, sin embargo, se puede afirmar que, aunque el pico de la *supremacía* burguesa se produjo en el período subsiguiente, fue en el período que se examina cuando el *ascenso* de la clase empresarial fue casi libre de obstáculos, casi indiscutido. En las grandes naciones, la burguesía no gobernaba políticamente, siendo las excepciones más importantes los Estados Unidos y, durante los diecisiete años del régimen de Luis Felipe, Francia. Pero en todos los países, los gobiernos, por muy poco burgueses que sean en origen y estructura, sin excluir a los que han sido votados como más 'reaccionarios' por las oposiciones burguesas, respaldaron los intereses económicos de la clase empresarial casi sin cuestionar e hicieron todo lo posible para protegerlos. [508] Aún más importante, lo hicieron con un espíritu de laissez-faire, es decir, sobre la teoría de que la mejor manera de promover el desarrollo económico y el bienestar general es eliminar los grilletes de la economía de la empresa privada y dejarla en paz. . Esto es lo que se entenderá en este libro por Liberalismo económico. Se pide al lector que tenga en cuenta esta definición porque el término ha adquirido un significado diferente, de hecho casi opuesto, desde alrededor de 1900 y especialmente desde alrededor de 1930: como un cumplido supremo, aunque no intencionado, los enemigos del sistema de privacidad. la empresa ha considerado prudente apropiarse de su etiqueta.

Por liberalismo político, que debe distinguirse del liberalismo económico como muestra ampliamente nuestra nota al pie, nos referimos al patrocinio del gobierno parlamentario, la libertad de voto y la extensión del derecho al voto, la libertad de prensa, el divorcio del gobierno secular del

espiritual, el juicio con jurado. y así sucesivamente, incluida la reducción de personal y la política exterior pacífica, aunque no necesariamente pacifista. Este fue el programa [509] de la primera fase de la Revolución Francesa. Una tendencia a llevarla a cabo finalmente se impuso en todas partes. Pero las tasas de velocidad diferían ampliamente entre los diferentes países y también lo hicieron las combinaciones de fuerzas y circunstancias que fueron responsables de cada paso.

La velocidad a la que la propia clase empresarial se convirtió al liberalismo político también difirió mucho, y no solo entre los diferentes países, sino también entre los diferentes subgrupos de la burguesía. Ni siquiera el liberalismo económico fue bien recibido en todas partes y por toda la clase empresarial; el liberalismo político llegó a grandes sectores como un niño indeseado. Los adherentes a la Constitución española de 1811, que fueron los primeros en llamarse *liberales* , no tenían detrás a toda la burguesía. Tampoco los *libéraux* franceses de la *década* de 1820. Fue sólo un ala, que fue casi reconocida y recibió también el apoyo no empresarial de los intelectuales y las masas, lo que forzó el programa del liberalismo político a una mayoría no muy dispuesta, aunque esta mayoría finalmente se convirtió. En Inglaterra, esto se muestra con bastante claridad en la forma en que primero los whigs y luego los palmerstonianos fueron empujados por un pequeño grupo que se conocía como "radical". Este grupo, o al menos su núcleo intelectual, los radicales filosóficos, es de particular interés para nosotros porque algunos de los economistas ingleses más importantes le pertenecían o simpatizaban con él. Pero a diferencia de sus sucesores posteriores, estos radicales no eran en absoluto lo que deberíamos llamar radicales en materia de política económica. Algunos de ellos, JS Mill en particular, visualizaron efectivamente una organización diferente de la actividad económica para un futuro más o menos lejano. Por el momento, sin embargo, eran liberales económicos en el sentido definido anteriormente, o lo que ahora deberíamos llamar conservadores. Su radicalismo encontró mucho que hacer en la esfera puramente política. Además, al comienzo del período, el laissez-faire —y en particular el libre comercio— aún no era una política establecida. Era algo por lo que luchar, fresco, no rancio, y algo que se sentía "progresivo". Atrajo a la mayoría de intelectuales en lugar de repugnarlos. Su idea de reforma era limpiar el sistema económico de lo que consideraban "abusos" no esenciales para permitir que el laissez-faire se desarrollara por sí solo. [510] Eran partidarios de la nueva Ley de Pobres y no eran amigos del cartismo, y mucho menos de ninguno de los grupos socialistas que existían entonces. [511]

Por tanto, la correlación entre los intereses y las actitudes de la clase empresarial y el liberalismo fue todo menos perfecta. Además, como ya hemos observado, no fue sólo su propia izquierda la que empujó a la burguesía. Los gobiernos conservadores —y no sólo los autocráticos, sino también los gobiernos conservadores ingleses— tuvieron una participación decisiva en el progreso hacia el liberalismo económico. Además, los grupos, estratos, partidos y actitudes de origen no capitalista, aunque tuvieron que ceder ocasionalmente, se mantuvieron firmes en general. La historia política de la época lo atestigua. También lo hace su historia religiosa. En efecto, el período comienza y termina con una década en la que prevaleció la indiferencia o incluso el laicismo activamente hostil. Pero entre las Guerras Napoleónicas y la década de 1860, la Iglesia Católica experimentó un marcado resurgimiento de actividad y poder que fue paralelo en los países protestantes, especialmente en Inglaterra (movimiento evangélico por un lado, movimiento de Oxford por el otro). Las corrientes de pensamiento del período fuera del ámbito religioso tampoco encajan en ningún esquema simple. La democracia conservadora hizo acto de presencia. El radicalismo ingenuo —y los radicales filosóficos

no eran nada si no ingenuos— ciertamente interpretó todas estas cosas como supervivencias. Solo el período posterior fue para mostrar que, cuando pensaban que luchaban contra el pasado, realmente estaban luchando contra el futuro.

En el próximo capítulo se presentará una vista panorámica del panorama intelectual del período y de algunos desarrollos en campos de particular interés para el economista. El resto de este se dedicará a un estudio de las políticas del período. En aras de la brevedad, nos limitaremos casi por completo a las políticas económicas y al paradigma inglés.

1. Desarrollo económico

El intermezzo liberal estaba en todas partes, pero de manera más espectacular en Inglaterra, asociado con un desarrollo económico que, hasta donde podemos juzgar, no tenía precedentes: todos los logros de la era del ferrocarril temprana y media. Era fácil atribuir esa impresionante secuencia de innegables éxitos a la política del liberalismo económico como su causa principal o incluso única. El lector comprenderá que, por inadecuada que sea, esta teoría estaba lejos de ser del todo errónea. No se puede dudar razonablemente de que, en las condiciones históricas de esa época, la eliminación de los grilletes de las energías que se apiñaban en la actividad empresarial, junto con una política que garantizaba al empresario el goce seguro del éxito y al mismo tiempo dejaba claro que él, que no tenía ayuda que esperar en caso de fracaso, debe haber tenido de hecho la influencia energizante que fue ensalzada hasta que el argumento se volvió rancio por la repetición. Así, el sistema siguió justificándose a los ojos de la mayoría de los observadores contemporáneos, incluso de aquellos que, como JS Mill, no lo amaban. Tal registro complaciente del "progreso" nos parece extraño a nosotros, que miramos hacia atrás en esa época desde diferentes puntos de vista y con un humor diferente y aborrecemos la atmósfera de los hogares duros de los industriales en ascenso casi tanto como las viviendas miserables de sus trabajadores. Pero recordemos que mucho de todo lo que nos ofende ahora estaba en la naturaleza de las enfermedades de la niñez, algunas de las cuales estaban pasando incluso en el momento de las brillantes acusaciones de Marx, y que la promesa económica que el sistema de libre empresa ofrecía *a todos* , no estaba vacío: el nivel de vida de las masas permaneció bajo, pero aumentó constantemente casi todo el tiempo; números cada vez mayores fueron absorbidos por salarios reales crecientes; la "mesa de desayuno gratis" de los librecambistas ingleses fue quizás el eslogan menos engañoso que los políticos jamás forjaron. Además, los críticos contemporáneos y posteriores, tanto conservadores como socialistas, nunca se han dado cuenta adecuadamente de hasta qué punto las políticas de bienestar del período siguiente fueron posibles gracias a los desarrollos de los primeros tres cuartos del siglo XIX y las políticas que los fomentaron. En lo que respecta a esto, no hay razón para descartar la honestidad o la competencia de los economistas de la época, ni para votarlos como víctimas del engaño ideológico.

2. Libre comercio y relaciones exteriores

Los defensores ingleses del libre comercio reclamaron una generalidad perfecta para su argumento. Para ellos, fue sabiduría absoluta y eterna para todos los tiempos y lugares; el que se negó a aceptarlo era un tonto o un ladrón o ambos. Pero, como se ha señalado muchas veces, la situación histórica individual de Inglaterra en la que se indicó claramente una política de libre comercio probablemente tuvo más que ver con su conversión que el elemento de verdad general en el argumento

del libre comercio. La esperanza de que un ejemplo espectacular convirtiera a otras naciones también puede haber jugado algún papel. Sin embargo, los factores y argumentos decisivos eran bastante independientes de tal esperanza. La superioridad de la industria de Inglaterra en 1840 era indiscutible para un futuro calculable. Y esta superioridad tenía mucho que ganar con materias primas y alimentos más baratos. No se trataba de engaños: la nación estaba tan satisfecha con los resultados de esta política que las críticas fueron casi silenciadas hasta la depresión de los ochenta. Incluso esa esperanza no resultó ilusoria durante varias décadas. Aunque Inglaterra siguió siendo la única gran nación que abrazó el libre comercio de todo corazón, todas las demás naciones mostraron tendencias hacia el libre comercio durante períodos más largos o más cortos y en mayor o menor grado. Así, Prusia y luego el Imperio alemán, desde el Arancel prusiano de 1818 hasta los tratados de Caprivi de 1891-184, se movieron en una línea que nunca se apartó mucho de los principios del libre comercio. [512] El tratado anglo-francés de 1860 (Tratado Cobden-Chevalier) marcó una interrupción importante, aunque breve, de la política generalmente proteccionista de Francia. Debe observarse, sin embargo, que en el continente la política de libre comercio o cuasi-libre comercio nunca fue apoyada por la opinión pública con tanta fuerza como en el caso de Inglaterra: fue impuesta por las burocracias, como en Alemania, o por los gobernantes. como Napoleón III, que eran doctrinarios liberales en estos asuntos. Aquellos economistas que, como la mayoría de los franceses, eran comerciantes libres obtuvieron poca respuesta del público. También en los Estados Unidos, el libre comercio nunca fue popular excepto entre los economistas y no entre todos. Las diferentes condiciones nacionales, por supuesto, explican ampliamente esto, y también nos permiten construir una interpretación más favorable de las opiniones de los economistas proteccionistas en estos países que la que solían imponer los fervientes librecambistas. No es necesario volver a contar aquí la dramática historia de la conversión de Inglaterra al libre comercio. Pero hay dos aspectos que no podemos permitirnos descuidar.

En primer lugar, desde un punto de vista parlamentario, la adopción de la política de libre comercio es totalmente mérito del partido conservador. Lord Shelburne y el joven Pitt dieron los primeros pasos efectivos en la dirección del libre comercio antes del estallido de la Revolución Francesa. El avance hacia él fue reanudado en la década de 1820 por Huskisson. Y el libre comercio fue llevado (sustancialmente), incluido el punto más difícil, la eliminación de los derechos de importación sobre los cereales, por parte del gobierno conservador de Sir Robert Peel. Aunque su gabinete y su partido se hundieron en las rocas, sigue siendo cierto que un gobierno compuesto en gran parte por terratenientes llevó una política que era obviamente contraria a sus propios intereses de clase económica, así como a los intereses económicos de la clase con la que estaban más de cerca. aliados, los agricultores. Interpretelo como le plazca, pero no olvide reflexionar sobre este interesante fenómeno de la sociología política. Los fabricantes y comerciantes que proporcionaron vapor político son otro asunto. Debe mencionarse la Petición de los comerciantes de 1820 porque fue redactada por uno de los principales economistas científicos de la época, Thomas Tooke. Y esta es nuestra única oportunidad, en una historia de *análisis,* de mencionar a los dos héroes de la Liga Anti-Ley del Maíz, Richard Cobden y John Bright. [513]

Pero, en segundo lugar, la política de libre comercio significa mucho más que una forma particular de abordar las cuestiones del comercio exterior. De hecho, se podría argumentar que este es el aspecto menos importante y que un hombre podría ser un libre comerciante, incluso si piensa poco en el caso puramente económico del libre comercio per se. Es fácil ver, hasta cierto punto veremos

ahora, que la política de libre comercio está relacionada con otras políticas económicas de tal manera que, por razones políticas y económicas, estas otras políticas son difíciles de aplicar sin el libre comercio. política, y viceversa. En otras palabras, el libre comercio es solo un elemento de un sistema integral de política económica y nunca debe discutirse de forma aislada. Tampoco esto es todo. Lo realmente importante a destacar es que este sistema de política económica condiciona, y está condicionado por, algo que es aún más integral, a saber, una actitud o visión política y moral general que se impone en todos los departamentos de la vida nacional e internacional y *puede* de hecho estar vinculado con el utilitarismo. [514] Esta actitud, que sus enemigos han llegado a llamar *manchesterismo* , era de hecho la de Cobden y Bright. Entre sus múltiples manifestaciones, la política colonial y exterior es especialmente importante para nosotros. Las colonias solían adquirirse con el único propósito de ser gobernadas y explotadas en interés de la madre patria y evitar que otras naciones hicieran lo mismo. Desde el punto de vista de la escuela de Manchester, ni siquiera hay un argumento económico a favor de hacer esto. Menos aún hay uno político. Las colonias existen por sí mismas como cualquier otro país; deberían ser autónomos; y no deberían conceder ni ser acordados por la madre patria ninguna ventaja comercial particular. Tampoco todo esto quedó en el ámbito de la filosofía o la agitación. Se logró algún progreso práctico hacia la meta. La política canadiense de Inglaterra, como se describe en el Informe Durham, fue por el momento el paso más importante. [515] Por supuesto, hubo muchas reincidencias.

La política exterior del período, tanto en la época de la Santa Alianza como posteriormente, no puede analizarse brevemente. En lo que concierne a Inglaterra, podemos, sin embargo, señalar algunos hechos que, aunque difícilmente representativos de la práctica predominante, indican la existencia de una tendencia que estaba de acuerdo con las implicaciones más amplias del libre comercio. El más importante de estos hechos fue la práctica real de la segunda administración de Peel, la que derogó las leyes del maíz: su gestión sobria y responsable de los asuntos exteriores, su negativa a ver los intereses ingleses en cualquier cosa que sucediera en cualquier parte del mundo, fue un factor importante. signo de los tiempos. Otro fue la adopción del principio (Canning) para ponerse del lado de las naciones que `` luchan con razón por ser libres '' o incluso, con alguna reserva en el caso alemán, de las naciones que luchaban por la unión nacional: el nacionalismo no tenía la connotación que adquirió más tarde y era un aliado, no un enemigo, del liberalismo burgués o de algo a su izquierda (Mazzini). Además, aunque el período fue testigo de una serie de guerras, la nueva actitud impidió otras: las relaciones de Inglaterra con los Estados Unidos durante la Guerra Civil son un ejemplo. Lo más importante de todo, los intentos de sembrar las semillas de la guerra despertando un espíritu de agresión o sospecha, que por supuesto continuó en todo momento, también fueron criticados en todo momento: como ejemplo menciono la lucha altamente característica de Cobden por una mejor comprensión de Francia y su lucha no menos característica con Urquhart. [516] En el parlamento, Gladstone se convirtió —y siguió siendo— el portavoz más poderoso de la nueva actitud a la que invistió con todas las glorias de su retórica. [517]

3. Política nacional y política *social* [518]

Debemos recordar que las condiciones diferían lo suficiente en diferentes países como para producir diferentes políticas y también diferentes actitudes por parte de los economistas, incluso cuando los principios rectores eran los mismos. Así, la abolición de la servidumbre en Rusia y las

reformas agrarias en Alemania y Austria —la llamada Liberación de los Campesinos— fueron ciertamente concebidas y llevadas a cabo en el espíritu del liberalismo económico: la idea de hacer del campesino el libre propietario de una propiedad libre. retenerlo y dejarlo a su suerte fue incluso sorprendentemente —y de hecho absurdamente— radical. Pero en Francia esto se había hecho en la Revolución; el sistema agrario de Inglaterra no presentaba por el momento ningún problema urgente; y los problemas agrarios de Irlanda eran de naturaleza completamente diferente. De manera similar, las regulaciones que encadenaban o protegían a los gremios de artesanos y también a otros sectores de la industria se habían desvanecido en Inglaterra antes de este período; en Francia fue nuevamente la Revolución la que los destruyó; en otros lugares fueron eliminados en diferentes momentos y en algunos lugares de manera mucho más completa que en otros: en Prusia, por ejemplo, por las reformas de Stein-Hardenberg después de la batalla de Jena. Sin embargo, estas diferencias no se debían a principios económicos diferentes, aunque es posible que los escritores las hayan racionalizado a veces de esta manera. Eran simplemente una cuestión de diferentes condiciones sociales, de diferencias en las estructuras económicas que existían en los diferentes países al comienzo del período. Una vez más, Inglaterra reconstruyó completamente su ley de sociedades anónimas. Hasta cierto punto, esto se hizo en todas partes, y en todas partes se afirmó la tendencia a "liberalizar" las leyes de sociedades y reducir el control público (hasta después del colapso de 1873, cuando se volvieron sobre algunos de los pasos dados). Pero los resultados fueron muy diferentes.

Las diferencias de principio, así como de las condiciones existentes, explican las políticas ampliamente diferentes que encontramos en materias como religión, prensa, justicia penal y civil, educación, etc., dentro del mismo país en diferentes momentos, así como entre diferentes países. . En Inglaterra, por ejemplo, las viejas libertades civiles de haber sido restaurados después de las guerras napoleónicas, que era la emancipación católica, la reforma del Parlamento en primera patente liberal, más tarde infringido por los conservadores Disraeli [519] -y Irlanda que suministraban el pan de cada día de la corriente la política en el campo no económico. Pero lo que más nos interesa es la [520] *Sozialpolitik* inglesa de ese período.

La legislación laboral inglesa se desarrolló en tres líneas. En primer lugar, estaba la legislación sobre fábricas; sin embargo, la protección se limita sustancialmente a las mujeres y los niños. [521] En segundo lugar, las diversas leyes que prohíben las combinaciones de trabajadores fueron derogadas en 1824, aunque la legalización completa de los sindicatos se aplazó hasta 1871 y 1875. En tercer lugar, en 1834 se aprobó una Ley de Enmienda de la Ley de Pobres, que es importante para nosotros, entre otras razones: porque se basó en un informe escrito por Edwin Chadwick en colaboración con uno de los principales economistas de la época, Senior. Hay que distinguir cuidadosamente dos aspectos de este acto. Por un lado, mejoró enormemente la maquinaria administrativa de ayuda a los pobres y detuvo una serie de prácticas que se considerarían abusos incluso ahora. Esto fue reconocido casi universalmente, aunque algunos críticos encontraron fallas en el esquema administrativo de la ley. En cualquier caso, este aspecto no nos concierne aquí. Por otro lado, la ley adoptó ciertos principios económicos que sí nos preocupan. No eran de ninguna manera nuevos. De hecho, eran tan antiguos como la controversia sobre la ley de los pobres: la ley simplemente adoptó las opiniones de una de las partes en la controversia. Es decir, limitó el alivio de los pobres al mantenimiento en el asilo de trabajo y prohibió el alivio al aire libre en principio, [522] la idea es que los desempleados sanos, que estaban en peligro, no deberían de hecho morir de hambre, sino que deberían mantenerse en condiciones

semipunitivas. condiciones.

La interpretación de estas políticas es un asunto extremadamente delicado. No podemos hacer mucho más que visualizar los diversos grupos de problemas que surgen. En primer lugar, estas políticas no deben considerarse de forma aislada. Formaban parte de un sistema que ofrecía otras cosas a la clase trabajadora. Si asignamos su peso adecuado a los efectos sobre la masa salarial real de la política de libre comercio y a todo lo que implica la "mesa de desayuno gratis", concebiremos una idea completamente diferente del desempeño del período en *Sozialpolitik* . En segundo lugar, no está claro en absoluto cómo encajan estas políticas con el liberalismo económico. Con respecto a la legislación de fábrica, por ejemplo, es tan fácil argumentar que era parte de la lógica del liberalismo económico como argumentar que significaba una desviación de esta lógica. Sugiero que, en lo que respecta a la protección de mujeres y niños, adoptemos la opinión anterior. En tercer lugar, no debe olvidarse que aunque este tipo de legislación fabril gozó de algún apoyo liberal o radical (Cobden se pronunció fuertemente en nombre de los niños), la mayor parte de las fuerzas políticas que la impulsaron fueron aportadas por conservadores (Lord Ashley, séptimo conde de Shaftesbury), que abordó toda esta gama de problemas con un espíritu muy diferente. Este hecho es significativo, no importa cómo respondamos a la cuestión de la compatibilidad de la legislación social con la lógica del liberalismo económico.

Críticos contemporáneos y posteriores, exponentes alemanes de la *Sozialpolitik* en particular, han acusado a los economistas "clásicos" ingleses de fría indiferencia hacia el destino del trabajo. Lo primero que hay que decir sobre esto es que la acusación revela una falta de sentido histórico que es particularmente extraño en los críticos asociados con la escuela histórica alemana: el hombre que desaprobó un proyecto de ley de diez horas en 1847 podría fácilmente ser un New Dealer en América moderna sin que tengamos derecho a impugnar su coherencia. Pero podemos ir más lejos. La mayoría de los economistas "clásicos" apoyaron la legislación de fábrica, especialmente McCulloch. La derogación de las Actas Combinadas fue impulsada enérgicamente por un miembro del círculo benthamita (lugar [523]). Y la Ley de Enmienda de la Ley de Pobres, que fue apoyada casi por unanimidad por los economistas, tiene otros aspectos además del que nos parece un trato duro a las personas en peligro. Al mismo tiempo, no debemos ir demasiado lejos. El apoyo que los economistas "clásicos" dieron a este acto adquiere un significado adicional por el hecho de que la teoría subyacente concuerda bien con su esquema general de pensamiento económico y político, su esquema de Libertad Natural. También cuadraba bien con sus opiniones sobre población y salarios. Encajaba aún mejor con su confianza casi ridícula en la capacidad de los individuos para actuar con energía y racionalidad, para cuidarse a sí mismos con responsabilidad, para encontrar trabajo y para ahorrar para la vejez y los días de lluvia. Esto, por supuesto, es sociología benthamita, por lo tanto, mala sociología. En este punto, los críticos tenían razón, por muy equivocados que estuvieran al imputar a los "clásicos" una conciencia social defectuosa. [524]

4. Finanzas Gladstonianas

En el campo de la política fiscal, somos más propensos de lo que solemos a darle al jinete el crédito que realmente se le debe al caballo. PJ Cambon era un financista capaz, sin embargo, lo único que probablemente sepa el lector sobre las finanzas de la Revolución Francesa es el colapso de su papel moneda. [525] FN Mollien era un maestro del arte, pero en las condiciones del régimen napoleónico no tuvo oportunidad de producir una "gran" política fiscal [526], y hay varios otros que merecen nuestro

respeto aunque han dejado un historial accidentado. Sin embargo, hubo un hombre que no solo unió una gran capacidad con una oportunidad incomparable, sino que también supo convertir los presupuestos en triunfos políticos y que figura en la historia como el mayor financista inglés del liberalismo económico, Gladstone. [527] No podemos hacer nada mejor que considerarlo solo.

La característica más importante de las finanzas gladstonianas, la característica que comparte con todas las `` grandes finanzas '' y que se puede decir que define, fue que expresaba con idoneidad ideal tanto a toda la civilización como a las necesidades de la época, *ex visu* de la condiciones del país al que se aplicaría; o, dicho de otra manera, que tradujo una visión social, política y económica, integral e históricamente correcta, en las cláusulas de un conjunto de medidas fiscales coordinadas. Esto se aplica tanto a las medidas en sí mismas como a la intuición que las aburrió, pero no a la conversación del día, incluida la del propio Gladstone, que era sumamente doctrinaria. No estamos interesados en los detalles de estas medidas, sino solo en los principios involucrados. Intentemos enunciarlos.

Las finanzas gladstonianas eran las finanzas del sistema de "libertad natural", laissez-faire y libre comercio. Desde la visión social y económica que esto implica —y que ahora debemos entender históricamente, al margen de todos los argumentos generales a favor y en contra— lo más importante fue eliminar las trabas fiscales a la actividad privada. Y para ello, a su vez, era necesario mantener bajo el gasto público. La reducción fue el eslogan victorioso de la época y fue incluso más popular entre los radicales, como Joseph Hume, el "perro guardián insomne de las finanzas", que entre los whigs o los tories. Reducción significa dos cosas. Primero, significa reducción de las funciones del estado al mínimo; Esto fue referido por críticos posteriores, especialmente alemanes, como la política del "estado vigilante nocturno". Por ejemplo, dentro de esa visión social casi no hay lugar para el gasto público en arte o ciencia: la forma de promover el arte y la ciencia —y lo fueron de manera poderosa— es permitir que la gente gane para tener el dinero para comprar cuadros o disfrutar del ocio para la investigación. [528] En segundo lugar, la reducción significa la racionalización de las funciones restantes del Estado, lo que, entre otras cosas, implica un establecimiento militar lo más pequeño posible. Se creía que el desarrollo económico resultante además haría que los gastos sociales fueran en gran medida superfluos. Observe una vez más que todo esto, totalmente erróneo si se expresa en términos de principios generales eternos, contenía un gran elemento de verdad para Inglaterra en 1853.

Igualmente importante fue, desde la misma visión de las oportunidades y los mecanismos económicos, aumentar los ingresos que aún tendrían que recaudarse de tal manera que se desvíe el comportamiento económico lo menos posible de lo que habría sido en ausencia de todos. tributación ('tributación solo para los ingresos'). Y dado que el afán de lucro y la propensión a ahorrar se consideraban de suma importancia para el progreso económico de *todas las* clases, esto significaba en particular que los impuestos debían interferir lo menos posible con las ganancias netas de las empresas. Por tanto, en lo que respecta a la fiscalidad directa, no hay progresión. En principio, si no en la práctica, Gladstone fue incluso más allá en 1853. Las guerras napoleónicas habían traído el impuesto sobre la renta (en el sentido inglés). Había sido abolido rápidamente cuando terminó la emergencia (1816), pero había sido reintroducido por Peel (1842) para compensar la deficiencia que se esperaba de sus reducciones de derechos de importación. [529] Pero Gladstone propuso en 1853 abolirlo nuevamente en siete años. [530] En lo que respecta a los impuestos indirectos, Gladstone interpretó el principio de mínima injerencia en el sentido de que la tributación debería concentrarse en unos pocos artículos importantes, dejando el resto libre. Esta opinión prevaleció en todo momento contra la de Sir George

Cornewall Lewis, el ministro de Hacienda durante la guerra de Crimea, quien prefirió un sistema de numerosas funciones que se aplicaran a la ligera en cada punto tocado. 531

Por último, pero no menos importante, tenemos el principio del presupuesto equilibrado o, más bien, dado que la deuda debía reducirse, el principio que Robert Lowe, uno de los cancilleres de Hacienda de la era Gladstoniana, encarnaba en su definición de ministro de Economía. finanzas: 'un animal que debería tener un excedente'. Una vez más, no tiene ningún sentido criticar la política de equilibrar el presupuesto o la política de amortización de la deuda desde puntos de vista modernos. Incluso si aceptamos todo lo que afirman los defensores modernos del financiamiento del déficit, deberíamos admitir que en un mundo repleto de "oportunidades de inversión", ninguna de las políticas puede considerarse una tontería pura y simple.

5. Oro

Lo poco que es necesario decir para nuestros propósitos sobre las políticas monetarias y bancarias de ese período se reservará más convenientemente para el último capítulo de esta Parte. En consecuencia, solo hay un punto que señalar aquí. Después de las perturbaciones monetarias —la inflación— que provocaron las guerras napoleónicas, todos los países lucharon por volver a lo que se consideraba normalidad. Esto llevó muchas décadas en países como Austria, pero se logró rápidamente y con relativa facilidad en Inglaterra y Francia. En el continente, la normalidad significaba plata o un patrón bimetálico, pero Inglaterra, después de haber legalizado el patrón oro *de facto* establecido en el siglo XVIII, reanudó el canje por oro de los billetes del Banco de Inglaterra a los pocos años de Waterloo, de la misma forma que regresó al oro. en paridad antes de la guerra (aunque en una forma algo diferente) después de la Primera Guerra Mundial de nuestro tiempo. Además, era un patrón oro perfectamente "libre" o "automático" que no permitía ningún tipo de gestión que no fuera el implícito en el poder regulador de cualquier banco central que sea "un prestamista de última instancia". Nuestra pregunta es: ¿por qué? La medida provocó críticas de muchos sectores, incluso de algunos economistas. Poderosos intereses agrarios le atribuían —no importa ahora si con razón o sin ella— la depresión que los asolaba. Había suficiente desempleo como para inducir al gobierno (Castlereagh, 1821) a proponer obras públicas —un programa casi rooseveltiano— como remedio. A los comerciantes no les gustan las pérdidas, ni los banqueros congelaron los activos, y había muchos de ambos. Además, veremos que muchas personas competentes abogaron por un papel moneda administrado. Sin embargo, la política del patrón oro nunca estuvo en peligro real políticamente, y si no fue, hasta mucho más tarde, adoptada por todos los países industrializados, esta no fue una cuestión de su elección: a pesar de todos los argumentos en contra, el oro 'automático' La norma siguió siendo en casi todas partes el ideal por el que luchar y orar, a tiempo y fuera de tiempo. De nuevo: ¿por qué?

En la actualidad, se nos enseña a considerar esa política como totalmente errónea, como una especie de fetichismo que es impermeable a los argumentos racionales. También se nos enseña a descartar todos los argumentos racionales y puramente económicos que realmente puedan aducirse en su favor. Pero independientemente de estos, hay un punto sobre el patrón oro que lo redimiría de la acusación de necedad, incluso en ausencia de cualquier ventaja puramente económica, un punto desde el cual también muchas otras actitudes de esa época se presentan en una forma diferente. ligero. Una moneda de oro "automática" 532 es parte integral de una economía de laissez-faire y de libre comercio. Vincula las tasas monetarias y los niveles de precios de cada nación con las tasas monetarias y los

niveles de precios de todas las demás naciones que están "en oro". Es sumamente sensible al gasto público e incluso a actitudes o políticas que no involucran directamente el gasto, por ejemplo, a la política exterior, a determinadas políticas tributarias y, en general, precisamente a todas aquellas políticas que violan los principios del liberalismo económico. . *Ésta* es la razón por la que el oro es tan impopular ahora y también la razón por la que fue tan popular en la era burguesa. Impone restricciones a los gobiernos o burocracias que son mucho más poderosas que la crítica parlamentaria. Es tanto la insignia como la garantía de la libertad burguesa, de la libertad no simplemente del *interés* burgués , sino de la libertad en el *sentido* burgués . Desde este punto de vista, un hombre puede luchar de manera bastante racional por él, incluso si está plenamente convencido de la validez de todo lo que se ha alegado en su contra por motivos económicos. Desde el punto de vista del *estatismo* y la planificación, un hombre no puede condenarlo menos racionalmente, incluso si está plenamente convencido de la validez de todo lo que se le ha pedido por motivos económicos.

3

-

El paisaje intelectual

1. El *Zeitgeist* del período y su filosofía

LA VERDAD de nuestra proposición de que el *Zeitgeist* de un período nunca puede definirse en términos de un solo sistema de ideas o creencias mutuamente consistentes se nos hace comprender cuando nos dirigimos a las corrientes filosóficas de esa época para descubrir las afiliaciones filosóficas, en su caso, de las ciencias sociales.

(a) Utilitarismo.

La más obvia de estas afiliaciones es con el utilitarismo inglés. [533] De hecho, esto fue un producto del siglo XVIII. Pero corrió la mejor parte de su carrera en la primera mitad del XIX. Sin filosofía en absoluto en el sentido técnico, [534] insuperablemente superficial como "filosofía de la vida", encajaba a la perfección con la veta del racionalismo materialista (antimetafísico) que puede asociarse con el liberalismo y la mente empresarial. En realidad, sin embargo, la mayoría de la clase empresarial inglesa no lo aceptó, pero, ya fueran anglicanos o inconformistas, se mantuvieron en la filosofía religiosa de la Iglesia o de la Capilla. Evidentemente, los líderes utilitarios sabían por qué tenían tanto cuidado de no afrentarse abiertamente a la religión. [535] Y todos los políticos destacados sabían por qué dejaron al utilitarismo tan gravemente solo. Sus apóstoles designados, los filosóficos radicales, [536] fueron al principio un círculo muy pequeño que se reunió alrededor de Bentham y James Mill. JS Mill no puede llamarse utilitario sin una calificación. En algunos aspectos superó el credo; en otros lo refinó. Pero nunca renunció a él explícitamente, y fue a través de su influencia sobre las generaciones emergentes en las décadas de 1850 y 1860 que se estableció un utilitarismo más sofisticado en los centros intelectuales, especialmente en Cambridge. Pero no se volvió dominante. Esto parece quedar claro a partir de un análisis de la posición de los hombres que fueron entonces o más tarde líderes de la vida y el pensamiento de Cambridge, particularmente de Sidgwick. [537]

Más adelante se mantendrá que no tiene sentido llamar a Ricardo utilitarista, aunque él estaba personalmente relacionado con el grupo y puede haber profesado simpatía por su credo. Bentham, James Mill y (con calificación) JS Mill fueron los únicos economistas prominentes que también fueron utilitaristas prominentes y militantes, como lo habían sido Beccaria y Verri en el siglo XVIII. Era natural que Bentham y los Mills se vieran a sí mismos en el papel de patrocinadores filosóficos de la economía y asumieran la responsabilidad de una alianza entre la economía y el utilitarismo que fue consentida por muchos economistas posteriores, como Jevons y Edgeworth; pero no fue ni necesario ni útil. Esta alianza es la única razón por la que el utilitarismo ocupa un lugar tan importante en la imagen del pensamiento del siglo XIX del economista, mucho más grande de lo que justifica su importancia, ya sea como filosofía o como factor del *Zeitgeist* . Debemos divagar por un momento para considerar los efectos de esa alianza sobre la economía. El lector recordará que, para épocas anteriores, ya nos hemos ocupado de esta cuestión.

Dado que los economistas, especialmente los no teóricos, son y siempre han tenido la posibilidad de albergar nociones exageradas sobre la importancia de los antecedentes filosóficos en el

trabajo positivo del análisis económico, entenderemos que esta alianza hizo que la teoría económica inglesa fuera impopular en muchos sectores. Especialmente con algunos escritores alemanes, el atuendo utilitario fue bastante suficiente para condenar por completo la teoría que apareció de esta manera. Sin embargo, más interesante que esta actitud, que no se basaba más que en un evidente malentendido, es la cuestión de la influencia real de la filosofía utilitarista sobre los contenidos de la economía "clásica". Debemos distinguir la influencia sobre las recomendaciones de política, la sociología económica y el análisis económico propiamente dicho. En cuanto a las recomendaciones `` clásicas '', sin duda hay muchas que son totalmente neutrales con respecto a cualquier filosofía de vida: no es necesario ser utilitarista para recomendar la propiedad campesina en Irlanda, ni para recomendar o condenar el regreso a Irlanda. el patrón oro después de las guerras napoleónicas. Pero hay otros —el libre comercio incondicional, por ejemplo— que sí implicaron puntos de vista de la política general y actitudes hacia la vida que parecen, por decir lo mínimo, vincularse con el utilitarismo mejor que con cualquier otra filosofía de la vida. En cuanto a la sociología económica, el utilitarismo solo puede describirse como un completo fracaso, ya que su concepción racionalista del comportamiento individual y de las instituciones sociales era obvia y radicalmente errónea. Pero en lo que respecta a la parte del análisis económico que trabaja con esquemas racionales, la filosofía utilitarista, aunque superflua, no hace daño. Y este hecho, como los críticos habrían reconocido si hubieran sido economistas competentes, salva la mayor parte del trabajo de análisis económico realizado por los utilitaristas. 538

La filosofía profesional en Inglaterra, principalmente la filosofía de la escuela escocesa del sentido común, se vio moderadamente afectada por el utilitarismo y, en general, fue hostil a la forma utilitaria de resolver problemas específicamente filosóficos. Pero durante ese período no hubo ningún líder del pensamiento filosófico inglés lo suficientemente fuerte como para contrarrestar la propaganda capaz y vigorosa de los filosóficos radicales. Los líderes de pensamiento que lo contrarrestaron hasta cierto punto fueron producidos por los movimientos románticos (ver más adelante, sec. 2) y varios movimientos religiosos. Un líder de otro tipo más podría mencionarse aquí, Carlyle. 539 Para los economistas es una de las figuras más importantes y características del panorama cultural de esa época, de pie en actitud heroica, despreciando la pequeñez materialista de su época, haciendo restallar un látigo con el que desollar, entre otras cosas, nuestra Ciencia oscura. Así se veía a sí mismo y cómo su tiempo lo veía y amaba verlo. Completamente incapaz de comprender el significado de un teorema, pasando por alto el hecho de que *toda la* ciencia es "lúgubre" para el artista, pensó que había encontrado al chico adecuado para azotar. Una gran parte del público aplaudió, al igual que algunos economistas que no entendían más que él lo que es y hace una "ciencia". Pero la digresión anterior sobre la economía utilitaria muestra que no estaba totalmente equivocado. Los economistas utilitarios defendieron políticas indicativas de una filosofía de vida que merecía plenamente todas las rayas que administraba Carlyle. Y el lector debería detenerse por un momento a reflexionar sobre la dificultad que tiene tanto que ver con la futilidad de tantas de nuestras controversias, a saber, la dificultad que experimentan tanto la mente profesional como la pública para desenredar el aspecto analítico de tales casos. de la filosofía cultural que la acompaña, y al darse cuenta de que la crítica adversa de la primera es perfectamente compatible con la admiración por la segunda y viceversa. Algo, sin embargo, se puede decir de Carlyle incluso desde el punto de vista analítico: tenía la visión, aunque no tenía los medios para hacerla analíticamente articulada, de una sociología económica mucho más realista que la

utilitarista. Lo que una nación es y realmente quiere y cuáles son los determinantes reales de su destino, lo vio con mucha más claridad que Bentham; el análisis que pudiera extraerse de sus páginas tendría en cuenta una serie de hechos importantes que Bentham ignoró o, en todo caso, descartó, porque desde el punto de vista de su credo se trataba simplemente de aberraciones irrelevantes. JS Mill sintió esto hasta cierto punto. Se dio cuenta de que el esquema de la racionalidad utilitaria es bastante inadecuado más allá de una gama limitada de problemas. Pero él no era el hombre para hacer nada con eso, por lo que la visión de un hombre y el poder analítico de otro nunca se encontraron para trabajar juntos. Carlyle influyó en otro profeta, pero (para nosotros) mucho menos importante, Ruskin, quien, aunque sus escritos sobre temas económicos pertenecen al período posterior, por lo tanto, se mencionará aquí.

Casi durante todo el período en discusión, John Ruskin (1819-1900; cualquier obra de referencia le dará al lector todo lo que se necesita para apreciar los puntos que se exponen en este párrafo) fue uno de esos intérpretes creativos del arte: pintura, arquitectura, la escultura, y también la poesía, cuyas interpretaciones son en sí mismas obras de arte, obras que tienen vida propia y suscitan admiración incluso en aquellos que (como yo) no creen en ellas *como interpretaciones* . Para nosotros, es particularmente importante destacar sus aportes a una sociología general del arte, sus intentos de analizar las condiciones sociales que producen o son favorables a la producción de grandes obras de arte. Sin embargo, desde fines de la década de 1860 en adelante, se dedicó a la misión que lo haría tan popular entre la multitud, así como entre los economistas de propensión radical: una crítica iracunda y diletantica de los pecados del capitalismo: el lector comprenderá rápidamente una noción adecuada de esta crítica sumergiéndose en *Unto this Last* (1862), *Munera Pulveris* (1872) y *Fors Clavigera* (1871-1884), todos ellos en *The Works of Ruskin* . Solo tengo un punto que hacer. Hay una razón definida para oponerse a la forma en que Ruskin maneja los problemas económicos (no me refiero, por supuesto, a su trabajo práctico generoso y no infructuoso en interés del bienestar y la civilización de las masas): no lo hizo en este sentido. campo lo que hizo como algo natural en el campo del arte. Sabemos que se preparó de la manera más diligente para su carrera como intérprete de arte; que dominó las técnicas y estudió los detalles históricos de acuerdo con los cánones de la erudición. Es un 'genio' que habla de sus interpretaciones, pero un genio instruido y hecho efectivo mediante el aprendizaje. En el campo de la economía no hizo nada por el estilo; todo lo que hizo fue agregar una generosa indignación a las observaciones a medio entender y a los fragmentos de lectura no digeridos. Es esto y *no* sus evaluaciones (con las que muchos de nosotros simpatizaremos) lo que lo pone fuera de los tribunales, a excepción de escritores como JA Hobson. El juicio que le doy -y él representa a tantos- es exactamente el mismo que él mismo habría emitido sobre cualquier escritor que se comprometiera, por ejemplo, a criticar los cuadros de Turner sin haber adquirido previamente, mediante un estudio moralmente neutro, un dominio adecuado. de los hechos y técnicas relevantes.

(b) Filosofía alemana.

El lector probablemente sabe que la primera parte del período en discusión fue testigo de los logros máximos de la filosofía especulativa alemana, y los nombres de Kant, Schelling, Fichte, Hegel y Schopenhauer aparecerán inmediatamente en su mente. Pero, no importa si sabe mucho o poco sobre ellos, es imposible entrar aquí en los aspectos puramente filosóficos de su trabajo. Todo lo que puedo decir sin pruebas sobre Kant, Schelling y Schopenhauer es esto. Primero, sus creaciones son ejemplos llamativos de pensamiento filosófico autónomo: sería inútil tratar de vincular su enseñanza con las actitudes que pueden asociarse con la posición de clase del burgués o cualquier otro elemento. 540

Segundo, Kant fue el único de los tres que ejerció una influencia internacional significativa; [541] pero en Alemania, los tres ejercieron una poderosa influencia sobre el pensamiento de generaciones en cuyo patrón mental el componente filosófico contaba aún más que durante el período subsiguiente. Sin embargo, independientemente de lo que haya tocado o moldeado esta influencia, no se extendió al trabajo profesional de los economistas alemanes —y mucho menos de otros que no fueran alemanes—. Muchos de ellos sin duda se habrían descrito a sí mismos como kantianos. Pero sus métodos y resultados profesionales eran igualmente compatibles con cualquier otra filosofía. Esta cuestión de la influencia se plantea de manera algo diferente en los casos de Fichte y Hegel.

Fichte [542] llama a comentario, porque asoció con su filosofía especulativa, en el sentido técnico del término, una filosofía social y política que traspasó libremente el campo económico y debe ser advertida por dos razones. Bloqueó un plan para una organización económica particular de la sociedad que se considerará más adelante en la sección sobre socialismo. Y se le ha asignado una posición clave en el desarrollo temprano de la 'economía universalista' de O. Spann. [543]

Fichte no era, sin duda, un individualista en el sentido benthamita ni un hombre de laissez-faire. Si esto constituye un "universalista", entonces él era uno, y lo único que se puede decir es que esta especie se volverá incómodamente numerosa. Si esto no es suficiente para constituir un universalista, nos quedamos con la concepción de Fichte de una mente de grupo superindividual y "superconsciente", en la que participan las conciencias individuales. El mero hecho de que enfatizara la autonomía del fenómeno Sociedad frente al fenómeno Estado, además de ser tan antiguo como la escolástica, ciertamente no tiene nada de específicamente "universalista". Es cierto que esta concepción está en la línea 'universalista', pero también en muchas otras líneas, por ejemplo, en la línea totalmente positivista de Durkheim. Quizás sea algo menos irreal suponer una conexión, a través del romanticismo, entre Fichte y Spann que rastrear el pensamiento de Durkheim hasta Fichte. La confianza en tales relaciones puramente fraseológicas está en cualquier caso fuera de lugar y sólo sirve para prevenir la percepción de relaciones más sustanciales.

Hegel [544] pide que se comenten por tres razones: primero, por su estupendo éxito; segundo, por su teoría del Estado y porque su filosofía constituye una rama importante de lo que llamaremos evolucionismo; tercero, por su influencia formativa en el pensamiento de Karl Marx.

Todo lo que puedo decir sobre el primer punto es que hace de la filosofía de Hegel uno de los factores del *Zeitgeist* que estamos tratando de examinar. Más que esto, no puedo decirlo porque el éxito fue más allá de lo que pudiera explicar. Podría explicar el éxito temporal en Alemania del filósofo al que se le atribuye el dicho: «De todos mis alumnos, sólo uno me ha comprendido; y éste me ha entendido mal. Quizás también podría explicar, en parte por el hecho de que la filosofía hegeliana es capaz de interpretaciones muy diferentes, por qué la influencia de Hegel en el pensamiento alemán no solo resultó duradera sino que también experimentó un fuerte resurgimiento en el siglo XX. Pero lo que está más allá de mi comprensión es la gran influencia que ejerció en Inglaterra, Francia, Italia y Estados Unidos, es decir, en suelos que no deberían haber sido favorables a esta planta. Sin embargo, el hecho en sí es indudable. El segundo punto se tratará en el apartado 4 de este capítulo. El tercero, la influencia de Hegel en Marx, constituye nuestra preocupación inmediata.

Muchos marxistas, y no solo los de mentalidad filosófica, se han acercado a afirmar que el marxismo tiene sus raíces en el hegelismo y que, siendo la relación de dependencia, la aceptación del "método dialéctico" constituye parte de la ortodoxia marxista. El propio Marx tenía una opinión

diferente. En el prefacio de la segunda edición del primer volumen de *Das Kapital* , nos dice que como filósofo había sido hegeliano; que nunca perdió su temprana preferencia por la filosofía de Hegel; y que lo que él consideraba críticas superficiales sólo le sirvió para fortalecer su gusto por 'coquetear' con él; pero que nunca se dejó guiar por él en su investigación positiva sobre los hechos de la sociedad capitalista. Sugiero que se acepte esta declaración. Los autores a menudo malinterpretan su propio procedimiento y existe la posibilidad de que Marx estuviera equivocado. Pero se puede demostrar que no fue así. Porque cada proposición suya, económica y sociológica, así como su visión del proceso capitalista en su conjunto, puede rastrearse a fuentes distintas a las filosóficas, como la teoría económica de Ricardo, o bien entenderse como resultados de un análisis estrictamente empírico de su teoría. propio. El hegelismo de su exposición no es más que una forma que podemos descartar en todos los casos sin afectar la sustancia de su argumento. El único caso que posiblemente podría considerarse dudoso se discutirá a continuación.

La filosofía 'idealista' (es decir, metafísica) nunca se mantuvo sin oposición. A medida que avanzaba el período, la veta de materialismo que asociamos con la racionalidad burguesa se afirmó independientemente de la corriente utilitarista. Entre otras cosas, alentó una interpretación materialista de Hegel: algunas personas descubrieron que sus conceptos metafísicos no son realmente necesarios para su modo general de razonamiento, que puede sostenerse sin ellos, y los abandonaron en consecuencia. Quizás el más importante de los hegelianos que, al hacerlo, se convirtió en materialista heterosexual fue Ludwig Feuerbach. [545] La pobre suerte de los 'librepensadores' (exponentes del materialismo mecanicista o sensacionalista), que publicaron en las últimas décadas de ese período y son significativos sólo porque su éxito popular fue un signo importante de la época, le deben algo pero menos que podríamos suponer y menos de lo que muchos historiadores han supuesto. Una vez más: al analizar amplias corrientes de ideas somos demasiado propensos a asumir relaciones entre las burbujas que brotan del mismo cráter.

(c) Positivismo comtista.

Por supuesto, el patrón de pensamiento filosófico de ese período fue mucho más rico de lo que sugiere nuestra encuesta. Pero tomaremos de él solo una hebra más que no solo encarna otro de los componentes principales del *Zeitgeist* de ese período , sino que también es particularmente importante para los economistas. En Francia, la filosofía profesional continuó manteniendo una tradición cartesiana, curiosamente entretejida con ideas provenientes de los empiristas ingleses, de Condillac y, en reacción contra Condillac, del "sentido común" escocés. [546] El componente antimetafísico, que, sin tener en cuenta cualquier otro significado posible de la palabra, llamaré *positivista* , se afirmó de muchas maneras. Pero encontró su expresión más adecuada en una sugerencia lanzada por Saint-Simon y llevada a cabo por Auguste Comte (1798-1857), físico teórico de formación, en su *Cours de philosophie positive* , que debía satisfacer dos distintas y lógicamente necesidades independientes: primero, la necesidad de un cuerpo general de pensamiento que llene el vacío dejado por la especulación metafísica en retroceso, la necesidad de un *sustituto* de la filosofía (o religión); en segundo lugar, la necesidad de un cuerpo de pensamiento general que ponga en orden el crecimiento tropical de la investigación especializada. *La Filosofía sintética de* Herbert Spencer, ¡« *sintética* » de hecho! - que apareció en entregas a partir de 1862 (*Primeros principios* , *biología* , *psicología* , *sociología* y *ética*) fue, en cierto sentido, otro intento de satisfacer ambas necesidades.

Comte's *Cours* apareció, 1830-1842, en seis volúmenes. De los otros escritos de Comte, sólo

sus cartas a JS Mill (*Lettres d'Auguste Comte à John Stuart Mill, 1841-1846* , publ. 1877) entran dentro de nuestra órbita. En cuanto al resto, cuanto menos se diga, mejor. Debe tenerse en cuenta que, al hablar de Comte y su obra, me refiero exclusivamente a esas dos publicaciones, pues el positivismo y el comtismo iban a adquirir también, de las aberraciones de sus años de decadencia, significados bastante diferentes.

Como se explicó anteriormente, el *Cours* presenta dos aspectos que deben distinguirse cuidadosamente. Primero, expone la doctrina de que todo nuestro conocimiento es conocimiento de relaciones invariantes entre fenómenos dados sobre cuya naturaleza o causalidad no tiene sentido especular. Este positivismo llevó las tendencias anteriores a un punto crítico y anticipó, en algunos aspectos, el empiriocriticismo mucho más interesante del período siguiente. Es una doctrina filosófica en el sentido técnico del término —aunque negativo— y como tal no ejerció, y fue incapaz de ejercer, influencia alguna sobre la investigación de ninguna ciencia en particular.

Pero, en segundo lugar, la principal preocupación de Comte no era realmente esta filosofía. El *Cours* comienza con la pregunta de cómo, en una época de especialización inevitable, podríamos salvar esa unidad orgánica de todo el conocimiento humano que era una realidad tan vital en la época de los polihistoriadores. Su respuesta fue que deberíamos crear para este propósito otra especialidad, la especialidad de *généralités* . Este plan tiene un significado bastante independiente de las opiniones filosóficas que uno pueda tener y vuelve a aparecer más adelante. El *Cours* es un intento de llevar a cabo este plan de una manera particular y con un sesgo particular.

La forma particular de Comte fue la siguiente: trató de organizar el total de todo el conocimiento científico (conocimiento de fuentes distintas de las científicas que no reconoció) en una jerarquía de ciencias o, para cambiar el símil, en un edificio, cada piso del cual debía ser ocupado por una ciencia diferente y que iba a surgir de los fundamentos en la lógica y las matemáticas hacia los problemas de la sociedad humana. Los seis pisos se asignaron respectivamente a Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Biología y —la psicología, que brilla por su ausencia— Sociología, la ciencia de la sociedad. Y de hecho procedió, si se me permite la analogía, a amueblar cada piso con lo que él concibió como los elementos de cada ciencia que eran más importantes para la ciencia ubicada en el piso siguiente. Nada puede ni es necesario decir sobre la grandeza y las deficiencias del plan o de su ejecución.

La influencia de Comte sobre las ciencias sociales en general, y sobre la economía en particular, fue considerable y cobró impulso a medida que avanzaba el siglo. Esto no se debió a su "filosofía", sino a que él mismo hizo el trabajo sociológico. Tendremos que tocar las contribuciones de él, constructivas y críticas, tanto en el resto de este capítulo como en capítulos posteriores. Sería conveniente, sin embargo, enumerar los cuatro más importantes y deshacerse de dos de ellos a la vez: (I) Comte bautizó la sociología naciente y esbozó un programa de investigación para ella que presagiaba desarrollos posteriores en Psicología Social; (II) esta sociología está orientada, como veremos, a una concepción del siglo XVIII de la evolución social; (III) introdujo en las ciencias sociales los conceptos de Estática y Dinámica; (IV) desarrolló una metodología que lo llevó a atacar el procedimiento de la economía "clásica" de una manera que anticipó muchas críticas posteriores. Procederé a comentar sobre (III) y (IV).

(III) Comte se preocupaba principalmente por la evolución social (véase más adelante, sec. 4d). Pero se dio cuenta plenamente de que la idea de evolución no cubre todos los problemas que

presentan los organismos sociales. También existen fenómenos o aspectos no evolutivos que requieren un tratamiento diferente. Por lo tanto, reunió otro conjunto de hechos y proposiciones sobre los "instintos sociales", que actúan y reaccionan unos sobre otros para producir mediante un proceso equilibrador el "orden espontáneo de la sociedad"; y este conjunto de hechos y proposiciones lo colocó junto al compuesto evolutivo o, como él lo llamó, la teoría del "progreso natural". Adoptando, como nos cuenta, la terminología del zoólogo H. de Blainville, llamó a la primera Estática y a la última Dinámica. JS Mill, el autor que introdujo estos términos en la teoría económica, estaba bien familiarizado con el pensamiento de Comte, y es natural suponer que los tomó de Comte, aunque no lo dijo. Si este fuera el caso, entonces Mill se equivocó al hablar (*Principios* , Libro IV, cap. 1) de "una feliz generalización de una frase matemática". Dado que muchas personas que no apreciaron la importancia de esa distinción han tratado de estigmatizarla como un derivado ilegítimo de una forma mecanicista de pensar, es hora de afirmar el hecho de que, en la medida en que tenga sentido hablar de pedir prestado: en lo que respecta a las palabras, es decir, no en lo que respecta a la distinción misma que nos impone en cualquier caso, el prestamista final no era la mecánica, sino la zoología. Volveremos sobre el tema más de una vez. Sin embargo, debería mencionarse que las definiciones de estática y dinámica de Mill corresponden a las de Comte, por lo que puedo ver; pero estos términos adquirieron posteriormente varios sentidos diferentes y ahora se utilizan en uno todavía diferente.

(IV) Metodológicamente, el plan de Comte era observar hechos históricos y etnológicos y construir su ciencia de la sociedad a partir de las generalizaciones que estos hechos sugerirían. Este es, por supuesto, un programa muy familiar que fue adoptado, entonces y más tarde, por numerosos escritores, especialmente por economistas históricos. Tanto más importante es darse cuenta de un hecho paradójico: si bien era perfectamente natural que los economistas históricos adoptaran este plan, no era en absoluto natural que Comte lo hiciera. El historiador, y por tanto el economista histórico, desconfía de cualquier teoría que intente "aislar" el elemento económico en la vida social. Para él, la teoría es realmente especulativa y poco realista. Es incluso algo peor: es una construcción especulativa que toma prestados sus métodos de las ciencias físicas. Sólo el fenómeno real en *todas* sus facetas históricas —con las facetas económicas, éticas, legales y culturales consideradas simultáneamente— es para él el verdadero objeto de la investigación social, cuyos métodos deben, por tanto, diferir *toto cœlo* de los utilizados por el físico. Pero Comte no podía argumentar así. Al contrario, quiso adoptar los métodos del físico. Cuando *se* acusó a los economistas 'clásicos' de la especulación no científica, que quería decir exactamente lo contrario de lo que los economistas de la escuela histórica fueron a significar. Y allí, como se dio cuenta JS Mill, estaba completamente equivocado. Pero además de equivocarse en cuanto a su crítica, también se equivocó en cuanto a su propia elección del método. Porque la ciencia física no acepta hechos no analizados: ya sea en el laboratorio o (donde el experimento de laboratorio no es posible) mediante el experimento mental, los físicos separan o aíslan los aspectos individuales y luego teorizan sobre ellos con una audacia que supera con creces cualquier cosa que los economistas se hayan aventurado a hacer hacer. Si Comte hubiera querido ser "científico" en *este* sentido, no podría haber adoptado ningún método que no fuera el seguido por Bentham, Say y más tarde por JS Mill. Adoptó el que sí adoptó (generalización a partir de hechos históricos o etnológicos no analizados) por error y, si anticipó algunos de los argumentos posteriores de la escuela histórica, los anticipó, nuevamente, por error: ignorancia honesta de la economía y de la sansimoniana. prejuicio en contra de que sea, por supuesto, la fuente psicológica de ambos. La comedia de los errores estará completa

cuando nos demos cuenta de que, para colmo, él mismo se entregó a *una* especulación *genuinamente* metafísica. Esta aclaración reduce considerablemente nuestra concepción de la influencia de Comte: los economistas históricos posteriores de la escuela de Schmoller no eran comtistas en absoluto; sus afiliaciones filosóficas y metodológicas eran bastante diferentes; llegaron a sus argumentos en contra de la teoría "clásica" desde la lógica de su propia posición intelectual y habrían llegado a ellos incluso si Comte nunca hubiera vivido; es meramente una coincidencia que, tal como era, estos argumentos, o algunos de ellos, le parezcan comtistas al historiador. 547 Con otros exponentes del historicismo, la influencia de Comte es más evidente. (En Ingram, por ejemplo, ver más abajo, Parte IV, cap. 4.)

2. Romanticismo e historiografía

Podríamos aprender mucho sobre el *Zeitgeist* examinando las corrientes literarias de ese período si fuera posible hacerlo. Pueden extraerse inferencias muy interesantes, por ejemplo, del éxito de las novelas de Dickens, Thackeray o Flaubert, que también son tratados realmente sociológicos, muy matizados por ideologías que no solemos atribuir a las personas que las leen. O para mencionar sólo otro ejemplo muy distante, también podríamos aprender mucho analizando el estallido de entusiasmo alemán por el arte griego que comenzó en el siglo XVIII 548 pero sobrevivió hasta bien entrado el XIX. Debemos abstenernos. Pero hubo un movimiento literario, el romanticismo, que no podemos permitirnos pasar por alto, en parte por su importancia real para el desarrollo de las ciencias sociales, en parte por la importancia que se le ha atribuido erróneamente.

(a) Romanticismo.

Como su antípoda cultural, el utilitarismo, el movimiento romántico comenzó en el siglo XVIII: nosotros, que estamos interesados principalmente en su desempeño analítico, no podemos hacer nada mejor que elegir como nuestro hito el gran nombre de Herder. 549 A diferencia del utilitarismo, el romanticismo no era una filosofía, ni un credo social, ni un "sistema" político o económico. Se trataba esencialmente de una moda literaria que se vinculaba con una cierta actitud hacia la vida y el arte: por un lado, el movimiento estaba completamente confinado a los círculos intelectuales: no hay románticos que no sean también literatos; por otro lado, el movimiento ganó importancia internacional principalmente en el campo de las belles letras y en los campos vecinos de la crítica literaria y la filología. Para la pintura, la arquitectura y la música significó menos —aunque también marcó modas allí, testigo, por ejemplo, de algunos horrores «góticos »— e influyó, pero periféricamente, en todo lo que tocaba. Pero de la historia de la literatura es posible recopilar una lista impresionante de nombres, como Byron, Alfieri, Shelley, Wordsworth, Coleridge, Scott, Longfellow, Chateaubriand, Gautier, Hugo, Hölderlin, Novalis, Brentano, Arnim y el dos Schlegel. 550 Es allí donde debemos buscar el logro del romanticismo y el trabajo serio de los románticos. Sin duda, salieron de esa fortaleza, como lo harán los literatos, y deambularon por todas las partes de la filosofía y las ciencias sociales que les atrajeron. Es con sus hazañas en estas excursiones lo que nos ocupa aquí. Pero debemos tener en cuenta que al tratar con estos no estamos tratando con el núcleo del logro romántico y que debemos esperar que cualquier grano que encontremos esté mezclado con paja diletantica.

Sin embargo, incluso en lo que respecta a las belles letras, no podemos dejar de sorprendernos por un hecho que, en efecto, se desprende de nuestra pequeña lista de nombres y que destacaría aún más en cualquier otra más extensa: obras y hombres que en un sentido u otro pueden ser etiquetados. Los románticos a menudo tienen muy poco en común y se ven extraños en yuxtaposición. Esto dejará

de sorprendernos en cuanto intentemos definir en qué consistió la actitud romántica. En la superficie, significaba rebelión contra los cánones clásicos del arte, por ejemplo, contra las tres unidades dramáticas de Aristóteles (de tiempo, lugar y acción). Pero debajo de esta superficie, había algo mucho más importante, a saber, la rebelión contra las convenciones, particularmente contra las convenciones racionalizadas: el sentimiento (posiblemente genuino) se levantó contra la fría razón; impulso espontáneo contra la lógica utilitaria; intuición contra análisis; el "alma" contra el intelecto; el romance de la historia nacional contra los artefactos de la Ilustración. Llamemos a esta actitud antiintelectualismo, aunque este término también se utilizará en un sentido diferente más adelante. Recordando que el movimiento romántico estaba confinado a los intelectuales —y por lo tanto era algo muy diferente de lo que podemos llamar el antiintelectualismo del hombre común— no deberíamos acobardarnos ante la designación aparentemente paradójica de antiintelectualismo intelectual. Visto así, el fenómeno del romanticismo realmente entra dentro de una clase bien conocida: como otros trabajadores, los intelectuales parecen de vez en cuando disgustarse con sus herramientas y estar poseídos por el deseo de 'derribarlas' y usar sus puños. en lugar.

Este diagnóstico explica, entre otras cosas, por qué es imposible sistematizar el romanticismo en un todo coherente y desarrollar reglas que nos permitan identificar ideas o programas románticos tan fácilmente como podemos identificar, por ejemplo, ideas o programas utilitarios. El movimiento tuvo la naturaleza de una reorganización. Su fertilidad se debió principalmente a este hecho. El individuo que experimentó su impacto quedó libre para caminar en cualquier dirección después de haber sido sacudido. Esto se aplica particularmente a las opiniones políticas y económicas de los románticos individuales que los historiadores posteriores han tratado de unificar en direcciones que ellos mismos aprobaron si simpatizaban, y en direcciones que desaprobaron si eran hostiles. La imagen resultante fue poco realista en ambos casos. El romanticismo se ha identificado con la "reacción" política; es cierto que muchos románticos, siguiendo las tendencias de su época, se volvieron conservadores o 'reaccionarios' cuando lo hicieron sus entornos, y que algunos de ellos incluso vendieron sus servicios a gobiernos 'reaccionarios'; pero el carácter esencialmente revolucionario del movimiento nunca se perdió del todo, como puede deducirse del caso de ese poderoso líder de opinión, Joseph von Görres. La ideología romántica se ha contrastado con las ideas benthamitas sobre la libertad y la democracia; de nuevo, es cierto que la libertad romántica no era la libertad del ensayo de JS Mill y que la democracia romántica no era la cosa mecanicista de Bentham; pero podría insistirse en que algunos románticos tenían una comprensión más profunda de lo que la libertad y la democracia significaban para las personas *tal como son, piensan y sienten* que los utilitaristas o cualquiera que intente imponer un esquema lógico de su creación a los patrones sociales existentes. Al romanticismo también se le ha atribuido un fuerte gusto (gusto es la palabra correcta, ya que estamos hablando de literatos) por la fe católica romana; es cierto que los románticos, con su sentido de las realidades vivas, estaban obligados a contemplar esa poderosa estructura con sentimientos muy diferentes a los de los utilitaristas; también es cierto que, al menos a principios del siglo XIX, su movimiento fue paralelo y estuvo relacionado con un renacimiento católico; pero es un error confundir los dos. Pocos de los verdaderos líderes del movimiento católico (Görres es el ejemplo más importante, Chateaubriand uno dudoso) fueron prominentes en el movimiento romántico; la mayoría de ellos se mantuvo firme sobre una base de indiferencia fría y recíproca. Por último, si el romanticismo se ha asociado con filosofías sociales "universalistas", fue sólo porque los románticos se oponían al individualismo racionalista de tipo

utilitario; pero el sentimiento, la intuición, el impulso que ensalzaban eran sentimientos, intuiciones e impulsos subjetivos e *individuales* ; este subjetivismo extremo, que no conocía ninguna regla obligatoria, era precisamente lo que ponía a Goethe en su contra.

¿Qué, bien puede preguntarse el lector, puede haber contribuido a la economía un movimiento como éste? La respuesta, por supuesto, se interpretará de manera diferente según pensemos en actitudes hacia problemas prácticos, halos ideológicos, humores, etc., o en análisis técnico. Un romántico o cualquier escritor influenciado por la actitud romántica, por supuesto, consideraría la vida industrial y sus problemas con un espíritu no burgués y adoptaría puntos de vista muy diferentes de los benthamitas. En términos más generales, sentiría un sano disgusto por la tendencia utilitarista de reducir la colorida variedad de patrones y procesos sociales a unas pocas generalizaciones descaradas sobre intereses hedónicos completamente racionalizados. Y construiría donde el utilitarismo deja un vacío, o bien proporciona un vertedero para lo que es simplemente una tontería desde su punto de vista, un santuario para lo históricamente único y para los valores de lo extraracional (aunque, como muestra la discusión anterior, estos valores diferían mucho de un romántico a otro). Como expresan algunos escritores románticos, gran parte de esto no suena del todo cierto. Debe quedar claro, sin embargo, que no todo fue falso literario. El punto de vista apropiado para una historia de la búsqueda de la verdad científica no lo es para una valoración integral. No obstante, podemos enumerar contribuciones definitivas al análisis positivo.

No hay *ninguno* que se registre en lo que respecta a la economía técnica. Considerando la naturaleza del movimiento, esto es solo lo que deberíamos esperar y ni siquiera equivale a una crítica. Los amantes entusiastas del romanticismo me parecen haber cometido un error táctico al insistir en la presencia de contribuciones de esta naturaleza, especialmente porque les obligó a convertir en héroe a un hombre como Adam Müller (1779-1829). En lo que respecta a esto, debe admitirse francamente que nunca existió una "escuela romántica de economía".

Creo que fue W. Roscher quien dio vigencia a esa frase en su periódico, Die romantische Schule der Nationalökonomik in Deutschland, *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft* , 1870, y quien cubrió a Müller con elogios inmerecidos. Los 'universalistas' modernos, habiendo tenido dificultades para encontrar otros miembros para esta 'escuela', han recurrido a tres dispositivos: primero, incluyeron hombres como F. Gentz y KL von Haller (el lector interesado está invitado a mirarlos). en cualquier obra de referencia), que no eran economistas en absoluto; segundo, reclamaban para la escuela a hombres famosos que tenían la relación más tenue con ella, si es que tenían alguna, como F. List; tercero, se dedicaron a la tarea de desenterrar miembros adicionales que fueron debidamente apodados genios, como Franz von Baader (*Sozietätsphilosophie* , en su *Sämtliche Werke* , 1854), que pueden pasar por un sociólogo. En cuanto al propio Adam Müller (principalmente: *Elemente der Staatskunst* ., 1809, nueva ed, 1922; *Versuche einer neuen Theorie des Geldes* . . .., 1816, nueva ed, 1922; *Von der Notwendigkeit einer theologischen Grundlage der gesamten Staatswissenschaften* de 1819; una selección de artículos ha sido editada por el Dr. Jacob Baxa, quien también escribió una vida de Müller con bibliografía completa, 1930), basta con afirmar que su economía consiste en una revalorización negativa de parte de los hechos y argumentos de A. Smith— del laissez-faire, el libre comercio, la división del trabajo, etc., que es asunto suyo y no nuestro, y en la introducción de una serie de concepciones metafísicas totalmente inoperantes.

Supongamos incluso que tiene algún sentido decir, por ejemplo, que el dinero es dinero sólo en

el momento en que cambia de manos y que en este momento no es *propiedad* privada (*allod* , como él lo llamó) sino propiedad pública (*feod*), o que es la expresión de "valor nacional" o "fuerza nacional", ¿qué hay de eso? Tales interpretaciones de los significados metafísicos son por naturaleza incapaces de decirnos nada que no sepamos acerca de las relaciones que subsisten en el mundo empírico. Por otro lado, no deseo ir más lejos. No tengo ninguna intención de comparar la ignorancia que no logra apreciar las tareas y los métodos de análisis con el igualmente ignorante fracaso en apreciar las tareas y los métodos de la visión filosófica o la interpretación de los significados. Me basta con hacer comprender al lector que se trata de dos mundos diferentes que no se tocan en ninguna parte y ninguno de los cuales puede decirnos nada sobre los fenómenos —o cualquiera que sea la palabra— en el otro sin reducir sus propios argumentos. a la futilidad. Para resaltar este punto con fuerza, me abstengo de preguntar qué tan buenas o malas son las especulaciones de A. Müller cuando se las considera filosofías. [551]

Sin embargo, parece posible hablar de una sociología romántica o al menos de contribuciones definidas de los escritores románticos a la sociología económica, política y general. Ya se ha mencionado uno: podemos reafirmarlo diciendo que consiste en la inserción, en el análisis de las instituciones y del comportamiento dentro de las instituciones, del conjunto de voliciones, hábitos, creencias, etc., humanos no racionales, no necesariamente irracionales. , que en gran medida hacen de una sociedad determinada lo que es y sin los cuales no se puede entender una sociedad y su patrón de reacción. Los nombres de Herder y Novalis [552] pueden mencionarse como ilustraciones. El componente artístico en el romanticismo es, en particular, responsable del énfasis en las relaciones y reacciones psicológicas, un hecho que da algo de color a la opinión de que los románticos fueron los precursores de la psicología social moderna. [553] El ejemplo sobresaliente de contribuciones de este tipo son los conceptos de Alma Nacional (*Volksseele*), Carácter Nacional y Destino Nacional. Tales conceptos llegaron fácilmente a los literatos y adquirieron con ellos una connotación emocional. Pero los sentimientos, así como cualquier visión filosófica, pueden abandonarse, por lo que el Alma Nacional se revela como un todo para una serie de hechos muy importantes. Incluso como entidad, ha atraído a muchos sociólogos posteriores del tipo de mente grupal. Lo muy «positivo» que se puede hacer de ella una cosa lo demuestra el hecho de que también la encontramos en un escritor tan poco romántico como Comte.

Pero la principal importancia del movimiento romántico para la economía analítica consiste en el impulso que dio a todo tipo de investigación histórica. Nos enseñó a comprender mejor las civilizaciones distintas a la nuestra, la Edad Media, por ejemplo, y también los mundos culturales extraeuropeos. Esto significó nuevas perspectivas, horizontes más amplios, nuevos problemas y, sobre todo, el fin del estúpido desprecio que los voltairianos y utilitaristas profesaban por todo lo que precedió a 'esta era ilustrada'. [554] Echemos un vistazo al más importante de los casos en los que la influencia romántica, con alma nacional y todo, muestra inequívocamente, al menos en la superficie: el surgimiento de la Escuela Histórica de Jurisprudencia. Esta escuela adquiere un significado adicional para nosotros porque ayudó a producir un movimiento similar en economía. [555]

Después de las Guerras de Liberación, el júbilo nacional se impuso en muchas propuestas que, más o menos directamente, apuntaban hacia una Alemania unificada. Entre ellas se encontraban propuestas para codificar la ley alemana. Uno de ellos —por un destacado jurista, Thibaut— fue criticado negativamente en un panfleto de Savigny que atrajo la atención de todo el país. [556] Su

argumento se elevó muy por encima de la ocasión particular y equivale a una sociología general del derecho: las instituciones jurídicas de una nación son parte de su vida individual como nación y la expresión de la totalidad de ella, y de la totalidad de sus determinaciones históricas. situación; encarnan todas las relaciones íntimas y necesidades de esta vida que encuentran en ellas una formulación más o menos adecuada; encajan como lo hace la piel del cuerpo humano; Reemplazarlos por un código racionalmente excogitado es como arrancar la piel de un cuerpo para reemplazarlo por un producto sintético. De ahí —esto es lo que nos importa— la necesidad de estudiar el derecho no desde el punto de vista de unos pocos principios racionales, sino dentro del marco de todas sus implicaciones en el alma o carácter nacional. De ahí la conclusión —en oposición exacta a la visión benthamita— de que el único método a seguir por la jurisprudencia científica es el histórico. 557 Este, en pocas palabras, fue el credo y el programa de la escuela histórica de jurisprudencia. Debido al uso del concepto de alma y carácter nacional, la relación entre esta sociología histórica del derecho y el pensamiento específicamente romántico se destaca con fuerza, quizás con más fuerza de lo que debería. Porque el sentido común nos dice que habría habido jurisprudencia histórica incluso si no hubiera habido ningún romanticismo. Esto también se aplica a los economistas alemanes que, habiendo recibido formación jurídica o teniendo lo que en un término americano posterior podemos llamar una inclinación institucionalista, sin duda fueron influenciados por el ejemplo de la escuela histórica de jurisprudencia.
(b) Historiografía.

Es aún más discutible hasta qué punto los ricos desarrollos de la historiografía profesional de ese período deben atribuirse a las ideas románticas. Es cierto que el estado de ánimo romántico estimuló el interés por la investigación histórica y aumentó la receptividad del público a sus resultados. Más allá de esto, no es seguro ir sin razones más específicas que la creencia general en la influencia omnipresente del romanticismo. Pero me parece que de hecho existe una de esas razones. De hecho, el período tuvo un gran número de historiadores que defendieron una causa, la causa de un país o de un sistema político o de un partido, o se dedicaron a calificar, sí, como un maestro de escuela califica los libros de su alumno, los hombres y los eventos. informaron, de acuerdo con sus propios estándares morales o culturales. 558 Sin embargo, se afirmó una tendencia a tomar una línea diferente: presentar los hechos bajo su propia luz, dejar que los eventos aparezcan como podrían haber sido para las personas que los experimentaron, preservar el color y el espíritu del tiempo y el lugar. Esta "interpretación inmanente" de los procesos históricos plantea evidentemente problemas metodológicos muy serios en cuanto a la naturaleza de la comprensión intuitiva de los individuos y civilizaciones que involucra. Para nosotros es de especial interés por la estrecha afinidad de sus principios con los de Max Weber. Se asocia principalmente con el nombre de Leopold von Ranke. 559 Un patrocinador francés fue Augustin Thierry. El trabajo de estos y otros hombres fue, en sus aspectos académicos, neutral al romanticismo y, en otros aspectos, incluso hostil a él. Pero su respeto por la autonomía de cada cultura y por su color individual constituye una afinidad con las ideas románticas que no debemos pasar por alto.

Por lo demás, dado que es imposible informar sobre la historiografía de ese período para dar una impresión adecuada, debemos ceñirnos a un breve recorrido por aquellos rasgos que son más relevantes para la economía. En primer lugar, estaban los nuevos materiales y los nuevos estándares de crítica. Fue durante este período que la historiografía se salió definitivamente del rango de las fuentes literarias y, de manera sistemática y en gran escala, comenzó a utilizar documentos originales y la información que está consagrada en monumentos, inscripciones, monedas y similares. La escritura

cuneiforme (Grotefend) y los jeroglíficos (Champollion) revelaron sus secretos. Se enseñaron técnicas para la explotación de materiales de origen y se llevaron a cabo publicaciones exhaustivas de dichos materiales: la École des Chartes, la English Rolls Series y la *Monumenta germaniae historica* son ejemplos de una actividad intencionada y sistemática, para la que no hubo paralelo en nuestro propio campo. La crítica de las fuentes alcanzó nuevos niveles, y fue esto más los nuevos materiales los que produjeron los logros de Niebuhr [560] y Mommsen. Pero el énfasis en el documento original fue bastante general. Constituye el principal mérito *académico* de Michelet. Lo encontramos también en escritores a quienes no valoramos principalmente como académicos, por ejemplo, Thiers, el político. Lo encontramos incluso en los creadores de la novela realista, por ejemplo, los hermanos Goncourt.

En segundo lugar, los historiadores desarrollaron una inclinación por el análisis sociológico que se benefició de su proximidad a los hechos. La atención de Niebuhr a las instituciones y la cuestión de los efectos de las políticas y reformas y la atención de Thierry a los factores raciales pueden servir como ejemplos. Esto casi nunca equivalía a una teorización explícita, pero muy a menudo implicaba teorías sociológicas aunque, huelga decirlo, no eran mejores por no estar debidamente articuladas. Además, mucho más que antes, observamos interés en los fenómenos económicos per se. Este interés se manifestó incluso donde menos lo esperábamos, en el campo de la historia antigua, [561] , por un lado, y en el 'pictórica' historia de la época, por el otro. La *Historia de Inglaterra de* Lord Macaulay (1848-1861) ilustra a la perfección lo que entiendo por historia pictórica, una historia que se concentra en los pintorescos acontecimientos militares o políticos y los narra con la mirada puesta en un efecto conmovedor. Pero Macaulay tiene capítulos que describen las condiciones económicas y sociales que son cuadros efectivos, pero completamente diferentes. Una afirmación análoga vale para la *Historia de la Revolución Francesa* de LA Thiers (1ª ed. Francesa, 1823-7; traducción inglesa 1838).

En tercer lugar, había una literatura, importante en virtud de los logros pero aún más importante como base de desarrollos posteriores, que puede describirse como el producto del ala puramente científica de la escuela histórica de la jurisprudencia o como el producto de la ala institucionalista de los historiadores. Ilustraré esto con los nombres de cuatro hombres eminentes cuyas líneas de investigación, aunque difieren ampliamente entre sí, entran todas dentro de la categoría prevista. Maurer [562] fue la autoridad principal, aunque no indiscutible, en la organización social de la Alemania medieval, y sus teorías ejercieron una gran influencia a lo largo del siglo XIX, incluso después de que se volvieron obsoletas. El famoso libro de Fustel de Coulanges, que penetró en la lectura general de los cultos (pero no, hasta donde puedo ver, en la de los economistas), dispuso los frutos del trabajo académico en torno a una teoría en el sentido de que la religión es lo más importante. factor importante en la configuración de las instituciones jurídicas y políticas de una sociedad, teoría que, debido a la estrecha correlación entre los distintos departamentos de la vida nacional, nunca será contradecida por los hechos, aunque sea errónea o inadecuada. [563] El liderazgo de Sir Henry Maine (1822-1888) pertenece al período siguiente, pero el trabajo que difundió su fama pertenece a este. Presenta una pieza muy instructiva de la teorización de un historiador. [564] Finalmente, cabe mencionar la obra histórico-etnológica de JJ Bachofen [565] , aunque su influencia también pertenece al período siguiente.

Finalmente, en cuarto lugar, *Kulturgeschichte* , [566] aunque no es, por supuesto, un fenómeno nuevo, se consolidó como una especialidad reconocida. Su relación con nuestro tema es obvia. Puede pintar murales o puede pintar miniaturas. La nota a pie de página menciona a los maestros destacados

de las dos formas, Burckhardt y Riehl. 567

3. Sociología y ciencia política: ambientalismo

Sabemos que la sociología se remonta a los escolásticos e incluso a los griegos. Pero el estatus de campo de investigación reconocido no lo adquirió antes del siguiente período (ver Parte IV, cap. 3). En el período en discusión, la sociología fue, en efecto, como hemos dicho anteriormente, bautizada por Comte, pero no debe atribuirse gran importancia a este hecho. Es cierto que hubo mucho trabajo sociológico importante. Pero permaneció descoordinado y no sistematizado. La mayor parte ya lo hemos notado. Podemos hablar de la sociología de un filósofo, la sociología de un abogado, la sociología de un historiador. Cada uno de ellos adoptó muchas formas que difieren ampliamente y mantienen las relaciones más variadas entre sí. Es peligroso forzar estos formularios en grandes categorías. Pero, a los efectos de una revisión resumida, se pueden dividir en un compuesto "abstracto" y uno "histórico". En importancia práctica, el utilitarismo benthamita ocupa el primer lugar entre los primeros, 568 la jurisprudencia histórica en primer lugar entre los segundos. En esta sección adoptaremos, en la medida de lo posible, este esquema. Además, se intentará complementar nuestra cosecha sociológica con todo lo que podamos extraer de la literatura del período sobre gobierno y política, para lo cual la frase Ciencia Política se utilizó cada vez más, y con un breve vistazo a una línea de pensamiento que debería Los economistas de interés en particular, el ambientalismo.

(a) La sociología de derecho natural del gobierno y la política.

Recordemos tres resultados que se han establecido previamente en varios giros de nuestro camino. Primero, el origen histórico de toda ciencia social está en el concepto de Ley Natural, que desde etapas muy tempranas estuvo asociado con conceptos más o menos definidos de "comunidad" o "sociedad". Los griegos *pueden* haber confundido este último con el concepto de gobierno. Habría sido natural para ellos hacerlo en las condiciones de la *polis* . Pero los médicos escolásticos estaban a prueba de este error analítico, porque los problemas prácticos de su época y su propia posición en el organismo social no podían dejar de dejarles claro que el Estado o el Gobierno, o el 'Príncipe', es un agente distinto con intereses propios que no necesariamente coinciden con los intereses del pueblo o de la comunidad (el Bien Común). Que la "sociedad" fue un descubrimiento de los filósofos del derecho natural, de los románticos o de grupos aún posteriores es una de las leyendas de la historia de la sociología. 569 En segundo lugar, hemos visto que el utilitarismo era un sistema de derecho natural. Como todos los sistemas de derecho natural, en principio lo abarcaba todo y casi lo era en la práctica. Se concibió como una ciencia social unitaria que era tanto normativa como analítica y, entre otras cosas, incluía la ética, el gobierno y las instituciones legales hasta todos los detalles del procedimiento judicial y la práctica criminológica, en los cuales el propio Bentham era al menos tan intensamente interesado como estaba en cualquier cuestión económica. En tercer lugar, sabemos que esta ciencia social unitaria del utilitarismo era individualista, empirista y `` racionalista '', el último término significa aquí simplemente que el sistema, tanto en su aspecto analítico como normativo, excluía estrictamente todo lo que no pasara la prueba. de racionalidad utilitaria o hedonista. El lector se ahorrará muchos problemas y mejorará en gran medida su comprensión de la historia doctrinal si presta la debida consideración a dos hechos vitales. Primero, el individualismo no implica necesariamente empirismo o racionalismo en este sentido; El empirismo 570 no implica necesariamente el individualismo y el racionalismo en este sentido; y el racionalismo en este sentido no implica necesariamente el

individualismo y el empirismo. Pero, en segundo lugar, una síntesis tan poderosa como la de Bentham estaba destinada a crear, tanto en la mente de los enemigos como en la de los amigos, una asociación entre todos los elementos que entran en ella que da la impresión de una conexión lógica incluso donde no existía ninguna. 571

Ahora bien, por su propia naturaleza, este sistema es incapaz de tener en cuenta los hechos de la vida política y la forma en que funcionan realmente los Estados, los gobiernos, los partidos y las burocracias. Hemos visto que sus preconcepciones fundamentales hacen poco daño en campos como la parte de la economía donde su "lógica de estabilidad y granero" puede considerarse como una expresión tolerable de tendencias reales. Pero su aplicación a los hechos políticos implica un desprecio no empírico y acientífico de la esencia —la lógica misma— de las estructuras y mecanismos políticos, y no puede producir nada más que ensoñaciones ilusorias y no muy inspiradoras. El ciudadano racional que vota libremente, consciente de sus intereses (a largo plazo) y el representante que actúa en obediencia a ellos, el gobierno que expresa estas voliciones, ¿no es éste el ejemplo perfecto de un cuento infantil? Por consiguiente, no esperaremos contribuciones de esta fuente a una sociología útil de la política. Y esta expectativa está casi patéticamente verificada. El fuerte sentido común redime, hasta cierto punto, la filosofía de gobierno de Bentham tal como se presenta en el *Fragmento sobre el gobierno* (1776) y, por supuesto, muchas de sus recomendaciones prácticas sobre procedimientos judiciales y similares. Pero el «Ensayo sobre el gobierno» 572 de James Mill sólo puede describirse como un sinsentido sin remedio, aunque, al parecer, también como un sinsentido imposible de erradicar. Además, su carácter puramente especulativo —tan diferente del carácter del argumento sin duda abstracto del mismo autor en su libro sobre teoría económica 573— es obvio. Esto fue realizado en ese momento por muchos no utilitaristas como Macaulay. Pero mucho más importante es que JS Mill (sin mencionar el nombre de su padre) aplicó a la teoría política de la escuela benthamita el epíteto inquebrantable 'no científico' (*Lógica* , VI, cap. 8, § 3) y que, además, sus frases vibrando con impaciencia reprimida, dijo prácticamente todo lo demás que hay que decir al respecto. En esto, como en tantos aspectos, se elevó por encima de su benthamismo inicial. Pero nunca se liberó por completo de sus grilletes: aunque sus ensayos *Sobre la libertad* y *Consideraciones sobre el gobierno representativo* son sin duda redimidos, en parte, por horizontes más amplios y una visión más profunda, siguen siendo "radicalismo filosófico". Por tanto, seguirá siendo para siempre una cuestión de la ecuación personal del historiador si la teoría de JS Mill significa el abandono o la mejora de la de su padre. 574

Los filósofos no utilitarios y anti-utilitarios también continuaron produciendo sistemas de derecho natural —y las correspondientes filosofías del estado— pero de alcance mucho más restringido, la mayoría de los cuales reflejan la influencia del talante romántico o la influencia de Kant o Hegel. 575 La cosecha que se recogerá para nuestros propósitos en este campo es realmente pequeña. Los abogados también continuaron generando especulaciones sobre la ley natural. Sin embargo, los más valiosos se encuentran en campos especiales, como el derecho constitucional o penal. 576 El creciente prestigio de la escuela histórica estaba desalentando rápidamente una empresa más amplia de este tipo. 577 No obstante, cabe señalar una actuación de este tipo de gran influencia, la de Stahl. 578 Por lo demás, los profesores mostraron una tendencia significativa a convertir sus conferencias sobre filosofía del derecho en conferencias sobre la *historia* de la filosofía del derecho. 579

(b) La sociología del gobierno y la política de los historiadores.

Los escritores que eran historiadores profesionales o que al menos tenían un ojo para la realidad histórica estaban destinados a hacerlo mejor que los utilitaristas u otros teóricos en lo que respecta a la política, ya que es más difícil para los historiadores descuidar los hechos que los miran a la cara. Edmund Burke, por ejemplo, era un hombre que veía la situación concreta con una energía apasionada, ya fuera entregándose a estallidos de ira o dando consejos sobrios, y supo extraer de ellos generalizaciones que han establecido la reputación de sus escritos como un depósito de política. sabiduría incluso con personas que no amaban su política: se podría decir que enseñó política por el método del caso y, como todos saben, con mucha eficacia. [580] Una vez más, nadie ha elogiado a Lord Macaulay por su profundidad de pensamiento. Pero en lo que respecta a la comprensión de la naturaleza de los procesos políticos, fue inconmensurablemente superior a James Mill, y su crítica de la presentación de este último de la teoría política del utilitarismo en la *Edinburgh Review* (1829) fue perfectamente adecuada en lo que respecta a su alcance, aunque lo hizo. no ir muy lejos. La política era todavía para él una 'ciencia' (no el objeto de una ciencia), aunque sí una 'experimental' [581] , con lo que simplemente quería decir que los principios utilitarios de la política estaban fuera de contacto con la realidad política y que se podía llegar a generalizaciones. sólo por observaciones de la realidad política. No trató de formular tales generalizaciones explícitamente. De haberlo hecho, podemos estar seguros de que habrían resultado ser la política whig idealizada. Este fue el caso también de aquellos historiadores que probaron la generalización política. [582] Finalmente, recordemos lo que creo que es la flor más fina de la literatura de análisis político de la época: *De la Démocratie en Amérique de* Tocqueville (1835-1840). [583] ¿Cuál es la naturaleza de la actuación que produjo uno de los 'grandes libros' de la época? No transmitió ningún descubrimiento de hechos o principios; no utilizó ninguna técnica elaborada; no hizo nada para cortejar al público (especialmente al público estadounidense). Una mente extremadamente inteligente, alimentada con los frutos de una antigua civilización, se tomó infinitas molestias en cuanto a las observaciones y las sometió brillantemente para que sirvieran a un propósito analítico. Eso fue todo. Pero es mucho. Y no conozco ningún otro libro que nos capacite mejor en el arte de tener éxito en este tipo particular de análisis político.

Pero el gran desempeño de la época en el campo de la sociología política está a nombre de Karl Marx. Aún no disponemos de los hechos necesarios para establecer esto. Se suministrarán en la siguiente sección (4b). Aquí sólo quiero decir a modo de anticipación que las teorías de Marx sobre la historia, las clases sociales y el estado (gobierno) [584] constituyen, por un lado, los primeros intentos serios de derribar al Estado de las nubes y, por otro, por otro lado, la mejor crítica, implícitamente, del constructo benthamita. Desafortunadamente, esta teoría científica del estado, como tantas otras cosas en el pensamiento marxista, está casi arruinada por la ideología particularmente estrecha de su autor. ¡Qué lástima, pero al mismo tiempo, qué lección y qué desafío! Dos ejemplos ilustrarán otro tipo de análisis político que, desde inicios insignificantes en el siglo XVIII, logró algún avance durante ese período, aunque no llegó muy lejos. Tan pronto como el análisis político cobra vida para las afirmaciones de los métodos científicos, está destinado a tropezar con problemas de crítica —en el sentido lógico, no político: crítica de conceptos políticos y de razonamiento político— y de mecanismos. El libro de un hombre que fue él mismo un político eminente, Sir George Cornewall Lewis (1802-1863) ilustra ese despertar a la conciencia crítica. [585] El último libro de otro hombre que también fue algo así como un político, aunque principalmente un líder académico, Franz von Holtzendorff (1829-1889), ilustra un sentido creciente de la necesidad de analizar el mecanismo de la

opinión pública. [586]
(c) Ecologismo.

Un *Zeitgeist* que contiene un componente de materialismo mecanicista —o lo que equivale casi a lo mismo, sensacionalista—, en proporción exacta a la fuerza relativa de este componente, favorecerá las teorías sociológicas que enfatizan el valor explicativo de los factores ambientales. En consecuencia, encontramos una veta de pensamiento ambientalista que puede describirse como una forma vulgarizada del de Montesquieu. [587] Bastarán dos ejemplos. Feuerbach, el filósofo (no el abogado), hizo del hombre un producto de su entorno físico. Si agregamos las calificaciones que son necesarias para elevar esta proposición al nivel en el que sea posible discutirla, tenemos aquí una teoría que, explícita e implícitamente, ha salido a primer plano nuevamente en nuestro propio tiempo. Su énfasis, dentro de los factores ambientales, sobre la comida [588] también se evidencia en nuestro segundo ejemplo, Buckle. [589] Si el espacio nos lo permitiera, habría que considerar su obra bajo tres aspectos que, tal como están, sólo pueden indicarse. Primero, hay una *idea* : reducir la historia a una ciencia llegando, a través de la "inducción" a partir de los hechos observados, a "leyes" del mismo tipo que lo que Buckle concibió que eran las "leyes" de la física. En la intención, la interpretación de la historia de Buckle, y no la de Marx, es la verdaderamente "materialista", lo que, por supuesto, es todo mérito de Marx. Nada es más obvio, sin embargo, tan pronto como uno se adentra en la obra de Buckle, que el hecho de que esta idea es de naturaleza puramente ideológica: es lo que él deseaba llevar a cabo, mientras que en realidad estaba influido por la pura especulación de que desde el principio hasta el final. últimos hechos forzados en un esquema preconcebido. En segundo lugar, está la *implementación* conceptual de la idea, que consta de tres tipos de "leyes" que determinan los estados sociales y sus cambios: físico, moral (es decir, proposiciones sobre el comportamiento humano) e intelectual. Este último (principalmente el crecimiento del control tecnológico sobre los entornos físicos) proporciona la fuerza motriz del "progreso", un principio que se vincula con lo que ahora describiremos como evolucionismo Condorcet-Comte. En lo que respecta a estos aspectos, a saber, los analíticos, incluso lo poco que hemos dicho sobre el libro es demasiado: su importancia consiste íntegramente en proporcionar un estudio de caso en aborto analítico, que puede enseñarnos a buscar propensiones especulativas. detrás de un programa no especulativo y por el diletantismo detrás de un aparato científico aparentemente grande. Pero está, en tercer lugar, el éxito casi increíble que este libro ha tenido con todo tipo de personas, ricas y pobres, educadas y no educadas, inglesas y extranjeras. Es sólo este éxito lo que da importancia al libro: fue uno de los elementos de la lectura del profano, uno de los educadores de la mente pública de ese período. Como tal, su enseñanza es un elemento importante en el escenario intelectual que estamos tratando de visualizar.

Al igual que otras 'teorías', el ambientalismo puede llevarse fácilmente a un punto en el que se convierta en una tontería obvia. Pero dentro de su esfera, es un ayudante indispensable del analista de los fenómenos sociales, como resultó ser, por ejemplo, para Michelet. El caso puede ser ilustrado por el (en este respecto) caso similar de "racialismo". Es una observación melancólica pero muy importante hacer que en las ciencias sociales siempre están en juego factores que llevarán tales teorías al punto de la tontería y, lo que es lo mismo, las convertirán en huesos de la discordia para ideologías y políticas. fiestas. Tanto el ambientalismo como el racialismo se adaptan a tantos libros que ninguno puede hacer su contribución a nuestra comprensión de los procesos sociales; sus amigos y sus enemigos unen fuerzas para evitar esta consumación. Observemos nuevamente una obra de la época que, con notable

ausencia de prejuicios, logró equilibrar el elemento ambientalista y racial de una manera bastante satisfactoria hasta donde llegó: *Anthropologie der Naturvölker de* FT (*no de* Georg) Waitz (1859- 64), especialmente el primer volumen.

4. Evolucionismo

Los fenómenos sociales constituyen un proceso único en el tiempo histórico, y el cambio incesante e irreversible es su característica más evidente. Si por evolucionismo no queremos decir más que el reconocimiento de este hecho, entonces todo razonamiento sobre los fenómenos sociales debe ser evolutivo en sí mismo o bien estar relacionado con la evolución. Aquí, sin embargo, el evolucionismo significa más que esto. Uno puede reconocer el hecho sin convertirlo en el eje del pensamiento y el principio rector de su método. El sistema utilitario puede servir para ilustrar esto. James Mill habría sonreído a un interrogador que le preguntó si estaba al tanto de la ocurrencia de cambios sociales y, además, habría concebido una mala opinión de la inteligencia del interrogador. Sin embargo, sus diversos sistemas —en teoría económica, política y psicológica— no eran evolutivos en el sentido de que su pensamiento en cualquiera de esos campos *giraba* en *torno* a la evolución. Y es este el criterio del evolucionismo para nosotros, tanto en lo que se refiere a la filosofía —que comprende también la especulación puramente metafísica— como a cualquier campo "científico". En este sentido, el evolucionismo se afirmó en el curso del siglo XVIII, pero alcanzó y superó su punto álgido en el XIX.

Se llama la atención sobre la presencia de un factor perturbador, cuya influencia se sentirá de muchas maneras y no solo en esta sección. En sí mismo, el concepto de evolución está perfectamente libre de cualquier valoración, excepto dentro de estándares bien definidos. [590] En lo que respecta a esto, simplemente reconocemos que la gente describirá un cambio como progreso si les gusta, y como retroceso o degeneración si no les gusta. Pero en el siglo XVIII la evolución se identificaba ingenuamente con el progreso —hacia la regla de *la razón*— , es decir, llevaba por definición un juicio de valor. Y esta ingenua asociación de ideas persistió durante todo el siglo XIX, aunque con el paso del tiempo aparecieron signos de su disolución gradual en trabajos de investigación serios. El burgués cuya posición empresarial y de clase prosperaba tenía alguna cantidad de confianza en el `` progreso " de cierto tipo, y él y el exponente literario de la mente burguesa mostraron una lamentable tendencia a vincular esta confianza en un cierto conjunto de cambios deseados con algunas fuerzas ineludibles. que mueven civilizaciones o incluso el universo. Pero debemos tratar de mantenernos alejados de tales infantilismos, por importantes que sean como características del *Zeitgeist* .

Para aclarar e ilustrar, será útil distinguir cinco tipos diferentes, aunque a menudo superpuestos, de pensamiento evolucionista, todos los cuales cobran gran importancia en el escenario intelectual de este período y también en el siguiente: lo que sigue se refiere a ambos períodos , aunque los ejemplos se toman sólo del que se examina.

(a) Evolucionismo de los filósofos.

Hegel es el ejemplo sobresaliente. Con cada disculpa por la temeridad involucrada, expondré el único punto que es relevante para los propósitos de este libro de la siguiente manera. Postulemos la existencia de una entidad metafísica —no importa cómo la llamemos— que es la realidad última y absoluta, y coloquémonos así en el punto de vista de una filosofía ultraidealista. [591] Definamos , *al mismo tiempo y en el mismo sentido* , la *misma* realidad como la totalidad de todos los hechos

observacionales actuales y potenciales. ¿Cómo es esto posible? Es posible, si, como y cuando vemos en estos hechos de observación, por así decirlo, runas que encarnan (manifestaciones de) esa entidad [592], de la misma manera en que deberíamos hacerlo si adoptamos el panteísmo directo en la sentido ordinario. Ahora bien, se supone que esa entidad sufre una evolución inmanente en un proceso esencialmente lógico de tesis, antítesis y síntesis. [593] Y también lo hace la realidad observacional. Este es el tipo de cosas que siempre atraerán a un tipo de mente y nunca a otro. Pasamos con una definición y un comentario. La definición: razonamiento desde la concepción de una entidad metafísica, que al desplegar sus propios contenidos produce una secuencia de cambios en la realidad de la experiencia, que llamamos *emanatista* . El comentario: el lector observará que de la concepción emanatista de la evolución de Hegel algo permanece, incluso si dejamos de lado sus atavíos metafísicos, a saber, la idea o quizás el descubrimiento de que la realidad, tal como la conocemos por experiencia, puede ser en sí misma un *proceso* evolutivo , evolucionando desde una necesidad inherente, en lugar de ser un conjunto de fenómenos que buscan un estado o nivel definido, de modo que un factor extraño, o al menos un factor distinto, es necesario para moverlos a otro estado o nivel como la analogía con el newtoniano sugiere la mecánica. Esta idea, si es sostenible, es por supuesto extremadamente importante. En lo que respecta a la filosofía, permite pasar, por ejemplo, del hegelianismo en su aceptación original a lo que podríamos llamar materialismo hegeliano, lo que hicieron muchos de los llamados jóvenes hegelianos. En lo que respecta a la sociología, sugiere un enfoque novedoso de los hechos del cambio social.

Antes de continuar, podemos notar otros dos métodos mediante los cuales los filósofos a veces se las ingeniaron para impartir a sus filosofías un sesgo evolutivo. El 'progreso' estaba en el aire y, como otras personas, los filósofos disfrutan de estar al día. El agnóstico o materialista, especialmente de la variedad semi-popular, fue apto para sustituir el progreso intelectual por las entidades que descartó, es decir, fue apto para obtener un préstamo de lo que se describirá más adelante (d) como Condorcet. Evolucionismo comte; o bien estaba dispuesto a explotar el evolucionismo biológico (e) con fines filosóficos. Independientemente de lo que pensemos de esto como filosofía, se convirtió en literatura popular.

(b) Evolucionismo marxista.

Acabo de advertir sobre las posibles implicaciones para la sociología que podría albergar una filosofía hegeliana desespiritualizada. Esto sugiere que aquí tenemos, después de todo, más que una influencia [594] fraseológica de Hegel sobre Marx. No obstante, si mantenemos una autonomía sustantiva de la llamada Interpretación Materialista de la Historia de Marx frente al hegelismo, y si la enumeramos como un tipo separado de evolucionismo, nos dejamos guiar por dos consideraciones. Primero, la teoría de la historia de Marx se desarrolló independientemente de la afiliación hegeliana de Marx. Sabemos [595] que su análisis partió de una crítica al error actual (y aparentemente inmortal) de que el comportamiento que produce la historia está determinado por las ideas (o el 'progreso de la mente humana'), y que estas a su vez se infunden en los actores. por procesos puramente intelectuales. Comenzar con esta crítica es un método perfectamente sólido y muy positivo, pero no tiene nada que ver con la especulación hegeliana. En segundo lugar, la teoría de la historia de Marx es una hipótesis de trabajo *por naturaleza* . Es compatible con cualquier filosofía o credo y, por tanto, no debe vincularse con ninguno en particular; ni el hegelianismo ni el materialismo son necesarios ni suficientes para ello. [596] Lo que queda es, de nuevo, la preferencia de Marx por la redacción hegeliana, y la suya y la

mayoría, aunque no toda, la preferencia de los marxistas por cualquier cosa que suene antirreligiosa.

Tanto el logro plasmado en esa hipótesis como las limitaciones de este logro pueden transmitirse mejor mediante una breve y escueta declaración de los puntos esenciales. (1) Todas las manifestaciones culturales de la "sociedad civil" —para usar el término del siglo XVIII— son, en última instancia, funciones de su estructura de clases. [597] (2) La estructura de clases de una sociedad está, en última instancia y principalmente, gobernada por la estructura de producción (*Produktionsverhältnisse*), es decir, la posición de un hombre o de un grupo en la estructura de clases sociales está determinada principalmente por su posición en el proceso productivo. . (3) El proceso social de producción muestra una evolución inmanente (tendencia a cambiar sus propios datos económicos, y por tanto también sociales). A esto se suman los puntos esenciales de la teoría de clases sociales de Marx, que es lógicamente separable de los puntos (1) a (3) que definen las interpretaciones económicas de la historia pero que forma parte de ella dentro del esquema marxista. (1 ′) La estructura de clases de la sociedad capitalista puede reducirse a dos clases: la clase burguesa que posee y la clase proletaria que no posee los medios físicos de producción, que son 'capital' si son propiedad de los empleadores pero no ser 'capital' si es propiedad de los trabajadores que los utilizan. (2 ′) En virtud de la posición de estas clases en el proceso productivo, sus intereses son necesariamente antagónicos. (3 ′) La lucha de clases resultante o guerra de clases (*Klassenkampf*) proporciona los mecanismos —económicos y políticos— que implementan la tendencia de la evolución económica a cambiar (revolucionar) toda organización social y todas las formas de civilización de una sociedad que existen en cada momento. Todo esto lo podemos resumir en tres lemas: la política, las políticas, el arte, la ciencia, la religión y otras creencias o creaciones, son todas superestructuras (*Überbau*) de la estructura económica de la sociedad; [598] la evolución histórica está impulsada por la evolución económica; la historia es la historia de las luchas de clases. [599]

Ésta es una presentación tan justa del evolucionismo social de Marx como puedo ofrecer en pocas palabras. El logro tiene una importancia de primer orden [600], aunque los elementos que intervienen en él tienen un valor muy desigual o, más bien, están desigualmente deteriorados por un sesgo ideológico evidente. Menos valiosa para cualquier propósito que no sea agitador es la teoría de las clases sociales que Marx asoció con su interpretación económica de la historia: el esquema de dos clases es casi inútil para un análisis serio; el énfasis exclusivo en el antagonismo de clases es tan evidentemente erróneo —y tan claramente ideológico— como el énfasis exclusivo en la armonía de clases del tipo Carey-Bastiat (ver más abajo, cap. 4); y la proposición de que la evolución de las formas de organización social es provocada por un mecanismo que puede describirse exclusivamente en términos de la lucha entre esas dos clases es una simplificación que elimina lo esencial de los mecanismos realmente en funcionamiento. Sin embargo, debe añadirse una salvedad: si de Marx obtenemos una definición ideológicamente deformada de clases y de antagonismos de clase, y si en consecuencia obtenemos una descripción insatisfactoria de los mecanismos políticos, obtenemos sin embargo algo muy digno de tener, a saber, una perfecta idea adecuada de la importancia del fenómeno de clase. Si en este campo existiera algo parecido a una investigación imparcial, las sugerencias de Marx habrían conducido hace mucho tiempo a una teoría satisfactoria de la misma.

Pero la interpretación económica de la historia es un asunto diferente. Si lo reducimos al papel de hipótesis de trabajo y si lo formulamos cuidadosamente, descartando todas las ambiciones filosóficas que sugieren las frases Materialismo histórico o Determinismo histórico, contemplamos un

logro analítico poderoso. Los puntos (1) y (3) pueden entonces ser defendidos contra objeciones, la mayoría de las cuales resultan basarse en malentendidos. El punto [601] (2) es menos confiable: funciona bien con algunos patrones históricos y no con otros. [602] Marx no parece haberse tomado muy en serio este problema. Pero había otro, a cuya solución dedicó la mayor parte de sus gigantes poderes por el resto de su vida. Evidentemente, el vasto tejido, del que se basa la interpretación económica de la historia, habría tenido que quedar incompleto sin un análisis completo de esa evolución inmanente del sector económico sobre el que se basó la evolución de la civilización humana en su conjunto. Para él, la interpretación económica de la historia era, por tanto, más un programa que un logro digno de ser valorado por sí mismo.

Hemos llegado a un punto de vital importancia para una comprensión adecuada de la obra de Marx. Por un lado, ahora podemos visualizar su ciencia social unitaria, el único sistema omnicomprensivo significativo que data de este lado del utilitarismo: vemos la manera y el sentido en que soldaba en un todo único y homogéneo todas las ramas de la sociología *y* la economía, una aventura que bien podría deslumbrar al discípulo moderno incluso más que a Engels, que estaba demasiado cerca del taller. Por otro lado, ahora vemos la economía marxista en su verdadera luz. Sus características individuales, o algunas de ellas, serán notificadas y evaluadas en sus lugares. Aquí sólo deseo insistir en la grandeza de la concepción y en el hecho de que el análisis marxista es la única teoría económica genuinamente evolutiva que produjo el período. [603] Ni sus suposiciones ni sus técnicas están por encima de serias objeciones, aunque, en parte, porque ha quedado inconclusa. Pero la gran visión de una evolución inmanente del proceso económico, que, trabajando de alguna manera a través de la acumulación, de alguna manera destruye la economía y la sociedad del capitalismo competitivo y de alguna manera produce una situación social insostenible que de alguna manera dará lugar a otro tipo de organización social. —Remanece después de que la crítica más vigorosa ha hecho lo peor. Es este hecho, y solo este hecho, el que constituye la pretensión de grandeza de Marx como analista económico. Que era más que un analista *económico* lo hemos visto en este apartado. No es necesario volver a explicar que era más que un *analista* .

[Para una discusión de las opiniones de Marx y Schumpeter sobre los temas cubiertos en esta sección, ver OH Taylor, 'Schumpeter and Marx: Imperialism and Social Classes in the Schumpeterian System', *Quarterly Journal of Economics* , noviembre de 1951. Esta es una revisión artículo de *Imperialism and Social Classes* de Schumpeter (*traducción al* inglés, ed. con una introducción de Paul M. Sweezy, 1951).]

(c) Evolucionismo de los historiadores.

La mera preocupación por los problemas de describir los eventos de un mundo en constante cambio no significa evolucionismo en el sentido de esta sección. Los historiadores profesionales, por tanto, no son evolucionistas de profesión. Se vuelven evolucionistas —de un tipo distinto— sólo cuando tratan de organizar los estados de la sociedad —económicos, políticos, culturales o generales— en secuencias que se supone que son necesarias en el sentido de que cada uno de esos estados es la condición necesaria y suficiente. para el surgimiento del que le sigue. La forma más antigua y primitiva de hacerlo es construyendo etapas típicas por las que debe pasar una economía. Este método fue representado en ese período por Friedrich List, cuyo esquema —caza, agricultura, agricultura más manufactura, agricultura y manufactura más comercio— recibió la merecida crítica de Karl Knies: [604] de hecho deberíamos haber descartado este esquema como completamente inútil si no por el hecho de que

pueda ser usado (y fue usado por List) como un simple dispositivo expositivo para inculcar a los principiantes (o al público) la lección de que la política económica tiene que ver con estructuras económicas cambiantes y, por lo tanto, no puede consistir en un conjunto de recetas inmutables. Otro ejemplo es el esquema de Bruno Hildebrand: economía de cambio, economía monetaria, economía crediticia. Más allá de esto, no hay mucho que informar en esta categoría (cuanto mejor historiador, más reacio es a tales construcciones), excepto que una vaga creencia en secuencias evolutivas, como secuencias históricas que se suponía que tenían analogía con la juventud, la virilidad , y la vejez de las personas, se encuentran con frecuencia en los escritos históricos de ese período. Un economista e historiador económico que se entregó a esta creencia sin dejarse engañar por ella, por lo que puedo ver, fue W. Roscher. 605 Vale la pena señalar que esta creencia en las `` leyes de la historia económica '' constituye una de las principales diferencias entre su metodología y la de Schmoller, quien, sin embargo, tenía una serie de tipos propia: economía de aldea, economía de ciudad, economía territorial y economía nacional.

(d) El evolucionismo intelectualista de Condorcet y Comte.

Condorcet, 606 más que ningún otro escritor, elaboró la teoría de la evolución social que se asocia específicamente con el pensamiento de la Ilustración y está presente, implícita o explícitamente, en los escritos de todos los devotos de *la razón* : llamémosla evolucionismo intelectualista. . Es la última palabra en sencillez. Reducida a su contenido esencial, se trata de esto: la razón humana, una fuerza dada, libra una incesante guerra de conquista sobre el medio físico del hombre y, en cualquier etapa dada, sobre las creencias o hábitos de pensamiento que la humanidad ha adquirido en etapas anteriores de su vida. es historia. De esta lucha incesante resulta, por un lado, una comprensión cada vez mayor de las verdaderas leyes de la naturaleza y, en consecuencia, un control tecnológico aún más perfecto sobre las fuerzas de la naturaleza y, por otro lado, una libertad cada vez mayor de errores erróneos. y creencias y propensiones antisociales: el intelecto humano, perfeccionándose a sí mismo, perfecciona toda la naturaleza humana, y por tanto también las instituciones humanas, sin límite asignable. Dado que la mente de muchos lectores está presumiblemente imbuida de esta teoría, tal vez hasta el punto de aceptar este `` progreso de la mente humana '' como algo natural, es mejor que nos aseguremos de entender la objeción a ella: falla porque postula qué es explicar. Los cambios —adaptativos y, posiblemente, también autónomos— en las creencias, en el acervo de conocimientos y técnicas, y en los hábitos de pensamiento, están sin duda históricamente asociados con otras manifestaciones de la evolución social. Pero están condicionados, por decir lo menos, por los hechos de una estructura social cambiante, al igual que su *modi operandi* . Si atribuimos, digamos, el positivismo moderno o el aeroplano moderno al progreso de la mente humana, es evidente que no hemos hecho mucho por su explicación. De hecho, no hemos hecho nada: solo hemos cambiado el nombre del problema. Si, para remediarlo, apelamos a la perfectibilidad de la mente humana, todavía no hemos hecho nada: solo hemos postulado la solución. Y si, reconociendo esto, introducimos factores de explicación adicionales, por ejemplo biológicos, hemos dejado las amarras del evolucionismo intelectualista.

Pero a pesar de su patente insuficiencia, esta teoría sobrevivió en los círculos liberales o progresistas que continuaron la tradición de la Ilustración. Lecky y Buckle, por mucho que difieran sus argumentos, pueden mencionarse nuevamente para ilustrar esto. Para nosotros, sin embargo, la posición de Comte es de especial interés. Su esquema o 'ley' de tres etapas, según el cual la civilización

evoluciona de una etapa religiosa o mágica a una metafísica y luego a una científica, proviene claramente del pensamiento de la Ilustración: no difiere esencialmente del de Condorcet. Además, no sólo es increíblemente estrecho sino también, en el propio sentido de Comte, especulativo y acientífico: la investigación en las líneas de su programa `` positivo '' habría revelado inmediatamente la presencia de factores y mecanismos que no pueden reducirse al único factor encarnado en esa 'ley'. Obsérvese, sin embargo, que, superficialmente, el derecho parece fácil de verificar: el procedimiento científico racional (aunque no en política) es de hecho uno de los rasgos característicos de nuestro tiempo; y la magia es, de hecho, característica de la mente primitiva; la cuestión es sólo cuánto significa esto y hasta qué punto la correlación admite una interpretación causal.

Hay un punto más a destacar. Las actitudes religiosas, metafísicas y científicas son evidentemente fenómenos sociales y no simplemente individuales. Por tanto, se puede decir que las etapas de Comte son etapas del desarrollo de una mente colectiva o de grupo. Mucho más definitivamente que Condorcet, Comte adoptó este concepto e hizo algo para elaborarlo. Existe, por supuesto, un mundo de diferencia entre su mente colectiva y el alma nacional de los románticos. Sin embargo, vistos como herramientas de análisis, ambos llegan a ser lo mismo y ambos han influido en el trabajo de sociólogos y psicólogos sociales posteriores.

(e) Evolucionismo darwiniano.

Este es el único tipo de evolucionismo biológico que se nota aquí. La influencia de Lamarck fue en gran parte, aunque no totalmente, reemplazada por Darwin (quien, sin embargo, fue generoso en sus referencias a Lamarck); y Mendel, aunque publicó sus tres leyes en 1866, no ejerció ninguna influencia directa. [607] El 'Bosquejo histórico' agregado por Darwin a la tercera y posteriores ediciones del *Origen de las especies* le contará al lector la fascinante historia del surgimiento gradual de las ideas decisivas, de modo que no es necesario decir nada al respecto aquí. [608] Sin embargo, es necesario ofrecer los siguientes comentarios sobre el significado social del libro y sobre su significado para las ciencias sociales. [609]

En primer lugar, el *origen de las especies* y la *descendencia del hombre* forman una de las mayores manchas de color en nuestra imagen del *Zeitgeist* de ese período . Su importancia secular para las concepciones cósmicas de la humanidad es comparable a la del sistema heliocéntrico. Fueron muy leídos por el público en general, discutidos apasionadamente y efectivos para remodelar la casa mental de la burguesía, aunque parece que, en la mayoría de los casos, este nuevo mobiliario no desplazó a los muebles metafísicos que aún existían, sino que solo ocupaban un espacio vacío. Nuestras creencias y actitudes fundamentales están más allá del poder de cualquier libro para hacer o sacudir; en particular, no creo que ninguna persona cultivada encontrará su fe destruida al leer a Darwin, siempre que esa persona tenga alguna fe que destruir. [610]

En segundo lugar, por mucho o poco que pensemos en el papel causal del darwinismo, su importancia sintomática está fuera de toda duda. Llegó, y cabalgó hacia el éxito, exactamente cuando debería haberlo hecho según la teoría marxista de las superestructuras intelectuales. Y era una corriente sólo en un río más ancho, como lo demuestran los desarrollos independientes pero análogos en geología. [611] Este fue el mismo río que también trajo consigo los otros evolucionismos que hemos estado discutiendo anteriormente. Pero en todos los demás aspectos, estos eran lógicamente independientes del darwinismo o de cualquier otra teoría biológica: es muy importante darse cuenta de esto para evitar confusiones que amenacen nuestra comprensión de la historia intelectual del período.

Marx pudo haber experimentado satisfacción por el surgimiento del evolucionismo darwinista. Pero el suyo no tuvo nada que ver con eso, y ninguno presta apoyo al otro.

En tercer lugar, el darwinismo o el discurso darwinista se entrometieron más tarde en la sociología y la economía. Esto será abordado en nuestro estudio del escenario intelectual del próximo período (Parte IV, cap. 3). Para el período en discusión, no puedo encontrar ninguna influencia significativa sobre las ciencias sociales aparte de lo que podemos concebir que la influencia darwinista ha hecho en los hábitos generales de pensamiento de las personas. [612] Tanto Darwin como Spencer contribuyeron a la psicología, y esta última mostró una propensión a las aplicaciones sociológicas desde el principio. Pero esto es todo. Para concluir, deseo comentar la observación de Darwin en el sentido de que se inspiró en la teoría de la población de Malthus. Parece muy arriesgado, sin duda, disentir de la afirmación de un hombre sobre sus propios procesos mentales. Pero sucesos o sugerencias bastante insignificantes pueden liberar una determinada corriente de pensamiento; El propio Darwin no incluyó el trabajo de Malthus en el Bosquejo histórico mencionado anteriormente, aunque sí se refirió a él en su introducción; y la mera afirmación de que "nacen más individuos de cada especie de los que posiblemente puedan sobrevivir" (lo que, además, es un maltusianismo dudoso) no es, en sí mismo, más que un tópico. Temo, por tanto, que el servicio prestado por la economía a la evolución de la doctrina darwiniana tenga alguna analogía con el servicio prestado a Roma por los famosos gansos.

5. Psicología y lógica

Los productos más interesantes del trabajo de ese período en el campo de la psicología son los que anticipan, o al menos anuncian, los desarrollos del período posterior. Me refiero a la anatomía cerebral de PJ Cabanis, FJ Gall (cuyo trabajo también incluye la primera teoría de la acción refleja), Sir Charles Bell y PP Broca; a la psicología fisiológica o experimental de Tetens y Bonnet, continuada más tarde con mucho mayor éxito por Johannes P. Müller, EH Weber, RH Lotze, GT Fechner; a la línea relacionada tomada por Claude Bernard; [613] y, si insistimos en incluir a *Völkerpsychologie* en psicología, al trabajo de FT Waitz, mencionado anteriormente en la sección relativa al ambientalismo. Además, si también incluimos filosofías sobre la mente colectiva, y si elegimos llamarlas precursoras de la psicología social moderna, tenemos que agregar, por un lado, Comte y, por otro lado, Herder y muchos otros "románticos". .

[(a) Psicología asociacionista y evolucionista.]

Pero las psicologías de Herbart (1776-1841) y Beneke (1798-1854) son más directamente relevantes para la posibilidad de una base psicológica de la economía técnica —si es que tenemos alguna utilidad para tal base—. [614] El primero elaboró un aparato conceptual simple para el análisis de los fenómenos psíquicos tal como los da la observación introspectiva sin recurrir a la fisiología. Los economistas podrían haber aprendido algo de él, aunque más de sus métodos que de sus resultados. Sin embargo, salvo algunas citas que no significan nada, no he podido encontrar ningún ejemplo que demuestre que su psicología o su filosofía general hayan ejercido alguna influencia sobre el trabajo profesional de los economistas. Me pregunto si debería afirmarse lo mismo para el elemento del trabajo psicológico de ese período que es, con mucho, el más importante desde el punto de vista de la historia de la economía: el asociacionismo hartleyano. Este asociacionismo debería haber sido obsoleto para entonces, pero fue revivido por una nueva edición de la obra de Hartley (1791) y reexpuesto con brillante eficiencia por nuestro propio colega James Mill: [615] la mente, un lockiano en blanco; vida

psíquica, un sistema mecánico de asociaciones. Incluso JS Mill se sintió incapaz de contentarse con esto, y A. Bain debía combinarlo con elementos darwinianos y elementos derivados de los psicólogos fisiológicos alemanes en algo que estaba bastante alejado de la ortodoxia asociacionista. Pero para nosotros surge la pregunta: dado que esta ortodoxia asociacionista era parte de la ortodoxia benthamita, ¿no deberíamos esperar que influyó en la economía del grupo que era otra parte de ella? Por supuesto que lo haremos, pero estaremos decepcionados. El caso ilustra muy bien la naturaleza de la relación de un sistema integral con sus partes. El asociacionismo psicológico está de acuerdo con la filosofía utilitarista o la teoría utilitarista de la ética o del comportamiento en general y en este sentido implementa el resto. Pero si, sobre la base de esto, procedemos a examinar el pequeño tratado de James Mill sobre teoría económica, encontramos que sus proposiciones son completamente independientes de la psicología asociacionista y son igualmente compatibles con cualquier otra: aunque una provincia del imperio benthamita, el La economía de los utilitaristas era una provincia autónoma que podría haber vivido igualmente bien si hubiera sido separada del imperio. Esto verifica un resultado ya obtenido en otras conexiones. 616

Lo único que debe agregarse es la psicología evolucionista. Como se ha mencionado, tanto Darwin como Spencer enfrentaron el problema de la manera en que la mente humana adquiría cada 'poder mental': intentaron construir teorías genéticas de 'instintos,' emociones, curiosidad, memoria, atención, creencias, sentido moral. , virtudes sociales y similares. Debe observarse que tales esfuerzos no son psicología en el sentido ordinario: por ejemplo, el análisis de la facultad de la "memoria" es una cosa, y una hipótesis sobre cómo llegamos a tener esta facultad es otra cosa. Sin embargo, la génesis puede sugerir teorías verdaderamente psicológicas, y es comprensible que la influencia darwiniana comenzara a imponerse en la psicología profesional en poco tiempo. Los economistas, sin embargo, no siguieron esta línea de investigación, aunque obviamente se relaciona con problemas de comportamiento económico y de su maleabilidad, digamos, en una organización socialista de la sociedad, ¡algo que vale la pena reflexionar!

[(b) Lógica, epistemología y campos afines.]

En estos campos habría que informar de un avance sustancial 617 tanto en los fundamentos filosóficos (Kant; la *lógica* de Hegel no es lógica en ningún sentido técnico aunque relevante para ella en varios puntos) como en los desarrollos formales y prácticos (Lotze, De Morgan). Desde nuestro punto de vista, es importante mencionar el trabajo de un hombre que ocupa una posición clave en la historia de los campos dentro de nuestro rango de visión, Richard Whately 618 (arzobispo anglicano de Dublín). Y de gran importancia para la imagen del *Zeitgeist* de ese período es el esfuerzo realizado por otro hombre clave para realizar un desiderátum que ha sido formulado una y otra vez —en nuestros días, por J. Dewey— para acercar la lógica a los procedimientos reales de ciencia: *Historia de las ciencias inductivas de* Whewell (1837). 619 El programa de *la* lógica empirista *moderna* —como lo enseñaron los positivistas de Viena como Carnap, Frank, Richard von Mises, Schlick— consiste en analizar el procedimiento científico y eliminar, no solo como irrelevante sino sin sentido, todo lo demás, especialmente todo ' metafísica.' Whewell, por supuesto, estaba muy alejado, subjetivamente, de este programa o de las construcciones conceptuales con las que se está implementando. Pero, objetivamente hablando, su libro, por la influencia que ejerció sobre la *lógica* de Mill , marca un hito en el largo camino que conduce al positivismo lógico.

[(c) La lógica de JS Mill.]

Estas escasas observaciones nos han preparado para una discusión del trabajo que nos interesa principalmente. Desde nuestro punto de vista, la *lógica de* JS Mill debe ocupar un lugar de honor, no solo porque reclamamos al autor como nuestro, no solo porque los economistas tenemos muchas más probabilidades de recurrir a él que a cualquier otro tratado metodológico de esa época, sino también porque fue uno de los grandes libros del siglo, representante de uno de los componentes principales de su *Zeitgeist* , influyente entre el público lector en general como ninguna otra lógica lo ha sido. Una mancha de color menos llamativa en nuestra imagen que el *Origen de las especies* , no es menos indispensable, aunque no se destaca, como lo hace el *Origen de las especies* , cuando miramos hacia atrás en la secuencia histórica de representaciones e ideas. eso produjo la situación actual en los campos respectivos, y aunque el libro [620] de Mill está muerto en un sentido en el que el de Darwin no lo está.

La mejor manera de explicarles a los economistas la naturaleza de la actuación de Mill es señalar la semejanza familiar que existe entre su *Lógica* y sus *Principios de economía política* , que se analizarán en profundidad en el lugar apropiado a continuación (cap.5). Con admirable modestia, Mill rechazó, en ambos casos, cualquier pretensión de "dar al mundo una nueva teoría de las operaciones intelectuales" o de los procesos económicos (véanse los prefacios de las primeras ediciones de ambos libros). En ambos casos, su objetivo era coordinar elementos de conocimiento existentes, desarrollarlos y, como le gustaba decir, "desatar nudos" (*scilicet* en cuerdas *existentes*). En ninguno de los casos lo logró por completo; pero en ambos hizo un trabajo eminentemente útil, trabajo que quizás estaba más cargado de sugerencias porque contenía estimulantes discrepancias de doctrina.

Ambas obras, además de ser de la misma clase de interpretación, revelan de manera similar la estatura mental y las propensiones, ¿diría "morales"? De su autor. Dentro del alcance de su comprensión, era eminentemente justo y estaba completamente resuelto a abrir las puertas de su mente a ideas de origen muy diferente; en la *Lógica* llegó a pagar (a través de una cita de Condorcet) un cumplido bien merecido. al rendimiento escolar. Él era "un hecho": aunque su mente no era "práctica" en todos los sentidos de la palabra, siempre era "práctico" e incluso pragmático en la intención, el resultado prácticamente útil lo atraía antes que nada. En el caso de la *Lógica* , su propósito práctico era analizar los procedimientos científicos con miras, en primer lugar, a establecer su validez ("para evaluar la evidencia") y, en segundo lugar, a desarrollar reglas que pudieran inspirar o guiar la investigación. Esto hace que sea muy difícil describir su punto de vista o puntos de vista fundamentales en términos de *la* lógica *moderna* 'empirista' y 'positivista', por los problemas y métodos que son característicos de este último y dividen a su personal de trabajadores (especialmente en el *Grundlagenforschung* de matemáticas) estaban en gran medida más allá de su campo de visión e interés. (Por lo tanto, es injusto, dicho sea de paso, criticar desde un punto de vista moderno sus expresiones ocasionales que *parecen* ser relevantes para las controversias modernas.) Pero este propósito esencialmente práctico de la *Lógica* también hace que sea difícil describir los puntos de vista fundamentales de Mill en términos de filosofías *más antiguas* . Apenas comprendió el significado de la revolución kantiana. De manera general, se puede decir que su filosofía tenía sus raíces en el empirismo inglés de la tradición Locke-Hume y, en particular, que tenía un trasfondo psicológico asociacionista. Pero creo, aunque no puedo probar aquí, que ninguna afirmación es del todo correcta. En cualquier caso, Mill no era estrechamente empirista ni estrechamente asociacionista: el asociacionismo hartleyano es objeto de críticas en la *Lógica* , especialmente en un punto estratégico del

Libro VI.

El propósito del libro casi lo convierte en un complemento del de Whewell, al que de hecho debe mucho. Digámoslo así: La *lógica* de Mill es principalmente una teoría del conocimiento científico (inferencia), esencialmente teórica en comparación con el libro de Whewell y aún más en comparación con cualquier tratado sobre cualquier ciencia individual; pero es principalmente práctico en comparación con cualquier tratado de lógica pura o epistemología pura (que, sin embargo, eran prácticamente lo mismo para Mill). En lo que respecta a los fundamentos lógicos, Mill se apoyó en gran medida en R. Whately, incluso cuando discrepaba de él. 621

Por más cauteloso y evasivo que fue Mill con respecto a ciertos puntos de los fundamentos filosóficos, por modesto que fuera con respecto a su contribución personal, en un aspecto no fue ni cauteloso ni modesto: exactamente como en su Economía Política, de una manera que nos sorprende como Curiosamente ingenuo, afirmó alegremente un grado completamente imposible de finalidad para los resultados que expuso. Parece decirnos: por qué, he recopilado y sistematizado las mejores ideas de esta época ilustrada, los principios promulgados o conformados por sus pensadores más capaces, ¿qué más puede quedar por hacer? Su enseñanza segura le fue tanto en lógica como en economía.

Libro I, 'De nombres y proposiciones' (incluyendo Clasificación y Definición), en el que hay pasajes que casi sugieren la 'semántica' moderna, y el Libro II, 'De Razonamiento' (Silogismos; Ciencias deductivas, que Mill sostiene que son realmente inductivos en en la medida en que sus premisas se derivan de un proceso de inducción a partir de la experiencia), cubren un terreno en el que Mill sintió que el camino era fácil: para él que casi nunca miraba debajo de la superficie, no surgió ningún problema serio para bloquear el camino. Se sentía diferente sobre el terreno cubierto en el Libro III, "De la inducción" (o generalización de la experiencia, el núcleo del procedimiento científico y el núcleo de la actuación de Mill). Contiene el axioma de la uniformidad del curso de la naturaleza, su teoría de la inducción válida que se deriva de ella, su filosofía de la causalidad, sus famosos 'cuatro métodos' (de acuerdo, de diferencia, de residuos, de variaciones concomitantes), todo lo cual se ve empañado en parte por fallas de pensamiento o exposición que pueden explicarse con una sola hipótesis: que incluso allí, aunque escribió sobre temas que lo cautivaron intensamente, escribió como siempre lo hizo: apresuradamente. Pero precisamente por esto, se puede lograr una mejora sustancial en varios casos sin dañar sus principales posiciones. En conjunto, no cabe duda de que el libro III constituye una de las grandes contribuciones a la teoría del conocimiento científico. Hay que pasar por alto los muchos puntos de interés de los Libros IV y V, esencialmente subsidiarios, pero el Libro VI, "Sobre la lógica de las ciencias [sociales] morales", es de primera importancia para nosotros. Debe leerse junto con el ensayo más antiguo de Mill (precomtista) sobre el método de la economía (1836) que se ha incluido en el volumen sobre *Algunas preguntas sin resolver* .

Para hacer justicia a esta metodología de las ciencias sociales, hay que tener en cuenta dos cosas. En primer lugar, como consecuencia inevitable de las deficiencias más fundamentales de la epistemología general de Mill, hay muchas cosas en el libro VI a las que pueden plantearse objeciones. Pero no menoscaban mucho su argumento. Por lo tanto, su extensión de los métodos de lo físico a las ciencias sociales, incluidos los conceptos de derecho científico y de causalidad, no es tan objetable como podría pensarse porque diluyó la causalidad física de manera tan radical que hizo su extensión a lo social. ciencias prácticamente inofensivas: su 'naturalismo' era el naturalismo a saco. En segundo lugar, no debemos olvidar que la fama y la influencia del trabajo de Mill dieron amplia aceptación a sus

puntos de vista, de modo que mucho de lo que se lee trillado y rancio —como citas de Hamlet— lo hace en virtud de sus propios logros.

Cuando se tiene en cuenta todo esto, no queda más que admiración. En una batalla continua con Comte, Mill reivindicó triunfalmente el procedimiento real de los economistas mientras concedía —de hecho, absorbía— todo lo que debía concederse o absorberse. El método estándar de la economía era lo que llamó el método deductivo concreto complementado por el método deductivo o histórico inverso para la investigación de los cambios históricos de la configuración social en su conjunto. Si esto se hubiera apreciado adecuadamente, se habría evitado la inútil disputa posterior de los economistas sobre la inducción frente a la deducción. El conjunto de problemas «puramente teóricos» fue tenido en cuenta por su método «abstracto o geométrico», cuyo mal uso para su aplicación directa a problemas prácticos hizo blanco de [622] críticas mordaces . A las "leyes empíricas", bien divididas en uniformidades de coexistencia y uniformidades de cambio, se les asigna un lugar en el que podemos encontrar pocas fallas. Se reconoció plenamente la imposibilidad de contar con máximas prácticas de aplicación universal, así como *la necesidad de estudiar el comportamiento humano real en todas sus variedades locales y temporales, lo* que debería haber quitado la maldición del hombre económico para siempre. Los *axiomata media* de su Etología ofrecieron sugerencias que no se aprovechan del todo incluso ahora. La distinción por la que hubo que luchar, sesenta años después, entre los problemas de los efectos que se derivan de una causa dada en determinadas condiciones sociales y los problemas de las "leyes" que determinan esas condiciones sociales en sí, está ahí. De hecho, Mill desarrolló un programa que aprovechó la más pura teoría pura y la más concreta de la investigación institucional sobre la cooperación pacífica *y esto sin castrar a ninguno de los dos* . Por supuesto, Jevons lee fresco y estimulante incluso cuando pronuncia un tópico; Mill nunca lee fresco y estimulante, incluso cuando habla de valiosa sabiduría. Eso fue culpa de su entrenamiento inicial. Pero en lo que respecta a este Libro VI, aunque no contiene nada que no se haya dicho mejor más adelante —por ejemplo, el mayor de Keynes—, concluyo con un consejo al lector de que vuelva a leerlo.

6. Socialismo premarxista

En el Capítulo 2 anterior no hemos dicho casi nada sobre el socialismo y los grupos o movimientos socialistas de la época. Pintando en grande, apenas tuvimos la oportunidad de hacerlo. La omisión se puede reparar en pocas palabras. [623] La segunda mitad del siglo XVIII produjo una serie de escritos socialistas (o semisocialistas) aislados pero, antes de la Revolución Francesa, nada que pueda llamarse movimiento. La propia Revolución Francesa fue de origen, carácter e ideología burgueses. La desintegración después de 1791 tanto de su estructura política como de su pensamiento político estuvo, sin embargo, asociada con una literatura que, aunque de muy poca importancia en sí misma, era indicativa de un humor socialista más que momentáneo en un sector del mundo intelectual. de Francia, y fue fundamental para mantenerla subterráneamente viva durante el régimen napoleónico. Esto proporcionó una base para el estallido de la actividad propagandista, literaria y de otro tipo, de carácter socialista (o semisocialista) que observamos en Francia hasta el advenimiento del segundo imperio. [624] La revolución de 1848, aunque también de origen burgués, mostraría rápidamente la existencia de una especie de estado mayor de un ejército socialista revolucionario e incluso la existencia de planes más o menos definidos para dirigir un estado socialista. Aterrorizados a muerte, los grupos burgueses hicieron lo que Luis XVI nunca pudo convencer a hacer, es decir, reprimieron la revolución por la fuerza militar

antes de que fuera demasiado tarde. Así, Francia tiene prioridad en el tiempo en lo que respecta a la literatura socialista moderna; y entre las clases empresariales de todos los países, la clase empresarial francesa fue durante ese período la única que se enfrentó a la revolución socialista como una posibilidad seria. El cartismo inglés, tanto en 1836-9 como en 1840-48, 625 nunca llegó a nada de eso, aunque tuvo una base en la organización sindical temprana que lo hizo *más* serio en otro sentido más fundamental. El único otro movimiento obrero socialista de importancia fue el alemán que produjo dos partidos organizados: el Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein de Lassalle (1863) y el Socialdemokratische Arbeiterpartei de Bebel y Liebknecht (1869), que se fusionaron en 1875. 626 La fundación y carrera de la Primera Inter- national (1864) se menciona aquí sólo por el famoso discurso inaugural de Marx. 627

[(a) Socialismo asociacionista.]

Ahora bien, lo único que es importante tener en cuenta es que la fase marxista del pensamiento socialista no amaneció antes del comienzo del período posterior. 628 El socialismo del período en discusión fue no marxista y asociacionista. 629 Este término es para denotar todas las variedades de planificación socialista que adoptan el principio de dirigir la producción a través de asociaciones de trabajadores, de reconstrucción social a través de cooperativas de productores. El socialismo asociacionista es, por tanto, extracientífico, porque no se ocupa principalmente del análisis (crítico) —como lo hace el marxismo— sino de planes definidos y los medios para llevarlos a la práctica. Además, el socialismo asociacionista no es científico porque estos planes involucran supuestos sobre el comportamiento humano y las posibilidades administrativas y tecnológicas que no pueden soportar el análisis científico por un momento. En ambos aspectos, Marx estaba bastante justificado al incluir a los escritores asociacionistas en su categoría de socialistas utópicos 630 y al luchar contra ellos amargamente. Porque se dio cuenta de que estaban desacreditando el socialismo serio. En 1840, de hecho habían logrado impartir a la misma palabra socialismo una connotación de extravagancia que ayuda a explicar la actitud hacia ella que era específica de los economistas franceses: 631 para ellos, y no sin razón, socialismo llegó a significar dos cosas: violencia y tonterías. Algunas de las ideas "utopistas" eran de hecho un sinsentido puro —en varios casos, un sinsentido definitivamente patológico— y casi ninguna de ellas puede tomarse muy en serio, aunque tal vez debería hacerse una excepción a favor de L. Blanc (1811-1882). . 632 Para nosotros, de hecho, esto no es suficiente para justificar que los descuidemos: los fenómenos y los sueños pueden aún consagrar sólidas piezas de análisis. La búsqueda llevada a cabo con este espíritu, sin embargo, produce escasos resultados. No es que no encontremos un razonamiento y una observación sólidos aquí y allá; pero la mayor parte de lo que hay es trivial. Por lo tanto, mencionaré sólo los ejemplos sobresalientes de Robert Owen (1771-1858) y Charles Fourier (1772-1837), 633 quienes con Saint-Simon compartieron una enorme ola de entusiasmo estadounidense.

Esta es nuestra oportunidad para echar un vistazo al Movimiento de Ciencias Sociales estadounidense (y no solo estadounidense). 634 La palabra Ciencia, cuando se usa en conexión con este movimiento, debe tomarse en un sentido similar al que lleva en la frase Ciencia Cristiana más que en la usual, porque hubo poco esfuerzo genuinamente científico. Una sociedad que produce un estrato comparativamente próspero más rápidamente de lo que produce una tradición cultural está abierta a infiltraciones desequilibradas de ideas, incluso al margen de la influencia de la inmigración física. Un pequeño número de personas disfrutaba del ocio —en algunos casos, la «facilidad con letras» era de mentalidad abierta, que compensaba la astucia en los negocios con entusiasmos y radicalismos, tan

generosos como acríticos, en todo lo demás. Uno de los más característicos de estos entusiasmos fue el entusiasmo del profano por la "ciencia", y especialmente por la alquimia social porque, para la mente inexperta que vibra con energías inacabables, lo real no es ni la mitad de excitante que lo falso. Esta es la sociología del movimiento. Su importancia real para el impulso que dio a la economía y la sociología estadounidenses es tan difícil de evaluar como lo es la importancia real para la investigación seria del movimiento romántico en Europa, del cual, de hecho, el movimiento de las ciencias sociales puede interpretarse como el específicamente Contraparte estadounidense. No veo ninguna relación entre ella y las actuaciones que finalmente establecieron la economía y la sociología en los Estados Unidos, y me inclino a pensar que su desaparición en la época de la Guerra Civil fue más favorable a la investigación social que su aparición. Pero el lector verá fácilmente todo lo que se puede aducir para el punto de vista opuesto.

Pero, ¿cómo podemos explicar la presencia de patrocinadores del asociacionismo cuyas pretensiones de ser tomadas en serio no están abiertas a dudas? Bueno, por un lado, está la influencia de la moda literaria que los asociacionistas franceses ciertamente lograron crear. Por otro lado, está el apoyo que el socialismo asociacionista como plan de reconstrucción social integral derivó —de manera bastante ilógica, por supuesto— del actual movimiento cooperativo y su literatura. Creo que ambos elementos explicarán el asociacionismo de Lassalle, su esquema de asociaciones productivas que iban a ser subsidiadas por el estado y, en virtud de esta ventaja, competir con la industria privada hasta desaparecer. 635 Pero hay algo más: para Marx y para muchos de nosotros, el asociacionismo puede ser una tontería; pero no era una tontería para la mente benthamita. De hecho, una mirada a las visiones utilitaristas sobre la mente humana y sobre la naturaleza de las relaciones sociales es suficiente para mostrar que, una vez que se reconocen estos supuestos sobre la calidad —y la *igualdad* sustantiva— de *los* individuos, las esperanzas asociacionistas dejan de ser absurdas. Y esto explica el asociacionismo cauteloso de JS Mill. 636

[(b) Anarquismo.]

Si ampliamos el principio del asociacionismo a la esfera política y visualizamos la disolución no sólo de las empresas industriales en cooperativas de trabajadores, sino también de los estados nacionales en 'comunas' voluntarias, tenemos el anarquismo, del cual, con mucho, el más articulado, pero no el más El exponente ortodoxo o más consistente fue PJ Proudhon. 637 Aquí no nos interesa ni su anarquismo político ni su filosofía, que él mismo describió como hegeliana, aunque me resulta más fácil relacionarla con la de Fichte. Y nos interesa su economía sólo porque proporciona un excelente ejemplo de un tipo de razonamiento que es angustiosamente frecuente en una ciencia sin prestigio: el tipo de razonamiento que llega, a través de la completa incapacidad para analizar, es decir, para manejar las herramientas de la ciencia. teoría económica, con resultados sin duda absurdos y plenamente reconocidos como tales por el autor. Pero el autor, en lugar de inferir de esto que hay algo mal en sus métodos, infiere que debe haber algo mal en el objeto de su investigación, por lo que sus errores son, con la mayor confianza, promulgados como resultados. *Système des contradictions économiques ou philosophie de la misère* (1846) de Proudhon es el monumento destacado a este estado de ánimo. Entre otras cosas, fue incapaz de producir una teoría viable del valor de mercado. Pero no infirió: 'Soy un tonto', sino: 'El valor es loco' (*la valeur est folle*). La crítica mordaz de Marx (*Misère de la philosophie* , 1847) fue totalmente merecida, aunque no bien dirigida en todos los aspectos. Sin embargo, debe observarse que la afirmación de Proudhon de ser llamado anarquista en su propio

sentido es cuestionable. Pues aunque, repitiendo una frase del siglo XVIII, describió la propiedad como robo en el panfleto que fundó su fama (*¿ Qu'est ce que la propriété?,* 1840), su gran idea era el crédito gratuito en lugar de la abolición de la propiedad privada: préstamos gratuitos. de interés que se emitiera en los billetes de un banco público para que todos tuvieran acceso a los medios de producción y se convirtieran en propietarios, idea que sería revivida por algunos proyectos actuales de Crédito Social.

Mikhail Bakunin (1814-1876), la aversión favorita de Marx, no tiene lugar en la historia del análisis, como él mismo habría sido el primero en admitir. [638] Pero hubo otro comunista anarquista o anarquista comunista que presentó un análisis: Weitling, el fundador de "Communia" en Wisconsin. [639] No nos concierne su plan particular, pero sí su teoría de la pobreza porque parece gozar de una especie de inmortalidad: siempre vuelve a aparecer. Es del tipo de crítica social que, como la de Henry George o F. Oppenheimer, atribuye la pobreza a la propiedad privada de la tierra. [640] Según Weitling, no hay objeción alguna a la propiedad privada en otros medios de producción y a la gestión empresarial privada de la industria siempre que haya tierra libre al alcance de todos; todos los problemas surgen y *cualquier* tipo de propiedad se convierte en una maldición. cuando la tierra escasea, por lo tanto, objeto de derechos de propiedad. Las lecciones que quiero que el lector aprenda de esto son dos. El primero se refiere a la sociología del pensamiento económico. Incluso un pensador tan crítico como Locke no tenía reparos en el valor analítico de la proposición: Dios dio la tierra en común a todos los hombres. Y esta idea se afirmó en todas las épocas, aunque en formas muy diferentes, incluso en escritos que pretenden presentar resultados de pensamiento estrictamente empirista. La otra lección es una de análisis defectuoso. En muchos casos, reales y posibles, la estructura institucional del sector agrario puede ser responsable de la miseria de las masas en el sentido de que su nivel de vida es más bajo de lo que sería con una estructura diferente. Para probar esta posibilidad, basta con imaginar un estado de cosas en el que la tierra sea tan abundante como para poder ser un bien gratuito, pero que esté monopolizada, en el sentido técnico del término, por una sola corporación terrateniente que fija un precio de monopolio sobre su uso. Casos algo más realistas que éste se convierten entonces en verificaciones de la proposición bastante diferente de que el mero hecho de la propiedad privada de la tierra reduce, necesariamente, los salarios reales totales. Esta proposición general puede ser refutada por un argumento bastante elemental, que cualquiera seguramente encontrará si se toma unos minutos para considerar la cuestión de por qué la propiedad privada debería tener ese efecto. Pero nadie que tenga esta abeja en el sombrero se toma jamás estos pocos minutos, y si lo hiciera se volvería loco —como Rousseau en materia de milagros— antes que renunciar a la idea que alimenta su vida emocional. Y tal 'abeja', aunque no necesariamente esta, es la posesión más preciada de un número angustiosamente grande de personas que escriben sobre temas económicos. [641]

Si dejamos el estado nacional intacto y organizamos la actividad económica no en pequeños grupos libres que en principio son autosuficientes, sino en grupos vocacionales que se parecen más (aunque no necesariamente del todo) a los gremios de artesanos y comerciantes de la Edad Media, tenemos la idea del Estado Corporativo. Tal idea fue desarrollada por Fichte y por muchos escritores católicos como Baader. El punto principal es que estos planes no asumen que el estado debe administrar las corporaciones, sino al revés: [642] por lo tanto, no deben identificarse con el fascismo moderno; a diferencia de estos últimos, son *antietatistas* en su concepción. Ninguno de estos escritores se preocupó mucho por los aspectos económicos. Es su visión cultural la que resulta interesante. Desde nuestro punto de vista, no hay ningún comentario que hacer.

A este respecto, podemos notar de pasada la obra de Karl Marlo, [643] un autor que ha sido muy elogiado por no socialistas como Roscher y Schäffle. No era un socialista completo, planeaba navegar entre la Escila del liberalismo y la Caribdis del comunismo, para asegurar la verdadera igualdad y la verdadera libertad, y así sucesivamente por medio de una gran cantidad de nacionalización de la industria y de la organización corporativa por parte de actividad económica que no debe ser nacionalizada. Un fuerte sentido de responsabilidad que da cuenta de los elogios burgueses y es bastante sorprendente en un hombre que era principalmente un planificador se muestra en la preocupación de Marlo por la productividad de su sistema, la población y los seguros. Pero el único punto que nos interesa aquí es su análisis del capitalismo competitivo. Por un lado, trazó un cuadro de la condición de la clase trabajadora tan sombría como la de Engels. [644] Por otro lado, atribuyó esta condición no a las condiciones históricamente únicas que prevalecen con frecuencia, aunque no necesariamente, en las primeras etapas de la evolución capitalista, sino a la lógica inherente del sistema capitalista que, si se le permite operar, siempre y deprime cada vez más la suerte del trabajo. Observamos, en primer lugar, que la imagen fáctica está sesgada incluso *ex visu* de alrededor de 1850. Porque incluso entonces se disponía de estadísticas que cualquier lego podría haber leído para probar que se habla de esclavitud y hambre, y aún más se habla de la *creciente* miseria de las masas. carecía de fundamento, de hecho, excepto en lo que se refería a casos esporádicos. Observamos, en segundo lugar, que el esfuerzo analítico está sesgado en la misma dirección. Pues el análisis de Marlo del capitalismo competitivo fracasó por completo en considerar la alternativa obvia a la proposición sobre la esclavitud y sistemáticamente omite tomar en cuenta aquellos mecanismos en el proceso capitalista que tienden a funcionar al revés. Pero este sesgo sistemático evidentemente no es como el sesgo de un número índice o el sesgo en una fuente particular de información. Es típicamente el sesgo del engaño ideológico, el tipo de sesgo que surge de las convicciones extraanalíticas de un escritor y es impermeable a los hechos o argumentos. Refutar hechos y argumentos se enfrentaría con indignación moral.

Este es el punto que hizo que valiera la pena mencionar a Marlo. Aunque individualmente no tuvo gran importancia o influencia, fue uno de los muchos escritores que ayudaron, a mediados del siglo XIX, a cristalizar la ideología del proceso capitalista. Los principales rasgos de esta ideología habían surgido en 1776. Ganaron en definición gracias a los esfuerzos de escritores como los socialistas ricardianos, Engels, Marlo y muchos otros en los siguientes tres cuartos de siglo aproximadamente. Entonces la imagen quedó fija. Es decir, para sectores considerables tanto de la literatura económica como del público, había alcanzado el estatus de "como todo el mundo sabe" y ya no se cuestiona, sino que se da por sentado por un número creciente de personas. En el pensamiento de estas personas, sustituyó a la realidad capitalista que se apartaba cada vez más de ella. Fue el cuadro que analizó Marx. Es el cuadro del que se alimenta el radicalismo de segundo año hasta el día de hoy. [645]

[(c) Socialismo sansimonista.]

Podríamos continuar indefinidamente pero, habiendo aprendido de tres ejemplos todo lo que debemos aprender para nuestro propósito de esta literatura, no deberíamos ganar lo suficiente al hacerlo. [646] Sin embargo, hay que añadir un nombre, el de Saint-Simon. [647] En general, este genio patológico —los cuatro *inteligentes de* Émile Faguet— ofrece sólo otro ejemplo que ilustra la diferencia entre la importancia de un hombre para una historia del pensamiento económico y su importancia para una historia del análisis económico. El nombre de Saint-Simon figura en la historia del pensamiento económico por un mensaje de carácter semirreligioso y porque los discípulos

convirtieron este mensaje, no sin alterarlo, en el credo de una secta. Mucho se ha escrito sobre el éxito póstumo de Saint-Simon: no solo en Francia sino también en Inglaterra, Alemania, y especialmente en los Estados Unidos y en América Latina, surgieron grupos saint-simonistas e incluso una moda intelectual saint-simonista de mucho más amplio espectro. . Pero los grupos consistían en pequeños núcleos que rápidamente repelieron a los miembros serios y se desacreditaron a sí mismos por los extraños desarrollos del credo. Alrededor de estos núcleos había más adherentes cuya lealtad no era muy cercana y era principalmente fraseológica. En cuanto a la cuestión de cuánta importancia debería atribuirse a la moda intelectual, los hombres, como en todos los casos similares, diferirán hasta el día del juicio final. La moda en sí se explica tan pronto como visualizamos las dos características sobresalientes del mensaje que se combinaron para producir algo que no se podía obtener de ningún otro credo: por un lado, su brillante optimismo humanitario; por otro lado, su glorificación de la "ciencia" (tecnología) y del industrialismo. Donde otros humanitarios estaban amargados y dudaban sobre qué tipo de futura industria capitalista proporcionaría a la humanidad en general, Saint-Simon dio consuelo. Donde otros entusiastas del progreso industrial fueron duros y antipáticos, predicó la edad de oro para todos. Fue esta combinación de características lo que hizo que el saint-simonismo fuera tan popular, durante un tiempo, entre los financieros de tipo promotor como los hermanos Pereire de Crédit Mobilier. ¿Pero puede el lector estar tan profundamente imbuido de conceptos erróneos intelectualistas como para creer que, sin las enseñanzas de Saint-Simon, el Crédit Mobilier no se habría fundado y administrado exactamente como realmente fue, y no se habría derrumbado exactamente como lo hizo?

Sin embargo, hay algo más. La visión de Saint-Simon no fue implementada por el trabajo analítico pero, sin embargo, es relevante para nosotros en dos aspectos. En primer lugar, existe una concepción del cambio social que puede decirse que esboza una interpretación económica de la historia. Saint-Simon sintió el colapso del *ancien régime* y el advenimiento de una nueva época con un sentido punzante de la realidad —para usar la frase de William James— que no podría haber sido tan natural para nadie que no fuera un Rouvroy. Simplificando esto en un colapso del mundo feudal y el advenimiento de la época del industrialismo *bajo la presión de los desarrollos económicos (tecnológicos)* , captó algunos elementos esenciales del flujo eterno de las organizaciones sociales y, dentro de él, de la lucha de las clases económicas, su La idea es que él iba a sacar a la humanidad de esta lucha por medio de los maravillosos logros de la "ciencia": perorata, en parte, pero entremezclada con destellos de profunda comprensión. [648] En segundo lugar, hay una percepción o una vislumbre de la verdadera naturaleza del proceso capitalista que adquiere especial importancia por el hecho de que ni Marx ni sus pares burgueses lo tenían: Saint-Simon vio la importancia fundamental del liderazgo industrial. Confundió, es cierto, al emprendedor con el 'científico' que idea nuevas tecnologías. Y utilizó su visión en la construcción de una nueva forma de organización social y no, como habría hecho Marx en su lugar, en ningún intento de explicar los procesos sociales tal como son. Aún así, introdujo un nuevo factor que podría haber revolucionado la economía "clásica" y podría haber puesto fin al igualitarismo analítico, a diferencia del normativo. Sin embargo, nada resultó de su visión excepto que su socialismo —si es que en verdad su "sistema" puede ser llamado socialista en absoluto— era jerárquico [649] y no igualitario. Y los economistas fallaron completamente en explotar esta mina.

4

-

Revisión de las tropas

DE ACUERDO CON EL PLAN, examinaremos el esquema general de la economía analítica de este período en el Capítulo 5, tomando como base los *Principios de* JS Mill . La revisión de los hombres y grupos más importantes en el presente capítulo es para beneficio de los lectores que no están familiarizados con las figuras más importantes. No contendrá más nombres de los necesarios para una orientación general. Otros se presentarán a medida que avancemos.

1. Los hombres que escribieron por encima de su tiempo

Hemos enfatizado la madurez relativa que ganó la economía durante el período bajo estudio. Su relativa inmadurez podría medirse por el número de actuaciones importantes, cuya poderosa originalidad se reconoció más tarde, pero que la profesión no reconoció por completo, o casi por completo, en ese momento. Esto sucedió en los casos de Cournot y de varios escritores, especialmente Dupuit, Gossen y Lloyd, quienes descubrieron el principio de utilidad marginal. Los trasladaremos a la Parte IV, simplemente observando por el momento las consecuencias melancólicas de este descuido: muestra una falta de alerta y de interés puramente científico entre los economistas de la época que va en gran medida a explicar por qué la economía no avanzó más rápidamente. [650] Además, hubo otras actuaciones a las que les fue un poco mejor, pero también demostraron estar por encima de su tiempo en el sentido de que no consiguieron recibir la atención y ejercer la influencia que, ilustrada en retrospectiva, deberíamos considerar apropiada. De estos, los más notables son los escritos que desarrollaron el principio de productividad marginal. Dado que algunos líderes de la época se movían ocasionalmente dentro de su órbita, [651] de inmediato haremos nuestra reverencia a dos de los primeros exponentes de ese principio que son particularmente importantes, Longfield y Thünen. Y agregaré un aviso de otro hombre que escribió por encima de su tiempo, John Rae.

Mountifort Longfield (1802-1884) fue abogado de formación y el primer titular de la cátedra de economía política, una fundación del arzobispo Whately, en el Trinity College de Dublín. También escribió sobre la ley de los pobres y otros temas, pero la única publicación suya que necesitamos ser notificada es *Lectures on Political Economy* (entregada en 1833, publ. 1834, London School Reprint 1931). Cualquiera que se interese en echar un vistazo a este libro comprenderá fácilmente por qué, a pesar de sus méritos de exposición y materia, no logró dejar una marca, por lo que tuvo que ser desenterrado, junto con otros, por el profesor Seligman en el justamente famoso artículo 'On Some Neglected British Economists', *Economic Journal* , 1903, [652] , por el que todos los estudiantes de historia de la economía tienen todas las razones para sentir una gratitud duradera. Pero esta negligencia es fácilmente comprensible sólo si nos damos cuenta de qué es lo que impresionará a la opinión profesional y qué es lo que los historiadores de la economía suelen buscar, a saber, por un lado, las opiniones de un hombre sobre los problemas prácticos de su época y, por otro, Por otro lado, la forma en que maneja las herramientas teóricas que son moneda corriente en su día. Las nuevas ideas, a menos que se elaboren cuidadosamente, se defiendan minuciosamente y se "impulsen" *simplemente no lo dirán* . El caso de Longfield ilustra muy bien la importante cuestión `` qué tiene efecto y cómo y por

qué ", porque Longfield no dejó de mantenerse en contacto con la enseñanza ricardiana; dio a los ricardianos todas las oportunidades para ser conducidos a un análisis más perfecto con suavidad y sin ninguna ruptura violenta. y porque encontró sucesores: realmente fundó una "escuela" local (sobre esto, véase RD Black, "Trinity College, Dublin, and the Theory of Value, 1832-1863" , *Economica* , 1945). Su sucesor en la cátedra Whately, Isaac Butt (*Rent, Profits, and Labor* , 1838), fue su discípulo profeso y —correctamente como creo, si consideramos sólo la teoría pura— lo puso al mismo nivel que A. Smith.

Los méritos de Longfield pueden resumirse diciendo que revisó toda la teoría económica y produjo un sistema que habría resistido bien en 1890. Entre otras cosas, su argumento contra la teoría del valor trabajo es uno de los mejores jamás escritos. Sin embargo, debemos limitarnos a sus dos contribuciones originales. Fue uno de los que anticipó lo esencial de la teoría de Böhm-Bawerk (al hacer del proceso de producción "indirecto" el eje de su análisis del capital). Y presentó una teoría de la distribución razonablemente completa y razonablemente correcta basada en el principio de productividad marginal, no solo en el principio del costo marginal. Es decir, explicó tanto las 'ganancias' (rendimiento del capital físico) como los salarios en términos de las contribuciones al producto total que resultan de la adición a la estructura productiva del último elemento de capital (herramientas) o trabajo. Así, al menos, parece justo interpretarlo, aunque en los detalles su argumento está abierto a muchas críticas (entre otras cosas, falló, como hicieron muchos escritores incluso después de 1900, en distinguir claramente entre el último trabajador agregado y el trabajador menos eficiente). Aún vale la pena leer el argumento porque muestra muy bien las operaciones mediante las cuales las mentes de los economistas allanaron su camino hacia el uso del principio marginal general. Pero no podemos quedarnos para resolver esto.

Johann Heinrich von Thünen (1783-1850), el hombre a quien A. Marshall profesaba haber `` amado sobre todos mis otros maestros " (*Memorials of Alfred Marshall* , 1925, p. 360), significaba, por supuesto, mucho menos para su época. que Ricardo. Pero esto se debe a la brillante defensa de las políticas por parte de este último. Si juzgamos a ambos hombres exclusivamente *por la cantidad de habilidad del tipo puramente teórico* que emplearon en su trabajo, entonces, creo, Thünen debería colocarse por encima de Ricardo o incluso por encima de cualquier economista de la época, con la posible excepción de Cournot. Era un junker del norte de Alemania y siguió la profesión típica del *Junkertum* del norte de Alemania (la traducción correcta es 'gentry'): durante la mayor parte de su vida (después de haber completado su educación en una escuela de agricultura complementada por dos semestres en la Universidad de Göttingen), cultivó el suelo indiferente de su finca mediana, a punto de llegar a fin de mes y, sacrificando todo lo demás, para mantener sus intereses intelectuales en invierno. Este granjero práctico era un pensador nato, sin embargo, y bastante incapaz de supervisar a los equipos que araron su tierra sin desarrollar la teoría pura del proceso. Sus pensamientos vagaron hacia amplias generalizaciones desde una edad temprana pero, en primer lugar, era un agricultor, educado en las ideas de Thaer y un economista agrícola. Como tal, disfrutó del reconocimiento en su propio país. Más tarde, también fue reconocido de manera más general, pero de una manera peculiar. Roscher, por ejemplo, consideró la obra de Thünen como una de las más importantes que se habían escrito en Alemania en el campo de la economía exacta. Sin embargo, no logró captar su verdadero significado. Los revisores fueron elogiosos. Sin embargo, ninguno de ellos entendió el trabajo, excepto la parte que se enumera a continuación en (III). Por lo demás, Thünen, a diferencia de Cournot, *nunca* llegó a lo

suyo. Porque, aunque siguió citando, la teoría de la distribución de la productividad marginal fue redescubierta independientemente más tarde, y su mensaje se entendió completamente sólo en un momento en que todo lo que llamaría la atención del lector eran sus defectos. El primer volumen de su *Der isolierte Staat in Beziehung auf Landwirthschaft und Nationalökonomie* se publicó en 1826 (2ª ed., 1842); la primera parte del segundo volumen, en 1850. El resto del segundo volumen y un tercero fueron publicados, a partir de manuscritos inacabados pero muy avanzados, por H. Schumacher en 1863. Hay una nueva edición con una introducción de Heinrich Waentig en *Sammlung sozialwissenschaftlicher Meister* (vol. XIII, 1910). El tercer volumen contiene 'Principios para la determinación de la renta de la tierra, el período óptimo de rotación y el valor de la madera de diferentes edades para los abetos' [Esta es una traducción literal de JAS]. La biografía estándar también es de Schumacher (1868), pero el lector encuentra los datos relevantes en el artículo del profesor E. Schneider 'Johann Heinrich von Thünen' en *Econometrica* , enero de 1934.

Las contribuciones de Thünen se pueden resumir de la siguiente manera. (I) Fue el primero en utilizar el cálculo como una forma de razonamiento económico. (II) Derivó sus generalizaciones, o algunas de ellas, a partir de datos numéricos, y dedicó diez laboriosos años (1810-20) a llevar a cabo en detalle un esquema integral de contabilidad de su granja a fin de permitir que los hechos mismos sugirieran las respuestas a sus preguntas. Esta obra única, emprendida en el espíritu del teórico, lo convierte en uno de los santos patrones de la econometría. Nadie, antes o después, comprendió nunca tan profundamente la verdadera relación entre "teoría" y "hechos". (III) Sin embargo, este hombre tan obstinado supo al mismo tiempo cómo enmarcar esquemas hipotéticos ingeniosos y fecundos. Su logro cumbre en este arte es su concepción de un dominio aislado de forma circular y fertilidad uniforme, libre de todos los obstáculos o facilidades especiales para el transporte, con una 'ciudad' (la única fuente de demanda de productos agrícolas) en el centro. Dadas las técnicas, el costo de transporte y los precios relativos de los productos y factores, dedujo de esto las ubicaciones óptimas (que bajo esos supuestos serían zonas en forma de anillo) para los diversos tipos de actividades agrarias, incluida la lechería, la silvicultura y la caza. Una teoría de la renta, en algunos puntos superior a la de Ricardo, resulta como subproducto. Aunque mucha gente se opuso a una abstracción tan audaz, esta fue la parte de su trabajo que fue comprendida y reconocida en su tiempo. Para nosotros, es importante darnos cuenta de su brillante originalidad. Ricardo o Marx (o quienquiera que sea entre los teóricos de esa época que ocupe el lugar de honor en la escala del lector) trabajaron sobre problemas que se presentaban desde fuera mediante herramientas analíticas que se habían forjado antes. Thünen solo trabajó a partir de la arcilla informe de hechos y visiones. No reconstruyó. Él construyó, y la literatura *económica* de su época y de épocas anteriores bien podría no haber existido en lo que concierne a su obra. (IV) Con el mismo espíritu, fue el segundo (el primero fue Cournot, al menos por fecha de publicación) en visualizar la interdependencia general de todas las cantidades económicas y la necesidad de representar este cosmos mediante un sistema de ecuaciones. (V) Presentó explícitamente la herramienta de análisis, que en realidad utiliza Ricardo, que puede denominarse el 'estado estacionario' del proceso económico —la normal a largo plazo de Marshall— que se asemeja a la estática más que al estado estacionario de teoría "clásica". (VI) Tan completamente como Longfield, y algo más correctamente, desarrolló una teoría de la distribución de la productividad marginal, al menos para la relación entre capital y trabajo, intereses y salarios. Pero la idea fundamental en sí misma (que él pone correctamente, en palabras, en términos de coeficientes diferenciales parciales, edición de Waentig, p. 584) es casi un elemento secundario en la

riqueza de problemas que agrupa en torno a ella. No se puede transmitir ninguna idea de estos. En cambio, debemos tocar otro punto, no porque valga la pena en sí mismo, sino porque ha atraído la atención más allá de sus desiertos: la famosa fórmula de Thünen para el "salario natural". Debió haberlo pensado mucho, porque lo hizo grabar en su lápida.

Para simplificar, considere un proceso productivo de un año, el único gasto de producción son los salarios. Llame al valor en dólares del producto neto nacional p, la nómina de pago total w, de modo que las ganancias totales (que Thünen, como otros, identificaron con interés) son $p - w$, y la tasa de ganancias (interés) es . Supongamos que los receptores de salarios pasan una cantidad fija, *una* , por año, invirtiendo el resto, w - *una* , a la tasa actual de interés, . Con esta inversión, evidentemente ganarán . Si esta expresión va a ser un máximo, debemos tener [653] (p y a se tratan como

constantes),

de donde sigue la fórmula de Thünen, $w^2 = ap$, o $w = \sqrt{ap}$. Este salario maximizaría los ingresos de los trabajadores por inversión. La idea no deja de tener interesantes sugerencias y podría usarse, entre otras cosas, en ciertos esquemas de participación en los beneficios. Pero, por supuesto, este salario no es "natural" en el sentido de que el mecanismo de libre mercado tiende a producirlo. La fórmula no incorpora la teoría de los salarios de Thünen. Tampoco es una parte esencial de ella. Sin embargo, las suposiciones tremendamente poco realistas no deberían impulsarnos a declarar erróneo el argumento. Según sus suposiciones, tiene toda la razón.

John Rae (1796-1872; no debe confundirse con el otro John Rae mencionado en este libro, el biógrafo de A. Smith), un escocés cuyo refinamiento intelectual había surgido de las universidades de Aberdeen y Edimburgo como un buen erudito clásico. y matemático y como biólogo y médico que estaba al menos medio entrenado, y la sensibilidad nerviosa lo convertía en un fracaso en todo lo que tocaba. A partir de 1821, deambuló por Canadá, los Estados Unidos y otros países, incluidas las islas hawaianas, donde tuvo que pasarlo mal (dos períodos de maestría fueron, con mucho, los más agradables de todos los empleos que probó) hasta que, en breve antes de su muerte, se dirigió con mástiles rotos al refugio de una casa amiga en Clifton, Staten Island. Sin embargo, todo el tiempo, también luchó con lo que, dadas las circunstancias, era la mayor desgracia de todas, una ingobernable riqueza de ideas sobre los temas de biología, filología, etnología, aeronáutica y lo que no, todos, o la mayoría de ellos, partes de un grandioso plan, concebido en su juventud, de una "historia filosófica" de la humanidad. Hasta este punto, el lector sentirá que está reconociendo un tipo bien conocido. El está equivocado. Porque un logro, completo y profesional, pero de sorprendente poder, refuta la idea que el lector puede haber concebido. Este logro resultó estar en nuestro campo. En visión y originalidad, Rae

superó con creces a los economistas que tuvieron éxito.

La *Declaración de algunos principios nuevos sobre el tema de la economía política que exponen las falacias del sistema de libre comercio y de algunas otras doctrinas mantenidas en la 'Riqueza de las naciones'* se publicó en Boston en 1834. En esta nota sólo intentaremos apreciar la naturaleza e importancia de la actuación y registrar su destino.

Rae no tenía más que un conocimiento salvador de economía. Es evidente que la formación que tenía le debía principalmente al trabajo que atacaba. Pero esto lo había dominado en todas sus ramificaciones, premisas e implicaciones como solo un espíritu afín puede hacerlo, y después de haber desarrollado sus propias ideas en constante referencia a ello, procedió a erigir una estructura concebida de manera similar. Porque es esto lo que debemos ver en su obra: otra *riqueza de las naciones* o, más correctamente, algo que con diez años adicionales de trabajo tranquilo, agraciado por un ingreso adecuado, podría haberse convertido en otra —y más profunda— *riqueza de las naciones.* . De ello se deduce que sería bastante inapropiado insistir en las muchas cosas buenas menores que contiene la obra; algunas se mencionarán en los lugares apropiados. Lo esencial es la concepción del proceso económico, que se eleva por encima de la visión pedestre de que es la acumulación de capital per se lo que impulsa el motor capitalista. El aparato conceptual desarrollado en el Primer Libro está glorificado por la nueva visión, pero no por lo demás notable y no necesita detenernos más de lo que necesita el Tercer Libro, que trata de "las operaciones" de esa entidad imaginaria, el "legislador". Naturalmente, el desacuerdo de Rae con las opiniones *antiestatistas* de Smith interesará principalmente al estudiante del pensamiento económico. El Segundo Libro, sin embargo, ha atraído la mayor parte de la atención que los economistas posteriores dedicaron al trabajo. Puede llamarse una teoría del capital, concebida con una profundidad y amplitud sin precedentes. Decir que presenta la totalidad de la teoría de Böhm-Bawerk es mostrar incapacidad para comprender Böhm-Bawerk. Pero dos piedras angulares de la estructura de este último, una de ellas también una piedra angular de la de Senior, de hecho están ahí: la proposición de que 'alargar' el proceso de producción (aplazamiento) generalmente aumentará la cantidad física de producto final (cap. V), y la proposición de que 'la presencia real del objeto inmediato de deseo' le dará, en nuestra valoración, una ventaja decisiva sobre un objeto exactamente similar que se espera que esté disponible en una fecha futura, incluso si esta expectativa es perfectamente cierta .

Por regla general, un trabajo que presenta ideas novedosas no obtendrá respuesta si carece del apoyo que proviene de haber sido escrito por un autor conocido. Por lo tanto, deberíamos sorprendernos de la respuesta que recibió más que del hecho de que no recibió más. JS Mill lo notó y, tal vez como consecuencia de esto, hubo una traducción al italiano en 1856. ¿Cómo, entonces, pudo haber sido necesario 'descubrir' a Rae, como el profesor Mixter correctamente afirmó que era? (Cf. CW Mixter, 'A Forerunner of Böhm-Bawerk', *Quarterly Journal of Economics* , enero de 1897 y 'Böhm-Bawerk on Rae', *ibid.* Mayo de 1902, y la edición del mismo autor (reordenada) de la obra de Rae bajo el título *Sociological Theory of Capital* , 1905, con el prólogo de la biografía de la que se han extraído los datos anteriores sobre la vida de Rae). La respuesta podría servir como lema para un capítulo de sociología de la ciencia. JS Mill fue invariablemente justo e incluso generoso. Sintiendo la calidad de la obra, se alegró de mencionarla con espíritu amistoso, no solo para aceptar de ella una frase que casualmente encajaba en su línea de pensamiento ('deseo efectivo de acumulación') sino también para citarla copiosamente (Libro I, cap.11). Incluso llegó a comparar el desempeño de Rae en acumulación

con el desempeño de Malthus en población. ¡Y todo esto, escrito en lo que sería durante cuarenta años el libro de texto de economía más influyente, fue insuficiente para introducir a Rae en la profesión o para despertar la curiosidad sobre el resto de su libro! O, alternativamente, si esta impresión es incorrecta y un número considerable de lectores de Mill la asumió, ninguno de ellos se dio cuenta de su verdadera importancia. Sin embargo, puede ser de alguna importancia señalar que Senior conocía el libro (véase 'John Rae y John Stuart Mill: una correspondencia' , *Economica* , agosto de 1943, p. 255).

2. Los ricardianos

De todos los grupos que se formaron y disolvieron durante el período examinado, el círculo ricardiano por sí solo merece un tratamiento separado. La brillantez de su figura central, el prestigio internacional que gozó durante un tiempo, su prominencia en el debate público, sus logros y fracasos, todo esto y más se puede aducir para justificar el intento de que los lectores lo visualicen con la mayor claridad posible. Además, el grupo era una auténtica escuela en nuestro sentido: había un maestro, una doctrina, la coherencia personal; había un núcleo; había zonas de influencia; había extremos de flecos. Veamos primero el núcleo. En realidad, solo estaba formado por el propio Ricardo, James Mill y McCulloch. Pero agregamos West y De Quincey. Por razones que se explicarán más adelante, no agregamos JS Mill. *A fortiori* , no añadimos a Fawcett ni a Cairnes.

David Ricardo (1772-1823) inició una carrera empresarial a los catorce años (primero fue corredor, luego intermediario y operador en la bolsa de valores, siempre un hombre del mercado monetario) y amasó una fortuna considerable. Esto es relevante para nosotros porque significa (1) que, aunque provenía de un hogar culto, no tenía ninguna educación en el sentido escolástico; (2) que, dado que tal carrera es absorbente, sólo lo que quedaba de su intelecto y energía estaban disponibles para el trabajo analítico hasta 1814, cuando se jubiló a los cuarenta y dos años. Sin embargo, para entonces ya había realizado la mayor parte de su trabajo analítico, en lo que se refiere al taller de su mente (no a la publicación). Esta es una prueba contundente de sus espléndidas facultades, pero también la razón por la que su obra, carente del beneficio de la concentración plena durante la tercera década de la vida, que es de importancia decisiva en la carrera de un pensador, nunca llegó a las profundidades.
profundidades, además de quedar mal acabado en un sentido formal y técnico: tenemos ante nosotros el récord de un luchador que disputó sus combates con la mano derecha atada a la espalda. Después de esto, el lector no sospechará de mí una admiración inadecuada por el hombre cuando lea algunos de mis comentarios sobre la obra. Iré más lejos. Tiene sentido defender una figura de la que estamos justamente orgullosos frente a ciertas calumnias que son completamente infundadas. Algunos escritores no se han avergonzado de sugerir que su interés pecuniario, como "bajista", determinó el papel que desempeñó en las controversias de su época sobre la política monetaria. Respondo que Ricardo fue lo suficientemente capaz de ganar dinero con los mercados al alza y a la baja; y repito, además, que tales escritores no parecen darse cuenta de lo que realmente están diciendo cuando recurren a tales "explicaciones", ya que los únicos esquemas de motivación que están abiertos a su observación directa son los propios. Con menos indecencia, otros han interpretado a Ricardo como un representante del 'interés dinerario' y como inspirado por un 'odio' a la clase terrateniente. Esto, además de ser irrelevante para el contenido científico de sus escritos, es, por supuesto, una auténtica tontería y sólo prueba, si acaso, la incapacidad de estos intérpretes para comprender una pieza de trabajo analítico. Si me importara desperdiciar espacio, podría probar esta incapacidad en cada caso individual. 654

Quizás algún día veamos la finalización de la completa edición del profesor Sraffa de las obras de Ricardo, que hemos estado esperando ansiosamente durante estos veinte años [los primeros cinco vols. había aparecido en abril de 1952. Ed.]. Mientras tanto, está la edición de McCulloch de las *Obras completas* (1ª ed., 1846) precedida por una memoria de Ricardo. Por el momento, dado que reservamos publicaciones sobre dinero para el último capítulo de esta Parte, nos ocupamos únicamente del *Ensayo* de Ricardo *sobre la influencia de un bajo precio del maíz en las ganancias de las acciones* (1815) y sus *Principios de economía política y tributación.* (1817; 3ª ed., El que hay que usar, 1821; el lector probablemente recurrirá a la edición de ECK Gonner, 1882, última impresión, 1929). Cualquier estudio exhaustivo debe complementarse con la lectura de sus cartas a Say, Malthus, Hutches Trower y McCulloch (para ver las ediciones, véase el artículo sobre Ricardo de JH Hollander en la *Encyclopaedia of the Social Sciences* , que ofrece un breve pero correcto bosquejo y valoración de Ricardo's work) y por sus *Notes on Malthus 'Principles* (ed. JH Hollander y TE Gregory, 1928; ver reseña de ES Mason,' Ricardo's Notes on Malthus ', *Quarterly Journal of Economics* , agosto de 1928). De todas las interpretaciones generales, las más importantes son: K. Marx en *Theorien über den Mehrwert* ; JH Hollander, *David Ricardo* (1910); y K. Diehl, *Sozialwissenschaftliche Erläuterungen zu David Ricardos Grundgesetzen* (2ª ed., 1905). Aún más instructivos para nuestros propósitos son los comentarios de E. Cannan en sus *Teorías de producción y distribución* (3ª ed., 1917). La literatura sobre Ricardo es inmensa, sobre todo si contamos, como deberíamos, con todas las referencias a él en obras teóricas como las de Böhm-Bawerk o Taussig. Sin embargo, deseo destacar dos estudios relativamente recientes de excelentes teóricos que ilustran el alcance del rango dentro del cual los críticos de la más alta competencia pueden diferir en cuanto a la naturaleza y el valor de la actuación de Ricardo: el artículo del profesor FH Knight sobre la 'teoría ricardiana of Production and Distribution 'en el *Canadian Journal of Economics and Political Science* , vol. I (febrero de 1935), y el artículo del Dr. V. Edelberg, "La teoría ricardiana de los beneficios" en *Economica* , vol. XIII (1933).

La discusión anterior va de alguna manera hacia la explicación del carácter del trabajo de Ricardo. Con la mayor brevedad, agregaré los siguientes comentarios, aunque solo sea para darle al lector algunos puntos sobre los que reflexionar. A Ricardo se le suele describir como un utilitario, pero no lo era. Esto no se debe a que haya tenido otra filosofía, sino a que esa mente ocupada y positiva no tenía filosofía en absoluto. Estaba en buenos términos, principalmente a través de James Mill, con los filosóficos radicales. Presumiblemente, a menudo expresó su asentimiento a los principios utilitarios. Los historiadores tienden a exagerar la importancia de tales cosas. Pero no significan mucho. Del mismo modo, no tenía una sociología inadecuada, pero ninguna en absoluto: había ciertos problemas económicos que fascinaban a su poderoso intelecto, pero el marco sociológico que daba por sentado, no importaba que lo reprocharan, sino simplemente una cuestión de división del trabajo. Dada su naturaleza, su teoría no se habría mejorado con un enjaezamiento sociológico; el crítico que pasa por alto las disquisiciones institucionales simplemente ha llamado a la dirección equivocada. Pero, por supuesto, esto se aplica solo a su teoría como teoría, no se aplica a sus recomendaciones. En estos, echamos de menos la comprensión de las fuerzas motrices del proceso social y, además, el sentido histórico. 655

Sin embargo, otros dos puntos se refieren directamente a la teoría de Ricardo como teoría. Primero, a pesar de la opinión contraria de Marx, la mente de Ricardo no era la que, como la de Thünen, trabaja con arcilla. Su método de trabajo consistió fundamentalmente en apoderarse de los

problemas que le presentaba el día, y atacarlos mediante herramientas que derivaba de la crítica. Uno es obvio a primera vista en todos sus escritos excepto en los *Principios* (donde es menos obvio). El otro es obvio a partir de los *Principios* . Aunque no supiéramos que el pensamiento de Ricardo se inspiró en La *riqueza de las naciones* , que asumió en 1799 cuando se aburría en un balneario, no pudimos evitar ver que el argumento de los *Principios* parte de una crítica a A. Smith. , que realmente recorre todo el libro. Con un alto grado de confianza podemos reconstruir el desarrollo de su pensamiento en la medida en que no estuvo determinado por su interés —analítico y práctico— por la actualidad: estudió la *Riqueza* ; le sorprendió lo que le pareció un lío lógico; se dispuso a enderezar este lío; y los *Principios* fue el resultado final de este trabajo de crítica creativa. Notemos esto: la estructura teórica de Ricardo representa una forma particular de recuperar la *Riqueza* ; La estructura teórica de Malthus representa otra forma de hacer esto. Como corolario, me atrevo a afirmar que Ricardo le debía muy poco a cualquier otro escritor, aunque su posterior estudio de Say y Malthus y sus discusiones con ambos y con James Mill sin duda sirvieron para aclarar sus ideas, de esto más en un momento. En segundo lugar, la mente de Ricardo no estaba interesada principalmente en los fundamentos ni en las generalizaciones amplias. La visión global de la interdependencia universal de todos los elementos del sistema económico que perseguía a Thünen probablemente nunca le costó a Ricardo ni una hora de sueño. Su interés estaba en el resultado claro de significado directo y práctico. Para conseguir esto, cortó ese sistema general en pedazos, envolvió la mayor parte posible de él y las puso en almacenamiento en frío, de modo que se congelaran y 'dieran' tantas cosas como fuera posible. Luego apiló una suposición simplificadora sobre otra hasta que, habiendo realmente resuelto todo con estas suposiciones, se quedó con solo unas pocas variables agregadas entre las cuales, dadas estas suposiciones, estableció relaciones simples unidireccionales de modo que, al final, el los resultados deseados surgieron casi como tautologías. Por ejemplo, una famosa teoría ricardiana es que las ganancias "dependen del" precio del trigo. Y bajo sus supuestos implícitos y en el sentido particular en el que deben entenderse los términos de la proposición, esto no sólo es cierto, sino innegablemente, de hecho trivialmente, así. Las ganancias no podrían depender de nada más, ya que todo lo demás está "dado", es decir, congelado. Es una excelente teoría que nunca puede ser refutada y no carece de nada más que de sentido. 656 El hábito de aplicar resultados de este carácter a la solución de problemas prácticos lo llamaremos el vicio ricardiano.

Actualmente, intentaremos evaluar el éxito de la escuela. Ahora queremos definir el éxito personal de Ricardo y ver cómo logró formar esa escuela. El primer paso es fácil: sin duda es posible que, tanto entre el público como entre sus colegas economistas, su reputación se haya hecho por sus escritos sobre los grandes temas económicos de su tiempo, en primera instancia, por sus escritos sobre asuntos monetarios. política, en segunda instancia, por sus escritos sobre el libre comercio. En todas las preguntas que tocó, estuvo del lado que hubiera ganado de todos modos, pero a cuya victoria aportó argumentos útiles, ganándose el correspondiente aplauso. Aunque otros hicieron lo mismo, su defensa fue más brillante, más llamativa que la de ellos: no hay una frase superflua en sus páginas; ninguna calificación, *por necesaria que sea* , debilita su argumento; y hay suficiente análisis genuino al respecto para convencer en la práctica y, al mismo tiempo, *para satisfacer altos estándares intelectuales,* pero no lo suficiente para disuadir. Su talento polémico, que combinó en un grado completamente inusual disposición, fuerza y cortesía genuina, hizo el resto. La gente aceptó su teoría porque estaba de acuerdo con sus recomendaciones. Se convirtió en el centro de un círculo que lo buscaba en busca de

orientación y, a su vez, defendía sus opiniones. No es su defensa de políticas ganadoras per se, ni su teoría per se lo que, hasta el día de hoy, lo convierte, a los ojos de algunos, en el primer economista de todos los tiempos, sino una feliz combinación de ambas. 657

Pero, ¿qué hay de su contribución a la economía científica? Creo que, con mucho, el más importante fue el invaluable regalo del liderazgo. Se refrescó e irritó. En cualquier caso, se estremeció. Los frutos de su razonamiento intrigaron a todas las personas que no vieron la mecánica que he tratado de caracterizar anteriormente. Su enseñanza, en sus capas media y superior, se consagró como algo nuevo, en comparación con lo que todo lo demás era inferior, obsoleto, rancio. Muy rápidamente su círculo desarrolló la actitud —tan divertida pero también, ¡ay !, tan melancólica de contemplar— de los niños a los que se les ha regalado un juguete nuevo. Lo pensaron muchísimo. Para ellos era de un valor incalculable que sólo él pudiera dejar de apreciar quién era demasiado estúpido para llegar a las alturas ricardianas. Y todo esto significó controversia, impulso, nuevo entusiasmo, nueva vida, y estos constituyen valiosos aportes en sí mismos. 658 Pero había algo más. La teoría económica no es una reserva de recetas políticas sino, para usar la feliz frase de la Sra. Joan Robinson, una caja de herramientas analíticas. Y estas herramientas no son un montón de elementos desconectados, sino que forman un motor. Este motor muele los resultados, dentro de amplios límites, sin importar cuál sea el problema concreto que se le alimenta. Funciona de la misma manera, formalmente, ya sea que el problema sea efecto de un impuesto o de una política salarial, o de un reglamento, o de protección y lo que no. Por lo tanto, el motor, dentro de esos límites, puede construirse de una vez por todas para que esté listo para su uso cuando sea necesario para una variedad indefinida de propósitos. Esto siempre se ha sentido de forma instintiva. Cantillon y los fisiócratas sacaron la idea a la luz. Pero nadie antes de Ricardo lo comprendió con tanta fuerza como él. En los dos primeros capítulos de los *Principios* , se comprometió a construir un motor de propósito general. Esto supuso un avance decisivo. Pero, por supuesto, si un motor defectuoso tiene éxito, ese avance puede resultar fácilmente un desvío. Y permítanme decir de una vez: *un análisis ricardiano de desvío fue* .

La construcción de tal motor de análisis conllevó la consecuencia de que los elementos individuales que componen la economía general se fusionaron en una unidad sistemática como nunca antes lo habían hecho. Por poco sistemáticos que sean los *Principios* de Ricardo en su forma, es una ejecución sistemática de primer orden en sustancia. Entre esos elementos en sí no hay ninguno para el que se pueda atribuir con certeza a Ricardo prioridad de publicación. Arriba me he expresado en el sentido de que Ricardo, aunque le debía mucho a A. Smith, le debía muy poco a otros autores. 659 Creo, de hecho, que su originalidad subjetiva fue de un orden superior. Además, fue franco y generoso en los agradecimientos: aunque he criticado a A. Smith y criticaré a A. Marshall por un reconocimiento inadecuado, no creo que se deba hacer tal crítica con referencia a Ricardo. 660 Pero objetivamente, todas las ideas de los *Principios se* encuentran individualmente antes, y no podemos atribuir más que una síntesis efectiva a Ricardo, a menos que (1) decidamos decir que, después de haber salido con A. Smith a cazar castores y ciervos , Ricardo torció la sugerencia de Smith en una teoría del valor trabajo que era suya, y (2) decidimos rechazar la afirmación de Torrens, mencionada en la nota anterior.

Una Guía del lector es fácil de dar pero, debido a la falta de sistema de Ricardo (en el sentido formal), es mucho menos fácil de seguir. El motor analítico se muestra en los dos primeros capítulos de los *Principios* . Cada línea es importante, y las secciones 4 y 5 del primer capítulo son tan difíciles de asimilar como cualquier cosa con la que el lector pueda encontrarse en la literatura económica. El

capítulo 31, "Sobre maquinaria", añadido en la tercera edición, al que solo se refiere esta guía, complementa esos fundamentos en un punto importante. Todo lo demás es realmente sólo desarrollo (cap. 3-6), aplicación (cap. 8-18 y 29, todos sobre impuestos), defensa y crítica (cap. 20, 21, 24, 26, 30, 32), pero , desafortunadamente, contiene tantos *obiter dicta* sobre los fundamentos que es muy peligroso omitirlo. Por ejemplo, el capítulo 27, 'Sobre la moneda y los bancos', que junto con el capítulo 28 trata de asuntos que el estudiante de la teoría general de Ricardo podría sentirse inclinado a descuidar, contiene pasajes que arrojan luz muy necesaria sobre el manejo de Ricardo del teorema de que el teorema marginal costo es igual al precio, y en el sentido en que estaba en plena posesión de él. El comercio exterior se trata en el célebre capítulo 7, que también es en realidad un complemento de los fundamentales (y se complementa en sí mismo con los capítulos 22, 23 y 25). El capítulo 19 (y, en cierto sentido, también el 21) prometía la lealtad de Ricardo a la ley de Say.

Una luz tan brillante atraerá a las polillas; hay un cierto número de oscuros escritores ricardianos. Además, muchas personas, incluidos los no economistas, se declararán partidarios de la luz a pesar de que tienen una percepción débil de ella, al igual que hoy hay muchos keynesianos y marxistas que nunca han leído una línea de Keynes o Marx. Además, *algunos* de los independientes, incluso unos pocos disidentes como Torrens, seguirán profesando un respeto decente por el eminente colega economista del que disienten, y estarán muy dispuestos a utilizar frases y proposiciones suyas siempre que sientan que pueden. Por último, los economistas de generaciones posteriores —juntos notables fueron JS Mill y A. Marshall— pueden rendir homenaje a un gran nombre del pasado de tal manera que se oculten a sí mismos y a los demás toda la extensión del abismo que los separa de él. Todo esto puede confundir la mirada retrospectiva y hacer que la influencia de Ricardo y su escuela parezca mayor de lo que realmente fue. En aras de una imagen fiel de la historia del análisis económico, es necesario reducir esta influencia a sus proporciones adecuadas. [661]

Ya hemos visto que el núcleo de la escuela estaba formado por sólo cuatro hombres además del propio Ricardo. Con esto quiero decir que James Mill, McCulloch y De Quincey fueron los únicos seguidores incondicionales y partidarios militantes de la enseñanza de Ricardo que ganaron suficiente reputación para que sus nombres sobrevivieran. West [662], en parte porque fue a la India, se mantuvo apartado. No era ni se sentía miembro de ninguna escuela, salvo el par de Ricardo y el descubridor independiente de los fundamentos de la doctrina ricardiana. Su evidente resentimiento contra Ricardo probablemente no estaba justificado. Pero su pesar por haber sido expulsado de lo que él concibió como su lugar, por la fuerza y brillantez superiores de este último, no lo fue. Porque el *Ensayo* contiene de hecho no sólo una formulación de la teoría "ricardiana" de la renta, sino también la aplicación de la ley de rendimientos decrecientes a una teoría de la ganancia, de ahí el eje del sistema ricardiano. Por lo tanto, aunque no tenemos más remedio que incluirlo en la escuela "ricardiana", moderaremos esta injusticia hablando de vez en cuando de doctrinas ricardianas occidentales.

Sin duda, James Mill debe ser reconocido como un hombre de luz y liderazgo, independientemente de lo que podamos pensar del valor de la luz que arrojó y de las pistas que dio. [663] McCulloch [664] ha sido manejado tan bruscamente por Marx y otros, Böhm-Bawerk entre ellos, que parece correcto enfatizar sus méritos en lugar del hecho de que su habilidad, aunque de la clase más útil, no era de un orden superior. Su trabajo fáctico, un logro importante, se mencionará más adelante. Su entusiasmo por la reforma social, en el que entró en un elemento que deletrea cierto mérito analítico: fue un destacado exponente de la 'teoría del fondo de salarios', pero se dio cuenta de que esta

teoría no prueba la futilidad de la política salarial sindical, debería recomendarlo. a los críticos modernos. Además, se convirtió en una de las figuras más conocidas de la profesión en su época, y logró mantener ondeando la bandera del ricardianismo cuando prácticamente todos los demás economistas la habían desertado: y esto es algo. Finalmente, escribió el libro de texto que fue el tratado general más exitoso que Inglaterra produjo en las primeras cuatro décadas del siglo XIX, y esto, a pesar de todas las deficiencias, tampoco es despreciable; [665] el libro influyó más directamente en el público que el de Ricardo y creó realmente lo que podríamos llamar ricardianismo de nivel inferior. De Quincey, famoso por ser *devorador* de *opio* , es un caso diferente. Su deleite en la lógica refinada lo convierte en la antípoda del McCulloch tosco y listo. Pero tocó la economía sólo de manera periférica. Y su contribución, aunque interesante, fue estéril. [666]

Ninguno de los tres agregó nada sustancial, y los toques que agregaron, especialmente James Mill y McCulloch, fueron en su mayoría de dudoso valor. [667] Ni siquiera lograron resumir correctamente a Ricardo o transmitir una idea de la riqueza de sugerencias que se encuentran en los *Principios* de este último . Lo que sí transmitieron fue un mensaje superficializado que se marchitó en sus manos y se volvió rancio e improductivo prácticamente a la vez. No fue culpa suya que el sistema de Ricardo fracasara desde el principio en obtener el asentimiento de la mayoría de los economistas ingleses y no sólo, como los ricardianos intentaron con empeño creer, de los tontos y rezagados. Esto se debía a sus debilidades inherentes. Tampoco fue culpa suya que el sistema no estuviera hecho para una carrera larga. Pero fue su culpa que la derrota llegara tan rápido. Ricardo murió en 1823. En 1825, Bailey lanzó su ataque que debería haber sido decisivo sobre el fondo del caso. En realidad no lo fue, porque las escuelas no se destruyen tan fácilmente. Pero la decadencia de la escuela ricardiana debió hacerse patente poco después, porque en un panfleto publicado en 1831 leemos que "todavía quedan algunos ricardianos". [668] En cualquier caso, está claro que el ricardianismo ya no era una fuerza viva. La impresión que prevalece en sentido contrario puede explicarse fácilmente. Estaban los secuaces que continuaron parados junto a sus armas y enseñando doctrina deshecha como si nada hubiera pasado. Hubo el rezago de la opinión pública, que es tan lenta para darse cuenta de la aprobación de una doctrina obsoleta como para darse cuenta del nacimiento de una nueva. Y había algo más que es aún más importante y que explicará por qué pocos historiadores estarán de acuerdo conmigo: estaba el prestigio *personal* de Ricardo , el gran nombre que sobrevivió a la obra. Como ya se ha señalado, Ricardo, aunque no particularmente afortunado en lo que respecta a sus seguidores inmediatos, ha sido aún más afortunado en otro aspecto. JS Mill enfatizó su ricardianismo temprano en todo momento y ni se dio cuenta de sí mismo ni dejó en claro a sus lectores cuán lejos se había alejado de él cuando escribió sus *Principios* . Y, en menor medida, incluso Marshall y Edgeworth hicieron lo mismo. Además, la fama de Ricardo no se basa únicamente en su estructura teórica. Por un lado, estaban sus contribuciones a la teoría del dinero y la política monetaria y su teoría del comercio internacional. Por otro lado, ciertos elementos individuales de esa estructura resultaron más duraderos que el conjunto. El ejemplo más importante es su teoría de la renta, a pesar de que lógicamente debería haber sido descartada con el resto.

Las zonas de influencia extranjeras presentan, en parte, un panorama diferente. [669] Marx y Rodbertus hicieron mucho para mantener vivo el pensamiento ricardiano. En parte en virtud de su influencia, en parte debido a la debilidad de la competencia interna y, más tarde, también debido a la aversión prevaleciente por la teoría austriaca, Ricardo siguió siendo hasta el final del siglo *el* gran

teórico de la mayoría de los economistas alemanes que Tenía ambiciones teóricas en absoluto: los nombres de Wagner, Dietzel y Diehl son ejemplos ilustrativos. Para el período en discusión, pero no más allá de él, una declaración análoga vale —o casi vale— para la economía italiana. Hay fuertes rastros de la influencia de Ricardo en los escritos de Ferrara y en los libros de texto. Rossi ofrece otro ejemplo si lo contamos como italiano, pero casi el único de importancia si lo llamamos economista francés. Francia, siguiendo su propia tradición, resistió la influencia ricardiana más que cualquier otro país. En los Estados Unidos, el libro de texto de McCulloch conquistó una gran cantidad de terreno, empatando con el de Say por el primer lugar en la enseñanza. Y también hubo influencia ricardiana en un nivel superior en el período siguiente: de los nombres de primera línea, Taussig es un ejemplo.

Lo que quise decir con "extremos marginales" de la escuela ricardiana puede ilustrarse mejor indicando el grupo más importante que entra dentro del significado de este término, los llamados socialistas ricardianos. Por supuesto, Marx fue el más grande de los socialistas ricardianos, pero el grupo generalmente se define de manera más restringida; es decir, para incluir una serie de escritores que, principalmente en las décadas de 1820 y 1830, argumentaron el caso de la clase trabajadora con la proposición de que el trabajo es el único factor de producción. Aunque esta proposición se remonta a Locke y Smith y no a Ricardo, es probable que la teoría ricardiana del valor animara a estos escritores socialistas y también les ofreciera sugerencias. Dado que los escritos de este grupo, que por supuesto tiene derecho a un gran lugar en la historia del pensamiento socialista, ofrecen poco que sea relevante para una historia del análisis económico, nos limitaremos a mencionar los dos nombres que parecen ser: para nosotros, más importante que otros. *Investigación de* William Thompson *sobre los principios de la distribución de la riqueza* . . . (1824) es un buen ejemplo, en su nivel superior, del argumento del grupo, de su igualitarismo moderado y de su hábito de considerar los ideales de distribución, independientemente de las repercusiones que la realización de estos ideales pueda tener en la producción. La influencia benthamita está fuertemente marcada. *Trabajo de* Thomas Hodgskin *defendido contra las demandas de capital* . . . (1825) y *Economía política popular* (1827) muestran al menos rastros de intención genuinamente analítica. [670] Debe observarse que tan pronto como un autor combina la idea de que el trabajo es la única fuente de riqueza y que los valores de todas las mercancías pueden representarse en términos de horas de trabajo con la idea de que el trabajo en sí mismo es una mercancía, es inevitable que llegado a la conclusión de que el mecanismo del mercado le roba al trabajador la diferencia entre el valor laboral de "su" producto y el valor laboral de la cantidad de trabajo invertido en ese producto. Ésta, salvo detalles, es la teoría marxista de la explotación. En consecuencia, varios socialistas ricardianos han sido llamados precursores de Marx. La frase 'precursores' puede significar mucho o poco, y si no se hace que signifique demasiado, se puede permitir que esa declaración pase, aunque no puedo encontrar ningún ejemplo (ni siquiera en Thompson y Hodgskin) que equivalga a anticipación de todo lo que la teoría de la explotación de Marx significa dentro de su sistema. Pero la acusación de plagio es infundada, si no por otra razón, porque esa combinación de ideas seguramente se le ocurrirá a cualquier estudiante de Ricardo que desarrolle su enseñanza en la dirección en la que Marx deseaba desarrollarla. Es significativo que esta acusación, aunque repetida a menudo por los economistas, fue planteada en primera instancia por un escritor que no era economista, Anton Menger (1841-1906; hermano del economista), a cuyo *Recht auf den vollen Arbeitsertrag* (1886; la traducción al inglés, *Right to the Whole Produce of Labor* , 1899, tiene una importante introducción de HS Foxwell), el lector es para el resto referido. La teoría de los escritores

más importantes del grupo se destaca mejor en Esther Lowenthal, *The Ricardian Socialists* , 1911.

3. Malthus, senior y algunos de los que también corrieron

A pesar de nuestras objeciones a hablar de escuelas nacionales, revisaremos por países el resto de los hombres que quedan por mencionar. Para Inglaterra, como ya nos hemos fijado en Longfield y como reservamos JS Mill y Cairnes para el próximo capítulo —y Jevons, por supuesto, para el próximo período— nos quedamos principalmente con Malthus y Senior. Pero no debemos limitarnos a las actuaciones que son conocidas en la historia y dejar a todas las demás en la sombra. Esto crearía una imagen incorrecta. Porque las representaciones históricas rara vez son como bloques erráticos en una llanura. Son más como picos que se elevan desde grupos de eminencias más pequeñas. En otras palabras, una ciencia se desarrolla por pequeñas acumulaciones que crean un fondo común de ideas del que, tanto por casualidad como por mérito, surgen las obras que ingresan al salón de la fama. Por lo tanto, debemos agregar al menos algunos de esos escritores que, aunque no lograron alcanzar la fama histórica, realizaron un trabajo importante y ejercieron una influencia en los desarrollos del análisis que son anónimos pero no despreciables. Al tomarlos en cuenta, también estableceremos nuestra proposición de que la escuela West-Ricardo nunca fue dominante en la economía inglesa. [671]

(a) Malthus. [672]

Marx derramó sobre él una ira virulenta. Keynes lo glorificó. Tanto la vituperación como el panegírico se deben fácilmente al prejuicio. Marx —o el radical burgués laicista que había en él— no odiaba tanto como el paño clerical. Además, aunque nunca dio ningún crédito a los hombres que defendían el libre comercio de alimentos, no sentía nada más que un desdén fulminante por los que no lo hacían. Se trataba simplemente de mercenarios del interés terrateniente de Marx y, por supuesto, de sus obedientes seguidores. Esta forma de deshacerse de la contribución de Malthus no es mejor que el método de otras personas para deshacerse de Ricardo sobre la base de que era judío y `` por el interés monetario ''. Pero la parcialidad de Keynes por Malthus, aunque moralmente admirable, son pocos los que ensalzan un precursor y Keynes creía que Malthus había sido un precursor suyo: llegó a extremos que no son mucho menos irrazonables que el odio de Marx. [673] Y desde la publicación del *Ensayo sobre la población* hasta el día de hoy, Malthus ha tenido la buena fortuna —porque esto *es* buena fortuna— de ser objeto de valoraciones igualmente irrazonables y contradictorias. Fue un benefactor de la humanidad. Él era un demonio. Fue un pensador profundo. Era un tonto.

El hombre cuyo trabajo conmovió las mentes de la gente para provocar valoraciones tan apasionadas no era *ipso facto* mediocridad. El hombre que se dio cuenta de que algunos problemas económicos son como los problemas 'de maximis et minimis in fluxions' [cálculo] no fue un tonto. Su caso ilustra la diferencia entre habilidad y brillantez. Solidez sería la palabra para él si no fuera por una falla que compartió con muchos — ¿la mayoría? - economistas. Tenía algunas ideas favoritas, que estaba empeñado en aplicar a problemas prácticos. Y cuando lo hizo, su sentido común habitual era propenso a convertirse en tonterías. [674] Además, no era un buen polemista.

Para el público y también para la mayoría de la profesión, Malthus fue y es principalmente el Malthus del *Ensayo sobre población* . Su segundo título a la fama, su contribución al análisis monetario, casi ha escapado a la atención de los historiadores. Su tercer título, el que ha puesto su nombre en primer plano en nuestro tiempo, es su teoría del ahorro y la inversión o su teoría de los "excesos generales". [675] Por el momento, nos ocupamos únicamente de un cuarto título a la fama, a

saber, como autor de un sistema de teoría económica que recuperó la teoría de la *riqueza de las naciones* de una manera que fue la alternativa a la recuperación de Ricardo. Aplazando la consideración de su teoría de la renta y de otros puntos de detalle comparativo, ahora debemos asegurarnos de este punto.

Hemos visto que el trabajo de Ricardo, en lo que a teoría general se refiere, partió de La *riqueza de las naciones* y recuperó los contenidos teóricos de esta última mediante un método centrado en el concepto de valor. Evidentemente, exactamente lo mismo ocurre con la obra de Malthus tal como se presenta en sus *Principios* . Salvo su teoría del ahorro y la inversión, que a primera vista parece ser la propia de Malthus, 676 todos los elementos que entran en el aparato analítico de esa obra, e incluso sus ordenamientos terminológicos, apuntan al Libro Primero de la *Riqueza. de Naciones* . Solo que, mientras que Ricardo recuperó la doctrina de la *riqueza* mediante la teoría del valor de la cantidad de trabajo, Malthus la recuperó mediante la teoría del valor que A. Smith realmente utilizó, a saber, la teoría de la oferta y la demanda, 677 siguiendo también El ejemplo de A. Smith al elegir el trabajo como unidad de valor (*numéraire*). Por lo tanto, Malthus adoptó la línea que ganó en última instancia y apuntó mucho más directamente al sistema marshalliano que el de Ricardo, a pesar de que fue con el último y no con el primero con quien Marshall se esforzó por mantenerse en contacto. 678 Esto también es válido con respecto a otra diferencia entre los dos. Hemos visto que el aparato analítico de Ricardo está orientado al problema de la distribución, a la explicación de las participaciones relativas. Malthus, volviendo de nuevo a A. Smith y anticipándose de nuevo a A. Marshall, orientó su aparato al análisis de todo el proceso económico. Por tanto, trató la producción total (el "dividendo nacional" de Marshall), no, como Ricardo, como un dato, sino como la principal variable a explicar. 679 Por tanto, Malthus debería efectivamente, aunque por una razón que no coincide con la que indujo a Lord Keynes a llegar a un resultado similar, 680 situarse en la historia del análisis no sólo como autor de una alternativa válida a la teoría de Ricardo, sino como patrocinador (o más bien como uno de los patrocinadores) del victorioso. Esto es mucho. Al mismo tiempo, es todo. Es perfectamente compatible con el reconocimiento de estos hechos que el esquema analítico de Malthus tuvo mucho menos ingenio que el de Ricardo, y que el primero estuvo en la posición más poco envidiable en la que puede estar un economista, es decir, en la posición de tener que defender claramente sentido contra las piruetas inútiles pero inteligentes de otro hombre.

(b) Arzobispo Whately y Profesor Senior.

A continuación, miramos a Senior y al hombre que había sido su tutor, Whately. La importancia 681 de este último para nosotros es tan grande como esquiva. No era profundo ni muy culto. No era original ni siquiera brillante. Pero su intelecto claro y fuerte captaba con calma y firmeza todo lo que captaba dentro de una gama de intereses inusualmente amplia. Y en su época, país y mundo, fue un líder de tipo formativo, una ilustración ideal de lo que se entiende por hombre clave. Conducía tranquilamente, sin parecer hacerlo, por el peso de su personalidad y de sus consejos, que nunca fueron más valiosos que cuando eran obvios. Porque en la política eclesiástica, como en la economía, lo obvio es a veces precisamente lo que la gente es más reacia a ver. Su servicio más importante a la economía fue, sin embargo, que formó Senior, cuyo enfoque completo delata la influencia de Whately.

Senior 682 ha sido tratado con relativa negligencia por muchos economistas y con un desprecio injustificado por algunos. En reacción a esto, otros han hecho de él un 'genio', lo que seguramente no era, si entiendo lo que significa esta palabra. En nuestra imagen entrará en un triunvirato con Malthus y

Ricardo: fue uno de los tres ingleses cuyas obras son los principales peldaños entre A. Smith y JS Mill. Pero JS Mill, a pesar de ser lógico, no tenía ojo para la gran actuación de Senior. Para el eterno honor de este último, que puede tener que compartir con Whately, hay que dejar constancia, en primer lugar, de que intentó unificar y presentar la teoría económica de acuerdo con los requisitos del método postulacional, es decir, como una serie de deducciones de cuatro postulados inducidos o empíricos, que discutiremos en el capítulo 6. Esto, incluso si el resultado fue considerablemente inferior a la perfección, lo convierte en el primer teórico "puro" de ese período, siempre a excepción de Cournot y Thünen, quizás también de Longfield —Y basta por sí solo para condenar a quienes se niegan a presentarle sus respetos. En segundo lugar, esbozó una teoría del valor muy mejorada y una teoría del capital e interés mucho mejor. En tercer lugar se encuentran varios méritos menores, algunos de los cuales se mencionarán en su debido contexto (población, rendimientos decrecientes, renta). En cuarto lugar, sus brillantes aportaciones a la teoría del dinero, que se mencionarán en el último capítulo de esta Parte, son consideradas como actuaciones puramente intelectuales, no inferiores a las de Ricardo. Debería poner su originalidad subjetiva tan alta como la de Ricardo. Objetivamente, se le había anticipado, como Ricardo, en la mayoría de los puntos individuales que planteó. ¿Por qué, entonces, tan pocos economistas estarán de acuerdo con una estimación que coloque a Senior a la par con Ricardo, y por qué su influencia se ha restringido, sustancialmente, a lo que JS Mill tomó de él? [683]

Hay tres razones excelentes para ello que ilustran la dificultad de realizar una evaluación comparativa de los economistas, aunque sea inevitable, si queremos tener una idea de una situación científica. En primer lugar, incluso si estamos firmemente decididos a estimar sólo el mérito analítico, es probable que olvidemos que Ricardo nos habla desde un pedestal, el pedestal de una reputación que se ha ganado en la discusión pública de cuestiones políticas. No existe tal pedestal bajo la figura de Senior. Cuenta solo como economista analítico. Su trabajo sobre problemas de política está enterrado en libros azules que casi nadie lee. Sus declaraciones públicas no dejaron huella y él era un don nadie, o casi, para el público en general. En segundo lugar, y esto fue completamente culpa de su estructura mental, lo estaba, ¿cuál es la palabra? ¿Perezoso? Con esto no quiero sugerir que no hizo mucho trabajo, sino más bien que le faltó el tipo de energía que conducirá deliberadamente a conclusiones definitivas. Ricardo fue el caballo que agarrará el bocado, sacará el morro y galopeará por lo que vale. Senior era el caballo que deja caer el bocado, baja la nariz y se niega a estirarse. Su *Esquema* , aún peor en disposición que los *Principios* de Ricardo , discute, critica, vacila, se desvía. No impresiona, como hace este último, con ardor. Peor aún, el lector de Senior tiene la impresión, es más, se le dice con tantas palabras, que todo análisis económico equivale a la búsqueda y el uso consistente de una terminología conveniente. ¿Fue culpa de Whately? [684] En cualquier caso, nada podría estar más lejos de la verdad y nada podría haber sido más aburrido. Otros economistas —de hecho, la mayoría de ellos a lo largo del siglo XIX— utilizaron y defendieron la búsqueda del significado de las palabras como método de investigación. Pero nadie llegó tan lejos como Senior, quien parecía inclinado a *resolver* todos los problemas de su "ciencia de la economía política" estableciendo definiciones. No tendremos ninguna dificultad en comprender cómo un "método" así debe haber impresionado a los críticos hostiles. Y, tercero, Senior tenía un curioso talento para 'poner un pie en ello'. Incluso el buen Homero se queda dormido de vez en cuando, como afirma un viejo lema. Pero Senior se quedó dormido, es decir, expresó ineptitudes, con demasiada frecuencia. Fue descuidado. Y aunque *capaz* , no era *inteligente* . Así, por citar sólo el ejemplo más famoso, que en realidad escribió (*Cartas sobre la Ley*

de fábrica . . . 1837) una declaración en el sentido de que las ganancias de las fábricas de algodón, supone que el 10 por ciento, se ha acabado por completo por una reducción de la jornada laboral en una undécima porque la totalidad de esos beneficios se produjeron en la última hora. Esto no podría haber sucedido con Ricardo, aunque podríamos poner a Senior por encima de él en otros aspectos. [685]

(c) Algunos de los que también corrieron.

Por la razón explicada al principio de esta sección, agregaré ahora algunos nombres más. Otros escritores sin duda mencionarían otros nombres, al menos en parte, pero mi selección es la siguiente: Bailey, Chalmers, Lauderdale, Ramsay, Read, Scrope y Torrens. [686] Sus actuaciones difieren mucho en su naturaleza y son difíciles de coordinar, aunque completan nuestra imagen. Por mucho que desee evitar catalogarlos, los presento en orden alfabético.

Bailey, [687] como ya se mencionó, atacó el análisis de Ricardo-Mill-McCulloch en un frente amplio y con total éxito. Su *disertación* , que decía, en lo fundamental, prácticamente todo lo que se puede decir, debe figurar entre las obras maestras de la crítica en nuestro campo, y debería ser suficiente para asegurar a su autor un lugar en o cerca de la primera fila en la historia. de la economía científica. Tampoco pasó desapercibido su trabajo. Varios escritores, entre ellos Read, reconocieron estar en deuda con él y siguieron su ejemplo, y es seguro asumir que su influencia se extendió más allá del rango del reconocimiento explícito. Sin embargo, los historiadores que hasta el día de hoy no le dan a Bailey lo que le corresponde solo están aceptando los hechos del caso tal como se presentó en ese momento. Escribiendo en 1845, McCulloch no se arriesgó a provocar risas cuando escribió en su *Literature of Political Economy* que Bailey no había apreciado adecuadamente la teoría ricardiana y no había `` logrado en ningún grado sacudir sus cimientos '', ante el hecho de que un una encuesta de escritores sobre el valor de 1826 a 1845 produciría una mayoría considerable para Bailey. Estas son las explicaciones que tengo para ofrecer. En primer lugar, tanto en la ciencia como en el arte y especialmente en la política, existe la posibilidad de llegar demasiado pronto; y el fracaso, mucho más completo que el de Bailey, es el resultado habitual de una acción prematura. En segundo lugar, la crítica de Bailey fue realmente constructiva y sugirió implícitamente cómo el sistema que atacó podría haber sido reemplazado por uno más satisfactorio; pero él no lo intentó, y los que siguieron su estela y lo intentaron no fueron rival para la sombra de Ricardo. Sin duda, socavaron su sistema y, por lo tanto, ayudaron a que JS Mill lo transformara, pero lo hicieron mediante un lento proceso de desgaste en lugar de una victoria espectacular.

En este proceso de desgaste, la influencia [688] de Chalmers contó mucho, al menos en Escocia. Como teórico, era completamente antiricardiano y siguió la línea de lo que hemos llamado la recuperación de Malthus de la *riqueza de las naciones* . También siguió a Malthus en asuntos de exceso generalizado y exceso de oferta de capital. Si fuera posible hablar de una escuela malthusiana *en teoría general* (lo cual dudo), Chalmers tendría que figurar como su McCulloch, que, después de todo, no es un cumplido tan zurdo como puede parecerle al lector.

Lord Lauderdale [689] está algo fuera de lugar y ocupa solo una posición secundaria en la historia de la economía, pero una que es totalmente merecida e independiente del reconocimiento adicional que ahora debería extenderse a él debido a su argumento contra la redención de la deuda (*Three Letters al duque de Wellington* . . . 1829), que se basa en un argumento contra el exceso de ahorro y el exceso de gasto. [690] Los temas de valor, capital e interés le deben algo, como veremos, pero más importante que estos aportes en sí mismos es el impulso vigorizante que dio: era un hombre que pensaba por sí mismo

y no estaba dispuesto a aceptar fundamentos como le fue entregado por la tradición smithiana. Aunque diletante y, desde el punto de vista de la profesión naciente, algo ajeno, era un escritor de fuerza y, en la mayoría de los casos, de sentido común. [691]

El único autor que le hizo justicia a Ramsay es Marx, que se ocupó plenamente de él en *Theorien über den Mehrwert* . [692] Incluso el profesor Seligman, que revivió su memoria (*op. Cit.*) Enfatizó su dependencia de los escritores franceses más de lo que creo que está justificado. Es cierto que, especialmente en su teoría de la empresa y los beneficios, Say lo había anticipado. También es cierto que no fue el primero en introducir esas ideas en la economía inglesa, y que incluso podría haberlo "tomado prestado" de segunda mano. Pero sintetizó mejor que otros y, lo que es más importante, muchos detalles sugerentes eran propios. Es bastante fácil ver que no dejó huella. Pero hay que añadir que estuvo a punto de hacerlo y que su fracaso tal vez tenga más que ver con su impopular oposición a la derogación de la protección a la agricultura que con sus deficiencias más graves. Por tanto, no hay razón para pensar poco en él. [693]

Leer [694] mermó sus posibilidades de éxito por ciertas rarezas, especialmente por sus dudosas especulaciones sobre el 'Derecho a la riqueza'. Sus ataques a los socialistas ricardianos nos interesan poco. Sin embargo, su obra es de cierta importancia para nosotros, primero, porque da testimonio de la influencia de Bailey, a quien Read siguió en su crítica a Ricardo, y de la corriente antiricardiana que corría fuerte hacia 1830; en segundo lugar, tiene algún mérito y, a su vez, ejerció alguna influencia propia, particularmente en el análisis de las ganancias y los intereses. Entre los escritores a los que influyó directamente, el más eminente es Scrope, [695] el reformador monetario de fama de números índice, que no solo fue autor de numerosos folletos sobre dinero y banca, leyes de pobreza, trabajo agrícola y otros temas, sino también un teórico económico de cierta importancia. Sin embargo, sus *Principios de economía política* (1833) fueron escritos para el consumo popular y no desarrollaron su análisis de manera satisfactoria. Es fácil notar sus ideas originales sobre la población y el "estándar tabular". Pero esto no es lo que quiero decir ahora. Mucho más importante para nosotros es la comprensión de la naturaleza del equilibrio económico: vio cómo el mecanismo de la oferta y la demanda, al activar la tendencia de todos a maximizar los rendimientos, resuelve tanto el problema de la asignación de recursos (producción) como el problema de la formación de ingresos. (distribución), disponiendo así, de paso, de toda la construcción occidental-ricardiana. También en el análisis de intereses y beneficios avanzó: es allí donde parece haberle debido algo a Read.

Todas las actuaciones mencionadas hasta ahora en esta sección —y nuestra lista es muy incompleta— fueron no ricardianas o antiricardianas; y sería absolutamente imposible hacer una lista paralela de escritos ricardianos. Además, el antagonismo con el esquema ricardiano occidental que todos ellos muestran fue principalmente científico y no político: la hostilidad de Read hacia los socialistas ricardianos puede haberlo puesto en contra de la teoría ricardiana del valor, pero por lo demás no puedo encontrar antagonismos políticos *motivadores* entre estos escritores y los ricardianos. [696] La teoría que resuelve todas las diferencias entre economistas en diferencias de su política y siempre mira a "lo que un hombre representa" falla en este caso como lo hace en el caso de la victoria de la teoría de la utilidad marginal en el período siguiente. Finalmente, los escritos de los que hemos visto ejemplos ponen los desarrollos posteriores bajo una nueva luz: una continuidad del esfuerzo se revela a cualquiera que preste atención a estos escritos que está completamente perdida en la historia habitual de un ricardianismo predominante: JS Mill figura como un Ricardiano en esta historia,

espectacularmente destrozado por la "revolución" alrededor de 1870.

El último autor que voy a mencionar, Torrens, [697] no puede calificarse de anti-ricardiano. Pero tampoco se le puede describir como ricardiano. El profesor Seligman ha argumentado a favor del descubrimiento independiente de Torrens de la teoría "ricardiana" de la renta, con prioridad sobre Malthus y West, y del principio del costo comparativo, con prioridad sobre Ricardo. Por un lado, esto es suficiente para asegurarle un lugar en la historia del análisis; por otro lado, esto parece incluirlo en el grupo ricardiano. Sin embargo, sus hazañas en la teoría general son claramente antiricardianas, si no antiricardianas. Pero son difíciles de valorar porque Torrens fue descuidado en la formulación y no fue un buen técnico y ofrece su trigo muy mezclado con paja. No aceptó la doctrina ricardiana central que emana de la proposición de que las ganancias dependen exclusivamente de los salarios. Pero su argumento en contra sugiere fuertemente que no entendió el sentido en que Ricardo lo sostuvo. Lo que puso en su lugar pudo haber sido sustancialmente válido como él lo quiso decir. Pero tal como está, no es particularmente esclarecedor. Necesita un intérprete que haga por él lo que los admiradores de Ricardo de alrededor de 1890 hicieron por Ricardo. Hasta que un intérprete así aparezca y tenga éxito, es prematuro, por decir lo mínimo, calificarlo, como se ha hecho en un caso, presumiblemente en reacción al trato despectivo que recibió en otras ocasiones, con Ricardo y Malthus como uno de los ' fundadores de la escuela clásica '.

4. Francia

Para que la economía francesa de ese período se considere en sus verdaderas proporciones, deben tenerse en cuenta dos hechos. En primer lugar, como sabemos, la escena parisina estuvo teñida hasta 1848 por las actividades, literarias y de otro tipo, de los grupos socialistas hasta un punto para el que no hay paralelo contemporáneo en ningún otro lugar. No tan espectaculares pero igualmente importantes a largo plazo fueron las actividades, también literarias y de otro tipo, de los críticos católicos del liberalismo económico y político ('el principio de 1789'), que fueron, sin embargo, más allá de la crítica hacia los objetivos de la reforma social católica. . [698] Los burgueses laicistas de persuasión ultraliberal formaron un tercer grupo. Todo esto constituye un material fascinante para la sociología de las ideas políticas y sociales. Pero es un material pobre para la historia de la economía científica. En segundo lugar, se realizó un excelente trabajo fáctico durante el período, la gran actuación de Le Play encabezando un récord altamente meritorio. Para el resto, sin embargo, solo hay dos hombres de primer rango para mencionar (además de Cournot, por supuesto), a saber, JB Say y Sismondi.

Jean-Baptiste Say (1767-1832) fue uno de esos hombres que ilustran dos verdades importantes, aunque ligeramente paradójicas: primero, que, para evaluar adecuadamente a un hombre y colocarlo en el lugar adecuado, a veces es necesario defenderlo. no solo contra sus enemigos, sino también contra sus amigos e incluso contra sí mismo; segundo, que hay una diferencia fundamental entre la superficialidad de la exposición y la superficialidad del pensamiento. [699] La superficialidad es, de hecho, lo que primero sorprende al lector de Say. Su argumento fluye con una limpidez tan fácil que el lector casi nunca se detiene a pensar y casi nunca experimenta la sospecha de que pueda haber cosas más profundas debajo de esta superficie lisa. Esto le trajo un gran éxito con la mayoría; le costó la buena voluntad de unos pocos. A veces veía verdades importantes y profundamente arraigadas; pero cuando los vio, los señaló en frases que se leían como trivialidades. Nunca se inclinó —como incluso

Ricardo— a la tarea de martillarlos para que todos fueran reconocidos por lo que eran y soportaran las críticas y el desgaste. Además, invariablemente manejó mal su caso en controversias respondiendo a las críticas de manera inconexa, sin dedicarle la cantidad de trabajo requerida. Por lo tanto, el historiador debe reafirmar su argumento y, al hacerlo, a menudo debe descuidar las palabras infelices o incluso descartar fragmentos de razonamiento francamente tontos que solo explicarán el descuido. Todos se dan cuenta de que esto también debe hacerse con Ricardo y Marx porque, en sus casos, la aspereza de la superficie invita a excavar. Pero eran pocos los economistas que podían y estaban dispuestos a prestar este servicio a Say.

Por lo tanto, nunca recibió lo que le correspondía. El enorme éxito de libro de texto de su *Traité* —en ningún lugar mayor que en los Estados Unidos— sólo confirmó a los críticos contemporáneos y posteriores en su diagnóstico de que él era solo un popularizador de A. Smith. De hecho, el libro se hizo tan popular precisamente porque parecía ahorrarles a los lectores apresurados o mal preparados la molestia de vadear a través de la *riqueza de las naciones* . Esta fue sustancialmente la opinión de los ricardianos, quienes lo trataron con cierto respeto debido a la Ley de Mercados, que aceptaron de él, 700 pero, por lo demás, lo descartaron como escritor; véanse los comentarios de McCulloch sobre él en la *Literature of Political Economía,* que acababa de ascender a Smithian, pero no había logrado ascender a sabiduría ricardiana. Para Marx, él es simplemente el "insípido" Say (*der fade Say*). Para los críticos posteriores, él fue simplemente uno de los exponentes del liberalismo económico que debe ser ignorado solo en este aspecto. Donde vivió, en la teoría de los ciclos, su ley fue votada erróneamente o como una tautología sin valor. En nuestro propio tiempo experimentó una curiosa especie de renacimiento. Su Ley de los Mercados fue declarada, erróneamente como veremos, como la base de toda la estructura de la economía clásica en el sentido keynesiano de este término (ver arriba, cap. 1, sec. 1). Esto le dio una importancia siniestra, pero al menos le dio importancia.

Pero incluso sus amigos se dejaron engañar por esa apariencia engañosa de superficialidad. Incluso para aquellos historiadores franceses que estaban lo suficientemente dispuestos a proteger su memoria, él fue principalmente el exponente —uno de ellos dijo "vulgarizador" - de la enseñanza de A. Smith. A este mérito, es cierto, agregaron varios otros, de los cuales podemos tomar nota por anticipado: digamos, coloque el tema de la economía en el esquema: producción, distribución y consumo; su metodología le debe algo; apuntó hacia una teoría de la utilidad del valor; ayudó a establecer la tríada de factores: tierra, trabajo y capital; destacó la figura del emprendedor, utilizando el término (que se da en Cantillon); y, por supuesto, era Say de la Ley de Mercados de Say. Todo esto, como suele decirse, constituye un caso modesto, ya que algunos de estos méritos son per se de menor importancia o incluso de dudoso valor. Todos ellos comentaremos a su debido tiempo. En la actualidad, nos preocupa el error fundamental que vicia la valoración de la posición de Say en la historia de la economía, a saber, la interpretación habitual de su relación con A. Smith.

El trabajo de Say surgió de fuentes puramente francesas, si consideramos a Cantillon un economista francés. Es la tradición Cantillon-Turgot, que continuó y a partir de la cual *pudo* haber desarrollado, sea lo que sea que haya hecho, todas las características principales de su análisis, incluido, por cierto, su esquema sistemático y su emprendedor. 701 La más importante de estas características, y su gran contribución a la economía analítica, es su concepción del equilibrio económico, aunque vaga e imperfectamente formulada: 702 El trabajo de Say es el más importante de los eslabones de la cadena que conduce desde Cantillon y Turgot a Walras.

Solo dos hechos sobre su vida son relevantes para nuestro propósito. Salvo algunos casos sin importancia durante la Revolución Francesa, fue el primer profesor académico francés de economía, primero en el Conservatoire National des Arts et Métiers (1819), más tarde en el Collège de France (1830). Y, durante una parte considerable de su vida, fue un hombre de negocios práctico y, por lo tanto, disfrutó de la ventaja de tener conocimiento de primera mano de lo que estaba escribiendo. Los intelectuales que sólo conocen los negocios de los periódicos tienen la costumbre de felicitarse por su distanciamiento. Pero, obviamente, también hay otro lado del asunto. Los elementos principales en su lista de publicaciones para nosotros son su *Traité d'économie politique* (1803; la traducción de Prinsep, 1821, es de la 4a edición que, sin embargo, es peligroso usar sin referirse también a la 1a, porque Say había una forma de olvidar lo que realmente quería decir) y sus cartas. El *Cours complet d'économie politique pratique* (1828-189) no aporta mucho. Sus obras (*Œuvres*) forman vols. IX-XII de la *Colección* Guillaumin *des principaux économistes* (1840-1848). El *Traité* no necesita guía del lector. Pero deseo reiterar la advertencia de que la lectura rentable es mucho más un trabajo de lo que parece.

JCL Simonde, que se hacía llamar 'de Sismondi' (1773-1842), era algo así como un granjero práctico y un político aficionado, excelentes ejercicios de realismo, pero principalmente un intelectual laicista, que disfrutaba viviendo al margen de *le monde* , y un historiador. Su principal logro es, creo, su *Histoire des républiques italiennes du moyen âge* (1807-18). De estos 16 volúmenes, tengo un conocimiento de saltos, que es, sin embargo, más de lo que puedo decir con referencia a los 31 volúmenes de su *Histoire des Français* (1821-1844). Del resto de su obra histórica, que también cubre la historia literaria, sólo conozco su *Histoire de la chute de l'empire romain* . . . (1835), cuyas deficiencias académicas se compensan en parte, para un economista, con interesantes perspectivas y análisis sociológicos. Su economía es mucho más inglesa que francesa. Su *Richesse commerciale* (1803), de hecho, no es del todo la cerveza smithiana que se ha dicho que es, incluso si ignoramos las recomendaciones no smithianas del segundo volumen. El verdadero Sismondi, el Sismondi de años posteriores, se muestra ocasionalmente. Sin embargo, en general, la opinión tradicional se acerca bastante a la verdad. La reputación de Sismondi como economista se basa en su *Nouveaux Principes d'économie politique* . . . que apareció en 1819. [703] Pero sabemos que lo esencial de este trabajo había sido escrito en 1815 para un artículo que Sismondi contribuyó a la *Encyclopaedia de Edimburgo* de Brewster , aunque este artículo no se publicó hasta después de los *Nouveaux Principes* . Para entonces, a más tardar, estaba en posesión de todos los elementos de doctrina asociados con su nombre. Sus trabajos posteriores, como sus *Études sur l'économie politique* (1837-188), enfatizaron y desarrollaron los puntos principales —y sus afirmaciones— pero no agregan nada esencialmente nuevo. [704]

El trabajo de Sismondi recibió una atención crítica de inmediato, especialmente por parte de los ricardianos. A medida que la marea iba en contra de este último, la fama de Sismondi aumentó de manera constante hasta que, con los reformadores sociales y los opositores del laissez-faire en general, finalmente fue elevado a una de esas posiciones a las que se convierte en etiqueta para respetar. En parte, esto se debió a actitudes que tienen poco que ver con los logros analíticos; predicó el evangelio de que el verdadero objeto de la economía es el hombre y no la riqueza. Atacó al ricardianismo como mera "crematística" y, además, como crematística poco realista. [705] Abogó una vez más por la intervención del Estado en los asuntos económicos. Y estaba completamente a favor del trabajo. Quienquiera que hiciera alguna o todas estas cosas estaba tan seguro de recibir aplausos de algunos sectores como de críticas adversas de otros. Pero hay que añadir que, de hecho, fue uno de los

precursores más importantes de la posterior *Sozialpolitik* y que algunas de sus recomendaciones, por ejemplo, la recomendación de que los empleadores deben garantizar la seguridad de sus trabajadores contra el desempleo, la enfermedad y la indigencia en los viejos tiempos. age — se encuentran entre sus contribuciones más genuinamente originales. 706 En lo que respecta a la economía analítica, su reputación se basa principalmente en su argumento en contra de la ley de Say y su teoría del subconsumo de las crisis (si es que su teoría debe ser etiquetada así; véase más adelante, cap. 7, sec. 6). Pero incluso si el reconocimiento acrítico que se le extendió a este respecto —principalmente por economistas cuya fuerza no estaba en la teoría económica— estuviera más justificado de lo que está, estos puntos no expresarían su verdadera importancia en la historia del análisis.

El rasgo distintivo del análisis de Sismondi es que está orientado a un *modelo dinámico explícito en el sentido moderno de esta frase* . Los términos, estático y dinámico, ya los hemos conocido. Aprovecharemos esta oportunidad para dar un primer paso hacia un conocimiento más cercano de su significado. Para ello, comencemos con una célebre afirmación de Ricardo, hecha en una carta a Malthus: 707 "Siempre tienes en cuenta los efectos inmediatos y temporales. . . . [Yo] fijo toda mi atención en el estado permanente de cosas que resultará de ellos '. Esto no es del todo cierto, pero si lo fuera, significaría esto: supongamos que tenemos ante nosotros un proceso económico perfectamente equilibrado e idealmente adaptado a sus datos; luego impongamos arbitrariamente algún cambio en algún elemento o elementos del mismo, digamos, en algunos precios o cantidades; esta perturbación producirá adaptaciones inmediatas, algunas de las cuales a su vez producirán más perturbaciones; pero al final, cuando todo haya tenido tiempo de enderezarse, resultará un nuevo estado perfectamente equilibrado del organismo económico que, de nuevo, se adapta idealmente a sus datos. 708 Ricardo era evidentemente de la opinión de que lo importante es investigar las propiedades de este nuevo estado 'normal' *en comparación con las propiedades* de ese estado 'normal' del que partimos: los nuevos ingresos, precios y cantidades 'permanentes'. se comparan con las antiguas rentas, precios y cantidades. Para este procedimiento, el término Estática Comparativa entró en uso más adelante (ver más adelante, Parte IV, cap. 7, sec. 3). Implica, por supuesto, tanto que la secuencia de estados intermedios o 'transicionales' a través de los cuales el sistema tiene que pasar en su camino hacia el nuevo estado 'normal' no afecta a este último, es decir, que el nuevo estado 'normal' El estado 'depende sólo del antiguo estado' normal 'y de la naturaleza de la perturbación, pero no de esa secuencia de estados de transición, y también de que los estados de transición son relativamente poco importantes, al menos en el sentido de que no presentan ningún tipo de interés muy interesante. problemas para el analista.

Sismondi admitió, tan acríticamente como lo habían hecho A. Smith y Ricardo, que ese nuevo estado de equilibrio —usó el término equilibrio— eventualmente emergerá. Pero insistió en que el camino hacia él puede ser tan largo y conducir a través de trastornos tan severos — dijo: "terribles sufrimientos", que hagan prácticamente imposible que el analista maneje con desdén los fenómenos incidentales. Hasta ahora tan bueno. Malthus hizo (independientemente) lo mismo. Pero Sismondi dio un paso más, crédito que no tiene por qué compartir con Malthus ni con nadie más excepto, posiblemente, con Quesnay. Se dio cuenta de que la más importante de las razones por las que los fenómenos de transición son la esencia del proceso económico y, por lo tanto, no solo son relevantes para sus problemas prácticos sino también para su teoría fundamental, es que el proceso económico está encadenado a ciertas secuencias que excluirán ciertas formas de adaptación y hacer cumplir otras. Un ejemplo ayudará. Si la renta monetaria generada por un proceso de producción dado se gastara

siempre en la salida de este mismo proceso de producción, deberíamos tener una razón para creer [709] que el 'poder adquisitivo' del público y la producción de bienes y servicios, salvo errores individuales, corresponderán siempre entre sí de modo que, *al menos como posibilidad* , estos últimos siempre puedan venderse a precios que cubran los costes. Pero suponga que el proceso económico se divide en períodos de la siguiente manera: la renta monetaria de cualquier período *t* es generada por procesos de producción, cuya producción está disponible en el período *t* + 1; y este mismo ingreso se gasta en el período *t* en la producción del período *t* - 1. En este caso, perdemos una de las razones que tenemos para creer que el ingreso y la producción se corresponderán entre sí en el sentido mencionado anteriormente: el dinero La renta del período *t* es el resultado de decisiones tomadas en el período *t* , mientras que la producción ofrecida en el período *t* es el resultado de decisiones tomadas en el período *t* - 1, por lo tanto tomadas en circunstancias posiblemente diferentes, un hecho que evidentemente puede ser una fuente de dificultades. en adaptación y de nuevos fenómenos incidentes en el mismo. El ejemplo es demasiado simplificado y, por lo demás, poco realista. Pero basta con mostrar que el proceso económico es un sistema de periodicidades y rezagos y, solo en virtud de esto, alberga un mundo de problemas que simplemente no existen para la economía ricardiana o cualquier otra economía del mismo tipo. El análisis que tiene en cuenta este hecho y trata de abordar estos problemas se denomina análisis dinámico. Tendremos que ocuparnos de él más adelante (Parte IV, cap. 7 y Parte V). Ahora romperemos un argumento que, por el momento, no tiene otro propósito que definir el rasgo distintivo del análisis de Sismondi.

Nadie puede haber ignorado jamás los hechos que acabamos de ver. Se podría compilar una larga lista de análisis, desde la época mercantilista en adelante, que contengan, de manera asistemática y rudimentaria, algunos elementos dinámicos. Incluso Ricardo estaría representado en esta lista. Pero el gran mérito de Sismondi es que utilizó, de manera sistemática y explícita, un esquema de períodos, es decir, que fue el primero en practicar el método particular de dinámica que se llama análisis de períodos. Además, vio claramente la diferencia que esto hace y, en particular, las perturbaciones, discrepancias y obstáculos que resultan del hecho de que la vida económica está ligada a secuencias en las que cada unidad está determinada por el pasado y, a su vez, determina el futuro. Al mismo tiempo, este gran mérito analítico es el único. Manejaba su propia herramienta —como otras ideas suyas— con tanta torpeza como seriamente para dañar su utilidad. Y todos los demás argumentos que adujo contra el sistema ricardiano, y para las proposiciones que trató de poner en su lugar, eran técnicamente tan defectuosos como para facilitar a los ricardianos deshacerse de ellos e incluso tomarlo no muy en serio. . Así, tenemos ante nosotros, una vez más, una de esas situaciones en las que un hombre fue derrotado con *razón* y, en otro nivel del discurso, sin embargo, tenía razón. El juicio ricardiano sobre él prevaleció también entre los no ricardianos de la segunda mitad del siglo XIX. Y el aplauso de quienes apreciaron sus fervientes simpatías sociales o el mero hecho de que encontrara obstáculos en el proceso capitalista no fue, en lo que concierne a la economía científica, una compensación por esto; para el teórico competente, este aplauso fue más bien en la naturaleza de una verificación de su propia opinión adversa. [710]

En la cátedra del Collège de France, [711] Say fue sucedido por el italiano Rossi, Rossi por Chevalier, [712] cuyo mandato se extendió hasta 1879, y Chevalier, a su vez, por su yerno, Paul Leroy-Beaulieu, cuya carrera cubre prácticamente la totalidad del período siguiente. Esta sucesión académica debe notarse porque también fue una sucesión en espíritu y doctrina. En las alturas, el verdadero

sucesor de Say fue de hecho el gran Walras. Pero en un nivel menos exaltado y en cuanto a economía `` aplicada ", actitudes en política económica, ordenamiento sistemático y también en los rangos más bajos de la teoría económica, estos hombres (Rossi menos que los otros dos) pueden considerarse seguidores de Say y como núcleo de una escuela que, si la fechamos en 1803, año de la publicación del *Traité* de Say , se jacta de una historia de alrededor de un siglo. Lo consideraremos en la siguiente parte. Por el momento, además de señalar ese hecho interesante en sí, nos limitamos a los siguientes comentarios. Primero, en lo que respecta a la economía no socialista, este grupo no se enfrentaría a una oposición significativa hasta el siguiente período. Durante el período en discusión y un poco más allá, gobernó supremamente, controlando en particular las revistas e instituciones profesionales, y también la Société d'Économie Politique que fue fundada, como el *Journal des économistes* , en 1842. En segundo lugar, la escuela y todo sus miembros eran —en parte, como se ha mencionado antes, debido a la presencia hasta 1848 de una fuerte amenaza socialista para la sociedad burguesa— fuertemente liberales en el sentido del laissez-faire y *antietatistas* . [713] Esto, naturalmente, explica la hostilidad de los críticos modernos que también reflexiona sobre el propio Say, pero debería ser innecesario señalar que sus juicios despectivos no son históricos. En tercer lugar, la escuela tenía muchos miembros de carácter admirable, fuerte inteligencia y gran experiencia en asuntos prácticos. Pero, en cuarto lugar, debido en parte al giro práctico de sus mentes y a su concentración demasiado exclusiva en la política económica, carecían de interés en cuestiones puramente científicas y, en consecuencia, eran casi completamente estériles en lo que respecta a los logros analíticos. Su misma existencia como grupo le parecerá al radical moderno como un obstáculo para el "progreso". Desde un punto de vista muy diferente y en un sentido diferente, también nos lo parece.

Pero deben mencionarse algunos nombres más a modo de ilustración adicional. En primer lugar, mencionaré a dos que se destacan del resto e ilustran las virtudes de la escuela en su mejor momento, aunque también ilustran sus debilidades, Dunoyer (1786-1863) y Courcelle-Seneuil. [714] Seguidamente notamos a JA Blanqui y Joseph Garnier, trabajadores meritorios [715] que tuvieron éxito tanto en su día como después: ambos, pero especialmente Garnier, siguieron siendo cotizados. En tercer lugar, también se ha citado a Destutt de Tracy con demasiada frecuencia, aunque principalmente en la literatura de su época, como para pasarlo por alto por completo. [716] Se mencionarán algunos otros a medida que surjan las ocasiones. Pero no se presentará ninguna ocasión para mencionar a Canard y Bastiat. Así que sus nombres también pueden estar aquí.

La actuación de Canard (NF Canard, *Principes d'économie politique* , 1801, un curioso resurgimiento de las *Trois rentes* de Cantillon) se incluye a veces entre las primeras contribuciones a la economía matemática (sobre la base de algunas fórmulas algebraicas que no significan nada), pero de otra manera participaría de bendiciones del merecido olvido, si no le hubiera sucedido una desgracia. Este infortunio consistió en ser 'coronado' por la misma Academia francesa que luego no logró extender ningún reconocimiento a Cournot y Walras. Y aquellos olímpicos que sintieron su negligencia con más amargura debido al honor hecho a Canard lo visitaron con un desdén mordaz que le otorgó una inmortalidad nada envidiable: en la historia de los cuerpos científicos, Canard está siempre seguro de un lugar. Sin embargo, el libro está lejos de ser el peor que jamás se haya escrito. Tuvo cierta influencia en Sismondi.

El caso de Frédéric Bastiat (1801-1850) ha recibido una prominencia indebida por parte de críticos implacables. Pero es simplemente el caso del bañista que disfruta en los bajíos y luego va más

allá de su profundidad y se ahoga. Fuerte libre comerciante y entusiasta del laissez-faire, saltó a la fama con un artículo brillantemente escrito, 'De l'influence des tarifs français et anglais sur l'avenir des deux peuples' (*Journal des économistes* , 1844), que sirvió para el molino del pequeño grupo de libre comerciantes de París que luego intentaron igualar la agitación de Cobden en Inglaterra. *Siguió* una serie de *Sophismes économiques* , cuyo grato ingenio (petición de los fabricantes de velas e industrias asociadas para que se protejan contra la competencia desleal del sol y ese tipo de cosas) que jugó alegremente en la superficie del argumento del libre comercio desde entonces ha sido el deleite de muchos. Bastiat dirigió la asociación francesa de libre comercio, desplegando una actividad prodigiosa, y luego dirigió su artillería ligera contra sus compatriotas socialistas. Hasta ahora todo bien, o en todo caso, no nos concierne. Admirado por simpatizantes, vilipendiado por opositores, su nombre podría haber pasado a la posteridad como el periodista económico más brillante que jamás haya existido. Pero en los dos últimos años de su vida (su frenética carrera sólo abarca los años 1844-1850) se embarcó en un trabajo de otro tipo, cuyo primer volumen, las *Armonías económicas* , se publicó en 1850. El lector comprenderá que la confianza de Bastiat en el laissez faire incondicional (su famoso 'optimismo') - o cualquier otro aspecto de su filosofía social - no tiene nada que ver con la valoración adversa que me parece imponerse, aunque motivó la mayor parte de las críticas que recibió . Personalmente, incluso creo que el énfasis exclusivo de Bastiat en la armonía de los intereses de clase es, en todo caso, bastante menos tonto que el énfasis exclusivo en el antagonismo de los intereses de clase. Tampoco debe afirmarse que no haya buenas ideas en el libro. Sin embargo, su deficiencia en el poder de razonamiento o, en todo caso, en el poder para manejar el aparato analítico de la economía, lo pone fuera de la cancha aquí, no sostengo que Bastiat fuera un mal teórico. Sostengo que no era un teórico. Este hecho estaba destinado a contar lo que era esencialmente una empresa en teoría, pero no afecta ningún otro mérito suyo. No he dicho nada sobre el cargo de plagio de Carey que fue promovido por el propio Carey, y luego por Ferrara y Dühring. Dado que en ningún caso veo mérito científico en las *Armonías* , esta pregunta no tiene importancia para este libro. Pero los lectores que se interesan en él pueden consultar el tratamiento equilibrado y erudito del profesor E. Teilhac en *Pioneers of American Economic Thought* (traducción al inglés del profesor EAJ Johnson, 1936). Su argumento establece, con considerable éxito, que mucho de lo que a primera vista parece un plagio sin remedio se explica por las fuentes francesas que Bastiat y Carey tenían en común. Las *Œuvres complètes de* Bastiat con una biografía se publicaron en una segunda edición (1862-184).

Por lo demás, debemos contentarnos con notar lo que creo que es uno de los mejores libros de texto de economía 'clásica', Cherbuliez ' *Précis* . [717]

5. Alemania

En la sección alemana de nuestro cuadro, vemos en primer lugar la vieja tradición "cameralista" —la tradición de los Administradores Consultores alemanes— en un proceso de transformación parcial bajo la influencia de A. Smith. Aunque se tradujo por primera vez inmediatamente después de su publicación (1776-178), La *riqueza de las naciones* tardó en hacerse efectiva. Al principio, la profesión de la *Staatswissenschaft* no le gustó mucho y, como se ha mencionado antes, algunos se inclinaron a anteponer los *Principios* de Steuart . Pero experimentaron un cambio de opinión muy profundo alrededor de 1800, cuando primero unos pocos y en poco tiempo la mayoría se volvieron entusiastas de Smith. De hecho, esto fue más natural para ellos que la resistencia

inicial porque, como también se ha mencionado, sus propias ideas se habían movido en líneas similares durante muchos años antes.

Las obras de Hufeland, von Jakob, Kraus y von Soden bastan para ejemplificar este cameralismo smithiano: Gottlieb Hufeland (1760-1817), *Neue Grundlegung der Staatswirthschaftskunst* . . . (1807-13; el segundo volumen, sobre el dinero, es bastante interesante); LH von Jakob (1759–1827), *Grundsätze der National-ökonomie* (1805, ampliado y mejorado más adelante); CJ Kraus (1753–1807), *Staatswirthschaft* (1808–11); Conde FJH von Soden (1754–1831), *Die Nationalökonomie* (1805–24). Jakob y Kraus también fueron filósofos (kantianos). Los cuatro eran smithianos en el sentido de que casi todo su pensamiento y trabajo en economía alimentaba y giraba hacia la *riqueza de las naciones* . Kraus, un maestro influyente, que inculcó su opinión en muchos futuros servidores públicos, [718] la abrazó con entusiasmo acrítico: habló de él como el único `` sistema verdadero, grande, noble y benéfico '' y fue uno de los que lo compararon con el *Nuevo Testamento* en importancia. Hufeland y Jakob, aunque suficientemente smithianos, no llegaron tan lejos; von Soden era aún más independiente. Sus críticas a A. Smith no fueron bien recibidas, pero ocasionalmente siguió sus propias líneas. En particular, esbozó la idea, posteriormente desarrollada por List, de que el verdadero objetivo del comercio exterior o de cualquier otra política no era tanto la ganancia inmediata en bienestar sino el desarrollo de los recursos productivos de la nación, un punto de vista 'mercantilista'. , lo cual es importante no solo para la recomendación sino también para el análisis. Los cuatro eran hombres de alguna eminencia y estoy dispuesto a defender mi elección. Pero el lector debe comprender que varios otros nombres podrían haber servido igualmente bien.

Deberían añadirse dos hombres que no suelen figurar como economistas alemanes. El primero, el conde GF Buquoy Longueval (1781-1851) era un hombre muy interesante: un gran noble austríaco, muy rico, muy radical (de anciano participó en la revolución de 1848), un talentoso diletante en muchos campos, más que un diletante en al menos dos (mecánica teórica y economía). Escribió, entre otras cosas más antiguas, una *Theorie der Nationalwirthschaft* . . . (1815; suplementos 1816-19) y un tratado sobre dinero y política monetaria. . . *Ein auf echten Nationalcredit fundiertes Geld* . . . (1819), ambos de Smithian en sus bases, pero contienen varias sugerencias interesantes y originales, la de un papel moneda administrado, entre otras. El hombre y las escrituras se olvidan injustamente, eso creo.

El otro hombre que se agregó tuvo mejores resultados y, habiendo sido discutido en su día en Inglaterra y Francia, ha mantenido un lugar en la historia de nuestro tema: HF von Storch (1766-1835), quien, aunque alemán de raza y entrenamiento , suele ser tratado como ruso debido a su carrera en el servicio ruso. Sus estudios históricos y estadísticos sobre Rusia deben mencionarse en primer lugar (especialmente: *Historisch-statistisches Gemälde* [imagen] *des Russischen Reiches am Ende des achtzehnten Jahrhunderts* , 1797–1803). He "saltado" los 9 volúmenes, pero no soy competente para juzgar hasta qué punto Storch logró agotar las posibilidades que ofrecían sus materiales. Por lo que respecta a su trabajo sistemático (*Cours d'économie politique* . . . 1815) y su riesgo en el análisis de los ingresos (*Considérations sur la naturaleza de los Ingresos nacional* , 1824) cabe señalar que la inclinación de hecho de los primeros y los lugares comunes éticos contenidos en él no justifica el hábito de los historiadores de la doctrina de colocarlo —como miembro o como precursor— en la escuela histórico-ética posterior. No era más `` factual '' que A. Smith, y separarlo metodológicamente de sus contemporáneos ingleses solo sirve para difuminar las líneas de contorno: el trabajo factual de

Senior está en los informes de las comisiones reales en lugar de en su Economía Política, pero esto no es motivo para hablando de diferencias metodológicas irreconciliables entre los dos. Si Storch dudaba de la posibilidad de formular leyes universales sobre los fenómenos económicos, lo hizo en un sentido que Senior y JS Mill habrían aprobado de todo corazón, es decir, en el sentido de que los fenómenos económicos concretos, como históricamente dados, no obedecen a simples y reglas universalmente válidas. Por lo demás, su análisis puede describirse mejor con el término "smithianismo crítico": sus bases y aparato conceptual son sustancialmente smithianos, pero Storch no estaba de acuerdo con Smith y Say en varios puntos importantes. Particularmente en lo que respecta al análisis de ingresos. Storch tiene cierto derecho a figurar, junto con Lauderdale, Malthus y Sismondi, como un precursor del keynesianismo y de tendencias similares que se afirmaron, de forma intermitente, más adelante. Sin embargo, si entiendo su argumento en las *Considérations* , no hay mucho en él: como todos los autores en esa línea, descuidó, por mucho que otras personas enfatizan demasiado, los mecanismos de equilibrio en el proceso capitalista. Pero volveremos a esto. Por el momento, quiero asegurarme de que el lector no se olvide de este hombre: aunque no ocupa un lugar destacado como teórico, es una figura significativa.

El smithianismo, cada vez más leudado con un poco (a menudo mal entendido) de Ricardo y liberado de algunas de las cosas más antiguas sobre la política administrativa del siglo XVIII: esta es la fórmula que caracteriza el curso común de la economía alemana hasta e incluso un poco más allá del final del período. bajo encuesta. Este material tomó la forma de un libro de texto que resultó satisfactorio durante décadas en la obra de Rau. 719 Pero de este nivel y muy por encima de él se elevaron las actuaciones de dos hombres de notable talento y fuerza, Hermann y Mangoldt. En deferencia a un curioso hábito de los historiadores de la economía alemanes, añado Bernhardi.

Teniendo en cuenta que Thünen y Marx siguieron caminos propios que no estaban a la vista de esa carrera común, podríamos sentirnos inclinados a descartar la reputación de FBW von Hermann (1795-1868) sobre la base de que se destaca por la falta de competencia. Hay algo en esto. Sin embargo, su *Staatswirthschaftliche Untersuchungen* (1832; edición ampliada 1870; reimpresión 1924), aunque no ha hecho historia científica, merece en gran medida los numerosos cumplidos que le ha hecho, incluso A. Marshall. El buen sentido de Hermann le ahorró todas las energías que otros gastaron en sus dudas sobre los "métodos abstractos" y ese tipo de cosas, y su mente aguda y equilibrada jugó sin obstáculos sobre los fundamentos de la teoría económica. Su método era tan simple como meritorio, considerando la fecha de su libro: partió de 'oferta y demanda' y procedió a investigar los factores detrás de él. Su cuidada conceptualización hizo el resto y el éxito fue considerable: no se suele dar cuenta de que su trabajo significaba un gran paso más allá de Ricardo. Esto basta para caracterizar sus méritos como teórico de manera general. Pero no le hace justicia a su trabajo fáctico (estadístico y de otro tipo), y no le hace justicia al hombre, que como político, funcionario y profesor ha dejado su huella en los años de formación de Alemania.

Hans von Mangoldt (1824-1868) es mucho menos conocido. Sin embargo, este funcionario y profesor (en Gotinga y Friburgo) fue una de las figuras más significativas del siglo en nuestro campo. Aparte de su trabajo histórico sobre la industria de Sajonia, hay dos contribuciones importantes que debemos notar: su *Die Lehre vom Unternehmergewinn* (1855; sustancialmente una teoría de la renta de la capacidad de la ganancia empresarial) y su *Grundriss der Volkswirtschaftslehre* (1863; la 2ª ed., publicada póstumamente en 1871, omite el elemento más original en ella, a saber, el aparato

geométrico que Mangoldt ideó para la teoría de los valores internacionales; pero Edgeworth lo sacó a la luz nuevamente).

Theodor von Bernhardi (1802-1887) debe su reputación a la historia de la economía alemana de Roscher. He dicho que el hábito de enumerar su nombre indefinidamente es curioso porque realmente no hay ninguna razón para que pueda ser examinada. Será mejor que dé el título de la obra en cuestión traducida: *Ensayo crítico sobre los argumentos que se aducen a favor de las grandes y pequeñas propiedades en la tierra* (1849). Bernhardi, un laico extremadamente inteligente de amplia cultura y experiencia, discutió esos argumentos sin duda con mucha sensatez. Pero no fue esto lo que despertó el entusiasmo de Roscher. Bernhardi colocó su tema en un marco amplio y engañoso de consideraciones generales sobre los antecedentes sociales y económicos de los que surgieron las doctrinas 'clásicas' inglesas, mostrando su relatividad histórica y sociológica y su validez limitada, con bastante éxito, por supuesto, pero también mostrando incapacidad. para darse cuenta de la diferencia entre puntos de vista o recomendaciones sobre cuestiones prácticas y teoremas.

Dado que Thünen y Marx (si es que este último debería llamarse economista alemán) aparecen en otros lugares, por lo demás, nos quedamos con List y Rodbertus, por un lado; es un poco desconcertante observar que Thünen, Marx , List y Rodbertus eran todos economistas no profesionales, y con Roscher, Hildebrand y Knies, los miembros de lo que se ha denominado la Escuela Histórica Más Antigua, por otro lado.

Friedrich List (1789-1846) ocupa un lugar destacado tanto en la opinión como en el afecto de sus compatriotas. Esto se debe a su exitoso campeonato de la unión aduanera de los estados alemanes (*Zollverein*), el embrión de la unidad nacional alemana. Lo que esta asociación significa para los alemanes no puede ser entendido por los miembros de esas afortunadas naciones para las que el derecho a la existencia nacional y las ambiciones nacionales es algo natural. Significa que List, como todos aquellos cuyos nombres están asociados con esa larga y dolorosa lucha, es un héroe nacional. Lejos de mí criticar esta actitud o retener la admiración de List en cualquier otro aspecto, excepto en el que, lamentablemente, es el único que cuenta en este libro. Sin embargo, incluso como economista científico, List tenía uno de los elementos de grandeza, a saber, la gran visión de una situación nacional, que, aunque no es en sí misma un logro científico, es un requisito previo para cierto tipo de logro científico: ese tipo de lo cual, en nuestros días, Keynes es un ejemplo sobresaliente. List tampoco carecía de los requisitos específicamente científicos que deben surgir para implementar la visión para que dé frutos científicos: su aparato analítico era de hecho idealmente adecuado para su propósito práctico. Pero las piezas individuales de este aparato analítico no eran particularmente nuevas.

List vio una nación que luchaba con las cadenas impuestas por un pasado inmediato miserable, pero también vio todas sus potencialidades económicas. El futuro nacional, por tanto, era el verdadero objeto de su pensamiento, el presente no era más que un estado de transición. Se dio cuenta de que, en un estado esencialmente transitorio de este tipo, las políticas pierden su significado cuando se orientan a la tarea de administrar un conjunto de condiciones existentes que se visualiza como sustancialmente permanente. Esto lo expresó con su doctrina de las "etapas", un dispositivo feliz en lo que se refiere a su propósito educativo, pero en sí mismo no es más que una vieja idea del siglo XVIII. Además, se dio cuenta (como Soden) de que el énfasis en el futuro nacional modifica las consideraciones de bienestar *ex visu* del presente. Esto lo expresó con su doctrina de las `` fuerzas productivas '' (*Produktionskräfte*) que en su sistema ocupan un lugar de honor en comparación con los bienes de consumo que pueden

estar disponibles en un nivel dado de las fuerzas productivas, lo cual no es infeliz, esto, como un dispositivo educativo, pero no mucho más que una etiqueta para un problema no resuelto. Finalmente, en lo que respecta a su contribución más conocida a la educación de la opinión pública alemana sobre política económica, el argumento de la industria naciente, esto es claramente hamiltoniano y parte de la sabiduría económica que List absorbió durante su estancia en Estados Unidos. List se había americanizado tanto que en realidad defendía la financiación de la construcción de ferrocarriles mediante la emisión de billetes, para cuya práctica sólo existían —y difícilmente del todo— precedentes estadounidenses. Cabe señalar, de pasada, que el argumento de List sobre cuestiones de protección se incorpora al argumento del libre comercio: si esto no es obvio, podemos convencernos de ello notando el hecho de que JS Mill aceptó la teoría de la industria naciente, evidentemente dándose cuenta de que corría dentro de la lógica del libre comercio. 720

Esto, creo, hace justicia a, y al mismo tiempo reduce a sus proporciones adecuadas, los dones analíticos y el desempeño de List. Aquellos que insisten en convertir a su héroe en poseedor de méritos de todos los tipos imaginables, han puesto su pensamiento en relaciones espúreas de esas que crean una historia espuria. Fue heredero del pensamiento del siglo XVIII. Fue una rama del romanticismo. Fue un precursor de la escuela histórica de economía. No hay más en todo esto que todo el mundo es heredero de todo lo que le precedió y un precursor de todo lo que vendrá después de él. Fue un gran patriota, un periodista brillante con un propósito definido y un economista capaz que coordinó bien todo lo que parecía útil para implementar su visión. ¿No es esto suficiente? De todos sus escritos, *Outlines of American Political Economy* (1827) es el más interesante para nosotros porque muestra su sistema en su etapa más temprana de desarrollo. Su obra madura que surgió de esto, *Das nationale System der politischen Ökonomie* (1841; *traducción* inglesa 1885), sigue siendo un clásico en el sentido elogista de la palabra, a pesar de todos los comentarios anteriores. Una nueva y completa edición de sus obras (*Schriften, Reden, Briefe*) ha sido publicada (1927–32) por la Sociedad Alemana de Lista (List-Gesellschaft), que también publica *List-Studien* .

El nombre de Johann Karl Rodbertus (1805-1875) también debe algo a las circunstancias: por un lado, no se enfrentó ni a la competencia ni a las críticas que habría recibido en Inglaterra; por otro lado, aunque despreciaba la lucha de clases y la revolución y era fundamentalmente un monárquico conservador, también era un devoto de cierto tipo de socialismo de Estado que era aceptable para un gran sector del público. Por lo demás, sus filosofías sociales y políticas, incluido el derecho natural de los trabajadores manuales a todo el producto de la industria (sobre la base tradicional de que todas las mercancías son productos o solo cuestan trabajo manual), no nos conciernen. . Pero hay que mencionar ciertas recomendaciones porque arrojan luz sobre el análisis del que parten. La proposición de que es el patrón institucional solo el que priva al trabajo de parte de `` su '' producto se reflejó en su recomendación de cambiar este patrón institucional mediante acciones estatales como los impuestos (una de las primeras propuestas, en el mundo liberalista de esa época, utilizar los impuestos para fines distintos de los ingresos) y fijar no solo precios y salarios, sino también rentas de la propiedad. Su teoría de la renta de la tierra se reflejó, pero no es esencial, en una propuesta extremadamente sensata que ha tenido algún efecto práctico en Alemania, a saber, la propuesta de sustituir la hipoteca que encarna un reclamo de capital por una hipoteca que encarna solo el derecho un pago anual. Su teoría de la pobreza y de los ciclos quedó reflejada en la propuesta, que suena tan moderna, de eliminar ambos mediante una redistribución de los ingresos.

El esquema analítico de Rodbertus puede describirse de la manera más breve y al mismo tiempo más reveladora de esta manera. Fundamentalmente, y en el mismo sentido que Marx, era ricardiano. Su esfuerzo analítico fue un esfuerzo por desarrollar la doctrina ricardiana en una cierta dirección y, en esencia, fue paralelo, aunque diferente, al esfuerzo de Marx. Según las fechas de publicación, Marx podría haberse inspirado en Rodbertus, particularmente en lo que respecta a la concepción unitaria de todos los ingresos no salariales —la plusvalía de Marx y la "renta" de Rodbertus — que es una característica de ambos esquemas. En general, sin embargo, el ejemplo de Rodbertus, en el mejor de los casos, pudo haber enseñado a Marx cómo no realizar su tarea y cómo evitar los errores más graves. Por tanto, y también porque me parece que los desarrollos teóricos de Marx se derivan naturalmente de las formulaciones de Ricardo, dada la dirección en la que iban a apuntar esos desarrollos, no creo que haya ninguna razón convincente para cuestionar el repudio de Engels a la idea de que Marx había 'tomado prestado' de Rodbertus.

Llamar ricardiano a Rodbertus es, por supuesto, limitar el alcance de su originalidad. Además, está la prioridad de W. Thompson, tal cual es, para cualquier tipo de teoría de la explotación, y de Owen para las notas laborales (moneda) de Rodbertus. 721 Pero ninguna de las dos cosas es mucho. Para su propia conveniencia, el lector debe tener en cuenta los siguientes tres puntos que menciono aquí por anticipación como específicamente característicos del calibre de la teorización de Rodbertus (todos los cuales han encontrado admiradores, sin embargo): (I) su teoría completamente insostenible de alquilar; 722 (II) su teoría objetiva y teóricamente igualmente indefendible de que la participación relativa del trabajo en el dividendo nacional tiende a caer en el curso del desarrollo capitalista; y (III) su teoría del subconsumo de las crisis, que se basa en la proposición de que la sobreproducción debe resultar periódicamente de la incapacidad del trabajo para recomprar una cantidad suficiente de su producto debido a (II), un tipo de teoría del subconsumo que debería ser, pero desafortunadamente es no, bajo discusión. Sismondi, que tiene algunos pasajes que parecen apuntar en la misma dirección, lo hizo mucho mejor que eso. Las obras más importantes de Rodbertus son: *Zur Erkenntniss unsrer staatswirthschaftlichen Zustände* (1842); *Sociale Briefe an von Kirchmann* (1850-1851; traducción al inglés como *Overproduction and Crises* , 1898; 2ª ed., 1908); *Zur Erklärung und Abhülfe der heutigen Creditnoth des Grundbesitzes* (1868-189). Otros escritos que nos interesan, incluidas cartas que contienen alguna aclaración importante, han sido publicados póstumamente de vez en cuando. Existe una considerable literatura de Rodbertus, principalmente alemana. Menciono sólo *Karl Rodbertus* (1886-188) de H. Dietzel , que compensa con competencia analítica lo que, por su fecha, le falta en información. Fue el campeonato de A. Wagner lo que llevó a Rodbertus a un primer plano en las dos últimas décadas del siglo XIX.

A medida que avanzamos, se ofrecerán razones para creer que es de interés para una imagen realista de los desarrollos en nuestro campo limitar el concepto de Escuela Histórica de Economía a la época y al grupo de Gustav von Schmoller (ver más abajo, Parte IV, capítulo 4). Esto implica que no es una buena práctica hablar de una escuela histórica más antigua, un término que se ha introducido, principalmente para su uso en la polémica contra el 'historismo' de Schmoller, para denotar un grupo de escritores que, aunque aprecian la importancia de la investigación histórica , no mostró hostilidad hacia la "teoría". Sostengo que tal posición no constituye una característica distintiva y que los economistas que generalmente se mencionan a este respecto no forman, en ningún sentido útil, un grupo, y mucho menos una escuela. Pero debemos notar a estos economistas mismos: Hildebrand, Knies y Roscher. El

primero, [723] un hombre de actividad inquieta y considerable influencia, se acerca más a haber sido un economista histórico en la posterior y genuina aceptación del término. Knies, una de las figuras más significativas de la economía alemana, será mencionado en nuestro estudio del próximo período, al que pertenece su obra principal. Este trabajo fue en el campo de la teoría económica, sin embargo, y su único título para un lugar en la escuela histórica más antigua se basa en una *professio fidei* metodológica , que es muy interesante como tal pero, considerando su propia práctica, no significa mucho. Pertenece al período en discusión y se verá más adelante (cap. 5, sec. 2b). Roscher, [724] que enseñó en la Universidad de Leipzig durante cuarenta y seis años, añadió a la influencia que esto implica la influencia de muchas obras que nunca cayeron por debajo de un nivel muy respetable: la erudición honesta y el sentido común sólido están escritos en todas ellas, y la comprensión comprensiva que su mente gentil y altamente cultivada se extendió a todo tipo de esfuerzo científico ayudó a hacerlos quizás más útiles para muchas generaciones de estudiantes de lo que hubieran sido producciones más originales. Marx se burló insípidamente de él. Había aquellos a los que parecía un obstáculo para avanzar. En general, sin embargo, apenas hay otro economista de ese período que gozó de un respeto tan casi universal dentro y fuera de Alemania. Con una intención elogiosa, los escritores a los que les resultó difícil atribuirle resultados originales han tratado de encontrar algo original en su método o enfoque. Así es como llegó a la posición de ser considerado uno de los 'fundadores' de una escuela histórica en general o un líder de la llamada escuela histórica 'más antigua'. Invitó a esto hablando con frecuencia de su método o punto de vista histórico. Pero veremos más adelante que no hay mucho en esto y que debería ser clasificado 'en lo que concierne a su aparato analítico, como un seguidor muy meritorio de los' clásicos 'ingleses, aunque un seguidor que resultó tener una especial fuerza. gusto por la ilustración histórica.

Creo que la discusión anterior bloquea todas las características sobresalientes del paisaje que es necesario tener en cuenta para nuestro propósito. La incompletitud es esencial en una empresa de este tipo y no debería necesitar ninguna excusa. Pero, de todos modos, parece deseable reparar la ausencia de tres nombres que algunos lectores pueden pasar por alto. Ya he mencionado a Lorenz von Stein, en relación con la interpretación económica de la historia, y tal vez debería haberlo incluido en este boceto porque sus obras más importantes se publicaron por primera vez en el período. Sin embargo, lo he transferido al siguiente, ya que su influencia iba a aumentar considerablemente en las décadas de 1870 y 1880. Una razón similar motivó mi transferencia a Albert Schäffle. Pero voy a aprovechar esta oportunidad para comentar brevemente sobre Dühring, que no encaja en ningún otro lugar.

Eugen K. Dühring (1833-1921) tuvo que abandonar la carrera de abogado debido a una falla de la vista seguida rápidamente por una ceguera total, y por lo tanto se embarcó, por un lado, en una carrera académica y, por otro, en un esfuerzo intelectual. que resultó en la conquista de un vasto dominio que se extendía desde las matemáticas, la mecánica y la física teórica en general, hasta la etnología, la economía y la filosofía. Sin embargo, la hazaña verdaderamente admirable, de hecho casi increíble, fue que en varios tramos de ese vasto dominio logró el dominio necesario para el logro original. En particular, publicó una brillante historia de la mecánica (*Kritische Geschichte der allgemeinen Principien der Mechanik* , 1873), que, cuando se le otorgó un premio académico, provocó de los jueces el curioso comentario de que el nivel del trabajo estaba muy por encima de lo que habría sido necesario para ganar el premio; y, lo que es más importante, Ernst Mach lo advirtió con aprecio

(véase el prefacio de la primera edición de *Mechanics* de este último). En la historia de las corrientes de pensamiento antimetafísico y positivista, además, no puede dejar de ocupar un lugar destacado. En otra esfera del pensamiento, esa filosofía de la vida que corresponde al significado más antiguo del término filosofía, desarrolló una actitud o sistema que puede gustarnos o no, pero que es interesante y original (lo llamó «personalismo»). Y está su filosofía social —o sistema de reforma social— que tiene derecho al mismo comentario (lo llamó "societario"; tiene cierta afinidad con la de Rodbertus). Las razones por las que este pensador significativo debió haber encontrado poco, excepto los rechazos, se encuentran principalmente en un temperamento que era al mismo tiempo generoso y agresivo y que, mediante ataques feroces, hizo enemigos de prácticamente todos los individuos y grupos que notó. . Sin embargo, experimentó un avivamiento en la década de 1920. Todo esto tenía que decirse para dejar bastante claro que cualquier actitud irrespetuosa hacia él está completamente fuera de lugar, y también para proteger lo que sigue de malentendidos.

En el campo de la sociología económica, tiene de hecho un desempeño considerable en su haber, a saber, la teoría antimarxista —que es en parte defendible— de que muchas de las relaciones de propiedad de la era capitalista no han resultado de la lógica económica del capitalismo, sino de una secuencia extraeconómica de causalidad política. Pero en ningún otro aspecto, dado que excluimos el pensamiento político y las recomendaciones de política, existe para nosotros una contribución positiva al informe. Era —extraño decirlo, considerando sus logros en mecánica— un mal técnico. No tenía conciencia de las debilidades analíticas de un argumento como que la propiedad capitalista (por razones institucionales) mantiene a la clase trabajadora en un nivel mínimo de existencia y la priva de los frutos de la mejora tecnológica (por lo que el estado debe intervenir para asegurar trabajo de su parte apropiada (de nuevo una afinidad con Rodbertus). Sentía un entusiasmo ilimitado por Carey y entró en paroxismos de rabia por el plagio de Bastiat; pero no mostró comprensión ni de los puntos fuertes ni de los débiles del sistema de Carey. Y como esto es lo que nos importa, no tendremos ocasión de volver a mencionarlo. De las obras de Dühring, las siguientes se encuentran en nuestro campo: *Umwälzung der Volkswirtschaftslehre und Socialwissenschaft de Carey* (1865); *Capital und Arbeit* . . . (1865); *Kritische Grundleg-ung der Volkswirtschaftslehre* (1866); *Kritische Geschichte der Nationalökonomie und des Socialismus* (1871); *Cursus* . . . (1873). Véase E. Laskine, 'Les Doctrines économiques et sociales d'Eugène Dühring,' *Revue d'histoire des doctrines économiques et sociales* (1912) y G. Albrecht, *Eugen Dühring* . . . (1927).

6. Italia

La estructura política y administrativa de cada nación se refleja en la organización de su trabajo científico. Así, como todo lo demás, el trabajo científico estaba muy centralizado en Francia. En Inglaterra, condiciones bastante diferentes produjeron un resultado similar: encontramos en todos los campos, incluida la economía, un grupo relativamente pequeño y muy unido dentro del cual la selección severa operó para reducir a unos pocos los nombres de importancia real. Estas estructuras son fáciles de describir. La economía alemana, al estar mucho más descentralizada, presentó mayores dificultades. La economía italiana estaba aún más descentralizada. Y confieso mi incapacidad para dibujar, en el espacio disponible, ninguna imagen satisfactoria. Todo lo que se puede decir en general sobre la investigación económica, que se realizó durante este período en los distintos centros de la vida nacional, es que no estuvo al mismo nivel con los logros de los primeros tiempos de Beccaria y Verri ni

de los posteriores. tiempos de Pantaleoni y Pareto. Esto se muestra de muchas maneras, particularmente en la fuerza dominante de la influencia extranjera. Las pistas dadas por A. Smith, Malthus, Ricardo y Say, aceptadas o sujetas a críticas adversas, fueron los puntos de partida y el material para un trabajo que a menudo era capaz pero principalmente derivado. De ahí también el interés característico tanto por las obras italianas del pasado (los cincuenta volúmenes de la colección de Custodi de los *Scrittori classici italiani di economia politica* aparecieron 1803-16) [725] como por la traducción de obras extranjeras (la primera y segunda serie de la *Biblioteca dell* Aparece *Economista* , 1850-1868). Esto es tanto más notable porque el examen de los hechos disponibles revela una gran capacidad en el personal de la economía italiana. A modo de ilustración, menciono a dos hombres de conspicua brillantez, Rossi y Scialoja, cuyas carreras también apuntan a la causa -ya lo sabemos y siempre es la misma historia- de la relativa debilidad de las actuaciones científicas de los hombres fuertes. [726] Dos ejemplos de desempeño en economía que se debieron simplemente a la amplitud del rango son Valeriani y Romagnosi. [727]

Un esfuerzo más concentrado produjo un desempeño significativo en los casos de Gioja y Fuoco en la primera y de Messedaglia en la última parte del período. La obra [728] de Gioja puede describirse mejor como un intento de reescribir la *riqueza de las naciones* desde el punto de vista de la Italia unida que él visualizó. Las perlas están escondidas en un montón de basura no rentable, que se redime en parte, sin embargo, por el trabajo estadístico que contiene. Es más fácil hacerle justicia a Fuoco. [729] Fue un teórico destacado que no merece el olvido. En algunas piezas, por ejemplo la del uso del concepto de límites en economía, mostró una considerable originalidad. Su concepción del equilibrio económico en algunos aspectos marcó un progreso más allá de la de Say. Se le menciona con regularidad en las historias italianas, principalmente, sin embargo, en relación con su preocupación por la teoría de la renta, pero parece que no ejerció ninguna influencia. Esto fue diferente con Messedaglia. [730] Lo he elegido para mencionarlo por la posición estratégica que ocupa en la historia de la economía y la estadística italianas. Maffeo Pantaleoni expresó, creo, la opinión de una gran mayoría de la profesión italiana cuando escribió que Messedaglia era uno de los tres hombres —los otros dos eran Cossa y Ferrara— cuya enseñanza formó a 'todos' (?) Economistas italianos de la período posterior en el que la economía italiana volvería a brillar con tanta fuerza. Este sólido logro no se basa en ninguna de sus actuaciones individuales tomadas por sí mismas, aunque la mayoría de ellas son de un alto nivel de erudición, por ejemplo, sus monografías sobre préstamos públicos, población (solo esas dos pertenecen al período), teoría estadística y dinero. Más que por sus contribuciones individuales a sus temas, influyeron como mensajes del espíritu de erudición y como ejemplos de investigación que se niega a servir el día. Agregamos a Nazzani por la misma razón que justifica la inclusión de Cairnes con los economistas ingleses de la época: fue quizás el exponente italiano más eminente de la teoría "clásica" y sus principales contribuciones pertenecen aquí a pesar de sus fechas. [731]

Además de ser lamentablemente incompleto, [732] este bosquejo adolece también de la imposibilidad de dar la debida importancia al trabajo fáctico realizado por los economistas italianos, en particular sobre los problemas agrícolas, incluidos los problemas de propiedad y tenencia, que afectarían considerablemente nuestra impresión. Pero poco se puede hacer al respecto. De los textos, mencionaré, además del de Scialoja, también el de Boccardo y el que más me gusta personalmente, el de Cesare. [733] La figura más conspicua de la economía italiana de ese período y quizás durante veinte años después, Ferrara, la dejé para el final. Fue un gran líder. Formó una escuela propia. Pero el cariño

y la admiración por él ha cristalizado para dar a su figura dimensiones agrandadas.

Francesco Ferrara (1810-1900) fue principalmente un erudito y maestro. Pero también fue un político que jugó su papel en la formación de una Italia unida y en la tarea de organizar el nuevo estado nacional. Menciono esas actividades y también su apasionado interés por los temas de política económica por dos razones. Primero, explican por qué, como Ricardo, nos habla desde un pedestal que no consistió únicamente en logros científicos: los italianos bien pueden venerar al gran economista como uno de los padres fundadores de su estado. En segundo lugar, esas actividades y sus actitudes en la discusión de cuestiones prácticas son muy reveladoras de su carácter: contemplamos a un hombre del más puntilloso honor y conciencia, impermeable a cualquier tentación, en entornos que ofrecían a muchos, un amante decidido de su nación. , intransigente hasta el final; pero también contemplamos un doctrinario de una inflexibilidad casi increíble. Económica y políticamente fue un ultraliberal en el sentido definido en el segundo capítulo de esta Parte. Y la más mínima desviación de este ultraliberalismo le resultaba un anatema. En este sentido, como muchos liberales, era tiránicamente intolerante, una bendición para el oponente que sabe cómo hacer uso de este rasgo. Nunca parece haber intentado comprender ningún punto de vista que no fuera el suyo. *Sozialpolitik* simplemente despertó su ira. Esto es relevante para nosotros porque así como él estaba en política, también estaba en ciencia. Abrigaba una confianza acrítica en los poderes de la teoría económica: de ahí que la escuela histórica, también, simplemente despertara su ira. Evidentemente, ese liderazgo tiene sus peligros. Pero no debemos olvidar sus méritos. La fuerza de la convicción convence. Y difícilmente puede evitar la unilateralidad y la estrechez. Ferrara llevó la bandera de la teoría económica sobre un terreno árido, manteniéndola viva, inculcando interés en ella como solo el ardor puede, estimulando a sus audiencias, preparando el terreno para mejores cosas por venir. Este fue su logro y fue realmente grandioso. Pero sus propias hazañas en el ámbito del análisis teórico fueron, a pesar de todos los cumplidos de escritores posteriores y de todos los esfuerzos por lograr una interpretación favorable, claramente infructuosos. Vio con bastante claridad que los fenómenos y problemas económicos forman un conjunto coherente y que es la teoría del valor la que los unifica. Pero como principio de esta teoría del valor adoptó el costo de reproducción en términos de trabajo, un principio que sólo puede generalizarse mediante los giros lógicos más desesperados y, en cualquier caso, nos dice poco más que el antiguo costo de producción. -El principio de producción lo hace si se establece correctamente. No tendría sentido seleccionar para la crítica ejemplos de razonamientos imposibles. Más bien admiremos al estratega que obtuvo victorias con un equipo tan defectuoso y agreguemos que tanto sus eruditas discusiones sobre autores más antiguos como sus artículos sobre bancos, dinero fiduciario del gobierno y otros temas contienen muchas cosas valiosas. Su obra más importante, el *Esame storico-critico di economisti e dottrine economiche del secolo XVIII e prima metà del XIX* (1889-1890) se ha mencionado anteriormente. Para una valoración mucho más favorable, véase el brillante bosquejo del profesor GH Bousquet, "Un grand économiste Italien, Francesco Ferrara", *Revue d'histoire économique et sociale* , vol. XIV, 1926, y también la introducción y notas a las *Œuvres économiques choisies de* Ferrara (ed. Por GH Bousquet y J. Crisafulli, 1938).

7. Estados Unidos

Durante el período anterior, encontramos que la escasa literatura económica de los Estados Unidos no merecía del todo la baja opinión que la mayoría de los economistas estadounidenses parecen

tener al respecto. Sin embargo, para el período examinado, la opinión que Dunbar expresó en 1876, a saber, que la literatura estadounidense no había contribuido "en nada al desarrollo de la teoría de la economía política" [734], no ha sido invalidada por la información proporcionada por investigaciones más recientes. De hecho, no es cierto si tenemos en cuenta los problemas planteados, las sugerencias formuladas y el trabajo factual realizado, pero es cierto si enfatizamos la palabra teoría. Dado que esta es la opinión que prevalece en la profesión, nuestro relato puede ser breve. Antes de presentarlo, quisiera preguntar por qué debería haber sido así.

Las mentes que no están familiarizadas con la sociología del esfuerzo científico dan por sentado que el análisis sigue al problema práctico o, para decirlo de otra manera, que está inducido por las necesidades de la vida. Pero en este caso hubo muchos problemas prácticos y se discutieron con entusiasmo, a veces con un grado de pasión que era bastante desproporcionado con su importancia. Sin embargo, encontramos apenas rastros de un impulso para desarrollar herramientas analíticas para tratar con ellos. Además, había mucha demanda de enseñanza económica —la cantidad demandada era mucho mayor que la oferta de profesores competentes—, lo que exigía cursos y libros de texto en respuesta. Uno pensaría que dar un curso o escribir un libro de texto induciría a un hombre a pensar al menos un poco por sí mismo, y que sería difícil para un hombre hacerlo sin preguntarse al revisar su material derivado: '¿No podría hacer mejor que esto? Pero evidentemente esto no es así: la demanda de cursos y libros de texto produjo cursos y libros de texto y no mucho más. ¿No muestra esto que hay algo en una de las tesis de este libro, a saber, que la necesidad no es la condición necesaria y suficiente del avance analítico y que la demanda de enseñanza produce enseñanza y no necesariamente logros científicos? Sin embargo, la solución del acertijo parece simple. Lo tenemos tan pronto como observamos que la ausencia de investigación creativa no era exclusiva de la economía estadounidense de ese período. Encontramos el mismo estado de cosas en otros lugares, por ejemplo, en los campos de las matemáticas y la física teórica donde no hay nada que registrar hasta llegar al pico solitario que fue Willard Gibbs, aunque no faltaron los problemas tecnológicos, algunos de los cuales, además, se resolvieron con sorprendente éxito. Esto sugiere una causa común, y no veo cómo podemos evitar encontrarla en las condiciones del país y las aptitudes de sus hombres: la tarea de explotar las posibilidades del medio natural que, dada la estructura social, se presentó. en forma de oportunidades incomparables para las empresas comerciales, que *absorbieron* el talento creativo del país y lo *atrajeron* a talentos de este tipo. Los círculos que cultivaron el intelecto y la erudición eran cuantitativamente sin importancia y estériles en la iniciativa científica. Esto, creo, concuerda con lo que Dunbar quiso transmitir, aunque se expresó de una manera que invita a la objeción. [735]

Pero he enfatizado la palabra teoría, y lo que quise decir con ella fue aparato analítico. No se necesita tal énfasis en los casos de ninguno de los libros de texto que conozco, porque eran un lugar común, y peor, en todos y cada uno de los aspectos. La enseñanza se alimentó principalmente de McCulloch y Say, y donde se usaron textos de cosecha propia, fue McCulloch y Say nuevamente, excepto por algunas contribuciones de la escuela Carey. [736] Pero en lo que respecta a la figura más significativa de la economía estadounidense de ese período, Carey, [737] ese énfasis restrictivo en la teoría es muy necesario. Porque le faltaba creatividad solo en ese sentido. Y su caso señala una moraleja interesante sobre lo que la deficiencia técnica puede afectar a la reputación de un hombre a largo plazo: [738] El nombre de Carey sin duda ha sufrido mucho más por la animosidad política que por esa deficiencia; pero nadie podría haberlo tratado con desprecio si hubiera expuesto su caso con tolerable

competencia.

La idea de Carey de la unidad fundamental de toda ciencia —una especie de comtismo generalizado— no era la idea de un hombre cuya vida intelectual está encerrada por muros arancelarios. El hombre que propuso una vez más la igualdad fundamental de la ley científica en todos los departamentos del conocimiento estaba sin duda equivocado; pero había un elemento de grandeza en sus errores. Y el hombre que podía concebir a Estados Unidos como un mundo en sí mismo, con todo lo que esto implica económica, moral y culturalmente, tenía sin duda el don de la gran visión en el mismo sentido que tenía List. A la luz de esta visión, su proteccionismo y su 'armonía' de los intereses agrícolas, industriales y comerciales, su concepción de una economía 'equilibrada', adquieren un nuevo significado que es completamente ignorado por todos aquellos que no vieron nada en él. sino un portavoz de la clase ejecutiva. No es necesario que nos guste ese proteccionismo y no es necesario que nos guste toda la visión de Carey. En particular, podemos sentir que Estados Unidos sería un lugar más feliz y habría alcanzado un nivel cultural más alto a estas alturas si una mayor parte de las energías del país se hubiera dedicado a actividades distintas a las comerciales y si, en consecuencia, su desarrollo industrial hubiera ha sido más lento. Esto, sin embargo, es una cuestión de evaluación personal y no nos exime de reconocer que la visión de Carey fue una gran visión y que, en la mayoría de los aspectos, esta visión expresaba adecuadamente tanto la situación como el espíritu del país. Además, no podemos excusarnos de reconocer que esta visión *fue independiente de su deplorable implementación analítica y capaz de ser implementada de manera más satisfactoria* . Esto, sin embargo, es precisamente lo que los críticos de Carey se negaron a reconocer. La mayoría de ellos eran economistas más o menos capacitados. No tuvieron dificultad en demostrar que la teoría de Carey no era buena en absoluto. Y, sobre la base de esto, condenaron su mensaje sin dejar claro —y presumiblemente sin ser conscientes del hecho— que lo esencial de este mensaje estaba más allá del alcance del análisis teórico.

Una comparación de Carey con los libre comerciantes ingleses, por una parte, y con List, por otra, lo aclarará aún más. Los libre comerciantes ingleses y List también argumentaron desde una visión social y política integral que podemos aceptar o no; ambos, además, argumentaron desde sus respectivos puntos de vista nacionales; ambos, finalmente, defendieron políticas que se adaptaban mejor a los intereses de algunos grupos que a otros. En todos estos aspectos no hay diferencia alguna entre los casos de Carey y los de los libre comerciantes ingleses o List excepto, por supuesto, en lo que respecta a nuestras propias preferencias. Pero los librecambistas ingleses implementaron sus visiones y sus políticas de manera analítica y con éxito: el teorema de los costos comparativos fue una contribución importante a nuestro aparato analítico. *Ésta* es la razón por la que pueden reclamar un lugar en la historia del análisis científico, no por la defensa del libre comercio per se. List no hizo ninguna contribución original al aparato analítico de la economía. Pero usó piezas del aparato analítico existente de manera juiciosa y correcta. Y esto también significa mérito *científico* . El caso de Carey se diferencia de ambos en que hizo contribuciones negativas al análisis. Y mi punto es que esto era completamente innecesario, ya sea para la implementación analítica de la forma en que veía la realidad y los problemas estadounidenses o para la formulación de sus políticas, incluida la protección, la economía equilibrada y todo. Si careciera de los dones del analista creativo, podría haber utilizado las herramientas analíticas existentes como lo hizo List y, al asumir su posición sobre los datos de Estados Unidos, podría haber argumentado que las opiniones inglesas sobre muchos problemas económicos no se aplicaban a las condiciones estadounidenses y tenía que hacerlo. modificarse introduciendo otros

supuestos fácticos. Si lo hubiera hecho con un mínimo de competencia, sus detractores aún habrían retenido todas las municiones en el arsenal de la política, pero él habría estado bien en el frente científico.

Sin embargo, no pudo distinguir el elemento teórico del fáctico en la enseñanza del libre comercio en inglés y tampoco distinguió del elemento de la voluntad política. Solo vio las recomendaciones prácticas y pensó ingenuamente que se seguían de premisas teóricas que, por lo tanto, le correspondía demoler, de raíz y rama. [739] En lugar de decir simplemente que la "presión de la población" era, para el futuro calculable, evidentemente sin importancia en los Estados Unidos, emprendió un intento infeliz de refutar la teoría malthusiana. En lugar de decir simplemente que las implicaciones prácticas (sociales y políticas) más importantes de la teoría 'ricardiana' de la renta no se aplicaban en un nuevo país, argumentó de manera inepta (en los *Principios de las Ciencias Sociales* , 1858-1858, no antes) que esta teoría era totalmente inválida porque el cultivo no procedía típicamente de suelos más ricos a más pobres, sino de más pobres a más ricos. [740] En lugar de simplemente enfatizar el hecho de que en condiciones de rápido desarrollo, las curvas de costos crecientes se desplazan incesantemente hacia abajo, de modo que el teorema ricardiano que iguala los precios al costo del productor 'menos favorecido' pierde gran parte de su importancia práctica, discutió la disminución y costos crecientes como si encarnaran proposiciones contradictorias sobre el mismo fenómeno. Y en su vuelo más alto, su teoría del valor, cometió un error tan catastrófico que aplastó su único punto positivo. Esta teoría es una teoría de la cantidad de trabajo que contiene la mejora de que no es la cantidad de trabajo realmente invertida en una mercancía sino la cantidad de trabajo necesaria para reproducirla lo que determina su valor. [741] Observó que esta cantidad cae rápidamente en el curso del progreso tecnológico. Y de esto infirió que la participación relativa del trabajo debe aumentar en el curso del progreso tecnológico, lo que, además de ser realmente falso, no se sigue de la lógica de su argumento. En este caso, está particularmente claro que lo que se esforzó por expresar no era del todo incorrecto: un teórico competente podría haberlo convertido en una contribución valiosa; pero hizo que se leyera completamente mal porque no pudo encontrar la expresión correcta. No es necesario continuar. Pero queda una pregunta interesante. Mucha gente admiró el diagnóstico de Carey sobre la realidad estadounidense y compartió sus puntos de vista sobre la política económica y su entusiasmo. Un premio, en términos de éxito y reputación, esperaba al hombre que hubiera podido eliminar los errores de sus volúmenes y poner su sistema en una forma defendible. Además, este premio no estaba oculto, y había seguidores para quienes hubiera sido lo más natural del mundo recogerlo. ¿Por qué nadie lo intentó? Bueno, la oportunidad es solo una condición necesaria y no suficiente para una gran actuación. No produce por sí mismo al hombre capaz de utilizarlo. Y los cerebros que podrían haber hecho el trabajo estaban produciendo botas.

Sin embargo, aunque nadie asumió la tarea en todas sus amplias dimensiones y aunque nadie la emprendió de manera efectiva, incluso en ninguna de sus partes, varios escritores la intentaron dentro de un marco más estrecho y con una fuerza inadecuada. No todos estos escritores fueron precursores o seguidores de Carey. Tampoco formaron ninguna escuela en nuestro sentido del término. Pero, razonando como lo hicieron sobre los mismos datos y problemas y, en cierta medida, con el mismo espíritu, produjeron publicaciones que tienen cierta afinidad con Carey, así como cierto parecido familiar entre sí. Algunos de ellos describieron su economía como economía política estadounidense, y esta frase se puede aplicar adecuadamente a todos ellos. Todos eran más o menos

proteccionistas. Pero la semejanza familiar se extiende más allá de esta característica a otras que son más relevantes para nosotros, a saber, a las características de su modesto aparato analítico que se derivó en su mayor parte, ya sea por aceptación o crítica, de A. Smith. Sin embargo, no había ningún hombre de primera clase entre ellos, y no aprovecharon casi nada de la gran oportunidad que tenían ante ellos. Tampoco alcanzaron una posición dominante. En consecuencia, no dominan la siguiente lista, que ofrece, creo, una muestra bastante representativa de los economistas estadounidenses de ese período: Raymond, Everett, Tucker, Bowen y Amasa Walker. 742 Si queremos, podemos incluir en las representaciones americanas también el primer libro de List, que era un producto típico del entorno americano, y posiblemente también el gran trabajo de John Rae, que se discutió en la primera sección de este capítulo. Por supuesto, esto excluye los escritos sobre dinero y banca y el trabajo fáctico aún más importante que realizaron los economistas estadounidenses.

8. Trabajo fáctico

En el curso de la revisión anterior, repetidamente hemos tenido ocasión de elogiar el admirable trabajo fáctico realizado por hombres que generalmente se clasifican como 'economistas generales' o incluso como teóricos solamente, pero que no se comprenden completamente a menos que la proporción de su tiempo y energía que fueron a la caza y la presentación de hechos se tienen en cuenta. Echemos un vistazo una vez más a una selección de nombres relevantes, grandes y pequeños: Blanqui, Chalmers, Chevalier, Garnier, Gioja, Malthus, Messedaglia, McCulloch, Mangoldt, James Mill (*Historia de la India*), Roscher, Senior, Storch y Thünen. . Esta lista, que podría ampliarse fácilmente, basta para mostrar que la economía del período examinado, considerada en su conjunto, fue todo menos lo especulativo que a veces se supone y que la opinión, fuente de muchas controversias sin sentido —Que la profesión económica descuidó entonces la investigación fáctica es completamente infundado. La opinión contraria estaría de hecho más cerca de la verdad: muchas de las deficiencias del aparato analítico `` clásico " encuentran su explicación más natural en la hipótesis de que la cantidad de trabajo que se le otorgó fue inadecuada, mientras que no es posible para nosotros Nivel de crítica análoga al trabajo fáctico del período, especialmente si incluimos, como debemos, el trabajo de los historiadores económicos y de los estudiantes de instituciones legales que ya hemos analizado en el capítulo anterior. Esta sección presentará ejemplos adicionales de tipos importantes de trabajo fáctico y, por lo tanto, ayudará a redondear nuestro cuadro y a establecer nuestra tesis de que el período 'clásico' mantuvo plenamente la tradición de la investigación fáctica que, como sabemos, se remonta al siglo XVI. .

[(a) Historia de precios de Tooke.]

Nos interesa especialmente el tipo de análisis que combina la presentación y la explicación de los hechos de tal manera que las dos dejan de ser tareas distintas y se condicionan mutuamente a cada paso: el tipo de análisis que llega a sus resultados mediante discutir situaciones individuales. Debemos contentarnos con notar el logro máximo de este género, la *Historia de los precios y del estado de la circulación de 1792 a 1856* por Tooke y Newmarch. 743 Un título mejor habría sido: Análisis de los procesos económicos de Inglaterra desde 1792 a 1856, con especial referencia a la situación de la moneda y del crédito. Jevons lo llamó "único", y así es. Nunca antes o después se ha utilizado ese método en una escala igualmente grande, o, en lo que respecta a la influencia sobre la investigación puramente teórica, con un efecto similar. Si los autores lo manejaron tan bien como podrían haberlo

hecho es otra cuestión. No me refiero al hecho de que, por supuesto, defendieron una política y, aún más obviamente, contra otra: esto no menoscaba el valor de sus hechos ni de su razonamiento, que pueden ser apreciados por cualquier oponente de sus puntos de vista sobre las deseabilidades. Tampoco me refiero a la discursividad y repetitividad de su trabajo: en la teoría "realista" de este tipo, ninguna de las dos carece de función: el método es esencialmente el de "triturar" cosas, y esto no puede hacerse con brevedad ricardiana. Me refiero a defectos más fundamentales de los que ningún lector capacitado de estos volúmenes puede dejar de advertir rápidamente. Sin duda, ambos autores eran deficientes en el dominio de la teoría económica. Tooke era, además, un pensador un tanto "confuso", que a menudo entorpecía su caso al perder el punto del oponente. Y esto dicho. Sus argumentos no sólo suscitaron a veces comentarios despectivos, sino que estaban bastante justificados hasta donde llegaba; pero también, su autoridad, grande como fue en su día y permaneció durante el resto del siglo, nunca fue lo que podría haber sido si su pensamiento hubiera tenido más filo teórico. Sin embargo, la obra es un clásico y un ejemplo a seguir. Pero parece pedir a gritos que la reescriba una mano mejor entrenada o más hábil.

[(b) Recopilación e interpretación de materiales estadísticos.]

Aunque todo menos una novedad, un trabajo como el de Tooke y Newmarch es un ejemplo destacado fue en ese período impulsado poderosamente por la apertura de nuevas fuentes de cifras estadísticas. Esos fueron los tiempos en que los gobiernos comenzaron a establecer oficinas y comisiones de estadística; cuando se hicieron los primeros intentos de cooperación internacional (el primer congreso internacional de estadística se reunió en 1853); cuando las sociedades estadísticas surgieron en casi todas partes, en Inglaterra, por ejemplo, varias se fundaron en la década de 1830, de las cuales la Sociedad de Estadística de Londres (1834) estaba actualmente constituida como la Royal Statistical Society. 744 En gran medida, la recopilación, a partir de la materia prima proporcionada por las oficinas oficiales, de registros estadísticos presentables siguió siendo tarea de investigadores individuales, como lo había sido en el período anterior, especialmente, pero no exclusivamente, de los hombres que en virtud de su puesto oficial pudieron disponer de la asistencia necesaria. Pero estos investigadores no eran simples excavadores. No se limitaron a reunir datos y desarrollar estimaciones: muchos de ellos también ofrecieron interpretaciones. Y así encontramos, que fluye de esta fuente, otra corriente de trabajo que se diferenciaba de la de Tooke y Newmarch en que partía del material estadístico en lugar del problema económico y, en consecuencia, enfatizaba la información estadística per se más de lo que Tooke había hecho. y Newmarch. Pero, aunque a veces solo como un subproducto, también resultaron un trabajo analítico.

En nuestro estudio de la época anterior a Smith, se ha llamado la atención sobre lo que puede describirse como análisis del estado económico de un país. En el período en discusión, esta línea de investigación produjo una serie de performances de las que servirán como ejemplos las de Colquhoun, Porter y Tucker. 745 Ellos —y otros del mismo tipo— padecen sin duda el hecho de que sus autores no supieron utilizar la teoría económica como herramienta de análisis fáctico; pero en lo que respecta a esto, están en el mismo barco con publicaciones modernas de este tipo. Otros tipos de economía estadística de ese período estarán representados por los nombres de McCulloch, Baxter, Dieterici, Villermé, Le Play y Wells.

El trabajo estadístico más significativo de McCulloch (véase la sección 2 supra), su *Dictionary, Practical, Theoretical, and Historical of Commerce and Commercial Navigation* , 1832 —

una labor heroica— es, a pesar de su forma de diccionario, un tratado en el que los hechos y el análisis se entrelazan muy eficazmente. Este era el tipo de cosas en las que era realmente bueno; de hecho, el hombre no debería ser juzgado solo por sus *Principios* .

Robert D. Baxter (1827-1875) fue un economista de gran importancia. Su manejo cuidadoso y competente de sus cifras, y sus muy citadas estimaciones (de la renta nacional y la riqueza), por admirables que sean, constituyen el menos importante de sus servicios al análisis económico. De mucho mayor interés para nosotros son sus atrevidas incursiones en la teoría estadística de los beneficios que reportan al público los ferrocarriles y de la presión e incidencia de los impuestos (para lo cual también recaudaba presupuestos familiares). Estos estudios no son impecables, principalmente porque él era débil en el lado de la teoría pura, pero el mero hecho de que hizo un intento serio de responder numéricamente a preguntas como cómo la carga de las tarifas se divide entre el propietario y el inquilino debería asegurarle un lugar en la historia de la econometría. Quiero referirme especialmente a: *El presupuesto y el impuesto sobre la renta* (1860); *Resultados de la ampliación del ferrocarril* (1866); *Renta nacional: Reino Unido* (1868); *La fiscalidad del Reino Unido* (1869). Vale la pena leer *In Memoriam* de su viuda.

Karl FW Dieterici (1790-1859) fue profesor de Economía Política (*Staatswissenschaft*) y director de la Oficina de Estadística de Prusia en Berlín. *Statistische Übersicht der wichtigsten Gegenstände des Verkehrs und Verbrauchs im preussischen Staate und im deutschen Zollverbande* . . . (1838-1857). También importante: *Der Volkswohlstand im preussischen Staate* . . . (1846) y *Über preussische Zustände, über Arbeit und Kapital* (1848). Su deliciosa serenidad en materia de "método" merece ser registrada. Su conferencia *De via et ratione oeconomiam politicam docendi* (1835), aunque enfatiza bastante razonablemente la importancia fundamental de los aspectos históricos del proceso económico, llega al resultado que podría decirse que resume, por anticipado, todo lo que vino de la disputa metodológica de un siglo: *et mere philosophando et mere experiendo erratur* . Y demostró su sentido común ensalzando la atención de Ricardo a los hechos. Aunque nunca se embarcó en una empresa tan completa como la de Porter, sus publicaciones pulcras y confiables de los resultados de la oficina de estadística que dirigía se ven glorificadas por su comprensión de las necesidades de la economía científica que le permitieron elegir proyectos fértiles. Así, sus estadísticas de consumo continúan hasta el día de hoy para ayudar al análisis. 746

El trabajo que justifica la inclusión en nuestro esbozo del nombre de Louis R. Villermé (1782-1863), que no fue exclusivamente, ni siquiera principalmente, economista, es su investigación, emprendida como un proyecto de investigación (tal como se hace hoy) bajo la Académie des Sciences Morales et Politiques, en las condiciones de trabajo en varias industrias manufactureras francesas: *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers Employés dans les manufactures de coton, de laine, et de soie* (1840). Sus recomendaciones (protección a los niños) no nos interesan aquí. El trabajo es importante como un ejemplo sobresaliente de una clase numerosa, en la que el método de procedimiento apenas ha progresado desde entonces. PG Frédéric Le Play (1806-1882), matemático e ingeniero de minas de formación y profesor de metalurgia de vocación, figura aquí y no en el próximo período, aunque algunas de las publicaciones y actividades que le dieron fama internacional pertenecen a este último. La Société Internationale des Études Pratiques d'Économie Sociale, que fue fundada por Le Play en 1856, inició la publicación de una revista quincenal, *Réforme sociale* , en 1881. El trabajo que es relevante para nuestro propósito se realizó durante el período en discusión: *Les Ouvriers*

européens (1ª ed., 1855; 2ª ed., 1877–9). No era un economista técnico y despreciaba de todo corazón las partes incomprendidas de la economía que conocía. Sin embargo, merece un lugar en la historia del análisis económico por su método de estudio de los presupuestos familiares que algún día puede ayudar a hacer realidad una teoría del consumo digna de ese nombre. Consiste en una investigación inmensamente meticulosa de un número limitado de casos individuales, cada uno considerado tan intensamente como sea posible, en el marco completo de sus condiciones sociales, morales y culturales. No podemos entrar en el programa de mejora social que está asociado con el nombre de ese gran hombre. Pero formó una escuela que está asociada con ese programa y continúa trabajando en esa línea.

Como ya se ha mencionado, la economía estadística floreció en los Estados Unidos, y desde el famoso *Informe* Hamilton *sobre las manufacturas* (1791) hasta el final del período observamos una corriente cada vez más amplia de tales publicaciones. Sin embargo, nos contentaremos con agregar otro ejemplo ilustrativo, a saber, el trabajo anterior de DA Wells; su trabajo posterior y mucho más conocido pertenece al período siguiente. 747 Se volvió hacia la economía en su temprana mediana edad, atraído por su interés en las cuestiones prácticas de su época y país, y nuestro aparato analítico no le debe nada. Sin embargo, fue un economista importante cuyos trabajos merecen estudio incluso hoy. Era un maestro en el arte de aprovechar al máximo el material imperfecto. 748 Además, su mente sana y concienzuda le permitió representar los elementos de una situación en su perspectiva correcta sin saber exactamente por qué: el suyo era ese sólido juicio práctico en el que muchos de los mejores teóricos son lamentablemente deficientes y que iba a aparecer hasta ahora. mayor efecto en algunas de sus publicaciones posteriores.

Por supuesto, todo lo que he podido presentar en esta sección es una serie de instancias que, además, pueden no haber sido las mejores para elegir. Por lo tanto, salvo lo que implica mencionar a Tooke y Newmarch y también a Senior, he descuidado por completo toda la economía *científica* que se encuentra en los informes oficiales ingleses. Sin embargo, se espera que incluso estos bits de información ayuden al lector a formarse una idea correcta de la situación científica de ese período. Pero supongo que debe surgir en su mente la pregunta de cómo, en las circunstancias descritas, era *posible* que incluso el más injusto de los críticos hablara de una preponderancia indebida de la "especulación teórica". La única respuesta que tengo para ofrecer es esta. La crítica de la economía científica proviene en gran medida de forasteros ignorantes, y estos forasteros ignorantes incluyen a muchos individuos que se llaman a sí mismos economistas. Este hecho por sí solo hace comprensible que la crítica haya confundido el significado de una característica del trabajo económico de ese período que hemos notado antes. La economía ganó entonces el estatus de un campo establecido. Esto significó, entre otras cosas, una mayor especialización no solo de los individuos sino también de las publicaciones y la aparición de tratados puramente teóricos. Es difícil pasar por alto el complemento fáctico en La *riqueza de las naciones* —aunque algunos críticos parecen haber logrado incluso esta hazaña— y aún es menos posible pasar por alto el trabajo fáctico en *Dixme royale de* Vauban . Pero si un economista, como Senior, opta por tratar el aparato analítico de la economía por separado, entonces es mucho más fácil pasar por alto su trabajo fáctico, especialmente si está oculto en informes de comisiones, y por tanto, comparar el *Esquema* con la *riqueza* (lo cual es, por supuesto, absurdo), para llegar al descubrimiento de que existe un abismo metodológico entre los dos y que Senior se estaba entregando a pura especulación mientras que A. Smith mantenía sus ojos en los hechos históricos.

[(c) Desarrollo de métodos estadísticos.]

Los grupos de trabajadores de cualquier departamento del conocimiento científico tal vez no deberían compararse con el cuerpo de un ejército. Porque estos últimos, al menos en principio, se mueven de acuerdo con algún plan, mientras que los grupos científicos están esencialmente descoordinados: un grupo se apresura, los otros se quedan atrás, y cada uno no brinda apoyo a los demás o no se sirve del posible apoyo. podría derivar de ellos. El progreso en el método estadístico ilustra esto. Ya hemos notado que hubo un avance considerable en el frente de probabilidad. A esto hay que sumarle la ley del error de Gauss y el método de los mínimos cuadrados, logros que supusieron una importante adición a la caja de herramientas del economista. Sin embargo, nada de lo que hablar surgió de esta oportunidad durante este período en el que, por el contrario, la teoría pura del estadístico y la teoría pura del economista estaban casi completamente divorciadas, para permanecer divorciadas hasta nuestros días. Me pregunto si puedo crear en la mente de mi lector el debido sentimiento de sorpresa ante esto. Con este fin, trasladémonos a un mundo mejor y, desde este mundo mejor, miremos la situación de la economía. Entonces contemplamos un campo en gran parte del cual el razonamiento es esencial e inevitablemente cuantitativo; seguramente todos los economistas habrían adquirido un conocimiento salvador de las matemáticas. Pero incluso si no vieran la necesidad de hacer esto para mejorar su teoría pura, ¿no lo harían seguramente para mejorar su manejo de cifras estadísticas, cuya importancia, como acabamos de ver, fueron ¿completamente vivo? Estarían en busca de nuevas herramientas de investigación estadística y, por supuesto, se apresurarían a utilizarlas si se las ofrecieran, como se estaban ofreciendo, desde fuera. Y deberíamos esperar que el autor del principal tratado de la época, JS Mill, trabajando con el sudor de su frente, adquiera y enseñe el dominio de esas herramientas. Obsérvese que, con una profesión intelectualmente viva y moderadamente consciente de los deberes del científico, no habría habido nada imposible en todo esto. Pero, de hecho, si dejamos que nuestra mirada vuelva al mundo real, no vemos nada de todo esto hasta aproximadamente un siglo después, e incluso entonces todo lo que vemos es una lucha dolorosa para darnos cuenta. Lo que sí vemos, para el período en discusión, es ignorancia nacida de la inercia intelectual o, lo que viene a ser lo mismo, preocupación por los problemas prácticos del día que la vida misma resolvió sin necesidad de ayuda. No fue así en demografía o en lo que se suele entender por estadísticas sociales. Esta es nuestra única oportunidad de mencionar el nombre de Quetelet.

La importancia de Adolph Quetelet (1796-1874) para nuestro tema es pequeña; no conozco ningún economista de ese período cuya economía muestre rastros de su influencia. Era matemático y astrónomo, y entró en el campo de la estadística social por la puerta de la probabilidad. Aquí, por lo que puedo ver, su mérito se limita a la propaganda meritoria: no hay nada original en sus *Lettres à SAR le due régnant de Saxe-Coburg-Gotha sur la théorie des probabilités, appliquée aux sciences morales et politiques* (1846) . Pero se unió a la brillante banda de administradores estadísticos que durante ese período dirigieron e inspiraron las nuevas oficinas de estadística y, con incansable energía, hicieron mucho para mejorar métodos y proyectos y especialmente para promover la cooperación internacional.

Sin embargo, era mucho más de lo que eso implica. Sus enérgicas y originales investigaciones sobre la distribución de las características humanas marcan un paso adelante que nunca tuvo que ser repasado y, como ejemplo a seguir, finalmente también tuvo cierta importancia para la economía. Pero dio otro paso que, después de un breve éxito, tuvo que remontarse: se sumergió en una filosofía de una suerte de determinismo estadístico al concebir la teoría de que esas investigaciones estaban revelando un tipo estable de hombre medio cuyas propiedades se vinculaban con simples generales. "causas", las

desviaciones son de la naturaleza de errores de observación en el sentido gaussiano. Por tanto, esperaba reducir, sobre una base estadística, la metodología de las ciencias sociales a la de las ciencias físicas. El desarrollo del pensamiento en este asunto fue totalmente en contra de esta teoría, y muchos trabajadores serios llegaron a considerarla, quizás más de lo que está justificado, como un mero fenómeno. Sus méritos en relación con la antropometría, por supuesto, no se ven afectados por ello. Véase especialmente su *Sur l'homme* . . . (1835; traducción al inglés, 1842), más tarde ampliado en su *Physique sociale* . . . (1869) y, para las críticas, GF Knapp, 'Quetelet als Theoretiker' y varias otras notas, *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik* (1871-2) y Maurice Halbwachs, *La théorie de l'homme moyen* (1912).

Los economistas ni siquiera se valieron de los recursos más primitivos para presentar cifras. Es aún más necesario advertir el hecho de que al menos los gráficos simples (gráficos de líneas, barras, círculos y sectores) fueron introducidos en la economía desde el comienzo del período por Playfair. [749] Además, no hay excusa para la vacilación con la que los economistas presentadores de hechos llevaron al uso de índices de precios o los economistas teóricos a la tarea de proporcionarles una teoría. Hemos visto que la idea había surgido antes que A. Smith. Un gran paso hacia la plena comprensión de la importancia del método se dio en 1798, cuando Sir George Shuckburgh Evelyn presentó un artículo a la Royal Society en el que, con disculpas por tratar un tema tan por debajo de la dignidad de ese augusto cuerpo, utilizó un número índice —de un tipo primitivo sin duda, pero superior al de Carli— para medir la "depreciación del dinero". [750] Lowe [751] no agregó nada a la idea de un 'estándar tabular' más allá del de Evelyn, pero mejoró la técnica y recomendó el uso de números índice con el propósito de 'disminuir la lesión por fluctuaciones y dar un valor uniforme [en el tiempo] al dinero ingresos, es decir, de crear una unidad estable de pagos diferidos, la idea que se volvería tan popular en el próximo período y aún más en las décadas de 1920 y 1930. G. Poulett Scrope parece haber sido el primero en introducir el tema en un tratado general (1833).

5

-

Economía general: una sección transversal

1. JS Mill y sus *principios* . Fawcett y Cairnes

MILL'S *Principles* no solo fue el tratado más exitoso del período bajo estudio, sino que también califica bien para el papel de la obra clásica del período *en nuestro sentido* . Habiendo decidido elegirlo como sede desde la que examinar la economía general de ese período, será mejor que comencemos por una mirada preliminar al hombre y al libro.

John Stuart Mill (1806–73) fue — John Stuart Mill. Es decir, fue una de las principales figuras intelectuales del siglo XIX y es tan familiar para toda persona educada que podría parecer superfluo añadir algo a lo que se puede leer en decenas de libros. Además, la mayor parte de lo que los economistas necesitan saber sobre él lo ha dicho admirablemente Sir WJ Ashley en la introducción de su edición (1909) de los *Principios* , que espero esté en manos de todos los estudiantes. 752 De todos modos, deben tocarse algunos puntos. La mayoría de nosotros hemos escuchado o leído acerca del severo entrenamiento intelectual al que James Mill, el padre, sometió a su hijo desde la primera infancia y que, mucho más cruel y dañino de lo que habrían sido los azotes diarios, explica esa impresión de retraso en el crecimiento y carencia. de fuerza vital que nos llega de muchos pasajes de la imponente obra de su vida. La mayoría de nosotros, supongo, también sabemos que primero fue un salario y luego, después de 1858, una pensión de la Compañía de las Indias Orientales que financió sus necesidades (bastante cómodamente), y que sus deberes, aunque en promedio no eran muy arduos, significó más daño para su pensamiento: como ya se ha señalado, no sólo la interrupción, sino también la mera anticipación de una posible interrupción paraliza la investigación creativa. Además, su incansable interés en los problemas actuales provocó interrupciones adicionales y pérdida de energía. Este interés y el oficio juntos explican la incesante prisa que despliegan todos sus escritos, incluso el más acabado de todos en sentido literario, el ensayo *Sobre la libertad* . Finalmente, siendo todo intelecto y habiendo sido enseñado a despreciar cualquier interés que no sea intelectual, y de estos todos los que no entran en el ámbito del utilitarismo, aunque él superó esta parte de la enseñanza de su padre como lo hizo con otros, nunca supo lo que realmente era la vida. es. Creó un *vestíbulo* íntimo para sí mismo gracias a su amistad y, más tarde, al matrimonio con la Sra. Taylor. Pero también intelectualizó eso, y cualquiera que tenga oído para la nota de histeria en el prefacio del ensayo *Sobre la libertad* no necesitará otras indicaciones, que se extraen, por ejemplo, de su *Autobiografía* , para sentir que le faltan muchas. de los requisitos, no del teórico, sino del filósofo de la vida social.

Contemplamos la imagen del radical laicista de pura raza. Pero, a diferencia de otros radicales laicistas, éste nunca permitió que el adoctrinamiento sofocara las críticas. Con una honestidad y una libertad interior que no pueden ser demasiado admiradas, tomó el hacha crítica de los cimientos de su religión laicista y utilitaria —porque así era— y, lo que es más importante, abrió las puertas de su mente a cualquier persona. mensaje que pudo comprender. Intentó ponerse de acuerdo con las ideas de Carlyle y Coleridge; 753 estudió profundamente el sansimonismo y el comtismo; con su crítica demostró cuán en serio se tomaba la cuestión planteada por la filosofía hamiltoniana; y, luchando honestamente

con todo esto y mucho más, en realidad se dejó llevar por sus primeros amarres. Era lo opuesto a un fanático. No sólo el rango de sus intereses sino también, en cierto sentido, el rango de su comprensión era bastante anormalmente amplio. Pero ahora tengo que agregar un punto que es extremadamente difícil de hacer y muy susceptible de ser mal entendido. Puede viajar a lo largo y ancho y sin embargo usar anteojeras donde quiera que vaya. La comprensión de Mill nunca pasó por debajo de ciertos niveles (ya lo hemos notado cuando discutimos su *Lógica)* y su intelecto nunca superó ciertas barreras. Lo que había debajo de estas capas y más allá de esas barreras lo calificó de disparate mediante el conocido truco de nuestro aparato subconsciente de autodefensa.

De sus tres grandes obras, La *lógica* (1843), El *examen de la filosofía de Sir William Hamilton* (1865), [754] y Los *principios de la economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social* (1848), solo uno está en nuestro campo. La lista de sus otros escritos [755] fortalece la impresión de que intereses distintos a la economía dominaban en él, ya que la lista contiene solo un ítem que trata de cuestiones de economía técnica: *Ensayos sobre algunas cuestiones no resueltas de economía política* , que contiene su versión más reciente y original. contribuciones a la economía. Y de hecho, si lo reclamamos como nuestro, sin embargo, siempre debemos recordar en justicia con el hombre que, después de sus veintitantos años, nunca fue un economista de tiempo completo (o incluso 'tiempo libre completo') excepto en 1845 - 7, cuando escribió los *Principios* . En cuanto a las influencias que ayudaron a moldear su economía, las de su padre y del propio Ricardo son lo primero, por supuesto. Pero ya he dicho, y he subrayado con mi negativa a incluir a JS Mill en la escuela de Ricardo, que la economía de los *Principios* ya no es ricardiana. Esto se ve oscurecido por el respeto filial [756] y también, independientemente de esto, por la propia creencia de JS Mill de que sólo calificaba la doctrina ricardiana. Pero esta creencia era errónea. Sus calificaciones afectan lo esencial de la teoría y, aún más, por supuesto, de la perspectiva social. El ricardianismo significó sin duda más para él que para Marshall. Pero los casos de Mill y Marshall son similares en el sentido de que, por razones propias, encomiables o no, enfatizaron las influencias ricardianas indebidamente a expensas de otras. De los *Principios* de Marshall , el ricardianismo se puede eliminar sin que se le pase por alto en absoluto. De los *Principios* de Mill , podría descartarse sin que se le pase mucho por alto. La influencia que JS Mill no enfatizó adecuadamente fue la de Say. Lo enfatizó en un solo punto, la Ley de Mercados. Pero está presente en la teoría del valor y el costo de Mill, que es esencialmente un compromiso entre la de Ricardo y la de Say, con todo el énfasis puesto en los elementos ricardianos, es decir, en el corazón mismo de su estructura teórica. La otra influencia a la que Mill se sometió, semiconsciente y bastante a regañadientes, fue la de Senior, que también recibe un reconocimiento explícito en un solo punto: la abstinencia. Hay muchos otros, los de Malthus y Rae, por ejemplo, que Mill aceptó conscientemente y, por lo tanto, reconoció con franqueza, porque era escrupulosamente justo con los demás, siempre dispuesto a darles crédito y bastante indiferente a sus propias afirmaciones. Esta justicia y esta indiferencia se encuentran entre los rasgos más fuertes y adorables de su carácter y las observaciones anteriores sobre la influencia de Say y Senior no deben interpretarse en el sentido de que implican ninguna aspersión o duda sobre este tema.

El propósito declarado de Mill al escribir los *Principios* y el desempeño realmente incorporado en ellos encajan como una mano y un guante. Vale la pena leer el prefacio original. Habría podido reimprimir con pocos cambios el prefacio de la *Lógica* . Una vez más, el programa consistía en desatar nudos y construir puentes. No hay pretensión de novedad u originalidad, aunque varias se habrían

justificado. Mill simplemente explicó que no ha habido un tratado igualmente completo, especialmente ninguno que preste tanta atención a las aplicaciones prácticas, desde la publicación de La *riqueza de las naciones* . Esto, sin embargo, era obsoleto, tanto en lo que respecta a los hechos como a la teoría. Por lo tanto, apuntaría al 'logro suficientemente útil' de escribir 'una obra similar en su objeto y concepción general a la de Adam Smith, pero adaptada al conocimiento más extenso y las ideas mejoradas de la época actual' que es 'el tipo de contribución que la Economía Política requiere en la actualidad », y exactamente el tipo de libro que escribió. Para un hombre con los poderes y la posición de Mill, la modestia no podría haber ido más lejos. Deben agregarse dos comentarios.

En primer lugar, hay un lado de esta admirable modestia que quizás pueda ser considerado responsable de una consecuencia menos admirable. Si Mill hubiera concebido una idea menos modesta de su tarea, podría haber producido un libro aún mejor. De todos modos, se tomó su tarea demasiado a la ligera: ni el propio Hércules podría escribir La *riqueza de las naciones* en dieciocho meses, que parece haber sido el tiempo real invertido. Pero, como hemos tenido ocasión de señalar con respecto a la *Lógica* , Mill, por modesto que fuera en su propio nombre, no lo fue en absoluto en el nombre de su época. 'Esta era iluminada' había resuelto todos los problemas. Y si supiera lo que pensaban sus "mejores pensadores", estaría en condiciones de responder a todas las preguntas. No quiero repetir lo que he dicho anteriormente sobre la actitud de Mill de hablar desde el terreno ventajoso de la verdad definitivamente establecida. Pero quiero agregar que esta actitud, además de ridícula, propiciaba la esterilidad y, sí, la superficialidad. Se presta muy poca atención al trabajo preliminar. Hay muy poca reflexión y demasiada confianza en que la mayor parte del pensamiento necesario ya se ha hecho. La línea Smith-Mill-Marshall es lo suficientemente clara. Pero el término medio no está a la par con los otros dos, debido a la relativa insuficiencia de mano de obra aplicada. Lo que parecen tantas tergiversaciones o lo que da la impresión, expresada enérgicamente por Marx, de que Mill nunca dice una cosa sin decir también lo contrario, se debe en parte a esta causa. Pero en gran parte se debe al hábito mental judicial de Mill que le obligó a considerar todos los aspectos de cada cuestión. Además, se debe a algo aún más meritorio. Era un hombre de fuertes preferencias. Pero también fue incorruptiblemente honesto. No tergiversaría los hechos ni los argumentos si pudiera evitarlo. Cuando las preferencias —sus simpatías sociales— se hicieron valer de todos modos, no tardó en aplicar el cuchillo de podar. De ahí muchos resultados inconclusos, o incluso muchas contradicciones.

En segundo lugar, Mill enfatizó repetidamente, aunque no en su prefacio, que sus *Principios* diferían de otros tratados en algo que atribuía a la influencia de su esposa, a saber, en el tono o la atmósfera moral. De hecho, hay mucho humanitarismo afectuoso en el libro y mucha solicitud por el bienestar de la clase trabajadora. Más importante, sin embargo, es un aspecto afín: restringió el dominio de la ley inexorable a las necesidades físicas a las que está sujeta la producción y enfatizó para todos los demás, todas las instituciones en particular, que son creadas por el hombre, cambiables, maleables y 'progresivo.' Para él no existía un orden natural invariable de las cosas sociales, y la necesidad económica significaba para él en gran medida una necesidad con respecto a un estado dado del cambiante marco institucional. Por mucho que glorificara su época en otros aspectos, el estado real de la sociedad que contemplaba no lo consideraba ni ideal ni permanente. El libro IV, capítulo 7 de los *Principios* y muchos otros pasajes, incluso algunos de los que critican el socialismo utópico de su tiempo, son concluyentes en este punto y también en cuanto a la dirección que esperaba que tomara el desarrollo social. Aunque cambió repetidamente su posición en los detalles, fue, a partir de los

veintitantos años, un socialista evolucionista de complexión asociacionista. Para una historia del análisis, este hecho es importante sólo en la medida en que refuta la absurda acusación de que los economistas "clásicos" creían en el orden capitalista como la última y suprema sabiduría que estaba destinada a persistir en la *secula seculorum* . Si se responde que Mill fue una excepción solitaria, la respuesta es que esto no es cierto, pero que, aunque fuera cierto, esta excepción fue responsable del tratado más exitoso e influyente de esa época. Para el sociólogo del capitalismo, este hecho es aún más interesante: nada puede ser más revelador del carácter de la civilización burguesa —más indicativo, es decir, de su genuina libertad y también de su debilidad política— que el libro al que la burguesía La recepción concedida llevaba un mensaje socialista y estaba escrita por un hombre que evidentemente simpatizaba con el esquema de valores de la burguesía industrial.

JS Mill era exactamente lo que se entiende por socialista evolucionista. Su actitud hacia el socialismo experimentó un desarrollo constante, cuyas huellas son imperfectamente discernibles en las sucesivas ediciones de los *Principios* . Además, los tres artículos sobre socialismo que la señorita Helen Taylor publicó en el *Fortnightly Review* (1879) después de la muerte de Mill son quizás más engañosos que útiles: fueron escritos alrededor de 1869 como bocetos exploratorios para un libro sobre socialismo que Mill tenía la intención de escribir. , y contienen poco más que valoraciones críticas de la literatura socialista francesa e inglesa antes de 1869 y de los lemas socialistas actuales; presumiblemente, el libro habría contenido un complemento positivo que podría haber revertido la impresión que probablemente tendría el lector de estos bocetos. Sin embargo, descuidando todos los puntos menores, podemos describir con cierta confianza la actitud de Mill hacia el socialismo de la siguiente manera. Emocionalmente, el socialismo siempre le atrajo. Tenía poco gusto por la sociedad en la que vivía y mucha simpatía por las masas trabajadoras. Tan pronto como obtuvo la independencia intelectual, abrió rápidamente su mente a las ideas socialistas, principalmente francesas, de su tiempo. Pero, como era un economista formado y tenía una mentalidad completamente práctica, difícilmente podía dejar de percibir las debilidades de lo que un poco más tarde Marx denominó socialismo utópico. De mala gana y con una excepción parcial a favor del sansimonismo, llegó a la conclusión de que esos planes no eran más que hermosos sueños. Esta fue la primera etapa. A primera vista, una actitud completamente negativa hacia el socialismo, junto con un radicalismo total en algunos aspectos, por ejemplo, con respecto a la propiedad de la tierra, podría considerarse compatible con lo que escribió en la primera edición de sus *Principios* . Pero no hay razón para dudar de su afirmación en el prefacio de la tercera edición (1852), según la cual nunca tuvo la intención de 'condenar' el socialismo 'considerado como un resultado último del progreso humano', y que sus objeciones simplemente descansaban sobre "el estado no preparado de la humanidad". Sin embargo, las alteraciones y enmiendas en el texto fueron más allá de lo que esto sugiere (ver en particular el nuevo segundo párrafo del cap. 7 del Libro IV) y realmente equivalen a *un* reconocimiento *explícito* del socialismo como la Meta Última. Esto marca una segunda etapa. Y había un tercero: por un lado, llegó a creer que el "progreso" se estaba acelerando maravillosamente y que este "fin último" se acercaba rápidamente a la vista; por otro lado, llegó a creer que el capitalismo estaba cerca de haber hecho su trabajo, por lo que las objeciones puramente económicas estaban perdiendo parte de su fuerza. Al mismo tiempo, siempre negó rotundamente la presencia de alguna tendencia en el sistema capitalista a deteriorar la condición de la clase obrera oa reducir su participación relativa o absoluta en el producto social; y no menos enérgicamente se negó a albergar la idea de la transición por revolución, basando su argumento en su contra principalmente en

lo que le parecían las insuperables dificultades de gestión que surgirían en este caso. Pero tales puntos de vista *definen el* socialismo evolutivo. No difieren sustancialmente de los que el líder del revisionismo alemán, E. Bernstein (véase más adelante, Parte IV, cap. 5, sec. 8b), debía defender treinta años después. Naturalmente, fueron hiel y ajenjo no solo para los marxistas sino para todos los socialistas que basan su argumento en la tesis de la miseria inevitablemente creciente y para quienes la revolución es un artículo de fe esencial. Y la enseñanza de Mill sobre el tema, precisamente porque era tan perfectamente honesta y porque exponía una verdad desagradable en evidente simpatía por el Fin Último, se volvió mucho más desagradable para ellos de lo que hubiera sido una hostilidad directa. Todo esto es muy importante para comprender la *Weltanschauung* de Mill, en particular para aquellos de nosotros que sostenemos que el interés de clase o la filosofía de un hombre determinarán su teoría económica y sus puntos de vista sobre la política económica, y a quienes se nos ha enseñado a considerar los *Principios* como una verbalización de ideología burguesa.

El éxito de los *Principios* de JS Mill fue amplio y mucho más general, también mucho más uniformemente distribuido entre todos los países en los que la economía recibió atención, que el de Ricardo. Esto se debió principalmente a una feliz combinación de nivel científico y accesibilidad: Mill presentó un análisis que satisfizo a los jueces competentes, sin embargo, salvo muy pocos puntos que demostraron ser obstáculos, todos los economistas pudieron entenderlo. Las numerosas ediciones del libro miden solo su influencia directa. A esto hay que añadir, en lo que a la docencia se refiere, la basura de otros libros de texto que produjo. Tanto los estudiantes como los lectores en general parecen haber experimentado la necesidad de una presentación aún más simple, incluso en Inglaterra. Y esta demanda fue satisfecha por Fawcett. [757] En un nivel superior, incluso las personas que aceptaron la afirmación de finalidad de Mill en sustancia no pudieron dejar de descubrir que muchas piedras individuales de su estructura estaban sueltas. El más eminente de los economistas ingleses *de este período* que se comprometió a enmendar la estructura —con un éxito discutible— fue Cairnes. [758] Se le puede llamar alumno de Mill, porque siempre razonó con referencia a las enseñanzas de este último, incluso cuando no mencionó el hecho explícitamente, y abrigó hacia Mill, como muestra su correspondencia, sentimientos que sólo pueden expresarse con el término ' reverencia.' [759] No obstante, a veces criticó duramente a Mill y, en virtud de esta crítica, construyó algo que, aunque estaba enteramente dentro de la base de Millian, era en cierta medida suyo. Era un teórico nato, pero no muy original. Aunque la mayoría de sus aportaciones han sido estériles, su trabajo, tanto analítico como metodológico, marca una etapa importante. Al llamarlo teórico nato, no debemos olvidar, sin embargo, como han olvidado algunos críticos, particularmente de la escuela histórica alemana, que la mayor parte de sus horas de trabajo se dedicaron a problemas prácticos y que fue su contribución 'fáctica' (en en particular su *Slave Power* , 1862), lo que explica su reputación entre el público inglés de su época.

2. Alcance y método: lo que los economistas pensaban que estaban haciendo

El capítulo anterior nos ha dado una idea de lo que hicieron realmente los economistas de ese período. Veremos a continuación hasta qué punto su trabajo se refleja en los *Principios de* JS Mill . Pero es uno de los rasgos característicos del período que los economistas comenzaron a interpretarse a sí mismos, es decir, a teorizar (o "racionalizar") sus propios objetivos y procedimientos. En la investigación, como en otros lugares, primero actuamos y luego pensamos. Sólo cuando un campo se ha convertido en una ciencia establecida, sus seguidores desarrollarán un interés, no sin ansiedad, en

los problemas de alcance y método y en los fundamentos lógicos en general. Esto es perfectamente natural, aunque la actividad excesiva de este tipo puede ser un síntoma patológico; existe la hipocondría metodológica. El surgimiento de ese interés —casi, aunque no del todo, ausente antes— es indicativo de la madurez relativa que adquirió entonces la economía. Los resultados que produjo este interés no son, en sí mismos, de gran importancia para nosotros. Todos somos malos intérpretes de nosotros mismos y testigos poco confiables del significado de nuestra práctica. Pero precisamente por esto, no podemos permitirnos el lujo de descuidar por completo la metodología del período. Porque los críticos lo han tomado literalmente y, por lo tanto, se ha convertido en una fuente de malentendidos sobre el alcance y el significado de la economía "clásica".

(a) Definiciones de la ciencia.

Sabemos que los economistas habían experimentado la necesidad de definir su campo incluso antes que A. Smith. Durante el período en discusión, habiendo crecido mucho más su sentido de responsabilidad por un campo distinto, prácticamente todos los escritores de tratados intentaron definirlo. Aquí están algunas muestras. JB Say definió la Economía Política, a modo de subtítulo, como *exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses* . McCulloch definió la Economía Política como la 'ciencia de las leyes que regulan la producción, acumulación, distribución y consumo de aquellos artículos o productos que son necesarios, útiles o agradables para el hombre y que al mismo tiempo poseen valor de cambio' o el ' Ciencia de los valores '(*¡sic!*). Según Storch, la Economía Política es la ciencia "de las leyes naturales que determinan la prosperidad de las naciones". La Economía Política de Senior es "la ciencia que trata de la naturaleza, la producción y la distribución de la riqueza". JS Mill se conformó en los *Principios* con 'la naturaleza de la riqueza y las leyes de su producción y distribución, incluyendo: directa o remotamente, la operación de todas las causas por las cuales la condición de la humanidad. . . se hace próspero o al revés. Roscher dijo: "Nuestro objetivo es simplemente describir la naturaleza económica y los deseos económicos del hombre, investigar las leyes y el carácter de las instituciones que se refieren a la satisfacción de estos deseos, y la mayor o menor medida de éxito que han tenido". Estos ejemplos serán suficientes para dar una idea. Si nos damos cuenta de que es inútil y, además, inútil tratar de enmarcar una definición que se ajuste a todas las actividades de la profesión económica, no nos sentiremos inclinados a juzgar con severidad ninguna de las evidentes insuficiencias de estas y otras definiciones. Sin embargo, vale la pena señalar algunas características.

Todas las definiciones del período enfatizan la autonomía de la economía frente a las demás ciencias sociales o morales, lo que, por supuesto, es perfectamente compatible con el reconocimiento de las relaciones estrechas. La mayoría de ellos enfatiza su carácter analítico (científico). [760] Ambos hechos, aunque no sean del agrado de todos los críticos, deben registrarse como hitos en el camino de la economía analítica. Sin embargo, también hay que señalar un tercer hecho, porque dio lugar a uno de los malentendidos más importantes, además de irritantes, a los que aludí anteriormente. El lector observará que las definiciones citadas no son demasiado específicas en lo que respecta a los hechos y problemas que van a entrar en el ámbito de la economía: JS Mill, por ejemplo, se lee como un catchall comprensivo, e incluso Senior, tomado por sí mismo, deja el El lector tiene dudas sobre qué es lo que implica la producción y distribución de la riqueza, ya que todo el patrón institucional de una sociedad es obviamente relevante para la producción y la distribución. Ahora bien, la "ciencia" por definir se llamó, por supuesto, Economía Política. [761] La mayoría de los escritores continentales utilizaron este

término en un sentido muy amplio. Pero la mayoría de los principales ingleses, y especialmente James Mill y Senior, lo limitaron a lo que quizás se llame más propiamente teoría económica, y es a esto a lo que se refieren sus pronunciamientos metodológicos. [762] Para los críticos, esto parecía una tremenda diferencia en actitud y perspectiva. Sentían que los "clásicos" ingleses no tenían ojo para nada más que la "riqueza", que su economía política no era más que "crematística" especulativa (Sismondi), etc. Pero ya hemos visto que esto no era así. Su práctica demuestra que no pretendían restringir ni sus actividades ni sus intereses. Lo que sí restringieron fue el uso de una palabra. Así, Senior habría excluido de su economía política cualquier análisis fáctico y cualquier tratamiento de los problemas de bienestar. ¿Pero qué importaba eso si al mismo tiempo les daba la bienvenida a ambos a lo que él llamó la Gran Ciencia de la Legislación? [763]

(b) Metodología.

Desde el punto de vista así ganado, no tenemos ninguna dificultad en absolver, una vez más, a los "clásicos" de cualquier error importante de procedimiento. Sus procedimientos eran toscos y, a menudo, torpes. Muchas de sus controversias surgieron nada más que de la incapacidad de ver el punto del oponente y algunas fueron puramente verbales (como muchas de las nuestras). [764] El ridículo "método" de tratar de analizar un *fenómeno* buscando el significado de una *palabra* era desenfrenado. Pero tal como fueron, los procedimientos realmente utilizados no estaban sujetos a ninguna objeción de principio seria. Eran completamente sensatos y exactamente lo que la naturaleza de cada tipo de problema sugeriría a las mentes que estaban armadas con poco más que el simple sentido común. Los "clásicos" teorizaron para enderezar puntos que implicaban algunas complicaciones lógicas; reunieron hechos siempre que lo consideraron útil. Lo mismo no puede, sin embargo, puede decir sobre sus pronunciamientos metodológicos, incluso aparte del hecho de que éstos, al menos los ingleses [765] - referred a la teoría económica solo. Pero en la mayoría de los casos es posible arreglar las cosas mediante pequeñas correcciones. Así, la mayoría de los economistas, JB Say y JS Mill en particular, pensaron demasiado en la analogía con las ciencias físicas, que estas últimas declararon ser los 'modelos adecuados' para la teoría económica (*Autobiography* , p. 165), un punto para críticos a los que aferrarse, pero en realidad irrelevantes, ya que no se hizo ningún uso práctico de él. [766] JB Say, si bien enfatiza correctamente que la economía es una ciencia observacional, la llamó "experimental". Pero esto se puede corregir fácilmente en "empírico". Además, prácticamente todos los economistas utilizaron el término Ley o incluso Ley Natural, eludirlo les habría ahorrado mucha deshonra de los críticos filosóficos. Pero este hábito era bastante inofensivo, ya que lo que realmente querían decir no eran más que las "relaciones necesarias" de Montesquieu entre los fenómenos económicos o las "declaraciones de tendencias" de Marshall. En vista de la insistencia de JS Mill en "el valor muy limitado y temporal de la vieja economía política", no hay excusa para los críticos posteriores que insistieron en esas palabras. De hecho, todos los puntos realmente válidos del credo metodológico de este último podrían haber sido copiados de Mill. Una vez más, Mill utilizó el término *a priori* en un sentido engañoso [767] y también puso un énfasis innecesario en la "deducción". Esto fue quizás responsable del argumento absurdo de épocas posteriores sobre `` inducción frente a deducción ", pero, recordando siempre que pensaba en el aparato teórico de la economía cuando hablaba de métodos de economía política, vemos fácilmente que nunca causó ningún error en práctica. [768] Finalmente, en lo que respecta al método de "aislar" fenómenos o motivos económicos, o de abstraerlos de los no económicos, no sólo la práctica de los "clásicos", sino incluso su racionalización metodológica de los

mismos, estaba libre de graves errores. Es difícil creer que cualquier crítico que plantee objeciones a este respecto pueda haber estudiado a JS Mill. [769] Por supuesto, debe entenderse que esta afirmación se refiere a los principios de aislamiento y abstracción per se tal como los "clásicos" los aplicaron *con el propósito de forjar el dominio de la investigación puramente económica* . Solo que, en lo que respecta a esto, mantengo que, tanto en principio como en la práctica, su procedimiento no difirió ni del de A. Smith [770] ni del de los economistas posteriores, tal como lo formularon los metodólogos posteriores, Carl Menger y John. Neville Keynes (véase más adelante, Parte IV, cap. 4), y según lo aceptado, alrededor de 1900, por una gran mayoría de economistas no alemanes. Pero no sostengo que los escritores "clásicos" individuales, cuando razonan dentro de ese dominio, siempre "aislaron" los factores relevantes y "abstrajeron" de los demás sin fallas. Esto sería absurdo a primera vista, porque implicaría que prácticamente todas sus proposiciones eran impecables: cualquier crítica que no cargue ni de error lógico ni de incorrección de los hechos puede formularse como una objeción a la manera en que el autor criticado ". aisla 'o' resúmenes '.

La distinción que acabo de intentar transmitir nos ayudará enormemente a comprender la situación metodológica del período, es decir, la naturaleza y extensión de las diferencias sobre el "método" que entonces existían entre los economistas. A primera vista, tenemos la impresión de que las controversias *científicas* de la época giraban principalmente en torno al método. Así, las dos controversias más famosas y prolongadas, la del valor y la del exceso generalizado, condujeron rápidamente a la situación familiar en la que, sin avanzar con argumentos más concretos, las partes recurren a objeciones a los métodos de las demás. . En sí mismo, esto significa poco más allá de la admisión de la incapacidad de convencer al otro hombre, junto con una declaración de no estar convencido de él o, en una palabra, un punto muerto. Por ejemplo, cuando en la controversia sobre el exceso, Malthus (y Sismondi) objetaron el procedimiento de Ricardo como demasiado abstracto y el propio Ricardo enfatizó la naturaleza abstracta del argumento, [771] simplemente verbalizaron un suspiro de desesperación. Sería bastante erróneo inferir que Malthus y Sismondi realmente objetaron el "método" de Ricardo en el sentido en que esta palabra llegó a usarse en la Batalla de métodos posterior (ver Parte IV, cap. 4). Que este no fue el caso puede establecerse mediante el análisis de sus propios modos de razonamiento: eran «teóricos» en el mismo sentido que los de Ricardo, así como la teoría de Lord Keynes es teoría en el mismo sentido (lógico) que la de Marshall. En otras palabras, Malthus y Sismondi teorizaron de una manera diferente y en parte con la mirada puesta en diferentes conjuntos de hechos, pero su práctica demuestra que no tenían objeciones a teorizar per se, como lo había hecho, durante un tiempo, la escuela Schmoller posterior o los institucionalistas estadounidenses.

Pero, ¿no fue *esta* objeción (contra la teoría per se) planteada por otras personas? Lo fue, pero solo en casos aislados que no tuvieron una influencia significativa en el trabajo de una gran mayoría de economistas. [772] Uno de esos objetores de raíz y rama fue Comte. Pero, como hemos visto, no ejerció una influencia perceptible *dentro del período* y sobre los *economistas* : JS Mill, en lo que respecta a la economía técnica, no cedió ni una pulgada. Otro fue Le Play. Inició un importante programa de investigación pero, por lo demás, apenas era conocido entre los economistas de la época. Dudo que R. Jones y B. Hildebrand puedan llamarse objetores de raíz y rama. Pero incluso si pudieran, no fueron más que precursores. Cliffe Leslie no se declaró a favor de un método histórico distintivo en economía hasta 1876. Ingram no levantó la bandera de su *Nueva economía* hasta 1878. Knies, [773] no puede repetirse con demasiada frecuencia, fue principalmente un teórico económico y, por lo demás, un

economista general capaz sin ninguna inclinación distintiva en cuanto al método. En cuanto a Roscher, quien describió a Ricardo y Malthus como `` economistas políticos y descubridores de primer orden " y se esforzó por expresar su acuerdo con la metodología de JS Mill, [774] una comparación de su *Grundlagen* con los *Principios de* JS Mill no revela ningún fundamento fundamental. diferencia de procedimiento, incluso habla de leyes naturales. Sin embargo, es cierto que afirmó haber utilizado un método histórico o "fisiológico". Pero, como es evidente en el Capítulo 3 de la Introducción a ese trabajo, todo lo que quiso decir con esto fue disociarse de lo que llamó el método `` idealista " que prescribe normas para un estado ideal de sociedad, mientras que deseaba describir las cosas como son "a la manera del investigador de la naturaleza" [775] (*op. cit.* vol. I, p. 111). Por lo tanto, salimos con el resultado de que, salvo rumores aislados, la Batalla de Métodos aún no se había iniciado y que, tomando la palabra método en el sentido que aquí es relevante, prevaleció sustancialmente la paz metodológica. Esta fue también la opinión de Cairnes.

(c) La ciencia y el arte.

La mayoría de los escritores de renombre que prestaron seria atención a las cuestiones fundamentales de la metodología vieron claramente, y enfatizaron fuertemente, la distinción entre argumentos sobre lo que es y argumentos sobre lo que debería ser: la distinción entre la 'ciencia' de la economía y el ' arte 'de la política. [776] Pero sería un gran error leer en sus declaraciones el significado que esta distinción adquirió más tarde, cuando se planteó la cuestión de los "juicios de valor". Senior, que fue más explícito al respecto que cualquier otra persona, dijo de hecho que las conclusiones del economista "no le autorizan a añadir una sola sílaba de consejo". Pero con esto no quiso decir que el economista, como trabajador científico, esté excluido de presentar consejos prácticos porque tales consejos presuponen valoraciones finales que son extracientíficas por naturaleza, preferencias que están más allá del alcance de la prueba científica. Este es el punto de vista adoptado por Cairnes (que, sin embargo, no se adhirió a él en la práctica) y más tarde, de manera más explícita, por Sidgwick y M. Weber. Senior y Mill y sus contemporáneos no querían decir esto en absoluto. Simplemente querían decir que las cuestiones de política económica siempre implican tantos elementos no económicos que no deberían abordarse sobre la base de consideraciones puramente económicas, lo que, dicho sea de paso, en sí mismo basta para mostrar lo poco que hay en la acusación común de que el Los 'clásicos' ingleses nunca vieron nada más que los aspectos económicos o, lo que es peor, la riqueza o incluso los aspectos de las ganancias de las cosas. Pero ninguno de ellos cuestionó realmente la validez de los juicios de valor que se basaban en bases `` filosóficas " y tomaron debidamente en cuenta los elementos económicos y no económicos de un caso dado: los juicios de valor del escritor o estadista que ha considerado todos las causas que pueden promover o impedir el bienestar general ”a diferencia de“ el teórico que ha considerado sólo una, aunque entre las más importantes de esas causas ”(Senior, *Outline of Political Economy* , p. 3). Esta, como hemos visto, era también la opinión de JS Mill y de hecho prácticamente la de todos. Por supuesto, tiene sentido: uno solo podría desear que los economistas de ese período (o de cualquier otro) nunca hubieran olvidado esta sabiduría, nunca hubieran sido culpables del vicio ricardiano. [777] Sin embargo, sigue siendo cierto que nunca se les ocurrió el problema real de los juicios de valor. *Hasta el final del período, los economistas consideraron sus recomendaciones sobre política como resultados científicos que se derivaron de análisis científicos, aunque no puramente económicos* . En este sentido, después de todo, como los críticos posteriores señalaron con desdén, eran proveedores de recetas. Afortunadamente, también eran más que eso.

3. Lo que realmente obtuvieron los lectores de Mill

Los lectores de Mill obtuvieron, en primer lugar, información fáctica en la extensión de aproximadamente una sexta parte del libro. A primera vista, esta es una proporción de espacio menor que la que A. Smith o Roscher asignaron a la presentación de hechos, y lo que hay de esta presentación fáctica es extremadamente mal equilibrada, hechos sobre 'propietarios campesinos', por ejemplo , tomando una participación más acorde con el propio interés de Mill en el tema que con su probable interés para sus lectores. Pero esta puede ser una opinión incorrecta. Como subraya el prefacio de Mill, su tratado abunda en "aplicaciones" prácticas. Y estos hacen referencia a material fáctico que Mill a menudo no presentaba, tal vez porque asumió que sus lectores podrían suplir fácilmente la deficiencia de fuentes universalmente accesibles, como la obra de Babbage. 778 Si contamos como 'fácticas' todas las discusiones del libro que en este sentido presuponen información fáctica, aunque la información no se presenta realmente, entonces, si he estimado con algo parecido a la precisión, la parte 'fáctica' del libro aumenta a un poco más de dos tercios del total, quedando un poco menos de un tercio para exposición del aparato analítico. En segundo lugar, sus lectores obtuvieron una base bastante completa, pero no demasiado completa, en la "teoría". Sin embargo, como ya se ha señalado, no se establece ningún contacto con ningún *método* estadístico .

Desde otro punto de vista, podemos ilustrar la gama de temas de Mill por medio de la siguiente lista de encabezados que, como el lector puede satisfacerse fácilmente, podría ampliarse tanto al incluir más elementos menores como al dividir algunos de los principales: precios, fijación de precios, competencia, costumbre, monopolio; salarios y empleo, política salarial, sindicatos, leyes de pobreza y otros elementos de la *Sozialpolitik* de esa época; el socialismo, con especial atención al sansimonismo y al fourierismo; cooperativas de productores y consumidores; futuro de la clase trabajadora; educación; población; empresa y formas de empresa, capital, beneficio, interés; ahorro e inversión; avance tecnológico; dinero y banca, banca central, cambio de divisas, papel moneda del gobierno; crisis; comercio Exterior; colonias; propiedad privada, herencia; sociedades, sociedades, legislación concursal; alquiler, propiedad de la tierra, primogenitura, propiedad campesina, metayage, tenencia de cotter, esclavitud; 'progreso', 'madurez' (estado estacionario); política gubernamental y control gubernamental; fundamentos y límites del laissez-faire; finanzas públicas, especialmente impuestos y deudas públicas. No creo que esta lista sea llamativa ni por la estrechez de alcance ni por la lejanía de los problemas prácticos del día. Debe observarse particularmente que todas las generaciones posteriores interesadas podrían haber sido colgadas de los ganchos presentados por Mill sin alterar su sistema. Por ejemplo, los institucionalistas posteriores podrían haber insertado en los nichos de Mill todo el material adicional de naturaleza específicamente institucional que hubieran querido insertar, *sin destruir con ello el carácter general del tratado* : había lugar para todo dentro de sus espaciosos pliegues; y todo podría haber llegado a él como un desarrollo de los puntos existentes, nada tenía que haber llegado como una revolución.

JS Mill organizó su material en cinco libros: "Producción", "Distribución", "Intercambio", "Influencia del progreso de la sociedad en la producción y distribución" y "Sobre la influencia del gobierno". El último también contiene cosas distintas a las finanzas públicas, pero sin embargo corresponde principalmente al quinto libro de A. Smith. En el Libro IV, el más corto, Mill concentró lo que tenía que decir sobre el tema de la evolución económica: una feliz innovación en la exposición. Los

títulos de los tres primeros libros sugieren la influencia del arreglo de Say o, más bien, un intento no muy afortunado de mejorarlo. La teoría central del valor, que debería ocupar el primer lugar por motivos lógicos (y viene primero con Ricardo y Marx), se presenta en el Libro III como si tuviera que ver únicamente con la `` circulación " de bienes y como si la producción y la distribución pudieran ser entendido sin él. Vale la pena mencionarlo porque apunta a una debilidad fundamental de la construcción "clásica". No acuso a los "clásicos" de no haber percibido la importancia fundamental del análisis del valor (elección) que es, si se me permite decirlo, el elemento específicamente económico del proceso económico. Pero hay algo de verdad en la acusación del profesor Knight de que los "clásicos" no tenían "una concepción clara o definida del significado de la *economía* como un proceso para maximizar un rendimiento de valor" y que "el problema de la *distribución"* . . . no se abordó en absoluto como un problema de valoración ». 779 En este sentido, debemos matizar nuestro reconocimiento del mérito principal de Ricardo. Él y todos los "clásicos", incluido Mill, efectivamente progresaron hacia la adquisición de un aparato analítico que unificaría todos los problemas puramente económicos; pero, en parte debido a las deficiencias de su trabajo de base, nunca se dieron cuenta plenamente de sus posibilidades. Seguían divorciando la producción de la distribución (JS Mill incluso se atribuyó el mérito de hacerlo) como si estuvieran regidos por diferentes "leyes". El primero en señalar esto fue Ferrara. 780 Pero las autoridades combinadas de Say y Mill mantuvieron vivo este plan de exposición durante muchas décadas. No vale la pena discutir sus variantes. Roscher, por ejemplo, tiene: Producción, Circulación, Distribución, Consumo, Población, incluido Crédito con Producción.

Los cinco libros están precedidos por "Comentarios preliminares", que, entre cosas menos interesantes, contienen un breve esbozo de lo que deberíamos llamar la evolución de la sociedad económica: una historia económica universal en pocas palabras. Esto, por supuesto, no es sorprendente en sí mismo en un trabajo que tenía como objetivo hacer de nuevo lo que A. Smith había hecho. Pero mucho más allá de lo que la tradición nos lleva a esperar de Mill es su manejo de los factores a los que atribuye roles causales en la configuración de la suerte de una sociedad o país. El medio ambiente, la raza (cualidad *racialmente* diferenciada del material humano), la estructura de clases, los hábitos o propensiones se combinan para crear una imagen colorida y, lo que es más, muy realista. No hay errores intelectualistas y, en particular, utilitarios al respecto: el "conocimiento" se considera tanto una consecuencia como una causa "del estado de producción y distribución de la riqueza", y las condiciones objetivas reciben más énfasis que las ideas o los principios. Esos esbozos preliminares de la historia económica —aunque, por supuesto, no siempre son de esta calidad— se hicieron cada vez más populares a medida que avanzaba el siglo: el de Marshall es el rendimiento máximo de este tipo.

4. El marco institucional del proceso económico

(a) Las instituciones de la sociedad capitalista.

La sociología económica abarca, en primer lugar, los hechos del comportamiento económico a partir de los cuales los economistas forjan ciertos supuestos y, en segundo lugar, las instituciones que caracterizan la organización económica de las sociedades a estudiar. La práctica "clásica" con respecto a la primera se discutirá más convenientemente en el próximo capítulo. En lo que respecta a este último, debemos distinguir tres cuestiones. Muchos escritores, principalmente los teóricos ingleses —como Ricardo, James Mill y Senior— no se molestaron en especificar los detalles del marco institucional que visualizaron, pero los dieron por sentado. ¿Es cierto, como se ha afirmado tantas

veces, que creían en la permanencia del orden capitalista de las cosas o incluso que el capitalismo de laissez-faire es la única forma posible de sociedad civilizada? ¿Cuáles eran las instituciones que daban por sentadas? Cuando los discutieron, ¿qué métodos usaron?

Creo que la primera pregunta debe recibir una respuesta negativa. Es cierto que Ricardo, por ejemplo, en virtud del mismo hecho de que no especificó sus supuestos institucionales, crea la impresión de que los problemas del cambio social estaban más allá de su campo de visión. Pero esto no sigue. Todo lo que se sigue de su práctica es que estaban más allá de su campo de investigación elegido. No hay razón para creer que, si hubiera ofrecido una descripción del marco institucional, esta descripción habría diferido significativamente (aunque sus juicios de valor podrían haberlo hecho) de la de JS Mill, quien, apuntando como lo hizo a la exhaustividad sistemática, estaba más explícito. Pero, como ya sabemos (véase la sección 1, más arriba), no puede haber ninguna duda sobre la conciencia de este último de la relatividad histórica de las instituciones sociales y también de algunas, al menos, de sus "leyes económicas". En este sentido, la creencia actual de que esta conciencia se limitó a precursores aislados del historicismo posterior, como R. Jones y Sismondi, es ciertamente errónea. Sería más cercano a la verdad decir que la creencia explícita en la permanencia o en las excelencias insuperables, para todos los tiempos, del capitalismo se produjo sólo en casos aislados.

El lector debe observar, sin embargo, que esto no equivale a acreditar a los teóricos "clásicos" la idea de que el orden capitalista es sólo una fase histórica y destinado a convertirse, en virtud de su propia lógica inherente, en otra cosa. Esta idea pertenece solo a Marx. Incluso JS Mill sólo sostenía que los hombres podían, deberían y cambiarían las instituciones capitalistas mediante una percepción racional de lo que él consideraba sus defectos. No sostenía que las instituciones cambiarían por sí mismas o incluso que tendrían que cambiarse porque se volverían *objetivamente* insostenibles. Vio que 'opiniones. . . no son una cuestión de azar »[781], sino el producto de las condiciones sociales, y podríamos sentirnos tentados a desarrollar esto en la dirección marxista. Pero esto difícilmente estaría justificado: creo que debemos dejarlo en la ciudadela de la fe del siglo XVIII en el progreso intelectual, de la que salía ocasionalmente, sin duda, pero a la que siempre regresaba. Prácticamente, esto importa poco. Científicamente, hace una gran diferencia.

La segunda pregunta es sencilla. Los economistas, que deseaban servir a su tiempo ya sus países, daban por sentado —y razonaban en términos de— las instituciones de su época y de sus países. Dado que las condiciones diferían entre los diferentes países, esto explica ciertas diferencias de perspectiva que, en ese momento y posteriormente, se interpretaron erróneamente como diferencias de principio analítico. Los rasgos de la imagen que fueron seleccionados por los 'clásicos' ingleses se destacan muy claramente. Concibieron las instituciones legales (si ignoramos las supervivencias históricas que sugieren otro tipo de sociedad) de una economía de propiedad privada que dejaba tanto espacio para la libre contratación que casi justifica la práctica de los economistas de dejar fuera de consideración las limitaciones. Esto sólo significa, por supuesto, que no se tuvieron en cuenta las limitaciones de forma explícita y consciente. De hecho, los economistas ingleses siempre razonaron con referencia a la extensión real del ámbito que el derecho y la práctica administrativa inglesa dejaban a la decisión privada y al uso real que se estaba haciendo de esta libertad dentro de ese ámbito, sujeto a la moral predominante. Hábitos. El no ser específico sobre todo esto expuso a los "clásicos" ingleses a muchas críticas erróneas acerca de su aparente descuido de los aspectos éticos.

La unidad de esa economía de propiedad privada era la empresa de tamaño mediano. Su forma

jurídica típica era la sociedad privada. Salvo el socio "durmiente", normalmente lo administraba el propietario o los propietarios, un hecho que es importante tener en cuenta en cualquier esfuerzo por comprender la economía "clásica". Los hechos y problemas de la producción a gran escala y, en relación con ellos, los de las sociedades anónimas fueron reconocidos por los economistas después de que todos los demás los hubieran reconocido. Recibieron el estatus de libro de texto de manos de JS Mill, quien debidamente culpó a A. Smith por sus estrechos puntos de vista sobre los negocios corporativos, olvidando solo el detalle de que había poco mérito en darse cuenta de su importancia en 1848 y que en realidad no estaba haciendo más que lo que A. Smith había hecho, es decir, describir con sentido común sobrio y algo trivial lo que tenía ante sus ojos. Dos puntos más merecen ser notados.

En el caso normal, se suponía que estas empresas trabajarían bajo lo que los 'clásicos' llamaban Libre Competencia. Para ellos, esta competencia fue un supuesto institucional más que el resultado de ciertas condiciones del mercado. Y tan firmemente estaban convencidos de que el caso competitivo era lo obvio, familiar para todos, que no se molestaron en analizar su contenido lógico. De hecho, el concepto ni siquiera estaba definido. [782] Significaba simplemente la ausencia de monopolio — que se consideró anormal y fue enérgicamente condenado, [783] pero tampoco se definió adecuadamente — y de fijación pública de precios. JS Mill se atribuyó el mérito, no sin justificación, de dos pasos importantes. Primero, enfatizó la importancia de los precios habituales, principalmente para civilizaciones anteriores y para el continente, pero en ciertos casos, como el alquiler y los honorarios profesionales, también para Inglaterra. Y, en segundo lugar, enfatizó el hecho de que, aunque la costumbre fue la única razón que dio para su existencia, que la competencia a menudo 'no llega al máximo' y que en este caso debe aplicarse una corrección general, 'ya sea expresamente mencionada o no, 'a todas las conclusiones a las que se llegó sobre la hipótesis de la competencia perfecta (Libro II, cap. 4, § 3). En tal cuadro, el establecimiento de precios cooperativos podría entrar sólo, si es que lo hace, como otra desviación de la práctica normal como el monopolio directo y como una conspiración contra el bienestar público exactamente como lo hace ahora. Sin embargo, hubo una excepción a esto: en el esquema de cosas de JS Mill, los sindicatos eran un elemento normal del patrón institucional y las leyes contra ellos 'exhiben el espíritu infernal del amo de esclavos' (Libro V, cap. 10, § 5).

El otro punto para recordar es este. Muchos economistas ingleses criticaron severamente el sistema agrario inglés. [784] Pero cuando no se dedicaron a criticarlo ni a discutir alternativas, también lo dieron por sentado en el sentido de que razonaron con referencia a él y al tipo inglés de terratenientes que poseían grandes latifundios pero no los explotaban. En este caso particular, sin embargo, el razonamiento en términos de instituciones existentes conllevaba una ventaja que puede destacarse en contraste con el razonamiento en términos de la empresa administrada por el propietario: los terratenientes y los agricultores son personas diferentes, fue fácil para el teórico mantener distintas sus "funciones" económicas; Los propietarios de empresas —capitalistas—, que eran en su mayoría las mismas personas que también operaban estas empresas, resultó menos fácil para el teórico reconocer esta distinción de "funciones". Esto nos enseña una lección interesante: *puede* suceder, aunque no tenemos derecho a ver en este suceso más que un golpe de suerte, que un patrón histórico *particular* , que en su conjunto no tiene nada de permanente, revele hechos y relaciones que son de importancia analítica general. Por lo general, por supuesto, es al revés, y siempre debemos estar atentos, por un lado, a las limitaciones que sus supuestos institucionales particulares puedan imponer a los resultados de los 'clásicos' y, por otro lado, a posibles justificaciones de estos mismos resultados que pueden

encontrarse ocasionalmente en las peculiaridades del patrón social que concibieron.

Nuestra tercera pregunta, relativa al método utilizado por los "clásicos" al discutir las instituciones sociales, se dirigirá, en aras de la brevedad, solo a JS Mill. [785] Como ejemplo, considere sus puntos de vista sobre la herencia. [786] La discusión culmina en las recomendaciones (a) de que la libertad de legado sea la regla general, excepto en el caso de una modesta disposición obligatoria para los descendientes y de una disposición en el sentido de que a ninguna persona 'se le debería permitir adquirir por herencia más de la cantidad de una independencia moderada »; y (b) que 'en caso de intestado, la totalidad de la propiedad se transfiera al Estado', también con una condición a favor de una provisión 'justa y razonable' para los descendientes. En sí mismas, estas recomendaciones y también las ideas particulares de `` justicia " que entran en ellas solo son interesantes desde puntos de vista distintos al nuestro: para el historiador de la civilización revelan parte del esquema de valores culturales que albergaba un destacado intelectual que pertenecía a la clase media y vivió a mediados de la era victoriana. [787] Pero hay, además de mucha ideología pura, también algo detrás de esas recomendaciones que es de naturaleza analítica y admite la aplicación de un método científico. Solo que este método científico no es el que podríamos esperar. El problema de Mill no es explicar, histórica y sociológicamente, el origen y las diversas formas de la institución de la herencia. Esto, como dijo con tantas palabras en el caso de la institución de la propiedad (§ 2 del Libro II, cap. 1), no concierne a la "filosofía social". Lo que concierne a este último es el problema de la conveniencia social, aunque no la conveniencia de cualquier institución como es en realidad, sino como una comunidad que no está obstaculizada por ninguna tradición o `` prejuicio " podría introducirla, bajo el consejo, supongo, del filósofo social. Quizás esta no sea la forma más científica de plantear el asunto, pero indica con bastante claridad el método de Mill de analizar las instituciones sociales: la conveniencia de una institución depende de su efecto o papel en el organismo económico, en la práctica, de los efectos que se pueden esperar. a partir de cambios dados de un patrón dado, y estos efectos Mill procedió a analizarlos. Al hacerlo, este luchador contra el prejuicio demuestra ser, de hecho, la víctima más indefensa del prejuicio contra cualquier cosa que esté muy alejada de su propio modo de vida o de pensamiento, mostrando en esto una deplorable estrechez de miras [788], pero en sí mismos tanto la tarea como el Los métodos son de naturaleza científica (analítica).

(b) El Estado en la economía "clásica".

En el Capítulo 2 de esta Parte aprendimos una serie de hechos sobre la "política" de los economistas de la época y sobre el significado y las limitaciones de lo que se ha llamado el Sistema de Libertad Natural. En el capítulo 3, nos familiarizamos con varios tipos de sociología política, entre ellos la teoría marxista del estado. En el Capítulo 4, tuvimos la oportunidad de notar, aquí y allá, las posiciones tomadas por economistas individuales con respecto al papel del Estado en los asuntos económicos. En esta sección, ignoraremos todo esto, y todas las filosofías, ideologías y preferencias políticas, que eran en parte simplemente las filosofías, ideologías y preferencias de la clase empresarial que, de pie sobre sus propios pies económicamente, no quería nada de el estado, excepto la protección legal y los impuestos bajos, incluidas las recomendaciones políticas asociadas con ellos. En cambio, nos concentraremos en una sola pregunta: ¿cómo afectó todo esto al análisis económico? O, dado que todo esto entra o influye en el análisis económico a través de los *supuestos que* hacen los economistas acerca de la naturaleza del Estado (gobiernos, parlamentos, burocracias) y sus funciones normales y eficiencia: ¿hasta qué punto eran realistas los supuestos hechos por los economistas, considerando la

situación histórica? condiciones a las que se aplicarían sus proposiciones analíticas?

Mi respuesta es que estos supuestos reproducían bastante bien las realidades de la época en los *países de* esos economistas . Prácticamente todos los economistas *creían,* sin importar lo que *desearan* , que, como dijo JS Mill, el laissez-faire era la regla general para la administración de los asuntos económicos de una nación y que lo que se llamaba significativamente "interferencia" estatal era la excepción. Y, aunque por diferentes razones en diferentes países, esto fue así en la práctica real no solo como un hecho sino también como una cuestión de necesidad práctica: ningún administrador responsable podría haber sostenido entonces, y ningún historiador responsable debería sostener ahora, que, Siendo las condiciones sociales y económicas y los órganos de la administración pública como eran, cualquier empresa ambiciosa en materia de regulación y control podría haber resultado en cualquier cosa menos en un fracaso. Por lo demás, existían grandes diferencias entre los economistas de diferentes países con respecto a lo que la administración pública podía y "debería" hacer. Pero, como se señaló en el capítulo 2, se explican en gran medida por diferencias, no en los principios económicos, sino en las condiciones reales de los diferentes países. 789 Y prácticamente todas —en lo que respecta a los economistas profesionales— se encuentran dentro del rango cubierto por la frase, 'diferencias de opinión en cuanto al alcance de las excepciones —necesarias o sólo deseables, aprobadas o desaprobadas— al laissez-faire regla.'

El caso especial de Inglaterra ilustrará esto. 790 Allí, no se había producido ninguna revolución para barrer con la pesada estructura de la burocracia del siglo XVIII, que era ineficiente, derrochadora, llena de pretensiones, asociada con una política mercantilista impopular e incluso con la corrupción política. Antes de que se pudiera erigir una estructura nueva y más eficiente, la antigua tenía en cualquier caso, quiero decir, independientemente de lo que, si acaso, se quisiera poner en su lugar, que se derribara poco a poco para despejar el terreno. . Y hasta que no se haya hecho esto, la maquinaria existente de la administración pública simplemente no estaba a la altura de ninguna de esas complicadas tareas que implica la regulación moderna o la *Sozialpolitik* . Es mérito del juicio de JS Mill que él fuera consciente de esto. En principio, no era contrario a una gran cantidad de actividad gubernamental. No se hacía ilusiones sobre ningún "mínimo necesario" de funciones estatales determinado filosóficamente. Pero se dio cuenta de la superioridad, que en las circunstancias simplemente no cabía duda, de la administración de los recursos productivos por parte del empresario sobre lo que se podía esperar del funcionario público de su época. Se dio cuenta de más que eso. Ningún lector atento de su tratado puede dejar de notar la cantidad de veces que, después de llegar al resultado de que algo u otro (por ejemplo, la restricción del impuesto sobre la renta al gasto de los consumidores) es 'deseable', se niega a convertir este juicio de valor en una recomendación por insuperables dificultades administrativas: en realidad eran insuperables *entonces* . Es cierto que los otros `` clásicos " ingleses, sin mencionar a los monomaníacos *antietatistas* , que produjo esa situación social, especialmente en Francia, no solo no vieron que esas condiciones eran esencialmente transitorias, sino que también defendieron, por supuesto, , que la burocracia que se estaba eliminando nunca debería ser reemplazada por nada: que el gobierno y la burocracia deberían "naturalmente" limitarse a un cierto mínimo de funciones. Pero incluso esto, que representa una tendencia real, en la *medida en que era un supuesto sobre parte del marco institucional del proceso económico,* menoscaba el valor de su análisis económico.

Pero podemos dar un paso más. De nuestro argumento podría parecer deducirse que, si el

análisis `` clásico '', en el aspecto en discusión, era válido porque sus supuestos sobre el papel del Estado eran realistas, aunque de duración determinada, debe ser inválido para cualquier otro período porque esos los supuestos estaban sujetos a plazos, aunque eran realistas. De hecho, esto es cierto para un gran número de proposiciones en economía aplicada, y más aún para las recomendaciones. Pero no es así para el análisis "clásico" en sí. Siempre necesitamos entender lo que sea que deseamos regular o controlar. Esto significa que, por muy amplias que puedan ser las tareas económicas del gobierno en cualquier momento, siempre necesitamos una teoría del tipo `` clásico '' siempre que se trate únicamente de regulación y control; en el socialismo necesitamos, por supuesto, un tipo diferente de teoría. No acudimos a la economía "clásica" en busca de información sobre, digamos, los factores que explican el desempleo debido a sus defectos *analíticos* . Pero el hecho de que sus supuestos sobre el papel de la legislación y la administración pública no se ajusten a las condiciones de nuestro tiempo no constituye en sí mismo una razón válida para negarnos a hacerlo. Por supuesto, el lector comprenderá cuán difícil debe haber sido aceptar esto para los historiadores posteriores del pensamiento económico, que estaban interesados en poco más que ideas, doctrinas o filosofías sociales y recomendaciones políticas, y que no estaban en condiciones de decidir qué Las proposiciones "clásicas" deben, y no necesitan, ser descartadas cuando dejamos de lado cualquier elemento dado de su marco institucional.

(c) La Nación y las Clases.

Para concluir esta sección, deseo señalar dos de las muchas lagunas en nuestro estudio de los aspectos institucionales de la economía `` clásica '': no nos hemos ocupado de la forma en que los economistas de ese período manejaron el fenómeno social que llamamos Nación. o País; y no nos hemos ocupado de su concepción de la estructura de clases de la sociedad. El primero es relevante para el análisis económico de tres formas. En primer lugar, es un factor —algunos dirían que el factor dominante— en la sociología general o la filosofía social de muchos economistas: de esto, todo lo que hay que decir a los efectos de este libro, se ha dicho en el capítulo 3 (especialmente bajo el título Romanticismo). De aquí distinguimos, en segundo lugar, el punto de vista nacional en política económica, sobre el cual hemos aprendido algo en el Capítulo 4 (Carey, List), pero que se abordará de nuevo en la sección siguiente que trata del comercio exterior (cap. 6, sec. 3). En tercer lugar, es una cuestión de considerable interés preguntar hasta qué punto los economistas de ese período tuvieron en cuenta las diferencias nacionales de comportamiento económico y de conciencia de nacionalidad como motivo de comportamiento económico: esta cuestión se tratará más adelante (cap. 6, sec. . 1). El tema de las clases sociales ofrece una cómoda transición de esta a la siguiente sección.

En economía, como en todas las ciencias sociales, el término Clase denota dos cosas diferentes que, en estricta lógica, no tienen nada que ver entre sí. Cuando hablamos de clases sociales o de la estructura de clases de la sociedad, queremos denotar un fenómeno real que existe independientemente de la actividad de los investigadores: real o metafóricamente, podemos sostener que una clase social es una entidad que piensa y siente y hechos. Pero también hablamos de clases cuando no nos referimos más que a categorías que deben su existencia a la actividad clasificatoria de los investigadores. Así, cuando hablamos de movimientos de la clase trabajadora, de hecho nos estamos refiriendo a masas de individuos pero de individuos que se agrupan en torno a un estándar de grupo y forman, por así decirlo, una corporación psicológica, una clase social. Cuando consideramos el grupo de todas las personas que obtienen sus ingresos de la venta de servicios (esfuerzos personales), encontramos que estamos combinando tipos sociales que tienen muy poco en común y casi nunca se sienten y actúan al unísono,

como los barrenderos y las películas. estrellas, obreros y ejecutivos, asistentas y generales: en definitiva, estamos considerando una categoría que nos hemos formado. Si esto fuera todo, deberíamos simplemente advertir la existencia de otra fuente de confusión en la discusión económica y asegurarnos en cada caso individual qué es lo que queremos decir o un escritor dado al usar el término Clase: clases sociales que son realidades de sangre roja, o categorías de participantes en el proceso económico que son pálidas abstracciones. [791] Pero asociado con esta simple distinción hay un tema importante que bien puede notarse de inmediato.

Las dos "clases de participantes en el proceso económico" de Marx, [792] capitalistas y proletarios, no son meras categorías sino clases sociales. Esta característica es esencial para el sistema marxista. Unifica su sociología y su economía al hacer que el mismo concepto de clase sea fundamental para ambos. Por un lado, las clases sociales de la sociología son *ipso facto* las categorías de la teoría económica; por otro lado, las categorías de la teoría económica son *ipso facto* las clases sociales. La importancia de este rasgo se vuelve particularmente clara cuando observamos su relación con el antagonismo de clases, que en este sistema es al mismo tiempo un fenómeno exclusivamente económico *y* el hecho más importante de toda la historia humana presocialista. Entenderemos que, desde este punto de vista, cualquier intento de formar categorías económicas distintas de las clases sociales está destinado a aparecer como un intento de dejar de lado u oscurecer la esencia misma del proceso capitalista o, para usar una frase corriente entre los marxistas, de teoría de su contenido social ». Tal intento no solo está teñido de "apologética": es inútil y no puede producir soluciones a los problemas reales de la economía.

Pero la economía no marxista no estaba menos obligada a adoptar, con un énfasis creciente, la visión opuesta, y a considerar la misma característica de la que los marxistas se enorgullecían (y se enorgullecen) como una mancha debida a la supervivencia de patrones de pensamiento precientíficos. Ésta fue la consecuencia inevitable del avance analítico que hizo cada vez más una clara distinción entre las relaciones puramente económicas y otras con las que están asociadas en la realidad. Al analizar los fenómenos económicos, categorías distintas de las sugeridas por la estructura de clases de la sociedad han resultado más útiles, así como más satisfactorias, lógicamente. Esto no implica pasar por alto ningún aspecto relevante de la lucha de clases, o simplemente aspectos de clase, de las relaciones investigadas. [793] Todo lo que implica es una mayor libertad para que los diversos aspectos de la realidad hagan valer sus derechos.

Como veremos ahora, los economistas del período examinado dieron un gran paso hacia un análisis económico en términos de categorías de tipos económicos y se alejaron del análisis económico en términos de clases sociales. Pero no procedieron de la manera lógica; es decir, no elaboraron una teoría de las clases sociales, la insertaron en su sociología económica y luego construyeron categorías económicas para su uso en el análisis económico: este procedimiento habría requerido una conciencia de los problemas involucrados de los que estaban muy alejados. En cambio, tomaron un atajo: simplemente convirtieron, con pocas modificaciones, los grupos sociales que son conocidos por la mente popular en categorías de análisis económico. Con la excepción de Marx, cuyo análisis de las clases sociales, por defectuoso que sea, sigue siendo análisis, no hicieron ningún esfuerzo analítico. Y nunca se les ocurrió la necesidad de tal esfuerzo porque, de hecho, las agrupaciones sociales del hombre de la calle estaban lo suficientemente empapadas de significados económicos como para adecuarlas a los toscos propósitos del análisis económico "clásico". El hombre de la calle siempre se

había sentido muy impresionado por la aristocracia terrateniente que dominaba al resto de la sociedad. Difícilmente menos distintiva e imposible de pasar por alto fue la posición, en el otro extremo de la escala, de los "pobres" agrícolas e industriales. Por lo demás, el hombre de la calle veía a agricultores, artesanos, fabricantes, adinerados, banqueros, comerciantes, etc., en lugar de una sola clase empresarial, y ciertamente habría reservado otros puestos especiales para las profesiones. En este último aspecto, los economistas "clásicos" estaban más o menos de acuerdo con él. [794] Pero para el resto de esos grupos, ellos (los economistas 'clásicos') prestaron el modesto servicio al análisis que consiste en agruparlos, para algunos, aunque no para todos los propósitos, en una sola categoría económica, para la cual la etiqueta 'capitalistas 'pronto pasó a ser de uso generalizado en la literatura económica. [795]

Así, Marx, el único de todos los principales analistas, retuvo la connotación de clase de las categorías de tipos económicos, conscientemente y por principio. La tendencia imperante a alejarse de ella, que no dejó de advertir, simplemente la puso como uno de los síntomas de la degeneración de la economía burguesa que, según sostenía, ya no tenía el coraje y la honestidad para enfrentar los problemas reales. . Del mismo modo, advirtió con aprobación esos vestigios de la confusión popular de los dos aspectos que se pueden encontrar en los primeros 'clásicos', especialmente en Ricardo. La existencia de tales vestigios es lo que deberíamos esperar en un proceso de desarrollo analítico que no solo fue lento sino también subconsciente. Pero, ¿qué importancia tenían? Es cierto que Ricardo habló de la distribución del "producto de la tierra" como un proceso de distribución entre "tres clases de la comunidad" (Prefacio). Esto parece implicar una connotación de clase. Sin embargo, si deseamos tomar esta frase literalmente, debemos tomar toda la oración literalmente, y esto convertiría a Ricardo en un fisiócrata. Además, es cierto que su teoría de los salarios, en la medida en que se ajusta a cualquier parte de la realidad, sólo se ajusta a los salarios del trabajo manual, de la *clase* proletaria . Y finalmente Ricardo, de acuerdo con la interpretación tradicional, enfatizó el antagonismo de los intereses de clase: los intereses de los terratenientes, en particular, se sostienen como "siempre opuestos" a los del resto de la sociedad. Esto, por supuesto, es lo que más le gustó a Marx y lo que menos gustó a otros economistas que también lo tomaron como un rasgo esencial de la economía de Ricardo, como Carey y Bastiat. Pero en lo que respecta a la vieja teoría salarial que adoptó Ricardo, es muy obvio que no le dio ningún giro de lucha de clases. Y parece mucho más realista ver en su muy parcial validez el resultado inevitable de un aparato analítico defectuoso que de cualquier intención de enfatizar aspectos de clase. En cuanto a su manejo general de los intereses de clase, deben distinguirse cuidadosamente dos cosas. Como la mayoría de los "clásicos", Ricardo estaba muy atento a las implicaciones políticas. Siendo uno de los campeones del libre comercio de maíz, lo veía como una medida política que debía llevarse en contra de los intereses *económicos* de una clase *social* , que en este caso comprensiblemente se fusionaría en su mente. Y esto sucedió, por supuesto, cada vez que hubo un tema político en el yunque. Pero esto está bien: el punto de vista político trae consigo la lucha partidaria y el partido trae el elemento de clase social: nada está más lejos de mi pensamiento que cualquier deseo de defender un tratamiento de *las* cuestiones *políticas* que descuide este elemento de clase y las razones en términos de bien común imaginario. Pero otra cuestión muy distinta es la importancia de la oposición de los intereses de clase en el análisis económico de Ricardo per se. Esto se reduce a proposiciones sobre las tendencias a largo plazo de las participaciones distributivas relativas (véase más adelante, cap. 6, sec. 6). Sostuvo, por ejemplo, que la participación del propietario tiende a aumentar a expensas,

principalmente, de la participación del capitalista. Esto, sin embargo, no constituye antagonismo de clases ni en el sentido marxista ni en el sentido habitual. Marx, reconociendo solo dos clases, vio la "lucha" de clases, económica *y* política, solo entre estas dos y, por lo tanto, testificó su creencia de que la oposición de intereses *en el sentido ricardiano* no constituye antagonismo de clases. En el sentido habitual, antagonismo de clases significa antagonismo entre clases sociales, una realidad que se manifiesta, por ejemplo, en la arena política. Para que surja este fenómeno, la tendencia antagónica ricardiana en las participaciones distributivas no es una condición necesaria ni suficiente. Esto parece establecer nuestra tesis, a saber, que las connotaciones de clase de las categorías de Ricardo no son más que supervivencias y no son esenciales para su sistema; y que, en particular, Carey y Bastiat y todos los escritores que tomaron líneas similares se equivocaron cuando, creyendo que las tendencias ricardianas en acciones distributivas significaban guerra social, se dispusieron a refutarlas.

5. El esquema "clásico" del proceso económico

En el marco sociológico recién esbozado, los "clásicos" encajaron en un esquema del proceso económico, cuyas características generales es nuestra próxima tarea describir. En sí misma, esta tarea es bastante simple. Pero resulta más difícil por los hechos que la forma que tomó el esquema en la obra clásica (en nuestro sentido) de la época, los *Principios de* JS Mill , no es más que 'representativa' de un gran número de esquemas que más o menos menos diferente de él; que aun así fue el resultado de largas discusiones que fueron en parte inútiles, a veces meramente verbales, pero que cobran importancia a la vista atrás; y que el estado del trabajo analítico se veía muy diferente en diferentes etapas. La misma proposición de que hubo algo parecido a un progreso hacia la aclaración de los problemas y la mejora de los resultados del análisis será votada como una tergiversación por los lectores que olvidan, o en principio desaprueban, el objetivo y el punto de vista de una historia del *análisis* .

(a) Los actores.

Cualquier esquema del proceso económico debe, en primer lugar, resolver la cuestión de la *dramatis personae* para ser admitida en escena y prejuzgar así muchos de sus rasgos. Estos actores eran, por supuesto, empresas y hogares y no clases sociales, o de lo contrario no podría haber habido competencia: esto también se aplica a la *teoría* de Marx . Como sabemos, estos actores se clasificaron mediante la conversión de los grupos sociales conocidos por la experiencia común en las tres categorías de tipos económicos (o clases "funcionales"): terratenientes, trabajadores y capitalistas. [796] Por supuesto, esto simplemente continuó una vieja práctica que había sido sancionada por A. Smith. Dado que las tres eran meras categorías, cada una definida por un rasgo económico, se reconoció sin dificultad que un individuo era capaz de pertenecer a dos (por ejemplo, si era un artesano) oa las tres (por ejemplo, si era un campesino, labrando su propia tierra). Marx, como también sabemos, sustituyó esta división tripartita de tipos por su esquema de dos *clases* . [797]

En un aspecto, sin embargo, hubo un avance significativo, aunque vacilante. Una cuarta categoría o tipo finalmente recibió un reconocimiento explícito, el empresario. No es que los economistas hubieran logrado nunca la hazaña imposible de pasar por alto la figura más colorida del proceso capitalista. Los médicos escolásticos, al menos desde los tiempos de San Antonino de Florencia, habían distinguido la *industria* del empresario del *trabajo* del *trabajador* . Los economistas del siglo XVII habían demostrado una comprensión inconfundible, aunque inarticulada, del tipo.

Cantillon fue, hasta donde yo sé, el primero en utilizar el término empresario. Pero estas sugerencias se agotaron sin llegar a buen término. A. Smith echó un vistazo al tipo de vez en cuando (habla de vez en cuando del empresario de pompas fúnebres, el amo, el comerciante) y, si se le presionara, no habría negado que ningún negocio funciona por sí solo. Sin embargo, esta es exactamente la impresión general que reciben sus lectores. El comerciante o amo acumula "capital" —esta es realmente su función esencial— y con ese "capital" contrata a "gente trabajadora", es decir, obreros, que hacen el resto. Al hacerlo, expone estos medios de producción al riesgo de pérdida; pero más allá de esto, todo lo que hace es supervisar su preocupación para asegurarse de que las ganancias lleguen a su bolsillo. JB Say, siguiendo la tradición francesa (Cantillon), fue el primero en asignar al empresario, per se y a diferencia del capitalista, una posición definida en el esquema del proceso económico. Su contribución se resume en la concisa afirmación de que la función del empresario es *combinar* los factores de producción en un organismo productor. Tal afirmación [798] puede significar mucho o poco. Ciertamente no logró hacer un uso completo de él y presumiblemente no vio todas sus posibilidades analíticas. Se dio cuenta, hasta cierto punto, de que podría derivarse una teoría del proceso económico muy mejorada haciendo del empresario en el esquema analítico lo que es en la realidad capitalista, el pivote sobre el que todo gira. Pero no se dio cuenta de que la frase "factores de combinación", cuando se aplica a una empresa en marcha, denota poco más que una gestión de rutina; y que la tarea de combinar factores se vuelve distintiva sólo cuando se aplica no a la administración actual de una empresa en marcha sino a la organización de una nueva. En cualquier caso, sin embargo, convirtió una noción popular en una herramienta científica.

En Alemania, el concepto de empresario era un elemento familiar de la tradición "cameralista". Y también lo fue el término correspondiente, *Unternehmer* , que los economistas de la época continuaron usando; aparece, por ejemplo, en el libro de texto de Rau. El análisis de la función empresarial se desarrolló de manera constante aunque lenta, culminando en el trabajo de Mangoldt. [799] Me siento incapaz de saber cuánto de eso, si es que algo, se debe a la influencia de Say. Pero en Inglaterra esta influencia se muestra más claramente. Ricardo, los ricardianos y también Senior no hicieron caso de la sugerencia de Say y, de hecho, casi lograron lo que he descrito como una hazaña imposible, a saber, la exclusión total de la figura del empresario. Para ellos, así como para Marx [800] , el proceso empresarial funciona sustancialmente por sí mismo, y lo único que se necesita para hacerlo funcionar es un suministro adecuado de capital. Pero algunos de los escritores no ricardianos y antirricardianos de fines de la década de 1820 y de la de 1830 sí lo aceptaron, Read y Ramsay (este último utilizó el término "maestro" en lugar de emprendedor, aunque habló de empresa) y merecen una mención especial. El paso decisivo lo dio JS Mill, quien llevó el término emprendedor a un uso generalizado entre los economistas ingleses y, al analizar la función empresarial, pasó de 'superintendencia' a 'control' e incluso a 'dirección', lo que, admitió, requería "A menudo no es una habilidad ordinaria". Pero esto define la función de gestión y no nada distinto de la mera administración. Si esto fuera todo, bien podría haberse contentado con el buen término en inglés, manager —que de hecho fue adoptado más tarde por A. Marshall— y haberse ahorrado todos los arrepentimientos por no haber una buena palabra en inglés para emprendedor. Una razón por la que no lo hizo fue posiblemente que los gerentes son frecuentemente empleados asalariados y no necesariamente comparten los riesgos comerciales, mientras que JS Mill, como todos los autores de ese período y la mayoría de los autores del siguiente, deseaba hacer riesgos. teniendo una función

empresarial junto con la "dirección". Pero esto solo sirvió para empujar el coche aún más por el camino equivocado. [801] Y ahí se quedó. Hubo varios intentos de mejora y desarrollo durante ese período y el siguiente. Sin embargo, sustancialmente, la concepción de JS Mill de la función empresarial prevaleció a lo largo del siglo, lo que significa que, después de todo, la sugerencia de Say llegó a muy poco. Regresaremos ahora al tema.

(b) Los Agentes.

Se pide al lector que observe cuán corto, simple y natural es el paso desde el reconocimiento de las tres categorías de participantes en el proceso económico — terratenientes, trabajadores y "capitalistas" - a un esquema general de este proceso. Las categorías se caracterizan por un rasgo puramente económico: son, respectivamente, los proveedores de servicios de tierra, de trabajo y de una reserva de bienes denominada "capital". Esto parece asentar su papel en la producción y, de manera bastante espontánea, se presenta la famosa tríada, la tríada de agentes, o factores, o requisitos —o instrumentos (Senior) —de producción. Y, no menos fácilmente, surge una tríada de ingresos que corresponde a la tríada de factores: rentas, salarios y "ganancias". Seguramente nada podría parecer más útil y más simple o más obviamente acorde con los hechos a cualquier persona que no esté influenciada por un conocimiento previo de la controversia económica. Este es el primer punto sobre la tríada de factores que quiero que el lector se dé cuenta.

El segundo punto a tener en cuenta es que, sin embargo, la tríada no es popular entre los economistas modernos. Se estableció, más o menos, a mediados del siglo XIX y tomó una nueva vida gracias al patrocinio de A. Marshall. [802] Y todavía sobrevive, debido a su habilidad en la enseñanza elemental. Más allá de esto, sin embargo, a los economistas modernos no les gusta particularmente: algunos lo ven como una reliquia de etapas pasadas del análisis, una herramienta torpe, un estorbo más que una ayuda. Pero por el momento, no nos ocupamos de esto, sino de un tercer punto. Por razones muy diferentes de las que motivan la actitud de los teóricos modernos, los economistas del período examinado se mostraron reacios a aceptar la tríada, que en consecuencia conquistó, pero lenta e incompletamente, un hecho que, considerando la obviedad del esquema, requiere una explicación. Además, el examen de estas razones nos enseñará una lección interesante sobre los "caminos de la mente humana" en nuestro campo.

En el capítulo 6 del primer libro de la *riqueza de las naciones* , A. Smith descompuso el precio de los productos en tres componentes: salario, renta y ganancia. En el Capítulo 7, estos precios se construyen nuevamente a partir de estos mismos componentes. [803] En sí mismo, esto apunta con bastante fuerza hacia la tríada de factores. Pero el puntero se pierde por completo en el argumento del capítulo 6. Allí, los trabajadores, los terratenientes y los capitalistas se presentan de hecho como participantes en el proceso de distribución, pero sus participaciones no se interpretan como rendimientos del empleo productivo de sus factores: si no totalmente negado, e incluso si ocasionalmente se "reconoce", [804] este aspecto factor-valor de las acciones distributivas se deja de lado en favor de otro aspecto muy diferente. Se recordará que A. Smith trata de mostrar cómo las acciones del terrateniente y del capitalista se "deducen" del producto total que "naturalmente" es, en su totalidad, el producto del trabajo. Y esto parece apuntar hacia un arreglo conceptual diferente, que reserva el papel de factor de producción solo para el trabajo y excluye la perspectiva de la tríada de factores a pesar del hecho de que el lenguaje de A. Smith en la primera página del capítulo 7 es claramente sugerente de ello.

La exposición de A. Smith se ha reformulado, en primer lugar, porque anticipa instructivamente la situación que prevaleció en este rincón de la teoría económica durante todo el período. Ya sea bajo la influencia de A. Smith o de forma independiente, algunos economistas tomaron la línea indicada por uno de los indicadores de A. Smith, y algunos tomaron la línea indicada por el otro. Pero la mayoría dudó y se comprometió, aunque la tendencia siempre estuvo a favor de la tríada de factores. En segundo lugar, partimos de A. Smith porque su exposición ilustra muy bien la naturaleza del principal obstáculo que se interponía en el camino de una aceptación fluida del esquema de tres factores. Para verlo, debemos recordar una vez más que la proposición de que el trabajo por sí solo produce todo el producto no tiene un contenido empírico que pueda ser relevante en un análisis de los hechos del proceso económico: es evidente que nadie puede sostener que el trabajo es todo eso. es necesario para producir algo, excepto en una clase de casos sin importancia. Pero la proposición puede tener un significado 'metaeconómico' de un color ético y concuerda bien con las propensiones emocionales y las doctrinas políticas de los patrocinadores de los intereses del trabajo que, como A. Smith, amaba declamar sobre el trabajador que produce todo. porque todo el mundo y él mismo 'va en harapos'. Pensaron que estaban ganando un punto para el trabajo aferrándose a esa doctrina, y esta creencia infantil los confirmó la creencia no menos infantil de muchos patrocinadores de la tríada de que establecer la tierra o el capital como factores de producción estaba ganando un punto. para terratenientes o capitalistas. 805 No se dieron cuenta de que sus filosofías éticas y doctrinas políticas eran lógicamente irrelevantes para la explicación de la realidad económica tal como es. En otras palabras, no se dieron cuenta de que todo lo que importa para este propósito es el simple hecho de que, para producir, una empresa necesita no solo mano de obra, sino todas las cosas que están incluidas en la tierra y el capital, y que esto es todo eso está implícito en la configuración de los tres factores. En otras palabras, aún no tenían una concepción clara de los propósitos distintivos del análisis, ¿no es así? Y *de qué es y qué no es relevante para el propósito analítico* . Por lo tanto, se comprenderá que ver este propósito distintivo y percibir que el esquema de tres factores le servía de manera simple, dadas las circunstancias, no fue tan fácil como se podría inferir de su obviedad y que, por lo tanto, su adopción significó una considerable mérito analítico después de todo.

Sin embargo, hay otro aspecto del asunto. Si se acepta una teoría del valor de la cantidad de trabajo, ya sea a la manera de Ricardo o de Marx (ver más adelante, capítulo 6, sección 2a), el esquema de tres factores, que hemos estado recomendando por su simplicidad, se encuentra con dificultades *analíticas.* que son bastante independientes de cualquier filosofía. Pues las participaciones distributivas deben pagarse con los precios de los productos que, debido a la presencia de demandantes distintos del trabajo, no pueden en general ser proporcionales a las cantidades de trabajo incorporadas a esos productos. Por tanto, surge un nuevo problema en relación con la forma en que se satisfacen esas otras reclamaciones. Y al intentar resolver *este* problema, encontramos que la tríada de factores que coloca a todos estos factores fundamentalmente en la misma posición lógica es muy incómoda de manejar: 806 desde *este* punto de vista, el mero hecho de que todos los agentes sean igualmente `` necesarios '' ya no puede considerarse tan decisivo. Nótese este hecho interesante: desde el punto de vista de cualquier teoría del valor que no sea la teoría de la cantidad de trabajo, este problema aparece como un ejemplo de elección de un problema espurio, es decir, un problema que debe su existencia misma a un análisis defectuoso y desaparece, sin cualquier problema, si se elimina el elemento defectuoso, en este caso la teoría del valor de la cantidad de trabajo; pero desde el punto de vista de la teoría del valor de la

cantidad de trabajo, el problema en cuestión se convierte en el más importante de todos, cuya solución debe revelar el secreto más íntimo de la sociedad capitalista. Por lo tanto, Marx tenía muchas razones para alzarse en ira contra la tríada de factores y condenarla como una pieza de vil apologética que, al reducir las luchas coloridas de las clases sociales a asignaciones incoloras de retornos a factores cooperantes, castraba la realidad capitalista. [807] A veces, la tarea de análisis se dificulta por la naturaleza de sus problemas; la mecánica ondulatoria es un buen ejemplo. A veces, las dificultades no están en las cosas sino en nuestras propias mentes.

Tan pronto como se comprenda esto, podremos abordar muy brevemente los hechos del caso. La aversión al esquema de la tríada que se debía a causas filosóficas, políticas o emocionales cedió finalmente y al final se afirmó meramente en concesiones verbales. El obstáculo de la teoría de la cantidad de trabajo fue, por supuesto, casi insuperable para el propio Ricardo y para los socialistas ricardianos, incluido Marx. Pero fue superada por la teoría no ricardiana y antiricardiana de la década de 1830, que muestra una vez más que la enseñanza ricardiana tenía realmente la naturaleza de un desvío. En el continente, Say —posiblemente siguiendo el ejemplo de Turgot— estableció el esquema de la tríada [808] y la práctica de tratar, tanto en la teoría de la producción como en la teoría de la distribución, con los "servicios" de los tres factores en pie de igualdad. En Inglaterra, Lauderdale fue el primer escritor importante en establecer el capital como factor distintivo. Malthus no puso énfasis en la tríada, pero su estructura teórica lo implica. Torrens, Read y Senior, especialmente el último, son los más importantes de los economistas que lo ayudaron a anclarse en la economía inglesa. [809] JS Mill, finalmente, lo adoptó en sustancia, pero con vacilación y sin seguir adelante, de una manera que refleja muy bien la situación doctrinal actual. Comenzó como Petty con dos "requisitos" de producción, un término feliz que desarma la crítica poco inteligente al evitar cualquier sugerencia en el sentido de que los "agentes" podrían tener moralmente derecho a "recompensas". [810] Luego notó el hecho de que el proceso económico de cada período también depende del stock de bienes que está disponible al comienzo del período, *que es todo lo que implica establecer el "capital" como un factor distinto* . Entonces reconoció al capital como un factor, pero lo distinguió de los otros dos, los dos 'originales'. [811] Senior había hablado del capital como un agente "secundario" en contraste con los dos "primarios". De hecho, tiene sentido mantener que el capital es un "factor con una diferencia". Porque, si el capital son bienes, plantea problemas de depreciación y renovación que los otros dos factores no plantean. Y si el capital se define de modo que incluya los bienes asalariados, no está del todo a la par con la tierra y el trabajo, sino que se sitúa a ellos, en lo que respecta a los bienes asalariados, en una relación que le es peculiar. Pero JS Mill no fue mucho más allá. Aunque reconoció ocasionalmente que en este esquema la renta de la tierra entra o no en el precio y el costo exactamente como lo hacen los salarios, se negó a equiparar la tierra con el trabajo. Por lo tanto, se aferró, oficialmente, por así decirlo, a la teoría ricardiana de la renta, aunque le resultaba bastante superflua. [812] Y el capital seguía siendo trabajo almacenado para él, como lo había sido para James Mill, aunque desde el punto de vista de su esquema y si deseaba 'resolver' el capital en otra cosa, debería haberlo 'resuelto' en servicios de mano de obra *y tierra* . [813]

En resumen: la cuestión de qué es y qué no debe ser "reconocido" por el analista como agente de producción es una mera cuestión de conveniencia y eficiencia analíticas. Como tal, sin embargo, es muy importante, ya que la forma en que un escritor responda determinará, en gran medida, su esquema del proceso económico y la formulación de los problemas a resolver. En una etapa temprana del

análisis, la tríada de *agentes se* sugiere a sí misma principalmente porque se vincula muy bien con las tres categorías de participantes en el proceso económico que se derivan de la imagen de la sociedad que tiene el lego. Pero sucede que la tríada también tiene sentido económico porque presenta una lista completa de los requisitos de la producción física, cuyos elementos no se superponen y se distinguen por características económicamente relevantes. Por lo tanto, constituye una base útil para comenzar. JB Say parece haber sido el primero en darse cuenta de esto completamente. Pero la mayoría de los economistas de la época no veían el asunto desde esta perspectiva. Creían que cuando estaban decidiendo qué "reconocer" como agente, estaban lidiando con problemas reales trascendentales de análisis y, aún más importante, de justicia social. De ahí que nos encontremos con una renuencia generalizada a adoptar la tríada, que fue reforzada, en algunos casos, por una teoría del valor que no funcionó bien con ella y por el hecho de que el papel del capital en el proceso productivo sí presenta ciertos rasgos que no son compartido por los dos agentes 'originales' o 'principales'. Y así sobrevivieron los esquemas de un factor y los esquemas de dos factores. Además, incluso los escritores que de hecho adoptaron el esquema de tres factores mostraron una tendencia a hacer concesiones verbales a los otros dos 814, lo que oscurece aún más la situación.

(c) El modelo.

En toda empresa científica, lo que viene primero es Visión. Es decir, antes de embarcarnos en un trabajo analítico de cualquier tipo, primero debemos señalar el conjunto de fenómenos que deseamos investigar y adquirir `` intuitivamente " una noción preliminar de cómo se relacionan o, en otras palabras, de lo que aparecen a partir de nuestro punto de vista son sus propiedades fundamentales. Esto debería ser obvio. Si no es así, se debe únicamente al hecho de que, en la práctica, la mayoría de las veces no partimos de una visión propia, sino del trabajo de nuestros predecesores o de ideas que flotan en la mente del público. Luego procedemos a conceptualizar nuestra visión y desarrollarla o corregirla mediante un examen más detenido de los hechos, dos tareas que necesariamente van juntas: los conceptos que poseemos en cualquier momento y la relación lógica entre ellos, lo que sugiere una mayor investigación fáctica y una mayor investigación fáctica que sugiere nuevas conceptos y relaciones. El total o "sistema" de nuestros conceptos y de las relaciones que establecemos entre ellos es lo que llamamos teoría o modelo. Hemos tenido amplia oportunidad de observar cuán difícil es la conceptualización de una tarea en las primeras etapas del esfuerzo analítico, principalmente porque la fraternidad científica necesita tiempo para aprender, mediante un proceso de prueba y error, qué es y qué no es importante en una explicación. 'de los fenómenos previstos. En economía, en particular, hay muchas inhibiciones que superar antes de que se pueda comprender claramente la naturaleza de la tarea del analista. Pero la construcción de modelos, es decir, los intentos conscientes de sistematizar conceptos y relaciones, es aún más difícil y caracteriza una etapa posterior del esfuerzo científico. En economía, esfuerzos de este tipo datan, sustancialmente, de Cantillon y Quesnay. En el período en discusión, se desarrolló un modelo a partir del patrón Cantillon-Quesnay que, dado que ya conocemos a los actores y agentes que en él figuran, se puede describir brevemente a continuación. La consideración de los detalles se aplazará hasta el próximo capítulo. 815 Además, los comentarios sobre el esquema "clásico" de la evolución económica se pospondrán para la siguiente sección. En esta sección presentaré el esquema "clásico" de un proceso estacionario únicamente, un esquema que, a este respecto, era muy parecido al de Quesnay.

A partir de A. Smith, la mayoría de los "clásicos" ingleses utilizaron el término Estado

estacionario. Pero este estado estacionario era una condición real del proceso económico que esperaban materializarse en algún momento en el futuro. Tomado en este sentido, el tema del estado estacionario pertenece a la siguiente sección. Aquí nos ocupamos de un tipo diferente de estado estacionario, es decir, de un estado estacionario que no es una realidad futura sino sólo una construcción conceptual o herramienta de análisis que sirve para aislar, a los efectos de un estudio preliminar, el grupo de factores económicos. fenómenos que serían observables en un proceso económico invariable. El primero en reconocer explícitamente la importancia metodológica de hacer esto fue JS Mill. Pero Marx, cuyo esquema de reproducción simple (El *capital* , vol. I, cap. 23) es el esquema de un proceso económico que simplemente se reproduce en el tiempo, fue mucho más profundo que Mill. Sin embargo, todos los demás escritores, incluidos A. Smith y Ricardo, utilizaron esa herramienta, pero, al no ser conscientes de que estaban utilizando un dispositivo en particular de este tipo, la utilizaron de forma desordenada e insatisfactoria. Este punto, que es importante y algo difícil de entender, requiere comentarios adicionales.

En repetidas ocasiones hemos tenido la oportunidad de advertir sobre el lento desarrollo, no completado en el período en discusión o incluso en el próximo, de las nociones de estática y dinámica económica (o social). JS Mill, quien como hemos visto probablemente los tomó de Comte y los usó en su lógica, definió la estática como la teoría de 'los fenómenos económicos de la sociedad considerados como existentes simultáneamente' (*Principios* , Libro IV, cap. 1, § 1) . Esta definición, por sí misma, podría pasar por alto como una anticipación de la definición moderna (Frisch). La estática, así definida, gira en torno al concepto de equilibrio (estable o inestable) que aparece en Mill y en la literatura "clásica" en general, por ejemplo, bajo el atuendo de constructos tales como los precios "naturales" o "necesarios". Pero un poco más tarde, nos enteramos de que en el pasaje citado no pensó realmente en la estática que define su redacción o, más bien, que la confundió con "las leyes económicas de una sociedad estacionaria e inmutable". Como veremos más claramente más adelante, estas son cosas diferentes: podemos estudiar un proceso cambiante por medio de un método estático (estática comparativa, ver más adelante, Parte IV, cap. 7, sec. 3a) y un proceso invariable por medio de de un análisis secuencial del tipo que utilizaba ocasionalmente Sismondi, y que relaciona cantidades económicas que pertenecen a diferentes momentos, es decir, mediante una teoría dinámica en el sentido de Frisch. Mill, siguiendo a Comte, entendió por dinámica algo completamente diferente, a saber, el análisis de aquellas fuerzas que producen cambios fundamentales a largo plazo, el tipo de cosas que discutiremos en la siguiente sección. Todo esto es bastante confuso. Pero debemos agregar un elemento final a la confusión. Además de hablar de una *teoría* estática y de un *estado* estacionario , que es una herramienta analítica, Mill también, como Ricardo, esperaba que el proceso económico se estableciera, en algún momento futuro, en un estado estacionario de un tipo especial que no será un dispositivo analítico para facilitar el estudio de una realidad no estacionaria pero será en sí mismo una realidad. Repito que, en todo esto, Mill no hizo más que hacer explícito lo que todos buscaban.

Algunas de las características fundamentales del modelo o modelos "clásicos" del proceso estacionario pueden describirse así con las palabras de Ricardo (*Principios* , cap. 31). Supongamos que un capitalista "emplea un capital por valor de 20.000 libras esterlinas" y "que los beneficios son del 10 por ciento". De este capital, £ 7000 se invierten en capital fijo, a saber. en edificios, implementos, etc. etc. ' y "las 13.000 libras restantes se emplean" como capital salarial [816] "en apoyo del trabajo". 'Cada año, el capitalista comienza sus operaciones teniendo alimentos y artículos de primera necesidad en su

posesión por un valor de £ 13,000 [más otra cantidad del valor de £ 2000 destinada a su propio consumo, JAS], todo lo cual vende en el curso de el año a sus propios trabajadores por esa suma de dinero y, durante el mismo período, les paga la misma cantidad de dinero por salario: al final del año, reemplazan en su posesión alimentos y necesidades por el valor de £ 15.000, 2000 libras esterlinas de las cuales 'luego se consume en el año siguiente [817] —un análisis de secuencia que es sin duda la última palabra en simplicidad—, razón por la cual me abstengo de dilucidarlo mediante un sistema de ecuaciones o un *cuadro* de el tipo Quesnay. [818]

Ahora bien, primero, una característica de este modelo fue generalmente aceptada durante todo el período, no menos por Marx que por Say. Esta era la noción fisiócrata, que encarnaba, de que los flujos fundamentales de bienes (y dinero) que constituyen el proceso económico consisten en un flujo y un reflujo (aumentado) de "avances". Sin embargo, a diferencia de los fisiócratas, los "clásicos" hicieron de los capitalistas la única fuente de estos avances, y el valor de los *bienes* adelantados aumentó en el proceso industrial en lugar de solo en la agricultura. Sin embargo, era sustancialmente la vieja idea de Quesnay, ya que Turgot la había transformado. No puedo enfatizar demasiado que esta fue una forma particular de *interpretar* el proceso económico y en absoluto sugerida directamente por la práctica de la vida: en la práctica, el empleador 'contrata' al trabajador, o se puede decir que él 'compra' el trabajo de este último. servicios — pero no le adelanta nada. Además, esta interpretación significa más que el reconocimiento de los hechos triviales de que todo lo que se consume debe haber sido producido antes; o que la sociedad en todo momento vive siempre del pasado y trabaja para el futuro; o, finalmente, que las existencias iniciales siempre estén entre los datos de los que debemos partir. La teoría de JB Clark del proceso sincronizado o, para el caso, el sistema de Walras (ambos discutidos más adelante, Parte IV, cap. 7) demuestra suficientemente que estos hechos no nos obligan a convertirlos en los ejes de nuestro análisis. Pero si hacemos de ellos los pivotes, entonces surgen una serie de consecuencias que no se evitan simplemente negándose a reconocerlas. Si los 'capitalistas' realmente aumentan la renta real del trabajo y si esto significa más que un arreglo monetario, los descuentos y la 'abstinencia' tendrán que ser admitidos entre los elementos esenciales del proceso económico, nos gusten o no; [819] es decir, ningún análisis de producción y consumo será completo que no los tenga en cuenta de una forma u otra. Esto es lo suficientemente importante como para justificar una etiqueta distintiva para todos los patrones analíticos que funcionan con la noción en discusión. Podemos llamarlos *economía avanzada* y distinguirlos de *la economía de sincronización* , es decir, todos los patrones analíticos que en un proceso estacionario no asignan ningún papel fundamental al hecho de que lo que vive la sociedad en un momento dado es el resultado de la producción pasada, en el fundamento de que, una vez establecido un proceso estacionario, el flujo de bienes de consumo y el flujo del servicio productivo se sincronizan para que el proceso funcione *como si la* sociedad viviera de la producción actual.

En segundo lugar, también podemos introducir otra clasificación de patrones analíticos ("teorías"), aunque su utilidad práctica está en el análisis del crecimiento más que en el análisis de estados estacionarios. Ningún economista ha negado jamás, por supuesto, que, como cualquier otro motor, el motor económico está entregado al estancamiento, además de ser sensible a la perturbación de factores externos a él mismo. Pero los modelos económicos difieren según se construyan o no partiendo del supuesto de que el motor económico tiene o no una tendencia *inherente* a desarrollar enganches (simplemente por trabajar normalmente y de acuerdo con el diseño), que luego hacen que se detenga o

deje de funcionar normalmente. y según diseño. Las diversas formas de teorías de subconsumo de las crisis que discutiremos más adelante pueden servir como ejemplo: todas ellas sostienen que, debido al exceso de ahorro u otras razones, el sistema económico, a medida que sigue funcionando, desarrolla tensiones y tensiones en virtud de su propio diseño o lógica, por ejemplo, la tensión o el estrés que —real o supuestamente— se manifiesta en la imposibilidad de vender los productos que es capaz de producir a precios que cubran costos. Con disculpas, presento el término *autostop* para los modelos que reconocen la existencia en el sistema económico de tales tendencias inherentes al estancamiento, y el término sin *autostop* para los modelos que no lo hacen. Por el momento, todo lo que obtenemos de la aplicación de esta distinción es la afirmación: todos los modelos de procesos estacionarios que alguna vez se construyeron son sin problemas. Marx, por ejemplo, lo deja muy claro: no se producen problemas en su esquema de reproducción simple; entran en su imagen solo con Acumulación.

Algunos comentarios pueden resultar útiles. Para empezar, aunque todos los economistas reconocen la propensión del motor económico a detenerse ante cualquier cantidad de provocaciones y su sensibilidad al impacto de perturbaciones externas, todavía hay espacio para el desacuerdo en cuanto a la importancia de esta propensión a estancarse y su sensibilidad a perturbación, en particular en cuanto a la importancia de ambos, en relación con la importancia que tendrían en una economía planificada. Estas preguntas bien pueden marcar la diferencia en una evaluación de la eficiencia relativa de las diferentes formas de organización económica. A continuación, observemos que, precisamente por esto, no se trata de apologética o "blanqueo" involucrado en la construcción de un modelo sin autostop. Porque el economista que construye un modelo de este tipo puede tener una opinión tan alta sobre la sensibilidad del sistema económico que desea describir que, debido a esta sensibilidad, puede calificar su eficiencia más bajo que otro economista que prefiere un modelo de autostop pero tiene no hay una opinión tan alta sobre la importancia del enganche. El modelo de crecimiento económico de Malthus estaba atascado. Pero esto no lo convirtió en un "planificador". Por último, observe que la elección del analista entre construir un modelo atado y sin enganche es, hasta cierto punto, una cuestión de mera conveniencia analítica. Dos economistas pueden tener exactamente la misma opinión sobre algo que ambos reconocen como un estrés. Sin embargo, uno puede pensar que es más útil construir un modelo sin enganche primero y luego superponer el estrés, y el otro puede pensar que es más útil introducir el estrés, por así decirlo, en la planta baja e incluirlo en su modelo de el primero para que obtenga un modelo atado a autostop. El mismo hombre puede hacer lo uno para algunos propósitos y el otro para otros propósitos. Es solo nuestra incapacidad para divorciar la investigación de la política, o nuestra sospecha, con demasiada frecuencia justificada, que el otro no puede analizar con una devoción resuelta a la verdad, lo que genera problemas y cuestiones de partido en decisiones que no entusiasman a nadie más. afortunados campos de investigación.

En tercer lugar, el modelo del que partimos puede ser complicado de varias formas sin perder su simplicidad fundamental. Por lo tanto, podemos introducir fácilmente la producción actual de bienes de producción e investigar las condiciones simples de equilibrio que existen entre los distintos departamentos de producción. [820] Además, podemos presentar fácilmente servidores, médicos, maestros, etc. Más importante aún, el lector puede preguntarse en qué se ha convertido, en ese modelo, la tercera clase de actores, los terratenientes. El por qué no figuran en el texto de Ricardo quedará claro en este momento. Marx los trató como una especie de apéndice de los "capitalistas". Los 'capitalistas' emplean mano de obra y la extorsionan como plusvalía. Pero esta plusvalía no son todas las ganancias

ricardianas. El 'capitalista' debe compartir su botín, la plusvalía, con los terratenientes. Así, en un segundo acto del drama de la distribución, la plusvalía se divide en beneficios y renta, que son, por tanto, simplemente partes de una ganancia de explotación unitaria. Sin embargo, todo el que no esté completamente cegado por el adoctrinamiento se dará cuenta de inmediato de que, en lo que respecta a la descripción de los hechos y no a la fraseología agitadora, esto equivale a decir que el capitalista contrata servicios de tierra exactamente en el mismo sentido en que contrata servicios de mano de obra. De hecho, todo lo que tenemos que hacer para llegar a este resultado es preguntarnos por qué los terratenientes están en posición de aprovecharse del botín "capitalista". La única respuesta es que los servicios de la tierra, también, son requisitos de producción. Tan pronto como nos damos cuenta de esta verdad no muy recóndita, llegamos a lo que, para cualquier mente imparcial, debe parecer la visión más natural a tomar: los terratenientes deben ingresar al modelo del proceso estacionario, junto con el trabajo, como otra clase. de propietarios de servicios productivos, que, al comienzo de (o durante) cada período, están dispuestos a intercambiar por los bienes de renta que se suponía que poseían los "capitalistas". [821] Esto debería extenderse, por supuesto, a los "capitalistas" (o quienquiera que sea el pueblo) que poseen el capital no salarial.

En cuarto lugar, como nuestra discusión sobre Agentes debe haber llevado a los lectores a esperar, el marco proporcionado por el modelo en estudio fue llenado, no por una sino por dos teorías (o tipos de teorías) de producción y distribución, las cuales estaban muy imperfectamente soldadas. en el desempeño mestizo de JS Mill. Esto se debió a que la tríada de agentes y retornos ganaba terreno tan lentamente (sabemos las razones por las cuales) que los tipos de análisis que eran claramente más primitivos no solo sobrevivieron sino que también prosperaron.

Por un lado, entonces, tenemos el análisis que se asocia, principalmente, a los nombres de Turgot y Say; parcialmente, vacilante y mezclado con elementos incompatibles, también fue esbozado por A. Smith. Aceptó la tríada de agentes y regresa en su sentido más pleno y profundo. Permítanme reafirmar este significado. La producción en el sentido económico del término [822] no es más que una combinación, por compra, de servicios necesarios y escasos. En este proceso, cada uno de los servicios necesarios y escasos asegura un precio, y la determinación de estos precios es todo en lo que consiste fundamentalmente la distribución o la formación de ingresos. Así, el proceso afecta, en una sola y misma serie de pasos, la producción en la economía. sentido y, a través de la evaluación de los servicios productivos inherentes a la producción, también la distribución o la formación de ingresos. Así, en este esquema, la producción y distribución capitalistas dejan de ser lo que serían en una comunidad socialista, a saber, dos procesos distintos: contemplamos un solo proceso de elecciones y evaluaciones del cual producción y distribución son simplemente dos aspectos diferentes. Y todos los tipos de ingresos se explican según este esquema según el mismo principio, el principio de fijar el precio de los servicios de los factores cooperantes. La tarea analítica de mostrar cómo este principio, tan obvio en el caso de los bienes de consumo o sus servicios, puede aplicarse también al caso de los bienes de los productores o sus servicios, no fue claramente discernida, y mucho menos cumplida antes del auge. de la teoría de la imputación en el período siguiente (ver Parte IV, cap. 5, sec. 4a), excepto quizás por algunos precursores, como Longfield y Thünen. Pero la tesis fundamental de que el proceso de producción-distribución de la sociedad capitalista es, en última instancia, una red de intercambios, entre sí, de servicios productivos (o directamente consumibles) —el empresario empleador actuando como intermediario— se destaca con una claridad inconfundible. en Say's *Traité* . Entre los principales

autores ingleses, Lauderdale, Malthus y Senior estuvieron más o menos cerca de captar esta idea. Pero solo Say hizo algo así como un éxito. Es poco menos que patético que, debido a una completa falta de comprensión por parte de los oponentes y debido a la completa ignorancia de las herramientas matemáticas más elementales por parte de los exponentes, este prometedor comienzo no solo se dejó hibernar durante décadas sino que también adquirió fama de superficialidad y esterilidad.

Por otro lado, tenemos el tipo de análisis del que el desvío ricardiano es el ejemplo destacado. Por supuesto, sería una exageración decir que Ricardo estaba completamente ciego al aspecto del proceso económico descrito anteriormente. De vez en cuando lo vislumbraba, y el profesor Knight fue quizás demasiado lejos si acusaba a Ricardo de no haber visto el problema de la distribución como un problema de valoración *en absoluto* . [823] Pero es cierto que Ricardo no vio el principio explicativo que ofrece el aspecto de la valoración. Este fracaso está íntimamente relacionado con una peculiaridad del trabajo ricardiano que es esencial para comprenderlo y demuestra mejor que cualquier otra cosa que este trabajo constituye de hecho un desvío y se sale de la línea histórica de los esfuerzos de los economistas.

Para A. Smith, A. Marshall y para nosotros, los factores que explican el tamaño y la tasa de cambio del producto social o el dividendo nacional o el producto neto total son de importancia fundamental. Esta no era la opinión de Ricardo. Por el contrario, en su prefacio a la primera edición de los *Principios* , nos dice: 'Determinar las leyes que regulan esta distribución [del producto total entre terratenientes, capitalistas y trabajadores, JAS] es el principal problema de la Economía Política. ' Es decir, casi identifica la economía con la teoría de la distribución, lo que implica que tenía poco o nada que decir —para usar su lenguaje— "las leyes que regulan la producción total". Este es un punto de vista extraño, aunque hay que añadir de inmediato que no siempre se adhirió a él, como muestran sus capítulos sobre comercio exterior y maquinaria. Sin embargo, nos permite plantear el problema fundamental que Ricardo quería resolver en términos de una ecuación entre cuatro variables: la producción neta es igual a la renta más las ganancias más los salarios (todo lo medido en valores ricardianos, ver más abajo, cap. 6, sec. 2a) . Y hace aún más por nosotros. Nos libera de una de estas cuatro variables. Porque, dado que no tenemos nada que decir sobre la producción neta total, podemos aceptar su cantidad, cualquiera que sea, como un dato. Entonces realmente comenzamos con una ecuación que contiene solo tres variables. Pero una ecuación en tres variables sigue siendo un negocio desesperado. Por tanto, Ricardo (cap. 2) se sitúa en un margen de producción agrícola donde la renta es cero. Observe cuidadosamente lo que esto significa para la estructura analítica de Ricardo. Numerosos escritores han discutido la teoría de la renta de West-Ricardo de forma aislada y sin nada más que la cuestión de si era "correcta" o "incorrecta". Esta pregunta es completamente inútil. La teoría de la renta de Occidente-Ricardo no puede discutirse de forma aislada, es decir, sin hacer referencia a todo el sistema Occidente-Ricardo. Sólo dentro de este sistema adquiere significado analítico y, de hecho, debido a la incapacidad de Ricardo para tratar con sistemas de ecuaciones simultáneas, se impone. Fuera del sistema de Occidente-Ricardo considerado como un todo, tiene muy poco significado y no vale la pena preocuparse por él.

Sigamos adelante. Habiendo cumplido esa teoría de la renta su único propósito, que es deshacerse de otra variable en nuestra ecuación, nos quedamos, al margen de la producción, con una ecuación y dos variables, todavía un negocio sin esperanza. Pero, como se le ocurrió a Ricardo, los salarios tampoco son realmente una variable, al menos no dentro de esa ecuación. Pensó que sabía, por

consideraciones externas, cuáles serían a largo plazo: aquí entra la vieja teoría de Quesnay, reforzada por la ley de población de Malthus: los salarios serán aproximadamente iguales a lo que es necesario para capacitar a los trabajadores, unos con otros, para subsistir y perpetuar su raza sin aumento ni disminución '. Y así llegamos por fin a la bendita meta: la ganancia, la única variable que queda, también está determinada. Llame a este mosaico ingenioso, por favor, pero no niegue que es un mosaico, y más bien un mosaico primitivo.

El esquema de Marx está abierto a una objeción similar. [824] También eliminó la renta del problema fundamental, aunque de manera diferente. Su ecuación de distribución, en términos de valores marxistas, dice entonces: la producción neta es igual a los salarios más el excedente. De nuevo, podemos tomar la producción neta como referencia. Y nuevamente el excedente es un residuo, cuya determinación depende de las consideraciones externas que determinan los salarios.

El sistema de JS Mill, por el contrario, absorbió lo suficiente de la concepción de Say, y además fue lo suficientemente ayudado por la noción de abstinencia de Senior, para estar libre de cualquier objeción, y ofreció todos los elementos del modelo completo que Marshall iba a construir. . Pero conservó tantas reliquias ricardianas que hay alguna excusa para que Jevons y los austriacos no vieran que estaban desarrollando su análisis y creyeran, en cambio, que tenían que destruirlo.

6. La concepción "clásica" del desarrollo económico

He tratado de explicar arriba (Parte I, cap. 4, sec. 1d) el significado y el papel de lo que he llamado Visión, esa primera percepción o impresión de los fenómenos a investigar, cuyo análisis fáctico y 'teórico', en un interminable relación de dar y recibir, luego trabajar en proposiciones científicas. Pero cuando no nos interesa nada más ambicioso que formular la forma en que, en el plano de la lógica pura, las magnitudes económicas `` cuelgan juntas '', es decir, cuando nos ocupamos de la lógica del equilibrio estático o incluso de las características esenciales. de un proceso estacionario, el papel de la Visión es modesto, porque en realidad estamos trabajando en algunos hechos bastante obvios, cuya percepción nos resulta fácil. Las cosas son muy diferentes cuando pasamos a la tarea de analizar la vida económica en su proceso secular de cambio. Entonces, es mucho más difícil visualizar los factores y características realmente importantes de este proceso que formular su *modi operandi* una vez que los tenemos (o creemos que los tenemos). La visión (y todos los errores que la acompañan) juega, por tanto, un papel más importante en este tipo de emprendimientos que en el otro. Esto puede ser ilustrado por la Tesis Estancionista de nuestro tiempo, es decir, la noción de que el sistema capitalista ha gastado sus poderes; que las oportunidades de la empresa privada se están agotando; que nuestra economía, en medio de convulsiones, se está asentando en un estado de estancamiento secular o, como algunos prefieren llamarlo, madurez. Sin duda, se han recopilado hechos y argumentos para establecer esta noción, que también se ha plasmado en modelos teóricos. Pero debería ser obvio que estos hechos y argumentos racionalizaron una visión o impresión preexistente que hubieran sido impotentes para crear, si no fuera por otra razón, porque las observaciones relevantes se extienden por un período que es demasiado corto y demasiado bajo. la influencia de eventos claramente anormales para justificar conclusiones o predicciones de ese tipo. Las visiones de los economistas no eran en mejor caso hace un siglo. Consideraremos tres tipos de visión del futuro económico de la humanidad que los escritores del período examinado intentaron formular y establecer. En otras palabras, consideraremos tres tipos de teorías del desarrollo económico.

El primer tipo, asociado principalmente con los nombres de Malthus, West, Ricardo y James Mill, justifica plenamente que se les etiquete como "pesimistas". Sus características conocidas eran: la presión de la población, ya presente pero aún más esperable; la respuesta decreciente de la naturaleza al esfuerzo humano por aumentar el suministro de alimentos; de ahí la caída de los rendimientos netos de la industria, los salarios reales más o menos constantes y las rentas de la tierra en constante aumento (absoluta y relativa). Ahora no nos preocupa la forma en que estos 'clásicos' dieron efecto analítico a esta visión suya, es decir, la forma en que formularon sus 'leyes' de población, rendimientos decrecientes en la agricultura, etc., y con el uso analítico que hicieron de ellos. A esto nos ocuparemos en el próximo capítulo. Aquí nos ocupamos únicamente de lo que creían haber visto, es decir, de la visión que estaba detrás de su análisis o, si se prefiere, de sus ideas preconcebidas.

Lo más interesante de observar es la completa falta de imaginación que revela esa visión. Esos escritores vivieron en el umbral de los desarrollos económicos más espectaculares jamás presenciados. Vastas posibilidades maduraron hasta convertirse en realidades ante sus propios ojos. Sin embargo, no vieron nada más que economías apretadas, luchando con un éxito cada vez menor para su pan de cada día. Estaban convencidos de que la mejora tecnológica y el aumento de capital no acabarían por contrarrestar la fatídica ley de los rendimientos decrecientes. James Mill, en sus *Elementos* , incluso ofreció una "prueba" de esto. En otras palabras, todos eran estancacionistas. O, para usar su propio término, todos esperaban, para el futuro, el advenimiento de un estado estacionario, que aquí ya no significa una herramienta analítica sino una realidad futura.

Al parecer, JS Mill estaba en mejor situación. Dejó todo el "pesimismo" e incluso fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no había ninguna razón para considerar el futuro de las masas "como algo diferente a la esperanza". Sin embargo, esto se debió solo a que creía, como otros maltusianos como Chalmers habían creído antes que él, que la humanidad estaba aprendiendo la lección maltusiana y estaba a punto de restringir la propagación voluntariamente para que la primera ganara la carrera entre el capital y la población. En esto demostró ser mejor profeta que otros. Pero no tenía idea de lo que iba a lograr el motor de producción capitalista. Por el contrario, hacia el final de su vida (alrededor de 1870) realmente se volvió un estancacionista en el sentido moderno, creyendo que la economía de la empresa privada había hecho prácticamente lo que podía hacer y que un estado estacionario del proceso económico estaba cerca. Pero existe esta diferencia entre él y nuestros propios estancacionistas. No veía, como habían hecho A. Smith y Ricardo, el estado estacionario con recelo (*Principios* , Libro IV, cap. 6), porque había eliminado el fantasma de la superpoblación. Pero tampoco compartía los recelos del estancamiento moderno, porque no temía el fantasma del subconsumo. Para él, el estado estacionario le parecía bastante cómodo, como un mundo sin «bullicio» (su término) en el que a un filósofo como él no le importaría vivir y en el que habría una prosperidad moderada (o mejor) en general. [825] A la pregunta de si la estructura social del capitalismo podría persistir en circunstancias en las que se estaba perdiendo la función principal del empresario capitalista, podemos responder por él diciendo que visualizó el advenimiento del estado estacionario como un proceso muy gradual de modo que las instituciones y las mentes no tendrían dificultad en hacer los ajustes necesarios actualmente.

De acuerdo con todos los `` clásicos '' ingleses —quizá podríamos decir, con el espíritu de su época— subestimó enormemente la importancia en el desarrollo económico del elemento de iniciativa personal y, en consecuencia, sobreenfatizó enormemente la importancia del mero aumento de la

capacidad física. bienes de los productores. Y en esto, nuevamente, enfatizó demasiado la importancia del ahorro. [826] Aceptando la teoría de Turgot-Smith del proceso de inversión, dio por sentado que lo importante era tener algo para invertir: la inversión en sí no presentaba problemas adicionales en cuanto a la rapidez (*normalmente* era seguro que sería inmediata) o en cuanto a la dirección, era seguro que se guiaría por oportunidades de inversión que eran igualmente obvias para todos y existían independientemente del inversor. [827] El ahorro, entonces, fue la poderosa palanca del desarrollo económico. Y nunca creó obstrucciones; el acto de ahorro en sí no lo hizo, ya que la suma ahorrada se gastó inmediatamente en trabajo productivo; la expansión resultante de la capacidad productiva no lo hizo, ya que los productos de producción correctamente planificada siempre podían venderse a precios que cubrieran los costos. [828] Para usar nuestro propio término, el esquema de desarrollo económico de JS Mill, al igual que el de Say, era esencialmente sencillo. Los esquemas de Malthus y Sismondi son ejemplos de los que se atascan, los problemas que surgen en ambos casos no tanto del ahorro per se, sino del aumento resultante en la capacidad productiva. El de Ricardo también estaba atascado, pero por otra razón, a saber, la razón consagrada en su interpretación de la ley de los rendimientos decrecientes.

El segundo tipo de visión del futuro económico, el tipo "optimista", puede ilustrarse mejor con nombres como Carey y List. Independientemente de lo que pensemos de las virtudes de su análisis técnico, al menos no les faltó imaginación. Sentían intuitivamente que el hecho dominante sobre el capitalismo era su poder para crear capacidad productiva, y *vieron* grandes potencialidades que se avecinaban en el futuro cercano. Con menos imaginación pero con mucho criterio, la mayoría de los economistas del continente se negaron a compartir el "pesimismo" de los ricardianos y de Malthus. Al menos, la mayoría lo diluyó. Pero más allá de esto, era natural para quienes más o menos siguieron el ejemplo de Say en lo que respecta a la teoría técnica, darse cuenta de que ni los hechos ni el análisis confirmaban la visión ricardiana. Estos fueron llamados "optimistas" y, en parte, pero no totalmente, bajo la influencia marxista, se desarrolló una tradición que los desprecia por ser superficiales. De hecho, este punto de vista está asociado históricamente con muchos escritores —el tipo de Bastiat— que merecen plenamente ser llamados así. Pero en sí mismo este "optimismo" fue el resultado tanto de una visión como de una teoría que eran más correctas que las de los "pesimistas": el grado de verdad de una doctrina no siempre se correlaciona positivamente con la capacidad de sus exponentes. [829]

El tercer tipo de visión del futuro económico y de las correspondientes teorías del desarrollo económico estará representado por Marx solo. Basado en un diagnóstico de la situación social de las décadas de 1840 y 1850 que estaba viciada ideológicamente en sus raíces, [830] irremediablemente equivocada en su profecía de una miseria masiva cada vez mayor, insuficientemente fundamentada tanto objetiva como analíticamente, la actuación de Marx es sin embargo la más poderosa de todas. . En su esquema general de pensamiento, el desarrollo no era lo que era con todos los demás economistas de ese período, un apéndice de la estática económica, sino el tema central. Y concentró sus poderes analíticos en la tarea de mostrar cómo el proceso económico, cambiándose a sí mismo en virtud de su propia lógica inherente, cambia incesantemente el marco social, de hecho, la sociedad en su conjunto. Ya nos hemos detenido en la grandeza de esta concepción; discutiremos brevemente sus aspectos analíticos a continuación.

Aquí solo se pueden mencionar dos puntos. Primero, nadie —ni siquiera el más ferviente de los optimistas con los que Marx tenía este punto en común— tenía *entonces* una concepción más

completa del tamaño y el poder del motor capitalista del futuro. Con un toque pintoresco de teleología, Marx dijo repetidamente que es la "tarea histórica" o el "privilegio" de la sociedad capitalista crear un aparato productivo que sea adecuado para los requisitos de una forma superior de civilización humana. Por mucho que nuestro positivismo moderno pueda resentir esta forma de decirlo, la verdad esencial de lo que pretendía transmitir, a este respecto, se destaca con bastante claridad.

En segundo lugar, el motor del desarrollo económico de Marx no fue en realidad el incoloro Ahorro de JS Mill: lo vinculó —o la inversión— al cambio tecnológico de una manera que no se encuentra en los *Principios* de este último . Pero de todos modos el motor está ahorrando, que con él se convierte tan rápidamente en inversión como con Mill. Este hecho está oculto pero no abolido por el uso que hace Marx del término Acumulación y por sus violentas diatribas contra el "cuento infantil" (*Kinderfibel*) de que el capital físico se crea mediante el ahorro. Hay buenas y malas razones para la aversión de Marx por este último término. En particular, las fortunas capitalistas no surgen típicamente de ahorrar dólares de ingresos y acumularlos ordenadamente, sino de la creación de fuentes de ganancias, cuyo valor capitalizado constituye entonces una "fortuna". Sin embargo, las implicaciones de esto no le hubieran gustado más que la imagen de chicos buenos y frugales que ahorran hasta hacerse ricos. De modo que tenía que ser Explotación para siempre, tan exclusivamente de hecho como para poner en peligro el valor explicativo de su esquema: para el proceso social en su conjunto, el punto esencial es, en cualquier caso, el uso de las ganancias de los capitalistas para la creación de capacidad, no importa ya sea que surjan o no de la explotación y se inviertan nuevamente con el propósito de una mayor explotación, y este punto esencial, por lo que una historia del análisis debe notar, es fundamentalmente el mismo con Marx y Mill, por diferentes que fueran las fraseologías en las que transmitían eso.

6

-

[Economía general: teoría pura] 831

[1. Axiomática. Cuatro postulados de Senior]

A SENIOR pertenece el notable honor de haber sido el primero en hacer el intento de enunciar, consciente y explícitamente, los postulados que son necesarios y suficientes para construir —es engañoso decir "deducir" - ese pequeño aparato analítico comúnmente conocida como teoría económica o, para decirlo de otra manera, para proporcionarle una base axiomática. El mérito del intento se ve muy poco disminuido por el hecho de que su lista de postulados era incompleta y defectuosa y por el hecho adicional de que invitaba al ataque definiendo ese aparato de manera tan restringida o equiparando esta teoría con la "economía política". Se ve incrementado por el hecho de que el intento ocurre en el curso de una limpieza general teórica de la casa y es parte de un intento más amplio de conceptualización rigurosa. Primero pulió la riqueza y el valor (de cambio); luego, enunció sus cuatro proposiciones elementales: los postulados; finalmente presentó, bajo el título inadecuado de Distribución (Intercambio o Valor y Distribución sería más adecuado), un conjunto de conceptos adicionales y de relaciones que junto con el desarrollo inmediato de los postulados, que resuelven la mayoría de los asuntos que se suelen tratar bajo el título Se supone que la producción constituye el órgano teórico. Como aventura en pura teoría, su desempeño es claramente superior al de Ricardo. Consideraremos ahora los postulados, aprovechando al hacerlo cada oportunidad que pueda surgir de mirar más lejos.

[(a) El primer postulado.]

El primero dice lo siguiente: "Que todo hombre desea obtener riqueza adicional con el menor sacrificio posible". 832 Al menos implícitamente, alguna de estas proposiciones subyace a todo razonamiento teórico y encajaría perfectamente en los textos de Ricardo o Malthus. Adam Smith y JS Mill lo dieron por sentado, Lauderdale estuvo a punto de afirmarlo explícitamente. En el lenguaje del período siguiente —en el de Marshall, por ejemplo— puede expresarse diciendo que todo hombre desea maximizar la diferencia entre la suma total de sus satisfacciones y la suma total de sus sacrificios, ambos descontados al momento presente. Pero, ¿cuál es su naturaleza y posición?

Senior lo llama "una cuestión de conciencia" y lo distingue de las otras tres proposiciones, que son "cuestiones de observación". Pero no afectaría su significado si lo llamáramos un asunto de observación introspectiva. Además, hay, en su "desarrollo" de esta proposición (por ejemplo, págs. 27-8) 833 varios comentarios sobre el comportamiento de los holandeses, ingleses e indios de México que obviamente se basan en una especie de observación externa. Por lo tanto, podemos hablar provisionalmente de observación incluso en este caso y proceder de inmediato a enunciar la siguiente generalización sobre los cuatro o cualquier otra proposición que un economista pueda considerar conveniente postular. Al hacerlo, ejemplificamos —y en parte justificamos— la opinión de Say de que la economía es una ciencia observacional (aunque dijo que es experimental), que se verá, a pesar de las apariencias, que no implica ningún desacuerdo con Senior.

Nadie negó jamás, o, según su práctica, desmentido, la verdad de que la teoría económica,

como cualquier otra teoría, se basa en la observación. Senior, al tomar pocas molestias con las observaciones y concentrarse en la inferencia de ellas, puede haber creado una impresión errónea y él mismo puede haber tenido puntos de vista erróneos sobre la importancia relativa de observar e inferir, pero *en realidad* no lo hizo, aunque lo hizo *en la frase* —Tratar la economía como *toto cælo* 'deductiva'. Ahora bien, los hechos observados entran en la teoría como hipótesis o supuestos o "restricciones", es decir, como enunciados generalizados inducidos o sugeridos por la observación. [834] Cuando deseamos enfatizar nuestra confianza en su validez, a menudo las llamamos Leyes; compárese, por ejemplo, con la "ley psicológica" de Keynes de la propensión a ahorrar. Cuando simplemente deseamos enfatizar nuestra determinación de no desafiarlos en el curso de un argumento en particular, los llamamos Principios. Pero todas estas palabras realmente significan una y la misma cosa, y no tiene sentido filosofar sobre ellas. Esto se aplica tanto a los hechos fronterizos como a los hechos que pertenecen a nuestro campo propiamente dicho. La diferencia, como se señaló anteriormente, es solo que en el primer caso no nos sentimos, en el segundo nos sentimos plenamente responsables de la validez de nuestras declaraciones sobre ellos.

Otra cuestión muy distinta es si debemos o no estar satisfechos con una observación del tipo senioriano o, para el caso, ricardiano o milliano. Deben distinguirse cuidadosamente tres aspectos de esta cuestión si queremos entender el procedimiento "clásico" o cualquier otro procedimiento teórico. Primero están los dos problemas de observación por introspección y por experiencia común o cotidiana. Muchos economistas de épocas posteriores, especialmente los fundadores de la llamada Escuela Austriaca, han apoyado firmemente a ambos. Wieser, en particular, parece estar bastante de acuerdo con JS Mill al aceptar la experiencia común como una base válida para partir de la teoría. En ocasiones, los críticos han llegado a descartar ambos por completo basándose en que la introspección y la experiencia común no son más que mantos de afirmaciones puramente especulativas. De hecho, esta forma extrema de crítica está abierta a la respuesta de que algunos postulados, como que los hombres de negocios en general prefieren ganar dinero a perderlo, evidentemente no están lejos de la verdad y que es irritante insistir en una investigación elaborada con ese propósito. de establecerlos. Pero una forma menos extrema de la misma crítica no queda invalidada por tales casos. Hay otros —hábitos de ahorro, por ejemplo— en los que la introspección y la experiencia común no pueden invocarse de forma convincente; e incluso cuando sea posible, la importancia relativa y el *modus operandi* de los hechos que entran en un postulado pueden tener que determinarse por métodos más sustanciales.

Esto abre el segundo aspecto de nuestra pregunta. El postulado de Senior encarna la observación, pero posiblemente una observación inadecuada. ¿Nos justifica esto para rechazar todo lo que hay entre las portadas de su libro? Evidentemente no. El postulado despojado de asociaciones utilitarias innecesarias es plausible. Todo lo que se le podría objetar sobre la base de que exageró el egoísmo, sobrestimó el elemento racional de nuestro comportamiento y descuidó las diferencias históricas en la intensidad del deseo de `` riqueza '' en diferentes momentos y en diferentes lugares, se toma ampliamente en consideración. cuenta en sus comentarios sobre su propuesta. No obstante, si sentimos recelos, todo lo que tenemos que hacer es iniciar una investigación adecuada. Cualquier otra cosa es puro filibusterismo. Mientras la fuerte plausibilidad *prima facie* del postulado no sea destruida por los resultados de tal investigación, y mientras no se especifiquen problemas particulares para los cuales la plausibilidad no es suficiente y que, sin embargo, fueron atacados por esos críticos-economistas, podemos ciertamente Creemos que el análisis de Senior fue primitivo —sabemos que

todo el trabajo de Senior, Ricardo y Mill es primitivo, en la inferencia no menos que en la observación — pero no podemos negar su carácter científico o llamarlo erróneo por principio.

El tercer aspecto de nuestra pregunta surge a la vista cuando nos preguntamos si el primer postulado de Senior no podría reformularse de una manera que evite las objeciones que se han planteado o podrían plantearse. Pero dado que los economistas de ese período, si bien eran culpables de psicologismo, ciertamente lo eran mucho menos que los economistas del período siguiente, sería mejor posponer la discusión de este punto para más adelante.

[(b) El segundo postulado: el principio de población.]

El segundo postulado de Senior establece el principio de población: 'Que la población del mundo, o, en otras palabras, el número de personas que lo habitan, está limitada solo por el mal moral o físico, o por el temor a una deficiencia de esos artículos de riqueza que los hábitos de los individuos de cada clase de sus habitantes les llevan a exigir ”(*op. cit.* p. 26). Aprovechamos esta oportunidad para tocar brevemente la contribución de Malthus y la discusión que se desarrolló al respecto. Además, será conveniente agregar algunas observaciones sobre la historia de la teoría de la población en el período posterior para que podamos eliminarla de nuestro cuadro en la Parte IV. Esta decisión es sugerida por el hecho de que su interés por *la* economía *analítica* declinó enormemente durante la segunda mitad del siglo XIX y luego se convirtió en una ciencia semiindependiente, que es imposible abordar en este libro. [Nota de JAS: 'pero regresó en nuestro tiempo'].

Ya hemos visto que todos los hechos y argumentos que Malthus presentó en la primera edición de su *Ensayo* (1798), hasta los detalles del análisis así como de las aplicaciones, habían sido elaborados antes por un número tan grande de escritores. para que podamos hablar de ellos como ampliamente aceptados a principios de los noventa. El caso, por lo tanto, difiere esencialmente del grueso de todos aquellos casos, aún más frecuentes en economía que en otras ciencias, en los que una proposición que asociamos con un nombre individual ha sido anticipada por "precursores". Esto no equivale a una acusación de plagio o incluso a una negación de la originalidad "subjetiva". Pero reduce la contribución de Malthus a la coordinación y la reformulación efectivas. La importancia de su tremendo éxito en ese momento —con la profesión y la sociedad política— queda subrayada por el hecho de que, durante aproximadamente un siglo, la teoría de la población iba a significar argumentos a favor y en contra de la teoría malthusiana.

Además, ya he aludido a los intentos que se han hecho para dar cuenta de este éxito, y de la actuación de Malthus en sí, por el mecanismo ideológico. Al dar mi razón para negarme a aceptar esta explicación, sin embargo, he admitido que hay dos hechos que la apoyan. Una de ellas es que la teoría se utilizó inmediatamente como argumento contra las medidas de mejora social. William Pitt lo aprovechó. El propio Malthus publicó un panfleto, que se juzga suavemente si no se describe con un término peor que tonto, en el que argumentó, como Townsend lo había hecho antes que él, que la propuesta de alentar a las parroquias a construir cabañas no debe ser considerada de ninguna manera porque la construcción de cabañas alentaría los matrimonios precoces (*Carta a Samuel Whitbread* . . . 1807). En la mente del público, este tipo de cosas asumió entonces la forma que las masas tenían que agradecer por su situación económica y que no se podía hacer mucho al respecto. El segundo hecho es el siguiente: el propio Malthus relató que el argumento se desarrolló en su mente en el curso de las discusiones con su padre "de mentalidad social"; y en el subtítulo de la primera edición del *Ensayo* , señaló significativamente las 'especulaciones del Sr. Godwin [835] [el autor de la Biblia radical del día],

M. Condorcet, y otros escritores.' Sigo pensando que estos hechos no demuestran más que el hecho de que cada idea puede y se hará para que sirva a algún propósito ideológico tan pronto como salga a la luz.

Sin embargo, no nos interesa la aplicación de esta teoría a cuestiones prácticas —o cualquier aplicación excepto la de la teoría de los salarios, que se verá más adelante—, sino sólo la teoría misma. Como se presentó en la primera edición, claramente se pretendía significar que la población estaba aumentando real e inevitablemente más rápido que la subsistencia y que esta era la razón de la miseria observada. Las proporciones geométricas y aritméticas de estos aumentos, a los que Malthus, como escritores anteriores, parece haber concedido una importancia considerable, así como sus otros intentos de precisión matemática, no son más que expresiones defectuosas de este punto de vista que pueden pasarse por alto aquí con la observación de que Por supuesto, no tiene ningún sentido tratar de formular "leyes" independientes para el comportamiento de dos cantidades interdependientes. La actuación en su conjunto es deplorable en técnica y poco menos que tonta en sustancia. Pero al menos no está abierto a la crítica de que Malthus simplemente afirmó la horrible trivialidad de que, *si el* aumento de la población debe continuar en una proporción geométrica (con una proporción común mayor que la unidad), en algún momento en el futuro debe producir una Estado de cosas en el que la gente se amontonará en esta tierra como los arenques se amontonan en un barril.

La segunda edición del *Ensayo sobre el principio de población* (1803) es un trabajo completamente nuevo que, además de abundantes estadísticas, contiene una teoría completamente diferente. 836 Porque la introducción del control prudencial ("restricción moral"), aunque no fue más un descubrimiento nuevo que cualquier otra cosa en la teoría de Malthus, marca la diferencia. Solo que no (1) eleva el nivel intelectual de la actuación o (2) hace que sus resultados sean más sostenibles o (3) aumenta su valor explicativo. En cuanto al primer punto, es suficiente señalar que a Malthus no se le ocurrió discutir ningún efecto de su restricción moral más que el efecto sobre los números, por ejemplo, los efectos sobre la calidad de la población o sobre los esquemas de motivación. En cuanto al segundo punto, la nueva formulación hizo posible que los adherentes hasta el día de hoy se basaran en que Malthus había previsto y explicado prácticamente todo lo que los oponentes podrían decir; pero esto no altera el hecho de que todo lo que gana la teoría es una retirada ordenada con la artillería perdida. En cuanto al tercer punto, los diversos 'si' que fueron entonces introducidos dejan -de todas las pretensiones de validez universal- sólo la trivialidad antes mencionada y, más allá de esto, la posibilidad de explicar situaciones históricas individuales por el posible fracaso de otros elementos de la el medio ambiente para desarrollarse junto con la población que no requiere ningún principio general. El profesor Cannan (*op. Cit.* P. 144) no exageró cuando escribió que el *Ensayo* "cae al suelo como un argumento y sigue siendo sólo un caos de hechos recopilados para ilustrar el efecto de leyes que no existen".

El propio Malthus se mostró reacio a admitir todas las consecuencias que acechaban en sus calificaciones de 1803. Al contrario, se aferró a sus conclusiones originales tanto como le fue posible, particularmente a la relevancia de su teoría para su propio tiempo. Por lo tanto, no fue en modo alguno superfluo, como algunos admiradores seguían asegurando a sus lectores, que Senior y Everett 837 (también otros), ya sea enfrentando honestamente esas consecuencias o llegando a sus conclusiones independientemente de un estudio de las calificaciones de Malthus, señaló desde diferentes puntos de vista y con diferentes argumentos lo poco que quedaba realmente. Esto es patéticamente obvio en la

formulación de Senior del principio en su *Esquema* : "la población del mundo". . . está limitado sólo por el mal moral o físico, o por el miedo a la deficiencia de aquellos artículos de riqueza que los hábitos de los individuos de cada clase de sus habitantes les llevan a exigir. ' Sin embargo, Senior, a diferencia de Everett, siguió considerándolo como un postulado fundamental de la economía, y aún más lo consideraron Ricardo, James Mill, McCulloch y otros. JS Mill trató muy brevemente la población en su capítulo "De la ley del aumento del trabajo" (*Principios* , Libro I, cap. 10). Es cierto que explicó esto declarando que el tema había sido tratado completamente por Malthus, a quien refiere a sus lectores. Pero uno podría sentirse tentado a inferir que estaba dispuesto a descartar la importancia del principio. Pudo haber sido porque, siguiendo una tendencia que se había establecido cuando escribió sus *Principios* , JS Mill puso la ley de población en relación con la 'ley' de los rendimientos decrecientes de la tierra, lo cual, vale la pena señalar, estaba completamente ausente del *ensayo* de Malthus, y porque estaba preparado, como veremos, para admitir muchas excepciones y salvedades de esa ley. Sin embargo, es seguro que tenía una fuerte creencia en la validez e importancia inmediata de la teoría malthusiana. En los *Principios* lo demostró por su interés en los problemas de una población estacionaria (Libro IV, cap. 6) y, en particular, por su tajante afirmación, que es tan categórica como infundada, de que 'la densidad de población necesaria para permitir la humanidad para obtener, en el mayor grado, todas las ventajas tanto de la cooperación como de las relaciones sociales, se ha logrado, en todos los países más poblados, 'lo que sugiere que cualquier aumento adicional de la población (europea) no produciría nada más que' presión.' Sin embargo, aún más convincentemente, esta creencia se muestra en su indudable simpatía por el control de la natalidad. [838]

Así, fenómeno interesante, la enseñanza del *Ensayo* de Malthus se afianzó firmemente en el sistema de la ortodoxia económica de la época a pesar del hecho de que debería haber sido, y en cierto sentido fue, reconocida como fundamentalmente insostenible o sin valor en 1803 y que pronto surgieron más razones para considerarlo. [839] Se convirtió en el punto de vista 'correcto' sobre la población, al igual que el libre comercio se había convertido en la política 'correcta', que solo la ignorancia o la oblicuidad podrían dejar de aceptar, parte integral del conjunto de la verdad eterna que se había observado una vez por todas . Los objetores pueden ser sermoneados, si son dignos del esfuerzo, pero no pueden ser tomados en serio. No es de extrañar que algunas personas, completamente disgustadas por esta presunción intolerable que tenía tan poco que la respaldara, comenzaran a odiar esta `` ciencia de la economía ", independientemente de las consideraciones de clase o de partido, un sentimiento que ha sido un factor importante en el destino de esa ciencia. para siempre.

Sin embargo, la mayoría de la profesión, especialmente en Inglaterra, se sometió. Después de 1850, el interés de los economistas en la cuestión de la población declinó, pero rara vez dejaron de presentar sus respetos al shibboleth. También lo hizo Marshall, aunque lo despojó de prácticamente todas sus características sobresalientes, y también Böhm-Bawerk y Walras, quienes en su trabajo teórico nunca lo usaron en absoluto. A finales de siglo, el único protagonista en tomarlo en serio y enfatizarlo una y otra vez fue Wicksell, quien también resucitó la doctrina de la población óptima que, sin embargo, había contado con apoyo en todas partes. Uno podría haber esperado que estos rumores se extinguieran, pero por el contrario, después de la Primera Guerra Mundial, en realidad revivieron de nuevo con un cañoneo: el Sr. Keynes dio un paso al frente para sostener que la cuestión maltusiana era tan vital como siempre; y que, de hecho, había entrado en una nueva vida desde que —puso la fecha en algún lugar de la primera década del siglo— la naturaleza había comenzado a dar una respuesta

decreciente al esfuerzo humano. La profesión se asustó, como presumiblemente se pretendía. Sir William Beveridge defendió el punto de vista opuesto. Pero la controversia disminuyó por la razón poco científica de que la gente tenía preocupaciones más urgentes en un mundo en el que estaban a punto de comenzar una caída espectacular de la tasa de natalidad y un torrente no menos espectacular de alimentos y materias primas no vendibles. Keynes dijo en algún lugar que la economía es una 'ciencia peligrosa'. Ciertamente así es. [840]

Sin embargo, el declive de la *teoría* maltusiana o, en todo caso, de su papel dentro del sistema de la teoría económica general, no se debió a sus oponentes. Podemos pasar rápidamente por alto sus contribuciones, que —con las posibles excepciones de las de Godwin y Everett que ya se han mencionado— casi nunca respondieron al problema teórico. Hicieron un punto que, como hemos visto, no era de menor importancia cuando se cuestiona la aplicabilidad inmediata de la teoría: demostraron más o menos efectivamente que, en el mejor de los casos, la teoría malthusiana podría aplicarse en un futuro lejano, pero que era no sirve como explicación de la pobreza actual. Oppenheimer, [841] , tomó esta base, pero ya la había tomado antes, en cierto sentido Senior y mucho más enérgicamente William Hazlitt (*A Reply to the Essay on Population* , 1807). Bajo este título podemos mencionar a los 'socialistas ricardianos' de los años veinte del siglo XIX, como W. Thompson, [842] quien enfatizó que la teoría malthusiana funcionaría de manera muy diferente en diferentes formas de organización social y que, por ejemplo, la economía la independencia de la mujer y un nivel de vida más elevado bastarían por sí solos para dar un tono diferente al asunto; y Karl Marx, quien desarrolló esta 'relatividad institucional' [843] en la proposición general de que la 'superpoblación', como se observa en la sociedad capitalista, no tiene nada que ver con leyes inmutables sino que es específica de esta forma de organización y simplemente un incidente de su mecanismo. de acumulación.

Otros objetores intentaron reemplazar la progresión geométrica malthusiana por otras leyes de aumento (p. Ej., Sadler, 1830, Doubleday, 1846), que no se elevan hacia el infinito sino que muestran máximos o mesetas que podrían alcanzarse antes del punto de presión malthusiana. La dificultad radicaba en motivar estas formas sin utilizar la restricción moral u otros factores malthusianos. En esta roca todos esos barcos naufragaron, nada se propuso más allá de insinuaciones más o menos diletantes. Estas leyes indujeron a otras que no tienen implicaciones causales, al menos no necesariamente, sino que simplemente apuntan a describir desarrollos reales y, por extrapolación arriesgada, futuros. El de Verhulst (1845) fue uno de los primeros de estos intentos, y muchos estadísticos han probado suerte en esta tarea desde entonces (por ejemplo, Knibbs, Pearl, Hotelling). Las leyes de este tipo son, por supuesto, neutrales al problema maltusiano. Aún otros objetores alegaron lo que podría denominarse circunstancias atenuantes y compensatorias (Carey era uno de los más eminentes y Chalmers era otro) o los efectos no deseados (anti-eugenésicos) del control de la natalidad. Para nuestros fines no parece necesario entrar en este [844] ni en las opiniones de los biólogos. Pero es necesario mencionar una teoría que, se pueda enunciar o no de modo que sea compatible con el texto de Malthus, arroja exactamente lo contrario de la conclusión de Malthus: la 'teoría de la prosperidad' de Mombert (*Wohlstandstheorie*) de la población, según la cual debemos esperar una caída en la tasa de natalidad debido a la influencia racionalizadora sobre el comportamiento de un nivel de vida más alto. [845] En cierto sentido, los maltusianos podrían reclamar esto como una elaboración de "moderación", moral o de otro tipo. Pero, en la medida de lo posible, cambia efectivamente las tornas con respecto a cualquier predicción de que el aumento de la subsistencia (en el sentido amplio de la palabra) siempre o normalmente inducirá un

aumento en la tasa de propagación.

Un mortal ordinario podría haber pensado que la caída en la tasa de natalidad, primero en los estratos superiores y luego también en los bajos, primero en las zonas urbanas y luego también en las zonas agrarias, y el objetivo que se acerca rápidamente de una población estacionaria, deberían haber dejado a los preocupantes economistas en reposo. . Pero ese mortal habría demostrado con ello que no sabía nada de economistas. Mientras algunos de ellos todavía acariciaban el juguete maltusiano, otros abrazaron con entusiasmo uno nuevo. Privados del placer de preocuparse por sí mismos y de enviar escalofríos por las espinas de otras personas debido a los horrores prospectivos (o presentes) de la superpoblación, comenzaron a preocuparse a sí mismos y a los demás debido a un mundo prospectivamente vacío.

[Como se ha señalado, en la nota 1 al principio, esta sección se escribió mucho antes que las otras cinco secciones y no se había integrado con el resto del capítulo. Había numerosas notas para su uso en la revisión y reescritura.

Aquí no se discute el tercer postulado de Senior: "Que los poderes del trabajo, y de los otros instrumentos que producen riqueza, pueden incrementarse indefinidamente utilizando sus productos como medio para una mayor producción". Este tercer postulado, sin embargo, se analiza a continuación en la Sección 5 (Capital), bajo el subtítulo *Contribuciones de los mayores* .]

[(c) El cuarto postulado: rendimientos decrecientes.]

A continuación, abordaremos el cuarto postulado: `` Que, si la habilidad agrícola permanece igual, el trabajo adicional empleado en la tierra dentro de un distrito dado produce en general un rendimiento menos proporcionado, o, en otras palabras, que, sin embargo, con cada aumento de la trabajo otorgado, el rendimiento agregado aumenta, el aumento del rendimiento no es proporcional al aumento del trabajo '. Es el hecho o la hipótesis o el principio o la ley o la tendencia de los rendimientos decrecientes. No hay nada notable en la formulación de Senior, excepto que enfatizó más que otros autores, especialmente más que Ricardo, la importancia de la condición necesaria de su validez: un horizonte tecnológico dado y constante, o la condición 'agrícola la habilidad sigue siendo la misma », y también la importancia de las verdaderas excepciones, lo que marca una gran diferencia en los tonos de la imagen. [846] Sin embargo, hay un punto sobre su gestión de los rendimientos decrecientes que merece una atención particular. Todos los principales economistas de ese período limitaron los rendimientos decrecientes a la tierra y muchos habían afirmado una "ley" opuesta para las manufacturas, especialmente West y McCulloch. [847] Pero nadie que yo sepa ha sido tan enfático acerca de esta 'ley' de rendimientos crecientes en las manufacturas como Senior, quien afirmó con poca matización que 'la mano de obra adicional cuando se emplea en manufacturas es *más* , cuando se emplea en agricultura es *menos* , eficiente en proporción " (*Esquema* , págs. 81 y ss.), sin explicar completamente a sus lectores, quizás sin percibirse completamente a sí mismo, que esta ley de rendimientos crecientes, si existe, es de una naturaleza completamente diferente y nunca debe ponerse como un alternativa, con igualdad de derechos, junto con la ley de rendimientos decrecientes. Por tanto, Senior —o West and Senior— debe ser considerado responsable de la tradición, que tardó tanto en morir, que la agricultura era el dominio de este último y la "industria" el dominio de la primera. Este arreglo bastante engañoso no se corrigió hasta el próximo período. Edgeworth dio los primeros pasos para romperlo. Marshall surgió de eso, por supuesto, pero no renunció expresamente a ello. Con el último, vinculó los rendimientos decrecientes principalmente con la producción de materias primas de

una manera que sugiere la enseñanza de Senior.

Por lo demás, aprovecharemos esta oportunidad para examinar el desarrollo del principio de rendimientos decrecientes durante el período. Hemos visto que el principio no se encuentra en La *riqueza de las naciones* . De hecho, todo lo que dice A. Smith es que el "progreso de la mejora" aumenta la "cantidad de trabajo" que puede realizar el mismo número de manos "comparativamente menos rápido en la agricultura que en las manufacturas". Esta oración torpe expresa una declaración de hecho que puede ser cierta en algunos momentos y no en otros y no tiene nada que ver con rendimientos decrecientes. Pero es el germen de una opinión que influyó mucho en el argumento posterior sobre los rendimientos decrecientes. Como se indicó anteriormente, Ricardo y otros reconocieron, y Senior enfatizó, el hecho de que la operación de rendimientos decrecientes es interrumpida por el progreso tecnológico. A primera vista, este hecho podría ser suficiente para romper la conexión —tan fundamental para el cuadro occidental-Ricardo-maltusiano de la evolución económica— de rendimientos decrecientes con la presión de la población. Sin embargo, esta consecuencia fue evitada —al final también por Senior— minimizando las posibilidades de progreso tecnológico en la agricultura. La proposición de Smith se agudizó en lo que realmente era un postulado adicional en el sentido de que en la agricultura el progreso tecnológico no sería a la larga lo suficientemente fuerte como para sacar lo mejor de los rendimientos decrecientes: los costos laborales marginales de los productos alimenticios en realidad aumentarían en un futuro calculable [848] y no simplemente 'tienden a subir'. Y esta profecía, no hay otra palabra para ella, fue, para el grupo ricardiano y el público, lo realmente importante, sin lo cual los rendimientos decrecientes hubieran sido lo que deberían ser: una herramienta analítica que per se impone pero moderado interés práctico. .

El principal mérito de haber forjado esta herramienta analítica lo hemos asignado, a pesar de la existencia de precursores, a Sir Edward West (ver arriba, cap. 4, sec. 2) porque hasta donde yo sé, él fue el primero en crear el forma que retuvo durante todo el período y más allá, incluida la 'profecía' o el postulado adicional que acabamos de discutir. [849] Distingue los dos casos que se han vuelto clásicos: rendimientos decrecientes debido a la necesidad de recurrir a tierras inferiores y rendimientos decrecientes debido al 'hecho' de que no se puede otorgar trabajo adicional '[West no agrega: después de cierto punto] con la misma ventaja que antes en la tierra vieja ”(§ 10). El primer caso, que podemos generalizar para incluir una ubicación inferior, como lo hace West meritoriamente (§ 9), es lógicamente navegando, descansando firmemente en la observación de que los terrenos definitivamente difieren en fertilidad con referencia a cualquier producto o método dado. .

Sin embargo, esto no nos lleva muy lejos, ya que los rendimientos decrecientes en este sentido no son necesarios ni suficientes para los usos que el propio West o cualquier otra persona haya hecho de la "ley". [850] El segundo caso de rendimientos decrecientes es el que realmente importa y debería formularse (si nos limitamos a la tierra) de la siguiente manera: supongamos que para una parcela de tierra determinada incrementos iguales de trabajo (o de una combinación fija de factores) se aplican sucesivamente con el fin de obtener una cosecha determinada, entonces, si otras cosas se mantienen estrictamente iguales, se alcanzará un punto después del cual los incrementos consiguientes de ese producto disminuirán monótonamente a cero (y, si persiste la aplicación adicional, a cifras negativas absolutamente crecientes). Ricardo tiene el mérito de haber expresado, aunque con menos rigor, precisamente esto. West también debe haber tenido este significado en mente, porque es el que es relevante en el *Ensayo sobre la aplicación del capital a la tierra* . Pero su redacción no es clara y

apunta, si se toma literalmente, a una 'ley' de rendimientos promedio decrecientes más que a una 'ley' de rendimientos marginales decrecientes. Y es el primero el que posteriormente fue formulado por una mayoría de autores, quienes debieron confundirlo con el segundo o erróneamente considerarlo el más importante de los dos. [851] Esto es cierto incluso para Marshall (*Principios* , Libro IV, cap. 3, § 1) quien redactó "la ley o la declaración de tendencia a rendimientos decrecientes" casi exactamente como lo hizo Senior. Que no son equivalentes y que es el concepto marginal el que se necesita en todos los problemas máximos, no se afirmó expresamente hasta 1911 cuando Edgeworth lo señaló. Sin embargo, un sano instinto evitó que la confusión produjera errores. Pero fue la principal razón por la que puedo ver por qué la conquista definitiva de la idea de rendimientos físicos decrecientes no condujo *ipso facto* e inmediatamente a una teoría de la productividad marginal y por qué esta última tuvo una historia separada en absoluto.

La "ley" de los rendimientos decrecientes es, por supuesto, un enunciado empírico, una generalización de los hechos observados que sólo una observación posterior puede verificar o refutar. Es interesante informar que los teóricos han mostrado casi unánimemente una aversión a admitir esto. Uno tras otro ha intentado 'probarlo' desde supuestos lógicamente anteriores y, como pensaban, más obvios. De hecho, esto puede hacerse para la "ley" de los rendimientos medios decrecientes, que se ha demostrado [852] que se sigue de supuestos que pueden considerarse más simples que la "ley" misma. Además, esta "ley" también se deriva de la "ley" de los rendimientos marginales decrecientes, si agregamos supuestos que nadie se preocupará por cuestionar. Pero esto último no puede derivarse así a menos que introduzcamos supuestos adicionales que reduzcan la prueba a una trivialidad. [853]

2. Valor

Como hemos visto en varios giros de nuestro camino, el problema del valor debe ocupar siempre el lugar central, como principal herramienta de análisis en cualquier teoría pura que funcione con un esquema racional. [854] Más o menos, esto fue reconocido por todos los economistas de ese período —por Marx no menos que por Say—, aunque persistía cierta confusión en este punto. Cualquier impresión en contrario se debe principalmente a la preocupación de los economistas por cosas distintas de la teoría pura, especialmente por los aspectos institucionales de la vida económica. El valor en el que convergió el esfuerzo analítico fue el valor de cambio. JS Mill solo afianzó la práctica predominante cuando enfatizó que el término valor era, en teoría económica, esencialmente relativo y que no significaba nada más que la relación de intercambio entre dos productos o servicios cualesquiera. De manera similar, el término precio no significa más que la relación de intercambio entre la unidad (arbitraria) de cualquier producto o servicio y el bien seleccionado por dinero. También podemos tomar la enseñanza de JS Mill como típica de una actitud que se ha discutido mucho últimamente: el problema que realmente importó en todo momento fue la explicación de estas relaciones de intercambio o *relaciones de* precios (precios relativos). Los precios monetarios (precios absolutos) se trataron como un asunto de importancia secundaria, que se tratará aparte en el capítulo sobre el dinero. Dado que, entonces, el valor era una razón, se seguía naturalmente que todos los valores eran incapaces de aumentar o disminuir simultáneamente. También se siguió que no existía el valor total de todos los servicios de la riqueza (o de toda la riqueza) tomados en su conjunto, aunque Ricardo y Marx adoptaron una visión diferente sobre este punto.

Nadie planteó la cuestión teórica de si es realmente posible o admisible realizar el análisis

fundamental del sistema de precios en términos de relaciones de cambio o precios relativos únicamente. Esto implica, por supuesto, que la intervención del dinero real (es decir, del dinero que no sólo suministra una unidad de cuenta, sino que también circula y además funciona como un 'depósito de valor') no afecta la determinación del intercambio. ratios en sí mismos o cualquier otra cosa que sea esencial para la comprensión del proceso económico. O, para decir lo mismo de la forma habitual, esto implica que el dinero es en realidad un mero dispositivo técnico que puede ser ignorado siempre que haya elementos fundamentales en el programa, o un velo que debe quitarse para descubrir las características detrás de él. O, en otras palabras, esto implica que no existe una diferencia [855] *teórica* esencial entre una economía de trueque y una economía monetaria. Nadie trató seriamente de probar esto ni siquiera se dio cuenta de la necesidad de hacerlo para establecer la validez de ese procedimiento. [856] Esto vendría en nuestro propio tiempo. Por el momento, observemos simplemente que este énfasis exclusivo en el análisis "real" puede haber tenido sus ventajas, incluso si hubiera resultado inadecuado cuando se enfrentó en una etapa posterior del desarrollo analítico con estándares más altos de rigor científico. Sirvió para contrarrestar los persistentes errores primitivos. Ayudó a aclarar conceptos y relaciones. Afirmó los derechos de un punto de vista que necesitaba ser reafirmado en ese momento y tal vez pueda hacerlo nuevamente.

Pero los economistas de ese período ni siquiera hicieron un esfuerzo serio para probar la determinación de una economía sin un medio circulante. No se puede decir que los esfuerzos sistemáticos de este tipo, ya que el ejemplo de Cournot permaneció sin influencia, sean anteriores a Walras (véase más adelante, Parte IV, cap. 7). Sin embargo, en este como en otros casos, tanto en economía como en otras ciencias, encontramos que la percepción intuitiva de la lógica inherente de las cosas llevó más allá de lo que realmente se demostró. Como los principales teóricos del período anterior, los `` clásicos '' percibieron la existencia de lo que ahora llamamos equilibrio económico y, si no intentaron probar su existencia, lo hicieron, por así decirlo, plausible, incorporando su intuición en ciertos aspectos. reglas empíricas, como la tendencia de las "ganancias" a ser aproximadamente iguales en líneas de negocio diferentes pero igualmente condicionadas. [857] Derivamos una proposición similar del principio de maximizar los rendimientos netos y la asociamos con el principio de sustitución. Los "clásicos", se ha sostenido, [858] no estaban en posesión de este último principio. [859] Esto es cierto y por eso constituye uno de los defectos más graves de su aparato analítico. Pero si no lo formularon explícitamente y no lo aplicaron sistemáticamente, tampoco lo ignoraron por completo. Lo usaron en casos individuales. Y está implícito en algunas de sus proposiciones.

(a) Ricardo y Marx.

Por teorías del valor entendemos los intentos de indicar los factores que explican el valor de cambio de una cosa o, aunque esto no es estrictamente lo mismo, los factores que "regulan" o "gobiernan" el valor. Empecemos por Ricardo. A A. Smith, recordamos, se le pueden atribuir tres teorías diferentes del valor: la teoría de la cantidad de trabajo ilustrada por su ejemplo del castor y el ciervo; la teoría de la desutilidad del trabajo transmitida por su referencia al "trabajo y problemas"; la teoría del costo que realmente utilizó en la parte central de su análisis. También sabemos que, además, recomendó el trabajo (junto con el 'maíz') como una unidad relativamente estable para expresar los valores de las mercancías (*numéraire*). [860] Ricardo, comenzando su trabajo teórico con un estudio de la *riqueza de las naciones* , estaba disgustado con lo que, con razón, sintió que era un lío lógico y llegó a la conclusión de que la teoría del valor de la cantidad de trabajo [861] tal como la transmitía el ejemplo

del castor y el venado fue el que se adoptó, no solo para las condiciones 'primitivas' en las que no había otro factor escaso que no fuera el trabajo, sino en general para todos los casos, incluso cuando también existían otros factores escasos. Su primer capítulo es un intento de llevar a cabo esta idea. Evidentemente, pensó que la teoría del costo de A. Smith era lógicamente insatisfactoria (quizás circular). Descuidó la teoría de la desutilidad del trabajo, probablemente porque no se le ocurrió que era diferente de la teoría de la cantidad de trabajo. Y en todo momento, mezcló su argumento en contra del alejamiento de A. Smith de la teoría del valor de la cantidad de trabajo con un argumento en contra de la elección de A. Smith (y Malthus) del trabajo como medida del valor. [862] Antes de continuar, primero intentaré eliminar esta dificultad de nuestro camino.

Hay que distinguir dos cosas. Por un lado, Ricardo, como todos los demás, era consciente, por supuesto, del hecho de que no puede haber mercancía (no más trabajo que cualquier otra), cuyo *valor* de *cambio* de cuya unidad pudiera servir como patrón invariante para medir la variaciones en los valores de cambio de otras mercancías (*Principios* , cap. 1, § 6). Por otro lado, su teoría del valor de la cantidad de trabajo parecía, sujeta a calificaciones que se discutirán en este momento y que se descuidan por el momento, proporcionar un método para medir estas variaciones de todos modos: donde el valor de cambio de una unidad del trabajo estaba destinado a ser insatisfactorio, la unidad de trabajo en sí misma —ya que según esta teoría la cantidad de trabajo incorporada en una mercancía "gobierna" su valor— era realmente lo que se necesitaba para tener una medida de los valores de cambio después de todo. Sujeto a las calificaciones que ahora estamos descuidando, todo lo que era necesario para tener una mercancía de valor al menos teóricamente invariante era imaginar una que siempre incorporara la misma cantidad de trabajo. Una mercancía así proporcionaría entonces un criterio estable con el que medir las variaciones en los precios relativos de todos los demás. Debe entenderse que las libras y los chelines de sus ejemplos numéricos representan tal mercancía. [863]

Es muy importante comprender las implicaciones de este *tour de force* lógico . En virtud de ella, las mercancías adquirían valores absolutos, que se podían comparar, sumar y aumentar y disminuir simultáneamente, lo que era imposible mientras el *valor de* cambio se definiera simplemente como *relación de* cambio . Esto es lo que tanto agradó a Marx de la teoría del valor de Ricardo. Pero este último no logró resolver la idea por completo. Además, creó mucha confusión innecesaria al adoptar como concepto el término Valor real. Nuestro propio significado de este término, que se refiere al valor de una cantidad monetaria en términos de los bienes que comprará, estaba ganando vigencia en ese momento, y la gente estaba desconcertada por el uso de Ricardo según el cual, por ejemplo, 'real 'los salarios podrían estar cayendo (si la cantidad de trabajo incorporado en los bienes que constituyen los salarios reales en nuestro sentido estuviera disminuyendo, debido, por ejemplo, a la mejora tecnológica) cuando todos los demás dirían que están aumentando (si las cantidades de esos bienes ellos mismos estaban aumentando).

Debe mencionarse otro punto que es de considerable importancia para comprender la teoría de la distribución de Ricardo, que se refería principalmente a las participaciones relativas, y en particular su famoso teorema de que 'no puede haber aumento en el valor del trabajo [salario real en su sentido] sin caída de los beneficios »(véase, por ejemplo, § 4, *Principios* , cap. 1). El verdadero significado de este teorema se discutirá más adelante. Pero, en el lugar aludido, Ricardo lo redujo a una trivialidad explicando que, si el producto se divide entre capital y trabajo, 'cuanto mayor sea la proporción que se le da a este último, menos quedará para el primero', que es de hecho, cómo James Mill y muchos

intérpretes posteriores (por ejemplo, A. Wagner) entendieron el teorema. ¿Cómo fue esto posible? Es evidente que Ricardo, cuando escribió este pasaje, pensó que las participaciones relativas siempre se dan por la relación entre las horas de trabajo incorporadas en las participaciones absolutas. Sin embargo, esto no es cierto en general, sino solo si la cantidad total de trabajo aplicado se mantiene constante (sobre este enredo, véase Cannan, *op. Cit.* Págs. 341 y siguientes).

Ricardo, entonces, nos dice en la primera página de su obra que la utilidad es una condición necesaria para el surgimiento del valor de cambio y que 'al poseer utilidad, las mercancías derivan su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo. necesarios para obtenerlos. Al identificar ilógicamente las mercancías escasas con las mercancías, cuya cantidad no puede ser aumentada por el trabajo, y considerándolas como raras excepciones, pasa a la categoría de aquellas que pueden ser aumentadas por la industria humana. No puedo quedarme —pero el lector debería— señalar todas las deficiencias de este comienzo y procederé inmediatamente a enunciar el teorema central de la teoría ricardiana del valor: en condiciones de competencia perfecta (que Ricardo no especificó) los valores de cambio de mercancías será *proporcional* a las cantidades de trabajo contenidas o incorporadas en ellas.

Lo primero que debe observarse sobre esta proposición, que proviene de La *riqueza de las naciones* (Ricardo se refirió específicamente al Libro I, cap. 5), es que no es en sí misma una teoría del valor en el sentido definido anteriormente. Tal teoría está contenida en la siguiente oración de Ricardo, 'que este [es decir, trabajo aplicado o incorporado, JAS] es realmente la base del valor de cambio de todas las cosas'. La proposición en cuestión es un teorema sobre valores que se pretende que sean válidos solo en perfecto equilibrio. Ricardo era perfectamente consciente de esto. En los capítulos 4 y 30, por lo tanto, se ocupó del Cantillon-A. Smith del precio de mercado, que hizo dependiente, como el precio de las mercancías monopolizadas, de la oferta y la demanda, *como si la determinación del precio por la oferta y la demanda fuera completamente diferente e incompatible con la determinación del precio por la cantidad de trabajo incorporado* . Pero, al no estar en plena posesión de un concepto explícito de equilibrio perfecto, lo expresa diciendo que su ley de cantidad de trabajo se aplica a los precios naturales, es decir, a los precios relativos que finalmente prevalecerán cuando las fluctuaciones debidas a perturbaciones temporales ocurran en cada caso ha remitido. Ésta es la razón por la que los intérpretes y, de hecho, el propio Ricardo, hablaron de su ley —y de su razonamiento en general— como "abstracto" y como si sólo contemplara tendencias fundamentales o de largo plazo. No usó el término Marshalliano Normal a Largo Plazo, pero se le ocurrió la idea.

La segunda cosa que debe observarse es que nuestro teorema sería verdadero (para el equilibrio perfecto en competencia perfecta) si el trabajo —y el trabajo de una clase y calidad— fuera el único requisito de producción. De hecho, se seguiría entonces como un caso especial de la teoría de la utilidad marginal más general de una época posterior. 864

Entonces, lo tercero que debe observarse acerca de la ley de cantidad de trabajo de Ricardo es la manera en que trató de superar las dificultades que se interponen en el camino de generalizar un resultado que se mantiene —aunque nunca lo probó— en un caso especial. El resto de su primer capítulo (§§ 2-7) está dedicado a un intento de demostrar que su ley de valores de equilibrio de la cantidad de trabajo, aunque no es generalmente cierta, constituye una aproximación aceptable en todo el rango de competencia perfecta. Pero este capítulo no se ocupa de la dificultad fundamental que surge de la existencia de factores naturales escasos: su eliminación del problema queda para el segundo

capítulo. Siguiendo su ejemplo, también los descuidamos por el momento.

Ricardo vio, por supuesto, lo que Marx iba a desarrollar, que el trabajo cuya cantidad debe 'gobernar' o 'regular' los valores debe ser de la calidad que un trabajador normalmente tiene en un momento y lugar determinados, ni más ni menos eficiente que ese y que debe aplicarse de acuerdo con los estándares imperantes de racionalidad tecnológica: para usar el término de Marx, debe ser un trabajo *socialmente necesario* . El tiempo empleado en adquirir habilidades, incluido el trabajo del maestro, debe contarse en [865] y también debe ser 'el trabajo que se otorga a los implementos, herramientas y edificios con los que dicho trabajo [el trabajo directamente aplicado, JAS] es asistido '(sec. 3). Pero, ¿qué pasa con las habilidades naturales o aquellos elementos de las habilidades que no se adquieren en sí mismos mediante el trabajo? Siguiendo la tradición del siglo XVIII mencionada anteriormente, Ricardo no pensó mucho en su importancia. Por lo demás, se basó, al igual que A. Smith, en el mecanismo del mercado para determinar una escala para la evaluación de diferentes cualidades (naturales) del trabajo mediante la cual una hora de trabajo superior puede expresarse como un múltiplo de la normal. hora de trabajo: si a un 'joyero en activo' se le paga el doble por hora que a un 'trabajador común', una hora trabajada por el primero se contará simplemente como dos horas trabajadas por el segundo. Dado que tales relaciones no varían mucho de un año a otro, tienen "poco efecto, durante períodos cortos, sobre el valor relativo de las mercancías". [866] Esto puede ser así o no. Pero debe notarse que esta apelación a los valores de mercado, que evidentemente no están determinados por ninguna cantidad de trabajo, en el curso de un argumento que debe exponer la ley de cantidad de trabajo, deletrea en estricta lógica la rendición de este último, sin importar nada. si esto se reconoce o no.

Pero el reconocimiento del fracaso del principio de cantidad de trabajo llegó en las secciones 4 y 5. Allí, Ricardo enfrentó el hecho de que los valores relativos de las mercancías no están 'gobernados' exclusivamente por las cantidades de trabajo incorporadas en ellas, sino también por 'la duración del tiempo que debe transcurrir antes de que `` ellos '' puedan ser llevados al mercado ". Porque a esto es a lo que su argumento equivale: proporción desigual entre la parte del capital que `` es para sostener el trabajo '' y la parte que `` se invierte en herramientas, maquinaria y edificios, 'y la durabilidad desigual de la última o la tasa desigual de rotación de la primera —que son los hechos discutidos— son relevantes para los valores relativos de los productos sólo por ese elemento de tiempo que traen al cuadro del proceso productivo. [867] Simplemente se refieren a diferentes períodos de inversión de las (posiblemente) cantidades iguales de trabajo incorporado en los bienes de capital o (para decirlo sin rodeos en el hecho empresarial de sentido común en el que estaba pensando Ricardo) diferentes cantidades de cargas de transporte que, lógicamente, son a la par con la cantidad de trabajo al influir en los valores "naturales", es decir, de equilibrio.

Así que el asesinato está fuera. Sin duda, Ricardo trató de minimizar el daño a su construcción fundamental señalando que la cantidad de trabajo sigue siendo el determinante más importante del valor relativo, por lo que antes hemos descrito su teorema como una aproximación. Esto parece hacer más justicia a su pensamiento que la interpretación que atrae a otros historiadores: estos, siguiendo el ejemplo de Marshall, prefieren decir que Ricardo tenía "realmente" una teoría del valor del costo. Es cierto que *en efecto* Ricardo terminó por coordinar el elemento de ganancias acumuladas con el elemento de cantidad de trabajo. También es cierto que a veces (ver cap. 30, primera oración) hizo del costo de producción (incluido evidentemente el elemento anterior) el "regulador final" de los valores.

Pero si esto fuera todo, su exposición se reduciría simplemente a una forma indirecta de enunciar una visión que era corriente en su época: sería difícil ver por qué luchó con tanta insistencia y de qué trataban las controversias que se produjeron.

Solo si reconocemos que creía, por supuesto erróneamente, que el trabajo aplicado es algo más fundamental o importante que las ganancias acumuladas, entenderemos por qué introdujo por primera vez su teoría de los valores bajo el supuesto de que las estructuras de capital eran exactamente similares en todas las industrias. El consuelo es, por supuesto, bastante ilusorio que extrajo del hecho de que *entonces* (si aceptamos su eliminación de la influencia de los agentes naturales) las relaciones de cantidades de trabajo aplicadas "regularían" los valores relativos. Lógicamente, sería igualmente admisible decir que, con la misma cantidad de trabajo aplicado, es la estructura de capital o "tiempo" la que regula los valores relativos. Por lo tanto, debe haber pensado que la primera proposición es verdadera en algún sentido en el que la segunda no lo es. Y nuestra interpretación —la interpretación que se caracteriza por la palabra aproximación— me parece la más obvia en el caso de un escritor que estaba bastante libre de emocionalismo o preconcepciones filosóficas.

Sin embargo, hay que mencionar otro punto. Lo que hizo Ricardo en el capítulo 1, secciones 4 y 5, fue reconocer el *hecho de* que los gastos de transporte influyen en los valores relativos. También formuló algunas de las consecuencias de este hecho. Pero lo hizo, por así decirlo, con un encogimiento de hombros y no hizo el menor intento de *explicarlo* a menos que aceptemos la frase "compensación justa por el tiempo que se retuvieron los beneficios" como muestra de tal explicación. Aquí, como en todas partes, se contentaba con permanecer en la superficie de las cosas. Pero le preocupaba lo que su admisión haría con su propuesta favorita de que 'ninguna alteración en los salarios del trabajo podría producir ninguna alteración en el valor relativo de. . . mercancías ", que es, a lo largo del libro, la punta de lanza práctica de su teoría del valor. En principio, también debe abandonarse, por supuesto (véase el § 5, último párrafo). *Pero en realidad se retiene* , nuevamente, como me gusta decir, para ser lo más justo posible con él, como una verdad aproximada. El efecto de la admisión se limita a un teorema particular: si los salarios, por ejemplo, suben, los precios relativos de los bienes en cuya producción entran en gran medida el 'capital fijo' o el 'capital fijo' de alta durabilidad caerán, y los precios relativos de bienes 'que son producidos principalmente por trabajo con menos capital fijo o con capital fijo de carácter menos duradero que el medio en el que se estima que el precio aumentará [868] ', una proposición que se ha denominado en nuestro tiempo, el efecto Ricardo, y una forma curiosamente tortuosa de admitir algo cuyas implicaciones no se desean admitir.

No vale la pena quedarnos para describir la forma en que los ricardianos del círculo interno, James Mill, De Quincey y McCulloch, manejaron la teoría del valor de Ricardo y los problemas espurios que creó. [869] Pero será conveniente, antes de retomar las contribuciones de los oponentes de Ricardo y luego la posición intermedia de JS Mill, considerar con la mayor brevedad algunos fundamentos de la doctrina del único gran seguidor de Ricardo, Karl Marx.

La teoría del valor de cambio de Marx es también una teoría de la cantidad de trabajo, tal vez, si descuidamos los trampolines entre Ricardo y Marx como W. Thompson, el único muy completo que jamás se haya escrito. De hecho, al principio nos sorprende la similitud del argumento de Marx con el de Ricardo. Marx se preguntó qué es lo que hace que las mercancías, tan heterogéneas en cuanto a su valor de uso, sean comparables en absoluto, y surge con la conclusión de que es el hecho de que todas son productos del trabajo. Habiendo establecido a su propia satisfacción esta proposición tan discutible

—porque el hecho de que todas las mercancías tienen valor en uso no sólo es tan cierto sino más general—, Marx procedió a abordar las dificultades que acosan a este enfoque en el umbral casi exactamente como Ricardo había tratado con ellos. Añadió precisión y elaboración aquí y allá (ya he mencionado el 'trabajo socialmente necesario'), pero no advirtió, como Ricardo, el peligro que acecha detrás del supuesto de que los precios de mercado del trabajo de diferentes calidades no adquiridas pueden usarse para para reducir las horas de mano de obra de calidad superior a múltiplos de las estándar.

Aprovecho esta oportunidad para mencionar un punto de la técnica que Marx consideró una de sus contribuciones más importantes a la teoría económica: su distinción entre trabajo, cuya *cantidad* se mide en horas, y 'fuerza de trabajo' (*Arbeitskraft*), cuyo *valor* viene dada por la cantidad de trabajo que entra en los bienes que consume el trabajador (incluidos los bienes y servicios utilizados para criarlo y capacitarlo) y, en cierto sentido, "produce" su fuerza de trabajo. Estos bienes y su valor real son, por supuesto, elementos esenciales también del análisis de Ricardo. Pero no identificó explícitamente este valor real con el valor real de la *fuerza de trabajo* mercantil . Senior, como sabemos, dio un paso para hacerlo. Marx, sin embargo, no sólo completó este paso, sino que también, en su teoría de la explotación (véase más adelante, sección 6b), puso el concepto de fuerza de trabajo en un uso que ni Ricardo ni Senior habían pensado o habrían aprobado.

Pero incluso los historiadores no marxistas deberían haberse dado cuenta —aunque, en su mayoría, no lo han hecho— de que hay una diferencia mucho más fundamental entre la teoría de la cantidad de trabajo de Marx y la teoría de la cantidad de trabajo de Ricardo. Ricardo, el menos metafísico de los teóricos, introdujo la teoría del valor de la cantidad de trabajo simplemente como una hipótesis que debía explicar los precios relativos reales —o más bien las normales reales a largo plazo de los precios relativos— que observamos en la vida real. Pero para Marx, el más metafísico de los teóricos, la teoría de la cantidad de trabajo no era una mera hipótesis sobre los precios relativos. La cantidad de trabajo incorporada en los productos no sólo "regulaba" su valor. Que *era* (la 'esencia' o 'sustancia' de) su valor. Ellos *se* congelaron laboral. Para que los lectores no dispuestos a la metafísica se nieguen a quedar muy impresionados por esto, permítanme señalar de inmediato la diferencia práctica que esto significó para las estructuras analíticas de nuestros dos autores.

Cuando Ricardo reconoció que en la determinación de los valores o de los precios relativos entraba el elemento del tiempo —o de las cargas que se acumulan en el transcurso del proceso productivo—, esto significó para él la necesidad de admitir que su hipótesis era contradicha por los hechos. y que, en la forma descrita anteriormente, había que reducirlo a una mera aproximación. Pero Marx había reconocido desde una etapa temprana de su pensamiento, ciertamente antes de publicar el primer volumen de *Das Kapital* (1867) [870], que las relaciones de intercambio no se ajustan, ni siquiera como tendencia, al teorema de equilibrio de Ricardo sobre valores, *que en consecuencia forma ninguna parte de la enseñanza de Marx* . Sin embargo, esto no era motivo para que modificara su teoría del valor: el valor era siempre, tanto para cada mercancía como para la producción en su conjunto, idéntico al trabajo incorporado, independientemente de cómo se comportaran los precios relativos, y su problema era precisamente mostrar cómo , como consecuencia del mecanismo de la competencia perfecta, estos valores absolutos *sin ser alterados* llegaron a ser desplazados de tal manera que al final las mercancías, aun conservando sus valores, *no se* vendieron a precios relativos proporcionales a estos valores. Para Ricardo, las desviaciones, distintas de las temporales, de los precios relativos de su

teorema de proporcionalidad significaban alteraciones de valores; para Marx, tales desviaciones no alteraron los valores sino que sólo los redistribuyeron entre las mercancías. Es por esto que podemos decir que Marx realmente siguió adelante con la idea de un valor absoluto de las cosas, 871 mientras que Ricardo, aunque su argumento implica esta idea en algunos puntos, nunca la convirtió en el eje de su estructura analítica. O, para decirlo de otra manera: mientras que para Ricardo los precios y valores relativos eran esencialmente lo mismo y, por lo tanto, el cálculo económico en términos de valores era lo mismo que el cálculo en términos de precios relativos, los valores y los precios no eran lo mismo. para Marx, de modo que se creó un problema adicional que *aparentemente* no existe para Ricardo, a saber, el problema de la relación entre los dos cálculos o el problema de *Wertrechnung und Preisrechnung* . 872

Algunas de las implicaciones y aplicaciones de esta teoría del valor se discutirán más adelante. Pero deben hacerse tres puntos antes de dejar temporalmente el tema. En primer lugar, para nosotros no es más que una construcción concebida con fines de análisis y para ser juzgada a la luz de consideraciones de utilidad y conveniencia analíticas. Para los marxistas ortodoxos puede ser de hecho una verdad sagrada en algún ámbito extra-empírico de las ideas platónicas, donde se exhiben las "esencias" de las cosas. Y puede haber sido algo parecido para el propio Marx. En realidad, sin embargo, no hay nada místico o metafísico en la teoría marxista del valor. Su concepto central en particular, el valor absoluto, no tiene nada que ver con los significados que atribuimos a esta palabra en algunas partes de la filosofía. No es más que el valor real de Ricardo plenamente desarrollado y aprovechado. En segundo lugar, si los lectores han seguido el argumento, se darán cuenta de que las objeciones que pueden hacerse contra el uso que hace Ricardo del concepto de valor real no se aplican a la teoría de Marx. Incluso si no admitimos que el trabajo incorporado es la 'causa' del valor de cambio en el sentido ordinario, no existe una regla lógica que nos impida *definir el* trabajo incorporado como valor de cambio, aunque esto le da otro sentido, quizás engañoso, al último término. . Porque, en principio, podemos llamar a las cosas como nos plazca. 873 En tercer lugar, mientras que Ricardo simplemente reconoció la existencia real de cargas portadoras y luego se detuvo, Marx hizo al menos un intento, exitoso o no, de absorberlas en su esquema. Para él, los gastos de transporte también formaban parte del trabajo incorporado en la producción total. Ricardo tuvo que agregarlos al costo laboral y debería haberlos explicado. Para Marx no había problema en explicar por qué existen estos elementos del valor del producto. Su único problema era explicar cómo llegan a ser recortados de un valor total que existe independientemente de ellos. En esto, debemos dejar que el asunto descanse por el momento. En una etapa posterior de nuestra argumentación veremos que, después de todo, fue la misma dificultad, a saber, la influencia del tiempo, que, debido a sus diferentes enfoques, se les presentó bajo la apariencia de diferentes problemas. Para usar una frase marshalliana, para Ricardo el tiempo fue el gran perturbador de su patrón analítico. Pero también fue, aunque menos abiertamente, el gran perturbador de Marx.

(b) Los oponentes de la teoría del valor trabajo-cantidad.

Recuerde: los ricardianos siempre estuvieron en minoría, incluso en Inglaterra, y es solo la fuerza personal de Ricardo la que, mirando hacia atrás, crea la impresión de que su enseñanza, su acuñación del metal smithiano, dominaba el pensamiento de la época y que el otros economistas eran simplemente opositores de lo que entonces se llamaba la Nueva Escuela, opositores también que no estaban del todo a la altura de las doctrinas de esta última. Lo contrario está más cerca de la verdad, en

la cuestión del valor como en otras, aunque nuestra impresión sin duda se ve reforzada por el hecho de que casi todos esos oponentes, cualquiera que hayan sido, eran, salvo contadas excepciones, inferiores a Ricardo como controversistas.

La discusión de los problemas del valor en líneas no ricardianas que se trasladaron desde el siglo XVIII chocó con las fuerzas ricardianas y se convirtió en controversia alrededor de 1820, el año en que aparecieron los *Principios de* Malthus . La fase activa de esta controversia duró poco más de diez años y, a pesar del testimonio de muy pocos defensores incondicionales —Mcckulloch y Marx estaban cogidos del brazo en este punto— y de algunos historiadores terminó con la derrota del ricardianismo. Tenía su complemento completo de malentendidos mutuos y de errores lógicos, pero en general avanzaba a un nivel digno de crédito. El desempeño máximo fue el [874] de Bailey (ver arriba, cap. 4, sec. 3c), cuya influencia fue mucho mayor de lo que parece en la superficie. Mostró enérgicamente las debilidades de la estructura analítica de Ricardo, en particular, la futilidad del método de Ricardo de eliminar a los agentes naturales del problema del valor, la arbitrariedad que implica llamar a la cantidad de trabajo 'el único principio determinante del valor', los defectos del concepto del valor real y de la teoría ricardiana de la ganancia, etc. La descortés respuesta de un ricardiano en la *Westminster Review* (1826) fue patéticamente inadecuada y, aunque pocos contemporáneos le hicieron justicia, con el tiempo quedó claro que, de hecho, había cambiado el rumbo y había dado un golpe fatal. Las consideraciones de espacio prohíben la descripción detallada de la controversia. [875] En cambio, nos limitaremos a lo que fue, por el momento, el principal punto de discusión entre Say, Malthus y Ricardo, notando otros nombres y aspectos sólo en la medida en que este propósito lo requiera. [876]

Para llegar a ese punto principal, primero debemos recordar que las actuaciones pioneras de la teoría de la utilidad marginal, que produjo el período, no lograron ejercer ninguna influencia perceptible, pero que muchos escritores percibieron que la utilidad era más que una mera *condición* del valor de cambio. , en el sentido en que Ricardo se refería a esta frase, y que de hecho era la 'fuente' o 'causa' del valor de cambio. Sólo que ellos no pudieron hacer nada con esta idea más que los ricardianos, que, precisamente por eso, se negaron a aceptarla. Y así, este enfoque resultó en nada. JB Say, por ejemplo, siguiendo la tradición francesa (Condillac, en particular), hizo que el valor de cambio dependiera de la utilidad pero, al fallar (como Condillac) en agregar escasez, tropezó con el hecho, tan a menudo explicado antes que él, de que tal 'utilidad' cosas como el aire o el agua normalmente no tienen ningún valor de cambio. Dijo que en realidad tienen valor; sólo que este valor es tan grande, infinito de hecho, que nadie podría pagar por ellos y por eso no van en balde. [877] Es cierto que no se detuvo ante esta ineptitud. Se elevó a la afirmación imperfecta (aunque tan significativa) de que el precio es la medida del valor de las cosas y el valor la medida de su utilidad, una afirmación que anuncia la de Walras: *les valeurs d'échange sont providenelles aux raretés* [utilidad marginal, JAS]. Sin embargo, sobre todo, utilizó un análisis de oferta y demanda bastante primitivo. Lo mismo se aplica a Hermann (ver arriba, cap. 4, sec. 5). Como en Francia, quizás en parte bajo la influencia francesa, en Alemania se había desarrollado una tradición de teoría de la utilidad. Pero fue igualmente inoperante: se detuvo en reconocimientos del elemento de utilidad que son difíciles de distinguir de la forma ricardiana de asignar a la utilidad el papel de una condición de valor. Hermann fue más lejos que otros, pero también se limitó sustancialmente a trabajar con la oferta y la demanda. Algunos economistas ingleses, como Craig [878] y Senior, obtuvieron mejores resultados. En cuanto a este último, hay algo de

verdad en la visión común, compartida por Walras, que le acredita la noción de utilidad marginal. Pero solo puedo repetir: no lo hizo y, tras un vistazo, prácticamente se desvaneció detrás de la mera oferta y demanda. Lord Lauderdale y, de manera más elaborada, Malthus fueron directamente al aparato de oferta y demanda y se concentraron por completo en él.

Así, para Ricardo, el punto principal en cuestión era desde la primera cantidad de trabajo versus la oferta y la demanda. La teoría de la utilidad del valor, que había examinado y rechazado (como la "fuente" o "causa" del valor de cambio), no estaba realmente en el cuadro, aunque la criticó en su capítulo sobre "Valor y riquezas". La teoría del valor del costo no era del todo un enemigo. Porque consideraba su propia teoría como una reformulación de ella y con frecuencia él mismo invocaba el costo en términos de trabajo *y* capital. El verdadero enemigo era la teoría de la oferta y la demanda, que «se ha convertido casi en un axioma de la economía política y ha sido fuente de muchos errores» (cap. 30, tercer párrafo). El lector debe observar cuán interesante es esto y cuán revelador de "los caminos de la mente humana". Implica, por supuesto, que Ricardo era completamente ciego a la naturaleza y el lugar lógico en la teoría económica del aparato de oferta y demanda y que lo tomó como una teoría del valor distinta y opuesta a la suya. Esto refleja poco crédito para él como teórico. [879] Porque debería quedar claro que su propio teorema sobre los valores de equilibrio sólo es defendible, en la medida en que sea sostenible, en virtud de la interacción de la oferta y la demanda. Ricardo no podría haber dejado de descubrir esto si hubiera intentado deducir ese teorema racionalmente en lugar de simplemente postularlo intuitivamente. Es decir, si se hubiera detenido a preguntar *por qué* los valores de cambio de las mercancías deberían ser proporcionales a las cantidades de trabajo estándar incorporadas en ellas, al responder a esta pregunta, se habría encontrado utilizando el aparato de oferta y demanda mediante el cual solo (bajo supuestos apropiados) que la 'ley' del valor puede ser establecida. Entonces nunca podría haber negado la validez de la `` ley " de demanda y oferta para los precios normales a largo plazo de los bienes cuyas cantidades pueden ser incrementadas indefinidamente por la industria humana, admitiendo al mismo tiempo su validez para los precios de mercado a corto plazo y por los precios de los bienes monopolizados o "escasos". Porque, como Malthus señaló minuciosamente (*Principios* , 1a ed., Cap. 2, §§ 2 y 3), la oferta y la demanda vienen en general [880] para determinar los precios tanto en los casos a largo como a corto plazo, y la diferencia entre ellos consiste únicamente en el nivel en el que la oferta y la demanda los fijan, que tiene ciertas propiedades en un caso que están ausentes en el otro. En otras palabras, los conceptos de oferta y demanda se aplican a un mecanismo que es compatible con cualquier teoría del valor y de hecho es requerido por todos. Pero tan grande fue la autoridad personal de Ricardo con algunos escritores posteriores que se pueden encontrar rastros de este error no sólo en JS Mill, sino incluso en los *Principios de* A. Marshall .

Por ilógico que sea, el mecanismo de oferta y demanda se desplazó en realidad al lugar de una teoría del valor, [881] cuyos exponentes incluso se puede decir que se mantuvieron firmes frente a la teoría de la cantidad de trabajo durante todo el período. Esto no solo se debió al descuido de Ricardo sino también al suyo. Hemos visto que fracasaron en su análisis del elemento de utilidad, aunque lo rozaron una y otra vez. No más que Ricardo se preocuparon por elaborar una teoría del intercambio que, en su caso como en el suyo, entre otras cosas, explica el manejo defectuoso del concepto de escasez, cuya importancia básica para todo el campo de la teoría del valor era , sin embargo, afirmado por Lauderdale, Malthus y Senior, y por no comprender los precios monopolísticos. [882] Pero los

patrocinadores de la oferta y la demanda, nuevamente con la inadvertida excepción de Cournot (y muy pocos otros, como C. Ellet y D. Lardner), incluso experimentaron dificultades para poner en marcha el propio aparato de oferta y demanda, cuyas pretensiones a un lugar en la teoría económica intentaron afirmar. Hablaban de deseos o deseos respaldados por el poder adquisitivo, de "extensión" de la demanda e "intensidad" de la demanda, de cantidades y precios, y no sabían muy bien cómo relacionar estas cosas entre sí. Los conceptos, tan familiares para todo principiante de nuestros días, de *programas* de demanda o curvas de disposición a comprar (bajo ciertas condiciones generales) especificaron cantidades de un bien a precios específicos, y de *programas* de oferta o curvas de disposición a vender (bajo ciertas condiciones generales). condiciones generales) cantidades específicas de una mercancía a precios específicos, resultaron increíblemente difíciles de descubrir y distinguir de los conceptos: cantidad demandada y cantidad ofrecida. De hecho, Malthus hizo algunos avances hacia la aclaración. Pero el lector sólo necesita buscar Senior (*Esquema* , págs. 14 y siguientes) para estar satisfecho de la forma torpe en la que trató de explicar estos asuntos simples. ¿O eran tan simples después de todo? ¿No es un hecho, que nos mira desde las historias de todas las ciencias, que es mucho más difícil para la mente humana forjar los esquemas conceptuales más elementales que elaborar las superestructuras más complicadas cuando esos elementos están bien controlados? ?

Lauderdale, Say, Malthus y otros se preguntaron cómo encaja el costo de producción con la oferta y la demanda. La contribución de Say está consagrada en la proposición de que el costo de producción no es más que el valor de los servicios productivos que se consumen en la producción; y que el valor de los servicios productivos no es otra cosa que el valor de la mercancía que es el resultado, otro de esos dichos suyos que indican posibles intuiciones sin hacerlas lo suficientemente explícitas para que contemporáneos y críticos posteriores las comprendan. Malthus, sin embargo, aunque indagó menos profundamente, explicó las cosas mucho mejor hasta donde las vio. En particular, indica muy bien el lugar del costo de producción, que `` solo determina los precios de las mercancías, ya que el pago es la condición necesaria para su suministro " (*Principios* , cap. 2, § 3). que apunta hacia la enseñanza jevoniana. Otra lección para concluir. Muchas circunstancias se combinaron para mantener la teoría de esos escritores en un estado que no puede describirse como nada más que primitivo; pero una de ellas fue, evidentemente, la falta de la técnica adecuada: las relaciones esencialmente cuantitativas no pueden establecerse satisfactoriamente sin las matemáticas. Es el mismo defecto que también empañó el intento de JS Mill de resumir.

(c) Casa a mitad de camino de JS Mill.

«Felizmente, no hay nada en las leyes del valor que quede por aclarar el escritor presente o cualquier futuro escritor; la teoría de la asignatura está completa ». Así escribió JS Mill en 1848 (*Principios* , Libro III, cap. 1, § 1), evidentemente muy satisfecho con la estructura analítica que estaba a punto de erigir a partir del material existente. En realidad, la estructura no es una residencia atractiva. Su principal mérito consiste en el hecho de que mostró sus defectos con tanta claridad que incluso los visitantes ocasionales desearon remodelarlo.

Por un lado, no hay duda de que el propio Mill deseaba sinceramente reformular la doctrina ricardiana en una forma mejorada. Y así su trabajo en este campo ha sido y está siendo interpretado hasta el día de hoy. Apoyándose fuertemente en la exposición de De Quincey de esa doctrina, Mill aceptó la utilidad y la dificultad de logro como condiciones del valor de cambio. Pero la energía con la que insistió en el carácter relativo de este último aniquiló por completo el Valor Real de Ricardo y

redujo otros ricardianismo a una inocuidad insípida. Además, la abstinencia ocupa su lugar junto con la cantidad de trabajo como un elemento del 'costo'. En otros puntos, los cambios de énfasis hacen el resto para destruir lo que Mill tenía la intención de reconstruir.

Pero, por otro lado, la principal contribución de Mill fue desarrollar el análisis de la oferta y la demanda de manera tan completa que, como el mismo Marshall iba a indicar, no quedaba mucho por hacer más allá de eliminar los cabos sueltos y agregar rigor para llegar a en algo no muy distante del análisis marshalliano. No logró una claridad perfecta [883] o de hecho una declaración completa y correcta de la teoría de la oferta y la demanda. Pero fue mucho más lejos que la mayoría de los economistas antes que él, siempre a excepción de Cournot, y se puede decir que fue el primero en enseñar lo esencial. En particular, escribió, en palabras, la ecuación de oferta y demanda, y la utilizó al máximo en su capítulo sobre valores internacionales, que se analiza a continuación.

Es muy cierto que rindió un tributo simbólico a la sombra de Ricardo al introducir la oferta y la demanda en el modesto papel de determinantes del valor en el caso de mercancías que son "absolutamente limitadas en cantidad" (Libro III, cap. 2), con lo que clasificó erróneamente, por supuesto, las mercancías monopolizadas, mientras que dejó que las mercancías 'que son susceptibles de multiplicación indefinida sin aumento de costo' se determinen por este costo (*ibid.* cap. 3) y las mercancías 'que son susceptibles de multiplicación indefinida, pero no sin aumento de costo 'por' costo de producción en las circunstancias existentes más desfavorables '(*ibid.* cap. 5). Pero no le preocupaba tanto la oferta y la demanda per se como el nivel en el que la oferta y la demanda [884] fijarían el precio de equilibrio en cada uno de esos casos. Y fue más fiel a su pensamiento cuando formuló la 'ley de la oferta y la demanda' de manera bastante general, como lo hizo en sus 'Notas sobre Senior', definiendo la oferta y la demanda como cantidad ofrecida y cantidad demandada: 'el valor de una mercancía en cualquier [885] mercado siempre será tal que la demanda sea exactamente igual a la oferta. ' Y sostengo que esto, de hecho, si no en la intención, reemplaza la ley de valores de equilibrio de Ricardo y, de paso, completa el desecho del concepto central de valor real de Ricardo.

Esta interpretación se ve reforzada por un pasaje en el capítulo sobre valores internacionales: siempre que la 'ley del costo de producción no sea aplicable', debemos 'recurrir a una ley anterior, la de la oferta y la demanda' (Libro III, cap. 18) . , § 1). Si esto *no* significa que Mill abrazó —sin ser plenamente consciente de ello— el mismo análisis que fue anatema para Ricardo, entonces se me escapa el sentido de este pasaje. Tampoco hay nada que se oponga a esta interpretación en el montón de proposiciones torpes que Mill llamó "Resumen de la teoría del valor" (Libro III, cap. 6). Se hacen concesiones poco importantes a la teoría de la cantidad de trabajo [886] (véanse especialmente las proposiciones XIII y XV). Por otro lado, la doctrina definitivamente anti-ricardiana se afirma repetidamente (véanse especialmente las proposiciones I, V, VIII). Y el teorema ricardiano de que la renta no es un elemento en el costo de producción se sostiene con calificaciones que, si se expresan y desarrollan correctamente (lo que Mill no hizo), equivalen a renunciar a ella (ver proposición IX) y apuntan hacia la teoría del costo de oportunidad. . [887] Un lío, todo esto, sin duda. Pero no fue un lío desesperado. Más bien llamémoslo fértil, porque este embrollo contenía todos los elementos necesarios para enderezarlo. [888] Cairnes fue el primero en intentar hacer esto, aunque sin gran éxito. Marshall logró hacer esto, aunque no sin invocar ideas ajenas al campo de visión de Mill (véase la Parte IV, capítulos 5 y 6).

3. La teoría de los valores internacionales

Ya se han abordado algunos de los aspectos de la política de comercio internacional de ese período (cap. 2 y 5). Sus aspectos monetarios se analizarán en el próximo capítulo. Aquí consideraremos, con la mayor brevedad, [889] el núcleo puramente teórico de la enseñanza "clásica" en el comercio internacional para la que JS Mill introdujo la frase Teoría de los valores internacionales. Nos interesan principalmente dos cosas: las contribuciones que hizo esta teoría durante ese período al análisis del comercio internacional; y en las relaciones de estas contribuciones a la teoría del valor "doméstico" esbozada anteriormente. Los escritores "clásicos", siendo la mayoría de ellos apasionados por el libre comercio, sin duda estaban muy preocupados por señalar las ventajas o "ganancias" que un país obtiene del comercio internacional. Por lo tanto, mucho de lo que tenían que decir sobre el tema pertenece al campo de la economía del bienestar y constituye, de hecho, su hazaña más importante en este campo. Pero esto es de importancia secundaria desde el punto de vista de esta sección.

En cuanto a las contribuciones al análisis de las relaciones económicas internacionales de recordar, que ahora descuidamos el ángulo monetaria [890] -tenemos tres novedades para grabar: (1) una teoría distinta de los valores internacionales; (2) el teorema del costo comparativo; y (3) la teoría de la demanda recíproca. La primera fue que surgió una teoría distinta de los valores internacionales. En cierto sentido, esto estaba en conformidad con la vieja tradición, ya que los escritores mercantilistas ya habían considerado el comercio exterior como algo que difería esencialmente, en naturaleza y efectos, del comercio interno. Pero para los `` clásicos '', que no aceptaban la lógica de la distinción mercantilista, no era de ninguna manera evidente que hubiera una diferencia teórica, o incluso prácticamente, relevante o, si la hubo, en qué consistía. los economistas nunca se han puesto de acuerdo sobre esto. [891] El grupo en el que Ricardo fue la luz más brillante eligió como criterio la inmovilidad de los factores de producción. Es decir, definieron el comercio interno como las relaciones comerciales de industrias o empresas entre las cuales el capital y el trabajo se mueven sin obstáculos, asegurando así, en equilibrio, iguales tasas de retorno de la inversión y trabajo de la misma dificultad, riesgo, etc. — Que era bastante esencial para su teoría "doméstica"; y definieron el comercio exterior como las relaciones comerciales de industrias o empresas entre las cuales —por razones como distancia, [892] diferencia de idioma, diferencia de instituciones jurídicas, desconocimiento de las condiciones de vida y hábitos de negocios— el capital y el trabajo no se mueven libremente. Esto a menudo se ha malinterpretado. Los 'clásicos', por supuesto, no ignoraban los hechos de la migración internacional tanto de mano de obra como de capital, así como tampoco ignoraban el hecho de que ninguno de los dos es completamente 'móvil' dentro de un país. Todo lo que hicieron fue establecer, con fines de conveniencia analítica, los dos casos límite como "tipos ideales" que, aunque ninguno de los dos ocurre en la vida real, representan componentes importantes de lo que ocurre en la vida real. Otra cuestión es cómo la falta de realismo involucrada afecta la aplicabilidad práctica de este esquema. Sin embargo, se podría demostrar que, mientras haya alguna diferencia entre la movilidad nacional e internacional, una teoría basada en este esquema seguirá siendo relevante. También se puede demostrar, además, que lo que la teoría "clásica" del valor internacional pierde en aplicabilidad en el campo de las relaciones internacionales lo gana en el campo de las relaciones domésticas, donde prevalece la movilidad imperfecta. Cairnes (*Principios principales* , Parte I, cap. 3) conceptualizó esto al introducir los términos Competencia industrial y comercial. El primer término denota relaciones comerciales con

movilidad y el segundo, relaciones comerciales sin movilidad. También introdujo el concepto de Grupos No Competidores para denotar grupos de trabajadores (locales y ocupacionales) o de empresas, los miembros de cada uno de los cuales no pueden o no pueden normalmente trasladarse a ninguno de los otros. Usando esta terminología, podemos decir que los 'clásicos' realmente desarrollaron, además de lo que pretendía ser una teoría general del valor, una teoría del valor para el caso de grupos no competidores o de competencia comercial. Hicieron esto, sin duda, porque pensaron principalmente en la aplicación al análisis del comercio internacional; pero la característica teórica de su nueva doctrina, de todos modos, no se limita a este propósito práctico.

La segunda contribución, como todos saben, fue el teorema de los costos comparativos. Como ha señalado el profesor Viner (*op. Cit.* P. 440), A. Smith nunca fue más allá de afirmar que bajo el libre comercio todo se produciría en el lugar donde los costos (teniendo en cuenta los costos de transporte) fueran más bajos. También ha señalado que algunos escritores anteriores habían formulado la proposición más general de que, en el marco del libre comercio, los productos básicos se importarían siempre que se pudieran obtener de esta manera más barata. Esto incluye el caso de las exportaciones que cuestan menos de lo que costaría producir las importaciones correspondientes en el país y, por lo tanto, implica el teorema de los costos comparativos. [893] También sigo a Viner, sin embargo, al creer que había un mérito distintivo en afirmar explícitamente que las importaciones pueden ser rentables, aunque las *mercancías importadas* pueden producirse a un costo menor en el país que en el extranjero. Este mérito es de Torrens (*Los economistas refutados* , 1808) y de Ricardo. El primero bautizó el teorema, el segundo lo elaboró y luchó victoriosamente por él. [894] La forma más sencilla de transmitirlo es dejar que el famoso ejemplo de Ricardo cumpla una vez más. Tomemos dos países, Inglaterra y Portugal, y dos productos básicos, vino y tela. Portugal, siendo más eficiente que Inglaterra en ambas líneas de producción, puede producir una cierta cantidad de vino con el trabajo de 80 hombres y una cierta cantidad de tela con el trabajo de 90 hombres, mientras que en Inglaterra la producción de las mismas cantidades de vino y la tela requiere, respectivamente, el trabajo de 120 y de 100 hombres. En estas circunstancias, Portugal se 'especializará' ventajosamente en vino y telas de importación, mientras que Inglaterra se 'especializará' en telas y vino de importación siempre que, por supuesto, ese vino y telas se intercambien en cualquier término entre los límites de una unidad de tela inglesa por $9/8$ de una unidad de vino portugués y una unidad de tela Inglés para $5/6$ unidades de vino portugués. En el primer caso, toda la ventaja es para Inglaterra, y Portugal no está mejor de lo que estaría sin un intercambio; en el último caso, toda la ventaja es para Portugal, e Inglaterra no está mejor de lo que estaría sin el comercio. Por lo que a esto respecta, cualquier tipo de cambio intermedio es posible con ventaja para ambos países, y si los comerciantes de ambos países actuaran como monopolistas, el tipo de cambio sería indeterminado entre esos límites. Ricardo y sus seguidores inmediatos no se preocuparon por esto, pero asumieron con ligereza que la ventaja se reduciría a la mitad, lo que puede haber sido un error, pero también puede haber sido simplemente un descuido.

Otros escritores, entre ellos Torrens, se dieron cuenta sin embargo de que la indeterminación de los términos de intercambio o de las relaciones de intercambio sería eliminada en general, al menos en condiciones de competencia perfecta (o de monopolio unilateral), por el mecanismo de lo que Torrens era, Creo que fue el primero en llamar Reciprocal Demand (impreso). JS Mill, superándose a sí mismo en generosidad, no solo defendió a Ricardo contra cualquier acusación de haber cometido un error, sino que también negó crédito por la concepción original de esta idea, aunque la había

desarrollado en todos sus aspectos esenciales en un ensayo escrito ya en 1829-1830. pero no publicado antes de 1844 (en su *Some Unsettled Questions*). De allí, tomó la sustancia de las Secciones 1-5 del famoso Capítulo 18 de sus *Principios* (Libro III) [895] que, a todos los efectos y propósitos, puso en pie la teoría de la demanda recíproca, la tercera novedad que se aportó durante ese período. al análisis general de las relaciones económicas internacionales.

Siendo el problema complejo y bastante más allá de su dominio de la técnica, JS Mill lo resolvió mediante una serie de suposiciones simplificadoras, algunas de las cuales trató de eliminar en las secciones 6 a 9 del capítulo. En particular, limitó su argumento al principio al caso de sólo dos productos básicos y de dos países —el último, debe agregarse, de tamaño y capacidad productiva similares— y es de hecho en este caso que el principio involucrado puede ser mejor mostrado. Para determinar el punto en el que, dentro de los límites establecidos por los costos comparativos, la relación de intercambio o los términos de intercambio entre los dos países y las materias primas tenderán a ser fijos, Mill recurrió una vez más al 'antecedente' (lógicamente fundamental) ley de oferta y demanda. Percibió que (bajo supuestos bastante completos) la relación de cambio de equilibrio estaría determinada por la condición de que la cantidad de cada uno de los dos productos que el país importador está dispuesto a tomar en esta relación sea igual a la cantidad que el país exportador está dispuesto a tomar. dar en esta relación (*Ecuación de la demanda internacional*). [896] Se supone que, si un país está dispuesto a tomar más o menos con esta relación de lo que el otro está dispuesto a dar, la competencia de 'compradores' o 'vendedores' ajustará la relación de intercambio hasta que cumpla con esta condición. [897] Debe quedar constancia para el crédito de Mill que vio que esto no excluirá los equilibrios múltiples, [898] y hay cuestiones más delicadas que no se pueden abordar aquí. También debe registrarse que hizo buen uso de los aparatos que creó. Su tratamiento en la Sección 5 de los efectos de la mejora tecnológica en una industria exportadora que no son necesariamente favorables para el país exportador merece ser mencionado en particular. Para obtener más información sobre el tema, se remite al lector principalmente al conocido tratado del profesor von Haberler. [899]

Observemos de inmediato que en este campo Marshall no hizo más que pulir y desarrollar el significado de Mill. Lo plasmó en un elegante modelo geométrico (*The Pure Theory of Foreign Trade* , 1879) que clarificó enormemente la teoría. [900] Pero él era muy consciente (ver *Memorials of Alfred Marshall* , ed. Por AC Pigou, 1925, p. 451) que sus curvas "estaban ajustadas a una melodía definida, la que llamó Mill". Esto se aplica incluso al aparato geométrico: la de Mill se lee casi como una instrucción algo torpe para elegir estas curvas en lugar de otras. La famosa reafirmación de Edgeworth ('The Pure Theory of International Values', *Economic Journal* , 1894, reimpreso en Papers Relating to Political Economy, vol. II) agregó muchos detalles interesantes pero tampoco fue más allá de Mill en los fundamentos. Los ataques graves no son anteriores a la década de 1920, e incluso entonces los principales maestros en el campo se adhirieron sustancialmente a su enseñanza.

Dado que la defensa de la política de libre comercio era el principal propósito práctico que tenían en mente los escritores "clásicos" cuando desarrollaron su teoría de los valores internacionales, naturalmente estaban muy interesados en mostrar las "ganancias" que obtienen una nación del comercio exterior. Hemos notado en otra parte el sesgo que esto impartía a su argumento y su tendencia a subestimar las posibilidades de obtener un beneficio unilateral de la protección. Aquí estamos más interesados en saber cómo definieron estas ganancias y cómo intentaron cuantificarlas. Por supuesto, en las primeras etapas de la discusión fue suficiente decir que el comercio exterior proporcionará a una

nación productos que no podría producir en absoluto o que solo podría producir a un costo más alto. Este último elemento, reforzado por la introducción del principio del costo comparativo, no era menos natural para Ricardo enfatizar el ahorro resultante en el costo por unidad de producto. Hay dos aspectos en esto. Por un lado, esto equivale a destacar la ganancia en cantidad de producto por unidad de costos. 901 Ricardo reconoció, por supuesto, que el comercio exterior no puede incrementar la suma total del valor real (en su sentido) en un país, pero 'contribuirá muy poderosamente a incrementar la masa de mercancías, y por tanto la suma de goces' (*Principios* , cap.7). Allí se detiene porque cree firmemente que la utilidad (valor de uso) no se puede medir. 902 Pero aún podríamos expresar el significado de Ricardo diciendo que el comercio exterior aumenta el disfrute por unidad de su valor real. En cualquier caso, esto es todo lo que llegó a la economía del bienestar del comercio exterior, más allá, sin embargo, de lo que comúnmente se cree. Por otra parte, el comercio exterior sí influye en la estructura del valor real ricardiano de esta manera: si, como fue el caso de Inglaterra, las importaciones consisten en una medida considerable en alimentos y otras necesidades, como el algodón, que entran en gran parte en el mercado. consumo de la clase trabajadora, entonces la participación de esta última en el valor total caerá y el valor real de las ganancias y la tasa de ganancia aumentarán. Huelga decir que esta es una parte esencial del argumento del libre comercio de Ricardo: el comercio exterior aumenta efectivamente la 'felicidad de la humanidad' al mejorar la asignación de recursos y al dar 'incentivos al ahorro y a la acumulación de capital' - 'por el abundancia y abaratamiento de las mercancías »que produce, pero que, salvo temporalmente, no aumenta las ganancias a menos que sea fundamental para reducir el valor real ricardiano de los bienes asalariados, al igual que lo haría una mejora tecnológica en su producción.

En la medida en que haya algo en absoluto en el argumento de Malthus sobre el tema, no contradice el de Ricardo. Por supuesto, como ha señalado el profesor Viner (*op. Cit.* P. 531), podría haber dicho que la 'suma de goces' es un concepto traicionero porque el comercio exterior influirá en la distribución de los ingresos, posiblemente en una dirección que puede ser desfavorable para los pequeños ingresos. Pero no dijo esto. Nadie lo hizo en ese momento excepto algunos políticos que argumentaron en esta línea, en la controversia de la ley del maíz inglesa, en nombre de los agricultores. Por supuesto, no sostengo que Ricardo o Mill manejaran satisfactoriamente los aspectos de bienestar del comercio exterior. Objetivamente, la teoría de la demanda recíproca de Mill fue un paso adelante porque apuntaba más directamente hacia los aspectos de bienestar (utilidad). Pero el propio Mill no aprovechó las posibilidades, tal como eran, que sugiere su enfoque. Esto estaba reservado para Marshall y Edgeworth, quienes desarrollaron métodos que, aunque ya se han vuelto obsoletos, dieron satisfacción a muchos en la década de 1890 (ver más adelante, Parte IV, cap. 7, Apéndice). Ellos, especialmente Edgeworth, criticaron a Mill por estimar el beneficio del comercio exterior exclusivamente por el criterio del valor de cambio (términos de intercambio). 903 En vista del énfasis de Ricardo en el aumento de los medios de disfrute, esta crítica difícilmente se aplica a él. En el caso de Mill hay más, pero no mucho más. Ambos vieron correctamente la naturaleza de las "ganancias sociales del comercio". Es más cierto decir que no intentaron medirlos en absoluto, y hay algo que decir para detenerse en lo que Cairnes lamentablemente llamó un 'resultado indefinido y vago' (*Leading Principles* , p. 506 de la ed. En inglés; el La paginación difiere en la edición estadounidense), de lo que significa que intentaron estimarlos a partir de los términos de intercambio.

Hagamos ahora la pregunta ¿cómo se relacionaron las teorías del costo comparativo y de la

demanda recíproca con las teorías generales del valor de Ricardo y Mill o, para decirlo de la manera habitual, cuál fue la relación entre sus teorías del valor externo e interno?

En primer lugar, ¿cuál fue la relación entre las teorías del costo comparativo y de la demanda recíproca? La generosidad de Mill ha oscurecido la respuesta obvia. Como hemos visto, en sus *Ensayos sobre algunas cuestiones pendientes* , 1844 (Ensayo I, 'De las leyes del intercambio entre naciones'), presentó su ecuación de demanda recíproca como un modesto complemento al principio de costo comparativo de Ricardo que el gran pionero no había tenido tiempo de agregarse. La mayoría de historiadores y críticos han adoptado la misma opinión. Pero debería quedar claro que este punto de vista es totalmente erróneo. Los esquemas de oferta y demanda, cuya intersección da la imagen geométrica de la ecuación de demanda recíproca, representan un enfoque que Ricardo siempre rechazó, excepto para las fluctuaciones temporales y las mercancías monopolizadas. Introducen un principio nuevo y más general, así como, en el departamento monetario, la teoría general de las tasas de cambio de divisas no complementa la proposición de que, bajo el monometalismo internacional del oro, las tasas de cambio caen dentro de los puntos de oro, y están, *en este sentido, sentido* , "determinado" por ellos, pero lo expulsa de la posición clave que solía tener. Así como una teoría general ha reducido el teorema del punto de oro al estado de una de las muchas proposiciones sobre un caso especial, la teoría de la demanda recíproca ha reducido el principio del costo comparativo al estado de una proposición sobre un aspecto particular del comercio. bajo competencia comercial, que de hecho conserva cierta importancia —porque es particularmente útil para destruir un error prevalente— pero ya no es fundamental para la teoría de los valores internacionales. 904 Así, las dos no son complementos entre sí, como tampoco son teorías alternativas de valores internacionales, pero su relación es la de un teorema particular y una teoría comprensiva.

Pasemos ahora a la relación del costo comparativo y la demanda recíproca con las teorías generales del valor de sus autores. En lo que respecta a Ricardo, podemos considerar el principio del costo comparativo como una excepción a la ley de cantidad de trabajo, porque describe un caso en el que las mercancías ya no se intercambian de acuerdo con esta ley. Esta excepción es la más grave porque cubre no sólo los valores internacionales sino también, en todos los casos de movilidad laboral menos que perfecta, los valores domésticos. De hecho, junto con todas las demás excepciones y salvedades que Ricardo se vio obligado a hacer, realmente rompe todo el tejido de la teoría del valor de Ricardo. Pero también podemos, con casi igual justificación, interpretar el principio del costo comparativo como una consecuencia de la teoría de la cantidad de trabajo desde el punto de vista de que el problema del valor internacional se le presentó a Ricardo y que proporciona la técnica de su argumento. En consecuencia, las altas autoridades (Ohlin, Mason) han sostenido que el análisis de Ricardo del comercio internacional está viciado por su dependencia de una teoría del valor obsoleta. Pero no debe olvidarse que, como ha demostrado Haberler, el principio del costo comparativo admite una reformulación en términos de costos de oportunidad.

Muy diferente es la relación entre la demanda recíproca de Mill y su teoría general del valor. La demanda recíproca —a pesar de la impresión en contrario que podría crearse con la redacción de Mill, que era, como sabemos, a veces engañosamente ricardiana— es completamente independiente de cualquier teoría del valor de cantidad de trabajo o incluso de costo real. Por el contrario, encaja perfectamente con su teoría general de la oferta y la demanda, que, en virtud de la demanda recíproca, se extiende con éxito al caso de los valores internacionales. 905 Este caso, que se suma a la lista de todos

los demás casos en los que también falla el análisis por 'costo de producción', ayuda a fortalecer y unificar la teoría del valor de Mill, mientras que debilita la de Ricardo. Ahora bien, la oferta y la demanda, consideradas como una teoría del valor (que no lo es realmente, como sabemos), se encuentra a medio camino entre las teorías del costo real y la utilidad marginal. Por lo tanto, la ecuación de demanda recíproca de Mill constituye un paso más lejos de la primera y hacia la segunda. *Y esta es la razón por la que la teoría de los valores internacionales, tal como la formuló Mill, resistió el fuego de la crítica mucho mejor que el resto del sistema 'clásico' y por qué siguió siendo la doctrina dominante hasta la década de 1920* .

Una discusión de las críticas, tanto justificadas como injustificadas, que fueron dirigidas, entonces y más tarde, tanto al principio del costo comparativo como a la ecuación de la demanda recíproca, sería interesante en sí mismo y altamente revelador de la cantidad de habilidad y poder analítico que se perdió. en controversias económicas en varios momentos. Más importante aún, tal discusión mejoraría enormemente la comprensión del lector de la teoría de los valores internacionales y de lo que puede y no puede hacer. Pero es completamente imposible embarcarse en tal discusión aquí. Afortunadamente, sin embargo, la referencia a las obras de Viner y Haberler llenará ampliamente esta laguna. 906 Al recomendar un estudio cuidadoso de ambos, puedo concluir con las dos observaciones siguientes.

En primer lugar, el estudioso de la literatura "clásica" sobre valores internacionales debe tener en cuenta que se trata de un terreno muy aproximado en lugar de una estructura completa. Por ejemplo, ni Ricardo ni Mill pueden haber considerado una teoría que trata solo de dos mercancías y dos países como más que una ilustración de principios; de hecho, Mill trató brevemente los casos de tres mercancías y tres países (Libro III, cap. 18, § 4), aunque ciertamente creían que la tarea de generalizarlo a *n* productos y *n* países era más fácil de lo que era. 907 Lo mismo ocurre con la práctica `` clásica '' de limitar el análisis al caso de los costos constantes: los costos variables, que aumentan y disminuyen, deben sin duda introducirse en la teoría `` clásica '', pero el crítico que no puede hacer esto debería culparse a sí mismo más bien que los pioneros. Además, los "clásicos" no se preguntaron qué podría afectar a sus teorías el abandono de sus supuestos de competencia "libre" y de pleno empleo de recursos. Sin embargo, se puede demostrar que la competencia monopolística y el desempleo permanente no destruyen la validez ni del principio del costo comparativo ni de la ecuación de la demanda recíproca, aunque ambos hacen una diferencia considerable en las inferencias prácticas que se pueden extraer. 908

En segundo lugar, cuando denunciamos los muchos deslices e insuficiencias que sin duda desfiguran el análisis `` clásico '', nunca deberíamos dejar de notar que muchos de ellos pueden eliminarse sin mucho daño a lo esencial y que se corresponden bastante con deslices e insuficiencias en la parte de sus críticos. Un ejemplo es la forma en que los "clásicos" trataron la cuestión de las "proporciones". . . en el que la ventaja del comercio puede dividirse entre las dos naciones. Mill ya había explicado en el *Ensayo* de 1829 (publicado en 1844) que estas proporciones pueden variar completamente entre los límites establecidos por los costos comparativos e incluso consideró el 'caso extremo' en el que 'toda la ventaja'. . . sería cosechado por una de las partes '. Puede que haya subestimado la probabilidad de tales casos —por ejemplo, apenas pensó en el caso de un país grande y mucho más pequeño— y hay otras críticas que hacer sobre su tratamiento de esta cuestión. En esencia, sin embargo, estaba bien, y las correcciones que pudieran aplicarse dejan su argumento sustancialmente

intacto. Pero incluso si eso no fuera así, el caso sería de gran importancia sólo con dos productos básicos, dos países y costos constantes, condiciones que se eliminarían automáticamente en cualquier presentación más realista de la teoría. Otro ejemplo, aunque relacionado, es la manera en que los "clásicos" trataron la cuestión de hasta qué punto los países se especializarían en la línea de producción en la que tienen una ventaja comparativa. El descuido de Ricardo, asistido por el descuido de sus críticos, ha creado la impresión de que no consideraba más que una especialización completa y que consideraba que esa especialización completa era el caso teórica y prácticamente ideal. Pero incluso si estas acusaciones fueran completamente ciertas, lo cual es discutible, no serían mucho. En cuanto al primero, la completa especialización de los países comerciantes, *si es físicamente posible* —es decir, si ambos países son suficientemente grandes— sería la regla bajo el supuesto ricardiano de costos constantes. Si abandonamos esta suposición, como debemos hacer en cualquier caso, también nos deshacemos de la proposición ofensiva. En lo que respecta a las ventajas de la especialización completa en comparación con la especialización parcial o sin ningún oficio, Ricardo y Mill ciertamente no pensaron bien el asunto. Y a los críticos les resultó fácil demostrar que la especialización completa es necesaria para aprovechar todas las ventajas del comercio internacional solo en un caso límite, mientras que, en general, la especialización parcial puede ser más `` ventajosa '' y, en otros casos límite, la especialización completa puede ser más `` ventajosa ''. no ser mejor que ningún comercio. Sin embargo, dado que el comercio que no es "ventajoso" en el sentido de Ricardo-Mill tampoco será rentable, las correcciones necesarias tampoco importan mucho. De hecho, su efecto puede ser oscurecer la verdad fundamental en lugar de reafirmarla.

No todas las debilidades del análisis "clásico" de los valores internacionales son veniales. Incluso Mill tenía una concepción muy imperfecta de todas las repercusiones del comercio internacional sobre la estructura de los valores internos, que él también, aunque no tanto como Ricardo, daba por sentado o, lo que no es mucho mejor, como un ajuste adecuado. Además, la técnica primitiva y el sesgo por el libre comercio explican el abandono casi total de todos aquellos casos en los que aranceles bien concebidos podrían beneficiar enormemente al menos a uno y posiblemente a todos los países comerciales. 909 Pero en general es más engañoso que cierto decir que la teoría 'clásica' de los valores internacionales ha sido jamás refutada, 910 aunque, como ya se ha dicho en otro sentido, algunas de las inferencias prácticas que el 'clásico' Los escritores extrajeron de él han sido refutados. Y la teoría "clásica" no estaba a la altura de la carga que le impusieron al convertirla en una "guía para la política". Sobre todo, no "prueba el libre comercio".

4. Ley de los mercados de Say

En un famoso capítulo de su tratado (*Traité d'économie politique*), JB Say expuso una doctrina que ha vuelto a salir a la luz durante la última década: su *loi des débouchés* o *Ley de los mercados* . 911 El hecho de que se haya convertido en el blanco de críticas adversas de Keynes y los keynesianos le ha otorgado una importancia que no es naturalmente la suya. Por ello, tendremos que volver a él en nuestra discusión del sistema Walras-Marshall, del cual, según algunos críticos keynesianos, es una proposición básica. Por la misma razón, ahora debemos discutir su significado original y sus fortunas anteriores con mayor cuidado de lo que sería necesario.

Nuestra primera tarea es averiguar cuál era realmente el significado original de Say. Con un escritor tan inexacto esto no siempre es fácil. Pero en este caso su significado es bastante claro,

ilustrado por sus ejemplos y conclusiones. Comencemos con uno de estos ejemplos, que agregó a modo de comentario sobre la difícil situación de las industrias de exportación inglesas alrededor de 1810, que era un ejemplo estándar de Sismondi para los puntos muertos que la producción desenfrenada podría causar. El argumento de Say era que el problema no residía en la sobreabundancia de los productos ingleses, sino en la pobreza de las naciones que se esperaba que los compraran. Tomemos el caso de Brasil. Si los productores ingleses no pudieron deshacerse de las mercancías que intentaron exportar a ese país, solo podría haber dos razones: o los exportadores ingleses estaban cometiendo errores con respecto a las mercancías que querían los brasileños, como en el estado de la información sobre países lejanos, de hecho, o los brasileños no tenían nada que ofrecer a cambio o exportar a terceros países para conseguir el dinero con el que pagar a los productores ingleses. En otras palabras, el problema no fue que Inglaterra produjera demasiado, sino que Brasil produjo muy poco. Además, como no dejó de subrayar Say, no habría remediado la situación si los brasileños hubieran producido equivalentes aceptables pero se les hubiera impedido exportarlos por restricciones a la importación en Inglaterra o en terceros países. En lo que respecta a esto, el razonamiento de Say equivale simplemente a parte del argumento ordinario del libre comercio, que estaba ganando popularidad en ese momento y que sir Robert Peel lo formularía más tarde en el adagio: `` para poder exportar, debemos abrir nuestros puertos a las mercancías extranjeras ”, una simplificación excesiva sin duda, pero que contiene una gran cantidad de verdad fundamental y de sabiduría práctica. Esto se destaca particularmente cuando recordamos que, en el cuadro de los 'clásicos', las relaciones económicas internacionales se reducen total o casi totalmente al comercio de mercancías: si excluimos los movimientos de capital a corto y largo plazo y hacemos caso omiso de los caprichos del oro. producción, entonces las exportaciones y las importaciones deben "finalmente" pagarse entre sí.

Sin embargo, Say percibió más claramente que otros que este argumento se deriva de un principio más general que se aplica también al comercio interno. Bajo la división del trabajo, el único medio normalmente disponible para todos para adquirir las mercancías y los servicios que desea tener es producir —o participar en la producción de— algún equivalente para ellos. De ello se deduce que la producción aumenta no solo la oferta de bienes en los mercados, sino normalmente también la demanda de los mismos. *En este sentido* , es la producción misma ("oferta") la que crea el "fondo" del que fluye la demanda de sus productos: los productos son "en última instancia" pagados por los productos tanto en el comercio interior como en el exterior. En consecuencia, una expansión (equilibrada) en todas las líneas de producción es algo muy diferente de un aumento unilateral en la producción de una industria individual o grupo de industrias. Haber visto las implicaciones teóricas de esto es una de las principales actuaciones de Say. Ahora tenemos que dejarlos claros para nosotros.

Considere una industria individual que es demasiado pequeña para ejercer una influencia perceptible sobre el resto de la economía y sobre los agregados sociales como el ingreso nacional. Por lo tanto, las condiciones en el resto de la economía pueden ser consideradas como datos para propósitos de una investigación sobre las operaciones de esta industria, procedimiento que discutiremos en la Parte IV, Capítulo 7, bajo el título de Análisis Parcial. 912 En particular, la tabla de demanda para el producto de la industria en cuestión se deriva de los ingresos generados por todos los demás: su propia contribución a la renta total es insignificante, esa tabla puede considerarse como dada independientemente de su propia oferta y, por lo tanto, puede (en general) los precios de los factores que utiliza. Luego, hemos proporcionado programas independientes de demanda y costos que resumen

la totalidad de las condiciones económicas de la sociedad a las que la industria en cuestión tiene que responder y que se puede decir que determinan la producción que producirá a cada precio (programa de oferta). Por lo tanto, la cantidad 'correcta' o de equilibrio, en general, está bien definida por esta demanda y este programa de oferta, no hay dificultad o ambigüedad en decir que, en cualquier caso particular, la industria ha producido 'demasiado poco' o 'demasiado 'y en la descripción de los mecanismos que se pondrán en marcha por tal sub o sobreproducción. Pero es lógico que la producción de equilibrio de la industria en particular, la producción que no es ni demasiado grande ni demasiado pequeña, es la producción correcta solo con referencia a las salidas de todas las demás industrias. No tiene sentido llamarlo correcto, independientemente de ellos. En otras palabras, la demanda, la oferta y el equilibrio son conceptos con los que describir las relaciones cuantitativas *dentro* del universo de las mercancías y los servicios. No tienen significado con respecto a este universo en sí. Estrictamente hablando, no tiene más sentido hablar de oferta y demanda total o agregada de un sistema económico y, dicho sea de paso, de sobreproducción que hablar del valor de cambio de todas las cosas vendibles tomadas en conjunto o del peso del sistema solar tomado. como un todo. Pero si insistimos en aplicar los *términos* demanda y oferta a los totales sociales, debemos tener cuidado de tener en cuenta que entonces significan algo que es completamente diferente de lo que significan en su aceptación habitual. En particular, esta demanda agregada y oferta agregada no son independientes entre sí, porque las demandas componentes 'para la producción de cualquier industria (o empresa o individuo) proviene de los suministros de todas las demás industrias (o firmas o individuos)' 913 y, por lo tanto, en la mayoría de los casos aumentará (en términos reales) si estos suministros aumentan y disminuirán si estos suministros disminuyen. Esta es la proposición que (como Lerner) llamo Ley de Say y que creo que da el significado fundamental de Say.

Como se dijo, la ley de Say es obviamente cierta. Sin embargo, no es trivial ni sin importancia. Para convencernos de esto, basta con advertir los errores que surgen hasta el día de hoy de la aplicación errónea a los agregados sociales de proposiciones derivadas por medio del aparato de oferta y demanda. Así, al observar que 'la depresión en una industria en particular puede curarse mediante una restricción de la producción', el hombre de la calle a veces cree que 'para curar la depresión en la economía en su conjunto todo lo que se necesita es que haya una restricción general de producción, ' 914 y un razonamiento menos crudo de este tipo ocurre con demasiada frecuencia, incluso en escritos de prestigio científico, como para permitirnos dejar de lado la ley de Say como una perogrullada obsoleta. Además, el ejemplo del profesor Lerner puede reformularse, creo, de una manera que resalte la importancia considerable, aunque negativa, de la ley de Say para la teoría de las crisis o "saturación". Afirma correctamente que las crisis nunca pueden *explicarse causalmente* únicamente por el hecho de que todos hayan producido demasiado. Finalmente, la ley, al menos por implicación, equivale a un reconocimiento de la interdependencia general de las cantidades económicas y del mecanismo equilibrador por el cual se determinan entre sí, y por lo tanto tiene un lugar, como lo tienen otras contribuciones de Say, en la historia de la aparición del concepto de equilibrio general.

Pero el propio Say estaba poco interesado en la proposición analítica per se que para nosotros constituye el mérito de su capítulo sobre *débouchés* . Como muchos otros economistas de todos los tiempos, estaba mucho más ansioso por explotarlo con fines prácticos que por formularlo con cuidado. Era adicto al vicio ricardiano (ver arriba, cap. 4, sec. 2). El capítulo, que es principalmente un argumento a favor del laissez-faire y en contra de las restricciones a la producción, abunda en

declaraciones imprudentes, que fueron precisamente las que llamaron la atención. Sus lectores disfrutaron de una imagen del proceso capitalista que mostraba solo una marcha triunfante de la industria sin nada que perturbara el avance permanente en el pleno empleo, excepto desajustes seccionales y políticas gubernamentales restrictivas. Todos los demás males por los que la gente gimió desaparecieron antes del grito de batalla, el suministro crea su propia demanda, que se hizo para significar mucho más de lo que posiblemente pueda significar cuando se interpreta correctamente. No vale la pena quedarnos para recoger los granos de verdad que incluso este cuadro contiene y señalar, por ejemplo, que las dificultades experimentadas por la industria francesa en 1811, 1812 y 1813 fueron, de hecho, en gran parte causadas por la política del régimen napoleónico (Decreto de Milán y el resto) y que fue la falta de complementos a lo que produjo, más que las cantidades de lo que produjo, lo que explica las vicisitudes económicas de esos años. Pero vale la pena señalar que las declaraciones descuidadas de Say, cualquier otra cosa de mérito o demérito que la crítica imparcial pueda encontrar en ellas, dieron un amplio margen a la propensión de los críticos hostiles a hablar de apologética capitalista: 'blanqueo', negaciones imprudentes de las dificultades reales. , optimismo superficial, "habitar en una tierra de ensueño de equilibrio" y cosas por el estilo. Aún más vale la pena que analicemos algunas de las consecuencias analíticas de su descuido.

El primer punto que hay que señalar es que, aunque la ley de Say no es una identidad, su exposición torpe ha llevado a una larga serie de escritores a creer que es una, y esto en no menos de cuatro sentidos diferentes.

I. Algunos escritores han *defendido* la ley de Say basándose en que no afirma más que "todo lo que se vende se compra" o que la suma que recibe el vendedor es la misma que paga el comprador. Esta interpretación es obviamente incorrecta. Pero una oración en el capítulo de Say en realidad se lee como si hubiera tenido la intención de significar precisamente eso. Puede observarse que, como ha demostrado Richard Goodwin en un artículo inédito, la perogrullada que acabamos de enunciar no es en modo alguno inútil. Solo que no es la ley de Say.

II. Otros escritores, que están dispuestos a permitir que la ley de Say represente el caso de una economía de trueque y que basan su objeción a ella completamente en el descuido del papel del dinero que les parece implicar, señalan el hecho de que en un En la economía del trueque, todo "vendedor" es inevitablemente también un "comprador". En este sentido, existe una identidad de compra y venta y, nuevamente, es cierto que el propio Say puede ser citado en apoyo. Pero *esta* identidad es bastante irrelevante para los propósitos de Say. Para hacerlo relevante, sería necesario probar que, en el trueque, la oferta de todos es *en todos los ratios de intercambio* igual a lo que otras personas desean tomar en los mismos ratios. Esto es una tontería obvia, por supuesto, porque el desequilibrio es tan posible en una economía de trueque como en una economía monetaria, aunque esta última puede mostrar fuentes adicionales de perturbación. Este error ya lo había cometido Malthus y se ha repetido a menudo.

III. Todavía otra interpretación de la ley de Say como una identidad ha sido adoptado por Lord Keynes y se presentará en la forma más exacta que O. Lange ha dado a él ("Ley de Say. . . En *Estudios en Economía Matemática y Econometría* ; Lange, McIntyre, Yntema eds., 1942). Denotando con p_i el precio corriente de un bien o servicio representativo i , con D_i la cantidad demandada y con S_i la cantidad ofrecida a ese precio, hace que la ley de Say signifique, si hay n - 1 bienes (sin contar el dinero):

que, si el dinero ser considerado como el n º de productos básicos, es equivalente a $D_n \equiv S_n$. Quizás no sea superfluo afirmar explícitamente que mi interpretación de la ley de Say equivale a reemplazar los signos de identidad (≡) por signos de igualdad (=), válidos solo en un estado de perfecto equilibrio del sistema. Por supuesto, nada nos impide desarrollar, como ejercicio útil de teoría pura, las consecuencias de la hipótesis, $D_n \equiv S_n$. Pero no debería llamarse ley de Say, porque Say, aunque no consideró el problema del atesoramiento, sí consideró el problema de aumentar la cantidad efectiva de dinero en caso de que el aumento de las transacciones lo requiriera. Una vez más, sin embargo, el propio Say es el culpable de esta interpretación. En su celo excesivo por establecer la importancia práctica de su teorema, se expresa en varios lugares como si de hecho el valor monetario total de todas las mercancías y servicios suministrados (sin contar el dinero) tuviera que igualar el valor monetario de todas las mercancías y servicios demandados. (sin contar el dinero), no solo en equilibrio sino 'siempre y necesariamente'. Esto, por supuesto, es lógicamente incorrecto si realmente lo decía en serio, pero es prácticamente incorrecto incluso si solo quiso decir `` siempre y necesariamente en equilibrio '' pero al mismo tiempo creyó, como quizás lo hizo, que la realidad realmente se conforma, o se conformaría. en ausencia de interferencia del gobierno, a las condiciones de equilibrio la mayor parte del tiempo: el lector se dará cuenta de la facilidad con que se pueden confundir estos dos significados.

IV. El último tipo de identidad o tautología fue creado ridículamente por Say con el expreso propósito de hacer su ley inexpugnable. Llevado a algo muy parecido a la desesperación por los ataques a su ley, simplemente reformuló su concepto de producción para limitarlo a la producción de cosas, cuyo precio cubrirá el costo. ¡Lo que no podría venderse si no es con pérdida ya no constituye producción en el sentido económico, de modo que la sobreproducción queda excluida por definición! [915] El mundo profesional se ha reído de él desde entonces. El espacio no nos permite analizar la psicología de este aborto espontáneo o intentar descubrir un núcleo defendible en él.

El segundo y único otro punto que debe señalarse aquí sobre los descuidos de Say se refiere a su tratamiento del elemento dinero, que debe resultar un obstáculo vicioso para cualquiera que se base en el modelo de una economía de trueque. Los escasos y fragmentarios pronunciamientos de Say sobre el tema pueden dividirse en dos grupos: pronunciamientos de naturaleza teórica y pronunciamientos sobre las dudas prácticas que sus lectores puedan albergar sobre el realismo de su optimista cuadro. El primero puede reducirse a un solo teorema: la intervención del dinero no cambia de *principio* a su ley. Con o sin dinero, los productos se intercambian, en última instancia, por productos, ya que el dinero no es más que un medio de intercambio que, debido a las pérdidas de satisfacción o ganancia empresarial que se producen al mantenerlo inactivo, todos intentarán gastar como puntualmente, según lo permitan los hábitos de ingresos y pagos comerciales. Ahora se nos está enseñando una doctrina diferente de manera tan general que es necesario enfatizar que no hay nada de malo en esta teoría per se si se enuncia y se usa teniendo debidamente en cuenta su carácter abstracto y los supuestos que implica. [916] La principal crítica que se le puede hacer y la principal razón por la que preferimos otro patrón teórico es que Say, como prácticamente todos los teóricos de esa época, descuidó la función de depósito de

valor del dinero y, por tanto, el hecho de que existe un elemento en la "demanda" que no es explicado por su teoría. Cualesquiera que sean las consecuencias *teóricas* para todo el organismo de la teoría económica que puedan derivarse de esto, no justifican el rechazo total de esta teoría o la negativa a reconocer que como un paso temprano en el análisis tenía su valor. Podríamos habernos librado de muchas controversias inútiles, y podría haberse evitado mucha confusión entre los principiantes, si nos hubiéramos contentado con *insertar* la `` demanda de efectivo para mantener '' en el patrón teórico que adoptó Say y hablar de complementar en lugar de refutar. o de agregar un segundo a su primera aproximación.

El grupo "práctico" de los pronunciamientos de Say sobre las cuestiones monetarias planteadas por su ley puede expresarse como sigue. A diferencia de su intérprete JS Mill, evidentemente no pensaba mucho en la importancia práctica de los fenómenos que podrían producirse por la negativa generalizada a gastar los ingresos con prontitud en el consumo o en inversiones `` reales '' (es decir, inversiones que implican demanda de bienes y servicios).). Si le hubieran preguntado si admitía que tal negativa, en caso de producirse, crearía disturbios y, de ser así, por qué no lo había señalado, podría haber respondido con justicia que estaba escribiendo para lectores de inteligencia normal. Pero sí advirtió, en una nota superficial (*Traité* , *op. Cit.* P. 77), de la caída en el nivel de precios que sería inducida por la expansión de la producción si el medio circulante no se expandiera en consecuencia. Sin embargo, respondió que si el aumento del tráfico requiere más dinero, esta necesidad será 'fácilmente suplida' mediante la creación de sustitutos como letras de cambio, billetes de banco y depósitos a la vista y que además el dinero 'fluirá' desde el exterior. . Esto fue tomar el asunto demasiado a la ligera y muestra que sus oponentes tenían al menos ese argumento: el argumento de Say tenía una intención práctica, y subestimó injustificadamente el abismo que separa sus teoremas de las realidades del proceso económico al cual los aplicó acríticamente. [917]

Pasamos a la controversia que se desarrolló en torno a la ley de Say. Los críticos, interesados principalmente en sus implicaciones prácticas, esta controversia se centró principalmente en la cuestión del "exceso generalizado". Por tanto, unas pocas observaciones son suficientes por el momento.

La enseñanza de Say, trigo y paja, fue aceptada por Ricardo (*Principios* , cap. 21) y los ricardianos. James Mill, como afirmó su hijo, incluso pudo haber descubierto la ley de forma independiente. [918] Fue atacado casi simultáneamente por Sismondi y por Malthus, [919] a quienes siguieron Chalmers y otros. Algunos de sus argumentos estaban equivocados hasta el punto de la ineptitud (aunque las respuestas de Say no fueron mucho mejores), y JS Mill, al resumir a favor de Say (*Principios* , Libro III, cap. 14), tuvo pocas dificultades para deshacerse de ellos. . Al hacerlo, y al señalar que la diferencia de opinión en este asunto implica `` concepciones radicalmente diferentes de la Economía Política, especialmente en su aspecto práctico '', aplicó una mejora importante a la exposición de Say, aunque está bastante claro que no parecía sobre él como una corrección del pensamiento de Say. Admitió plenamente que hay épocas de crisis en las que «realmente hay un exceso de todas las mercancías por encima de la demanda de dinero; en otras palabras, hay una oferta insuficiente de dinero. . . . Por tanto, casi todo el mundo es vendedor y apenas hay compradores: de modo que puede que realmente los haya. . . una depresión extrema de los precios generales, de lo que puede llamarse indiscriminadamente exceso de mercancías o escasez de dinero ». Este pasaje es muy interesante en varios aspectos. En primer lugar, muestra que, a pesar de la redacción de Say, un seguidor eminentemente competente de Say no interpretó su doctrina como una negación de la

existencia real de "abundancia generalizada". Segundo y *a fortiori* , el pasaje elimina todas aquellas interpretaciones de Say que convierten su ley en una identidad de una u otra clase y refuerza la nuestra. [920] En tercer lugar, hay un tono curiosamente moderno en este pasaje, que no debe pasar desapercibido. Nótese, en particular, la frase 'oferta insuficiente de dinero', que evidentemente no significa que las minas o las imprentas no hayan producido una cantidad suficiente de dinero, sino que es el equivalente exacto de la frase moderna 'exceso de demanda de empresas y hogares de efectivo para guardar. Esto contribuye en cierto modo a reducir a sus proporciones adecuadas las objeciones que pueden plantearse contra el tratamiento arrogante de Say del factor monetario, además de dar un ejemplo de la manera en que tales deficiencias en sus predecesores deben ser tratadas por trabajadores serios y justos.

En lo que respecta a este punto, no parece haber diferencia alguna entre Mill y Marshall. Ambos reconocieron la importancia que puede adquirir el deseo de tener dinero, en lugar de gastarlo en bienes y servicios, en determinadas situaciones, en particular las crisis y las depresiones. Y la única diferencia que hay en este punto entre Mill y Keynes es la siguiente: el primero confinó este exceso de demanda de dinero a situaciones de este tipo, de las que es una de las consecuencias y que, por tanto, no pueden ser explicadas por ella; mientras que este último consideraba el exceso de demanda de dinero en las depresiones solo como la forma más espectacular de un fenómeno que, en formas menos espectaculares, es casi ubicuo o casi ubicuo al menos en ciertas fases de la evolución capitalista, de modo que puede convertirse en la causa de recesiones cíclicas o de 'estancamiento secular'. Malthus parece haber adoptado la última opinión. [921]

Sin embargo, una razón mucho más importante para la disidencia de Malthus de Say y mucho más básica para su principio de demanda efectiva o efectiva fue su opinión de que el ahorro, incluso si se invierte rápidamente, puede conducir a un punto muerto si se lleva más allá de un cierto punto óptimo (*op. cit.* , cap. 7, § 3). No fue tan lejos como Lauderdale, [922] , quien fue el verdadero anti-ahorrador de la época. Él concedió a los partidarios de los ahorristas incluso más de lo que debería haber hecho, a saber, que el aumento de capital no puede realizarse *de otra manera* que no sea mediante el ahorro. Pero sostuvo que, llevado más allá de un punto óptimo, el ahorro crearía una situación insostenible: la demanda efectiva de bienes de consumo por parte de capitalistas y terratenientes no aumentaría lo suficiente como para atender la mayor oferta de productos que resulta de una conversión cada vez mayor. de ingresos en capital; y la demanda efectiva de bienes de consumo por parte de los trabajadores, aunque en realidad aumentaría, no puede constituir un motivo para una mayor acumulación y empleo de capital. Es esto lo que constituye la objeción fundamental de Malthus a la ley de Say. El error involucrado se analizará a continuación. Pero no se le puede cargar a Keynes. Aunque muchos pasajes en Malthus y también en Lauderdale sin duda sugieren parte del argumento anti-ahorro de hoy (o de ayer), no puedo evitar pensar que Lord Keynes no debería haber aprobado cada palabra de Malthus de manera tan radical. [923] Sin embargo, la idea de una tabla de demanda agregada de bienes de consumo tomada en su conjunto, aunque sin tener conciencia de los problemas que plantea este concepto, [924] está de hecho presente en la estructura analítica de Malthus y, por tanto, puede afirmarse con justicia que anticipó a Wicksell, quien fue el siguiente economista de primer vuelo en adoptarlo.

Dado que la cuestión de los excesos generales volverá a plantearse en el próximo capítulo, dejo el asunto en este punto. Y como ni Say, ni Malthus, ni Mill conocían los problemas de determinación del equilibrio que puede plantear el factor monetario, dejaremos este aspecto para la

siguiente Parte. Pero algunos lectores pueden agradecer un resumen con una referencia adicional al análisis de Keynes, que en consecuencia presentaré ahora.

Keynes, por supuesto, nunca tuvo la intención de contradecir la proposición que se ha llamado la ley de Say anteriormente. Esto muestra en su advertencia que su Función de oferta agregada y la Función de demanda agregada [925] no deben confundirse con las funciones de oferta y demanda "en el sentido ordinario". Pero creía que la ley de Say afirma "que el precio de demanda agregada de la producción en su conjunto es igual a su precio de oferta agregada para todos los volúmenes de producción" (*op. Cit.* P. 26); es decir, interpretó la ley de Say como lo hizo Lange más tarde. Nuestra propia interpretación puede reformularse de la siguiente manera si, para facilitar la comparación, renunciamos a nuestra objeción a los conceptos de precio de demanda agregada y precio de oferta agregada: la ley afirma que el precio de demanda agregada de la producción en su conjunto es *capaz de ser igual* a su precio de oferta agregado para todos los volúmenes de producción total; o, alternativamente, que el equilibrio *dentro* de la producción total es posible para todos los volúmenes de producción mientras que el equilibrio no es posible para todas las producciones de zapatos; o, aún de manera diferente, que no existe el equilibrio o el desequilibrio de la producción total, independientemente de las relaciones de sus componentes entre sí. [926] Si es correcta, esta interpretación parece eliminar la objeción de Keynes. Sin embargo, en realidad esto no es así. Porque la proposición más débil que afirma solo la posibilidad de equilibrios en todos los niveles de la producción total y sin identidad de 'demanda y oferta de la producción total' todavía arroja la proposición adicional - que, sin embargo, no es equivalente a ella - que la competencia entre empresas siempre *tiende* a conducir a una expansión de la producción hasta el punto de la plena utilización de los recursos o la producción máxima. [927] Y *esta* es la proposición a la que Keynes realmente quería oponerse. Sin embargo, dado que la única razón que tenía para objetar era que la gente no gasta todos sus ingresos en consumo y no necesariamente invierte el resto [928] , excluyendo así, según Keynes, el camino hacia el "pleno empleo", habría sido Es más natural no objetar tampoco esta proposición, así como no objetamos la ley de la gravitación sobre la base de que la tierra no cae al sol, sino decir simplemente que la operación de la ley de Say, aunque establece una tendencia correctamente, se ve obstaculizado por ciertos hechos que Keynes creía lo suficientemente importantes como para insertarlos en un modelo teórico propio. [929]

Así que todo se reduce a esto. Un hombre llamado JB Say había descubierto un teorema de considerable interés desde un punto de vista teórico que, aunque enraizado en la tradición de Cantillon y Turgot, era novedoso en el sentido de que nunca se había expresado con tantas palabras. Él mismo apenas entendió su descubrimiento y no solo lo expresó incorrectamente, sino que también lo usó mal para las cosas que realmente le importaban. Otro hombre de nombre Ricardo lo entendió porque coincidía con consideraciones que se le habían ocurrido en su análisis del comercio internacional, pero también lo utilizó de forma ilegítima. La mayoría de la gente lo malinterpretó, a algunos les gustó, a otros les disgustó lo que hicieron con él. Y una discusión que refleja poco crédito para todas las partes involucradas se prolongó hasta el día de hoy en que la gente, armada con una técnica superior, sigue rumiando el mismo viejo, cada uno de ellos oponiendo su propio malentendido de la 'ley' al malentendido del otro. compañero, todos ellos contribuyendo a hacer un fantasma.

5. Capital

Bajo este epígrafe continuaremos nuestra discusión sobre el análisis "clásico" de la estructura

del proceso productivo más allá del punto alcanzado en el Capítulo 5. Pero primero debemos atender algunas cuestiones de terminología.

(a) Disputas terminológicas sobre riqueza e ingresos.

No se pueden encontrar mejores ilustraciones que estas disputas para lo que se ha dicho anteriormente sobre la inutilidad del `` método " de buscar el significado de las palabras, que sin embargo no podemos permitirnos descuidar por completo (1) porque la manera en que los escritores conceptualizan puede servir como medida de su madurez analítica o experiencia; (2) porque es interesante ver cómo encajaron hechos recalcitrantes en los arreglos conceptuales que adoptaron; y (3) porque en muchos casos la discusión terminológica es solo el atuendo de cosas más significativas y, en particular, revela partes de la estructura o modelo analítico de un escritor. 930

Las principales divisiones de la economía "clásica" son la producción y la distribución; la primera pregunta parece ser qué es lo que se produce y se consume. La respuesta fue Riqueza. 931 Pero esto sólo sirvió para suscitar discusiones sobre qué es esta riqueza o, dado que evidentemente es idéntica a los bienes producidos y distribuidos (o, posiblemente, su valor), qué debería incluirse en ellos. Estas discusiones muestran un sorprendente grado de inmadurez analítica. Los autores vacilaron entre la riqueza considerada como un fondo o acción y la riqueza considerada como un flujo de bienes; 932 a veces ni siquiera dejaron claro si se referían a un total social o riqueza per cápita; discutieron seriamente el "problema" de la relación entre riqueza ("riquezas") y valor o el "problema" de la relación entre riqueza social (nacional) y riqueza privada; al definir los bienes, algunos eran insensibles a la redundancia o la irrelevancia de los criterios; e incluso algunos de los que no sostenían una filosofía social según la cual el trabajo por sí solo produzca todo el producto o una teoría del valor del trabajo insistían en el elemento del esfuerzo humano como *definiens* de la riqueza o los bienes económicos. Aducir casos de imperfecciones de este tipo no serviría de nada. Es suficiente afirmar que esa discusión se centró sustancialmente en la definición de A. Smith —objetos materiales que son útiles y transferibles y cuestan mano de obra para adquirir o producir— y que Senior mejoró en parte y en parte condensó esto en "todas las cosas que tienen valor de cambio". La mejora consistió en la sustitución de la exigencia de coste laboral por la exigencia de 'limitación de oferta': Senior al menos se dio cuenta claramente de la relación lógica entre los dos, es decir, el hecho de que la limitación de oferta es el criterio lógicamente decisivo y que la dificultad de logro se presenta sólo como uno de los factores que limitan la oferta. Pero JS Mill no vio esto con claridad, aunque también definió la riqueza eligiendo "todas las cosas útiles y agradables" para el *género proximum* y el valor de cambio por la *diferencia específica* .

La forma en que los economistas trataron los casos recalcitrantes puede ilustrarse con el caso de los servicios humanos no incorporados en ningún bien físico. No surgieron dificultades para quienes, como Lauderdale y JB Say, no restringieron el concepto de bienes económicos a los objetos materiales. 933 Pero quienes lo hicieron se enfrentaron a un problema espurio, es decir, un problema que debía su existencia únicamente a su propia conceptualización. Ya hemos notado, en primer lugar, un ejemplo atroz de una solución verbal de una dificultad verbal (el manejo de Ferrara de un concepto de bienes "materiales"). En segundo lugar, podemos notar un dispositivo adoptado por Senior. Contaba a los seres humanos y su "salud, fuerza y conocimiento, y todos los demás poderes naturales y adquiridos del cuerpo y la mente" como artículos de riqueza, algo que hicieron, entonces y más tarde, una gran cantidad de economistas. 934 Y luego declaró que, por ejemplo, un abogado no vende servicios sino que se vende a sí mismo; la diferencia entre él y un esclavo es que lo hace por su propia voluntad y para su propio beneficio y solo para un tiempo y un propósito definidos, mientras que el esclavo es vendido por

su dueño y para siempre. Las objeciones a esto, sin embargo, *no* deberían ser que, legalmente, la construcción de Senior es una tontería y que no existe tal cosa como una 'venta' por un tiempo y propósito limitados: porque la construcción aún podría ser analíticamente conveniente. La verdadera objeción es que este arreglo conceptual no ofrece ninguna ventaja y es completamente innecesario. Pero adquiere cierto interés por el hecho de que Marx —y más tarde Walras— lo adoptó también. 935

Fue solo hacia el final del período en estudio, y luego no tanto en Inglaterra como en el continente europeo, que los economistas iniciaron la discusión sobre lo que 'debería llamarse' ingresos, individuales o nacionales, que produjo otro no precisamente fascinante. literatura más tarde. 936 Pero no debemos inferir de esto que los economistas de ese período pasaron por alto los aspectos de la renta: elementos de lo que ahora llamamos Análisis de la Renta eran, por el contrario, muy evidentes en sus escritos. La razón por la que la *palabra* Ingresos no aparece en ellos con más frecuencia 937 es simplemente porque usaron otras palabras. La riqueza fue uno de ellos. Hemos visto que los 'clásicos' no eran muy claros sobre las diferencias entre fondos y flujos, y entre riqueza y servicios de riqueza. En su mayoría, sin embargo, que en realidad *significan* los flujos de bienes o servicios (ingresos) incluso cuando hablaron de la riqueza, por lo que al menos en parte, ya hemos venido comentando en su concepto de ingreso cuando se trata de la riqueza. Esto se aplica en particular a A. Smith, cuya riqueza es simplemente `` la producción anual total de la tierra y el trabajo de un país '', que, alternativamente, también llamó Ingresos brutos (Libro II, cap.2 , Modern Library ed., P. 271). Salvo tecnicismos, esto es sustancialmente lo que entendemos por Producto Nacional Bruto. Esta cantidad menos los gastos de mantenimiento. . . capital 'es su Neat Revenue o (de nuevo: sustancialmente) nuestro Ingreso Nacional del Departamento de Comercio. La mayoría de los economistas de la época discutieron estas definiciones; algunos, como Say, las aceptaron con modificaciones menores; 938 otros, como Ricardo, 939 encuentran faltas en ellos.

A. Smith dio entonces lo que evidentemente pensó que era sólo otra forma de formular lo mismo: "ingresos netos" o, como deberíamos decir, ingresos era lo que la gente, individual y colectivamente, "sin invadir su capital". . . lata . . . gastar en su subsistencia, comodidades y entretenimientos '(*ibid.* , p. 271). Ésta es la base de lo que se conoció en Alemania como la definición de ingresos de Hermann-Schmoller. 940 La discusión moderna sobre lo que significa mantener el capital intacto o mantener el capital —otro problema espurio— surgió de esa raíz.

Sobre trabajo productivo e improductivo . Divagamos por un momento para tocar brevemente la famosa controversia sobre el trabajo productivo e improductivo. La única razón por la que esta polvorienta pieza de museo nos interesa es que ofrece un excelente ejemplo de la manera en que *la discusión de ideas significativas puede perder de vista sus significados y caer en la futilidad* . En el caso que nos ocupa, se pueden discernir dos distinciones significativas. Una surge del hecho de que un sistema de empresa privada genera ingresos que proveen al consumo de dos maneras: directamente para el consumo de quienes los 'ganan' e indirectamente para el consumo de quienes son 'apoyados' por ellos, por por ejemplo, los niños y los jubilados. Es lógico pensar que la relación entre los dos, en nuestro ejemplo determinada (en parte) por la distribución por edades de la población, no es indiferente, sino, por el contrario, una de las características más importantes de la vida económica de una sociedad. Controversias sobre la cuestión de si también existen o no tipos de empleo que, para algunos propósitos o para todos, deberían ser tratados como 'apoyados' con los ingresos obtenidos en el proceso empresarial, por ejemplo, si los funcionarios públicos deberían ser tratados así en el hecho de

que sus ingresos se deriven de la imposición de otros ingresos, puede ser totalmente significativo. [941] La otra distinción significativa surge del hecho de que los servicios del trabajo (o de los agentes naturales) que son comprados y consumidos directamente por los hogares, como los servicios de sirvientes, maestros y médicos, ocupan una posición en el proceso económico que es diferente. desde la posición de los servicios de trabajo que son comprados y 'consumidos' por las empresas y que, económicamente hablando, aún deben pasar por un proceso empresarial. Que no se trata de una distinción sin diferencia —aunque, por supuesto, estos servicios, en forma de productos, también llegan eventualmente al ámbito de los consumidores— se desprende fácilmente del hecho suficientemente expresado por el lema común de que estos servicios se pagan desde el capital de alguna empresa, mientras que los primeros se pagan con los ingresos o ingresos de algún hogar. [942] Tan pronto como el criado ha recibido su salario o su equivalente en bienes, no hay más problema. Cuando el trabajador de la fábrica ha recibido su salario, surgen más problemas de venta del producto que ha ayudado a producir, retrasos, riesgos, descuentos, etc., todos los cuales son pertinentes para la determinación de esos mismos salarios. Por tanto, la distinción es de hecho relevante para la estructura del proceso económico y se impone al analista en muchos aspectos de su camino (por ejemplo, en asuntos de la doctrina del fondo de salarios, ver más adelante, subsección 6f).

Se verá que estas dos distinciones son completamente independientes entre sí: cada una tiene significado sin referencia a la otra. Pero ambos —y mucha confusión además— fueron legados a los escritores de ese período por A. Smith. En la primera página de su Introducción, puso gran énfasis en "la proporción entre el número de quienes están empleados en trabajo útil y el de aquellos que no lo están". Por falta de espacio, debo dejar que el lector se convenza de que, con una mezcla de materia extraña, este pasaje esboza realmente el significado de nuestra primera distinción. Solo que lo hace de manera confusa y, al emplear el término vago "útil", da la clave de toda la confusión que desfiguró la controversia posterior sobre el trabajo productivo e improductivo, aunque esta frase no figura en el Libro I de La *riqueza de las naciones* . Esta frase surge en el Capítulo 3 del Libro II, donde A. Smith, habiendo experimentado la influencia fisiocrática, desarrolló su teoría de la acumulación. Por supuesto, no tenía ningún uso para la proposición fisiocrática de que solo el trabajo empleado en la agricultura es productivo más de lo que tenía para la proposición "mercantilista" de que solo el trabajo empleado en las industrias de exportación lo es. Pero, después de verter el vino fisiócrata, retuvo las botellas y las llenó con su propio vino: definió el trabajo como productivo que `` aumenta el valor del sujeto al que se le otorga " (*op. Cit.* P. 314) y ejemplificó esto en el caso de los trabajadores de las fábricas que, como él agrega a modo de explicación (*ibid.* p. 316), viven de "esa parte del producto anual de la tierra y el trabajo que reemplaza al capital" (con una ganancia); y definió el trabajo como improductivo que no agrega valor (de cambio) a nada y ejemplificó esto por el trabajo del sirviente servil y el 'de algunas de las órdenes más respetables de la sociedad' como el soberano 'con todos los oficiales tanto de la justicia y la guerra que sirven bajo su mando 'y' son mantenidos por parte del producto anual de la industria de otras personas '. Dos cosas están claras: se había apoderado de nuestra segunda distinción; y lo había confundido con el primero.

El primer hombre en ver esto con bastante claridad fue Marx, quien adoptó nuestra segunda distinción, dando a A. Smith amplio crédito por haber descubierto un elemento tan importante de la estructura de la sociedad capitalista, y señalando que esta idea estaba en el trabajo de A. Smith, envuelto en consideraciones que Marx consideraba superficiales y, en todo caso, bastante ajenas a él.

943 Por supuesto, nadie pasó por alto el punto del todo: la mayoría de los escritores lo utilizaron, tácita o explícitamente, al analizar la demanda de trabajo. Pero cuando discutieron la distinción como tal, la perdieron de vista y siempre pensaron en la primera distinción. Tampoco esto es todo. Hemos visto que esta distinción también puede ser significativa. Pero entregándose a las asociaciones evocadas por los términos "útil" y "productivo", los economistas se concentraron en "cuestiones" tales como qué actividades eran dignas de estos epítetos honoríficos. A los profesores y los funcionarios públicos no les gustaba que los llamaran "improductivos", porque sentían —a veces con razón y otras con mal— que esta frase tenía un significado despectivo. 944 Y así, una discusión sin sentido se convirtió en un elemento estándar de los libros de texto del siglo XIX a pesar de la creciente conciencia de su futilidad, que finalmente lo mató. Un relato de todas las ramificaciones y de todo el ingenio malgastado que a veces entraba en él llenaría un volumen. Pero solo podría tener un propósito, a saber, mostrar la mentalidad verbal de los economistas y su incapacidad para distinguir un problema real de uno espurio.
945 [JAS tenía la intención de tener esta digresión sobre el trabajo productivo e improductivo impresa en letra pequeña para que el lector promedio pudiera omitirla fácilmente].
(b) La estructura del capital físico. 946

En su nivel más abstracto, el análisis de la elección económica, que es realmente todo lo que está involucrado en lo que estamos acostumbrados a aprender en la forma particular de una teoría del valor, puede llevarse a cabo en términos de cosas no especificadas llamadas 'bienes' que no tienen más propiedades que las de ser deseado y escaso. Sin embargo, es lógico que para avanzar más allá de las generalizaciones más áridas debamos elegir, de nuestra visión de la realidad, más restricciones a la elección económica, como las que están implícitas en nuestro `` saber hacer '' o, menos coloquialmente, en las limitaciones de un horizonte tecnológico dado, que permitirá algunas, y excluirá otras, transformaciones de nuestro stock inicial de bienes. En cualquier caso, debemos postular deseos dados, un horizonte tecnológico dado, factores ambientales dados como la tierra y el personal de tipos y cualidades *dados* , *y un stock determinado de bienes producidos con los que empezar* . Pero esto no es suficiente. Este stock inicial de bienes no es homogéneo ni amorfo. Sus diversas partes se complementan entre sí de una manera que entendemos fácilmente tan pronto como oímos hablar de edificios, equipos, materias primas y bienes de consumo. Algunas de estas partes deben estar disponibles antes de que podamos operar otras; y varias secuencias o rezagos entre las acciones económicas se imponen y restringen aún más nuestras opciones; y lo hacen de formas que difieren mucho según la composición del stock sobre el que tenemos que trabajar. 947 Expresamos esto diciendo que el stock de bienes que existe en cualquier instante de tiempo es una *cantidad estructurada o una cantidad que despliega relaciones estructurales dentro de sí misma* que configuran, en parte, el curso posterior del proceso económico. Naturalmente, deseamos, a los efectos de la teoría pura, reducir estas características estructurales a las más pocas y generales posibles, dirigiéndonos lo mejor que podamos entre la Escila de inmanejable semejanza de la vida y la Caribdis de estéril simplicidad. Desde la época de Cantillon y Quesnay, cuando comenzó la construcción de modelos científicos, los economistas, por supuesto, han sido conscientes de todo esto. En el capítulo anterior ya hemos vislumbrado la manera en que los escritores del período `` clásico '' tomaron, entrecortadamente, los dos primeros pasos en el análisis de las propiedades estructurales del proceso económico: uno fue reconocer al capital como un "requisito" de la producción y el otro era adoptar la idea fisiócrata (Cantillon-Quesnay) de "avances". Ahora tenemos que completar el más importante de los elementos restantes de este análisis, que

constituye lo que comúnmente se conoce como teoría del capital.

El lector no debe temer que tengamos que atravesar otro pantano de controversias verbales. De hecho, la teoría del capital goza de una reputación por este tipo de cosas que pocos otros campos rivalizan. La gente seguía haciendo la pregunta sin sentido: ¿Qué es el capital? Y algunos han tratado de responder con especulaciones sobre los significados originales de las palabras *caput* , *capitale* , χεφάλαιον y similares. Senior incluso sostuvo que "el término Capital se ha definido de manera tan diversa que puede ser dudoso que tenga algún significado generalmente aceptado" (*Esquema* , p. 59). En cierto sentido, esto es cierto. 948 Pero sólo es cierto: primero, debido a fallas de conceptualización relativamente menores cometidas por los autores individuales, y que podemos ignorar si su intención analítica es lo suficientemente clara; segundo, por el deseo, padre de tantas controversias fútiles, de tener un concepto unitario o polivalente del capital, deseo que no comparto; tercero, debido al deseo no menos injustificado de muchos autores de aproximar el "capital" que es útil en su análisis al activo o al pasivo del balance de una empresa; cuarto, debido a fluctuaciones ocasionales entre los conceptos de capital físico, por un lado, y los conceptos monetarios, por el otro, que se observarán en la siguiente nota al pie. Por lo demás, el asunto es mucho más simple de lo que parece porque en realidad solo hay un propósito analítico dominante para describir al que prácticamente todos los principales economistas intentaron cumplir.

Dado que era un requisito de producción, el capital estaba constituido por bienes. 949 Además, como nuestro stock inicial, era un *stock* de mercancías. Pero, a diferencia de *nuestro* stock inicial, no incluía todos los bienes existentes en un instante. De estos los 'clásicos' separaron su capital excluyendo de él, primero, los agentes naturales (aunque no 'mejoras' tales como desagües, cercas y similares) y, segundo, todos los bienes de consumo distintos de los medios de subsistencia de trabajo productivo. Detengámonos un momento para aclarar esto.

En primer lugar, debe entenderse que la división del acervo de riqueza existente en un instante de tiempo en una masa de cosas que son capital y otra masa de cosas que no lo son es un dispositivo para describir lo que hemos llamado por encima de la estructura. de o las relaciones estructurales dentro del universo de bienes. Lo segundo a observar es que el efecto de excluir a los agentes naturales fue establecer, además del trabajo, otro factor de producción "original", aunque muchos, especialmente los ricardianos, no se dieron cuenta de sus implicaciones. Esto, entonces, nos habría dejado con el stock de bienes producidos. Pero, en tercer lugar, la estructura de la masa de estos bienes producidos se analizó más a fondo mediante una distinción que guerreaba entre dos de un número indefinido de posibilidades.

Por un lado, si queremos separar la parte que es requisito de producción en el sentido tecnológico, llegamos al concepto de medios de producción producidos o, como lo llamarían los böhm-bawerkianos, de intermedio. productos. Sin embargo, una de las características sobresalientes del esquema teórico de los 'clásicos' ingleses y sus seguidores continentales es que entendieron el término 'requisito de producción' en un sentido más amplio que incluía los bienes de consumo que sustentan el trabajo durante el proceso. de produccion. No hay una razón lógica para no incluir también los bienes de consumo que apoyan a los terratenientes (Senior incluso incluyó aquellos que apoyan a los capitalistas) durante ese proceso, pero, en realidad, estos fueron excluidos en su mayoría por los ricardianos porque su esquema les impedía considerar la renta como un elemento. de costo. Por otro lado, si queremos separar esa parte de la masa de riqueza existente en un instante de tiempo que se

encuentra en el proceso comercial o sirve para fines comerciales, o, como dijo A. Smith, de la cual se espera obtener ganancias. —Se nos lleva a incluir además de la planta, el equipo, las materias primas y los "medios de subsistencia del trabajo productivo", también otros rubros, en particular los dos siguientes. Una es otra masa de bienes de consumo, que en parte se superpone con la que se incluye entre los requisitos de producción, a saber, la masa de bienes de consumo que todavía está en manos de los fabricantes, mayoristas y minoristas, independientemente de quién (trabajador o capitalista).) los va a comprar. El otro es efectivo en mano. Las implicaciones de esto, aunque no carecen de interés, no pueden considerarse aquí. Todo lo que se puede decir es que esta distinción no es más correcta o incorrecta que la otra. Ambos sirven para propósitos analíticos relevantes; es decir, ambos son útiles para describir aspectos relevantes de la realidad. Pero nos atendremos al primero ("requisito de producción" en el sentido más amplio) porque está más relacionado con lo que he llamado anteriormente el propósito analítico dominante de la época, especialmente del trabajo que fue resumido por JS Mill. Marx habría aprobado nuestra elección. Estaba todo por la primera distinción. El segundo lo consideraba incapaz de servir a ningún otro propósito que no fuera el de copiar la superficie de la realidad tal y como le aparece al capitalista.

Lo que se ha dicho anteriormente, salvo detalles, reproduce la forma real en que A. Smith 'estructuró' lo que llamó el 'stock general de cualquier país o sociedad' separando el capital (*Riqueza* , Libro II, cap. 1) y por enumerando sus componentes principales. Poco importa que él (y Malthus) no incluyeran específicamente los bienes asalariados o los medios de subsistencia del trabajo. Porque siempre argumentó como si los hubiera incluido. [950] Además, el concepto de capital descrito representa bastante bien la redacción de la mayoría de los líderes. Así, Ricardo definió el concepto: 'Capital es aquella *parte de la riqueza* [cursiva mía] de un país que se emplea en la producción, y consiste en alimentos, ropa, herramientas, materias primas, maquinaria, etc., necesaria para dar efecto a trabajo '(*Principios* , cap. 5). Esto no difiere en esencia de la definición de Senior: 'un artículo de riqueza, el resultado del esfuerzo humano [que significa, como explicó unas líneas más adelante,' del trabajo, la abstinencia y la agencia de la naturaleza ', o simplemente, un artículo de riqueza producido] empleado en la producción o distribución de riqueza. ' Tampoco difiere del influyente pasaje de JS Mill: 'Lo que el capital hace por la producción es proporcionar el refugio, la protección, las herramientas y los materiales que requiere el trabajo, y alimentar y mantener a los trabajadores durante el proceso. . . . Cualquier cosa que esté destinada a este uso. . . son Capital '(Libro I, cap. 4, § 1). [951] Marx no añadió nada a esto, excepto que, en obediencia a su principio de amalgamar economía y sociología, limitó el término capital a aquellas cosas de esta clase que son propiedad de los capitalistas: las mismas cosas en la mano del trabajador que las usa son no capital.

`` Lo que el capital hace por la producción '', sin embargo, significa dos cosas muy diferentes, y la distinción entre capital asalariado y el resto (lo llamaremos capital tecnológico) se sugiere fácilmente y también lo hace un coeficiente, descriptivo de la relación cuantitativa entre los dos. , que evidentemente debe constituir una de las características más importantes de la estructura del capital. Sin embargo, se dejó en manos de Marx señalar esto con tantas palabras e introducir ese coeficiente de manera explícita. Denotando con el término capital constante (*c*) lo que se acaba de llamar capital tecnológico, y con el término capital variable (*v*) [952] lo que se acaba de llamar capital asalariado, eligió

como coeficiente estructural la razón:, que llamó la Composición Orgánica de Capital. [953] No debe subestimarse el mérito de introducir explícitamente tal concepto. Pero, por supuesto, los escritores desde A. Smith hasta JS Mill no habían dejado de reconocer el papel peculiar del capital asalariado dentro del capital total. Esto se indica abundantemente por el hecho de que el capital salarial es idéntico no solo al capital variable de Marx, sino también al fondo salarial "clásico". Además, tanto Ricardo como Mill utilizaron a veces el concepto marxista sin darse cuenta: a veces se referían a capital variable cuando en realidad escribían Capital circulante. [954]

No menos obvia es la necesidad de analizar la estructura interna del capital tecnológico. Para los fisiócratas estaba bastante claro, cuyos diversos *avances* A. Smith reemplazó por la distinción entre capital fijo y circulante. El primero lo definió como capital del que el propietario obtiene ganancias al mantenerlo (usarlo), como edificios de fábricas y máquinas; este último lo definió como capital del que el propietario obtiene ganancias al "separarse de él" (darle la vuelta), como las materias primas. Ricardo vio que había algo de un significado más profundo detrás de la distinción entre el sentido común y el lugar común de A. Smith, que en consecuencia dejó de lado. [955] Intentemos reconstruir su pensamiento.

Evidentemente, Ricardo llamó la atención sobre los problemas del capital fijo por el hecho de que su presencia hace que los valores de cambio de los productos difieran de la ley de cantidad de trabajo a menos que, por supuesto, todas las ramas de la industria empleen 'la misma proporción de capital fijo y circulante'. capital.' También percibió, aparentemente sin dificultad, el hecho adicional de que, para no perturbar esta ley de cantidad de trabajo, este capital fijo tendría que tener además la misma durabilidad en todas partes. Finalmente, sin embargo, percibió algo más, a saber, la analogía que existe entre las diferentes durabilidades del capital fijo utilizado en diferentes líneas de producción y las diferentes tasas de rotación de diferentes tipos de capital circulante, como la semilla del agricultor y la harina de panadería. . Esto, entonces, hace tres hechos aparentemente diferentes que, a primera vista, no tienen nada en común, excepto que todos interfieren con la operación de la ley del valor de la cantidad de trabajo. Ahora, por lo que casi llegó a ser un destello de genialidad, vio que los tres lo hacían por la misma razón o, para decirlo de otra manera, vio el mismo elemento fundamental en todos ellos, a saber, la distancia de tiempo entre inversión y el surgimiento del correspondiente bien de consumo. [956]

Esto fue muy fácil de ver en el caso de las diferencias en los períodos de rotación: el trigo que se usa como semilla y el trigo que se transforma en harina difieren directamente (desde el punto de vista de Ricardo) por las distancias de tiempo entre cada uno de ellos y la emergencia. de harina *y nada más* . Pero no fue tan fácil ver que la diferencia que la presencia de bienes de capital fijo y de bienes de capital fijo de diferente durabilidad hace al proceso de producción, y por lo tanto a los valores, es del mismo tipo en que también puede considerarse como una cuestión de diferencias en estas distancias de tiempo o tasas de rotación. Considere, por ejemplo, una máquina que, a la manera ricardiana, ha sido producida solo por el trabajo, digamos, en un solo día. Supongamos que durará diez años. Durante estos diez años, la máquina o el trabajo incorporado en ella maduran en bienes de consumo exactamente como lo harán las materias primas o los productos semielaborados. Cada uno de los días de servicio "contenido" en él, que se vuelve disponible en una secuencia definida, se comporta como la

semilla en la tierra hasta que llega su turno. Esta secuencia definida es una restricción a la decisión o acción económica, análoga a la restricción impuesta a la decisión del agricultor por la circunstancia de que debe esperar hasta que su semilla madure y se convierta en un cultivo. Así pues, de hecho, al menos en el nivel más abstracto, no existe una diferencia esencial ni una línea clara de demarcación entre capital fijo y circulante, como señaló Ricardo en la nota a pie de página antes mencionada. Ambos no son más que (elementos de) bienes de consumo inmaduros: productos intermedios o "riqueza incipiente", como Taussig los llamaría unos ochenta años después. O ambos pueden 'resolverse' en mano de obra acaparada (término de James Mill, que expresa muy bien el significado de Ricardo y que Wicksell iba a utilizar de nuevo, también unos ochenta años después [957]), aunque no debemos olvidar que las diversas aglomeraciones de mano de obra acaparada encarnaban en los diversos bienes llevan diferentes índices de distancia temporal o índices de lugares en las secuencias temporales a las que pertenecen.

Así, el análisis rudimentario del capital de Ricardo surge en un concepto de tiempo de capital tecnológico, [958] siendo el tiempo el elemento que unifica todas sus formas específicas. Aquellos que sienten simpatía por la teoría del valor de la cantidad de trabajo podrían afirmar con cierta justicia que él salvó a esta última haciéndola válida (al menos hasta cierto punto) para cantidades de trabajo que llevan diferentes índices de tiempo. Quienes aceptan la teoría del capital de Böhm-Bawerk podrían afirmar, también con cierta justicia, que Ricardo transformó una mala teoría del valor en una buena teoría del capital. En cualquier caso, Ricardo fue claramente el precursor de Böhm-Bawerk en lo que a este conjunto de problemas se refiere. Esto no quiere decir que la teoría del capital de Ricardo fuera completa o que él vio todas las implicaciones de su destello de genio. En particular, descuidó todas sus implicaciones a corto plazo. [959] Además, aunque sí estudió casos de conversión de capital circulante en capital fijo —el caso más importante se encuentra en su capítulo Sobre la maquinaria— y ocasionalmente tocó las múltiples relaciones de sustitución que existen dentro del universo del capital tecnológico: el ' El efecto Ricardo ', si se pensara detenidamente, proporcionaría un ejemplo: él, como la mayoría de los' clásicos ', era demasiado dado a aceptar secuencias de tiempo como datos tecnológicos y a descuidar el hecho de que la durabilidad y, en general, las relaciones entre los Las cantidades de bienes de capital de diferentes tipos, también la relación entre capital asalariado y capital no asalariado, son variables económicas que dependen, y a su vez reaccionan, de las tasas salariales, la eficiencia del trabajo, la tasa de interés y otros factores. Pero ésta es sólo otra forma de reafirmar que su teoría no era más que un esbozo preliminar, hecho que siempre hay que tener en cuenta, tanto cuando criticamos como cuando defendemos su actuación.

(c) Contribuciones de los mayores.

Dos hechos muy curiosos ahora llaman nuestra atención. Por un lado, Senior se dio cuenta de que Ricardo usaba los términos capital fijo y capital circulante en un sentido que difería del uso de A. Smith (*Esquema* , págs. 62-3). Pero el verdadero significado del análisis de las mayúsculas de Ricardo se le escapó tan completamente que no vio nada en esa diferencia excepto un uso de términos reprobablemente inusual. Por otro lado, a pesar de esta incapacidad para comprender el análisis ricardiano, en realidad lo llevó más allá en dos direcciones: un excelente ejemplo de la forma en que nos equivocamos.

Primero, está el tercer postulado o proposición elemental de Senior, que dice: "Que los poderes del Trabajo, y de los otros instrumentos que producen riqueza, pueden incrementarse indefinidamente

utilizando sus Productos como medio de mayor Producción". Esta proposición, que podría haberse derivado de Rae, mejora la teoría de Ricardo al agregar los poderes "de los otros instrumentos que producen riqueza" a los del trabajo. Pero agrega también algo más que está completamente más allá del análisis de Ricardo. Con Ricardo, el elemento tiempo interviene para provocar desviaciones de los valores de la ley de cantidad de trabajo al frenar la oferta de los productos de los capitales que rotan más lentamente que otros: el hombre cuyos productos toman períodos de tiempo relativamente largos. para llegar a sus mercados simplemente "debe" compensarse esta desventaja. Según Senior, sin embargo, hay más en este valor más alto de tales productos que el mero hecho, si es un hecho, de que una ganancia de £ 100 acumulada cada dos años no es económicamente equivalente a una ganancia de £ 50 acumulada cada año. . El beneficio de la inversión de dos años será más del doble del beneficio de dos inversiones sucesivas de un año de la misma cantidad de (digamos) trabajo, porque el 'poder' productivo de este trabajo, por lo tanto su producto, aumenta si el El producto del primer año se utilizará «como medio de producción adicional» en el segundo año. Ahora bien, el valor real de Ricardo de un producto no puede aumentar simplemente porque la misma cantidad de trabajo produce una mayor cantidad de producto en el proceso de dos años que en dos procesos sucesivos de un año. Pero el valor de Senior puede. 960 Esto pone una cara completamente nueva al asunto y apunta directamente hacia Böhm-Bawerk, quien, por cierto, no entendía a Senior mejor que Ricardo, pero que, sin embargo, llevó a cabo el análisis de capital de Senior exactamente como Senior llevó a cabo el de Ricardo. . La relación que existe en este punto entre Senior y Böhm-Bawerk se destacará particularmente si observamos que usar un producto como medio de producción adicional bien podría llamarse usarlo de manera indirecta. La única diferencia es que Senior se limitó a afirmar que el poder productivo del trabajo aumenta "indefinidamente" usándolo de esa manera; mientras que Böhm-Bawerk agregó la hipótesis de que la tasa de este aumento disminuye a medida que aumenta la 'duración' del proceso productivo.

En segundo lugar, está la teoría de la abstinencia del capital de Senior. Aunque su nombre se recuerda principalmente debido a esta contribución, en realidad (la abstinencia) es mucho menos importante, como desempeño analítico, que la contribución que acabamos de discutir (usar un producto como medio de producción adicional). Sería bueno distinguir dos aspectos diferentes de la abstinencia de Senior. Por un lado, si por razones buenas o malas optamos por analizar la estructura del capital tecnológico en términos de lo que hemos llamado índices de tiempo de sus elementos componentes, el hecho que queremos destacar es que estos elementos componentes (es decir, , los diversos bienes de capital) tienen diferentes tasas de rotación o que sus productos están disponibles o 'maduran' después de lapsos de tiempo de diferente duración, que de una u otra forma se inmiscuyen en la lista de costos de producción. Siempre que queremos decir esto, es mejor que usemos el término Esperando que sería sugerido más tarde por McVane y adoptado por Marshall. Por otro lado, si adoptamos la teoría de que el capital tecnológico es el resultado de una 'conversión de ingresos' en algo que se espera que *genere* ingresos en el futuro, pero, para ello, debe retirarse de la esfera de ingresos *para siempre* , entonces es mejor que usemos el término abstinencia. En este caso reservamos el término para el costo psíquico del ahorro o, *si seguimos ahorrando lo suficientemente cerca de la inversión, de los bienes de capital en los que se ha invertido el ahorro pasado* . Este elemento de costo psíquico se convierte entonces en análogo al "costo psíquico" del trabajo, más tarde llamado Desutilidad. Dando un paso más, podemos constituir la abstinencia en sí misma —en lugar del ahorro o los bienes de capital que resultan de ella—

como factor de producción. [961] Este es el sentido en el que se ha entendido comúnmente la abstinencia de Senior y en el que se utilizará la frase en este libro, aunque su propia definición muestra que pretendía incluir en su concepto también lo que antes se ha llamado Esperando. [962]

El reconocimiento de lo que el término abstinencia —en sentido estricto— pretende denotar es, por supuesto, tan antiguo como el reconocimiento del papel del ahorro. La parsimonia o frugalidad de A. Smith no significa nada más. Prácticamente todos los economistas que escribieron después de 1776 lo tratan de una forma u otra, aunque no todos estaban dispuestos a darle todo lo que A. Smith afirmaba. También entró en los esquemas teóricos de anti-ahorradores como Lauderdale y Malthus. El esquema de Ricardo considera la espera más que la abstinencia pero en cualquier caso este esquema requiere, como muestra ampliamente nuestra exposición, un complemento conceptual de este tipo. En realidad, sin embargo, el concepto fue establecido formalmente por Read y especialmente por Scrope. Este último se sitúa para Senior a este respecto en la misma posición que Rae con respecto al postulado sobre el aumento de los poderes productivos de los factores mediante el uso de su producto para una mayor producción. No se pretende reflexionar sobre la originalidad subjetiva de Senior, pero es importante señalar que, objetivamente, Senior no hizo más de lo que está implícito en traer una tendencia doctrinal existente a la cabeza. Impulsado por el patrocinio de JS Mill, Cairnes y, hasta cierto punto, Marshall, el análisis de la abstinencia se estableció firmemente en la economía inglesa, aunque nunca fue tan popular en otros lugares. No es difícil adivinar la razón por la cual las puntas de lanza del ataque contra él se encuentran en los escritos de Marx y Lassalle, quienes no vieron más que las posibilidades apologéticas que sugiere la palabra abstinencia. Pero esto se tratará de manera más conveniente a continuación, bajo el título de beneficios.

(d) Proposiciones fundamentales de JS Mill con respecto al capital.

Se pueden hacer convenientemente algunos puntos adicionales sobre la teoría "clásica" del capital, y otros se pueden reformular a modo de comentario sobre las cuatro "proposiciones relacionadas con el capital" que JS Mill presentó en el capítulo 5 del Libro I de sus *Principios* . [963]

"La primera de estas proposiciones es que la industria está limitada por el capital", aunque, por supuesto, la industria no siempre trabaja hasta ese límite. Sin embargo, el empleo total de mano de obra no está tan limitado, ya que también procede de los "ingresos". JS Mill creía erróneamente que el hecho de que la "industria" esté limitada por el capital [964] *implica* que "todo aumento de capital". . . es capaz de dar empleo adicional a la industria; y esto sin ningún límite asignable ”(§ 3). Enunciado cuidadosamente (y el 'capaz' debidamente enfatizado), se puede demostrar que esto es cierto, y el uso de esta proposición contra las opiniones de Malthus, Chalmers y Sismondi [965] , quienes afirmaron que la 'riqueza' es en cualquier momento limitada, no sólo por el poder productivo, pero también por la capacidad de consumo del sistema, es perfectamente legítimo. Sólo que debería haber sido enunciado como una proposición adicional —podríamos llamarlo el teorema de la falta de atascos— porque no se *sigue* de que la industria esté limitada por el capital y, aunque el argumento de Mill contra esos tres autores fue exitoso hasta donde llegó, cae lejos de probar este teorema. Además, el teorema es interesante sólo si se hace válido para el total del capital tecnológico más el salario. Pero Mill lo restringió a este último, de modo que la proposición que pretendía defender equivale sólo a esto: 'la porción que está destinada a su mantenimiento [de los trabajadores], puede (suponiendo que no se modifique en nada más) aumentarse indefinidamente, sin crear la imposibilidad de encontrarles empleo ' [966], lo cual es trivial o falso. Es una pregunta muy interesante preguntarse por qué debería haber

mutilado así un teorema que ciertamente no estaba más allá de su campo de visión. 967 La respuesta no puede ser que, a corto plazo, el capital tecnológico sea un conjunto de bienes específicos, cuyos tipos y cantidades constituyen datos. Evidentemente, Mill no tenía la intención de escribir un tratado sobre análisis a corto plazo. Más bien, la respuesta parece ser que, si bien, por supuesto, no ignoraba el hecho de que la relación entre capital tecnológico y capital salarial es variable, se inclinaba por principio, es decir, al discutir cuestiones de principio fundamental, a tomarlo por concedido, tal vez como fijado tecnológicamente, y para descuidar la sustituibilidad entre los dos, cuya naturaleza e importancia, aunque enfatizadas por Barton y Longfield, apenas le eran claras. Por eso le resultó tan fácil (como Ricardo) seguir el ejemplo de A. Smith y hablar de una 'porción de capital' o de un fondo que está 'destinado al mantenimiento del trabajo', es decir, para hablar de un fondo salarial. Observemos de inmediato que uno de los rasgos más característicos de la llamada teoría del fondo de salarios, a saber, la suposición implícita o al menos la sugerencia de que este fondo es una especie de dato, no se basa, por tanto, en nada más que en una técnica primitiva. 968

Damos otro paso hacia la comprensión de la teoría del fondo de salarios cuando consideramos el 'segundo teorema fundamental de Mill respecto al capital [que] se relaciona con la fuente de la que se deriva' y que hace que el capital sea 'el resultado del ahorro' (§ 4): capital aumenta al convertir los ingresos en él. Ya sabemos (véase más arriba, cap. 5, sección 6) que el esquema `` clásico '' de la evolución económica falló tanto por sobrestimar la importancia del mero aumento de los elementos que constituyen el capital como por sobrestimar el papel que (voluntario) ahorrando jugadas en este incremento. Además, los "clásicos", en su ansiedad por enfatizar los significados fundamentales de los mecanismos económicos, fueron dados a unir demasiado las decisiones de ahorrar y las decisiones de invertir. Estas decisiones, aunque nunca del todo identificadas, 969 tendieron a difuminarse unas sobre otras con exclusión de todo lo que pudiera intervenir entre ellas, 970 de modo que ahorrar incondicionalmente enriquece y gastar incondicionalmente empobrece tanto a las personas como a las naciones. Como Say, Mill reafirmó todo esto; en otras palabras, reafirmó, incluso con mayor énfasis, la teoría de Turgot-Smith de la formación de capital. 971

Pero entonces, ¿cómo pudo sostener (como evidentemente lo hizo) —también de conformidad con la tradición dominante— que el ahorro, y el ahorro por sí solo, invariablemente aumenta no sólo el capital total sino también el capital salarial, el fondo de salarios, 'sin límite'? No surge ninguna dificultad inmediatamente, porque el capital fijo, a cuya producción se asigna el trabajo que se compensa con la nueva adición al ahorro, debe producirse primero. Siempre que los actos de inversión sigan suficientemente de cerca la decisión de ahorrar, es cierto, en ese primer giro de la rueda, que la demanda de servicios productivos —y concedamos su reducción a los servicios laborales únicamente— se incrementa inmediatamente al máximo. monto de la nueva adición a los ahorros. Es decir, el fondo de salarios se incrementa para dar, a esta cantidad, 'al trabajo, ya sea empleo adicional, o [un aumento en las tasas salariales, que asciende a] una remuneración adicional', 972 lo que significa o un producto agregado mayor, si el los trabajadores en cuestión han estado desempleados anteriormente, o han tenido una mayor proporción de trabajo en el mismo "producto agregado", si tienen que ser contratados por otros empleos. Pero, en la medida en que el nuevo capital tecnológico resulte de este empleo, es evidente que las cosas pueden verse muy diferentes cuando se hayan realizado todos los ajustes. Es posible que nos enfrentemos a una "composición orgánica del capital" diferente, posiblemente incluso a una disminución absoluta del capital variable o del fondo salarial. Una vez más, ignorando la

posibilidad de que Mill estuviera pensando únicamente en efectos a corto plazo, una vez más recurrimos a la explicación ofrecida antes: como todos los líderes `` clásicos '', tomó la relación entre capital tecnológico y capital salarial como un dato, de modo que en el resultado final el ahorro aumentaría a ambos en la misma proporción. Si esto fuera así, [973] entonces y solo entonces podríamos hablar de un fondo de salarios en cualquier otro sentido que no sea que la suma total de los ingresos salariales se determina unívocamente en las mismas condiciones que cualquier otra cantidad económica, por ejemplo, la suma total ' destinados a la compra de automóviles. Por supuesto, no se pasó por alto la sustitución de trabajadores por maquinaria. Pero fue tratado, excepto por Marx, como un caso especial que pertenecía a un compartimiento separado y nunca fue asimilado orgánicamente por el cuerpo de la teoría. Y entonces, y sólo entonces, es decir, en virtud de una hipótesis impuesta a los 'clásicos' por la primitividad de su técnica, se vuelve cierto que 'demanda de trabajo', es decir, demanda de trabajo 'productivo' a diferencia del trabajo remunerado. de los ingresos, o de los medios destinados al mantenimiento de dicho trabajo, dado un cierto nivel de productividad social, puede aumentar y disminuir sólo mediante el ahorro y el desahorro, [974] que de hecho se convierten en sinónimo de 'destinar' más o menos medios para este propósito . O, para decirlo de otra manera, el fondo de salarios es un fondo o agregado *sui generis* porque su tamaño y variaciones están determinadas por una causa próxima *sui generis* , a saber, los ahorros pasados y presentes; todo lo demás actúa sobre él sólo a través de la tasa de ahorro.

Por supuesto, los "clásicos" no habrían negado que la tasa de ahorro en sí misma y, por lo tanto, los pagos salariales totales están determinados por muchos factores, algunos de los cuales, a su vez, se ven afectados por la tasa de ahorro. Además, no habrían negado que los tipos y cantidades de bienes asalariados que los trabajadores obtienen dependen de muchas otras circunstancias que no están determinadas únicamente por la tasa de ahorro. Pero habrían respondido que esos factores, como la tasa de ganancia, actúan sobre el fondo de salarios sólo en una parte, de modo que su doctrina sigue siendo formalmente válida; y que las circunstancias que afectan directamente los bienes que obtienen los trabajadores, como el nivel de productividad social, simplemente se daban por dadas. El lector observará, sin embargo, que esto significa poco más que burlarse del oponente. Es, por supuesto, siempre es posible decir: 'dada A , B , C . . . , entonces Y depende de X ', la práctica revivida por la economía keynesiana y apodada "razonamiento implícito" por el profesor Leontief. La simplificación puede equivaler a una caricatura. La caricatura puede estar ideológicamente sesgada, aunque no hay razón para sospechar esto en el caso de Mill.

La tercera proposición de Mill no tiene por qué detenernos. Es en el sentido de que el ahorro no disminuye el consumo. Aquí, de nuevo Mill defiende la tradición Turgot-Smith; de hecho, lo hace con mayor énfasis: el ahorrador ahorra y entrega lo que habría consumido o su equivalente a algún trabajador productivo, de modo que lo que se ahorra se gasta en bienes de consumo " *con la misma* rapidez" [cursiva mía; Smith fue un poco menos lejos. JAS] como lo que no se salva. [975] Pero el "cuarto teorema fundamental de Mill con respecto al capital" requiere comentario. Dice: "La demanda de mercancías no es la demanda de trabajo" (§ 9). Descartemos primero un significado superficial que podría atribuirse a esta proposición. Por supuesto, la demanda derivada de trabajo que se puede decir que está implícita en la demanda de una mercancía nunca es la demanda de trabajo únicamente, mientras que la demanda de servicios personales sí lo es. Pero eso no es lo que quería decir Mill. Lo que quiso decir está consagrado en una discusión confusa y avergonzada que ha desconcertado tanto a

los seguidores como a los oponentes. En aras de la brevedad, me limitaré a indicar lo que concibo es el meollo del asunto.

La demanda de mano de obra del empleador industrial se deriva sin duda de la demanda esperada de los consumidores por las mercancías que se están produciendo. En un alto nivel de abstracción, en el que solo cuentan los significados fundamentales, es perfectamente adecuado enfatizar este nexo antes que cualquier otro. Esto se ajusta no solo a la visión que naturalmente adoptaron los teóricos de las últimas décadas del siglo XIX, en particular aquellos que enfatizaron la 'imputación', sino también a la visión de los economistas de ese período, como Say, que enseñó la doctrina de que, en última instancia, la producción y la distribución se reducen a un intercambio de servicios. No hay gran daño, desde este punto de vista, en usar expresiones tales como que la demanda de mercancías *es* demanda de trabajo (y otros servicios productivos) o, como dijo Hermann, que el verdadero fondo de salarios o fuente de pagos de salarios son los consumidores. 'ingresos. Pero el razonamiento nunca debería haberse utilizado —como se ha hecho— para atacar la posición de Mill.

Porque en un nivel inferior de abstracción, debe tenerse en cuenta el hecho de que el pago del consumidor por una mercancía no paga, en general, el trabajo que entró en la producción de esta última. A lo sumo, el pago del consumidor *permite* al fabricante reponer su capital, normalmente con una adición. Para que esto realmente suceda, debe intervenir una decisión distinta en el proceso, a saber, la decisión del fabricante de ahorrar o al menos no desahorrar. Es *esta* decisión —y no debe darse por sentada— la que puede decirse que "beneficia" a la mano de obra en el siguiente giro de la rueda y no simplemente la decisión de compra del consumidor. Hasta ahora, entonces, tenemos ante nosotros una pieza de análisis de secuencia, es decir, un análisis de pasos sucesivos en un proceso que se mantiene en funcionamiento continuo, a un ritmo creciente, decreciente o constante, solo mediante una secuencia de decisiones apropiadas.

Sin embargo, hay algo más. Si asumimos que los ahorros de los consumidores se están convirtiendo rápidamente en capital de empleo de mano de obra, se deduce, como sabemos, que el interés laboral se beneficiaría aún más y la demanda de trabajo aumentaría si los receptores de ingresos también ahorraran, en lugar de comprar consumidores. 'bienes. Porque, salvo las perturbaciones que resultan de la necesidad de que la industria pase de la producción de bienes consumidos por capitalistas y terratenientes a la producción de bienes asalariados, esto aumentaría, por un lado, la cantidad `` destinada '' al mantenimiento de la actividad productiva. mano de obra y, por otro lado, no provocan deficiencia de demanda de productos. Podemos, entonces, imaginar que el ahorro se produce cuando el receptor de la renta entrega a los trabajadores productivos bienes en lugar de dinero: entonces los bienes se producirán y encontrarán compradores como antes, y la clase trabajadora, además, recibiría parte del dinero. bienes de renta del ahorrador. Si en lugar de ahorrar, el receptor de ingresos simplemente hubiera cambiado la demanda de su consumidor de productos básicos a servicios personales, esta adición duraría mientras continúe con esta práctica. Pero si el receptor de ingresos ahorra, esta adición durará hasta que decida desahorrar a la cantidad correspondiente. No hay nada incomprensible o ilógico en todo esto. La utilidad o el realismo de este modelo es, por supuesto, otra cuestión, pero no debe olvidarse que, incluso si votamos que el argumento de este párrafo es inadmisible, el argumento del párrafo anterior sigue en pie.

6. Las acciones distributivas

De la Sección 5, Capítulo 5, sabemos que efectivamente hubo un gran grupo de escritores que, anticipándose en parte a la tendencia dominante del período siguiente, concibieron los problemas de la formación de ingresos como problemas en la evaluación o fijación de precios de los servicios productivos, unificando así la tendencia. fenómenos de valor, costo (producción) y distribución. Pero también sabemos que esta opinión, aunque hasta cierto punto patrocinada por A. Smith y reafirmada por JS Mill, no fue generalmente aceptada y que incluso los economistas franceses, alemanes e italianos que la aceptaron más o menos, e incluso el propio Say o Ferrara — no cumplió con el programa que esta visión implicaba. Por lo demás, el profesor Cannan [976] tenía razón al afirmar que la distribución seguía siendo un departamento semiindependiente de análisis económico; y que lo que la gente entendía por Teoría de la Distribución, especialmente en Inglaterra, era un compuesto de teorías separadas de ganancias, renta y salario, cada una de las cuales se basaba en un principio distinto propio. [977] Adoptamos el mismo esquema para la siguiente encuesta.

(a) Beneficios.

Con este término, los "clásicos" significaban simplemente la suma total de las ganancias de la clase empresarial, cuyo tipo teórico, con los ricardianos, era el agricultor. [978] El trabajo analítico sobre estos beneficios durante el lapso de tiempo delimitado por los libros de A. Smith y JS Mill contribuyó en gran medida a aclarar cuestiones y a sentar las bases de análisis posteriores, aunque difícilmente puede describirse como brillante o profundo. . Lo veremos desde dos puntos de vista, que denominamos respectivamente el punto de vista empresarial y el de interés.

Hemos visto en el capítulo anterior tanto que se avanzó en el análisis de la función del empresario en el proceso capitalista —progreso principalmente debido a Say— y que, por el momento, este avance no fue muy lejos. Sin embargo, sí surgió una cosa: la teoría económica adquirió al menos un cuarto agente, el agente que contrata o 'combina' a los demás y esto podría haber llevado, más de lo que realmente condujo, a una percepción más clara del papel de el "capitalista", que podría haber sido expulsado de su posición en el centro de la industria capitalista y colocado en un lugar más apropiado entre los dueños de los factores que están siendo contratados. [979] Aunque ni Ricardo ni Senior siguieron su ejemplo, tenemos en los *Principios de* JS Mill una presentación justa del punto de vista que la profesión en general alcanzó en el período. Su análisis de los ingresos empresariales en particular se convirtió en el estándar, en todos los países, durante más de medio siglo. El empresario recibió, en primer lugar, lo que Marshall denominaría Wages of Management, cuya importancia fue subrayada por la noción de Renta de Habilidad de von Mangoldt, cuyo germen ya se encuentra en Mill. Además, recibió una prima por asumir riesgos; nadie que yo sepa se tomó la molestia de investigar por qué este artículo debería ser necesariamente positivo. Sin embargo, la decisión de Cantillon de "comprar servicios productivos a ciertos precios para producir un producto cuyo precio no es seguro" no se hizo realidad hasta la publicación del trabajo del profesor Knight, [980] es decir, no dentro del período. En tercer lugar, el empresario recibió intereses sobre la parte que poseía del capital que empleaba. Pero debe observarse que, en ocasiones, tanto Ricardo como Marx reconocieron un cuarto tipo de retorno, de carácter esencialmente temporal, que corresponde al empresario, a saber, el retorno que obtiene por un tiempo de la primera introducción en el proceso económico de la economía. una mejora novedosa como una nueva máquina. [981] Descubrieron así un caso especial de lo que es realmente el más típico de todos

los beneficios empresariales.

Mill no hizo nada con este último artículo. Su análisis sugiere fuertemente que, como todos los demás y a pesar de su énfasis en los salarios de la gerencia, consideraba el interés como el elemento más importante en los ingresos netos totales de la clase empresarial. Ahora bien, este interés no fue un fenómeno monetario. En la medida en que los `` clásicos '', dentro del recinto del análisis fundamental, hablaron de interés monetario en absoluto, no significaron un rendimiento de los préstamos monetarios per se, como lo hicieron los escritores escolásticos y como algunos de nosotros, sino solo un interés monetario. expresión de un rendimiento del capital físico que, además, se expresaba en términos de dinero únicamente por conveniencia. 982 En realidad, como sabemos, su capital eran bienes. Los beneficios del empresario eran, en esencia, "beneficios de acciones", rendimientos netos sobre un stock de bienes de capital, todos ellos o algunos de ellos. Y el interés, que es simplemente la parte de los ingresos netos de una empresa que su propietario-gerente entrega a un prestamista a quien él evita el problema y el riesgo de hacer negocios, también sigue siendo una (pura) 'ganancia de acciones'. Esto es así con todos los economistas de ese período —Marx no menos que Say— y con casi todos los del período siguiente. El punto de vista es importante. Una gran parte de nuestra imagen del proceso capitalista depende de él. Por tanto, asegurémonos de sus implicaciones.

En primer lugar, dado que el interés puro, si descuidamos el interés de los préstamos de los consumidores, no era más que la mayor parte de las ganancias comerciales, el problema fundamental era la explicación de esas ganancias comerciales: no había ningún problema *separado* de intereses en absoluto. Con la posible excepción de la teoría de la abstinencia de Senior, que se discutirá ahora, todas las teorías de interés a lo largo del siglo XIX se basan en la aceptación de este punto de vista, incluidas las de Ricardo, Marx y, más tarde, Böhm-Bawerk. Este fue uno de los resultados de la costumbre de identificar los roles del industrial y el capitalista, que influyó sutilmente en el pensamiento incluso de quienes ocasionalmente reconocieron la diferencia esencial entre ellos, y es la piedra angular de la teoría de la distribución de ese período.

En segundo lugar, dado que el beneficio empresarial en sí mismo se concibió como, esencialmente, un rendimiento de los bienes de capital, se deducía que el interés era *idéntico* (no determinado por) el rendimiento neto de los bienes de capital. El primero en enunciar esta teoría explícitamente, hasta donde yo sé, fue Nicholas Barbon. Sancionado por A. Smith, prevaleció durante todo el siglo XIX. Por supuesto, fue particularmente agradable para los partidarios del esquema de la tríada, aunque, en una forma particular, también lo encontramos en Marx. Barbon ya había intentado explicar el interés por analogía con la renta de la tierra. 983 Los adherentes al esquema de la tríada no habrían tenido dificultad en ir un paso más allá y extender la analogía a los salarios, redondeando así su tríada de factores por una tríada de ingresos. El primero en demostrar definitivamente que el rendimiento de los bienes de capital, cualquiera que sea, no es interés fue Irving Fisher. 984

(b) Teoría de la explotación del interés de Marx.

Habiendo eliminado cualquier peligro de confusión, de ahora en adelante usaremos el término interés para (la mayor parte de) lo que Smith, Ricardo, Senior y Marx llamaron ganancia. Y habiendo colocado el problema del interés en su contexto adecuado dentro del pensamiento analítico de ese período, podemos ahora hacer un breve trabajo de las soluciones ofrecidas y de las "pruebas" relacionadas de la tendencia secular de la tasa de interés a la baja.

El lector se dará cuenta, por supuesto, de que la tendencia doctrinal que hemos rastreado hasta

Barbon —es decir, la tendencia a identificar el interés con el rendimiento neto de los bienes de capital — no proporciona en sí misma una solución al problema de la naturaleza del interés o una respuesta definitiva a la pregunta de por qué se pagan los intereses. Porque ese rendimiento neto en sí mismo necesita una explicación. Pero los economistas del período examinado tardaron en darse cuenta de esto. Habiendo perdido contacto con el pensamiento de los médicos escolásticos, al principio se inclinaron a dar por sentada la solución de este problema ya contentarse con las ideas más vagas al respecto. Así, a A. Smith se le pueden atribuir dos "teorías" de interés diferentes, y a Ricardo, como veremos, con tres o incluso cuatro. Pero es más realista decir que no tenían ninguna teoría definida. Simplemente no se preocuparon por el asunto. Después de todo, uno de los métodos para abordar un problema, y no siempre el peor, es ignorarlo. El primero en reconocer su existencia, si exceptuamos a Turgot, fue Lauderdale; y el segundo fue James Mill. Longfield, Rae, Scrope y Thünen contribuyeron entonces a los elementos de una auténtica teoría del interés —verdadero o falso—, ninguno de los cuales tuvo mucho éxito en ese momento. El hombre que lo hizo fue Senior. Pero antes de seguir los desarrollos en la línea Barbon, nos ocuparemos de la teoría de la explotación.

Lo esencial que hay que entender sobre la teoría de la explotación del interés es que se trata de una racionalización del antiguo lema que expresa el sentimiento de los trabajadores manuales y los filósofos acerca de que los estratos superiores viven de los frutos del trabajo manual. La psicología social de esto y la pregunta de cuándo y por qué se convirtió en sinónimo de *explotación del* trabajo manual no se puede analizar aquí: debe bastarnos con darnos cuenta de la presencia de este problema y recordar que esta idea entró en la *Riqueza de las Naciones a* través de la filosofía. de la ley natural. Allí tomó la forma de la proposición de que la renta y los intereses son deducciones de un producto total que, en su totalidad, debe considerarse como producto del trabajo manual. En este sentido, A. Smith dio una pista para los numerosos escritores que iban a elaborar teorías de explotación de un tipo u otro. Más importante para nosotros, sin embargo, es el hecho de que las vueltas de la frase, lo que sugiere la idea de que la relación entre los empresarios industriales y sus obreros *necesariamente* involucrados [985] explotación, se producen con bastante frecuencia en la literatura de la época, incluso fuera de su específicamente laborista o socialista rama. Estos giros de expresión se derivan de forma bastante natural de la visión de la función del empleador industrial como la describe A. Smith. El empleador industrial, siendo simplemente un capitalista que proveía a los trabajadores de herramientas, materiales y medios de subsistencia y el resto hacía muy poco, recibía estos 'anticipos' de regreso con una ganancia que evidentemente era parte del resultado de los trabajadores ". industria.' Esta imagen tan poco realista del papel del trabajo la encontramos, por ejemplo, en *Conversaciones sobre economía política de la* Sra. Jane Marcet (1816), y la transmite la ingenua frase de Ricardo: '. . . el capitalista comienza sus operaciones teniendo alimentos y artículos de primera necesidad en su poder por valor de £ 13,000. . . : al final del año, "los obreros" reemplazan en su poder alimentos y artículos de primera necesidad por valor de 15.000 libras esterlinas "(cap. 31). No fue necesario más que esto para que los socialistas ricardianos captaran la indirecta; y no es más que esto necesario para que rastreemos la teoría de la explotación de Marx —es decir, la forma particular que Marx dio a la idea de explotación— hasta su estudio de Ricardo. [986] Esto no niega la posibilidad de que también se haya inspirado en los socialistas ricardianos, especialmente en W. Thompson. Además, hubo muchos otros precursores, por ejemplo, Sismondi. Pero la sugerencia de Ricardo, junto con su teoría del valor, hubieran sido suficientes.

La teoría de la explotación de Marx puede expresarse así. El trabajo (la "fuerza de trabajo" del trabajador, no sus servicios) es en la sociedad capitalista una mercancía. Por tanto, su valor [987] es igual al número de horas de trabajo que en él se materializan. ¿Cuántas horas de trabajo están incorporadas al trabajador? Bueno, la cantidad de horas de trabajo "socialmente necesarias" que se necesitan para criarlo, entrenarlo, alimentarlo, albergarlo, etc. Supongamos que esta cantidad de trabajo, referida a los días laborales de su vida activa, se calcula en cuatro horas por día. Pero el "capitalista" que compró su "fuerza de trabajo" —Marx no fue tan lejos como para decir que el "capitalista" compra trabajadores como podría comprar acciones, aunque ésta es la implicación— lo hace trabajar seis horas al día. Cuatro de estas seis son suficientes para reemplazar el valor de todos los bienes que fueron al trabajador, o el capital variable que se le adelantó (*v*), las dos horas adicionales producen plusvalía (*s*), el *Mehrwert* . Durante estas dos horas el 'capitalista' no ha dado ninguna compensación. Constituyen 'trabajo no remunerado'. En la medida en que el trabajador trabaja horas no remuneradas en este sentido, es explotado a la tasa *s* / *v* . Esta tasa de plusvalía no es, por supuesto, la tasa de interés. Esta última es igual a la relación entre el valor excedente y total (constante más variable) de capital, esto es,

. Si suponemos que *s* / *v* es igual para todos los sectores de la economía y todas las empresas, es decir, que todos los trabajadores son explotados por igual, y suponemos además que la

tasa de interés ,, también debe ser igual para todas las preocupaciones, tropezar con la dificultad que ya se ha mencionado, a saber, la necesidad de redistribuir el excedente total entre las

empresas de manera que sea igual para todas. Pero para evitar volver a sobrepasar este terreno, nos limitamos a señalar aquí que esta dificultad constituye una posible objeción al tipo marxista de teoría de la explotación. [988] Para el resto suponemos que esta dificultad no nos impide aceptar la relación como la expresión de la tasa marxista de interés cuando interpretamos *s* , *c* , y *v* simplemente como agregados nacionales, los valores de los cuales son proporcionales a sus 'precios , 'aunque sabemos que esto no es válido para los productos individuales.

Entonces podemos interpretar la teoría de la explotación de Marx como una aplicación de su teoría del valor al trabajo: según ella, el trabajo recibe no menos de su valor total y los consumidores no pagan más por los productos que su valor total. [989] Por lo tanto, está expuesto no sólo a todas las objeciones generales que pueden plantearse contra la teoría del valor de la cantidad de trabajo de Marx, sino también a la objeción especial que puede plantearse a su aplicación a la "fuerza de trabajo". Porque en la medida en que la teoría del valor de la cantidad de trabajo es válida en absoluto, sólo es válida en virtud del cálculo racional de costos: solo las cantidades de trabajo aplicadas económicamente (socialmente necesarias) crean valor. Pero evidentemente los seres humanos no se producen, según las reglas de la racionalidad capitalista, con miras a rendimientos que cubran los costos. La situación de la

teoría de la explotación podría mejorarse algo insertando en ella la ley malthusiana en una forma muy estricta o mediante algún otro mecanismo que mantuviera los salarios al nivel del costo de la mera subsistencia. Esto fue hecho por Lassalle (ley de hierro del salario, *loi d'airain* , *ehernes Lohngesetz*). Pero Marx, sabiamente quizás, se negó a hacer esto. La ley de población de Malthus era un anatema para él; además, reconoció tanto los aumentos cíclicos de los salarios más allá del valor del trabajo como una tendencia, de mayor duración, a disminuir el grado de explotación a través de la reducción de las horas diarias provocada por la acción sindical, la legislación, etc. Así, redujo su explotación al rango de "ley absoluta" —una tendencia abstracta— que no necesita prevalecer en la vida real. Sin embargo, otra objeción es menos seria de lo que parece. Según Marx, la plusvalía es una ganancia gratuita del capitalista. Además, no se define como una ganancia intramarginal, como la renta ricardiana. Podría pensarse que tal ganancia induciría a los capitalistas individuales, cuyas contribuciones individuales a la producción total de sus industrias es demasiado pequeña para influir en los precios, a expandir la producción hasta que el excedente caiga a cero. De hecho, esta conclusión es ineludible mientras nos ciñamos al esquema de un proceso estacionario; tal proceso no podría estar en equilibrio hasta que se elimine el excedente. Pero podemos salvar la situación teniendo en cuenta el hecho de que Marx pensó principalmente en un proceso evolutivo en el que el excedente, aunque tiende a desaparecer en un momento dado, se recrea incesantemente. [990] De lo contrario, podríamos abandonar el supuesto de competencia perfecta, aunque el excedente que podamos recuperar de esta manera será bastante diferente al de Marx. Sin profundizar en el tema, [991] pasamos a la explicación de Marx sobre la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, de la que tanto el propio Marx como algunos de sus seguidores se enorgullecían mucho.

Si admitimos, primero, que existe tal tendencia y, segundo, que la teoría de la plusvalía de Marx es correcta, entonces este orgullo no estaba injustificado. Pocas, si es que hay alguna, experiencias de un analista son más gratificantes que el descubrimiento de que una teoría (digamos, la gravitación) explicará un hecho (digamos, las mareas) que el autor de la teoría no había tenido en cuenta al construir esta teoría.

(c) Marx, West y Ricardo sobre la tasa decreciente de ganancia.

La primera observación que se va a hacer se aplica no sólo a Marx, West y Ricardo, sino a todos los economistas que se ocuparon de encontrar una explicación para la caída secular de la tasa de interés: a ninguno de ellos se le ocurrió preguntarse si había una caída tan secular. Simplemente lo dieron por sentado y, al hacerlo, mostraron un grado casi increíble de descuido científico. Porque lo único que es tan obvio es que los príncipes medievales prometieron a sus acreedores el 80% o más, mientras que en 1800 se pensaba que los gobiernos pagaban una tasa alta si pagaban alrededor del 5% y en 1900 cuando pagaban el 3%. e igualmente, por supuesto, empresarios. Pero esto se debía, obviamente, a la elevadísima prima de riesgo que conllevaban los préstamos a los príncipes que, en su mayoría, ni siquiera reembolsaban el capital; a la organización primitiva de los mercados monetarios; ya la anticipación de la inflación. Donde ninguno de estos factores estaba presente —por ejemplo, en los Países Bajos en la segunda mitad del siglo XVII— el interés no era obviamente más alto que en condiciones similares doscientos años después. Dado que se trataba de la tasa de interés *puro* , cuya caída debía explicarse, y no las condiciones que producían primas de riesgo mayores o menores u otros costos de endeudamiento, esos economistas habrían estado mejor asesorados si hubieran causado algún problema a averiguando lo que realmente había que explicar.

En segundo lugar, la explicación de Marx se basaba en dos proposiciones. La primera es que, en el curso del desarrollo económico, el valor marxista del capital constante aumenta más rápido que el valor marxista del capital variable porque la producción se vuelve cada vez más mecanizada. La otra era que solo el capital variable (capital asalariado) produce plusvalía mientras que el capital constante, como hemos dicho antes, solo transmite su propio valor [992] al producto. Aceptando, por el bien de la argumentación, estas dos proposiciones y asumiendo además que la tasa de plusvalía permanece constante y que el valor marxista de los bienes de capital no cae, no tenemos dificultad en llegar a la

conclusión de que debe caer (*Das Kapital* , vol. . III, cap. 13). Las objeciones que los marxistas plantearon contra esta conclusión surgieron por no tener en cuenta todas estas restricciones o por la falta de voluntad para admitir su realismo. De hecho, tenemos aquí otra `` ley absoluta '' y, si miramos todo lo que excluyen estas restricciones, [993] bien podemos simpatizar con aquellos discípulos de Marx que sienten que, incluso desde el punto de vista de las teorías marxistas del valor y la explotación, no se puede depositar mucha confianza en esta tendencia abstracta. Pero, dentro del marco general del sistema teórico de Marx y los supuestos adicionales indicados anteriormente, no es lógicamente erróneo.

En tercer lugar, aunque enfatizó la abstracción de su ley, Marx confió en ella lo suficiente como para convertirla en la 'barrera', inherente a la producción capitalista, que eventualmente evitará que el proceso capitalista avance más allá de cierto límite, que de hecho no es la totalidad de la Teoría de la ruptura, pero un elemento importante de la misma.

A modo de contraste, presentaré ahora la explicación occidental-ricardiana de la caída histórica de la tasa de interés que, como todos los demás, consideraron un hecho indiscutible. Se vincula con lo que podría describirse como la segunda teoría del interés de Ricardo. Hemos visto anteriormente que la estructura teórica de Ricardo realmente convierte la "ganancia" en un residuo y simplemente la equipara con lo que le queda al agricultor en tierras sin alquiler cuando ha pagado a sus trabajadores. El origen de esta forma de ver las "ganancias" está obviamente en el modo de pensar del hombre de negocios práctico tal como se refleja en su cuenta de pérdidas y ganancias (estado de resultados): su ganancia es "lo que queda", el elemento que equilibra su cuenta. Dado que, en el margen de producción sin alquiler, la totalidad del producto neto, medido en 'trabajo incorporado', se divide entre trabajo y capital, ambas partes también se miden en 'trabajo incorporado', [994] y dado que la participación del trabajo se explica por separado, Consigo fácilmente las dos proposiciones que, cuando se ha llegado a este punto, no son más que triviales. [995] La primera es que "las ganancias dependen de los salarios": ¿de qué más podrían depender en este esquema? La otra es que, bajo la influencia del aumento de la población y de la ley de los rendimientos decrecientes de la tierra, se debe incorporar cada vez más trabajo en cada unidad adicional de alimento y que el valor de la participación del trabajo debe aumentar, aunque el valor per cápita La cantidad de bienes asalariados no necesita aumentar o incluso puede disminuir algo, dejando cada vez menos *valor* para el capital. Esto y nada más, como West y después de él Ricardo explicaron laboriosamente, explica el fenómeno que se supone que debemos observar bajo la apariencia de la caída de la tasa de interés. Pero no hubo necesidad de más detalles. Porque de acuerdo con esta maravillosa teoría, es *lógicamente* imposible que la tasa de interés

(excepto las fluctuaciones del "mercado" a corto plazo) caiga alguna vez por cualquier otra razón. De hecho, Ricardo (cap. 21) afirmó que a menos que los salarios suban (en su sentido), ninguna cantidad de acumulación puede reducir la tasa de ganancia; y no solo criticó a A. Smith por explicar la caída de la tasa de ganancia por acumulación, sino que también acusó audazmente a JB Say de haber olvidado su propia Ley de Mercados cuando afirmó que `` los capitales más disponibles son abundantes " en relación con la extensión de oportunidad de inversión, más caerá la tasa de interés. 996 Hay dos cosas claras: primero, que, en el sentido que se da a entender y dentro del arreglo conceptual de Say, la proposición de Say es correcta, y también que no entra en conflicto en lo más mínimo con su Ley de Mercados; pero en segundo lugar, en el sentido que se da a entender y dentro del arreglo conceptual de Ricardo, la proposición de Ricardo tampoco es incorrecta.

La posición de JS Mill es patética de contemplar. Tenía un amplio conocimiento de todos los fenómenos relevantes para el interés. En particular, entendió los problemas teóricos del interés monetario y de la capitalización de los rendimientos más profundamente que cualquier otro *teórico* de su tiempo: en el capítulo 23 del libro III (*Principios*) anticipó algunos de los desarrollos en este campo que fueron cuarenta o cincuenta. años por delante. Además, había aprendido de Say, Rae y Senior. Estaba bastante en posesión de una teoría del valor que era muy superior a la de Ricardo. Así, como demostró en el capítulo 4 del libro IV, estaba en condiciones de elaborar un análisis que se ajustara a todos los hechos conocidos. Pero, Dios sabe por qué, tuvo que defender la doctrina ricardiana. Y así, desde el Capítulo 15 del Libro II en adelante, trató estos asuntos de una manera antinatural y apretada para forzarlos en una conformidad superficial con la doctrina ricardiana. Sería extremadamente interesante analizar esto y, al hacerlo, llegar a una comprensión más completa de cómo avanza el análisis económico, sobre las barreras autoconstruidas. Pero me temo que, incluso así, los lectores no compartirán mi pesar por mi incapacidad para hacerlo en el espacio disponible. 997

(d) Las teorías de la productividad de interés.

Para los partidarios del esquema de la tríada y de la teoría de que los ingresos son esencialmente precios (multiplicados por cantidades) de los servicios productivos, lo natural era interpretar el rendimiento de los bienes de capital, que ellos, como todos los escritores de ese período, identificaron. con la tasa de interés, como precio por los servicios productivos de esos bienes de capital. 998 De nuevo, esto puede hacerse de varias maneras, aunque, lamentablemente, todas ellas encuentran esta fatal objeción: nada es más fácil que demostrar que los bienes de capital o sus servicios, siendo necesarios y escasos, tendrán valor y alcanzarán precios; tampoco es difícil demostrar que su propiedad a menudo producirá beneficios netos temporales; pero tanto más difícil es demostrar que, y, de ser así, por qué, estos valores y precios son *normalmente* más altos de lo necesario para permitir que sus propietarios los reemplacen, en otras palabras, por qué debería haber un rendimiento *neto permanente.* apegados a su propiedad. Este punto no se trajo completamente a la profesión en general hasta la publicación de las teorías de la historia del interés de Böhm-Bawerk en el primer volumen de su *Kapital und Kapitalzins* (1884). Hasta ese momento (tal vez en algunos casos incluso ahora) la gente pensaba (o piensa) que la prueba fácil de la proposición de que los bienes de capital deben producir un rendimiento establece *ipso facto* que deben producir un ingreso para sus propietarios. Esta confusión de dos cosas diferentes vicia todas las teorías de interés de la productividad pura (como las llamó Böhm-Bawerk), tanto las primitivas (las ingenuas teorías de la productividad de Böhm-Bawerk) como las más elaboradas (las teorías de la productividad motivada de Böhm-Bawerk). La misma confusión vicia

también lo que Böhm-Bawerk llamó las teorías del uso, que no difieren esencialmente de las teorías de la productividad. [999]

Lauderdale, el primer exponente de una teoría explícita de la productividad, fue también el primero en dar el ejemplo de la comisión explícita del error lógico señalado anteriormente. Pero este error fue velado, si no corregido, por su peculiar definición del papel productivo del capital, que según él no consiste en "ayudar" sino en "suplantar" el trabajo. El propietario del capital recibe lo que habría recibido el trabajo reemplazado (*Investigación sobre la naturaleza y el origen de la riqueza pública* , 1804, pág. 165). Esto es interesante como indicador de la relación de sustituibilidad que existe entre capital tecnológico y trabajo, y como primer paso en el análisis de la verdadera relación entre salarios e intereses. Pero resolvería el problema del rendimiento neto de los bienes de capital, como observó Böhm-Bawerk, solo si las máquinas no se desgastaran: si lo hacen, la teoría de Lauderdale explica por qué obtienen su cuota de depreciación, pero no explica por qué ganan más, si es que ganan [1000], lo que no es tan cierto después de todo.

Este ejemplo es suficiente. No deberíamos aclararnos más al discutir, por ejemplo, la versión de Malthus, que se traduce en la afirmación de que las 'ganancias' son 'una remuneración justa por esa parte de la producción aportada por el capitalista' (*Principles* , 1a ed., P. 81). El lector encuentra en las páginas de Böhm-Bawerk una lista de escritores que se adhirieron a la teoría de la productividad del interés a lo largo del siglo XIX. Eran mucho más numerosos en el continente que en Inglaterra. Como no hicieron ningún esfuerzo serio por establecer la existencia de un rendimiento positivo permanente de los bienes de capital físico, nunca se preguntaron a *fortiori* si este rendimiento era un interés.

Aquí se mencionará otro tipo de teoría del interés, aunque nuestro derecho a clasificarla bajo el título de teorías de la productividad puede parecer dudoso. Está asociado con los nombres de James Mill y McCulloch y fue, hasta cierto punto, su producto conjunto [1001] y puede ser traducido por la declaración de este último de que `` las ganancias de las acciones son solo otro nombre para los salarios del trabajo acumulado ": bienes de capital ellos mismos son mano de obra acumulada o acaparada; el trabajo que encarnan simplemente se gana un salario; si el vino, tal como se deposita en la bodega, incorpora una cierta cantidad de trabajo, entonces, este trabajo o la "naturaleza" sigue trabajando mientras este vino madura; El pago de este trabajo adicional es de intereses. La interpretación obvia es que James Mill y McCulloch estaban sombríamente resueltos a extender la teoría del valor de su maestro a los casos, que el propio Ricardo reconoció como más allá del alcance de su ley de cantidad de trabajo, para hacer esta última perfectamente general, como Marx Intenté hacer mediante otra construcción. Crítico tras crítico han sostenido que lograron esta generalidad mediante lo que no era más que un truco verbal y, además, uno muy tonto. [1002] También, se puede oponerse a esta teoría del interés, que además de ser un fracaso como intento de vincular la teoría del valor de la cantidad de trabajo, está expuesta a la misma objeción que es fatal para las teorías de la productividad pura: incluso si Concedemos que los bienes de capital son trabajo acumulado y que el 'capitalista' se reembolsa a sí mismo el salario de este trabajo acumulado con sus recibos, la teoría es, sin apelar a otras circunstancias, impotente para demostrar por qué debería obtener algo por ese trabajo imaginario . Pero precisamente esta consideración, aunque ciertamente nos impide aceptar esta teoría del rendimiento neto permanente, nos permite construirla un poco más favorable, especialmente en la versión del infortunado McCulloch. Es decir, nos permite ver, en su versión, al menos una manera torpe y indirecta de reconocer, desde el punto de vista de la teoría del valor de la cantidad de trabajo, la necesidad del

capital físico. Su truco verbal, así interpretado, equivale a usar "trabajo" como un término para lo que se llama más propiamente "servicio productivo" y salario como un término para lo que se llama más propiamente el precio del servicio productivo. O, para decirlo de otra manera, su truco consiste en reconocer que el trabajo acumulado es un tipo peculiar de trabajo que puede prestar servicios que también son de un tipo peculiar en comparación con los servicios del trabajo "vivo" o "líquido". Por eso, ciertamente no con la intención de defenderla, he subsumido esta teoría con las teorías de la productividad pura: es la teoría de la productividad pura de los hombres de cantidad de trabajo.

Las teorías de la productividad pura tienen una explicación fácil que ofrecer para la caída secular de la tasa de interés. Solo necesitan postular que el capital tecnológico aumenta más rápidamente que la población disponible para el empleo industrial, y una caída de su rendimiento por unidad —no necesariamente su participación relativa, y mucho menos absoluta— seguiría en general a *ceteris paribus* . Dado que estos *cetera* incluyen un horizonte tecnológico dado (función de producción), el lector puede pensar que esta explicación no es muy buena. Ciertamente no lo es. Sin embargo, hay una ventaja en esto: siempre que se haya formulado correctamente, 1003 esta explicación debería haber sacado a relucir automáticamente las calificaciones más importantes que son inherentes a cualquier proposición sobre el comportamiento secular de la tasa de interés *puro* y, al hacerlo, debería haber suscitado dudas. sobre la validez de la "ley" de la caída secular.

A. Smith no tenía una teoría de la productividad de la "ganancia". Pero de todos modos ofreció una explicación de lo que él, como todos los demás, consideró como la indudable tendencia a la caída del interés que se sigue más naturalmente de una teoría de la productividad, a saber, que la tasa de ganancias tiende a caer a medida que los capitales crecientes entran en competencia entre sí. Desde el punto de vista de West y Ricardo, esto tenía que parecer un error lógico, ya que los valores relativos de los que derivaron la tasa de interés no podrían verse afectados por un aumento per se de las cantidades de bienes que forman el capital. 1004

(e) La teoría de la abstinencia del interés.

Mientras el capital físico se reconozca como un requisito de producción *o incluso de explotación únicamente* , debe ser un servicio, en el sentido que este término conlleva en el análisis económico, para proporcionarlo, aunque, si aceptamos la teoría de la explotación, este servicio se entrega sólo al explotador y no a la sociedad en general. En lugar de enfatizar el servicio productivo o explotador del capital mismo, podemos, por lo tanto, enfatizar igualmente el servicio de proporcionarlo. Y mientras nos mantengamos en la teoría de Smith de que los bienes de capital son el resultado del ahorro, como dijo JS Mill, podemos decir además que cualquier rendimiento neto de estos bienes de capital tiene la naturaleza de un pago por el servicio prestado mediante el ahorro. ya sea al organismo productor o solo al explotador. Si decimos esto, estamos adoptando la Teoría de Interés de Abstinencia Scrope-Senior. He introducido el tema de esta manera para poner de relieve los siguientes hechos de importancia histórica.

Primero, se verá que no hay diferencia esencial, y mucho menos incompatibilidad, entre las teorías de la productividad y la abstinencia. Senior, testigo de su tercer postulado (ver arriba, subsección 5c) era evidentemente consciente de esto. Pero no explicó claramente (esto lo harían más tarde A. Marshall y TN Carver) precisamente qué es lo que la teoría de la abstinencia agrega a la teoría de la productividad y cuál es su relación con esta última. Este algo es el freno que evitará el proceso de creación de bienes de capital adicionales hasta el límite en el que su rendimiento *neto* caiga a cero. 1005

Pero como no lo dejó suficientemente claro, tanto los partidarios (como JS Mill, que se contentaba con la fórmula de que el interés es el precio del ahorro) como los oponentes (Böhm-Bawerk en particular) lo consideran a la luz de una explicación del fenómeno del interés que es alternativo a la explicación de la productividad y que debe basarse únicamente en el elemento del sacrificio, que está o puede estar asociado con el ahorro.

En segundo lugar, se verá que los ataques a la teoría de la abstinencia no deben dirigirse contra su lógica. Por ejemplo, el ataque de Böhm-Bawerk se basó en una acusación de doble conteo. El ahorrador que presta elige entre el fondo que va a regalar [1006] y el flujo de beneficios que va a recibir. No hay lugar para contar además cualquier sacrificio que pueda estar haciendo. Incluso admitiendo que habría algo en este argumento si la frase 'compensación por sacrificio' agotara el contenido de la teoría de la abstinencia, [1007] esto no implicaría que esta teoría sea inconsistente cuando se desarrolle adecuadamente y se coloque en su contexto adecuado. No hay ninguna paradoja en sostener que una teoría es lógicamente irreprochable y al mismo tiempo que es incorrecta o al menos inadecuada. Porque una causa que puede invocarse sin error lógico con el fin de explicar un fenómeno no tiene por qué ser la que realmente produce este fenómeno.

En tercer lugar, además de su lógica sólida, fue su atractivo de sentido común lo que recomendó la teoría de la abstinencia a una larga lista de autoridades, principalmente inglesas, encabezadas por JS Mill. Le entregó a Marshall ya preparada la doctrina de los dos factores del "costo real": la desutilidad (fastidio) experimentada por el trabajador y la abstinencia experimentada por el ahorrador. [1008] Pero no tenemos más remedio que atribuir una forma menos explícita de la misma doctrina tanto a A. Smith como a Ricardo. Por muy dispuesto que estuviera el primero para ofrecer indicaciones hacia una teoría de la explotación, la parsimonia es lo que queda si buscamos en La *riqueza de las naciones* un intento de una explicación real de puro interés. Y por muy a la ligera que estos últimos hayan tomado el problema, la observación de que los períodos de rotación de diferente duración no pueden coexistir a menos que exista una tasa de interés para igualar los rendimientos de los capitales que se rotan en períodos de diferente duración, apunta claramente hacia el reconocimiento de un elemento de abstinencia. o más bien de 'esperar'. Esta interpretación se ve, por un lado, reforzada por el giro de Ricardo de que el interés es una "justa compensación" [1009] por esta espera; pero, por otro lado, se ve debilitado por la negativa de Ricardo a adoptar la explicación de la tasa de interés descendente que lógicamente se seguiría de ella.

En cuarto lugar, con economistas competentes, el argumento a favor de la teoría de la abstinencia sólo se vio reforzado por la debilidad, tanto lógica como fáctica, de los ataques contra ella, que contrastaban tan extrañamente con su vehemencia. Aquí había una pieza de apologética que hizo despotricar a los socialistas. En su ira, se negaron por completo a elaborar argumentos serios en su contra, que de hecho no faltan, sino que recurrieron a burlas insípidas sobre los millonarios a los que se les paga por su abstinencia (Lassalle) o a los capitalistas a los que se paga por abstenerse de participar. devorando estiércol (Marx). Incluso los "clásicos" tenían suficiente indicio de análisis marginal como para no sentirse impresionados por el primero y difícilmente se les habría ocurrido tomarse la molestia de refutar el segundo.

Sin embargo, dado que la ineptitud de Marx fue repetida no hace mucho por un eminente economista de nuestro tiempo, y también porque muchos economistas de esa época han usado de hecho frases que se prestan a malas interpretaciones (ver, por ejemplo, la cita de Marx de De Molinari y

Courcelle-Seneuil en *Das Kapital* , vol. I, cap.24 , sec.3), se puede indicar una explicación. El capitalista, como dijimos anteriormente, intercambia un fondo por un flujo. La 'abstinencia' por la que, según la teoría en discusión, se le paga entra en la acumulación del fondo. No hay pago adicional por abstenerse de consumirlo, incluso en los casos en que esto sea físicamente posible. Pero dado que recibe su compensación en forma de flujo de pagos, puede parecer que se le paga una y otra vez por abstenerse de 'devorar' los bienes de capital que están surgiendo y que se consumen en el curso del empleo. de su capital. Esta impresión se ve reforzada por el hecho de que la compensación prometida o, en el caso del empleo de capital por parte de su propietario, la compensación esperada debe ser efectivamente entregada, en el caso normal, si las personas van a entrar en tales acuerdos. Si el prestamista o propietario empleador del capital se decepciona con esta expectativa, de hecho intentará recuperar su préstamo o cerrar el negocio, lo que entonces parece como si tuviera que ser pagado una y otra vez para dejar su capital donde estaba. está. Pero el estudiante de segundo año que es incapaz de interpretar estos hechos correctamente o, agreguemos, de comprender lo que estos autores querían decir cuando hablaron de capitalistas que 'prestan sus instrumentos de producción a los trabajadores', debe ser un estudiante de segundo año muy poco prometedor. Este tipo de cosas explica en parte, y hasta cierto punto excusa, la incapacidad de muchos buenos economistas para ver las cosas más profundas de Marx: ven a primera vista tantas tonterías que no pueden llegar a creer que el hombre responsable para ellos ocasionalmente podría elevarse muy por encima del nivel de sus jueces.

Pero el estudiante que está dispuesto a saludar a Marx en su mejor momento inevitablemente se preguntará: ¿cómo es posible que un hombre caiga a un nivel tan bajo como el de la Sección 3? Un hombre que fue capaz de elevarse a alturas que son pisoteadas por pocos y quién, ocasionalmente, demostró ser un analista extremadamente competente también en muchos asuntos menores? Las necesidades del agitador no bastarán por sí solas para dar cuenta de esto, especialmente porque la mayor parte de la retórica podría haber girado en torno a un apoyo más sólido. De ahí la sospecha de que esta retórica cubra algo. Y de hecho no es difícil ver de qué se trata: es la presencia en la lógica de su estructura tanto del elemento de abstinencia en sentido estricto como del elemento de espera. Ya hemos visto que la teoría de Marx pertenece a la familia que hemos llamado Economía Avanzada y esto implica el reconocimiento de un elemento distinto —no importa si se le llama un servicio distinto o un crimen distinto— en el proceso económico que puede ser el vehículo de explotación, pero en sí misma *no es* explotación. También hemos visto que el peligroso iceberg de la abstinencia puede verse en una incómoda proximidad a su argumento sobre la acumulación, que bien podría llamarse un argumento sobre el ahorro. [10] Añadimos ahora que la espera no está más ausente de la estructura de Marx que la abstinencia en sentido estricto. Esto se puede mostrar de la siguiente manera. El capital constante de Marx simplemente *transmite* su valor a los productos sin agregar nada más allá de su propio valor. Pero, al ser él mismo el producto del trabajo explotado, *encarna* no sólo el valor de los bienes asalariados consumidos por el trabajo que lo produjo, sino además la plusvalía a la tasa prevaleciente. Ahora bien, no debería haber ninguna dificultad en sumar esta plusvalía incorporada en capital constante a la plusvalía que resulta del empleo del trabajo en la producción del producto final con la ayuda del capital constante. Si se pudiera hacer esto, no habría razón por la cual los precios reales no deberían ser proporcionales al trabajo total incorporado en ellos, es decir, el trabajo incorporado en el capital constante más el trabajo agregado hasta que emerja el producto final, y habría no hay problema de convertir valores en precios. Sin embargo, Marx no hizo esto, sino que prefirió luchar a lo largo de

cientos de páginas con este mismo problema. ¿Por qué? Evidentemente porque pensaba que la distancia temporal no era cuestión de indiferencia. Pero esto equivale a reconocer, aunque no a admitir, que esperar es, después de todo, un elemento de la estructura de Marx (teoría del valor), que es lo que queríamos mostrar.

La teoría de la abstinencia del interés se encuentra en una posición particularmente favorable para hacer frente a cualquier declive secular de la tasa de interés. Si consideramos la abstinencia como uno de los varios requisitos de producción, no tenemos ninguna dificultad en establecer las condiciones bajo las cuales su aumento relativo producirá ese fenómeno. Para hacerlo satisfactoriamente se necesitan herramientas desconocidas en el período objeto de estudio. Pero las proposiciones principales podrían haberse derivado, por así decirlo de forma semi-intuitiva, incluso al nivel de la técnica de ese período. No es más que una ventaja adicional que la interpretación histórica y, especialmente, cualquier predicción de una tasa de interés descendente se derivaría de este análisis solo de manera condicional y no absoluta. Por supuesto, las mismas condiciones que provocarán una caída en el precio relativo de la abstinencia provocarán (en general) un aumento en el precio relativo del trabajo. Por lo tanto, no hay ninguna paradoja en decir que JS Mill debería haber adoptado en buena lógica esta explicación de la `` tendencia de la ganancia al mínimo " o incluso que realmente la adoptó (Libro IV, cap.3 , § 2), pero que fácilmente lo reconcilió con su persistente ricardianismo, aunque el "deseo efectivo de acumulación" que analizó con tanto cuidado tiene mucho más derecho a ser considerado como una "causa" que el aumento de los salarios.

(f) La Doctrina del Fondo Salarial, Precursora del Análisis Agregativo Moderno .

Nuestro informe sobre el análisis salarial del período se presenta bajo este epígrafe porque todo lo demás que pertenece al tema ya se ha advertido en varios giros de nuestro camino. [1011] En particular, sabemos que A. Smith, bajo la influencia de la filosofía del derecho natural, dio una pista hacia una teoría residual de los salarios: los trabajadores producen todo el producto; el problema del salario es mostrar por qué no obtienen todo el producto, sino que tienen que someterse a determinadas "deducciones"; de ahí que el problema del salario se resuelva automáticamente tan pronto como estas deducciones hayan encontrado su explicación. Pero incluso para el propio A. Smith, y también para James Mill, Sismondi y Marx, que fueron más lejos en la dirección de la dirección de Smith que cualquier otro economista destacado, el análisis de los límites superior e inferior de lo que 'puede' o 'debe' 'ir al trabajo es mucho más importante para su tratamiento de los problemas salariales que su filosofía general, por lo que es más instructivo tratar con ellos sin más referencia a estos últimos. Esto concuerda con lo que creo que es la opinión común de la mayoría de historiadores. Pero no puedo estar de acuerdo con la clasificación de las teorías salariales, que muchas de ellas han adoptado, en teorías del mínimo de existencia, teorías de oferta y demanda y teorías de productividad. Porque éstas no son explicaciones distintas, y mucho menos incompatibles, de los ingresos salariales.

La primera no es una *teoría* de los salarios, sino simplemente un *teorema* sobre el nivel de equilibrio de los salarios a largo plazo. [1012] El aparato de oferta y demanda es necesario para cualquier teoría salarial y no identifica ninguna en particular. [1013] Los ricardianos (incluido Marx) no reconocieron esto, en el caso de los salarios como en todos los demás casos, para la determinación de las normales a largo plazo, pero incluso permitieron que los salarios, como otros precios, fueran determinados por la oferta y la demanda en un corto plazo. correr. Pero con los salarios, esto significó algo muy diferente de lo que significó con otros precios. Porque si lo normal a largo plazo se hace dependiente de los ajustes

de la población, el corto plazo se extiende por lo menos durante quince años. 1014 Para tiradas cortas de esta e incluso mayor duración —de hecho, para periodos de duración "indefinida "— los ricardianos se basaron en la forma particular que adopta el aparato de oferta y demanda en la doctrina del fondo de salarios. Pero en una forma diferente (la normal), el aparato de oferta y demanda también fue utilizado, para problemas a largo *y* corto plazo, por todos los demás líderes, Say y Malthus en particular. En este caso, la demanda de trabajo puede representarse mediante un esquema que simplemente describe la cantidad de trabajo que toman los empleadores con diferentes salarios. La noción de demanda y oferta de servicios de trabajo de Say *implica* esto. Pero un programa de demanda de este tipo se hizo explícito y en realidad fue elaborado por Fleeming Jenkin. 1015 Y tal programa de demanda, a su vez, *implica* una teoría embrionaria de la productividad marginal. Este último, aunque elaborado por Longfield y von Thünen durante el período, quedó en suspenso, sin embargo, en lo que respecta a la profesión en general. Por lo tanto, no es necesario decir más acerca de estos comienzos del análisis salarial posterior, excepto que el elemento de productividad, también, debe entrar en cualquier teoría salarial completa (de una forma u otra) y, por lo tanto, no debe identificarse per se con ninguna teoría en particular. .

Tenemos, entonces, esta situación ante nosotros: de alguna forma, prácticamente todos los economistas de la época atacaron el problema de los salarios mediante un análisis de oferta y demanda más o menos entendido. 1016 El elemento de productividad, no desarrollado adecuadamente por aquellos que consiguieron una audiencia, es visible en la imagen, pero solo de forma tenue. El primer plano está dominado por dos resultados particulares que pueden derivarse de un análisis de oferta y demanda sobre la inserción de ciertas hipótesis fácticas adicionales (`` restricciones "): el teorema del mínimo de existencia en lo que respecta a las normales a largo plazo y el fondo de salarios doctrina en lo que respecta a las desviaciones a corto plazo.

El teorema del mínimo de existencia, como sabemos, fue parte esencial de la enseñanza de Quesnay y de Turgot. Como también sabemos, fue manejado con cuidado por A. Smith; de hecho, con tanto cuidado que no quedó mucho de él. Sin embargo, el *Ensayo de* Malthus en su forma original puso un rostro diferente al asunto, aunque en las ediciones posteriores del *Ensayo* y en los *Principios* encontramos salvedades que deberían haber producido, pero no produjeron, retractación. Pero para Ricardo una formulación estricta de la tendencia de los salarios hacia "ese precio que es necesario para capacitar a los trabajadores". . . subsistir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución '(*Principios* , cap. 5), reforzado por una aceptación igualmente estricta de la ley de población de Malthus, es realmente necesario o, de lo contrario, el nivel de salarios a largo plazo se vuelve indeterminado. La cita muestra que, al menos en 1817, 1017 Ricardo era consciente de esto, pero el argumento posterior de su capítulo sobre salarios también muestra que sabía que el teorema necesario era insostenible. Siguiendo a Torrens, 1018 sustituyó el 'mínimo físico' por lo que más tarde se volvió habitual llamar el 'mínimo social de existencia', que en palabras de Torrens significa 'tal cantidad de las necesidades y comodidades de la vida, como, por la naturaleza del clima y los hábitos del país, son necesarios para sustentar al trabajador. . . . Una pequeña reflexión mostrará que esto equivale a aceptar los salarios habituales como un dato institucional. Esto siempre es posible: cualquier cosa puede etiquetarse como un dato, lo que simplemente significa que renunciamos a la búsqueda de una explicación puramente económica de lo que sea que describamos así. 1019 Y parece más realista considerar la `` teoría " clásica del salario a largo plazo desde este punto de vista que a la luz del teorema del mínimo físico, que ellos mismos rechazaron y que, de todos modos, tiene poca importancia, debido a la hecho de que, en

materia de salarios, un enorme "corto plazo" prácticamente reemplazó al largo plazo.

Como se ha dicho, el aparato de oferta y demanda utilizado realmente por los "clásicos" ingleses para el tratamiento de los problemas salariales era de un tipo peculiar, descrito tradicionalmente como la doctrina del fondo de salarios. [1020] En aras de la simplicidad, descuidaremos la oferta y la demanda de trabajo que juega en la esfera de la renta - la oferta y la demanda de servicios consumidos directamente de sirvientes, maestros, etc. - y nos limitaremos a la oferta de y la demanda de trabajo industrial (esto, por supuesto, en el sentido más amplio: todo trabajo del empleo del cual "se espera beneficio", como dijo A. Smith) como si no hubiera otros empleos. Además, seguimos la práctica `` clásica " al suponer que, en cualquier momento dado, siempre existe la oferta determinada de trabajo representada por un número dado de trabajadores: no hay cambio entre trabajadores y autónomos, no hay variación en la oferta. edad a la que los trabajadores entran o salen del mercado laboral, sin cambio de horas por día o semana y, salvo una calificación que se inserta posteriormente, ningún precio de reserva por debajo del cual los trabajadores se niegan a aceptar un empleo. Sin duda, estas simplificaciones, aunque no siempre estrictamente cumplidas, ayudaron a desacreditar la doctrina del fondo salarial. Pero lo único que nos importa es que no son más que simplificaciones que podrían abandonarse sin gran dificultad. Entonces, no tenemos un *programa* de oferta de trabajo, sino solo una cantidad dada ofrecida y, así lo hemos supuesto, ofertada incondicionalmente durante un "corto plazo" de al menos quince años. La demanda está representada en la teoría del fondo de salarios de una manera algo inusual, es decir, indicando una "suma en términos reales" [1021] —bienes asalariados, medios de subsistencia, capital variable [1022]— que los capitalistas han decidido gastar en trabajo. Esta "demanda", también, no es un programa, en un momento dado, *sino una cantidad dada* . Y de nuevo, como ocurre con los trabajadores del lado de la oferta que no tienen un precio de reserva por *debajo del* cual se niegan a ir, no hay precio de trabajo *más allá del* cual los 'capitalistas' se negarán a ir: habiendo decidido qué reservar para su propio consumo, no pueden , *dada esta decisión* , gastar más que esa suma (el fondo salarial); y, *nunca permitiendo que el capital esté inactivo* , (normalmente) no gastarán menos. [1023]

Dado que la cantidad de trabajo ofrecida se da en cada momento, dado que la 'suma' que se gastará en ella también se da, a partir de consideraciones que están, por así decirlo, detrás de escena, en cada momento, y dado que en equilibrio la cantidad de el trabajo demandado debe ser igual a la cantidad de trabajo ofrecido, tenemos una ecuación que determinará de manera única una magnitud que se llama tasa salarial promedio. [1024] Si los salarios reales se fijan por encima de esta tasa, hay desempleo; si está por debajo, demanda de mano de obra insatisfecha. Nos referiremos a esto como la teoría del fondo de salarios a corto plazo. Pero nadie sostuvo, por supuesto, que la oferta de trabajo y el fondo salarial fueran realmente constantes. Por el contrario, las proposiciones sobre su variación a lo largo del tiempo no solo eran una parte, sino la parte más importante de la doctrina. El factor que gobernaba la oferta de trabajo era la ley malthusiana o simplemente los "hábitos" de la clase trabajadora. El factor que regía la variación del fondo salarial, y por tanto de la demanda, era el ahorro. Por tanto, dada la eficiencia productiva del proceso económico, la evolución temporal de los salarios reales (en nuestro sentido) y del ingreso real per cápita de la clase trabajadora depende de la tasa de propagación de esta última y de la tasa de ahorro de la comunidad. [1025] Nos referiremos a esto como la teoría del fondo de salarios a largo plazo.

Ahora podemos combinar el argumento anterior con lo que hemos descubierto en secciones

anteriores sobre la noción de fondo salarial. Al hacerlo, agregaremos o recordaremos el mínimo necesario de referencias históricas. La base de la doctrina del fondo de salarios es la proposición de que los salarios (industriales) son "adelantados" del capital. Esta proposición fundamental se remonta, al menos, a Cantillon y Quesnay. Quien la acepta no puede oponerse a la doctrina del fondo de salarios, raíz y rama, por muchas fallas que pueda encontrar en los detalles, simplificaciones o aplicaciones. Para la teoría del fondo de salarios a largo plazo es igualmente importante que estos avances dependan del ahorro como su fuente: este punto fue recalcado por Turgot y A. Smith. [1026] Naturalmente, todavía le damos crédito a Malthus por haber contribuido a la teoría del fondo de salarios a largo plazo 'su' ley de población, pero es solo la confusión acerca de lo que esta teoría realmente dice lo que ha inducido a algunos historiadores a catalogarlo como un teórico del fondo de salarios en cualquier otro respeto. [1027] Ricardo, en su capítulo sobre salarios, enfatizó suficientemente que es el aumento de capital lo que lleva la tasa de salario de mercado por encima de la tasa natural "por un período indefinido". En tanto como en este capítulo, definió el capital de manera que incluyera 'alimentos, ropa, materias primas, etc.' se le puede atribuir haber introducido otro elemento que es, según nuestra interpretación, característico tanto de la doctrina del fondo de salarios a corto como de largo plazo, a saber, el supuesto de que podemos tratar la relación entre salarios y no salarios capital como constante en el entendido de que su variación debe tratarse por separado. [1028]

Por lo tanto, aunque agregó *ventaja* aquí y allá, en este sentido realmente no fue más allá de A. Smith. Pero hizo algo más. Infectó a sus seguidores con el vicio ricardiano, es decir, con la costumbre de establecer relaciones simples entre agregados que luego adquieren un halo espurio de importancia causal, mientras que todas las cosas realmente importantes (y, lamentablemente, complicadas) se están agrupando en o detrás de estos agregados. Así, James Mill declaró, como lo había hecho la Sra. Marcet antes que él y Ricardo: 'Universalmente, entonces, podemos afirmar, que las demás cosas permanecen igual, que si la relación entre el capital y la población permanece igual, los salarios seguirá siendo el mismo '(Elementos, cap. 2, § 2). [1029] Si alguien hubiera objetado que la cantidad de trabajo demandada, y por lo tanto el salario, obviamente puede variar incluso si la suma *disponible* para pagar los salarios permanece constante, o algo por el estilo, habría respondido: 'Oh, sí, pero hemos resuelto todo eso. detrás de escena tal como hemos determinado esa suma previamente. Como hemos dado forma a nuestro modelo, no hay otras Causas Próximas de la tasa salarial que no sean esa proporción. Todo lo demás actúa solo a través de ellos. Por ejemplo, la fertilidad del suelo no tiene nada que ver con los salarios reales a los que se puede emplear la mano de obra. *Por supuesto* , proporciona los medios para acumular capital rápidamente y esto, *por supuesto,* aumentará los salarios en el futuro. Pero, *formalmente* , esto no constituye ninguna objeción a mi teoría: yendo un paso más allá y manteniendo constante la población, incluso podemos decir que los salarios dependen del capital ”.

McCulloch se estableció entonces como el principal exponente de la doctrina del fondo salarial. [1030] Pero no añadió nada. Torrens [1031] agregó algo, aunque esto debería haber sido obvio desde el principio, a saber, que las teorías del fondo de salarios no ofrecen ninguna razón para negar que una combinación de toda la fuerza de trabajo pueda aumentar los salarios de manera que absorba no solo las ganancias sino también asignaciones por depreciación. [1032] El caso de JS Mill es bastante diferente. Al enfatizar el aspecto del análisis de secuencia de la doctrina del fondo de salarios, de hecho lo hizo un punto y, considerando el nivel general de su técnica, hay poco que objetar en su uso de este agregado que se destaca, como una especie de de datum intermedio, para procesos que su técnica no le

permitió analizar de manera más satisfactoria. Porque no debemos olvidar nunca: no sólo la doctrina del fondo de salarios, correctamente expresada, no era "incorrecta" lógicamente; No sólo enfatizó, aunque de manera demasiado limitada, ciertos aspectos importantes del problema salarial; pero, además de esto, fue una herramienta analítica que, dentro de la estructura analítica de su tiempo, fue claramente útil, y no tiene sentido criticarla *in abstracto* , es decir, sin referencia a la teoría del valor general de su hora. Tampoco había necesidad de luchar contra él, excepto de una manera: ofreciendo mejores herramientas y dejando que esta se oxidara pacíficamente.

Más sorprendente debe parecer la "retractación" de JS Mill. No prestó atención a los ataques, si los conocía, de Jones y Longe. [1033] Pero en respuesta a la elaborada reafirmación de los argumentos de este último por parte de William Thornton, escribió un artículo de revisión que de hecho no deletreaba la rendición completa [1034] y, en particular, no lo indujo a cambiar ninguno de esos pasajes, por ejemplo, el Cuarto Proposición sobre el capital: eso debería desaparecer si lo hace el fondo de salarios. Pero entregó una frase, que fue todo lo que el público asimiló. El argumento de Longe-Thornton, según lo aceptado por JS Mill, no equivalía [1035] a más que negar que existe una cantidad definida de bienes [1036] asalariados que 'deben' bajo cualquier las circunstancias van al trabajo. Si, después de todo lo que se ha explicado anteriormente, no vamos a descartar este argumento como un malentendido infantil, que es lo que le pareció a Cairnes [1037], debemos interpretarlo en el sentido de que no tiene mucho sentido insertar los salarios agregados como un causa 'que, como tal, juega un papel propio. Pero si eso era todo, ¿por qué tanto alboroto sobre este punto de detalle teórico y todo el entusiasmo por la supuesta retractación de Mill?

Bueno, no todo se refería al público, incluso al público profesional. Había sucedido algo que ocurre con tanta frecuencia en nuestro campo. El público había captado el significado superficial de una palabra y esto era todo lo que le interesaba. Fondo, ¡qué definido suena! ¡El trabajo debe conseguirlo y nunca podrá conseguir más! Los escritores populares, si son de cierto color, hicieron que esto significara que aumentar los salarios es "científicamente imposible". Los escritores populares, aunque de otro color, se llenaron de indignación ante un intento tan vil de frustrar las esperanzas laborales. Lo absurdo que era todo esto debería ser obvio. [1038] No menos obvio debería ser que el diagnóstico `` práctico '' detrás de la mayor parte de la teorización de los fondos salariales, incluso si es burdo en beneficio del público, no es más que de sentido común: hace que los salarios (reales) y (reales) los ingresos salariales que dependen de la eficiencia del proceso productivo, los 'hábitos' (estándar de vida habitual alto o bajo y, en relación con esto, la tasa de propagación), el libre comercio de alimentos y otros artículos de primera necesidad, y la tasa de ahorro, todos ellos que sin duda se adaptó a la situación inglesa imperante, pero en general bastante razonable. [1039] Si se descartaba la importancia de los cambios en las tasas de salarios nominales —como se está descontando en la economía keynesiana—, esto era sólo un mérito adicional. Y también las advertencias que se pueden encontrar en él contra las "políticas salariales" irresponsables. JS Mill no renunció a las advertencias que él mismo había hecho. Todavía estaba allí: el primer economista inglés de la época había desautorizado al odioso espantapájaros.

Pero ese emocionalismo y la no menos absurda creencia de que las "teorías" guían la política [1040] dieron entusiasmo y glamour a lo que por sus méritos debería haber sido una discusión seca como el polvo sobre un punto técnico. Esto tuvo sus repercusiones en la literatura científica. En Inglaterra y Estados Unidos, acabar con la «teoría» del fondo salarial se convirtió en un deporte favorito: los

nombres de FA Walker y H. Sidgwick bastan para ilustrar esto. En el continente, especialmente en Alemania, la opinión de Hermann —muy correcta en sí misma, pero un error si se enmarca como una objeción— prevaleció en general: aunque el libro de texto de Rau (en su octava edición, 1868) sostuvo la doctrina del fondo de salarios como hizo otras reliquias, Roscher (1854) siguió a Hermann al igual que Roesler en su historia bastante influyente de las teorías salariales y L. Brentano. [1041]

(g) Renta.

Mientras que las llamadas teorías salariales que eran entonces vigentes no invocaban principios explicativos diferentes, sino que no eran más que partes más o menos valiosas de una teoría más completa de `` salarios y capital '' que no llegó a madurar, las explicaciones del período sobre la renta de la tierra (generalizado en la renta de los agentes naturales) realmente había diferentes teorías basadas en diferentes principios. Nos referiremos a ellos como la teoría del monopolio, la teoría de la productividad y la teoría del rendimiento decreciente. No se trata de negar la presencia de un principio unificador. El propio Ricardo comenzó su discusión del tema definiendo la renta como 'la porción del producto de la tierra que se paga al terrateniente por el uso de los poderes originales e indestructibles de la tierra' [1042] (*Principios* , cap. 2), y JS Mill comenzó el suyo recordando la tríada de los requisitos de producción, que llega a lo mismo (*Principios* , Libro II, cap. 16). Esto apunta hacia la oferta y la demanda, el principio que no solo unifica esas tres teorías, sino que también asimila la renta con todos los demás tipos de ingresos generados por un proceso comercial estacionario. Pero la gran mayoría de los economistas no tomó este camino, por lo que históricamente es más realista hablar de tres teorías distintas después de todo.

La teoría del monopolio, defendida por A. Smith, [1043] contaba con adeptos, entonces como siempre, entre los políticos y los panfletistas. Pero su papel en la literatura científica no fue tan importante como parece ser, a primera vista, debido a las frecuentes apariciones del término monopolio a este respecto. Los ejemplos de Senior y JS Mill bastarán para mostrar esto: cuando analizamos su uso del término, descubrimos de inmediato que no pretendían afirmar que los terratenientes formaran cárteles y que los servicios de la tierra tenían un precio, como regla general; por supuesto, existe la mina o viñedo único, de acuerdo con las reglas de la teoría del monopolio. Todo lo que querían decir era que la renta constituye un caso de fijación de precios "sin costo" de cosas que existen en cantidades definitivamente limitadas, que su defectuosa teoría del precio los llevó a identificar con el caso del monopolio genuino. JS Mill incluso escribió sobre una cosa "monopolizada" entre los poseedores de la cual hay "competencia" (Libro II, cap. 16, 2); y tanto Mill como Senior realmente adoptaron, aunque de manera bastante ilógica, la teoría del rendimiento decreciente que se discutirá ahora. El lector puede preguntarse si alguien sostuvo realmente una teoría del monopolio de la renta que fuera más que una frase agitadora, en vista del hecho de que el monopolio que puede estar presente en cualquier caso de fijación de precios es constitucionalmente incapaz de explicar la naturaleza de un rendimiento. El escritor que, hasta donde he podido entender, estuvo más cerca de hacerlo fue TP Thompson. [1044]

La teoría del rendimiento decreciente (o como también podríamos llamarla, la teoría del costo diferencial), como todo el mundo sabe, está asociada con el nombre de Ricardo, quien tuvo tanto éxito que sobrevivió hasta el siglo XX. Fue parte del gran desvío ricardiano [1045] porque fue esencial para el patrón analítico de Ricardo como un dispositivo para eliminar el factor tierra del problema del valor (ver arriba, sec. 2). [1046] En realidad, por supuesto, la renta entra o no "entra en los precios" exactamente en el mismo sentido en el que una u otra proposición se aplica a los salarios. [1047] Sin embargo, Ricardo

logró su propósito de excluir la renta del problema del precio (valor) de esta manera. En la práctica, las empresas operan bajo diferentes condiciones de costos —una observación que entonces como ahora formaba parte de la economía del hombre de la calle— hay empresas de "bajo costo" y "alto costo". Por supuesto, podemos ordenarlos en orden ascendente de costos, y además observamos sin dificultad que, en un estado de perfecto equilibrio y competencia perfecta, el precio no puede ser más bajo y no es probable que sea mucho más alto que los costos promedio de la empresa. empresa de mayor costo. Esto es lo que Ricardo quiso decir cuando dijo a veces, por ejemplo, en el capítulo 27 de los *Principios* , que "el valor real de una mercancía está regulado". . . por las dificultades reales que encuentra el productor menos favorecido ». [1048] Refiriéndose a esto, especialmente en el Capítulo 2, reconoció que diferentes porciones de la producción de una sola empresa también pueden producirse a diferentes costos, por ejemplo, si se producen en parcelas de diferente fertilidad; que estas porciones también se pueden ordenar en orden ascendente de costos; [1049] y que en un estado de perfecto equilibrio y competencia perfecta, el mayor de estos costos tenderá a igualar el precio. Finalmente, generalizó esto para incluir el caso lógicamente heterogéneo en el que no es posible hablar de costos diferentes de las diferentes partes de una producción total dada, y donde cada parte de esta producción cuesta tanto como cualquier otra parte, pero donde Todavía es posible *asignar* a cada incremento sucesivo de producción el aumento en el costo de producción total en el que se debe incurrir para producirlo. [1050] Siempre que tengamos rendimientos decrecientes en alguno o en todos estos sentidos, siempre hay un [1051] elemento de producto que se está produciendo sin ninguna ventaja diferencial y por lo que es tautológicamente cierto que su productor no paga por ventajas diferenciales y que los pagos pues las ventajas *intramarginales* no entran en *los* gastos *marginales* de producción. [1052] Ahora bien, la mayoría de estas ventajas son esencialmente temporales (un tipo superior de máquina tiende a desplazar a tipos inferiores) y otras están vinculadas a las personas. No existen ventajas diferenciales permanentes que estén ligadas a factores materiales, excepto las ventajas diferenciales de ubicación y fertilidad de la tierra [1053] (y otros agentes naturales). Y a Ricardo se le debe haber ocurrido que aquí estaba su oportunidad de deshacerse del elemento de la renta que perturbaba su teoría del valor de la cantidad de trabajo. De la estructura de su argumento en el Capítulo 2 de los *Principios* , [1054] , queda perfectamente claro que fue la ubicación y la fertilidad diferencial de diferentes parcelas en las que Ricardo pensó principalmente, y que el caso de los efectos decrecientes de aplicaciones sucesivas de 'dosis' iguales de El trabajo para la misma parcela era, para él, un asunto de importancia secundaria y nunca fue absorbido por completo en su sistema, aunque no sólo le resultó útil para hacer frente a las objeciones, sino que también fue necesario para completar su argumento.

No hay nada lógicamente incorrecto con este dispositivo. Si insistimos en una concepción del valor de la cantidad de trabajo, o incluso en una teoría del valor que se base en el costo real en el sentido de desutilidad y abstinencia, y en consecuencia deseamos eliminar los requisitos de producción que no tienen costo en este sentido, el dispositivo cumple con su deber. [1055] Pero no es una explicación de la renta de los agentes naturales, sino sólo un sustituto de uno, que sólo tiene sentido dentro de ese esquema teórico y no es más que un obstáculo para el reconocimiento de importantes simetrías dentro de cualquier otro. Sin embargo, en lugar de darse cuenta de esto y olvidarlo, la mayoría de los economistas a lo largo del siglo XIX trataron lo que pronto se conoció como la teoría ricardiana de la renta como si tuviese contenido independientemente de esa configuración. [1056] Así, una discusión inútil de su verdad o falsedad se convirtió en un tema estándar de las revistas económicas de la época. Los

admiradores no solo eran mayoría, sino que en general también tenían lo mejor del argumento. Porque las objeciones que se plantearon se basaron principalmente en malentendidos, que la exposición estándar [1057] de JS Mill eliminó con facilidad. Algunos de ellos, como los de Carey o R. Jones [1058], son ejemplos interesantes de errores típicos que una y otra vez cometen los aspirantes a teóricos que han desdeñado aprender el arte de teorizar. El lector encontrará lo que pueda necesitar en JS Mill y en Cannan. [1059]

Siendo la exigencia y escasez [1060] de agentes naturales todo lo que se necesita para explicar el fenómeno de la renta, podríamos esperar encontrar, al menos entre los partidarios de la tríada de factores de producción, una afirmación vigorosa de una teoría de la renta de la productividad. Pero, como hemos visto en otras ocasiones, el mero reconocimiento del elemento de productividad no nos ayuda mucho a menos que sea simplificado por la noción de productividad *marginal* , exactamente como el elemento de utilidad no producirá ninguna teoría útil del precio a menos que sea simplificado por la noción de utilidad marginal. Una teoría de la productividad marginal fue, de hecho, presentada por Longfield, quien no solo anticipó la teoría que iba a ganar en las últimas décadas del siglo XIX, sino que además dijo prácticamente todo lo que hay que decir desde este punto de vista sobre Occidente. –Teoría de Ricardo. Nadie prestó mucha atención, sin embargo, y la concepción de JB Say de los ingresos como precios de los servicios productivos —que él mismo echó a perder al atribuir el precio de los servicios de la tierra a la institución de la propiedad privada de la tierra— también permaneció estéril por el momento. Tan grande fue el éxito de Ricardo que incluso algunos escritores, que adoptaron el esquema de Say en otros aspectos, insertaron en él un tratamiento ricardiano de la renta sin traicionar ningún síntoma de malestar lógico: el propio JS Mill es el ejemplo sobresaliente y Roscher es otro. Pero la aplicación del aparato de oferta y demanda, que se estaba perfeccionando lentamente, debería haber sido suficiente para aclarar el asunto y acabar con todas las dudas en cuanto a puntos tales como si las mejoras en los métodos agrícolas de producción benefician o perjudican los intereses del terrateniente. Sería, por tanto, un ejercicio útil para nosotros analizar la posición de Malthus, ya que fue tan destacado entre los constructores de la teoría ricardiana de la renta como entre los constructores del aparato de oferta y demanda. Sin embargo, no podemos ir más allá de los siguientes comentarios. [1061]

En su *Investigación* de 1815, Malthus desarrolló una visión que se parece mucho a la de West y Ricardo. Este último, evidentemente, era de esta opinión ya que afirmó en el prefacio de sus *Principios* que Malthus y West 'presentaron al mundo. . . la verdadera doctrina de la renta. ' Pero incluso allí podemos observar las semillas de la controversia que vendría a continuación. [1062] Entre otras cosas, Malthus insistió en la proposición de que la renta es un excedente que debemos a la generosidad de la naturaleza. Ahora bien, esta torpe frase, que ha sido muy mal entendida, [1063] esboza una explicación productiva de la renta. La razón por la que fue inaceptable para Ricardo no fue que felicitara al terrateniente: sus frases no menos torpes sobre la 'mezquindad de la naturaleza' significan nada más que la tierra no es un bien gratuito, un hecho que es igualmente necesario para una productividad. explicación como es la recompensa. La razón fue que esta idea era incompatible con su teoría del valor. [1064] Y así tenemos después de todo, a pesar del reconocimiento en el prefacio de Ricardo, una diferencia teórica fundamental entre los dos desde el principio. En realidad, Malthus no necesitaba rendimientos decrecientes para explicar la aparición de la renta. Pero no lo comprendió claramente y, como era su costumbre, buscó hechos concretos asociados con el fenómeno a describir,

fueran o no esenciales para él. Al final, produjo un mestizo, que era mucho más vulnerable al estoque de Ricardo de lo que hubiera sido una afirmación correcta, de lo que se esforzó ineficazmente por expresar. Incluso tuvo problemas con la tierra sin alquiler y no pudo asimilar del todo la noción de la última dosis de capital sin alquiler. Atribuyó un significado explicativo (nos divierte el comentario de Ricardo en el capítulo sobre las opiniones de Malthus sobre la renta) al hecho de que la tierra puede producir más de lo necesario para el mantenimiento de la mano de obra empleada en ella. [1065] No estaba menos seguro de la importancia del hecho adicional, ya subrayado por A. Smith, de que la producción agraria era peculiar en el sentido de que creaba, a medida que se expandía, una demanda adicional para sus productos, no en el sentido de la ley de Say, sino porque el aumento de los alimentos supuso un aumento de la población, lo que no es cierto incluso según sus propios puntos de vista (posteriores). Y así se llevó lo peor, aunque había un caso sólido detrás de todas sus irrelevancias. [1066]

Finalmente, hay que abordar otro abanico de temas. West y Ricardo consideraron su teoría de la renta como una explicación de una rama particular de ingresos que va a una clase particular. Se dieron cuenta de pasada, pero no le dieron mucha importancia al hecho, que los ingresos de esta clase comprenden no solo pagos 'por el uso de los poderes originales e indestructibles del suelo', sino también pagos por las mejoras que los propietarios han hecho en eso. Es posible que hayan notado que, en un corto plazo que puede extenderse a lo largo de muchas décadas, los pagos por estas mejoras no muestran diferencias económicamente significativas con respecto a los elementos de la 'renta' que paga el agricultor y que pueden interpretarse como pagados por esas mejoras. poderes 'originales'. En otras palabras, podrían haber descubierto el fenómeno de la cuasi-renta. Esto no habría afectado materialmente su estructura teórica en general ni la naturaleza de su concepto de renta en particular. Pero otras generalizaciones de este concepto afectaron su significado —y de hecho no fueron más que pasos en el inevitable proceso de desintegración de la "teoría" original de Occidente-Ricardo de la renta de la tierra.

Hemos notado anteriormente la analogía que existe entre los pagos por los servicios de una tierra superior y los pagos por los servicios de un trabajo superior. Samuel Bailey fue el primero en convertir este hecho en una objeción al patrón teórico de Occidente-Ricardo. Tenía razón, aunque muchos autores posteriores, Senior en particular y también JS Mill (*Principios* , Libro III, cap. 5, § 4), generalizaron el concepto de renta de West-Ricardo sin intención polémica. [1067] Hay generalizaciones que suponen un éxito adicional para una teoría: enriquecen y amplían, pero no ponen en peligro, su intervalo original de aplicación. Pero hay otros que deletrean o presagian la ruptura de la teoría: al mostrar que las propiedades que la teoría considera peculiares de un fenómeno dado también se encuentran en otros, destruyen su significado original y sustituyen su significado original por uno nuevo. significado antiguo. La generalización del concepto de renta fue un caso del segundo tipo. En virtud de ella, la renta, el rendimiento específico sobre un suelo no mejorado, se fusionó en la categoría lógicamente distinta de Excedente sin costo, [1068] de los cuales la Renta de capacidad, reconocida por Mill y aprovechada por von Mangoldt, es el ejemplo más importante.

(h) Acciones Distributivas y Avance Tecnológico.

El estudio de la literatura del siglo XIX sobre este tema es una tarea tediosa. Pero puede traer consuelo a los corazones de aquellos que desesperan del valor de la técnica que se desarrolló en las últimas décadas de ese siglo, [1069] por la superioridad de esa técnica, tan a menudo cuestionada, en la solución de problemas prácticos. mejor que en este campo. También lo hacen, por la misma razón, las

deficiencias del análisis "clásico". Los economistas de ese período no pudieron ver el problema general en absoluto: intentaron forjar diferentes doctrinas sobre los efectos del avance tecnológico en la renta de la tierra y en los salarios. Tenían que considerar el problema por separado, como una cuestión secundaria semiindependiente de la teoría de la distribución o como algo para construir sobre la estructura principal de esta última en lugar de resolverlo en la planta baja de la estructura principal. Hemos visto, de hecho, que en su análisis de los fundamentos hicieron, y tuvieron que hacer, el supuesto de que la relación entre el capital salarial y el capital tecnológico es constante y que se invierten nuevos ahorros (esto no se aplica a Marx, sin embargo) en la misma proporción. Finalmente, fueron incapaces de seguir los efectos del avance tecnológico a través del sistema económico en su conjunto, pero seleccionaron fragmentos de ellos aquí y allá, de modo que con frecuencia elementos tan inconexos de lo que debería ser una teoría integral se agrupaban entre sí como si involucrado diferentes teorías. [1070] Para aclarar esto, nos limitaremos al problema de cómo el avance tecnológico afecta los intereses del trabajo [1071] y además plantearemos este problema restringido en la forma en que se planteó a Ricardo en el famoso Capítulo 31, Sobre la maquinaria ", que añadió a la tercera edición de sus *Principios* , es decir, en la forma que ocurre naturalmente desde el punto de vista del fondo de salarios y de hecho es una excelente ilustración de la doctrina del fondo de salarios, *considerada como un método de análisis* . Preguntaremos: ¿cómo afecta la introducción de una máquina [1072] recién inventada al tamaño del fondo salarial?

Mucho antes de la revolución industrial, la gente se dio cuenta del hecho obvio de que la maquinaria a menudo desplaza al trabajo. Como hemos visto anteriormente, los gobiernos y los escritores se preocuparon por esto y los grupos laborales y los gremios de ciudadanos lucharon contra la maquinaria, tanto más porque los efectos inmediatos de este tipo se concentran en el tiempo y el lugar, mientras que los efectos a largo plazo sobre la riqueza general son mucho más importantes. menos visible a corto plazo y mucho menos fácil de rastrear hasta la máquina. Tampoco el público en general veía con buenos ojos la producción de maquinaria porque, además de estar asociada con el desempleo y el trabajo infantil, también se asociaba con la calidad inferior del producto. La creciente literatura laborista [1073] expresó esas observaciones y sentimientos con menos fuerza que algunos escritores de prestigio científico, como Sismondi, [1074] quien, en su mayoría, derivó de ellos otro argumento contra el ahorro. La mayoría de los economistas ingleses vieron más profundo que eso e hicieron en este asunto exactamente el mismo tipo de cosas que hicieron en otros, como, por ejemplo, en el asunto del comercio internacional: preocupados por lo que consideraban una verdad fundamental y luchando contra la propensión del público. para atender demasiado exclusivamente a los fenómenos temporales, prestaron muy poca atención a los fenómenos temporales ellos mismos. Ricardo explicó en la primera página de su capítulo sobre maquinaria que había compartido la opinión predominante de que, salvo las dificultades temporales de la transición, [1075] la maquinaria ahorradora de mano de obra no tenía otro efecto que beneficiar a todos con la franqueza cautivadora que Marx elogió justamente. clases como consumidores. Al igual que el aumento del comercio exterior, por lo tanto, el proceso de mecanización era una cuestión de bienestar, que seguramente aumentaría, más que una cuestión de ese valor (valor ricardiano), que le preocupaba principalmente, excepto, por supuesto, que la mecanización reducir los valores reales y relativos de los productos afectados por ella, hecho que Ricardo señala una y otra vez. [1076] La razón por la que pensó que no induciría una reducción (permanente) de los salarios (salarios reales totales en *nuestro* sentido de la palabra) fue que la mecanización no disminuiría el

fondo de salarios. [1077] Pero luego pasó a confesar que había descubierto razones para creer que así sería.

Antes de presentar el argumento de Ricardo, presentaré un libro que evidentemente tuvo más que ver con el cambio de opinión de Ricardo sobre el tema de la maquinaria de lo que sugiere su referencia: *Observaciones de* John Barton *sobre las circunstancias que influyen en la condición de las clases trabajadoras de la sociedad* (1817). Es una actuación notable y muy por encima del resto de la literatura que actualmente critica a los líderes 'clásicos' por su falta de realismo, real o supuesto. Incluso hay un pequeño elemento de verdad en la nota que el profesor Foxwell puso en la copia que está en la Biblioteca Kress: 'un tratado muy capaz. . . . Su carácter sólido y pesado contrasta de manera marcada con las endebles e irreales especulaciones de Ricardo '[*sic!*]. Barton sabía que era mejor no oponerse al razonamiento abstracto per se o señalar hechos que parecían contradecir la *conclusión de* Smith o Ricardo : sabía cómo razonar e indicar la causa de esas discrepancias entre la teoría y los hechos. Así, su "reconciliación" de las opiniones de Ricardo y Smith sobre el tema de la caída de la tasa de beneficios (*op. Cit.* P. 23n.) Es tan simple como ingeniosa. Pero debemos limitarnos a la única proposición que es relevante para el punto en cuestión. Negó que la demanda de trabajo siempre y necesariamente aumente proporcionalmente al aumento de la riqueza total (capital más ingresos, según A. Smith) y que no pueda aumentar por ninguna otra razón (como se afirma en el *Informe sobre leyes de pobreza de la Casa de Commons* , que apareció poco antes de la publicación del libro de Barton). [1078] Y la razón por la que lo negó fue que los ahorros anuales no necesariamente emiten en incrementos proporcionales del capital fijo y circulante (es decir, capital tecnológico y salarial) sino que pueden incrementar uno más que el otro, según cuál de los dos sea más rentable. . Explica correctamente que si las tasas salariales aumentan en relación con los precios de las materias primas, los 'maestros' intentarán utilizar la mayor cantidad de maquinaria posible, mientras que en el caso contrario se verán inducidos a contratar más manos: aquí, entonces, tenemos una clara percepción de la relación de sustituibilidad entre capital y trabajo que mejoró la de Lauderdale y se anticipó a la de Longfield, pero también fue ignorada por los escritores más influyentes. Pero aunque Ricardo no se dio cuenta de la importancia de este principio, al menos aceptó la idea de que la introducción de maquinaria en el proceso productivo puede lesionar los intereses del trabajo manual (independientemente de las perturbaciones temporales que lo hagan en cualquier caso) al reducir la demanda total de la misma; y lo ilustró con un ejemplo numérico que difiere poco del de Barton (*op. cit.* p. 15).

Ricardo argumentó así. Un 'capitalista', que hasta ahora ha empleado un cierto número de trabajadores con una cierta cantidad de capital 'fijo', decide introducir una máquina ahorradora de mano de obra recién inventada y deja que parte de estos trabajadores produzca esta máquina, que en su balance ahora representa parte del capital salarial que solía reproducir, con ganancias, año tras año [1079] antes. Su motivo para hacerlo es que, dado que no todas las empresas adoptan una máquina nueva simultáneamente, la introducción de la máquina conlleva un beneficio temporal. En el ejemplo de Ricardo, el capital del "capitalista" permanece intacto: no aumenta ni disminuye su valor. *Pero ha cambiado su composición orgánica* . El capital salarial se ha convertido en capital tecnológico; ahora hay más del último y menos del primero. Cuando la ganancia temporal ha sido eliminada por la competencia de otras empresas que hacen lo mismo, entonces es posible que el monto y la tasa de ganancia sobre el capital total sean los que eran antes de la inserción de la máquina. Sin embargo, los precios de las materias primas caerán, el fondo salarial de los fabricantes se reducirá permanentemente y la población se habrá vuelto "redundante", que es lo que Ricardo se propuso demostrar.

Ricardo concluyó de esto que la opinión que prevalece en "la clase trabajadora, de que el empleo de maquinaria es frecuentemente perjudicial para sus intereses, no se basa en prejuicios y errores, sino que se ajusta a los principios correctos de la economía política". Fue este pronunciamiento agudo el que acaparó la atención profesional, reforzado por otro pasaje del mismo capítulo que afirmaba que en casos como el discutido `` necesariamente habrá una disminución en la demanda de trabajo, la población se volverá superfluo, y la situación de las clases trabajadoras será la de la miseria y la pobreza ”. Amigos y enemigos parecen no haber visto nada más y, desde entonces, Ricardo se ha mantenido en la historia doctrinal como el principal exponente de la opinión que esas declaraciones de hecho parecen expresar. Pero, si tenemos en cuenta el resto del capítulo y tenemos en cuenta que se trata de lo que presuntamente se trata de lo que Ricardo llamaba efectos permanentes, queda claro, primero, que no se siguen del ejemplo numérico aludido y, segundo, que Ricardo era consciente de esto y no quiso decir en absoluto lo que dicen estas declaraciones. En cuanto al primer punto, el ejemplo de Ricardo cubre solo una parte del curso de los eventos que la introducción de la máquina pone en movimiento: su análisis del caso es de hecho un ejemplo del método de la Estática Comparada, pero el segundo de los dos estados comparados no es un estado de equilibrio definitivo, porque no se nos dice lo que les sucede a los trabajadores que han perdido su empleo, pero no pueden permanecer desempleados a menos que estemos dispuestos a violar el supuesto de que prevalecen la competencia perfecta y la flexibilidad ilimitada de los salarios. En cuanto al segundo punto, Ricardo, aunque de una manera particularmente estrecha y poco concluyente, reconoció plenamente que la mecanización puede aumentar la eficiencia productiva tanto 'que no disminuya el producto bruto' (producto bruto en *su* sentido, es decir, el producto nacional *neto* incluidos los salarios) en términos de productos básicos. Esto equivale a decir que el ingreso salarial real (en *nuestro* sentido) no tiene por qué caer "permanentemente"; y que en todo caso, el poder adquisitivo de las ganancias y rentas incrementado por la caída de los precios resultante de la mecanización, 'no podía dejar de seguir' que, con una propensión constante al ahorro, los capitalistas y propietarios de agentes naturales llenarían el Fondo salarial agotado nuevamente por medio del aumento de los ahorros. Estas admisiones (en aras de la brevedad descuido otras) no son excepciones a su argumento, sino que resultan lógicamente de él, si se continúa más allá del punto alcanzado por el ejemplo numérico. Así convierten a Ricardo en el padre de lo que Marx llamó la Teoría de la Compensación, la teoría de que la clase trabajadora está siendo compensada por los sufrimientos iniciales, incidentes a la introducción de una máquina ahorradora de trabajo, por efectos ulteriores favorables, que Marx atribuyó a James Mill. , McCulloch, Torrens, Senior y JS Mill, construyendo así un contraste completamente irreal entre estos hombres y Ricardo. Más o menos, la mayoría de los economistas han hecho lo mismo, incluso aquellos que no deseaban, como Marx, destacar esta llamada teoría de la compensación por comentarios injuriosos (ver *Das Kapital* , vol. I, cap. 15, sec. . 6).

La controversia que se desarrolló a lo largo del siglo XIX y más allá, principalmente en forma de argumentos a favor y en contra de la 'compensación', está muerta y enterrada: como se dijo anteriormente, desapareció de la escena como una mejor técnica filtrada al uso general que no dejó nada. en desacuerdo (véase la referencia a la *Teoría de los salarios de* Hicks , primera nota al pie de esta subsección). Sin embargo, para comprender una fase importante de la historia doctrinal pasada, serán útiles algunas aclaraciones. En primer lugar, el lector no debe pensar que Ricardo se equivocó en el resultado que formuló en las dos declaraciones citadas anteriormente. Por el contrario, si

interpretamos que quiso decir que la mecanización puede disminuir permanentemente la participación relativa y posiblemente incluso absoluta del trabajo en el ingreso nacional (sin importar si se trata de un ingreso real en nuestro sentido o en el de Ricardo), tenía razón. Solo que su argumento tomado en su conjunto no lo prueba. En segundo lugar, en la medida en que Ricardo pretendía transmitir no solo un teorema abstracto, sino una imagen de los procesos y la probabilidad prácticamente relevantes, obviamente subestimó los efectos del aumento del poder productivo que exhibiría el capitalismo mecanizado y de la expansión de la producción que produciría. resultaría de ello, de modo que "la angustia y la pobreza" a largo plazo se cierne más en su texto de lo que debería en una imagen realista. Por un lado, esto se debió a algo mucho peor que una técnica defectuosa, a saber, a la falta de imaginación: nunca se dio cuenta claramente de que el hecho *esencial* de la 'maquinaria' capitalista es que hace lo que, cuantitativa y cualitativamente, no podía. hacerse sin él o, para decirlo de otra manera, que "sustituya" a los trabajadores que nunca han nacido. Pero, por otro lado, esto se debió también a las deficiencias de su aparato analítico, que no se prestaba fácilmente a la descripción de la expansión cuantitativa. En particular, en el sistema ricardiano los precios pueden caer al nivel de costo directamente, es decir, de una manera diferente al aumento de la producción (*Principios* , cap. 30): por lo tanto, no pudo ver que la producción total *en términos de bienes* debe aumentar, en condiciones de competencia perfecta, que supuso, como consecuencia de la mecanización. Además, no vio claramente que, si expresamos el fondo de salarios también en términos de productos básicos, puede aumentar sin ningún aumento en el ahorro, aunque entonces es mucho más natural decir simplemente que los ingresos salariales reales (en nuestro sentido) aumentan que es decir que el fondo salarial aumenta y que los salarios reales aumentan como consecuencia de esto.

En tercer lugar, el lector que, al leer el capítulo de Ricardo sobre maquinaria, lo deja como un desastre, tiene toda la razón; y bien puede preguntar la razón. Me parece que la razón es que Ricardo, si bien mantuvo su propio enfoque en términos de valor real ('trabajo incorporado'), al mismo tiempo cruzó repetidamente la frontera que separa este enfoque del análisis en términos de bienes. Está claro por qué hizo esto: su razonamiento exacto siempre se basa en el enfoque incorporado al trabajo; pero este enfoque no conduce a ningún resultado sobre la angustia o el bienestar de nadie, que fue lo que le interesó en este capítulo. Y así mezcló los dos, a veces hablando de 'angustia del trabajo' al resumir un argumento que estaba en términos de trabajo incorporado y, por lo tanto, irrelevante para los ingresos reales en nuestro sentido de ingresos reales en términos de bienes, a veces hablando en términos de *su* valor real en el curso de un argumento que sólo tiene sentido en términos de cantidades absolutas de bienes.

Finalmente, en cuarto lugar, puede ser deseable una aclaración adicional en cuanto a ese aumento del ahorro de los capitalistas al que Ricardo atribuyó efectos que remediarían o podrían remediar el daño que la máquina causa a los trabajadores. Dado que esta lesión, dentro del *método del* fondo de salarios de Ricardo , se describe como una reducción en el *valor ricardiano del fondo de salarios* , el ahorro adicional tenderá de hecho a reparar el daño. Ahora bien, este ahorro adicional proviene de las ganancias por dos razones alternativas. Primero, incluso si la tasa de ganancia no aumenta permanentemente (si, en el lenguaje de Ricardo, el 'valor' de las ganancias no aumenta), una caída en los precios de los bienes que consumen hace que sea más fácil para los capitalistas ahorrar, lo cual (si la propensión a consumir permanece constante, como siempre lo es tanto con Ricardo como con Keynes), lo harán en consecuencia. Pero, en segundo lugar, si los bienes abaratados son, total o

principalmente, consumidos por trabajadores, entonces, según la teoría de Ricardo, la *tasa* de ganancias aumentará. Y de esto se derivará un mayor ahorro. Permítanme agregar que JS Mill aceptó los métodos de Ricardo, pero no los siguió de cerca. El principal consuelo *que* tenía que ofrecer a la clase trabajadora era que la mecanización ocurre en un proceso que produce amplios ahorros que reemplazan fácilmente las reducciones en el fondo salarial causadas por la mecanización (de lo contrario, se extenderían a las colonias, etc.) de modo que estas reducciones son probablemente sea potencial en lugar de real. A Marx le debería haber gustado esto, porque ofrece una buena sugerencia para la teoría socialista del imperialismo (ver más abajo), pero no mostró gratitud cuando lo usó.

Marx (*op. Cit.* Cap. 15) aceptó el análisis de Ricardo, sin agregar nada esencial sino minimizar las calificaciones ricardianas, golpeando el delgado resultado hasta su hoja más delgada, aprovechando al máximo el desempleo que históricamente se ha asociado con el proceso de mecanización, y dejarse llevar por su retórica entusiasta hasta un punto de excitación tal que incluso pasó por alto algunos puntos que podría haber hecho a favor de su propia teoría o en contra de la odiada teoría de la compensación. Quizás esto demuestre, como en su caso otros excesos de este tipo, que no estaba muy seguro de su terreno. Ciertamente, muestra que era consciente de la importancia decisiva del problema de la mecanización para sus conclusiones finales sobre el futuro del sistema capitalista. Las máquinas tenían que arrojar a los obreros "al pavimento"; mejor aún, porque las máquinas inglesas tenían que "blanquear al sol los huesos de los tejedores indios". El desempleo marxista es esencialmente desempleo tecnológico. Este desempleo tecnológico tuvo que crear un "ejército industrial de reserva" permanente: la población superflua de Ricardo. Y la presencia de este ejército de reserva industrial permanente, solo temporalmente absorbido en hechizos de alta prosperidad, tuvo que deprimir los salarios reales (en nuestro sentido) a niveles de miseria, degradación, etc., cada vez mayores (*Verelendung*) que eventualmente incitarían a proletariado en la revolución final. Por supuesto, esto era solo una 'ley absoluta'. [1080] Por supuesto, la exhibición efectiva de Marx de hechos históricos rigurosamente seleccionados, que completan su análisis en ese capítulo, contiene un número considerable de calificaciones propias, al igual que algunos pasajes del tercer volumen. Pero dado que las tendencias abstractas no conducen a nadie a la miseria y la desesperación y dado que Marx prestó poca atención a sus calificaciones cuando se trataba de conclusiones y propósitos finales (ver, por ejemplo, el cap. 32, 'Tendencia histórica de la acumulación capitalista'), ninguna apologética de Marx puede ser exitoso que proceda en cualquiera de esas líneas. No tenemos más remedio que tomarnos en serio declaraciones como la anterior. Si lo hacemos, el fracaso del intento de Marx de convertir la posibilidad que Ricardo imaginó en una necesidad inexorable pone en peligro la estructura lógica de su sistema tanto como la historia real de la clase trabajadora pone en peligro cualquier pretensión de realismo. [1081]

Pero es sólo la tesis sobre el aumento de la miseria lo que debe descartarse del análisis de Marx del proceso de desarrollo tecnológico, aunque, desde el punto de vista de la ortodoxia marxista, puede ser de suma importancia. Quedan otros resultados. Para verlos bajo la luz adecuada, recordemos que, en el esquema general de Marx, la evolución social es impulsada por una fuerza que es inmanente o necesariamente inherente a la economía de ganancias. Esta fuerza es la acumulación: bajo la presión de la competencia, la preocupación individual se ve obligada a invertir la mayor cantidad posible de sus ganancias en su propio aparato productivo; [1082] *y se ve obligado a invertirlos principalmente en capital tecnológico* , buscando naturalmente siempre máquinas de tipos siempre nuevos. Esto no beneficia

permanentemente a los 'capitalistas' como clase [1083] porque, como ya había señalado Ricardo, cualquier ganancia sobrenormal es rápidamente eliminada por los competidores que adoptan cada mejora tecnológica. Pero la ventaja temporal obtenida por el que es el primero en moverse le da una ventaja en la carrera: apresurarse hacia las curvas de costo promedio decrecientes y aniquilar ('expropiar') a los más débiles en el proceso, preocupaciones capitalistas, creciendo individualmente en tamaño. . construir vastos poderes de producción que eventualmente romperán el marco de la sociedad capitalista. No todo esto se ha mantenido. Particularmente vulnerable es el último punto: Marx nunca dejó claro con precisión cómo se derrumbará la economía de las grandes preocupaciones, y su teoría de la ruptura (*Zusammenbruchstheorie*) ha sido de hecho renunciada por algunos de sus seguidores más eminentes. Sin embargo, en general, uno no puede dejar de quedar impresionado por las virtudes analíticas y realistas de esta concepción de la evolución capitalista, especialmente si se la compara con los elementos modestos que Marx encontró en el capítulo de Ricardo sobre la maquinaria.

7

-

Dinero, crédito y ciclos

1. Problemas de Inglaterra

ES LA opinión COMÚN de que los fundamentos de la ciencia monetaria de hoy (o de ayer) fueron sentados por los escritores que discutieron los temas de la política monetaria y bancaria inglesa desde la Ley de Restricción (1797) hasta la inflación del oro de la década de 1850. De hecho, esto descuida la obra francesa e italiana del siglo XVIII, pero sin embargo se acerca más a la verdad de lo que suelen hacer tales afirmaciones radicales. Muchos de esos escritores se movieron a un nivel inusualmente alto. Se elevaron con facilidad a la esfera de la generalización abstracta y poseían una voluntad genuina de analizar. Esto es más notable porque la mayoría de ellos eran hombres de asuntos prácticos y estaban interesados principalmente en medidas prácticas. Estamos acostumbrados a un estado de cosas diferente: pocos economistas modernos buscarían a los hombres de negocios prácticos y especialmente a los banqueros en busca de ayuda en su tarea analítica o incluso los considerarían autoridades sobre los principios de su propio negocio. Pero esta situación se desarrolló en el siguiente período. En el objeto de la encuesta, eran los profesionales los que estaban en la vanguardia del avance *analítico* , y los investigadores de diferentes tipos se contentaban en la mayoría de los casos con obtener pistas de ellos.

Ya conocemos a la mayoría de los artistas principales, especialmente a Ricardo, Malthus, Senior, Tooke, Torrens y JS Mill. [1084] A medida que avancemos, se irán presentando algunos otros. Pero Henry Thornton (1760-1815) debe ser saludado de inmediato. Era banquero, diputado, filántropo y, que él mismo y muchos que lo conocían presumiblemente habrían puesto en primer lugar, una figura destacada en el influyente grupo de evangélicos que se conocía como la Secta Clapham. *Su Investigación sobre la naturaleza y los efectos del crédito en papel de Gran Bretaña* (1802) [1085] es una interpretación asombrosa. El producto, según la estimación del profesor von Hayek, de un trabajo que se prolongó durante unos seis años durante los cuales la energía del autor fue absorbida en gran medida por las actividades comerciales y políticas, no impecable en los detalles y no completamente madurada, anticipó en algunos puntos los desarrollos analíticos de un siglo por venir. Ninguna otra actuación del período se comparará con ella, aunque varias, entre ellas la de Ricardo, obtuvieron un éxito mucho mayor tanto en ese momento como posteriormente. En parte, esto se debió a que el autor no puso ningún énfasis en los resultados de su novela: el libro se lee como si él mismo no hubiera sido consciente de su novedad. Quizás no lo era, aunque prestó una atención casi académica a los predecesores que conocía. Era uno de esos hombres que ven las cosas con claridad y que expresan con modesta sencillez lo que ven.

Nos limitaremos casi exclusivamente a la obra inglesa, decisión que, para la época y el tema, puede estar justificada incluso al margen de las consideraciones de espacio que la imponen. Con calificaciones que mencionar, este trabajo fue resumido con éxito por JS Mill. Los capítulos relevantes de los *Principios* contienen algunos de los mejores trabajos de Mill. De hecho, muestra algunas contradicciones, vacilaciones y compromisos no asimilados, como lo hace su trabajo sobre el valor,

pero incluso estos no eran males sin mezcla ya que sacaron a la luz, en extraño contraste con la propia creencia de Mill en la finalidad de su enseñanza, el estado inacabado de la análisis de ese tiempo y, por lo tanto, indica líneas para futuras investigaciones a seguir. En todo caso, fue principalmente en la formulación de Mill que la obra de la primera mitad del siglo XIX llegó a los escritores de la segunda mitad y, por tanto, tendremos en cuenta esta formulación, como punto de referencia, a lo largo de este capítulo.

He elogiado el gusto y la capacidad de análisis teórico de los escritores de ese período. Sin embargo, su análisis estaba demasiado ligado a las condiciones y problemas de su época y país para admitir una exposición sin referencia a estas condiciones. En consecuencia, ahora les daremos una mirada superficial, descuidando por completo, por la razón expuesta, las experiencias mucho más emocionantes de los Estados Unidos y de algunos países continentales. A continuación se presentan fuentes de información más adecuada.

Al estudiante que desee tener una única referencia en la que concentrarse, le recomiendo la presentación del profesor Viner en *Estudios de teoría del comercio internacional* , capítulos III, IV y V. Esta magistral obra de investigación, cuya admiración, sin embargo, no implican acuerdo en todos los detalles; servirá tanto para la historia de los hechos y controversias más importantes como para una guía para la literatura histórica adicional. Para obtener cifras estadísticas, consulte NJ Silberling, 'Financial and Monetary Policy of Great Britain during the Napoleonic Wars', *Quarterly Journal of Economics* , mayo de 1924, y 'British Prices and Business Cycles, 1779-1850, *Review of Economic Statistics* , Vol. Preliminar . V, 1923, y EV Morgan, 'Some Aspects of the Bank Restriction Period, 1797-1821', en *Economic History, A Supplement to the Economic Journal* , febrero de 1939.

Con mucho, la mayor *histoire raisonnée* contemporánea es Tooke y Newmarch, *History of Prices* (discutido anteriormente, cap. 4, sec. 8a). La segunda recomendación que tengo que hacer es leer detenidamente la introducción de Sir TE Gregory a la edición de 1928 de este trabajo. *Moneda y crédito* del Sr. RG Hawtrey (3.a ed., 1928, cap. 18) y *Art of Central Banking* (1932, cap. 4), complementados de manera útil por *History of the London Discount Market del* Sr. WTC King (1936), vienen a continuación . Se obtendrá más ayuda de JW Angell, *The Theory of International Prices* (1926); E. Cannan, *The Paper Pound of 1797-1821* (1919), que contiene una reimpresión del *Bullion Report* ; AE Feavearyear, *The Pound Sterling* (1931, cap. 9); AW Acworth, *Reconstrucción financiera en Inglaterra, 1815–22* (1925); RS Sayers, 'The Question of the Standard in the 1850's, *Economic History, A Supplement to the Economic Journal* , enero de 1933, y' The Question of the Standard, 1815-1844 '(*ibid.* Febrero de 1935); RHI Palgrave, *Tasas bancarias y mercado monetario* (1903); y Elmer Wood, *English Theories of Central Banking Control, 1819-1858* (1936), con una valiosa bibliografía que en particular presenta una lista de informes de comités sobre temas monetarios y de otros documentos oficiales a los que, como de costumbre, no se puede hacer justicia. hecho aquí.

(a) Inflación de la guerra, 1793-1815.

A pesar de la suspensión de la obligación del Banco de Inglaterra de canjear sus billetes en oro, 1797, [1086] la financiación de la guerra no produjo grandes efectos sobre los precios y los tipos de cambio hasta alrededor de 1800. Para el estudiante moderno que está acostumbrado a cosas más fuertes , el rasgo más llamativo de la inflación posterior es su suavidad: en ningún momento se alteró seriamente el comportamiento normal del público con respecto al dinero; en ningún momento el impacto de los gastos de guerra del gobierno borró esas fluctuaciones que podrían haberse esperado

que ocurrieran en el curso habitual de las cosas; en ningún momento el gobierno se vio impulsado a algo más poco ortodoxo que un endeudamiento anormalmente elevado del Banco, e incluso este endeudamiento nunca superó los límites más allá de los cuales el término "tomar prestado" se convierte en un eufemismo para imprimir fiat del gobierno; En ningún momento, finalmente, la masa salarial nacional —el principal conductor de los efectos inflacionarios— se expandió tan seriamente como para poner en peligro la moneda. De hecho, fue esta misma suavidad del proceso inflacionario lo que hizo que el diagnóstico fuera tan difícil. En particular, hizo más difícil reconocer el elemento inflacionario en la situación y distinguirlo de los efectos sobre el tipo de cambio de las dos circunstancias que una gran parte del gasto de guerra fue para financiar ejércitos aliados e ingleses en el continente, y que Durante años, las exportaciones e importaciones inglesas fueron seriamente interferidas.

El gobierno gastó generosamente. Pero también hizo todo lo posible, mediante la introducción de un impuesto sobre la renta y de otras formas, para mantener al mínimo los anticipos inflacionarios del Banco, y su financiación nunca dejó de ser competente y responsable. Pero la reticencia del gobierno sobre el alcance de sus préstamos del Banco, bastante comprensible hasta Waterloo, fue un factor que contribuyó a la propensión de la gente a culpar al Banco por las consecuencias que no les agradaban. Esta propensión, fuerte en todo momento, que fue plenamente compartida por la mayoría de los escritores, hay que tenerla presente en todo momento: desde Ricardo hasta el hombre más vulgar de la calle, a todo el mundo le encantaba hacer de un chivo expiatorio del banco central, un hábito. los economistas han retenido hasta el día de hoy. Al menos en público, el Banco no pudo defenderse, porque no era posible una defensa efectiva sin delatar al gobierno, y los políticos en el poder están en condiciones de hacer sentir su resentimiento. Es posible que esto explique mucho de lo que a los historiadores les parece una falta de comprensión de los pronunciamientos oficiales. De hecho, el Banco obviamente no tenía la libertad de rechazar las "solicitudes" de anticipos del gobierno. Si puede haber alguna duda sobre su 'responsabilidad por la inflación', debe entenderse que se refiere a sus préstamos (descuentos para) el público, que inevitablemente aumentaron como consecuencia del gasto deficitario del gobierno. Pero se racionaron y se mantuvieron bajos siempre que el gobierno tomó prestados cuantiosos, y no se puede decir, considerando todo, que hayan sido obviamente excesivos, aunque, por supuesto, siempre es posible argumentar que podrían haber sido menos si el Banco hubiera estado dispuesto a tomar la responsabilidad de perturbar la producción en tiempos de guerra. Por otra parte, las tasas punitivas [1087] por encima del 5 por ciento se hace imposible por las leyes de usura hasta 1832. No hay duda de que tal inflación ya que no era lo suficientemente fuerte para *acentuar* los excesos especulativos y averías, un auge en la agricultura, y las condiciones de la prosperidad general en la mayoría de los años hasta 1815, ninguno de los cuales, sin embargo, pudo haber sido evitado por completo por el Banco.

En la superficie, entonces, la controversia que tanto contribuyó al análisis monetario fue simplemente una controversia entre los escritores que buscaban probar y acusar la inflación y ubicar la responsabilidad en el Banco, y otros escritores que buscaban negar la presencia de la inflación. inflación o para justificarla y ubicar la responsabilidad por alza de precios y cambios desfavorables con circunstancias distintas al comportamiento del Banco. En este sentido, se puede hablar de dos grupos o partidos bastante bien definidos y opuestos. Además, se puede decir que el primero prevaleció en el sentido de que tuvo más éxito que el otro en plasmar sus puntos de vista en el famoso Informe Bullion de 1810. [1088] En consecuencia, se ha vuelto habitual colocar a los miembros de este grupo la etiqueta

sin sentido Bullionists y para los oponentes del informe la etiqueta Anti-Bullionists, aunque el informe en sí representa realmente varios compromisos. Sin embargo, las cuestiones prácticas y las recomendaciones sobre "qué se debe hacer al respecto" no son de gran importancia para nosotros. Importante es la calidad analítica de los argumentos y diagnósticos producidos. Y desde este punto de vista las líneas partidistas pierden gran parte de su definición y casi todo su interés. Las diferencias entre los partidarios del Informe Bullion son en realidad mucho más interesantes que el vínculo común entre ellos. Pero antes de despedirnos de este documento histórico, observemos el hecho significativo de que el Informe del Comité de Cunliffe que recomendó el regreso de Inglaterra al oro en la paridad de antes de la guerra en 1918 (informe final, 1919) mostraba poco o ningún conocimiento de los problemas monetarios que no estaba poseído por los hombres que redactaron el informe Bullion.

(b) La cuestión del estándar.

Cerca de veinte años de papel irredimible y todos los cambios económicos que habían ocurrido durante ese tiempo hicieron que el problema de decidir una política monetaria fuera mucho más difícil de lo que hubiera sido después de una perturbación más breve. *De facto* , aunque no legalmente, Inglaterra había estado en un patrón oro cuando se decretó la restricción en 1797. En unos pocos años se estableció una fuerte corriente política que la llevaría hacia la adopción legal (1816) y, finalmente, hacia la reanudación. de los pagos en especie a la par antes de la guerra (Ley de reanudación de Peel de 1819, reanudación real de 1821). [1089] Las posibilidades de continuar el régimen de papel de la guerra (el curso recomendado por Lord Keynes en 1923) o de adoptar el bimetalismo —o el patrón de plata— fueron defendidas pero no consideradas seriamente. Cabe mencionar, sin embargo, que el Plan de Ricardo, según el cual el metal monetario no debe entrar en circulación de mano a mano sino que debe ser retenido por el Banco con el propósito de canjear billetes, no en monedas sino en lingotes de oro, fue En realidad, incorporada en la Ley de Reanudación de 1819, sin embargo, con total indiferencia por parte del público y poco favor por parte del Banco, las cláusulas permisivas pertinentes no entraron en vigencia.

La reanudación afectó a una situación depresiva. En cualquier caso, los reajustes de la posguerra estaban destinados a causar dificultades, especialmente en el sector agrario. No solo la inevitable caída de los precios desde el pico de la guerra, aunque las fechas exactas y las cifras dadas por Silberling han sido criticadas, hay pocas dudas de que el nivel de precios, en 1819, había caído algo así como un 30% en unos cinco años. pero también la adaptación de la producción a situaciones completamente nuevas presentaba problemas del tipo que siempre se necesita una depresión para resolverlos. Además, estaba el hecho, comprendido por muchos pero no todos los expertos, de que las perspectivas de producción de oro eran claramente desfavorables. Finalmente, sin embargo, había algo más que estos expertos, al igual que los expertos de 1918, no vieron por completo: con bastante independencia de la inflación de la guerra anterior, la economía inglesa estaba entrando entonces en uno de esos períodos prolongados de caída de precios, tipos de interés. y ganancias, de desempleo e inestabilidad, que siempre siguen a las "revoluciones industriales". Las últimas décadas del siglo XVIII habían sido testigos de tal revolución: la nueva maquinaria para el algodón, la máquina de vapor y la construcción de canales son sólo los ejemplos más conspicuos de los acontecimientos que transformaron las bases mismas de la manufactura y el comercio. Los resultados comenzaron a fluir a partir de 1815, alterando la estructura industrial preexistente y ejerciendo un efecto principalmente depresivo, hasta que el proceso económico se estabilizó nuevamente, débilmente en la década de 1830,

más fuertemente en la de 1840, con los inicios de la inversión en la construcción de ferrocarriles. En una situación como ésta, incluso una política monetaria levemente restrictiva no es materia de indiferencia que estaría en una situación que se ubica en una tendencia alcista de precios. Y sin duda tuvo un efecto ligeramente restrictivo la reanudación.

Por tanto, los patrocinadores supervivientes de la política de reanudación recomendada en el Informe Bullion tenían pocas razones para celebrar su éxito final. De hecho, se habían quedado en silencio o pidiendo disculpas unos años antes del evento. Compartieron con sus oponentes el diagnóstico erróneo según el cual la responsabilidad de la nueva caída del nivel de precios a lo largo de la década de 1820 recaía exclusivamente en la reanudación. Además, se alegraron de unirse a estos oponentes en acusaciones totalmente irracionales contra el chivo expiatorio universal, el Banco, que se suponía que había administrado mal la reanudación y, en particular, había causado una depresión internacional al elevar el valor del oro. No podemos ir más allá de señalar que Tooke fue casi el único escritor destacado que se dio cuenta de lo absurdo de esto y se acercó a un diagnóstico más razonable en términos de factores no monetarios. Por lo demás, la discusión fue en contra de los defensores del patrón oro sin restricciones hasta que el auge de 1830-1835 y el surgimiento de otro tema desviaron la atención, y hasta que el oro ruso, australiano y californiano cambió la situación monetaria y el humor de los economistas: después En 1850, la Ley de Peel de 1819 se hizo muy popular entre ellos; Hacia fines de siglo, la admiración irracional por la medida había reemplazado en gran medida a la condena irracional.

(c) Reforma bancaria.

En gran parte, aunque no exclusivamente, la literatura sobre banca en la que estamos interesados se centra en la defensa y la crítica de otra ley Peel, la Bank Charter Act de 1844, que trató de dar efecto a 'la teoría de que la banca debería estar separada del control de la moneda ' [1090] y de hecho aplicó lo que podría describirse como un' plan de reserva del 100 por ciento 'para los billetes de banco. Una vez más, como la reanudación, la medida surgió de una fuerte corriente de opinión pública que cristalizó en las vicisitudes de los años 1836-9 y, a partir de entonces, fue impermeable a la discusión: tanto el público como los políticos no vieron causas de esas vicisitudes más que la mala conducta o la irresponsabilidad en la parte de los bancos emisores de billetes. Las notas y cualquier problema que surgiera sobre ellas eran claramente visibles. Mientras que los depósitos, cuyo uso estaba todavía confinado a un sector mucho más pequeño del público, pasaban prácticamente desapercibidos, los billetes circulaban ampliamente y su emisión era para el hombre de la calle la forma típica de la iniquidad de la banca. [1091] Lo que el diputado medio presumiblemente pensó que estaba haciendo, cuando votó a favor del proyecto de ley de Sir Robert Peel, fue que estaba deteniendo un abuso flagrante y protegiendo el dinero de la gente.

En 1800, el sistema bancario de Inglaterra había alcanzado una etapa avanzada de desarrollo. En la metrópoli existían, además del Banco de Inglaterra, una serie de casas de banca privada (sociedades; los bancos por acciones aparecieron después de 1826, dando un impulso decisivo a la banca de depósito porque no tenían derecho a emitir billetes) y corredores de facturas. Fuera de la metrópoli, y en la medida en que los comerciantes no realizaran operaciones bancarias directamente con Londres (o, después de 1826, con una de las sucursales del Banco de Inglaterra), la industria y el comercio fueron atendidos por los bancos del país, cuyo número disminuyó en la década de 1820 después. habiendo aumentado considerablemente durante las guerras napoleónicas, y también por los

corredores de facturas. Hay que destacar dos características. En primer lugar, estos bancos nacionales, aunque tenían algún negocio de depósito, financiaban principalmente a sus clientes mediante la emisión de billetes de banco (pagarés pagaderos a la vista en monedas o billetes del Banco de Inglaterra) para descontar letras comerciales. Contra estos pagarés tenían reservas en proporciones variables que no estaban fijadas por ley. Esta práctica era obsoleta incluso antes de ser eliminada por la Ley de Peel de 1844. [1092] Pero para muchos escritores ingleses sobre banca, y más aún para sus hermanos continentales, el billete de banco que se origina en el descuento de una letra comercial sigue siendo la columna vertebral de la teoría de la banca a lo largo del período y más allá. [1093] En segundo lugar, había otra práctica que era muy común en toda Inglaterra fuera de Londres y especialmente en Lancashire y que es muy interesante para nosotros porque nos enseña mejor que cualquier otra cosa lo que realmente es el dinero: los comerciantes usaban letras de cambio para hacer pagos. Es decir, una empresa que había vendido algún producto básico cobraría una factura al comprador que lo aceptó, y luego lo endosaría y lo entregaría a otra empresa en cumplimiento de alguna obligación con esta última. Así, las letras de cambio, acumulando endosos, en realidad iban de mano en mano, a menudo sin intereses, y, por el momento, ya no eran elementos de la demanda total de dinero, sino elementos de su oferta. [1094]

Los banqueros de Londres actuaban como agentes o corresponsales de los bancos del país y mantenían una relación relativamente estrecha entre sí: la London Clearing House era, a fines del siglo XVIII, una institución bien establecida. Por tanto, contemplamos un sistema orgánico en lugar de una serie de bolas de billar individuales. Además, el sistema ya había encontrado, o estaba encontrando rápidamente, su órgano central en el Banco de Inglaterra, como dijo el prestamista de *dernier ressort,* como lo expresó Sir Francis Baring. [1095] Pero incluso si tuviéramos espacio, sería extremadamente difícil describir el proceso por el cual el Banco llegó a darse cuenta de esta responsabilidad, a aceptarla y a desarrollar principios de rutina para implementarla; y sería aún más difícil valorar, a la luz de las condiciones de esa época, el éxito que acompañó a su acción o inacción en cada una de las etapas de ese proceso.

Una de las dificultades que experimentamos para saber qué pretendía hacer el Banco en un momento dado, o incluso cuál era realmente su práctica, es la reticencia de sus portavoces oficiales que, aun cuando se vieron obligados a decir algo, cumplieron su cometido. Lo mejor era limitarse a trivialidades inocuas que darían el menor margen posible a las críticas hostiles. Los profesionales de los negocios rara vez pueden formular correctamente su propio comportamiento. Pero en este caso hubo motivos particulares de reticencia. El lector los comprenderá fácilmente si vemos la posición del Banco de manera realista. Como ya he dicho, el Banco tenía pocos amigos. Control es ahora una palabra popular. Fue lo contrario de lo popular en la época del capitalismo intacto. Decir abiertamente que el Banco estaba tratando de controlar el sistema bancario, y mucho menos de manejar la situación comercial general, habría provocado risas, si no indignación: lo que se decía es que el Banco se ocupaba modestamente de sus propios negocios; que simplemente siguió el mercado; y que no albergaba pretensiones de controlar nada ni a nadie. Además, en la etapa formativa de su política, hubiera sido una locura asumir en tantas palabras las responsabilidades que ahora atribuimos a un banco central como algo natural. Esto habría significado compromisos que el Banco no podía estar seguro de poder cumplir. Además, cualquier anuncio espectacular de política habría provocado sobre los directores una multitud de asesores espontáneos, cada uno de ellos convencido de que sabía mucho mejor lo que debía hacer el Banco, y habría existido el peligro de que el público clamara por una

legislación que obligara a la Banco para tomar, o abstenerse de tomar, cursos de acción particulares. Además, la fría negativa a asumir la responsabilidad en las crisis no significa necesariamente lo que parece significar. En 1782, 1792, 1811, 1825, el resultado de tales negativas fue que el gobierno se vio obligado a actuar: emitió facturas del tesoro a los comerciantes en dificultades y, por lo tanto, les proporcionó material que el Banco estaba lo suficientemente dispuesto a descontar, y el motivo de la las negativas pueden haber sido precisamente para abrir esta forma deliciosamente segura de acudir en ayuda del mercado. Por lo tanto, hay menos razones para la indignada sorpresa que algunos críticos del Banco parecen sentir ante la renuencia que mostró el Banco a `` reconocer sus responsabilidades '' y ante sentimientos como los de Thomson Hankey (Gobernador, 1851-2) quien, tan tarde como 1867 (en sus *Principios de la banca*) estuvo a punto de negar cualquier responsabilidad del Banco por el mercado monetario, aunque lo que en realidad negó fue solo esas 'buenas letras de cambio'. . . debe estar descontado en todo momento en el Banco de Inglaterra ”(p. 33 de la 2ª ed., 1873). Si agregamos que una buena dirección parece no tener dirección, no podemos excluir la posibilidad de que tanto la percepción como la práctica de los directores estuvieran por encima, y especialmente por delante, de lo que se les atribuye.

En realidad, debido al mero tamaño del Banco, nada de lo que sucedió en Inglaterra o en el mundo puede, desde el principio, haber sido irrelevante para sus decisiones. Un poco de reflexión convencerá al lector de que los directores, incluso si hubieran sido guiados exclusivamente por el interés de ganancias a largo plazo del Banco e incluso si no hubieran reconocido ninguna responsabilidad a nadie excepto a los propietarios (accionistas), habrían tenido que hacer la mayor parte de cosas que, en las condiciones históricas de cada etapa de la carrera del Banco, constituían las funciones de un banco central. Hay más en la vieja teoría de que un banco central sirve mejor a la economía si atiende a sus propios intereses de ganancias de lo que estamos dispuestos a admitir actualmente. No se sabe exactamente cuándo los directores, de manera clara y consciente, comenzaron a atender consideraciones más amplias. Los síntomas que admiten tal interpretación son ciertamente observables en el comportamiento del Banco durante las Guerras Napoleónicas, cuando se desarrollaron algunos métodos de control del crédito, como el racionamiento, *independientemente* de la posición de los prestatarios, y posiblemente también los intentos de influir, a través del mercado de Londres, el comportamiento de los bancos nacionales. [1096] Después de 1815, el Banco comenzó a dar forma a su política permanente en tiempos de paz mediante un método eminentemente saludable de prueba y error, al igual que el Sistema de la Reserva Federal desarrolló lo que se creía que era su política permanente desde 1918 hasta 1923. Tenemos dos vislumbres interesantes de algunos hitos en este camino a partir de las declaraciones hechas por el gobernador, J. Horsley Palmer, en su testimonio ante el Comité Parlamentario de 1832 sobre la Carta del Banco de Inglaterra. El primero se refiere a una regla empírica ('regla de Palmer') que había sido adoptada en 1827, a saber, la regla para mantener los 'valores' del Banco (descuentos, préstamos, inversiones) aproximadamente constantes para que los cambios en la circulación se produzcan solo como oro. fluye dentro o fuera del país y la circulación se comporta como si fuera totalmente metálica. Esta regla, no destinada a ser obedecida estrictamente, anticipó el principio de la Ley de Peel hasta cierto punto y, de hecho, puede haber sido adoptada en espera de alguna regulación de ese tipo. Más importante es la otra afirmación que en realidad incorporó una pieza de análisis. Reformulando ligeramente la respuesta de Palmer a la pregunta 678, podemos ponerla así. Aceptando un giro desfavorable de las divisas como señal de una expansión

"indebidamente" grande del crédito, afirmó que el Banco podría prevenir o detener una salida de oro aumentando su tasa: la tasa aumentada reduciría el endeudamiento; un endeudamiento reducido significaría un volumen menor de transacciones y empleo, y precios más bajos; los precios reducidos aumentarían las exportaciones y disminuirían las importaciones; y esto daría la vuelta a la balanza de pagos, por lo tanto a los tipos de cambio. Es gratificante observar que esta propuesta no está a nombre de algún profesor de economía. Pero sonaba demasiado académico para que los profesores se lo perdieran. Y se convirtió en la base de la teoría "clásica" de la política del banco central como se enseña en los libros de texto del siglo XIX. Como veremos, también se descubrió el efecto mucho más importante a corto plazo de un aumento en la tasa bancaria —que atraerá saldos cortos del exterior— (Thornton, 1802; Tooke, 1838).

No podemos profundizar más en la evolución de la política del banco central durante el período: la importancia creciente, dentro de los depósitos del Banco, de los saldos de los banqueros, sus políticas variables con respecto a su propio negocio de descuento, sus actitudes cambiantes hacia el mercado monetario, y así. Sin embargo, no se puede pasar por alto un punto. Algunos críticos han afirmado que el Banco, cuando por fin se dio cuenta de sus responsabilidades, se dejó guiar exclusivamente por el estado de las divisas, es decir, por los movimientos reales o esperados del oro. La información disponible no respalda esta opinión. Los directores parecen haberse guiado por sus diagnósticos y pronósticos de las condiciones comerciales y políticas generales en el país y en el extranjero. De hecho, existe una fuerte correlación entre el tipo de cambio bancario y el tipo de cambio. Pero esta correlación se explica fácilmente por el hecho de que, bajo el patrón oro internacional sin restricciones, los movimientos del oro eran un índice sensible de las condiciones comerciales generales.

2. Fundamentos [1097]

No debemos esperar que los escritores del tipo que crearon la literatura que estamos a punto de examinar estén muy interesados en los fundamentos lógicos de la teoría del dinero y el crédito, el tipo de cosas que denota el término alemán *Grundlagenforschung* . De hecho, hay un sabor de primitividad, por no decir crudeza, en la conceptualización de esos economistas, que en ese momento y más tarde condujo a varios malentendidos y controversias fútiles. No se trata de una mera cuestión de terminología. En el caso que nos ocupa, la terminología confusa fue el resultado de pensamientos confusos sobre qué es el dinero y qué hace el dinero. Desde el primero (Thornton, 'Evidence before the Committees of Secrecy', 1797), se formó una categoría completa de todos los medios de pago, también llamado medio circulante y, a veces, 'moneda', que incluía monedas de valor total y simbólicas, bancos pagarés, depósitos sujetos a cheque o, alternativamente, los propios cheques y, en determinadas condiciones, letras de cambio. Esto estaba bien: obviamente, el total de All We Pay With es una noción significativa; su principal valor analítico consiste en el reconocimiento que implica del hecho de que no hay diferencia *esencial* entre billetes y depósitos. Y que este hecho no era evidente por sí mismo sino que tenía que ser "descubierto", lo prueba el hecho adicional de que algunos escritores se negaron a reconocerlo. Lord Overstone y los defensores de la Ley de Peel de 1844 trazaron en general una marcada línea divisoria entre billetes de banco y depósitos que claramente no era meramente terminológica y cuyo significado preciso no es fácil de determinar, porque ninguno de esos autores fue suficientemente explícito sobre los fundamentos lógicos. . [1098] Tooke fue en un principio uno de los que luchó contra la fusión conceptual de billetes y depósitos, hasta 1840, cuando apareció el tercer volumen

de su *Historia* . En 1844 (*Investigación*), había cambiado de opinión y la adoptó, tal vez —como no es demasiado poco caritativo para sospechar— porque esta fusión ofrecía un argumento conveniente contra el proyecto de ley de Overstone y Peel.

Pero incluso la mayoría de los que utilizaron ese concepto integral de Medios de Pago [1099] no lo identificaron, como la mayoría de nosotros, con el concepto de Dinero. [1100] La gran mayoría de los principales autores, entre ellos Thornton, Ricardo, Senior, Fullarton, JS Mill y Marx, definieron el dinero, tal como lo habían definido Galiani, Beccaria y Smith, como una mercancía elegida por medios de intercambio, medida de valor, etcétera. Roscher expresó una opinión dominante cuando dijo que las falsas teorías del dinero se pueden dividir en dos grupos: las que sostienen que el dinero es más y las que sostienen que el dinero es menos que el producto más vendible. Esto, a primera vista, los convierte en metalistas teóricos (ver arriba, Parte II, cap. 6, sec. 2).

Para establecer esta proposición debemos tener en cuenta varios hechos que aparentemente la contradicen. Primero, no todos los escritores aceptaron la doctrina metalista tan explícitamente como lo hizo Fullarton (que incluía en el dinero solo monedas de valor total) y, sobre todo, Marx. Otros, en particular Thornton (ver la primera página de *Paper Credit*) lo insinuaron en lugar de afirmarlo. En segundo lugar, todos o la mayoría incluían papel gubernamental irredimible o lo habrían incluido si se hubiera presionado. Pero esto no contradice nuestra proposición, porque el papel moneda puede interpretarse de tal manera que entra dentro de una definición metalista de dinero. Así, Ricardo, con bastante elegancia, interpretó el papel moneda como dinero, cuyo costo total "puede considerarse señoreaje" (*Principios* , cap. 27). Tampoco se debe insistir en que Ricardo no puede haber sido metalista porque defendía un sistema monetario (*Proposals for an Economical and Secure Currency* , 1816) en el que el oro se eliminaría por completo de la circulación y porque sostenía que 'una moneda está en su mejor momento estado perfecto cuando consiste enteramente en papel moneda ”(*Principios* , cap. 27), porque la oración continúa así:“ pero en papel moneda de igual valor que el oro que profesa representar ”. Una moneda con certificados de oro de este tipo funcionaría exactamente como una moneda de oro y se diferencia de ella no por ningún principio básico, sino simplemente por ciertas economías. La idea misma era asegurarse de que el valor de la unidad monetaria fluctuara de acuerdo con el valor del oro: tal sistema sigue siendo metalista.

En tercer lugar, sin embargo, debemos tener en cuenta la tendencia a asimilar los billetes de banco con el papel moneda. Sir Robert Peel, al presentar su proyecto de ley, definió el dinero para cubrir la moneda del reino y los billetes de banco, siendo este último "papel moneda", y esta forma de hablar era muy común. Pero no significa que los medios de pago de crédito debían considerarse dinero, sino simplemente que, en opinión de Ricardo y Overstone, los billetes de banco no eran medios de pago de crédito, sino dinero *de facto, aunque no deberían serlo* . O, para decirlo de otra manera, usando una frase de Roscher: eran papel moneda que había usurpado ilegítimamente el papel del papel moneda y ahora se verían obligados a comportarse como si fueran monedas de oro legítimas. Esta es toda la filosofía de Peel's Act. Por lo tanto, la inclusión en el dinero de los billetes de banco *que se consideran de esta* manera no contradice nuestra propuesta. JS Mill excluyó los billetes de banco precisamente porque, habiéndose apartado de la enseñanza de Ricardo-Overstone, no los vio de esta manera. [1101]

Pero si reivindicamos a la mayoría de los escritores por el metalismo teórico, dado que la mayoría de ellos también sostenía que era una sabiduría práctica basar la moneda en el oro (o la plata),

también eran metalistas prácticos, debemos tener cuidado de asegurarnos con precisión cuánto esto significa. Significa que ellos —y con inconfundible claridad Ricardo, Senior, Mill y Marx— interpretaron el fenómeno del dinero a partir del caso del dinero metálico de valor total, como veremos más adelante. También significa que esto perjudicó su análisis del tema del Dinero y el Crédito, como se explicará en la Sección 4. Pero no significa que esta base metalista de su análisis los obstaculizara en cada paso. A veces se olvidaba felizmente. Y en otras ocasiones, los dispositivos constructivos adecuados evitaron que hiciera daño. Ya hemos observado uno de esos dispositivos. Algunos escritores alemanes posteriores han sostenido que el punto de partida metalista hace imposible hacer justicia analítica a los hechos del papel moneda irredimible. Sin embargo, Ricardo y JS Mill no experimentaron ninguna dificultad para encajar estos hechos en una teoría metalista.

Como en el período posterior, el problema central de la teoría monetaria fue el valor del dinero. Más concretamente que en el período anterior, este valor se identificó con las relaciones de cambio entre dinero y bienes o el poder adquisitivo de los primeros. [1102] Pero el hecho de que todos los precios monetarios normalmente no varíen en la misma dirección, y mucho menos en la proporción, es decir, el hecho que da lugar al problema del poder adquisitivo *general* o su recíproco, el nivel general de precios, provocó dificultades que fueron muy obvio en la discusión sobre la inflación de guerra y nunca fueron realmente superados. La mayoría de nosotros —quizá sin crítica— creemos que podemos resolverlos mediante el método de los números índice, y este método, como sabemos, ya estaba disponible. Pero pocos teóricos se lo tomaron bien. Wheatley fue el primero en hacerlo, hasta donde yo sé. La mayoría del resto, incluido JS Mill, desconfiaba de él o incluso no comprendía sus posibilidades, a pesar de los esfuerzos de Lowe y Scrope. Tampoco desarrollaron una teoría articulada del nivel de precios. Hablaban vagamente de precios en general o precios generales o, más precisamente, de la escala de precios (Cairnes), pero no se puede decir que hayan hecho más que esbozar la idea, y algunos, entre ellos Ricardo, la rechazaron definitivamente. [1103] Ésta es la razón por la que su prueba de que los billetes de banco se depreciaron durante las guerras napoleónicas se basó principalmente en la prima del lingote y por qué, al tratar los aspectos monetarios del comercio exterior, comparó los precios de las mercancías individuales en el país y en el extranjero, aunque y otros pueden haber creído que estos eran representativos de variaciones más generales.

Los principales "clásicos" resolvieron el problema de este valor bastante dudoso del dinero simplemente extendiéndole su teoría general del valor. En consecuencia, distinguieron un valor del dinero natural o normal a largo plazo y un valor de equilibrio a corto plazo. El primero o, como también dijeron, engañosamente, el valor "permanente" estaba determinado por el costo de producir (u obtener) los metales preciosos, [1104] el segundo por la oferta y la demanda.

Observa tres cosas. En primer lugar, este procedimiento ratifica nuestra denominación de metalistas teóricos. En segundo lugar, *ambas* proposiciones son obviamente proposiciones de equilibrio, aunque se refieren a diferentes tipos de equilibrio. En tercer lugar, las palabras "determinado por" son engañosas y deben sustituirse por "determinado en". Porque esta determinación no tiene una connotación causal particularmente fuerte. El lector puede satisfacerse fácilmente de esto considerando el siguiente caso: supongamos que el público cambia sus hábitos de pago de manera permanente, de modo que de ahora en adelante todos tengan menos efectivo (en monedas de oro) que antes; entonces se "requerirá" menos oro a un nivel dado de precios; la producción de oro, dentro de los supuestos de este análisis, ciertamente se ajustará de tal manera que los costos (marginales) igualen el valor nuevo y

más bajo de la unidad monetaria; pero debe quedar claro que en este caso los costos se están adaptando al valor al menos tanto como el nuevo valor se adapta a los nuevos costos. En otras palabras, nuestra proposición de equilibrio a largo plazo es una de las muchas condiciones de equilibrio a largo plazo y puede adquirir una connotación causal solo por la gracia del teórico, es decir, por la decisión de este último de congelar todos los demás factores de la situación. Incluso entonces, un cambio en los costos marginales del oro afectará el valor del dinero solo al afectar la oferta de dinero, como reconocieron Senior y JS Mill. [1105] Por supuesto, debe tenerse en cuenta que, debido a la extrema durabilidad del oro, el stock total del mismo varía pero lentamente en respuesta a la tasa anual de producción y que, por lo tanto, el patrón de equilibrio a corto plazo será en el caso del oro es de mayor importancia en relación con el patrón de equilibrio a largo plazo que en el caso de otros productos básicos. Incluso Ricardo, a pesar de su inclinación por el análisis a largo plazo, razonaba sobre el dinero principalmente en términos del primero, es decir, en términos de oferta y demanda.

Ahora estamos preparados para considerar las inquietantes y desconcertantes cuestiones hasta qué punto los "clásicos" aceptaron el teorema cuantitativo y si adquirió o no una autoridad ilegítima con ellos. Para tres de los principales escritores, Thornton, Senior y Marx, la respuesta negativa es tan clara que no requiere prueba. [1106] Veamos entonces las posiciones de Ricardo y JS Mill. Primero, recuerde que el mero reconocimiento de la relevancia para el valor de la oferta o cantidad de oro no implica la aceptación de lo que hemos llamado el teorema cuantitativo "estricto" (Parte II, cap. 6, sec. 4). Es decir, la mera afirmación de que el poder adquisitivo de una unidad monetaria "depende de" la oferta y la demanda no identifica ninguna teoría del dinero en particular. El primero de los problemas que tiene que afrontar el lector en este asunto es que Ricardo y James Mill (y una larga lista de escritores posteriores sobre el dinero, incluidos Pigou y Cannan) no se dieron cuenta de esto, pero, en sorprendente analogía con su procedimiento en en el caso del fondo de salarios, trató de *deducir* el teorema de la cantidad a partir de la 'ley' de oferta y demanda. Como resultado, en cada caso individual, uno tiene que preguntarse si se referían a algo que se sigue de la 'ley' de la oferta y la demanda, por ejemplo, que *ceteris paribus* un aumento en la cantidad de dinero tenderá a disminuir la compra. poder de la unidad — o si significaron más — por ejemplo, que *ceteris paribus* (*estricto tiempo*) un aumento en la cantidad de dinero disminuirá el poder adquisitivo de la unidad *proporcionalmente* . El segundo de los problemas con los que tiene que hacer frente el lector surge del hecho de que el término 'teoría cuantitativa' cubre varios significados, de modo que si encuentra que dos escritores no están de acuerdo sobre si 'la' teoría cuantitativa debe atribuirse o no a un dado el autor, debe tener en cuenta la posibilidad de que los dos escritores simplemente signifiquen cosas diferentes con ese término. Para nuestro propósito actual, la definiremos como: primero, que la cantidad de dinero es una variable independiente, en particular, que varía independientemente de los precios y del volumen físico de transacciones; [1107] segundo, que la velocidad de circulación es un dato institucional que varía lentamente o nada, pero que en todo caso es independiente de los precios y el volumen de transacciones; [1108] tercero, que las transacciones —o digamos, la producción— no están relacionadas con la cantidad de dinero, y sólo se debe al azar que las dos puedan moverse juntas; cuarto, que las variaciones en la cantidad de dinero, a menos que sean absorbidas por variaciones en la producción en la misma dirección, actúan mecánicamente sobre todos los precios, independientemente de cómo se utilice un aumento en la cantidad de dinero y en qué sector de la economía incide (quién lo obtiene), y análogamente para una disminución.

Sostengo que Ricardo, antes que él Wheatley, después que él James Mill y McCulloch, sostuvo la teoría cuantitativa en este sentido estricto y que ningún otro escritor importante lo hizo. Es cierto que Ricardo —y lo mismo ocurre con McCulloch pero no con James Mill— introdujo salvedades de vez en cuando y que, aquí y allá, hacía afirmaciones que eran lógicamente incompatibles con su estricta teoría cuantitativa, exactamente como lo hacía en materia de trabajo. -ley cuantitativa del valor. En ambos casos, sin embargo, los mencionó solo para minimizar su importancia. En el mismo sentido en que tenemos derecho a afirmar que sostuvo lo segundo, aunque sólo como una aproximación, también estamos justificados en atribuirle la teoría cuantitativa estricta, como una aproximación. 1109

El caso de JS Mill es bastante diferente. 1110 Al principio, se comprometió efectivamente con una teoría cuantitativa estricta en el sentido definido, incluso afirmando con tantas palabras que las variaciones en la cantidad de dinero afectarán su valor 'en una proporción exactamente equivalente' y que esta propiedad es 'peculiar al dinero »(Libro III, cap. 8, § 2). Pero cerró el capítulo diciendo que esta estricta teoría cuantitativa es, sin embargo, en las condiciones modernas, "una expresión extremadamente incorrecta del hecho". La aparente contradicción es fácil de resolver. En primer lugar, limitó el ámbito de aplicación del teorema cuantitativo a sociedades que no conocen ningún otro medio de pago, salvo la moneda y el papel irredimible. El surgimiento del "crédito", según él, cambia radicalmente la situación: con un sistema desarrollado de "crédito", los precios ya no dependen, de manera simple, de la cantidad de dinero en ese sentido. 1111 En segundo lugar, emasculó aún más el teorema de la cantidad, incluso en el caso de una circulación puramente metálica, al restringir su validez a la cantidad de dinero que realmente circula. Pero la cantidad de dinero *circulante* no es ciertamente independiente de la situación comercial —producto, empleo, etc.— como indicó JS Mill con su giro de frase sobre la cantidad de dinero "que la gente quiere disponer; es decir, todo el dinero que tienen en su poder excepto lo que están atesorando, o al menos guardando como reserva para contingencias futuras ”(Libro III, cap. 8, § 2). Además, era bastante consciente de las implicaciones de esto, como hemos visto en nuestra discusión de su interpretación de la ley de Say. Y si coordinamos esto con su reconocimiento del hecho de que las compras 'a crédito', es decir, por medio de instrumentos de crédito de un tipo u otro, influyen en los precios tanto como las compras por dinero (*ibid.* Cap. 12), descubre que en su esquema analítico no es en absoluto la cantidad de dinero per se la que actúa sobre los `` precios generales '', sino simplemente el gasto, y que este gasto no está estrechamente, y mucho menos únicamente, relacionado con la cantidad de moneda o papel moneda. Por lo tanto, apenas queda diferencia entre la versión de Mill de la teoría cuantitativa y las opiniones de sus oponentes, contemporáneos o posteriores. El arreglo conceptual de JS Mill logró el mismo fin que otros lograron al hacer de la velocidad una variable económica. Porque hacer de la cantidad relevante de dinero una variable en el problema del poder adquisitivo definiéndola como la cantidad que realmente se gasta, evidentemente, equivale a partir de una determinada cantidad de dinero (cualquiera que sea su definición) y obtener un promedio La velocidad es una variable económica y, en particular, cíclica. El primer procedimiento elimina la maldición de la velocidad constante y, además, tiene la ventaja de que nos permite separar los dos componentes de lo que generalmente se etiqueta como velocidad: la tasa de gasto, que ciertamente es variable, y la velocidad en un sentido más estricto. lo cual, determinado por los hábitos de pago, el grado de concentración de la industria, etc., puede de hecho, al menos normalmente, ser tratado como una constante institucional. No es necesario mostrar cuán cerca se acerca esto a las vistas muy modernas.

Antes de continuar, mencionaré apresuradamente dos puntos sobre la velocidad que no fueron de gran importancia en ese momento, aunque ganaron algo durante el período siguiente. Primero, luego como más tarde, algunos escritores se expresaron en el sentido de que el uso del crédito "economiza" el dinero o "hace que el dinero sea más eficiente". Esto, obviamente, invita a la idea de que el crédito aumenta la velocidad del dinero de reserva de curso legal que, aunque en reposo en las bóvedas de los bancos, puede decirse, metafóricamente, que `` circula " con una velocidad mucho mayor de la que tendría, si realmente circulaba. Esta idea fue desarrollada por Rodbertus (*Die preussische Geldkrisis* , 1845; ver MW Holtrop, 'Theories of the Velocity of Circulation of Money in Earlier Economic Literature', *Economic History, A Supplement to the Economic Journal* , enero de 1929, p. 520). En segundo lugar, los intentos de formular una ecuación de intercambio algebraicamente —que no implica necesariamente la aceptación de la teoría cuantitativa— se remontan mucho (John Briscoe, H. Lloyd, ver arriba, Parte II, cap. 6, sec. 2c), pero la el más elaborado de todos pertenece al período que se examina: *On Currency* (1840), de JW Lubbock, un libro interesante de un hombre aún más interesante. Su ecuación ha sido reproducida en Viner (*op. Cit.* P. 249n.) Y Marget (*op. Cit.* Vol. 1, p. 11, y p. 12, n. 8).

3. Extractos de los debates sobre inflación y reanudación

Sin duda, ningún elemento de la actuación de Mill se originó en él. Sin embargo, tiene mérito histórico. Ambos hechos se destacarán si ahora examinamos algunos de los puntos de referencia en la carretera que conducía a su posición. [1112]

Los ingleses que empezaron a escribir sobre política monetaria alrededor de 1800 sabían muy poco sobre la obra inglesa de los siglos XVII e incluso XVIII y aún menos, casi nada de hecho, sobre la obra no inglesa de esos siglos, un ejemplo interesante de cómo el avance de la economía ha sido y está siendo afectada por estas pérdidas recurrentes de acumulaciones previas de conocimiento. En particular, no sabían nada sobre Cantillon y Galiani y poco sobre Steuart. Incluso Thornton, relativamente erudito, conocía las obras de Locke, Hume, Montesquieu y, por supuesto, A. Smith, [1113] , pero no mucho más. En esencia, empezaron de nuevo, lo que explica en gran medida la frecuente aparición de argumentos bastante primitivos, incluso con los mejores. Dado que no estamos interesados principalmente en las cuestiones prácticas en juego, sino en los métodos de análisis que se utilizaron en su discusión y sólo en aquellos métodos que se relacionan con los fundamentos de la teoría monetaria, no hay mucho que informar.

Como hemos visto, la Orden en Consejo que suspendió el canje de los billetes del Banco de Inglaterra (1797) fue una medida de precaución que se tomó en respuesta a una crisis y una corrida. El endeudamiento público del Banco no produjo efectos particularmente visibles durante varios años. Sin embargo, cuando los precios empezaron a subir y las bolsas a bajar, brotó un torrente de artículos y folletos cuyo tema *probandum* era que la emisión "excesiva" de billetes de banco irredimibles era responsable de esos "males". Desde su testimonio ante los dos Committees of Secrecy (1797) hasta sus dos discursos sobre el Bullion Report (1811), [1114] las contribuciones de Thornton superaron a todas las demás en lo que respecta a la amplitud de la comprensión y el poder analítico. Tres de ellos son de primer orden de importancia para la historia del análisis monetario. El primero es el tratamiento de la 'rapidez de circulación' como una cantidad variable que fluctúa con el estado de 'confianza', es decir,

sustancialmente con las condiciones comerciales generales: [1115] este redescubrimiento de una verdad fundamental que se erige históricamente en el nombre de Cantillon nunca más se perdió, pero fue tan poco atendido que tuvo que ser redescubierto una vez más por Keynes. [1116] El segundo es la introducción del interés en la teoría del proceso monetario o, más precisamente, la introducción en un molde científico de ideas sobre la relación entre dinero, precios e intereses (véase más adelante, sección 4a) que son intuitivamente familiares. a cada banquero. [1117] El tercero, que se refiere a los aspectos monetarios del comercio internacional, se discutirá más adelante en la Sección 5.

Pero hay algo más. Al aplicar su aparato analítico a los hechos y problemas prácticos de su época y su país, Thornton demostró ser un maestro en el arte del diagnóstico económico. Fue el único de los principales escritores que vio los efectos de la emisión de billetes del Banco y, al mismo tiempo, los mantuvo en su lugar adecuado en el patrón total de factores que dieron forma a la situación monetaria inglesa durante la primera década del siglo XIX. . Indudablemente, los méritos que posee el Bullion Report de 1810 —especialmente esa lista honesta, aunque algo carente de inspiración, de todos los hechos relevantes, ya sean causas, consecuencias o síntomas— deben atribuirse principalmente a él. [1118]

Los otros 'bullionistas' o partidarios de la política incorporada en el Informe Bullion (la reanudación de los pagos en metálico por parte del Banco de Inglaterra en la fecha más temprana posible) no lo son, ni en virtud de la igualdad de calidad del trabajo ni en virtud de una estrecha similitud de opiniones, con derecho a ser clasificado con Thornton. Además de Wheatley y Ricardo, que representan una escuela de pensamiento claramente diferente, simplemente notamos a Boyd y Lord King, cuyos argumentos pertenecen a la línea Wheatley-Ricardo más que a la de Thornton, y a Malthus para quien lo opuesto estaría más cerca de la verdad. . [1119] Básicamente, su caso era muy simple. Que la prima del lingote fuera una prueba de una "depreciación" de los billetes de banco era poco más que una definición. Que esta prima era mayor, los cambios más desfavorables y los precios más altos *de lo que hubieran sido* , en igualdad de condiciones, con una circulación de billetes como la que habría sido posible si los billetes hubieran sido redimibles, es decir, simplemente con una emisión de billetes más pequeña. sólo la terquedad irrazonable podría negar. Fue la obstinación no menos irrazonable, con la que minimizaron todos los demás factores de la situación, lo que los abrió a respuestas que tuvieron éxito en varios puntos. [1120] La desaprobación de una emisión de pagarés mayor que el monto posible en virtud del reembolso de los pagarés a la vista presupone, por supuesto, que este último se considera la condición normal o ideal de la moneda. Esto convierte a todos estos "bullionistas" en metalistas teóricos y prácticos. Pero eso no significa necesariamente que mantuvieran una teoría cuantitativa estricta; Thornton, por ejemplo, ciertamente no lo hizo. Hay cuestiones mucho más interesantes que surgen detrás de estas cuestiones básicas nada más analizar en detalle el mecanismo de la inflación, en particular las relaciones entre la emisión del Banco de Inglaterra y los bancos nacionales. Pero no podemos entrar en estos.

El considerable éxito de la línea Wheatley-Ricardo se debió no solo a la fuerza y brillantez de Ricardo, sino también a la falta de estas cualidades en sus oponentes. Nos limitaremos a la autoridad destacada entre ellos, Thomas Tooke, [1121] cuyos escritos, aunque el primero de ellos apareció sólo en 1826, representan mejor que cualquier otro los puntos fuertes y débiles del caso contra el análisis de Ricardo.

El punto fuerte más obvio — seguimos descuidando el tema de la política — fue por supuesto que, en una inflación tan suave como la del período de restricción inglés, la influencia de factores no

monetarios e incluso de factores que afectan directamente a los individuos Los productos básicos o grupos de productos básicos solamente (como los cereales) deben necesariamente dar cuenta de una parte mucho mayor de los fenómenos observados de lo que lo sería en casos de inflación avanzada, y mucho menos salvaje. Una buena o mala cosecha, un auge o una crisis, a veces dominarán una determinada situación de precios para reducir, por el momento, la influencia inflacionaria a la insignificancia. Lo que debe hacer el analista en tales casos es reunir y discutir los datos cuidadosamente, año tras año o incluso mes tras mes, para que hablen por sí mismos. Tooke hizo esto muy bien y con bastante éxito, y esto habría bastado para invalidar la teoría de Ricardo *en su aplicación a la situación entonces imperante* . Pero Tooke apuntó a más que esto y atacó la teoría de Ricardo como teoría. Esto, también, podría haberse hecho con éxito, en líneas que podrían haberse derivado del trabajo de Thornton, pero Tooke no estaba a la altura de esta tarea. No tenía noción de la relación lógica entre observación y análisis y nunca comprendió qué hechos pueden aducirse y qué hechos no pueden aducirse en la verificación o refutación de una teoría. [1122] Y en el momento en que perdió el contacto con situaciones individuales, que supo analizar, pareció perder la capacidad de pensar, el más eminente de esa gran clase de economistas que se encuentran en la misma situación. Luego incluso perdió ese sano sentido del absurdo, que le resultó muy útil en su análisis fáctico, y no dudó en comprometerse con proposiciones obviamente insostenibles, como algunas de las conclusiones de la *Investigación* de 1844 mediante las cuales trató de resumir sus puntos de vista sobre los fundamentos de la teoría monetaria. La duodécima de estas conclusiones declara con tantas palabras que los precios de las mercancías no dependen -no agregó 'únicamente', lo que habría salvado la situación- 'de la cantidad del medio circulante' sino que, por el contrario, la cantidad del medio circulante "es la consecuencia" de los precios. Sin embargo, antes de que consideremos esto completamente tonto, conviene recordar que se enfrentaba a economistas que negaban por completo la existencia de la relación que afirmaba su duodécima conclusión y que Tooke puede estar justificado en parte por este motivo, y también ser dado el beneficio de la circunstancia atenuante de que era insuperable en la torpeza de la formulación. La decimotercera conclusión da entonces, aunque en una forma no menos torpe, la teoría de los precios generales de Tooke, que ha sido muy admirada, especialmente en Alemania, [1123] donde, parcialmente mejorada, experimentó un resurgimiento en las dos primeras décadas del siglo XX. siglo. Esencialmente, se trata de esto. Dado que, por un lado, las mercancías pueden comprarse sin el uso de 'dinero' y dado que, por otro lado, no es necesario que el 'dinero' se vuelva activo (en cuyo caso realmente lo es, en lo que respecta a la acción sobre los precios). , inexistente), la cantidad de dinero sobre la que razonó Ricardo no es un dato útil. Lo que actúa sobre los precios son los gastos, independientemente de cómo se financien. Dentro del gasto total de todo tipo y para todos los fines, el gasto en consumo o inversión de los hogares ocupa un lugar especialmente relevante. 'Y aquí llegamos al principio regulador último de los precios monetarios' (*History* , vol. III, p. 276): el factor fundamentalmente determinante consiste en 'los ingresos de los diferentes órdenes del estado, bajo el concepto de rentas, ganancias , salarios y sueldos. . . . En otras palabras, salimos con el "enfoque de ingresos" al problema del valor del dinero. [1124] Debe decirse de inmediato que el propio Tooke ofrece varias pistas para reformular esta *Teoría del Dinero de la Renta de manera* más correcta y desarrollarla de diversas maneras, una de las cuales termina en la *Teoría General* de Keynes . Pero como lo dejó Tooke, está abierto a una crítica que reduce en gran medida su importancia: [1125] esos ingresos obviamente no son datos definitivos; los precios los determinan tanto como ellos determinan

los precios; y en el complejo de factores que los generan, la cantidad de dinero tiene su lugar. No es difícil imaginar el gusto con el que Ricardo hubiera tomado su hacha y recortado el desordenado argumento de Tooke para poder demostrar triunfalmente que esos ingresos no eran más que cantidad de dinero multiplicada por velocidad. Aún así, aunque tendremos que notar contribuciones más importantes de Tooke, la importancia de éste no debería, si se toma debidamente en cuenta su poder sugestivo, evaluarse en cero.

Volvamos ahora por un momento a JS Mill y su actuación. A la luz de lo que hemos aprendido desde que lo dejamos, podríamos describir su enseñanza como una mezcla entre la de Ricardo y la de Tooke. Vio las deficiencias del análisis de Wheatley-Ricardo y limó sus asperezas o algunas de ellas; vio los defectos del análisis de Tooke y rápidamente corrigió sus defectos más evidentes; pero hizo mucho por salvar las verdades que contenían. Hasta cierto punto, especialmente en su tratamiento del mecanismo monetario del comercio internacional, redescubrió la línea de Thornton, y aquí y allá la mejoró. Sólo hay que añadir dos salvedades a esta apreciación de un logro considerable que, si se hubiera entendido mejor, podría haber sido fundamental para dar inicio a una nueva época de análisis monetario. [1126] Primero, aunque su retención del teorema de que un aumento en el dinero aumentará, *ceteris paribus* , los precios *en la misma proporción* (la propiedad peculiar del dinero) está bien cuando se cubre como lo cubrió en, también retuvo el error ricardiano doctrina de que las variaciones en la cantidad de dinero y las variaciones en el volumen físico de producción no tienen nada que ver entre sí y nunca coincidirán excepto por casualidad. En segundo lugar, esta negación de la posibilidad de una "estimulación monetaria" no es más que el ejemplo más importante de los puntos de vista estrechos sobre las ideas de gestión monetaria que surgieron en los años veinte y treinta del siglo XIX. Estos deben notarse ahora brevemente. [1127]

Incluso antes de la aprobación del proyecto de ley de reanudación de Peel (1819) o de la reanudación real de los pagos en metálico por parte del Banco de Inglaterra (1821), muchas personas expresaron sus dudas sobre las posibles consecuencias de este paso, que sin duda significaría una sacudida y podría significar más. que una sacudida. Cuando las personas empezaron a darse cuenta de que les esperaba una depresión grave, que en realidad prevaleció, con la excepción de las rachas de 1817 y 1824, de 1815 a 1830 y (después del repunte que se produjo aproximadamente en 1830) se reanudó a partir de 1836, Como hemos visto, eché toda la culpa al factor que era más obvio en la superficie, la reanudación y la forma en que el Banco de Inglaterra lo llevó a efecto. Los políticos fueron relativamente razonables, siendo los portavoces de los intereses agrarios el único grupo que, como grupo, hizo todo lo posible a este respecto. [1128] Pero los banqueros, financieros y economistas inspirados por el punto de vista de los banqueros y financieros, especialmente aquellos que se sentían a la defensiva debido a su patrocinio anterior del Bullion Report, tenían la mayoría de ellos sin duda alguna de que la raíz de todo mal era el dinero y nada más, en la mayoría de los casos ni siquiera preocupante establecer lo que parecía un diagnóstico tan indudable. En consecuencia, criticaron la reanudación, o al menos la reanudación en la paridad de antes de la guerra, por ser inoportuna o totalmente inútil, y produjeron soluciones y esquemas de reforma que iban desde la exclusión del oro de la circulación real y la inserción de plata en las reservas monetarias, hasta las anticipaciones. del 'dólar de los productos básicos' a un papel moneda administrado que debía estabilizar los precios y el empleo. Sabemos, por supuesto, que la historia se repite incesantemente. Pero es asombroso y quizás un poco triste observar que los economistas, influidos por los humores imperantes del momento,

también se repiten y que, felizmente ignorantes de sus predecesores, creen en cada caso que están haciendo descubrimientos y construyendo inauditos. crear una ciencia monetaria completamente nueva. Sin embargo, hay algunas cosas que se pueden extraer de la historia del análisis. 1129

En primer lugar, se descuidó la cuestión del diagnóstico, pero no del todo. Como era de esperar, Tooke brilló en la discusión. Tenía el gran mérito de no ser un monomaníaco monetario, y su sentido común y su dominio de los hechos le permitieron analizar la caída de los precios desde 1814 hasta 1837 de una manera completamente sensata. Sus 'seis causas' 1130: buenas cosechas, divisas favorables, eliminación de obstrucciones a los suministros externos y aparición de nuevas fuentes de materias primas, tasas de flete y seguros en descenso, progreso tecnológico, aumento de la oferta de capital y, por lo tanto, tasas de interés más bajas. —De hecho, no revelan un análisis ideal y hay muchos defectos en ellos desde un punto de vista teórico. Pero al menos contienen el factor más importante —el tremendo aumento en la eficiencia productiva como consecuencia de la Revolución Industrial— y además la mayoría de las características sobresalientes de esa época, aunque Tooke fracasó en la tarea analítica de ponerlos en sus relaciones adecuadas.

En segundo lugar, las variaciones en el poder adquisitivo del dinero plantearon la cuestión de la "justicia" entre acreedores y deudores (o, en lo que respecta a la deuda pública, contribuyentes). Como siempre, la 'justicia' fue lo que benefició el interés que simpatizaba con cada escritor. Pero argumentos más sustanciales, a veces toscos, a veces más refinados, reforzados o incluso suplantados a consideraciones de justicia. 'Squire' Western señaló que hay situaciones en las que, dado que los precios más altos son la única alternativa a una quiebra generalizada, una caída del valor del dinero podría considerarse en interés de los acreedores. Otros enfatizaron que, en general, los deudores representan los elementos activos de la economía, de modo que un beneficio para ellos al final beneficia a todos. Otros más aprendieron a matizar sus cantos fúnebres sobre el desaliento de la industria a través de la caída de los precios diciendo "a menos que esta caída sea causada por una caída en los costos" 1131, aunque algunos fueron para el mantenimiento de los precios incluso frente a la caída de los costos. Al igual que Hume (y Wicksell), la mayoría de los que escribieron sobre divisas prefirieron subir lentamente a precios estables. No hace falta decir que la confusión habitual entre los precios que interesaban a un escritor y el nivel de precios perjudicó los argumentos en todo momento; la mayoría de los escritores, como hemos visto anteriormente, tenían dificultades para definir lo que querían decir con "precios generales".

En tercer lugar, estaban tomando forma ideas definidas de gestión monetaria y algunas de ellas eran más que meras repeticiones de argumentos del siglo XVII. Existía la idea de un nivel de precios estable; la idea de estimulación monetaria de la producción (lo que llamamos pump priming); la idea de estabilizar las tasas de interés; y la idea de estabilizar el empleo.

Nuestros pocos ejemplos ilustrativos se tomarán principalmente de los economistas de reputación "científica". Thornton ofreció varias sugerencias para la gestión monetaria en tiempos de crisis. El plan de Ricardo ya lo hemos notado. El estándar tabular de Joseph Lowe, 1132 destinado a uso voluntario para la estabilización de contratos a largo plazo, marca un avance distintivo en el análisis monetario. El papel moneda inconvertible fue patrocinado por TP Thompson. 1133 Poulett Scrope no llegó tan lejos sino que se adhirió al estándar metálico (oro o plata). 1134 Sin embargo, además de patrocinar y elaborar la idea estándar tabular de Lowe's, abordó todo el complejo de problemas que surgían de las variaciones en el poder adquisitivo del dinero, incluidos sus efectos sobre el trabajo.

Sostuvo erróneamente que la participación relativa o absoluta del trabajo en el "producto bruto" *debe* reducirse a medida que aumenta la participación de los acreedores (a interés fijo), pero tuvo el mérito de enfatizar la influencia de la caída de los precios sobre el empleo. Esto también lo hizo Bollmann. [1135] El único otro nombre que voy a mencionar, el nombre de los dos héroes de la Birmingham Currency School, es Attwood. [1136] La Escuela de Moneda de Birmingham se describe correctamente por la etiqueta que aceptó: Anti-Gold Law League. Como era de esperar, muchos de sus miembros eran simplemente inflacionistas. Pero Thomas Attwood fue mucho más que eso. Si he captado el significado de su mensaje, era un anti-deflacionista en el sentido moderno. Tenía un horror casi histérico por lo que llamamos deflación y le atribuía todas las dificultades económicas de su época. Y en la deflación misma no vio nada más que los caprichos de un sistema esencialmente irracional de dinero y crédito. Pero, independientemente de lo que pensemos de este diagnóstico (muchos de nosotros seguramente simpatizaríamos con él), tuvo el mérito de servir como una lupa que le permitió ver lo que los principales economistas de la época se negaron a ver, a saber, que un ideal El papel moneda administrado podría evitar algunas consecuencias del automatismo del oro que, de hecho, no funcionan. Hasta donde yo sé, no desarrolló su principio completa y sistemáticamente. Pero, salvo exageraciones, su defensa del principio en sí está libre de cualquier cosa que merezca ser llamada monstruosa. Su afirmación de ser considerado un especialista serio en dinero se ve reforzada por su recomendación de reanudar los pagos de oro, si es que tenían que reanudarse, a un valor de oro reducido de la libra, una anticipación notable de una idea de 1919.

Ninguna de estas ideas entró en el texto autorizado de Mill, excepto como muchos errores que deben ser expuestos. En su capítulo 'De un papel moneda inconvertible' (*Principios* , Libro III, cap. 13), además de afirmar que el poder de 'depreciar la moneda sin límite' es un 'mal intolerable', se encontró con un plano negativo no solo de Attwood. pero también los argumentos de Hume y Thornton sobre la posibilidad de estimulación monetaria. Desde nuestro punto de vista, no tenemos derecho a oponernos al evidente desagrado de Mill por la idea. Nadie está obligado a aprobar la gestión monetaria, y había y hay perfectamente buenas razones para desconfiar de la capacidad, la independencia y demás de las agencias que tendrían que emprenderla. También hay razones, buenas o malas, para querer soportar todos los caprichos del dinero automático en lugar de los caprichos de la política. Pero tenemos derecho a oponernos a la negativa de Mill de considerar la teoría del dinero administrado y enfrentar directamente los hechos y problemas que dieron lugar a la idea. Al hacerlo, empobreció el análisis monetario y lo dejó, en este sentido, en un estado que explica, aunque no justifica, la impresión tan prevalente en nuestros días de que existe un inmenso abismo *científico* entre él y nosotros.

Tampoco es más distinguido su capítulo "De un doble rasero" (Libro III, cap. 10). Lo que tenía que decir sobre el bimetalismo se basa en la sospecha —en general bien fundada, por supuesto— de que los patrocinadores de esquemas bimetalistas simplemente quieren deprimir el poder adquisitivo del dinero. Como desaprobaba esto, hizo a un lado todo el tema sin entrar seriamente en los problemas analíticos involucrados, aunque durante el período examinado se desarrolló una considerable literatura sobre la plata y el bimetalismo (la *Mécanique de l'échange de* Henri Cernuschi apareció en 1865) y aunque Era evidente que el autor de un tratado como el de Mill tenía el deber de tratarlo adecuadamente, independientemente de sus simpatías. [1137] Lo poco que se puede decir en este libro acerca de esos problemas se remitirá a la Parte IV (cap. 8). La producción de oro se movió a un nivel

bajo hasta la década de 1840. Cuando entró el oro ruso y luego el australiano y californiano para cambiar la situación, los hechos y los efectos se debatieron con entusiasmo durante las décadas de 1850 y 1860. No cabía duda razonable de que el nuevo oro estaba ejerciendo *alguna* influencia sobre los precios, pero existían más dudas sobre si esta influencia, contrarrestada como estaba por el flujo de oro a la India, China y otros países y por el aumento concomitante de la producción de bienes fue lo suficientemente fuerte como para elevar los precios ingleses en una cantidad apreciable. 1138 Esto implicó una investigación del *modus operandi* del nuevo oro sobre los sistemas monetarios, el crédito, los intereses, la producción, etc., en todo el mundo. Nadie dudaba de que los primeros efectos tuvieran interés; que la situación de las reservas fáciles evitó lo que podría haber sido una crisis financiera en 1853; pero que los altos beneficios y la especulación, engendrados por el estímulo monetario del proceso económico, conducirían a rigideces y acentuarían los altibajos cíclicos. 1139 Con el debido respeto a muchos análisis sensibles que un informe más completo tendría que mencionar, no puedo dejar de concluir que los beneficios del análisis económico fueron escasos y que los economistas de esa época perdieron la oportunidad de aprovechar las lecciones de esas experiencias. en su teoría general del dinero. Esto se muestra también en la forma en que la plétora de oro afectó la opinión sobre el bimetalismo.

En general, la gente disfrutaba de la prosperidad que parecían haber traído los descubrimientos de oro: la Providencia era, por el momento, popular en la bolsa de valores. Sin embargo, no faltó el disenso, y algunos de los disidentes comenzaron a pensar en la adopción de un patrón de plata como un remedio para la inflación del oro, es decir, por razones exactamente opuestas a las que habían recomendado el patrón de plata a algunos escritores alrededor de 1820. 1140 y volvimos a recomendarlo a partir de la década de 1870. Además, sin embargo, la historia estaba obligando a los economistas al realizar un interesante experimento de bimetalismo ante sus propios ojos. Francia tenía entonces un sistema bimetalista *de facto* a razón de 1: 15½. A medida que el oro cayó, comenzó a fluir hacia la circulación y las reservas francesas y a expulsar la plata. Este fue el famoso efecto paracaídas, como lo llamó Chevalier, es decir, el efecto del bimetalismo para absorber el metal monetario que se deprecia y liberar el metal monetario que se aprecia y así estabilizar el valor de la unidad monetaria, al menos mientras el este último no fue completamente desplazado. No refleja mucho mérito para los economistas que este efecto no se les haya ocurrido antes. 1141 Pero les da aún menos crédito el hecho de que no lo entendieron completamente cuando lo tuvieron ante sus ojos. El primer economista que elaboró la teoría completa del estándar bimetalista en una proporción fija fue Walras.

4. La teoría del crédito

Incluso hoy en día, es más probable que los libros de texto sobre dinero, divisas y actividades bancarias comiencen con un análisis de un estado de cosas en el que el "dinero" de curso legal es el único medio de pago y préstamo. El enorme sistema de créditos y débitos, de créditos y deudas, mediante el cual la sociedad capitalista lleva a cabo su actividad diaria de producción y consumo, se construye luego paso a paso mediante la introducción de derechos sobre dinero o instrumentos de crédito que actúan como sustitutos de la moneda de curso legal y son permitió, de hecho, afectar su funcionamiento de muchas maneras, pero sin despojarlo de su papel fundamental en el cuadro teórico de la estructura financiera. Incluso cuando queda muy poco de este papel fundamental en la práctica, todo lo que sucede en el ámbito de la moneda, el crédito y la banca se construye a partir de él, así como

el caso del dinero mismo se construye a partir del trueque.

Históricamente, este método de construir el análisis del dinero, la moneda y la banca es fácilmente comprensible: desde los siglos XIV y XV en adelante (e incluso en el mundo grecorromano) la moneda de oro, plata o cobre era algo familiar. La estructura crediticia, que además se desarrollaba incesantemente, era lo que había que explorar y analizar. Las construcciones legales también —recuerde que la mayoría de los economistas que no eran empresarios eran juristas— estaban orientadas a una clara distinción entre el dinero como único medio de pago genuino y último y el instrumento de crédito que encarnaba un derecho al dinero. Pero lógicamente, de ninguna manera está claro que el método más útil sea partir de la moneda —aunque, haciendo una concesión al realismo, agreguemos papel gubernamental inconvertible— para proceder a las transacciones crediticias de la realidad. Puede ser más útil partir de estos en primer lugar, para considerar las finanzas capitalistas como un sistema de compensación que cancela los reclamos y las deudas y traslada las diferencias, de modo que los pagos de 'dinero' se presenten solo como un caso especial sin ningún tipo de particularidad. importancia fundamental. En otras palabras: práctica y analíticamente, una teoría crediticia del dinero es posiblemente preferible a una teoría monetaria del crédito. [1142]

La situación de la teoría del crédito y la banca de este período puede ahora caracterizarse así. Los líderes ingleses, desde Thornton hasta Mill, sí exploraron la estructura crediticia y, al hacerlo, hicieron descubrimientos que constituyen sus principales contribuciones al análisis monetario, pero que no pudieron enunciarse adecuadamente en términos de la teoría monetaria del crédito. Pero fracasaron en seguir adelante con las implicaciones teóricas de estos descubrimientos, es decir, en construir una teoría crediticia sistemática del dinero, [1143] y en principio se aferraron a la teoría monetaria del crédito. Entonces produjeron al final algo que no era ni lo uno ni lo otro. Un crítico eminente de nuestros días que es un firme partidario de la teoría monetaria del crédito, el profesor Rist, estaba, por tanto, formalmente dentro de sus derechos cuando acusó a algunos de los autores de ese período de haber "confundido" dinero y crédito. Sus vacilaciones en el uso de términos ciertamente sugieren esto. [1144]

Teniendo esto en cuenta, en esta sección discutiremos brevemente (a) la más interesante de las conquistas de la época en la teoría del crédito, y luego (b) algunos puntos más sobre banca y banca central que se presentan de manera más conveniente con referencia a las disputas entre las escuelas "monetaria" y "bancaria" sobre los principios incorporados o supuestamente incorporados en la Ley de Peel de 1844, aunque esas disputas, a diferencia de las relacionadas con la inflación y la reanudación de la guerra, produjeron más calor que luz. [1145]

(a) Crédito, [1146] Precios, Intereses y Ahorro Forzoso.

Tan pronto como nos damos cuenta de que no existe una diferencia esencial entre las formas de 'crédito en papel' que se utilizan para pagar y prestar, [1147] y que la demanda, respaldada por el 'crédito', actúa sobre los precios esencialmente de la misma manera que la demanda respaldada. por moneda de curso legal, estamos en camino hacia una teoría útil de la estructura crediticia y, en particular, hacia el descubrimiento de las relaciones entre precios e intereses. Sin embargo, antes de pasar a la teoría del período de estas relaciones debemos considerar los obstáculos que impidieron a muchos autores aceptar las dos proposiciones a las que acabamos de aludir. Ya hemos visto que la teoría monetaria del crédito constituye en sí misma un obstáculo de este tipo porque, al desarrollar la teoría de la red de 'pagos' crediticios a partir del caso del pago en especie, asigna al dinero de curso legal una posición *lógicamente* privilegiada. Pero todavía tenemos que considerar algunas razones

prácticas que parecen ir en contra de un análisis que coloca, por ejemplo, "dinero" y "depósitos" *esencialmente en* la misma base.

En primer lugar, la ley trata los diferentes tipos de medios de pago de manera diferente. En el caso de dinero de curso legal, insiste en la aceptación; en el caso de una letra de cambio aceptada y endosada, no lo hace. Para la mente legal, los dos son cualquier cosa menos "esencialmente la misma cosa", ya que el instrumento de crédito es, a primera vista, un reclamo de dinero. En segundo lugar, y en relación con esto, "dinero" y "crédito en papel", y nuevamente las diversas formas de "crédito en papel", no están en la práctica igualmente bien calificados para todos los fines. No son sustitutos perfectos entre sí: el dinero de curso legal es un medio de pago universal; los billetes y depósitos bancarios son menos aceptables; la letra de cambio aceptada y respaldada solo puede circular en un círculo relativamente pequeño de empresas comerciales. Y solo el dinero de curso legal se reconoce, en la mayoría de los casos históricos, como el dinero de reserva final del sistema bancario. Estas diferencias son, por supuesto, bastante importantes, y nadie pensaría en tratar de explicar el funcionamiento de un sistema monetario dado sin tenerlas en cuenta. *Y esta es la razón por la que la percepción de Thornton del hecho de que los diferentes medios de pago pueden, en un cierto nivel de abstracción, ser tratados como esencialmente iguales fue un desempeño analítico importante* , ya que el mero practicante en general quedará impresionado por las diferencias técnicas en lugar de por la igualdad fundamental. [1148] Pero precisamente por la misma razón, es bastante comprensible que, aunque la opinión de Thornton finalmente prevaleció con JS Mill, la opinión opuesta encontró patrocinadores todo el tiempo. Y esta fue una de las razones, aunque no la única, por las que algunos escritores negaron rotundamente que el "crédito" actúe sobre los precios. [1149] Ahora pasamos al tema de los precios y el interés o, como también podemos llamarlo, del tipo de interés real y monetario.

Dentro del sistema escolar, siendo el interés simplemente el precio por el uso del dinero, la frase Tasa de interés real y monetaria es una etiqueta en una caja vacía; no había ningún problema de relación *directa* de este tipo, como tampoco lo hay en el sistema keynesiano. [1150] Pero cuando, bajo la influencia de A. Smith, comenzó a prevalecer el análisis de Barbon, según el cual el interés era la parte de las ganancias comerciales que correspondía al proveedor de capital físico, era inevitable que surgiera la pregunta de cómo se relacionaba *este* interés con el interés en el mercado de préstamos monetarios, que después de todo es un fenómeno distinto. A. Smith respondió [1151] en efecto, que la tasa de préstamo del mercado monetario era simplemente la sombra de la 'tasa de ganancia' sobre el capital real, siendo este último 'prestado en forma de dinero', como dice el eslogan posterior, y que la cantidad de dinero, cualquiera que sea su definición, no tiene nada que ver con ella. No puedo enfatizar suficientemente que esta siguió siendo la opinión dominante durante todo el siglo XIX, al menos hasta Wicksell; que era, como se explicará a continuación, también de Ricardo; y que incluso las contribuciones de Thornton al problema de la relación entre "dinero", precios y la tasa de interés "real" (por importantes que fueran), que apuntan a una conclusión diferente, fueron en gran parte olvidadas.

Thornton relacionó el volumen y la velocidad del dinero y otros medios circulantes con el interés de las siguientes cuatro formas. (1) Fue el primero en señalar que una alta tasa de descuento atraerá oro del exterior. (2) También señaló la relevancia de la tasa de interés monetaria prevaleciente para la disposición del público a tener efectivo. [1152] (3) Además, señaló el efecto sobre la tasa de préstamo de las expectativas sobre la evolución futura de los precios. [1153] (4) Finalmente, elevándose muy por encima de la controversia común sobre la cuestión de si los bancos tienen o no el poder de

'inflar la moneda', presentó (todos los elementos esenciales de) un análisis completo del mercado de fondos prestables que gira en torno a la teorema del equilibrio fundamental, según el cual la tasa de préstamo (interés monetario) tiende a igualar los beneficios marginales esperados de la inversión (eficiencia marginal del capital). [1154] Esto requiere cierta elaboración.

Primero, el teorema de Thornton ocurre en el curso de un argumento en el sentido de que no existe, dentro de la lógica del propio mecanismo de crédito y aparte de la convertibilidad, ninguna restricción que impida que el crédito bancario exceda el límite más allá del cual causará una aumento inflacionario de precios; [1155] y que, en particular, las "prácticas bancarias sólidas", es decir, la práctica de otorgar préstamos únicamente con buenas garantías o incluso descontar únicamente las letras comerciales de buena fe, no constituye tal restricción. Las razones de esto son, por supuesto, que una expansión de los préstamos, a menos que vaya acompañada de una reducción compensatoria del gasto por parte de personas distintas de los prestatarios, aumentará los ingresos monetarios y, por lo tanto, elevará los programas de demanda de bienes y servicios (no necesariamente sus precios). de modo que cada ola de endeudamiento adicional tiende a justificarse *ex post* ; y que tal expansión de los préstamos puede, al menos en situaciones favorables, ser inducida por la oferta de prestar a una tasa inferior a los beneficios marginales esperados. En otras palabras, el equilibrio del teorema de Thornton es inestable: un aumento en los préstamos más allá del monto de equilibrio eventualmente (aunque no necesariamente al principio) resultará en un aumento en los precios y, si la tasa de interés continúa manteniéndose en su nivel anterior (el nivel que indujo la primera expansión), el endeudamiento adicional seguirá siendo rentable al nuevo nivel de precios; Seguirá una mayor expansión del crédito, y así sucesivamente, sin ningún límite asignable, y tendremos el Proceso Acumulativo Wickselliano (para reformulación y crítica, ver más adelante, Parte IV, cap. 8, sec. 2). Para hacer cumplir la estabilidad, son necesarias otras condiciones, como la convertibilidad, directa o indirecta, de los billetes y depósitos en oro. Esta conclusión práctica, si no todo el análisis de Thornton, fue ampliamente aceptada, entre otros por King, Ricardo, Joplin y Senior. JS Mill también lo aceptó, sin embargo, presumiblemente bajo la influencia de Tooke, lo bajó el tono.

Lord King fue, hasta donde yo sé, el primero en seguir a Thornton en sus *Pensamientos sobre los efectos de la restricción bancaria* (1803). Ricardo aceptó resueltamente la doctrina, al menos en la forma defectuosa de que, si los bancos 'cobran menos que la tasa de interés del mercado, no hay cantidad de dinero que no puedan prestar' (*Principios* , cap. 27, pero ver *High Price of Lingotes* , 1810). Senior se expresó de manera similar (ver *Industrial Efficiency and Social Economy* , SL Levy ed., 1928, vol. II; el ensayo es una revisión del panfleto de Lord King), usando el término tasa "usual". Dado que el mercado o la tasa habitual en sí misma pueden estar por debajo de *ese* nivel de equilibrio que evitaría la inflación crediticia, se debe interpretar que Ricardo y Senior significaron algo parecido a la "tasa real" de Wicksell. Ricardo parece indicar esto con otra frase defectuosa que aparece en el párrafo que he citado y deja que el interés sea 'regulado' por 'la tasa de ganancia que puede obtenerse mediante el empleo de capital y es totalmente independiente de la cantidad o de el valor del dinero. Claramente, dos conjuntos diferentes de consideraciones luchan entre sí en este párrafo. Por un lado, Ricardo pretendía defender lo que se ha descrito anteriormente como la visión smithiana de la relación entre el tipo de interés "real" y el monetario. Por otro lado, ningún financista práctico podría negar que cualquier aumento del medio circulante, ya sea de oro o de billetes o cualquier otra cosa, tenderá a deprimir la tasa de interés al menos temporalmente. Así que reconcilió la teoría de Thornton, que no

encaja del todo bien en su teoría cuantitativa, primero, subrayando lo `` temporalmente " y, segundo, enfatizando, con exclusión de todo lo demás, el efecto inflacionario de tal aumento, como nosotros ahora veremos. Tooke podría haber señalado, y hasta cierto punto señaló, que hay muchas salvedades en la proposición de que los bajos intereses aumentan los precios. Tal como estaba, probablemente arrastrado por sus polémicos ardores, al final negó la existencia de tal nexo tan irrazonablemente como negó la existencia de cualquier nexo entre cantidad de dinero y precios. JS Mill, en este punto como en otros lugares, "racionalizó" a Tooke. Esto lo hizo mediante la fórmula de que los préstamos de los bancos *como* préstamos actúan sobre los intereses tardíos y no sobre los precios; pero que, dado que la 'moneda de uso común, al ser una moneda proporcionada por los banqueros, se emite en forma de préstamos' (*Principios* , Libro III, cap. 23, 4), los préstamos de los bancos *como* creación de moneda actúa sobre precios y no sobre la tasa de interés. El reconocimiento del poder de creación de moneda de los bancos (que Tooke negó en la *Investigación*) es tan interesante como el reconocimiento de la relación, tan fuertemente enfatizada en los Estados Unidos, entre prestar y reembolsar, por un lado, y expansión y contracción. del medio circulante, por el otro, en cuya relación algunos de los médicos estadounidenses más ingenuos vieron (tal vez vean) la fuente de todo tipo de males. JS Mill no hizo nada de todo esto, como se volverá a señalar a continuación. Sin embargo, nada de eso escapó a su atención, o debería haber escapado a la atención de sus lectores.

En segundo lugar, Thornton sabía perfectamente bien, por supuesto, que el proceso inflacionario que describió presupone una expansión *no compensada* de los préstamos. Si el aumento de préstamos se compensa, por ejemplo, con el ahorro, no se iniciará ese proceso. Pero, preocupado como estaba con la operación del 'crédito en papel' en tiempos de guerra, no se preocupó por esto y, por lo tanto, no declaró explícitamente la condición para *un* equilibrio *estable* en el mercado de fondos prestables que dice, en la formulación de Wicksell de 1898, que los préstamos deben ser iguales a los ahorros voluntarios de las personas. Hasta cierto punto, al menos, esta laguna fue colmada por Joplin, [1156] , aunque recibió aún menos crédito por ello que por haber anticipado los principios de política bancaria que, en lo que respecta a los billetes del Banco de Inglaterra, eran llevada a cabo por la Ley de Peel. Al igual que Ricardo, desaprobaba enérgicamente el poder de los bancos para crear, mediante sus préstamos, adiciones netas al stock total de medios de pago, pero no negaba su existencia —lo hicieron otros— y señaló que, de ser así suprimido y si, en consecuencia, se impidiera a los bancos aumentar el total de sus préstamos más allá del monto de los ahorros corrientes del público, entonces podría existir un equilibrio estable en el mercado monetario. Se observará que en este caso el teorema del equilibrio no es más que una forma particular de plantear la teoría del ahorro y la inversión de Turgot-Smith.

En tercer lugar, Thornton se dio cuenta no sólo de que los préstamos bancarios que se suman a los medios de pago pueden estimular la producción en lugar de aumentar los precios si inciden en una economía subempleada, [1157] sino también que, incluso después de que se haya alcanzado el pleno empleo, la expansión del crédito todavía puede tener algún efecto. efecto sobre la producción, aunque de inmediato procedió a demostrar que este efecto será menor que el inflacionario (*Paper Credit* , págs. 236, 239 y siguientes). Si algunos ingresos monetarios *no* aumentan al mismo ritmo que los precios, sus destinatarios *pueden* verse obligados a reducir sus compras de bienes y servicios, es decir, a realizar una especie de ahorro involuntario que *puede* incrementar el capital real como lo hace el ahorro en el sentido ordinario. Así, anticipó la doctrina del ahorro forzoso de Wicksell. Pero Bentham, quien acuñó la frase Forced Frugality, profundizó mucho más en el asunto y también Malthus. [1158]

Ricardo hizo oídos sordos a la sugerencia de Thornton y siguió repitiendo una y otra vez [1159] —casi sin inteligencia— que el capital 'ficticio' no puede estimular la industria, que el capital sólo puede crearse ahorrando y no mediante operaciones bancarias, etc. enfrentando el problema de lleno. Por supuesto, había una razón para ello. Aquí, como en todas partes, Ricardo fue prisionero de ideas concebidas de una vez por todas. En este caso, había clavado sus colores en el mástil de una rígida teoría cuantitativa. La teoría cuantitativa implica que no existe relación entre la cantidad de "dinero" y la producción. Y simplemente no admitiría que podría haber uno después de todo.

JS Mill se debatió entre los dos puntos de vista opuestos. Es casi seguro que, bajo la influencia de Bentham, había dado pleno alcance a la opinión de que la expansión del crédito bancario puede resultar en que los ingresos se 'conviertan en capital', la fórmula estándar de ese período para el efecto del ahorro, e incluso usó la frase 'acumulación forzada'. [1160] que se lee como un intento de mejorar la "frugalidad forzada" de Bentham. En los *Principios* , como hemos visto, se reconoce libremente el hecho de que los bancos creen medios de pago mediante préstamos, y ello implica el reconocimiento del ahorro forzoso. Sin embargo, leemos de un 'capital disponible' que está 'depositado en bancos, o representado por billetes de banco', que junto con los fondos de quienes 'viven de los intereses de su propiedad, constituyen el fondo general de préstamos del país' (Libro III, cap.23 , § 2). En todo esto y en todo el tenor de ese capítulo predomina la influencia ricardiana. Pero en la sexta edición de [1161] apareció una nota a pie de página que reafirmó su punto de vista anterior. Después de eso, los principales economistas prácticamente se olvidaron por completo de la 'creación de depósitos adicionales' y el 'ahorro forzoso', tanto que miraron con recelo el redescubrimiento de Wicksell de ellos: para tomar prestada una frase utilizada por Lord Keynes en otra conexión, estas nociones, así que obviamente importante y realista, vivió aproximadamente entre 1850 y 1898 una vida dudosa en el submundo económico: ¡otra lección sobre los caminos de la mente humana!

(b) Beneficios de la controversia sobre la Ley de Peel de 1844.

Para nuestro propósito, no es necesario ir mucho más lejos. La mayoría de las cosas importantes (no demasiado numerosas) que se dijeron en esa controversia se habían dicho antes. Los dos grupos que se oponían entre sí en el tema legislativo involucrado se conocieron como las Escuelas Bancaria y Monetaria. Sólo Tooke, Fullarton y Gilbart del primero, y Torrens y Overstone del segundo, la escuela son de gran interés para nosotros.

Tooke y Torrens ya lo conocemos, pero todavía no se han mencionado los escritos de este último sobre dinero y banca. De una larga lista, tomo su primer trabajo en el campo, *Ensayo sobre el dinero y el papel moneda* (1812); *Los principios y funcionamiento práctico de la ley de Sir Robert Peel de 1844* . . . (1ª ed., 1848); y sus *Tracts on Finance and Trade* (1852), todos ellos incluso ahora merecen ser leídos. Por supuesto, también mencionaremos de pasada algunos otros nombres, pero no obstante, se debe advertir al lector que nuestra selección es inadecuada para cualquier propósito excepto el nuestro, limitado y excluye a varios escritores de importancia. Literatura continental y estadounidense que ni siquiera intentamos cubrir. En cuanto a este último, se hace referencia una vez más a HE Miller, *Banking Theories in the United States Before 1860* (1927).

John Fullarton (fallecido en 1849) hizo su fortuna como cirujano y banquero en la India y se dedicó a escribir sobre la teoría y la política de la banca, después de haberse retirado de los negocios y haberse establecido en Inglaterra. Su trabajo principal (*Sobre la regulación de las monedas* . . ., 1ª ed., 1844) disfrutó, en Inglaterra y en el continente, un éxito persistente como pocas contribuciones a una

controversia efímera han disfrutado -una vez éxito que fue mayor que eran Sin duda, sus méritos son considerables: pero fue el tipo de interpretación sensata que, si bien también cumple con estándares más altos, es una bendición para grandes clases de lectores no del todo profesionales. Además, fue apreciado por Marx y popular en los círculos marxistas hasta el siglo XX. *Finanzkapital* (1910) de R. Hilferding se basó en él en gran medida y sin crítica. JW Gilbart (1794-1863) fue banquero toda su vida; el primer gerente del London and Westminster Bank, que ayudó a fundar; un miembro capaz y eminentemente respetable de su profesión, que lo consideraba un líder; exponente y en parte creador de lo que sería, durante el resto del siglo, la doctrina bancaria ortodoxa. Ningún estudiante de banca puede permitirse el lujo de perderse su exitoso *Tratado Práctico sobre Banca* (1ª ed., 1827); su *Historia y principios de la banca* (1834); y, al menos, *The London Bankers* (1845). Su *Historia de la banca en América* (1837) puede estar asociado, me parece, con una escuela de pensamiento estadounidense distinta sobre la banca, cuya principal autoridad era él. Samuel Jones Loyd, comúnmente conocido como Lord Overstone (1796–1883), también banquero pero de posición y riqueza heredadas, era una personalidad mucho más brillante y mucho más influyente entre los políticos. Fue el hombre fuerte de la escuela monetaria, y su perspicacia (por un lado) y su superficialidad (por el otro) han llevado a generaciones de economistas a moderar el alcance y la profundidad de su pensamiento. No ha dejado ningún trabajo sistemático, y lo mejor que me siento capaz de hacer por el lector es consultar sus *Tracts y otras publicaciones sobre metálico y papel moneda* (ed. Por McCulloch en 1857) y su *Evidencia* ante el Comité Selecto de la Cámara de los Comunes. de 1857 (también editado por McCulloch en 1858).

Ninguno de los grupos era una escuela en nuestro sentido de la palabra. Dentro de ambos existían diferencias considerables de opinión y sobre todo de nivel. De hecho, es necesario distinguir en ambos casos un argumento popular de lo que fue, o puede pasar, un análisis serio, una distinción que no siempre es fácil de realizar porque pocos participantes en la controversia presentaron sus casos de manera sistemática [1162] y en de una manera que hubiera contado con la aprobación incondicional de sus propios partidos. La mayoría de los participantes no atacaron las opiniones reales, sino una imagen popularizada o incluso distorsionada de las posiciones de sus oponentes. Y la mayoría de los economistas científicos, sobre todo Mill, se alinearon con la escuela bancaria, en el continente, aún más decididamente que en Inglaterra. [1163] Pero entre los practicantes y especialmente entre los directores del Banco de Inglaterra, la Ley de Peel contó con muchos adeptos. [1164]

Lo primero que sorprende al observador moderno cuando mira hacia atrás sobre esa controversia es el grado de acuerdo fundamental entre las dos "escuelas". [1165] Ninguno contenía reformadores monetarios radicales. Ambos eran igualmente reacios a la gestión monetaria o cualquier control riguroso de la banca y el crédito. Esto es obvio para la escuela bancaria que luchó contra la Ley Peel sin ofrecer ningún otro método de control, pero también es válido para la escuela monetaria que deseaba regular la emisión de billetes precisamente para hacer que la moneda fuera 'automática' y dejar el negocio bancario. incluso la banca central, totalmente gratis. Es decir, ambos grupos estaban formados por hombres del laissez-faire. Además, ambos grupos eran partidarios acérrimos del patrón oro y, en particular, de la regulación de las divisas por movimientos libres de oro. Si descuidamos las objeciones del grupo bancario a la Ley de Peel y las de los argumentos del grupo monetario a su favor que eran de naturaleza puramente técnica, [1166] parece que no puede haber quedado mucho en desacuerdo. Brevemente y no del todo adecuadamente, podemos decir que el `` principio bancario "

afirmaba (1) que, dadas las condiciones y la práctica bancaria inglesas, y en particular el liderazgo adecuado por parte del Banco de Inglaterra, [1167] la convertibilidad de los billetes era suficiente para asegurar toda la estabilidad monetaria de la que es capaz un sistema capitalista; y (2) que en cualquier caso, incluso si esto no fuera así, no tendría sentido regular los pagarés solo, ya que los depósitos plantearían el mismo problema. De manera igualmente breve e inadecuada, podemos decir que el "principio monetario" afirmaba (1) que la convertibilidad de los billetes no se puede asegurar sin restricciones especiales sobre su emisión; y (2) que los billetes del Banco de Inglaterra eran en realidad, o deberían ser tratados como meros certificados de oro, no como instrumentos de crédito como depósitos o letras comerciales, sino como dinero final (de reserva) al igual que la moneda o los lingotes que *representaban.* . [1168] Solo Torrens, en respuesta a la objeción de que la restricción de la emisión de billetes por sí sola es inútil, fue explícitamente más allá de este propósito limitado: [1169] creyendo, como sabemos que hizo, que la cantidad de depósitos que los bancos pueden crear mediante préstamos está estrechamente vinculada a la cantidad existente de monedas más billetes, afirmó que la regulación de la emisión de billetes también contribuiría a regular la creación de depósitos. [1170] Pero si descuidamos esto, entonces el acuerdo entre la banca y las escuelas monetarias sobre la importancia básica de la convertibilidad de los billetes se ve inmediatamente como lo fundamental, en comparación con su desacuerdo sobre la cuestión de si había o no necesidad de Las garantías de esta convertibilidad eran una cuestión secundaria. Porque, dado que la escuela bancaria *no* sostenía que el medio circulante se regularía a sí mismo en el proceso de la banca competitiva, ¿por qué habrían insistido en la convertibilidad si lo creían? Y dado que reconocía el peligro siempre presente de "sobrebancar", Todo lo que pueden haber querido decir al decir que la emisión excesiva de billetes era 'imposible' es que, con la convertibilidad, al final será severamente castigada. Y esto es obviamente cierto. [1171] Todo lo que la escuela monetaria puede haber significado al insistir en la posibilidad de una sobreedición de billetes del Banco de Inglaterra *no* es negar esta verdad obvia *ni* afirmar la falsedad no menos obvia de que con la convertibilidad la sobreedición puede continuar para siempre, sino simplemente que, sin Restricción especial sobre la emisión del Banco de Inglaterra, la emisión excesiva podría ir lo suficientemente lejos como para estar más allá de cualquier otro remedio que no sea una catástrofe. Así interpretada, la diferencia entre las dos posiciones sigue sin duda de importancia *práctica* . Pero no implica más que [1172] discrepancias menores en cuanto al *análisis* .

La evolución de la práctica del banco central inglés no se vio afectada sustancialmente por la Ley de Peel. Los cambios que se produjeron en las actitudes del Banco de Inglaterra hacia sus propios clientes y hacia el mercado de préstamos, la creciente importancia de los saldos de los banqueros dentro del total de sus depósitos y otras características de la historia financiera de Inglaterra después de la aprobación de la Ley Peel fueron más importantes que los efectos sobre la política provocados *por* esa ley. La mayoría de estos cambios tardaron en penetrar en la teoría de la banca central que se había convertido en estereotipada en 1850 en lo que casi equivalía a un culto a la tasa bancaria, cuyo *modus operandi* se analizó con poca atención a los hechos observables. Lo más importante es señalar que una política del banco central de un alcance mucho más amplio había sido bloqueada, en un plano mucho más alto, por Thornton al comienzo del período. Su sólida comprensión de la naturaleza del crédito bancario y su sentido agudo pero equilibrado de la lógica íntima de las cosas lo calificaron bien para abordar este tema. Hizo esto de una manera que anticipó prácticamente todo lo que se descubrió sobre la política del banco central durante el siglo venidero. En la página 259 de *Paper Credit* , resumió su

análisis en un conjunto de reglas que constituyen la Carta Magna de la gestión crediticia en una economía de empresa privada intacta. Para establecer esto, debería tener que copiar esa página. Para ahorrar espacio, simplemente me refiero a él.

Para concluir el argumento de esta sección, debemos ocuparnos de un tema más. Hasta ahora nos hemos ocupado principalmente del estrato superior del trabajo analítico de ese período. Hemos notado varios logros importantes y notaremos algunos más en las próximas dos secciones de este capítulo. Pero también hemos notado el hecho de que esos logros no se materializaron plenamente y, en particular, el hecho de que no se coordinaron de tal manera que proporcionaran un buen trampolín para el trabajo del próximo período. De hecho, encontramos, en lugar de una presentación efectiva de los mejores resultados, el surgimiento de una opinión bastante general sobre la naturaleza y la práctica de los bancos que preservó muchos de los puntos débiles del análisis del período, en lugar de los fuertes, pero ganó amplia moneda entre banqueros y economistas y, por lo tanto, resultó un obstáculo para seguir avanzando. En aras de la brevedad, no se mencionarán nombres excepto los de unas pocas autoridades que podrían, con más o menos justificación, ser invocadas en apoyo de algunas de las proposiciones que se discutirán. 1173 Estas proposiciones están asociadas a lo que se ha llamado la Teoría Comercial de la Banca y también a parte del argumento de la escuela bancaria, pero al usar estas etiquetas debemos tener en cuenta que ni la una ni la otra están indisolublemente ligadas a ellas. Tal vez sea mejor que llamemos a la doctrina en cuestión la Teoría de la Banca Comercial-Bill.

(1) Según la teoría bancaria de la factura comercial, el negocio esencial de los bancos —el negocio que *define a los* bancos— es el financiamiento del comercio actual de productos básicos, nacional e internacional. No es esencial que esto se haga solo en forma de descuento en facturas comerciales de buena fe, cada una emitida en relación con una venta en particular, pero conservamos nuestra etiqueta de todos modos, porque se consideró que este era el caso típico. Aun así, esta concepción del negocio de los bancos, aunque todavía demasiado estrecha, no individualiza ninguna teoría en particular. Obtenemos la teoría de la factura comercial si se añaden una o ambas de las siguientes proposiciones a la definición del negocio del banquero: (a) los bancos obtienen o deberían derivar los fondos con los que descuentan de los depósitos que les confía el público; y (b) satisfacen las necesidades del comercio de productos básicos sin influir en los precios por ello y sin tener el poder — en justicia deberíamos añadir siempre "normalmente" - para influir en la cantidad de crédito pendiente.

(2) Debería ser obvio, sin más explicación, cómo estas proposiciones se vinculan con errores definidos que, como hemos visto, fueron completamente desmentidos por el trabajo de los mejores escritores de la época, y especialmente por Thornton. También debería ser obvio que esta visión de la banca, la ayudante del comercio de productos básicos, que ofrece su dinero para satisfacer las necesidades de los negocios pero no lo obliga a los negocios, que no tiene nada que ver con las fluctuaciones de precios y el sobrecomercio (para decirlo enérgicamente) —Expresa muy bien la ideología profesional de los banqueros a quienes les gusta verse a sí mismos bajo esta luz. Pero finalmente debe observarse que hay elementos de verdad práctica y sabiduría en esta doctrina. Si se reformula en el sentido de que es mejor que los banqueros tengan cuidado con su posición de efectivo y vencimientos y que es mejor que examinen con el mismo cuidado los puntos débiles de las solicitudes de crédito que tienen ante sí, resulta totalmente inobjetable. En otras palabras, una teoría defectuosa, en este como en otros casos, cubre un consejo sabio. La proposición de que los principios comerciales sólidos de descuento son todo lo que se necesita para mantener el barco económico en equilibrio

debería haber sido reconocido como erróneo desde Thornton; pero actuar de conformidad con él habría evitado, no obstante, las peores averías de la historia financiera.

(3) Sin embargo, debemos notar algunos argumentos sobre esta actitud de necesidades comerciales que apuntan a algo más que inculcar prácticas crediticias responsables. Primero mencionamos uno que es perfectamente cierto siempre que nos limitamos a considerar el negocio bancario individual en un sistema competitivo de muchos bancos. La expansión del crédito para el banco individual está, de hecho, severamente limitada por el drenaje de reservas que eventualmente conllevará. Por supuesto, esto ya no es cierto para todos los bancos tomados en conjunto; [1174] pero incluso para todos ellos, si el sistema es realmente competitivo, esa penalización por salirse de la línea es un freno más eficaz para la expansión de la línea de lo que los críticos de la práctica bancaria suelen estar dispuestos a reconocer. En segundo lugar, hay menos, pero todavía algo, en la injustamente famosa Ley del Reflujo de Fullarton, que simplemente recuerda a las mentes de los reformadores el hecho común de que normalmente los préstamos se reembolsan y que su reembolso aniquila el poder adquisitivo, de modo que, aunque por sí solo, esto no impide expansión inflacionaria del crédito, existe una diferencia muy importante entre el caso del crédito bancario que sí lo hace y el caso del papel moneda del gobierno que no "fluye de regreso" automáticamente. Finalmente, en tercer lugar, mencionamos el argumento central de las necesidades del comercio que ha sido tan acríticamente elogiado por algunos y tan acríticamente rechazado por otros: el argumento de que el descuento de los billetes de buena fe conlleva su limitación `` adecuada " y que en Además, hace que el medio en circulación se expanda y contraiga "elásticamente" a medida que la producción y el comercio se expanden y contraen. Para este punto de vista, es posible invocar la autoridad de A. Smith y Tooke. Sin embargo, no es necesario señalar sus deficiencias. Tanto más necesario es señalar su verdadero núcleo. Considere el más normal de todos los casos normales: se ha producido *y vendido* una mercancía ; el productor *A* recurre al comerciante *B* por la cantidad; *A* descuenta la factura aceptada en su banco y gasta el dinero en su producción actual, mientras que *B* , vendiendo la mercancía a los consumidores finales, les cobra el dinero con el que reembolsar la factura al vencimiento, eligiendo la fecha de tal modo que se haga normalmente posible. Tenga en cuenta que esta es una práctica observable y no una construcción teórica; que un banco que se limita a *este* tipo de negocios no puede, de hecho, aumentar sus préstamos por sí solo, porque las mercancías deben producirse *y venderse* primero ; [1175] y que hay un sentido obvio —aunque sólo uno entre varios— en el que se podría afirmar que el dinero bancario de este tipo variaría de una manera que correspondería aproximadamente al flujo de mercancías, no eleva los precios y está dotado de 'elasticidad.' En efecto, podemos dudar de que este caso tenga la importancia que le atribuyen los patrocinadores de la doctrina. Y puede que no nos guste este tipo de elasticidad, pero no hay garantía para negar su existencia. Repito que ninguno de los errores aludidos es inseparable ni de la posición de la escuela bancaria ni de la teoría comercial de la banca.

5. Cambio de divisas y movimientos internacionales de oro

El análisis del período de los aspectos monetarios de las relaciones económicas internacionales, en la forma que JS Mill le impartió, demostró ser un logro extremadamente duradero y, aunque ahora está bajo fuego crítico, todavía es la base de gran parte del mejor trabajo de nuestro tiempo. [1176] Para apreciarlo debemos tener presentes los dos hechos siguientes.

En primer lugar, los escritores "clásicos", sin descuidar otros casos, razonaron principalmente

en términos de un patrón oro internacional sin restricciones. Hubo varias razones para esto, pero una de ellas merece nuestra atención en particular. Un patrón oro internacional sin restricciones mantendrá (normalmente) los tipos de cambio dentro de los puntos de la especie e impondrá un vínculo "automático" entre los niveles de precios nacionales y las tasas de interés. A la mente moderna le desagrada este automatismo, tanto por razones políticas como económicas: no le gustan las cadenas que este automatismo aprieta en la gestión gubernamental del proceso económico; no le gusta el oro, el niño travieso que suelta verdades desagradables. Pero a la mayoría de los economistas del período examinado les gustó precisamente por las mismas razones. Aunque se comprometieron en la práctica como en la teoría y aunque admitieron la gestión del banco central, el automatismo —*una* frase amada por Lord Overstone— fue para ellos, que no eran ni nacionalistas ni *étatistes* , un ideal moral además de económico. Es lógico pensar que esto por sí solo hará una gran diferencia entre sus problemas y los nuestros y que esta diferencia en la perspectiva práctica está destinada a afirmarse —aunque quizás no debería— en el trabajo puramente analítico.

En segundo lugar, los escritores "clásicos" se preocuparon principalmente por el comercio de productos básicos. Aunque no dejaron de considerar los préstamos, los subsidios y los tributos internacionales, los problemas monetarios del comercio de productos básicos (el pago de las importaciones y los ingresos de las exportaciones, los movimientos del oro y las variaciones en los niveles de precios que inciden en estos y los efectos de los movimientos del oro en el mercado interno). las estructuras crediticias y las tasas de interés) eran sus problemas centrales, tanto que *trataron todo lo demás desde el ángulo del comercio de productos básicos* . En consecuencia, las finanzas internacionales no obtuvieron lo que les correspondía en su análisis: la transacción de crédito que sí lo hizo fue la transacción incorporada en la factura comercial (incluida, es cierto, la factura financiera), que, directa o más distante, correspondía a transacciones de productos básicos. . Pero los préstamos sudamericanos y las acciones mineras, por ejemplo, que se emitían en 1824 y que por el momento dominaban el mercado monetario de Londres no dejaron huellas en la teoría básica. Para nosotros, el enfoque exactamente opuesto parece más natural: es probable que consideremos las transacciones internacionales de capital como el fenómeno básico al que el comercio de productos básicos es subsidiario, mediante el cual está controlado, a partir del cual debe entenderse. Y este punto también sería suficiente en sí mismo para divorciar el análisis moderno de lo que podría describirse como la teoría del comercio de productos básicos de las finanzas internacionales (o de los pagos internacionales o de los movimientos internacionales del oro).

Por tanto, la teoría del comercio de mercancías de las finanzas internacionales está abierta a la crítica —como lo es la teoría de los valores internacionales— de que su concepción de los fenómenos que se propone abordar es demasiado estrecha. [1177] Asimismo, debe señalarse que sus supuestos particulares lo inhabilitan para su aplicación práctica directa. Pero hay otra crítica que lo golpea dentro de sus propios recintos y debe mencionarse de inmediato porque ha recibido una prominencia indebida durante los últimos veinte años. Una teoría de las finanzas internacionales que pivote sobre el comercio de productos básicos enfatizará naturalmente el papel equilibrador de las variaciones en los precios relativos. Wicksell ha señalado, en primer lugar, que los ajustes a las perturbaciones de las relaciones comerciales pueden tener lugar, ya menudo lo hacen, sin cambios reales en los precios y también sin movimientos reales del oro. Esto es cierto, por supuesto, y ningún escritor clásico, y menos Ricardo, lo habría negado. Pero si la teoría 'clásica' es, no obstante, criticada por el hecho de que coloca una carga

totalmente injustificable sobre el mecanismo de precios y al hacerlo no advierte otros factores de equilibrio, entonces el crítico se equivoca porque las variaciones de precios del tipo 'clásico' La teoría visualiza implican desplazamientos de las curvas de demanda que a su vez implican variaciones en el ingreso, como veremos a continuación. Además, en el patrón que los "clásicos" eligieron para el análisis, las variaciones de precios de hecho ocupan la posición clave. Todo lo que el crítico puede decir con razón es que esto ya no es así en patrones en los que los precios son rígidos y los movimientos de capital dominantes. Finalmente, varios escritores del período examinado introdujeron explícitamente los factores que los críticos pasan por alto en el cuadro clásico. [1178]

En tercer lugar, la teoría "clásica" de las finanzas internacionales no era fundamentalmente nueva. Thornton, que lo bloqueó, se refirió, con aprobación y crítica, a Locke, Hume y A. Smith, y el análisis de Hume fue sin duda el punto de partida del trabajo de la época. Pero el propio Hume no hizo más que formular eficazmente el resultado de un largo desarrollo en el curso del cual el trabajo "mercantilista" se había ido moviendo lentamente hacia la doctrina de los "clásicos". La enseñanza de Thornton prevaleció, más o menos, con la mayoría de los principales escritores de ese período y del período posterior, desde Malthus [1179] a través de Tooke a JS Mill y Cairnes y, finalmente, a Taussig. Pero Wheatley disintió y fue seguido por Ricardo. [1180] Pasamos a considerar el punto en litigio.

Para ello partimos de un estado de equilibrio monetario entre dos países. [1181] En posesión de la teoría de los valores internacionales y de la condición de equilibrio dada por la ecuación de la demanda recíproca (que, como sabemos, comprende el principio del costo comparativo), vemos fácilmente que la condición de equilibrio monetario que ahora debemos agregar es simplemente que, las reclamaciones de transacciones de productos básicos que se cancelan entre sí, no debería haber, según nuestras suposiciones, ningún movimiento de oro de un país a otro. Procedemos a investigar las propiedades de este equilibrio asumiendo que está perturbado y analizando los ajustes que seguirán. Primero, suponemos una perturbación que se produce en la esfera del dinero: suponemos, como Hume, que en uno de los dos países la tenencia de oro monetario de todo el mundo se duplica de repente. Sin comprometernos con ninguna teoría cuantitativa estricta, podemos afirmar que en este país los ingresos y los fondos comerciales en términos de oro, y por tanto los gastos, aumentarán; que los programas de demanda de todos los productos básicos se desplazarán hacia arriba; que los precios del oro subirán como consecuencia; que las exportaciones disminuirán; y ese oro fluirá hasta que se restablezca el equilibrio. Nadie desafió esto, aunque el proceso altamente artificial asumido podría haber dado mucho margen para objeciones. [1182] En segundo lugar, en lugar de suponer que el oro ha aumentado en uno de los dos países, suponga que los productos básicos han disminuido, por ejemplo, debido a una mala cosecha. El lector se verá tentado a argumentar que, la 'necesidad' de las importaciones de alimentos habiendo aumentado, una balanza comercial desfavorable se producirán y producir una exportación de oro a través de la cual será, por el momento, el ajuste de [1183] se logrará. Pero al reflexionar, se dará cuenta de que esto no es estrictamente correcto y no constituye una generalización del argumento de Hume sino una desviación de él. Porque la mala cosecha en sí no produce un equilibrio desfavorable. Las necesidades no son incompresibles. En la medida en que la necesidad de importar alimentos es imperativa, se pueden restringir otras importaciones: en otras palabras, todo lo que ha sucedido es que la gente del país que experimentó la mala cosecha es, por el momento, más pobre que antes y tienen que reajustar su consumo e inversión a un nivel más bajo de ingreso real; pero en este nivel más bajo, la balanza comercial puede estar, y en ausencia de dinero y crédito tendría que estar, tanto en equilibrio

como antes. En realidad, sin embargo, también obtenemos el saldo desfavorable si *razonamos* correctamente *por analogía con* el argumento de Hume, solo que lo obtenemos como el efecto y no como la causa de la exportación de oro. Dado que el oro no ha disminuido por el fracaso de la cosecha y dado que podemos suponer que los ingresos monetarios y los gastos monetarios tampoco han disminuido, pero dado que ahora hay menos productos básicos para comprar, los precios subirán o el oro en términos de productos básicos aumentará. *más barato* o, como también podemos decir, desde el punto de vista del nivel de precios anterior, el oro se ha vuelto *superfluo* . Esto restringe las exportaciones y fomenta las importaciones de productos básicos distintos del oro exactamente como si el oro y los ingresos y los gastos hubieran aumentado y la producción se hubiera mantenido sin cambios. [1184] Hemos reducido así la perturbación que se produjo en la esfera de las mercancías a una perturbación en la esfera monetaria.

Thornton, quien comenzó su investigación sobre la naturaleza del equilibrio monetario en el comercio internacional presentando el ejemplo de la pérdida de cosechas (*Paper Credit* , p. 143), *pareció* argumentar de la manera que acaba de mostrarse abierta a objeciones. Es cierto que en otros lugares (por ejemplo, *ibid.* Págs. 244, 247), su argumento indica que él entendió el punto que he estado tratando de hacer. Pero estaba tan confuso y tan indeciso al respecto que Wheatley y más tarde Ricardo tenían razón al afirmar que los factores que operan *sobre* el valor o poder adquisitivo del oro son una cosa y que la operación *del* valor o poder adquisitivo del oro es otra. cosa. Pero manejaron tan mal su caso que dejaron a los escritores contemporáneos y posteriores a preguntarse si tenían algún caso. [1185]

¿Pero lo habían hecho? ¿Es realmente algo más que una tontería cuando insistimos en que el oro fluye porque es el 'producto exportable más barato' y no debido a una mala cosecha cuando la mala cosecha convierte al oro en el 'producto exportable más barato'? En lugar de cualquier otra respuesta, me limitaré a señalar un hecho de considerable importancia tanto para la historia del análisis económico como para la historia del pensamiento económico. Es natural que los banqueros o escritores que se colocan en la posición del banquero individual digan que los bancos no pueden expandir el crédito más allá de los límites que se les dan, independientemente de su propio comportamiento. No es menos natural para los banqueros y los estudiosos de los problemas del banco individual partir del hecho obvio de que las salidas o entradas de oro son el resultado de intercambios desfavorables o favorables que, a su vez, resultan de la demanda y oferta de derechos sobre lugares extranjeros. Exceptuando la calidad del papel individual, los factores detrás de la demanda y la oferta parecen ser todo lo que el banquero tiene que analizar para fines de diagnóstico y pronóstico: factores políticos, situaciones comerciales, estado de los cultivos, etc. y este es, de hecho, el punto de vista en el que se situó Goschen al escribir su famosa *Teoría de los intercambios exteriores* (1861). [1186] Dado que la demanda y la oferta de papel extranjero reflejan la balanza de pagos actual (y futura) de un país, podemos llamar a esto la teoría de la balanza de pagos de las divisas. Pueden pasar décadas de condiciones tranquilas sin que nadie se dé cuenta del hecho de que falta algo en esta teoría. Pero si la gente sigue aplicándolo en condiciones de disturbio violento, se hace evidente la presencia de otro factor que no puede resolverse en aquellos que podemos desenterrar analizando los elementos individuales de la balanza de pagos, a saber, el valor (poder adquisitivo) de las unidades monetarias en que se expresan las balanzas de pagos. Podemos etiquetar como inflación relativa las variaciones en el valor de la unidad monetaria de un país, en relación con el valor de las unidades monetarias de otros países, y hablar en consecuencia de una teoría inflacionaria de los tipos de cambio. Volveremos a este

tema en la Parte IV, Capítulo 8. Ahora solo deseo señalar que el primer estruendo de la prolongada batalla entre estas dos teorías, aunque debe quedar claro que no equivalen a explicaciones alternativas, es audible en la controversia entre Thornton y Wheatley-Ricardo: cuando, en la fraseología de este último, el oro se vuelve 'redundante' en un país o 'el producto exportable más barato', entonces este país experimenta 'inflación relativa del oro'. Así que Wheatley y Ricardo tenían un caso y uno que era más que lógico, aunque, en lo que respecta a su ataque a Thornton, pueden haber sido injustos porque la mente fina de Thornton rindió poco tributo a la falacia en el equilibrio: argumento de los pagos.

Cuando los países están en equilibrio monetario entre sí, entonces, como se ha dicho anteriormente, el oro se distribuye entre ellos de tal manera que no hay beneficio en transferir cualquier parte de la participación de un país a otro país. Podemos expresar esto diciendo que el poder adquisitivo del oro está a la par internacionalmente y también, desde el punto de vista de la teoría de la inflación de las divisas, que esta paridad y sus variaciones son los factores (inmediatamente) determinantes en el mercado cambiario. Esta teoría de la paridad del poder adquisitivo, o alguna forma rudimentaria de ella, se remonta a mucho tiempo atrás y, como hemos visto anteriormente, ciertamente puede atribuirse a Malynes. Durante la Primera Guerra Mundial, una moneda particular se asoció con el nombre de Cassel. Pero el principio involucrado también debe atribuirse a Wheatley y Ricardo [1187] en cuyo trabajo aparece, como iba a aparecer en Cassel, en asociación característica con una teoría cuantitativa estricta (y cruda). [1188]

El razonamiento "clásico" sobre los movimientos del oro y los tipos de cambio se puede generalizar sin mucha dificultad al papel irredimible. [1189] Su aplicación a los casos de préstamos, subsidios y absentismo [1190] —un tema habitual de la economía de la época— presenta más dificultades. Por supuesto, la divergencia de opiniones que acabamos de describir se traslada a la discusión de estos casos. Pero este no es el único problema. Todos estos casos, pero especialmente los préstamos internacionales, plantean interrogantes que no pueden ser tratados satisfactoriamente por un esquema derivado del aumento milagroso del stock de oro de un país o del fracaso de una cosecha: entre otras cosas, los efectos sobre la renta comienzan a jugar un papel importante. papel e interés cualitativamente diferentes son decisivos. En consecuencia, los resultados fueron insatisfactorios. Sin embargo, la crítica moderna, en *cuanto* crítica, a menudo yerra al no prestar suficiente atención a las condiciones particulares de las transacciones que los autores individuales contemplaron y la secuencia de eventos que fueron impuestas por estas condiciones. Tomemos el famoso tratamiento de JS Mill de los pagos políticos unilaterales —digamos, un tributo anual— que sirvió como punto de partida y provocó muchas críticas en la discusión sobre las reparaciones alemanas después de 1920 (*Principios* , Libro III, cap. 21, § 4). El tratamiento es breve y simplificado, pero sustancialmente correcto en lo que respecta al único caso considerado, a saber, el caso en el que el receptor *insiste* en recibir sumas anuales de dinero, la primera de las cuales el país deudor no tiene más remedio que cobrar de los bolsillos. de sus ciudadanos. Aquí, el movimiento del oro no es una cuestión de mecanismos automáticos en absoluto, sino simplemente impuesto por las condiciones iniciales del problema. En estas condiciones, difícilmente puede dejar de producirse una caída de los precios en el país pagador. Esto aumentará las exportaciones y disminuirá las importaciones y traerá de vuelta el oro, pero, como Mill construyó el caso, los reclamos del país pagador sobre este oro serán absorbidos por el reclamo del país receptor para la próxima entrega del tributo, de modo que las existencias de oro, los ingresos , los gastos y los precios en el país pagador se mantienen bajos y su exceso de exportaciones se mantiene. Sin duda,

podría construirse otro caso que produzca una secuencia diferente de eventos y no contenga movimientos del oro ni cambios de precio en absoluto, sino solo cambios de ingresos y movimientos de productos básicos. Pero ambos casos sirven para ilustrar lo que desde el punto de vista "clásico" es lo esencial, a saber, que el verdadero factor de equilibrio es la transferencia de mercancías. Y tampoco es muy realista.

6. 'El' ciclo económico

Uno de los logros más importantes del período en estudio, y uno de los pocos que fueron verdaderamente originales, fue el descubrimiento y análisis preliminar de los ciclos económicos. Es cierto que las crisis de 1815, 1825, 1836–9, 1847–8, 1857 y 1866 presionaron sobre el fenómeno a la atención incluso de los economistas más académicos. Pero semejantes quiebres se habían producido, con similar regularidad en el siglo XVIII, y sin embargo nadie había profundizado en el asunto: nadie los había distinguido claramente de los efectos de la guerra y otros disturbios externos ni había visto en ellos nada más que desgracias fortuitas o los resultados de manías o errores o mala conducta. La primera sugerencia de que podrían haber causas más profundas de estas rupturas, causas que son inherentes al proceso económico, se encuentra de hecho en la literatura 'mercantilista', principalmente en conexión con las ideas que luego se desarrollaron en los diversos subconsumos. teorías. Pero estas ideas no se explicitaron antes de la polémica sobre la superabundancia, durante y después de las guerras napoleónicas, que ya conocemos y que terminó, por el momento, en su derrota. Después de algunos comentarios adicionales sobre esta controversia, consideraremos los análisis de los ciclos económicos que se deben principalmente a Tooke y Lord Overstone y luego terminaremos con la contribución de Marx. Para un tratamiento extenso del tema, se remite al lector al trabajo de von Bergmann. [1191]

Los hechos sobre las crisis que la prensa y el público notan principalmente y a los que naturalmente atribuyen efectos como las bancarrotas y el desempleo son el colapso del crédito y la imposibilidad de vender las mercancías: la prensa y el público son partidarios empedernidos de las `` teorías '' monetarias y de sobreproducción. [1192] Fue en contra de las ideas populares de este último tipo que JB Say argumentó en su capítulo sobre la "Ley de los mercados". Como ya se ha dicho, en lo que respecta al tema de las crisis, el principal mérito de esa ley era negativo. Say demostró con éxito que, por grande que sea el fenómeno de la sobreproducción en el cuadro histórico de las crisis individuales, no se puede derivar de él ninguna explicación causal: no tiene sentido decir que hay una crisis *porque* se ha producido "demasiado" en todos los casos. redondo. Aunque negativa, esta contribución fue muy importante. Puede decirse que se encuentra en la fuente del análisis científico de los ciclos y marca el punto en el que este último se separó del pensamiento preanalítico. Pero la aplicación positiva que Say intentó hacer de su ley fue mucho menos valiosa. De él infirió erróneamente, aunque con aparente lógica, que, si la sobreproducción general no era una explicación, entonces la sobreproducción parcial debe estar en la raíz del problema: que algunas mercancías no se pueden vender porque faltan sus complementos, o que la aparente sobreproducción de algunas fue realmente una subproducción de otros. Esta es la Teoría de la desproporcionalidad de las crisis, [1193] , como se la llamó más tarde, que murió por falta de vitalidad en el curso del siglo XIX, aunque en todas partes se pueden nombrar adherentes individuales. Uno de ellos fue Ricardo. Mejorando ligeramente la idea en el capítulo 19 de sus *Principios* , presentó un caso razonable, aunque, por supuesto, inadecuado para los cambios

repentinos en los canales de comercio como la causa individual más importante de perturbación.

Como sabemos, Sismondi y Malthus (seguidos por Chalmers) fueron los líderes en la campaña contra la ley de Say; algunos de sus argumentos habían sido anticipados por escritores anteriores, especialmente Lauderdale. Es muy difícil etiquetar sus teorías, que ninguna de las dos sistematizó completamente y que con ambas, pero especialmente con Malthus, eran teorías del estancamiento y desempleo prolongado más que teorías de 'crisis'. Malthus, sin embargo, se acercó mucho más a la definición y creo que se le atribuye (o se le debe) una teoría del subconsumo del tipo del exceso de ahorro: el estancamiento de [1194] sobreviene cuando la gente ahorra e invierte hasta tal punto que 'para no dejar motivo para un mayor aumento de la producción 'debido al incidente de caída de precios y beneficios. [1195] No se puede enfatizar con demasiada frecuencia que este argumento, cualesquiera que sean sus méritos incidentales, y uno de ellos es que ubica la fuente del estancamiento en el proceso ahorro-inversión, es, en su forma actual, definitivamente erróneo si se pretende explicar las 'crisis, ', aunque no si se pretende simplemente mostrar la posibilidad de que la producción se vuelva estacionaria. Pero Sismondi ofrece tal multiplicidad de factores responsables que no se le puede clasificar satisfactoriamente. Sin duda, el argumento del sobreahorro está presente y constituye el núcleo de su análisis de los desequilibrios de producción y consumo. [1196] Pero el subconsumo debido a los bajos salarios es aún más prominente, tanto por la distribución "viciosa" de los ingresos per se como por el desempleo creado por la maquinaria ahorradora de mano de obra. Luego está, incidente en su análisis de secuencia, la idea de que los productos crecientes se encuentran con los totales de poder adquisitivo que se han ganado algún tiempo antes mediante la participación en la producción de un producto menor. Además, Sismondi hizo mucho, y con razón, de todas las vicisitudes aleatorias a través de las cuales el camino conduce a las normales normales a largo plazo de los teóricos. Así se convirtió en el santo patrón de todas esas 'explicaciones' que se contentan con hablar de la anarquía de la producción capitalista, el desconocimiento de lo que hace el otro y de lo que quieren los compradores, etc., aunque todas las crudezas que son. que se encuentra en la literatura de este tipo no debe atribuirse a él. Los fenómenos de las depresiones posnapoleónicas le sugirieron una rica variedad de fuentes de problemas de todo tipo que era más fácil de plasmar en una acusación que en un organon analítico.

Por lo tanto, también se encuentra en la corriente de ideas que produjo una "teoría" que iba a recibir mucho apoyo de economistas muy capaces desde, aproximadamente, 1850 hasta fines del siglo XIX, y tendrá que ser mencionado nuevamente. En pocas palabras, se puede expresar diciendo que se producirán crisis cuando algo de suficiente importancia salga mal. Uno de los principales representantes de este punto de vista fue Roscher. [1197] Pero además de esta teoría de sentido común, aunque algo común, Roscher presentó lo que solo puede describirse como una fricassée de la mayoría de las ideas que eran corrientes en el momento en que escribió. Castrándolos a todos, aceptó la ley de Say pero la redujo a una identidad; [1198] aceptó y amplificó los cambios repentinos de Ricardo en los canales comerciales; aceptó con cautela el factor de ahorro excesivo de Malthus aunque dijo que Malthus había insistido demasiado en su punto; admitió que el ahorro es "perjudicial" si no se invierte (*Principios* , § 220); aceptó varios puntos que había hecho Sismondi; finalmente, tal vez bajo la influencia de JS Mill, reconoció el papel de la absorción de fondos en las inversiones fijas [1199], todo esto sin ningún esfuerzo de formulación o coordinación rigurosa. La situación que produjo actuaciones como esta invitó a una investigación fáctica y hubo varias buenas monografías sobre crisis individuales, pero solo mencionaré la historia completa y muy exitosa de las crisis de Wirth. [1200]

De mucho mayor interés que el trabajo que hemos estado examinando hasta ahora fue el análisis del ciclo de Tooke y Lord Overstone. Aunque las `` crisis " dominaron la escena a lo largo del siglo, a muchos observadores a partir de la década de 1820 en adelante, entre los cuales, no mucho para su crédito, los líderes científicos de la profesión no eran conspicuos, que las crisis no son sino fases de una onda más fundamental. movimiento y no se puede entender realmente excepto dentro de este entorno más amplio. Desde el principio, los escritores utilizaron el término 'ciclo' o 'ciclo comercial' para denotar las unidades de este movimiento [1201] y hablaron de una 'periodicidad' de estos ciclos, por lo que la mayoría de ellos no significaba más, sin embargo, que un secuencia definida de fases independientemente de la duración. [1202] Sin embargo, algunos sugirieron una igualdad de duración aproximada, si no exacta, y entre estos el "ciclo de diez años" finalmente ganó cierta popularidad; incluso Marx experimentó con él de manera evasiva. Este trabajo pionero produjo dentro del período las actuaciones seminales de Jevons y Juglar, que sin embargo se considerarán más convenientemente en la Parte IV. En la nota a pie de página a continuación, menciono algunos otros que casi se han olvidado. Observe que no existe relación entre este trabajo y las discusiones anteriores sobre los excesos. Creció de forma independiente y debe poco o nada a la economía general de la época. Sus autores se situaron ante los economistas profesos sobre una base de indiferencia fría y recíproca. Sin embargo, uno debería pensar que cada grupo podría haber obtenido ayuda del otro. [1203]

Pero Tooke y Overstone influyeron en la opinión dentro del redil —y, a su vez, fueron influenciados por ella— y su trabajo logró poner en pie lo que podría describirse como un nuevo análisis del "ciclo" económico. [1204] Además, se influyeron entre sí más de lo que se dieron cuenta o, en todo caso, estaban dispuestos a admitir, y la afinidad entre sus métodos y resultados es más importante que las diferencias. La impresión que prevalece en sentido contrario se debe, en primer lugar, a su antagonismo en materia de política del banco central, especialmente a su controversia sobre la Ley Peel. En segundo lugar, eran tipos muy diferentes y expresarían el mismo hecho o resultado de manera tan diferente que se verían como dos hechos o resultados diferentes. En tercer lugar, sí diferían en varios puntos de teoría y diagnóstico fáctico, que ambos subrayaron indebidamente pero que, en lo que respecta al análisis del ciclo económico, son menos de lo que parecen.

En el estado de la investigación en la década de 1830, el mero hecho de haber visto y comprendido —al menos intuitivamente— el fenómeno de las variaciones cíclicas en situaciones empresariales constituye en sí mismo una afinidad fundamental. Pero la manera en que expresaron su visión ilustra muy bien la diferencia en su estructura mental que indujo a tantos historiadores a pasar por alto todo lo que tenían en común. Con el método de Tooke para llegar a resultados a partir de la discusión de situaciones individuales, la percepción del fenómeno se fusionó tan completamente en el océano de sus detalles que en ninguna parte se destaca claramente, y el mismo hecho de que él lo vio debe establecerse contra la alta autoridad. . [1205] Lord Overstone, quien teorizó, aunque sin duda también a partir de los hechos, especialmente los hechos de su experiencia como banquero, afirmó audaz y deliberadamente que el 'estado del comercio' (sus citas) 'gira aparentemente en un ciclo establecido' que él se divide en estados de quiescencia, mejora, confianza creciente, prosperidad, excitación, sobrecomercio, convulsión, presión, estancamiento y angustia, "terminando de nuevo en quiescencia". [1206] No se concede más importancia a estas diez fases que a las dos o tres de Tooke. Pero la secuencia tiene sentido de todos modos.

Ninguno de los autores hizo ningún intento consciente de asociar con sus fases características

generales que hubieran producido una imagen estándar del ciclo. Pero se pudo demostrar que vieron todo lo que los profesionales experimentados de los negocios verían y prácticamente todo lo que nuestra riqueza de estadísticas nos ha enseñado a ver. Los precios, los intereses, el crédito, los movimientos del oro, la especulación y la inversión, en su relación con la actividad comercial y el sobrecomercio, naturalmente eran lo más importante en sus mentes. Sin embargo, existe esta diferencia: preocupado como estaba por los hechos históricos de situaciones sucesivas, Tooke presentó una rica variedad de elementos relevantes que está completamente ausente en las publicaciones de Overstone y presumiblemente no estaba completamente presente en su pensamiento. En ese surtido, dos cosas merecen especial atención. Primero, Tooke enfatizó en todo momento la importancia del 'comercio de maíz' y, en relación con esto, de las cosechas. No podemos atribuirle una teoría de la cosecha del ciclo; cualquier teoría de un solo factor era bastante ajena a su forma de pensar. Pero creo que deberíamos darle crédito por haber mantenido este elemento ante los ojos de los estudiantes y por haber dado un impulso a esta teoría que obtuvo cierto apoyo incluso antes de que Jevons escribiera. [1207] En segundo lugar, enfatizó que los períodos de prosperidad están asociados con la inversión en capital fijo, esto particularmente en relación con el auge de la construcción de ferrocarriles durante la década de 1840, y el cambio tecnológico.

El énfasis en estos dos elementos constituye, por supuesto, un paso importante en el análisis causal. La teoría del ciclo tanto de Tooke como de Overstone es principalmente una teoría "endógena", es decir, ambos autores intentaron mostrar cómo cada fase del proceso cíclico es inducida por las condiciones imperantes en la anterior. Pero ninguno estaba contento con esto. Aunque el método de Tooke produjo una gama mucho mayor de factores explicativos, auxiliares y aleatorios, Lord Overstone también reconoció las categorías más importantes, especialmente la mejora tecnológica, que estuvo a punto de considerar como la más importante de las causas de los aumentos. Por lo tanto, es completamente erróneo atribuirle personalmente esa teoría puramente monetaria del ciclo que no veía nada en este último más que los caprichos de un sistema monetario y crediticio mal regulado y que sin duda contaba con adeptos entre sus compañeros de trabajo ingleses. armas y aún más en los Estados Unidos. [1208] El propio Overstone declaró explícitamente que no es la política de los bancos la que produce repuntes. [1209] El sentido en que esta explicación es, sin embargo, posible para los exponentes modernos de las teorías monetarias del ciclo —Hawtrey y von Mises en particular— puede definirse en términos de dos proposiciones.

Primero, sin importar lo que pensara sobre el problema de la causalidad última, Lord Overstone ciertamente creía que la expansión de los préstamos bancarios, por medio de billetes de banco y depósitos "creados", más allá de los límites del capital "real" [1210] es responsable de un curso de eventos que difieren cualitativamente de lo que sucedería si los préstamos se mantuvieran siempre dentro de estos límites. Los abortos espontáneos, argumentó, también ocurrirían en el último caso; pero, por frecuentes que sean, serían cada uno de ellos sucesos individuales, no necesariamente conectados entre sí y, por tanto, capaces de ser absorbidos actualmente. Pero si el crédito se ha expandido sustancialmente más allá de ese límite, entonces toda la estructura del proceso económico está distorsionada. La inversión de las empresas *generalmente* aumenta en una medida que las condiciones subyacentes de la economía no lo justifican y que, por lo tanto, se justifica solo mientras esta inflación continúe. Esto es más de lo que implica la afirmación, que Tooke nunca negó, de que el dinero fácil excesivo facilitará el "sobrecomercio" y acentuará sus consecuencias.

En segundo lugar, Lord Overstone explicó el giro de las cosas de 'sobrecomercio' a 'convulsión, presión, estancamiento' mediante un mecanismo pura o predominantemente monetario: la recesión fue la reacción al boom anterior, pero fue principalmente una reacción a la expansión crediticia del auge. Esta expansión crediticia elevó los precios, lo que provocó pérdidas de efectivo (tanto en circulación como en países extranjeros) y amenazó la convertibilidad de los billetes de banco. Esto estaba destinado a elevar las tasas de interés y esto nuevamente para sacudir la confianza y contraer los depósitos bancarios y la cantidad de letras comerciales pendientes (*Tracts* , 1857, p. 264 y siguientes). Nada de todo esto se resolvió con el cuidado y la minuciosidad a que nos ha acostumbrado el análisis posterior, ayudado por críticas hostiles. Pero la importancia general es bastante clara: es el dinero y el crédito los que, por sí mismos inestables, inestabilizan el progreso económico, y era la reforma bancaria la que se necesitaba para estabilizarlo, no del todo —Overstone lo negó repetidamente— pero en la medida de lo posible. es capaz de estabilizarse en absoluto. Tooke criticó negativamente todo esto: no creía en la existencia ni, en todo caso, en la importancia del capital "ficticio"; minimizó el papel del interés en el ciclo; no pensaba que la contracción del crédito fuera el factor más importante que *provocó* la recesión. De hecho, esto fue suficiente para que él llegara a conclusiones diferentes en cuanto a política. Pero cuando tenemos en cuenta, por un lado, las calificaciones que Overstone aplicó a su argumento y, por otro lado, todas las calificaciones que Tooke aplicó a sus negaciones, encontramos que la gama de sus desacuerdos se redujo considerablemente.

Por lo tanto, una rica cosecha de ideas y de actuaciones analíticas puede acumularse y acreditarse en la cuenta de ese período. Hemos notado las teorías de la sobreproducción y al mismo tiempo la eliminación de sus tipos más ingenuos; hemos notado varias teorías del subconsumo y, en su caso también, trabajos críticos que exponen sus errores; hemos notado las teorías de la perturbación aleatoria en las ediciones más variadas; hemos notado el descubrimiento del ciclo económico y el surgimiento de teorías monetarias y de inversión del mismo; incluso el consumo excesivo y la teoría de la cosecha no estuvieron ausentes; sobre todo, hemos notado los inicios del trabajo estadístico sobre el problema. Pero, por extraño que parezca, nadie parece haber conocido todos estos ladrillos o haber comprendido que eran ladrillos esperando la mano que los combinaría en una estructura integral —completa aunque provisional— antes de que terminara el período. JS Mill falló en la tarea, aunque ofreció más síntesis de lo que parece a primera vista. [1211] Describió el mecanismo cíclico en términos de expectativas de ganancia, inducidas por sucesos favorables o desfavorables, que actúan sobre las existencias de los comerciantes y, por lo tanto, sobre los precios que eventualmente continúan subiendo sin mejor razón que la de que han subido y, cuando se realiza que el ascenso ha ido más allá de la extensión justificada por el suceso iniciador, comienzan a caer hasta que siguen cayendo porque han caído. Al señalar cuidadosamente que esto podría suceder incluso "en una comunidad a la que se desconoce el crédito", luego enfatizó el hecho de que el crédito fácilmente extensible aumentará en gran medida la violencia de tales fluctuaciones. Pero las crisis comerciales, definidas como situaciones en las que `` un gran número de comerciantes y comerciantes a la vez tienen, o temen que tendrán, dificultades para cumplir sus compromisos '', también pueden surgir sin una `` extensión particular de crédito '' cuando una gran cantidad de La proporción del capital que normalmente abastece al mercado de préstamos es absorbida por demandas inusuales de pagos externos, inversiones fijas y similares. Argumentó contra las ingenuas teorías de sobreproducción y subconsumo, especialmente la teoría del sobreahorro, pero encontró, dentro de los eventos de depresión, un lugar para el exceso de oferta y la

infrautilización. El interés también ocupa un lugar modesto, al igual que el mecanismo puramente monetario de los desagües internos y externos. Tampoco falta la periodicidad (en el sentido amplio de la palabra). Creo que esto es suficiente para impartir a los lectores la sensación de planitud que experimenté al tratar de reconstruir el análisis del ciclo de Mill. Pero aunque es un lugar común, todo esto también es de sentido común y no es una mala base para seguir trabajando. Al examinar lo que A. Marshall dijo sobre el tema, [1212] encontramos de hecho mucho más material y no tenemos el mismo sentido de planitud; pero sustancialmente su tratamiento no equivale a más que una elaboración de las sugerencias de JS Mill. Muchos otros estudiantes fueron influenciados o incluso iniciados por Mill. Incluso Marx puede haber aprendido algo de él.

El análisis de Marx de los ciclos económicos es un "capítulo no escrito" y no ha surgido, o es probable que surja, una imagen coherente del mismo que merezca la aprobación de todos, o incluso de todos los marxólogos ortodoxos. [1213] Varias características metodológicas llaman primero nuestra atención. Como siempre, Marx era consciente de razonar —a veces en la misma página— en niveles de abstracción muy diferentes. En materia de ciclos, esto es particularmente importante de señalar porque, como cada ciclo es un individuo histórico y en parte está condicionado por circunstancias para las cuales no hay un análogo exacto en otros ciclos, siempre tenemos que lidiar con, e incluso construir *ad hoc* teorías para —hechos cuya relevancia varía según el nivel de abstracción sobre el que deseamos movernos: una teoría del ciclo todavía puede aspirar a ser general o bastante general y, sin embargo, contener elementos que no son esenciales desde el punto de vista de un modelo puro. Esto aumenta enormemente las dificultades de interpretación. Además, Marx prestó mucha atención a la distinción vital entre las condiciones institucionales generales que permiten los movimientos cíclicos y las "causas" o factores que realmente los producen. Por ejemplo, la famosa 'anarquía' de la sociedad capitalista, la intervención del dinero entre transacciones 'reales' y los caprichos del crédito bancario eran para él hechos que debían tomarse en cuenta, pero como condiciones permisivas, aunque necesarias, sólo, y no como "causas": comprendió perfectamente la vacuidad de cualquier "teoría" que se contente con señalar estos hechos y otros similares.

Finalmente, distinguió, tanto de condiciones como de causas, otro conjunto de hechos, los síntomas. [1214] Es lógico que el descuido de estas distinciones sea una fuente fecunda de errores de análisis y de fútiles controversias, y que esta contribución metodológica es en sí misma suficiente para otorgar a Marx un alto rango entre los trabajadores de este campo.

A continuación, debemos tratar de evaluar la relación aparente, que parece sugerir un pasaje del *Manifiesto Comunista* , entre los ciclos y la ruptura final de la sociedad capitalista. Marx usó la noción de un ciclo (quizás decenal) como algo natural. Las crisis nunca fueron para él más que una fase del proceso cíclico. Sin embargo, si creyó, como parece haberlo hecho, que las crisis tienden a volverse más destructivas a medida que avanza la época capitalista, es natural suponer que asoció este supuesto hecho [1215] con el colapso final o incluso que esperaba que el capitalismo se derrumbaría *en* una crisis final que sería tan desastrosa como para prender fuego al marco de la sociedad capitalista. Es más justo para la concepción fundamental de Marx, sin embargo, descuidar la evidencia que hay de haber adoptado este punto de vista y enfatizar que, en su análisis, el proceso cíclico per se y la tendencia que apunta hacia la ruptura, especialmente si la ruptura equivale a nada más que estancamiento; son *de hecho* dos fenómenos distintos, cada uno de los cuales podría existir sin el otro. No había nada en esto que le hubiera impedido considerar las crisis recurrentes como "causas contribuyentes" a una situación

social en última instancia insostenible.

Finalmente, debemos tratar de recopilar las contribuciones de Marx a una explicación fundamental o `` causal '' del ciclo, tratando de descubrir, como muchos otros lo han intentado antes que nosotros, si alguna teoría definida del mismo se puede atribuir a Marx aunque nunca escribió uno explícitamente. El primer paso es sencillo. Marx visualizó claramente que el 'ciclo decenal' que ('interrumpido por oscilaciones más pequeñas') transcurre en una secuencia de fases (o 'períodos', como él dijo) de actividad media, prosperidad, superproducción, crisis y estancamiento [1216] es ' característica de la industria moderna »y no simplemente el resultado de una serie de incidentes o accidentes. Y definitivamente ubicó su origen en el proceso de acumulación. Pero más allá de esto, sólo una cosa es cierta, a saber, que trató este proceso, incluido el aumento de la capacidad productiva que provoca y el 'ejército industrial de reserva que crea', como un alejamiento del equilibrio, y las crisis como las catástrofes que restablecer periódicamente el equilibrio y, mediante la destrucción radical de los valores del capital, recrear las condiciones para la rentabilidad de los negocios. Este es un enfoque prometedor que evita muchos errores e irrelevancias posibles y conduce intencionalmente a la pregunta que permanece: ¿por qué el proceso de acumulación debería ser *esencialmente* [1217] desequilibrante?

Dado que Marx consideró el ciclo como una forma esencial de vida capitalista, no podemos aceptar una teoría de la perturbación aleatoria como respuesta. Dado que emitió un juicio desdeñoso sobre las teorías crediticias del ciclo, podemos excluirlas, por mucho que se refiera a la especulación y otros excesos facilitados por un sistema crediticio expansible. Ciertamente, no era partidario de ninguna ingenua teoría de la superproducción de las crisis en el sentido de las *crisis pléthoriques* de Fourier . [1218] Tampoco debe cargarse, como lo ha hecho con frecuencia, tanto por amigos como por enemigos, esa teoría del subconsumo que asocia las crisis con la insuficiencia del poder adquisitivo del trabajo y que, para el profano, parece tan estrechamente relacionada con la explotación. [1219] Pero esta teoría pertenece a Rodbertus y no a Marx, quien, como buen economista que fue, era bastante consciente de su debilidad y la repudió en tantas palabras. [1220] Así, finalmente, parece que nos quedamos con la tasa de ganancia descendente —la consecuencia, con Marx, no de la acumulación per se sino del aumento relativo del capital constante frente al variable— y, de hecho, se vislumbran varias posibilidades de aprovechar esta "ley" para cumplir el propósito en cuestión. Para empezar, esta "ley" puede vivir en el nivel más alto de abstracción. Además, no hay duda de que los períodos de prosperidad son períodos de inversión sobrenatural y que el aumento resultante en la capacidad productiva tiene un efecto sobre los precios y las ganancias que no tienen por qué ser causales, pero siempre deben tener una importancia considerable. [1221] Finalmente, la acumulación marxista conduce al desempleo y tiende a socavar la estructura industrial que existe en cada momento (destrucción de empresas más pequeñas y menos eficientes, etc.). Marx parece haberse dado cuenta, sin embargo, de que ninguno de estos elementos explicará fácilmente la forma cíclica del proceso de acumulación y menos aún la ocurrencia de *crisis* . En cualquier caso, quizás con prudencia, no se comprometió con una hipótesis explicativa claramente basada en alguna o en todas. [1222]

Parte IV:

De 1870 a 1914 (y posteriores)

1

-

Introducción y plan

1. Cobertura

ESTA PARTE ES para cubrir la historia del trabajo analítico desde aproximadamente 1870 hasta 1914. Para justificar la primera fecha invoco un hecho que pocos economistas negarán, a saber, que fue alrededor de 1870 que un nuevo interés en la reforma social, un nuevo espíritu del "historicismo", y una nueva actividad en el campo de la "teoría" económica comenzó a afirmarse; o que se produjeron rupturas con la tradición tan distintas como podemos esperar observar en lo que siempre debe ser fundamentalmente un proceso continuo. La justificación de la segunda fecha es la tesis de que la Primera Guerra Mundial fue un 'factor externo' lo suficientemente poderoso como para que su estallido se convirtiera en un punto terminal, aunque las influencias que iban a poner fin a esa época de análisis económico y marcar el comienzo en otro, todos eran claramente visibles antes y aunque no conquistaron hasta que transcurrió una década más o menos.

Todo esto debe tomarse con las mismas calificaciones que se aplican a cualquier intento de periodizar cualquier cosa y, en particular, con calificaciones similares a aquellas con las que nos pareció necesario salvaguardar nuestra concepción del período anterior. Varios hombres y obras cabalgan sobre ambos períodos y no pueden asignarse a ninguno de ellos sin mucha arbitrariedad; y hubo muchas superposiciones en puntos de vista, actitudes y métodos. En parte debido a esto, algunos hombres y obras que pertenecen cronológicamente al período anterior o al siguiente se han asignado a esta Parte. Sin embargo, también hay otra razón para referirnos, a veces de manera bastante completa, a los desarrollos de nuestro propio período y para llevar nuestra historia, en algunos asuntos, hasta la fecha (1949): los desarrollos modernos serán tratados brevemente en la Parte V, y Parece deseable aprovechar las oportunidades que surjan para indicar, al menos en una serie de puntos importantes, cómo el trabajo moderno se remonta al trabajo de 1870-1914: hasta qué punto estamos construyendo sobre los cimientos establecidos por este último. .

Pero todas las calificaciones que son necesarias para evitar que la periodización se convierta en engañosa, o en un sinsentido total, no deberían cegarnos al hecho de que el período que estamos a punto de discutir en realidad forma una unidad real, que tendría que ser reconocida independientemente de las afirmaciones de conveniencia expositiva. Las rupturas con la tradición alrededor de 1870 estaban destinadas a ser rupturas por los hombres cuyos nombres están asociados con ellos: pueden haber mirado a esos hombres más abruptos y más importantes que al historiador, pero esto no significa que fueran completamente imaginarios. . A estas 'revoluciones' siguieron dos décadas de lucha y discusiones más o menos acaloradas. Y de éstos emergió nuevamente, en los noventa, una situación clásica típica en nuestro sentido, cuyas obras principales exhibían una gran extensión de puntos en común y sugieren un sentimiento de reposo, las cuales crearon, en el observador superficial, una impresión de finalidad: la finalidad de un templo griego que extiende sus líneas perfectas contra un cielo sin nubes. Pero en la última década antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, incluso el observador superficial debería haber podido discernir signos de decadencia, de nuevas rupturas a la

vista, de revoluciones que aún no han desembocado en otra situación clásica.

2. Parafernalia

A través de la "revolución" y la consolidación, ese período fue testigo de un avance sustancial. Sugiero que es probable que subestimemos sus logros tanto como exageremos los logros del período desde A. Smith hasta JS Mill. En parte, esto se debe a un hecho que es la principal causa de las dificultades que algunos lectores encontrarán al leer detenidamente esta Parte: los economistas comenzaron a desarrollar técnicas más complejas, que ocuparon cada vez más el lugar de las sencillas de antaño que tenía toda persona educada. podido dominar sin entrenamiento especial. Como resultado natural e inevitable, la economía se volvió más especializada y menos accesible para el público lector, y debido a esto, los economistas se ganaron muchos reproches, completamente irrazonables, no solo de los portavoces de este público, sino también de los menos tecnológicos en su opinión. propio en medio. Este proceso fue lento, sin embargo, y los líderes que, como Marshall, abrigaban la ambición de ser "leídos por los hombres de negocios" y que escribían en consecuencia, aún obtenían críticas completas en la prensa diaria. No es necesario señalar que tal éxito se compró a un precio, y que contra la ventaja para la ciencia y el público que podemos ver en él, debemos establecer una pérdida de eficiencia analítica.

La ciencia creció aún más en masa que en sabiduría. Esto fue en parte consecuencia de su rápido "progreso" en la profesionalización y profesorado. Hemos notado que incluso en los períodos anteriores los economistas se reconocían entre sí como personas que poseían una competencia especial y que se habían desarrollado algo así como estándares profesionales de desempeño. Estos se hicieron mucho más definidos en el período en discusión durante el cual la economía, o incluso cada una de las ramas reconocidas del tronco económico, se convirtió en un trabajo de tiempo completo. Esto indujo a una mayor profesionalización tanto como a su vez fomentó. En el período anterior, la mayoría de los principales economistas no eran profesores académicos. En el período en discusión, prácticamente todos lo fueron. En Inglaterra, el cambio se muestra aún más sorprendente que en cualquier otro lugar, porque los profesores de economía (o profesores académicos con diferentes títulos), habiendo sido muy pocos antes, aumentaron pero poco en número absoluto durante ese período, pero sin embargo conquistaron el campo. [1223] En los Estados Unidos, el aumento en el número de profesores académicos fue espectacular después de que Harvard adquiriera su primera cátedra regular de economía política en 1871 (la cátedra más antigua de Columbia en filosofía moral y economía política data de 1818) y Yale en 1872. Alemania, Italia, España y los países del norte desarrollaron sus profesiones económicas en líneas antiguas, pero Francia dio un gran paso al establecer en 1878 cátedras de economía en todas las facultades de derecho del país, mientras que hasta ese año no había existido. cualquier enseñanza regular y reconocida en economía excepto en París.

Según los estándares modernos, las instalaciones de investigación, más allá de las bibliotecas que se ampliaron mucho, especialmente en los Estados Unidos, siguieron siendo extremadamente modestas. En muchos lugares, estuvieron completamente ausentes. [1224] Los métodos de enseñanza mejoraron de diferentes maneras en diferentes países. Debemos recordar que tanto en Inglaterra como en Estados Unidos el estudio profesional de la economía era todavía algo nuevo que tenía que abrirse camino y establecer sus métodos mediante un proceso de ensayo y error, [1225] y que en algunos otros países la economía se mantuvo por todas partes. el período fue un complemento muy menor del estudio

de la ley. Incluso en Prusia y algunos otros estados alemanes, donde la economía tenía una posición mucho más independiente en las facultades de artes y ciencias (facultades "filosóficas") que proporcionaban un plan de estudios y otorgaban el doctorado. en economía, por lo general había sólo dos profesores titulares de economía [1226] y quizás uno o dos profesores (*Privatdozenten*). Los estudiantes estadounidenses levantarán las manos con horror cuando lean que se esperaba que un mismo hombre enseñara economía general, finanzas públicas, trabajo, dinero y banca, 'política agraria', comercio internacional y organización y control *industrial* (*Industriepolitik*), todo en tres cursos. Pero el seminario (cada profesor dio un seminario general, cubriendo indiscriminadamente todos estos temas, a medida que los trabajos de los estudiantes estuvieron disponibles), y más tarde el seminario especializado, se desarrolló para complementar los cursos de conferencias (me temo que no todos fueron exactamente fascinantes) y para asegurar la atención individual al menos para los estudiantes que están trabajando en su doctorado. tesis. El progreso tomó diferentes líneas en otros lugares, aunque el método del seminario fue copiado ampliamente. Sin embargo, se ha dicho lo suficiente para transmitir una idea de un estado de cosas que explica muchas de las dificultades que obstaculizaron el avance del análisis económico y redujeron el nivel de competencia del economista promedio por debajo de lo que podría haber sido: este nivel de competencia en Turn explica la frecuencia de controversias sin sentido que surgieron nada más que de una falta de comprensión, y de un hecho que complica aún más la tarea del historiador. Es difícil dibujar una imagen realista y es difícil encontrar un promedio cuando existe una brecha tan grande entre el desempeño de un pequeño número de líderes y el resto de la profesión.

Las profesiones en crecimiento se organizaron y proporcionaron salidas para su producción actual. Una vez más, no es necesario ni posible ir más allá de unos pocos hechos importantes y familiares. La Verein für Sozialpolitik se fundó en 1872, la American Economic Association en 1885 (la Historical Association en 1884) y la Royal Economic Society, para usar el nombre que finalmente adoptó, en 1890: tres fechas significativas. La Royal Economic Society proporcionó a la profesión un organismo central y una revista; La Asociación Económica Estadounidense brindó, además, las reuniones anuales que conocemos con sus amplios programas de ponencias y discusiones. El Verein tomó su nombre de un propósito especial, que no era `` científico '' en sí mismo (ver más abajo, cap.4) [1227] e implicó un compromiso definido, que en las primeras décadas de su carrera determinó tanto los temas como el espíritu de la discusiones anuales. Sin embargo, con el tiempo tendió a convertirse en lo que las otras dos organizaciones fueron desde la primera: una asociación de carácter sustancialmente "científico" para todo el campo de la economía. Aún más importante es otra característica de la Verein que estuvo ausente del programa, así como de la práctica, de las asociaciones estadounidense e inglesa: desde sus inicios organizó la investigación en equipo. Cada miembro de su comité central tenía derecho a sugerir proyectos. Los que fueron aceptados por el comité ejecutivo fueron encomendados a subcomités, quienes a su vez reunieron grupos de miembros interesados y presentaron los resultados de sus investigaciones para su discusión en las reuniones anuales. Los artículos originales junto con las discusiones se publican en los 188 volúmenes del *Schriften* de Verein . [1228] Hay argumentos en contra y a favor de un trabajo en equipo a gran escala. Pero es importante que el lector tenga en cuenta esta primera instancia.

Se proporcionaron nuevas salidas para el trabajo científico en forma de nuevas revistas. Para mencionar solo algunos de importancia destacada, la *Revue d'économie politique* , el *Giornale degli*

Economisti , el *Economic Journal* , el *Quarterly Journal of Economics* , el *Journal of Political Economy* , el *American Economic Review* , el *Ekonomisk Tidskrift* , *Schmollers Jahrbuch* , el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* , *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik, und Verwaltung* (predecesor de *Zeitschrift für Nationalökonomie*) datan de ese período. Por supuesto, los diccionarios completos de economía no eran más novedosos que las revistas profesionales. Sin embargo, empresas cooperativas como *el Diccionario de Economía Política de Palgrave* , el nuevo *Dictionnaire d'économie politique* , el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* , reflejan el vigoroso crecimiento de una, por el momento, nueva era y de sus logros, sus controversias intactas, sus muchos frutos, su escape de la "ortodoxia" [¿en serio? JAS], que parece haber pesado mucho en la generación anterior. ' [1229] Finalmente se establecieron nuevas instituciones en las que la economía, de una forma u otra, ocupaba el lugar de honor. Saludamos al que es, con mucho, el más importante: la London School of Economics (1895). [1230]

Un punto más: aquellos que están acostumbrados a enfatizar la importancia para el logro científico de cátedras de profesores, fondos de investigación, organizaciones y similares, tendrían que inferir que los logros en inglés estuvieron en o cerca del fondo de la escala internacional. De hecho, estaba en la cima. La supremacía en la investigación económica que Inglaterra había tenido durante el período anterior ya no estaba indiscutible. Muchas de las contribuciones decisivas y especialmente de las originales no fueron en inglés en mucha mayor medida que antes. Inglaterra retuvo la supremacía sólo en el mismo sentido en que retuvo la supremacía en la industria y las finanzas. Pero lo conservó, especialmente en lo que respecta al prestigio. Y nuevamente, esto no se debió solo al desempeño de sus líderes; también, y quizás principalmente, se debió a la calidad de la "segunda línea": no solo se debió a la competencia suprema (o más) de Marshall y Edgeworth; también se debió a la ausencia casi total de absoluta incompetencia entre el resto. De ahí la lección: los fondos y las sillas no lo son todo; hay cosas que no se pueden alquilar ni comprar; y si estas cosas no se desarrollan a la par con los fondos y las sillas, es posible que estas últimas se hayan proporcionado en vano.

3. Plano de la pieza

En general, el plan de esta Parte está en la misma línea que el de la Parte III. Sin embargo, no se ha hecho ningún sacrificio en el altar de la simetría. Muchas cosas parecían merecer un énfasis que antes no tenían o menos importancia y viceversa; y muchos reordenamientos parecían indicados por otras razones.

Como antes, nos prepararemos para nuestra tarea principal echando un vistazo a los antecedentes sociales —el *Zeitgeist*— (Capítulo 2) y a los desarrollos en campos vecinos que ejercieron o se podría haber esperado que ejercieran alguna influencia sobre la economía (Capítulo 3).). Al lector que encuentre estas encuestas superficiales se le recuerda una vez más que los hechos que se mencionarán en estos dos capítulos no se mencionan por sí mismos. Ésta es una historia del *análisis* económico , una historia de los intentos de los hombres de aplicar su razón a la tarea de comprender las cosas, no una historia de los intentos de los hombres de aplicar su razón —y volición— a la tarea de cambiarlas. Luego siguen los comentarios sobre dos grupos aliados de hombres e ideas que se prestan a un tratamiento separado, el grupo cuyo trabajo se centró en el interés contemporáneo en la reforma social y cuyos líderes fueron con singular infelicidad apodados 'socialistas de la silla' (*Kathedersozialisten*); y el grupo que se llamó, y se llamó a sí mismo, la escuela histórica (Capítulo 4).

1231 La muy debatida cuestión de los juicios de valor de los economistas se abordará en relación con el primero, y la famosa "batalla de métodos" (y su contraparte estadounidense, la controversia institucionalista) en relación con el segundo. Hasta cierto punto, este arreglo daña nuestra imagen, porque cuando pasamos a un breve estudio de los hombres, los grupos y los desarrollos en la 'economía general' (capítulos 5 y 6), ya habremos eliminado dos de las influencias más importantes. sobre esta "economía general". Permítanme, por tanto, suplicar al lector que lea detenidamente estos capítulos en su orden. Los dos últimos capítulos de la Parte tratan conjuntos de temas que ha parecido mejor reservar para un tratamiento por separado. El Capítulo 7 (Análisis de equilibrio) corresponde 1232 al Capítulo 6 de la Parte III y asigna la misma función de pilotaje a Walras que se asignó a Senior en la Parte III. Su objetivo es presentar el surgimiento de los elementos de la teoría pura moderna de una manera que, me temo, resultará tan insatisfactoria para el teórico moderno como parecerá sobrecargada para el no teórico. Este último puede tener razón al contentarse con lo que habrá leído sobre estos temas en los capítulos 5 y 6. El apéndice del capítulo 7, sobre la suerte de la teoría de la utilidad y sus sucesores hasta el día de hoy, se mantiene por sí solo, o casi , y solo debe ser leído por quienes tengan especial interés en el tema. 1233 La segregación de los temas de dinero, crédito, ahorro e inversión y ciclos económicos en el último capítulo (8) requiere esta observación: la segregación se impuso por razones de exposición como lo hizo en la Parte III; pero al someterme a esta necesidad, no deseo dar la impresión de que acepto las opiniones actuales sobre la teoría monetaria de este período. Esto quedará muy claro a medida que avancemos.

2
-
Fondo y patrones

Cuanto más cercana es una época para nosotros, menos la entendemos: la nuestra es la que menos entendemos. Por esta sola razón, el bosquejo del patrón cultural del período que se estudiará debe trazarse con mayor cuidado que el requerido en el caso del período anterior. Además, el patrón cultural se hizo más complejo en todas partes a medida que avanzaba la era burguesa. El lector recordará por favor lo que se ha dicho en la Parte III (cap. 3) sobre el tema de la falta de uniformidad en el patrón cultural o *Zeitgeist* de cualquier época: hablar de un solo *Zeitgeist* dominante en todos los hechizos de distorsión de los hechos. en la mayoría de los casos, distorsión ideológica. Pero esta verdad fundamental de la sociología cultural se aplica con fuerza al período en discusión. No importa cuán severamente debamos simplificar las cosas, los siguientes comentarios dejarán esto muy claro.

1. Desarrollo económico

El período que estamos a punto de examinar fue nuevamente de rápido desarrollo económico. Fue entonces cuando Alemania y Estados Unidos adquirieron el estatus de potencias industriales de primera línea. Pero en otros lugares, por ejemplo en Austria, Italia, Japón y Rusia, la industrialización avanzó a un *ritmo* (aunque, por supuesto, no en términos de cifras absolutas) que no fue menos notable. Después de 1900, Inglaterra no logró mantenerse al día, pero hasta ese año experimentó un aumento de la riqueza que puede caracterizarse por el hecho de que, de 1880 a 1900, el salario *real* inglés por asalariado aumentó en casi un 50 por ciento. [1234] Esto creó un estándar de vida completamente nuevo para las masas.

Pero hasta casi el final del siglo, la expansión de la producción física estuvo acompañada de una caída de los precios, un desempleo generalizado de la mano de obra y pérdidas comerciales. Los hechizos de 'prosperidad' fueron más cortos y más débiles que los de 'depresiones'. De hecho, todo el período comprendido entre 1873 y 1898 se ha denominado la Gran Depresión. [1235] Esta edición particular de la 'paradoja de la pobreza en abundancia' no es difícil de explicar. Todos los fenómenos observables pueden explicarse satisfactoriamente por el impacto de los productos que brotan de un aparato productivo que las dos décadas anteriores se había expandido enormemente. En una sociedad socialista, esos períodos podrían ser aclamados como períodos de cosecha. En la sociedad capitalista, no dejan de ser eso. Pero este aspecto se pierde por completo en los miedos, sufrimientos y resentimientos que genera la dislocación de las estructuras industriales existentes que es la primera consecuencia del progreso tecnológico o comercial. Un ejemplo ilustrará esto. En los años setenta y ochenta, la mejora del transporte terrestre y marítimo trajo cantidades mucho mayores de trigo americano barato a Europa, lo que significó una grave depresión para la agricultura europea. Por supuesto, este fue un elemento esencial en el aumento del 50 por ciento en los salarios reales de la mano de obra inglesa que hemos notado anteriormente. Pero los agricultores europeos y sus portavoces no lo vieron de esta manera. Y si lo hubieran hecho, habrían obtenido muy poco consuelo de ello. Los sectores agrarios eran en todas partes lo suficientemente importantes como para propagar su depresión a otros. Pero, aunque esto tomaría más espacio para mostrar, los sectores industriales tenían problemas

análogos propios. En cierto sentido, se trataba de problemas superficiales derivados de un proceso de adaptación que conducía de un período prolongado de prosperidad a otro. Pero para muchos individuos y grupos el único método de adaptación disponible era la quiebra. Para el trabajo, significaba desempleo o la amenaza constante del mismo.

El lector encontrará fácil visualizar los problemas prácticos que resultaron de esto y las reacciones a ellos de grupos, clases, partidos y gobiernos. Es sobre este trasfondo que tendremos que pintar durante el resto de este capítulo. Tan obvio es esto que hay menos peligro de olvidarlo que de exagerar hasta qué punto los hechos aludidos —*tanto* el "progreso" y sus vicisitudes— determinaron la historia política y cultural. Por ejemplo, esos hechos explican gran parte de la radicalización de las masas que observamos: el nivel de vida en ascenso y una nueva sensación de poder contribuyeron a ese resultado no menos que la amenaza del desempleo. También explican gran parte del entusiasmo general por la reforma social, de las tendencias hacia la organización industrial (especialmente del tipo cártel), del aumento de las actividades gubernamentales, del descontento con los resultados del libre comercio, incluso del militarismo renaciente. Pero el hecho adicional de que ninguna de estas tendencias mostró signos de debilitamiento durante los quince años anteriores a la guerra, años que fueron de complexión económica bastante diferente -la mayoría de ellos de hecho cobraron mayor impulso- debería advertirnos que no debemos confiar demasiado en tales explicaciones. . Hay cosas más profundas. . . . [JAS tenía la intención de ampliar esta sección].

2. La derrota del liberalismo

En general, la clase empresarial se siguió saliendo con la suya durante todo el período, al menos hasta principios de este siglo, aunque mucho más en Estados Unidos que en Europa. Pero su serena confianza en las virtudes del laissez-faire había desaparecido y su buena conciencia se estaba yendo. Lentamente se estaban reuniendo fuerzas hostiles con las que tenía que comprometerse. Aún más significativo, se mostró cada vez más dispuesto a comprometerse y adoptar las opiniones de sus enemigos. [1236] El liberalismo económico [1237] quedó así plagado de matices que a veces implicaban la renuncia a sus principios. El liberalismo político, a partir de los años ochenta, perdió su dominio sobre los electorados mucho más rápidamente de lo que parece en la superficie: solo en unos pocos países, como Alemania y Austria, lo hicieron los partidos genuinamente liberales, en el sentido en que se usa este término en este libro: encuentro con la derrota abierta en las urnas; en otros, especialmente en Inglaterra, la fuerza de las organizaciones políticas existentes y su liderazgo fue tan grande que les permitió obtener victorias en programas radicalizados. [1238] Se espera que no sea necesario explicar las razones por las que todo esto fue diferente en los Estados Unidos y en qué medida esto fue diferente. Lo que tendría que ser un análisis extenso puede resumirse diciendo que, salvo una serie de grupos y movimientos, ninguno de los cuales fue lo suficientemente fuerte como para influir de manera perceptible en la política nacional, todo el radicalismo del estadounidense promedio ascendió a, y esto también se aplica a los economistas —Fue hostilidad hacia las grandes empresas ("frenar el monopolio").

Antes de tratar de ver cómo todo esto se reflejaba en aquellos departamentos de política pública en los que estamos principalmente interesados (sección 3) debemos echar un vistazo breve a lo que hemos descrito anteriormente como fuerzas políticas hostiles al laissez-faire burgués que estaban cobrando impulso durante ese período. período. El socialismo ortodoxo es el más obvio. Pero no fue,

durante ese período, el más importante. En cualquier caso, puede suponerse que su trayectoria es tan familiar para el lector que muy pocos comentarios serán suficientes para nuestro propósito. [1239]
Primero, el período vio el surgimiento de partidos marxistas en casi todos los países. Pero incluso el más exitoso de ellos, el Partido Socialdemócrata Alemán, que por el peso del talento y el número era un factor importante en la política, se mantuvo en principio al margen de la responsabilidad política [1240] y así redujo su influencia práctica, incluso en materia de legislación social. muy por debajo de lo que podría haber sido. Ninguno de los otros partidos marxistas fue numéricamente significativo excepto el austriaco. Los partidos socialistas no marxistas, que se convirtieron en grupos laborales no socialistas y que no sentían ningún reparo en la cooperación política con los partidos burgueses, se acercaron o asumieron cargos políticos aquí y allá. Estos sucesos —que plantearon el tema tan debatido del milrandismo [1241]— y la aparición, en 1906, de un partido laborista en el Parlamento inglés son, por supuesto, tremendamente importantes. Pero por el momento su importancia era solo sintomática. Para quienes tenían el oído en el suelo, otro síntoma era aún más significativo, y mucho más que los discursos revolucionarios más extravagantes. Sin duda, había muchos burgueses que explotaban habitualmente con el mero sonido de la palabra socialismo. Pero hubo otros que simpatizaron con las ideas socialistas y, en un grado mucho mayor de lo que comúnmente se cree, les prestaron apoyo práctico de una forma u otra, aunque no siempre abiertamente. Por supuesto, el voto no socialista de los partidos socialistas no fue en muchos casos más que la manifestación de resentimientos temporales. Pero el número iba en aumento de aquellos que aprobaban los fines últimos del socialismo o que aprobaban los objetivos inmediatos de los partidos socialistas, o que hacían ambas cosas y seguían profesando que no eran socialistas.

El crecimiento de los grupos y partidos burgueses radicales fue inmediatamente de mayor importancia práctica. Varían enormemente en tipo y programa: desde grupos liberales del viejo tipo que habían abordado elementos más o menos importantes de la reforma social, hasta grupos de intelectuales que descendían de los radicales filosóficos de antaño y que diferían poco, si es que lo hacían, de ' socialistas reformistas como Eduard Bernstein (cap. 5, sec. 8, más abajo). La razón por la que los radicales del tipo más avanzado tenían un peso político desproporcionado en relación con su poder de voto (o, como los fabianos ingleses, [1242] sin tener ningún poder de voto) era que a menudo los gobiernos en posiciones precarias necesitaban su apoyo. tanto donde los radicales formaron partidos propios como donde formaron el ala izquierda de un partido más grande de diferente complexión. Esta misma situación caracteriza la época.

El radicalismo burgués *podría* considerarse como un mero subproducto del crecimiento del socialismo. Y este último fue sin duda el producto de la sociedad del laissez-faire: no es necesario ser marxista para darse cuenta de que el sistema de empresa privada tiende a evolucionar hacia una forma socialista de organización. Los hechos que hemos estado discutiendo hasta ahora, por ominosos que hayan sido para el orden burgués de las cosas, eran por lo tanto parte integrante de este mismo orden y, en este sentido, perfectamente "naturales". Pero hubo otros que no encajaron en el esquema o la lógica de la evolución capitalista. Algunos de ellos tampoco presentan dificultades de análisis, pero otros sí.

Por lo que respecta a la primera categoría, no tendremos ninguna dificultad en comprender que la rápida evolución capitalista provocará resistencias en los estratos que se ven amenazados por ella y no pueden adaptarse a una nueva forma de existencia. Este fue el caso del campesinado europeo —también de los agricultores ingleses y especialmente irlandeses— y, en el continente europeo, de los

artesanos independientes. Los propietarios estaban, por supuesto, en el mismo barco. Muy naturalmente, clamaron por una legislación protectora —que estaba destinada a violar el credo del liberalismo económico— y prestaron apoyo a grupos y partidos que eran anticapitalistas aunque no socialistas. 1243 Incluso dentro del alcance de estos fenómenos, sin embargo, no podemos estar seguros de que esto fuera todo. Muchos de los portavoces de estos grupos no se sintieron preocupados por una situación económica particularmente difícil; sintieron, a diferencia de los radicales burgueses, que todo el esquema liberalista, incluidos sus aspectos legales y morales, estaba fundamentalmente equivocado.

La segunda categoría consiste en casos en los que la misma actitud se destaca mejor y presenta un problema mucho mayor porque no se vincula tan obviamente con una situación económica definida. En los países donde la burocracia era un factor poderoso y donde, como en Alemania, había patrocinado *el* liberalismo *económico* en el período anterior, se produjo un cambio significativo: sin llegar a ser definitivamente hostil, la burocracia comenzó a mirar a la clase empresarial de otra manera. manera: considerarlo como algo que hay que controlar y gestionar en lugar de dejarlo solo, como lo hace hoy la burocracia estadounidense. La clase de cuello blanco que aumentó rápidamente en número y los otros grupos que comenzaban a ser llamados la 'nueva clase media' —la "vieja" compuesta por granjeros, artesanos y pequeños comerciantes - mostraron una resistencia notablemente fuerte a la propaganda socialista. Pero la minoría que abrazó el liberalismo económico o político en nuestro sentido no fue mucho mayor, si acaso, que la minoría que se volvió socialista. El resto desarrolló actitudes y programas de reforma propios. Finalmente, los individuos y subgrupos de todas las clases se separaron del liberalismo económico y político —aunque a menudo mantuvieron la etiqueta— para hacer lo mismo. Y tenían algo en común a pesar de todas las diferencias de intereses y preconceptos culturales que sin duda existían entre ellos: la posición central o controladora que asignaban al Estado ya la Nación, el Estado Nacional. En consecuencia, estas tendencias se conocen comúnmente como 'nacionalistas', 'neomercantilistas' o 'imperialistas', pero aunque estas y otras frases expresan aspectos individuales de una actitud que es tan difícil de definir como de explicar, no expresan todo. Los marxistas tienen fórmulas simples que ofrecer que encajarán estos fenómenos en su esquema; la más simple quizás sea que el "imperialismo" es la última etapa (o "última carta") del capitalismo. La psicología social popular tiene otras fórmulas sencillas que ofrecer. No tengo ninguno y debo contentarme con señalar que hemos estado mirando las raíces del totalitarismo moderno.

Muy diferente a éste en su naturaleza, pero igualmente hostil al liberalismo económico y político en nuestro sentido, fue otro movimiento mucho más fácil de definir porque se definió a sí mismo. Adoptamos, en aras de la brevedad, el nombre habitual pero engañoso: socialismo cristiano. También en aras de la brevedad, nos limitamos a la rama católica romana, que fue la única que formó grandes partidos independientes (como el partido del Centro Alemán) que presentan una característica única: se mantienen unidos exclusivamente por la lealtad religiosa de sus miembros. los miembros, que por lo demás difieren en intereses económicos y actitudes políticas tanto como es posible, difieren —en toda la gama, desde el conservadurismo extremo al radicalismo extremo— y, sin embargo, cooperan eficazmente. Durante todo el período, la Iglesia católica fue en el continente europeo objeto de ataques legislativos y administrativos por parte de gobiernos y parlamentos hostiles; en Inglaterra, la hostilidad no fue más allá de las conversaciones violentas sobre el 'vaticanismo', que es lo que podría haberse esperado en un mundo 'liberalista'. Lo que no se podía esperar es que estos ataques en todas partes terminaran en retirada y que dejaran a la Iglesia católica más fuerte de lo que había sido durante siglos.

El catolicismo político surgió del renacimiento del catolicismo religioso. Mirando hacia atrás, vemos no meramente la reafirmación del punto de vista católico por parte de personas que nunca lo habían abandonado; También vemos un cambio de actitudes entre las personas que lo habían hecho: alrededor de 1900 era una observación común hacer que en una familia católica los ancianos y los ancianos eran laicistas y liberales y los jóvenes creyentes y "clericales". Esta es una de las manchas de color más importantes de nuestra imagen. Pero para los propósitos de este libro, otro hecho es aún más importante. El catolicismo político desde el principio defendió la reforma social. No puedo hacer más que mencionar los nombres de de Mun, von Ketteler, von Vogelsang. [1244] Esta preocupación de la Iglesia católica por las condiciones de trabajo no fue nueva y sólo adaptó una vieja tradición a los problemas de la época. [1245] Pero algo que se desarrolló hacia fines de siglo, a saber, un esquema definido de organización social que, haciendo uso de los elementos existentes de cooperación grupal, visualizó una sociedad - y un estado - operando por medio de autogobierno vocacional. asociaciones en un marco de preceptos éticos. Este es el estado "corporativo" esbozado en la encíclica *Quadragesimo Anno* (1931). Dado que se trata de un programa normativo y no de un análisis, no se hablará más de él en este libro. Simplemente agrego el nombre del hombre que ha hecho más que ningún otro por esta concepción de la sociedad, Heinrich Pesch, SJ [1246]

Finalmente, ¿cuál fue la actitud de los economistas? Esta pregunta es difícil de responder porque la república de economistas fue desgarrada por las mismas disensiones que agitaron los cuerpos políticos. Los individuos todavía eran bastante numerosos que se aferraban a la fe liberalista en su integridad, particularmente numerosos en los Estados Unidos. Y también había grupos estrictamente liberalistas: en Europa, el grupo de París (véase más adelante, cap. 5, sec. 3) era el ejemplo destacado. Pero Marshall manifestó su simpatía por los objetivos del socialismo y habló sin explicación ni matización de los "males de la desigualdad"; también fue el primer teórico en probar *teóricamente* que el laissez-faire, incluso con competencia perfecta e independientemente de los males de la desigualdad, no aseguraba un máximo de bienestar a la sociedad en su conjunto; y favoreció los impuestos elevados más de lo que es compatible con el liberalismo puro de Simón. Esto se aplica a la mayoría de los economistas ingleses. Si los clasificamos como 'liberales' es debido a la firme posición que adoptaron en favor del libre comercio y también, quizás, al hecho de que no prestamos suficiente atención a la metamorfosis del credo del partido liberal inglés discutido anteriormente. La mayoría de los economistas alemanes eran pilares de la *Sozialpolitik* y eran completamente reacios al "smithianismo" o al "manchesterismo". [1247] En general, las profesiones económicas de todos los países eran políticamente partidarios de las contratendencias del liberalismo más que de las todavía dominantes liberales. En este sentido, podemos decir que la alianza entre economía y liberalismo —y, salvo excepciones, entre economía y utilitarismo— se rompió.

3. Políticas

En todos los departamentos de política pública, los acontecimientos reflejaron tanto la corriente todavía dominante del liberalismo del laissez-faire como las contracorrientes que eran indicativas de la redistribución de los pesos políticos y de las nuevas actitudes esbozadas en la sección anterior.

(a) Libre comercio y política exterior.

Alrededor de 1870, muchos observadores — M. Chevalier entre ellos, predijo con seguridad

que el libre comercio perfecto y universal prevalecería antes de que terminara el siglo. Implícita y explícitamente también esperaban el triunfo de aquellos principios y prácticas de política exterior que se asocian con el libre comercio, como la solución de controversias mediante concesiones mutuas o arbitraje, reducción de armamentos, monometalismo internacional del oro, etc. Tales expectativas no eran tan absurdas como nos parecen ahora. Porque todas esas cosas se encuentran, de hecho, entre los elementos esenciales del liberalismo económico y político en nuestro sentido, y las expectativas no pueden ser llamadas absurdas que se siguen de la lógica de un sistema dominante. Además, hasta el cambio de siglo, había más que una deducción lógica para respaldarlos. Inglaterra mantuvo el libre comercio, y otras potencias [1248] mantuvieron sus desviaciones dentro de límites razonables. Hubo varias guerras importantes. Pero hay que tener en cuenta las supervivencias y las situaciones heredadas. Además, la paz se concluyó en cada caso por consentimiento y sin demostración de venganza. La Corte Internacional de La Haya y varios casos de resolución de disputas mediante arbitraje parecían prometer un mayor avance hacia un estado de cosas pacífico, si no pacifista. Hasta (aproximadamente) 1900, el gasto militar se mantuvo comparativamente moderado en todas partes de [1249] y no fue infructuosamente combatido por los ministros de finanzas. [1250] Inglaterra y Francia expandieron enormemente sus imperios coloniales, y Alemania e Italia iniciaron la empresa colonial mediante el uso descarado de la fuerza. Pero incluso aquí el observador "liberal" contemporáneo podría haberse consolado con ciertos hechos. La importancia de una demostración tan fuerte de la actitud `` imperialista '' como fue el trato de Inglaterra a las repúblicas bóer, por ejemplo, se reduce materialmente por el hecho de que esta política fue fuertemente opuesta en todo momento por parte del partido liberal y que el líder de este partido (Sir Henry Campbell-Bannerman) obtuvo una contundente victoria en las urnas poco después (1906).

Es solo nuestro conocimiento del resultado lo que nos induce a dar una interpretación diferente a esas `` excepciones '' y `` retrocesos '' y también a cosas como el aumento de la flota alemana, los preparativos militares del gobierno de Balfour, las bravuconadas de Alemania y Política de *entente* eficiente de Inglaterra . De todos modos, es cierto que todo esto, incluidas estas `` excepciones '', presagió una nueva actitud que se desarrolló *contra* la resistencia del liberalismo gladstoniano y la superó [1251] hacia el final del período, sea testigo de la carrera armamentista y otros síntomas inconfundibles. Esta actitud "imperialista" o "neomercantilista" era generalizada. Pero se destacó con la pureza clásica en la campaña proteccionista ('Reforma arancelaria') en Inglaterra que se asoció con el brillante liderazgo de Joseph Chamberlain, aunque terminó, por el momento, en un fracaso. El elemento esencial en el programa era la preferencia imperial, no la protección per se: los argumentos de los economistas sobre los méritos o deméritos económicos de los deberes protectores fracasaron por completo en resolver el problema real —el imperialista—.

(b) Política interna y socialpolitik.

Hacia el final del período anterior, la extensión a nuevos estratos del derecho de voto había dejado de ser una patente en la que los partidos liberales tenían un interés patrimonial. El período en discusión trajo nuevas extensiones que presagiaban claramente, aunque no alcanzaron, el sufragio universal. Esto, por supuesto, estaba en consonancia con la corriente liberal; pero fue un factor potente en la producción de las contracorrientes. El resto de la política interna estaba en consonancia con esto, en general y con excepciones que no deben detenernos. En el campo de la política industrial, aparecieron las primeras medidas de regulación o control —la Ley de Comercio Interestatal, regulación

sujeta a revisión judicial de los precios cobrados por las empresas de servicios públicos, y la Ley Sherman Antimonopolio son ejemplos estadounidenses. 1252 Pero la regulación o el control público seguía siendo 'interferencia', un término que no necesariamente implica desaprobación pero parece indicar una opinión en el sentido de que la actividad legislativa o administrativa en el campo de la industria requiere una justificación especial en cada caso individual o clase de casos. . Sin embargo, mucho más importante fue la nueva actitud hacia las reformas sociales en interés de los trabajadores: la *Sozialpolitik* .

Las reformas realmente llevadas a cabo consistieron principalmente en (a) una legislación que permitiera a los gobiernos adoptar una actitud diferente hacia el trabajo organizado y las huelgas (en Inglaterra los pasos decisivos fueron tomados a fines de los años setenta por el gobierno Disraeli); (b) legislación sobre horas y otras condiciones de trabajo (un ejemplo inglés es la introducción de la jornada de 8 horas para los mineros, 1908); (c) seguro social (accidentes, enfermedad, vejez y eventualmente desempleo). Aquí lideró Alemania (las leyes de 1884 y 1887, ampliadas por legislación en los años noventa), pero las pensiones de vejez no contributivas inglesas del gobierno de Campbell-Bannerman y las nuevas medidas tomadas bajo el gobierno de Asquith marcaron avances importantes más allá del ejemplo alemán. . Salvo algunas promulgaciones en estados individuales, prácticamente no había nada de ese tipo en Estados Unidos. En Europa, sin embargo, todos los países avanzaron en estas líneas, aunque a diferentes velocidades.

Para nosotros, sin embargo, lo importante no es lo que realmente se hizo. Tampoco nos interesan principalmente las cuestiones de hasta qué punto las medidas realmente llevadas pueden encajar en el esquema liberalista y hasta qué punto significan sólo la continuación de políticas más antiguas, políticas más antiguas del estado liberalista o paternalista. Hasta cierto punto, ambas preguntas pueden ciertamente responderse afirmativamente; hubo menos de una nueva partida de lo que los amigos o enemigos de la *Sozialpolitik* estaban inclinados a creer. Es el nuevo espíritu en el que fueron tomados lo que nos importa, la nueva actitud hacia ellos por parte de gran parte del público burgués, y el hecho de que fueron entendidos, nuevamente: tanto por amigos como por enemigos, como los primeras entregas de un esquema de reconstrucción mucho más amplio. Es esta relación con la futura reconstrucción fundamental lo que coloca a la *Sozialpolitik* en la contracorriente, incluso cuando disfrutó del apoyo de la nueva especie de liberales reformadores, a diferencia del apoyo de los radicales por un lado y los conservadores por el otro. Finalmente, es importante notar la relación en la que se encontraba la *Sozialpolitik* con el imperialismo o el nacionalismo o el neomercantilismo. Esta relación no era universal, es decir, no estaba presente en el esquema de un tipo de partidarios, los burgueses radicales. Donde estos proporcionaron el principal contingente de partidarios, como lo hicieron en Inglaterra, la relación no se muestra en la superficie. Pero con hombres como Joseph Chamberlain, la reforma social y el imperialismo fueron complementos incluso allí. En Alemania, esto se muestra mucho más claramente. La edad no se comprende mientras no se tengan en cuenta aquellos para quienes la autoafirmación nacional y la *Sozialpolitik no* eran más que dos caras de la misma medalla.

(c) Política fiscal.

Dado que nada muestra con tanta claridad el carácter de una sociedad y de una civilización como la política fiscal que adopta su sector político, es de esperar que corriente y contracorriente se muestren con especial claridad en este campo. Ellas hacen.

Por un lado, el presupuesto equilibrado —de hecho, el presupuesto que muestra algún

superávit para ser aplicado a la reducción de la deuda— siguió siendo un artículo fundamental de fe financiera, aunque la práctica a menudo no se ajustaba a él; además, los impuestos estaban destinados únicamente a recaudar ingresos y no debían ejercer ningún otro efecto más allá de lo inevitable; y para mantener los impuestos lo más bajos posible, los gastos debían limitarse a fines "necesarios". Gladstone (y sus cancilleres de Hacienda) se apegaron a estos principios en todo momento. También lo hicieron Goschen, el ministro de Hacienda de la segunda administración de Salisbury (1886-1892) y, en la medida en que pudieron hacerlo, todos los ministros de finanzas continentales cuyos nombres probablemente pasarán a la historia, como Raymond Poincaré, Witte, Pierson, Böhm-Bawerk, [1253] y Miquel. Los tres apellidos pueden usarse para ejemplificar un avance más allá de las finanzas gladstonianas —un avance en parte paralelo en Inglaterra con la introducción del superimpuesto en 1909— que aún se puede decir que encaja en el esquema del liberalismo del laissez-faire: la introducción de el impuesto sobre la renta progresivo sobre la renta total de las personas según se determina a partir de sus declaraciones, que era, por supuesto, algo bastante diferente del impuesto sobre la renta en la aceptación inglesa del término. Estamos tan familiarizados con él que hemos perdido el sentido de la audacia de esta innovación. Pero si el lector reflexiona que en ese momento (principios de los noventa) ningún gran país había introducido algo parecido y que el sistema inglés poseía entonces un merecido prestigio debido a su éxito económico y administrativo, se dará cuenta de la grandeza del logro que se está produciendo. asociado principalmente con los nombres del ministro de finanzas prusiano, Johannes von Miquel (1891-183), y del ministro de finanzas austriaco, Eugen von Böhm-Bawerk. [1254]

Por otro lado, la contracorriente se afirmó victoriosa: se violaron los tres principios mencionados. El primero, el principio de presupuesto equilibrado, o más bien el de presupuesto con superávit, nunca fue, hasta donde yo sé, violado intencionalmente, a menos que interpretemos así el programa de reconstrucción de Freycinet después de la guerra franco-alemana y el programa japonés de desarrollo después de la guerra chino-japonesa. [1255] El financiamiento deficitario, en general, siguió siendo estigmatizado como frívolo e indigno de gobiernos respetables. Pero los otros dos principios perdieron gradualmente su influencia sobre las conciencias políticas: el deber progresivo de propiedad de Sir William Harcourt (1894) y el "presupuesto del pueblo" de Lloyd George (1909), por ejemplo, dirigido a otros objetivos además de la mera obtención de ingresos; y el tercer principio se quebró por el lado del gasto con fines sociales, deseo por el cual puso fin, hacia el final del período, a la popularidad de la baja tributación de los ingresos más altos y de la "reducción".

(d) Dinero.

Sustancialmente, el credo del liberalismo económico y político prevaleció en el campo de la política monetaria durante todo el período. De hecho, prevaleció más tiempo que eso, como el informe inglés Cunliffe de 1918 (informe final, 1919) y la Ley del patrón oro inglés de 1925 bastan para probar: de todos los artículos de ese credo, el patrón oro fue el último en desaparecer. .

La plata siguió siendo el metal monetario de la mayor parte de la humanidad y, como veremos con más detalle en el capítulo 8, gozó de un apoyo de uno u otro tipo en todas partes. [1256] Pero todas las naciones 'avanzadas' se mantuvieron o establecieron el patrón oro, en algunos casos con un sacrificio considerable. La mayoría de los economistas modernos sentirán que incluso Inglaterra podría haberlo hecho con un poco de estímulo monetario durante los años ochenta. También pueden preguntarse por qué el Imperio Alemán estaba tan interesado en adoptar el patrón oro después de 1871. Pero serán

completamente incapaces de entender por qué países como Austria-Hungría, Italia y Rusia, que habían entrado en el período con monedas de papel que eran depreciados en términos de plata, deberían haber retrasado su crecimiento e imponerse dificultades para elevar sus unidades monetarias a una paridad de oro en gran medida arbitraria. Estos países también podrían haberse quedado 'alejados del oro' o, si tuvieran que tenerlo, podrían haber introducido el patrón oro al valor del oro (de sus monedas) que prevalecía cuando se les ocurrió tomar esta acción. El acertijo se vuelve aún más desconcertante cuando reflexionamos que no hubo presión política para hacer cumplir esa política: a pesar de que todos los intereses que realmente cuentan políticamente —granjeros, terratenientes, fabricantes, trabajadores— todos sufrieron e incluso el beneficio para los acreedores no fue medios más allá de toda duda; solo los empleados del gobierno obtuvieron claras ganancias. No podemos adentrarnos en la cuestión de hasta qué punto, en las condiciones de la época y, en particular, desde el punto de vista de cada país individual, se puede argumentar económicamente a su favor. Basta señalar ciertas consideraciones extraeconómicas y extranacionales que sin duda fueron decisivas: la experiencia pasada con las monedas depreciadas había investido al patrón oro con un prestigio que por el momento era indiscutible; la moneda de oro sin restricciones o "automática" se había convertido en el símbolo de la práctica sana y la insignia de honor y decencia; y estaba el ejemplo admirado de Inglaterra, cuya posición de acreedor, además, le daba más peso. Quizás esta explicación plantee más problemas de los que resuelve. Que es cierto es cierto.

Pero las contracorrientes se afirmaron también en la política monetaria. Observamos una creciente conciencia de la necesidad de controlar los mercados monetarios mediante acciones del banco central distintas de la política de descuento "clásica". A medida que avanzaba el período, también observamos una creciente renuencia en todos los países a jugar el juego del patrón oro, como lo demuestra el recurso al patrón de intercambio oro e, incluso en Inglaterra y Alemania, a los 'dispositivos de oro'. Quizás el patrón oro nunca fue "automático"; al final del período, ciertamente había dejado de serlo si alguna vez lo fue (ver más abajo, cap. 8). Las razones de esto fueron más políticas que puramente económicas: se vinculan con actitudes neomercantilistas y con la creciente tensión en las relaciones internacionales que comenzó a sentirse alrededor de 1900, también con el aumento del gasto público. Se multiplicaron los argumentos en contra del patrón oro sin restricciones. Estaba perdiendo popularidad como un niño travieso que cuenta verdades vergonzosas.

4. Arte y pensamiento

Hasta ahora, cada vez que investigamos por debajo de la superficie de las actividades rutinarias, que casi en todas partes corrían sobre líneas burguesas, hemos descubierto nuevos patrones en proceso de formación, contracorrientes indicativas de un cambio fundamental inminente. Tenemos la misma impresión cuando echamos un vistazo a las manifestaciones del *Zeitgeist* de ese período en las artes y la filosofía.

(a) La civilización burguesa y su descendencia recalcitrante.

Según un dicho común, esa época no tuvo estilo. Hay algo de verdad en esto: sin duda, las clases de negocios y profesionales vivían, por regla general, vidas sin inspiración en hogares feos que deshonraban los elementos de estilos pasados que combinaban; compró muebles feos de tipo similar e imágenes anodinas; apoyó una tradición teatral y musical cuyas glorias fueron heredadas del pasado; y leer una literatura que era en gran parte común en todas las variedades, excepto en la científica

profesional. Este estilo de vida en todas sus manifestaciones —en Inglaterra pasó a llamarse victoriano — es ahora sinónimo de aburrimiento o aburrimiento y de hecho atestigua la falta de capacidad de liderazgo cultural de la burguesía, tan pronunciada como su falta de capacidad. para el liderazgo político.

Sin embargo, los diagnosticadores que lo dejan así se equivocan, y es fácil señalar en qué punto se equivocan: no dan crédito a la civilización burguesa de ese período con todas sus grandes creaciones; y no ven que la falta de capacidad de los padres para liderar puede volver a sus hijos en su contra, pero no altera el hecho de que son sus hijos. El período vio el surgimiento, a través de una sucesión de etapas, de una nueva música; de un nuevo estilo de pintura; de una nueva novela, un nuevo drama y una nueva poesía; y, en medio del horror victoriano, de una nueva arquitectura. Sin duda, el público burgués miró con asombro la mayoría de estas creaciones e hizo todo lo posible por sofocarlas. Igualmente seguro es que muchas de las creaciones eran por naturaleza hostiles a la estructura social de la que surgieron: y que muchos de los individuos creativos eran enemigos del mundo social que contemplaban y se sentían los demiurgos de otro. Pero esto no altera el hecho de que tanto las obras como los hombres surgieron de esa estructura; que la mayoría de los hombres eran burgueses de nacimiento y educación; y que sus obras eran tanto producto de la mente burguesa como los ferrocarriles y las centrales eléctricas. Por lo tanto, la sociedad capitalista estaba en camino hacia una nueva civilización propia cuando fue superada por la catástrofe sin sentido de 1914-18 que puso a su mundo fuera de marcha.

(b) La civilización burguesa y su filosofía.

Hemos tenido vislumbres de los esquemas de pensamiento religioso y político de ese período —y de ciertos cambios que ocurrieron en ambos— que deberían bastar para convencernos de que la *Weltanschauung* del liberalismo laicista no prevaleció sin ser cuestionada. Sin embargo, en la medida en que prevaleció, tenemos tan poca dificultad para describir el mobiliario mental del público burgués como para visualizar el mobiliario físico de sus hogares. Si descartamos varias sublimaciones y evasiones, encontramos la ética utilitarista, centrada en el servicio social en el sentido utilitarista, y, como "filosofía", un materialismo evolutivo más que mecanicista. [1257] La religión, en la mayoría de los casos abandonada tácitamente en lugar de renunciada explícitamente, fue reemplazada por una 'actitud', una palabra que tenemos más razones para registrar porque fue utilizada por uno de los principales economistas del período, A. Marshall [1258] —Que preservó la herencia ética del cristianismo y en general no fue activamente hostil a las creencias abandonadas ya las iglesias que las enseñaron, aunque, como sabemos, también hubo laicismo militante.

Esto resultó en una lectura histórica: para algunos fue el medio de completar una obra de destrucción; para otros, fue el medio de satisfacer simpatías culturales y éticas que sobrevivieron a la lealtad dogmática. Este parece ser el secreto del gran éxito entre el público en general de obras como La *vida de Jesús de* Ernest Renan , que fue laicista en su importancia pero completamente libre de cualquier hostilidad explícita hacia el cristianismo. Pero la preferencia por la lectura histórica se extendía más allá del ámbito de la teología y por una razón similar: el liberalismo acrítico se encontraba con muchas decepciones (como hemos visto) y, por tanto, estaba perdiendo su optimismo superficial; fuera de los baluartes del catolicismo y del socialismo marxista, el período fue de creencias vacilantes por todos lados, particularmente en lo que respecta a la democracia política; y la historia y la crítica histórica apelan a tal estado de ánimo. En ninguna parte fue este el caso tanto como en Francia.

El éxito con el público de *Origins of Modern France* de Hippolyte Taine (traducción al inglés, 1876-1894) será, por tanto, nuestro único ejemplo ilustrativo. [1259] *Historia* del arte, *historia* de la literatura, *historia* de la filosofía, todas apelaban por la misma razón. La educación clásica, que todavía estaba casi intacta, fomentó estos hábitos.

Por supuesto, esto no fue todo. Igualmente de acuerdo con el espíritu de la época estaba el interés generalizado en las ciencias físicas, que en respuesta produjo una gran literatura popularizadora: todavía no había `` ciencia para millones '', pero existía lo que podría llamarse `` ciencia para decenas ''. de miles. ' Todo lo que es necesario mencionar para nuestros propósitos, sin embargo, es el protagonismo, dentro de la demanda total de esta literatura, de la demanda de libros y artículos periódicos sobre evolución biológica, principalmente de tipo darwiniano. Después de lo dicho anteriormente, entenderemos esto y, en consecuencia, el éxito popular incluso de los escritos profesionales de hombres como Haeckel. [1260] Cuando un escritor combinó el evolucionismo con el patrocinio del laissez-faire ingenuo, lo entenderemos aún mejor. Esta combinación explica la moda de los escritos de Herbert Spencer. [1261] En este punto podríamos detenernos si no fuera necesario advertir sobre la recepción sorprendentemente favorable que el público lector burgués ha dado a los primeros productos de un espíritu desdeñosamente hostil a su civilización.

No me refiero al renacimiento del pensamiento tomista, que no puede describirse como desdeñosamente hostil a la civilización burguesa en su conjunto, sino sólo a su edición específicamente laicista, y que, en cualquier caso, todavía no era un poder vivo en el pensamiento del público en general. . [1262] Tampoco me refiero a la creciente popularidad, entre los lectores no socialistas, de los escritos marxistas, porque estos, aunque suficientemente hostiles a los arreglos económicos del mundo capitalista, no pueden describirse como hostiles al culto de la burguesía a la racionalidad utilitarista oa su laicismo. o incluso (en lo que respecta a la ortodoxia marxista) a su humanitarismo democrático. [1263] Lo que quiero decir es una corriente de pensamiento que se volvió precisamente contra este culto liberal a la racionalidad y el "progreso" y este humanitarismo liberal y democrático. En el plano político, se le puede llamar antidemocrático, en el plano filosófico, antiintelectualista. Nietzsche sería un mal ejemplo tanto porque su enseñanza no constituye una forma suficientemente pura de esta línea de pensamiento como porque su influencia fue —y es hasta el día de hoy— menor de lo que a veces se nos invita a creer. Es mejor reservar el nombre de Bergson para nuestra lista de corrientes de la filosofía profesional de esa época. Pero había un hombre que representaba de manera ideal lo que estamos tratando de visualizar: ese hombre era Georges Sorel. [1264]

Sobre la teoría de que el trabajo de los filósofos profesionales se encuentra en una relación más estrecha con el *Zeitgeist* de un período que el trabajo de los científicos en las diversas `` ciencias '', agregaré ahora una breve reseña desesperadamente de algunas, para ser precisas diez, para ser numeradas I – X — de las muchas corrientes del pensamiento filosófico de la época. La filosofía debe definirse estrictamente, aunque se incluirá la preocupación de los filósofos por cuestiones de epistemología y lógica. Nuestra selección no debe entenderse en el sentido de una evaluación: nos interesan las corrientes características del período cualquiera que sea nuestra opinión sobre sus méritos. Por eso no vuelvo a tocar el tomismo. Los aspectos puramente filosóficos del marxismo —Engels mantuvo los intereses filosóficos de Marx y el partido alemán tenía, por así decirlo, un filósofo oficial del partido, Dietzgen— están en línea con la filosofía clásica alemana del período anterior y, por lo tanto, se advierten implícitamente en ella. Nuestra nota clave es: estamos a punto de echar un vistazo a

la filosofía de una época esencialmente no filosófica y antimetafísica en la que se hizo la propuesta de tachar la palabra Filosofía de los catálogos universitarios.

En consecuencia, esperamos que los filósofos profesionales (y profesores) se interesen intensamente por la historia de la filosofía. Esto es lo que encontramos (yo). Aparecieron en números excelentes historias de las filosofías de todas las edades y naciones. Sólo nombraré un nombre, el del hombre cuyo trabajo me parece que fue el logro cumbre de la "filosofía histórica" de esa o cualquier otra época: Wilhelm Windelband. [1265]

De manera similar, entenderemos que el fervor decreciente de la creación filosófica debería haber facilitado la supervivencia o el renacimiento de las creaciones filosóficas del pasado. Esto también lo encontramos. Siempre que llamemos al utilitarismo una filosofía, nos da un ejemplo, ya que ciertamente se enseñó durante todo el período, especialmente, bajo la influencia de JS Mill, en Inglaterra (II). En otros lugares encontramos, por ejemplo, neokantianos y neohegelianos y otros 'neo'; y siempre hubo algunos seguidores de Herbart y Schopenhauer (III).

A continuación, notamos otro cuerpo de pensamiento, cuya aparición se ajusta no menos a la expectativa. Quien crea que la ciencia experimental ha destruido efectivamente las bases no sólo de la creencia religiosa sino también de la especulación metafísica puede, en caso de que experimente un vacío o, siendo un filósofo, desee un empleo, concebir la idea —o tomarla de Comte— de que un La imagen del universo (*Weltbild*) podría reconstruirse a partir de los resultados más generales de las ciencias individuales. El sustituto de la filosofía puede adoptar muchas formas y no constituye necesariamente la filosofía como ciencia universal, *scientia scientiarum* , aunque la idea a veces se ha expresado de formas que sugieren una analogía con una sociedad de cartera.

La filosofía en este sentido se verá muy diferente según la formación del filósofo individual. Un tipo surgió de manos de filósofos fundamentados en las ciencias físicas, un tipo de positivismo o monismo que no difiere en ningún principio del "empiriocriticismo" de Avenarius y Mach (IV). [1266] Otro tipo que surgió de manos de filósofos que fueron psicólogos o sociólogos de formación más tarde pasó a llamarse Antropología Filosófica (V) y no siempre es fácil de distinguir de partes de la Filosofía Social o la Sociología pura. [1267]

Ambos tipos invitaron a malentendidos de las teorías del especialista [1268] y traspasaron sus reservas, y no se resintieron de forma antinatural. [1269] La atmósfera resultante afectó el éxito de empresas como el movimiento Unity-of-Science de días posteriores o, en todo caso, la influencia del filósofo en ellas. También afectó la autoridad de otro tipo de investigación, que se mencionará aquí, aunque no pertenece al dominio de la filosofía en sentido estricto, el tipo de investigación que continuó los esfuerzos de Whewell y Mill y del *Wissenschaftslehre* alemán. o metodología general del procedimiento científico en el período anterior. Por ejemplo, elijo las obras de Jevons, Sigwart y Wundt. [1270] Las metodologías de las ciencias sociales y particularmente de la economía de Carl Menger, (JN) Keynes y Simiand se mencionarán en otra conexión (ver más abajo, cap. 4, sec. 2). Pero las contribuciones de Dilthey, Windelband y Rickert deben mencionarse aquí, tanto por la influencia que ejercieron (aunque, hasta donde yo sé, solo en Alemania) como por una deficiencia típica que ilustra lo dicho anteriormente. [1271] Regresamos a la carretera principal. Mientras lo recorremos, cerraremos los ojos a todo excepto a las siguientes piezas del paisaje.

Un historiador que insista en forzar el pensamiento a una correlación única con los cambios estructurales en el organismo social seguramente sostendría que su teoría se verifica admirablemente

por el surgimiento en ese momento de una filosofía que encontró el criterio —o incluso la definición— de la verdad en el Valor para nuestra vida individual y social de las creencias que deben aceptarse como verdaderas — Pragmatismo (VI). Pero los elementos de esta filosofía son tan antiguos como la filosofía misma, y la manera en que fue formulada por William James equivale a poco más que a la elaboración sistemática de ideas que nunca han estado completamente ausentes de ningún tipo de acción o pensamiento humano y que fueron obligados a afirmarse, tarde o temprano, a través del mecanismo de filiación del pensamiento filosófico solo.

Mientras que el pragmatismo al menos no chocó con las principales corrientes del *Zeitgeist* de la época, lo hizo *L'Évolution créatrice* (1907) de Henri Bergson (VII). Su filosofía antirracionalista y antiintelectual es algo completamente diferente del antirracionalismo del pragmatismo, que simplemente significaba lo negativo de la existencia de la verdad `` pura '', el producto de una razón pura que no está relacionada con los propósitos y valores de vida: Bergson quiso decir que la nueva verdad o, más generalmente, la nueva creación no se elabora mediante procesos lógicos en absoluto. Se trata de hecho —que no lo hizo la filosofía de James— una *Weltanschauung* completamente nueva, totalmente en desacuerdo, entre otras cosas, con las opiniones entonces vigentes (incluida la marxista) sobre el desarrollo cultural. No igualmente novedosa, pero aún más influyente por la fuerza personal de su gran maestro, fue la filosofía de Benedetto Croce (VIII), que es de especial interés para nosotros porque el mismo Croce es algo así como un economista y porque está asociado, más que es el caso de cualquier otro filósofo, con algunos aspectos del trabajo profesional de los economistas italianos. Aunque es imposible transmitir en unas pocas frases una idea de su obra en su conjunto y, lamentablemente, precisamente de los elementos más originales que contiene, es posible reducir a una sola frase el principio filosófico básico involucrado: un espíritu hegeliano. se encarna en el curso real de la historia universal de modo que el sujeto de la filosofía se vuelve idéntico a la metafísica del proceso histórico. [1272]

Ningún estudio de las corrientes filosóficas de esa época puede permitirse omitir el nombre de Edmund Husserl y los inicios de la Fenomenología (IX), aunque ningún intento de caracterización breve me parece prometer nada más que confusión. Por tanto, prefiero recurrir a una referencia. [1273] Pero puedo decir que de todas las filosofías de nuestro tiempo, la de Husserl es la más autónoma con respecto a los hechos sociales o socio-psicológicos: nada más que la filiación de las ideas filosóficas puede explicarla y, aparte de lo que debe a las filosofías precedentes más allá de lo que intenta avanzar, podría haber sido escrito igualmente en época escolar. Esto también es válido para un cuerpo de pensamiento filosófico que, en otros aspectos, parece —aunque "parece" más que "implica" - un enfoque totalmente diferente de problemas que no son problemas de ninguna "otra" ciencia. Me refiero a la filosofía de Cambridge de la época anterior a Wittgenstein, que en los últimos años de ese período puede decirse que estuvo dominada por Bertrand Russell y GE Moore (X). Como sugiere la última frase, pero una, esta concepción hace de la filosofía una ciencia especial no especulativa que, como cualquier otra ciencia, tiene su tarea especial, siendo la tarea en este caso analizar los significados de los términos (como el número) o las proposiciones que se utilizan. con confianza, pero acríticamente, en esas otras ciencias o en la vida cotidiana. Pero, tratados con este espíritu, incluso temas como el análisis de la mente y el análisis de la materia me parecen pasar del dominio de la filosofía al dominio de la epistemología o la lógica. Y esta es la razón fundamental por la que hay un camino de la filosofía a la nueva lógica y, en particular, a los *Principia Mathematica de* Bertrand Russell y AN Whitehead

(1911-13). Pero aquí debemos detenernos. No debería publicarse ninguna historia de ningún tipo de análisis, económico o de otro tipo, que no tenga en cuenta los desarrollos que se pretende que represente el término New Logic. Pero esto es precisamente lo que esta historia no puede hacer.

Por último, debemos hacernos la pregunta: ¿qué significó todo esto para los principales economistas del período? Respondo con la mayor confianza: muy poco, menos aún de lo que significó en las dos épocas precedentes y que, sabemos, no fue mucho. Pero, en vista del hecho de que con frecuencia se expresa una opinión diferente, debemos profundizar un poco más en el asunto. Al hacerlo, debemos dividir nuestra pregunta en dos partes. Primero: ¿qué influencia ejerció la filosofía —o cualquier filosofía en particular— sobre el trabajo analítico de los economistas o, más precisamente, llegaron a algún resultado que pueda demostrarse que depende de influencias filosóficas? Segundo: ¿qué significaba la filosofía, o una filosofía particular, para ellos como hombres y ciudadanos? ¿Hasta qué punto influyó en sus actitudes y horizontes generales? Esta distinción, como hemos tenido ocasión de observar, es importante para todos los tiempos y lugares. Pero adquiere una importancia adicional para un período en el que la economía se volvió más especializada y más técnica.

En cuanto a la primera pregunta, ha sido respondida en otra parte por Marx y los marxistas. Sin embargo, esa respuesta no diferirá mucho de la que estoy a punto de devolver para el resto de los economistas: no se puede probar que ninguna filosofía haya influido en los economistas de la época en el sentido de que llegaron o no llegaron a ninguna. conclusiones analíticas a las que no hubieran llegado o no hubieran podido llegar sin la guía de ningún filósofo, excepto en sus investigaciones metodológicas y disputas. Es natural que, al tratar de aclarar sus ideas acerca de sus propios métodos de procedimiento o al entablar una controversia acerca de ellos, los economistas no invoquen la enseñanza filosófica en sentido estricto, sino la enseñanza de metodologías escritas por filósofos: Max Weber ofrece una conspicua ejemplo. Pero sería nada menos que ridículo afirmar que los economistas permitieron que los filósofos les enseñaran su negocio cuando investigaban las condiciones de la industria nacional, las tarifas de los ferrocarriles o los problemas de fideicomiso de su tiempo, o los gremios de comerciantes en el siglo XII, o, para el caso, la validez o no de la teoría del interés de Böhm-Bawerk. Edgeworth profesaba el utilitarismo en temporada y fuera de temporada. Sin embargo, el análisis muestra que estas profesiones pueden eliminarse de sus propuestas económicas sin pasarlas por alto. [1274] En cuanto a la segunda cuestión, la respuesta es diferente. Prácticamente todos los economistas de la época procedían de familias burguesas y eran beneficiarios o víctimas de una educación elaborada que en la mayoría de los países incluía la filosofía incluso en su etapa secundaria (es decir, preuniversitaria).

Cuando eran jóvenes, no podrían haber evitado tener cierta base en la filosofía, incluso si hubieran odiado la filosofía como un veneno. Sin embargo, se presume que no lo odiaron. Los tipos de filosofía que obtuvieron fueron en su mayoría de los tipos que se han numerado I, II, III, V y, en Italia y hacia el final del período, quizás VIII. Y esto significa un énfasis abrumador, directo o indirecto, sobre los clásicos alemanes, particularmente Kant. Es interesante notar que Marshall, en el prefacio de sus *Principios* , mencionó la *Filosofía de la Historia de* Hegel —y los escritos de Herbert Spencer (!) - como una de las principales influencias que afectaron la "sustancia" de sus puntos de vista. [1275] Y muchos economistas de esa época podrían haberse expresado de manera similar; su estudio de la filosofía ciertamente los convirtió en seres más civilizados. Sin duda, muchos lectores estarán en desacuerdo conmigo si continúo diciendo que esto es todo, y que las actitudes éticas y culturales están

poco influenciadas por las filosofías, y las simpatías sociales y preferencias políticas de un hombre en absoluto. Dado que en este libro sólo nos interesan los métodos y los resultados del análisis, esta diferencia no es muy significativa.

3

-

Algunos desarrollos en campos vecinos

LOS HECHOS SOBRE los desarrollos en campos vecinos que se reunirán en este capítulo son necesariamente fragmentarios. Son, para repetirlo una vez más, manchas de color impresionistas que cualquier otro escritor —según sus ideas sobre lo que ha sido o podría haber sido relevante para el desarrollo del análisis económico— habría elegido de otra manera. De hecho, si hubiera estado escribiendo historias de estos campos por su propio bien, debería haber elegido de otra manera. Esta arbitrariedad inevitable, reforzada por la arbitrariedad inevitable que proviene de mis limitaciones personales, es mucho más grave para este período que antes, porque es en este período cuando la riqueza del trabajo especializado se volvió inmanejable y que cualquier intento de tectónica lógica nítida se vuelve inútil. También hay que tener presente otro punto de vista que influye en la selección, a saber, la facilidad o dificultad con la que el propio lector puede aportar la información necesaria. Para la economía, la sociología es un vecino muy importante. Pero al mismo tiempo, debido a su estado inmaduro, su desarrollo histórico es el más difícil de alcanzar. La psicología y, más aún, la historiografía, por importantes que sean para nosotros, necesitan menos comentarios porque sus desarrollos han sido descritos de manera más satisfactoria. Y aunque la estadística es para nosotros el vecino más cercano, su desarrollo durante ese período es tan conocido por el estudiante de economía que podemos pasarlo por alto en este capítulo, en el entendimiento de que algunos hechos que deben recordarse serán mencionado en la sección sobre Econometría a continuación. [1276]

1. Historia

En cuanto a la historiografía, el gran acontecimiento, desde nuestro punto de vista, fue la estrecha alianza con la economía implícita en el programa de la Escuela Histórica de Economía. Pero precisamente porque este evento tendrá que ser discutido con cierto detalle en el Capítulo 4, poco se necesita decir sobre la historiografía en general. La conquista parcial del campo económico por parte del historiador no fue, por supuesto, la única: todas las ciencias sociales, incluida la jurisprudencia (donde había tenido lugar la conquista en el período anterior) y la sociología, quedaron parcialmente bajo su dominio. Esto, a su vez, lo convirtió en un estudioso de los estados y procesos sociales en un grado en el que no lo había sido antes: los hechos impersonales de la historia social (leudados, a veces, por teorías biológicas y psicológicas de una posición menos que incuestionable en [1277]) ganaron suelo a expensas del romance de las batallas y las intrigas. E incluso dentro de la historiografía social, el trabajo orientado a problemas, como el surgimiento de los dominios feudales en los siglos VI y VII, el origen y función de las ciudades, la organización del comercio medieval, el surgimiento del capitalismo, etc., ganó terreno. a expensas del trabajo definido por país y período. Por supuesto, los historiadores de las instituciones jurídicas, que en su mayoría eran abogados de formación, siempre habían realizado un trabajo del tipo anterior y, en lo que a ellos respecta, todo lo que tenemos que señalar es el alcance enormemente ampliado y los métodos de trabajo enormemente mejorados. . Pero lo importante es que la tendencia se generalizó. [1278] Otra tendencia que es muy evidente en la historiografía económica moderna, la tendencia a enfatizar los aspectos cuantitativos, por supuesto no

estuvo del todo ausente — nunca lo había estado — pero todavía no era un elemento universalmente reconocido del programa del historiador económico. Sin embargo, algunos temas que son de naturaleza estadística despertaron interés. [1279] Y la pregunta importante —¿Cuánto? - aparece donde difícilmente deberíamos haberlo esperado. [1280] Finalmente, la historia "general" se institucionalizó cada vez más y se inclinó cada vez más a enfatizar el condicionamiento económico del proceso histórico. Los economistas tienden a atribuir esto a la influencia marxista. Esta influencia se afirmó a finales de siglo. Pero la tendencia en cuestión estaba en pleno apogeo antes, y sostener que Marx influyó en historiadores, distintos de los economistas profesionales o los socialistas profesos, en los años setenta y ochenta es exagerar mucho la velocidad de reacción del especialista ante factores externos a su campo. Como ejemplo destacado, menciono a Karl W. Nitzsch (1818-1880), [1281] un hombre que es particularmente importante para nosotros debido a sus estrechas relaciones con algunos economistas históricos, especialmente Schmoller.

Observación . El lector recordará la advertencia al principio de este capítulo sobre manchas de color desconectadas. Aun así, no puedo dejar el tema sin haber señalado la importancia para el progreso de la historiografía durante ese período de fuentes de material completamente nuevas. El ejemplo más importante lo proporcionan los papiros egipcios: la papirología revolucionó la ciencia del derecho romano. JAS

2. Sociología

Durante el período que se examina, la sociología luchó más o menos por el reconocimiento académico, no como una ciencia universal del hombre en la sociedad —como la había concebido Comte— sino como una de las ciencias sociales, aunque no estaba muy seguro de cuál era su tema. la materia realmente lo era. Todas las ciencias sociales se topan con ciertos problemas fundamentales de la sociedad, y ninguna de ellas puede permitirse el lujo de ceder sus pretensiones a alguna competencia en materia de motores y mecanismos de la vida social; sea testigo de la necesidad bajo la cual nos hemos encontrado de reconocer una Sociología Económica. Pero el espacio y la necesidad para el estudio de la sociedad y los procesos sociales per se seguramente surgirán tan pronto como el crecimiento de los materiales y el desarrollo de técnicas impongan una especialización creciente. Las ciencias sociales de Aristóteles y los médicos escolásticos formaban una sola unidad, y una que no era un trabajo a tiempo completo, ni siquiera en su conjunto. La filosofía de la ley natural estaba en el mismo caso. Hume o A. Smith o Turgot o Beccaria no tuvieron dificultad en abrazar tanto la sociología como la economía y mucho más. Pero esto cambió en el curso del siglo XIX: la amplitud de alcance se volvió cada vez más enemiga de la calidad del trabajo. Cada vez más, los escritores que indagaban sobre la naturaleza de la sociedad como tal o que se hacían preguntas como qué es lo que determina la estructura social o produce revoluciones y cosas por el estilo, dejaron de ser escritores sobre temas como el dinero, los intereses o el empleo. Esto define un tipo de sociología por tema, pero no por método. Además, la ética, el derecho religioso y muchos otros temas que, como hemos visto, antes habían sido objeto de análisis positivos, no metafísicos, cayeron naturalmente en la esfera del estudioso de la sociedad como tal. Finalmente, hubo grupos de problemáticas sociales, como las relaciones sexuales, que casi carecían de especialistas acreditados, y otros, como la educación, que presentaban aspectos en los que los especialistas acreditados no estaban interesados principalmente.

Así, una sociología imperfectamente autónoma creció y se expandió a pesar de una recepción

que no se destacó por la cordialidad. Por supuesto, hubo buenas y malas razones para esta acogida a regañadientes. No todo fue una cuestión de sindicalismo. Los trabajadores serios en el campo que llegó a conocerse como sociología estaban flanqueados por enjambres de *literatos* cuya presencia desacreditaba una causa fundamentalmente buena y esta es la razón de un hecho que aumenta enormemente nuestras dificultades de exposición: muchos de los mejores sociólogos prefirieron llamar ellos mismos otra cosa, por ejemplo, abogados, geógrafos, etnólogos, antropólogos, historiadores, economistas, si estuvieran en condiciones de hacerlo, para acentuar el elemento de competencia profesional frente a la acusación de diletantismo. El caso de las dos últimas categorías fue particularmente fuerte. La historiografía se estaba elevando a un nuevo nivel de eficiencia técnica: los historiadores que estaban justamente orgullosos de este logro no pueden haber visto con agrado las actividades de los escritores que utilizaron sus resultados en formas que habitualmente violaban su nuevo estándar de erudición. Del mismo modo, la economía también estaba ascendiendo por un camino largo, empinado y pedregoso hacia un nuevo nivel de eficiencia técnica: los economistas tenían bastante que hacer para defender su trabajo contra los rezagados en sus propias filas y contra un público que siempre entendía mal; no les gustaba ser molestados por irregulares semi-filosóficos y semi-literarios. El hecho de que algunos de estos irregulares, que en un momento fueron justamente condenados por incompetencia profesional, demostraran haber tenido razón fundamental en otro momento no es paradójico ni prueba *en sí mismo* de la incompetencia de los responsables de la sentencia condenatoria. 1282

La superficie estaba aún más perturbada por la guerra interna entre los diversos grupos de sociólogos que, como psicólogos y economistas, siempre pretendían demasiado por sus propios métodos o materiales. Pero debajo de la superficie, había logros saludables y promesas para el futuro. El lector puede satisfacerse fácilmente por lo que se ha dicho en el último párrafo, salvo en uno, de que se estaba gestando una ciencia de la sociedad que incluía de hecho muchas provincias semiindependientes o totalmente independientes, pero que era mucho más definida de lo que se creía entonces. Había una especie de cuartel general —sede sin poder de mando, sin duda— en una región dominada por los problemas de la sociedad, las relaciones sociales, los procesos sociales como tales. 1283 Y había, en constante expansión, los campos `` aplicados " o `` especiales " como la sociología de la religión (hierología), de la ética, de todas las artes, más recientemente también del conocimiento, *Wissenssoziologie* , la *política* , las instituciones económicas y muchas otros. La mayoría de ellos sirvieron a dos tipos de maestros: el abogado práctico o el educador práctico, por ejemplo, recibirían malos servicios de los tratados sobre sociología del derecho o sociología de la educación y ambos necesitarían otro tipo de trabajo. Esta división, sin embargo, no depende enteramente de las necesidades de la vida práctica, sino que se extiende a actividades puramente científicas: el economista científico, con total independencia de cualquier aplicación práctica de su trabajo, necesita completa autonomía en parte de su campo; ninguna consideración sociológica mejoraría *Valor y capital del* profesor Hicks . Pero entre las sociologías del derecho, la educación y el comportamiento económico, así como de todas esas otras materias, y esa sociología sede, hay un vivo toma y daca, que en cierto sentido las unifica todas. Los cuarteles generales no pueden permanecer puramente especulativos —por lo menos necesitan material de ejemplificación y verificación— y, por lo tanto, se ven obligados a recurrir a todos esos campos "aplicados" o "especiales"; y éstos, a su vez, utilizan conceptos e implican proposiciones que se extraen de la sede central o que se aportan a ella. Y hasta cierto punto todo esto se

hizo, aunque con mucha descortesía y en medio de muchas peleas innecesarias. Todo esto, sin embargo, nos dice poco sobre los métodos y enfoques que están determinados en gran medida por los materiales utilizados. 1284 Pasamos a un examen breve y muy selectivo de este aspecto.
[(a) Sociología histórica.]

Recordando tanto el vigoroso avance de la historiografía como sus características más destacadas, no nos sorprenderá saber que gran parte del mejor trabajo realizado durante ese período en sociología fue de naturaleza histórica. Primero, gran parte del trabajo realizado por los historiadores *fue* sociológico: un historiador que escribe lo que a falta de un término mejor que hemos llamado "historia del problema" es difícil de distinguir de un sociólogo. En segundo lugar, muchos de los mejores sociólogos se basaron principalmente en material histórico y entendieron este material mejor que cualquier otro. En tercer lugar, más allá de esto, algunos sociólogos definieron la sociología como el análisis del proceso histórico. 1285 Espero haber dejado suficientemente claro que lo importante no son las `` teorías de la historia " generales, es decir, las hipótesis comprensivas sobre los principales impulsores, si los hay, del proceso histórico de los cuales la llamada interpretación materialista de la historia discutida anteriormente es, con mucho, la más exitosa. Mucho más importantes a largo plazo fueron las contribuciones a la solución de los problemas más restringidos de los que se han dado ejemplos en la sección anterior. 1286 Los intentos de esquematizar la historia económica mediante la definición de etapas sucesivas (por ejemplo, economía de aldea, economía de ciudad, economía territorial, economía nacional e internacional, el esquema de Schmoller) presentan poco interés y no tienen por qué detenernos.
[(b) Sociología Prehistórico-Etnológica.]

Pero el término Método Histórico en Sociología realmente debería extenderse para abarcar el uso de material lógicamente contiguo como la arqueología prehistórica —de la cual sólo habían existido comienzos antes del período en discusión— y la etnología — que luego experimentó su desarrollo decisivo. Por mucho que difieran los métodos de búsqueda de hechos de la investigación histórica, prehistórica y etnológica, el método por el cual el sociólogo extrae inferencias de estos diferentes materiales es fundamentalmente el mismo. Por tanto, podemos hablar de una sociología histórico-prehistórica-etnológica que se estableció definitivamente durante ese período.

Dentro de mi alcance muy limitado de conocimientos, el ejemplo más impresionante de sociología prehistórica es *Weltgeschichte der Steinzeit* (1931) de Oswald Menghin . El término etnología lo utilizo en el sentido que quizás se expresa más a menudo con el término antropología cultural. El término antropología está reservado para la antropología física. Espero que no me engañe el afecto por un profesor mío, si llamo a las dos grandes obras del sociólogo finlandés Edward Westermarck (1862-1939), quien enseñó sociología en la London School of Economics, 1906-1930, el pico logros de la sociología etnológica durante ese período (*Historia del matrimonio humano* , 1889, y *Origen y desarrollo de las ideas morales* , 1906), aunque en los detalles ninguno ha resistido la prueba del tiempo. Pero la formación de la "escuela" de etnología más importante del período (a la que, en cierto sentido, pertenecía Westermarck) está asociada con la investigación y la enseñanza de Sir Edward B. Tylor (1832 - 1917); ver especialmente: *Cultura primitiva* (1ª ed., 1871, muchas posteriores). Esta escuela, aunque no se opuso a la construcción audaz (el propio Tylor, por ejemplo, patrocinó la idea de que las creencias animistas eran el embrión de la religión) siempre conservó una base firme en el trabajo etnográfico real: por esto tal vez pueda distinguirse de la rama etnológica

psicología (véase más adelante, sec. 3e) en la que, de otro modo, tiende a desvanecerse. Metodológicamente, presenta varios puntos de interés, por ejemplo, la aplicación del procedimiento estadístico (ver Tylor: "Sobre un método de investigación del desarrollo de las instituciones", *Revista del Instituto Antropológico* , 1888-189). La superioridad metodológica y la extensa investigación etnográfica son también sus rasgos distintivos frente al cuerpo continental de trabajo en el que JJ Bachofen (1815-1887; Mutterrecht [matriarcado], 1861) fue quizás la figura más conocida. No podemos ir mucho más lejos, aunque parece incongruente no mencionar la *rama dorada de Frazer* (1890) y muchas otras obras igualmente famosas, como *Ancient Society de* LH Morgan (1877), pero tenemos un motivo especial para anunciarnos particularmente en una escuela que siguió y sigue las enseñanzas de Fritz Graebner (*Methode der Ethnologie* , 1911). Entre otras cosas, un miembro destacado, MG Schmidt, escribió el único tratado sobre economía etnológica que poseemos (*Grundriss der ethnologischen Volkswirtschaftslehre* , 1920-21); véase también Wilhelm Koppers, Die ethnologische Wirtschaftsforschung, *Anthropos* , 1915–16. Pero aún más importante para nosotros es la teoría de las áreas culturales (*Kulturkreistheorie*) que es característica de esta escuela. El punto más destacado es brevemente este. Cualquier investigación sobre formas primitivas de civilización, por supuesto, choca con el problema de los "orígenes", por ejemplo, de los tipos observados de herramientas o artículos de adorno y similares; o de tipos de comportamiento observados, como la domesticación de animales, y también frente al problema de los factores responsables de los cambios observados en el tiempo ("progreso"). Los etnólogos o antropólogos culturales ofrecieron explicaciones muy diferentes en casos individuales. [1287] Pero la gran mayoría de ellos estuvo de acuerdo, o más bien lo tomó como algo natural, que la conducta observada o los tipos observados de cosas físicas que reflejan la conducta deben, al menos en principio, explicarse en términos de las condiciones del grupo o tribu a la que se debe atribuir cada hallazgo: es decir, la mayoría de los etnólogos se adhirieron a lo que podría llamarse una teoría de "orígenes independientes" y "desarrollo autónomo". Ahora, Graebner y sus seguidores desafiaron esta teoría. Sobre la base del hecho de que los patrones culturales primitivos son muy estables durante largos períodos, negaron los orígenes independientes y el desarrollo autónomo de cosas tales como herramientas similares, pero tomaron la aparición de similitudes como una indicación, si no una prueba, de una fuente común. a partir del cual el uso de, digamos, un tipo particular de botón se difundiría por difusión en lugar de ser inventado de manera autónoma. De ahí la existencia de áreas de cultura: *Kulturkreise* . Aceptemos o no esta teoría en toda su extensión —su misma lógica hace que sea difícil de hacer— su importancia fundamental para toda la sociología es evidente. Incluso la aceptación limitada imparte un serio impacto a las visiones evolutivas de ese período y marca una gran diferencia en lo que hemos llamado sociología de la sede.

Concluimos esta parte de nuestro estudio con una referencia a *Anthropogeographie de* Friedrich Ratzel (1882–91; 4ª ed. 1921–2), una actuación de influencia formativa y especialmente la precursora, si no la base, de un mayor trabajo sobre geografía humana. Quizás signifique ir más allá si incluimos este tipo de investigación entre las bases de *la* sociología *histórica* . [1288] Ciertamente está más relacionado con esa especialidad que ha llegado a ser denotada por el término Ecología, el estudio de las relaciones espaciales de grupos e instituciones, que ahora se cultiva intensamente en los Estados Unidos. Pero, al menos potencialmente, la geografía humana complementa el material de la sociología histórica —como se había dado cuenta Ibn Jaldún— y, por lo tanto, era necesario mencionar la contribución sobresaliente de ese período.

[(c) Escuelas biológicas.]

La aplicación a los fenómenos sociales de los resultados de la investigación biológica era demasiado grande en el pensamiento de ese período como para pasarlo por alto por completo. Podríamos desear hacerlo porque el campo está infestado de prejuicios ideológicos y de diletantismo en una medida que supera todo lo que incluso los economistas estamos acostumbrados. Pero no podemos hacerlo, entre otras razones, porque las consideraciones biológicas, aunque tocaban el trabajo realmente realizado por los economistas sólo de manera periférica, rondaban todo el tiempo. No se intentará describir el desarrollo del trabajo biológico profesional: [1289] debe bastar con afirmar que ninguno de ellos ejerció ninguna influencia sobre el pensamiento sociológico o económico excepto el trabajo realizado en las líneas del darwinismo y el trabajo realizado por sus mendelianos y otros. críticos. De estos, el más importante para nosotros es August Weismann (1834-1914). [1290] Y los puntos en discusión que son más importantes para nosotros fueron la importancia de lo innato y la herencia de las características adquiridas.

Por supuesto, no existe una sociología biológica en el sentido en que existe una sociología histórica. Las consideraciones biológicas pueden llegar a proporcionar hipótesis explicativas más o menos importantes, al igual que las consideraciones económicas o cualquier otra, pero la sociología a la que entran sigue siendo la que es en virtud de sus propios métodos y materiales. El énfasis en los factores o aspectos biológicos es, por lo tanto, todo lo que puede entenderse con la frase flexible Escuelas biológicas. Nos ocuparemos de ellos en cuatro apartados.

En primer lugar, notamos la idea de que la sociedad, al ser un sistema 'orgánico' y no 'mecánico', puede ser analizada fructíferamente en términos de una analogía con organismos biológicos como el cuerpo humano. Como ejemplo a nombre de un economista, menciono un trabajo de Schäffle. [1291] Pero la obvia puerilidad de esta idea no debe cegarnos al hecho de que el énfasis en la "naturaleza orgánica" del proceso económico puede ser sólo el medio de transmitir un principio metodológico eminentemente sólido, como lo fue, por ejemplo, con Marshall. Los teóricos —especialmente del tipo de la 'planificación' - a menudo se entregan a la práctica deplorable de derivar resultados 'prácticos' de unas pocas relaciones funcionales entre unos pocos agregados económicos sin tener en cuenta el hecho de que tales configuraciones analíticas son congénitamente incapaces de tener en cuenta factores más profundos. cosas, las relaciones más sutiles que no se pueden pesar ni medir pero que pueden ser más importantes para la vida cultural de una nación que las cosas que sí pueden. [1292] Las consideraciones "orgánicas" son quizás el antídoto más obvio —aunque en sí mismas difícilmente adecuado— contra un procedimiento tan incivilizado.

En segundo lugar, notamos los intentos que se hicieron para aplicar los conceptos darwinianos de la lucha por la existencia y supervivencia del más apto a los hechos de la vida industrial y profesional en la sociedad capitalista. Hay que distinguir cuidadosamente dos cosas. Por un lado, puede ser (no podemos argumentar el caso aquí) que ciertos aspectos del sistema de empresa individual se describan correctamente como una lucha por la existencia, y que un concepto de supervivencia del más apto en esta lucha se pueda definir en de una manera no tautológica. [1293] Pero si esto es así, entonces estos aspectos tendrían que ser analizados con referencia únicamente a los hechos económicos y ninguna apelación a la biología sería de la más mínima utilidad; viceversa, cualquier opinión que los biólogos puedan tener sobre el tema se descartaría como charla de laicos. Por otro lado, puede haber un genuino atractivo para hechos y teorías biológicas; Este es el caso siempre que se plantea la cuestión de

la herencia de las cualidades físicas o mentales del material humano. La relevancia de esta cuestión para una valoración de los efectos de determinadas instituciones y políticas es manifiesta, o debería serlo.

Entonces, como más tarde, estas dos cosas se distinguieron imperfectamente. [1294] Aquí nos ocupamos únicamente de la segunda cuestión y, en particular, de su relación con la discusión del período sobre la reforma social. El argumento de que las medidas a favor de los estratos más bajos de la población pueden tener el efecto de deteriorar la calidad promedio de la población humana es, por supuesto, mucho más antiguo que el darwinismo. [1295] Durante el período en discusión, encontró muchos partidarios, el más importante fue Herbert Spencer, quien agregó, sin embargo, nada más que una elaboración, basada en la investigación de la selección biológica, de la vieja idea. Los críticos no se opusieron tanto a la biología involucrada —en la mayoría de los casos no estaban en condiciones de hacerlo— como a la aplicación del concepto de selección natural a los hechos de la selección social, a la práctica de identificar la 'adecuación' que hace para sobrevivir con características "socialmente deseables", y así sucesivamente en lo que ahora es una forma familiar y muy usada. Lamentablemente, hay que informar sobre dos puntos de esta discusión. Los economistas fracasaron por completo en prestar a estos problemas la cantidad de atención que merecen: frases frívolas a favor o en contra de la mayor parte de su contribución; el único de los líderes que se tomó más problemas fue Pigou; ya él remito al lector que desee más información. [1296] Peor aún, al tomar partido, los economistas revelaron en un grado deplorable la influencia del sesgo ideológico. [1297] Y esto es tan cierto, si no más, de aquellos que despreciaron la idea de un posible peligro para la calidad de la población humana como de aquellos que lo afirmaron acríticamente. Así, la cuestión de la naturaleza versus la crianza se ha mantenido en un estado de lo más insatisfactorio hasta el día de hoy.

En tercer lugar, notamos trabajos que pertenecen al segundo epígrafe pero que serán segregados para enfatizar, a saber, el trabajo en biología estadística, biometría, al que también debemos una importante ayuda metodológica. Bastarán dos grandes nombres: Karl Pearson y Sir Francis Galton.

Karl Pearson (1857-1936) seguramente no necesita una presentación, como tampoco necesita un monumento que no sea *Biometrika* . Por lo tanto, recordemos simplemente sus dos famosos adagios que están tan llenos de significado: "la habilidad corre en reservas" y "la nación está siendo reclutada por sus fracasos". Sir Francis Galton (1822-1911) es el hombre a quien elegiría como ejemplo ilustrativo si se me pidiera que definiera el tipo específicamente inglés de gran hombre de ciencia y el tipo específicamente inglés de creación científica. Su formación era médica, pero aparte de esto, deambulaba con total libertad e informalidad por todas las partes del mundo del pensamiento que le atraían. Desconocido con las universidades y la enseñanza, planteando sus propios problemas y tratando con una originalidad no instruida que es perfectamente fascinante: era el más genuino pero el menos académico de los científicos, al igual que su pariente Darwin. De sus muchas hazañas, las siguientes son relevantes para nosotros: fue el hombre del que se puede decir que descubrió de forma independiente la correlación como una herramienta eficaz de análisis; el hombre que puso en pie la eugenesia (en 1905 fundó el Laboratorio de Eugenesia); el hombre que se dio cuenta de la importancia e inició una nueva rama de la psicología, la psicología de las diferencias individuales; y el hombre que abordó, aunque con un método totalmente inadecuado, los problemas de la naturaleza y la crianza (*Hereditary Genius* , 1869; *Inquiries into Human Faculty and Its Development* , 1883; *Natural Inheritance* , 1889), todo lo cual lo convierte en mi humilde opinión uno de los tres más grandes

sociólogos, los otros dos son Vico y Marx.

En cuarto lugar, notamos las teorías raciales. Como se entiende aquí, [1298] son un subgrupo de las teorías biológicas. Por supuesto, es perfectamente posible creer que el rango de variación individual es muy grande (piense, por ejemplo, en las inmensas diferencias que observamos en el talento matemático o musical) e incluso que la posición de un individuo en la distribución estadística es principalmente una cuestión de herencia sin creer que las características sociológicamente relevantes difieren según la raza. Creer esto último constituye, entonces, el rasgo especial de las teorías raciales. Extracientíficamente, esta creencia 'racialista' es tan antigua como la humanidad y su imponente monumento es el Antiguo Testamento. Sin embargo, los intentos de establecerlo por métodos científicos no son anteriores al período en discusión en una medida significativa. Por eso me abstuve de mencionar el desempeño más fuerte en este campo (el de Gobineau) en la Parte III, donde pertenece cronológicamente. El único otro nombre que se mencionará es el de Ammón. El otro lado está representado, en su punto más alto, por Boas. [1299] Esta extrema brevedad se justifica por el hecho de que los economistas, que están o deberían estar vitalmente interesados en el rango de variación de las 'habilidades' individuales y en la cuestión de su herencia, están poco interesados en el aspecto específicamente racial de esta última. De hecho, hasta donde yo sé, Werner Sombart es el único economista destacado que alguna vez hizo un uso significativo del elemento raza. [1300] El único comentario que considero necesario hacer es que aquí tenemos un caso en el que la investigación de un problema real se ha vuelto casi imposible por lo que sólo puede describirse como infantilismos en guerra: el infantilismo de ambas partes en la controversia. Porque el problema es real y no meramente una excrecencia de imaginaciones recalentadas. Es importante para la sociología en muchos aspectos, de los cuales la teoría de las clases sociales es sólo un ejemplo. [1301]

[(d) Sociología autónoma.]

Al ver cuán ampliamente hemos definido la sociología histórica, el lector bien podría preguntarse si puede haber alguna sociología no histórica. Porque todo sociólogo o economista, por muy especulativo que sea, debe utilizar algunos hechos, la mayoría de los cuales seguramente serán de naturaleza histórica en nuestro sentido del término. Pero esto no es lo que quise decir. Definimos a un hombre como sociólogo histórico sólo si él mismo realiza un trabajo histórico o etnológico serio o si al menos llega a sus resultados mediante un análisis basado en dicho trabajo realizado por otros. El uso desordenado de hechos históricos con el propósito de ilustrar o incluso verificar una teoría no convierte a un hombre en un sociólogo histórico. De la misma manera, el lector que se pregunta si puede haber alguna sociología no psicológica, porque de hecho es difícil imaginar cualquier pieza de análisis sociológico que no utilice hechos 'psíquicos' de un tipo u otro, ha perdido el punto esencial. . Es el uso de los métodos y resultados de la psicología profesional lo que, en este libro, definirá la sociología psicológica o la psicología social (ver más adelante, sec. 3e) y no el uso de los hechos de la experiencia común observados y conceptualizados por el propio sociólogo. , por psicológicos que estos hechos puedan ser por naturaleza. En el capítulo 7, a continuación, estudiaremos con cierto detalle un ejemplo económico de esta distinción que nos enseñará que no se trata simplemente de una cuestión de palabras, sino de un punto de considerable importancia metodológica y fuente de muchos malentendidos. Estos últimos fueron fomentados por el hecho de que sociólogos y economistas que nunca aplicaron seriamente la psicología profesional y nunca hicieron ningún trabajo que requiriera alguno de sus métodos, sin embargo, describieron su propio procedimiento como psicológico,

exponiendo así innecesariamente sus construcciones pseudo-psicológicas a profesionales. crítica.

Por lo tanto, reconoceremos el crecimiento durante ese período de una sociología autónoma, que buscó a tientas sus propios problemas y métodos, aunque los productos de esta sociología estaban llenos de conceptos y proposiciones pseudopsicológicas y pseudohistóricas. Sociedad, clase, grupo, estructura, dominación y subordinación, liderazgo, asimilación y ajuste son ejemplos de los elementos que entraron en esa parte de esta sociología autónoma que hemos descrito anteriormente como "sede" o "sociología pura". Cooley, [1302] Giddings, Hobhouse, Ross, Simmel, Spann, Steffen, [1303] Tarde, Tönnies son nombres que representan enfoques muy diferentes, aunque podríamos, si tuviéramos espacio, reducir muchas de estas diferencias a mucho menos que los propios autores, todos de los cuales todavía devuelven la lectura — hubiera creído posible o deseable. [1304] Los esfuerzos de estos y otros hombres no produjeron ninguna "sociología general" que fuera tan ampliamente aceptada como la "economía general" del período anterior. Esta sociología general fue esbozada más que creada. Quizás eso era natural en una ciencia que luego luchó por llegar a existir. Pero el hecho de que el período posterior no completara esta tarea requiere una explicación. Evidentemente, esto fue o se debe a que sociólogos suficientemente importantes no le dedicó suficiente trabajo. Y esto, a su vez, se debió no sólo al hecho de que en la posguerra los sociólogos se absorbieron cada vez más en problemas especiales y muy "fácticos", sino también a otro: la teoría pura realmente prospera sólo en campos cuantitativos; donde los problemas son necesariamente no matemáticos, su alcance es fatalmente limitado y pronto deja de atraer. Pasamos a mencionar algunos ejemplos de las actuaciones del período en campos especiales que, sin embargo, pertenecían a la sociología autónoma, a una sociología que no tomaba prestados métodos y resultados del exterior. Elegimos Durkheim para representar la hierología, Ehrlich para representar la sociología del derecho, Le Bon para representar la sociología de la política.

El nombre de Durkheim no debe omitirse en estas páginas por razones distintas a que fue uno de los principales sociólogos de la religión. Además de contribuir a varios otros campos especiales, formó una escuela de sociología que siguió un método basado en un principio que era todo menos nuevo, pero que asumió una forma particular en su mano. Se dio cuenta de que el comportamiento individual nunca puede explicarse exclusivamente a partir de los hechos que pertenecen al propio individuo y que es necesario recurrir a las influencias de su entorno social. Esto puede hacerse de muchas maneras. El método de Durkheim era construir una mente grupal —o, dado que su método consistía en explicar las cosas por medio de material sobre civilizaciones primitivas, una mente tribal— que siente, piensa y actúa como tal: dado que esta idea en sí es de origen romántico, podemos describen la posición de Durkheim como una especie de romanticismo positivista. La explicación fundamental del fenómeno de la religión, por ejemplo, que se derivó de este principio puede ser transmitida por la frase: la religión es la adoración del grupo a sí mismo. No se intentó respaldar esta teoría con nada que se pareciera a la psicología profesional, social o de otro tipo. Esta es la razón por la que los métodos [1305] de Durkheim no deben confundirse con los de Lévy-Bruhl.

La consagrada "filosofía" del derecho, por supuesto, siempre contuvo elementos genuinamente sociológicos. Sobrevivió durante el período, en parte gracias a los cursos obligatorios sobre "historia de la filosofía del derecho", pero, independientemente de esto, se desarrolló una investigación estrictamente científica sobre los fenómenos jurídicos. Una de las líneas de avance más importantes consistió en estudiar las ideas y hábitos jurídicos reales de la gente ('derecho vivo', *lebendes Recht*) y hacer generalizaciones a partir de ellas, en lugar de abstracciones de la jurisprudencia, la base de la

teoría del derecho jurídico. práctica. Esta fue la idea de Ehrlich que, producida en una pequeña universidad austriaca en las circunstancias más desfavorables imaginables, atrajo la atención mundial, aunque esporádica, por su gran peso. [1306]

Ningún otro departamento de la vida social necesitaba más investigación guiada por el interés científico que la política, donde los sueños del filósofo habían producido problemas ideológicos sin tener en cuenta los hechos más obvios. Tanto los politólogos como los economistas, cuando hablaban de política pública, seguían construyendo vistas agradables de un bien público, que era el gran destino de los 'estadistas' perseguir, y de un estado que flotaba en las nubes muy parecido a una deidad benéfica. . [1307] Los hechos de la guerra de grupo, las máquinas, los jefes, la propaganda de los grupos de presión, la psicosis de masas y la corrupción se consideraban aberraciones; la "política de partidos" se consideraba algo que realmente no debería existir, en lugar de algo esencial. Pero durante ese período comenzó algo así como un despertar de la conciencia científica, y la sociología política —el estudio de las instituciones políticas como realmente funcionan— hizo acto de presencia. Como síntoma, podríamos elegir el delicioso libro de un hombre encantador que todos leerán con placer y con provecho. [1308] Pero, en cambio, elijo los libros - exitosos en ese momento pero asfixiados por críticas hostiles ahora - de un hombre cuyo mérito era llevar a casa, con insuperable energía, un punto que es de fundamental importancia en el análisis no solo de política, sino de cualquier acción grupal. La actuación de Le Bon es una de una clase grande: la clase de actuaciones que hacen que se destaque ante nuestros ojos y, por lo tanto, 'descubran' para el análisis, lo que todos siempre supieron que era cierto en la vida cotidiana. Todo el mundo sabe por experiencia que en una multitud, no importa si esta multitud es una multitud furiosa en las calles de una ciudad no inglesa (porque las turbas inglesas no se 'enfurecen') o un comité de profesores de la facultad, inmediatamente caemos a un nivel de inteligencia, moralidad y responsabilidad inferior al que habitualmente avanzamos cuando pensamos y actuamos por nosotros mismos. Y el mérito de haber presentado este fenómeno con todas sus implicaciones es realmente grande, a pesar de todo lo que se pueda alegar contra el material y el método de Le Bon. [1309]

Finalmente, debemos mencionar tres obras de considerable importancia que tuvieron como autores a economistas: Veblen, Wieser y Pareto. Sin embargo, la valoración o incluso la caracterización es imposible en el espacio que tenemos a nuestro alcance. El trabajo sociológico de Max Weber se verá en el Capítulo 4 a continuación. [1310]

3. Psicología

La riqueza de los desarrollos de la época en psicología *profesional* —a diferencia del trabajo de naturaleza más o menos psicológica que se realizó en otros campos— desafía toda descripción, aunque la mayoría de ellos surgieron de raíces más antiguas y pocos sólo deletrearon nuevas salidas. Para nuestro propósito, sin embargo, podemos reducir esta riqueza a cinco elementos: (a) psicología experimental, (b) conductismo, (c) psicología gestáltica, (d) psicología freudiana, (e) psicología social. Ninguno de ellos ejerció durante ese período ninguna influencia real, a diferencia de la fraseológica, sobre la investigación económica. Pero hay que mencionarlos por la luz que arroja su desarrollo sobre el *Zeitgeist de* ese período y por su potencial importancia, que se indicará en cada caso.

(a) Psicología experimental.

La búsqueda de hechos mensurables o al menos de hechos observables por métodos distintos de la introspección no era, por supuesto, nada nuevo. La psicología siempre había sido observacional

en este sentido, y muchos de sus seguidores siempre habían profesado lealtad al método de la física. Pero el "empirismo" de Hobbes, Locke, Hume y Mill había sido, en lo que concierne a la psicología, meramente programático y no indujo experimentos y mediciones reales. Estos se desarrollaron en el período anterior y cobraron impulso en el que se examina. El síntoma más revelador fue el advenimiento del laboratorio psicológico. El laboratorio de Wundt en Leipzig puede servir como un hito. [1311] Sus métodos y su espíritu ejercieron una influencia formativa a lo largo y ancho, incluso en hombres como William James y G. Stanley Hall, quienes rápidamente superaron tanto el alcance estrecho de la psicología experimental en este sentido como el mensaje personal de Wundt. El complemento estadístico de este tipo de trabajo mejoró mucho más adelante en los Estados Unidos (Edward L. Thorndike). Una de las muchas derivaciones que debería interesar intensamente a los economistas, pero que no lo hace, se observa en la nota a pie de página siguiente. [1312]

El trabajo de laboratorio de Wundt encontró un complemento curioso en sus diez volúmenes de *Völkerpsychologie* (1900-1920). Se trata de un estudio del lenguaje, los mitos y las costumbres que parece tener más que ver con las ideas de Hobbes y Vico que con el laboratorio de Leipzig. Se menciona aquí, en lugar de bajo la sociología etnológica a la que realmente pertenece, [1313] porque desde el propio punto de vista de Wundt y dentro de su esquema de pensamiento este tipo de investigación de hecho complementa el material que produjo el laboratorio, aunque lo hace sobre un amplio vacío. y no lo hará desde ningún otro punto de vista que el suyo. Fue solo mucho más tarde que la psicometría genuina mostró alguna tendencia a entrar en el campo de los fenómenos sociales.

(b) Conductismo.

En cierto sentido, se puede decir que la Psicología Comparada (principalmente la psicología animal) [1314] y, a través de la psicología comparada, el Conductismo, [1315] aunque ambos se desvíen, se derivan de la psicología experimental de Wundt. Dado que algunos economistas estadounidenses han mostrado más interés en los pronunciamientos programáticos de los conductistas que en cualquier otro de los desarrollos de la psicología, [1316] es importante que el lector se dé cuenta de las severas limitaciones a las que está sujeta la aplicación de los principios conductistas en el ámbito social. ciencias. Fundamentalmente, el método conductista equivale a una resolución de la conducta en respuestas objetivamente observables, es decir, reacciones que podemos observar sin recurrir a la introspección o cualquier otra interpretación psicológica de los `` significados '', a estímulos objetivamente controlables: el método acepta al organismo reaccionante como un espacio en blanco perfecto sin propensiones propias (tanto como Locke había hecho con la 'mente') y (yendo más allá de Locke) evita todo el complejo de conceptos e interpretaciones que se indican con palabras como conciencia, sensación, percepción, voluntad, impulso o instinto. Por eso, el comportamiento de los animales inferiores y las reacciones más simples del hombre en la primera infancia son el baluarte del método conductista. Cualquier paso más allá de los recintos de este baluarte es un logro que nos ayuda a prescindir de ciertas herramientas, cuya vigencia es posible cuestionar. Pero más allá del rango dentro del cual es operacional, es decir, más allá del rango dentro del cual es realmente posible producir respuestas determinadas unívocamente por condicionamiento controlable, el método mismo se vuelve inválido. Una generalización en el sentido de que la conducta del hombre está determinada únicamente por su entorno y que no puede establecerse experimentalmente no es tanto errónea como carente de sentido. Pero precisamente esta generalización es el objetivo del argumento de algunos conductistas: marca la frontera que separa un método de investigación fundamentalmente sólido de una ideología,

cuya popularidad no es difícil de comprender. El apoyo que presta al ecologismo extremo es obvio.
(c) Psicología Gestalt.

La Psicología Gestalt (Ehrenfels, Köhler, Koffka, Wertheimer, Riezler) se desarrolla a partir de un solo hecho básico: ningún elemento individual de ningún conjunto de elementos se percibe, evalúa o interpreta individualmente: un sonido en una canción, un color en una alfombra, o incluso una copa de vino que es parte de una cena nunca se 'experimenta' de forma aislada y, si lo fuera, significaría para nosotros algo bastante diferente de lo que realmente significa, es decir, como parte del conjunto definido en el que ocurre. Todo lo que necesitamos decir acerca de este descubrimiento evidentemente muy importante —pues no fue menos, aunque mis formulaciones suenan bastante triviales— es, primero, que su desarrollo pertenece principalmente al período posterior y sólo sus inicios al que estamos discutiendo; y, en segundo lugar, que entre los muchos usos posibles que se le puede dar a la psicología gestáltica en las ciencias sociales, hay al menos uno de considerable importancia. La psicología de la Gestalt se puede utilizar para llegar a un concepto sensible y no metafísico de colectivos psicosociológicos, como la sociedad misma.
(d) Psicología freudiana.

Antes de finales de siglo, el psicoanálisis era un método terapéutico, que se remonta a las enseñanzas de JM Charcot en París, que había obtenido notables éxitos, especialmente en casos de inhibición "histérica" del movimiento, en manos de Josef Breuer y Sigmund Freud. . Pero hacia 1900, aunque siempre siguió siendo un método terapéutico, comenzó a revelar un aspecto mucho más amplio: comenzó a convertirse en una teoría general del funcionamiento de la mente humana. La vieja idea de una personalidad subconsciente y sus luchas con el yo consciente fue elaborada y operativa con insuperable eficacia por Freud. [1317] Una vez más, no puedo —y tal vez no necesito— hacer más que señalar las vastas posibilidades de aplicación a la sociología —sociología política especialmente— y a la economía que me parecen acechar en el futuro: una sociología freudiana de la política (incluidas las políticas económicas) puede algún día sobrepasará en importancia cualquier otra aplicación del freudismo, aunque hasta ahora sólo se ha hecho un pequeño comienzo (WHR Rivers). Tampoco puedo adentrarme en otras corrientes de pensamiento que muestran importantes paralelismos con el de Freud, por diferentes que sean en métodos y objetivos en otros aspectos. Pero mencionaré a T. Ribot. [1318]
(e) Psicología social.

Esta rama de la psicología se suele definir de manera muy amplia para incluir todo tipo de investigación que tenga algo que ver con hechos psíquicos relevantes para los fenómenos sociales y, en particular, todo tipo de investigación que se base en el concepto de grupo o mentalidad nacional u otros colectivos de este tipo. Esta práctica puede resultar útil para coordinar todas las fuentes imaginables de hechos o sugerencias posiblemente relevantes. Pero no podemos adoptarlo porque hace que la psicología social sea inútil como un casillero (el único uso que tenemos para el término aquí): para nuestros propósitos, no tiene ningún sentido juntar hombres y métodos que difieren tanto como Herder y la filosofía romántica. e historia, Westermarck o Tylor y la antropología cultural, Ross y la sociología "autónoma", etc. Así nos quedamos con un campo muy restringido en el que, durante ese período, McDougall fue la figura más importante. [1319] Era un psicólogo profesional y trató de bloquear una psicología especial que explicaría los fenómenos de interacción entre individuos o grupos y la influencia modeladora que una mente grupal, una vez formada, ejerce sobre los individuos que nacen en ella. El hecho de que enfatizara el elemento creativo y razonara en términos de instintos y

emociones explica por qué su enseñanza, después de un fuerte éxito inicial, perdió el favor en una época que se estaba volviendo rápidamente conductista y ambientalista. Lévy-Bruhl era menos psicólogo profesional. [1320] Pero todavía estaba interesado principalmente en la mente y sólo secundariamente en la sociedad. No sería necesario añadir muchos nombres para elaborar una lista bastante completa. Las investigaciones psicológicas (en su mayoría de naturaleza estadística) se llevaron a cabo al servicio de varias especialidades prácticas (creo que la psicología infantil, la más cercana a la relevancia para los problemas de la sociología general) que no se pueden notar aquí.

4
-
[Sozialpolitik y el método histórico 1321 *]*

[1. *Sozialpolitik*]

Los economistas experimentaron la influencia de la nueva atmósfera como habían experimentado la del liberalismo temprano y como iban a experimentar, en nuestros días, la del socialismo. En todos estos casos esto significó no sólo o incluso principalmente nuevos hechos y problemas, sino también nuevas actitudes y credos (extracientíficos) 1322 y, por lo tanto, al menos durante un tiempo, se rebelaron contra esas restricciones que en cada época, como se desgasta y a medida que se enfrían los entusiasmos iniciales, los hombres que se dedican al trabajo de análisis encuentran necesario imponerse. Los escritores "mercantilistas" no habían descubierto que un economista podía hacer otra cosa que proponer medidas y luchar por ellas; los economistas de la época "liberal" no estaban al principio en mejor estado, aunque finalmente descubrieron la diferencia entre un teorema y una recomendación; y los economistas del período en discusión, cediendo a lo que el lector puede llamar tentación o el llamado del deber, igualmente se desviaron del camino pedregoso que conduce a la conquista científica.

[(a) Influencia en el trabajo analítico.]

Sin embargo, la manera y el grado en que los economistas de la época permitieron que su trabajo analítico se viera influido por el nuevo espíritu de la política económica difería mucho entre países y grupos. En Inglaterra, la continuidad de la investigación y la enseñanza nunca estuvo en serio peligro. El pequeño cuerpo de economistas ingleses se movió con los tiempos, por supuesto, lo que no fue difícil para los alumnos de JS Mill, pero no abandonó piezas del aparato científico junto con viejos juicios de valor. En parte, esto se debió al hecho de que el miembro promedio de ese cuerpo entendía la teoría económica mucho mejor que el economista promedio en cualquier otro país, y por lo tanto estaba en condiciones de darse cuenta de la amplitud total de la latitud que dejaba para cualquier sociedad social. credo que podría elegir abrazar. Por lo demás, ese estado de cosas singularmente feliz fue simplemente un ejemplo de la libertad genuina garantizada por el entorno inglés que eliminó muchas fuentes de irritación. La oposición a lo que mucha gente creía que era una alianza entre la economía y la política del laissez-faire existía tanto dentro como fuera del pequeño grupo de socialistas ortodoxos. Pero no fue mucho. En particular, no equivalía a una nueva 'Escuela de pensamiento' [Una nota indicaba que JAS tenía la intención de escribir un párrafo sobre los fabianos en este momento].

En los Estados Unidos, la tradición científica no era tan fuerte. Pero el "radicalismo" del miembro típico de la profesión económica no fue más allá de los puntos cubiertos por la vieja doctrina: el antagonismo a la protección y al gran negocio "monopolista", que luego se convirtió en la aversión favorita del típico economista estadounidense. Los procesos del capitalismo competitivo también estaban bajo fuego: algunos economistas simpatizaban con el movimiento 'poblacionista', otros prestaron apoyo calificado a las ideas de Henry George, 1323 y no faltaron puntos de vista indicativos de hostilidad hacia el orden capitalista como tal, aunque muy pocos. las expresó con tanta franqueza como Thorstein Veblen. Pero ese fuego era débil. La gran mayoría de los economistas se conformaron con las

convicciones engañosas de los empresarios que aún no compartían los recelos de sus pares europeos. Ningún economista a quien alguien quisiera llamar "líder", en ningún sentido, se identificó con ningún esquema radical de reforma social.

[Sin completar: JAS evidentemente tenía la intención de esbozar el desarrollo de la reforma social en Francia y Alemania antes de pasar a los párrafos que siguen].

No dudo en decir que este logro fue uno de los más importantes en los registros de la *profesión* económica . Habiendo dejado esto bastante claro, espero que no se malinterprete lo que sigue. Ese logro, por grande que fuera, evidentemente no pertenecía a la esfera del análisis científico. Y dado que ésta es una historia del análisis científico, no nos concierne aquí en sí misma. Lo que sí nos preocupa es otro aspecto de él —que concedo fácilmente que es menos importante— a saber, sus influencias en la enseñanza y la investigación. La valoración de esta influencia ofrecerá entonces la oportunidad de abordar, en la medida en que sea necesario, el problema de los juicios de valor del economista.

La eficacia de la enseñanza sufrió indudablemente. He destacado más arriba la participación que tuvo la sala de conferencias académicas en la difusión del espíritu de reforma social. Los "socialistas de la cátedra" alemanes ciertamente cumplieron el ideal de los políticos progresistas y laicos: el ideal del profesor que predica la reforma y denuncia los intereses obstructores. Lujo Brentano se dirigió a sus clases como si tuviera reuniones políticas, y ellas respondieron con vítores y contraataques. Adolf Wagner [1324] gritó, pateó y agitó los puños contra oponentes imaginarios, al menos antes de que el letargo de la vejez lo calmara. Otros fueron menos animados y efectivos, pero no menos exhortadores en su intención. [1325] Tales conferencias no tienen por qué ser necesariamente débiles en la instrucción técnica que imparten, pero por regla general lo son. Quien piense que este es un precio barato a pagar por la ética y el ardor, considerará por un momento dónde estaría, digamos, la medicina interna si sus maestros, en lugar de desarrollar los poderes analíticos de sus alumnos, se entregaran a la retórica sobre las glorias de la curación. Un número creciente de estudiantes abandonó las universidades e ingresó a las vocaciones prácticas abiertas a los economistas con un equipo nada menos que lamentable, y algunos de los mejores se fueron profundamente disgustados. [1326]

[b) Verein für Sozialpolitik.]

En lo que respecta a la investigación, un elemento de crédito reclama en primer lugar el reconocimiento. Se ha señalado anteriormente que el celo de los economistas alemanes por la reforma se concentró en problemas o medidas individuales tanto como el de los fabianos en Inglaterra: la reconstrucción fundamental de la sociedad se produciría con el tiempo, como un subproducto y no como el resultado de los esfuerzos directamente dirigidos a ella. Este procedimiento implica la acumulación de hechos a gran escala, y la impresionante serie de *Schriften des Vereins für Sozialpolitik* —188 'volúmenes', la mayoría de los cuales en realidad consistían en varios volúmenes - da testimonio de una incansable voluntad de excavar, de la que estamos en deuda con una extensión invaluable de nuestro conocimiento fáctico. Gran parte del trabajo adicional del mismo tipo fue realizado por individuos y grupos, ya sea en conexión con o fuera del esfuerzo corporativo de la profesión. [1327] Si, por consideraciones de espacio, se permite que los *Schriften* constituyan el único ejemplo de este tipo de análisis, debe entenderse que este caso es para ilustrar lo que constituyó la mayor parte del trabajo realizado por los economistas de todos los países. En Inglaterra, como antes, se hizo en parte para las comisiones reales. [1328]

Muchos de los volúmenes presentaban trabajos de gran calidad que no sólo eran ejemplares en

su minuciosa atención a los detalles, sino que también eran analíticamente significativos e inspirados por consideraciones de urgencia tanto científica como práctica. Los estudios completos de precios de Verein (iniciados en 1910) pueden servir como ejemplo. La mayoría de ellos, sin embargo, no fueron mejores ni peores de lo que fueron y son esas investigaciones en todo momento y en todos los países. Pero una investigación sobre la influencia de la producción de oro, dirigida por Arthur Spiethoff (*Der Einfluss der Golderzeugung auf die Preisbildung* , 1890-1913, vol. 149 del *Schriften*), que formaba parte de ellos, se elevó muy por encima del nivel general. En general, sin embargo, a los economistas responsables de los informes que llenan esos volúmenes de *Schriften* , poco les importaba el refinamiento analítico. Se tomaron un sinfín de problemas con sus hechos, pero la mayoría de ellos pasaron directamente de sus impresiones sobre el patrón fáctico a las recomendaciones, al igual que cualquier trabajador no profesional. No utilizaron ni contribuyeron a la técnica teórica o estadística, a pesar de sus obvias oportunidades para hacerlo. Y el aparato analítico de la economía no mejoró sino que incluso se deterioró en sus manos.

Además, si las habilidades adecuadas para describir las prácticas comerciales de los distribuidores de leche más una ferviente lealtad a los ideales de la Verein, glorificados sin duda por un poco de filosofía y otros elementos de la cultura alemana, eran todo lo que un hombre necesitaba para establecerse como economista y, a su debido tiempo, para recibir una preferencia académica, no puede sorprendernos que la oferta se adapte al carácter de la demanda. De lo contrario, los hombres excelentes dejaron de preocuparse por las esferas superiores de la invención científica y el rigor. Hombres que no pueden describirse como excelentes los arrojaron por la borda con un suspiro de alivio y se enorgullecieron de hacerlo. Y aunque siempre hubo unos pocos que trataron de mantener ondeando la bandera, la teoría económica [1329], tal como se la entiende en Inglaterra, estuvo en muchos lugares casi completamente en suspenso durante varias décadas, no solo como campo de investigación sino también como medio para capacitar a los estudiantes en Hábitos mentales científicos. Cuando, en la primera década de este siglo, se inició una reacción, bajo la influencia austriaca y extranjera, contra la `` economía sin pensar '', el alcance total del daño causado se reveló en el hecho de que la gente apenas sabía qué significaba la teoría económica. : muchos pensaban que era una especie de filosofía de la vida económica o simplemente metodología. Muchos observadores extranjeros echaron toda la culpa de este estado de cosas a la puerta de la escuela histórica. Pero la escuela histórica, aunque cultivaba *otro* interés puramente científico, seguía cultivando un interés *científico* ; no debe ser considerado responsable de la sustitución de las condenas por el desempeño.

[(c) El problema de los 'juicios de valor'].

La preocupación por el futuro de la economía puede haber sido una de las razones por las que un número cada vez mayor de hombres consideró deseable dar forma a la Verein en algo más parecido a una sociedad científica y, cuando esto se hubiera logrado en cierta medida, plantear la cuestión de si los economistas estaban en su derecho cuando se encargaron de emitir juicios —morales o de otro tipo — sobre los fenómenos que analizaban. Durante la primera década del siglo, este problema del *Werturteil* (juicio de valor) provocó acaloradas discusiones que culminaron en lo que casi equivalió a una disputa en la reunión de Viena de 1909. A mucha gente le parecerá obvio *a priori* que este ataque a la El principio de la práctica histórica de Verein debe provenir de economistas que no simpatizaban con las políticas patrocinadas por ella. Sin embargo, esto no fue así. Por supuesto, los enemigos de la Verein siempre habían protestado contra su falta de "objetividad" científica. Pero dentro de la Verein, los

líderes más prominentes en esa campaña por la libertad de la evaluación (*Wertfreiheit*) fueron M. Weber y Sombart, [1330] ambos pertenecían al ala radical de la Verein y eran todo menos exponentes de los intereses capitalistas.

Sin embargo, de lo dicho hasta ahora queda muy claro que no fue el problema epistemológico involucrado lo que explica la amargura de esa controversia, sino consideraciones de otro orden. Uno puede no sentir ningún escrúpulo sobre el estatus lógico de los juicios de valor dentro de una ciencia y, sin embargo, sostener (a) que la sustitución de un credo por la capacidad analítica como criterio de selección del personal de una ciencia impedirá el avance; (b) que aquellos que profesan estar comprometidos con la tarea de ampliar, profundizar y `` instrumentar '' el acervo de conocimientos de la humanidad y que reclaman los privilegios que las sociedades civilizadas suelen conceder a los devotos de esta búsqueda particular, no logran cumplir su contrato si, con el traje protector del científico, se dedican a lo que realmente es un tipo particular de propaganda política. Y es fácil ver que quienes pensaban de otra manera estaban obligados a darse cuenta de que lo que estaba en juego no era un punto de lógica científica, sino su posición profesional y todo lo que más les importaba en su actividad profesional.

El problema epistemológico en sí mismo no es ni muy difícil ni muy interesante y puede resolverse en pocas palabras. Será conveniente hacerlo con referencia al entorno inglés en el que surgió el problema en el curso natural de las cosas —a medida que una ciencia llega a la mayoría de edad, los reflectores críticos se encienden en todas sus actitudes y prácticas habituales— y en el que esos políticos las asperezas que en otros lugares afectaron el manejo de la cuestión fueron mucho menos importantes. Hemos visto cómo surgió la conciencia del problema y cómo fue abordado por la sucesión de economistas entre Senior y Cairnes. Habiendo sido bien establecida antes la distinción entre razonar sobre 'lo que es' y sobre 'lo que debería ser', la interpretación correcta de esta distinción fue formulada por Sidgwick [1331] de una manera que dejaba poco, si es que algo, que desear y que parece haber sido aceptado, al menos en principio, por Marshall y sus seguidores inmediatos.

Un "debería", es decir, un precepto o consejo, puede reducirse para nuestro propósito a una declaración sobre preferencia o "deseabilidad". La diferencia relevante entre un enunciado de esta naturaleza, por ejemplo, 'es deseable lograr una mayor igualdad económica', y un enunciado de una relación, por ejemplo, 'la cantidad que la gente intentará ahorrar de un ingreso nacional dado depende , entre otras cosas, en la forma en que se distribuye la renta '- se revela en el hecho de que la aceptación de la última depende exclusivamente de las reglas lógicas de observación e inferencia, mientras que la aceptación de la primera (los' juicios de valor ') Siempre requiere, además, la aceptación de otros juicios de valor. Esta diferencia es de poca importancia cuando los juicios de valor 'últimos', a los que nos conducen a medida que nos preguntamos por qué un individuo evalúa como lo hace, son comunes a todos los hombres normales en un entorno cultural dado. Por lo tanto, no hay ningún daño en la afirmación del médico de que el consejo que da se deriva de premisas científicas, porque el juicio de valor, estrictamente hablando, extracientífico, involucrado es común a todos los hombres normales en nuestro entorno cultural: todos queremos decir más o menos lo mismo cosa cuando hablamos de salud y nos parece deseable disfrutar de la salud. Pero no queremos decir lo mismo cuando hablamos del Bien Común, simplemente porque diferimos irremediablemente en aquellas visiones culturales con referencia a las cuales el bien común debe ser definido en un caso particular.

Sidgwick tenía toda su parte de la confianza típicamente inglesa en los "valores últimos" que

prevalecen en el propio país en su propio tiempo. Por tanto, reconoció, más allá de las fronteras de la "ciencia" de la economía, la existencia de un "arte" correspondiente, cuyas proposiciones eran preceptos pero preceptos no mucho menos exigibles que las proposiciones de tipo lógico-fáctico. Vio, sin embargo, el problema real como lo demostró con una excelente ilustración que, ligeramente ampliada, servirá para resumir el punto central de esa controversia.

Un número indefinido de impulsos y consideraciones intervienen en la formación de un proteccionista o de libre comercio. Entre ellos se encuentran algunos que se relacionan con los gustos de un hombre en estilos o ideales nacionales. Por lo tanto, ningún argumento científico puede obligarlo a abrazar o abandonar el proteccionismo. 1332 Pero su motivación puede, y como regla lo hace, implicar también proposiciones sobre causas y efectos, algunos de los cuales pueden ser competencia del analista económico. Si fuera el caso, por ejemplo, que nuestro hombre es un proteccionista porque cree que la protección es un remedio para el desempleo, entonces el economista está dentro de sus derechos si señala que esto es así en algunos casos pero no en otros y que, en este sentido, el hombre 'no debería' ser proteccionista incondicionalmente. El lector se dará cuenta de que consideraciones de este orden reducen en gran medida la importancia práctica del tema en lo que se refiere a su aspecto puramente epistemológico. En particular, si un economista se inspira en el sentido típicamente histórico del medio ambiente, puede ser capaz de ofrecer —a partir de un conocimiento de qué juicios de valor están asociados con un entorno dado— consejos históricamente relativos sin salir del recinto de su competencia profesional. Esto va de alguna manera, aunque no del todo, hacia la justificación de los juicios de valor de los economistas. También explica, al menos en parte, por qué la controversia sobre los juicios de valor no produjo resultados muy importantes. Pero no altera el hecho de que el progreso de la economía, incluido el progreso en su utilidad práctica, ha sido y está siendo severamente obstaculizado por las actividades cuasipolíticas de los economistas.

[2. Historismo]

Uno de los principales objetivos de este libro es destruir el mito de que alguna vez ha habido un momento en que los economistas, como cuerpo, desdeñaron la investigación sobre hechos históricos o contemporáneos o en que la economía en su conjunto era puramente especulativa o carecía de su complemento fáctico. ¿Cuál es, entonces, la característica distintiva del grupo que se autodenominó Escuela Histórica y cómo fue posible que sus miembros vieran su programa como un nuevo punto de partida? Evidentemente, no estaría bien incluir a todos los que reconocieron que la historia económica es una fuente importante de verdad económica. Tampoco podemos trazar la línea alrededor de todos aquellos que demostraron un amplio dominio de los hechos históricos o un sentido del flujo histórico de políticas y de la relatividad histórica de las proposiciones: porque esto todavía incluiría a List y Marx y Marshall. Ni siquiera la interpretación real de la obra histórica es suficiente: no tendría sentido una definición que incluyera a James Mill.

Sin embargo, estas consideraciones apuntan directamente a lo que estamos buscando. El artículo básico y distintivo de la fe metodológica de la escuela histórica fue que el organismo de la economía científica debería consistir principalmente —al principio se sostuvo que debería consistir exclusivamente— en los resultados y generalizaciones de las monografías históricas. En lo que se refiere a la parte científica de su vocación, el economista debe, en primer lugar, dominar la técnica histórica. Por medio de esta técnica, que era todo el equipo científico que necesitaba, debía sumergirse

en el océano de la historia económica para investigar patrones o procesos particulares en todos sus detalles vivos, locales y temporales, cuyo sabor debía aprender a conocer. saborear. Y el único tipo de conocimiento general que se puede lograr en las ciencias sociales surgiría luego lentamente de este trabajo. Este fue el núcleo original de lo que se conoció como el método histórico en economía. 1333 La actitud y el programa resultantes es lo que los economistas de una persuasión diferente entendieron por historismo.

Por supuesto, el término Historia debe interpretarse de manera amplia para incluir tanto los hechos prehistóricos y contemporáneos como las contribuciones de la etnología. Nuestra forma de definir la escuela histórica tiende sin duda a borrar la línea fronteriza entre el economista histórico y el historiador económico. Pero esto no es una desventaja. Porque el credo metodológico de la escuela histórica puede resumirse precisamente en la proposición de que el economista, considerado como un investigador, debe ser principalmente un historiador económico. El trabajo de los economistas de la escuela histórica de hecho complementó, y fue complementado por, el trabajo de los historiadores económicos propiamente dichos, una especie del género histórico que para entonces estaba bien establecido y no siempre acogió con agrado lo que a veces se inclinaba a considerar como competencia desleal. 1334

Así definida, no se puede decir que la escuela histórica haya sido jamás dominante en ningún país. Pero en la economía alemana fue, durante las dos o tres últimas décadas del siglo XIX, con mucho el factor más importante de naturaleza puramente científica. Por eso es que vamos a familiarizarnos un poco más con el desempeño de la escuela histórica alemana antes de abordar brevemente los movimientos paralelos en otros países.

[(a) La escuela histórica "más antigua".]

En deferencia a la tradición establecida, notaremos primero el trabajo de tres escritores, Bruno Hildebrand, Wilhelm Roscher y Karl Knies, que generalmente se mencionan juntos bajo el título de Older Historical School. De hecho, sin embargo, no formaron una escuela en nuestro sentido; el lector debe recordar que en este libro el término Escuela significa un fenómeno sociológico definido y, por lo tanto, no puede usarse a voluntad para ningún grupo de escritores que podamos elegir. seleccione, y su relación con la historia económica no fue uniforme ni muy diferente de la de una multitud de otros economistas de todas las edades. Hildebrand fue un hombre activo de muchos méritos que, por programa y desempeño, enfatizó el carácter evolutivo de la civilización económica, sin renunciar a creer en las "leyes naturales", y la importancia básica del material histórico más que la mayoría de sus contemporáneos. Roscher fue la encarnación del aprendizaje docente, principalmente de naturaleza filosófico-histórica, y de hecho debe ser mencionado tanto por sus trabajos académicos en el campo de la historia del pensamiento económico como como una figura destacada en el escenario de la economía académica. En ese escenario, detalló concienzudamente, en voluminosos tomos y en conferencias sin vida, la doctrina ortodoxa —principalmente inglesa— de su tiempo, simplemente ilustrada por hechos históricos. Sin embargo, esto no lo convierte en un economista histórico en el sentido distintivo del término. Tampoco se habla de "leyes históricas" o de aprobación del epigrama de Mangoldt de que la economía es "la filosofía de la historia económica", especialmente si, por lo demás, uno teoriza exactamente como lo hacen otras personas. Knies fue el más eminente de los tres. Pero su principal actuación fue en el campo del dinero y el crédito, donde dejó su huella como teórico. Su única conexión con la escuela histórica consiste en un libro programático, en el que destacó la relatividad

histórica no solo de las políticas sino también de las doctrinas y que debe al elogio, por auténticos economistas históricos, un protagonismo que no merece del todo. 1335

[(b) La escuela histórica "más joven".]

La nueva partida, el programa de investigación distintivo y el surgimiento de una escuela genuina deben, para ser justos, asociar con el nombre de Gustav von Schmoller 1336 (1838 - 1917). En un boceto tan breve como este, debemos concentrarnos en su trabajo y liderazgo. Los líderes de segunda línea, a quienes la misma justicia exige, debemos etiquetarlos decididamente como tales, Brentano, Bücher, Held y Knapp, solo podemos mencionarlos a continuación. 1337 Y la obra de hombres menos prominentes debe ser pasada por alto por completo.

Schmoller dirigió la escuela —la Escuela Histórica Joven, como se la llamó— tanto con el ejemplo como con la palabra. En sus primeros días, produjo una monografía sobre el oficio de los pañeros y tejedores de Estrasburgo, que, sin ser particularmente distinguida, adquirió importancia en su marco programático y se convirtió en el modelo del trabajo de una multitud de alumnos y seguidores que no eran alumnos. Su preocupación por el trabajo histórico, sin embargo, fue mucho más allá de lo que sugiere ese ejemplo. También hizo un trabajo que no suele realizar nadie que no sea un historiador profeso; por ejemplo, participó en la gran edición de documentos relacionados con la historia de la administración pública de Prusia, y siempre habló de este logro con amoroso orgullo. Por lo tanto, aunque el trabajo histórico realizado por los economistas no fue en sí mismo una novedad, se emprendió en una escala sin precedentes y con un nuevo espíritu. A aquellos críticos que sintieron que la cosa se estaba exagerando, y que hablaron del historismo en un sentido despectivo, se les puede responder con justicia, primero, que todo logro humano es necesariamente unilateral y, segundo, que a pesar de todo que se logró es imposible indicar un solo campo —al menos no puedo indicar uno— en el que el trabajo de la época llegó tan lejos como pudiéramos desear.

Gran parte de este trabajo fue sin duda más bien peatonal. 1338 Pero la suma total significó un tremendo avance en la precisión del conocimiento sobre el proceso social. Debe bastar con enumerar los principales rubros: política económica (especialmente fiscal) y administración; la estructura de clases de la sociedad; formas de industria medievales y posteriores, especialmente de gremios de artesanos y gremios de comerciantes; el crecimiento, funciones y estructuras de las ciudades; la evolución de industrias individuales; de crédito bancario; y (una de las mejores obras de Schmoller) del gobierno y la empresa privada.

El propio círculo de Schmoller no hizo mucho en el campo de la agricultura. Pero otros la cultivaron diligentemente y produjo algunos de los mejores trabajos de economía histórica; los nombres destacados son Hanssen, Meitzen y Knapp. 1339

Antes de echar un vistazo a algunos intentos de síntesis, es necesario insistir en ciertas características de este trabajo que no siempre han recibido la atención que merecen.

En primer lugar, hemos notado que el propio Schmoller y la mayoría de sus alumnos se lanzaron a la lucha por la reforma social, haciendo valer sus juicios de valor personales con el mayor vigor. 1340 Esto ha borrado el hecho de que su *credo científico* era extremadamente crítico con los juicios de valor y con la práctica de los economistas de identificarse con los partidos políticos y recomendar medidas. Una de las objeciones de Schmoller a lo que llamó "smithianismo" fue precisamente que estos smithianos estaban tan empeñados en producir "recetas" políticas. En parte, sin duda, tomó esta posición porque no le gustaban las recetas particulares que ofrecía el liberalismo

económico. Pero esto no fue todo. Más allá de su fidelidad a diferentes principios de política económica, estaba el respeto por el hecho económico y la voluntad de dejar que hablara por sí mismo.

En segundo lugar, el mismo espíritu de crítica verdaderamente científico hizo que la escuela mirara con recelo las amplias generalizaciones que se encuentran en la naturaleza de las filosofías de la historia. Schmoller se dio cuenta, por supuesto, de la inevitabilidad de las teorías en el sentido de hipótesis explicativas, y fue menos cauteloso al enmarcarlas de lo que suelen ser los historiadores profesionales. Pero se detuvo lejos de cualquier intento de reducir todo el proceso histórico a la acción de uno o dos factores. Una sola hipótesis del tipo Comte-Buckle-Marx que ni siquiera visualizó como un objetivo final: la idea misma de una teoría simple de la evolución histórica le parecía errónea, de hecho no científica.

Este punto es fundamental para comprender su esquema de pensamiento y, en particular, para distinguirlo de todos aquellos esquemas que no tienen nada en común con el suyo, salvo la referencia a la historia, que, como se ha dicho anteriormente, es demasiado general para ser de uso. Por ejemplo, la opinión de que la historia es nuestra fuente de hechos podría llamarse comtista. Pero Comte recurrió a esta fuente (o nos dijo que lo hiciéramos) con el fin de descubrir, mediante un procedimiento que creía que era el mismo que se utiliza en las ciencias físicas, "leyes históricas". La intención científica de Schmoller fue bastante diferente. Para él, la sugerencia de Comte era la encarnación misma del "error naturalista" y las leyes históricas comtistas eran una farsa. De hecho, no hay rastro alguno de influencia comtista en su obra. Esto debería quedar claro a partir de nuestro bosquejo y del programa detrás de él. Y también debe quedar claro que las raíces tanto del trabajo realizado como del programa se encuentran exclusivamente en el pasado alemán: el alto nivel de historiografía; el respeto generalizado por el hecho histórico; el bajo nivel de economía teórica; la falta de respeto a sus valores; la suprema importancia atribuida al Estado; la poca importancia que se le atribuye a todo lo demás, estos puntos individualizan la escuela y eran todos típicamente alemanes, tanto en sus fortalezas como en sus debilidades.

En tercer lugar, Schmoller siempre protestó contra un análisis "aislante" de los fenómenos económicos (él y sus seguidores hablaron de un "método de aislamiento") y sostuvo que perdemos su esencia tan pronto como los aislamos. Este punto de vista, por supuesto, fue simplemente la consecuencia de su determinación de alimentar la economía exclusivamente con monografías históricas. Porque sus materiales, así como sus resultados, son obviamente refractarios a cualquier intento de aislamiento; en la mayoría de los casos, de hecho, carecen de sentido si se aíslan. Aunque perfectamente comprensible —y, para todos los economistas que no se inclinan por la "teoría", perfectamente aceptable, esta consecuencia indica una limitación del alcance del análisis económico de tipo schmolleriano al que corresponde una extensión casi ilimitada de su tema. Nada en el cosmos o el caos social está realmente fuera de la economía schmolleriana. En principio, si no del todo en la práctica, el economista schmolleriano era de hecho un sociólogo de mentalidad histórica en el sentido más amplio de este último término. A este nivel, la especialización volvería a imponerse si se quiere conseguir un trabajo decente. Pero las divisiones serían reforzadas por el material y serían del mismo tipo que las que deben existir entre medievalistas y, digamos, romanistas.

Este es el significado científico de la etiqueta que Schmoller colocó en su escuela. No lo llamó simplemente histórico, sino histórico-ético. La etiqueta también tenía un significado diferente: era para expresar una protesta contra la defensa totalmente imaginaria de la caza del beneficio privado de la que

se suponía que eran culpables los «clásicos» ingleses. Pero debajo de este significado superficial, que sin duda servía bastante bien al público, había uno que sugería menos el arte de vender: la escuela profesaba estudiar *todas* las facetas de un fenómeno económico; de ahí *todas* las facetas del comportamiento económico y no meramente la lógica económica del mismo; de ahí la *totalidad* de las motivaciones humanas tal como se muestran históricamente, las específicamente económicas no más que el resto para las que se utilizó el término "ético", presumiblemente porque parece enfatizar componentes hiperindividuales.

En cuarto lugar, es por supuesto una ilusión esperar que los resultados de la investigación histórica monográfica se fusionen con la "economía general" simplemente por ser coordinados y sin la ayuda de operaciones mentales distintas de las que produjeron las monografías. Pero no debemos pasar por alto que, aunque tal investigación más un estudio coordinado de sus resultados nunca producirán teoremas articulados, pueden producir, en una mente apropiadamente condicionada, algo más que sea mucho más valioso. Pueden irradiar un mensaje sutil, transmitir una comprensión íntima de los procesos sociales o específicamente económicos, un sentido de perspectiva histórica o, si se prefiere, de la coherencia orgánica de las cosas, que es extremadamente difícil, quizás imposible, de formular. Quizás la analogía con la experiencia clínica de un médico, o parte de ella, resulte más útil que engañosa.

Estas consideraciones contribuirán en gran medida a aclarar las posibilidades de síntesis que estaban al alcance de la escuela de Schmoller. El más obvio es, por supuesto, una historia económica completa; y el ejemplo destacado, para la Edad Media alemana, es *Deutsche Wirtschaftsgeschichte* (1879-1901) de Inama-Sternegg . [1341] Pero el propio Schmoller visualizó una posibilidad diferente. Cuando las sombras se alargaron, se esforzó por hacer un balance de lo que él y sus grupos habían logrado o pretendían y mostrar al mundo cómo sería un tratado sistemático de la escuela histórica. El resultado fue un 'Esquema' (*Grundriss*) [1342] de dos volúmenes. Pero en ese momento había desaprendido silenciosamente las lecciones del "historismo" extremo. En un marco que no se apartaba fundamentalmente de la tradición más antigua, encajó los ricos materiales de la historia social, dando para cada tipo o institución un esbozo (en algunos casos, un esbozo magistral) de su evolución histórica en la línea de su teoría personal de la historia. en el capítulo sobre clases sociales, por ejemplo, el material histórico y etnológico se organiza en torno a una teoría de la división del trabajo del fenómeno. Por supuesto, tuvo que usar un aparato conceptual y, ocasionalmente, razonar de la misma manera que lo hacen los teóricos económicos, tradicionalmente así llamados. Teorizó débilmente, tan débilmente de hecho que su teoría (en este sentido) ni siquiera es completamente mala, pero no mostró ninguna renuencia a hacerlo. En cuestiones de valor y precio, Schmoller de hecho adoptó, o pretendía adoptar, las enseñanzas de Carl Menger. Me siento tentado a resumir diciendo: piense en el tratado de JS Mill; imaginen otro que otorgue tanto énfasis y competencia a los aspectos institucionales como Mill otorgó a la teoría en el sentido tradicional, y reduzca en consecuencia el espacio y el pensamiento asignados a esta última; y tiene los *Grundriss* de Schmoller , salvo por supuesto los antecedentes político-filosóficos, que no nos conciernen aquí.

[(c) El Methodenstreit.]

Por lo tanto, el líder había envainado la espada. Más importante aún, la avalancha de "historismo" había comenzado a disminuir y un sentimiento de tolerancia entre vecinos había comenzado a prevalecer en todas partes. Cómodamente seguros de la supervivencia de ambas partes,

podemos volver atrás por un momento para considerar el famoso choque entre economistas teóricos e históricos que ha llegado a la posteridad como la Batalla de Métodos (*Methodenstreit*). Los principales hechos fueron estos. Cuando el 'historismo' se acercaba a la marea alta, Carl Menger, en 1883, publicó un libro sobre metodología [1343] que trataba en un amplio frente los problemas fundamentales del procedimiento en las ciencias sociales, pero que obviamente tenía la intención de reivindicar los derechos de análisis teórico y poner la escuela Schmoller en su lugar, ¡y era un lugar muy secundario! [1344] Schmoller reseñó el libro desfavorablemente en su *Jahrbuch* , y Menger respondió en un panfleto titulado Los *errores del historismo* , [1345] que estaba bastante lleno de ira y, por supuesto, provocó una refutación. Esto no solo creó muchos malos sentimientos, sino que también puso en marcha una corriente de literatura, que tardó décadas en desaparecer. A pesar de algunas contribuciones hacia la clarificación de los antecedentes lógicos, la historia de esta literatura es sustancialmente una historia de energías desperdiciadas, que podrían haberse aprovechado mejor.

Dado que no puede haber ninguna duda seria sobre la importancia básica de la investigación histórica en una ciencia que se ocupa de un proceso histórico o sobre la necesidad de desarrollar un conjunto de herramientas analíticas para manejar el material, la controversia, como todas estas controversias, Bien podría parecernos que ha sido totalmente inútil. Esta impresión se ve reforzada por el hecho sorprendente, que se destaca claramente suficiente si uno se preocupa de mirar debajo de la superficie de volantes de argumentos polémicos y consignas, que ninguna de las partes realmente hizo la pregunta de la posición de su oponente *de plano* . La disputa giraba en torno a la precedencia y la importancia relativa y podría haberse resuelto permitiendo que cada tipo de trabajo encontrara el lugar al que su peso le daba derecho. Las razones por las que, durante un tiempo, ninguna de las partes se sintió capaz de adoptar este punto de vista son lo suficientemente importantes como para que la sociología y la historia de la ciencia —de cualquier ciencia— requieran una declaración explícita.

Lo primero que se debe observar acerca de todas las controversias entre partes científicas es la gran cantidad de malentendidos mutuos que entran en ellas. Este elemento no está ausente incluso en las ciencias más avanzadas, donde se podría esperar que una formación homogénea, hábitos de enunciado exacto y un alto nivel de competencia general lo excluyeran. Pero donde, como en la economía, las condiciones en todos estos aspectos son inmensamente menos favorables que en las matemáticas o la física, los hombres con frecuencia tienen una noción inadecuada de lo que realmente preocupa al otro. De ahí que una gran parte de la lucha se dirija contra posiciones que en realidad son fortalezas hostiles en la imaginación del guerrero, pero que al inspeccionarlas resultan ser molinos de viento inofensivos.

En segundo lugar, esta situación se agrava por el hecho de que los choques metodológicos a menudo son choques de temperamentos y de inclinaciones intelectuales. Esto fue así en nuestro caso. Existen cosas tales como temperamentos históricos y teóricos. Es decir, hay tipos de mente que se deleitan con todos los colores de los procesos históricos y de los patrones culturales individuales. Hay otros tipos que prefieren un teorema ordenado a todo lo demás. Tenemos uso para ambos. Pero no están hechos para apreciarse unos a otros. Existe un paralelo para esto en las ciencias físicas: los experimentadores y teóricos no siempre son los mejores amigos. Pero nuevamente, las cosas serán más difíciles donde ninguna de las partes pueda presumir de éxitos espectaculares que concilien e impresionen. Además, todo trabajador decente ama su trabajo. Y esto solo, para algunos de nosotros, implica desagrado por otros "métodos" de una manera perfectamente irracional e impulsiva.

En tercer lugar, nunca debemos olvidar que las escuelas genuinas son realidades sociológicas: seres vivos. Tienen sus estructuras —relaciones entre líderes y seguidores— sus banderas, sus gritos de batalla, sus estados de ánimo, sus intereses demasiado humanos. Sus antagonismos se inscriben en la sociología general de los antagonismos de grupo y de la guerra de partidos. La victoria y la conquista, la derrota y la pérdida de terreno son en sí mismos valores para tales escuelas y parte de su propia existencia. Intentarán apropiarse de etiquetas que se consideren honoríficas; en nuestro caso, *ambas* partes reclamaron epítetos como 'empíricos', 'realistas', 'modernos', 'exactos', y colocarán etiquetas despectivas: 'especulativo' '. inútil, "subordinado" - al trabajo del enemigo. Estas etiquetas pueden significar poco o nada en sí mismas, pero adquieren vida propia y, a su vez, mantienen viva la controversia. Todo esto da cabida a vanidades personales, intereses y propensiones a luchar que pueden, como sucede en la política nacional e internacional, contar más que cualquier problema real, de hecho hasta el punto de borrar los problemas reales.

[(d) La escuela histórica 'más joven': Spiethoff, Sombart y M. Weber.]

La polémica se apagó como todas las polémicas de este tipo y el celo por la monografía histórica volvió a la normalidad. Pero el trabajo de la escuela de Schmoller se llevó a cabo bajo el liderazgo de hombres nuevos que provenían de Schmoller; había experimentado la influencia de su mensaje en sus años de formación; y, aunque diferían de él y entre sí en objetivos, métodos de investigación y ejecución, permanecieron fieles a los principios fundamentales que él había sido el primero en afirmar. Casi podríamos hablar de una escuela histórica "más joven". Con mucho, los miembros más eminentes son Spiethoff, Sombart y M. Weber. 1346

En lo que respecta a la formación técnica, Spiethoff no es un historiador en absoluto. Pero los preceptos fundamentales de Schmoller entraron en su enfoque de un problema de esta manera: al comienzo de cada uno de sus grandes proyectos de investigación mencionados anteriormente se encontraba un aparato conceptual simple, construido con cuidado pero con miras a la adecuación para la investigación particular más que con un enfoque. vista al refinamiento per se; con este aparato y una idea o hipótesis analítica provisional, atacaba en detalle conjuntos seleccionados de hechos que el aparato y la idea indicaban como relevantes, llegando a veces a analizar la economía de una casa de departamentos individual o de una empresa en particular; finalmente, describió las características generales del patrón que surgió sin la ayuda de ningún método elaborado, y estas características generales, adecuadamente adaptadas a las preguntas a responder, fueron sus resultados "teóricos". Me atrevería a decir que el lector no está muy impresionado con la novedad de este procedimiento, que puede parecerle nada más que un evidente sentido común. Pero era nuevo en su pulcritud, la distinción nítida de los pasos y la igual atención otorgada a todos ellos, en el éxito con el que Spiethoff no clamó por, sino que realmente desarrolló, `` teorías realistas '' de cierto tipo. . Debe observarse que, aunque un hombre de amplios intereses culturales, siguió siendo un investigador estrictamente dentro de los límites tradicionales de la economía. No le importaba fusionar la economía en una sociología que lo abarcara todo. A este respecto, no siguió el ejemplo de Schmoller.

Pero Sombart lo hizo; y, dejando de lado todos los escrúpulos sobre los límites de la competencia profesional, incluso superado por Schmollered Schmoller. Su *Capitalismo moderno* —cuyo título cubre realmente un área mucho más amplia— representa un tercer tipo de síntesis de escuela histórica, que debe distinguirse tanto del tipo de historia económica general como del tipo de *Grundriss* de Schmoller . Es una visión del proceso histórico que tiene calidad artística y se introduce

en el ámbito de la ciencia al nutrirse del hecho histórico y expresarse mediante un esquema analítico primitivo. Es *histoire raisonnée* , con acento en el razonamiento, e historia sistematizada con acento en sistema en el sentido de una sucesión de frescos de estados sociales. El tipo de teoría histórica que surge está mejor ilustrada por la teoría de Sombart —aunque se remonta a Marx y aunque la abandonó en la segunda edición— de la acumulación temprana de capital industrial a partir de la renta de la tierra: son hipótesis explicativas sugeridas por hechos . Sin embargo, sus teorías no son exclusiva ni principalmente económicas. Un intento como el suyo desafía la departamentalización. *Todos los* factores que operan en la totalidad del proceso histórico entran y deben entrar: las guerras y los judíos entran *pari passu* con el ahorro o el descubrimiento de oro. *Y esto está muy bien* siempre que recordemos (a) que tal amplitud es el privilegio de ese único tipo de esfuerzo científico; (b) que este tipo no puede vivir sino de la comida que le proporcionan otros tipos de trabajo si no ha de degenerar en un diletantismo irresponsable; y (c) que el éxito sombartiano depende de una combinación de cualidades personales que generalmente no se encuentran juntas en la intensidad requerida y que no se pueden obtener deseándolas, lo cual es bueno enfatizar en vista del amplio atractivo internacional de la obra de Sombart.

Los pronunciamientos "metodológicos" de Sombart siguieron las modas demasiado de cerca para ser interesantes. Al principio, despreció debidamente a los que "taladraron a Robinson Crusoe" (véase más adelante, cap. 6, sec. 1, n. 2). Cuando cambió el viento, estaba ansioso por ser reconocido como un teórico y se atribuyó el mérito de haber utilizado, en algunos puntos, el "método deductivo". Considerando la relación de su obra con el institucionalismo estadounidense, es importante recordar este cambio de frente. Sin embargo, es mucho más importante observar la misma ausencia de hostilidad hacia la teoría económica (en el sentido estricto del término) en M. Weber, cuyas opiniones sobre la naturaleza de los procesos lógicos en las ciencias sociales fueron mucho más significativas. [1347]

Weber no se limitó a meras profesiones de fe metodológica expresadas en frases generales. Realmente se adentró en el tema y analizó las formas de pensamiento realmente utilizadas dentro de su rango de comprensión, que son principalmente las utilizadas por economistas y sociólogos históricos. Y salió de trabajos gigantescos con una doctrina definida y positiva. Esta doctrina gira en torno a dos conceptos: el tipo ideal y el significado significado. En las ciencias sociales, sostuvo, realizamos operaciones de un tipo completamente ajeno a las ciencias físicas. En las ciencias físicas, explicación nunca significa más que descripción. En las ciencias sociales, la explicación implica la comprensión de los "contenidos culturales", la interpretación de los significados: de ahí el término Sociología interpretativa (*Verstehende Soziologie*). No tiene sentido preguntar de qué se trata la piedra que cae más allá de enunciar la ley de su caída. Pero tiene sentido preguntarse de qué se trata un hogar consumidor. Para avanzar en el análisis de estos últimos —y de todos los fenómenos sociales— el observador debe comprender su tema de investigación en un sentido en el que no puede ni necesita comprender la piedra que cae. Para ello debe crear tipos que, aunque no necesariamente puros como el hombre económico, son abstracciones en cuanto que poseen sólo propiedades esenciales y carecen de propiedades no esenciales: son ideales *lógicos* . Y tratamos de llegar a una comprensión de lo que ese tipo hace, siente, dice, preguntando no qué significan sus acciones, sentimientos y expresiones para nosotros, los observadores, sino qué significan para el tipo que se está investigando o, para poner el Lo mismo en diferentes palabras, tratamos de desenterrar los significados que los tipos pretenden atribuirse a sí mismos y a su comportamiento. Si esto transmite algo al lector, entonces se dará cuenta de que esta

teoría de la lógica de las ciencias sociales — cualesquiera que sean sus méritos o limitaciones y sus fuentes en la filosofía profesional — es bastante neutral entre los diversos tipos de actividad analítica. En particular, no se descarta la teoría económica en el sentido tradicional. Y no importa mucho para el trabajo práctico de un teórico que el Sr. Metodólogo le diga que al investigar las condiciones de un beneficio máximo está investigando 'significados intencionados' de un 'tipo ideal' o que está buscando 'leyes'. o 'teoremas'. De hecho, en la época de su pensamiento más maduro, M. Weber no estaba dispuesto a declarar que, en la medida en que su ignorancia casi completa le permitía juzgar, no veía objeciones de principio a lo que los teóricos económicos realmente hicieron. , aunque no estaba de acuerdo con ellos en lo que pensaban que estaban haciendo, es decir, en la interpretación epistemológica de su procedimiento. [1348]

De hecho, no era realmente un economista. En una atmósfera no perturbada por contracorrientes profesionales, lo más obvio sería etiquetarlo como sociólogo. Su trabajo y enseñanza tuvieron mucho que ver con el surgimiento de la Sociología Económica en el sentido de un análisis de las instituciones económicas, cuyo reconocimiento como un campo distinto aclara tantas cuestiones "metodológicas".

Hasta ahora hemos estado tratando con un fenómeno específicamente alemán que surgió de raíces específicamente alemanas y mostró fortalezas y debilidades típicamente alemanas. Por supuesto, algunos de los factores que explican el surgimiento de la escuela histórica alemana fueron omnipresentes. Además, en todos los países había otros factores que favorecían los movimientos paralelos; el comtismo era uno de los más importantes. Finalmente, el trabajo de la escuela alemana era demasiado importante para permanecer sin influencia en el curso de las cosas en otros países. Sin embargo, es importante darse cuenta de que estos movimientos paralelos, aunque similares, eran esencialmente diferentes; que le debían menos al ejemplo alemán de lo que uno podría estar tentado a suponer; y que, con la posible excepción del institucionalismo estadounidense, ninguno de ellos fue lo suficientemente fuerte como para provocar una ruptura en las tradiciones y reorientar la investigación, en parte porque esa tradición era más fuerte y mejor defendida.

En Italia, algunos notaron con simpatía el desarrollo alemán, al igual que la *Sozialpolitik* alemana . Pero ninguna influencia sirvió para alterar los patrones existentes. La economía italiana siempre ha sido fuerte en el lado "fáctico" y sigue siéndolo. Nadie parece haber pensado en pelear por eso. Aunque algunos líderes —como Einaudi— hicieron parte o la mayor parte de su trabajo en el campo de la historia económica, difícilmente se le ocurriría a nadie hablar de una escuela histórica italiana en el sentido de un partido científico distinto.

Lo mismo ocurre con Francia. La gran tradición de la historiografía francesa continuó, por supuesto, y, siguiendo los intereses de la época, la historia económica recibió una atención adicional. Algunos economistas hicieron trabajos históricos. Solo mencionaré a Levasseur. [1349] Posteriormente se realizó algún trabajo en líneas que recuerdan las de Sombart, por ejemplo, por Henry Sée. Y esos brillantes historiadores o sociólogos históricos, como Hippolyte Taine o Alexis de Tocqueville antes que él, cuyas obras se han convertido en 'lectura obligada' para cualquier persona culta, pintadas en gran medida con colores económicos. Nada de esto supuso un nuevo rumbo para la economía profesional. [1350] Pero el trabajo y el credo metodológico de Simiand sí lo hicieron. Aunque no le debía nada a la influencia alemana (si su obra tuvo alguna fuente en el pasado, esa fuente era Comte), sus puntos de vista de la teoría tradicional, que su *théorie expérimentale* iba a reemplazar, y sus argumentos

en contra (castillos especulativos en el aire, etc. on) eran prácticamente los de Schmoller. Solo que ningún grupo se ha recuperado hasta el momento de su nivel. [1351]

[e) Historia económica y economía histórica en Inglaterra.]

Volviendo a Inglaterra, notamos primero la calidad y cantidad del trabajo realizado por los historiadores económicos que se elevó a nuevos niveles durante el período y sentó las bases para los logros aún mayores en nuestro propio tiempo. La actuación de Cunningham puede servir de ejemplo. [1352] Lo hizo, y sintió que estaba haciendo un trabajo que era y siempre había sido esencial para la "ciencia económica", que es "principalmente analítica", como él dijo (*Growth of English Industry and Commerce* , vol. I, p. 18). Deseaba que los teóricos lo usaran y afirmó que tenía un lugar en el plan de estudios del economista. Pero más allá de expresar la creencia de que el aparato conceptual de la economía analítica no es fácilmente aplicable a condiciones anteriores a la época capitalista, en ninguna parte indicó el deseo de verlo reemplazado por generalizaciones que proceden de la investigación histórica.

Esa afirmación en nombre de la historia económica no encontró ninguna resistencia apreciable. Varios economistas, como Rogers, [1353] fueron principalmente historiadores económicos en lo que respecta a su investigación. Alfred Marshall fue mejor historiador que la mayoría de los que más tarde atacaron su economía por no histórica, especulativa, etc. Su *Industria y Comercio por* sí solos basta para demostrarlo, aunque la extensión total de sus adquisiciones históricas no se conocía fuera de su círculo hasta la publicación del ensayo biográfico de Keynes.

En estas circunstancias, evidentemente, no había lugar para una escuela histórica en el sentido de un partido científico comprometido con la lucha por un programa distintivo. De hecho, no había más que fragmentos de uno. Había habido un "precursor", Jones. [1354] Y más tarde, en el momento del ascenso de la escuela Schmoller en Alemania, algunos economistas ingleses profesaron lealtad a principios más o menos similares. Los hombres más importantes para recordar son Ashley, Ingram y Cliffe Leslie. [1355]

Pero aunque estos tres hombres llamaron la atención y dejaron su huella, ninguno de ellos logró formar un grupo, y mucho menos uno militante. Esto fue así incluso en los años setenta. Más tarde, cuando el liderazgo de Marshall se afirmó, la mayoría de los economistas (y prácticamente todo el talento) acudieron en masa a su estándar. Hubo cierta oposición, pero fue solo en parte de naturaleza metodológica. Podemos mencionar a Hobson y los Webb. [1356] El modesto goteo de literatura controvertida no necesita detenernos más. Pero debemos dejar constancia de la excelente actuación de JN Keynes que resolvió la mayoría de estas cuestiones metodológicas con un espíritu de razonabilidad judicial y a satisfacción de la profesión. Durante dos décadas, este libro ocupó un merecido puesto de autoridad. Su lectura puede ser recomendada incluso a esta distancia de tiempo debido a sus méritos y también a su éxito. [1357]

[El manuscrito de este capítulo se detiene en este punto. La sección sobre institucionalismo estadounidense aparentemente nunca se escribió].

5

-

La economía general de la época: hombres y grupos

1. Jevons, Menger, Walras

EL LLAMADO de reforma social creó un nuevo punto focal para los intereses prácticos de la profesión económica; pero aunque influyó en el tono y la dirección, no afectó la técnica del trabajo analítico. La escuela histórica pretendía en verdad revolucionar los métodos de la ciencia; pero esta revolución terminó en un compromiso incluso en Alemania. En lo que respecta a estas influencias, la economía general se mantuvo, en alcance y método, sustancialmente lo que había sido antes. Pero su núcleo analítico, por el que el término Valor y Distribución se hizo cada vez más popular, experimentó una revolución propia que se hundiría en una Situación Clásica típica alrededor de 1900 y constituye, en nuestro campo, el tercer gran evento de ese período. Según una tradición familiar de la que conviene partir, esta revolución se centró en el surgimiento de la teoría de la utilidad marginal del valor que se asocia con los nombres de tres líderes: Jevons, Menger y Walras. Hacemos una pausa para saludarlos. 1358

A lo largo de su modesta carrera como funcionario y profesor, William Stanley Jevons (1835-1882) nunca dejó una marca que estuviera en consonancia con la importancia de sus logros. Durante su vida fue más conocido por sus escritos sobre dinero y finanzas y sobre otras cuestiones prácticas de interés actual, incluso por su teoría de las manchas solares o la cosecha de los ciclos económicos (véase más adelante, capítulo 8), que por el desempeño que iba a hacer. él inmortal. En Inglaterra, además, su memoria se vio ensombrecida por el fuerte liderazgo de Marshall, quien constantemente descartaba la "revolución jevoniana". Hay muchas razones para esto. Jevons apenas dejó alumnos personales, hecho que a su vez se debió no solo a la falta de oportunidades (nunca enseñó en una posición estratégica) sino también a su amable modestia o falta de asertividad (bastante compatible con el hábito 'compensatorio' de hacer grandes reclamos de novedad revolucionaria para sus ideas). Pero también es cierto que su trabajo en teoría económica carece de acabado. Su actuación no estuvo a la altura de su visión. Las concepciones brillantes y las percepciones profundas (en particular, su defensa de los modos matemáticos de pensamiento, su teoría del valor, su teoría del capital y del interés) nunca se elaboraron adecuadamente; fueron declarados como *aperçus* y tan entremezclados con cosas viejas que parecían casi superficiales. La actitud definitivamente poco generosa de Marshall hacia él hizo el resto. En Inglaterra, por tanto, nunca obtuvo lo que le correspondía. En particular, su originalidad nunca fue reconocida como debería haber sido. Porque fue sin duda alguna uno de los economistas más genuinamente originales que jamás haya existido. En muy pocos otros casos (John Rae es otro) es tan difícil hablar de "raíces" como en el caso de Jevons. Supo de sus precursores solo después del evento, que, en su caso particular, fue bastante excusable, especialmente porque dio un generoso crédito a aquellos a quienes descubrió más tarde. Quizás le debía más a Mill de lo que sabía: albergaba una fuerte aversión a los *Principios* de Mill , que tenía que utilizar en su enseñanza; pero las tergiversaciones de Mill, que son tan excelentes objetivos para la práctica del rifle, pueden, no obstante, haberle enseñado muchas cosas. Sin embargo, salvo esto, parece haber construido lo esencial de su

enseñanza con ladrillos de su propia fabricación. El grueso de su trabajo en teoría pura está contenido en su *Teoría de la Economía Política* (1a ed. 1871; la fecha que fija su prioridad en cuanto al concepto de 'grado final de utilidad' es sin embargo 1862, cuando leyó un artículo, "Aviso de una teoría matemática general de la economía política", en la reunión de Cambridge [sección F] de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia); La mayor parte de su trabajo en los campos del dinero y los ciclos ha sido reunida por el profesor Foxwell en un volumen titulado *Investigations in Currency and Finance* (1884), estudio que ningún economista debería descuidar. Además, Jevons era tanto lógico como economista. Menciono sus *Principios de ciencia* (1874), una obra de auténtica fuerza y originalidad jevonianas que, según me parece, no ha recibido el reconocimiento que merece. Se adjunta una bibliografía a su *Letters and Journal* , editado por la Sra. WS Jevons en 1886. La Sra. Y el profesor HS Jevons contribuyeron con un breve artículo sobre su vida y obra a *Econometrica* , julio de 1934.
1359

Carl Menger (1840-1921) fue, después de una breve carrera en el servicio civil, designado para una de las dos cátedras de Economía Política en la facultad de derecho de la Universidad de Viena, que ocupó durante el resto de su carrera oficial (1873-1903). Esta ubicación no era de ninguna manera ideal, tanto porque no había una tradición local en el tema, y mucho menos una que llamara la atención del mundo, y porque los futuros abogados y funcionarios públicos que formaban su audiencia estaban poco interesados en lo que él tenía. para decir, si tuvieras un buen nivel en derecho civil y público, podrías darte el lujo de reprobar el examen de economía. Pero nada intimidado, este nogal de un hombre finalmente se afirmó a sí mismo, encontró alumnos personales de su propio calibre intelectual y, aunque no sin un amargo período de lucha, fundó una escuela, que mostró vitalidad y coherencia y, aunque carecía de todos los medios y ventajas que habitualmente condicionan tal logro, ejercieron influencia internacional hasta que se dispersó (¿temporalmente?) en los años treinta. Su principio fundamental de utilidad marginal era el suyo, subjetivamente, aunque Jevons tiene, por supuesto, la prioridad del redescubrimiento. Y también lo eran, tanto subjetiva como objetivamente, muchos de los teoremas que ocurren en el curso de su elaboración. Fue un pensador cuidadoso que rara vez resbaló, si es que lo hizo alguna vez, y su genio se destaca solo de manera más impresionante porque carecía de las herramientas matemáticas adecuadas. Las raíces últimas de su enseñanza estaban en esa tradición teórica alemana que había alcanzado su cúspide en Hermann y Thünen. Pero la influencia de Smith, Ricardo y especialmente JS Mill también es inconfundible. Con Menger, como con Jevons, era su enseñanza lo que quería revolucionar. Precisamente por eso fueron, en cierto sentido, sus maestros. Su *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* (1ª ed. 1871; la 2ª ed. 1923, la obra de su vejez, no añade nada esencial), así como sus otros escritos, algunos de los cuales se mencionarán más adelante, se volvieron a publicar (1933-6) en cuatro volúmenes de la London School of Economics. La Introducción de FA von Hayek a estas *Obras completas* (vol. I) es la mejor fuente de información sobre el hombre y el pensador. Véase también HS Bloch, 'Carl Menger', *Journal of Political Economy* , junio de 1940. [En 1950 se publicó una traducción al inglés de *Grundsätze* , *Principles of Economics* , con introducción de FH Knight].

Como se ha destacado antes, la economía es un gran ómnibus que contiene muchos pasajeros de inconmensurables intereses y habilidades. Sin embargo, en lo que respecta a la teoría pura, Walras es, en mi opinión, el más grande de todos los economistas. Su sistema de equilibrio económico, que une, como lo hace, la cualidad de la creatividad "revolucionaria" con la cualidad de la síntesis clásica,

es el único trabajo de un economista que podrá compararse con los logros de la física teórica. Comparados con él, la mayoría de los escritos teóricos de ese período —y más allá—, por valiosos en sí mismos y por originales subjetivamente, parecen barcos al lado de un transatlántico, como intentos inadecuados de captar algún aspecto particular de la verdad walrasiana. Es el hito sobresaliente en el camino por el que la economía viaja hacia el estado de una ciencia rigurosa o exacta y, aunque ya está pasada de moda, todavía se encuentra detrás de gran parte del mejor trabajo teórico de nuestro tiempo. Desafortunadamente, el propio Walras concedió tanta importancia a sus cuestionables filosofías sobre la justicia social, su plan de nacionalización de la tierra, sus proyectos de gestión monetaria y otras cosas que no tienen nada que ver con su magnífico logro en teoría pura. Le han costado la buena voluntad de muchos críticos competentes y, me imagino, deben probar la paciencia de muchos de sus lectores. En cualquier caso, debe entenderse que el tributo anterior se refiere únicamente a su teoría pura.

Marie Esprit Léon Walras (1834-1910) era francés y no solo en virtud de su lugar de nacimiento. El estilo de su razonamiento y la naturaleza de sus logros son característicamente franceses en el mismo sentido en que las obras de Racine y las matemáticas de JH Poincaré son característicamente francesas. Así son todas las raíces de su logro. Se destacó la influencia de su padre Auguste Walras y de Cournot. Pero, como se ha señalado antes, hay que añadir el de Say, su verdadero antecesor. Y detrás de la figura de Say se vislumbra toda la tradición francesa —Condillac, Turgot, Quesnay, Boisguillebert— por mucho o poco que haya absorbido conscientemente de ella. Presentó un respeto convencional a A. Smith. El resto de los grandes ingleses significaba poco para él.

Su carrera muestra la incapacidad típica del pensador nato para dominar los problemas prácticos de la vida personal. Era demasiado original para tener éxito en sus escuelas. Su formación como ingeniero de minas, a la que debía sus matemáticas, no le permitió ganarse la vida. Se volvió hacia el periodismo autónomo y desarrolló sus diversas ideas sobre la reforma social —las ideas típicas de la clase media francesa radical de su época— pero no dejó huella. [1360] Sin embargo, una suerte de suerte rescató a su genio del peligro de desperdiciarse. En 1860 asistió a un congreso internacional sobre fiscalidad en Lausana, donde leyó un artículo que fue bien recibido. En la audiencia estaba M. Louis Ruchonnet, quien más tarde se convirtió en jefe del departamento de educación del Cantón de Vaud y, en 1870, fundó una cátedra de economía política en la facultad de derecho de la Universidad de Lausana que ofreció a Walras. Habiendo encontrado el anclaje que necesitaba, Walras se puso a trabajar y permaneció trabajando hasta el final. Pero su período creativo coincide aproximadamente con su mandato como profesor (1870-1892). Todo su trabajo que cuenta (y algún material que no), la mayor parte publicado previamente en memorias y artículos (a partir de 1873), finalmente se consolidó en tres volúmenes: *Éléments d'économie politique pure* (1ª ed. 1874–7 ; 5a edición definitiva 1926); *Études d'économie politique appliquée* (1ª ed. 1898; 2ª ed. Editada por el profesor Leduc, 1936); *Études d'économie sociale* (1ª ed. 1896; 2ª ed. Editado por Leduc, 1936). El primer volumen (*leçons* 5-34) contiene el gran logro. El segundo volumen contiene suplementos, algunos de los cuales son de primer orden de importancia, especialmente los relacionados con el dinero y el crédito. El tercer volumen es, desde nuestro punto de vista, de poco interés. Véase su "Autobiografía" en *Giornale degli Economisti* , diciembre de 1908; su 'Bibliografía' en *Revue du droit public et de la science politique* , mayo y junio de 1897; su correspondencia con Jevons en *Journal des économistes* , junio de 1874; William Jaffé, 'Documentos y cartas inéditos de Léon Walras', *Journal of Political Economy* , abril de 1935; y JR

Hicks, 'Léon Walras' , *Econometrica* , octubre de 1934.

En la actualidad, cuando sería difícil encontrar un teórico que no reconozca la influencia de Walras, la declaración resultará extraña de que no formó una escuela personal. Pero los estudiantes de derecho que tuvieron la oportunidad de escucharlo en Lausana fueron apenas accesibles a su mensaje científico: su cátedra le trajo paz y seguridad, pero muy poca influencia. Y sus contemporáneos profesionales fueron en su mayoría indiferentes u hostiles. En Francia, prácticamente no se le otorgó ningún reconocimiento durante su vida, aunque encontró algunos seguidores, como Aupetit. En Italia, Barone fue uno de los primeros conversos. Pantaleoni también fue uno de los primeros en comprender la importancia de su trabajo. Creo que fue a través de Pantaleoni que encontró a su brillante alumno y sucesor, Pareto, [1361] , quien fue el hombre que fundó lo que, dadas las circunstancias, se convirtió en una "escuela de Lausana" más paretiana que walrasiana. Sin embargo, como escuela coherente, se limitó a Italia o casi. En Inglaterra, la enseñanza paralela y mucho más poderosa de Marshall excluyó cualquier influencia directa hasta que el profesor Bowley presentó la esencia del sistema Walras-Pareto en forma de libro de texto (*Mathematical Groundwork* , 1924). Los alemanes (incluidos los austriacos) no vieron nada en el trabajo de Walras, excepto las doctrinas austriacas vestidas con el atuendo particularmente repugnante de las matemáticas. En Estados Unidos, Walras adquirió dos seguidores de primer orden, Fisher y Moore, pero fue prácticamente ignorado por el resto de la profesión. Todo el tiempo había tenido admiradores extraviados, por supuesto. Pero fue solo en la década de 1920, es decir, mucho después de que sus ideas hubieran triunfado y una década más o menos después de su muerte, que obtuvo su merecido. “Si uno quiere cosechar rápidamente, debe plantar zanahorias y ensaladas; si uno tiene la ambición de plantar robles, debe tener el sentido común de decirse a sí mismo: mis nietos me deben esta sombra ' [1362], así le escribió una vez a un amigo. [1363]

Sin entrar por el momento en la cuestión de qué significó la 'revolución' de Jevons-Menger-Walras o si logró o no crear un nuevo motor de análisis, ahora procederemos con nuestro estudio de hombres y grupos para obtener una idea provisional de la disposición del terreno en la economía general de ese período. Como en el Capítulo 4 de la Parte III, esta encuesta será realizada por países.

2. Inglaterra: [The Marshallian Age]

Antes de 1885, año de gracia en el que A. Marshall pronunció su Conferencia Inaugural en Cambridge, la situación inglesa puede caracterizarse así. Había un montón de buen trabajo actual, fáctico en particular, como el de Newmarch; no faltaron chispas ocasionales como las que se encuentran en los escritos de Bagehot o Cliffe Leslie; había una enseñanza competente, derivada de JS Mill, Cairnes y Fawcett, que sostenía dignamente la bandera. Pero no había nada fuera de lo común excepto el mensaje de Jevons, y éste, en lo que se refería a la teoría, no era más que una voz que gritaba en un desierto de bosque muerto. Un orador después de la cena de 1876 expresó admirablemente un sentimiento muy general [1364] cuando dijo que, aunque quedaba mucho por hacer para los economistas en cuanto al desarrollo y aplicación de la doctrina existente, *el gran trabajo se había hecho* . Fue Marshall quien cambió todo eso y salió del valle a una altura iluminada por el sol. En Inglaterra, el período es enfáticamente la era marshalliana. Su éxito fue tan grande como el de A. Smith, si se tiene en cuenta el hecho de que una ciencia inevitablemente debe volverse menos accesible para el público en general a medida que se desarrollan sus técnicas y que Marshall no tenía un caballo político ganador que respaldar, como lo había sido el libre comercio. en su mejor momento.

[(a) Edgeworth, Wicksteed, Bowley, Cannan y Hobson.]

La figura de Marshall eclipsó no sólo a los economistas ingleses que continuaron viviendo en el estrato de análisis post-milliano, como Sidgwick y Nicholson, aunque ninguno de ellos carecía de mérito; 1365, pero también eclipsó a Edgeworth y Wicksteed, quienes de hecho carecían del rango de comprensión de Marshall, tanto de los hechos históricos como contemporáneos y también de su fuerza personal, pero que eran sus iguales intelectuales dentro del ámbito del oficio del teórico.

Francis Ysidro Edgeworth (1845-1926), uno de los sucesores de Senior en la cátedra de economía política en Oxford (1891-1922) y editor o coeditor del *Economic Journal* (1891-1926), descendiente de una familia de anglosajones. -La nobleza irlandesa y fue, en todo menos en los deportes, un producto típico de una educación clásica de Oxford. Dos maestros han dibujado imágenes del hombre y del pensador: Keynes en el *Economic Journal* (marzo de 1926; el artículo se reimprime en *Essays in Biography* , págs. 267 y siguientes) y Bowley en *Econometrica* (abril de 1934), a lo que debo estar contento de referir. Sin embargo, conviene mencionar aquí algunos puntos para ubicarlo en nuestro lugar. Primero, menciono su utilitarismo, que se afirmó con fuerza desde el principio (*Nuevos y viejos métodos de ética* , 1877) y parecía tan incongruente en un hombre cuya mente no era más que "culta"; contribuyó mucho a mantener viva, de manera bastante innecesaria, la alianza impía entre la economía y la filosofía benthamita sobre la que he comentado repetidamente. Pero permítanme repetir también que en su caso, como en el de Jevons, podemos dejar fuera el utilitarismo de cualquiera de sus escritos económicos sin afectar su contenido científico. En segundo lugar, el nombre de Edgeworth permanecerá para siempre en la historia de la estadística: no me refiero principalmente a su trabajo sobre números índices (ver más abajo, cap. 8, sec. 4), sino a su trabajo sobre métodos estadísticos y sus fundamentos que se centró en su Ley generalizada. de Error. En tercer lugar, está la larga serie de sus trabajos sobre temas económicos, la poderosa originalidad de algunos de los cuales, escondida como estaba por pintorescas peculiaridades de presentación (que no todos encontrarán tan deliciosas como yo mismo), nunca ha sido más que por un pocos han sido apreciados adecuadamente. En contribuciones realmente novedosas (curva de indiferencia, curva de contrato, rendimientos decrecientes, equilibrio general, etc.) al aparato analítico de la economía, suman tanto *o más que* los *Principios* de Marshall . Luego, cuarto, ¿por qué Marshall eclipsó tanto a esta gran figura? La respuesta —que es interesante desde el punto de vista de la sociología de la ciencia y en particular de la pregunta: ¿qué tiene éxito, y cómo y por qué? - parece ser la siguiente: Edgeworth carecía de la fuerza que produce tratados impresionantes y reúne adeptos; amable y generoso, 1366 nunca se hizo valer en sus propias reclamaciones; era hipersensible por un lado, exagerado por el otro; se contentaba con tomar un asiento trasero detrás de Marshall, a quien exaltó a Aquiles; vacilante en la conversación, distraído hasta un grado patológico, el peor orador y conferenciante imaginable, mentira fue personalmente ineficaz; sin liderazgo es, creo, la palabra. Sus *Papers Relating to Political Economy* (3 vols., 1925) junto con *Mathematical Psychics* (1881, London School Reprint, 1932) contienen prácticamente todo su trabajo en teoría económica. *Las contribuciones de Edgeworth a la estadística matemática* han sido resumidas por el profesor Bowley en un folleto publicado bajo los auspicios de la Royal Statistical Society en 1928.

Ojalá ese espacio me permitiera hacer justicia a la personalidad de Philip Henry Wicksteed (1844-1927) que irradiaba sobre mí, en 1906, durante una hora de charla en el césped frente a su casa en Wantage, su reposo que no debía nada a la insensibilidad, a su benevolencia que no era debilidad, a

su sencillez que iba tan bien con su refinamiento, a su modestia sin pretensiones que no carecía de dignidad. Tal como están las cosas, sólo puedo dejar constancia de que este teólogo, que fue un disertante sobre Dante, se mantuvo un tanto fuera de la profesión económica, una de las razones por las que su trabajo, particularmente excelente en el aspecto pedagógico, no dejó una huella más perceptible. ¿Es creíble que su obra más original *An Essay on the Coordination of the Laws of Distribution* (1894, London School Reprint, 1932) pasara casi desapercibida, que solo se vendieron dos copias y que aún hoy el profesor Stigler es el único economista ¿Sé calificarlo por su valor real? Su *sentido común de economía política* . . . (1910; nueva edición junto con *Selected Papers and Reviews* , introducción del profesor Lionel Robbins, 2 vols., 1933) contiene varios puntos originales y es mucho más que una popularización de las doctrinas entonces establecidas. Particularmente en cuestiones de fundamentos y de elucidación crítica de conceptos (por ejemplo, en relación con la teoría de las dimensiones, que hizo mucho para avanzar en un artículo, 'Sobre ciertos pasajes en la *teoría de la economía política de* Jevons ' en el *Quarterly Journal of Economics* , Abril de 1889), sus ideas se adelantaron mucho a su tiempo. La complexión general de su sistema es jevoniana (de hecho, fue el único teórico jevoniano destacado), pero se deshizo de tantas cosas antiguas que todavía se adhieren a la exposición de Jevons y agregó tantas correcciones y desarrollos, en parte bajo la influencia austriaca, que se puede decir que ha elaborado algo que, aunque por supuesto una revisión del sistema de utilidad marginal, era suyo.

Wicksteed era más independiente de Marshall que un oponente. Igualmente independiente y menos opositor fue el profesor Bowley de la London School of Economics, cuya primera parte de su carrera se enmarca en el período examinado y que luego desarrolló lo que podría denominarse su estilo científico, que anticipó la declaración de alcance en el constitución (sección I) de la Sociedad Econométrica posterior: "El avance de la teoría económica en su relación con la estadística y las matemáticas". Este programa que Bowley iba a llevar a cabo en una larga serie de publicaciones era entonces novedoso y marcaba una posición distintiva. Pero atrajo poca atención en ese momento, tanto menos porque Bowley no hizo nada para promoverlo mediante declaraciones metodológicas de política. Otro 'independiente', este más opositor, fue un maestro vital, también en la London School, y en ese momento más conocido tanto por la profesión como por los estudiantes, Cannan. [1367] Hubo otros a los que deberíamos mencionar, pero no podemos permitirnos el lujo. Además, hubo oposición, y no solo de aquellos que se mantuvieron en formas de pensamiento más antiguas. Por supuesto, había "herejes" como Hobson. [1368] Más importante aún, hubo antiteóricos, como Sidney Webb, a quienes cualquier cosa como el refinamiento analítico movía al desprecio. [1369] Pero no hubo oposición de nadie de similar estatura como analista: mucho más de lo que Ricardo había hecho nunca, Marshall realmente dominaba la escena. El gran maestro que también era un hombre magistral —a algunos les parecía pontificio— convirtió a casi toda la nueva generación de economistas ingleses en sus discípulos y seguidores.

[(b) Marshall y su escuela.]

Marshall creó una escuela genuina, cuyos miembros pensaban en términos de un organismo científico bien definido y complementaban este vínculo con una fuerte cohesión personal. El profesor Pigou, su sucesor en la cátedra de Cambridge; El profesor Robertson, que sucedió a Pigou; y Lord Keynes —por mencionar sólo algunos de los nombres más familiares— fueron formados por su enseñanza y partieron de su enseñanza, por muy lejos que hayan viajado más allá de ella. Después de 1930, el propio Keynes y la mayor parte de lo que podría denominarse la tercera generación, de hecho,

renunciaron a su lealtad. Pero en lo que respecta al análisis puramente científico, esto significa menos de lo que parece significar. Y aunque a algunos de ellos les disgustó Marshall, no solo su modo de pensar sino también su aura personal, su sello todavía está en todos ellos. [1370]

Esa escuela era —en cierto sentido todavía lo es— nacional y muy viva en su carácter específicamente inglés. He comparado el éxito de Marshall con el de A. Smith. De hecho, el primero fue aún más espontáneo e inmediato que el segundo: los *Principios* fueron recibidos con un aplauso universal, y los periódicos, que al principio fueron bastante fríos con la *Riqueza* , competían entre sí en gala de cortesía. revisiones de los *Principios* . Pero una salvedad se impone: en el extranjero, el trabajo de Marshall nunca tuvo éxito como el de A. Smith. La razón no está lejos de buscar. El mensaje de Marshall —por mucho que le gustara la idea de ser "leído por hombres de negocios" - era, después de todo, un mensaje para la profesión económica. Y los economistas de todos los países que estaban abiertos a la teoría económica habían evolucionado o aceptado en 1890 sistemas que, aunque inferiores en técnica, eran sustancialmente como los de Marshall en ideas fundamentales. Primero y último, Marshall fue, y se sintió a sí mismo, el gran economista *inglés* de la época. Pero esto no altera el hecho de que la gran obra de Marshall es el logro clásico de la época, es decir, la obra que encarna, más perfectamente que ninguna otra, la situación clásica que surgió alrededor de 1900. Creo que Lord Keynes quiso expresar un evaluación similar cuando enumeró la publicación de los *Principios* como el primero de los tres eventos en 1890 a partir de los cuales se data la "era moderna de la economía británica". [1371] Aunque tendremos que movernos dentro de su órbita a lo largo de esta Parte, será conveniente reunir aquí los puntos principales sobre la obra de Marshall en su conjunto.

El retrato de Alfred Marshall (1842-1924), el hombre, el académico, el maestro, el pensador, ha sido pintado con una brillantez insuperable por Lord Keynes ('Alfred Marshall', *Economic Journal* , septiembre de 1924, reimpreso en *Essays in Biography* , 1933) y también lo ha sido el retrato de la deidad tutelar de su vida, la Sra. Marshall, cuya memoria nunca podrá separarse de la suya ('Mary Paley Marshall (1850-1944)', *Economic Journal* , junio de 1944). Se recomiendan encarecidamente otras dos referencias a la atención del lector: los *Memorials of Alfred Marshall* (ed. Por AC Pigou, 1925), y el artículo sobre 'The Place of Marshall's *Principles* in Economic Theory' de otro destacado marshalliano, el Sr.GF Shove (*Economic Journal* , diciembre de 1942). Keynes publicó una lista extensa y presumiblemente completa de los escritos de Marshall en el *Economic Journal* , diciembre de 1924; se reimprime en los *memoriales* . Pero la mayor parte del trabajo publicado de Marshall está en los *Principios de Economía* (1ª ed., 1890, descrito como Volumen I hasta la 6ª edición, 1910; en lo que sigue, las referencias son a la 4ª, 1898); en *Industria y Comercio* (1919); y *Money Credit and Commerce* (1923). Los tres volúmenes son todos esenciales: nadie conoce a Marshall si solo conoce los *Principios* . Se complementan con un volumen póstumo de *Official Papers* (1926). Por lo demás, baste mencionar su *Teoría pura del comercio exterior* y su *Teoría pura de los valores domésticos* (impresa de forma privada, 1879, London School Reprint, 1ª ed., 1930); su libro *Economics of Industry* (1879) y el de la señora Marshall , un trampolín muy importante hacia los *Principios* ; y, finalmente, el muy revelador discurso sobre 'La vieja generación de economistas y la nueva' (1896) publicado en el *Quarterly Journal of Economics* , enero de 1897.

Marshall y A. Smith tienen más en común que la similitud de éxito y posición en la historia de la economía. Descuidando una serie de diferencias temporales, encontramos una fuerte similitud en las visiones o concepciones generales del proceso y, en particular, con respecto a la evolución económica.

También encontramos una distribución aproximadamente igual de ponderaciones entre 'teoría' y 'hechos', aunque el arte superior de Marshall logró desterrar la mera narración de las páginas de los *Principios* , de modo que para los lectores que descuidan la *Industria y el Comercio* , su tratamiento parece más ' puramente teórico 'de lo que es y mucho más que el de A. Smith. Pero la similitud se extiende aún más al objetivo, el plan (no me refiero a elementos no esenciales como la secuencia de temas) y la naturaleza de la actuación. Marshall estaba consciente de esto. Se dice que dijo: "Todo está en A. Smith". En esta observación hay más que el mero reconocimiento del hecho de que el trabajo de hoy necesariamente surge del de ayer: hay un reconocimiento del parentesco. Y hay una semejanza final: tanto la *Riqueza* como los *Principios* son lo que son, al menos en parte, porque son el resultado del trabajo de décadas y plenamente maduros, producto de mentes que se cuidaron infinitamente, fueron pacientes de labor, e indiferente al paso de los años. Esto es aún más notable porque tanto Smith como Marshall estaban extremadamente ansiosos por predicar su sabiduría e influir en la práctica política; sin embargo, ninguno de ellos permitió que lo imprimieran antes de que sus manuscritos fueran tan perfectos como él se sentía capaz de hacerlos. [1372]

Una guía del lector a través de los *Principios* es superflua, confío. Baste, entonces, decir que el Libro V (Teoría del equilibrio de la oferta y la demanda) contiene el núcleo del desempeño analítico. El Libro VI sobre Distribución es una aplicación extensa del análisis del Libro V. El Libro I presenta primero 'una historia económica en una sola conferencia', tan severamente reducida que lo que queda se lee como una serie de trivialidades y casi por completo falla en transmitir la amplitud y profundidad de la investigación que realmente se llevó a cabo; y en segundo lugar, un esbozo casi increíblemente insular de la historia de la economía. El libro II, Algunas nociones (conceptos) fundamentales, podría haber sido escrito por cualquier tallador de madera y cajón de agua del siglo XIX. Los Libros III (Deseos) y IV (Agentes de producción) contienen varias novedades y, ocasionalmente, conocimientos profundos (por ejemplo, en el cap. 12, §§ 11 y 12), todo sofocado por una gran cantidad de cosas que podrían haberse mejorado mediante la poda.

El lector que perfora la superficie altamente pulida, en la que todo parece reducirse a un lugar común, se sorprende ante todo por la tremenda riqueza de detalles analíticos y fácticos, taladrados en orden por un capataz tremendamente hábil a quien parece que nunca se le ha ocurrido. que nada hará un libro más difícil que el intento de hacerlo demasiado fácil. Todo encuentra su nicho designado en una vasta estructura y todo es, antes de mostrarse en su nicho, cincelado analíticamente en forma por un artista en una conceptualización limpia y económica. En segundo lugar, ese lector descubrirá una cualidad que se acerca a constituir el principal reclamo de inmortalidad de Marshall: en Marshall no solo contempla a un técnico de alto poder, un historiador profundamente erudito, un enmarcador seguro de hipótesis explicativas, sino por encima de todo. todo un gran economista. A diferencia de los técnicos de hoy que, en lo que respecta a la técnica de la teoría, son tan superiores a él como él a A. Smith, él comprendía el funcionamiento del proceso capitalista. En particular, entendía los negocios, los problemas comerciales y los hombres de negocios mejor que la mayoría de los demás economistas científicos, sin excluir a los que eran hombres de negocios. Sintió las íntimas necesidades orgánicas de la vida económica aún más intensamente de lo que las formuló, y por lo tanto habló como alguien que tiene poder y no como los escribas, o como los teóricos que no son más que teóricos. Me temo que este logro, tan notable en uno que se movió principalmente dentro de los círculos académicos y compartió en gran medida sus prejuicios, junto con el reposo olímpico, que muestran sus actitudes hacia

problemas prácticos acalorados, explica en parte la impopularidad que rodea su nombre hoy. .

En tercer lugar, el lector que se adentre aún más y sepa ver el esqueleto analítico bajo la piel lisa y toda la carne, contemplará el aparato de lo que hoy llamamos Análisis Parcial, es decir, el conjunto de herramientas que se han forjado. con el propósito de analizar los fenómenos en sectores relativamente pequeños de la economía - 'industrias' individuales que son demasiado pequeñas para provocar, a través de variaciones en sus propios productos, precios y demandas de factores, repercusiones en los agregados sociales (especialmente en y la renta nacional monetaria), de modo que todo lo que ocurre fuera de dichos sectores pueda tratarse como dado (véase más adelante, cap. 7, sec. 6). El libro V es la obra maestra clásica de este análisis parcial que ha sido tan admirado por algunos y tan severamente criticado por otros. Las preguntas involucradas se discutirán más adelante. Por el momento, otro asunto llama nuestra atención. El punto de vista del análisis parcial es tan evidente a lo largo del texto de Marshall, y los prácticos conceptos de análisis parcial que él forjó o reacondicionó se han recibido tan generalmente en la enseñanza actual que hay alguna excusa para aquellos que ven en Marshall al maestro del análisis parcial. y nada más. De todos modos, esto no hace justicia a la profundidad y alcance del pensamiento de Marshall. No es sólo que la concepción más amplia de la interdependencia general de todas las cantidades económicas recibe atención intermitente en los *Principios* : Marshall en realidad formuló esta concepción más amplia —de manera embrionaria pero aún explícita— en las notas XIV y XXI del Apéndice. Y los *memoriales* contienen un pasaje (p. 417), correctamente enfatizado por el Sr. Shove en el artículo mencionado anteriormente, que dice: 'Mi vida entera ha sido entregada y estaré dedicada a presentar en forma realista tanto como pueda de mi nota XXI. Por tanto, parece justo incluir a Marshall también entre los constructores del sistema de equilibrio general, así como del análisis de la utilidad marginal per se.

Hay más en otra opinión que restringe los logros de Marshall. Su aparato teórico es estrictamente estático. Esto no le impide ocuparse de los fenómenos evolutivos o de cualquier fenómeno de la vida económica que sea refractario a la aplicación de los métodos de la estática. Como señaló Keynes en su *Tratado sobre el dinero* (II, p. 406), Marshall "a veces estaba un poco dispuesto a camuflar el carácter esencialmente estático de su teoría del equilibrio con muchos *obiter dictados* sabios y penetrantes sobre problemas dinámicos". Pero para ello tuvo que bajarse del asiento del conductor de su motor analítico, cuyos brazos no alcanzan estos problemas: el alcance de los *Principios* es mucho más amplio que el de la teoría que el trabajo expone, y la teoría sí mismo se ve afectado por la tensión a la que está sujeto, especialmente en la vecindad de los fenómenos de costo promedio decreciente.

En cuarto lugar, ningún lector imparcial puede dejar de percibir los *hechos* gemelos que se discutirán completamente más adelante, a saber, que la estructura teórica de Marshall, salvo su superioridad técnica y varios desarrollos de detalle, es fundamentalmente la misma que la de Jevons, Menger. , y especialmente Walras, pero que las habitaciones de esta nueva casa están innecesariamente abarrotadas de reliquias ricardianas, que reciben un énfasis bastante desproporcionado con respecto a su importancia operativa. Por tanto, es comprensible que unos pocos escritores ingleses y la mayoría de los no ingleses hayan calificado a Marshall de ecléctico, que trató de reconciliar y combinar (o comprometerse entre) los principios analíticos de la 'escuela clásica' inglesa (es decir, Ricardianismo) y los principios analíticos de la 'escuela de la utilidad marginal' (es decir, principalmente, Jevons y los austriacos). No es menos comprensible que tanto el propio Marshall como los Marshallianos se negaran

a aceptar esta interpretación, no sin irritación. Ellos están en lo correcto. El poderoso motor de análisis de Marshall —aunque pueda parecer anticuado a estas alturas— fue el resultado de un esfuerzo creativo y no sintético: especialmente aquellos que, como yo, tienen que admitirlo, descartamos la importancia del ricardianismo en él. Esto lleva, sin embargo, a las preguntas sobre las raíces del trabajo de Marshall y su originalidad. Estas preguntas no son meros asuntos de registros polvorientos. Deben ser respondidas para iluminar una fase importante de la historia de la economía.

Las raíces del trabajo de Marshall son fáciles de descubrir. Como economista, se formó, o más bien se formó él mismo, en la tradición de A. Smith, Ricardo y JS Mill. En particular, su conocimiento de la economía comenzó con la lectura de Mill en 1867-1868 (*Memorials* , p. 10), y conservó lo que podría llamarse un respeto filial por JS Mill durante toda su vida, aunque no se engañaba con respecto a la estatura intelectual de este último. . Además, el prefacio de la primera edición de los *Principios* extiende un cauteloso reconocimiento a la influencia de Cournot y Thünen, que es de hecho inconfundible. Ningún economista más que estos cinco, ni siquiera Jevons, Dupuit o Jenkin, [1373] se le atribuye alguna influencia sobre los fundamentos, aunque muchos son reconocidos en puntos individuales de menor importancia. Pero la imagen resultante es completamente posible. Hemos notado el carácter peculiar del tratado de JS Mill, que flota entre Ricardo y Say e invita a una reformulación correctiva. Un hombre como Marshall, que se formó en matemáticas y física y para quien el concepto de límites y, por tanto, la parte formal del principio marginal sería tan familiar como lo sería su tocino de desayuno, sólo tenía que haber permitido que su mente jugara con la de Mill. declaraciones sueltas y elaborar su modelo exacto (sistema de ecuaciones) para llegar a un punto en el que aparecieran las partes puramente teóricas de los *Principios* . Las innovaciones incidentales le parecerían entonces, naturalmente, como meros desarrollos de Mill en lugar de como "revolucionarias". Además, los líderes fuertes que están seguros de una mayoría disciplinada no hacen revoluciones, ni en la ciencia ni en la política, sino que lideran sin problemas, dejando el escándalo y la revolución a grupos minoritarios que tienen que gritar para ser escuchados. Creo que esto concuerda bastante bien con la opinión de los marshallianos. [1374] En cualquier caso, es mi justificación para atribuir a Marshall (dentro de la teoría pura, recuérdelo) *el* logro *creativo* .

Con esta admisión ya hemos prejuzgado la cuestión de la originalidad. Aunque Marshall nunca dejó ninguna duda de que no se sentía obligado hacia Jevons, y mucho menos hacia los austriacos y Walras, el mundo no conocía el alcance total de su pretensión de originalidad *subjetiva* antes de la publicación de los *Memorials* , el ensayo biográfico de Keynes y El papel de Shove. Esta afirmación se acepta aquí sin lugar a dudas. Por supuesto, esto no afecta la originalidad *objetiva* o la prioridad. Un tratado "marginalista" publicado en 1890 —o, para el caso, en 1880— podría haber mejorado y desarrollado la doctrina existente (lo que Marshall ciertamente hizo) pero no podría haber revelado una verdad fundamentalmente nueva. Según lo que creo que son los estándares ordinarios de la historiografía científica, el mérito que hubo en el redescubrimiento del principio de utilidad marginal es el de Jevons; el sistema de equilibrio general (incluida la teoría del trueque) es el de Walras; el principio de sustitución y la teoría de la productividad marginal son de Thünen; las curvas de oferta y demanda y la teoría estática del monopolio son de Cournot (como es el concepto, aunque no la palabra, elasticidad precio); el alquiler de los consumidores es de Dupuit; el "método diagramático" de presentación es también de Dupuit o de Jenkin. Si esto se hubiera entendido siempre con claridad, no habría nada más que decir. [1375] Pero no se ha entendido en general —quizá ni siquiera lo entienden

ahora *todos los* economistas [1376]— con el resultado de que la reputación de otros se ha resentido y que existe, en muchas mentes, una imagen de la situación científica de esa época que es deber del historiador corregir. Este deber es doloroso porque la razón de este estado de opinión es en gran parte culpa del propio Marshall. El caso de los austriacos contra Marshall (y Edgeworth) se considerará más adelante y, por lo tanto, no es necesario abordarlo aquí. En marcado contraste con la generosidad que prodigaba con Ricardo y Mill, Marshall fue menos que generoso con todos aquellos cuyas contribuciones estaban estrechamente relacionadas con las suyas. La única excepción es Thünen, cuyo trabajo fue debidamente reconocido no sólo de manera general en el Prefacio de la primera edición de los *Principios,* sino también en el pasaje (p. 704 de la 1ª ed.) Que habla de la gran Ley de von Thünen de sustitución '. Pero Cournot recibió solo un reconocimiento general y no se menciona donde deberíamos haber esperado una referencia específica, principalmente en la teoría del monopolio. Sin embargo, no estamos interesados en formular ninguna acusación contra Marshall por el puntaje de reconocimiento inadecuado del *endeudamiento* —de este cargo Keynes y Shove lo han aclarado en gran medida— sino con su reconocimiento inadecuado de la *prioridad* . El caso de Jevons es el más obvio. Pero el caso de Walras es peor. Marshall, de todos los hombres, con una formación matemática como era, y entreteniendo la más alta opinión de la importancia central de su propia nota XXI, no puede haber estado ciego a la grandeza ni a la prioridad de los logros de Walras. Sin embargo, el gran nombre de Walras aparece en los *Principios* solo en tres ocasiones sin importancia que no tienen nada que ver con ese logro. [1377] Y exactamente lo mismo es válido para los casos menos importantes de Dupuit y Fleeming Jenkin, que recibieron sólo un reconocimiento a pie de página y esto no en los lugares correctos. Me apresuro a enfatizar las circunstancias atenuantes. Uno de ellos ha sido formulado por Lord Keynes: Marshall percibió en el trabajo de Jevons y los austriacos fallas técnicas y otras deficiencias que podrían haber perjudicado el éxito del nuevo organon a menos que los autores infractores se mantuvieran a distancia. Hay otras circunstancias similares. La continuidad del trabajo analítico es una ventaja, y los creadores del nuevo sistema teórico, o al menos Jevons y los austriacos, habían ampliado innecesariamente el abismo que los separaba de sus predecesores. También Marshall estaba muy consciente de su papel como líder *nacional* . Puede que haya sentido que era su deber defender la tradición nacional.

Afortunadamente, sin embargo, puedo concluir con una nota más agradable. Lo mejor del gran trabajo de Marshall aún está por decir. Detrás del gran logro hay un mensaje aún mayor. Más que cualquier otro economista —con la excepción, quizás, de Pareto— Marshall señaló más allá de sí mismo. No tenía una teoría de la competencia monopolística. Pero lo señaló al considerar el mercado especial de una empresa. Se ha dicho anteriormente que su teoría pura era estrictamente estática pero también que apuntaba hacia la dinámica económica. No hizo ningún trabajo econométrico. Pero siempre razonó teniendo en cuenta el complemento estadístico de la teoría económica e hizo todo lo posible por enmarcar conceptos que serían estadísticamente operativos; y en su discurso sobre "La vieja generación de economistas y la nueva", destacó partes importantes del programa de econometría moderna. Naturalmente, su trabajo está desactualizado. Pero hay en él un manantial vivo que evita que se vuelva rancio.

3. Francia

La situación francesa desde 1870 hasta 1914 fue realmente curiosa. Walras estaba trabajando

(hasta 1892 aproximadamente) y Cournot estaba emergiendo del olvido. En la rama fáctica del análisis, estaban Le Play y su escuela, Simiand, Levasseur, Mantoux, Martin y muchos otros. [1378] Contando únicamente los rendimientos máximos, podríamos sentirnos inclinados a poner la economía francesa a la cabeza de todos los países. Pero, salvo los de la rama fáctica, los logros máximos casi no se filtraron, y apenas hubo síntomas de esa actividad más amplia que recupera el terreno perdido tan rápidamente en nuestros días. [1379] La indiferente reputación de la economía académica francesa en ese período no se debe, sin embargo, a sus deficiencias en el campo de la `` teoría pura '', y no hay razón para pensar poco en ella en lo que respecta a los campos aplicados, sino a algo de lo contrario, eso impedirá el reconocimiento por parte de los radicales modernos como *un limine* , es decir, al liberalismo en el sentido gladstoniano. Tan obvias eran las afiliaciones políticas del grupo líder de economistas franceses y su política dominó tan completamente cada línea que escribieron que no tenemos más remedio que adoptar criterios políticos para el resto de este bosquejo.

En consecuencia, consideramos primero a los ultras del laissez-faire que se conocen como el grupo de París porque controlaban el *Journal des économistes* , el nuevo diccionario, la organización profesional central en París, el Collège de France y otras instituciones, así como la mayoría de los publicidad, tanto que sus oponentes políticos o científicos comenzaron a sufrir un complejo de persecución. Es extremadamente difícil, incluso a esta distancia de tiempo, hacer justicia a este grupo que también fue una escuela en nuestro sentido. Mencionaré sólo algunos nombres que guiarán a cualquier lector interesado a sus obras y, en lugar de caracterizar a los individuos, intentarán caracterizar, en unas pocas líneas, al grupo en su conjunto. Los nombres más distinguidos, entonces, fueron Paul Leroy-Beaulieu, Courcelle-Seneuil una vez más, Levasseur, el infatigable Gustave de Molinari, Yves Guyot, Maurice Block, [1380] y Léon Say. Eran *antietatistas* , es decir, se entregaban a la creencia de que el principal negocio de los economistas es refutar las doctrinas socialistas y combatir las atroces falacias implícitas en todos los planes de reforma social y de injerencia estatal de cualquier tipo. En particular, se mantuvieron firmes junto a la bandera caída del libre comercio incondicional y el laissez-faire. Esto explica fácilmente su impopularidad entre socialistas, radicales, reformadores católicos, solidaristas, etc., aunque no debería contar para nosotros. Pero lo que cuenta para nosotros es el hecho de que su análisis fue metodológicamente tan "reaccionario" como lo fue su política. Simplemente no se preocuparon por los aspectos puramente científicos de nuestro tema. JB Say y Bastiat, y más tarde una pequeña teoría de la utilidad marginal diluida, satisfizo su apetito científico. Algunos que simpatizaban con la política del grupo —aunque no eran miembros de su círculo íntimo y, por lo tanto, son mencionados de manera muy significativa pero rara vez— tomaron un vuelo más alto y realizaron un trabajo notable. Esto se aplica particularmente a dos hombres que siempre deberían figurar entre los economistas eminentes, Colson y Cheysson. No deja de ser importante señalar que ambos eran ingenieros de formación y en este sentido continuaban una tradición francesa que se adorna con el nombre de Dupuit y que ahora está más viva que nunca: si estuviera dispuesto a usar el término Escuela en cualquier otro sentido. que la adoptada en este libro, ciertamente debería formar una escuela con esos brillantes ingenieros franceses en el servicio público que contribuyeron y están contribuyendo de manera tan sustancial a la economía científica. [1381]

Pero incluso los demás, cuyos vuelos no pueden describirse como altos, tenían un gran mérito. Sus filosofías eran deplorables, su teoría era débil; pero cuando escribieron sobre cuestiones prácticas, al igual que sus predecesores y Marshall, *sabían sobre qué estaban escribiendo* . Es decir, vivían y

pensaban muy cerca de la práctica empresarial y política, que la mayoría conocía por experiencia y no por los periódicos. Hay una atmósfera de realismo y astucia en sus obras que compensa en parte la falta de inspiración científica. [1382]

A los políticos difícilmente les pudo haber gustado un grupo que defendía el libre comercio y, por lo demás, se entregaba a un liberalismo impracticable. Así, cuando el gobierno procedió a establecer cátedras de economía en todas las facultades de derecho de todas las universidades de Francia (1878), se aseguró de que los nuevos profesores no fueran todos de la complexión política del grupo de París. Esto produjo un cambio, por supuesto, pero —aparte de llevar la luz de la economía a las provincias más desafortunadas que habían tenido que vivir en la oscuridad exterior hasta entonces— este cambio fue al principio más político que científico. Sin embargo, los hombres nuevos que se sentían hombres nuevos en más sentidos que uno se juntaron, fundaron la *Revue d'économie politique* 'heterodoxa' (1887), dudaron (la mayoría de ellos) de la Ley Natural que retumba el laissez-faire, parecían con más favor en la protección que de todos modos estaba triunfando, y se dejaron atrapar en modestos programas de reforma social. Científicamente, al principio, muy poco salió de esto. Pero en el transcurso de los treinta y cinco años, contados a partir de esos nombramientos, por la gracia del espíritu de la época, se efectuó una mejora sustancial y no solo por los nuevos profesores; el ambiente de París se animó, aunque el pequeño grupo de incondicionales del laissez-faire, no menos notable por la longevidad que por la fuerza de la convicción, resistió como los espartanos de Leonidas en las Termópilas. En cuanto a los nombres representativos, bastará mencionar a PL Cauwès, quien, más jurista que economista e influenciado por la *Sozialpolitik* alemana y el historismo alemán, fue un hombre de sentido y fuerza, aunque no demasiado economista científico; Charles Gide y Charles Rist, que se destacaron más tarde; [1383] y dos hombres cuyas actuaciones estuvieron entre los primeros precursores de una nueva época en la economía francesa, Landry y Aftalion. [1384] Hasta donde yo sé, ninguno de los grupos que expusieron los sistemas de reconstrucción social, socialistas y solidaristas incluidos, hizo algún aporte para hacerse notar en una historia de análisis. [1385]

4. Alemania y Austria

Como sabemos, en Alemania la *Sozialpolitik* y el trabajo de la escuela histórica afirmaron su influencia sobre la economía general más que en cualquier otro país. Estos intereses no destruyeron por completo la tradición ni aplastaron por completo el componente "teórico" en la economía general. Pero en algunos lugares estuvieron a punto de hacerlo: aunque se había producido una reacción en 1900 y era fuerte en 1914, los hombres que tenían entonces veinte años no estaban prácticamente entrenados en el arte de manejar herramientas analíticas y algunos de ellos realmente concibieron ' teoría "como consistente en filosofías sobre el socialismo o el individualismo y cosas por el estilo y de disputas sobre" métodos "; no tenían una concepción de la teoría como una" caja de herramientas ". En términos generales, la teoría genuinamente local era insignificante y anémica y los únicos impulsos vivos provenían de las escuelas austriaca y marxista. La situación, tan completamente descentralizada como estaba, tanto como en el período anterior, es difícil de describir mediante un breve esbozo. Simplificando al máximo, propongo tratarlo de la siguiente manera: primero consideraremos la escuela austriaca; luego echaremos un vistazo a una serie de hombres representativos que no forman un grupo en ningún sentido, excepto que habían sentado las bases de su reputación en el período anterior y ejercido una influencia considerable —como "estadistas mayores" - en el que se examina; Finalmente,

reservando a los marxistas para un tratamiento separado al final del capítulo, agregaremos nombres representativos adicionales que servirán para completar el cuadro, iniciado en el capítulo anterior, de la `` vida y obra '' de la economía alemana en cuanto a parches impresionistas. de color se puede decir que completa cualquier imagen. En las tres subsecciones, *este propósito de pintar un cuadro que no debe estar superpoblado se ha mantenido a la vista con un considerable 'costo doloroso' de injusticia para muchas personas* . [1386]

(a) La escuela austriaca o vienesa.

Las estrechas relaciones culturales que existían entre la monarquía austro-húngara y Alemania no impidieron el surgimiento en Austria de una situación científica en nuestro campo que difería completamente de la alemana. Esto se debió en gran parte a dos hechos personales: al hecho de que Carl Menger era un líder de una fuerza bastante inusual; y al hecho de que encontró a dos discípulos, Böhm-Bawerk y Wieser, que eran sus iguales intelectuales y que completaron el éxito de Menger. Realmente no se les puede llamar de segunda generación, pero tienen título para ser considerados co-fundadores de lo que, considerando todas las circunstancias, iba a ser una escuela de sorprendente importancia y durabilidad. Hubo varios otros seguidores de alguna nota (como Sax y Zuckerkandl) y, por supuesto, surgió una segunda generación durante el período. Pero creo que es correcto y conduce a una impresión correcta limitar esta subsección a esos dos líderes de [1387] y a otros dos hombres que, personalmente más que doctrinalmente, se mantuvieron algo separados y nunca obtuvieron todo el crédito que merecen, Auspitz y Lieben. .

Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914) fue, en lo que respecta a su carrera, principalmente un servidor público. Esto debe tenerse en cuenta al evaluar su trabajo científico, exactamente como deben tenerse en cuenta las vocaciones comerciales de Ricardo si queremos hacer justicia a la suya. *Lo que tenemos ante nosotros para leer no es la obra terminada que Böhm-Bawerk tenía en mente:* partes de la interpretación publicada se escribieron apresuradamente, cuyas consecuencias Böhm-Bawerk nunca tuvo la oportunidad de remediar. Para mostrar esto, escojamos algunos hechos relevantes del registro de una vida que destaca por la devoción resuelta al deber, el desinterés total, el esfuerzo intelectual elevado, los intereses culturales amplios y la simplicidad genuina, todo lo cual estaba completamente libre de santurronería o propensión a predicar. Su temprano desarrollo científico debió de verse seriamente obstaculizado por su ingreso al servicio civil inmediatamente después de completar los habituales estudios legales que, como sabemos, dejaban poco espacio para la economía. Tenía treinta años cuando fue destinado a la Universidad de Innsbruck, y los ocho años que enseñó allí definen todo el tiempo que pudo dedicar, en la plenitud de sus facultades, a la economía científica. Fue un trabajador duro, sistemático y eficaz, y tal vez no necesitemos deducir mucho de su fondo de energía en el puntaje de la enseñanza académica. Más de eso, sin embargo, entró en sus polémicas, por las que se estableció como, con mucho, el campeón más eminente de la enseñanza de Menger. [1388] El resto se dedicó a la obra principal de su vida, *Kapital und Kapitalzins* (1er vol., 1884; 4a ed., 1921; trans. Inglesa, 1890; 2do vol., 1889; 4a ed., 1921; trans. 1891). El volumen I, *Geschichte und Kritik der Kapitalzinstheorien* apareció en inglés como *Capital and Interest* ; Volumen II, *La Teoría Positiva de los Kapitales* como *Teoría Positiva del Capital* . El trabajo en el segundo volumen que contiene su propia contribución creativa (el primero contiene una serie de críticas a las teorías del interés) tuvo que ser recortado y el volumen tuvo que ser apresurado a través de la prensa en partes como el autor lo escribió, anticipando su reingreso en el Ministerio de Finanzas con el propósito de preparar la gran reforma fiscal de 1896.

Las ideas distintas están unidas imperfectamente; en aspectos esenciales, el autor cambió sus puntos de vista mientras escribía; diferentes corrientes de su propio pensamiento corren una al lado de la otra; los capítulos posteriores decisivos son francamente provisionales (ver Prefacio a la 2ª ed. sin cambios) y como él *pudo* hacerlos, no como *quería* hacerlos. Siguió una carrera brillante pero absorbente desde 1889 hasta 1904, durante la cual ocupó el cargo de gabinete tres veces y no tuvo más tiempo libre que el que implican los escasos permisos y las horas ocasionales que le arrebataba al trabajo oficial, especialmente en las primeras horas de la mañana. Aun así, mantuvo una relación periférica con la docencia académica (fue profesor honorario en la Universidad de Viena, dirigiendo ocasionalmente un seminario). También pudo hacer algunos escritos de carácter polémico o expositivo. Entre otras cosas, produjo su famosa crítica al sistema marxista. [1389] Pero no pudo realizar el trabajo original. El ocio llegó de hecho en 1905, cuando (rechazando el puesto más lucrativo del regalo de la Corona) aceptó el nombramiento como profesor "ordinario" (titular) en la Universidad de Viena. Esto significaba la libertad de todos los deberes, excepto los autoimpuestos, y también de las pequeñas vejaciones de la vida moderna, ya que todas las "autoridades" de ese entorno eran infinitamente respetuosas con el consejero privado lleno de honores. Pero era mayor en cuerpo y mente que en años. Aunque dirigió su famoso seminario hasta su muerte (1914), su fuerza creativa se agotó. Trabajó en su *Kapital* y añadió formidables apéndices, pero ya no era posible ningún progreso *real* . La tercera edición revisada y ampliada de *Kapital und Kapitalzins* se publicó en tres volúmenes, 1909–14 [el volumen II se amplió en dos volúmenes, II, 1 y II, 2]; Una cuarta edición sin cambios con una introducción de von Wieser apareció en 1921.

Olvidemos la defensa del principio de utilidad marginal de Böhm-Bawerk, su crítica a Marx y algunas otras cosas que podrían mencionarse, y preguntémonos cuál fue la naturaleza y el significado de su principal contribución. La respuesta a la que es probable que la mayoría de la gente responda es: una teoría del interés y, en relación con ella, el "período de producción". Esta respuesta es totalmente inadecuada. La teoría del interés de Böhm-Bawerk y, dicho sea de paso, el período de producción Böhm-Bawerkiano son sólo dos elementos de un modelo integral del proceso económico, cuyas raíces se pueden discernir en Ricardo y que es paralelo al de Marx. Parte de ella es, naturalmente, una teoría completa de la distribución, no solo de interés, que culmina en 'El mercado de capitales completamente desarrollado' (ver Parte 2 de *Positive Theorie* , Libro IV, 3ra y 4ta eds.), Donde el stock de bienes, el período de rotación, los salarios y los intereses se determinan simultáneamente. Si deseamos etiquetar su lugar en la historia de la economía, será mejor que lo llamemos el Marx burgués. [1390]

Por tanto, hay una raíz ricardiana en el logro de Böhm-Bawerk en [1391], aunque él no lo sabía por completo. Igualmente ignoraba el hecho de que Rae lo había anticipado en un punto esencial. [1392] Finalmente, mucho más definitivamente, Jevons lo anticipó: su relación con este último no es diferente a la de Marshall. Anticipaciones ocasionales sobre este punto o que ocurren con bastante frecuencia, una de ellas, como hemos visto, en Senior y otra en *Principios* de Newcomb . Subjetivamente, sin embargo, fue un discípulo tan entusiasta de Menger que apenas es necesario buscar otras *influencias* . No es solo que siguió a Menger en cuestiones de valor y precio: incluso las dos proposiciones de que la productividad de una `` cantidad '' dada de capital puede aumentarse extendiendo el período de producción y que habitualmente infravaloramos los placeres futuros en comparación con los presentes. Los unos —dos piedras angulares como veremos de la teoría específicamente böhm-bawerkiana del capital y el interés— habían sido indicados por Menger. [1393] Es esta, más que la prioridad de Jevons, la

que plantea la cuestión de la originalidad de Böhm-Bawerk. Se podría argumentar que un hombre que tenía la voluntad de desarrollar tales sugestiones embrionarias en un todo orgánico imponente apenas necesitaba ninguna sugerencia. Pero no es necesario hacerlo. Es el modelo o esquema de Böhm-Bawerk del proceso económico esbozado anteriormente lo que lo convierte en uno de los grandes arquitectos de la ciencia económica, y este esquema estaba bastante fuera del rango de visión de Menger y Jevons.

Algunas de las mejores mentes de nuestro campo, Wicksell y Taussig [1394] en particular, lo han considerado como tal. Pero mucho más numerosos, desde el principio, fueron críticos y detractores. Esto se debe, en primer lugar, a la reserva de Böhm-Bawerk, que, aunque tenía muchísimos alumnos, le impidió convertirlos, como Marshall, en discípulos: de ahí que nunca consiguiera un guardaespaldas científico que estuviera dispuesto a salir. adelante en su defensa. En segundo lugar, el famoso polémico había acumulado muchos relatos que algunas personas no tardaron en zanjar. [1395] En tercer lugar, como se explicó anteriormente, no se había permitido que la obra de Böhm-Bawerk madurara: es esencialmente (no formalmente) un primer borrador cuyo crecimiento hacia algo mucho más perfecto se detuvo y nunca se reanudó. Además, es dudoso que la técnica primitiva de Böhm-Bawerk y, en particular, su falta de formación matemática alguna vez le hubieran permitido alcanzar la perfección. Así, la obra, además de ser muy difícil de entender, está erizada de insuficiencias que invitan a la crítica —por ejemplo, como él mismo dijo, el "período de producción" está próximo a ser un disparate— e impide que el lector avance hacia el núcleo de su pensamiento. En consecuencia, la crítica de puntos individuales a menudo tuvo éxito y esas derrotas fragmentadas dañaron la reputación del conjunto. Incluso recibió críticas de hombres tan eminentemente justos como Irving Fisher, quien parece no haberse dado cuenta nunca de cuánto le debe su *Teoría del interés* a Böhm-Bawerk, aunque él, de todos los hombres, estaba ciertamente ansioso e incluso demasiado ansioso por hacer justicia a cualquier predecesor que pudiera encontrar. Cuando Keynes escribió su *Tratado* , era una opinión casi generalizada que la teoría de Böhm-Bawerk era sólo un error curioso y que ya no debía discutirse seriamente. Y, sin embargo, sus ideas siguen apareciendo y *enseñando a la gente, incluidos los críticos y detractores, su negocio* . Esto, de hecho, lo habían hecho sus ideas desde el principio: aunque Böhm-Bawerk recibió pocos cumplidos y adquirió pocos discípulos, fue y sigue siendo uno de los grandes maestros de la profesión. [1396]

Friedrich von Wieser (1851-1926) fue un hombre muy diferente. Era un pensador nato, y un breve período en el servicio civil en su juventud y un período aún más breve en el gabinete a mediados de los sesenta fueron las únicas interrupciones en una pacífica y tranquila carrera académica en Praga y Viena. Sin embargo, este pensador es difícil de caracterizar. Lo mejor de él era una visión espaciosa que se hundía profundamente bajo la superficie. Pero implementó esta visión de manera muy imperfecta, porque no solo carecía, como Böhm-Bawerk, de la formación técnica necesaria, sino además, de la aptitud natural para elaborar un argumento eficaz. Ya se ha mencionado su sociología, que merece más atención de la que ha recibido (*Recht und Macht* , 1910; *Gesetz der Macht* , 1926); su importante contribución a la teoría del dinero se mencionará en el lugar apropiado. De sus tres grandes obras en teoría general, la primera, *Über den Ursprung und die Hauptgesetze des wirthschaftlichen Werthes* (1884) tiene el mérito de volver a enfatizar y desarrollar el argumento mengeriano sobre el valor (acuñó el término *Grenznutzen* , marginalidad) y ninguna otra. , aunque incluso eso significó mucho en ese momento; el segundo, *Der Natürliche Werth* (1889; traducción inglesa, 1893) elaboró las

teorías austriacas del costo y la distribución (acuñó la frase *Zurechnung* , imputación), que Menger no había más que esbozado, y este trabajo debe a pesar de la Este último hecho y también a pesar de flagrantes fallas de técnica, ocupa un lugar destacado como logro original; el tercero, *Theorie der gesellschaftlichen Wirtschaft* (en *Grundriss der Sozialökonomik de* M. Weber , I, 1914; *traducción* inglesa *Social Economics* , 1927), aunque no añade nada esencialmente nuevo, es un resumen impresionante del pensamiento económico de toda una vida. La historia lo conoce (el grado en que lo conoce, sin embargo, varía mucho de un historiador a otro) principalmente como el hombre que completó la estructura austriaca, aunque algunas de sus ideas se parecían más a las de Walras que a las de Menger. La mejor apreciación de su importancia como teórico se encuentra en el libro del profesor Stigler, al que aquí se hace referencia de una vez por todas. [1397] Su *Gesammelte Abhandlungen* ha sido editado, con una introducción biográfica, por el profesor von Hayek (1929).

El espacio no permite más que una breve referencia al trabajo de dos hombres notables: Rudolf Auspitz (1837-1906), un industrial que luchó contra el cartel que incrementó sus ganancias (aumento que entregó a sus empleados), un político que fue coautor del proyecto de ley que introdujo el impuesto progresivo sobre la renta, y Richard Lieben (1842-1919), su pariente y colaborador científico, banquero privado de gustos artísticos. Produjeron una de las actuaciones teóricas más destacadas de la época, la *Untersuchungen über die Theorie des Preises* (1889; la primera parte se publicó por separado en 1887; *traducción* francesa, 1914). Técnicamente, eran inmensamente superiores a sus compatriotas y tanto por esto como porque pusieron los problemas de análisis parcial en primer plano, su trabajo parece menos "austriaco" de lo que es. Recibió algún reconocimiento de Edgeworth y más de Irving Fisher, pero no tuvo honor en casa. Su aparato de curvas de oferta y demanda total y marginal (no usaban curvas promedio) fue una contribución original en ese momento, al igual que la teoría general del apéndice que no se notó en absoluto.

He descrito la escuela austriaca como una de las dos influencias vivas en la economía general alemana. Pero esta influencia no se afirmó de manera perceptible hasta después de 1900, e incluso más tarde la actitud alemana hacia ella no fue del todo amistosa. [1398] Había varias razones para ello. En primer lugar, era natural que los hombres interesados principalmente en los problemas prácticos de su época y en el trabajo histórico no recibieran con agrado el renacimiento de un tipo de investigación que consideraban fundamentalmente errónea o al menos poco interesante. En segundo lugar, muchos hombres, pero especialmente Schmoller, que más tarde admitió francamente su error, asociaron la teoría con el "manchesterismo", es decir, con el laissez-faire incondicional. Por tanto, pensaban que no sólo veían el renacimiento de un tipo de análisis que no les gustaba, sino también el renacimiento de un tipo de pensamiento económico —o de una economía política— que aborrecían. En tercer lugar, la mayoría de los teóricos existentes o estaban bajo la influencia marxista —y los marxistas, naturalmente, eran incapaces de ver en una nueva teoría nada más que una nueva pieza de apologética burguesa— o eran fieles seguidores de los `` clásicos " ingleses: algunos de ellos superó a Marshall en su admiración por Ricardo y JS Mill, pero, a diferencia de Marshall, se negó rotundamente a avanzar más allá de ellos. [1399] Los diversos *guerrilleros* , que intentaron nuevos comienzos por sí mismos, tampoco estaban más dispuestos a aceptar un esquema analítico que, por simple que fuera, no podía apreciarse sin una formación teórica. En Inglaterra, un avance inicial pronto chocó contra el castillo marshalliano que "frunció el ceño en un estado terrible" sobre la cabaña austriaca. En los Estados Unidos, varios economistas extendieron libremente el reconocimiento. Pero como el país desarrolló una

escuela 'marginalista' propia y como algunos de los economistas estadounidenses más eminentes, Irving Fisher en particular, siguieron a Walras en lugar del triunvirato austríaco, la situación no difirió mucho de la inglesa. En Francia, la enseñanza austriaca se inscribió en una tradición nacional y, siendo más aceptable que la matemática de Walras, avanzó considerablemente, Leroy-Beaulieu, Gide, Landry, Colson (que sin embargo era más walrasiano) y muchos otros se extendieron más o menos. menos hospitalidad. En Italia, el éxito fue sustancial al principio. Pero el impulso austriaco pronto se desvaneció o fue sumergido por las enseñanzas de Pareto. Los primeros y más duraderos éxitos austriacos se produjeron en los Países Bajos y en los países escandinavos.

(b) Los ancianos estadistas.

La ciencia progresa, así le dijo una vez Böhm-Bawerk a un joven inquieto y recalcitrante, a través de la desaparición de los viejos profesores. Sin embargo, antes de promover el progreso de la ciencia al hacerlo, estos viejos profesores están en el cuadro y algunos de ellos deben mencionarse. Elijo a Roscher, que duró hasta 1894, Knies, Schäffle, Stein, a todos los cuales ya conocimos y todos ejercieron una influencia significativa.

No es necesario hablar más de Roscher. Karl Knies (1821-1898) fue sobre todo un gran maestro que hizo de Heidelberg un centro de estudio e investigación en el que se acogía y se hacía trabajar a los más diversos tipos. De sus muchas obras, mencionaré solo su interpretación principal *Geld und Credit* (1873-189). Albert Schäffle (1831-1903), el radical suabo; si viviera hoy y en los Estados Unidos, deberíamos caracterizarlo como New Dealer o incluso como Parlor Pink, ministro del gabinete austríaco (1871), y luego un estudiante que disfrutaba de letras. en su pequeña ciudad natal durante más de treinta años, tuvo menos oportunidades para la enseñanza pero ejerció una influencia formativa como escritor. Pero a menos que haya más en su ambiciosamente concebido *Bau und Leben des sozialen Körpers* (*1875-1875*) de lo que puedo encontrar en él, no se puede decir que el *análisis* económico le deba mucho. En su lugar se mencionarán sus obras en materia de impuestos. [La sección sobre impuestos en el cap. 6 no se completó, Ed.] Lorenz von Stein (1815-1890), el estudiante del socialismo francés, profesor en Viena, 1855-1888, se estableció como una autoridad en administración pública y finanzas públicas. Su libro de texto de economía es insignificante y lo menciono simplemente porque parece incongruente dejar fuera de escena a una figura sin duda brillante.

(c) Los Representantes.

Los nombres de los líderes académicos que surgen por primera vez en la mente, cuando se piensa en los economistas alemanes del período examinado, son por supuesto los que se han mencionado en el capítulo anterior, y en particular, Brentano, Bücher, Knapp, Schmoller, Sombart, etc. Wagner y M. Weber. Selecciono para ilustrar varios aspectos de la situación, Bortkiewicz, Diehl, Dietzel, Launhardt, Lexis, Philippovich y Schulze-Gaevernitz. Pero ahí debo detenerme. Muchos maestros exitosos, como Johannes Conrad, el amable mentor de muchos visitantes estadounidenses, o Gustav Cohn o Pohle o Held o el excelente Nasse o Herkner deben pasar por alto.

Del primer grupo, sólo Adolf Wagner (1835-1917) necesita comentarios adicionales. Ya lo conocemos como un líder en la lucha por la *Sozialpolitik* y un reformador —políticamente— conservador. Además, tiene en su haber un desempeño sustancial en el campo del dinero que se verá en el capítulo 8. Además, tendremos que notar su trabajo en las finanzas públicas (*Finanzwissenschaft* , 4 vols., 1877-1901). Sobre estos logros cabe esperar que descanse su reputación histórica. Ahora tenemos que considerarlo como un economista analítico en general. Se sintió a sí mismo como un "teórico" en el

sentido de que se oponía al historismo. Pero aunque de ninguna manera amigable con la escuela de Schmoller, enfatizó la relatividad histórica mediante su famosa, si no exactamente nueva, distinción entre las categorías 'histórico-legales' y 'económicas' (de instituciones, formas de comportamiento y procesos) que quizás sea innecesario explicarlo. Solía decir que Rodbertus y Schäffle eran los dos economistas de los que más había aprendido y siempre mostró un interés crítico por Ricardo, que para él siguió siendo 'el' teórico hasta el final. De la obra de su época absorbió significados superficiales, aunque extendió el reconocimiento a muchos economistas extranjeros, Marshall y Taussig en particular —en esa forma formal que significa tan poco— y recibió un reconocimiento similar, especialmente de Marshall, a cambio. Excepto siempre en el campo del dinero, su originalidad o incluso su competencia en economía analítica no pueden ser calificadas como altas. Sin embargo, su nombre vivirá mucho más tiempo que el de muchos analistas expertos. De sus voluminosas obras que están, en un grado casi intolerable, afectadas por la *rabia sistemática* , sólo sus *Principios* (*Grundlegung der politischen Oekonomie* , 1a ed., 1876) reemplazados por su empresa cooperativa, el *Handbook* (*Lehr- und Handbuch der politischen Oekonomie*) , es necesario mencionarlo aquí.

Nuestro segundo grupo se compone de material muy heterogéneo. Ladislaus von Bortkiewicz (1868-1931) fue un matemático y físico capacitado en [1400] y ocupa un lugar destacado como estadístico de la escuela Lexis. Como teórico, se le conoce principalmente como uno de los críticos más competentes de Marx [1401] y Böhm-Bawerk. Su inclinación esencialmente crítica le impidió producir, en lo que respecta a la teoría económica, cualquier trabajo creativo. Tampoco esto es todo. Su crítica era máxima cuando se dirigía hacia los detalles (en cierto sentido, era un cazador de comas) y no tenía ojo para los aspectos más amplios y los significados más profundos de un modelo teórico. Bortkiewicz se describió a sí mismo como marshalliano. Pero esto significaba nada más que le gustaban algunas de las características menos admirables y progresistas de los *Principios* de Marshall . Sin embargo, podría haber ejercido una influencia beneficiosa en Berlín si no se hubiera parado en un camino lateral —muy ensombrecido por Schmoller y Wagner— y si hubiera sido menos ineficaz como profesor.

Karl Diehl (1864-1943), por el contrario, no se quedó en un camino lateral: ocupó en Friburgo lo que fue, en parte antes que él y en parte debido a él, una de las cátedras de economía alemanas más destacadas. Y fue un maestro sumamente eficaz, no tanto en la sala de conferencias como en su seminario, que formó y estimuló a un gran número de alumnos. Tenía una inclinación fuertemente institucionalista, todo a favor de la relatividad histórica en particular. Pero esto no le impidió ser un auténtico 'teórico', es decir, un economista que no abandona la teoría cuando ha acabado con algunas filosofías y disputas sobre conceptos, pero que utiliza la teoría como instrumento para resolver problemas. Su teoría no era ni original, ni muy moderna, ni muy refinada —sus raíces estaban en los «clásicos» ingleses de [1402]—, pero era una teoría útil de todos modos, y en la situación existente significaba mucho.

Heinrich Dietzel (1857-1935), titular de otra importante cátedra (en Bonn), era un hombre de un sello diferente. También él fue principalmente un teórico y el superior de Diehl en lógica rigurosa. Pero fue menos eficaz como maestro, tanto por temperamento como por la singular esterilidad de su mensaje científico. Simplemente "clavó los dedos de los pies" y permaneció, intelectualmente, en la posición, la posición "clásica", que había alcanzado en su juventud. Aunque hizo un trabajo respetable en líneas 'clásicas' y contribuyó con un interesante volumen sobre teoría (*Theoretische Socialökonomik* ; método principalmente) a *Lehr-und Handbuch de* Wagner , no es probable que se lo recuerde excepto

por su controversia con Böhm-Bawerk.

Los casos de Wagner y Dietzel muestran que fue la naturaleza de la `` teoría " enseñada, más que la *Sozialpolitik* o el historismo, lo que explica lo que a primera vista parece un eclipse de trabajo analítico de este tipo que puede no significar mucho en sí mismo, pero parece ser necesario para vitalizar el resto. El caso de Wilhelm Lexis (1837-1914), el gran estadístico, muestra lo mismo desde un ángulo ligeramente diferente. Lexis realizó un trabajo de alto nivel en muchos campos, especialmente en cuestiones de política monetaria y comercio exterior. También fue prominente entre los críticos que atacaron el sistema marxista cuando salió el tercer volumen. Pero todos estos escritos muestran debilidades en el aspecto teórico que son sorprendentes en un hombre sin duda de un intelecto notablemente agudo. Sin embargo, su libro de texto resuelve el enigma: muestra de manera concluyente que no se interesó en absoluto en el trabajo de mejorar el aparato de análisis; habiendo crecido hasta la madurez en una atmósfera antiteórica, fracasó por completo en percibir las posibilidades científicas de las nuevas ideas que estaban surgiendo en su mediana edad. Dado que sus intereses puramente intelectuales estaban en todo caso en la teoría de la estadística, ni siquiera se molestó en utilizar las matemáticas —que no habría tenido que adquirir laboriosamente— al servicio de su economía.

No debemos en ningún caso omitir mencionar a Eugen von Philippovich (1858-1917), aunque tendremos que volver a mencionarlo para usar su famoso libro de texto como muestra representativa de lo que fue "el estudiante obtuvo". Fue uno de los más grandes maestros de la época, un hombre de talla intelectual, apasionadamente interesado en las cuestiones sociales y económicas de su tiempo, pero un pensador cuidadoso y abierto a todas las corrientes de la economía científica que estaban dentro de su alcance. Estas virtudes y, en particular, esta catolicidad de gusto científico lo convirtieron en un mediador ideal cuando se necesitaba urgentemente la mediación. Dio lo que les correspondía tanto a Schmoller como a Menger y todo lo que representaban; simpatizaba de todo corazón con la *Sozialpolitik* de tipo New-Deal, y aunque él mismo no era un hombre de 'teoría' (su propia investigación era totalmente de naturaleza 'práctica'), se aseguraba de que la cultura analítica no debería, dentro de la esfera de su influencia, caer al nivel cero. Mucho antes que los otros austriacos, se adaptó al espíritu de la economía alemana (fue profesor en Viena) y fue debido a su influencia, ejercida principalmente a través de su libro de texto, que la teoría de la utilidad marginal se filtró hasta los estudiantes alemanes.

Gerhart von Schulze-Gaevernitz (1864-1943) ilustra —en su mejor momento— otro tipo más. En lo que respecta a la economía técnica, difícilmente se puede llamar economista a este profesor de Friburgo. Pero era más: un filósofo social genuino, casi lo que me gustaría llamar un teólogo social, y al mismo tiempo un observador político al que no le faltaba realismo. Produjo así [1403] obras de amplio alcance que, cualquiera que sea nuestra opinión sobre su posición epistemológica, tienen su lugar, además de ser obras maestras de su género. Fueron escritos con un propósito: predicaron un mensaje social. Pero aunque esto es mucho, no es suficiente a menos que un buen técnico enseñe en la sala de al lado. Nunca parece haberse dado cuenta de que, si vamos a aplicar nuestra razón a los asuntos sociales e internacionales, no solo necesitamos visiones, ideales y hechos sociales, sino también, dado que no somos demonios laplacianos, ciertas técnicas, y él, sin saberlo, lesionó. sus alumnos, algunos de los cuales llegarían a la eminencia, al no impartirles el mínimo de ahorro de economía técnica (y, para este propósito, aprenderlo él mismo).

Incluso en la Inglaterra marshalliana, hubo Hobsons. Pero en Alemania y Austria, en una

situación como la que he estado tratando de describir con `` manchas de color '', donde la competencia integral de *todos* los economistas profesionales, y de ahí el nivel de crítica, no puede ser alta, Hobsons debe prosperar y liberarse. los economistas de lanza deben ser numerosos. Los hombres entrenados también, siendo el entrenamiento lo que era, a menudo se entregarían a una originalidad fuera de lugar que surge simplemente por no comprender o dominar el aparato existente de la ciencia. Incluso los hombres capaces pueden cometer errores atroces, malinterpretar los problemas, tomar sus errores por descubrimientos. En consecuencia, tenemos una larga lista de hombres que incluso alcanzaron el éxito en la profesión y ocuparon puestos considerables pero que son difíciles de caracterizar desde el punto de vista profesional. Mencionaré algunos de los escritores más eminentes de este tipo, pero no volveré a algunos de ellos: Effertz, Gottl, Liefmann, Oppenheimer y Spann. Tratar a tales hombres de esta manera implica el deber de decir por qué.

Este deber no se puede cumplir adecuadamente: se necesitaría un volumen. Solo puedo exponer mis razones, no establecerlas. Otto Effertz, que fue el único hombre en nuestra lista que no logró obtener una cátedra y era una figura trágica, produjo una obra, *Arbeit und Boden* (1890-1891), que en su forma final, que difiere considerablemente de la original. uno, se publicó en francés con el título *Les Antagonismes économiques* (1906). Por lo general, es el trabajo de un hombre capaz que no sabe cómo realizar su tarea. Mi razón para excluir a Effertz de mi informe posterior es que la eliminación de errores demostrables reduce su argumento a un lugar común. Para una opinión diferente, vea la introducción al volumen francés. Me temo que la única forma de apreciar al profesor F. von Gottl-Ottlilienfeld, que ocupó un lugar destacado y encontró muchos adeptos —o mi razón para excluirlo— es leerlo. [1404] Robert Liefmann (1874-1941) fue un economista de mérito, especialmente en cárteles. Nuestro problema está en su teoría (resumida, por ejemplo, en *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* , nueva ed., 1922), que presenta una característica interesante. Su principio fundamental de igualación de los rendimientos marginales en dinero (y la totalidad de su teoría "subjetiva" de los precios) no es (salvo deslices) nada más que una expresión particularmente inconveniente del contenido principal de la teoría austriaca. Pero después de haberlo descubierto de forma independiente, negó rotundamente cualquier afinidad, desperdició poderes que estaban muy por encima del promedio en la conducción de controversias y afirmó afirmaciones que nadie tomaría o podría tomar en serio. Las charlas sin sentido sobre cuestiones imaginarias como el "subjetivismo" y el "objetivismo" (o el "materialismo" y el "naturalismo") en la teoría de precios hicieron el resto. Su contribución neta a temas *relevantes para los propósitos de este libro* , y exceptuando su trabajo sobre cárteles, es cero. Franz Oppenheimer (1864-1943) fue un hombre de renombre, un destacado sionista, un sociólogo 'positivista' que no es probable que pierda su lugar en la historia de esa línea de pensamiento, un maestro poderoso que moldeó muchas mentes en crecimiento e hizo mucho mantener ondeando la bandera de la teoría económica mediante una animada controversia. Su actitud Henry-George hacia la propiedad privada de la tierra [1405] por sí sola no bastaría para que me negara a profundizar en sus doctrinas. La razón de este rechazo es que el caso de su aparato analítico (su teoría "objetiva" del precio) está más allá del remedio o, más bien, porque sólo hay un remedio para sus defectos, a saber, la formación en teoría. Pero no carecía de perspicacia y lanzó muchas buenas ideas. Entre otras cosas, vio el uso del concepto y acuñó la palabra Estática Comparada (ver más abajo, cap. 7, sec. 3). [1406] El profesor Othmar Spann, [1407] , cuya docencia en la Universidad de Viena (a partir de 1916) fue un gran éxito y que formó una verdadera escuela en nuestro sentido, ya se ha mencionado en

ocasiones anteriores. Aquí no se cuestiona ni su filosofía social ni su epistemología ni su sociología. Solo nos preocupa su teoría. Y esto fue completamente estéril de resultados. Es solo el uso de ciertas frases lo que distingue las obras sobre finanzas públicas o ciclos o cualesquiera otras que profesen aplicar esa teoría. 1408

5. Italia

El observador más benévolo no podría haber hecho ningún cumplido a la economía italiana a principios de la década de 1870; el observador más malévolo no podría haber negado que era insuperable en 1914. El componente más conspicuo de este logro verdaderamente asombroso fue sin duda el trabajo de Pareto y su escuela. Pero una vez más debe enfatizarse que las escuelas dominantes no dominan. La escuela de Pareto con sus aliados y simpatizantes nunca dominó la economía italiana más de lo que la escuela Ricardo dominó la economía inglesa o la escuela Schmoller la economía alemana. Lo realmente notable es, por el contrario, que, incluso independientemente de Pareto, la economía italiana alcanzó un alto nivel en una variedad de líneas y en todos los campos aplicados. Parte del excelente trabajo realizado especialmente en dinero y banca, finanzas públicas, socialismo y economía agrícola se notará más adelante, pero no se puede hacer que se destaque como debería. Ni siquiera las diversas corrientes de la economía general pueden obtener su merecido, y mucho menos las que se originaron en trabajos históricos o fácticos que en Italia realmente fertilizaron la economía general y no entraron en conflicto, como en Alemania, con la `` teoría '', el tipo de teoría general. economía que puede estar representada por la obra de Luigi Einaudi, aunque solo después de 1914 ascendió a una posición de liderazgo. Dividiremos nuestro boceto en tres partes, que inscribiremos respectivamente a los estadistas mayores, Pantaleoni y Pareto. Una figura interesante que se sale de nuestra imagen inevitablemente simplificada, Achille Loria, se nota en la nota a continuación. 1409

(a) Los ancianos estadistas.

Como ya se mencionó, el vigoroso renacimiento de la economía italiana a menudo se asocia con la enseñanza de Ferrara, Messedaglia, 1410 y Cossa. 1411 La conciencia sociológica nos obliga a enfatizar el hecho de que Italia seguramente revivirá su brillante tradición en el campo tan pronto como las circunstancias se vuelvan más favorables; que la unidad nacional provocó tales circunstancias y produjo además nuevos problemas y oportunidades nacionales; y que, aunque los medios mundanos de que disponía la economía italiana eran modestos, existía un gran número de cátedras mal pagadas. Sin embargo, estos hechos no restan mérito al mérito de estos grandes maestros y de quienes los seguirían. El elemento personal ocupa un lugar preponderante en la explicación del logro: un número inusual de hombres excepcionalmente capaces sin duda aprovechó al máximo estas oportunidades objetivas. El mérito particular de Cossa y Messedaglia fue enseñar *ciencia* y propagar el espíritu de la erudición, alejarse de las eternas disputas sobre política —laissez-faire versus *Sozialpolitik* en particular— y dejar que las nuevas generaciones descubrieran que había un trabajo serio. para acabar. Aunque solo tuvieron éxito en parte (¿quién podría haber hecho más?) Y aunque la vieja controversia continuó no solo sin disfraz, sino también bajo la apariencia de disputas aparentemente científicas sobre las `` leyes naturales '', no solo instigaron la investigación sino que también ayudaron a crear el atmósfera de investigación. Esta investigación, en lo que respecta a la economía general, sin duda partió de ejemplos extranjeros, en particular los ejemplos de las escuelas histórica y austriaca. Pero, tanto a través de la crítica como del trabajo original, se 'nacionalizó' rápidamente. Muchos hombres respondieron con éxito

al estímulo y cabe mencionar a muchos, como Supino o Ricca-Salerno, alumno de Cossa y maestro de Loria, Conigliani, Graziani. Pero debemos abstenernos.

(b) Pantaleoni. [1412]

Los *Principi di economia pura* (1889) servirán de hito. Austriaco o "austro-walrasiano" en los fundamentos, enriquecido por el aparato de Marshall de comercio exterior e interior (de sus panfletos impresos en privado de 1879), dio una importante pista para alejarnos de las cosas viejas y hacia las nuevas. En esto radica su importancia, porque aunque está brillantemente escrito — Edgeworth no se equivocó cuando lo llamó una "joya" y aún vale la pena leerlo, no hay nada completamente original en él. Las ideas originales de Pantaleoni se encuentran dispersas en sus papeles y direcciones. Por mencionar solo algunos, fue uno de los primeros teóricos en probar suerte en el tema de la fijación de precios (*prezzi politici*); contribuyó a la teoría de las combinaciones industriales (*sindacati*); jugó, no sin éxito, con el engañoso concepto de máxima satisfacción colectiva; escribió sugestivamente sobre el problema de la evaluación de activos en ausencia de precios; sobre todo, como reconocería Moore, fue el primer teórico en esbozar una teoría de las fluctuaciones endógenas. Nada de esto lo llevó muy lejos. Pero difundió sugerencias y ayudó a poner las cosas en marcha. E introdujo a Pareto en la obra de Walras.

Nuevamente, se deben mencionar muchos nombres aquí. Sin embargo, me limitaré a tres. El primero es Barone [1413] que comenzó a publicar a principios de la década de 1890. Fue el hombre que le mostró a Walras cómo prescindir de coeficientes de producción constantes; quien formuló los límites de la validez del análisis parcial de Marshall; que fue en algunos puntos más allá de Marshall y en otros (en la teoría de las finanzas públicas) más allá de Edgeworth; y, sin duda sobre la base de Pareto, bloqueó la teoría de una economía socialista de una manera en la que el trabajo de nuestro tiempo no ha mejorado sustancialmente. Solo la última actuación y su excelente libro de texto han recibido el reconocimiento adecuado. Pero lo hizo mejor que el segundo hombre al que voy a nombrar, GB Antonelli, cuya notable actuación no ha recibido ninguna atención. [1414] El tercer nombre a mencionar es el de Marco Fanno, [1415] cuya obra temprana pertenece a este período.

(c) Pareto.

Por fin nos acercamos a la eminencia que fue Pareto. Si seguimos a sus discípulos al hablar de una época Paretiana, deberíamos datarla alrededor de 1900, cuando comenzó a definir una posición y a formar una escuela propia, como señalamos anteriormente. Como todas las escuelas genuinas, ésta tenía un núcleo, aliados o simpatizantes, y una esfera de influencia extranjera. Muchos escritores se incluyen en cada uno de estos títulos. Pero si analizamos a los economistas italianos que, entonces o más tarde, alcanzaron reputación internacional, encontramos que los seguidores de la estricta observancia —los que formaron el "núcleo" - estaban en una pequeña minoría. Creo que los nombres de Amoroso, Bresciani-Turroni, Del Vecchio, Einaudi, Fanno, Gini, de Pietri-Tonelli, Ricci surgirán en la mente de todos los que conocen la situación científica de 1910-1940. De éstos, sólo Amoroso y de Pietri-Tonelli pertenecen al núcleo de la escuela Paretiana. [1416] Einaudi y sus alumnos permanecieron completamente apartados y en terreno propio. Y todos los demás eran a lo sumo "aliados o simpatizantes" en el sentido de que reconocieron la eminencia de Pareto, se dejaron influenciar por él en puntos individuales aunque sustancialmente siguieron su propio camino; tal vez la palabra "aliado" sea demasiado fuerte. Para evaluar la esfera de influencia internacional de Pareto, el lector debe distinguir cuatro cosas diferentes. Primero, la sociología de Pareto fue un éxito a nivel internacional y,

durante un corto tiempo en la década de 1930, creó la limitada moda de Pareto que ya hemos notado en los Estados Unidos. En segundo lugar, la famosa Ley de Pareto de la distribución (estadística) de los ingresos despertó mucho interés y críticas, en su mayoría hostiles, en todo el mundo. [1417] En tercer lugar, Pareto, como economista `` puro ", se convirtió en una figura familiar en Inglaterra y Estados Unidos cuando Allen y Hicks desarrollaron su teoría del valor (enfoque de la curva de indiferencia, véase más adelante, Apéndice del capítulo 7), otorgándole un generoso crédito. . Sin embargo, esto fue solo en la década de 1930. En cuarto lugar, el resto de la economía de Pareto permaneció prácticamente desconocido en los países germánicos, salvo algunas críticas adversas a su teoría del monopolio, especialmente en Alemania. Las cosas fueron más favorables para Pareto en Francia (pero no antes de finales de la década de 1920), donde Bousquet patrocinó sus doctrinas, y Divisia y Pirou las notaron. [1418]

El marqués Vilfredo Pareto (1848-1923), hijo de padre genovés y madre francesa, se formó (y durante su mejor época ejerció) como ingeniero. Esto significa más que eso, tuvo una buena formación en matemáticas. Su poderosa mente vagaba mucho más allá de los recintos de la ciencia aplicada hacia el reino de los conceptos puros que son perfectamente generales: pocas personas pueden haberse dado cuenta con tanta intensidad como él de que, en última instancia, todas las ciencias exactas o partes de las ciencias son fundamentalmente una. El interés temprano en la teoría económica se indica en un discurso en 1877 a la *Reale Accademia dei Giorgofili* [1419] sobre la *lógica* de las "nuevas escuelas económicas". Pero aún más obvio es un interés temprano en la política económica. Esto requiere comentario, porque la influencia legítima de Pareto se ha visto reducida por la aversión a su política de muchos de sus lectores: los miraba (en todo caso hasta que su sociología general, *Trattato di sociologia generale* , apareció en 1916) como un crítico acrítico. ultraliberal en el sentido del laissez-faire. Pero su liberalismo, económico y político, era de un tipo peculiar y tenía una raíz peculiar. Era un hombre de fuertes pasiones, pasiones del tipo que efectivamente impiden a un hombre ver más de un lado de una cuestión política o, en realidad, de una civilización. Esta disposición fue reforzada más que mitigada por su sólida educación clásica que hizo que el mundo antiguo fuera tan familiar para él como lo eran su propia Italia y Francia; el resto del mundo simplemente existía para él. Y, observando con furia apasionada los actos de los políticos en las democracias liberales italiana y francesa, se vio impulsado por la indignación y la desesperación a una actitud *antietatista* que, como demostraron los acontecimientos, no era realmente la suya. Agregue a esto el hecho de que al mismo tiempo fue (como Marx) un producto de la civilización que odiaba, y por lo tanto (también como Marx) un positivista y laicista, y comprenderá la superficie liberalista de sus escritos anteriores.

Tenía 45 años cuando dejó Italia y la práctica empresarial, habiendo aceptado la cátedra de Lausana que dejó vacante la jubilación de Walras. La salud indiferente y la adquisición por herencia de medios adecuados motivaron su propio retiro, a una edad comparativamente temprana, a Céligny en el lago de Ginebra, donde, en los casi veinte años de pensamiento y escritura asidua que todavía tenía por delante, estuvo en tiempo libre para llenar al máximo la medida de su genio y de sus ambiciones intelectuales. Allí se convirtió en el 'pensador solitario de Céligny', a quien se lo miraba, con algo parecido al asombro, como un antiguo sabio. Merece la pena señalar el hecho interesante de que tan gran influencia pudo haber sido ejercida por un hombre que vivía en un resuelto pero hospitalario aislamiento en una casa destartalada llena de gatos (de ahí Villa Angora) que entonces no era conveniente para visitar. [1420]

Si descartamos ahora su sociología y también la Ley de Pareto, la indudable grandeza de su actuación es tan difícil de definir como fáciles de indicar sus raíces. Ferrara y otros, Cournot entre ellos, pueden haber brindado sugerencias, pero su trabajo, tal como se formó en Lausana, donde por primera vez se dedicó plenamente a la economía analítica, está tan completamente enraizado en el sistema de Walras que mencionar otras influencias solo puede inducir a error. Para los no teóricos, esto muestra menos de lo que debería, porque la teoría de Pareto flota en una sociología, filosofía y metodología que no son simplemente diferentes sino diametralmente opuestas a las ideas de Walras. Pero como teoría pura, la de Pareto es walrasiana, tanto en el trabajo de base como en la mayoría de los detalles. Nadie negará esto, por supuesto, en lo que respecta al trabajo de Pareto hasta 1900 que se centra en la *Cours d'économie politique* (1896-187). Este es simplemente un brillante tratado walrasiano. Más tarde, Pareto descartó la teoría walrasiana del valor y basó la suya en el aparato de curvas de indiferencia inventado por Edgeworth y perfeccionado por Fisher. También revisó la teoría de la producción y la capitalización de Walras y se apartó de la enseñanza de este último en materia de dinero y otros, agregando varios desarrollos propios. El nuevo sistema se presentó en el *Manuale di economia politica* (1906), cuyo apéndice matemático se mejoró mucho en la versión francesa (*Manuel* , 1909). [1421] Pero incluso el *Manuel* —siempre despreciando la sociología— no es más que el trabajo de Walras terminado, como se puede comprobar al trazar los modelos exactos de ambos autores. Sin embargo, fue rehecho con tanta fuerza y brillantez como para convertirse en algo que merece ser llamado una nueva creación, aunque varias deducciones del logro están en orden: no hay puntos sin importancia en los que el sistema de Walras se mantuvo superior. El reconocimiento de la calidad de su creación no excusa la actitud menos que generosa de Pareto hacia la enseñanza de Walras, de la que se colocó a una distancia mayor de la realmente necesaria. [1422]

6. Países Bajos y países escandinavos

Dos hechos describen la situación científica en los Países Bajos que prevalecía al comienzo del período: un alto nivel de competencia y cultura en nuestro campo, basado en una vieja tradición que estaba siendo dignamente mantenida por hombres como Mees; y la ausencia de un impulso doméstico hacia la revolución científica. Los economistas holandeses estaban bastante por encima de cualquier "batalla de métodos", pero levemente afectados por el historismo o por cualquier otra de las nuevas tendencias de la época. Continuaron las discusiones habituales sobre socialismo, *Sozialpolitik* , dinero, libre comercio, pero en general las cosas estaban tranquilas. Por lo tanto, pudieron y quisieron aceptar las "nuevas teorías", en la edición austriaca en lugar de en las walrasianas o marshallianas simplemente porque la enseñanza de Menger estaba disponible, en una forma utilizable, antes que las demás. El destacado economista holandés de la época, Pierson, insertó esta enseñanza en la suya y fundó en [1423] una escuela que, apoyada por líderes como Verrijn Stuart y de Vries, duró hasta bien entrada la década de 1920, cuando asimiló las nuevas tendencias sin ningún quiebre violento. [1424]

Podríamos repetir todo esto, con muy pocos cambios, para los países escandinavos, que para nuestros propósitos pueden tomarse como una unidad. Pero me limitaré a mencionar los nombres de Birck (Copenhague), Davidson (Uppsala) y Cassel [1425] (Estocolmo), y luego me apresuraré al mariscal nórdico, Wicksell, cuyo trabajo fue uno de los factores más importantes en el surgimiento del economía de nuestro tiempo, y no solo en Suecia.

Ningún intelecto más fino y ningún carácter superior han agraciado nuestro campo. Si la

profundidad y originalidad de su pensamiento no se destacan más claramente que ellos, es solo por su adorable modestia, que lo llevó a presentar la novedad, semidudazmente, como pequeñas sugerencias para la mejora de los aparatos existentes, ya su admirable honestidad, que apuntaba incesantemente a sus predecesores, Walras, Menger y Böhm-Bawerk, aunque, con mucha más justificación que otros, podría haber presentado su sistema de análisis como sustancialmente su propia creación.

Knut Wicksell (1851-1926), como Marshall, fue un matemático capacitado. También fue, para su época, un radical que supo meterse en líos, pero que nunca aprendió a sacrificar a sus emociones lo que creía que era la verdad científica. En este sentido, no se diferenciaba de JS Mill, quien debe figurar entre las influencias formativas que actuaron sobre la obra de Wicksell y con quien en particular compartió un neomalthusianismo casi apasionado. 1426 Salvo esta calificación, su vida puede describirse como la de un erudito tranquilo y retirado. Obtuvo una cátedra de profesor (Lund) sólo al final de su vida y la ocupó durante un período relativamente corto de años. Sin embargo, su influencia se extendió, en virtud de su propio impulso, particularmente después de su retiro, cuando participó en las discusiones actuales de manera más activa que antes. Tuvo muchos alumnos de muy alta calidad. Prácticamente todos los economistas suecos y noruegos conocidos de hoy son, más o menos, sus alumnos. Su reputación internacional, sin embargo, no estuvo a la altura de sus logros hasta que, a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, comenzó a darse cuenta en el mundo profesional de que había anticipado, en gran medida, todo lo que era más valioso en el mundo moderno. trabajar con dinero e intereses. Esta parte de su trabajo será considerada más adelante, al igual que su trabajo sobre tributación. En este y en los dos capítulos siguientes nos ocupamos principalmente de su desempeño en la "teoría general". Se llama la atención sobre la biografía estándar, que analiza cuidadosamente el trabajo de Wicksell, del profesor Emil Sommarin, desafortunadamente no disponible en inglés ('Das Lebenswerk von Knut Wicksell,' *Zeitschrift für Nationalökonomie* , octubre de 1930).

Su primera publicación sobre teoría económica, *Über Wert, Kapital und Rente* (1893, London School Reprint, 1933) es obra de un hombre maduro de 42 años y contiene el esqueleto del primer volumen de sus *Lectures* (1901; edición alemana, 1913). ; Ed. En inglés, con una excelente introducción del profesor Robbins y dos importantes apéndices, 1934). El volumen I de las *Conferencias* incorpora la mayor parte de sus contribuciones en ese campo, aunque varios artículos (por ejemplo, su último trabajo, el artículo sobre la teoría del interés ('Zur Zinstheorie') en *Die Wirtschaftstheorie der Gegenwart* , ed. H. Mayer, III, 1928) debería añadirse. No se ofrecerá ninguna guía para el lector: ningún estudiante de economía ha completado su formación que no haya leído la totalidad de este volumen, aunque la primera parte es elemental y, para nosotros, valiosa principalmente con el propósito de disipar ideas erróneas, antiguas y nuevas, sobre la teoría de la utilidad y el "marginalismo" en general. Las principales contribuciones originales se señalan en la introducción del profesor Robbins.

7. Estados Unidos

Los antecedentes del desempeño individual en los Estados Unidos desde aproximadamente 1870 hasta 1914 se describen adecuadamente mediante los siguientes hechos familiares. Durante ese período, la profesión económica estadounidense se estableció tanto a nivel nacional como internacional. Adquirió una posición definida en las universidades y en el país, una organización y toda

la parafernalia de un departamento establecido de conocimiento científico; y llegó a ser cada vez más reconocido por las demás profesiones nacionales. También la economía estadounidense se graduó cada vez más como un profesor. Pero, comenzando desde cerca de cero en 1870, estos desarrollos continuaron a tal ritmo que el crecimiento del personal plenamente competente quedó a la zaga de las oportunidades que se abrieron. Muchos de los hombres que ingresaron a la nueva profesión prácticamente no estaban capacitados; y abordaron sus actividades profesionales con la mente llena de ideas preconcebidas que no estaban dispuestos a pasar por ningún molino analítico; incluso el espíritu del viejo movimiento de las ciencias sociales siguió reafirmándose y tuvo mucho que ver con el éxito del institucionalismo. También las simpatías con el populismo que muchos economistas abrigaban. Otros, al no encontrar en el país lo que querían, continuaron confiando en las ideas y métodos europeos, aunque ya no exclusivamente en los ingleses; la peregrinación a Alemania, en particular, se convirtió para quienes podían permitírselo casi un incidente regular de su carrera, algo como la gira de los caballeros de antaño. Cuando se conocieron, después de haber encontrado su orientación individual, tuvieron dificultades para entenderse y para ubicar, y mucho menos apreciar, los puntos de vista de los demás. Por tanto, el desacuerdo se debió en gran parte a un malentendido. Sorprendentemente, se encontraron niveles intelectuales diferentes, no solo en lo que respecta al aparato científico, uno al lado del otro, ya que no había uniformidad ni en la formación profesional ni en la educación general. Durante un período considerable de tiempo, no hubo estándares profesionales reconocidos y no siempre se garantizó una enseñanza competente. La mayoría estaba en su mejor momento cuando trabajaba en algún problema fáctico de interés nacional, que aprendió a dominar a fondo, y fue en este tipo de esfuerzo donde se produjeron los primeros éxitos. Pero desde el principio, la "teoría" fue impopular entre la mayoría y probablemente suscitaría oposición con bastante independencia del refuerzo de la influencia alemana, y mucho antes de que esta oposición fuera racionalizada y expresada. Todo esto tenía sus ventajas y desventajas obvias. Además, todo se enderezó con el tiempo, a través de una lucha larga, ardua, derrochadora, pero no sin gloria.

La mejor manera de recordar al lector una serie de figuras que, salvo una o dos excepciones, le resultarán familiares, será adoptar un esquema similar al que nos ha servido antes. Primero (a) echaremos un vistazo a algunos de los hombres que ayudaron a preparar el terreno para los acontecimientos a partir de la década de 1890. No corresponden exactamente a lo que antes hemos llamado los 'estadistas ancianos'. Eran simplemente buenos economistas y buenos profesores que, tanto antes como después de que comenzaran esos desarrollos, defendieron el pensamiento recto y fueron fundamentales para elevar los estándares en general. Entonces (b) formaremos un grupo de Clark, Fisher y Taussig. Y (c) combinaremos en un grupo final algunos hombres representativos cuyos nombres, de una forma u otra, necesitamos con el propósito de orientación general.

Pero no podemos permitirnos pasar por alto al economista cuyo éxito individual con el público fue mayor que el de todos los demás en nuestra lista, Henry George. [1427] Los puntos sobre él que son relevantes para una historia del análisis son estos. Era un economista autodidacta, pero *era* economista. A lo largo de su vida, adquirió la mayor parte de los conocimientos y de la capacidad para manejar un argumento económico que podría haber adquirido mediante la formación académica de entonces. En esto se diferenciaba a su favor de la mayoría de los hombres que le ofrecían panaceas. Salvo su panacea (el Impuesto Único) y la fraseología relacionada con él, era un economista muy ortodoxo y extremadamente conservador en cuanto a métodos. Eran los de los "clásicos" ingleses, siendo A. Smith

su favorito en particular. Marshall y Böhm-Bawerk no entendió. Pero hasta el tratado de Mill inclusive, se sentía completamente familiarizado con la economía científica; y no compartía ninguno de los malentendidos o prejuicios actuales al respecto. Incluso la panacea —la nacionalización no de la tierra sino de la renta de la tierra mediante un impuesto confiscatorio— se benefició de su competencia como economista, pues tuvo cuidado de formular su 'remedio' de tal manera que causara el mínimo daño a la eficiencia. de la economía de la empresa privada. Los economistas profesionales que centraron la atención en la propuesta del impuesto único y condenaron la enseñanza de Henry George, de raíz y de rama, no eran justos para él. La propuesta en sí, uno de los muchos descendientes del *impôt único* de Quesnay , aunque viciada por la asociación con la insostenible teoría de que el fenómeno de la pobreza se debe enteramente a la absorción de todos los excedentes 1428 por la renta de la tierra, no es *económicamente* errónea, excepto en que implica un optimismo injustificado con respecto a la rentabilidad de tal impuesto. En cualquier caso, no debe considerarse una tontería. Si la visión de Ricardo sobre la evolución económica hubiera sido correcta, incluso habría sido una sabiduría obvia. Y la sabiduría obvia es de hecho lo que dijo George en *Progreso y pobreza* (cap. 1, Libro IX) acerca de los efectos económicos que se pueden esperar de la eliminación de las cargas fiscales, si tal eliminación fuera factible.

[(a) Los hombres que prepararon el terreno.]

El trabajo y los servicios de los hombres en el primero de nuestros grupos se ilustrarán con los nombres de Dunbar, Hadley, Newcomb, Sumner, Walker y Wells.

Charles F. Dunbar (1830-1900) no fue producto del invernadero académico. Su carrera muy estadounidense, estadounidense en un sentido que ahora es solo una reminiscencia, lo llevó a través de los negocios, la agricultura, el derecho, el periodismo y la administración de periódicos a la primera cátedra (regular) de economía en Harvard, además de una participación vigorosa en la administración universitaria y una actividad de gran éxito. en la cátedra editorial del *Quarterly Journal of Economics* , que fundó en 1886. No podemos esperar que haya realizado una investigación creativa. ¿Cómo es entonces que ninguna historia de la economía estadounidense podría estar completa sin mencionarlo y qué pueden obtener los estudiantes de él? Ambas preguntas pueden responderse simultáneamente: conocía el tema de la economía por experiencia de primera mano; su mente era clara y penetrante; sus escritos pueden no haber sido "eruditos" en el sentido más estricto, pero cualquier erudito podría haber aprendido de ellos (y todavía puede); 1429 su capacidad administrativa le permitió organizar los estudios en nuestro campo de manera que se aprovecharan las oportunidades entonces existentes; y, después de todo, los elementos esenciales del aparato científico de esa época no eran tan complicados como para que un hombre capaz —una mente que sabía intuitivamente qué es qué— no los hubiera dominado en muy poco tiempo. Y así, aunque no fue un gran economista en el sentido apropiado para este libro, fue un gran economista a los ojos de Dios.

Arthur T. Hadley (1856-1930) fue más un hombre puramente académico, aunque también fue más un administrador que un maestro o un erudito. El trabajo por el que se menciona aquí es su *Economía* . . . (1896). El lector debería realmente mirarlo. Encontrará un núcleo de teoría no muy refinada, pero eminentemente útil y realista, incrustada en una presentación contundente del marco institucional (muchas políticas y políticas), lo ideal para una introducción completa en un nivel respetable, y glorificado, como parece haber sido su enseñanza en general, por el don de la feliz formulación. ¿Quién puede superar, en ese nivel, su definición de costos crecientes y decrecientes?

Tiene un costo creciente si un productor fija un precio al que está dispuesto a vender una cantidad determinada o menos, y costos decrecientes si está dispuesto a vender a ese precio una cantidad determinada *o más* .

Simon Newcomb (1835-1909) fue un eminente astrónomo que también enseñó y escribió sobre economía, pero no lo suficiente como para adquirir la influencia que merecía. Se le recuerda principalmente como un hombre de dinero sólido y un ultra laissez-faire, pero su nombre se encuentra aquí debido a sus *Principios de economía política* (1885), el desempeño sobresaliente de la economía general estadounidense en la época anterior a Clark-Fisher-Taussig. . No había "llegado" al nivel de Jevons-Menger-Walras y su análisis fue sustancialmente "clásico". Pero su presentación fue magistral y altamente sugerente, original también en varios puntos. Pero entre estos puntos *no* está la Ecuación de Intercambio que Fisher le atribuyó; esto no era más que una formulación de lo que entonces era una vieja historia.

William G. Sumner (1840-1910), un hombre completamente académico y también un dinero sólido, laissez-faire ultra, [1430] fue para el resto un tipo de persona diferente. Fue un sociólogo eminente (su análisis de las 'costumbres populares' fue una contribución extremadamente fértil) y su trabajo histórico sobre el dinero y las finanzas se ubica entre los mejores desempeños de la economía estadounidense. [1431] Pero no es por eso que se le menciona aquí. Además de todo eso, fue un maestro poderoso y estimulante de amplios horizontes —¡él, el historiador y sociólogo, llamó la atención de Irving Fisher sobre las posibilidades de *la* teoría *matemática* ! - quien, desde su cátedra en Yale, difundió el mensaje de altos estándares. de beca.

Francis Amasa Walker (1840–1897), hijo de Amasa, fue, como Dunbar y Hadley, principalmente un administrador (Instituto de Tecnología de Massachusetts). También fue, durante un tiempo, un auténtico soldado y un funcionario de distinción (rentas, censo). Pero su infatigable industria le permitió ganarse una gran reputación como académico. Esta reputación se basa principalmente en su trabajo en moneda y política monetaria (ver más abajo el capítulo 8), pero también tuvo un desempeño digno de crédito en el campo de la economía general. [1432] Era el tipo de hombre que no puede tocar nada sin mejorarlo, y sus muchas actividades lo llevaron a un primer plano; entre otras cosas, fue el primer presidente de la American Economic Association, un presidente de la American Statistical Association, copresidente (o presidente "asistente") del Institut International de Statistique. Como economista científico, obtuvo más de lo que le correspondía tanto en su época como en el registro histórico. En particular, sus propias contribuciones a la teoría económica (teoría de los salarios del reclamante residual, énfasis en el papel del empresario, crítica de la teoría del fondo de salarios) recibieron quizás más atención de la que habrían recibido si las hubiera hecho un hombre menos prominente. Pero digo esto para proteger la memoria de los demás —y la posición histórica de la economía estadounidense de esa época— y no para descartar los servicios de un hombre cuyo nombre ciertamente merece vivir para siempre en la historia de nuestro tema.

David A. Wells (1828-1898) ya nos conocemos. Se lo menciona nuevamente para impresionar en la mente del lector lo importante que fue el componente fáctico en la totalidad de la investigación estadounidense, también en la elaboración de la economía general estadounidense. Su famoso *Cambios económicos recientes* (1889), que todo estudiante moderno de economía debería estudiar, ilustra admirablemente lo que quiero decir. Wells se erige aquí como representante de una gran clase. Carroll D. Wright (1840-1909) habría sido casi igualmente bueno. Pero este boceto no debe degenerar en un

catálogo.
[(b) Clark, Fisher y Taussig.]

No puede haber mucha diferencia de opinión, ya sea entre partidarios u oponentes, acerca de las posiciones reales en la economía estadounidense sostenidas por Clark y Taussig en la primera década de este siglo, aunque puede haber sobre la posición de Fisher en ese momento. La dificultad consiste en valorar sus posiciones en la *historia* de esa economía. Los tres hombres fueron moldeados en moldes muy diferentes. Todo lo que tienen en común es la eminencia y el hecho de que todos eran economistas académicos de pura raza. Quizás, sin embargo, también haya algo más. Los tres se destacaron como economistas en el sentido técnico; por lo demás, aceptaban sin cuestionar los grandes lugares comunes de su tiempo y país: eran los tres típicamente *animae candidae americanae* . Pero ni siquiera sus detractores negarán que, por más ayudados que hayan sido los tiempos, fueron para el mundo en general "los" grandes economistas estadounidenses de ese período.

John Bates Clark (1847-1938), último de los pretendientes del descubrimiento independiente del principio del análisis marginal y artífice de una de sus estructuras teóricas más significativas, no conquistó un púlpito adecuado hasta 1895, cuando fue llamado a Columbia. Allí permaneció hasta su jubilación (1923), y allí fue testigo de la moda de su enseñanza que se puede decir que duró desde 1895 hasta 1910. Pero los elementos fundamentales de su sistema teórico se elaboraron antes, principalmente, creo, durante la década de 1880, aunque algunos parecen haber surgido en su mente a principios de la década de 1870 antes de su visita a Europa. En parte, esto se muestra en los artículos que publicó en la década de 1880, que, si el espacio lo permitiera, podría mostrarse para mostrar las etapas del desarrollo de su pensamiento de una manera muy interesante. También corroboran la afirmación aludida porque revelan su propia ruta individual hacia la distribución marginal de la productividad: lo que hizo fue darle la vuelta a la teoría 'ricardiana' de la renta, que con Ricardo no tenía otra función que eliminar la renta del problema de precios haciendo se trataba de un excedente intramarginal, en un principio que era de aplicación general a todo tipo de rendimientos competitivos ("ley de las tres rentas") *sin volverse tautológico en el proceso* : la utilidad marginal (y la desutilidad) entraba naturalmente en esta ruta. A pesar de la prioridad de Thünen, por un lado, y de Jevons, Menger y Walras, por otro, este fue un logro de primer orden de importancia y, por lo que podemos agregar ahora, de originalidad subjetiva. Tampoco era el único. Aparte de su teoría del capital (véase más adelante, capítulo 6, sección 2c), dio un gran paso hacia una teoría satisfactoria de la función del empresario y la ganancia del empresario y, en relación con esto, otro gran paso hacia esa aclaración de todos los problemas económicos que deben resultar de una clara distinción entre estados estacionarios y evolutivos. De hecho, identificó esto con la distinción entre estática y dinámica. Pero esto no importaba mucho. Vio los puntos esenciales involucrados en la construcción del modelo de un estado estacionario y creó, con el propósito de describir sus propiedades, el concepto de Sincronización. Llamarlo simplemente el maestro del marginalismo estadounidense, por lo tanto, significa un fracaso en captar la totalidad de su mensaje analítico. Si su logro no alcanzó a los de Böhm-Bawerk, Marshall y Walras en algunos aspectos, se elevó por encima de los de ellos en otros. [1433]

Pero es como maestro del marginalismo estadounidense que fue y es principalmente conocido por la profesión estadounidense y por el mundo. [1434] Es de suponer que el lector ha oído hablar con tanta frecuencia de la escuela Clark o de la escuela marginalista que puede sorprenderse de la dificultad que experimente al adoptar esta frase. Todos los economistas estadounidenses y muchos extranjeros

que estaban interesados en la teoría económica fueron, por supuesto, muy influenciados por Clark y aprendieron de él. No hay duda acerca de esto. El círculo de "aliados y simpatizantes" era extremadamente grande, y ciertamente había una "esfera de influencia extranjera". Pero el alcance exacto de su influencia es difícil de determinar porque, en lo que respecta a su teoría de la distribución, esta influencia está indisolublemente mezclada con las influencias de todos los demás constructores de sistemas similares. Incluso en los Estados Unidos, uno tiene que mirar muy de cerca a un autor —por ejemplo, sus gestos teóricos— para asegurarse de que obtuvo su teoría de la productividad marginal de Clark o de Marshall o de los austriacos. Más importante aún, no había un "núcleo" claramente discernible en el sentido en que había un núcleo formado por discípulos jurados como Ricardo o Marshall. Los tratados estrictamente Clarkianos son tan raros como los tratados que muestran la influencia de Clark son numerosos. Entre los escritos teóricos de importancia, el que más se acerca al desarrollo de la doctrina *clarkiana* es el de Carver, [1435] , pero, salvo los libros de texto, no conozco ningún otro.

Sin embargo, el marginalismo pronto se consideró la insignia de una escuela distinta. Y no solo eso: incluso adquirió una connotación política, convirtiéndose, a los ojos de algunos, en un monstruo reaccionario que estaba listo para defender el capitalismo y sabotear la reforma social. En lógica, esto no tiene ningún sentido. El principio marginal per se es una herramienta de análisis, cuyo uso se impone tan pronto como el análisis alcanza la mayoría de edad. Marx lo habría utilizado como algo natural si hubiera nacido cincuenta años después. No puede servir más para caracterizar una escuela de economía de lo que el uso del cálculo puede servir para caracterizar una escuela o grupo científico en matemáticas o física. Hasta el día de hoy, el mismo uso del término marginalismo es indicativo de concepciones erróneas de la naturaleza del principio. *A fortiori* , no puede tener ninguna relación con la política o la filosofía social: esto se entiende perfectamente en Inglaterra, donde ningún radical o socialista se ofende por ello. Sólo la interpretación política o ética que se da a los resultados del análisis marginal puede tener tal influencia. Y, como se ha señalado antes, Clark no estaba libre de culpa. Por supuesto, estaba en su derecho cuando, en un libro sobre *Filosofía de la riqueza* , expuso sus evaluaciones éticas, aunque eran de un tipo que tiende a poner de los nervios radicales. Pero fue más allá y afirmó que la distribución de acuerdo con la "ley" de la productividad marginal es "justa". Y esto, a los ojos de una profesión, la gran mayoría de la cual no tomaba bien la teoría en ningún caso, creó una asociación entre el 'marginalismo clarkiano' y la apologética capitalista ante el hecho refutante de que este 'marginalismo', salvo diferencias en la técnica, juega exactamente el mismo papel que jugó con Clark en el razonamiento de los economistas científicos de persuasión socialista, como los profesores Lange y Lerner. [1436]

Frank William Taussig (1859-1940), a quien consideraremos a continuación, debe sufrir aún más que Clark o Fisher por mi incapacidad para dibujar, dentro del espacio disponible, cuadros completos de individuos como tales. Saltó a la fama más tarde que Clark, y su influencia seguía aumentando cuando, en 1917, aceptó la presidencia de la recién creada Comisión de Tarifas y, durante la guerra, varias otras funciones públicas de las que regresó con mayor reputación y autoridad. Salvo esta interrupción, fue profesor en Harvard durante toda su vida adulta y, sin duda, uno de los más grandes profesores de economía que jamás haya existido. Su enseñanza en el aula, sus consejos de guía y, por último, pero no menos importante, su ejemplo formó innumerables mentes jóvenes y ningún hombre tuvo más que ver con el aumento constante de los estándares a lo largo del período que él. Sin

embargo, excepto en el campo del comercio internacional, no formó una escuela en nuestro sentido. Midiendo por horas de trabajo, su investigación fue principalmente fáctica: en particular, fue la gran autoridad del país en comercio internacional y especialmente en aranceles. Incluso en este campo, los hechos vinieron primero —publicaciones anteriores sobre el tema que se convirtieron en su clásico *Tariff History of the United States* (1888) —y la teoría vino después (*International Trade* , 1927), aunque era un maestro en el arte de soldar factuales y análisis teórico. También desarrolló un interés por la sociología económica que produjo importantes resultados. Sus *Inventors and Money Makers* (1915) y sus *American Business Leaders* (en colaboración con CS Joslyn, 1932) son los principales ejemplos. Las raíces de su teoría se encuentran en Ricardo y en Böhm-Bawerk, cuyas influencias se manifiestan claramente en su aventura teórica más ambiciosa, *Wages and Capital* (1896; London School Reprint, 1932). Formado por una tradición más antigua, mostró una curiosa resistencia a las doctrinas más nuevas —excepto la teoría del capital de Böhm-Bawerk—, razón por la cual, de todos sus exponentes, Marshall le atrajo más. Pero esta resistencia se desvaneció y al final no quedó nada de ella, salvo ciertas reservas formales que no son del todo distintas a las de Marshall. Un punto de inflexión lo indican sus 'Outlines of a Theory of Wages' (*Proceedings of the American Economic Association* , abril de 1910) que abrazó francamente el análisis marginal. Sin duda, pueden surgir críticas, desde un punto de vista técnico, contra la economía general que enseñó, y algunas de ellas son válidas incluso *ex visu* de 1900. Pero fue más que un teórico, historiador y sociólogo económico. Sobre todo, fue un gran economista. La primera edición de sus *Principles of Economics* (1911) nos ayudará a evaluar "lo que obtuvieron los estudiantes" en ese momento. [1437]

Irving Fisher (1867-1947) fue un hombre de Yale desde el principio hasta el final: una de las dos estrellas de primera magnitud que glorifican el registro científico de Yale, siendo el otro Willard Gibbs, el gran físico. Era matemático de formación e incluso enseñó astronomía durante un año. Descuidamos todas aquellas de sus actividades científicas o propagandistas (templanza, eugenesia, higiene y otras) que nada tienen que ver con el análisis económico y, por el momento, también sus escritos sobre dinero y ciclos, que se notarán en el último capítulo. de esta parte. Además, no podemos entrar en sus considerables contribuciones a la teoría de la estadística (números índice, rezagos distribuidos, [1438] y otros) más allá de enfatizar que para él el método estadístico era parte de la *teoría* económica y ya no era un mero complemento de ella; en otras palabras, que él era esencialmente un econométrico que estaba en la línea de Petty y Quesnay. Las siguientes observaciones deben limitarse a sus tres trabajos principales en teoría general. La primera, su tesis, *Investigaciones matemáticas en la teoría del valor y los precios* (1892, reimpresión de 1926), es una presentación magistral de los fundamentos walrasianos. A esto, sin embargo, Fisher agregó (al menos en [1439]) dos contribuciones de importancia y originalidad de primera clase: indicó un método para medir la utilidad marginal de la renta (que desarrolló más tarde en su artículo publicado en *Economic Essays Contributed in Honor of John Bates Clark* , 1927) y en la segunda parte de las *Investigaciones Matemáticas* , donde trató (como había hecho Edgeworth) la utilidad de cada mercancía en función de las cantidades de todas las mercancías, desarrolló los fundamentos del análisis de la curva de indiferencia. El segundo, su *Nature of Capital and Income* (1906), que fue muy admirado por Pareto, además de presentar la primera teoría económica de la contabilidad, es (o debería ser) la base del análisis moderno del ingreso. [1440] En el tercero, *The Rate of Interest* (1907, renovado y reeditado en 1930 como *The Theory of Interest*), [1441] su generoso reconocimiento de las prioridades de Rae y Böhm-Bawerk no permitió la poderosa

originalidad de su propio rendimiento para destacarse como debería. La teoría del interés de la "impaciencia" no es más que un elemento de ella. Mucho mejor hubiera sido interpretado su naturaleza por un título como: *Otra teoría del proceso capitalista* . Entre las muchas novedades de detalle, la introducción del concepto de eficiencia marginal del capital (lo llamó tasa marginal de rendimiento sobre el costo) merece una atención particular. [1442]

Esto, junto con el trabajo de Fisher en los campos del dinero y los ciclos, respaldará la afirmación de que algún futuro historiador bien podría considerar a Fisher como el más grande de los economistas científicos estadounidenses hasta nuestros días. Pero esta no era la opinión de sus contemporáneos. En la profesión y en el mundo en general, Fisher, en lo que respecta al período objeto de estudio, no fue ampliamente reconocido hasta que se convirtió en el pescador del "dólar compensado", que a la mayoría de la gente no le gustaba. Incluso más tarde fue "dinero estable" y "reserva del 100 por ciento contra depósitos", y así desvió la atención de su trabajo genuinamente científico. En estos y otros asuntos, Fisher, un reformador del más alto y más puro tipo, nunca contó los costos —incluso los costos de dolor más intensos que consisten en ser considerado como un chiflado— y su fama como científico sufrió en consecuencia. Además, la naturaleza misma de su logro no contribuyó al éxito rápido. Las *Investigaciones Matemáticas* pasaron prácticamente desapercibidas, por supuesto, y sólo se hicieron realidad cuando los contenidos ya no tenían ningún interés excepto el histórico. La mayoría de la gente consideraba el contenido de *Capital e Ingresos* como trivialidades elaboradas. *A la Tasa de Interés* le fue mejor, a nivel nacional e internacional, pero es dudoso que transmitiera su mensaje plenamente antes de la reformulación publicada en 1930.

[(c) Algunas figuras más destacadas.]

La profesión económica no le recuerda tanto al forastero como a la Torre de Babel. Sin embargo, en cierta medida ya hemos visto, y en mayor medida veremos en el próximo capítulo, que esta impresión, en una inspección más cercana del paisaje, no sólo es más fácil de explicar sino también menos justificada de lo que parece. En esta subsección llevaremos nuestro trabajo de descripción un poco más lejos mencionando algunas figuras destacadas más que se destacan, aquí y allá, de las divisiones del ejército cada vez mayor de economistas de los Estados Unidos que era entonces, como ahora, surgiendo en aparente desorden. Se pide al lector una vez más que tenga en cuenta que hemos notado a los hombres en el movimiento institucionalista [1443] en el capítulo anterior (Veblen y Commons en particular) y que algunos hombres más serán mencionados en nuestra revisión del trabajo de la época en aplicada. campos. [1444] Pero también se le pide que recuerde que el punto de vista apropiado a nuestro propósito excluye o empuja a un segundo plano a los hombres cuyos servicios fueron invaluables para la profesión y para sus estudiantes si no hicieron el tipo de trabajo que importa aquí, lo que significa principalmente, si no contribuyeron al desarrollo de nuestro aparato de análisis ni demostraron ser maestros en su uso. Ejemplifico con los honorables nombres de Henry C. Adams, Ely, Hollander, Laughlin, Seager y Seligman. [1445]

En una de esas divisiones que de hecho hizo mucho por crear, el profesor Frank A. Fetter (1863-1949) ascendió a una posición de liderazgo en la primera década de este siglo. Fue principalmente, aunque no exclusivamente, un teórico, un hombre de progreso científico y no amigo de las supervivencias teóricas. A veces se le ha clasificado como "austriaco", pero esto no es del todo correcto. Es cierto que en ese momento todo esfuerzo teórico serio tenía que partir de las bases establecidas por Jevons, Menger y Walras y que los no matemáticos preferirían la versión de Menger a

las otras dos. También es cierto que Marshall no le agradaba, precisamente debido a los intentos de este último de preservar reliquias pasadas de moda, un sentimiento que quizás era correspondido. Pero todo esto no es suficiente para convertir a un hombre en seguidor de Menger. Sobre esa base, Fetter erigió un edificio que era suyo, tanto en su conjunto como en muchos puntos de detalle, como la teoría de la "renta psíquica". La influencia vivificante sobre el interés de la profesión estadounidense por la teoría de sus hazañas críticas no puede evaluarse demasiado. [1446]

Fred M. Taylor (1855-1932) es otro nombre que nos viene a la mente siempre que nos sentimos capaces de reunir la suficiente complacencia como para felicitarnos por el nivel actual de análisis económico en el país. Fue eminentemente un maestro de teoría económica —hasta las minucias del razonamiento teórico— y formó muchísimas mentes, entre ellas las de algunos de los economistas más destacados de la actualidad: hay una escuela de Taylor, aunque no en la de un solo maestro. sentido de la doctrina. Su propio trabajo se desarrolló a partir de su enseñanza y se convirtió en él, y dudaba mucho sobre la publicación. Pero cuando finalmente apareció, sus *Principles of Economics* (1911; 9ª ed., 1925) fue un gran éxito. Aunque técnicamente está abierto a muchas objeciones, me pregunto si los estudiantes modernos no harían bien en refrescarse sumergiéndose en el mundo de problemas de Taylor, que por supuesto, como los problemas de la mayoría de los teóricos de esa época, parecen ahora muy remotos. . La contribución muy significativa de Taylor a la teoría de la economía socialista se notará en otra parte.

A medida que el período se acercaba a su fin, el teórico no matemático se vio enfrentado a una tarea cada vez más difícil. Esta era la situación de Taylor y la principal fuente de sus deficiencias. Lo mismo se aplica a Herbert J. Davenport (1861-1931). Si queremos evaluar la posición histórica y los servicios de estos hombres y otros como ellos, no debemos aplicar los estándares modernos de rigor, porque en ese momento había una excusa válida para aquellos que no tenían una concepción de las cosas que ahora parecen elementales: tales como continuidad, cantidades incrementales, determinación, estabilidad, etc. En consecuencia, por un lado lucharon con dificultades que ahora parecen imaginarias y, por otro lado, no vieron los problemas que nos molestan. [1447] HJ Davenport fue un excelente teórico y un gran maestro en su época, y la profesión tiene una considerable obligación para con él por los infinitos esfuerzos que hizo para enderezar los problemas fundamentales de la teoría de su tiempo. [1448] Hay otro punto interesante sobre él. Era un veblenista entusiasta y un radical fuerte del tipo del Medio Oeste que veía a los malos espíritus de la reacción acechar tanto a la escena profesional como a la nacional sin hacer ningún esfuerzo —obviamente innecesario— para verificar su existencia. Davenport ofrece así uno de los ejemplos que muestran que la preocupación por la teoría de esa época era perfectamente compatible con las simpatías institucionalistas.

El trabajo de estos y otros hombres se difumina sin una ruptura violenta en esa parte del trabajo de nuestro propio período que puede identificarse con hombres como JM Clark, FH Knight, J. Viner y AA Young. Este puntero debe ser suficiente. [1449] Debemos contentarnos con echar un vistazo a una de las "manchas de color" más brillantes en la imagen de esa época, Patten, y luego a un pico solitario, Moore.

Si la visión fuera todo, Simon Patten (1852-1922), quien enseñó en la Universidad de Pensilvania desde 1888 hasta 1917, históricamente, tendría que ser calificado como alguien que tiene pocos iguales, si es que tiene alguno. Si la técnica fuera todo, no estaría en ninguna parte. Como está, está en algún punto intermedio, apartado en un terreno en gran parte suyo. Se le recuerda

principalmente por su defensa del proteccionismo (esto por sí solo era una barrera entre él y la gran mayoría de la profesión) por su concepción de una 'economía de la abundancia', en la que ni los rendimientos decrecientes ni el ahorro serían ya de importancia primordial. . Esto huele, por un lado, a diletantismo, pero, por otro, a corrientes posteriores de pensamiento, anticipadas con éxito. Ninguna impresión es del todo correcta, pero en ese momento la profesión se inclinaba a adoptar la primera visión del asunto, aunque nunca dejó de reconocer lo que podría llamarse la importancia fundamental de las ideas de Patten, y mucho menos apreciar al maestro vigoroso y encantador. conversador: desayuno con el que solía convertirse en almuerzo.

La posición de Henry Ludwell Moore (nacido en 1869) en la historia de la economía es tan segura como la de Patten entre sus contemporáneos. Olvidarlo en cualquier registro histórico futuro de nuestra ciencia sería tan fácil como olvidar a Sir William Petty. Y esto es tan cierto para los futuros economistas que admiran, como para los futuros economistas que desaprueban, cada línea que él haya escrito. Porque su nombre está indisolublemente asociado con el auge de la econometría moderna, que inevitablemente, nos guste o no, debe convertirse cada vez más en sinónimo de economía técnica. El menor de sus títulos a la fama duradera es que su trabajo es la fuente científica del torrente de curvas de demanda estadística que iba a surgir a principios de la década de 1930. Lo grandioso fue su audaz intento de crear, mediante una serie de ingeniosos dispositivos, *una estadística comparativa estadísticamente operativa* (ver más abajo, cap. 7). Esta empresa, plasmada en una serie de artículos que incorporó a su *Synthetic Economics* , publicado en 1929, es uno de esos logros históricos que seguramente sobresaldrán independientemente de que los usemos o no. Por tanto, es necesario, tanto en interés de nuestra imagen de la situación científica de esa época como de la sociología de la ciencia, detenerse un momento para explicar por qué un hombre de tal estatura no adquirió mayor reputación. Porque, aunque obtuvo algo de crédito por sus curvas de demanda estadística, principalmente a través de su seguidor Henry Schultz, y causó cierto temor por su teoría de los ciclos de los cultivos, una versión mejorada de la teoría jevoniana, su reputación no ha sido la que debería ser. para este día.

La primera razón es, por supuesto, la naturaleza de su trabajo. Intentar hacer que el sistema walrasiano sea estadísticamente operativo es algo que estaba completamente más allá del horizonte científico de esa época. [1450] La segunda razón fue que era un hombre muy modesto y al mismo tiempo muy sensible. Su programa de investigación podría haberse entendido, e incluso podría haber atraído apoyo institucional, si hubiera sido impulsado por una propaganda vigorosa y si hubiera sido representado como un programa de rebelión contra la teoría existente —'ortodoxa " (que, en cierto sentido, , era). Pero Moore no era hombre para tales tácticas: cuando no encontró respuesta, se retiró a sí mismo; era todo lo contrario de un vendedor de alta presión. [1451] Pero hay una tercera razón. De hecho, Moore publicó una serie de artículos que deberían haber familiarizado a la profesión con su pensamiento. Sus primeros libros, sin embargo, disuadieron más que atrajeron incluso a jueces competentes. Para calificar en su verdadero valor sus ingeniosas *Leyes de salarios* (1911), o sus *Ciclos económicos: su ley y causa* (1914), o su *Generación de ciclos económicos* (1923), es necesario hacer muchas concesiones para el peculiar mérito del esfuerzo pionero. En algunos puntos, esto también se aplica a la *economía sintética* , que, sin embargo, se notó internacionalmente. Sin embargo, la ruta que traza este libro no solo es difícil sino que, en la era del desarrollo de alternativas, también impopular. No obstante, todos los analistas modernos deberían estudiar este libro con detenimiento, aunque es muy posible que al hacerlo se conviertan en admiradores de Moore en lugar de seguidores.

8. Los marxistas

Ocasionalmente hemos observado que muchos economistas de ese período eran radicales en el sentido en que usamos el término hoy. El socialismo ha sido llamado un Proteo intelectual, y es difícil decir cuántos de esos radicales deberían ser llamados —al menos potenciales— socialistas. Pero ni su radicalismo ni su socialismo es asunto nuestro siempre que no implique diferencias en el enfoque analítico o, para decirlo quizás de manera más reveladora, siempre que solo implique diferentes objetivos, simpatías y evaluaciones de la economía capitalista y civilización, pero no una "teoría" diferente del proceso económico: si hemos mencionado convicciones radicales o socialistas en absoluto, esto se ha hecho sólo para destruir los prejuicios generalizados contra el trabajo científico de esa época. Por ejemplo, los fabianos son para nosotros solo un grupo que hizo investigación económica y no hay razón para separarlos de otras personas que hicieron lo mismo sobre la base de que eran planificadores o, según algunas definiciones, socialistas. En esta sección nos interesan solo aquellos socialistas que profesaban una economía *científica* diferente y específicamente socialista . De estos, los marxistas eran mucho más importantes que cualquier otro que, para nuestros propósitos, podemos considerarlos como los únicos. Pero, naturalmente, tocaremos también a sus críticos *socialistas,* cuyo trabajo adquiere significado sólo con referencia al sistema criticado.

Los marxistas eran un grupo o secta en más de un sentido. Pero, entre otras cosas, también eran una escuela científica, porque, como se ha explicado antes, la dependencia de un credo, aunque pueda afectar, no destruye el carácter científico del trabajo de un grupo. Es sólo como escuela científica en nuestro sentido —como un grupo cuyos miembros hicieron trabajo analítico, aceptaron Un maestro y una doctrina, y trabajaron en estrecho, si no siempre armonioso, contacto— que los marxistas entran aquí. Todos los demás aspectos del marxismo, quizás los esenciales, deben descuidarse. Ahora bien, el trabajo científico realizado en líneas marxistas, e incluso el dominio total de los contenidos científicos del trabajo de Marx, estuvo hasta alrededor de 1930 tan limitado a los escritores alemanes y rusos que, para fines de orientación general, no es necesario mencionar a ningún otro en absoluto. [1452] También, como ya se ha señalado, fue sólo en Alemania y Rusia donde el marxismo ejerció una fuerte influencia sobre el trabajo de los economistas no socialistas: durante un tiempo, los economistas teóricos tuvieron en estos países apenas otra opción que recurrir a Marx (o , en Alemania, a Rodbertus).

La conquista por parte del marxismo de la parte socialista de la intelectualidad rusa no se debió totalmente a la fuerte influencia cultural de Alemania; también se debió en parte al hecho de que la especulación marxista congeniaba con la mente rusa. Pero se debió en gran parte a la influencia alemana, y la relación entre los marxistas rusos y alemanes se mantuvo muy estrecha (aunque no siempre amistosa) en un sentido personal, hasta la muerte de Lenin o incluso hasta la derrota de Trotsky. Desde el punto de vista del trabajo analítico realizado, sólo es necesario mencionar, entre los escritores estrictamente ortodoxos, Plejánov y Bujarin. [1453] Pero no hay que olvidar que el marxismo fue la principal influencia formativa de prácticamente todos los economistas rusos de la época. Marx fue el autor que realmente intentaron dominar, y la educación marxista es obvia incluso en los escritos de quienes criticaron el marxismo de manera adversa. El más eminente de estos críticos semimarxistas de Marx fue Tugan-Baranowsky, que se analiza a continuación.

[(a) El marxismo en Alemania.]

En la base del éxito en Alemania hay dos hechos: primero, el tremendo éxito del partido

socialdemócrata; y segundo, la adopción oficial del marxismo por este partido (Programa de Erfurt, 1891). Ambos hechos plantean los problemas más interesantes de la sociología política en los que no podemos adentrarnos. Pero hay que enfatizar, por un lado, que, desde el punto de vista de la ortodoxia marxista, estos dos hechos son realmente uno, porque cualquier partido verdaderamente socialista debe, presumiblemente "dialéctico", ser necesariamente marxista; y, por otro lado, que, desde cualquier punto de vista que no sea el de la ortodoxia marxista, esta adopción por parte de un partido en rápido crecimiento hacia la responsabilidad política de un credo que prescribía la abstención de responsabilidad política, en la sociedad capitalista, obviamente no era la única posible, pero, por el contrario, un curso a seguir de lo más asombroso, un curso que estaba destinado a debilitar las disensiones dentro del partido, como de hecho sucedió antes de que terminara el siglo. En realidad, sin embargo, el partido se volvió marxista con voluntad, y su enorme organización ofreció inspiración, apoyo y empleo (una carrera regular, de hecho) sólo a los marxistas ortodoxos y, en principio al menos, a ningún otro socialista, por muy dedicado que fuera. o radical. Sobre esta base se desarrolló un cuerpo grande y capaz de adherentes intelectuales que produjo una gran literatura ortodoxa. Además de los periódicos del partido, tenía como salida una revista 'pesada', *Die Neue Zeit* —más tarde también estuvo la austriaca *Kampf*— cuyo estudio es quizás el mejor método para familiarizarse con el trabajo del grupo. El socialista no marxista era un paria y tenía una lucha bastante cuesta arriba que el partido tenía muchos medios para convertir en derrota. Este es un lado de la medalla. Antes de mirar el otro veremos cuáles fueron los resultados del análisis económico. Está claro desde el principio que, en esas circunstancias, la literatura estaba destinada a ser apologista e interpretativa por naturaleza y que no eran posibles novedades sustanciales ni disensiones sustanciales excepto bajo la apariencia de una cautelosa reinterpretación de los significados del Maestro.

Hasta su muerte (1895), Friedrich Engels, como el gran anciano del partido, ejercía una autoridad que de hecho fue cuestionada a veces —por Rosa Luxemburg por ejemplo— pero nunca con éxito ni en ningún asunto excepto en la táctica. El liderazgo doctrinal (con poco que decir en la política práctica) pasó a Karl Kautsky (1854-1938), que había conocido a Marx y estaba preparado para el papel de sumo sacerdote, entre otras cosas porque no era absolutamente rígido y sabía cómo hacer concesiones. disentir, dentro del círculo íntimo de los escritores del partido, en puntos individuales. [1454] Editó *Theorien über den Mehrwert* (1905–10), compuso lo que podría llamarse la respuesta oficial a las críticas de Bernstein y muchas otras piezas de apologética y contracrítica, escribió sabiamente sobre la interpretación económica de la historia y abordó problemas de teoría aplicada, especialmente la cuestión de la política agrícola socialista, contribuyendo así aquí y allá incluso al desarrollo de la doctrina marxista. No había nada de original en todo esto. La naturaleza del cargo que había asumido desde el principio habría impedido la originalidad incluso si hubiera tenido alguna chispa de ella. Pero tomando el trabajo de Kautsky en su conjunto, bien podemos hablar de una actuación históricamente significativa. [1455] Los escritores que, en medio de enconadas controversias, lograron elaborar aspectos más o menos novedosos de la doctrina marxista, suelen denominarse neomarxistas. Aunque los años productivos de la mayoría de ellos se encuentran dentro del período que se examina, muchas de sus publicaciones pertenecen al siguiente. Adoptamos, sin embargo, la misma práctica que también seguimos en algunos otros asuntos, a saber, la realización de nuestro estudio hasta el presente para aliviar la Parte V. Selecciono con fines ilustrativos Bauer, Cunow, Grossmann, Hilferding, Luxemburg y Sternberg.

De los que omite esta elección, lamento más que nada Max Adler. 1456 Pero este hombre brillante sufrió tal pérdida de energía por las actividades de su partido y su práctica de la abogacía que nunca pudo hacer justicia a sus dotes, aunque era un elemento importante del círculo vienés de teóricos marxistas. Otto Bauer (1881-1938), un hombre de una habilidad bastante excepcional y un carácter no menos excepcionalmente alto, se encontraba hasta cierto punto en la misma situación incluso antes de ascender a la posición de liderazgo. Pero, además del libro sobre política agraria que ya se ha mencionado, al menos su 'Akkumulation des Kapitals', *Die Neue Zeit* , 1912-193, puede mencionarse como una contribución al análisis de la fuerza y la originalidad; muchos otros escritos son de gran interés para el estudioso del pensamiento político marxista. Rudolf Hilferding (1877-1941), un amigo cercano y aliado de Bauer, escribió una notable respuesta a la crítica de Böhm-Bawerk a Marx (*Böhm-Bawerks Marx-Kritik* , 1904; *traducción al* inglés con introducción de PM Sweezy, 1949) y otros cosas, que una revisión más completa no podría pasar por alto, pero debe mencionarse principalmente como el autor de la actuación más famosa del grupo neomarxista: *Das Finanzkapital* (1910). Independientemente de lo que se pueda pensar sobre la teoría monetaria bastante anticuada del primer capítulo y la teoría monetaria de las crisis del cuarto, su tesis central (que los bancos tienden a ganar control sobre la industria en general y a organizar a esta última en preocupaciones monopolísticas que dan una estabilidad creciente al capitalismo), aunque una generalización apresurada de una fase de los desarrollos alemanes, es interesante y original (ver especialmente el tercer capítulo) y tuvo cierta influencia sobre Lenin. La única publicación de H. Cunow (1862–1936) que es relevante a este respecto es su serie de artículos 'Zur Zusammenbruchstheorie,' *Die Neue Zeit* (1898–9). Rosa Luxemburgo (1870-1919) *Gesammelte Werke* se publicaron en 1925 - 8, pero su contribución más importante a la teoría marxista es *Die Akkumulation des Kapitals* . . . (con el subtítulo: *Contribución a la explicación económica del imperialismo* , 1912). [PM Sweezy me ha señalado que hay un segundo libro con el mismo título (pero con subtítulos diferentes) escrito en respuesta a sus críticos mientras estaba en prisión durante la guerra y publicado en 1921. Ed.] H. Grossmann (*Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems* , 1929) y Fritz Sternberg (*Der Imperialismus* , 1926) representan una generación más joven. El primero es principalmente un erudito marxista. Este último, que recientemente publicó un libro de gran éxito (*The Coming Crisis* , 1947), está menos preocupado por la teoría marxista, sino que trata más bien de escribir lo que cree que Marx escribiría si estuviera vivo hoy. Sus obras encajan con el renacimiento marxista para hacerse notar en la actualidad.

La mayoría de los títulos mencionados apuntan hacia un objetivo que, a pesar de sus violentos altercados, los neomarxistas tienen en común. Al identificar, en el verdadero espíritu marxista, el pensamiento y la acción, la teoría y la política, estaban interesados principalmente en aquellas partes del sistema marxista que tienen, o parecen tener, relación directa con las tácticas socialistas en lo que creen que es el último: el "imperialista": fase del capitalismo. 1457 En consecuencia, estaban poco interesados en la dialéctica hegeliana, la teoría del valor trabajo y cuestiones tales como si es posible o no transformar los valores de Marx en "precios de producción" sin alterar la suma total de la plusvalía. Tanto más estaban interesados en el "imperialismo" y en el problema del colapso del capitalismo, por lo tanto, en la teoría de la acumulación, de las crisis y de la miseria creciente. Es imposible hacer justicia a las características tan diferentes de los sistemas más o menos ingeniosos de los escritores individuales. En términos muy generales, el resultado fue el siguiente. Tuvieron relativamente éxito en la elaboración

de una teoría económica de la protección y de una tendencia, real o supuesta, de la sociedad capitalista a desarrollar una creciente propensión a emprender guerras. No se puede intentar aquí la exposición ni la crítica. [1458] Pero los críticos que se sientan inclinados a ser demasiado severos con esta teoría deben recordar qué tipo de argumentos pretende reemplazar: puede que sea erróneo, pero constituye el primer intento de mirar el fenómeno con algo así como un espíritu científico. La creciente miseria se descartó silenciosamente o se pospuso para un futuro indefinido cuando los factores contrarrestadores hubieran gastado su fuerza (compárese, por ejemplo, la teoría de Sternberg de la "temporada de veda" durante la cual se suspende esa tendencia). El *modus operandi* de la acumulación y la teoría de la ruptura proporcionaron el campo de batalla más disputado. Y aquí el evento más sensacional fue la franca renuncia de Hilferding a la teoría del colapso: incluso sostuvo que la sociedad capitalista, si se dejaba sola, consolidaría cada vez más su posición y se petrificaría en una especie de organización feudal o "jerárquica". Naturalmente, esto fue alta traición para algunos. Pero incluso aquellos o algunos de los que rechazaron la teoría de Hilferding diluyeron el espectacular colapso de Marx —porque, si las palabras significan algo, esto es lo que Marx imaginó— a una mera incapacidad de la sociedad capitalista para mantener su tasa tradicional de acumulación, que significa poco más. que el asentamiento en un estado estacionario que fue previsto por Ricardo y apenas corresponde a las ideas evocadas por la palabra Desglose. [1459]

[(b) Revisionismo y renacimiento marxista.]

Antes de continuar, echemos un vistazo al otro lado de la medalla, el revisionismo. Como se ha observado, no era de esperar que un partido tan grande, con una franja tan grande de simpatizantes, aceptara indefinidamente la disciplina doctrinal que los marxistas estrictos insistían en imponer. Fue la indiferencia a las minucias filosóficas y teóricas más que la aceptación de ellas lo que aseguró la aprobación de las resoluciones de Erfurt. La retribución llegó cuando Bernstein, [1460] , un hombre de suficiente importancia que no era indiferente a la doctrina y que, además, creía que el credo marxista era perjudicial para el partido, decidió arriesgarse a un ataque frontal. La 'dialéctica', el materialismo histórico, la lucha de clases, la teoría del trabajo, la creciente miseria, la concentración, el colapso (incluida la ideología revolucionaria), todo fue objeto de una condena total en sus manos. No nos interesa la disputa que siguió, ni las tácticas de August Bebel, el hombre al mando supremo que, como buen estratega que era, mostró al principio la cantidad necesaria de ira, luego aceptó la sumisión formal sin llegar a los extremos. aunque las luces menores fueron penalizadas de diversas formas y finalmente se consintieron en un estado de cosas en el que se permitía el revisionismo en el partido con la condición de abstenerse de una hostilidad activa. Tampoco nos interesan los hechos de que varios destacados partidarios fueron o se convirtieron en revisionistas, que el ala adquirió su propio periódico (*Sozialistische Monatshefte*) y sus propios escritores. Porque aunque algunos de estos escritores hicieron un trabajo digno de crédito, especialmente sobre cuestiones prácticas individuales —como hizo, por ejemplo, Schippel sobre política de comercio exterior—, este trabajo inevitablemente perdió la mayor parte de su color distintivo. Lo único que nos interesa es la cuestión de qué resultados netos produjo la controversia revisionista para el análisis marxista. Es seguro decir que el ataque de Bernstein tuvo un efecto estimulante y produjo aquí y allá formulaciones mejores y más cuidadosas. Quizás también tuvo algo que ver con la creciente disposición de los marxistas a deshacerse de las profecías de una miseria y un colapso espectaculares. Sin embargo, en general, los resultados no pueden ser muy valorados en lo que respecta a la posición científica de los marxistas. Porque en el análisis, el ataque de

Bernstein demuestra haber sido mucho más débil de lo que se podría inferir de sus efectos sobre el partido y el público en general. Bernstein era un hombre admirable, pero no era un pensador profundo y, especialmente, no era un teórico. En algunos puntos, especialmente en lo que respecta a la interpretación económica de la historia y la concentración del poder económico, su argumento fue claramente superficial. En otros, ofreció el tipo de sentido común que cualquier radical burgués podría haber producido. Kautsky estaba, en todo caso, más que a la altura de la tarea de responderle. Y si no hubiera sido por las implicaciones políticas de la atención que recibió, los marxistas no deberían haberse preocupado mucho por él.

Pasamos a notar dos fenómenos que pertenecen a tiempos posteriores. El análisis marxista mostró pocos, si acaso, síntomas de decadencia antes de 1914. La afirmación contraria la hicieron a menudo, por supuesto, pero sólo los escritores con quienes el deseo era el padre del pensamiento. Pero durante la década de 1920 observamos un fenómeno que fue científicamente mucho más importante de lo que había sido el revisionismo: encontramos un número creciente de economistas socialistas, algunos de ellos bastante radicales en política y no todos revisionistas o 'laboristas' en el sentido político, que, aunque profesaba el mayor respeto por Marx, empezó a darse cuenta de que su economía pura se había vuelto obsoleta. El marxismo siguió siendo su credo y el marxista siguió siendo su lealtad, pero en cuestiones puramente económicas empezaron a discutir como no marxistas. Para decirlo de otra manera, aprendieron la verdad de que la teoría económica es una técnica de razonamiento; que tal técnica es neutral por naturaleza y que es un error creer que se gana algo para el socialismo luchando por la teoría marxista o contra la utilidad marginal del valor; que ninguna técnica puede estar exenta de obsolescencia; y que la defensa literaria de la causa del socialismo puede perder eficacia al aferrarse a herramientas gastadas. La importancia de esto para la evolución de una economía genuinamente científica no puede estimarse demasiado: por fin, el grupo más reacio a este reconocimiento reconoció la existencia de un terreno sobre el que era posible construir objetivamente. estructuras científicas. Para la década de 1920, esta tendencia puede estar representada por los nombres de Lederer y Dobb, quienes también ejemplifican el hecho de que los ardores políticos no tienen por qué sufrir por ese reconocimiento en lo más mínimo: 1461 con ninguno de ellos era una cuestión de diluir las cuestiones prácticas ; con ambos era una cuestión de lógica. Esta ganancia no se perdió del todo en la agitación de la década de 1930. Todavía se puede afirmar que, a pesar del renacimiento marxista que observamos, el socialista con formación científica ya no es marxista excepto en cuestiones de sociología económica. Los nombres de O. Lange y AP Lerner pueden invocarse como ilustración. 1462

El otro fenómeno que tenemos que notar es precisamente ese renacimiento marxista. Su sociología es demasiado obvia para detenernos. Pero hay tres aspectos que merecen atención desde nuestro propio punto de vista. En primer lugar, aunque la ganancia para el análisis de la tendencia que acabamos de referirnos no ha sido *bastante* perdido en los últimos tiempos, como nuestros ejemplos ilustrativos muestran-que se ha perdido en parte: los economistas de reconocido prestigio han convertido marxistas, no en el sentido de aceptar Marx sociales o mensaje político —este sería asunto suyo— ni en el sentido de que ellos (como Lange) acepten gran parte o la totalidad de la sociología económica de Marx — esto sería susceptible de defensa — ni finalmente en el sentido de que respeten la grandeza histórica de Marx— pocas personas se pelearían con ellos por esto, pero en el sentido de que realmente intentan revitalizar la economía pura de Marx, uniendo así fuerzas con los neomarxistas

supervivientes. Los ejemplos destacados son PM Sweezy y J. Robinson. [1463] En segundo lugar, están los intentos de keynesificar a Marx o de marxificar a Keynes. Estos intentos son muy reveladores de las ideologías imperantes, pero también indican la conciencia de una tarea puramente analítica. De hecho, es posible enriquecer los significados de estos dos autores con puntos extraídos del otro, aunque se encuentren en polos opuestos en materias de importancia decisiva analíticamente. Pero estos intentos nunca, que yo sepa, han llegado al extremo de intentar revivir el aparato teórico de Marx. [1464] En tercer lugar, aunque la moda de Marx en Inglaterra y Estados Unidos es en parte simplemente la consecuencia natural de la inmigración, también es algo más. En el estudiante de economía inglés o estadounidense, la doctrina de Marx incide como algo nuevo y fresco, algo que difiere de la corriente actual y amplía su horizonte. [1465] Este impacto puede de hecho gastarse en emociones científicamente sin valor, pero también puede resultar productivo. En cualquier caso, la influencia de Marx debe figurar entre los factores de la situación científica de hoy.

6
-
Economía general: su carácter y contenido

1. Puestos de avanzada

(a) El marco sociológico de la economía general. [1466]

Como hemos visto, la sociología económica y, en particular, el conocimiento histórico y etnológico de las instituciones sociales progresaron de manera más satisfactoria durante el período examinado. Pero la economía general sobre la que voy a informar ahora se vio poco afectada por estos desarrollos. Su marco institucional quedó prácticamente intacto, es decir, quedó en la forma en que lo habían arrojado los 'clásicos' ingleses y en particular JS Mill. Las naciones siguieron siendo aglomeraciones amorfas de individuos. Las clases sociales no eran entidades vivas y combativas, sino meras etiquetas fijadas a funciones económicas (o categorías funcionales). Los propios individuos tampoco eran seres vivos y combatientes: seguían siendo meros tendederos de los que colgar proposiciones de lógica económica. Y, con un rigor de presentación cada vez mayor, estos tendederos destacaron aún más visiblemente que en las obras del período anterior. [1467] Los críticos se burlaron. Vieron que todo esto era una mala sociología y una psicología aún más pobre. Como sus predecesores en la primera mitad del siglo XIX, no se dieron cuenta de que, para una gama limitada de problemas, ésta era al mismo tiempo una metodología sólida. Dada la importancia de los problemas de interpretación en juego, me desviaré un momento para hacer, una vez más, un intento de aclaración.

Los marxistas especialmente, pero también otros, acusaron a los teóricos de la utilidad marginal del psicologismo, es decir, de perder por completo el verdadero problema de la economía, que es analizar los hechos objetivos del proceso social de producción, y de sustituir los problemas completamente secundarios de la economía. las reacciones psicológicas o actitudes subjetivas de los individuos ante esos hechos objetivos (véase, por ejemplo, la observación de K. Kautsky sobre la escuela austriaca, pág. xix de su prefacio al primer volumen de *Theorien über den Mehrwert* de Marx , 1905-10). Los austriacos y otros grupos, con todo su énfasis equivocado en las magnitudes `` psicológicas '', solo tenían la culpa de esta objeción errónea, que puede descartarse, en la medida en que los objetores eran marxistas, señalando que las `` nuevas '' teorías eran apenas más psicológicos que los de Marx, que nunca dudó en apelar a la psicología capitalista (por ejemplo, en materia de acumulación) siempre que lo consideró conveniente. Además, sin embargo, un número cada vez mayor de críticos no objetó la psicología per se, sino la psicología hedonista o errónea de la que se suponía que los teóricos económicos derivaban sus proposiciones. Estas objeciones se notarán brevemente en otro lugar (ver más abajo, cap. 7). Aquí nos ocupamos de otras tres fuentes de crítica o malentendido que, a efectos de identificación, denominaremos individualismo político, sociológico y metodológico.

Por individualismo político entendemos simplemente una actitud de laissez-faire en materia de política económica, la actitud que se denominó smithianismo o manchesterismo en Alemania. Los economistas que construyeron sus estructuras teóricas a partir de supuestos sobre el comportamiento de los hogares y las empresas individuales estaban bajo sospecha de *recomendar* los resultados de la libre interacción de los intereses individuales que *describían* . A los ojos de los críticos, esta sospecha

parecía verificada por los hechos de que muchos de esos teóricos eran en realidad liberales económicos en ese sentido y que algunos, por ejemplo, Pareto en la primera etapa de su carrera, sí aprovecharon su teoría al servicio de una política ultraliberal. Pero esto no significaba más que eso, como todos los demás, los hombres del laissez-faire entre los teóricos de la época se entregaban al mal hábito de dar rienda suelta a sus preferencias políticas siempre que se discutían aplicaciones prácticas. Sin embargo, como se ha señalado, la mayoría ya no se adhirió al laissez-faire incondicional. Se movió con los tiempos. Los ingleses y los austriacos aceptaron la *Sozialpolitik* y los impuestos progresivos. Marshall profesó simpatizar con los objetivos últimos del socialismo, aunque se expresó de una manera tan condescendiente que no evoca nada más que irritación. Walras se describe mejor como un semisocialista, Wicksell como un radical burgués. Sin embargo, es más importante darse cuenta de que el liberalismo político, en la medida en que los teóricos de la época propugnaban realmente, no tenía nada que ver con sus teorías de la utilidad marginal. Sin duda, los marxistas creían que estos habían sido extraídos con fines de apologética social. Pero las "nuevas" teorías surgieron como un asunto puramente analítico sin referencia a cuestiones prácticas. Y no había nada en ellos que sirviera a la apologética mejor que las teorías más antiguas. De hecho, lo contrario sería más fácil de mantener (compárese, por ejemplo, las implicaciones igualitarias de la "ley" de la utilidad marginal decreciente); y fueron los economistas "burgueses" quienes desarrollaron, durante ese período, la teoría racional de la economía socialista (véase más adelante, cap. 7, sec. 5); Fueron Marshall, Edgeworth y Wicksell quienes redujeron la doctrina de que la competencia libre y perfecta maximiza la satisfacción de todos al nivel de una tautología inocua. [1468]

Por individualismo sociológico nos referimos a la opinión, ampliamente sostenida en los siglos XVII y XVIII, de que el individuo autónomo constituye la unidad última de las ciencias sociales; y que todos los fenómenos sociales se resuelven a sí mismos en decisiones y acciones de individuos que no necesitan o no pueden analizarse más en términos de factores superindividuales. Este punto de vista es, por supuesto, insostenible en la medida en que implica una teoría del proceso social. De esto, sin embargo, no se sigue que, para los propósitos especiales de un conjunto particular de investigaciones, nunca sea admisible partir del comportamiento dado de los individuos sin entrar en los factores que formaron este comportamiento. El comportamiento de un ama de casa en el mercado puede analizarse sin entrar en los factores que lo formaron. Un intento de hacerlo puede ser sugerido por consideraciones de división del trabajo entre diferentes disciplinas sociales y no necesariamente implica ninguna teoría sobre el tema de la sociedad y el individuo. En este caso hablamos de Individualismo Metodológico. ¿Cómo se aplica este concepto al procedimiento real de la economía general de esa época?

Por un lado, es cierto que las influencias formativas de los ambientes, las actitudes grupales, las valoraciones grupales, etc., no fueron tenidas en cuenta de otra forma que la de JS Mill, [1469] y que esta fue una de las razones por qué, en contraste consciente, la escuela histórica debería haber enfatizado los aspectos "éticos" tanto como lo hizo. Marshall, que hizo más en esta dirección que cualquier otro de los principales teóricos, todavía se mantuvo dentro de la tradición establecida. También es cierto que el fracaso de los teóricos en ir más allá de esto se hizo sentir —como ocurre ahora— en su tratamiento de una serie de problemas que, sin embargo, son "puramente económicos". Por otro lado, sin embargo, se puede demostrar que, dentro del rango de los problemas que principalmente les interesaron, es decir, dentro del rango de los problemas que entran dentro de la

lógica de los mecanismos económicos, el procedimiento de los teóricos de ese período puede ser defendidos como individualismo metodológico, y que sus resultados, en la medida de lo posible, no se vieron afectados sustancialmente por las limitaciones inherentes a este enfoque.

(b) Población.

Como sabemos, la teoría de la población, principalmente la teoría maltusiana, formó una parte esencial de la economía general del período anterior. Esto significa más que los economistas preocupados por la presión de la población y que las aprensiones a este respecto influyeron en su visión del futuro social y sus ideas sobre la política económica. Significa que las hipótesis sobre las tasas reales y esperadas de aumento de la población entraron en su teorización, al igual que la ley de los rendimientos decrecientes, y que, en consecuencia, su análisis teórico habría sido incompleto sin esas hipótesis. Senior, por tanto, había tenido razón al incluir un maltusianismo diluido entre los postulados fundamentales de la teoría económica. El punto esencial a comprender es que esto dejó de serlo durante el período que se examina. Ningún teórico que escribiera en, digamos, 1890 hubiera pensado en hacer lo que había hecho Senior. Y esto *no* se debió principalmente a que, obviamente, ya no hubiera ninguna razón inmediata para preocuparse por la presión de la población: fue porque el sistema de utilidad marginal ya no dependía de una hipótesis particular sobre las tasas de natalidad o muerte y estaba en posición de tomar cuenta de cualquier hipótesis que un autor pueda considerar conveniente hacer. Por tanto, la rama de población de la economía general tendió a debilitarse y en su lugar desarrolló un campo especial, no necesariamente cultivado solo por los economistas, de estudios de población. Es por eso que, dado que no podemos estudiar este campo especial adecuadamente, ya no estamos vitalmente interesados en el tema y por eso lo vamos a descartar con los siguientes tres comentarios.

Primero, aunque ya no es esencial para la economía general, un tema que había sido esencial durante tanto tiempo no se abandonó rápidamente. Es interesante notar que la mayoría de los líderes continuaron aceptando, de una forma u otra, la tesis maltusiana, al menos por un futuro indefinido: Böhm-Bawerk, Marshall, Walras (hasta cierto punto), y especialmente Wicksell, [1470] todos le presentaron sus respetos, aunque ya no basaron en él ninguna parte de sus estructuras analíticas. Por lo demás, una discusión inconclusa a favor y en contra de la Ley Malthusiana persistió en libros de texto y monografías. [1471]

En segundo lugar, la caída en la tasa de natalidad que comenzó a establecerse primero en los tramos de ingresos más altos y luego también en los más bajos, primero en las ciudades y luego también en el campo, primero en algunas naciones y luego en prácticamente todas las industrializadas, ha tenido en el período posterior dado lugar a una especie de maltusianismo a la inversa, es decir, a una preocupación generalizada por las consecuencias económicas que se pueden esperar si las tasas de natalidad y mortalidad siguieran comportándose como en los años veinte, una extrapolación que, salvo detalles y técnica, reproduce la metodología maltusiana en la dirección opuesta. [1472] En el período en discusión, encontramos sólo los primeros comienzos de esto. Además, la caída de la tasa de natalidad en sí misma —o más bien los motivos responsables de su obvia causa inmediata, la anticoncepción— presentaban un problema de explicación que fue atacado desde varios puntos de vista. Debo contentarme con mencionar lo que me parece el desempeño más importante en este campo, aunque también pertenece al período siguiente, la "teoría de la prosperidad" de Mombert sobre la tasa de natalidad descendente. [1473]

En tercer lugar, el progreso realmente valioso logrado en este campo consiste en la gran

mejora de los métodos de clasificación e interpretación del material demográfico. Este logro ayudó mucho a crear la nueva especialidad mencionada anteriormente y a eliminar los problemas de población de la esfera de competencia del mero economista. [1474] Esto no quiere decir, por supuesto, que estos problemas no volverán a entrar en la economía general. La teoría del estancamiento secular o 'madurez' contiene una hipótesis sobre la población en su conjunto de postulados fundamentales y, por lo tanto, ilustra la posibilidad de que la tendencia observada en esta subsección pueda revertirse en el futuro.

2. Visión, empresa y capital

La "revolución" en la teoría económica que vamos a evaluar también dejó otras cosas intactas en la economía general además de su marco sociológico. Esta afirmación no debe entenderse en el sentido de que no hubo ningún avance con respecto a las partes de la economía general que no se vieron afectadas. Hubo un avance sustancial, como veremos todo el tiempo y especialmente en nuestra discusión de la teoría del dinero y de los ciclos de ese período. Solo que este avance no estaba esencialmente conectado con la "nueva" teoría del valor y la distribución y podría haberse producido casi igualmente sin la ayuda de esta última. En esta sección examinaremos algunos temas que los "revolucionarios" no tocaron —y, *a fortiori* , Marshall, que no se sentía revolucionario— dentro del rango de la definición más estricta posible de teoría económica.

(a) La Visión.

El primer elemento a mencionar es la Visión de los economistas del proceso económico. Ya estamos familiarizados con este concepto y con el papel que juega Vision en cualquier esfuerzo científico (ver Parte I), y no es necesario decir nada más al respecto. Ahora bien, es perfectamente obvio que todos los líderes de esa época, como Jevons, Walras, Menger, Marshall, Wicksell, Clark, etc., visualizaron el proceso económico de la misma forma que JS Mill o incluso A. Smith; es decir, no agregaron nada a las ideas del período anterior sobre qué es lo que ocurre en el proceso económico y cómo, de manera general, se desarrolla este proceso; o, para decirlo de otra manera, vieron el objeto del análisis económico, la suma total de las cosas que hay que explicar, tal como las habían visto Smith o Mill, y todos estos esfuerzos encaminados a explicarlas de manera más satisfactoria. Ninguna creación conceptual del período apunta hacia un nuevo hecho o un nuevo sesgo. Esto puede ilustrarse con su tratamiento de la competencia. Su mundo económico, como el de los "clásicos", era un mundo de numerosas empresas independientes. De manera sorprendente, continuaron considerando el caso competitivo no solo como el caso estándar que, para ciertos propósitos, el teórico podría encontrar útil construir, sino también como el caso normal de la realidad. Incluso la empresa dirigida por sus propietarios sobrevivió mucho mejor en la teoría económica que en la vida real. El gran mérito que, no obstante, debe atribuirse a ellos, es que complementaron esta visión con un análisis muy superior al de los 'clásicos'. Como veremos, definieron la competencia y analizaron su *modus operandi* con un éxito cada vez mayor; elaboraron la teoría de otros casos como el monopolio directo, el oligopolio, etc. Marshall, además, echó un vistazo al caso en el que las empresas se precipitan hacia abajo en las curvas de costos descendentes y, por lo tanto, apuntó claramente hacia el conjunto de fenómenos que iban a atraer la atención de los teóricos en las décadas de 1920 y 1930. Pero en lo esencial, la visión de los analistas de la época siguió siendo la de Mill. Por mucho más que les preocuparan los "fideicomisos" y los cárteles, los trataban como excepciones o, en todo caso, como desviaciones del curso normal de las

cosas (véase más adelante, cap. 7, sec. 4).

También sabemos que el tema que está más estrechamente relacionado con Visión es la evolución económica o, como prácticamente todos los autores no marxistas de ese período continuaron llamándolo, 'progreso'. Dentro del recinto de esta concepción, no hubo ningún cambio en absoluto. El lector puede estar satisfecho de esto estudiando la 36ª *leçon* de *Éléments d'économie politique pure* [1475] (1926) de Walras . La teoría del progreso de Marshall es mucho más rica que las de sus contemporáneos o sus predecesores pero, despojada de los huesos, llega a lo mismo: la población aumenta, la acumulación prosigue; los mercados se amplían en consecuencia; y esto induce economías internas y externas (mejoras de reducción de costos en la organización y técnica de producción). A estos efectos debemos agregar los de las invenciones no inducidas o revolucionarias que simplemente suceden, todas las cuales pueden, salvo en el futuro calculable, verse interferidas por la acción de la ley de rendimientos decrecientes en la producción de alimentos y materias primas. Todo esto no va *fundamentalmente* más allá de JS Mill o incluso de A. Smith. En particular, este progreso se concibe como un proceso continuo y casi automático que no alberga ningún fenómeno o problema propio.

(b) Empresa.

En la mayoría de las mentes, la idea de evolución económica traerá consigo la idea asociada de empresa. Aquí nuevamente el avance analítico, aunque sustancial, procedió principalmente según las viejas líneas. Sin duda, el empresario se distinguía del capitalista, y su beneficio del interés, con una claridad cada vez mayor a medida que pasaba el tiempo. Pero la mayoría de las contribuciones equivalían a poco más que elaboraciones de los tres elementos de las ganancias de Mill o de la idea de la renta de la capacidad de Mangoldt, y las diferencias en la explicación eran principalmente diferencias de énfasis o formulación. Una breve encuesta será suficiente en estas circunstancias. Jevons y, a excepción de Böhm-Bawerk, los austriacos tenían muy poco que decir al respecto. La teoría de Böhm-Bawerk era una teoría de la fricción o la incertidumbre, lo que prefiera el lector: la fuente de las ganancias de los empresarios fue el hecho de que las cosas no funcionan según lo planeado, y la persistencia de las ganancias positivas en una empresa se debió a mejores resultados de lo normal. juicio. Observe que el obvio sentido común de esta explicación puede fácilmente encubrir su insuficiencia. [1476] La contribución de Walras fue importante aunque negativa. Introdujo en su sistema la figura del emprendedor que ni gana ni pierde (*emprendedor ne faisant ni bénéfice ni perte*). Y dado que este sistema es esencialmente una teoría estática, a pesar de algunos elementos dinámicos que se notarán en el próximo capítulo, él indicó la creencia de que las ganancias de los empresarios pueden surgir solo en condiciones que no cumplen con los requisitos del equilibrio estático y que, con la competencia perfecta prevaleciendo, las empresas alcanzarían el punto de equilibrio en un estado de equilibrio, la proposición a partir de la cual comienza todo pensamiento claro sobre las ganancias. [1477] Marshall fue más lejos que la mayoría, sin embargo, en su análisis cuidadoso de las ganancias de la administración que expandieron y profundizaron los salarios de superintendencia de Mill hasta el punto de hacer prácticamente algo nuevo con ellos. También ofreció otras sugerencias útiles. Uno fue su recepción de la idea de Mangoldt de la renta de la capacidad, aunque no la usó para los propósitos especiales de una explicación de las ganancias, sino más generalmente en la explicación de todos los retornos supernormales del esfuerzo personal. Otra sugerencia fue consagrada en su concepto de cuasi-renta. [1478] La contribución de Clark fue la más significativa de todas: fue el primero en dar una nota novedosa al conectar las ganancias empresariales, consideradas como un superávit sobre los intereses

(y la renta), con la introducción exitosa en el proceso económico de los procesos tecnológicos, comerciales u organizativos. mejoras.

Entre el resto, muchos autores desarrollaron el elemento de riesgo de Mill (o A. Smith). [1479] Hawley, y especialmente el profesor Knight, lo hizo con mucho éxito. A esto último debemos, en primer lugar, un énfasis muy útil en la distinción entre riesgos asegurables e incertidumbre no asegurable; y, en segundo lugar, una teoría de las ganancias que vinculó esta incertidumbre no asegurable, por un lado, con el rápido cambio económico —que, salvo perturbaciones extraeconómicas, es la principal fuente de esta incertidumbre— y, por otro, con las diferencias en los negocios. capacidad, que son mucho más evidentemente relevantes para la explicación de ganancias y pérdidas en condiciones de rápido cambio económico de lo que serían de otra manera. De ese modo logró una síntesis que no está abierta a la principal objeción contra el tipo ordinario de teorías del riesgo. Dobb dio un paso más en la misma dirección. [1480] No puede hacerse ningún intento de profundizar en la extensa literatura sobre el tema que encarna y de hecho caracteriza una parte considerable de los desarrollos analíticos del período bajo estudio, luego produjo algunas de sus mejores actuaciones en la década de 1920, y finalmente se desvaneció de tal manera en lo que respecta a su componente teórico. [1481] El trabajo fáctico, que en este campo encuentra dificultades especiales, no pasó de los comienzos. El historial de investigaciones exitosas prácticamente comienza en la década de 1920, especialmente en los Estados Unidos, donde la escasez de material era un obstáculo casi prohibitivo antes. [1482]

Sin embargo, hay un punto más que no se puede dejar sin tocar. Todas las teorías de la actividad empresarial y de las ganancias empresariales que se han mencionado son funcionales. Es decir, todos empezaron atribuyendo al emprendedor una función esencial en el proceso productivo, y todos pasaron a explicar las ganancias emprendedoras por el éxito en el cumplimiento de esa función. Sin duda, diferentes autores definieron esta función de diferentes formas. Pero la expresión posterior del Sr. Dobb de que los empresarios ("enterradores") son las personas "que toman las decisiones dominantes" de la vida económica (*op. Cit.* P. 54) bien podría servir como un lema común para todos ellos. Al describir el trabajo del período sobre este tema como una de sus principales contribuciones al análisis económico, nos hemos colocado en el mismo punto de vista. [1483] Es natural, sin embargo, en un asunto que concierne a la figura central de la economía capitalista y, además, en un asunto sobre el cual, para la mayoría de los economistas, es tan difícil de adquirir información fáctica confiable, que *cualquier* teoría funcional deba estar bajo sospecha. de sesgo ideológico y que tarde o temprano debe enfrentarse a teorías opuestas igualmente sospechosas, cuya carga es establecer que el empresario no cumple ninguna función "productiva" en absoluto, sino que simplemente se aprovecha de la actividad productiva de otros. Estas teorías gozan de una amplia aceptación en la economía popular de nuestro tiempo. Nuestra primera pregunta es: ¿Algún economista de renombre ha sostenido tal teoría?

El lector podría pensar en Marx y los marxistas. Si es así, confunde el punto en cuestión en este momento. A lo largo del período hubo un número considerable de economistas que no estaban de acuerdo con la tendencia al divorcio del empresario del capitalista y de la ganancia empresarial por plusvalía. Todos estos economistas continuaron identificando al empresario, en principio, con el capitalista en el mismo sentido en que lo habían hecho A. Smith y Ricardo. Para ellos, por tanto, lo principal a explicar era el rendimiento que devenga el capital. De todos los economistas que mantuvieron este enfoque, los marxistas fueron, como grupo, los más importantes. Así, la teoría marxista de la explotación es una teoría de la explotación del trabajo por el capital; y por lo tanto es

correcto, como es y ha sido la práctica habitual, enumerar esta teoría entre las teorías de *interés* . El emprendedor está sin duda presente en el drama marxista. Pero está presente entre bastidores y su ganancia no es un problema marxista. Solo puede insertarse en el sistema marxista mediante una reinterpretación no marxista. Incluso en la descripción que hace Marx del proceso de concentración, son los grandes *capitalistas los* que se aprovechan de los más pequeños, "los expropian". Tan pronto como nos damos cuenta de esto y, en consecuencia, excluimos a los marxistas así como a los otros autores que adoptaron un punto de vista similar, [1484] tenemos dificultades para encontrar exponentes acreditados de lo que podríamos llamar la teoría de la depredación de la ganancia empresarial. Veblen se acerca más a ser un ejemplo: aunque incluso en su caso deberían hacerse ciertas calificaciones, quizás podamos considerarlo como el antepasado científico de la teoría popular a la que aludimos anteriormente. Pero los socialistas científicos modernos no califican, como puede verse en los escritos de Lange y Dobb.

En estas circunstancias, no vale la pena plantearse la cuestión de si las explicaciones funcionales del papel y la ganancia del empresario están viciadas ideológicamente o merecen ser descartadas sobre la base de que las mentes de sus autores pueden haber albergado intenciones apologéticas. [1485] Desafortunadamente, esto no resuelve el asunto. En primer lugar, las teorías funcionales no cubren todo el contenido de la partida de pérdidas o ganancias como se conoce en la práctica empresarial. Esto es así no solo porque este ítem también incluye retornos a los factores de propiedad (algunas de esas teorías, especialmente las más antiguas, siguiendo el ejemplo de JS Mill, sí las incluyeron), sino también porque el empresario, e incluso el mero administrador, especialmente el propietario, gerente de una empresa, está colocado de tal manera que sea el receptor de `` sobras " (positivas o negativas): la palabra residual, tal como se aplica a sus ganancias, tiene por lo tanto un significado más definido que en el caso de los otros demandantes de acciones en recibos totales. Además, el empresario o propietario-gerente que se interpone entre los mercados de productos básicos y de factores tiene más oportunidades para explotar situaciones favorables [1486] y es más vulnerable a que otras personas hagan lo mismo que cualquier otra persona. Las ganancias netas totales en el sentido de la partida de ganancia en el estado de resultados personal de un empresario son, por lo tanto, una aglomeración de elementos de naturaleza muy diferente, y no están tan estrechamente relacionados con lo que sea que, adoptando alguna teoría particular, podamos concebir Los beneficios "puros" deben ser como los ingresos totales de otras personas para sus ingresos "funcionales". La diferencia puede ser muy considerable y constituye una razón, aunque no fundamental, por la que no deberíamos hablar de una tendencia de las ganancias empresariales hacia la igualación.

La razón fundamental es que las ganancias empresariales no son retornos permanentes en absoluto, sino que surgen cada vez, para adoptar el lenguaje de la teoría de Knight-Dobb, la decisión de un empresario en condiciones de incertidumbre resulta exitosa y no tiene una relación definida con el tamaño del capital empleado. . En otras palabras, las ganancias empresariales, aunque siempre presentes como el desempleo tecnológico, surgen, también como el desempleo tecnológico, de una secuencia de eventos cada uno de los cuales, siendo único, no causaría por sí mismo ganancias o desempleo permanentes. No existe ningún mecanismo para igualar tales ganancias "temporales individualmente" excepto en el nivel cero. Pero muchos teóricos de esa época, explícita o tácitamente, asumieron la existencia de tal tendencia simplemente porque no se habían deshecho por completo de la asociación de las ganancias de los empresarios con las ganancias de capital que de hecho pueden, si se

tiene en cuenta el riesgo, demostrarse. para mostrar tal tendencia. Este tema es difícil —aunque en un sentido que difiere de aquél en el que el estudiante no matemático de hoy encuentra difícil la teoría moderna— y no puede continuarse. Pero quiero añadir que, en parte por esta razón, tampoco deberíamos hablar de "oferta de capacidad empresarial". Los autores ingleses y otros hicieron esto porque eran propensos a asimilar lo que llamaron significativamente ganancias de gestión con salarios. Este lenguaje es susceptible de defensa pero no debe inducirnos a trazar curvas de oferta para servicios empresariales, incluso si creemos en curvas de oferta para cualquier otro tipo de trabajo.

En segundo lugar, debe observarse que, cualquiera que sea su naturaleza en otros aspectos, las ganancias de los empresarios prácticamente siempre tendrán alguna relación con los precios monopolísticos. Sea lo que sea lo que produzca estas ganancias, debe ser necesariamente algo que, al menos por el momento, los competidores no puedan igualar, ya que, si lo hicieran, no podría surgir ningún excedente sobre los costos (incluidos los "salarios" empresariales). La introducción exitosa de un nuevo producto básico o marca es quizás la mejor ilustración de esto. Además, hay medios a disposición del empresario exitoso (patentes, "estrategia", etc.) para prolongar la vida de su posición monopolística o cuasi monopolística y hacer más difícil que los competidores se acerquen a él. Evidentemente, esto puede estar relacionado con los elementos del caso que se han examinado en el párrafo anterior de tal manera que arroje una imagen de la realidad que, a efectos prácticos, puede diferir muy poco de la trazada por una depredación directa. teoría. De hecho, son raros los economistas los que dan el peso adecuado a este conjunto de hechos y al mismo tiempo no los exageran. Es aquí, más que en la cuestión fundamental de la teoría involucrada, donde se afirman tanto el sesgo ideológico como el interés político. En principio, un patrocinador de una teoría funcional tiene la libertad de dar tanto peso a las actividades depredadoras como le plazca. [1487] Pero la mayoría de los economistas que escribieron antes de 1914 pueden haber infrautilizado esta libertad tanto como muchos de sus sucesores la han abusado. No debe olvidarse, sin embargo, que la hostilidad generalizada hacia las grandes empresas y los "fideicomisos", en la medida en que tuviera algún significado *analítico* , implica un reconocimiento igualmente generalizado de los hechos referidos.

(c) Capital.

Una vez más tenemos que informar de avances, pero avances casi totalmente desconectados de la 'revolución' en valor y distribución. [1488] A lo largo del período, los economistas de todos los países mostraron una propensión a adherirse al deplorable "método" de intentar resolver problemas mediante la búsqueda del significado de las palabras. Hubo una controversia sobre el concepto de capital, o más bien hubo varios de ellos, en particular uno en el que la figura principal era Böhm-Bawerk y otro en el que la figura principal era Irving Fisher. [1489] Todo esto no debe cegarnos ante el hecho de que se realizó realmente un trabajo analítico serio y no infructuoso, en parte incluso a través de la instrumentalidad de ese «método» poco atractivo. Destacamos brevemente los puntos principales.

Primero, como sabemos, Fisher definió el capital como el acervo de riqueza que existe en cualquier momento. El análisis puede beneficiarse de esto de dos maneras: siempre gana cuando se pone más énfasis en la distinción fundamental entre fondos y flujos; y en este caso particular, como muestra el argumento de Fisher, ganó un trampolín entre el concepto de capital del economista y la cuenta de capital del contador. La mayoría de los economistas continuaron, de hecho, definiendo el capital como un stock de bienes, pero como una categoría particular de bienes más que como el stock total. [1490]

En segundo lugar, aunque los conceptos "físicos" todavía gozaban de mayor popularidad, los no físicos comenzaron a entrometerse. El capital tendía a convertirse en un fondo o en una suma de activos consistente en dinero o valorados en dinero. Esta tendencia se muestra bien en el trabajo de Menger, quien al principio, en su *Grundsätze* , definió el capital como 'bienes de orden superior', pero más tarde (en su contribución a la teoría del capital, 'Zur Theorie des Kapitals', que publicado en *Jahrbücher für Nationalökonomie* , julio de 1888) como 'propiedad productiva. . . [considerado] como una suma de dinero utilizada productivamente. ' Esto presagia tendencias posteriores, pero no pasaremos a mostrar cómo este punto de vista surgió aquí y allá porque no surgió mucho de él en ese momento, excepto en casos sin influencia. [1491] La concepción del capital como el valor descontado de corrientes de rendimientos esperados apareció, a raíz de los trabajos de Böhm-Bawerk y Fisher, bajo la apariencia de *valor* del capital más que de capital *sin palabras* . Pero debe quedar claro que esto hace menos diferencia de lo que algunos autores posteriores se inclinaron a pensar. [1492]

En tercer lugar, la mayoría de los escritores se ciñeron a la tríada de factores, de los cuales el "capital" era uno, y al paralelismo entre los elementos de esta tríada y los elementos de la correspondiente tríada de ingresos (los ingresos empresariales separados). Esto también se aplica a Marshall a pesar de su introducción formal de un cuarto factor, la organización.

Ahora bien, todos los analistas que se mantuvieron en esa tríada y en ese paralelismo tenían, de hecho, un fuerte interés analítico —es ridículo hablar de uno político— en definir el capital de una manera que lo calificaría para estar, en producción y distribución, a la par con el factor trabajo y el factor tierra. También tenían un interés analítico, en efecto, más débil pero aún fuerte, para tratar el capital como una cantidad homogénea, cuyo aumento y disminución tendría un significado inequívoco. Algunos lograron esto, de manera bastante ilógica, colocando un factor capital expresado en dólares junto con un factor trabajo expresado en horas de trabajo y un factor tierra expresado en acres, una práctica para la que se pueden encontrar ejemplos incluso en la década de 1930. [1493] En cualquier caso, sin embargo, debe quedar claro que, en principio, cualquier cuantificación de capital de este tipo es absolutamente inadmisible mientras capital signifique un conjunto de bienes físicos: fábricas, máquinas, lubricantes, materias primas y similares. Tal conjunto de bienes nunca puede considerarse como una cantidad en el sentido ordinario del término, sino solo en el sentido en que una matriz puede denominarse "cantidad compleja". [1494] Y esto no es todo: lo mismo ocurre con la tierra y los factores laborales que tampoco son cantidades homogéneas. Y aún así, esto no es todo. Los elementos de estas tres "cantidades complejas" o matrices no están claramente separados entre sí, sino que se difuminan entre sí: una vía de ferrocarril, aunque hecha por el hombre, se comporta como un agente natural; la habilidad de un abogado es —o puede considerarse— el resultado de "inversiones", etc. En nuestros días todo esto nos ha sido traído a casa, con insuperable energía, por el profesor Knight, quien en consecuencia describió 'la noción completa' de factor de producción ' ' como 'un incubo en el análisis económico' que 'debería ser eliminado de la economía discusión lo más sumariamente posible. [1495] Nuestro acuerdo con él debe, sin embargo, matizarse en dos direcciones. En primer lugar, al afirmar su punto de vista perfectamente correcto del asunto, el profesor Knight estaba siendo seriamente injusto con el desempeño pasado e innecesariamente. Como se ha explicado anteriormente, la tríada de factores es una de esas cosas cuya introducción constituye un paso adelante aunque, en una etapa posterior del análisis, su eliminación puede constituir otro. [1496] En segundo lugar, difícilmente sería fácil eliminar por completo la idea del factor. Porque la condena que el profesor Knight lanza puede

expresarse diciendo que admite una variedad indefinida de factores [1497] dentro de los cuales no hay diferencia económicamente significativa. Pero, sin tener en cuenta las dificultades de presentación que se derivarían de la adopción de esta visión, existen importantes diferencias dentro del mundo de requisitos de producción que no son menos reales e importantes porque no existen líneas divisorias marcadas entre ellos. Incluso un intento de tener en cuenta estas diferencias razonando sobre un trabajo idealmente puro (y homogéneo), un agente natural idealmente puro (y homogéneo) y un tipo de bien de capital idealmente puro (y homogéneo), digamos palas, uno exactamente igual el otro, difícilmente tendría que figurar entre las ofensas más atroces que los teóricos han cometido contra el realismo. Sin embargo, el lector debe observar con atención que este argumento no pretende llevarnos de vuelta al punto de vista de los economistas aludidos al principio de este párrafo. Todo lo que quería transmitir es que la segregación de los bienes de capital físico del trabajo y la tierra no es inherentemente objetable y que puede servir para propósitos útiles en el análisis de las relaciones estructurales dentro de la economía. No quise defender el propósito particular que era el principal en la mente de esos economistas, a saber, el propósito de construir una entidad llamada capital (físico), el precio de cuyos servicios constituiría interés al igual que el precio de los servicios del trabajo. constituye salario y el precio de los servicios de agentes naturales constituye renta. No nos preocupa el interés en este momento. [1498] Pero para evitar malentendidos, quiero decir de una vez que considero esa teoría del interés completamente insostenible [1499] y la disposición en tríadas, en la medida en que sirve a los propósitos de esa teoría, completamente desafortunada.

Sin embargo, aunque la mayoría de los economistas se adhirieron al esquema de la tríada, la tendencia se alejó incluso entre los patrocinadores de los conceptos de capital "físico". El concepto de Menger de bienes de "orden superior" (los bienes de consumo son bienes de orden inferior) se ha mencionado a menudo a este respecto. Pero el ataque más fuerte contra la tríada provino de Böhm-Bawerk. No solo destruyó, mediante uno de los más brillantes de sus muchos esfuerzos en la crítica, la teoría del interés aludida anteriormente, sino que también combatió la idea de que el capital `` físico " es un factor de producción distinto, capaz de ser tratado en la mismo plano con los factores, el trabajo y los agentes naturales "originales". [1500] Tanto el motivo analítico como la sabiduría de esta reducción de la tríada a una díada son dudosos pero, en la medida en que ejerció alguna influencia, ciertamente sirvió para desacreditar a la tríada. Esta díada debe, por supuesto, distinguirse de otra diferente que está más en línea con los puntos de vista del profesor Knight y se hizo cada vez más popular a medida que avanzaba ese período: un número creciente de economistas decidió asimilar los agentes naturales con los bienes de capital sobre el terreno. que las peculiaridades del primero, si las hubiera, no justificaban un tratamiento separado. [1501]

Finalmente, debemos notar el más audaz de todos los intentos que se haya hecho para cuantificar el capital físico, el de JB Clark. También incluyó la tierra en su concepto de bienes de capital. Pero junto a este concepto creó otro, Pure Capital, que denotaría un fondo de poder productivo abstracto. Si hubiera definido este capital puro en términos monetarios (o de cualquier valor), la construcción sería fácilmente comprensible. Pero pensó en ello como una cosa física, cuyo significado trató de transmitir por analogías. Una cascada consiste, en cualquier fracción de segundo, en gotas individuales de agua, pero estas gotas individuales pasan y son reemplazadas por otras y, sin embargo, la cascada como tal sigue siendo la misma cascada. De manera similar, el capital puro consiste en cualquier momento en bienes de capital individuales; esos bienes individuales (o la mayoría de ellos)

son de hecho destruidos y reemplazados por otros, pero el capital puro como tal permanece (o puede permanecer en un estado estable) el mismo capital puro. Por supuesto, es posible expresar de esta manera cualquier conjunto de elementos, como la población, que se renueva a sí mismo 1502 siempre y cuando uno no se engañe creyendo que tal construcción resolverá cualquier problema. Clark, sin embargo, se dejó engañar y creyó confiadamente que había establecido la existencia de un factor de producción permanente, capaz de producir un ingreso neto.

En cuarto lugar, el evento en este campo que atrajo más atención a nivel internacional, y desde entonces ha demostrado ser una fuente fértil tanto de controversia como de trabajo positivo, fue la publicación de la teoría del capital de Böhm-Bawerk. Dado que Jevons había anticipado las ideas principales, será conveniente partir de su capítulo sobre la teoría del capital (*Teoría de la economía política* , cap. 7). Allí, Jevons declaró que iba a seguir la tradición "clásica" (ricardiana) con la que profesaba estar de acuerdo fundamental. 1503 Sin embargo, al darse cuenta —como había hecho Marx— de que el concepto de capital de Ricardo abarcaba cosas tan dispares como los bienes salariales por un lado y la planta, el equipo y las materias primas por el otro, sugirió que el término capital debería limitarse a los bienes salariales únicamente. , aparentemente por la misma razón que indujo a Marx a separar estos bienes asalariados como capital variable del resto, el capital constante. Haciéndose a sí mismo la pregunta de cómo definir mejor la función distintiva de este capital de salario bueno, muy naturalmente dio con la respuesta, que de hecho era cualquier cosa menos nueva, que servía para sostener la mano de obra 1504: si hubiera deseado poder tener se dice que *explota la* mano de obra, durante el tiempo que lleva terminar el trabajo en el que los trabajadores están realmente empleados. Pero en este punto se establece otra corriente de ideas que no estaba explícitamente presente en el argumento de los ricardianos. 1505 El capital, nos dice Jevons, "nos permite *gastar trabajo por adelantado* ". Y el dominio sobre el capital del bien salarial es, por lo tanto, un requisito previo para introducir `` *cualquier mejora en la oferta de mercancías alarga el intervalo promedio entre el momento en que se ejerce el trabajo y su resultado o propósito final logrado* " (p. 248; cursiva de Jevons), por ejemplo, para construir un ferrocarril. El tiempo que podemos 'financiar', que en el argumento de Jevon es el mismo que el tiempo para el cual tenemos suficientes bienes salariales para mantener el trabajo que, directa e indirectamente, se emplea en la construcción de la carretera, es por lo tanto una de las circunstancias. que restringen nuestra elección entre métodos de producción, por lo tanto, un determinante del producto resultante. Este tiempo, que ahora entra tanto en el proceso de producción como en el concepto de capital, debe, sin embargo, considerarse que incluye no solo el tiempo de construcción y producción sino, en caso de que el producto consista en bienes duraderos o en una corriente de bienes, también el momento de la 'desinversión'. Por tanto, nos vemos llevados a distinguir entre 'cantidad de capital invertido' y 'cantidad de inversión de capital', determinándose esta última 'multiplicando cada porción de capital invertida en cualquier momento por el período de tiempo durante el cual permanece invertido' (p. . 249). A continuación se muestran los conocidos diagramas explicativos, así como ejemplos explicativos. Ésta es, o sugiere, una concepción novedosa de la estructura temporal del aparato productivo. El lector mismo haría bien en buscar a Jevons. Además, me atrevo a preguntarle dos cosas: ignorar detalles y concentrarse en la idea fundamental; y admitir que hasta ahora esta idea no es una tontería obvia y completa. 1506

Se han ofrecido razones para creer que la teoría del capital de Böhm-Bawerk era subjetivamente original. Pero será conveniente tratar esta teoría como si no fuera más que una

elaboración de las ideas jevonianas. [1507]

Para empezar, debemos descartar la dificultad que surge del hecho de que Böhm-Bawerk, aunque su fondo de subsistencia juega exactamente el mismo papel que el capital de salario de Jevons, [1508] definió su capital como productos intermedios. Aceptamos el concepto de Jevons, pero no podemos descartar este punto sin enfatizar la concepción de Böhm-Bawerk de los productos intermedios (como herramientas y materias primas) como bienes de consumo en proceso de maduración (la 'riqueza incipiente' de Taussig). Hay una profundidad en esta concepción que no se encuentra en Jevons. [1509]

A continuación, recordando el énfasis puesto por Jevons en la relación entre el lapso de tiempo que su capital de buen salario nos permite 'financiar' y el uso de métodos superiores de producción, encontramos la misma idea incorporada con mayor énfasis en el libro de Böhm-Bawerk. concepto de "proceso indirecto de producción" (*Produktionsumwege*), es decir, producción de bienes de consumo a través de la producción de bienes intermedios. La productividad extra (*Mehrergiebigkeit*) de la tecnología superior está tan estrechamente vinculada con la inserción de etapas adicionales de producción y esto, a su vez, con la extensión del tiempo durante el cual una determinada inversión permanece bloqueada que nos preguntamos si, dejando de lado Con excepciones relativamente poco importantes (que hizo todo lo posible por reconocer), Böhm-Bawerk estaba en condiciones de admitir la aparición de mejoras que acortan ese tiempo en lugar de extenderlo. [1510] Postuló, entonces, que el producto de una determinada cantidad de "trabajo" aumenta con cada aumento en la "cantidad de inversión de capital" de Jevons. Pero también postuló que este aumento procede a un ritmo decreciente. [1511] Esto equivale a establecer una ley de rendimientos (físicos) decrecientes que es formalmente análoga a la ley de la productividad marginal decreciente de cualquier otro factor: en las tablas aritméticas mediante las cuales Böhm-Bawerk ilustró sus ideas (ver, por ejemplo, *Kapital und Kapitalzins* , II, p. 463 y siguientes de la 3ª ed.), "Aplicó", por así decirlo, sucesivas unidades de tiempo a una determinada cantidad de recursos (en realidad: un mes de trabajo). La restricción involucrada es más fuerte de lo necesario, pero hizo que las cosas fueran mucho más fáciles para Böhm-Bawerk de lo que hubiera sido sin ella. Sin embargo, al evaluar la posición de este postulado, no debemos olvidar nunca esta lección de la práctica del físico: un postulado puede justificarse no sólo estableciendo observacionalmente los hechos que afirma, sino también por sus resultados.

Finalmente, la 'cantidad de inversión de capital' de Jevons, que tiene una dimensión de tiempo, dividida por su 'cantidad de capital invertido', que no tiene dimensión de tiempo, da el famoso Período de producción de Böhm-Bawerk. Esta cantidad caracterizará, mediante una sola cifra, la estructura de producción, si es posible de la producción nacional total, y servirá como variable fundamental de la teoría del capital. Formalmente, representa un centro gravitacional. Piense de n partículas de las masas $m_1, m_2, \ldots, m_n$ que se encuentran en línea recta. La elección de esta línea para el eje y denota las coordenadas de las partículas en este eje por $x_1, x_2, \ldots, x_n$, encontramos que la coordenada X de su centro de gravedad es

.

Ahora supongamos que las m representan, en lugar de n masas de partículas, n cantidades de

recursos físicos que se están aplicando sucesivamente, en *n* puntos de tiempo, $t_1 \ldots t_n$, a la producción de un bien de consumo que, después de otro período de tiempo de almacenamiento, se vende y se consume [1512]. Esta configuración nos impone inevitablemente la necesidad de identificar estos recursos físicos con un único agente homogéneo —Böhm-Bawerk eligió, como Jevons, unidades homogéneas de trabajo [1513]— o la suposición de que estos recursos consisten en dosis de composición invariable. Para el eje ahora elegimos el tiempo en lugar de la distancia, y para el punto cero en este eje, el momento en el que se vende el bien del consumidor. Evidentemente, las *t* están todas a la izquierda de este punto cero, por lo tanto son negativas, y *disminuyen* numéricamente a medida que avanzamos desde el primer acto de inversión en t_1 hacia la derecha hacia el punto cero. La expresión [1514]

que tiene solo una dimensión de tiempo (ya que la dimensión de recursos se cancela), es el período de producción de Böhm-Bawerk. La frase es de lo más infeliz —es difícil pensar en una más infeliz— y en gran medida responsable de la avalancha de críticas adversas. Pero el significado de la cosa en sí es claro: es el promedio de las distancias de tiempo desde la venta de los productos de todas las unidades de 'trabajo invertido'. [1515]

La necesidad de comentarios sobre esta teoría del capital (además de los que ya se han hecho) se reduce mucho por el hecho de que el profesor Knight, con mucho el más eminente de sus críticos, ha admitido que, bajo todos los supuestos hechos por Böhm -Bawerk, es válido. [1516] En primer lugar, hay que subrayar de nuevo que aquí no nos ocupamos de la teoría del interés de Böhm-Bawerk ni de la influencia que tiene sobre ella ninguno de los elementos de su teoría del capital. Esto marca una gran diferencia. Como ejemplo, considérese el argumento de que en un proceso sincronizado en el que la producción y el consumo corren continuamente, con todos sus elementos perfectamente coordinados, la idea de períodos de producción deja de tener importancia o incluso significado y la producción puede ser tratada con seguridad como atemporal. . Ahora bien, puede ser cierto que en tal proceso el período de producción deja de tener alguna importancia en la explicación del interés. [1517] Pero eso no es lo mismo que decir que el concepto *no* tiene utilidad ni significado en tal proceso. Incluso en la cascada de Clark, suponiendo que sea perfectamente estable, podemos, por ejemplo, intentar definir el tiempo que una gota de agua tarda en promedio en llegar de arriba a abajo, lo que sería un método, aunque muy imperfecto. , de describir algunas de sus propiedades. De manera similar, el período de producción de Böhm-Bawerk, si se aceptan sus supuestos, expresaría una de las características más significativas de un proceso económico, por más "sin ciclos" que sea. Esto ha sido demostrado, en una de las contribuciones constructivas no demasiado numerosas a la teoría del capital de Böhm-Bawerk, por el profesor Marschak. [1518]

En segundo lugar, debemos tener en cuenta las discapacidades técnicas de Böhm-Bawerk, que hicieron que su idea fuera mucho más abierta a un ataque formalmente exitoso de lo que hubiera sido si se presentara con una armadura más fuerte. Esta armadura ha sido reforzada, sin embargo, por varios escritores, especialmente por Gifford [1519] y Marschak. En tercer lugar, e independientemente de las imperfecciones técnicas, no debe olvidarse que el concepto de período de producción, enmarcado por

Böhm-Bawerk, era solo un dispositivo para expresar un aspecto del proceso económico y que descuidaba todos los demás. que es lo que Wicksell quiso decir cuando dijo que la teoría del capital de Böhm-Bawerk era tan "abstracta" que apenas constituía una primera aproximación a la realidad. Por ambas razones, toda la construcción sin duda parece demacrada, por no decir extraña.

Algunas de las características que explican esta impresión pueden eliminarse sin gran dificultad. Jevons sabía que era mejor no permitir que se agregara mano de obra a un producto intermedio en crecimiento hasta que surja un bien de consumo terminado que se consume de inmediato: como ya se dijo, incluyó el proceso de 'desinversión' para que su período no fuera simplemente un período de *producción.* . El mismo Böhm-Bawerk, inspirado por Rae, agregó el uso gradual de bienes de consumo duraderos. Wicksell mostró cómo los servicios de agentes naturales pueden acompañar al trabajo. Su alumno, el profesor Åkerman, también inspirado por Rae, abordó en una de las obras más importantes de este campo, los problemas del capital fijo, curiosamente ausente del esquema de Böhm-Bawerk. [1520] Una de esas características del esquema de Böhm-Bawerk que pareció más ridículo a los críticos, que su período de producción parece comenzar desde un estado en el que toda la producción se desarrolla sin herramientas o materiales y la gente pesca con sus propias manos, puede ser eliminados tan pronto como nos demos cuenta de que toda teoría económica es una teoría de la planificación e inevitablemente tiene que aceptar los resultados del pasado —incluidos la planta, el equipo y las existencias— *como datos* . Entonces dejaremos de intentar construir un proceso económico *ab ovo* y, mirando hacia el futuro, consideraremos, en lugar de la "cantidad de inversión de capital", la "cantidad de inversión a realizar". [1521] Incidentalmente, esto también eliminaría uno de los motivos para 'resolver' todos los bienes de capital en 'trabajo y tierra' o solo trabajo. De manera similar, podemos deshacernos de la 'linealidad' del esquema de producción de Böhm-Bawerk, de la idea de que todos los productos surgen como resultado de procesos durante los cuales, en cada etapa intermedia, no se agrega nada al resultado de la etapa anterior sino labor. Tampoco me parece imposible derivar de los "períodos" de las empresas individuales el período social de producción que se necesita en la teoría de Böhm-Bawerk. Pero no veo que exista una respuesta satisfactoria a otra objeción. Para que la concepción de Böhm-Bawerk de la estructura del capital sirva a su intención analítica, esta estructura debe ser un hecho físico; y las diferentes cantidades de producto que producen las diferentes estructuras de tiempo deben ser comparables físicamente. Para asegurar el primer requisito, necesitamos de hecho un recurso físicamente homogéneo, cuyos elementos se diferencian nada más que en la dimensión temporal; Para garantizar el segundo requisito, los productos que entran en las mesas de Böhm-Bawerk deben ser todos iguales en clase y calidad, y no se diferencian más que en la cantidad física. Ninguno de los requisitos puede cumplirse salvo en casos especiales. Y es esto lo que reduce el valor analítico de la teoría del capital de Böhm-Bawerk, hasta ahora, al valor que todavía puede atribuirse a la ilustración no operativa de un aspecto de la realidad. [1522] Pero, así que el lector podría preguntarse, si reconocemos todo esto y si introducimos todas esas correcciones, ¿qué queda de la teoría del capital de Böhm-Bawerk y, en particular, de su período de producción? Bueno, de ellos no queda nada excepto la idea esencial. Y esto sigue demostrando su vitalidad con cada crítica y cada pieza de trabajo constructivo que evoca. [1523]

3. La revolución en la teoría del valor [1524] y la distribución

En esta sección trataremos de formular, de manera totalmente elemental, en qué consistió esta

llamada revolución y qué diferencia hizo en el análisis económico. Para este propósito, adoptaremos el lenguaje de la teoría de la utilidad marginal en su forma original y más acrítica. Y usaremos principalmente la edición austriaca, porque los austriacos (Menger, Wieser, Böhm-Bawerk), a pesar de su técnica defectuosa, lograron resaltar ciertos aspectos fundamentales con mayor claridad que Jevons o Walras. La enseñanza de Marshall entrará, como un instructivo contraste, tanto en esta sección como en el próximo capítulo, donde nos moveremos en el nivel superior de Walras. [1525]

La historia de la propia teoría de la utilidad marginal y de sus sucesoras se tratará en el capítulo 7. Pero necesitamos algunos elementos ahora mismo. Menger partió de lo que supuso eran los hechos obvios de los deseos humanos, que formalizó de esta manera: primero, hay diferentes categorías de deseos o gustos o deseos (*Bedürfniskategorien*), como el deseo de comida, refugio, ropa, y así sucesivamente, que definen el concepto de Bienes y se pueden ordenar en un orden definido de importancia (subjetiva); segundo, dentro de cada una de estas categorías de deseos, existe, dado como una realidad psíquica, una secuencia definida de deseos de incrementos adicionales de cada bien (*Bedürfnisregungen*), que experimentamos a medida que *consumimos* incrementos sucesivos. Menger ilustró esto con una tabla numérica que ha sido reproducida por el profesor Stigler (*op. Cit.* P. 144), y trató con cuidado la gran cantidad de preguntas que surgen en relación con el esquema, como hasta qué punto las necesidades pueden ser tratadas como datos a pesar de su expansibilidad y maleabilidad. Sin hacer caso de estas preguntas, procedemos inmediatamente a enunciar el postulado —o 'ley' - que era fundamental para la teoría 'nueva' o 'psicológica' del valor: a medida que vamos adquiriendo incrementos sucesivos de cada bien, la intensidad de nuestro deseo porque una 'unidad' adicional declina monótonamente hasta que alcanza, y luego posiblemente cae por debajo de cero. O, reemplazando las cifras discretas de Menger por una curva o función continua, y la frase 'deseo de una unidad más' [1526] por Utilidad marginal: 'La utilidad marginal de una cosa para cualquiera disminuye con cada aumento en la cantidad que ya tiene' (Marshall, *Principios* , p. 168). Descartando varias objeciones, podemos definir a partir de esto (como una suma o integral) el concepto de utilidad total y luego también decir que la utilidad total de una cosa para cualquier persona aumenta, hasta el punto de saciedad, con cada aumento en la cantidad de ella, pero a un ritmo decreciente.

En cualquiera de las formas, esto es lo que Marshall llamó la Ley de los deseos satisfactorios y lo que los austriacos llamaron *Gesetz der Bedürfnissättigung* . En honor al "precursor" más importante, también se le llama Primera Ley de Gossen. [1527] Añadimos inmediatamente la proposición que se llama —o debería llamarse— Segunda Ley de Gossen. A diferencia del primero, no es un postulado sino un teorema: para asegurar un máximo de satisfacción de cualquier bien que sea capaz de satisfacer diferentes deseos (incluido el trabajo o el dinero), un individuo (o hogar) debe asignarlo a estos diferentes usos. de tal manera que iguale sus utilidades marginales en todos ellos. [1528] A primera vista, ambas declaraciones no son más que representaciones algo técnicas de trivialidades tristes. Pero no debemos olvidar que las estructuras intelectuales más orgullosas descansan en trivialidades que carecen de interés en sí mismas. ¿Qué podría ser más trivial que el hecho de que un cuerpo en reposo permanecerá en reposo a menos que algo (una 'fuerza') actúe para ponerlo en movimiento (Primera Ley de Newton)? Miremos, entonces, la estructura que se erigió sobre esas trivialidades.

(a) La teoría del valor de cambio.

El primer problema que Jevons, Menger y Walras —también Gossen— abordaron mediante el aparato de utilidad marginal fue el problema del trueque. Al igual que sus predecesores `` clásicos '', se

dieron cuenta de la posición central del valor de cambio aunque, también como estos predecesores, no dejaron lo suficientemente claro a sus lectores y quizás no se dieron cuenta de que el valor de cambio no es más que una forma especial de un universal. coeficiente de transformación en cuya derivación pivota toda la lógica de los fenómenos económicos. [1529] Sus teorías del trueque o, para usar el término de Whately una vez más, su cataláctica, diferían mucho en lo que respecta a la perfección técnica y la corrección: el logro cumbre del período está contenido en las *leçons* 5-15 de *Éléments* de Walras . [1530] Pero todos —también el de Gossen— apuntaban al mismo objetivo, que era demostrar que el principio de utilidad marginal es suficiente para deducir las relaciones de cambio entre mercancías que se asentarán en mercados competitivos y también las condiciones bajo las cuales rangos de posibles relaciones de cambio deben ser sustituidos por otros determinados unívocamente. En otras palabras, establecieron lo que A. Smith, Ricardo y Marx habían creído imposible, es decir, que el valor de cambio puede explicarse en términos de valor de uso. [1531] Jevons, Menger y Walras habrían aprobado todos esta declaración. Es a esto a lo que se referían cuando afirmaban haber descubierto la "causa" del valor (de cambio). Sin embargo, incluso si se hubiera concedido, esto en sí mismo no habría supuesto mucho, especialmente porque la "paradoja del valor" se había resuelto, como sabemos, una docena de veces antes. [1532] Es más importante que la "nueva" teoría del intercambio fuera más general que las antiguas [1533] y que sus resultados fueran más fértiles —muchos de ellos debidos a Edgeworth— incluso en los casos cubiertos por las antiguas. Pero este tampoco es el punto esencial. El punto esencial es que, en la "nueva" teoría del intercambio, *el análisis de la utilidad marginal creó una herramienta analítica de aplicabilidad general a los problemas económicos* . [1534] Esto se aclarará a medida que avancemos.

(b) Costo, producción, distribución.

Los conceptos de utilidad marginal y total se refieren a los deseos de los consumidores. Por lo tanto, tienen un significado directo solo con referencia a bienes o servicios cuyo uso produce la satisfacción de los deseos de los consumidores. Pero Menger continuó diciendo que los medios de producción, o, como él los llamó, 'bienes de orden superior', entran dentro del concepto de bienes económicos en virtud del hecho de que también producen satisfacción de los consumidores, aunque solo indirectamente, a través de ayudar a producir cosas que satisfagan directamente los deseos de los consumidores. Detengámonos por un momento para considerar el significado de este dispositivo analítico que parece tan simple o incluso trillado y, sin embargo, fue un genuino golpe de genio. [1535] Nos permite tratar cosas como el hierro, el cemento o los fertilizantes, y también todos los servicios de los agentes naturales y la mano de obra que no se consumen directamente, como bienes de consumo incompletos y, por lo tanto, extiende el alcance del principio de utilidad marginal a toda la zona. de producción y 'distribución'. A los requisitos o factores o agentes de producción se les asignan valores de uso: adquieren sus *índices de significación económica* y, por tanto, sus valores de cambio del mismo principio de utilidad marginal que proporciona los índices de significación económica y por tanto explica los valores de cambio de los bienes de consumo. Pero esos valores de cambio o precios relativos de los factores constituyen los costos de producción para las empresas productoras. Esto significa, por un lado, que el principio de utilidad marginal cubre ahora el fenómeno del costo y, en consecuencia, también la lógica de la asignación de recursos (estructura de producción), de ahí el 'lado de la oferta' del problema económico en *lo que respecta a todo esto. está determinada por consideraciones económicas* . Y significa, por otro lado, que, en la medida en que los costos para las empresas son ingresos para los hogares, el mismo principio marginal, con la misma salvedad, cubre

automáticamente los fenómenos de formación de ingresos o de 'distribución', *que realmente dejan de afectar. ser un tema distinto* , aunque, por supuesto, todavía puede ser tratado por separado por conveniencia de la exposición. El conjunto del organon de la economía pura se encuentra así unificado a la luz de un solo principio, en un sentido en el que nunca lo había estado antes.

La mayoría de los problemas que surgen de esta configuración sólo se pueden discutir en un nivel en el que Walras gobierna supremamente. Pero, aunque creo que a Jevons se le debe atribuir una visión de los hechos anteriores y, si es así, tiene prioridad, el mérito de haber elaborado esa teoría de manera sistemática, en el plano en el que nos movemos ahora, debe ser para los austriacos y, en particular, para los austriacos. a Menger, cuyos *Grundsätze* contienen todos los elementos esenciales. El profesor Stigler, de hecho, señaló muchas "pausas" en el tratamiento de Menger y las atribuyó con razón a su preocupación por los problemas de umbral de la valoración de los bienes directamente consumibles. De hecho, esto explica la impresión de que estaba descuidando los aspectos relacionados con los costos. Pero en la propia demostración de Stigler, Menger obtuvo todos los resultados esenciales. Tampoco debemos olvidar que el *Grundsätze* era, en un sentido bastante diferente del aplicable a los *Principios* de Marshall , destinado a ser sólo una introducción. En realidad, se dejó a Wieser elaborar la teoría austriaca del costo y la distribución de manera explícita. Pero fue el peor técnico de los tres grandes austriacos. Y las objeciones a los métodos que le eran peculiares abrumaron a sus lectores, y especialmente a Wicksell, a fin de perjudicar el efecto de lo que en realidad era una gran actuación. Böhm-Bawerk expuso, desarrolló y defendió la teoría del valor mengeriana. Pero en este campo ni tenía ni afirmaba pretensiones de originalidad. La mejor formulación de la doctrina austriaca fue presentada más tarde por Wicksell.

Si la explicación del valor de cambio de los medios de producción se basa en su utilidad indirecta o valor de uso para los consumidores de sus productos finales, es decir, si su importancia económica debe derivarse de la contribución que hacen solidariamente a los consumidores 'satisfacciones, naturalmente surge el problema de cómo se va a aislar la contribución de cada uno de ellos, ya que todos los' factores 'son igualmente' requisitos 'para el producto final y que la retirada completa de cualquiera de ellos dará lugar en la mayoría de los casos a una producto cero. El mero hecho de que algunos críticos alemanes siguieran insistiendo en que este problema era insoluble y que, debido a que lo era, la teoría de la utilidad marginal era inaplicable a la evaluación de cualquier bien distinto de los bienes de consumo presentes en cantidades determinadas, por lo tanto inaplicable a la producción, debería Baste mostrar que aquí se trataba de hecho de una dificultad real y no trivial, cuya eliminación era el requisito previo para que la idea fundamental se volviera analíticamente operativa. Menger lo eliminó aplicando el análogo del método que había utilizado para resolver la paradoja del valor. Aceptó la imposibilidad de separar las contribuciones de los 'factores' al producto que resulta de su cooperación. Pero observó que para eliminar la dificultad era suficiente determinar sus contribuciones *marginales* (*Grenzbeitrag* de Wieser). 1536 Y éstos se pueden encontrar de manera muy sencilla retirando sucesivamente pequeñas cantidades de cada requisito de producción, manteniendo los demás constantes cada vez, y comprobando la pérdida de satisfacción que esto ocasionará a los consumidores del producto o productos.

Algunos puntos técnicos acerca de este procedimiento 1537 se discutirán en el capítulo siguiente. Pero debemos notar de inmediato que esta fue la forma en que los austriacos redescubrieron la productividad marginal. La suya era, sin embargo, una productividad marginal con una diferencia.

Para aclarar este punto, recordemos la distinción habitual entre productividad física marginal y productividad de valor marginal. La productividad física marginal de un 'factor' es el incremento de producto que resulta de un incremento infinitesimal en la cantidad de ese factor. La productividad del valor marginal de un 'factor' para una empresa [1538] es este incremento físico multiplicado por el incremento correspondiente en los ingresos totales o ingresos brutos de esta empresa. Ambos conceptos entran en la teoría austriaca. Pero no entran por su planta baja, y se han desarrollado independientemente de ella. [1539] Fundamentalmente, la productividad marginal austriaca era de hecho una productividad de valor, pero una que no presuponía el precio del producto: no era la productividad marginal física multiplicada por ningún precio, sino la productividad marginal física multiplicada por la utilidad marginal de algunos consumidores. Fue sobre esta base que desarrollaron su teoría que era al mismo tiempo una teoría de la producción y de la distribución: las herramientas de su teoría del trueque, forjadas de antemano, entraron luego para implementarla y mostrar cómo funciona esto en un economía de propiedad privada.

Ahora bien, esta concepción del valor marginal o de la productividad de la utilidad tiene un sentido común obvio solo en el caso de una economía de Crusoe. De hecho, puede suponerse razonablemente que Crusoe valora sus diversos y escasos medios de producción de acuerdo con las satisfacciones que sabe que dependen, en el margen, de su posesión. Para usar el término de Wieser, se puede suponer que él *atribuye* estas satisfacciones a esos medios (su propia capacidad para trabajar es solo uno de ellos) y, por lo tanto, para sus propios fines prácticos, debe realizar un proceso subconsciente de imputación. Pero si queremos sostener que un proceso similar de imputación constituye el significado más íntimo de los mecanismos de la 'sociedad adquisitiva' (término de Tawney), es necesario interpretar esta imputación como realizada indirectamente por empresas que no experimentan psicológicamente las satisfacciones de esos consumidores. y, en cualquier caso, quieren maximizar las ganancias pecuniarias. Demostrar que este es el verdadero problema. Por lo que se puede demostrar en absoluto, se puede demostrar solamente al mostrar que los mecanismos de trueque o precios de los mercados libres funcionarán de tal manera que se asegure los resultados que *se* deben observar en caso factores fueron evaluados por primera vez como Crusoe los evalúa y si estos valores de utilidad se convirtieran entonces en valores de cambio o precios de la misma manera en que los valores de utilidad de los bienes de consumo se convierten en valores de cambio en un simple mercado de bienes de consumo. [1540] Incluso plantear este problema, que obviamente no es trivial ni carece de interés, habría significado un logro considerable. Pero Menger y Wieser, salvo defectos técnicos, hicieron casi todo el camino para resolverlo y, por lo tanto, también resolvieron los problemas fundamentales de asignación de recursos (producción) y de precio de estos recursos (distribución).

Sin embargo, la construcción involucrada en la aplicación del método de imputación no solo estaba muy alejada de cualquier proceso mental real que pueda atribuirse a cualquier agente decisivo; esto no importa mucho considerando el 'como si' que entra en esto como ocurre con tantos otros. construcciones científicas, pero también innecesarias. Para determinar los precios de los factores y su participación distributiva, no es necesario conocer primero sus valores de utilidad. Todo lo que necesitamos saber son los gustos de los consumidores, las condiciones tecnológicas de producción y la distribución inicial de la propiedad de los "factores"; entonces el principio de ingresos netos máximos, que implica un principio de costo mínimo, hará el resto. Pero los austriacos insistieron en afirmar su idea fundamental en cada paso y, para lograrlo, pensaron que era necesario dividir entre los factores el

valor de *uso* del producto del mismo modo que los *ingresos* por la venta del producto se dividen realmente entre factores, la idea es que el primer proceso (una ficción metodológica) daría la explicación del segundo proceso (una realidad). Por lo tanto, su problema de imputación (*Zurechnung*) tomó la siguiente forma: encontrar las funciones de utilidad de los bienes de los productores a partir de funciones de utilidad dadas de los bienes de los consumidores. Fue muy complicado para ellos por sus deficiencias técnicas y dio lugar a una considerable literatura, positiva y crítica, que, a partir de las contribuciones originales de Menger, Wieser y Böhm-Bawerk, exploró varios callejones sin salida y produjo más calor que luz. Sin embargo, no es necesario que entremos en esto. [1541] Pero, independientemente de lo que pensemos de los méritos técnicos de la teoría de la imputación, expresa una verdad profunda que la simple afirmación de que la producción y la distribución son cuestiones de evaluación de los servicios productivos no transmite en sí misma. Y produce una teoría de costes satisfactoria.

La discusión de las *utilidades* marginales de los medios de producción en el espíritu de la teoría de la imputación conduce fácilmente al reconocimiento de la relevancia para estas utilidades marginales de los elementos de complementariedad y sustituibilidad [1542] de los factores y de sus usos alternativos. Por esta vía, los austriacos llegaron a lo que se ha llamado la teoría del costo de uso alternativo u oportunidad de [1543] , la filosofía del fenómeno de los costos que puede expresarse con el adagio: Lo que realmente nos cuesta una cosa es el sacrificio de la utilidad de aquellos. otras cosas que podríamos haber obtenido de los recursos que se destinaron al producto que producimos.

De forma esporádica, esta teoría del costo había aparecido en el pasado, especialmente en los *Principios de* JS Mill , pero solo para explicar casos especiales que no encajaban en los esquemas más antiguos. Como teoría general y como explicación del significado social fundamental del costo —tanto en la sociedad capitalista como en la socialista— *era nuevo* . Tampoco debería haber duda de que hace una teoría de la distribución mucho mejor. Pero quiero hacer hincapié en particular en el hecho de que enfatiza un fenómeno que casi se perdió en el análisis de Marshall. Considérese la asignación de un requisito de producción, digamos trabajo, de un tipo dado en una economía de dos mercancías. A medida que asignamos más y más trabajo a la producción de la mercancía A y cada vez menos a la producción de la mercancía B, las utilidades marginales de la mercancía A caerán y las utilidades marginales de la mercancía B aumentarán. Podemos expresar esto diciendo que los rendimientos de utilidad de la producción A están disminuyendo y que los costos de la producción A están aumentando: hemos derivado, del principio de utilidad marginal, una nueva 'ley de rendimientos decrecientes', que es independiente de cualquier ley física de disminución, y que se impondrá incluso frente a una ley física de rendimientos crecientes.

(c) Interdependencia y equilibrio.

Si contemplamos las bulliciosas multitudes que trabajan y comercian con el fin de ganarse la vida, de hecho, tendremos pocas dificultades para vincular su comportamiento con el apetito por la ganancia y el apetito por los bienes. Pero de ninguna manera nos resultará obvio que el proceso que genera ingresos reales pueda describirse satisfactoriamente, en lo que respecta a su lógica formal, mediante un principio simple o que exista alguna lógica inherente a él. La historia del esfuerzo analítico en este campo es la historia de una conciencia creciente, parcial al principio, cada vez más general después, de la presencia de un proceso económico lógicamente coherente, una conciencia que primero alcanzó una formulación consciente en las obras de hombres como Cantillon, Quesnay, A.

Smith, Say y Ricardo. Pero fue solo en el período en discusión cuando la concepción de un cosmos económico que consiste en un sistema de cantidades interdependientes se elaboró completamente con todos sus problemas, si no resueltos satisfactoriamente, al menos claramente ordenados y con la idea de un concepto general. equilibrio entre estas cantidades claramente establecido en el centro de la teoría pura.

Este fue el logro de Walras. Tan pronto como nos damos cuenta de que lo realmente importante es el sistema de equilibrio general, descubrimos que, en sí mismo, el principio de utilidad marginal no es tan importante después de todo como creían Jevons, los austriacos y el propio Walras. Pero el análisis del esquema de Walras revela al mismo tiempo el hecho de que la utilidad marginal fue la escalera por la que Walras ascendió al nivel de su sistema de equilibrio general. Si el principio de utilidad marginal dejó de ser de suma importancia después de que se alcanzó este nivel, no obstante lo fue desde el punto de vista heurístico. Esta observación arroja nueva luz sobre los logros de Jevons y los austriacos. Ellos también encontraron la escalera. La técnica defectuosa solo les impidió trepar hasta la cima. Pero treparon tan alto como les permitía su técnica. En otras palabras: debemos ver en la teoría de la utilidad de Jevons-Menger una teoría embrionaria del equilibrio general [1544] o, en todo caso, una forma particular del principio unificador que está en la base de cualquier sistema de equilibrio general. Aunque no lo hicieron completamente articulado, principalmente porque no entendieron el significado de un conjunto de ecuaciones simultáneas, y aunque vieron en una utilidad marginal la esencia de su innovación en lugar de ver en ella un dispositivo metodológico heurísticamente útil, no obstante son , al igual que Walras, entre los padres fundadores de la teoría moderna. Esto también es válido para JB Clark. Los críticos posteriores estaban tan encantados con sus propias mejoras técnicas y tan ansiosos por renunciar a la comunión con Jevons y los austriacos que no se dieron cuenta de ello.

¿En qué sentido se efectuó una revolución? ¿Y esta revolución produjo una nueva teoría del proceso económico?

La respuesta a la primera pregunta dependerá de lo que entendamos por esa palabra tan mal utilizada. Si nos referimos a un cambio que es a la vez completo y discontinuo, entonces debería admitirse la afirmación de estos pioneros de la teoría moderna, la afirmación de haber revolucionado la parte "pura" de la economía. Porque aunque la estructura inestable de JS Mill invitaba a la reconstrucción siguiendo las líneas que en realidad adoptaron Jevons, Menger y Walras, y aunque se puede decir que Marshall hizo casi lo mismo por reforma que por revolución, las controversias de esa época atestiguan fuertemente la ruptura que había ocurrido. Somos propensos a sonreír ante el alarde de Gossen de haber logrado una hazaña copernicana. Pero esta jactancia fue menos irrazonable de lo que parece a primera vista. La sustitución de lo geocéntrico por el sistema heliocéntrico y la sustitución de lo «clásico» por el sistema de utilidad marginal fueron actuaciones del mismo tipo: ambas fueron reconstrucciones esencialmente simplificadoras y unificadoras. La comparación nos parece ridícula sólo por las diferentes posiciones intelectuales de la astronomía y la economía. De manera similar, sonreímos cuando nos enteramos de que el soldado-estadista negro Toussaint L'Ouverture (1743–1803) se describió a sí mismo como el Buonaparte de Santo Domingo. Pero esto se debe a que la importancia de Francia en el mundo es mucho mayor que la de Santo Domingo y no a que exista una desproporción obviamente ridícula entre los dos hombres, cada uno tomado con referencia a su entorno. [1545]

Esto tiene como consecuencia la costumbre, que se ha desarrollado especialmente en los Estados Unidos, de calificar la teoría "marginalista" de neoclásica. Teniendo en cuenta cuánto del viejo

marco y las viejas actitudes fueron asumidas por los 'marginalistas', podríamos sentirnos inclinados a aprobarlo. Los esfuerzos de Marshall por preservar la continuidad —y aún más una apariencia de ella — prestaron un apoyo adicional a la valoración implícita, y algo despectiva, de la actuación de los revolucionarios. Pero en lo que concierne a la teoría pura, no tiene más sentido llamar neoclásica a la teoría de Jevons-Menger-Walras que llamar a la teoría de Einstein neo-newtoniana: como ya conocemos, el término eclécticos, aplicado a Marshall y sus seguidores, es aún más engañoso. Por esto, sin embargo, solo se podía culpar a sí mismo.

La segunda pregunta, tal como está, por supuesto, debe responderse negativamente. Ninguna teoría en el sentido de teoría pura puede ser nunca una teoría en el sentido de análisis completo de los fenómenos a los que se refiere. Los supuestos fácticos son tan importantes como lo es el aparato analítico que destila los resultados de ellos. [1546] Además, la vida económica es un proceso histórico único y nuestros autores no tenían otro esquema explicativo del cambio económico que el que habían heredado de A. Smith; incluso si hubieran tenido uno propio, su teoría de la utilidad marginal habría sido completamente neutral. Por último, no tenían esquemas dinámicos más explícitos que sus predecesores "clásicos" y lucharon por superar las deficiencias creadas de esa manera de la misma manera. Podría parecer que, si nuestra pregunta fuera reformulada a la luz de estas tres calificaciones, la respuesta debería ser Sí: los teóricos de la utilidad marginal ciertamente parecen haber logrado crear un esquema de valor de uso de la estática económica que era completo en sí mismo. Desafortunadamente, debemos calificar aún más. No todos los problemas de la teoría pura podían tener una solución única dentro de la teoría de la utilidad marginal. Ya hemos tenido ejemplos, a saber, las teorías de la empresa y del capital: con respecto a estas, la teoría de la utilidad marginal fracasó por completo —y muy naturalmente— en restringir el rango de posibles diferencias de opinión. Otro caso de falla del poder unificador del principio de utilidad marginal es la teoría del interés. Ésta es la razón principal por la que, después de todo, tendremos que entrar en una discusión separada sobre las participaciones distributivas, aunque se aprovechará la ocasión para abordar algunos otros asuntos (más adelante en la sección 5). Antes de hacer esto, será útil discutir la actitud de Marshall hacia el análisis de Jevons-Menger.

4. Actitud de Marshall y costo real

Se pide al lector que refresque su memoria de lo que se ha dicho en el capítulo anterior sobre el tema de la actitud de Marshall hacia trabajos anteriores y contemporáneos muy similares, en sus fundamentos, al suyo. En vista de la interpretación completamente no marshalliana del trabajo de los austriacos y, en menor grado, de Jevons, que se ha presentado en la sección anterior, [1547] , es necesario considerar la valoración diferente de Marshall de este trabajo y algunas de las argumentos con los que lo apoyó. [1548]

Sostengo que la impresión que seguramente recibirá el lector de los *Principios* de Marshall , a pesar de las salvedades que Marshall insertó ocasionalmente, es la siguiente. Marshall sostenía (1) que el análisis "clásico" inglés necesitaba una reinterpretación correctiva aquí y allá, pero que no había nada fundamentalmente malo en él; (2) que las críticas de Jevon y Austria se debieron en gran parte a la falta de comprensión e interpretación adecuada; [1549] (3) que la contribución positiva de Jevons y los austriacos consistió en dilucidar el lado de la demanda de los fenómenos del mercado, aunque Ricardo, por supuesto, no había ignorado estas cosas bastante obvias; y (4) que al insistir demasiado en los

aspectos de la demanda, Jevons y los austriacos se habían equivocado al menos tanto como Ricardo y Mill habían errado en la dirección opuesta. Estas posiciones deben considerarse desde tres ángulos diferentes. Primero, en lo que respecta a las críticas de Jevon y Austria a Ricardo, la irritación de Marshall, aunque injustificada en parte, [1550] no era antinatural. Podemos conceder fácilmente que Nicolás Cusano y Copérnico no demostraron que la teoría geocéntrica fuera "incorrecta", sino que simplemente le aplicaron algunas correcciones. En segundo lugar, en lo que respecta a la actuación de Jevons y los austriacos, Marshall, por naturaleza y adquisición, no pudo evitar ser severo con su deplorable técnica. Ya no nos preocupa esto. En tercer lugar, sin embargo, en lo que respecta al significado fundamental de esa actuación, la interpretación de Marshall equivale a un error grave, aunque por supuesto no intencional. Es sobre este punto que nuestro argumento en las secciones precedentes necesita un suplemento contracrítico.

Marshall ilustró su crítica de lo que él concibió como un énfasis excesivo en los aspectos de la demanda mediante un famoso símil. “El“ principio del costo de producción ”y el principio de la“ utilidad final ”son, sin duda, partes componentes de la única ley imperante de oferta y demanda; [1551] cada uno puede compararse con una hoja de un par de tijeras. Cuando una hoja se mantiene quieta y el corte se efectúa moviendo la otra, podemos decir con descuidada brevedad que el corte se realiza con la segunda; pero la declaración no debe hacerse formalmente ni defenderse deliberadamente ”. [1552] Incluso cuando reducimos el análisis austriaco a este punto particular —hacer que implica descuidar todos sus aspectos más amplios— tenemos que reconocer que su logro esencial fue precisamente la nueva teoría de la *oferta y el costo* que produjo. Sólo en este sentido debe entenderse el dicho de Jevons: "El valor depende enteramente de la utilidad" (*Theory* , p. 1). Por tanto, no tiene sentido acusar a Jevons oa los austriacos de querer minimizar la importancia del teorema mismo que fueron los primeros en deducir racionalmente y que Wieser llamó la "ley del costo". No necesitaban que les hablaran de las dos hojas de las tijeras de Marshall. Lo que pretendían mostrar era que *ambas* palas consisten en el mismo material, que tanto la oferta como la demanda (sin importar si se trata de intercambiar productos existentes o de producirlos) pueden explicarse en términos de "utilidad".

Al menos en apariencia, hay más en otra forma que Marshall dio a lo que era sustancialmente la misma acusación. Tanto Jevons como los austriacos tenían la costumbre de expresarse en términos de cadenas causales, que iban desde el valor de los bienes consumibles hasta el valor de los recursos como si la utilidad de una cantidad de un bien de consumo se determinara primero de forma independiente y luego, a su vez, determinó causalmente el valor de los bienes de los productores que entraron en su producción. Era un juego de niños para un técnico superior señalar que esto era inadmisible, ya que la utilidad del bien de consumo depende de su cantidad y esta última de su costo. Jevons y los austriacos fueron ridiculizados por ser personas a las que, como a los niños en edad escolar, había que enseñarles que «cuando tres pelotas, A, B y C, descansan una contra la otra en un cuenco. . . la posición de los tres se determina mutuamente bajo la acción de la gravedad, "porque en cambio estaban contendiendo" que A determina B, y B determina C "(*Principios* , p. 567). Pero Marshall, de todos los hombres, debería haberse dado cuenta de que esta crítica se aprovecha de las deficiencias en la técnica, en particular de una flagrante incapacidad para comprender la lógica de la interdependencia, y falla por completo en hacer justicia a la esencia de la posición criticada. Para mantener de nuevo el símil de Marshall, lo que Jevons y los austriacos hicieron realmente no fue la tontería que se les atribuyó en ese pasaje, sino algo muy diferente; descubrieron precisamente que la

posición de las bolas debe ser explicada por un solo principio, la gravitación en el caso de la mecánica, la utilidad en el caso de la economía. La mitad de la generosidad prodigada sobre Ricardo podría haber revelado el gran logro detrás de la mala técnica y haber reducido las críticas al único punto que podría haberse planteado con razón aunque Marshall nunca lo hizo: que Jevons no sabía suficientes matemáticas y los austriacos ninguna en absoluto. 1553

El único otro punto que debe tenerse en cuenta a este respecto es el costo real de Marshall. Si los austriacos hubieran utilizado este término, habrían querido decir con él los bienes de consumo (a diferencia de las satisfacciones que proporciona su consumo) que "sacrificamos" cuando decidimos producir otros. Marshall quiso decir "Los esfuerzos de todos los diferentes tipos de trabajo que están directa o indirectamente involucrados en hacerla [una mercancía]; junto con las abstinencias o más bien las esperas necesarias para ahorrar el capital utilizado en su realización "(*Principios* , p. 418). Este punto surge aquí porque, en ese momento, se discutió dentro de la controversia general sobre la naturaleza, la causa o el "estándar último" de valor o costo. La pelea fue exclusivamente mengeriana. Para la mayoría de los otros patrocinadores de la 'nueva' teoría del valor, como Gossen, Jevons, Auspitz, Lieben y Clark, aunque no Walras, no experimentaron ningún reparo en admitir tanto la desutilidad del trabajo (término de Jevons) como la abstinencia en su estructuras analíticas. Dado que todos estos autores no tenían la intención de rehabilitar los 'clásicos', vinculando el papel independiente de los costos o de cualquier otra manera, esto debería ser suficiente para mostrar que el reconocimiento de la desutilidad y la abstinencia no perjudica la posición de utilidad marginal ni constituye la adopción. de otro. Pero los austriacos tenían una opinión diferente. Böhm-Bawerk luchó con ahínco para minimizar la importancia de ambos, evidentemente creyendo que la lealtad a la teoría de la utilidad marginal lo obligaba a hacerlo. Tomemos la medida de los problemas involucrados.

La abstinencia es, por supuesto, muy importante para todo economista que sostiene una teoría del interés de la abstinencia. Pero, aunque sostener una teoría de la abstinencia del interés, por supuesto, implica introducir la abstinencia en la teoría general del valor, la cuestión siempre se ha tratado principalmente en relación con la teoría del interés y haremos lo mismo (sección 5). En cuanto a la desutilidad del trabajo, tenemos nuestra elección: o podemos tomar (con una población determinada) la cantidad de horas de trabajo disponibles como dato, por ejemplo, como fijada institucionalmente; o podemos convertirlo en una variable por determinar, en cuyo caso nuestro sistema contiene una ecuación más 'desconocida' y una más independiente (que dice que, para cada trabajador, la desutilidad marginal del trabajo debe en equilibrio ser igual a la utilidad marginal de su trabajo). ingresos salariales). Lo que elijamos dependerá de consideraciones de realismo y de conveniencia analítica. 1554 Pero el caso es que nuestra elección no supone una gran diferencia en nuestro patrón teórico. Porque el elemento de desutilidad actúa sobre el valor de los productos sólo a través de su (posible) influencia sobre la cantidad de trabajo ofrecido, y deja intacto el principio de los costos de oportunidad a los efectos de la asignación de la cantidad que se ofrece. Siempre es lo último lo que importa en primer lugar, mientras que la desutilidad importa, si es que lo es, en un punto. Además, si damos suficiente importancia a que nuestra teoría del valor se base únicamente en la utilidad, todo lo que tenemos que hacer es reemplazar la desutilidad del trabajo por la utilidad del ocio. 1555 Por tanto, Böhm-Bawerk no ganó mucho con el éxito limitado de su intento de minimizar la importancia de la desutilidad. Pero Marshall tampoco ganó mucho con la introducción del costo real: siempre con la excepción del servicio especial que la abstinencia prestó en su teoría del interés, se puede dejar de lado sin pasar por alto, por

no hablar de las dificultades inherentes al concepto de suma de todas las desutilidades. y abstinencias "directa o indirectamente implicadas" en la producción de una mercancía. Así, volvemos de esta excursión con el mismo resultado que siempre obtenemos al indagar en la naturaleza e importancia de las desviaciones de Marshall, *en lo que pretenden ser fundamentales* , del análisis de Jevons-Menger-Walras: son insignificantes. 1556

5. Intereses, alquiler, salarios

Cualquier teoría pura necesita hechos para producir resultados concretos. Este tópico debe repetirse porque los economistas tienen la costumbre de incluir ciertos hechos particulares en lo que, sin embargo, llaman una teoría pura. Por lo tanto, hablan de una "teoría" de los salarios mínimos de existencia, aunque el teorema del mínimo de existencia puede deducirse de cualquier teoría general de los salarios, siempre que introduzcamos el supuesto fáctico apropiado sobre el comportamiento de los trabajadores. Pero la teoría de la utilidad marginal no sólo necesita ser complementada con un suministro de hechos particulares si ha de aplicarse a casos concretos; también necesita ser complementado con material adicional para producir proposiciones teóricas generales. Como se ha dicho al final de la sección 3, no proporciona, por sí misma, ninguna teoría general del interés, aunque ofrece, por sí misma, explicaciones adecuadas de las rentas y los salarios. Dado que es el interés el que causa el problema, comenzaremos por la discusión de las teorías del interés del período examinado.

(a) Intereses.

Ya sabemos que los economistas de ese período agudizaron la distinción entre ganancias e intereses empresariales. Pero la mayoría de ellos todavía opinaban que nos hemos remontado a Nicholas Barbon (Parte II, capítulo 6, sección 7b), es decir, que el interés constituye la mayor parte de las ganancias comerciales, la parte de las ganancias comerciales que resulta de la aplicación de capital físico y es un retorno al capital físico en el mismo sentido en que la renta es un retorno a la tierra y los salarios son un retorno al trabajo. A este respecto, es muy significativo que Böhm-Bawerk, en su historia crítica de las teorías del interés, haya abordado las teorías de la 'ganancia' de Ricardo y Marx sin plantear la cuestión de si los rendimientos así denotados eran realmente lo mismo que el 'interés'. Él habría respondido a esta pregunta tanto como A. Smith o JS Mill la habían respondido. El interés monetario seguía siendo para él simplemente la sombra del interés que se gana mediante el suministro de bienes físicos, que en realidad eran lo que poseía el capitalista, aunque tal vez "en forma de dinero". Esto es tanto más notable porque el propio trabajo de Böhm-Bawerk fue fundamentalmente decisivo para disolver este esquema.

Para empezar, no se reconoce suficientemente que las críticas de Böhm-Bawerk a las explicaciones de interés existentes despertaron una nueva conciencia del problema involucrado en esa visión del asunto. Es cierto, más o menos, que sobrevivieron todas las teorías de interés heredadas del período anterior. Incluso un teórico del rango de Pareto no sintió remordimiento al declarar que el hecho de que el capital (físico) genere interés no era un problema mayor que el hecho de que el cerezo produce cerezas. 1557 Pero la reputación de algunas de las teorías simples que solían satisfacer a la mayoría de los economistas declinó rápidamente. Pocos escritores se preocuparon por seguir sosteniendo que debido a que se puede producir más trigo con la ayuda de una rastra que sin ella, debe resultar un rendimiento neto al usarla: la advertencia de Böhm-Bawerk de que la productividad física del capital no es suficiente para demostrar su valor la productividad quitó el viento a las velas de la

teoría de la productividad de interés, aunque no fue destruida de inmediato. [1558] De manera similar, Böhm-Bawerk demostró con éxito que, en sí mismas, las 'teorías de uso' de interés (Knies, Menger, Walras) no eran buenas: no hay duda de que los servicios de bienes duraderos, como casas o máquinas, tienen un precio y que sus precios multiplicados por sus cantidades constituyen devoluciones para los propietarios de estos bienes; pero como estos bienes tienen que ser asegurados y amortizados, no se sigue, sin apelar a algún otro elemento del caso, que estos rendimientos sean netos. Sin tener en cuenta una serie de otras teorías que recibieron sus *golpes de gracia* a manos de Böhm-Bawerk, podemos decir en líneas generales que los únicos supervivientes a los que les quedaba algo de fuerza fueron la teoría de la explotación marxista, la teoría de la abstinencia y, en un nivel claramente inferior , varias formas de teorías del poder de negociación. De los recién llegados solo notaremos las teorías de Böhm-Bawerk e Irving Fisher.

Básicamente, la crítica de Böhm-Bawerk a la teoría de Marx tuvo éxito. Sin embargo, este último sobrevivió en el círculo de la ortodoxia marxista hasta que fue descartado silenciosamente por los teóricos socialistas posteriores, que ya no eran marxistas. Habiéndolo comentado ya (cap. 5, sec. 8) pasamos de inmediato a la teoría de la abstinencia. En este caso, el ataque de Böhm-Bawerk no tuvo éxito, no solo en el sentido de que no logró convencer, sino también en el sentido de que no fue convincente. [1559] Marshall no tuvo dificultad en formular una explicación de interés que tuviera en cuenta la abstinencia [1560] sin estar abierta a objeciones lógicas. De hecho, también logró revivir la teoría de la productividad vinculándola con el elemento de abstinencia. Para que el capital físico produzca no sólo rendimientos sino también rendimientos netos, algo debe impedir que se produzca hasta el punto en que sus ganancias no compensen más que su costo. La abstinencia califica, lógicamente, para el papel de este algo. Podemos, con Senior, llamarlo un costo para que el empleo de capital produzca un rendimiento sobre los *otros* elementos de costo. O podemos decir que esa abstinencia actúa como freno a la producción de bienes de capital para evitar que llegue a ese punto, lo que traduce la versión de Carver. [1561] Böhm-Bawerk atacó ambas versiones, según me parece, sin éxito. [1562] La mayoría de los escritores cuyas opiniones sobre el interés muestran más o menos afinidad con las de Böhm-Bawerk —como Jevons antes que él y Fetter después— no pusieron ninguna dificultad en la abstinencia, con la excepción de Fisher.

He dicho que las teorías del poder de negociación pasaron a un nivel inferior de análisis teórico. De hecho, ningún teórico de primera clase sostuvo uno. Hay una muy buena razón para esto. O el poder de negociación que explica el excedente llamado interés consiste en la posesión de algún requisito de producción. En este caso, apelar al poder de negociación de los propietarios de este requisito es innecesario, porque la explicación real del rendimiento neto resultante aún debe buscarse en el papel de este requisito en el proceso económico. Así, ni Marx ni Böhm-Bawerk apelaron al poder de negociación del capitalista, aunque este elemento podría reconocerse fácilmente en ambas teorías. En cambio, ambos trataron de mostrar detalladamente *cómo* los mecanismos de los mercados capitalistas producían el excedente o la prima, que el mero término "poder de negociación" no explica nada. O bien, se sostiene que el poder de negociación consiste en algo distinto de la posesión de un requisito. Podría consistir, por ejemplo, en el poder de recaudar impuestos en beneficio de los capitalistas. Pero en este caso habría que demostrar la existencia de tal poder y su idoneidad para explicar el fenómeno del interés, tarea que ningún teórico que conozca su oficio emprendería. [1563] Nos limitamos a un solo ejemplo de una teoría de este tipo, la teoría del margen de beneficio de Lexis. El

interés existe porque los empresarios están en condiciones de cobrar precios por lo que venden que son más altos que sus costos. Si por costos nos referimos a gastos, por supuesto que esto es así, pero no prueba la existencia de un excedente sobre los gastos más compensaciones por los servicios de factores propios evaluados a precios de equilibrio. Para establecer la existencia de tal excedente, lo suficientemente general como para dar cuenta de los intereses, es sin duda posible recurrir a las imperfecciones de la competencia; pero esto implicaría la tesis de que no hay interés en el equilibrio perfecto y la competencia perfecta, lo que a su vez requeriría una prueba adecuada. 1564

La actuación sobresaliente del período que dominó la discusión y ejerció influencia formativa incluso en muchos de sus críticos más feroces fue la de Böhm-Bawerk. Ya se ha enfatizado (ver arriba, sec. 2c) que este desempeño se centró en una imagen muy simplificada de la manera en que, dada una cierta oferta de trabajo y de subsistencia, las tasas de interés y salarios se determinan simultáneamente y a su vez determinan la composición orgánica del capital. 1565 También se ha hecho hincapié en que este esquema central es en parte independiente de la explicación causal del interés de Böhm-Bawerk y, en parte, pero en parte está coordinada de manera imperfecta, hecho que hemos atribuido al estado inacabado de su obra. Ahora nos ocupamos de esta explicación causal. Funciona en términos de bienes: Böhm-Bawerk creía firmemente que el dinero no juega ningún otro papel en este asunto que el de un dispositivo técnico que ocasionalmente se estropea. 1566 La proposición fundamental es que el interés surge de un intercambio de bienes de consumo presentes por futuros y *es* esencialmente una prima (*Agio*), ligada a la primera. Así definido, el problema consiste en indicar las razones por las que el mercado donde se intercambian bienes de consumo actuales por (reclamaciones) bienes de consumo futuros funciona de tal manera que produce normalmente tal prima o, en otras palabras, por qué la gente está normalmente preparada para prometer, para la entrega de bienes presentes, la entrega de mayores cantidades de bienes del mismo tipo y calidad en algún momento futuro. 1567 Como presumiblemente el lector sabe, Böhm-Bawerk adujo tres de esas razones. Primero, un hombre puede estar dispuesto a devolver a un prestamista más de lo que recibió, porque espera estar mejor en el futuro. 1568 En segundo lugar, un hombre puede estar dispuesto a prometer pagar más de lo que recibe porque la mayoría de las personas no experimentan los placeres futuros con el mismo sentido punzante de la realidad que experimentan los presentes. 1569 Los individuos, las clases y las naciones difieren enormemente a este respecto, y las diferencias en la intensidad con la que perciben el futuro es uno de los factores más importantes que determinan su destino, una verdad que no puede ser impresionado con demasiada fuerza por los economistas modernos. . Pero Böhm-Bawerk, al igual que Bentham y Jevons antes que él, sostuvo que *cierta* subvaloración del futuro en este sentido es una característica general del hombre normal. La observación del comportamiento real, especialmente en el sector público, contribuye en gran medida a respaldar este argumento. 1570 En tercer lugar, un hombre puede estar dispuesto a pagar una prima por los bienes presentes porque el dominio de los bienes presentes puede permitirle embarcarse en procesos de producción físicamente más productivos que requieren un período de producción `` más largo '' en el sentido de Böhm-Bawerk (superioridad tecnológica de bienes de consumo presentes; véase más arriba, sección 2c), de modo que un stock presente de bienes de consumo pueda significar más bienes de consumo en el futuro. Una generación que ha sido testigo de los planes quinquenales rusos no debería dudar en depositar al menos una confianza limitada en este argumento. Por supuesto, es necesario enfatizar mucho más la frase 'embarcar' de lo que ha enfatizado Böhm-Bawerk, quien al tratar esta 'tercera razón' cometió varios errores. 1571 Porque, a menos que lo

hagamos, es probable que nos veamos atrapados en los engranajes del argumento de la sincronización: la tercera razón de Böhm-Bawerk, en sí misma, no explicaría ningún excedente persistente de la repetición continua de un proceso de 'longitud' dada, una vez se ha introducido y toda la economía se adapta a él; son sólo las sucesivas "extensiones" del período las que mantendrían vivo el interés, incluso si no hubiera otra razón para su supervivencia. [1572]

En su forma actual, esta explicación de interés no fue aceptada por ningún economista destacado. Incluso Wicksell agregó tantas calificaciones y desarrollos que no puede ser incluido como seguidor en ningún sentido estricto. Sin embargo, la teoría del interés de Böhm-Bawerk ejerció no solo el tipo de influencia que implica despertar la discusión y estimular el pensamiento, sino también mucho más directo. Esto se debió a que admite una simplificación que uno puede aceptar sin comprometerse con los detalles de la estructura analítica de Böhm-Bawerk. Esta versión simplificada se lee así: el interés surge de la interacción de la preferencia temporal ("psicológica") con la productividad física de la inversión. Y en esta forma diluida, la teoría de Böhm-Bawerk se convirtió no solo en una de las teorías del interés de la época, sino en la más aceptada de todas, aunque cada autor agregó características especiales propias que, por regla general, no contaban con la aprobación de cualquier número considerable de otros autores.

Se pueden citar muchos ejemplos. [1573] Pero, con mucho, la interpretación más contundente y brillante de este tipo fue la Teoría del interés de la impaciencia de Irving Fisher. [1574] La frase se explica por sí misma. Pero apunta demasiado exclusivamente hacia la "segunda razón" de Böhm-Bawerk. La tercera razón no está ausente en Fisher: aparece en el atuendo de Investment Opportunity que, aunque despojado de ciertas características específicamente böhm-bawerkianas, expresa, pero con mucha más elegancia, esencialmente los mismos hechos. [1575] Además, Fisher destacó con más claridad que el propio Böhm-Bawerk un aspecto del análisis de intereses de este último que es quizás el más importante de todos.

Hemos visto que la mayoría de los escritores no marxistas de ese período continuaron considerando el interés como un ingreso que está en el mismo plano con la renta y el salario como el pago por los servicios de un requisito físico de producción (planta, equipo, y así sucesivamente, o bien la abstinencia) que a su vez se sitúan, dentro del ámbito de la producción, en el mismo plano que los servicios de los agentes naturales y del trabajo. La teoría del interés "agio" o prima implica una concepción completamente diferente. Siendo un descuento de tiempo general que se aplica a los rendimientos de los servicios productivos de todo tipo, los intereses, por así decirlo, se aprovechan de todos ellos, *a los rendimientos de los servicios de bienes de capital físico no menos que a cualquier otro* . Es, por tanto, algo que difiere por naturaleza de todos los rendimientos de productividad propiamente dichos , no sólo de las rentas de los agentes naturales y de los salarios del trabajo, sino también de los rendimientos de productividad de los bienes de capital. Böhm-Bawerk no expuso esto bien, aunque su teoría de la "capitalización" (de la manera en que se determinan los valores de la tierra y los bienes de capital) [1577] basta para demostrar que esta era de hecho su opinión. Pero la terminología de Fisher lo hizo. Para subrayar la novedad de este punto de vista, notaremos nuevamente su afinidad, a este respecto, con la teoría de la explotación de Marx; dada la ideología y la fraseología adecuadas, podría haberse presentado como una teoría de explotación novedosa.

Una consecuencia menor de esto fue que los rendimientos de los bienes de capital físico ya no podían diagnosticarse como intereses de la manera establecida por Barbon y sancionada por A. Smith.

Varias circunstancias se combinaron para sugerir su asimilación con la renta de los agentes naturales (ver más adelante, subsección b). Una consecuencia mucho más importante fue que el interés entró ahora en las teorías de la renta y el salario de una manera completamente nueva. De hecho, esta es la razón más importante por la que tenemos que retomar estos temas en lugar de quedarnos satisfechos con una simple referencia a la teoría de la imputación o de la productividad marginal *sin palabras* . [1578]
(b) Alquiler.

Sin tener en cuenta los problemas menores y varios callejones sin salida, examinaremos los desarrollos en este campo en tres pasos. Primero, consideraremos la teoría de la renta que debía explicar las rentas derivadas de la propiedad de los agentes naturales, sin importar si se supone que son "indestructibles" o no. En segundo lugar, consideraremos ciertas generalizaciones del concepto de renta que sugirió esa teoría. En tercer lugar, notaremos una tendencia a aprovechar el concepto de alquiler al servicio de propósitos completamente diferentes. Bajo cada uno de estos tres títulos, observaremos una lucha entre las viejas y las nuevas ideas que fue una causa importante, si no la única, de vacilaciones, confusiones y problemas espurios. [1579]

En primer lugar, entonces, en lo que respecta a la renta de los agentes naturales, es obvio que el análisis de Jevons-Menger-Walras proporcionó una explicación perfectamente buena de este fenómeno de la renta y, si se complementa adecuadamente con los hechos de cada caso concreto contemplado, también todos los ' leyes o proposiciones al respecto que necesitamos. Todo lo que había que hacer era tomar una pista de Say o Cantillon, es decir, reconocer que la renta es simplemente una cuestión de fijar el precio de los servicios de estos requisitos de producción y aplicar el principio marginal a la formación de estos precios. Teniendo en cuenta la preferencia temporal böhm-bawerkiana, el resultado sería: la renta de los agentes naturales tiende a igualar los valores descontados de sus productos marginales. Esta teoría permite automáticamente diferencias en la calidad de agentes naturales del mismo tipo. Y, como se explica así, la renta entra y no entra en los precios de los productos exactamente como lo hacen los salarios. De hecho, la renta en este sentido y el salario son fenómenos paralelos. La principal diferencia puramente económica entre ellos es que la oferta *total* de cualquier agente natural puede, en muchos casos, tomarse como fija y, por lo tanto, no reacciona a las variaciones de su precio, mientras que la oferta total de trabajo es en general menos irresponsable. Pero esta diferencia no afecta al principio explicativo involucrado, que sigue siendo el mismo para ambos casos. Además, es irrelevante para la cuestión de la asignación de la oferta disponible para cualquier uso *particular* de un agente natural que sea capaz de servir a más de uno: cuánta tierra, a qué renta por unidad, hay disponible para la producción de azúcar de caña cuando la misma tierra también podría usarse para la producción de algodón es simplemente una cuestión de costo de oportunidad. [1580]

Esta teoría, patrocinada por los austriacos y por Walras, sin embargo, no fue tan fácil o generalmente aceptada como cabría esperar, considerando su simplicidad y utilidad. Había dos razones para ello y para la consiguiente supervivencia de la teoría "ricardiana" de la renta. [1581] Por un lado, muchos economistas experimentaron una resistencia emocional a una teoría que parecía tratar los 'ingresos no ganados' del terrateniente en el mismo plano que la compensación del trabajador por el sudor de su frente. Estos sentimientos eran completamente irracionales porque no hay nada en esa teoría que evite que un economista diferencie tanto como le plazca entre los dos por motivos morales o políticos. [1582] Pero de todos modos fueron eficaces y abogaron por la teoría "ricardiana", porque esta última parecía —aunque en realidad no lo es— mucho mejor calificada para sustentar un juicio de

valor adverso sobre la renta de la tierra. Por otro lado, como hemos visto, las doctrinas "clásicas" mantuvieron, durante todo el período objeto de estudio, un fuerte arraigo en el pensamiento de muchos economistas. De estas doctrinas, ninguna se había filtrado más ampliamente o gozado de una fama más establecida que la teoría "ricardiana" de la renta. Además, era más fácil de defender que otras partes del análisis "clásico" porque, *formulado con el debido cuidado* , no afirmaba nada que fuera positivamente incorrecto. La crítica de Menger al mismo (*Grundsätze* , págs. 144-5) estaba justificada, pero sólo equivalía a decir que la necesidad de tener que construir, para una clase tan importante de fenómenos, un aparato teórico separado era en sí misma una prueba de los defectos del ' análisis clásico. [1583] Los defensores estaban, por tanto, en una posición relativamente favorable. El más eminente de ellos fue, con mucho, A. Marshall, que aprovechó esta oportunidad para emprender una acción de retaguardia en defensa de Ricardo. [1584]

En cualquier caso, la teoría "ricardiana" permaneció en el centro de la discusión y continuó atrayendo la atención incluso de sus oponentes. No todos provenían del campo de la productividad marginal. La teoría del monopolio de la renta estaba destinada a perder terreno en una época en la que el análisis general de precios mejoró mucho, pero no desapareció por completo. [1585] También se probaron otros enfoques, pero ninguno tuvo gran éxito. [1586]

En segundo lugar, las extensiones del concepto de renta que acabamos de discutir se sugieren fácilmente en vista de la dificultad de trazar una línea lógicamente sostenible entre qué objetos son y qué no son agentes naturales o, que es sólo otra forma de expresar lo mismo, de acordar las características definitorias de los agentes naturales. Por lo tanto, violando su definición original de renta (ingresos derivados de la propiedad de la tierra y otros obsequios de la naturaleza, *Principios* , p. 150), Marshall negó que las regalías mineras sean rentas. [1587] Otros escritores quedaron más impresionados con la analogía. Pero no puso ninguna dificultad en la extensión —si es que en realidad puede llamarse extensión— del concepto de renta de la tierra rural a la urbana. [1588] Mucho más importante, sin embargo, fue una de sus creaciones más felices, el concepto de cuasi-renta o 'ingreso de un aparato para la producción ya hecho por el hombre', que encarna el reconocimiento de dos hechos que fueron particularmente importantes en relación con la nuevas teorías del interés: el hecho de que cualquier precio pagado por los servicios de los bienes de capital es muy análogo al precio por los servicios de los agentes naturales; y el hecho de que esta analogía se aplica particularmente a corto plazo y disminuye con el aumento de la duración del tiempo al que se pretende aplicar una proposición. [1589]

Otra clase de extensiones brotó directamente de raíces ricardianas. Un hombre que aún persistiera en ver el sentido del énfasis de Ricardo en la "renta diferencial" probablemente descubriría, como había hecho antes Bailey, que tales diferencias no se limitaban a la tierra. Hemos tenido ocasión de [1590] notar las interpretaciones de Mill, Mangoldt y Walker de las ganancias empresariales como rentas de la capacidad diferencial. Marshall presentó el caso general para este último concepto aunque, en mi opinión, esto solo sirvió para exponer su vacío. [1591] De manera similar, un hombre que ha adquirido el hábito de Ricardo de deducir la renta de la 'ley de los rendimientos decrecientes de la tierra' puede descubrir fácilmente la ubicuidad de este fenómeno dondequiera que se apliquen factores a una cantidad fija de uno de ellos: [1592] esto equivale a generalizar el concepto de renta de Ricardo generalizando los rendimientos decrecientes ricardianos. Si el factor fijo es la planta y el equipo, que de hecho puede tomarse como fijo en el corto plazo, observaremos, después de cierto punto, rendimientos

físicos decrecientes a sucesivas 'dosis' de aquellos factores que pueden variarse en el corto plazo. , y la cuasi-renta marshalliana aparece entonces como el análogo exacto de la renta de la tierra "ricardiana". [1593]

En tercer lugar, [1594] el aspecto de la teoría "ricardiana" de la renta que más atrajo a los economistas con mentalidad política fue el aspecto sugerido por las palabras Excedente o Residual. Estrictamente hablando, estas palabras, aplicadas a la renta de los agentes naturales, habían perdido su significado en el análisis de Jevons-Menger-Walras, que ya no tenía la necesidad de explicar la renta como un "sobrante" *sui generis,* sino que podía explicarla. directamente y sobre el mismo principio fundamental con otros tipos de ingresos. Pero los economistas pronto descubrieron que, de todos modos, podrían conservar el aspecto del excedente. La renta podría interpretarse como el pago por los servicios de un requisito de producción, pero este pago no era necesario para solicitar el servicio correspondiente, mientras que lo era en los casos de los servicios de bienes de capital y de trabajo. un hecho que parecía importante para cuestiones de economía del bienestar y de impuestos. Marshall, cambiando el énfasis a este aspecto excedente de la renta, dio una pista para expresarlo diciendo que los servicios de los agentes naturales eran 'gratuitos' en el sentido de que para tenerlos, la sociedad no necesita incurrir en un 'costo real' (desutilidades de trabajo y ahorro). [1595] Pero si elaboramos este aspecto de la renta de excedente no devengado, descubrimos dos cosas.

En primer lugar, descubrimos, como descubrimos antes desde otro punto de vista, que la renta definida como "excedente" no está más limitada a los agentes naturales que la renta definida como renta de productividad. Excedentes similares, es decir, diferenciales por encima de los pagos que serían necesarios para convocar las correspondientes ofertas de bienes y servicios, se encuentran dispersos por todo el organismo económico. Muchos trabajadores, y no solo estrellas de cine, reciben mucho más de la cantidad necesaria para inducirlos a hacer lo que realmente están haciendo y, en muchos casos, ofrecerían más servicio si se les pagara menos por unidad de servicio. Incluso si llevamos la hipótesis de la competencia perfecta tan lejos como sea posible sin perdernos ridículamente de contacto con los hechos, hay muchas situaciones de ventaja, algunas de corta duración, otras más duraderas, en las que se obtienen tales excedentes. En condiciones de competencia monopolística, y mucho menos de monopolio directo, [1596] situaciones de este tipo deben ser aún más frecuentes. Por último podemos incluir las ganancias derivadas de situaciones de ventaja que se crean por 'connivencia' (escasez ideados) o *específica* [1597] patrones institucionales. En nuestro tiempo se ha impuesto una tendencia a combinar todos esos excedentes bajo el título de renta. Aunque se incluyen las rentas provenientes de la propiedad de los agentes naturales, solo forman un caso especial de renta en este sentido, cuya teoría tiene poco en común con la teoría de la renta examinada en la primera parte de esta subsección.

En segundo lugar, sin embargo, también descubrimos que parte de las ganancias excedentes en discusión se dividen en dos clases entre las cuales hay una diferencia analíticamente significativa. Considérese un agente natural, perfectamente homogéneo en calidad, perfectamente divisible y perfectamente transferible entre los distintos usos (industrias) que es capaz de servir, y supongamos una competencia perfecta en todos los sentidos. Cada uno de estos usos se regirá luego por lo que hemos llamado costo de oportunidad. Por lo tanto, los usuarios del factor pueden tener que pagar todo lo que les valen sus servicios, en cuyo caso no se agrega ningún excedente a su uso. [1598] Y los propietarios pueden recibir, de cada grupo de usuarios, no más de lo que podrían recibir de cualquier otro. No obtienen ningún excedente sobre el costo de *oportunidad* , aunque la totalidad de sus ingresos puede ser, en otro sentido, un excedente sobre el costo *real* marshalliano . [1599] En otra clase de casos esto no es

así. Es innecesario, espero, citar ejemplos en los que los propietarios de los requisitos de producción, sean o no agentes naturales, obtienen ganancias excedentes sobre los costos de *oportunidad* : las dificultades tecnológicas de 'transformar los ahorros' en ciertos tipos de bienes de capital son suficientes para crear, para los propietarios de estos últimos, ganancias sobre los costos de oportunidad que son también ganancias sobre los costos reales que, al menos a corto plazo, incluso de otra manera una competencia sin obstáculos puede ser inadecuado para eliminar. [1600] La distinción entre ganancias excedentes sobre costos reales que son también ganancias excedentes sobre costos de oportunidad y ganancias excedentes sobre costos reales que no lo son, es lo suficientemente importante como para recomendarla a la atención del lector, especialmente porque las primeras no lo hacen y las segundas sí. , juegan un papel fundamental en el proceso de asignación de recursos. [1601]

(c) Salarios.

La vieja teoría de los salarios de la productividad marginal de Longfield y Thünen fue lo nuevo en las décadas de 1880 y 1890 y, al menos entre los principales teóricos, lo aceptado durante el resto del período y más allá. La enmienda de Böhm-Bawerk, a saber, que la tasa de salario real, en perfecto equilibrio y competencia perfecta, debería equipararse al Producto Marginal Descontado del Trabajo y no al Producto Marginal del Trabajo, ganó algunos votos después de 1910, en los Estados Unidos principalmente porque Taussig arrojó el peso de su autoridad en la balanza. [1602] No es necesario que nos quedemos mucho tiempo para discutir los tipos de teorías salariales que precedieron a la moda del análisis de la productividad marginal, en parte porque la mayoría de ellas no fueron muy importantes y en parte porque ya hemos aprendido el mínimo necesario sobre ellas. [1603] Basta recordar entonces que la mayoría de estos teóricos de los salarios siguieron matando la teoría del fondo de salarios, algunos de ellos en la creencia errónea de que de ese modo estaban ganando un punto para el trabajo, y que, con unanimidad práctica, sostenían que los salarios eran no se paga con capital sino con los ingresos de los consumidores (George, Walker, Sidgwick, Brentano y muchos otros). Aunque este argumento, como también sabemos, se basa en un malentendido de la teoría del fondo de salarios, debe notarse que, de hecho, aunque no de manera intencional, allanó el camino para la teoría de la productividad marginal.

Echemos al menos una mirada superficial a la marcha victoriosa de este análisis aplicado a los salarios, descuidando todos los puntos menores. La declaración de Jevons en el brillantemente original Capítulo 5 de su *Teoría* debe mencionarse primero. [1604] La presentación de Menger es, sin embargo, totalmente igual a ella a pesar de ser aún más incompleta. La formulación anterior de Walras está algo deteriorada por el hecho de que sus coeficientes de producción constantes, como los de Wieser, excluyen la posibilidad de tener en cuenta las relaciones de sustitución entre el trabajo y otros requisitos de producción *dentro de cada empresa* . Marshall estableció el análisis de la productividad marginal de los salarios en Inglaterra, con un éxito más completo de lo que parece haber deseado. Pero las diversas contribuciones de Edgeworth no deben olvidarse (véase especialmente su artículo sobre la "Teoría de la distribución", 1904, republicado en *Papers Relating to Political Economy* , vol. I). Entre otras cosas, aprovechó la nueva cataláctica para tratar casos especiales de determinación de salarios. Una idea suya particularmente feliz fue la de invocar la teoría de los valores internacionales para dilucidar la relación entre empleadores y empleados, tratándolos por analogía con diferentes naciones que comercian entre sí, o entre grupos de trabajadores no competidores. Wicksteed y especialmente Wicksell mejoraron enormemente la teoría austriaca.

El desarrollo en los Estados Unidos fue en gran medida independiente del desarrollo contemporáneo en Europa. La teoría de la productividad marginal, en una versión muy avanzada que tuvo plenamente en cuenta las relaciones de sustitución entre factores productivos y se acercó al concepto moderno de tasa marginal de sustitución, surgió ya preparada del cerebro de Stuart Wood, cuyo Dos artículos sobre el tema deberían asegurar su posición en la historia de la economía analítica: 1605 'A New View of the Theory of Wages' (*Quarterly Journal of Economics* , octubre de 1888 y julio de 1889) y 'The Theory of Wages' (*Publicaciones de la Asociación Económica Estadounidense* , IV, 1889). Simultáneamente con este último (es decir, en el mismo volumen de *Publicaciones*), JB Clark publicó su teoría de la productividad marginal de los salarios, "La posibilidad de una ley científica de los salarios". En 1892 apareció la *Teoría de los salarios de* HM Thompson . Taussig, uniéndose así a los 'marginalistas', introdujo la enmienda de Böhm-Bawerk en la teoría salarial estadounidense ('Outlines of a Theory of Wages, *Proceedings of the American Economic Association* , abril de 1910). Por lo demás, me limitaré a mencionar tres obras estándar de nuestra época, todas basadas en la teoría de la productividad marginal de ese período. El primero es *Theory of Wages* (1934), de PH Douglas , que deberá mencionarse nuevamente como una de las empresas más audaces en econometría jamás emprendidas. El segundo —cuyos grandes méritos se ven algo menoscabados por un manejo inadecuado de las herramientas de la teoría— es *Wages in Practice and Theory* (1928) de JWF Rowe . El tercero, en lo que concierne a la teoría, con mucho el desempeño marshalliano más significativo en el campo, es *Theory of Wages de* JR Hicks (1932). Estos trampolines llevarán al lector al comienzo de las controversias keynesianas.

Dado que la consideración de algunas de las cuestiones más delicadas sobre la productividad marginal debe posponerse para el próximo capítulo, esto es realmente todo lo que hay que decir por el momento (véase, sin embargo, la subsección sobre Economía del trabajo más adelante). Pero en vista del hecho de que hasta el día de hoy persisten malentendidos sobre la naturaleza y el valor del análisis de la productividad marginal en su aplicación específica a los salarios, el lector tal vez aprobará o agradecerá, según sea el caso, los siguientes comentarios explicativos a pesar de las repeticiones que implican algunas de ellas.

Primero, entonces, recordemos lo que se ha dicho anteriormente sobre la diferencia entre la productividad marginal de Longfield y Thünen y la de Jevons y Menger. El concepto de Longfield y Thünen es el que revivió Stuart Wood y el que se usa comúnmente ahora. El libro de texto actual simplemente dice que, en perfecto equilibrio y competencia perfecta, la tasa de salario nominal de cada tipo de trabajo es igual al incremento marginal físico del producto debido al 'último' incremento de trabajo aplicado (producto marginal del trabajo) multiplicado por el precio de equilibrio del producto. Pero con Jevons y Menger y también con Marshall, este no era el concepto básico. Su concepto básico era el incremento de la satisfacción que experimentan los consumidores individuales con ese incremento de producto. 1606 Sólo una teoría que utiliza este concepto es una teoría de imputación genuina de los salarios y realmente debería distinguirse de las teorías simples de la productividad marginal que no lo utilizan. Pero ambos arrojan los mismos resultados, por supuesto, y si no nos interesan los "significados más profundos" que Jevons y Menger creían que revela la teoría de la imputación, podemos deducir la fórmula habitual para la tasa salarial competitiva sin utilizar ese concepto. 1607 En muchos casos importantes de la teoría salarial aplicada ni siquiera necesitamos la fórmula habitual, pero podemos tratar la determinación de la tasa salarial simplemente como una

cuestión de oferta y demanda. *Y esta es la razón por la que Fleeming Jenkin debe agregarse ahora a la lista de los constructores de la teoría salarial moderna* (Parte III, cap. 6, sec. 6f). No utilizó nada más que el simple aparato de oferta y demanda, dando por sentado todo lo que pueda estar detrás de él, y sin embargo fue capaz de obtener resultados importantes, por ejemplo, sobre las posibilidades de la política sindical. Pero debe notarse de inmediato una importante limitación de su considerable desempeño, especialmente porque se traslada al análisis marshalliano de los salarios. Un análisis que utiliza el aparato de la demanda de suministro de simple es esencialmente parcial Análisis, es decir, se tarda da como independientemente de los factores que determinan la demanda y suministro de *horarios* . Como veremos, esto es inadmisible en el caso de un elemento tan importante del sistema económico como es el trabajo en su conjunto. Para ilustrar este punto, consideremos por un momento la implicación práctica más obvia de esto. Siempre que operemos con programas de oferta y demanda dados que no cambian cuando cambian las tasas salariales, entonces normalmente tendremos una tasa salarial de equilibrio única tal que cualquier aumento de la misma crea (o aumenta) desempleo. Y prácticamente todos los economistas de este período habrían suscrito esta última proposición, incluso para un aumento general de las tasas salariales. [1608]

En segundo lugar, recordando lo que se ha dicho sobre el carácter formal de la teoría de la productividad marginal, preguntémonos hasta qué punto esta teoría proporciona una explicación "causal" de las tasas salariales. Por un lado, está claro que para que pueda explicar cualquier nivel particular de salario que observemos en un lugar dado en un momento dado, es necesario alimentarlo con los hechos particulares de ese lugar y tiempo; y estos hechos, como las cantidades disponibles de factores complementarios, y no los márgenes de productividad, pueden entonces llamarse las causas verdaderas o últimas de esa tasa salarial. Por otro lado, es igualmente claro que las tasas salariales, al ser elementos de un sistema de magnitudes interdependientes, se determinan simultáneamente con todos sus demás elementos, de modo que incluso en teoría pura, es decir, independientemente de los hechos de un caso particular, No se puede decir que dependa de un margen de productividad como si éste fuera un dato último. Sin embargo, esto es todo lo que Marshall pudo haber querido decir cuando escribió que las tasas salariales se determinan *en* el margen y no *en* el margen. Pero este argumento sólo es paralelo al argumento de Marshall sobre la utilidad marginal —sobre las tres bolas que descansan una contra la otra en un cuenco— y admite una respuesta similar. [1609] En cualquier caso, no reduce el valor de la teoría de la productividad marginal como herramienta para resolver problemas salariales. [1610]

En tercer lugar, quien quiera utilizar la productividad marginal del trabajo como principio explicativo y como herramienta para resolver problemas salariales debe, por supuesto, comprenderla y adquirir alguna experiencia con ella. Si no cumple con estas condiciones, se le aglomerarán dificultades que, siendo la naturaleza humana lo que es, se convertirán en tantas objeciones, especialmente si, sospechando trampas apologéticas, [1611] no le gusta la teoría en primer lugar. Pero para el período en discusión había una excusa para esto. La teoría no sólo no se desarrolló de una manera que hubiera demostrado su utilidad, como se destaca, por ejemplo, en la *Teoría de los salarios de* Hicks (1932), sino que en muchos casos también se formuló de manera defectuosa. Algunos economistas incluso tuvieron dificultades para ver la diferencia entre el producto marginal del trabajo y el producto del trabajo marginal (menos eficiente). Otros parecen haber creído que la teoría de la productividad marginal de los salarios se rompe si el aumento de los ingresos salariales o la reducción de horas

aumentan la eficiencia del trabajo. [1612]

En cuarto lugar, como consecuencia de esto, encontramos que muchos problemas laborales continuaron siendo tratados mediante las herramientas que habían servido a los 'clásicos'. Esto es válido en particular para el problema de la maquinaria. Recibió mucha atención, pero el análisis rara vez se elevó por encima de los viejos argumentos a favor y en contra de la "teoría de la compensación". Tal como fue, esta discusión sobre el desempleo tecnológico proporciona, sin embargo, una de las respuestas a la acusación keynesiana de que los teóricos de ese período no conocían otro desempleo que el `` friccional '': para el desempleo tecnológico, aunque sea esencialmente temporal en la medida en que Los efectos de cualquier acto individual de mecanización pueden convertirse evidentemente en un fenómeno permanente al ser recreados incesantemente. [1613] La cuestión puramente teórica del pleno empleo en perfecto equilibrio y competencia perfecta se considerará en el próximo capítulo, y no es necesario agregar nada a lo que se ha dicho antes sobre la oferta de trabajo.

6. La contribución de los campos aplicados [1614]

En repetidas ocasiones hemos observado que los economistas de la época, o la mayoría de ellos, abordaron las cuestiones de política económica, o muchas de ellas, con un nuevo espíritu. En esta sección no nos detendremos nuevamente en este hecho, sino que buscaremos las contribuciones al análisis que resultaron de su preocupación por cuestiones prácticas. En todos los casos, estas preocupaciones hicieron avanzar el conocimiento científico principalmente al incrementar nuestro dominio sobre los hechos. Las ganancias para nuestro aparato analítico, aunque por supuesto no están ausentes, fueron mucho menores de lo que podrían haber sido. Examinaremos brevemente los campos más prometedores (excepto el dinero y los ciclos, que se consideran en el capítulo 8).

Pero no consideraremos desarrollos en el campo de la economía empresarial (administración de empresas, *Privatwirtschaftslehre*), incluida la contabilidad y la "ciencia actuarial". Desde el principio se ha enfatizado que realmente no hay mejor razón para separarlo de la economía general que el hecho de que una gran mayoría de economistas, creyéndose preocupados por los asuntos de las naciones, solían considerar los detalles de la vida económica de los hogares. y que las empresas estén fuera de su esfera y también, quizás, algo por debajo de ella. En realidad, este material es básico para el trabajo del economista tan pronto como va más allá de los supuestos más inseguros sobre el comportamiento individual, y la cooperación entre los negocios y la economía general es una necesidad primordial para ambos. Pero durante el período objeto de estudio, hubo tan poco que todo lo que podríamos hacer sería enumerar los resultados de las exploraciones de la práctica empresarial realizadas por los economistas empresariales, que no lograron inspirar a los economistas generales tan completamente como fracasó el avance de la teoría económica. para inspirar a los economistas empresariales. [1615] Observemos, sin embargo, que Marshall, al ocuparse extensamente del comportamiento de los hombres de negocios, dio una importante pista hacia la fusión de grandes partes de la economía empresarial y general; y que Irving Fisher (en *Capital and Income*) dio un primer paso hacia la coordinación del trabajo del economista y del contador. [1616]

(a) Comercio internacional.

[Esta subsección fue planeada pero no escrita.]

(b) Finanzas Públicas.

De los comentarios hechos sobre este tema en el capítulo 2, recordamos que el período fue

eminentemente uno de lo que podría llamar finanzas cómodas: el resultado de una creciente riqueza y condiciones relativamente pacíficas, por un lado, y de la influencia burguesa sobre el gasto público y impuestos, por otro. En consecuencia, la presión sobre la actividad económica fue leve, tan leve como para justificar la exclusión del análisis general de los factores determinantes del proceso económico. También hemos notado que hacia el final del período un nuevo espíritu comenzó a afirmarse en la práctica política, y este nuevo espíritu no dejó de manifestarse en los escritos de los economistas. No es solo que las principales autoridades académicas, como Marshall, comenzaron a aprobar lo que entonces se consideraba altos impuestos directos, incluidos los impuestos a la herencia, sino que también comenzaron a abrazar lo que era un pecado mortal contra el espíritu de las finanzas gladstonianas, a saber, una política que iba más allá de gravar los ingresos y tenía como objetivo gravar con el fin de cambiar ("corregir") la distribución del ingreso. Adolf Wagner para Alemania y AC Pigou para Inglaterra pueden servir como ejemplos. El contraargumento que apunta a los posibles efectos nocivos de una tributación elevada y progresiva sobre el esfuerzo y la formación de capital -que a nivel popular tomó la forma de la gallina de los huevos de oro- quedó muy patente, tanto más porque prácticamente todos los economistas de pie tomó una visión muy favorable al ahorro.

Se realizaron más esfuerzos analíticos en dos temas antiguos que seguramente se beneficiarían de las nuevas teorías. El uno era 'justicia'. Los postulados éticos cambiaron con los tiempos, por supuesto, y el `` principio de capacidad '' de pago y una `` teoría social de los impuestos '', que incluía, entre otras cosas, la tributación especial del privilegio, un término cuya cobertura tendía a ampliarse, comenzaron a hacer convierte. [1617] Pero no me refiero a estos y otros cánones de justicia per se, sino a actuaciones genuinamente analíticas que fueron inducidas por su defensa. Puede que sea asunto del economista postular imperativos o no; pero ciertamente es asunto suyo racionalizar determinados imperativos analizando sus implicaciones. Cuánto había que hacer en esta línea, podemos inferir del hecho de que muchos economistas estaban completamente confundidos sobre el significado mismo de ideas tales como sacrificio igual, proporcionado y mínimo. Algunos pensaron (creo que el error fue originalmente de Mill) que un sacrificio igual implica un sacrificio mínimo; otros pensaban que la "ley" de la utilidad marginal decreciente de la renta basta por sí misma para deducir la tributación progresiva de un postulado de sacrificio igual. [1618] Estos y otros asuntos de este tipo fueron aclarados por varios escritores, entre los que menciono las destacadas contribuciones de Edgeworth, Barone y Pigou. [1619]

El otro tema fue Cambio e Incidencia. [Esta subsección no se completó].

(c) Economía Laboral.

En el capítulo 2, examinamos las condiciones políticas de ese período que seguramente darían un poderoso impulso al estudio de los problemas laborales. En el capítulo 4, registramos algunos de los efectos producidos en la profesión económica por la *Sozialpolitik* y aún más por el espíritu de la *Sozialpolitik* . En la Sección 5c de este capítulo, analizamos la contribución de la teoría económica a la economía del trabajo. Queda por notar brevemente la parte descriptiva o "práctica" o institucional de esta última que, debido a la aversión de los economistas con mentalidad política a la "teoría", no estaba entonces mejor correlacionada con la economía analítica que, en general, ahora. [1620] Hablando en términos generales, podemos decir que el período en discusión sentó, en todos sus aspectos esenciales, las bases de la economía del trabajo moderna. El tema no alcanzó el estatus de un campo especial reconocido en el sentido de la práctica moderna de la enseñanza y la investigación en los Estados Unidos. Pero contaba con los servicios de un número cada vez mayor de especialistas. Principalmente,

estos especialistas buscaban reformas prácticas de las instituciones legales y la práctica administrativa, y tenían sus propias ideas sobre lo que significa "aplicar la razón a los asuntos humanos". Pero esta investigación y sus recomendaciones no dejaron de beneficiar a la economía general. Tomemos como ejemplo el informe minoritario de la English Poor Law Commission (1909). Esta actuación fundamental, una reacción tardía al severo desempleo que había prevalecido en Inglaterra entre 1873 y 1898, enseñó a muchos economistas que necesitaban una lección de este tipo que el desempleo a veces estaba muy poco influenciado por factores bajo el control del trabajador: en absoluto. acontecimientos, era, o debería haber sido, materia prima importante sobre la que el economista general podía ejercer sus poderes analíticos.

Además, comenzaron a aparecer en cantidades cada vez mayores monografías y tratados sobre cuestiones laborales. Dos famosas monografías de Beatrice y Sidney Webb y el tratado o libro de texto de Herkner son muestras familiares de [1621] de una literatura que crece rápidamente. La investigación estadística se vio obstaculizada por la insuficiencia del material. No obstante, se hicieron algunos esfuerzos en todos los países. [1622] Como todo lector de los *Principios* de Marshall sabe, los tratados generales dejaban cada vez más espacio a la economía del trabajo, también a sus aspectos puramente institucionales. La práctica anterior de los libros de texto a este respecto fue ampliamente superada por el libro de texto de von Philippovich. Podríamos concluir adecuadamente estas observaciones señalando de nuevo la mayor aventura en economía del trabajo jamás emprendida por un hombre que era principalmente un teórico, *Wealth and Welfare* [1623] (1912) del profesor Pigou .

(d) Agricultura.

[Planeado pero no escrito.]

(e) Ferrocarriles, Servicios Públicos, 'Fideicomisos' y Cárteles.

Las afirmaciones con las que presenté la subsección sobre Economía del Trabajo podrían casi repetirse por lo que se hizo durante ese período en los campos de estos y otros temas afines. Una vez más, el historiador del pensamiento económico tendría que advertir no solo los nuevos problemas, sino también un nuevo espíritu para abordarlos. El historiador del análisis económico tiene poco que informar más allá de una rica cosecha de trabajo histórico y "descriptivo", algunos de los cuales han conservado su interés hasta el día de hoy. Por lo demás, debemos limitarnos a unos pocos comentarios tajantes que son necesarios para completar nuestro boceto.

Cualquier teoría decente del costo y el precio debería poder hacer contribuciones valiosas a la economía del ferrocarril, y la economía del ferrocarril debería poder reembolsar el servicio ofreciendo a la teoría general patrones y problemas especiales interesantes. Como se ha señalado antes, existen grandes posibilidades en la cooperación de economistas e ingenieros; y pocos campos ofrecen posibilidades tan obvias como el negocio del ferrocarril. Encontramos algo de esto, pero no mucho, aunque podría desenterrarse más de las revistas tecnológicas. Como ejemplo, menciono el trabajo de Wilhelm Launhardt, quien no solo investigó la influencia sobre los costos operativos de los gradientes y curvas, sino que también elaboró una teoría de las tarifas ferroviarias que, entre otras cosas, contenía el teorema: su argumento a favor de la propiedad del gobierno se basa sobre ello, que la ventaja social de los ferrocarriles se maximizará si los cargos no son más altos que, como deberíamos decir, el costo marginal. De esto se deduce que todos los gastos generales tendrían que financiarse con los ingresos generales del gobierno, el teorema que se ha discutido mucho en nuestros días después de haber sido descubierto independientemente por el profesor Hotelling. [1624] Esto es mucho más interesante que las

generalidades sobre la conveniencia de la nacionalización o la regulación que, por supuesto, se publicaron en grupos.

Sin embargo, la mayor parte del trabajo del que Launhardt es un ejemplo se realizó en Francia. Basta mencionar las actuaciones de Cheysson, [1625] Picard y Colson. La economía ferroviaria inglesa de la época está, creo, representada en su mejor forma por los análisis descriptivos y el pequeño libro de texto de Acworth. Sin embargo, el tratamiento del profesor Pigou sobre las tarifas ferroviarias es más fértil en cuanto a resultados relevantes para la economía general, [1626] especialmente en lo que respecta al tema: principio del costo del servicio versus principio del valor del servicio ("lo que soportará el tráfico"). Me temo que la cantidad de publicaciones ferroviarias estadounidenses de la época era bastante desproporcionada con respecto a su calidad. Se pueden probar graves deslices analíticos incluso contra obras de prestigio que eran meritorias en otros aspectos y la mayoría de ellas ya están bastante olvidadas. El libro de texto de Hadley de [1627] es una de las pocas excepciones. Todos los aspectos del tema, históricos e institucionales, reciben un tratamiento adecuado. Además, sin embargo, el libro se mueve en un alto nivel de corrección analítica; y nadie jamás superará el ejemplo contundente con el que expuso la verdad de que la discriminación puede beneficiar, y con frecuencia beneficiará, a todas las partes interesadas, incluida la que está siendo discriminada (el caso de las dos aldeas productoras de ostras que no pueden proporcionar un dado el mercado interior, a menos que uno pague un flete más alto que el otro). Sin embargo, es característico de un estado de análisis comparativamente atrasado que este caso haya sido tratado como una curiosa excepción en lugar de derivar de una configuración más general en la que la ausencia de discriminación constituiría un caso especial (o limitante).

Al igual que los ferrocarriles, los servicios públicos deberían haber demostrado ser un campo de aplicación importante y una fuente importante de patrones particulares para el teórico. Sin embargo, en [1628] se logró muy poco que pueda compararse con las contribuciones anteriores de Dupuit. [1629] Las discusiones europeas sobre nacionalización y municipalización presentan poco interés desde nuestro punto de vista. Tampoco hay ningún beneficio para el aparato analítico de la economía para informar de la discusión estadounidense sobre la regulación de tarifas que trató el problema del `` rendimiento razonable sobre el valor razonable de la propiedad '' que la Corte Suprema sostuvo que los servicios públicos deberían poder ganar. . Las diversas «teorías» de valoración con fines de indemnización, impuestos y regulación de tarifas que produjo la mente jurídica ofrecen ejemplos curiosos de confusión lógica. Muchos economistas hicieron un trabajo útil para tratar de aclararlo y, por ejemplo, después de esfuerzos que se extendieron durante más de medio siglo, parecen haber convencido a los abogados de que el intento de definir una tasa de rendimiento `` razonable '' con referencia al valor de un propiedad que se deriva de los rendimientos esperados, implica un razonamiento circular. Pero esto basta por sí solo para caracterizar el nivel de esta rama del análisis económico.

7

-

Análisis de equilibrio [1630]

1. Unidad fundamental de la teoría económica del período

INCLUSO PARA el período anterior hemos podido discernir una cantidad considerable de acuerdo en lo que respecta a los elementos esenciales del análisis económico y, de hecho, una especie de sistema promedio o modal de la economía general, cuyas desviaciones eran menos frecuentes cuanto mayores eran. . Con mucha más confianza podemos afirmar para el período examinado que existía hacia 1900, aunque no una ciencia económica unificada, sin embargo, un motor de análisis teórico cuyas características básicas eran las mismas en todas partes. Esto debería ser obvio a partir de nuestra encuesta en el capítulo anterior. Pero puede ser útil, en vista de la impresión diferente que obtenemos cuando contemplamos la superficie atribulada y en vista de la opinión diferente que albergan muchos historiadores, mostrar esto una vez más. Nadie niega que, a pesar de las numerosas diferencias en los detalles, Jevons, Menger y Walras enseñaron esencialmente la misma doctrina. Pero las estructuras analíticas de Jevons y Marshall no difieren, en esencia, más de lo que el andamio difiere de la casa terminada y amueblada, y la nota XXI en el Apéndice de los *Principios* de Marshall es una prueba concluyente de la similitud fundamental de sus modelos y los de Walras. La atractiva franqueza de Wicksell revela los dos pilares de su arco a la mirada más superficial: uno es walrasiano, el otro böhm-bawerkiano. El anteproyecto de JB Clark, aunque se concibió de forma independiente, encarnaba sustancialmente los mismos principios que el Libro VI de Marshall; Pareto y Fisher desarrollaron Walras. Y, en lo que respecta a la teoría profesional, estos nombres abarcan prácticamente todo lo que podemos llamar el trabajo principal del período en "teoría general"; la enseñanza asociada a ellos, como se ha mostrado en los dos capítulos precedentes, configuró prácticamente todo el trabajo secundario o derivado del período, excepto el de los marxistas.

Entonces, ¿por qué las estructuras de estos líderes se ven tan diferentes? ¿Y por qué muchos de nosotros, incluso aquellos de nosotros que vemos la igualdad fundamental en ellos, sin embargo, negamos la unidad subyacente de la "economía general" de ese período? La respuesta a la primera pregunta es: porque había muchas diferencias en la técnica, en los detalles y en los puntos de vista sobre los problemas individuales, y porque, además, los líderes y los seguidores los enfatizaban demasiado. Las diferencias más importantes en la técnica giran en torno al uso o la negativa a utilizar el cálculo y los sistemas de ecuaciones simultáneas: la misma "teoría" se ve muy diferente con este atuendo y sin él, especialmente para el hombre que no está familiarizado con el primero. Un ejemplo de las diferencias en los detalles y, al mismo tiempo, de la propensión a sobreenfatizarlos es la controversia sobre el "costo real" (ver arriba, cap. 6, sec. 4). Y ejemplos de diferencias en puntos de vista sobre problemas individuales son las diferencias en la teoría del capital y las diferentes actitudes con respecto al Análisis Parcial (ver más adelante, sec. 6), que Marshall elaboró y Pareto fingió despreciar. [1631] Pero las diferencias de este tipo, y las controversias que surgen de ellas, son parte integral de la vida misma de cada campo del conocimiento: si permitiéramos que oscurecieran la

igualdad de los fundamentos, nunca podríamos hablar de los médicos escolásticos como grupo. que estaba unido en cuanto a métodos y resultados fundamentales; tal vez ni siquiera seamos capaces de hablar de una escuela marxista. Con referencia a la segunda pregunta, debe recordarse que nuestra propuesta de unidad fundamental no se aplica a la primera parte del período, sino sólo a la Situación Clásica que surgió aproximadamente alrededor de 1900. Antes de eso, por supuesto, no había más, pero menos acuerdo entre los principales teóricos que alrededor de 1850. El sistema que fue establecido por Jevons, Menger y Walras en las décadas de 1870 y 1880 y encontró su forma clásica en los *Principios* de Marshall (1890) llegó a la mayoría de los teóricos como algo nuevo y desconocido. Nada, de hecho, prueba de manera tan convincente que, a pesar de los precursores, en realidad fuera algo nuevo, al igual que la resistencia que encontró. Mientras la lucha continuaba y se ganaban adeptos individuales aquí y allá, la economía de Mill —para elegir a Mill una vez más como representante— estaba en posesión, y se agregaba una causa más de disensión a las que habían dividido a los economistas al final del siglo XX. período anterior. Esto también explica el hecho de que los rezagados que se aferraron a las viejas doctrinas, incluso después de que la victoria había sido ganada sustancialmente por las nuevas, eran más numerosos y más respetables de lo que hubieran sido el caso si los cambios hubieran sido menos "revolucionarios". Por lo tanto, una muestra aleatoria de los economistas —o incluso de los teóricos— tomada de todo el período podría parecer refutar la proposición aquí presentada. Pero además había un gran número de "forasteros", es decir, de escritores que defendían sus propios sistemas teóricos y condenaban la teoría profesional sin molestarse en dominarla. Y, finalmente, hubo algo más. Entonces, como siempre, la mayoría de los economistas estaban absortos en la tarea de investigar los hechos y problemas prácticos de los distintos departamentos de política pública. Esta mayoría, reforzada por los grupos históricos e institucionales, tenía poco uso de la "teoría" y no acogía con agrado un nuevo tipo de ella. Nunca lo aceptaron como un instrumento de investigación, sino que vieron el 'marginalismo' como una especie de filosofía especulativa o como un nuevo 'ismo' sectario que era precisamente su tarea eliminar mediante lo que consideraban una investigación verdaderamente científica y realista (ver cap. 4 arriba). De ahí que emitieran, en pronunciamientos metodológicos y programáticos, todo tipo de juicios radicales al respecto. En la superficie, el resultado fue un caos, especialmente en Alemania y en los Estados Unidos, una multitud de voces discordantes, todas las cuales parecían atestiguar la presencia de un impasse. El lector debe intentar comprender, por un lado, lo natural que fue esto y, por otro lado, que no significaba lo que parece significar. [1632] Debajo de la superficie perturbada por las frases, no había un callejón sin salida.

2. Cournot y la 'escuela de matemáticas': econometría

Fue durante el período que se examina cuando sucedió lo inevitable: los métodos matemáticos de razonamiento comenzaron a desempeñar un papel significativo y de hecho decisivo *en la teoría pura de nuestra ciencia* . Las formulaciones numéricas o algebraicas y los cálculos numéricos se habían producido, por supuesto, en las primeras etapas del análisis económico: estaban los aritméticos políticos, los fisiócratas y muchos casos aislados como Briscoe, Ceva, H. Lloyd, Condillac, a quienes hemos notado en sus estudios. lugares, o los dos autores rescatados del olvido por ERA Seligman. [1633] Pero el uso de cifras —Ricardo hizo un amplio uso de ilustraciones numéricas— o de fórmulas —como las que encontramos en Marx— o incluso la reformulación en forma algebraica de algún resultado de un razonamiento no matemático no constituye economía matemática: un elemento distintivo entra sólo

cuando el razonamiento mismo que produce el resultado es explícitamente matemático. [1634] De esto, sin embargo, conozco sólo tres casos claros que anteceden a von Thünen y Cournot: D. Bernoulli, Beccaria y, si le damos suficiente importancia a un atisbo de un sistema de equilibrio, Isnard. [1635] El lector no matemático puede agradecer un intento de definir más de cerca la naturaleza del servicio que las matemáticas prestaron a los teóricos económicos del período en estudio.

[(a) El servicio de matemáticas prestado a la teoría económica.]

A continuación, abordaremos los servicios que prestaron las matemáticas en el tratamiento del material estadístico. Aquí nos interesa su uso en el análisis teórico que es *cuantitativo* pero no *numérico* . Ahora bien, el lego, cuando oye hablar de la aplicación de las matemáticas a la economía, piensa principalmente en operaciones técnicas ('cálculos') que implican el uso de matemáticas 'superiores', es decir, las cosas que primero aparecen en los rangos más avanzados de el álgebra y la geometría analítica del estudiante universitario y luego se elevan fuera del alcance del mortal no matemático. Es muy cierto que durante (un poco más de) el último cuarto de siglo, los métodos realmente avanzados se han impuesto cada vez más a los economistas, métodos que los matemáticos profesionales reconocerían como "duros" o muy "especiales". Antes de 1914, sin embargo, esto no era así, y muy pocas publicaciones que aparecieron antes requerían de sus lectores —o incluso de sus autores— algún dominio de las matemáticas técnicas. Lo que se requería, más allá de los rudimentos del álgebra y la geometría analítica, era un conocimiento del cálculo, e incluso de esto, las ideas generales o la lógica en lugar de las técnicas más difíciles, por ejemplo, de integración. Barone tenía toda la razón cuando afirmó en 1908 que, aunque las matemáticas se estaban volviendo indispensables para el teórico, toda persona normal y normalmente educada podía adquirir lo que necesitara mediante el trabajo de tiempo libre de unos seis meses.

La lógica del cálculo puede expresarse en términos de un pequeño número de conceptos como variables, funciones, límites, continuidad, derivadas y diferenciales, máximos y mínimos. La familiaridad con estos conceptos —y con nociones tales como sistemas de ecuaciones, determinación, estabilidad, todas las cuales admiten explicaciones simples— cambia toda la actitud ante los problemas que surgen de los esquemas teóricos de las relaciones cuantitativas entre las cosas: los problemas adquieren una nueva definición; los puntos en los que lo pierden se destacan claramente; surgen nuevos métodos de prueba y refutación; el máximo de rendimiento puede extraerse de lo poco que sabemos sobre la forma de las relaciones entre nuestras variables; y la lógica de los infinitesimales dispone automáticamente de mucha materia controvertida que, sin su ayuda, obstruye las ruedas del avance analítico. [1636] Si el espacio lo permitía, se podría demostrar de manera instructiva que gran parte de las controversias de ese período consistieron simplemente en controversias entre personas que carecían de una poderosa herramienta de pensamiento y personas que la poseían. Pero algunos ejemplos se han presentado en el último capítulo y otros ocurrirán en este.

Dado que este tipo de servicio consiste simplemente en afinar los bordes de nuestras herramientas analíticas y, por lo tanto, no implica necesariamente cálculos elaborados, las matemáticas de un hombre no se muestran necesariamente en la superficie de un argumento: la teoría matemática es más que una traducción de la teoría no matemática. al lenguaje de los símbolos, pero sus resultados pueden, en general, traducirse a un lenguaje no matemático. Ésta es la razón por la que la mayoría no matemática de los economistas nunca se dio cuenta del alcance total de sus obligaciones para con la minoría con formación matemática: el teórico típico nunca se dio cuenta, por ejemplo, de que no

entendía completamente a Marshall, quien tuvo cuidado de desterrar sus matemáticas. desde la superficie de su argumento. Y así, esta mayoría encontró fácil considerar a los economistas matemáticos que hicieron alarde de sus matemáticas como una secta o "escuela" particular que no tenía una importancia particular para la profesión en general. Pero los economistas matemáticos no forman escuela en ningún sentido significativo del término, como tampoco lo hacen los economistas que leen italiano: todas las diferencias de opinión que se pueden concebir que existan entre economistas — excepto una cierta clase de errores— pueden y existen entre los entrenados matemáticamente. Y las contribuciones de este último a la estructura analítica dominante del período fueron mucho mayores de lo que la gente cree incluso ahora. Dejanos ver. En la sección anterior hemos asociado esa estructura con nueve nombres: Jevons, Menger, Walras, Marshall, Wicksell, Böhm-Bawerk, Clark, Pareto y Fisher. Esto hace que sean seis economistas matemáticos contra tres no matemáticos. Y si sumamos, como deberíamos, von Thünen, Cournot, Dupuit y Gossen, tenemos diez a tres. Tampoco cambiaría la situación si consideráramos un círculo más amplio de economistas que escribieron o comenzaron a escribir antes de 1914, ya que esto debería incluir a F. Jenkin, Edgeworth, Auspitz y Lieben, Pigou, Moore, Bowley, Cassel, también Pantaleoni, y otros que son difíciles de igualar, en lo que respecta al desempeño de primera fila, por nombres del campo no matemático: una lección sobre la cual reflexionar para el lector no matemático de estas páginas, al menos si es joven. [1637]

Pero dado que los aspectos esenciales de la utilidad marginal y las teorías de la productividad marginal también fueron elaborados por economistas que eran completamente ajenos a las matemáticas `` superiores '', era natural para ellos y para la mayoría no matemática de la profesión en general pensar que, excepto quizás por algunos refinamientos ociosos, el razonamiento matemático en economía no agregó nada a lo que podría descubrirse sin él. Este punto de vista les resultó más fácil de adoptar porque no eran conscientes de las deficiencias de sus propios productos: al contrario, en varios casos de cierta importancia hicieron virtudes de estas deficiencias. [1638] Y así entenderemos que los hombres que, alrededor de 1900 o incluso después, estaban en posiciones de liderazgo o influencia, y esto significa en la mediana edad o más allá, no tuvieron dificultad en excusarse de aprender lo que consideraban un problema difícil y difícil. técnica poco agradable que, después de todo, podría resultar de poco valor. No menos comprensible, racionalizaron esta actitud y presentaron en su defensa una serie de argumentos metodológicos como que el intento de aplicar las matemáticas, la herramienta de la física, a las ciencias sociales fue un error de principio lógico, y otros del mismo tipo, en el que, a esta hora del día, ya no vale la pena entrar. [1639] Estas racionalizaciones particulares se han desgastado, aunque la actitud en sí no lo ha hecho. Pero el movimiento ganó suficiente terreno durante el período para producir ese importante síntoma de éxito: la aparición de una pequeña cosecha de obras derivadas, interpretativas e introductorias. [1640] De los síntomas desfavorables, notemos la indiferencia o incluso la hostilidad mostrada por eminentes matemáticos [1641] y el hecho de que había economistas muy versados en matemáticas y, sin embargo, hostiles a la "economía matemática", siendo el ejemplo más destacado Lexis.

Ya se han mencionado algunas actuaciones en el campo de la economía matemática que pertenecen cronológicamente al período anterior. Pero la consideración del más grande de todos, el de Cournot, se ha pospuesto hasta ahora porque, bastante descuidado antes, adquirió una importancia fundamental en el período que se examina.

[(b) La contribución de Cournot.]

Antoine Augustin Cournot (1801–77), [1642] después de una exitosa carrera en la École Normale Supérieure, no tuvo menos éxito como profesor académico y administrador: fue nombrado profesor de análisis y mecánica en Lyon, 1834; Rector de la Academia (Universidad) de Grenoble, 1835; Inspector General de Estudios, 1838; Rector de la Academia (Universidad) de Dijon, 1854. Menciono estos hechos por lo demás irrelevantes porque algunos de sus admiradores estadounidenses, confundiendo en gran medida la psicología generada por el servicio civil francés, han mostrado una tendencia a convertirlo en una especie de mártir a causa de del fracaso de los *Recherche* . Es casi seguro que pensó en este fracaso como un pequeño incidente desagradable en una carrera por lo demás próspera. Además, tenía todos los motivos para felicitarse por la recepción de lo que, de nuevo, casi con toda seguridad, consideraba sus obras realmente importantes. De éstos, menciono su *Exposition de la théorie des chances et des probabilités* (1843), una actuación admirable que obtuvo merecido reconocimiento en su momento y posteriormente; [1643] y sus tres aventuras en el tipo de filosofía o epistemología que surge de la física teórica y que llegaría a ser tan popular alrededor de 1900: *Essai sur les fondements de nos connaissances* (1851); *Traité de l'enchainement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire* (1861); y *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes* (1872).

Cournot era bastante culto en economía. Pero sea cual fuere la naturaleza del interés que le llevó a tomar a Smith o Say o Ricardo, ciertamente fue un interés puramente científico lo que lo llevó a tomar su *pluma* . No tenía un objetivo práctico a la vista y se apresuró a asegurar a sus lectores que 'la *teoría* no debe confundirse con los sistemas [de, supongo, reglas de política], aunque en la infancia de todas las ciencias el instinto del sistema necesariamente intenta esbozar teorías. ' Y propuso abordar una serie de problemas que se prestaban particularmente bien a ser tratados por "esa rama del análisis que comprende funciones arbitrarias, que se limitan simplemente a satisfacer ciertas condiciones" (Prefacio a las *Investigaciones*). No se pretendía ni se alcanzaba ni la completitud sistemática ni la novedad de principio. Algunos conceptos y proposiciones que ya existían, pero solo de forma vaga y confusa, se reformularon pulcramente de una manera más rigurosa. *Y toda la grandeza histórica de la actuación está en el sorprendente éxito que acompañó a la ejecución de este modesto programa* .

Hay tres capítulos introductorios, de los cuales el segundo (sobre cambios de valor "relativos" y "absolutos") sugiere alguna influencia de Ricardo; y el tercero presenta el álgebra de las divisas cuya importancia (Jevons no vio esto, pero Walras sí y se benefició de ello) consiste en la circunstancia de que implica el álgebra del mecanismo de precios en general: es esta razón y no una gran ganancia que se puede derivar de la propia teoría de las divisas que justifica el consejo de no perderse. Los capítulos 4 a 9 son los famosos. Son el núcleo del *análisis parcial* de Marshall , a saber: la función de demanda; la teoría del monopolio, incluidos también los conocidos teoremas sobre la tributación de los productos monopolizados; la teoría de la competencia perfecta; y, finalmente, el tratamiento del oligopolio y de un caso particular de monopolio bilateral, los cuales se han convertido en los chivos expiatorios de una literatura más amplia (véase más adelante, sec. 4). El capítulo 10, aunque desfigurado por un grave desliz, merece más atención de la que ha recibido hasta ahora. Los capítulos 11 y 12 han sido, hasta cierto punto con razón, votados fuera de los tribunales por la abrumadora mayoría de críticos. Pero al menos el primero es históricamente interesante porque su argumento anticipa la idea post-marshalliana (keynesiana) de complementar el análisis parcial con el análisis de ingresos: Cournot reconoció, por supuesto, que 'para una solución completa y rigurosa de los problemas relativos a algunas partes de el

sistema económico ', es' indispensable tener en cuenta todo el sistema '(*op. cit.* p. 127), que es precisamente lo que iba a hacer Walras. Pero, exactamente como el grupo keynesiano de post-marshallianos, Cournot creía que `` esto superaría los poderes del análisis matemático y de nuestros métodos prácticos de cálculo " y, por lo tanto, previó la posibilidad de tratar tales problemas en términos de un pequeño conjunto de agregados. en el que la Renta Social y sus variaciones ocuparían el lugar de honor. No llegó muy lejos, pero valió la pena advertir esta primera reformulación explícita de una vieja práctica que tendremos que discutir nuevamente.

Para calificar en su valor total la actuación de Cournot en lo que he descrito como los capítulos famosos y particularmente en el Capítulo 4 (De la ley de la demanda) y en el Capítulo 5 (Del Monopolio) es necesario recordarnos que en ese momento ' los economistas literarios "experimentaron la mayor dificultad para formular la relación simple que se volvió tan familiar como" la curva de demanda de Marshall "; que, si descuidamos la contribución olvidada de Verri, Cournot creó la teoría de la misma; y que su tratamiento del monopolio fue una hazaña aún más sorprendente del mismo tipo, ya que nadie tenía nada útil que decir sobre los precios monopolísticos hasta que Marshall publicó su versión magistral de la teoría de Cournot. Si añadimos la teoría de Cournot del mecanismo competitivo y de los costes, veremos la justicia en su ascenso póstumo desde el olvido casi completo a su lugar actual en nuestro salón de la fama. Pero este lugar está inscrito en el maestro del análisis parcial, quien además fue el primero en mostrar lo que las matemáticas pueden hacer por nosotros. No creo que sea históricamente correcto atribuirle más que una idea vaga y no operativa del equilibrio *general* .

Hasta ahora hemos estado considerando la ayuda que las matemáticas estaban comenzando a brindar, durante el período que se examina, a lo que se describe mejor como teoría pura. El programa específicamente econométrico —teoría matemática más cifras estadísticas— luchaba todo el tiempo hacia una formulación consciente pero, con algunas excepciones importantes que se notan en la actualidad, no lo logró de todos modos. El mensaje de Petty y Davenant aún estaba en suspenso; e incluso la mayoría de los teóricos que también hacían trabajo estadístico no contemplaron una boda entre las dos líneas de investigación. Lo más importante es echar un vistazo, por un lado, a la relación entre los economistas y la *teoría* de la estadística y, por otro lado, al progreso de un trabajo que era econometría sin nombre.

En cuanto al primero, recordemos algunos hechos. Las estadísticas superiores surgieron de la teoría de la probabilidad. El teorema de Jacques Bernoulli, que tiene todas las pretensiones, en un bosquejo como éste, de estar al principio, indujo el trabajo que culminó con las contribuciones de A. de Moivre, Laplace y Gauss. La ley del error y el método de los mínimos cuadrados de este último —propagado vigorosamente en las ciencias sociales por Quetelet— se convirtió en el orgullo y al mismo tiempo en la maldición de la estadística aplicada durante más de medio siglo. [1644] Todo esto pertenece al período anterior, al igual que la obra de Poisson y Cournot. El período examinado (casi) comienza con la nueva salida de Lexis, que al principio hizo una pequeña mella en la posición de la ley del error de Gauss. Más tarde, sin embargo, antes de que terminara el siglo XIX, se produjo un auge en la teoría estadística: para poner al lector en la pista de sus logros es suficiente mencionar los nombres de Fechner, Thiele, Bruns, Pearson, Edgeworth y Charlier. . Aunque Lexis y Edgeworth [1645] eran economistas, la economía analítica obtuvo muy pocos beneficios durante ese período de sus contribuciones a la metodología estadística, incomparablemente menos que la astronomía, la psicología o la biología.

En cuanto al segundo, un tipo importante de trabajo econométrico puede ilustrarse nuevamente en la Ley de Engel de [1646] que, aunque publicada originalmente en 1857, no atrajo la atención internacional antes del período que se examina. Incluso entonces, ni el propio Engel ni nadie más parece haberse dado cuenta de su interés por la *teoría* económica . Afirma que (en un conjunto de familias en las que los gustos no difieren significativamente y en las que todas enfrentan los mismos precios) el porcentaje de gasto en alimentos es en promedio una función decreciente de los ingresos. Además, ya nos hemos encontrado con otro ejemplo de esas "leyes" estadísticas que podrían insertarse en la teoría económica: la ley de Pareto de la distribución de los ingresos por tamaño.

Los trabajos de Fisher y de Moore, discutidos anteriormente, fueron de hecho genuinamente econométricos y se puede decir que este último dio el impulso decisivo que inició el torrente moderno de curvas de demanda estadísticas.

Para ello existen varias bibliografías que ayudarán al lector interesado, por ejemplo, la de Louise O. Bercaw, 'Price Analysis' , *Econometrica* , octubre de 1934, que presenta el material aparecido en 1927-1933 y hace referencia a otras bibliografías que van más atrás. El tratado de Henry Schultz sobre la *teoría y la medición de la demanda* (1938) es, como presumiblemente el lector sabe, el trabajo estándar sobre el tema en el que, lamentablemente, no podemos entrar en este libro. Sin embargo, en 1914 habían aparecido varios otros trabajos pioneros además del de Moore, entre ellos The Elasticity of Demand for Wheat, *Economic Journal* , junio de 1914 de Lehfeldt. Este último, por lo que puedo entender, fue el primer seguidor moderno de Gregory King. .

Independientemente de lo que se pueda pensar sobre el valor práctico inmediato de las muchas curvas de demanda que se han obtenido, es cierto que tratar de resolver los problemas que surgen en su construcción e interpretación es uno de los mejores métodos para desarrollar nuestra capacidad analítica. Precisamente para la teoría, por lo tanto, el tema de las curvas de demanda estadística es de suma importancia. La historia de este tipo de trabajo pertenece, sin embargo, casi en su totalidad al período actual. Lo mismo vale para el trabajo en campos distintos de la teoría de la demanda, especialmente en los campos de las funciones de producción estadística, el costo estadístico y las funciones de oferta estadística. Para un estudio preliminar, se remite a los lectores a H. Schultz, *Statistical Laws of Demand and Supply* (1928); J. Dean, *Determinación estadística de costos* (1936); WA Tweddle y Richard Stone, 'Study of Costs' , *Econometrica* , julio de 1936; los informes de un comité de la Econometric Society presidido por el Sr. EH Phelps Brown, *ibid.* Abril y julio de 1936; y Reinhard Hildebrandt, *Mathematisch-graphische Untersuchungen über die Rentabilitätsverhältnisse des Fabrikbetriebs* (1925). La lectura de estos libros y artículos pondrá al lector en la pista de métodos, problemas y resultados que presagian partes importantes de la teoría económica del futuro.

Pero, como hemos visto, aunque se hicieron pocos avances antes de 1914 en las líneas que acabamos de ver, las investigaciones sobre tecnología agrícola, particularmente sobre nutrición de plantas y suelos, bastante esencial para temas tan antiguos de la teoría económica como la ley de los rendimientos decrecientes, y también en la alimentación del ganado ya había alcanzado un alto grado de desarrollo durante el período objeto de estudio. El primero de los informes del Comité Phelps Brown mencionado anteriormente tiene el mérito particular de hacer comprender a sus lectores la importancia teórica de tal trabajo y de desengañarlos de la idea de que la teoría de la productividad marginal es solo una especulación de sillón.

Pero la teoría del período no se prestó a la inserción de tales resultados. La mayoría de los

teóricos, incluidos algunos de los más importantes, desconocían por completo la posibilidad de una teoría que eventualmente pudiera lograr resultados numéricos. En consecuencia, nunca se les ocurrió enmarcar sus esquemas de una manera que los hubiera hecho susceptibles de tratamiento estadístico: la idea misma les habría parecido fantástica. Sin embargo, hubo excepciones. Tanto Cournot como Jevons vieron que esa posibilidad se avecinaba en el futuro. Pareto y Marshall se dieron cuenta de su presencia. El discurso de este último "La vieja generación de economistas y la nueva" (1896) es el primer pronunciamiento de un destacado teórico a favor de un programa econométrico. Más importante aún, Marshall *teorizó* con miras a hacer sus conceptos numéricamente operativos, y su apelación ocasional a las cifras estadísticas [1647] tiene una importancia más que ilustrativa. Los críticos institucionalistas apenas han hecho justicia a las implicaciones de esto. Los trabajadores individuales en campos especiales, como sabemos (ver, por ejemplo, la actuación de Cheysson o la de los escritores sobre el transporte ferroviario, más arriba, cap. 6, sec. 6) hicieron, sin embargo, algunos progresos.

3. El concepto de equilibrio [1648]

(a) Estática, Dinámica; el estado estacionario, la evolución.

Volvemos ahora a un tema que hemos dejado en la forma que había recibido de la mano de JS Mill. Con el fin de facilitar al lector el seguimiento de la exposición de esta sección, en primer lugar reafirmaré, con algunos comentarios explicativos, las definiciones que se adoptan en este libro. Los dos primeros se deben a Ragnar Frisch.

Por análisis estático entendemos un *método* para tratar los fenómenos económicos que trata de establecer relaciones entre elementos del sistema económico - precios y cantidades de mercancías - todos los cuales tienen el mismo subíndice de tiempo, es decir, se refieren al mismo punto de hora. La teoría ordinaria de la oferta y la demanda en el mercado de una mercancía individual, como se enseña en todos los libros de texto, ilustrará este caso: relaciona la demanda, la oferta y el precio como se supone que deben ser en cualquier momento de observación; nada más se toma en consideración. . Pero los elementos del sistema económico que interactúan en un momento dado son evidentemente el resultado de configuraciones precedentes; y la forma en que interactúan no está menos evidentemente influenciada por lo que la gente espera que sean las configuraciones futuras. Así, para seguir nuestro ejemplo, podemos concebir la situación en nuestro mercado como determinada, o al menos influenciada, por decisiones previas de los productores que no pueden entenderse a partir de las condiciones del momento elegido para la observación sino sólo de las condiciones. que prevalecía en el momento en que se tomaron esas decisiones. Por lo tanto, nos vemos llevados a tener en cuenta valores pasados y (esperados) futuros de nuestras variables, rezagos, secuencias, tasas de cambio, magnitudes acumuladas, expectativas, etc. Los *métodos* que apuntan a hacer esto constituyen la dinámica económica.

La relación entre teoría estática y dinámica puede dilucidarse desde dos puntos de vista diferentes, aunque relacionados. Por un lado, la teoría estática implica un mayor nivel de abstracción: los patrones dinámicos también se abstraen de muchas cosas; pero el patrón estático abandona características adicionales de la realidad, a saber, las enumeradas al final del párrafo anterior, y está aún más cerca de una lógica pura de cantidades económicas que la dinámica. Por otro lado, se puede decir que la teoría estática constituye un caso especial de una teoría dinámica más general: esto lo vemos en el hecho de que podemos derivar patrones estáticos de patrones dinámicos mediante el simple proceso

de igualar a cero los 'factores dinamizadores' que puede ocurrir en este último. [1649]

Ahora bien, un observador recién llegado de Marte podría pensar con excusa que la mente humana, inspirada por la experiencia, comenzaría el análisis con lo relativamente concreto y luego, a medida que se revelaran relaciones más sutiles, pasaría a lo relativamente abstracto, es decir, comenzaría desde relaciones dinámicas y luego proceda a resolver las estáticas. *Pero esto no ha sido así en ningún campo de la actividad científica* : [1650] siempre la teoría estática ha precedido históricamente a la teoría dinámica y las razones de esto parecen ser tan obvias como sólidas: la teoría estática es mucho más sencilla de desarrollar; sus proposiciones son más fáciles de probar; y parece más cercano a lo esencial (lógico). La historia del análisis económico no es una excepción.

Por *estado* estacionario , como el término implica, no nos referimos a un método o actitud mental del analista, sino a un cierto estado del objeto de análisis, es decir, un proceso económico que se desarrolla a ritmos uniformes o, más precisamente, un estado económico. proceso que simplemente se reproduce a sí mismo. Sin embargo, entendido en el sentido que nos ocupa aquí, no es más que una ficción metodológica. Esencialmente, es un dispositivo simplificador. Pero también es algo más. Cuando tratamos de visualizar cómo podría verse tal proceso y cuáles de los fenómenos de la realidad podrían estar presentes en él, descubrimos *ipso facto* cuáles de ellos faltan. Y así adquirimos una herramienta de análisis que nos ayuda a localizar las fuentes de este último, un servicio cuya importancia debería ser (pero lamentablemente no es) superfluo de enfatizar. [1651] El término evolución puede usarse en un sentido más amplio y más restringido. En un sentido más amplio, comprende todos los fenómenos que hacen que un proceso económico no sea estacionario. En sentido más estricto, comprende estos fenómenos menos los que pueden describirse en términos de variaciones continuas de tasas dentro de un marco invariable de instituciones, gustos u horizontes tecnológicos, y se incluirán en el concepto de crecimiento.

El lector observará que, al menos en principio lógico, la "estática" y la "dinámica", por un lado, y los estados "estacionarios" y "evolutivos", por el otro, son independientes entre sí. Podemos describir un proceso estacionario mediante un modelo dinámico: este será el caso siempre que hagamos que las condiciones para la estacionariedad de un proceso en un período dado dependan de lo que sucedió con el proceso en períodos anteriores. También podemos describir un proceso evolutivo mediante una sucesión de modelos estáticos: este será el caso siempre que tratemos con perturbaciones de un estado dado tratando de indicar las relaciones estáticas que se obtienen antes de que una perturbación determinada incida en el sistema y después de que haya tenido tiempo. para resolverse. [1652] El último método de procedimiento se conoce como Estática Comparativa. Hasta donde yo sé, el término fue utilizado por primera vez por F. Oppenheimer [1653] en *Wert und Kapitalprofit* (1916, 2ª ed., 1922).

Finalmente, el lector también debe observar que los dispositivos conceptuales esbozados no tienen nada que ver con otros similares que puedan estar en uso en las ciencias físicas. La impresión generalizada de lo contrario se debe a dos hechos. Primero, aunque encarnan nada más que hábitos de la mente humana que son tan generales como la lógica ordinaria, ellos —o dispositivos similares— han sido adoptados, precisamente por esta razón, dondequiera que el carácter de los hechos bajo análisis pareciera sugerirlos. Dado que las ciencias físicas y la mecánica en particular estaban muy por delante de la economía en cuestiones de técnica, estos dispositivos conceptuales fueron definidos conscientemente por los físicos antes que por los economistas, de modo que la persona educada

promedio los conoce de la mecánica antes de que se familiarice con la economía. y, por tanto, es probable que sospeche que se tomaron prestados ilegítimamente de la mecánica. En segundo lugar, como tales dispositivos no eran familiares en un campo donde prevalecía una conceptualización más flexible, algunos economistas, I. Fisher en particular, pensaron que era una buena idea transmitir su significado a la mente no instruida por medio de la analogía mecánica. Pero esto es todo. Sabemos que en realidad el concepto de estática económica puede remontarse a la zoología más que a la mecánica y, lo que es mucho más importante, se ha hecho un uso primitivo y subconsciente de él desde los inicios mismos del análisis económico.

Habiendo despejado así el terreno, me esforzaré por mostrar (1) que esas mejoras en el aparato analítico de la economía fueron, real o potencialmente, desarrolladas lentamente durante el período en discusión, pero no con la suficiente rapidez, o con el rigor suficiente, como para que las consideren. efecto pleno sobre la práctica de los analistas antes de 1914; y (2) que este último hecho ralentizó el avance y explica algunas de las deficiencias más graves de los logros reales.

(1) El concepto de estado estacionario había sido, como sabemos, bastante familiar en el período anterior. Pero se usó para denotar un estado real de la economía que se espera en algún momento futuro, más que como una ficción metodológica: en esta última capacidad, solo Marx lo había usado plenamente, quien lo llamó reproducción simple. Sin embargo, independientemente de él, comenzó a utilizarse en el período en discusión con el propósito de señalar, para un análisis preliminar, un conjunto de problemas particularmente simples: como tal, fue reconocido, por ejemplo, por Marshall, [1654], quien habló de la 'ficción famosa del' estado estacionario ' ', aunque, como ficción metodológica, el estado estacionario no era en absoluto 'famoso' en 1890, lo usó repetidamente y fue, hasta donde yo sé, el primero en señalar que puede aumentar su utilidad para el análisis definiéndolo de manera diferente (más o menos estrictamente) para diferentes propósitos. También dio la iniciativa, seguido por muchos y especialmente por Cassel, [1655] para una extensión de la idea al caso del progreso equilibrado, es decir, al caso de una sociedad en la que la población y la riqueza crecen aproximadamente al mismo ritmo y en qué 'métodos de producción y condiciones de comercio cambian poco; y, sobre todo, donde el carácter del hombre mismo es una cantidad constante '', concepción que ha adquirido un interés adicional en nuestros días debido a su relación con el problema del pleno empleo en los modelos no sólo de un estancamiento sino también de un economía en expansión. [1656] Esta extensión del concepto de estacionariedad debería haber separado nítidamente los fenómenos de la evolución en el sentido estricto del término, y así lo hizo. Pero con todos los líderes de la época, esto significó dejar de lado estos fenómenos en lugar de construir una teoría integral de ellos.

Ni Walras, que utilizó la frase *point de vue statique* , ni Marshall, que utilizó la frase *método estático* , fallaron en distinguir la teoría estática de la teoría del estado estacionario. Pero la mayoría de los escritores de los confundieron, testigo de la creciente popularidad de la frase 'estado estático,' [1657] , que es el sello distintivo de esta confusión. Sin embargo, aunque se visualiza más claramente que se define rigurosamente, el sistema de estática económica surgió durante el período y, de hecho, constituye su gran logro. Pero la naturaleza de la dinámica económica ni siquiera se visualizó claramente: algunos la identificaron con una teoría histórica del cambio o bien con una teoría que permite las tendencias; otros con una teoría de la interdependencia general frente al análisis parcial de los fenómenos seccionales; otros con una teoría de lo moderno frente a la economía tradicional de la Edad Media; y unos pocos simplemente con la teoría de pequeñas variaciones de cantidades

económicas. [1658] Muchos, entre ellos Böhm-Bawerk, no quisieron oír hablar de la estática y la dinámica; para ellos, solo había un tipo de teoría, que sin duda admitía diversos grados de abstracción pero no «métodos» lógicamente distintos. Y estaban aquellos en cuyas manos toda la discusión degeneró en una disputa sobre palabras. Todo esto demuestra la importancia, incluso para propósitos puramente prácticos, de definiciones lógicamente rigurosas: porque si la naturaleza de la estática de la época hubiera sido sometida a un análisis riguroso, los problemas de dinámica habrían surgido casi por sí mismos. Pero no todo fue mera confusión. También encontramos sugerencias que apuntan hacia la dinámica de nuestro tiempo. No eran más que sugerencias, a veces no más que *obiter dicta* . Solo puedo referirme a los (relativamente) más claros e importantes de ellos, que se deben a Pantaleoni. [1659]

(2) Precisamente porque incluso los pensadores más avanzados de esa época no tenían un esquema o método dinámico explícito para ayudarlos, no se dieron cuenta de las severas limitaciones de su esquema o método estático. Porque éstos se revelan sólo a la luz de consideraciones dinámicas. En consecuencia, salieron incesantemente de su estática sin tener derecho a hacerlo y sin ser conscientes de ello. La situación empeoró por la confusión prevaleciente entre la teoría estática y la teoría de un estado estacionario o cuasi estacionario.

[Esta versión se interrumpe en este punto, obviamente inacabada, con tres líneas de notas taquigráficas para indicar cómo se llevaría a cabo la discusión.]

(b) Determinación, equilibrio y estabilidad.

Del taller de Walras surgió la teoría estática del universo económico en forma de un gran número de relaciones cuantitativas (ecuaciones) entre elementos económicos o variables (precios y cantidades de bienes o servicios consumibles y productivos) que se concibieron como determinantes simultáneamente otro. Tan pronto como se logró esta gran hazaña, tan pronto como se escribió esta Carta Magna de economía exacta, que ahora estudiaremos con cierto detalle, comenzó a imponerse un tipo de investigación que había sido desconocido en la economía prewalrasiana. Teoría pura había existido desde el principio, o casi. Pero su técnica había sido un asunto sencillo. El sistema walrasiano de ecuaciones simultáneas, sin embargo, trajo consigo una serie de nuevos problemas de naturaleza específicamente lógica o matemática que son mucho más delicados y van mucho más profundos de lo que Walras o cualquier otra persona se hubiera imaginado. Principalmente giran en torno a la determinación, el equilibrio y la estabilidad. [1660] Son demasiado difíciles y especialmente demasiado técnicos para nosotros. Pero hay que señalar algunos puntos fundamentales sobre ellos si queremos comprender la naturaleza de los logros de ese período y la forma en que el trabajo moderno se relaciona con él.

Para ello, consideremos una distinción que fue muy característica de los métodos analíticos de ese período, ya que se presenta tanto en la parte crítica como en la constructiva de la obra de Böhm-Bawerk. Su objetivo era "explicar" o "comprender" el fenómeno de interés. Esta tarea le parecía implicar dos cosas diferentes. Primero, parecía obviamente necesario desenterrar la "causa" o la "fuente" o la "naturaleza" del interés. En segundo lugar, después de que se hizo esto y el resultado se protegió críticamente contra otras "teorías", surgió el problema de qué determina la *tasa* de interés. Los economistas matemáticos, especialmente Pareto, despreciaron esta metodología. Pero se puede salvar, hasta cierto punto, reformulándolo de esta manera: dado que el sistema económico no puede tratarse como un conjunto de cosas indefinidas, primero debemos definir qué significan sus elementos (incluido el interés) antes de poder formular el problema exacto de su determinación en términos de ciertas

propiedades de las funciones (relaciones) que implica este significado. Luego sigue lógicamente la prueba de que el problema de hecho puede ser resuelto (prueba de la existencia de una solución) y, finalmente, la investigación de las 'leyes' que revela la solución (las propiedades de la solución). Cuando hemos hecho todo esto, decimos que hemos 'explicado' o 'entendido' cualquiera que sea el elemento o elementos que quisimos 'explicar' o 'comprender'.

De manera más general, y al mismo tiempo más simple, decimos que hemos determinado un conjunto de cantidades (variables) si podemos indicar relaciones a las que deben ajustarse y que restringirán el posible rango de sus valores. Si las relaciones determinan un solo valor o una secuencia de valores, hablamos de determinación única, un caso que, por supuesto, es particularmente satisfactorio. Sin embargo, las relaciones pueden producir más de un posible valor o secuencia de valores, lo cual es menos satisfactorio pero aún mejor que nada. En particular, las relaciones pueden determinar solo un rango. [1661] A la luz de lo dicho en el párrafo anterior, nos damos cuenta de que "determinar" un conjunto de cantidades en el sentido en que usamos esta frase no es, en efecto, todo lo que implica la tarea de "explicar" un fenómeno. Pero también nos damos cuenta de que es una parte indispensable e importante, o, más precisamente, un paso indispensable en esta tarea. Y esto responde a la pregunta, tantas veces formulada con desprecio, por qué los teóricos deberían preocuparse tanto por la "mera determinación".

Si las relaciones que se derivan de nuestro estudio del "significado" de un fenómeno son tales que determinan un conjunto de valores de las variables que no mostrarán tendencia a variar *bajo la única influencia de los hechos incluidos en esas relaciones per se* , hablamos de equilibrio: decimos que esas relaciones definen condiciones de equilibrio o una posición de equilibrio del sistema y que *existe* un conjunto de valores de las variables que *satisfacen* las condiciones de equilibrio. Este no tiene por qué ser el caso, por supuesto; no es necesario que haya un conjunto de valores de variables que satisfagan un conjunto dado de relaciones, y pueden existir varios conjuntos de este tipo o una infinidad de ellos. Los equilibrios múltiples no son necesariamente inútiles pero, desde el punto de vista de *cualquier* ciencia exacta, la existencia de un `` equilibrio (conjunto de valores) determinado de forma única '' es, por supuesto, de suma importancia, incluso si la prueba tiene que comprarse al precio de supuestos muy restrictivos; sin ninguna posibilidad de probar la existencia de un equilibrio determinado unívocamente —o en todo caso, de un pequeño número de equilibrios posibles—, por muy alto que sea el nivel de abstracción, un campo de fenómenos es realmente un caos que no está bajo control analítico. Nuevamente, obtenemos una respuesta simple y convincente a la pregunta del profano sobre el bien que esperamos de toda nuestra preocupación por el "equilibrio determinado", y a la pregunta más específica de por qué este concepto desempeñó un papel tan importante en el pensamiento de Walras y Marshall. [1662]

Las relaciones de las que partimos, según que enlacen elementos que llevan el mismo subíndice de tiempo o distintos, pueden definir un equilibrio estático o dinámico. Los líderes de ese período utilizaron sólo el primer concepto, al menos en sus configuraciones matemáticas, y no parecen haber tenido ideas precisas sobre los problemas que se centran en el segundo. Por lo tanto, nos limitaremos al equilibrio estático, excepto en la medida en que la descripción y la crítica de su análisis nos impongan aspectos dinámicos. Cabe destacar, como se ha hecho en la primera parte de esta sección con respecto a los términos 'estático' y 'dinámico' en sí mismos, que el concepto de equilibrio, ya sea estático o dinámico, no tiene nada que ver con ningún préstamo legítimo. o no, de aquellas ciencias

físicas en las que ocurren conceptos análogos. Son categorías lógicas y tan generales como la lógica misma. Ocurren tanto en las ciencias físicas como en las sociales porque es la misma mente humana la que trabaja en ambas.

Ya sea estático o dinámico, el equilibrio puede ser estable, neutral o inestable. Antes de entrar en este tema, conviene comentar brevemente —y muy superficialmente— el significado de un sistema de ecuaciones simultáneas y la concepción de la determinación simultánea de un conjunto de variables. Partimos de nuevo desde los dos primeros de los cuatro pasos en los que hemos dividido el procedimiento analítico exacto y que son, por primera vez en la historia de la economía, claramente discernibles en la obra de Walras, a saber, la investigación de la naturaleza de los fenómenos. hemos de estudiar y descubrir las relaciones que, guiados por nuestro conocimiento de su naturaleza, concebimos subsistir entre ellos. Cuando hemos logrado expresar estas relaciones mediante ecuaciones, estamos listos para dar el tercer paso: las ponemos juntas en un sistema (un 'modelo' teórico) y preguntamos si existe un conjunto único de valores de los elementos que aparecen en este sistema como variables (o "incógnitas") que satisfarán todas esas ecuaciones que deben ser válidas todas simultáneamente; de ahí la frase ecuaciones simultáneas. Hasta ahora, se espera, todo sea sencillo. Pero la respuesta a esta pregunta, en la mayoría de los casos negativa por supuesto, es extremadamente difícil de dar. De hecho, el sentido común simple puede indicar ciertas condiciones que deben cumplirse para que exista un conjunto tan único de valores —una "solución". Por tanto, las ecuaciones deben ser ecuaciones genuinas y no meras identidades (como x es x); 1663 deben ser independientes en el sentido de que ninguno debe estar implicado en uno o más o en todos los demás; 1664 deben ser suficientes en número; y, por supuesto, no deben contradecirse. 1665 Pero estas condiciones son adecuadas y fácilmente verificables sólo en una clase de casos particularmente simple a la que no pertenece el sistema walrasiano. Se necesita un argumento muy avanzado que involucre algunas herramientas complicadas de las matemáticas modernas para hacer frente al problema que veremos en la sección 7. Walras y Marshall estaban lejos de resolverlo, en primer lugar porque algunas de las herramientas matemáticas requeridas no lo lograron. existen en su tiempo creativo, y ni siquiera pueden haber tenido una concepción clara de su naturaleza y dificultad. Pero, como también veremos, Walras hizo más que "contar ecuaciones". 1666

[Esta versión también está inacabada. A continuación se incluye un solo párrafo de la versión anterior (véase el Apéndice), porque define muy brevemente el equilibrio estable, neutral e inestable. Estos conceptos se abordarán nuevamente en secciones posteriores de este capítulo.]

Por lo tanto, podemos considerar *procesos* estacionarios y evolutivos y podemos analizar ambos por un *método* estático o dinámico . Introduciremos ahora el concepto de equilibrio. El caso más simple y, para la mayoría de los propósitos, el más importante es el del equilibrio estático. Supongamos que hemos resuelto la cuestión de qué elementos de un universo económico deseamos determinar y cuáles son los datos y las relaciones mediante las cuales determinarlos. Entonces surge la pregunta de si estas relaciones que se supone que se cumplen simultáneamente (ecuaciones simultáneas) son suficientes para determinar conjuntos de valores para esos elementos (variables) que satisfarán las relaciones. Puede que no exista tal conjunto, uno o más de uno, y no se sigue que nuestro sistema no tenga valor si existen varios. Pero el caso más favorable y por el que todos los teóricos oran es, por supuesto, la singularidad del conjunto. A tal conjunto o conjuntos de este tipo los llamamos conjuntos de equilibrio y decimos que el sistema está en equilibrio si sus variables toman los valores así

determinados. Huelga decir que estos valores son mucho más útiles para nosotros si son *estables* que si son *neutrales* o *inestables* . Un valor de equilibrio estable es un valor de equilibrio que, si se cambia en una pequeña cantidad, activa fuerzas que tenderán a reproducir el valor anterior; el equilibrio neutral es un valor de equilibrio que no conoce ninguna de esas fuerzas; un equilibrio inestable es un valor de equilibrio, un cambio en el que surgen fuerzas que tienden a alejar al sistema cada vez más de los valores de equilibrio. Una bola que descansa en el fondo de un cuenco ilustra el primer caso; una bola que descansa sobre una mesa de billar, la segunda; y una bola que se posa en la parte superior de un cuenco invertido, el tercer caso. Naturalmente, las condiciones que aseguran la estabilidad y cuya ausencia produce inestabilidad son de especial interés para comprender la lógica del sistema económico. En este sentido se ha dicho que son las condiciones de estabilidad las que arrojan teoremas.

4. La hipótesis competitiva y la teoría del monopolio [1667]

Se ha dicho anteriormente que los economistas del período examinado mantuvieron sustancialmente el hábito de sus predecesores "clásicos", que consistía en considerar la "competencia" como el caso normal a partir del cual construir su análisis general; [1668] y que, como aquellos predecesores, sobrevaloraron el rango de aplicación de tal análisis. De hecho, abundan los casos de escritores que consideraron la competencia como el caso normal, *ya sea* en el sentido de que cubre la mayor parte de la práctica empresarial real (Walras, los austriacos); *o* en el sentido de que las desviaciones del esquema competitivo, aunque frecuentes, pueden solucionarse mediante un reconocimiento ocasional (Marshall, Wicksell); [1669] *o* en el sentido de que la competencia "debería" ser el caso normal y "debería" y podría hacerse cumplir mediante políticas adecuadas (Clark); *o* , finalmente, en el sentido de que el sistema actual, aunque no sea competitivo en partes, funciona, en general, como si fuera competitivo (Cassel). Además, aunque no todos eran elogios acríticos de la competencia (véase más adelante la sección 5), casi todos estaban dispuestos a ceder al sesgo específico del teórico económico que no tiene nada que ver con la preferencia política, el sesgo de fácil manejo. patrones. Y es lógico que la descripción generalizada del comportamiento económico por parte del teórico se simplifique en gran medida por el supuesto de que los precios de todos los productos y `` factores " no pueden ser influenciados de manera perceptible por el hogar individual y la empresa individual y, por lo tanto, pueden tratarse como dados (como parámetros) dentro de la teoría de su comportamiento. [1670] Estos precios serán entonces determinados, en general, por el efecto de masa de las acciones de todos los hogares y todas las empresas en los 'mercados', cuyos mecanismos son relativamente fáciles de describir siempre que los hogares y las empresas no tengan más remedio que adaptar las cantidades de bienes y servicios que desean comprar o vender a los precios que rigen. Podemos llamar a esto el principio de estrategia excluida y, en consecuencia, decir que la mayor parte de la teoría pura del período era una teoría pura del equilibrio estático *que excluía la estrategia* . El aumento generalizado del nivel de rigor científico finalmente produjo, si no el término, la sustancia de lo que ahora llamamos competencia pura o perfecta. [1671]

(a) La hipótesis competitiva.

Esta noción había sido explicitada por Cournot al final del Capítulo 7 y al comienzo del Capítulo 8 de sus *Investigaciones* : después de haber comenzado con el caso del monopolio directo (discutido más adelante) primero presentó a otro vendedor y luego a otros adicionales hasta que, al dejar su número aumenta indefinidamente, finalmente llegó al caso de la competencia "ilimitada"

(ilimitada), donde la cantidad producida por cualquier productor es demasiado pequeña para afectar el precio de manera perceptible o para admitir una estrategia de precios. [1672] Jevons añadió su Ley de la indiferencia, que define el concepto de mercado perfecto en el que no puede existir, en ningún momento, más de un precio por cada mercancía homogénea. Estas dos características —estrategia de precios excluidos y ley de indiferencia— expresan, hasta donde puedo ver, lo que Walras quiso decir con *concurrencia libre* . La definición de Pareto (*Cours* I, p. 20) llega a lo mismo. Sin embargo, esto no elimina todas las dificultades lógicas que se esconden detrás del concepto de un mercado competitivo, [1673] y algunas de ellas deben notarse ahora brevemente.

Se supone que el mecanismo de competencia pura funciona a través del deseo de todos de maximizar su ventaja neta (satisfacción o ganancia monetaria) por medio de intentos de adaptación óptima de las cantidades a comprar y vender. Pero excluya la 'estrategia' tanto como quiera, aún queda el hecho de que esta adaptación producirá resultados que difieren según el rango de conocimiento, la rapidez de decisión y la 'racionalidad' de los actores, y también según las expectativas que albergan. sobre el curso futuro de los precios, sin mencionar el hecho adicional de que su acción está sujeta a restricciones adicionales que proceden de las situaciones que se han creado a sí mismos por sus decisiones pasadas. Como veremos más adelante, Walras estaba muy atento a estas dificultades y en algunos lugares (por ejemplo, en el último párrafo de la 35a *leçon* de los *Éléments*) vio claramente la necesidad que se avecinaba en el futuro de construir esquemas dinámicos para tenerlos en cuenta. . Para él mismo, sin embargo, vio con no menos claridad que, absorto en la tarea pionera de elaborar los fundamentos de la teoría matemática del proceso económico, no tenía más remedio que simplificar heroicamente (*Éléments* , p. 479). Así, postuló (en un primer momento) que las cantidades de servicios productivos que entran en la unidad de todo producto (coeficientes de producción) son datos tecnológicos constantes; que no existe el costo fijo; que todas las empresas de una industria producen el mismo tipo de producto, por el mismo método, en cantidades iguales; que el proceso productivo *no* lleva tiempo; que se pueden descuidar los problemas de ubicación. En tales circunstancias, era natural que usara o abusara aún más de las prerrogativas del pionero al reducir todos los tipos posibles de reacción a un solo tipo estándar. [1674] Para nosotros surge la pregunta: ¿cuánto de esto pretendía incluir en su "libre competencia"? Se ha sostenido (por el profesor Knight entre otros) que Walras, y los teóricos de esa época en general, pretendían hacer de la "omnisciencia" y de la reacción idealmente racional y rápida atributos de la competencia pura; las desviaciones de este patrón encontrarían espacio en los espaciosos pliegues de una entidad llamada "fricción", que emergería así como un ayudante de la competencia pura con la tarea de recoger lo que sea que este último sea incapaz de llevar. Se sostiene, sin embargo, que no tiene sentido sobrecargar la competencia pura como esta, y que es muy posible separar, al interpretar a los escritores de esa época, su concepto de competencia pura, tal como se define en el párrafo anterior, de cualquier otro supuesto. que hayan hecho, en general o para fines particulares, sobre el conocimiento, la prontitud y la racionalidad de la acción y todas las demás cosas mencionadas anteriormente, incluso en aquellos casos en los que ellos mismos no realizaron esta separación. [1675]

Marshall, sin embargo, no tomó esta línea. Así como Walras, más que cualquier otro de los líderes, estaba empeñado en eliminar todo lo que no consideraba esencial para su esquema teórico, Marshall, siguiendo la tradición inglesa, estaba empeñado en salvar cada parte de la vida real que pudiera dejar en En lo que respecta al caso que nos ocupa, nos encontramos con que no intentó vencer la lógica de la competencia en su hoja más delgada. En las primeras páginas de sus *Principios* , enfatizó

la libertad económica en lugar de la competencia y se abstuvo de definir esta última con rigor. Además, a lo largo de los *Principios* , prestó mucha atención a los problemas de las empresas individuales: la manera en que conquistan sus Mercados Especiales dentro de los cuales maniobrar, la manera en que los pierden nuevamente y ciertas consecuencias que se derivan de ellos. Se sostiene que hay más en esto que la mera aversión a las abstracciones desnudas. Hay conciencia de ese conjunto de problemas que más tarde se desarrolló en la teoría de la competencia monopolística (Chamberlin) o imperfecta (Robinson), cuyo santo patrón puede decirse que Marshall fue. Pero también hay una sutil diferencia de actitud hacia estos problemas entre él y los exponentes modernos de esta teoría que no es fácil de transmitir.

Si somos de la opinión, por un lado, que de toda la infinita variedad de patrones de mercado se destacan el monopolio puro o perfecto y la competencia pura o perfecta en virtud de ciertas propiedades, de las cuales la más importante es que ambos casos se prestan a tratamiento por medio de esquemas racionales relativamente simples y (en general) determinados de forma única y, por otro lado, que la gran mayoría de los casos que ocurren en la práctica no son más que mezclas e híbridos de estos dos, entonces parece natural aceptar monopolio y competencia pura como los dos patrones genuinos o fundamentales y proceder a investigar cómo funcionan sus híbridos. Esto refleja la actitud de los teóricos de la competencia monopolística o imperfecta. Pero en lugar de considerar los casos híbridos como desviaciones o adulteraciones de los fundamentales, también podemos considerar los híbridos como fundamentales y el monopolio puro y la competencia pura como casos limitantes en los que el contenido del comportamiento empresarial real se ha refinado. Esto se parece mucho más a la línea que tomó Marshall. Si el lector siente que estoy trabajando para transmitir una distinción sin diferencia, se le pide que se pregunte si la definición de competencia pura que se ha dado anteriormente realmente se ajusta a lo que queremos decir cuando hablamos de negocios competitivos. ¿No es un hecho que lo que queremos decir es el esquema de motivos, decisiones y acciones impuestas a una empresa comercial por la necesidad de hacer las cosas mejor o, en todo caso, con más éxito que el vecino? que es *esta* situación a la que atribuimos la eficiencia tecnológica y comercial de las empresas "competitivas"; y que este patrón de comportamiento estaría completamente ausente *tanto* en los casos de monopolio puro como en los de competencia pura, que por lo tanto parecen tener más derecho a ser llamados degenerados que a ser llamados casos fundamentales? [1676] Esto, si no me equivoco, está comenzando a sentirse ampliamente hoy en día, de ahí la búsqueda de un concepto de competencia "viable" (JM Clark) que bien podría comenzar con un análisis del argumento de Marshall. Sin embargo, este último fue singularmente desafortunado en esta parte de su enseñanza. Ni los teóricos ni los enemigos institucionalistas de la teoría vieron los indicios de que podrían haber desarrollado.

(b) La teoría del monopolio.

Ya hemos examinado el trabajo y las opiniones de los economistas de ese período sobre los problemas prácticos del monopolio, el oligopolio y la práctica monopolística que atrajeron su atención debido a los desarrollos en la esfera de los negocios a gran escala. Ahora debemos pasar a las herramientas teóricas que proporcionaron para su uso en este campo. Varias historias críticas excelentes nos permiten limitarnos a los esbozos más generales. [1677] La actuación principal fue la de Cournot y el trabajo de la época puede describirse como una serie de intentos exitosos de desarrollar su estática de monopolio directo y como otra serie de intentos mucho menos exitosos de desarrollar y corregir sus teorías del oligopolio y el monopolio bilateral. Los segundos honores se dividen entre Marshall y

Edgeworth. [1678]

Para apreciar la actuación de Cournot es necesario recordar el hecho de que, como hemos notado no sin sorpresa, prácticamente ninguna teoría del monopolio había existido antes de él, a pesar de todo lo que se hablaba al respecto, y que incluso su punto de partida, el La función de demanda 'marshalliana' (*loi du débit*) no se había definido correctamente antes de 1838. Observemos primero que la función de demanda, $D = F(p)$, por lo tanto también la función de ingreso total, $p\,F(p)$, y la función marginal función de ingresos, $F(p) + p\,F'(p)$ (*Investigaciones* , p. 53), *se dan objetivamente al monopolista* que, por un lado, puede explotar un programa de demanda dado a su gusto y, por otro lado, , no se supone que pueda alterarlo en su beneficio, por ejemplo, mediante publicidad o enseñando a sus clientes nuevos usos de su producto. Por primera vez, se nos presenta así, implícitamente, una definición de monopolio pero con una *que excluye a la gran mayoría de todos los 'vendedores únicos' que podemos observar en la vida real* . [1679] Las funciones de ingreso dadas Cournot procedió a confrontar las curvas de costo total y marginal [1680] para derivar el teorema, ahora tan familiar para todo principiante, que la ganancia (instantánea) se maximizará si el monopolista fija un precio por el cual el ingreso marginal es igual a costo marginal (*op. cit.* p. 57). Este teorema es, por supuesto, estrictamente estático y pertenece al ámbito del análisis parcial (véase más adelante, sección 6). También se basa exclusivamente en los criterios máximos proporcionados por el cálculo, es decir, se prueba la existencia y unicidad del máximo, y se determina la manera en que el precio óptimo del monopolista se ve afectado por un cambio en el costo, solo para pequeños desplazamientos. . [1681] Pero a pesar de estas y otras críticas que no pueden presentarse aquí, [1682] fue una actuación espléndida, por la cual, en cuanto al tratamiento de los impuestos sobre las mercancías producidas bajo un monopolio (cap. 6), debemos albergar la más alta admiración. .

En el capítulo 13 del libro V, Marshall reprodujo este análisis mediante una técnica propia que no todos considerarán superior a la de Cournot. [1683] Pero añadió algo que era verdaderamente suyo. De hecho, Cournot se había dado cuenta de que la estructura de costos de un monopolista puede ser más favorable que la de una industria competitiva. Pero a Marshall le correspondía señalar la plena importancia de esta posibilidad y presentarla con todo el atuendo de su sabiduría práctica: su argumento en realidad equivale a negar la existencia de una presunción de que el precio que suele fijar un monopolio industrial moderno es mayor y la cantidad producida por él es menor de lo que sería el caso si el mismo producto se produjera "bajo libre competencia". Una vez más, Cournot sabía, por supuesto, pero no enfatizó que el precio de monopolio está determinado en un sentido que difiere del sentido en el que el precio competitivo es: bajo competencia pura, las empresas tienen que aceptar el precio dominante; los monopolistas no se ven sometidos a tal obligación y bien pueden fijar precios inferiores al óptimo instantáneo, ya sea por razones estratégicas en su propio interés de lucro o por otras razones en interés de otra persona, especialmente de sus clientes. Marshall se dio cuenta de lo que esto significaba. Se abrió así una perspectiva sobre una amplia variedad de importantes fenómenos y problemas [1684] que pronto se perdería nuevamente en las brumas ideológicas. [1685] Pero, como Cournot, no prestó la debida atención a un aspecto muy importante de la estrategia monopolística, la discriminación de precios. La teoría de la misma había sido desarrollada de forma rudimentaria por Dupuit, Walras, [1686] y Edgeworth. La presentación de Pigou de esta gama de problemas en *Riqueza y bienestar* indica hasta qué punto los economistas de la época entendían la discriminación. Sin embargo, no debemos olvidar que los especialistas en campos aplicados, especialmente en el campo del

transporte, habían ido más allá. [1687]
[c) Oligopolio y monopolio bilateral.]
Sin embargo, Cournot dejó otros dos legados. La primera era una teoría del oligopolio de [1688] o, como se le pasó a llamar por el caso especial que se discutió principalmente, del duopolio. Como se dijo anteriormente, se encontró con el oligopolio en su camino cuando, partiendo del monopolio, pasó a presentar uno, dos, tres. . . empresas competidoras de tamaño comparable hasta que aterrizó en una competencia `` ilimitada " (ilimitada), para lo cual derivó correctamente otro de esos teoremas que ahora son familiares para todo principiante, a saber, que, en equilibrio de competencia pura, el precio es igual al costo marginal. Tanto en el punto de partida como en el punto final, su argumento estaba bien hasta el momento. Por tanto, nada podría haber sido más natural que aplicar el mismo razonamiento también a las situaciones intermedias. Admitiendo, entonces, por simplicidad, un solo competidor y, también por simplicidad, descuidando el costo de producción, [1689] fue fácilmente llevado a argumentar que este competidor, al encontrar un monopolista en posesión, ofrecerá en el mercado, asumiendo que es perfecto: la cantidad de la mercancía (perfectamente homogénea) que maximizará sus ingresos, siendo la producción del antiguo monopolista lo que es. Este ex monopolista ajustará entonces su producción a la nueva situación, el recién llegado hará lo mismo, y así sucesivamente, el precio bajará todo el tiempo, tan automáticamente como si, en cada paso, la producción total resultante de ambos duopolistas se pusiera para subasta. Y Cournot demostró con bastante elegancia, por medio de su aparato de curvas de reacción, [1690] que, según sus supuestos, esta adaptación paso a paso de las cantidades conduce a un estado único de equilibrio estable, a saber, un estado en el que los duopolistas venden cantidades iguales a un precio que está por debajo del precio de monopolio y por encima del precio competitivo, y que, si se aparta de él, se restablecerá "por una serie de reacciones, en constante declive en amplitud" (*op. cit.* p. 81).

Dado que este resultado, ya sea atacado o aceptado, se convirtió en la columna vertebral de todos los trabajos posteriores sobre el oligopolio y en el punto de partida de una discusión que se prolongó hasta la década de 1930, para extraer la moraleja de la historia, [1691] intentaremos en primer lugar dejar claro para nosotros lo que debemos pensar de la solución de Cournot y lo que podríamos esperar, en ausencia de información histórica, el desarrollo posterior. Para empezar, debe quedar claro que la solución de Cournot no es absurda. No es cierto que se suponga que sus duopolistas actúen sobre una suposición sobre el comportamiento del otro que es incesantemente desmentida por los hechos, es decir, la suposición de que cada uno toma la cantidad ofrecida por el otro como constante cuando no puede evitar observar que el otro sigue ajustándolo. No se da a entender tal suposición. Todo lo que se requiere es que cada uno elija este método en particular para descubrir cómo reaccionará el otro, o que tome la salida del otro como dada *por el momento* y como una guía para su próximo paso. Igualmente claro, sin embargo, debería ser que el comportamiento seleccionado por Cournot no es el único posible o incluso el "normal". Los duopolistas pueden acordar cooperar. O, sin ningún acuerdo, explícito o tácito, ambos pueden fijar el precio de monopolio. [1692] O pueden pelear con el fin de conducir o sobornar al competidor para que se deshaga del negocio o con el fin de hacer que se ajuste a un patrón de comportamiento deseado. Al hacerlo, uno o ambos pueden intentar engañar. Cualquiera de estos cursos de acción puede eventualmente conducir a una situación estable. Pero no hay garantía de que lo haga, e incluso si lo hace, en la mayoría de los casos lo hará destruyendo el patrón específicamente duopolístico. Entonces, hasta ahora, lo único que se puede afirmar sobre esto último sin introducir más

supuestos parece ser que no existe una solución general. [1693] Sin embargo, vemos de inmediato que, aunque el curso que elegirá un duopolista u oligopolista depende en parte del tipo de hombre que sea, y en la medida en que este sea el caso, todo lo que podemos hacer es enumerar los posibles tipos de comportamiento. también depende en parte de la situación comercial general y de la posición de una empresa en relación con sus competidores, en particular de su propia estructura de costos. Y esto abre un camino que conduce a salir del impasse y a muchos resultados que son específicos de situaciones particulares y que a menudo no hacen más que estrechar el rango de "indeterminación", pero no carecen de interés de todos modos.

Ya sabemos por qué Cournot descuidó todo esto: en su breve esbozo de la teoría de la fijación de precios, evidentemente deseaba, partiendo del monopolio puro, seguir una línea ininterrumpida de razonamiento que conduciría al caso de la competencia pura ('ilimitada') sin tener que variar cualquier cosa excepto el número de competidores. En esta línea no encontró nada más que adaptación cuantitativa y, por lo tanto, este patrón derivó para él de manera no antinatural a una posición clave. La crítica que se le puede dirigir, por tanto, es que descuidó o pasó por alto el hecho de que, al dejar el caso del monopolio puro, se afirman factores que están ausentes en este caso y se desvanecen de nuevo cuando nos acercamos a la competencia pura, en otros. En palabras, que la línea ininterrumpida del monopolio a la competencia es una guía traicionera. Los siguientes pasos a seguir en el análisis — cuando a partir de la década de 1880 en adelante los economistas descubrieron la solución de Cournot y empezaron a interesarse por ella— deberían haber sido, por tanto, darse cuenta de esta situación, reconocer los factores que dan forma a la estrategia de precios y elaborar la teoría de las más importantes, todas las cuales habrían abierto la región fértil de los problemas de precios de la industria moderna, incluido, entre otras cosas, el problema de los "precios de entrega" o de la diferenciación de precios por ubicación. Esto habría unido el análisis puro al hecho "institucional" y habría producido una teoría del precio más rica y útil.

En realidad, con un rezago de más de medio siglo, más o menos hemos llegado a esta posición, aunque queda mucho por hacer. El trabajo del profesor Chamberlin puede mencionarse a la vez como un hito destacado en este camino. [1694] Pero durante el período objeto de estudio, hay pocos datos que presagien este desarrollo. Como ejemplos, menciono el énfasis frecuente de Marshall en el hecho de que si los duopolistas (oligopolistas) operan individualmente bajo una 'ley de rendimientos crecientes', entonces el que pueda expandirse con la mayor ventaja relativa tiene una oportunidad 'de expulsar a todos sus rivales. del campo », lo que implica, aunque Marshall no lo dice, [1695] el reconocimiento de un tipo de liderazgo de precios particularmente importante; [1696] Menciono también el intento realizado por Edgeworth [1697] de tratar el duopolio como un caso límite de demanda relacionada de productos monopolizados. Por lo demás, sin embargo, la mayor parte del trabajo realizado se clasifica como una crítica estéril o una defensa igualmente estéril de la solución de Cournot. J. Bertrand fue, hasta donde yo sé, el primero en atacarlo que lo desafió por principio pero tan inadecuadamente [1698] que dudo que hubiera causado mucha impresión si Marshall, Edgeworth, Irving Fisher, Pareto, [1699] y otros, aunque total o parcialmente por otras razones, no habían repudiado la solución de Cournot. A finales de siglo, entre los líderes, solo Wicksell [1700] quedaba para defenderlo, y para 1912, en *Wealth and Welfare* , Pigou pudo escribir esa indeterminación, o, más precisamente, la existencia de una gama de indeterminación. de la cantidad de recursos dedicados a la producción en situaciones duopolísticas, era "ahora aceptado por los economistas matemáticos". Aunque esta actitud es de hecho aceptable cuando

el problema se plantea con total generalidad, es decir, sin ninguna información, excepto que hay varios vendedores (o compradores), cada uno de los cuales puede influir significativamente en el precio y la producción, el lector se dará cuenta también de que esto no es más que un primer paso, que invita a un análisis más profundo a la luz de información adicional (hipótesis). Por lo tanto, no le sorprenderá saber que, dada la debilidad y esterilidad básicas de las críticas, la solución de Cournot experimentó un renacimiento durante la década de 1920 que se fusionó con la situación esbozada anteriormente.

[El manuscrito se interrumpe en este punto. Dado que JAS al principio de esta subsección (4c) dijo que Cournot dejó otros dos legados de los cuales uno era una teoría del oligopolio, los siguientes tres párrafos, relacionados con la contribución de Cournot al monopolio bilateral, parecen seguir lógicamente. Este breve tratamiento se había escrito mucho antes, ya estaba mecanografiado y tenía muchas notas a lápiz en taquigrafía.]

Cournot dejó también otro legado. En el capítulo 9 de las *Investigaciones* se ocupó de un caso que difiere del duopolio pero que tiene una similitud fundamental con él. Dos productos diferentes, cada uno controlado por un monopolista, son demandados conjuntamente por productores competidores de un tercer producto y no tienen ningún otro propósito. Este caso abre una perspectiva sobre una amplia variedad de configuraciones industriales que aún estamos lejos de haber explorado completamente. Además, el tratamiento de Cournot enseña lecciones importantes sobre cómo abordar problemas de este tipo y sobre simplificaciones útiles que pueden introducirse, como expedientes temporales, para avanzar. Estos dos méritos tienen una importancia fundamental. Pero por lo demás, el tratamiento de Cournot está abierto a objeciones similares a las que se han planteado contra su tratamiento del problema del duopolio heterosexual. Deja que los precios de las dos mercancías se determinen independientemente con la condición de que cada monopolista se esfuerce por maximizar su propio ingreso neto, asumiendo esta vez que se da el precio de la mercancía del otro; es decir, postula una conducta que es sólo una de las muchas posibles y que, además, aunque se realice, no siempre conduce a una posición de equilibrio estable. Edgeworth, Bowley y Wicksell son los autores más importantes que llevaron la discusión más lejos. Pero los materiales más valiosos para el análisis de problemas de este tipo se encuentran en el Libro V de Marshall.

Para el monopolio bilateral tenemos un prototipo teórico, a saber, la teoría del intercambio aislado. La indeterminación del último caso había sido bien comprendida por varios autores del siglo XVIII; por ejemplo, Beccaria. Carl Menger y, siguiéndolo, todos los austriacos enfatizaron este resultado porque era parte de su argumento el establecer la determinación del precio de equilibrio competitivo. La forma más fácil de satisfacerse con esto es estudiar el caso del mercado de caballos de Böhm-Bawerk, en el que el precio de un caballo permanecería indeterminado dentro de los límites de las estimaciones de utilidad del comprador y del vendedor hasta que el número creciente de compradores y vendedores finalmente se reduzca. el rango a un punto. [1701] Lo que los austriacos se esforzaron por expresar fue expresado mucho más correcta y elegantemente por Edgeworth en su *Mathematical Psychics* de 1881, [1702] donde el aparato de la indiferencia y las curvas de contrato se utilizó precisamente con el propósito de analizar el rango de indeterminación en el monopolio bilateral. A. Marshall popularizó el resultado por medio de su mercado de manzanas y nueces (*Principles* , p. 416 y Apéndice, nota xii). Allí también añadió el resultado de Berry, [1703] a saber, que si la utilidad marginal de una de las mercancías intercambiadas es constante (un caso de algún valor como una aproximación si la mercancía en cuestión es dinero) entonces la cantidad comprada de la otra

mercancía será determinado únicamente "por cualquier ruta que haya comenzado el trueque". [1704]

Esta relación entre la teoría del monopolio u oligopolio bilateral con el caso del intercambio aislado nos enseña a ver el problema principal en la determinación de los factores que limitan el rango de indeterminación. Sobre esto, sin embargo, la teoría del intercambio aislado tiene muy poco que decir. En todos los casos de este tipo que surgen en la industria moderna, particularmente en los mercados laborales modernos, la determinación de los rangos entre los cuales se puede esperar que caigan los tipos de cambio —a veces incluso la determinación única de los tipos de cambio individuales— dependerá de las circunstancias particulares del caso. que debe ser introducido por suposición especial. El éxito dependerá de nuestra capacidad para encontrar hipótesis que, aunque no sean de aplicación general, cubrirán un número considerable de casos o describirán casos individuales de particular importancia. Pero nuevamente, como en el caso del duopolio y el oligopolio, nos encontramos con dos dificultades formidables: en la práctica, el comportamiento está conformado, mucho más que por los datos observables de una situación, por expectativas que cambian rápidamente en el torbellino del desarrollo capitalista; e incluso si esto no fuera así, el comportamiento nunca podría entenderse completamente a partir de los factores objetivos de la situación dada sin tener en cuenta el tipo de personas que están en condiciones de tomar decisiones estratégicamente importantes y cuyo número es en la mayoría de los casos tan pequeño como para hacer que los modos no sean confiables.

5. La teoría de la planificación y de la economía socialista

Ya sabemos que la mayoría de los principales teóricos de ese período no eran en modo alguno los adictos incondicionales al laissez-faire que a veces se les ha atribuido. Sin embargo, para los propósitos de este capítulo, es aún más importante enfatizar que ninguno de ellos era elogio incondicional de la competencia pura. Walras, aunque su plan de nacionalización de tierras constituye una calificación, reprodujo de hecho la vieja proposición de que un estado de puro equilibrio competitivo en todos los aspectos garantiza un máximo de satisfacción para todas las partes interesadas. Pero lo hizo de una manera novedosa y rigurosa que sacó a la luz del día todas las suposiciones involucradas, aunque no parece haberse dado cuenta de cuánto redujo su importancia práctica con ello. Marshall se dio cuenta de esto. No solo señaló la verdad trivial de que la proposición en cuestión supone `` que todas las diferencias de riqueza entre las diferentes partes involucradas pueden descuidarse " (*Principles* , p. 532), sino que continuó mostrando que incluso si ignoramos esto Verdad trivial, [1705] no podemos afirmar que los precios y las cantidades del equilibrio competitivo son necesariamente los que maximizan la satisfacción agregada —concediendo, por el bien del argumento, que este concepto tiene significado— en comparación con los que podrían producir otros acuerdos. Esto lo ilustró con casos en los que el "bienestar" puede aumentarse subvencionando el empleo de recursos en industrias donde la expansión de la producción es asistida por más economías que en otras. [1706] Volveremos sobre esto y sobre temas afines en la digresión adjunta a este capítulo. Mientras tanto, me contento con señalar que las medidas del tipo previsto por Marshall entran en el ámbito de cualquier definición razonable de planificación. Sin duda, solo arañó la superficie. Pero cualquier propuesta que afirme que una parte de la planificación puede "mejorar" el funcionamiento de una competencia idealmente perfecta significa una brecha en un viejo muro y, por lo tanto, es de gran importancia histórica. Ninguna mera crítica del capitalismo en líneas éticas o culturales —por importante que sea en otros aspectos— podría haber logrado precisamente esto. Otros, Edgeworth y

Pareto entre ellos, no tardaron en ampliar la brecha. [1707]

Otro logro fue mucho más importante. Tres líderes, von Wieser, Pareto y Barone, que no simpatizaban por completo con el socialismo, crearon lo que es a todos los efectos la teoría pura de la economía socialista y, por lo tanto, prestaron un servicio a la doctrina socialista que los socialistas mismos nunca habían sido. capaz de renderizar. Como sabemos, el propio Marx no había intentado describir el *modus operandi* del socialismo centralista que preveía para el futuro. Su teoría es un análisis de la economía capitalista que sin duda se orienta a la idea de que esta economía, mediante el inevitable 'colapso' y de la 'dictadura del proletariado' resultante de este colapso, dará lugar a la economía socialista. ; pero hay un punto final después de esto y no sigue ninguna teoría de la economía socialista que merezca el nombre. [1708] La mayoría de sus discípulos, como también sabemos, eludieron el problema en lugar de enfrentarlo, aunque algunos, Kautsky en particular, mostraron conciencia de su existencia al señalar que el régimen socialista, después de la revolución, podría utilizar el sistema de precios capitalista preexistente como guía provisional, una idea que apunta en la dirección correcta.

Ahora los austriacos tenían la costumbre de utilizar el modelo de una economía de Crusoe con el fin de explicar ciertas propiedades fundamentales del comportamiento económico. Por lo tanto, fue particularmente fácil para ellos darse cuenta de que no había nada específicamente capitalista en su concepto básico de valor y sus derivados como el costo y los rendimientos imputados: estos conceptos son realmente elementos de una lógica económica completamente general, de una teoría del comportamiento económico. que puede destacarse más claramente en un modelo de economía socialista dirigida centralmente que en el atuendo capitalista en el que se presenta al observador cuya experiencia histórica o contemporánea es con un mundo capitalista. Por ejemplo, cuando tratamos de describir cómo Crusoe asigna sus escasos recursos para maximizar la satisfacción de sus deseos o, en otras palabras, para formular las reglas que sigue para transformar estos recursos en objetos que satisfagan sus deseos, descubrimos inmediatamente que su economía se puede caracterizar por ciertos "coeficientes de transformación" que cumplen la misma función que los precios cumplen en el capitalismo competitivo. Si consideramos una economía socialista, es aún más obvio que, por ejemplo, la maximización de la satisfacción requiere que la proporción de utilidades marginales para cada par de bienes de consumo sea idéntica para todos los camaradas; que en cada línea la producción debe estar organizada de manera que se haga el uso tecnológicamente óptimo de todos los medios de producción; y que la productividad del valor marginal de todos los medios escasos debe ser la misma en todos sus usos o, en todo caso, debe ser en cada uso por lo menos tan grande como lo sería en cualquier otro. Pero todo esto equivale a decir que cualquier intento de desarrollar una lógica general del comportamiento económico producirá automáticamente una teoría de la economía socialista como subproducto. El primero en darse cuenta de esto explícitamente fue von Wieser (*Natural Value* , 1ª ed. Alemana, 1889).

Pareto, en el segundo volumen de su *Cours* (1897), [1709] superó a Wieser en claridad y habilidad de presentación, si no en perspicacia, y tiene más derecho que cualquier otro individuo a ser considerado como el creador de la moderna teoría pura del socialismo. economía. [1710] En realidad, sin embargo, su contribución se ha visto ensombrecida por la de Barone, quien presentó el tema en su totalidad en una obra famosa que, en lo esencial, ha permanecido insuperable hasta el día de hoy. [1711] Muchos economistas de nuestros días han agregado detalles y algunos desarrollos adicionales. Menciono a O. Lange y AP Lerner y para el resto remito al lector al artículo de A. Bergson mencionado

en la penúltima nota al pie.

La actuación de Barone consiste en pocas palabras en esto: después de haber presentado en las líneas walrasianas [1712] el sistema de ecuaciones que describe el equilibrio económico en condiciones de competencia pura en una economía de propiedad privada, escribió el sistema análogo de ecuaciones para una economía socialista de cierto tipo. Mientras que en la economía de propiedad privada los ingresos, simultáneamente con todas las demás variables del sistema, están determinados por el proceso económico mismo, de modo que, como hemos dicho antes, la producción y la distribución no son más que aspectos diferentes de un mismo proceso. Por supuesto, existe un problema separado de distribución en la comunidad socialista. Es decir, la sociedad debe ante todo decidir mediante un acto separado, por ejemplo, mediante una cláusula en su constitución, cuáles serán las "rentas" o las participaciones relativas en el producto social de los camaradas individuales. Luego, se podría crear una agencia social central o un ministerio de producción para la gestión del proceso económico, y se podría introducir una unidad de cuenta. A cada camarada se le podría asignar una cantidad definida de tales unidades, que es libre de gastar según sus gustos en los bienes de consumo que produce la mancomunidad o para 'guardar', es decir, para devolver al ministerio de producción en contraprestación de una prima que este último está dispuesto a pagar por el aplazamiento del consumo.

De este modo derivamos funciones de demanda para bienes de consumo y funciones de oferta de trabajo y ahorro, y el lector no tendrá gran dificultad en ver cómo, guiado por estas funciones y por su propio conocimiento tecnológico, el ministerio producirá cantidades apropiadas de consumidores y bienes de inversión que se producirán. Esta disposición, por supuesto, no es la única posible y puede variarse de muchas formas. Por ejemplo, podemos eximir la provisión para la inversión del rango dentro del cual los camaradas pueden elegir libremente y someterlo a la decisión del ministerio o del parlamento, al igual que los gastos para la defensa nacional. Además, podemos ofrecer a los camaradas iguales `` ingresos " y luego postular que deben aceptar las instrucciones del ministerio en cuanto al tipo y la cantidad de trabajo que deben realizar, o bien podemos diseñar un sistema de tasas de ingresos diferenciales para que para convocar la oferta gratuita de los tipos y cantidades de trabajo que se van a realizar en cada línea, introduciendo así "salarios" y mercados laborales. Barone bloqueó una teoría de una comunidad socialista que asume la libertad de elección en cuanto al consumo, al ahorro (inversión) y al empleo. Pero lo sigamos en esto o no, la similitud formal entre un orden de cosas socialista y el orden de cosas que se obtendría en una sociedad capitalista perfectamente competitiva se destaca con fuerza. Ni siquiera se pierde en el caso del socialismo dictatorial: el dictador perfecto se comportaría de hecho de acuerdo con un patrón cuyo prototipo es la economía de Crusoe. Pero también la comunidad socialista no dictatorial puede regirse por principios distintos del principio de soberanía de los consumidores. Es bastante concebible, por ejemplo, que los camaradas no deberían conseguir lo que realmente desean tener, sino lo que algunos expertos o burócratas creen que deberían tener. Sin embargo, las dificultades teóricas no surgen en ninguno de estos casos, sino solo en el caso del socialismo federalista, donde no hay una agencia central y cada industria está controlada de manera autónoma por los trabajadores adscritos a ella: en este caso el problema se vuelve oligopolísticamente indeterminado.

El resultado esencial de la investigación de Barone o de cualquier investigación similar es que existe para cualquier socialismo controlado centralmente un sistema de ecuaciones que posee un conjunto de soluciones determinado de manera única, en el mismo sentido y con las mismas

calificaciones que el capitalismo perfectamente competitivo, [1713] y que este El conjunto disfruta de propiedades máximas similares. [1714] Menos técnicamente, esto significa que, en lo que se refiere a su lógica pura, el plan socialista tiene sentido y no puede eliminarse sobre la base de que necesariamente significaría caos, derroche o irracionalidad. No es poca cosa y estamos en nuestro derecho cuando volvemos a subrayar la importancia de que este servicio a la doctrina socialista haya sido prestado por escritores que, al no ser ellos mismos socialistas, reivindicaron victoriosamente la independencia del análisis económico del político. preferencia o prejuicio. Pero, al mismo tiempo, esto es todo. No debemos olvidar que, al igual que la teoría pura de la economía competitiva, la teoría pura del socialismo avanza en un nivel muy alto de abstracción y demuestra mucho menos la `` viabilidad '' del sistema de lo que piensan los profanos (y a veces también los teóricos). . En particular, la proposición sobre las propiedades máximas de la solución que caracteriza el equilibrio de una economía socialista es, por supuesto, relativa a sus datos institucionales, y no responde a la cuestión de si este máximo puramente formal es mayor o menor que el máximo correspondiente de la economía competitiva, especialmente si nos negamos a entrar en cuestiones adicionales, si la estructura institucional de una u otra está menos expuesta a desviaciones de su propio ideal o más favorable al "progreso". Estas preguntas son mucho más importantes en la práctica que la cuestión de la determinación o la `` racionalidad '' per se, que a veces no es fácil decir si los críticos posteriores del plan socialista, especialmente von Mises, [1715] realmente pretendían negar la validez del resultado de Pareto-Barone. Porque es muy posible aceptarlo y, sin embargo, sostener que el plan socialista, debido a las dificultades administrativas involucradas o por cualquier otra de una larga lista de razones, es 'prácticamente inviable' [1716] en el sentido de que no se puede esperar que funcione. con una eficiencia comparable a la eficiencia de la sociedad capitalista como lo revela el índice de producción total. Pero aunque la teoría pura contribuye poco a la solución de estos problemas, [1717] nos ayuda a plantearlos correctamente y a reducir el rango de diferencias de opinión justificables. Llegamos así a la misma conclusión que en el caso de la planificación no socialista; desde Marshall, la posibilidad teórica de mejorar el mecanismo puramente competitivo mediante políticas públicas ya no debe ser objeto de controversia; pero, por supuesto, todavía es posible —como bien entendió Marshall— criticar medidas particulares o incluso toda la idea de planificación por motivos tales como la falta de confianza en los órganos políticos o administrativos disponibles para la tarea. (Parece como si Marshall hubiera estado solo en comprender esta situación).

6. Análisis parcial

El sistema difícil de manejar de las innumerables cantidades que componen los presupuestos de todos los hogares y empresas individuales —microanálisis, para usar la expresión de Frisch nuevamente— invita a la simplificación, por ejemplo, combinándolos en unos pocos agregados sociales integrales: el macroanálisis. Pero también hay otro método que, para algunos propósitos, logra la simplificación con la misma eficacia. Cuando nos interesan los fenómenos económicos que se pueden observar en pequeños sectores de la economía, por ejemplo en 'industrias' individuales de tamaño moderado y, en el caso límite, en hogares o empresas individuales, podemos suponer que nada de lo que sucede en estos pequeños sectores ejercen una influencia apreciable sobre el resto de la economía. Este supuesto no implica necesariamente que este último permanezca sin cambios, aunque esto es lo que queremos decir cuando usamos la cláusula ceteris-paribus; pero sí implica que, si se ejerce alguna

influencia externa sobre el pequeño sector en consideración, entonces este sector se ajusta sin ejercer, a su vez, un efecto más que insignificante sobre el resto de la economía o cualquier elemento de la misma (Principio de la Negligibilidad de los efectos indirectos): un cambio en las tasas salariales, por ejemplo, que se produce en un sector pequeño, ya sea provocado por las condiciones de este sector o impuesto solo desde el exterior, puede tratarse como si no afectara el ingreso nacional. o programas de demanda del mercado en absoluto. Este postulado define el método de Análisis Parcial. Aunque se ha utilizado desde el principio de los tiempos, adquirió una definición novedosa y un aparato propio de la mano de Cournot, von Mangoldt y, en el período examinado, Marshall, quien, como ya hemos notado, se convirtió en y siguió siendo para muchos economistas principalmente el maestro del análisis parcial. [1718] El método apela a nuestro sentido común, que nos dice que, mientras estemos contentos con una aproximación, no es necesario tener en cuenta al menos la gran mayoría de efectos y contraefectos que, en principio, la más mínima alteración en las condiciones de, digamos, la producción de alfileres ejercen presión sobre la renta nacional y, a través de la renta nacional, sobre la demanda de gasolina. Pero el mismo sentido común también debería decirnos que el postulado, que es un simplificador tan poderoso, restringe severamente el campo de aplicación del método y de hecho elimina de él todas las relaciones que no se pueden observar en sectores pequeños sino solo en la economía como un todo. [1719] Por tanto, si bien es comprensible que el análisis parcial haya sido y esté siendo ampliamente utilizado, es igualmente comprensible que haya sido condenado desde el principio por teóricos del tipo más severo. especialmente por Walras y Pareto. [1720]

[(a) La curva de demanda marshalliana.]

La herramienta estándar de análisis parcial es la curva de demanda de mercado de Cournot o Marshall. Representa la cantidad de una mercancía que los compradores están dispuestos a comprar a un precio dado en función de este precio solamente: [1721] todos los demás factores que afectan su disposición a comprar, especialmente sus ingresos, son atendidos por la forma del curva de demanda. Además, se supone que la importancia marginal para ellos de la unidad de ingreso ('utilidad marginal del dinero') no varía a medida que se mueven a lo largo de la curva de demanda, de *modo que las compras que han realizado a cualquier precio* P_0 *no influyen en su disposición a comprar cantidades adicionales a cualquier precio* $P_i < P_0$. Si la importancia que la gente atribuye a una unidad de sus ingresos varía por razones distintas a que gastan más o menos en el producto en cuestión, entonces las demandas individuales y del mercado se desplazan y / o alteran de forma (`` cambian ''). En sus *Principios* (págs. 171 y siguientes), Marshall desarrolló cuidadosamente la teoría de estas curvas de demanda, sentando de hecho todas las bases para los estudios de demanda del futuro. Pero apenas enfatizó lo suficiente la severidad de las restricciones a las que está sujeta su validez, incluso como aproximaciones. En realidad, sólo se pueden utilizar para productos que son relativamente poco importantes —absorben una pequeña parte del gasto total de los compradores— o para variaciones relativamente muy pequeñas en los precios de los importantes. [1722] Es sólo en tales casos que las curvas de demanda de los hogares individuales pueden tratarse como `` traducciones '' de la ley de la utilidad decreciente en términos de precio (*op. Cit.* P. 169) sin tener que volver a trazarse para cada precio y que el método de Marshall El desarrollo del invento de Dupuit, el alquiler de los consumidores, adquiere su verdadero significado.

[(b) Conceptos de elasticidad.]

El concepto de alquiler de los consumidores se analizará a continuación en el Apéndice de este

capítulo. Aprovecho esta oportunidad para presentar la elasticidad precio de la demanda de Marshall (cuyos embriones están, como hemos visto, contenidos en los tratados de Cournot y Mill). El comportamiento en cualquier punto de cualquier 'curva' continua y diferenciable se representa por su pendiente o coeficiente diferencial en ese punto: si la ordenada (el precio en nuestro caso) se denota por Y y la abscisa (la cantidad en nuestro caso) por *X* y si x_0 identifica el punto en cuestión, la expresión es Información más completa se transmite por derivadas más altas, pero esto no nos concierne aquí. Nuestra expresión tiene, sin embargo, la desventaja de que no es un número puro y que su valor no es invariante con respecto a las unidades en las que se miden el precio y y la cantidad x. Un mecanismo sencillo para remediar esto es dividir los incrementos *dy* y *dx* por el precio y la cantidad respectivos a los que se refieren. Así obtenemos: $dy / y \div dx / x$ o: xdy / ydx , que se llama flexibilidad del precio. Sin embargo, si deseamos expresar la sensibilidad de la cantidad demandada a pequeñas variaciones de precio, es mejor que escojamos el recíproco de esto, es decir, $dx / x \div dy / y = ydx / xdy$, la 'elasticidad'. Y dado que esta expresión es esencialmente negativa porque la cantidad demandada cae cuando el precio aumenta y viceversa, al menos con la curva de demanda marshalliana, podríamos prefijar un signo menos para tener un número positivo: $- ydx / xdy$ es, entonces, lo que Marshall llamada elasticidad de la demanda y lo que ahora se llama, más precisamente, elasticidad precio de la demanda. Deben ser raros los casos en los que una contribución tan modesta haya recibido tal aplauso (ver, por ejemplo, el elogio de Lord Keynes en *Essays in Biography* , p. 228). Bien podríamos continuar este informe de la historia de los conceptos de 'elasticidad' —la palabra es infeliz porque suscita en la mente del principiante asociaciones bastante injustificadas— para evitar la necesidad de tener que volver a ella en la Parte V.

En primer lugar, la elasticidad marshalliana de la demanda se refiere a un punto de la curva de demanda (es la "elasticidad puntual") y, por tanto, es aplicable, con una inexactitud creciente, sólo a cambios infinitesimales en precio y cantidad. De ahí el deseo de tener una medida que se aplique a tramos finitos de la curva de demanda. Este problema de 'son elasticidad', planteado por primera vez por el Sr. H. Dalton, ha sido objeto de una discusión en la que el profesor AP Lerner hizo la contribución principal, 'The Diagrammatical Representation of Elasticity of Demand', *Review of Economic Studies* , octubre 1933 (véase también el tratamiento analítico del profesor RGD Allen y la respuesta de Lerner, "The Concept of Arc Elasticity of Demand", I y II, *Review of Economic Studies* , junio de 1934). Pero no se debe olvidar que la elasticidad puntual sirve tolerablemente para variaciones de un pequeño porcentaje del precio, mientras que la elasticidad, destinada a servir para variaciones mayores, es mucho más probable que viole la restricción a la que está sujeto el análisis parcial.

En segundo lugar, el razonamiento en términos de elasticidades presenta las mismas ventajas que posee en el caso de la curva de demanda marshalliana en muchos otros casos. En consecuencia, ha madurado una rica cosecha de conceptos de elasticidad: hablamos de elasticidades de las funciones de costo total, promedio y marginal; de la elasticidad ingreso de la cantidad demandada; de elasticidad de sustitución (Hicks, J. Robinson); y así. La elasticidad-renta presenta un nuevo problema: no surge ninguna dificultad cuando expresamos la elasticidad de la demanda de una mercancía por parte de un individuo con respecto a su renta; pero si expresamos la elasticidad de la demanda agregada de un bien con respecto al ingreso nacional, nos topamos con el hecho de que cambios dados en este último tienen efectos diferentes sobre la cantidad demandada, según la forma en que el aumento o la disminución del ingreso nacional se distribuye entre compradores o compradores potenciales. Este problema ha sido

tratado por el profesor Marschak y por el Sr. P. de Wolff (véase, por ejemplo, "Income Elasticity of Demand" de este último, *Economic Journal* , abril de 1941). Por último, podemos observar el "cálculo de elasticidad" de R. Frisch (véase RGD Allen, *Mathematical Analysis for Economists* , 1938, págs. 252-253).

En tercer lugar, al introducir el concepto de elasticidad ingreso ya nos hemos salido del dominio de la curva de demanda marshalliana, pero sin abandonar el dominio del análisis parcial. Hacemos lo mismo o, en todo caso, *practicamos* el análisis parcial reconociendo que el sector estudiado es en realidad un elemento de un sistema más integral, cuando utilizamos el concepto de 'elasticidad parcial', por ejemplo, de elasticidad precio parcial. En sí misma, la concesión que hacemos en este caso consiste únicamente en reemplazar el coeficiente diferencial ordinario que entra en la expresión de elasticidad por un coeficiente diferencial parcial para indicar que no estamos simplemente 'congelando' el resto de la economía sino que estamos manteniendo sus elementos constantes *en un cierto nivel* . Pero una vez que hemos llegado tan lejos como esto, podemos igualmente expresar la elasticidad de la demanda de un bien con respecto a las variaciones en el precio de cualquier otro bien ('elasticidad cruzada') o, sucesivamente, con respecto a las variaciones en los precios de todos los productos básicos, factores y productos. Esto ha sido hecho sistemáticamente por HL Moore (ver su *Synthetic Economics* , 1929) y, para la elasticidad de la sustitución, por Hicks y Allen (ver la exposición de este último, *op. Cit.* Pp. 503 et seq.). En esos casos, los conceptos de elasticidad se convierten en herramientas de análisis general, es decir, herramientas que pueden usarse con el propósito de explorar relaciones en las que estamos interesados principalmente porque también se afirman en la economía en su conjunto.

[(c) Conceptos útiles para el análisis general.]

De ello se deduce que el análisis parcial no está separado del análisis general por una línea divisoria definida, sino que se difumina en el análisis general a medida que ampliamos el alcance de los conceptos que en primera instancia han sido concebidos para sus propósitos. La mejor ilustración de esto es el Libro V de Marshall. En primer lugar, es el clásico del análisis parcial, la teoría de la industria individual que es pequeña en relación con la economía en su conjunto. [1723] Las curvas de demanda industrial se corresponden con las curvas de oferta industrial de las que se supone que son independientes. [1724] La teoría de estas curvas de oferta es un desarrollo de la teoría de los costos de Cournot y está sujeta a restricciones que son aún más severas que las que el análisis parcial impone a las curvas de demanda. [1725] Pero Marshall revistió su esquema con una masa de detalles exuberantes que le dio una importancia que no era realmente la suya y lo convirtió en la columna vertebral de un estudio de todos los procesos industriales no agregativos, un papel que se le ha hecho jugar correctamente. en nuestro propio tiempo. [1726] Y al hacerlo, desarrolló conceptos que también son valiosos en el análisis general o, como lo hemos dicho antes, sirven para explorar las relaciones en la economía en su conjunto. Un ejemplo es el concepto de cuasi-renta: el hecho de que los 'aparatos fabricados por el hombre' puedan comportarse exactamente como agentes naturales durante períodos de tiempo más largos o más cortos, aunque Marshall lo muestra en relación con su análisis parcial, es por supuesto igualmente importante en un análisis general del tipo Walras. [1727] Pero el ejemplo más importante es el 'principio de sustitución' que se infiltra bastante modestamente (*op. Cit.* P. 420) a proposito de que los productores 'sustituyan combinaciones de factores menos costosas por más costosas y eventualmente se eleve a la orgullosa posición de' La gran ley de sustitución de Thünen,

«que impregna y controla todo el proceso económico y abre uno de varios caminos posibles hacia el reconocimiento de la interdependencia universal de las cantidades económicas. [1728] Desde el punto de vista, y dentro del recinto, del análisis parcial, esta interdependencia universal fue demostrada por numerosas investigaciones sobre la teoría de la oferta y la demanda conjunta y compuesta y de los valores de las mercancías relacionadas en general que produjeron algunos de los pasajes más esclarecedores de Libro V de los *Principios* y que fueron desarrollados por Edgeworth. De hecho, es lógico pensar que la idea comprensiva pero demacrada e incolora de la interdependencia universal que subsiste entre todos los elementos del sistema económico, y que tan fácilmente provoca burlas de que todo depende de todo lo demás, puede llevarse a casa y hacerse viva en la muchos por medio de casos concretos sobre las relaciones entre los valores de la carne de vacuno y de carnero o también del té y el azúcar: las relaciones entre los valores de las mercancías "competidoras" o "completas" (Fisher). Y esto se puede hacer sin violar las restricciones inherentes a los métodos de análisis parcial. De hecho, en tales casos, a veces con un ligero desprecio de la lógica estricta, vamos más allá de los efectos directos y tenemos en cuenta también los indirectos; pero aún lo hacemos solo dentro de sectores pequeños que no producen efectos significativos sobre el conjunto de la economía, al menos no efectos lo suficientemente significativos como para afectar las cantidades, como el ingreso nacional, que determinan el escenario del sector pequeño. En tales casos, las relaciones, en el pequeño sector, que pueden ser manejadas por análisis parcial, ilustran o ejemplifican *hasta cierto punto* las relaciones en el conjunto del cosmos económico. [1729]

Pero lo hacen solo hasta cierto punto. Más allá de este punto, los métodos y resultados del análisis parcial siguen siendo inadecuados y pueden resultar incluso engañosos. Marshall se dio cuenta de esto. Es muy instructivo observar cuán cuidadosamente observaba sus pasos allí donde su argumento entraba en el ámbito de la teoría "general" de la distribución. [1730] Sin embargo, es obvio de su apéndice (nota XXI) que, si hubiera querido ir más allá, habría buscado los complementos necesarios de análisis parcial en los métodos de microanálisis general de tipo walrasiano en lugar de en un cuerpo separado de agregados análisis (macroanálisis).

Veremos (Parte V, cap. 5) que es la última solución la que atrae a muchos economistas de nuestros días, especialmente a los miembros del grupo keynesiano. Éstos dividen la teoría económica en una teoría de la empresa individual y una teoría macroeconómica que se ocupará de las relaciones entre el consumo agregado, la inversión, el empleo, etc. Por lo tanto, vale la pena señalar, en primer lugar, la conexión histórica que existe a este respecto entre Marshall y sus seguidores aparentemente tan rebeldes de los años treinta y, en segundo lugar, en qué medida esta combinación de la teoría de la empresa individual y el macroanálisis se ha previsto durante el período objeto de estudio.

En cuanto al primer punto, el hecho de que Marshall hiciera de la pequeña industria su *cheval de bataille* en el Libro V de sus *Principios* no debería borrar el hecho no menos importante de que gran parte de su análisis de las industrias se llevó a cabo realmente en términos de economía de la empresa individual, [1731] y que, incluso más allá de lo que esto implica, Marshall reunió prácticamente todos los ladrillos y toda la argamasa necesarios para la teoría de la empresa individual, incluyendo incluso un surtido bastante completo de todas aquellas circunstancias que impiden las generalizaciones radicales de teoría de trabajar en la vida real y se han aducido repetidamente como objeciones contra sus propias generalizaciones (ver en particular *Principios* , Libro VI, cap. 8 y la noción de ganancia normal allí desarrollada, especialmente pp. 696 y 700). Por lo tanto, tan pronto como el concepto de industria cedió

ante la crítica moderna, una de esas divisiones de la teoría económica estaba lista, mientras que la conveniencia de la otra se imponía mucho más obviamente a sus alumnos de lo que se habría impuesto a los alumnos. de Walras.

En cuanto al segundo punto, no se puede repetir con demasiada frecuencia que el propio Marshall no dio ninguna pista hacia el macroanálisis. Pero el macroanálisis en sí y su combinación con explicaciones microanalíticas del comportamiento individual eran antiguos. El *cuadro* de Quesnay es una descripción macroanalítica de un flujo de circuito estacionario de la vida económica, y Quesnay lo complementó, como hemos visto, con una teoría microanalítica del intercambio. En el período siguiente, Ricardo hizo casi lo mismo: sus participaciones distributivas son agregados, pero la razón por la que se comportan como se supone que deben hacerlo se deriva de un microanálisis fragmentario. Durante el período objeto de estudio, Böhm-Bawerk también hizo lo mismo: comenzó con una teoría del comportamiento individual y con una teoría del intercambio que se basa en ella; pero, en el piso más alto de su edificio no queda casi nada más que agregados como (valor de) la suma total de los bienes asalariados, (valor de) la producción total y un "período de producción" agregado para arrancar. De manera similar, Wicksell razonó sobre una función de producción social sin mostrar ningún síntoma de malestar crítico. Y casi no hay necesidad de agregar que este método Quesnay-Ricardo-Böhm-Wicksell es también el de Lord Keynes.

7. La teoría walrasiana del equilibrio general [1732]

En esta sección analizaremos la estructura lógica del sistema de Walras de las condiciones o relaciones (ecuaciones) que van a determinar los valores de equilibrio de todas las variables económicas, a saber: los precios de todos los productos y factores y las cantidades de estos productos. y factores que serían comprados, en perfecto equilibrio y pura competencia, por todos los hogares y empresas. Notemos de inmediato que, dado que la determinación de estas cantidades implica la determinación de los ingresos tanto individuales como grupales y sociales, esta teoría también incluye todo lo que está cubierto por el concepto de Análisis de Ingresos y que las condiciones o relaciones a considerar, si bien son de naturaleza fundamentalmente microanalítica (se refieren fundamentalmente a las cantidades compradas y vendidas por hogares y empresas individuales), también incluyen aspectos macroanalíticos, por ejemplo, en lo que respecta al empleo total en la sociedad. No se le puede insistir demasiado al lector que no es correcto contrastar el ingreso o el macroanálisis de, digamos, el tipo keynesiano con el microanálisis walrasiano como si este último fuera una teoría que descuida y necesita ser complementada por el ingreso. y macroanálisis.

También conviene llamar la atención de inmediato sobre otros tres puntos. Primero, he hablado anteriormente de precios de productos y factores. Pero la teoría de los precios de Walras, principalmente y en la planta baja, se refiere a los precios de los *servicios* de productos y factores. Esto equivale a lo mismo solo en lo que respecta a productos y factores que no sirven más de una vez. Para todos los demás, el problema de fijar el precio de los productos y factores en sí es un problema distinto que se resuelve en un segundo piso, como veremos. Sin embargo, sería innecesariamente pedante insistir en esto donde no hay que temer ningún malentendido. En segundo lugar, he hablado de precios "que se pagarían en perfecto equilibrio y competencia pura". Esta forma de hablar no es walrasiana: Walras, al igual que JB Clark, concibió estos precios de equilibrio como, normalmente, el nivel real alrededor del cual los precios oscilan en la vida real, [1733] , lo que implica una afirmación que no deseo

hacer. En tercer lugar, Walras agrupó sus servicios productivos en servicios de tierra, trabajo y "capital propiamente dicho", [1734], pero esto no implica la aceptación de la vieja tríada de factores: en realidad, Walras admitió un número indefinido de medios de producción y servicios. [Este manuscrito se rompe aquí.]

(a) Conceptualización de Walras.

La descripción del patrón económico que debían expresar las ecuaciones de Walras se encuentra en *Éléments* , [1735] *leçons* 17-19. El funcionamiento de este patrón se ilustra además en el *cuadro económico* presentado en la *lección* 35, donde también indicó sus opiniones sobre las oscilaciones que ocurren alrededor del estado de equilibrio. [1736] Se nos presenta a su empresario y, mediante un análisis sumamente útil de un sistema contable simplificado, a la estructura de las operaciones de una empresa típica. Este análisis encaja con una lista de activos [1737] que determina mucho, si no todo, en el organon teórico de Walras. Para nuestro propósito actual, será útil señalar, o volver a señalar, algunas de las características más destacadas de esta lista de activos. Como sabemos, el empresario walrasiano es el agente (una persona física o una corporación) [1738] que compra materias primas a otros empresarios, alquila tierras a los terratenientes, aptitudes personales (*facultés staffles*) a los trabajadores, bienes de capital a los capitalistas y vende los productos. que resulten de la cooperación o combinación de sus servicios por su cuenta. [1739] En esto y en el significado del concepto de emprendedores que, como tales, ni ganan ni pierden, no es necesario volver. Sin embargo, es importante notar otras tres cosas.

Primero, Walras tuvo cuidado —mucho más que otros escritores— de construir teóricamente e identificar prácticamente los diversos "mercados" a través de los cuales funciona su mecanismo económico y cuya interacción constituye su órgano analítico. Simplificando y combinando todo lo posible, tenemos los dos mercados fundamentales, el de los productos y el de los servicios productivos, y además el mercado que determina los precios de los capitales, de ahí también la tasa de nuevos ingresos y el mercado de medios de pago. El lector puede sorprenderse un poco de que haga hincapié en este asunto aparentemente trivial. Pero la asociación estricta de cada parte del argumento con un mercado identificable, incluso en el nivel más alto de abstracción, es una característica esencial del procedimiento de Walras que comienza en cada uno de estos cuatro casos con una solución teórica de un problema de equilibrio y luego investiga la forma en que esta solución teórica se resuelve "prácticamente" en el mercado correspondiente. [1740]

En segundo lugar, observamos al repasar la lista de activos de Walras que se pone un énfasis muy considerable en las existencias o inventarios: hay inventarios de nuevos bienes de capital, inventarios de bienes de consumo mantenidos por hogares y empresas, inventarios de materias primas mantenidos por ambos sus productores y sus usuarios, y también, como hemos visto, existencias de dinero (tenencias de efectivo) de diversos tipos. Dado que la existencia de estos inventarios presupone un cierto comportamiento pasado de las personas interesadas y dado que su reproducción actual presupone ciertas expectativas, el sistema, aunque sea perfectamente estacionario, sigue representando un proceso en el tiempo y, por lo tanto, podría llamarse "implícitamente dinámico". Si Walras no se sintió así y si estamos de acuerdo con él en llamarlo estático, es solo por un dispositivo que tal vez estaba justificado por el propósito de exhibir el esqueleto lógico de la vida económica pero que es altamente artificial de todos modos: lo intentó construir un estado de equilibrio *ab ovo* en la forma en que se construiría, si fuera factible la adaptación suave e instantánea de todos los bienes y procesos

existentes a las condiciones existentes en ese momento. Sus hogares no compran bienes de consumo ni venden directamente servicios productivos. Sus empresas (emprendedores) tampoco compran servicios productivos y ofrecen productos directamente. Todos ellos simplemente declaran lo que *se* compran, respectivamente, y la Venta (productos) a precios *gritos au hasard* , es decir, ha anunciado experimentalmente por algún agente en el mercado, y son libres de cambiar de opinión si estos precios no resultan ser el equilibrio precios: luego se anuncian otros precios, otras declaraciones de voluntad de comprar o vender (y producir) se escriben en *bons* —piezas de papel que no conllevan ninguna obligación— hasta que surgen valores de equilibrio, es decir, precios tales que ninguna demanda esté dispuesta a Pagarlos y ningún suministro dispuesto a aceptarlos quedará insatisfecho. Y el único mecanismo de reacción a estas variaciones de precios experimentales que reconoce Walras es elevar los precios de las mercancías o servicios, cuya demanda a estos precios es mayor que la oferta, y reducir los precios de las mercancías o servicios, la oferta. de los cuales a estos precios es mayor que la demanda. 1741 No me quedaré para ofrecer los argumentos obvios que pueden aducirse para mitigar tan heroica teorización.

[Aparentemente no hay discusión sobre la última de las 'otras tres cosas' que es importante notar].

[(b) La teoría del intercambio.]

Dado que los equilibrios en los dos mercados básicos, los mercados de bienes de consumo y de servicios, y la forma en que se entrelazan, determinándose simultáneamente entre sí, son de importancia decisiva para la fortaleza de la estructura walrasiana, ahora consideraremos estos dos mercados básicos. por separado. Para este propósito, descuidamos tanto el ahorro como la producción de *capitaux neufs* , 1742 un procedimiento que implica el supuesto de que los capitales producidos son tan permanentes e indestructibles como la "tierra". Además, con el fin de enfatizar los pasos del procedimiento, de hecho introduciremos un *numéraire* —el producto estándar en términos del cual deben expresarse todas las relaciones de intercambio— pero no el dinero que realmente circula o se mantiene. 1743 Varias preguntas que no pueden responderse sin obstaculizar el progreso de nuestro argumento se reservarán para la sección 8.

Ya sabemos que Walras basó su estructura en una elaborada teoría del intercambio que cumple dos roles distintos: primero fue describir las características fundamentales de la lógica económica que, con Walras, equivale a lo mismo que el mecanismo fundamental de los mercados competitivos en general. ; en segundo lugar, debía producir las ecuaciones de comportamiento (ecuaciones maximizadoras) de los hogares. En cuanto al primer papel, la teoría de la lógica económica de Walras se convierte en una explicación de utilidad marginal del valor económico que se discutirá, en su contexto histórico, en el apéndice de este capítulo. Aquí no nos interesan cuestiones tales como si tiene algún sentido hablar de la utilidad marginal como la "causa" del valor, pero procedemos inmediatamente a una discusión del segundo aspecto de la teoría walrasiana del intercambio. Podemos hacer esto porque, como ha sido señalado por Pareto, 1744 los conceptos de utilidad marginal y total son redundantes siempre que simplemente deseemos formular condiciones de equilibrio. No obstante, sobre otras características de esta teoría del intercambio, conviene hacer algunos comentarios.

Haciendo un amplio uso de los conceptos que acabamos de votar como superfluos, Walras primero desarrolló brillantemente la teoría del intercambio (competitivo) de dos mercancías. El punto a notar es que él reconoció plenamente las posibilidades de que no haya solución al problema o de múltiples equilibrios que en su configuración se reducen a tres, dos estables y uno inestable, mientras que en general tal situación no ocurrirá y será única. Los precios de equilibrio prácticamente siempre surgirán si hay muchos productos básicos en el mercado.

[Este manuscrito termina aquí, pero el siguiente parece seguir sin una ruptura seria en el argumento.]

[(c) Determinación y estabilidad del intercambio simple.]

Dado que la teoría del intercambio, además de proporcionar la descripción teórica del comportamiento de los consumidores (hogares), también sirve para mostrar las propiedades fundamentales de la acción económica en general (la lógica de la elección), tiene sentido plantear aquí las cuestiones de la determinación. y de estabilidad del intercambio simple en un mercado perfectamente competitivo, teniendo debidamente en cuenta el intercambio indirecto (arbitraje) y una mercancía estándar (*numéraire*) pero sin uso de dinero. 1745 Planteamos estas preguntas en el mismo sentido que lo hizo Walras, excepto por un punto que aparecerá a continuación.

Personas, digamos *n* de ellas, dotadas de gustos definidos y que poseen, para empezar, cantidades arbitrarias de un número arbitrario de mercancías bien definidas, digamos *m* en total, aparecen en el mercado, para aprovechar las posibilidades de este mercado. puede ofrecerles mejorar la

satisfacción de sus necesidades garantizadas por sus posesiones originales. [1746] Aceptamos, pues, la manera en que Walras habla de una tendencia de todos los participantes a maximizar su satisfacción. [1747] También aceptamos los supuestos habituales sobre continuidad y diferenciabilidad, al menos de las 'curvas' de mercado resultantes. Finalmente, asumimos por el momento, como hizo Walras, que las funciones de utilidad marginal de cada participante, para cada mercancía, no solo existen, sino que son funciones de la cantidad de esta mercancía sola, es decir, independientes de cualquier otra mercancía que pueda poseer. Todos están disminuyendo monótonamente. Entonces tenemos: n (m −1) Ecuaciones de comportamiento que expresan para todos los n participantes las cantidades (incluidas las cantidades cero) que regalarán o adquirirán en cualquier sistema dado de relaciones de intercambio (o precios en términos del *numéraire*) en virtud de la condición de que continuarán intercambiando hasta que ningún otro intercambio pueda aumentar sus satisfacciones individuales; [1748] n ecuaciones tales que todas las cantidades que los participantes adquieren y regalan, cada cantidad multiplicada por su precio en el producto estándar, deben sumar cero, si damos signos menos a las cantidades regaladas y signos más a las cantidades adquiridas (Balance individual Ecuaciones); finalmente, m ecuaciones tales que, para cada mercancía, la cantidad total de cantidad regalada debe ser igual a la cantidad total de cantidad adquirida para el mercado en su conjunto (Ecuaciones de balance de mercado). [1749] Estas son condiciones o ecuaciones m (n +1). Pero, como se ve fácilmente, se puede demostrar que una de ellas, por ejemplo la última del conjunto de ecuaciones de equilibrio del mercado, se sigue del resto de éstas y de las ecuaciones de equilibrio de los hogares y, por lo tanto, debe descartarse como no independiente. Por tanto, nos quedan m (n +1) −1 independientes mediante los cuales determinar las variables o "incógnitas", es decir, los m precios de equilibrio y las mn cantidades intercambiadas por los hogares. Ahora bien, podemos decir que, dado que el precio de la mercancía *numéraire* en sí mismo es necesariamente siempre igual a la unidad, sólo hay m −1 precios para determinar; o que, dado que los dos primeros conjuntos de ecuaciones (el comportamiento y las ecuaciones de balance de los hogares), considerados por sí mismos, son homogéneos de grado cero en los precios, son sólo los ratios de cambio y no los precios absolutos los que podemos determinar, aunque luego podemos traducir estas relaciones en precios absolutos por medio de la identidad numéraire - price. [1750] El lector debe asegurarse de que comprende la perfecta equivalencia de estas dos formas de plantear el asunto y también el sentido especial en el que es cierto decir que en esta configuración los precios absolutos (o el 'nivel de precios') son indeterminado. [1751]

Ahora preguntamos: ¿estas condiciones son suficientes para determinar los valores de estas variables? Ésta, para repetir, es la cuestión de la "existencia", en el sentido matemático, de un conjunto de valores que satisfagan las condiciones. Esta pregunta es sinónimo de la pregunta de *si las ecuaciones que incorporan las condiciones pueden resolverse simultáneamente* . Pero no es la cuestión de si existe alguna tendencia en nuestro mercado a establecer estas soluciones, si es que existen, ni la cuestión de si estas soluciones o valores de equilibrio son estables o no.

De todas las objeciones injustas o incluso sin sentido que se han formulado a Walras, quizás la más injusta es que él creía que esta pregunta sobre la existencia se responde tan pronto como hemos contado las 'ecuaciones' y las 'incógnitas' y hemos descubierto que son iguales en número. Ya hemos visto que se aseguró de un requisito previo adicional: la independencia de las ecuaciones. Pero a medida que analizamos su argumento, descubrimos además que, aunque su equipo matemático era sin duda deficiente, su genio vio o percibió todos o casi todos los demás problemas relevantes y

prácticamente siempre llegó a resultados correctos. Si no respondía satisfactoriamente a todas las preguntas, había un mérito inmortal en haberlas formulado. Si su trabajo no es la culminación de este tipo de análisis, sin duda es su fundamento.

Vio la posibilidad de que nuestro sistema de ecuaciones no admita solución alguna. También vio, e incluso demostró, que la solución, si existe, puede que no sea única. Todo lo que afirmó fue que las soluciones existen normalmente y que, *si las mercancías en el mercado son numerosas* , *en general* habrá una solución única (*Éléments* , p. 163). Dado que en su esquema, las cantidades demandadas y ofrecidas son funciones de un solo valor de los precios y dado que sus funciones de utilidad marginal son monótonamente decrecientes, se pueden conceder muchas cosas fácilmente, aunque Walras no enfatizó, tal vez no estaba completamente consciente, que la solución única, donde 'existe', no necesita ser económicamente significativo en el sentido de que un sistema real podría funcionar con él. [1752]

También podemos hacer la pregunta adicional: ¿no podemos hacerlo mejor que eso? Esta pregunta se divide en dos partes. Primero nos preguntamos, ¿podemos enunciar con más rigor las condiciones de las que depende la existencia de soluciones, y especialmente de una solución única, dentro de los propios supuestos walrasianos? La respuesta es afirmativa. De hecho, el profesor Wald ha proporcionado una declaración más rigurosa. [1753] Sin entrar en varias cuestiones delicadas que plantea la brillante obra de Wald (y sin suscribir cada frase de la misma), simplemente notamos que el análisis de Walras emerge sustancialmente intacto. [1754] Pero, en segundo lugar, tenemos que preguntarnos si el teorema de la existencia sigue en pie si, como debemos, hacemos de la utilidad total y marginal una función de todas las mercancías que entran en el presupuesto de un hogar. Esta es, por supuesto, la verdadera dificultad. Pero la respuesta, bajo restricciones que parecen tolerables, es afirmativa incluso en este caso. Ha sido impartido por el profesor Amoroso. [1755] Para un tratamiento de todo el tema desde el punto de vista de la teoría de la demanda, se remite al lector al trabajo estándar del profesor Wold. [1756]

Pasamos a la cuestión de la estabilidad, con la que incluiremos la cuestión de la presencia de una tendencia hacia las soluciones (teóricas) únicas que puedan existir. [1757] Uno de los mayores méritos de Walras es haber distinguido entre los problemas de la "existencia" y los de la "estabilidad" y haber hecho un paralelo del argumento sobre el primero con un argumento elaborado sobre el segundo. Sin embargo, trató el problema de la estabilidad de una manera peculiar, porque se le planteó en conexión con lo que en lógica estricta es un problema completamente diferente, a saber, el problema de la relación entre la solución matemática de sus ecuaciones y los procesos de cualquier mercado real: ante todo, estaba ansioso por demostrar que la gente en el mercado, aunque evidentemente no resuelve ninguna ecuación, hace por un método diferente lo mismo que hace el teórico al resolver ecuaciones; o, para decirlo de otra manera, que el método "empírico" utilizado en mercados perfectamente competitivos y el método "teórico" o "científico" del observador tienden a producir la misma configuración de equilibrio. Entonces, plantear este problema naturalmente pone en primer plano la cuestión de la estabilidad, es decir, la cuestión de cómo el mecanismo de los mercados competitivos conduce al sistema hacia el equilibrio y lo mantiene allí.

Dado que está claro desde el principio que los mercados de la vida real nunca alcanzan el equilibrio, esta pregunta solo puede plantearse para los mercados que todavía no son más que creaciones altamente abstractas de la mente del observador. La gente, que aparece con existencias iniciales de productos básicos y programas de utilidad marginal definidos, se enfrenta a una *crisis de* precios por parte de alguien. Deciden regalar determinadas cantidades de algunas mercancías y adquirir

determinadas cantidades de otras a estos precios. Pero como sabemos, en realidad no lo hacen, sino que solo anotan en los *bonos* lo que 'comprarían' o 'venderían' a esos precios si persistieran o, si celebran contratos, se reservan el derecho de volver a contratar. Es fácil ver que si no resulta necesaria una recontratación y si los *bonos* se redimen, entonces las condiciones incorporadas en las ecuaciones deben cumplirse en la práctica. Siempre que no lo sean, habrá recontrataciones a diferentes precios, superiores o inferiores a los originales, según exista un exceso de demanda positivo o negativo en los respectivos commodities, hasta equiparar demanda y oferta en todos los casos (*Éléments* , p. 133). Independientemente de lo que tengamos que decir al respecto en materia de realismo, [1758] parece a primera vista intuitivamente claro que, *mientras no se admita ningún otro mecanismo de reacción que el considerado exclusivamente por Walras* , el equilibrio se alcanzará bajo estos supuestos; que, en general, este equilibrio será único y estable; y que los precios y cantidades en esta configuración serán los que obtenemos de nuestra solución teórica. [1759] Sin embargo, el propio Walras mostró dudas sobre un punto muy importante que ha sido enfatizado fuertemente por el profesor Wald (*Zeitschrift* , *op. Cit.* P. 653). Es esto. Los valores de equilibrio en el mercado perfecto se establecen mediante un juego de prueba y error (*tâtonnement*): los precios se ajustan y las cantidades se reajustan en respuesta. Para mayor claridad, suponga que todos los precios excepto uno igualan las respectivas demandas y ofertas. Tenemos una regla para adaptar el precio único que no equipara demanda y oferta. Pero si lo adaptamos, perturbaremos los equilibrios en todas las demás secciones del mercado, cuyos precios ya no son precios de equilibrio, ya que equiparan oferta y demanda en estos otros mercados solo con referencia al precio único que no lo hizo. Por lo tanto, tenemos que ajustar a su vez las otras, y la única razón que da Walras para esperar que la nueva configuración esté más cerca del equilibrio en general que la original es que esto es 'probable', porque los efectos del ajuste del precio que originalmente estaban fuera de línea por el exceso de demanda del producto correspondiente son directos, fuertes y todos *en la misma dirección* , mientras que los efectos de los reajustes necesarios de los otros precios son en su mayoría indirectos, más débiles y no todos en la misma dirección. misma dirección: *en parte se compensan entre sí* . En su forma actual, este intento de demostrar tanto la tendencia hacia el equilibrio del mercado como la estabilidad del mismo carece evidentemente de rigor. Esto se ha reconocido cada vez más últimamente, pero hasta ahora no se ha ofrecido una solución completamente satisfactoria al problema. [1760] [Esta subsección está inconclusa].

[(d) Teoría de la producción de Walras.]

Pasamos a la segunda rama de la teoría pura del proceso económico de Walras, a saber, la teoría de la producción, que, como sabemos, no es más que una teoría de la manera en que el mecanismo de la competencia pura asigna los 'servicios' de todos los diferentes tipos y calidades de agentes naturales, fuerza de trabajo y *medios de producción producidos* . [1761] Esta teoría de la asignación, a su vez, es lo mismo que la teoría de los precios de estos servicios, porque es el mecanismo de precios el que lleva estos servicios al lugar que realmente ocupan en el gran rompecabezas y los mantiene allí. Finalmente, no decimos más que esto cuando decimos que la teoría de la producción nos dice qué cantidades de qué productos cada empresa decidirá producir y qué cantidades de qué servicios productivos va a comprar en vista de los gustos dados de los posibles consumidores de sus productos y las propensiones dadas de estos mismos consumidores considerados como 'dueños' de los servicios productivos. Ahora, las cantidades totales de estos servicios, es decir, las cantidades de ellos que están potencialmente disponibles durante un período de tiempo determinado, se

dan porque sus fuentes lo son. Pero no es necesario que la producción los absorba completamente, ni necesariamente se desperdician si no lo son. Porque una característica esencial del esquema walrasiano es que todos ellos son capaces de ser consumidos directamente por sus dueños. [1762] Por lo tanto, sus cantidades totales y las propensiones de sus propietarios a consumirlas —posiblemente incluso a adquirir más cantidades de ellas con el propósito de consumirlas— o separarse de ellas, constituyen el segundo grupo de datos, y el problema de Walras era mostrar cómo estos datos se entrelazan con los del primer conjunto, los gustos de los consumidores, para producir un conjunto coherente de cantidades y valores. [1763]

Percibimos inmediatamente que Walras se esforzó por encontrar una solución a este problema que fuera completamente simétrica con la solución que había elaborado previamente en su teoría general del trueque en un mercado de bienes de consumo de múltiples productos básicos. De hecho, su teoría de la producción puede describirse como un intento de resolver, en el espíritu de JB Say, el caso de la producción en el caso más general del intercambio entre servicios y bienes y, en último análisis, simplemente entre servicios. Conocía los costos de este intento y estaba dispuesto a pagarlos. Primero, aunque introdujo en su mecanismo a un emprendedor que no era simplemente un capitalista, lo redujo, como vimos, al papel puramente formal de comprador de servicios productivos [1764] y vendedor de bienes de consumo sin ninguna iniciativa —o ingresos— por su cuenta. [1765] Para enfatizar esto, reemplazaremos el término 'emprendedor' por el término impersonal 'empresa': es claro que en el pensamiento de Walras los hogares eran realmente los agentes que, como compradores de productos y como vendedores de servicios, determinar el proceso económico. En segundo lugar, aunque, por supuesto, era consciente del hecho de que la producción y la adaptación de la producción implican retrasos, al principio *purement et simplement* descuidó estos retrasos (*Éléments* , p. 215), difiriendo el reconocimiento parcial de su papel a los lejanos. sección sobre circulación y dinero. Hacemos lo mismo e incluso aceptamos, por el momento, los supuestos aparentemente imposibles de coeficientes de producción constantes, [1766] ausencia de gastos generales y todas las empresas de todas las industrias que producen cantidades exactamente iguales de producto. [1767] Y preguntamos, en primer lugar, como hicimos antes en el caso del trueque de múltiples mercancías, si con todas estas 'simplificaciones', algunas de las cuales al final se descubrió que eran complicaciones, existe un conjunto único de soluciones para un sistema de ecuaciones que cubre tanto el comportamiento de los consumidores como de los productores, o representa, por así decirlo, el chasis de la vida económica.

Intuitivamente nos damos cuenta de que, con las mismas calificaciones que tuvimos que hacer en el caso general del intercambio de múltiples productos básicos y con las calificaciones adicionales que nos imponen los supuestos adicionales hechos por Walras para reducir el problema de la producción a la manejabilidad , la respuesta será afirmativa. Podemos resistirnos a las suposiciones. Podemos cuestionar el valor de una teoría que se sostiene sólo bajo condiciones, cuya mera declaración parece equivaler a refutarla. [1768] Pero si aceptamos estas calificaciones y suposiciones, hay pocas fallas en la solución de Walras. Se trata de esto: los hogares que prestan los servicios tienen *en la configuración de Walras* horarios definidos y de un solo valor de voluntad para desprenderse de estos servicios. Estos horarios están determinados, por un lado, por su apreciación de la satisfacción que se deriva de consumir estos servicios directamente [1769] y, por otro lado, por su conocimiento de la satisfacción que pueden derivar de los ingresos en términos de *numéraire* que pueden ganar a cualquier conjunto de "precios" de bienes y servicios de los consumidores. Porque los 'precios' de los bienes de

consumo se determinan simultáneamente con los 'precios' de los servicios y con referencia entre sí: cada trabajador, por ejemplo, decide cuántas horas de trabajo por día o por semana va a ofrecer en respuesta a un salario en términos *numéricos* que se asocia con precios definidos, en términos *numéricos* , de todos los bienes de consumo que se producirían con la cantidad total de trabajo ofrecida a ese salario. Matemáticamente, expresamos esto haciendo que la oferta de cada uno de los servicios que él 'posee' sea una función de todos los precios (tanto de los bienes de consumo como de los servicios) y, por la misma razón, la demanda de todos por cada producto en otra función de todos los precios (ambos de los servicios y bienes de consumo). La demanda de todo el mundo por la mercancía *numéraire se* deriva simplemente de la ecuación de equilibrio de todos, que (dado que todavía estamos abstrayendo tanto del dinero genuino como del ahorro) es exactamente análoga a la ecuación de equilibrio en el caso del trueque de múltiples mercancías, excepto que en el presente caso las ofertas son ofertas de servicios y solo las demandas se refieren a mercancías. [1770] De estas demandas y ofertas individuales obtenemos las ofertas agregadas (netas) de servicios y las demandas agregadas de productos en el mercado, todo en función de todos los precios de los servicios y productos. Pero el resto de la configuración está paralizada, evidentemente para centrar la atención en la gran relación social entre los factores últimos que configuran simultáneamente el consumo y la producción, por el supuesto de coeficientes de producción tecnológicamente fijos y constantes, que fácilmente producen el resto. restricciones que necesitamos para la determinación de precios. Para determinar los precios necesitamos las ecuaciones, igual en número al número de servicios, que expresan que las cantidades de los servicios empleados en todas las industrias deben sumar la oferta total de estos servicios, y las ecuaciones, igual en número al número de productos, que expresan que los coeficientes de producción de los servicios utilizados en cada industria, cada uno multiplicado por el precio de estos servicios, deben ser iguales al precio unitario del producto de la industria o que en todas las industrias el costo promedio, en el caso de Walras es igual como costo marginal, debe ser igual al precio.

Se puede demostrar fácilmente que el número de variables a determinar es igual al número de ecuaciones. En cuanto a la cuestión matemática de si pueden resolverse para las variables (si "existe" una solución de equilibrio) tenemos que decir lo mismo que antes: Walras no presentó una respuesta que satisfaga los estándares del matemático moderno, aunque [1771] se pudo demostrar que vio y asumió *o evitó* todos los obstáculos que se interponen en el camino hacia una respuesta afirmativa. Por supuesto, tenemos que repetir que, en el mismo sentido que antes, la existencia de un conjunto de soluciones o incluso de soluciones no negativas no significa necesariamente la existencia de económicamente significativas, es decir, prácticamente posible, 'tolerable' y así sucesivamente — soluciones. Pero dentro de sus suposiciones y con las salvedades ya mencionadas, la respuesta afirmativa se mantiene y las objeciones en su contra se deben mucho más al fracaso de los críticos para entender a Walras que a sus errores o descuidos. [1772] También se puede afirmar que, en *lo que respecta a esta parte del análisis walrasiano* , nuestro resultado es, o se acerca a ser, la opinión común de los teóricos. [1773]

En cuanto a las cuestiones de estabilidad y de la presencia en el proceso económico de una tendencia a establecer ese conjunto de precios y cantidades de equilibrio, la situación se ve aún más gravemente afectada de lo que ya hemos comprobado que está en el caso del trueque entre múltiples productos por la dificultad de aceptar las suposiciones de Walras. [1774] De nuevo tenemos que confiar en el método de los *bons* . Pero en este caso, si los precios que se están fijando experimentalmente (*criés*) al principio no resultan ser (milagrosamente) los precios de equilibrio, los reajustes que deben conducir

al equilibrio implican reajustes instantáneos de todas las decisiones tentativas de producir que son encarnado en los *bonos* , que es una cuestión de mucha más dificultad que la mera reorganización de decisiones tentativas para adquirir o regalar productos existentes. E incluso si todas las empresas y todos los propietarios de servicios productivos tuvieran éxito en esta tarea, aún tendrían que llevar a cabo este programa de producción que lleva tiempo, durante el cual no se debe permitir que nada cambie. El propio Walras planteó el problema exactamente como lo planteó para el caso del trueque de múltiples mercancías, es decir, bajo la apariencia de la cuestión de si su problema teórico era el que realmente se resuelve en los mercados de servicios; y llegó, por el mismo razonamiento, a la misma conclusión, a saber, que un proceso de prueba y error realizado en condiciones de pura competencia y con un solo mecanismo de reacción permitido: los precios aumentan donde hay positivo y se reducen donde existe un exceso de demanda negativo; "probablemente" asegurará que cada paso en el ajuste realmente conduzca hacia el equilibrio y no lo aleje de él. He creído necesario exponer este asunto completamente al lector. Para que no se aleje de la construcción de Walras sobre la base de su irremediable discrepancia con cualquier proceso de la vida real, deseo preguntarle si alguna vez *vio* cuerdas elásticas que no aumentan de longitud cuando se jalan, o movimientos sin fricción, o cualquier otra cosa. otros de los constructos comúnmente utilizados en física teórica; y si, basándose en esto, cree que la física teórica es inútil. En la nota a pie de página a continuación, agrego uno o dos comentarios más que pueden reducir la incomodidad del lector. Sin embargo, sigue siendo cierto que tanto el propio Walras como sus seguidores subestimaron en gran medida lo que se había hecho y aún queda por hacer antes de que la teoría de Walras pueda confrontarse con los hechos de la experiencia empresarial común. [1775]

[(e) La introducción de la formación de capital y del dinero.]

El resto de esta sección puede expresarse en forma de respuesta a la pregunta de cómo el esquema fundamental del comportamiento de los consumidores y productores se ve afectado —o posiblemente alterado— por la introducción de la formación de capital y del dinero. Aunque ambos temas se han abordado en el capítulo anterior y tendrán que ser tratados de nuevo en el próximo, también deben recibir atención aquí para permitir al lector apreciar la estructura de Walras en su conjunto y darse cuenta de hasta qué punto él anticipó la modernidad. trabajar en estos campos en algunos aspectos y preparar el terreno para ello en otros.

En el sistema walrasiano, la teoría de la formación de capital es, por un lado, la base de la teoría del interés y, por otro lado, se basa en la teoría de los precios de los bienes de capital. Al principio, consideramos solo los precios de los bienes de capital producidos. Hasta ahora, solo tenemos una teoría para los precios de sus servicios e incluso a esto se llegó mediante un supuesto que ahora debemos descartar, a saber, que las cantidades de bienes de capital producidos se dan de una vez por todas, y nunca desgastarse o morir por accidente. En consecuencia, ahora deducimos una provisión para depreciación y también una prima de seguro. [1776] Lo que queda son los "ingresos netos" producidos por los bienes de capital. Ya hemos notado antes que Walras tomó la existencia de tal excedente sobre depreciación y seguros como un hecho innegable que no hizo ningún esfuerzo por establecer. [1777] Sin embargo, si aceptamos esto por el bien de la argumentación, entonces podemos proceder de inmediato a construir el mercado teórico de bienes de capital que, según la práctica loable de Walras, necesitamos para determinar sus precios. [1778] En este mercado, los capitalistas —y no como empresarios (empresas)— exigen *nuevos* bienes de capital que las empresas que los producen ofrecen

en respuesta a esa demanda.

Los nuevos bienes de capital que se están demandando y produciendo pueden no ser suficientes, simplemente suficientes o más que suficientes para compensar la pérdida que el capital social existente sufre actualmente por accidente o desgaste. El último de estos tres casos *define el* ahorro, que, expresado en términos de *numéraire* , es, por tanto, el exceso de renta neta, el valor neto total de los servicios vendidos por los hogares, sobre el consumo, el valor total de los productos comprados por los hogares. Por tanto, exactamente como en la *Teoría General* de Keynes , el ahorro corriente es *tautológicamente igual a la "inversión" corriente.* Ahorrar es aquí simplemente una palabra que identifica un tipo particular de demanda, a saber, la demanda de bienes de capital. Hasta ahora, la frase `` oferta o suministro de ahorro '' no tiene sentido a menos que queramos denotar con ella la parte de los servicios de los hogares que se ofrece contra bienes de capital [1779] en lugar de ofrecerse a cambio de pan o cerveza, y decir que El ahorro corriente puede desfasarse con la inversión actual no tiene más sentido que decir que el ahorro puede desviarse consigo mismo. Por tanto, la igualdad del ahorro corriente y la inversión corriente es una identidad y no una condición de equilibrio. La condición de equilibrio es que la suma total del ahorro en un período dado sea igual a los costos para las empresas productoras de bienes de capital de los bienes de capital (producidos y) vendidos en el período, ya que estas empresas, como todas las demás, son sujeto a la ley de costos de Walras.

Ahora bien, y esto no es como en el sistema de la *Teoría General* de Keynes, el único motivo que los capitalistas pueden tener *en esta configuración* para exigir bienes de capital es el ingreso neto que se espera de ellos, sin importar si este ingreso neto consiste en el uso valor para ellos de los objetos duraderos adquiridos o en el rendimiento en *numéraire* a ser cobrado por *arrendarlos* a empresas (oa personas que deseen consumir sus servicios directamente). De esto se sigue otra condición de equilibrio que deben cumplir sus precios: estos precios deben, en condiciones ideales, ser proporcionales a sus rendimientos netos o de lo contrario se establecerían operaciones de arbitraje para hacer cumplir esta proporcionalidad. Pero esto puede expresarse diciendo que nuestro mercado de bienes de capital es en realidad un mercado de corrientes de ingresos netos perpetuos, desde cuyo punto de vista todos los bienes de capital están en pie de igualdad, independientemente de sus formas físicas. Para enfatizar este aspecto, Walras creó un producto ideal o imaginario que representa "ingresos netos perpetuos". Este gadget-otra construcción puramente teórica [1780] nos -permite a dotar a cada uno de los hogares con una utilidad marginal y una función de demanda de 'ingresos netos perpetua,' [1781] y sustituir todos los precios de la (desconocida) de los bienes de capital *por un precio único* , el cual luego ayuda a determinarlos, a saber, el precio de una unidad de "ingreso neto perpetuo" por unidad de tiempo, un movimiento profundo en el tablero de ajedrez analítico. Este precio único resulta de la condición de proporcionalidad antes mencionada, que puede reformularse diciendo que la demanda total de nuevos bienes de capital (idénticamente igual al ahorro) debe distribuirse entre las industrias que producen estos nuevos bienes de capital de tal manera que igualar sus productos de valor neto (en términos de *numéraire*) por unidad de costo (en términos de *numéraire*). [1782] Así, el precio único en cuestión es simplemente el recíproco de la tasa de `` ingreso neto perpetuo '' (*taux du revenu net perpétuel*), que es un factor de proporcionalidad, común a los valores de todos los bienes de capital y fácilmente identificable, siempre que no hay dinero, con la tasa de interés.

Con infinito cuidado, al que no se puede hacer justicia aquí, Walras desarrolló esta teoría tanto para los casos de bienes duraderos producidos como los hogares, cuyos servicios deben ser consumidos

directamente, como para los bienes duraderos producidos que deben usarse en la producción. , proporcionando las condiciones de utilidad marginal (maximizadoras) para el equilibrio estático [1783] y llegando, en cuanto a determinación y estabilidad, a resultados análogos a los alcanzados en los casos de intercambio de múltiples mercancías y de producción. Si el espacio permitía comentarios, tendría que ser similar a los comentarios presentados en esos casos. Debemos contentarnos con afirmar sin pruebas que el sistema de Walras no está —todavía estamos siguiendo un análisis que se abstrae del dinero genuino— alterado por los hechos, tal como los estilizó, de la formación de capital y por la excursión que implica su teoría. en estados "progresivos" o "retrógrados", es decir, no estacionarios. Pero resumamos qué más hemos conseguido hasta ahora.

Primero, tenemos una teoría de los precios (valores en términos de *numéraire*) de los bienes de capital que no habíamos tenido antes. En primer lugar, se trataba de una teoría de la fijación de precios de nuevos bienes de capital. Pero esta teoría se extiende fácilmente a los casos de bienes de capital producidos existentes y de bienes de capital no producidos ('tierra'; Walras incluso la extiende a la fuerza de trabajo) mediante el simple dispositivo de aplicarles la misma 'tasa de tasa neta perpetua retorno '(o de interés) [1784] que surge en el caso de nuevos bienes de capital. [1785] En segundo lugar, como subproducto de la teoría de los precios de los bienes de capital tenemos una teoría del interés que ahora entra en *todas* las ecuaciones de oferta y demanda. De estos, entonces, se puede leer una teoría comprensiva de su papel en la economía. [1786] Los precios de los bienes de capital en sí no entran en ninguna de las ecuaciones finales del sistema walrasiano que no sean las que describen sus propias condiciones de oferta y demanda en *cuanto* productos. En tercer lugar, dado que el ahorro es simplemente una especie de demanda, no se puede plantear la posibilidad de igualar su "oferta y demanda" variando la tasa de interés o cualquier otra cosa. Lo que se iguala en virtud de una condición de equilibrio —no simplemente se establece tautológicamente igual— es la cantidad que la gente ha decidido ahorrar e invertir y los costos de los nuevos bienes de capital. Ahora bien, si esta igualdad no se realiza, esto significa que los valores de los nuevos bienes de capital estarán por encima o por debajo de sus costos para las empresas que los producen y, por lo tanto, tendrán un motivo para expandir o restringir su producción. Pero hay otro aspecto de esto. Suponga que los valores de los nuevos bienes de capital se han elevado por encima de sus costos. Si por el bien del argumento asumimos que el rendimiento neto esperado de los bienes de capital no ha cambiado, esto implica que la *tasa* de rendimiento neto perpetuo ha caído, en otras palabras, que una unidad de rendimiento neto perpetuo será más cara para el compra de bienes de capital capitalista de lo que era antes: es este aumento en los precios *numéricos* de los nuevos bienes de capital lo que le hace ver al capitalista la caída implícita en su tasa de rendimiento neto. En otras palabras, no es la caída de la tasa de interés lo que juega un papel causal directo, sino el aumento de los valores de los bienes de capital lo que reduce (tautológicamente) la tasa de interés. [1787] Por supuesto, la tasa de interés también asume un papel activo en la medida en que entra en las funciones de oferta y demanda de todos los productos y servicios. Sin embargo, es importante notar que, en este análisis, juega un papel pasivo en primera instancia porque da un tono diferente a su significado en el proceso económico y sirve especialmente para poner las reacciones de los capitalistas bajo una luz diferente: son reacciones al aumento del precio de un tipo particular de bienes que demanda el capitalista y no reacciones a la disminución del precio de un servicio que presta. [1788] Por último, del argumento anterior se desprende que, renunciando tajantemente a la teoría del ahorro de Turgot-Smith, el análisis de Walras concuerda con el de Böhm-Bawerk al producir el

resultado de que los precios de los bienes de consumo y los precios de los bienes de capital, dentro de Los supuestos de este análisis, en principio, se mueven en direcciones opuestas.

Por fin, presentamos dinero y transacciones monetarias. Aplazando las otras hazañas de Walras en el campo de la teoría y la política monetarias al próximo capítulo, debemos ver ahora cómo encajó el dinero en su esquema del proceso económico, cómo determinó los precios absolutos tanto en dinero como en *numéraire* , y si tenía razón al afirmar que su economía monetaria disfruta de las mismas propiedades de determinación y estabilidad que pueden atribuirse a su economía *numérica* . Para ello bastará con abordar el caso de una moneda de determinada cantidad que consiste en un material de valor de uso insignificante [1789] y señalar brevemente que Walras, quien en la primera edición (1874-187) de sus *Éléments* había basado su análisis monetario sobre el concepto de los 'requisitos monetarios' de la economía, [1790] adoptó en la segunda edición el concepto de 'cantidad de efectivo que la gente desea tener' (*encaisse désirée*), [1791] que, sin embargo, no fue parte integral de su teoría pura del equilibrio general —no totalmente fusionada con ella— antes de la cuarta edición (1900). [1792] Es allí donde aparece toda la estructura walrasiana de la teoría pura en toda su belleza lógica.

La planta baja de esta estructura es la teoría del "mercado" de bienes de consumo. En el segundo piso encontramos la teoría de la producción y el "mercado" de los servicios de producción, no separados del primer mercado, sino integrados con él. En el tercer piso tenemos el 'mercado' de bienes de capital integrado de manera similar con los otros dos. Y en el cuarto piso hay otro 'mercado', integrado con los otros tres, de 'capital circulante', es decir, de las existencias o inventarios de bienes, nuevos bienes de capital a la venta en los establecimientos de sus productores y consumidores ' e inventarios de los productores de todo tipo, que son necesarios para que todo funcione. [1793]

Por lo tanto, después de haber determinado, en su teoría de la producción, los precios y cantidades de equilibrio (*numéraire*) tanto para los bienes de consumo como para los servicios productivos, todos los cuales, una vez determinados, permanecerán sin cambios mientras se producen los bienes, Walras deja reales la entrega de estos servicios y de bienes (equivalentes) comienza inmediatamente, es decir, antes de que se haya llevado a cabo el programa de producción decidido "en principio". Por supuesto, esto presupone que los hogares y las empresas están desde el principio en posesión de existencias de bienes (inventarios) que ahora se introducen entre los datos del problema de equilibrio general. [1794] Como ya hemos visto, Walras los trató formalmente como había tratado a los bienes de capital: están las propias acciones y, además, están los servicios que prestan actualmente, a saber, los *servicios de aprovisionamiento* . Por lo tanto, las acciones y sus servicios deben cotizarse por separado, pero el precio de cada acción se corresponde con el precio de su servicio en la misma relación que el precio del servicio de cada bien de capital con el precio del bien de capital mismo. [1795] Nótese que la introducción de acciones y los servicios de acciones constituye el método de Walras para sincronizar el proceso económico: a condición de pagar el precio del servicio, es decir, un cargo por intereses sobre el capital circulante involucrado, los hogares ahora pueden ' transformar 'sus servicios productivos inmediatamente en bienes de consumo. Pero esto, evidentemente, no es un mero detalle, sino un rasgo esencial del sistema de equilibrio general al que, a modo de anticipación, Walras ya advirtió en su teoría de la producción (*Éléments* , p. 215).

Con las acciones entra el dinero. Es simplemente un artículo particular en la lista de inventarios y también presta un *service d'approvisionnement* , que adquiere un precio, como cualquier otro servicio, en virtud de sus funciones de utilidad marginal. [1796] Este precio surge en un mercado

especial, que Walras denominó mercado de capitales (*marché du capital*), a diferencia del mercado de bienes de capital (*marché des capitaux*), y que es un 'anexo' del mercado de todos los servicios productivos (*Éléments* , pág.245). Todos los proveedores de servicios ahora reciben un pago y compran productos en dinero. Los capitalistas ya no ahorran intercambiando servicios productivos por bienes de capital, sino que ahorran en dinero y tenemos una cantidad llamada *monnaie d'épargne* además de las dos cantidades de dinero de transacción (*monnaie de circulación*) en manos de los hogares y de las empresas. Estos últimos *piden prestado* dinero y *compran* nuevos bienes de capital. El precio de equilibrio de la 'mercancía' en este mercado, es decir, del *servicio de aprovisionamiento* del dinero , está determinado por la condición de que la demanda de las personas por este servicio, representada por su *encaisse désirée, sea* igual a la cantidad total de dinero existente. Habiendo determinado este precio de equilibrio, podemos elegir el dinero mismo como *numéraire* y luego reafirmar la condición diciendo que la tasa de interés debe ser tal que iguale la *encaisse désirée* y la cantidad total de dinero existente. [1797]

Hasta ahora, la 'existencia' de un conjunto único de soluciones o de valores de equilibrio para el sistema walrasiano no se ve afectada en absoluto por la introducción del dinero: la situación a este respecto permanece, con salvedades incluidas, por mucho que la encontramos en el caso. de la economía *numéraire* . Esto podría demostrarse, pero debería quedar intuitivamente claro por el hecho de que Walras encaja en el dinero mediante un dispositivo que equivale a configurar su *servicio de aprovisionamiento* como un servicio más (sin utilidad *directa*) para comerciar, que evidentemente ya no más. cambia la lógica de la situación [1798] que la introducción de cualquier otro bien o servicio adicional. Debe agregarse, sin embargo, que debido a la naturaleza del servicio que se supone que debe prestar el dinero, el precio de su servicio entra en las ecuaciones de oferta y demanda que determinan los precios de todas las demás mercancías y servicios de una manera peculiar. Esto puede verse más fácilmente observando que las variaciones en el precio del servicio del dinero —o, eligiendo dinero por *numéraire* , interés— afectan directamente los valores de los bienes de capital y las existencias (inventarios) y, a través de estos, todos los demás precios y cantidades en el sistema, incluidos los de los servicios productivos como los salarios y la cantidad de trabajo demandado y ofrecido. Es importante tener esto en cuenta: cualquier variación en cualquier precio afecta a todos los demás precios, ofertas y demandas, pero las variaciones en el precio del dinero tienen una influencia adicional de particular importancia. Por tanto, los precios monetarios no son simplemente traducciones de precios expresados en un *numéraire* que no es dinero en precios expresados en otro *numéraire* que no es dinero: los precios monetarios no son proporcionales a los precios *numéraire* ; son precios ajustados a una nueva condición, es decir, la condición que gobierna el equilibrio en el mercado de capitales de Walras. Aún podemos formular esta condición de equilibrio monetario como lo hicimos anteriormente, es decir, que la *encaisse désirée* total debería ser igual a la cantidad total de dinero existente, pero debemos tener en cuenta que la *encaisse désirée* depende, entre otras cosas, del total valor *numérico* de las transacciones y que este último también depende del precio del servicio del dinero y no puede permanecer constante si este precio —o la tasa de interés— cambia. En otras palabras, no podemos cumplir la condición de equilibrio monetario tratando como dada no sólo la cantidad de dinero existente sino también la *encaisse désirée* total , y dejando que el equilibrio monetario se *produzca únicamente* mediante variaciones apropiadas en la tasa de interés. Si se comprende este hecho y se actúa sobre él, entonces podemos afirmar que el argumento walrasiano determina un conjunto

consistente no sólo de precios relativos sino también de precios monetarios o, si se desea, el nivel de precios.

El propio Walras se dio cuenta de esta situación y, por lo tanto, se le debe atribuir el haber creado una teoría del dinero que es completa, consistente y perfectamente adecuada, dentro de sus propios supuestos, para determinar precios absolutos en términos de dinero. [1799] Pero en el punto crítico no pudo seguir adelante. Sobre la base de que la influencia de las variaciones en la tasa de interés sobre la suma total de transacciones, por lo tanto sobre la *encaisse désirée* , es solo `` indirecta y débil '' (*Éléments* , p. 311), decidió descuidarla por completo y luego procedió a Basa gran parte de su razonamiento sobre la teoría monetaria aplicada en el supuesto simplificador de su ausencia. Esta suposición, aparte de la cuestión de si es factible o no, [1800] cambiaría toda la situación si la tomáramos como parte de la rigurosa teoría de Walras. Entonces, como observó el propio Walras, la ecuación de la circulación monetaria sería de hecho 'externa al sistema de ecuaciones que determinan el equilibrio económico' (*ibid.*), Y entonces habría alguna justificación para decir que el sistema de Walras es esencialmente un 'o sistema *numérico* , completo como tal, sobre el cual arrojó, como una prenda separable, el' velo del dinero '(ver, sin embargo, el capítulo siguiente). [1801] El interés monetario y los precios monetarios dejarían de determinarse simultáneamente con los precios relativos y, en general, serían incompatibles con ellos. [1802] En vista del espíritu y la redacción del texto de Walras, es, sin embargo, mucho más natural decir que, para los propósitos de la teoría monetaria aplicada, Walras decidió abandonar su método de análisis general y adoptar el de análisis parcial. Esto significa que decidió adoptar una aproximación a la que no se aplican los estándares de análisis riguroso. [1803]

Pero la cuestión de la estabilidad (y de la presencia de una tendencia en el sistema a realizar los valores de equilibrio de sus elementos) es ahora mucho más difícil de responder que antes. Esto no se debe a ningún cambio en la situación lógica que ha provocado la introducción del dinero, que es muy *similar a la de la* economía *numérica* , sino al hecho de que en una economía monetaria es más difícil aceptar el patrón general de Walras. del proceso económico. Walras era perfectamente consciente de esto. Prueba de ello es su énfasis en la inestabilidad del crédito bancario (por ejemplo , *Éléments* , págs. 353-4). Aparte de esto, es lógico pensar que la inserción de un mercado de capitales monetario ofrece al motor económico nuevas oportunidades de estancamiento que están ausentes en una economía *numérica* : podemos excluir las incertidumbres en obediencia a las instrucciones de Walras; pero en el caso de una "mercancía" que es tan volátil como el dinero y que puede ser redirigida con tanta facilidad en cualquier momento, no podemos evitar pensar en ellos de todos modos. En estas condiciones, el valor práctico del resultado final, al que llegamos sin embargo, es sin duda muy reducido. Dice: tanto para un *numéraire* como para una economía monetaria, el sistema de Walras del proceso económico es determinado y estable, aunque no logró demostrarlo rigurosamente; para un proceso que es estacionario, excepto por una inversión positiva o negativa en líneas tradicionales, no tiene problemas en el sentido definido anteriormente, y el pleno empleo de los recursos es de hecho una de sus propiedades; Sólo se puede llegar a otras conclusiones distintas introduciendo hipótesis que difieran de las de Walras. [1804] Si en última instancia el sistema de Walras no es más que un enorme programa de investigación, sigue siendo, por su calidad intelectual, la base de prácticamente todos los mejores trabajos de nuestro tiempo.

8. La función de producción

Todo lo que queda por decir sobre el trabajo del período en los niveles superiores de análisis teórico puede agruparse convenientemente en torno a los dos conjuntos de datos que fueron los dos pilares del templo clásico de 1900, los gustos dados de los consumidores y las posibilidades tecnológicas dadas dentro el horizonte de los productores. El primer tema se tratará en el apéndice de este capítulo, el último se adapta mejor aquí. En ambos casos solo estaremos complementando lo que, para un nivel más bajo de rigor analítico, ya hemos aprendido antes. En ambos casos llevaré la historia a la situación actual. En ambos casos tendré que ser esquemático hasta el punto de ser incorrecto. [1805]
[(a) El significado del concepto.]

Comenzamos recordando el concepto de función de producción como se usa comúnmente en la actualidad. Suponga que un hombre de negocios *A* contempla producir un bien *X* bien definido a razón de por unidad de tiempo en una sola planta *que se construirá para este propósito* . Esto puede requerir un conjunto único de tasas de entradas por unidad de tiempo, tales como nu_1, nu_2,. . . nu_n de los servicios igualmente bien definidos V_1, V_2,. . . V_n - que están fijados tecnológicamente como los coeficientes de producción walrasianos y definen para nosotros los economistas el único "proceso" o "método" de producción que está disponible. Sin embargo, por regla general, existen varios o incluso infinitos procesos o métodos de producción mediante los cuales se puede producir $\overline{x}$. Cada uno de ellos se identifica mediante un conjunto distinto de tasas de insumos en el tiempo; de nuevo, para nosotros los economistas: si sucediera que dos o más procesos tecnológicamente diferentes utilizan exactamente la misma combinación de tasas de insumos para producir $\overline{x}$, serían los mismo proceso para nosotros. Sr. *A* elegirá entre estas posibilidades con vistas a reducir al mínimo el coste total de producción de *X* y por lo tanto rechazar desde el principio todos aquellos procesos que utilizan más de *todos* los (escasos) servicios V_1, V_2,. . . V_n que otro. Entre el resto, que podemos llamar las opciones elegibles, elegirá de acuerdo con la situación de precios que espera prevalecer en los mercados de factores durante el período que planea.

La lista completa de todas esas opciones elegibles, con las que *A* o su ingeniero consultor están completamente familiarizados, define el horizonte tecnológico de *A* o de su ingeniero. [1806] Permitir que el *nu* ‘S para variar de forma continua y sin problemas [1807] y dejando que varían de forma continua y sin problemas también, podemos expresar horizonte tecnológico de un hombre mediante la creación de una función de transformación de la forma, $x = f(nu_1, nu_2,. . . nu_n)$, que llamamos la función de producción y que se asocia con cualquier conjunto dado de la nu_i ‘s ($i = 1, 2,. . . n$) un valor máximo definido de *x* que es posible para él para producir con el conjunto dado. Cualquier cambio en el horizonte tecnológico, por ejemplo, provocado por el descubrimiento de un nuevo proceso o incluso por la disponibilidad comercial de algún proceso conocido que no lo era antes, destruye esta función de producción y la reemplaza por otra. Todo esto es bastante simple, y debería ser bastante obvio qué propiedades vamos a asignar a la función de producción en los diversos niveles de abstracción que nos son prescritos por los requisitos de los problemas particulares que deseamos investigar. Así, cuando estemos en lo alto de la nada y busquemos las características "más puras" de la lógica de la producción, asumiremos, como acabamos de hacer, que las funciones de producción son continuas y también que son diferenciables dos veces en todas las direcciones. [1808] La realidad con mucha frecuencia no se corresponde con estos supuestos. Pero esto no es una objeción mientras nos ocupemos de la lógica pura

de la producción. Se convierte en una objeción sólo cuando aplicamos resultados, derivados por medio de ellos, a patrones y problemas para los que la discontinuidad y la inexistencia de derivadas parciales de primer y segundo orden son relevantes: no tiene ningún sentido afirmar la presencia de continuidad y diferenciabilidad o negarla para todos los patrones y todos los problemas. El descuido de esta verdad trivial ha sido una fuente increíblemente fértil de inútil controversia hasta el día de hoy y ha impedido el avance analítico de una manera que es muy interesante desde el punto de vista del estudioso del "progreso científico" y de las "formas de la mente humana". ' Para resaltar este aspecto conviene tocar en primer lugar una serie de puntos tal como se presentan hoy para despejar el terreno (o parte de él) para nuestra historia del desarrollo histórico y para aportar al información del lector que pueda ayudarlo a apreciarla. Algunas exposiciones modernas de la teoría de la producción y el costo (principalmente de los aspectos estáticos) se enumeran como referencia en la nota a pie de página a continuación. [1809]

(1) Hemos llegado a desconfiar de la idea de cualquier producto o servicio bien definido. Además, las empresas, por regla general, no producen solo un producto de una calidad, sino muchos productos de muchas calidades, y la capacidad de cambiar su producción de una a otra es obviamente una consideración importante en la elección de una configuración productiva. [1810] Finalmente, un cambio en la combinación de servicios productivos frecuentemente afectará por sí mismo la calidad o incluso el tipo de mercancía que produce una empresa. Hasta cierto punto, esto puede tenerse en cuenta al admitir muchos productos básicos ($x_1, x_2,... X_m$) en la función de producción y escribiendo el último en la forma implícita, $\varphi(x_1, x_2,... x_m; v_1, v_2., .. v_n) = 0$. Esto lo han hecho Allen, Hicks, Leontief, Tintner y otros.

(2) Si deseamos basar nuestra teoría de la producción en la teoría de Jevons-Böhm-Taussig del proceso de 'rotonda', podemos introducir el tiempo explícitamente en la función de producción, es decir, escribiendo: $x = \psi(v_1, v_2., .. v_n; t)$. Esta práctica está fuertemente sugerida por el tratamiento de Wicksell de los problemas de capital y ha sido adoptada por varios autores modernos. (Véase, por ejemplo, Allen, *op. Cit.* P. 362.) [1811] Sin embargo, es evidente que existen otras características del patrón tecnológico de una empresa además de las tasas de insumos y el tiempo: las tasas de variación de estas tasas, rezagos en algunas de ellas, acumulación (integrales) de otros, resultados que se esperan no para el futuro inmediato sino para el futuro más lejano, pueden ser todos significativos. Sin entrar en estos problemas, vamos a anuncio a la práctica de la inserción de parámetros de desplazamiento (α, β ,. . .) En la función de producción, que a continuación se ve así: $x = f(v_1, v_2., .. V_n; \alpha, \beta,..)$.. Esto equivale a no más que un reconocimiento puramente formal del hecho de que las funciones de producción cambian con el tiempo. La práctica puede justificarse en cualquier momento, por supuesto, pero hasta ahora me parece que este hecho está igualmente bien expresado al decir, como dijimos anteriormente, que una innovación destruye una función de producción y establece una nueva. [1812]

(3) Para el economista, un proceso o método de producción se define por las variables independientes en la función de producción, aunque esto puede equivaler a juntar procesos o métodos muy diferentes para el ingeniero: esta práctica simplemente significa que las diferencias tecnológicas por son sin interés para nosotros. Pero se deduce que debemos incluir todos los servicios productivos que puedan ser necesarios para cualquiera de los métodos elegibles para producir un producto básico, aunque algunos de estos métodos pueden requerir servicios que no son necesarios para otros. Esto crea

una dificultad que ha inducido a algunos teóricos (ver, por ejemplo, Schneider, *op. Cit.* P. 1) a incluir en la función de producción sólo aquellos procesos o métodos que utilizan los mismos servicios (aunque en diferentes proporciones) y a definir la horizonte tecnológico no por una función de producción sino por muchas.

Más importante, sin embargo, es otro punto. Como se define, nuestra función de producción se refiere sólo a una sola empresa — estrictamente, sólo a una única unidad de producción o "planta" [1813] — y no a la economía en su conjunto. Pero a lo largo de ese período e incluso hoy, fue y es una práctica común razonar como si existiera una función de producción social, [1814] y no es difícil ver la razón: obviamente queremos hablar de una 'función social'. 'productividad marginal al exponer la teoría de las participaciones distributivas. Y así, la mayoría de los líderes de ese período, entre ellos Böhm-Bawerk, JB Clark, Wicksteed y Wicksell, dieron por sentada la existencia de una función de producción agregada (social), al menos por implicación, sin darse cuenta de que el derecho lógico a El uso de este concepto debe adquirirse mediante prueba. [1815] Muchos autores modernos, especialmente los del tipo keynesiano, son igualmente descuidados.

(4) Matemáticamente, la función de producción entra en la estructura teórica — para producir funciones de demanda de servicios productivos, ver por ejemplo Allen, *op. cit.* pp. 369 y ss., como una restricción al comportamiento de las empresas: estas se esfuerzan por maximizar las ganancias netas *sujetas* a las posibilidades enumeradas en la función de producción. Podríamos intentar agrupar en una sola expresión la totalidad de los hechos tecnológicos que, para cualquier propósito, nos parezcan relevantes. Pero incluso cuando esto sea posible, es mucho más conveniente hacer que una sola relación sea básica; por supuesto, elegiremos una que tenga algún significado económico primario; de esto ahora — y luego para introducir los otros hechos (hipótesis) que deben ser tomados en cuenta como restricciones adicionales o, como podríamos decir, como restricciones a la restricción que consideramos fundamental. La mejor forma de aclarar esto es la siguiente. Supongamos que tenemos n servicios [1816] que definen una 'superficie de producción' en (n +1) hiperespacio dimensional. En general, encontraremos que las empresas no pueden moverse libremente por toda esta superficie y que las condiciones tecnológicas permiten la elección sólo dentro de los límites de una determinada región. Por tanto, puede haber "factores limitantes" que, por necesidad tecnológica, deben utilizarse siempre en proporción estricta a la cantidad de producto o de algún otro factor (R. Frisch); también puede haber restricciones de otro tipo (A. Herrería). [1817] Volveremos a esto en un momento, pero ahora debemos señalar un tipo particular de estas restricciones adicionales a corto plazo, cuya importancia para la teoría de la productividad marginal ha sido señalada por el profesor Smithies.

He enfatizado el hecho de que el significado lógico completo del concepto de funciones de producción se revela solo si pensamos en ellas como funciones de `` planificación " en un mundo de planos, donde cada elemento que sea tecnológicamente variable puede cambiarse a voluntad. sin pérdida de tiempo y sin gasto alguno.

Pero siempre que apliquemos el concepto, como ciertamente deseamos hacer, a empresas que poseen empresas en funcionamiento y que ya están comprometidas con la planta, el equipo y tal vez parte de un aparato administrativo existente, entonces, según el tiempo que permitamos para la adaptación, esas los elementos de su configuración existente que son resistentes al cambio actuarán sobre la elección tecnológica como restricciones adicionales. [1818] Suponerlos nos devolverá a la esfera de la lógica pura y no alterará el hecho de que la realidad no se corresponderá con el modelo teórico y

con los teoremas, especialmente los teoremas de productividad marginal, que se derivan del modelo; y dar tiempo para una adaptación completa —el método de Marshall para lidiar con esta situación— tampoco nos ayudará, porque durante el transcurso del tiempo necesario ocurrirán otras perturbaciones que evitarán que se produzca una correspondencia con el modelo. Es tan importante darse cuenta de las inevitables discrepancias entre la teoría y los hechos que deben resultar de esto como darse cuenta de que no constituyen una objeción válida a la primera; No es una objeción válida a la ley de la gravitación que mi reloj que está sobre mi mesa no se mueva hacia el centro de la tierra, aunque los economistas que no son teóricos profesionales a veces argumentan como si lo fuera.

(5) Por lo tanto, solo en circunstancias excepcionalmente favorables podemos observar funciones de producción "lógicamente puras". Este es el caso particularmente en la agricultura, donde no solo tenemos material de observación, sino también experimental para construirlos. Pero siempre que tratamos de hacerlo a partir de observaciones de empresas en funcionamiento únicamente, nos encontramos con dificultades similares a las que encontramos al tratar de construir curvas de demanda estadística y, en general, no podemos esperar, al menos sin tomar precauciones especiales, que obtengamos la producción. funciones de la teoría económica. Sin embargo, y a pesar de los errores de interpretación que pueden dar lugar, las funciones de producción "realistas" de [1819] son de gran importancia. Ayudan a destruir la impresión del profano de que las funciones de producción y los programas de productividad marginal son sólo ficciones de los teóricos. Nos confrontan con nuevos problemas y arrojan luz sobre el tramo de camino que tenemos ante nosotros. Para ejemplos, remito al lector al informe de un comité de la Econometric Society publicado en *Econometrica* (abril de 1936) por su presidente, el Sr. EH Phelps Brown.

[(b) La evolución del concepto.]

Como hemos visto en el capítulo anterior y en las Partes II y III, los esquemas de productividad marginal, en términos de productos físicos y de valor, se han utilizado desde la época de Turgot e incluso antes. La función de producción en sí misma apareció en tiempos "clásicos" bajo el nombre de Estado de las Artes, reconociendo que ciertos argumentos son válidos sólo si se supone que el conocimiento tecnológico es constante. El más importante de estos argumentos fue la ley de los rendimientos decrecientes de la tierra, pero ya Ricardo, al reconocer que los 'valores reales' de las mercancías están 'regulados' por las 'dificultades reales' encontradas por la empresa menos favorecida, apuntó hacia una perspectiva más amplia. generalización. Y luego estaba lo que Marshall llamó la "gran ley de sustitución" de Thünen. Todo esto aún tenía que encontrar su relación adecuada con el principio de *utilidad* marginal , pero el resto mira hacia atrás, además de los problemas más difíciles que acechan incluso en el caso más simple, como una tarea bastante fácil de pulir, coordinar y desarrollar ideas existentes, todas las cuales se encontraban, de una forma u otra, en los *Principios de* JS Mill o, en todo caso, en Mill plus Thünen. Los austriacos lograron esto a su manera y Marshall en la suya. [1820] En Marshall's *Principles* encontramos de hecho, aunque no se valió explícitamente de la función de producción, una teoría de la productividad marginal de la empresa y de la distribución muy completa y debidamente calificada, y además muchos indicios de que vio los problemas más allá. [1821] Si asimilamos su tratamiento del tema en su totalidad, incluso en la forma que se le dio en la primera edición de sus *Principios* , no podemos evitar sentir cierta sorpresa por las afirmaciones al comienzo del *Ensayo* de Wicksteed , a saber, que 'al investigar Las leyes de la distribución ha sido habitual tomar cada uno de los grandes factores de producción. . . para investigar. . . la especial naturaleza del servicio

que presta y. . . deducir una ley especial que regule [su] participación en el producto 'y unificar estas leyes sobre la base del' hecho común del servicio prestado '. [1822] Pero Wicksteed, dejando a un lado las sabias vacilaciones y calificaciones de Marshall y escribiendo explícitamente la función de producción, expuso audazmente la lógica desnuda del asunto y también intentó una prueba de las proposiciones, ambas afirmadas cautelosamente pero no probadas por Marshall, de que cada La participación distributiva del «factor» tenderá, en condiciones ideales, a igualar su cantidad multiplicada por su grado marginal de productividad; y que esas acciones tenderán a sumar (a "agotar") el producto neto de cada empresa y, en la esfera de los agregados sociales, el "dividendo nacional" de Marshall. Ahora bien, ambas proposiciones son proposiciones de equilibrio y no es necesario que se mantengan fuera del punto de equilibrio, asumiendo que existe una. Marshall, por supuesto, era consciente de esto, pero Wicksell tenía que decirlo explícitamente. [1823] Wicksteed, sin embargo, basó su demostración en el postulado suficiente pero no necesario de que la función de producción es homogénea de primer orden, en cuyo caso el 'teorema del agotamiento' se mantendría idénticamente, es decir, a lo largo de la línea y no solo en equilibrio. . [1824] Se retracta más tarde (véase *Common Sense of Political Economy* , p. 373n.) Pero sin llevar a cabo las modificaciones que esta retractación habría requerido. Antes de continuar, será mejor que veamos lo que sucedió aproximadamente al mismo tiempo en Lausana.

Recuerde que Walras usó originalmente lo que podría llamarse una función de producción degenerada, es decir, una función de producción restringida a coeficientes de producción tecnológicamente fijos y *constantes* . En 1894, Barone le sugirió la idea de convertir estas constantes tecnológicas en variables económicas y de introducir, para la determinación de estas, una nueva relación, la *ecuación de fabricación* , que debía expresar el hecho de que, si se disminuyen algunos coeficientes, la producción puede mantenerse mediante un aumento compensatorio apropiado de otras: las nuevas "incógnitas", es decir, los nuevos coeficientes variables, debían entonces determinarse mediante la condición de que los costos se minimicen para cualquier producción y precios de factores dados. El propio Barone comenzó a trabajar en estas líneas y publicó dos entregas de una teoría de la distribución correspondiente ('Studi sulla distribuzione: la prima approssimazione sintetica') en el *Giornale degli Economisti* , febrero y marzo de 1896, [1825] , pero sin continuar con ella. actualmente ver por qué. Walras ya había echado un vistazo a la variabilidad de los coeficientes de producción en relación con su teoría del "progreso económico", que definió (en contraste con el "progreso tecnológico") como la sustitución progresiva de los servicios de bienes de capital por servicios de "tierra". Luego reprodujo la sugerencia de Barone en su 'Nota' de 1896 (mencionada anteriormente) y en el nuevo núm. 326 de la cuarta edición (1900) de los *Éléments* . Allí formuló "la teoría de la productividad marginal" en tres proposiciones de las cuales la última fue omitida, sin advertencia ni motivación, de la *édition définitive* (1926): (1) la libre competencia genera costos medios mínimos; (2) en equilibrio *y* si el costo promedio es igual al precio, los precios de los servicios productivos son proporcionales a las derivadas parciales de cualquier función de producción [que contenga solo servicios sustitutivos (compensatorios)] oa las productividades marginales; (3) la cantidad total de producto se distribuye entre los servicios productivos. [1826] En 1897 (*Cours* II, §§ 714-19) Pareto criticó la teoría de la productividad marginal, principalmente sobre la base de que se derrumba en el caso de los que ahora se llaman factores limitantes, y bloqueó una teoría que cubría los aspectos más importantes. posibilidades y que se mejoró técnicamente en el *Manuel* . Pero consideró esto no como una mejora, especialmente no como una mejora en las líneas walrasianas, sino como una renuncia a la

teoría de la productividad marginal, que en el *currículum* de su curso en París (1901) declaró "errónea". Era necesario infligir estos detalles al lector porque sirven para aclarar la situación a fines de la década de 1890. [1827]

Para 1900, entonces, la función de producción se había establecido, como resultado de los esfuerzos de muchas mentes, en [1828] su posición clave, junto con la función de utilidad, como la segunda de las dos funciones descriptivas que he llamado los dos pilares del clásico. teoría de esa época. [1829] Las viejas "leyes de los rendimientos", debidamente generalizadas y pulidas, estaban al alcance de la mano para proporcionar las propiedades que la función de producción debía gozar, ya sea en general o "normalmente", y que ahora volveremos a enunciar. Si queremos definir la productividad marginal de un servicio como la derivada parcial de la función de producción con respecto a la cantidad de ese servicio, debemos, como ya se ha señalado, asumir en primer lugar que existen estas derivadas parciales. Podemos postular además que son positivos, es decir, que un pequeño aumento en la cantidad de cualquier servicio aumentará la cantidad del producto. [1830] Siguiendo a Turgot, podemos postular

además que esta tasa de aumento aumenta al principio ( ), luego pasa a través de un

único máximo y, después de haber alcanzado este punto, sigue disminuyendo (; ley de rendimientos decrecientes en el sentido primario). En este caso se siguen dos corolarios: (1) existe un punto más allá del cual la productividad promedio de cada servicio (x / v_i) también disminuye (ley de rendimientos decrecientes en el sentido secundario); (2) las derivadas cruzadas son positivas, lo que significa que si aumento la cantidad de un servicio productivo vi en una pequeña cantidad, esto no solo disminuirá (después del punto indicado) su propia productividad marginal, sino que también aumentará

las productividades marginales de todos los otros servicios productivos ( ).

Puede ser útil insertar aquí una observación metodológica. Entre las propiedades que deben asignarse a la función de producción, hay algunas que se siguen de otras y, por lo tanto, pueden "demostrarse deductivamente" o "expresarse como teoremas". Por lo tanto, la disminución de la productividad media (después de cierto punto) puede deducirse o probarse mediante la disminución de la productividad marginal y, por lo tanto, no hay necesidad de ninguna prueba observacional o experimental *separada* . Por tanto, Wicksell (véase su artículo en el *Thünen Archiv* , 1909) tenía razón al sostener, y F. Waterstradt (*ibid.*) Se equivocaba al negar que la `` ley '' de la productividad media decreciente se deriva de otras propiedades de la función de producción que nosotros generalmente asume. Pero, aunque en general tenemos cierta libertad para decidir qué propiedades deseamos postular

y cuáles deseamos formular como teoremas, no siempre es así. Por tanto, no existe un *axioma* económico que implique la proposición de que la productividad marginal física (después de un punto) disminuye monótonamente. Y en todo caso siempre tenemos que postular algunas proposiciones para las cuales, dentro de un sector deductivo de nuestra (o cualquier otra) ciencia, no es posible proporcionar una prueba lógica. Esto plantea la cuestión de su estado o naturaleza. Formalmente entran como hipótesis (o como definiciones en el sentido de B. Russell), que en principio podemos enmarcar a voluntad. Pero cuando, de cara a la aplicación, nos preguntamos si son 'verdaderos' o 'válidos', es decir, si cabe esperar que los resultados a los que se llega mediante ellos sean verificables (en general o con respecto a ciertos fenómenos o aspectos fenómenos), entonces solo hay dos posibilidades: pueden ser demostrables deductivamente en algún sistema más amplio que trasciende la economía o su sector deductivo, o deben establecerse por observación o experimento.Este es el caso de la proposición que afirma decrecimiento (después de una punto) de las productividades marginales de los servicios productivos en función de las cantidades de estos servicios. Esto significa que cuando afirmamos esta proposición estamos afirmando un hecho y esto nos impone el deber de verificación fáctica. Por supuesto, la evidencia para tal proposición puede ser tan abrumadora que podemos rechazar el desafío por vejatorio. Pero como no existe una regla lógicamente vinculante para decidir qué es y qué no es molesto, en principio debemos estar siempre preparados para enfrentar el desafío: no tenemos ningún derecho *lógico* a responder que la proposición cuestionada es "obvia"; y estamos cometiendo un error definido, si lo llamamos "evidente". Para nosotros, estas verdades son importantes porque se ha pecado contra ellas y con frecuencia se peca en el tema de las "leyes de los retornos": veremos ahora un ejemplo interesante de esto es la discusión sobre la homogeneidad de primer orden. Notemos de pasada que aquí estamos rozando un interesante problema de epistemología general.

Aprovecho esta oportunidad para mencionar el análisis de Edgeworth de las 'leyes del retorno' (publicado originalmente en el *Economic Journal* , 1911; republicado en *Papers Relating to Political Economy* , vol. I, págs. 61 y ss. Y 151 y ss.), que ha sido correctamente llamado una de sus contribuciones más importantes a la teoría económica por el profesor Stigler (*op. cit.* pp. 112 y ss. a la que se remite al lector). Es tan interesante notar que Edgeworth todavía tuvo que luchar por el reconocimiento de asuntos bastante elementales como que la 'ley' de rendimientos decrecientes no se aplica solo a la tierra, como es notar que Edgeworth, cuyo principal mérito fue enseñar la distinción entre rendimientos marginales decrecientes y promedios decrecientes, había confundido repetidamente los dos y que su presentación en el documento en cuestión no es correcta en todos los detalles. El asunto fue retomado por Karl Menger (el matemático, hijo del economista) en su 'Bemerkungen zu den Ertragsgesetzen' (dos artículos en *Zeitschrift für Nationalökonomie* , marzo y agosto de 1936; véase también un comentario de K. Schlesinger, *ibid.* .). Debemos estar agradecidos al eminente matemático por la lección sobre pensamiento descuidado que nos dio y que puede servir como un brillante ejemplo de la tendencia general hacia un mayor rigor que es una característica importante de la economía de nuestro propio período. Pero, en efecto, los crímenes lógicos revelados —excepto la confusión entre rendimientos marginales decrecientes y promedio— difícilmente han producido errores graves en los resultados. Incluso con respecto a esa confusión, debe mencionarse que, aunque no menos pensador que Böhm-Bawerk la cometió, en su caso siguió siendo bastante inofensiva, ya que razonó correctamente sobre la disminución de los rendimientos marginales en su proceso indirecto.

El lector no tendrá dificultad en comprender por qué las propiedades de la función de

producción, es decir, el uso de una función de producción que constituye la única relación entre los servicios productivos empleados, todos los cuales se supone que son 'sustitutivos' - se recomendaron a los teóricos, especialmente para el aula y los libros de texto. Esta función de producción es fácil de manejar y produce resultados sencillos. Además, recoge, de la masa de hechos tecnológicos relevantes, solo aquellos que están sujetos a opciones *económicas* y, por lo tanto, sirve bien para mostrar la lógica *económica* de la producción. No se puede repetir con demasiada frecuencia que esta función de producción es válida solo en un alto nivel de abstracción, para plantas planificadas y no para plantas existentes, y para una región limitada de la superficie de producción. Pero en ese nivel, y para ese rango, es una ventaja y no un defecto que descarte todos los casos en los que la lógica económica se ve frustrada por restricciones adicionales de carácter puramente tecnológico. Sin embargo, estas restricciones adicionales existen incluso en la etapa de planificación de una empresa; muchos más imponen límites a largo plazo y aún más a adaptaciones a corto plazo de preocupaciones existentes; y a medida que nos acercamos a los patrones de la vida empresarial real, perdemos esa lógica pura cada vez más de la vista, especialmente porque las restricciones impiden incluso los servicios inmediatamente adaptables, como la mano de obra que se puede contratar por semana, día u hora, y sus precios desde comportarse de acuerdo con las reglas de productividad marginal, incluso sin considerar el hecho de que el equilibrio perfecto y la competencia pura nunca se realizan plenamente. Y el lector también comprenderá que algunos economistas expresarán esta situación diciendo: "la teoría de la productividad marginal es de aplicación universal en un alto nivel de abstracción", mientras que otros economistas preferirán decir: "la teoría de la productividad marginal es errónea". Salvo los casos lamentablemente frecuentes de falta de comprensión del significado de la teoría, esto es todo lo que hay en la controversia en el lado de la producción del "marginalismo" que se ha mantenido hasta el día de hoy. [1831] En particular, todo lo que Pareto pudo haber querido decir al renunciar a la teoría de la productividad marginal es que no podemos contentarnos con tratar el caso de los servicios sustituibles —el caso de la relación de sustitución única— como tampoco podemos contentarnos con tratar el caso de coeficientes constantes, pero que debemos tener en cuenta tanto como, además, los casos en los que los coeficientes de producción varían con la cantidad producida [1832], lo que simplemente equivale a decir que el esquema analítico fundamental que no utiliza nada más que la relación de sustitución necesita Sería complementado si queremos acercarnos más a la realidad, [1833] pero sigue siendo válido dentro de su esfera propia.

[(c) La hipótesis de la homogeneidad de primer orden.]

Si, siguiendo a Wicksteed, dotamos aún más a la función de producción de homogeneidad de primer orden, es decir, si asumimos que no hay economías o deseconomías de escala, conseguimos simplificaciones adicionales que explican por qué muchos autores se aferran a ella, [1834] aunque En general, a estas alturas se reconoce que no lo necesitamos para probar que la distribución de acuerdo con las reglas de productividad marginal simplemente agotará el producto. De nuevo tengo que informar sobre una discusión larga, inconclusa e innecesariamente amarga de [1835] que difícilmente merece más que los siguientes comentarios.

En primer lugar, quien afirma la homogeneidad de primer orden de la función de producción afirma un hecho, al menos hipotéticamente. Dado que este hecho no está implícito en ninguna de las otras propiedades que, en general, normalmente, o para fines particulares, previamente hemos acordado atribuir a la función de producción, [1836] sólo puede establecerse o negarse mediante prueba fáctica, si es

que lo hace. La primera crítica de Edgeworth al uso de la homogeneidad de primer orden por parte de Wicksteed está desfigurada por una ironía fuera de lugar. Pero al menos tuvo el mérito de darse cuenta correctamente de que son los hechos y no las especulaciones los que se necesitan para refutar la hipótesis: por eso buscó ejemplos contradictorios. Sin embargo, la gran mayoría de los participantes en la discusión han intentado hasta el día de hoy "probar" o "refutar" con argumentos lógicos o apelando a su obviedad o falta de obviedad, [1837] que inevitablemente conduce a un punto muerto.

En segundo lugar, no debemos olvidar que afirmar (negar) la posibilidad práctica de multiplicar todos los "factores" por una constante λ es una cosa; y afirmar (negar) que la producción también se multiplicaría por λ, si fuera prácticamente posible multiplicar todos los "factores" por λ, es otra cosa. [1838] Nadie niega que la posibilidad práctica esté más ausente que presente. Por tanto, la controversia debería limitarse a los teoremas para los que la suposición es necesaria y suficiente. Dado que ninguno de los supuestos es necesario para los teoremas ordinarios de la productividad marginal, se ve fácilmente que el margen para el desacuerdo podría haberse reducido en gran medida si se hubiera tenido en cuenta esta distinción. Es un ejemplo sorprendente de la falta de rigor que prevalece en la discusión económica que esto no se hizo.

En tercer lugar, un obstáculo para la homogeneidad de primer orden que es universalmente reconocido por sus patrocinadores es la indivisibilidad o la "irregularidad" en algunos factores, como la administración, las vías del ferrocarril, los trenes de laminación. Tales factores no pueden variar en pequeñas cantidades, incluso en los planos de una planta que aún se encuentra en la etapa de planificación, donde el tamaño de la planta es una variable, y mucho menos dentro del marco de una empresa en funcionamiento, [1839] donde es única o principalmente variación de la producción de una planta de "tamaño" dado que se está discutiendo. Concluimos echando un vistazo a una circunstancia de otro tipo.

En cuarto lugar, entonces, observamos que una hipótesis dada puede verificarse no solo mediante observaciones que influyen directamente en su validez, sino también mediante observaciones que lo hacen indirectamente al verificar las consecuencias que se derivan de ella: muchas hipótesis físicas se verifican solo de esta manera. Ahora bien, *si tuviera algún sentido hablar de una función de producción nacional* , la homogeneidad de primer orden de esta función proporcionaría una explicación muy simple de un hecho notable, a saber, la constancia relativa de las principales participaciones relativas de 'factores' en el dividendo nacional. Para dos factores, v_1 y v_2, tal función de producción 'social' de la forma, $x = v_1^{\alpha} v_2^{1-\alpha}$, ($\alpha < 1$), fue sugerida por primera vez por Wicksell (*Lectures* , I, p. 128) y ha sido ampliamente utilizado por Douglas y Cobb. [1840]

Hasta ahora, a lo largo de esta sección, hemos definido el grado marginal de productividad mediante una derivada parcial, es decir, nuestro producto marginal ha sido el incremento de producto que obtenemos al agregar una cantidad infinitesimalmente pequeña a la cantidad de un servicio empleado mientras manteniendo las cantidades de todos los demás servicios estrictamente constantes. [1841] De hecho, hemos visto que esto último no siempre es tecnológicamente posible y que cuando no lo es, la productividad marginal se rompe. Pero ahora tenemos que agregar que incluso cuando la adición de una cantidad infinitesimal a algún servicio empleado, todas las demás condiciones permanecen iguales, produce un incremento determinado del producto, este procedimiento no necesita ser el método más económico para asegurar este incremento: puede Sería más económico ajustar también las cantidades de los otros servicios empleados. Es cierto que estos ajustes pueden ser de segundo orden de

pequeñez, sobre todo si somos muy estrictos con la pequeñez del incremento que contemplamos agregar en primer lugar. Pero esto no tiene por qué ser así. Además, es cierto que hay fines para los que es conveniente y útil mantener constantes todos los demás servicios para aislar los efectos sobre el producto del que se señala en estudio; [1842] pero existen otros propósitos, entre ellos el análisis del comportamiento empresarial y del comportamiento de las acciones distributivas, para los cuales puede resultar bastante engañoso hacerlo. Esta dificultad preocupó mucho a Marshall y lo indujo a enfatizar el peligroso concepto de Producto Marginal Neto, [1843], es decir, del producto marginal que resulta de un incremento en la cantidad de un factor, después del correspondiente reordenamiento de los otros. En este sentido, la productividad marginal ya no se expresa correctamente mediante un coeficiente diferencial parcial. [1844]

Como la producción es evidentemente mensurable, la función de producción no está expuesta a las críticas que indujeron a los economistas, la mayoría de ellos, a abandonar la función de utilidad: se pueden ver y contar barras de pan; no se puede ver y medir la satisfacción, al menos no en el mismo sentido. Sin embargo, técnicamente es tan posible prescindir de la función de producción como prescindir de la función de utilidad: el teorema fundamental de que la productividad marginal (utilidad) del valor de un dólar de cada 'factor' (bien de los consumidores) debe ser (al menos) igual a la productividad marginal (utilidad) para la empresa (hogar) de la productividad marginal (utilidad) del valor de un dólar de cualquier otro 'factor' (bien de los consumidores) sigue en ambos casos, aunque con un atuendo diferente, si usamos funciones de producción (utilidad) o simplemente tasas marginales de sustitución o transformación. Esto se puede visualizar, si aceptamos admitir solo dos factores, V_1 y V_2, y marcamos sus cantidades, v_1 y v_2, en los dos ejes de un sistema rectangular de coordenadas en el espacio, reservando el tercer eje para Salida: este último luego se hincha desde el plano factorial en forma de hogaza, formando la superficie de producción. [1845] Las secciones paralelas al plano factorial cortarán las curvas de nivel que son lugares de salida constante. Proyectados en el plano factorial, cubrirán el cuadrante positivo de este último con curvas de productos iguales o isocuantas, [1846] cada una de las cuales representa todas las combinaciones de los dos factores que dan como resultado una determinada cantidad de producción, [1847] y aísla muy bien la relación de sustituibilidad de la otra relación que entra cuando pasamos de cualquier curva de productos iguales a una superior, es decir, aumentamos la producción. [1848] Todo esto ha sido elaborado y hecho fructífero —y llevado al uso general— sólo en nuestro tiempo, principalmente gracias a los esfuerzos de los profesores Allen y Hicks y sus seguidores. Lo menciono aquí para enfatizar el hecho históricamente importante de que proviene de Edgeworth y Pareto y que, en 1914, todos los elementos de la teoría moderna estaban presentes al menos de manera embrionaria. De manera similar, debería quedar intuitivamente claro que la teoría de las funciones de producción y de las familias de curvas de productos iguales debe haber contribuido mucho a mejorar la teoría del costo. La gran contribución del período hasta 1914 fue de hecho la teoría del costo de oportunidad —y su aplicación a los problemas de formación de ingresos— que ya se ha tratado en el capítulo 6 y debe poco a las elaboraciones rigurosas en el campo de los fenómenos de costos con que estamos preocupados aquí. [1849] Pero en sí misma esta contribución tocó, pero periféricamente, los problemas de lo que ahora entendemos por teoría del costo. En lo que respecta a los aspectos exactos, Pareto fue la actuación principal. [1850] Sin embargo, en lugar de entrar en estos desarrollos, concluiré notando otro desarrollo que proviene directamente de Marshall. Al hacerlo, volvemos a entrar en el campo del análisis parcial pero en una región que linda con el análisis general.

(d) Rendimientos crecientes y equilibrio.

Indudablemente, el propio Marshall hizo más que cualquier otro líder para incluir una carga máxima de hechos comerciales en su esquema teórico. La amplitud de su comprensión no muestra ningún lugar más impresionante que en su teoría de la producción. Pero podemos admirar debidamente esta actuación y, sin embargo, sentir que su maravillosa comprensión tanto de los aspectos puramente analíticos como de los "realistas" resultó en una exposición que pareció dejar muchos cabos sueltos y ciertamente dejó muchos problemas para sus sucesores. Así, su énfasis en el elemento del tiempo en relación con los fenómenos de costo marginal y promedio decreciente de [1851] constituye una contribución importante. [1852] Sus familiares conceptos de costos primarios y suplementarios, de cuasi-renta, de la firma representativa, [1853] de ganancia normal y, sobre todo, de economías internas y externas, junto con su atención a patrones particulares de los datos que individualizan casi todas las ambiente de la empresa, [1854] van lejos en la presentación de todas las pistas que se necesitan para un tratamiento satisfactorio de los costos decrecientes en todos sus diversos significados y aspectos. Sin embargo, solo obtenemos pistas y Keynes tenía razón al afirmar que en este campo el análisis marshalliano fue menos completo y dejó más por hacer (*Essays in Biography* , págs. 225–6). Creo que esto se debió a la aversión de Marshall a seguir adelante con esquemas analíticos puros y a su inclinación hacia un realismo fuera de lugar. Insistió en incluir economías internas y externas en sus programas de 'oferta' (industrial) (aunque notó la objeción a esto, *Principios* , p. 514n.) - supongo, para hacerlos más realistas - a pesar del hecho que de ese modo destruyó su reversibilidad y los hizo inútiles para los propósitos de la teoría estática: realmente representan piezas de la historia económica en forma de diagramas. [1855] De este modo borró las distinciones clarificadoras entre las curvas de costos descendentes y los desplazamientos descendentes de las curvas de costos y entre los costos que caen mientras las funciones de producción permanecen y los costos que caen como consecuencia de cambios en las funciones de producción. [1856] En cualquier caso, es comprensible que tanto las pistas dadas por Marshall como los cabos sueltos que dejó deben haber iniciado la discusión en cualquier entorno que se interesara por los fundamentos de la teoría económica. Lo único que sorprende es que esta discusión haya tardado tanto en publicarse y presentar los resultados al público científico en general. Por ejemplo, el famoso artículo del profesor Viner sobre "Curvas de costes y curvas de oferta" que, a partir del análisis de Marshall, despejó con éxito una gran parte del terreno, apareció recién en septiembre de 1931 (*Zeitschrift für Nationalökonomie*); El artículo del profesor AA Young sobre "Rendimientos crecientes y progreso económico" recién en diciembre de 1928 (*Economic Journal*). Agruparemos nuestros breves comentarios en torno al tema Rendimientos crecientes y equilibrio, y aun así tendremos que limitarnos a sólo algunas de las muchas contribuciones valiosas que, con justicia, deberían considerarse. [1857]

Después de rumores que debemos descuidar, apareció en el *Economic Journal* (diciembre de 1926) el célebre artículo del profesor Sraffa que estaba destinado a producir la rama inglesa de la teoría de la competencia imperfecta. [1858] Pero para nuestro tema actual, su crítica no fue en absoluto tan "destructiva" como Keynes, a juzgar por sus comentarios introductorios al Simposio, parece haberlo considerado. Sraffa simplemente había señalado que, *en condiciones de competencia pura* , una empresa no puede estar en *perfecto* equilibrio mientras el aumento de su producción sea acompañado por economías internas. [1859] En parte influenciado por Sraffa y en parte a través del desarrollo de la enseñanza marshalliana, el profesor Pigou, en su 'Analysis of Supply' (*Economic Journal* , junio de

1928, insertado en la tercera edición de *Economics of Welfare* , Apéndice III), señaló que, Si basamos las curvas de oferta industrial en declive únicamente en economías externas, aún podemos retener las curvas de oferta en aumento para empresas individuales y así evitar, al menos formalmente, cualquier conflicto entre 'rendimientos crecientes' y condiciones de equilibrio competitivo, siempre que realmente creamos en la existencia de tal conflicto en absoluto. Agregó que si el crecimiento de una industria o su entorno induce una mayor especialización y esto nuevamente aumenta el tamaño de las empresas que componen esa industria y aumenta las oportunidades para cosechar economías internas, obtenemos un tipo de economías externas-internas (como las llamó el profesor Robertson) que puede ser de alguna utilidad analítica. Más importante fue su sugerencia de hacer que los costos de las empresas funcionen tanto de sus propias producciones como de la producción de la industria o grupo —siempre que podamos encontrar un sentido definido de estos conceptos— al que pertenecen. Harrod, Shove, Viner y Young han hecho mucho para poner el tema en una forma más prometedora, pero he dicho todo lo que puedo decir en el espacio disponible para transmitir al lector este ejemplo sorprendente de la lentitud y el rodeo de la analítica. avance, [1860] y para hacerle reflexionar sobre la cuestión de por qué se establecieron resultados en y después de 1930 que podrían haberse establecido fácilmente en 1890.

En lugar de agrupar nuestros comentarios en torno a la disminución de costos, también podríamos haberlos agrupado en torno a la compleja doctrina de Marshall de la ganancia normal, que sobrevivió bien hasta el momento actual, cuando todavía es bastante común encontrar maestros dividiendo la partida de ganancia en ganancias normales de Marshall y ganancias inesperadas. . [1861] Como ya nos hemos ocupado de esta gama de problemas (ver arriba, cap. 6), sólo tenemos que agregar dos puntos que se tratan más fácilmente en el nivel teórico superior en el que nos movemos ahora: el que se refiere a la relación entre las funciones de producción y las funciones de coste en general y la otra a la "tendencia a beneficios nulos" en particular.

[(e) Tendencia hacia los beneficios cero.]

Pero como el tema de las ganancias está todavía más plagado de confusiones que otros, conviene replantear primero algunas proposiciones que servirán para desenredar los puntos que ahora nos interesan de otros con los que habitualmente se asocian. Marshall, por regla general, consideró la partida de beneficios de los balances de la práctica empresarial, y especialmente los balances de las empresas administradas por sus propietarios, en lugar de cualquier cosa que tenga derecho a llamarse `` pura ganancia '', y consideró esta partida de beneficios es más que como sería en el equilibrio (estático) de un proceso estacionario. Aunque un análisis cuidadoso, en este como en otros casos, sin duda puede desenterrar los contornos de un esquema completo en el que todo encuentra su lugar apropiado, pero de un esquema que es el arco de Ulises ante las mentes menos poderosas, el lector ordinario simplemente encuentra un *fricassée* de cosas tales como: ganancias de gestión de todo tipo posible, incluidas también las ganancias de una gestión mejor que la común; los beneficios de la asunción de riesgos y la aceptación de la incertidumbre, que es el tipo de cosas que dan un sesgo favorable a la relación entre los resultados esperados y los reales; ganancias de las ventajas inherentes al control de factores particulares, algunos de los cuales, en otras empresas, no contribuirían tanto a los resultados como lo hacen donde están; ganancias de azar que van al propietario como reclamante residual, teniendo debidamente en cuenta la sabiduría del dicho de Goethe de que sólo los capaces disfrutan de una suerte constante; y, entre otras cosas, las ganancias que obtiene una empresa a *medida que crece* , o *porque ha*

crecido , en relación con sus competidores o absolutamente o ambos; un elemento de monopolio que entra, implícita o explícitamente, donde sea necesario. Evidentemente, estos rubros no constituyen un conjunto lógicamente homogéneo, en el mismo sentido que lo hacen, por ejemplo, los salarios, a pesar de todas las calificaciones que hay que sumar también en su caso. Sin embargo, Marshall creó una especie de tasa normal de ganancia a partir de este compuesto, abriéndose camino con cautela a través de los peligros del razonamiento circular, que asoció felizmente con la empresa representativa más que con la marginal. [1862] Esta tasa normal de ganancia puede definirse vagamente como la tasa que hace que valga la pena entrar y permanecer en el negocio (estas expresiones significan al final lo mismo) y, por lo tanto, adquiere una distinción del salario gerencial que es más fácil de justificar con sentido común que con lógica estricta. De alguna manera, todo esto se ha convertido en el beneficio normal simplificado de los seguidores de Marshall y luego en la eficiencia marginal de la *Teoría General* de Keynes .

Ahora bien, nadie ha afirmado nunca que *esta* tasa de ganancia sea o tienda a cero. Walras quiso decir algo completamente diferente cuando estableció su concepto de *empresario ne faisant ni bénéfice ni perte* . [1863] Lo que quiso decir se puede comprender más fácilmente si analizamos la lista de causas que producen la tasa de ganancia marshalliana. Entonces también nos damos cuenta de que la teoría marshalliana, según la cual las ganancias no tienen tendencia a desaparecer, y la teoría walrasiana, según la cual sí, no sólo no se contradicen sino que, *referidas al mismo nivel de abstracción* , resultan en ser idéntico. El lector puede estar satisfecho de esto si observa, en primer lugar, que la teoría de Marshall, tal como él mismo la presentó, está orientada a fenómenos de cambio o crecimiento que el equilibrio estático excluye; [1864] segundo, que los elementos monopoloides que entran en el análisis de Marshall, aunque implícitamente más que explícitamente, y que no están necesariamente excluidos por los supuestos de equilibrio estático, violan los supuestos de competencia pura; y que, si estamos decididos a mostrar las propiedades lógicas del equilibrio perfecto en competencia pura, las ganancias de Marshall desaparecerán de hecho tan completamente como las de Walras.

Obsérvese que esto no excluye necesariamente los beneficios institucionales que un posadero puede obtener de las buenas relaciones con la policía. [1865] Tampoco excluye la existencia de excedentes netos *en el sistema* . Solo que, en la buena lógica, no deberían asociarse con las ganancias sino con el control de lo que las genera. Incluso con la competencia más perfecta, los 'factores' frecuentemente recibirán más de lo necesario para inducirlos (a) a ofrecer sus servicios para un uso productivo y (b) a ofrecer sus servicios en cualquier punto particular del sistema. [1866] Como se mencionó anteriormente, Pareto también señaló, desde un ángulo algo diferente, los excedentes que pueden surgir de los obstáculos tecnológicos o institucionales a la asignación óptima de recursos (*transformaciones incomplètes*) que son la piedra angular de su teoría de la renta. El manejo descuidado de estos excedentes puede conducir fácilmente a un razonamiento circular oa una apelación "sin sentido" a alguna necesidad lógica, según la cual "deben" asociarse con algún factor u otro. Pero su existencia y también esta asociación son hechos indudables que no son difíciles de establecer. Debido a esto, me siento incapaz de dar ejemplos de la literatura que ilustren claramente cualquiera de estos errores. [1867] Finalmente, conviene aprovechar esta oportunidad para señalar la relación entre costos decrecientes y ganancias, aunque ya hemos visto que, en lo que se refiere al equilibrio perfecto en competencia pura, no hay por qué preocuparse por ellos.

Para este propósito, no podemos hacer nada mejor que tomar prestado el argumento de Marx. Como sabemos, invirtió las ganancias de la explotación industrial, que no son ganancias, aunque las llamó así, sino ganancias de capital, el principal motor de la evolución económica. Si presionamos este proceso en un esquema de curvas de costos que caen debido a las economías internas y externas [1868] y, de paso, al tamaño creciente de las empresas individuales, inmediatamente nos damos cuenta de dos cosas. Primero, este proceso, si bien no beneficia a las empresas individuales ni a la clase burguesa en su conjunto en *última instancia* , va acompañado *en cada paso* de ganancias temporales que son ganancias en nuestro sentido y se acumulan para las empresas que crecen de esta manera con mayor rapidez o *éxito* que hacer otros. El desequilibrio prevalece en todo momento, pero Marx vio que este desequilibrio es la vida misma del capitalismo, [1869] y es con este desequilibrio, por un lado, y con los costos decrecientes en este sentido, por el otro, que se asocian principalmente las ganancias puras. En segundo lugar, el proceso de Marx, como no dejó de advertir, debe conducir en estricta lógica a monopolios u oligopolios de aquellas empresas que alguna vez obtuvieron una ventaja inicial. El tratamiento de Marshall del mismo conjunto de problemas en general, y de los costos decrecientes en particular, realmente llega a los mismos resultados en ambos puntos debido a su técnica superior y su ansiedad por hacer justicia a todos los hechos, friccionales y otros. que evitan que esos árboles individuales crezcan hacia los cielos altos. Tendremos que volver una vez más a esta afinidad doctrinal históricamente importante, aunque sólo "objetiva". Habiendo despejado así el terreno, podemos resolver nuestras dos cuestiones muy rápidamente.

El surgimiento de la función de producción en el reconocimiento explícito, un desarrollo que para nuestro propósito actual podemos asociar con el *Ensayo sobre la coordinación de las leyes de distribución de Wicksteed* (1894), planteó un problema de coordinación de las teorías de producción y de costos que no existir antes. La vieja teoría de la producción, como la encontramos en JS Mill e incluso en Marshall, era simplemente una discusión de los "factores de producción" y encajaba fácilmente con las "leyes del costo". Pero por más eficaz que la intrusión de la función de producción aclarara otros problemas, oscureció durante un tiempo considerable el problema de la relación entre la tecnología y la economía de producción o, como también podemos decir, entre la tecnología por un lado y el coste y distribución por el otro. Esto se puede ilustrar mejor con el propio intento de Wicksteed de derivar una proposición sobre la distribución del dividendo nacional, a saber, la proposición de que las acciones distributivas determinadas de acuerdo con el principio de productividad marginal agotarán el dividendo nacional, aparentemente en [1870] de nada más que una propiedad de la función de producción, es decir, la homogeneidad de primer orden. Es fácil ver ahora que la función de producción por sí sola no determina ni el costo de producción ni la distribución y, en particular, que, por sí misma, no puede decirnos mucho sobre la existencia o ausencia de ganancias netas para las empresas. No es menos fácil, ahora, ver cómo la función de producción encaja en los fenómenos de costos y distribución. Todo lo que necesitamos para este propósito es tener en cuenta que, en el ámbito de la lógica económica pura, el problema de la producción es el problema de maximizar la diferencia entre los ingresos y los costos de una empresa y que este máximo está sujeto a las restricciones tecnológicas incorporadas en la función de producción. [1871] Pero alrededor de 1900 esto no era tan fácil de ver para el economista medio, especialmente si no tenía la costumbre de lanzar sus ideas a la forma matemática simple que en este caso aclara todo. Un centro de tanta confusión como el que pudo haber existido en [1872] fue, por supuesto, la proposición de beneficio cero, cuyo

significado nos hemos esforzado en aclarar.

De lo dicho anteriormente debe quedar claro que hay una manera perfectamente buena de satisfacernos que, en el camino hacia el perfecto equilibrio en pura competencia, con las calificaciones que se han señalado, *y no hacer que la proposición sea circular o tautológica.* —Los beneficios puros tienden a desaparecer. Todo lo que tenemos que hacer es enumerar todas las fuentes de dichos excedentes sobre los costos pagados o imputados que podamos pensar en 1873 y luego mostrar la causa por qué todos se reducen y, en el caso límite, desaparecen de esa manera. La igualdad entre los ingresos planificados (debidamente descontados) y los costos planificados se puede inferir legítimamente de esto, aunque solo con la reserva de que alguien puede presentar algún día casos específicos de lo contrario, y se ve reforzada por la consideración de que las empresas que ganan menos que los costos totales en el sentido anterior, a largo plazo, cerrarán y los hombres que esperan ganar más que los costos totales en el sentido anterior, bajo las condiciones asumidas, entrarán en el negocio a largo plazo. 1874 Pero se ha ofrecido una prueba más rigurosa, aunque todavía elemental, que ha ganado algo de aceptación en el trabajo de clase.

En aras de la brevedad, descartamos todos los factores excepto los de sustitución, de modo que la única restricción sobre el comportamiento maximizador de una empresa es la función de producción ordinaria o `` normal '' definida anteriormente, y también los problemas que surgen en el caso de las discontinuidades de las curvas de costos. 1875 En perfecto equilibrio y competencia perfecta, los costos marginales para una empresa serán iguales al precio del producto que, como todos los precios de los factores, la empresa acepta como datos. En una gran clase de casos, esta condición determina la salida de forma única. Dado que, en estricta lógica, la empresa minimizará los costos totales y promedio de cualquier producto, los costos promedio deben ser mínimos también para este producto. Pero en el punto de su mínimo, la curva de costo promedio se cruza, desde abajo, con la curva de costo marginal. Por tanto, los costes marginales y medios son iguales en este punto y ambos son iguales al precio. Es cierto que en la teoría de Cambridge de principios de la década de 1930 (RF Kahn, J. Robinson) el costo promedio incluye el beneficio normal. Pero este esquema se aplica solo a situaciones de competencia imperfecta: solo en la competencia imperfecta puede este beneficio normal contener algo más que retornos a los factores propios evaluados a los precios de mercado de estos factores. Por tanto, los beneficios puros son cero en competencia perfecta. 1876 Esto puede ser indebidamente «abstracto», pero no tiene nada de malo en lógica.

Apéndice del Capítulo 7:
Nota sobre la teoría de la utilidad

EN ESTA Nota examinaremos, en la brújula más breve posible, toda la carrera de la teoría de la utilidad del valor, tanto sus desarrollos anteriores que ya conocemos como sus desarrollos posteriores hasta sus metamorfosis en nuestra propia época. Tengamos presente que, aunque ahora nos ocuparemos de la teoría de la utilidad (y sus sucesoras) como una teoría del comportamiento de los consumidores, su importancia se extiende mucho más allá de este campo hacia los de la producción y la formación de ingresos, como se ha señalado en el capítulo anterior.

[1. Los desarrollos anteriores]

Sabemos que, de raíces aristotélicas, esta teoría fue desarrollada por los médicos escolásticos

cuyo análisis del valor y el precio en términos de "utilidad y escasez" no carecía más que del aparato marginal. También sabemos que, junto con la enseñanza escolástica y presumiblemente no sin su influencia, la teoría de la utilidad del valor comenzó a ser enseñada por legos (Davanzati es nuestro ejemplo estrella) y que continuó desarrollándose con bastante normalidad hasta la época de A. Smith: el trabajo de Galiani es el logro máximo de la época, aunque Genovesi no debe dejar de mencionarse. [1877] Incluso la "paradoja del valor" —que los diamantes comparativamente "inútiles" son más valorados que el agua "útil") había sido planteada y resuelta explícitamente por muchos escritores, por ejemplo por John Law. Y había, aunque se mantenía al margen, la expresión de Daniel Bernoulli para la utilidad marginal del ingreso (Parte II, cap. 6, sec. 3b). Pero luego este desarrollo se detuvo: aunque muchos economistas, particularmente en el continente y aún más particularmente en Francia e Italia, se refirieron al elemento de utilidad como algo natural, y aunque Bentham formuló explícitamente lo que se conocería como el método de Gossen ley de los deseos saciables; no lograron explotarla más. Algunos de los que intentaron hacerlo lo hicieron de una manera tan poco afortunada como para desacreditar más que para difundir su uso. Condillac, por ejemplo, quien puede ser considerado su patrocinador más importante en el último cuarto del siglo XVIII, explicó la *utilidad* del aire y el agua por el esfuerzo que implica respirar uno y beber el otro. A. Smith y, siguiéndolo, prácticamente todos los 'clásicos' ingleses con la excepción de Senior [1878] evidentemente no se dieron cuenta de las posibilidades del enfoque de la utilidad para el fenómeno del valor económico y se contentaron con alejarse del 'valor en uso 'con una referencia a la paradoja del valor que ya no debería haber sido una paradoja. Permítanme repetir que es bastante erróneo explicar esta actitud, especialmente en el caso de Ricardo, diciendo que, al ver todo lo que hay que ver sobre la utilidad, no les importó elaborar un aspecto tan obvio de las cosas: es bastante Quedó claro —y, para Ricardo, puede probarse a partir de su correspondencia— que no siguieron la pista de la utilidad porque *no* vieron la manera de utilizarla de manera eficaz. Pero el tratamiento de Senior constituye un paso definitivo por adelantado. En Francia e Italia, la vieja tradición que favorecía el enfoque de la utilidad no se extinguió por completo. Pero tampoco dio frutos. JB Say, que hizo un intento en esta línea, echó a perder su oportunidad al manejar el asunto, que fue aún más torpe que superficial y no condujo a ninguna parte.

Sin embargo, comenzaron a surgir varios 'precursores', aunque ninguno de ellos recibió ningún reconocimiento en ese momento. Ya se han mencionado los dos que alcanzaron la mayor medida de fama póstuma, HH Gossen y J. Dupuit. Hubo varios más, pero bastará mencionar tres: Walras, el padre de Léon; Lloyd, que publicó tres años después; y Jennings. [1879] Las tres actuaciones son muy similares en naturaleza y resultados. En particular, el concepto de utilidad marginal (la *rareza de* Walras y la utilidad especial de Lloyd) [1880] está claramente presente en los tres autores y también lo están esos argumentos generales sobre cómo los deseos y la utilidad se relacionan con el valor que se hicieron tan familiares medio siglo después.

[2. Inicios del desarrollo moderno]

Léon Walras nos cuenta que partió de la enseñanza de su padre. Pero Jevons y Menger sin duda redescubrieron la teoría por sí mismos. Al hacerlo, los tres lo mejoraron y ampliaron, pero su logro histórico consiste en la estructura teórica que erigieron sobre él y no en estas mejoras. Como ya hemos visto, todos reafirmaron la ley de deseos satisfactorios de Gossen o Bentham o Bernoulli; al hacerlo, todos trataron la utilidad (o la satisfacción de deseos) como un hecho psicológico que conocemos por introspección y como la "causa" del valor; sintieron poco o ningún remordimiento por

su mensurabilidad; [1881] y todos hicieron depender la utilidad de cada mercancía para su poseedor de la cantidad de esa mercancía únicamente. [1882]

El trabajo posterior, en parte inducido por la crítica hostil, transformó esta teoría del valor "psicológica" o "subjetiva" o "moderna" en poco tiempo. Para transmitir lo esencial de una historia que no se puede contar satisfactoriamente en el espacio que tenemos a nuestro alcance, nos limitaremos a un mínimo de nombres y reduciremos a una secuencia de pasos lógicos lo que en realidad fue una secuencia de controversias, que a veces eran tan ásperas como inútiles.

[3. La conexión con el utilitarismo]

La primera tarea a la que se enfrentaron los patrocinadores de la "nueva" teoría del valor fue defenderla de todos los malentendidos —algunos de ellos bastante pueriles— a los que había dado lugar. [1883] El resultado fue una reformulación cada vez más completa —alimentada por aplicaciones a casos particulares, que no carecían de valor aunque se despreciaran como una casuística inútil— que hizo algo para despejar el terreno para un mayor avance. Por ejemplo, los austríacos, que se enfrentaron a oponentes alemanes de gustos fuertemente anti-utilitarios, rápidamente se dieron cuenta de la necesidad de limpiar sus faldas de hedonismo. La alianza histórica de la teoría de la utilidad con la filosofía utilitaria fue obvia. No podemos culpar a hombres que no eran teóricos por sospechar que también había uno lógico. Además, algunos de los exponentes más destacados de la utilidad marginal eran de hecho utilitaristas convencidos: Gossen lo era, Jevons y Edgeworth. Ellos, y otros también, habían utilizado un lenguaje que podía dar la impresión de que la teoría de la utilidad marginal dependía de premisas utilitarias o hedonistas (Bentham ciertamente así lo pensaba) y podía ser atacada con éxito atacándolas. Jevons fue el principal culpable: incluso llegó a llamar a la teoría económica un "cálculo del placer y el dolor" —Verri lo había hecho antes— y provocó en Marshall la reprimenda de que estaba mezclando economía con "hedónica".

Uno de los muchos méritos del tratamiento de la utilidad por parte de Marshall fue que deploró y renunció a la alianza con el utilitarismo (véase especialmente su nota al pie, págs. 77-8 de sus *Principios* , Libro I, cap. 5). Pero en un aspecto siguió a Jevons al enseñar una doctrina que proviene más naturalmente de un utilitarista aunque, nuevamente, la relación es de asociación más que lógica. Desde el punto de vista del cálculo del placer y el dolor, las «desutilidades» —el término es Jevons— deberían de hecho introducirse al mismo nivel que las utilidades. Esto es lo que hizo Jevons. Walras no lo hizo y los austriacos, Böhm-Bawerk en particular, se opusieron firmemente a hacerlo. Pero Marshall y Pigou se mantuvieron en el punto de vista jevoniano: Marshall lo desarrolló en su doctrina del costo real (esfuerzos y sacrificios), que, en cierto modo, fue la rama de olivo presentada a sus predecesores "clásicos". JB Clark y, en Viena, Auspitz y Lieben también lo aceptaron. Nótese que este punto de vista, aunque se haya llegado de forma independiente, está en línea con la vieja tradición (compárese, por ejemplo, lo que se ha dicho anteriormente sobre la teoría del valor de Galiani); y que, fuera de la tradición de la teoría de la utilidad, contaba con el apoyo de A. Smith (y de muchos filósofos del derecho natural). En Inglaterra, Cairnes lo patrocinó, pero fue renunciado por Wicksteed y, más efectivamente, por Keynes. La importancia analítica de la cuestión radica en su relación con el concepto de oferta de trabajo y, si adoptamos una teoría de abstinencia del interés, del capital. En todos los demás aspectos, hay poca diferencia entre tomar la cantidad de trabajo disponible como dada o insertar en nuestro sistema otra ecuación (utilidad marginal del salario real = desutilidad marginal del trabajo) para determinarla.

En realidad, no es difícil demostrar que la teoría de la utilidad del valor es completamente independiente de cualquier postulado o filosofía hedonista. Porque no establece ni implica nada sobre la naturaleza de los deseos o deseos de los que parte. 1884

[4. Psicología y teoría de la utilidad]

Una vez que reconocemos el carácter puramente formal del concepto de utilidad del teórico, naturalmente nos vemos llevados a cuestionar las relaciones entre la teoría de la utilidad del valor y la psicología. Algunos de los primeros austriacos parecen haber creído que su teoría tenía sus raíces en la psicología e incluso que estaban desarrollando lo que en esencia era una rama de la "psicología aplicada".

Esta creencia fue alentada por algunos psicólogos austriacos como von Meinong y von Ehrenfels, quienes sostuvieron que Menger había hecho una valiosa contribución a la psicología que era capaz de una aplicación más general. De hecho, se hicieron ciertas aplicaciones, por ejemplo a la psicología de la religión, que es imposible informar sin una sonrisa, aunque estaban lejos de ser una tontería. Así, von Ehrenfels habló de piedad marginal y del individuo marginalmente piadoso. Pero muchos economistas no austriacos, que simpatizaban con la teoría austriaca, también pensaron (e incluso piensan) en gran medida la importancia de sus aspectos psicológicos. En esta comparación: Maurice Roche-Agussol, *La Psychologie économique chez les Anglo-Américains* (1918) y *Étude bibliographique des sources de la psychologie économique* (1919); también el mismo autor 'Psychologische Ökonomie in Frankreich,' *Zeitschrift für Nationalökonomie* , mayo de 1929 y enero de 1930.

Observemos de pasada una cuestión secundaria que nunca ha recibido la atención que merece. Si la psicología ha de prestar una ayuda eficaz a la economía, los economistas no deben, por supuesto, descuidar la psicología experimental y especialmente el trabajo que gira en torno a la medición de sensaciones. Es, por decir lo mínimo, un hecho curioso que una de las primeras hazañas en este campo, la emprendida por EH Weber, haya conducido a un resultado amplificado por GT Fechner (ver arriba cap. 3, sec. 3) en la 'ley fundamental de la psicofísica', que es formalmente idéntica a la hipótesis de Bernoulli-Laplace sobre la utilidad marginal de la renta: postula que, si y es la intensidad de la sensación, x el estímulo externo físicamente medible, *yk* una constante individual , entonces $dy = k\, dx / x$.

De hecho, algunos economistas lo notaron. Pero fue ignorada por los principales austriacos, Wieser, por ejemplo, declarando (*Theorie der gesellschaftlichen Wirtschaft* , § 1) que esta ley no tenía nada que ver con la ley de Gossen de los deseos saciables. Pero sea como fuere, los esfuerzos de los psicólogos por medir cantidades psíquicas no son indiferentes a ningún economista que no carezca del todo de imaginación científica. Para ver ejemplos de avances recientes en la medición de la sensación, véase especialmente el profesor SS Stevens, 'A Scale for the Measurement of a Psychological Magnitude: Loudness', *Psychological Review* , septiembre de 1936, y su y J. Volkmann, 'The Relation of Pitch to Frecuencia, ' *American Journal of Psychology* , julio de 1940.

Pero tanto los austriacos como otros pronto se dieron cuenta de que su "psicología" era un error: la teoría de la utilidad del valor tiene mucho más derecho a ser llamada una lógica que una psicología de los valores. Los oponentes, sin embargo, al principio no vieron esto, al igual que los adherentes. En consecuencia, los patrocinadores de la 'teoría psicológica del valor' tuvieron que enfrentar dos acusaciones adicionales: primero, que estaban explorando aspectos psicológicos del valor

en uso que eran irrelevantes para los hechos objetivos del proceso económico; segundo, que su psicología era mala. La primera acusación no tiene más base que la falta de comprensión de la importancia de la teoría. 1885 Lo segundo sería bastante cierto si alguna psicología estuviera involucrada en la teoría de la utilidad del valor *considerada como una teoría* del equilibrio económico. Si preguntamos cómo los consumidores llegan a comportarse como lo hacen en todos esos problemas más amplios de la conducta humana para los que las proposiciones psicológicas particulares se vuelven relevantes, debemos de hecho apelar a todo lo que la psicología profesional moderna - de todas las variedades, desde el freudianismo al conductismo - podría haber Para darnos.

Sin embargo, por regla general, la necesidad de tal atractivo no surge en la economía técnica; es diferente, por supuesto, en la sociología económica. La mayoría de nosotros encontraría ciertamente difícil o al menos muy inconveniente evitar por completo toda referencia a motivos, expectativas, estimaciones comparativas de satisfacciones presentes y futuras, y cosas por el estilo, por más fervientemente que podamos esperar una teoría económica que no utilice más que estadísticamente hechos observables. Pero tal uso de observaciones psíquicas no debe confundirse con el uso de métodos o resultados tomados de la psicología profesional. Como todos los demás investigadores, cualquiera que sea su campo, tomamos nuestros hechos donde los encontramos, independientemente de si también los tratan otras ciencias o no. No nos convertimos en diletantes en física cuando usamos los hechos físicos que están implícitos en la ley clásica de rendimientos decrecientes en la agricultura. Ya no nos volvemos diletantes en psicología —o tomamos prestado de la psicología profesional— cuando hablamos de motivos o, para el caso, de deseos o satisfacciones. Pero aunque esta práctica no presenta ningún problema sobre la relación entre economía y psicología, sí presenta otro. Los primeros teóricos de la utilidad hablaban de los hechos psíquicos con la mayor confianza. Los incluyeron en el depósito de la experiencia común, esa fuente de conocimiento del curso de la vida cotidiana, ningún elemento que un hombre razonable podría cuestionar. Pero en la medida en que estos hechos psíquicos nos son conocidos sólo por la observación de lo que sucede en nuestras propias psiques individuales, desde la introspección, su posición evidentemente deja algo que desear, aunque la mayoría de ellos, como el incidente de satisfacción para saciar la sed. , son tan simples y tan poco problemáticos que el que los critica fácilmente podría comprometerse a los ojos de hombres de conciencia metodológica menos delicada. En cualquier caso, nadie negará que es preferible derivar un conjunto dado de proposiciones de hechos observables externa u "objetivamente", si se puede hacer, que derivar el mismo conjunto de proposiciones de premisas establecidas por introspección. Y, como veremos ahora, esto se puede hacer realmente en el caso de la teoría de la utilidad del valor, al menos siempre y cuando no le pidamos que haga más por nosotros que proporcionar los supuestos o 'restricciones' que necesitamos. dentro de la teoría del equilibrio de valores y precios. Este es el *leitmotiv* de desarrollos posteriores. 1886

5. Cardinal Utility

Permítanme repetir una vez más: en un principio, la utilidad, tanto total como marginal, se consideraba una realidad psíquica, un sentimiento que se evidenciaba desde la introspección, independiente de cualquier observación externa, por lo que, para repetirlo también, *no* se infiere de aquellos. hechos de comportamiento observables externamente en el mercado que debían ser explicados por él, y una cantidad de 1887 *directamente mensurable* . Creo que esta fue la opinión de Menger y Böhm-Bawerk. Marshall, aunque habló audazmente de la utilidad como una cantidad mensurable, refinó esto en el argumento notablemente cuidadoso de las Secciones 2-9, Capítulo 5,

Libro I de sus *Principios* , adoptando el supuesto más débil de que, aunque no podemos medir la utilidad o "motivo" o agrado y desagrado de las sensaciones *directamente* , podemos medirlas indirectamente por sus efectos observables, un placer, por ejemplo, por la suma de dinero que un hombre está dispuesto a renunciar para obtenerlo en lugar de prescindir de él. [1888] Este fue sin duda un paso adelante. Pero de ahora en adelante fusionaremos estas dos teorías de la medición de la utilidad en una concepción que llamaremos (la teoría de) la utilidad cardinal. Ambos presentan dificultades y están abiertos a objeciones. Pero tampoco es simplemente una tontería.

Sin embargo, incluso en este nivel y aparte de la mera defensa y elaboración, había mucho que hacer. A modo de ilustración, mencionaré tres aportaciones de gran importancia. Primero, ninguno de los padres fundadores, ni siquiera Walras, había prestado la debida atención a los fundamentos. [1889] La teoría necesitaba urgentemente una reformulación rigurosa. Esto fue logrado, de una manera que anticipó muchas actuaciones posteriores, por Antonelli. [1890] En segundo lugar, Edgeworth eliminó el supuesto de que la utilidad de cada mercancía es una función de la cantidad de esta mercancía únicamente, e hizo que la utilidad de que disfrutaba un individuo fuera una función de todas las mercancías que entran en su presupuesto. Marshall dio la bienvenida a este paso con frialdad (por decir lo menos), quizás porque pensó en las complicaciones matemáticas involucradas en hacer que las ecuaciones de la teoría de la utilidad sean parciales en lugar de ecuaciones diferenciales ordinarias. Como tercer ejemplo, elegimos el intento de Marshall de hacer operativa la medición de la utilidad mediante el concepto de Renta del Consumidor.

El término Excedente o Renta del Consumidor es de Marshall, pero la idea esencial, no todos los detalles, es de Dupuit. El lector debe, si es necesario, refrescar su memoria de *Principios* , Libro III, Capítulo 6, para que este espacio pueda ser reservado para comentarios. Allí, Marshall no menciona el nombre de Dupuit, y solo se corrigen inadecuadamente esto por medio de una declaración que ocurre en otro lugar muy distante (Libro V, cap. 12, nota final al pie de página), es decir, que 'el método gráfico ha sido aplicado de una manera algo similar a la adoptada en el presente capítulo por Dupuit en 1844 e, independientemente, por Fleeming Jenkin en 1871 ». La idea de 'medir' la utilidad total que obtiene un individuo del consumo de una cantidad dada de un bien dado por la suma de dinero representada por la integral definida, tomada de cero a la cantidad dada, de su función de demanda individual (la El excedente de los consumidores es entonces la diferencia entre esta integral y el precio realmente pagado multiplicado por la cantidad comprada) está a primera vista abierto a una serie de objeciones, que de hecho se plantearon pero la mayoría de las cuales se basan en malentendidos del significado de Marshall. La apreciación del valor de la herramienta se transmitirá mejor mediante un reconocimiento franco de las limitaciones a las que, al menos en la formulación marshalliana original, debe entenderse que está sujeta. Primero, estaba destinado a ser esencialmente una herramienta de análisis parcial; se hace variar el precio de una sola mercancía, manteniéndose constantes todos los demás precios. En segundo lugar, incluso dentro de este rango, el concepto de renta de los consumidores incorpora un método de aproximación (aunque puede ser exacto en ciertos casos). Porque supone que la utilidad marginal de la renta no cambia si el individuo, habiendo adquirido una primera unidad de la mercancía en cuestión por, digamos, $ 100, una segunda por, digamos, $ 99, una tercera por, digamos, $ 90, va en gastar cada vez más dinero en unidades adicionales, ya que se le ofrecen a precios decrecientes. Estrictamente, esto es inadmisible. Pero si este gasto es sólo una pequeña parte de su gasto total, de modo que sus otros gastos no se vean afectados perceptiblemente

por éste, podemos descuidar, como de segundo orden de magnitud, las variaciones en la utilidad marginal del ingreso que realmente ocurren. Por supuesto, esto limita severamente el método: no se puede aplicar a cosas como la comida en general o la habitación de la casa o solo se puede aplicar a pequeños rangos de variaciones en los precios de estos, y Marshall sabía por qué usaba el té como ejemplo. para mostrarlo. Pero dentro de estos límites, el método no es incorrecto ni carece de valor. Incluso la suma de todas las rentas de los consumidores *disfrutadas por un individuo* —un concepto que a algunos críticos les pareció absurdo— y la suma de todas las rentas de los consumidores disfrutadas por todos los individuos que *compran un bien individual* pueden tener significado mediante supuestos adicionales de que no son peores que otros que hacemos habitualmente. Sin embargo, el alquiler de los consumidores tuvo una mala recepción desde el principio, y el profesor Pigou, que desarrolló las enseñanzas de Marshall con tanta fidelidad en otros aspectos, no arrojó el peso de su autoridad en su escala. Pero últimamente, el profesor Hicks, impresionado por su utilidad en la economía del bienestar (véase más adelante, sección 8), lo recordó —o algo parecido— desde el limbo de los problemas muertos a lo que parece ser otra oportunidad de vida. Véase su nota al capítulo 2 de *Valor y capital* y sus artículos "La rehabilitación del excedente de los consumidores" (*Review of Economic Studies* , febrero de 1941); 'Consumers' Surplus and Index Numbers '(*ibid.* Verano de 1942); y "Los cuatro excedentes del consumidor" (*ibid.* Invierno de 1943). [Cf. también RL Bishop, 'Consumer's Surplus and Cardinal Utility', *Quarterly Journal of Economics* , mayo de 1943.]

6. Utilidad ordinal

Por supuesto, si la mensurabilidad fuera el único obstáculo en el camino hacia la aceptación de la teoría de la utilidad marginal, los críticos podrían quedar satisfechos con una reformulación que retiene el concepto de utilidad o satisfacción pero lo convierte en una cantidad no mensurable. [1891] Porque, de hecho, no hay una necesidad imperiosa de insistir en la mensurabilidad mientras estemos interesados sólo en un problema máximo: hay medios para saber si estamos o no en la cima de una colina sin medir la elevación del lugar donde estamos. estar. Y dado que la objeción a la mensurabilidad fue la más seria de las objeciones planteadas desde el principio por oponentes no matemáticos de los exponentes no matemáticos de la teoría de la utilidad marginal, algunos de ellos, especialmente Wieser, pronto descubrieron que podían permitirse ceder el punto, [1892] al menos con respecto a la utilidad total, a diferencia de la incremental. Pareto, quien, después de haber aceptado al principio la teoría de la utilidad marginal en la forma walrasiana, se volvió contra ella alrededor de 1900, [1893] también planteó principalmente esta objeción que entonces era cualquier cosa menos nueva, a saber: 'muéstrame una utilidad o satisfacción, es decir, digamos, ¡tres veces más grande que otro! Pero nadie cuestionó la capacidad de las personas para comparar las satisfacciones que se esperan de la posesión de diferentes conjuntos de bienes sin medirlos, es decir, la capacidad de las personas para ordenar esos conjuntos en una "escala de preferencia" única. Esto es lo que entendemos por utilidad ordinal.

Sólo se puede hacer una breve referencia a un punto sobre el que los economistas no han podido llegar a un acuerdo hasta el día de hoy. Como se acaba de decir, podemos ordenar conjuntos hipotéticos de bienes de forma ordinaria. Supongamos que un individuo nos dice que prefiere un conjunto de bienes (B) a un conjunto de bienes (A) y un conjunto de bienes (C) al conjunto de bienes (B); por tanto, prefiere (C) a (A) (transitividad). Pero, ¿podemos ir más allá y suponer que el aumento de satisfacción que, al mostrar el experimento, debe experimentar cuando, habiendo sido prometido (A), luego se le ha prometido (B), es capaz de ser mayor o menor que, o igual al aumento de

satisfacción que experimentaría si, habiendo sido prometido (B), luego se le ha prometido (C)? Esta cuestión no es de ninguna manera ociosa porque algunos han afirmado y otros han negado que la admisibilidad de esta suposición abre un camino de regreso a la mensurabilidad (*aunque, por sí sola, no es suficiente para asegurarla*). No podemos entrar en esta cuestión y debemos contentarnos con una referencia a los tres artículos más importantes al respecto. Ellos son: O. Lange, 'The Determinateness of the Utility Function' (*Review of Economic Studies* , junio de 1934); PA Samuelson, "La representación numérica de clasificaciones ordenadas y el concepto de utilidad" (*ibid.* Octubre de 1938); y especialmente F. Alt, «Über die Messbarkeit des Nutzens» (*Zeitschrift für Nationalökonomie* , junio de 1936). Para los lectores que puedan mostrar suficiente interés en cuestiones de este tipo, añadiré, no obstante, esto: el mérito de haber *visto* la importancia de esta suposición es de Lange. Pero no vio que solo era necesario, pero no suficiente, para probar la posibilidad de medición. El argumento de Samuelson señala esto correctamente. Sin embargo, el argumento de Alt (que Samuelson no conocía) es lógicamente adecuado y reduce el problema satisfactoriamente a una verificación empírica de los siete supuestos involucrados (lo cual, es cierto, no se ha intentado hasta ahora).

Pareto procedió a desarrollar la idea de la utilidad ordinal y, finalmente, elaboró lo que, para ser justos, debe considerarse el fundamento de la teoría moderna del valor. [1894] No fue del todo coherente al respecto y volvió una y otra vez a los hábitos de pensamiento que había adquirido en sus años de formación. Sin embargo, Johnson y Slutsky hicieron más avances, aunque no fue hasta 1934 que Allen y Hicks completaron el trabajo. [1895] Surgieron problemas adicionales en el proceso, algunos de ellos en varias formas diferentes, pero el resultado familiar puede enunciarse brevemente como sigue. [1896] La utilidad cardinal había sido concebida como una función real determinada de forma única en [1897] de las cantidades de mercancías (por período de tiempo establecido) a disposición del individuo o del hogar. La utilidad ordinal no puede concebirse así. Pero aún es posible *describir* su comportamiento por medio de cualquier función real de las mismas cantidades que aumenta siempre que pasamos de un conjunto dado de mercancías a otro que el individuo prefiere, disminuye cuando pasamos de un conjunto dado de mercancías a otro que es menos aceptable para el individuo y asume valores constantes (no cambia) siempre que pasamos de un conjunto dado de productos a uno que es igualmente aceptable para el individuo, tal como los dos paquetes de heno lo eran para el asno de Buridan. Tal función representará la 'escala de preferencia' del individuo mencionada anteriormente pero, a diferencia de la función que representa la utilidad cardinal, no lo hará de una manera determinada de manera única, porque todo lo que está diseñado para decirnos es si hay aumento o disminución. , o igualdad de utilidad. Todo lo demás sobre él, cualquier característica algebraica o numérica adicional que pueda mostrar, es completamente arbitrario y de hecho no tiene significado económico. Por tanto, si φ es una función de este tipo, [1898] cualquier función de φ que aumente monótonamente, llámela $f(\varphi)$, funcionará igual de bien. Pareto llamó a esta función una función de índice (*funzione-indice*). Debían desempeñar en la teoría del valor que trabaja con la utilidad ordinal el mismo papel que había desempeñado la función de utilidad en la teoría del valor que funcionaba con la utilidad cardinal; de hecho, podríamos llamarlas funciones de utilidad que obvian la objeción contra la mensurabilidad.

De hecho, sin embargo, no fue la función índice como tal, sino otro constructo que se convirtió en característico de esta etapa de la teoría del valor, a saber, las superficies de indiferencia o, en el caso de dos mercancías, las curvas de indiferencia (curvas de igualdad de opciones, *curva di scelti uguali*).

Es muy interesante notar que históricamente estos fueron "descubiertos" independientemente, para propósitos que no tenían nada que ver con la utilidad ordinal, por Edgeworth, [1899] quien aceptó plenamente la doctrina de la utilidad cardinalmente mensurable. Volvamos por un momento a esta doctrina. Limitándonos al caso de los dos productos básicos, podemos establecer las cantidades de estos productos en dos de las coordenadas de un diagrama tridimensional y representar mediante la tercera coordenada las cantidades variables de utilidad total disfrutada que corresponden a todas las combinaciones posibles de los dos productos básicos. El resultado es una superficie de utilidad que se eleva desde el origen a medida que aumentan las cantidades de las dos mercancías, y posiblemente se aplana más adelante, presentando una forma no muy diferente a la de una barra de pan (Pareto la llamó *la colline du plaisir*). Una sucesión de planos horizontales, es decir, de planos paralelos al plano de las dos coordenadas de la mercancía, cortará de esta barra curvas a lo largo de las cuales la utilidad total es constante, variando las cantidades de las mercancías de tal manera que el aumento de uno sólo compensa al individuo por la correspondiente disminución del otro. Estas curvas, cuyo significado completo parece basarse en el supuesto de que la utilidad es medible, son lo que Edgeworth llamó curvas de indiferencia. Si los proyectamos en el plano de las mercancías, obtenemos el conocido "mapa de indiferencia". Edgeworth lo usó de manera muy elegante en su teoría del trueque, particularmente para delimitar la gama de posibles términos de trueque o relaciones de intercambio. [1900]

Pero tan pronto como proyectamos las líneas de indiferencia en el plano de la mercancía, la dimensión de la utilidad se desvanece de la imagen de modo que su significado ya no depende de ninguna hipótesis de mensurabilidad. Luego nos dicen no más de (1) que el individuo considera ciertas combinaciones de los dos productos como igualmente elegibles y (2) que prefiere combinaciones representadas por cualquier curva de indiferencia "más alta" a combinaciones representadas por cualquier curva de indiferencia "más baja". El primer hombre que vio las implicaciones de esto fue Irving Fisher. [1901] No tenía objeciones a la mensurabilidad. Por el contrario, trató de hacerlo operativo (ver más abajo la nota del editor entre las secciones 7 y 8). Pero al hacerlo, se encontró con ciertas dificultades cuando, en la segunda parte de su trabajo, descartó el supuesto insostenible de que la utilidad de cada bien depende únicamente de su propia cantidad ("bienes independientes"). [1902] En este punto era inevitable que surgieran dudas no sólo sobre la mensurabilidad sino también sobre su existencia misma. En consecuencia, Fisher presentó un análisis completamente libre de supuestos de utilidad que funcionaba solo con mapas de indiferencia en el sentido moderno. Con él —como más tarde con Allen y Hicks— las curvas de indiferencia fueron los puntos de partida del análisis; no fueron, como con Edgeworth, derivados de una superficie de utilidad.

Sin embargo, las curvas de indiferencia son parte de las funciones de índice y también pueden derivarse de ellas. Esto es lo que hizo Pareto. Pero son tan independientes de la función de índice particular elegida como de la forma particular de la función de utilidad cardinal, ya que están determinadas únicamente por la escala de preferencias. Esto sugiere la idea de prescindir también de las funciones de índice, especialmente porque dan lugar a dificultades similares a las que encontró el profesor Fisher en el caso de las funciones de utilidad. [1903] Pero fue necesario hasta 1934 para darle pleno efecto y desarrollar una teoría que no es más que una lógica de elección: la teoría de Allen y Hicks que se publicó ese año fue, hasta donde yo sé, la primera en ser completamente independiente de la existencia de una función de índice y completamente libre de cualquier sombra persistente de incluso utilidad *marginal* , que es reemplazada en su sistema por la tasa marginal de sustitución. [1904] En

consecuencia, las elasticidades de sustitución y complementariedad se definen exclusivamente a partir de las escalas de preferencia y también divorciadas de la utilidad. Más allá de esto no podemos ir. Basta mencionar el más importante de los problemas que aún no han sido resueltos dentro del alcance de esta teoría de la elección: hasta ahora, las curvas de indiferencia están definidas satisfactoriamente sólo para hogares individuales; La pregunta sigue siendo cuál es el significado que debe atribuirse a las curvas de indiferencia colectiva —por ejemplo, las curvas de indiferencia de un país— que se han utilizado en algunos de los trabajos teóricos más brillantes de nuestro tiempo. [1905]

[Las primeras seis secciones de la *Nota sobre la teoría de la utilidad se* habían completado sustancialmente y se habían mecanografiado. Los siguientes párrafos se encontraron manuscritos, incompletos, con notas taquigráficas para indicar el argumento contemplado. Vea la nota del editor al final de esta sección.]

7. El postulado de la coherencia

Como sabe el lector, el análisis de la curva de indiferencia se ha convertido finalmente en parte de la enseñanza actual. La profesión se ha acostumbrado a ello, e incluso la controversia sobre su idoneidad para un curso de segundo año se ha extinguido. Pero debería haber quedado claro desde el principio que las cosas no se limitarían a las variedades indiferentes y que, después de todo, no son más que una casa intermedia. Son más elegantes y metodológicamente más seguros que el antiguo análisis de utilidad, pero no nos han ayudado a obtener resultados que este último no podría haber alcanzado; y ningún resultado de este último ha sido probado definitivamente incorrecto por ellos. Además, si "suponen menos" de lo que hace el análisis de utilidad, aún suponen más de lo que, a los efectos de la teoría del equilibrio, es necesario y cómodo suponer. Y si no usan nada que no sea observable *en principio* , usan observaciones 'potenciales' que hasta ahora nadie ha podido hacer *de hecho* : desde un punto de vista práctico, no estamos mucho mejor al dibujar curvas de indiferencia puramente imaginarias de lo que estamos. cuando se habla de funciones de utilidad puramente imaginarias. [1906] En consecuencia, Boninsegni ya en 1902, y unos años más tarde Barone, [1907] , señaló que para los propósitos de escribir las ecuaciones de la teoría del equilibrio tampoco necesitamos. [1908] ¿Qué necesitamos entonces para este propósito si dejamos a todos los demás fuera de cuenta? Un poco de reflexión muestra que incluso la teoría del valor de la utilidad temprana nunca usó otro postulado que este: frente a un conjunto dado de precios y un 'ingreso' dado, todos eligen comprar (o vender) de una manera determinada de manera única. Todo lo demás es decoración ociosa y se justifica, si es que se justifica, por el interés que se le puede atribuir desde el punto de vista de otros fines. Barone había visto esto, pero no había podido formular este postulado con exactitud ni demostrar su suficiencia. Esto lo hizo Samuelson, [1909] , quien formuló el postulado de consistencia: si

y demostró brillantemente que esto da todas las restricciones que necesitamos para nuestra

[Nota del editor: El plan para el resto de este Apéndice del Capítulo 7 (Nota sobre la teoría de la utilidad) no es muy claro. No hay duda de que JAS tenía la intención de hacer que su tratamiento de la economía del bienestar formara parte de este Apéndice, que se describe como una digresión o nota sobre la utilidad (ver el primer párrafo de la sección 5 de este capítulo, La teoría de la planificación y de la política socialista). Economía) y hay alguna evidencia de que iba a ser sub 8 (sección 8). La sección sobre Economía del Bienestar que sigue fue un tratamiento preliminar probablemente escrito en 1946 o 1947. Las primeras seis secciones de la Nota sobre la Teoría de la Utilidad aparentemente fueron escritas a finales de 1948. Este material había sido mecanografiado y leído por JAS Algún tiempo después bosquejó la sección 7 (El postulado de la coherencia) y puso notas para la sección 8 (El cadáver muestra signos de vida). Es concebible que se haya discutido aquí la economía del bienestar. Sin embargo, 'The Corpse' es tan fragmentario que simplemente lo he presentado en los dos párrafos siguientes como parte de esta nota y he incluido la sección 8 de Economía del Bienestar del Apéndice del Capítulo 7.

8. El cadáver muestra signos de vida.

Hemos examinado lo que, a pesar de los retrocesos y desvíos, parece una línea de desarrollo muy definida hacia una meta que parece haber sido definitivamente alcanzada por Samuelson. Sin embargo, la imagen estaría incompleta si no notáramos una serie de síntomas que parecen estar en desacuerdo con esa línea y apuntar en otra dirección. Si todos estos síntomas pudieran interpretarse como supervivencias de antiguas visiones, no valdría la pena mencionarlos. Es natural que un concepto como la utilidad, tan profundamente arraigado tanto en la tradición centenaria como en los hábitos del pensamiento y el lenguaje cotidianos, no ceda fácilmente. Pero hay más que esto. Es cierto que a estas alturas se ha demostrado convincentemente que el concepto de utilidad es superfluo en la teoría de los valores de equilibrio, que de hecho no es sólo el argumento más fuerte sino el único necesario en su contra. Pero no se ha probado —y no se puede probar en la naturaleza de las cosas— que el concepto nunca pueda ser útil para ningún otro propósito. Independientemente de lo que pensemos al respecto, no podemos negar el servicio heurístico que ha prestado en el pasado —históricamente fue el descubrimiento de la misma teoría que ahora puede prescindir de ella— y no se puede decir si su fertilidad se ha agotado para siempre. En este sentido, es relevante señalar que *algunos* argumentos en su contra no tienen peso y otros han ido demasiado lejos. Incluso es posible que el argumento en contra de la mensurabilidad se encuentre entre estos últimos. Por supuesto, en lo que respecta a esto, si alguna vez llegamos a idear métodos de medición, no sería la vieja realidad psíquica: existe la posibilidad de que deseemos un potencial; incluso existe la posibilidad de que podamos medir sin la realidad subjetiva [notas taquigráficas].

'Y en relación con esto [notas taquigráficas] cualquier objeción contra ellas [notas taquigráficas]'.

[JAS luego anotó las siguientes referencias, que obviamente tenía la intención de discutir.]

«1. Irving Fisher, *Investigaciones matemáticas en la teoría del valor y los precios* (1925), su tesis doctoral publicada por primera vez en *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and*

Sciences , 1892.

2. Aupetit [no seguro, escritura ilegible].

3. Irving Fisher, 'Un método estadístico para medir la "utilidad marginal" y probar la justicia de un impuesto sobre la renta progresivo', en *Economic Essays Contribuido en honor a John Bates Clark* (1927).

4. Ragnar Frisch, «Sur un Problème d'économie pure», *Norsk Matematisk Forenings Skriften* , 1926.

5. Ragnar Frisch, *Nuevos métodos de medición de la utilidad marginal* (1932).

6. Paul A. Samuelson, 'A Note on Measurement of Utility', *Review of Economic Studies* , febrero de 1937.

. . . no es cierto [notas taquigráficas] economía del bienestar [notas taquigráficas] consistencia [notas taquigráficas] parámetro, características [notas taquigráficas] Potencial, [notas taquigráficas] Curvas de Engel. '

8. Economía del bienestar, [1911]

Se supone que el lector está familiarizado con la distinción que se hace en la enseñanza actual entre economía "positiva" y "del bienestar". Poco más allá de la conveniencia de la exposición se puede aducir para esta distinción en la medida en que no signifique más que la economía positiva debe explicar y la economía del bienestar debe prescribir. Porque todas las proposiciones de la economía del bienestar pueden formularse en el modo indicativo, así como cualquier proposición de la economía positiva puede, mediante la inserción de los postulados axiológicos apropiados, convertirse en un imperativo. Sin embargo, dado que, de hecho, la economía moderna del bienestar ha adquirido un estatus distinto, es conveniente observar su desarrollo por separado. También tenemos un motivo adicional para hacerlo, ya que el tema tiene una relación obvia con el tema de la comparación interpersonal de satisfacciones que aún no se ha tocado.

Conocemos la sagrada antigüedad de la economía del bienestar: una gran parte del trabajo de Carafa y sus sucesores, así como del trabajo de los médicos escolares y *sus* sucesores, fue la economía del bienestar. También sabemos que el punto de vista del bienestar estaba muy presente en el siglo XVIII y que, en Italia, la frase *felicità pubblica* apareció con mucha frecuencia en las portadas. Para Bentham y los utilitaristas ingleses en general, este punto de vista era, por supuesto, un elemento esencial de su credo. Por lo tanto, a pesar del espíritu positivo de la economía ricardiana, lo encontramos también en los "clásicos" ingleses, particularmente en JS Mill. Por lo que respecta a esto, los economistas del bienestar modernos simplemente reviven la tradición benthamita.

La victoria temporal de la teoría de la utilidad dio, naturalmente, un nuevo impulso. Podemos ver esto ya con los precursores, como Dupuit y Gossen. Pero el trabajo actual en economía del bienestar se remonta a las enseñanzas de Marshall, desarrolladas por Pigou, y a Edgeworth y Pareto. Marshall hizo dos contribuciones, además de ofrecer muchas de esas consideraciones generales que congeniaban tanto con su propensión a predicar. En primer lugar, como se mencionó anteriormente, redescubrió el excedente o la renta de los consumidores de Dupuit, y así presentó a la economía del bienestar una herramienta analítica que está, o se pensó, particularmente adaptada para su aplicación en este campo. En segundo lugar, formuló varias proposiciones del tipo típico de la economía del bienestar moderna. El más famoso se observa en la nota a pie de página a continuación. [1912] Su importancia no consiste tanto en la proposición per se, sino en el hecho de que deletreaba un nuevo punto de partida:

las virtudes del estado de equilibrio perfectamente competitivo, lo que Marshall llamó la *doctrina de la máxima satisfacción* , habían sido cuestionadas muchas veces antes por una variedad de puntos de vista; pero esta fue la primera vez que esto se hizo dentro del rango de la teoría pura de ese estado, la primera vez que, *en el plano teórico* , se consideró la posibilidad de convertir las acciones individuales en canales más propicios al bienestar general que los del laissez. -faire. Las muchas contribuciones de Edgeworth quizás se ejemplifican mejor en la parte de su teoría de los impuestos que se ocupa de la justicia. El tratamiento está en el espíritu de sus *Nuevos y Antiguos Métodos de Ética* (1877), es decir, en el espíritu del hedonismo o utilitarismo. Los puntos principales son la distinción y la rigurosa definición y cuantificación de los conceptos de sacrificio igualitario, proporcionado y mínimo, apareciendo debidamente la implicación igualitaria de la última idea mencionada. [1913] Principalmente, los esfuerzos de Edgeworth se dirigieron contra los errores populares de razonamiento, como los implícitos, por ejemplo, en la creencia generalizada de que la utilidad marginal decreciente de la renta es todo lo que se necesita suponer para que la progresividad de los impuestos se siga del postulado del sacrificio igual. . [1914]

Todo esto es simplemente benthamismo revivido, o más bien, benthamismo con la armadura de una técnica mejor, e implica no solo una concepción cuantitativa de utilidad o satisfacción o bienestar, sino también la idea adicional de que las satisfacciones de diferentes personas pueden compararse y, en particular, resumido en el Bienestar General de la sociedad en su conjunto: la idea de "comparabilidad interpersonal de la utilidad". Esta idea, que pocos economistas se preocuparán de defender hoy en día [1915] aunque muchos utilizan argumentos que la presuponen, ha tenido una carrera accidentada. Ha sido cuestionada casi desde el principio, por ejemplo, por Jevons, y luego una y otra vez tanto por escritores que no plantearon ninguna dificultad acerca de la mensurabilidad como por escritores que lo hicieron. Pero siguió entrometiéndose, siendo la razón principal, por supuesto, que parecía tan útil en la economía del bienestar. El propio Marshall evidentemente no se opuso a ello, [1916] y Wicksell llegó a decir que las discusiones parlamentarias sobre cuestiones de impuestos no tendrían sentido si fuera imposible comparar las utilidades de diferentes personas. [1917] Esto va bastante lejos, pero por otro lado también va bastante lejos al afirmar incondicionalmente que la comparación interpersonal de la utilidad [1918] no tiene sentido en todos los sentidos y para todos los propósitos.

Sin embargo, desde el punto de vista de los economistas que se oponen firmemente tanto a la comparación interpersonal *como* a la medición de las utilidades individuales, cualquier intento de hacer ambas cosas no es, por supuesto, mejor que caminar sobre las nubes. Sin embargo, no estaban dispuestos a renunciar a la economía del bienestar. Es aquí donde entra nuevamente Pareto para salvar la situación, al menos en parte. Él y, siguiéndolo, Barone señalaron que la objeción a las comparaciones interpersonales (o mensurabilidad) no invalida aquellas proposiciones de la economía del bienestar que se refieren a eventos que benefician o perjudican a algunos miembros de la sociedad sin perjudicar o beneficiar a otros. [1919] Este principio también nos permitirá, en un sentido más restringido, hablar de que un evento es 'socialmente beneficioso' cuando algunas personas se lesionan (pierden algo), pero cuando las que lo son pueden ser indemnizadas plenamente (para que ya no prefieran su antigua situación a la nueva) a expensas de los beneficiados y cuando, una vez hecho esto, estos se encuentran aún mejor que antes. [1920]

El trabajo estándar del que se deriva la nueva economía del bienestar angloamericana, *Economics of Welfare* (1920; 3a ed. Rev. 1929) , del profesor Pigou , [1921] , aunque tiene en cuenta el

punto de vista que acabamos de mencionar, va mucho más allá del límites trazados por la sugerencia Paretiana, especialmente en lo que respecta a las transferencias de riqueza de los relativamente ricos a los relativamente pobres. Pero la nueva economía del bienestar angloamericana en sí misma trata de respetar esos límites, aunque la transgresión en terrenos prohibidos sigue siendo frecuente. Es decir, trata de limitarse, por principio, a proposiciones que pueden establecerse sin la ayuda de la comparación interpersonal ni de la medición de la utilidad. Tal autocontrol puede parecer sorprendente en vista del hecho de que su principal resultado es privar de sus fundamentos científicos o pseudocientíficos muchos artículos de fe igualitarios a los que la mayoría de los economistas modernos están emocionalmente apegados. Pero no se necesita mucho autocontrol, ya que se ha descubierto un dispositivo que permite a los economistas del bienestar eludir esas restricciones. Se denomina Valoración Social y consiste en sustituir la concepción de bienestar social definida como la suma de las satisfacciones individuales por el dictado de algún agente que decide qué pesos relativos se le atribuyen a los deseos (inconmensurables) de los miembros de la sociedad. 1922 Que este agente no es más que la *volonté générale* del siglo XVIII debe quedar claro; lo mismo debería ocurrir con el peligro de que este agente se convierta en un nombre para los intereses e ideales del individuo analizador.

En estas circunstancias, surge una vez más la cuestión de en qué se diferencia la economía del bienestar moderna de la de los «clásicos» ingleses. 1923 Se diferencia, primero, por una mejor técnica. En segundo lugar, en parte porque esta mejor técnica produce mejores resultados, pero mucho más porque las ideas preconcebidas y las afiliaciones del radical moderno difieren de las ideas preconcebidas y las afiliaciones del viejo radical, también se diferencia por su actitud hacia los negocios y el laissez-faire. Pero en tercer lugar, también se diferencia por una circunstancia que no es de su agrado. Las propuestas clásicas de bienestar, incluidas las de Jeremy Bentham, muestran una notable conciencia de las calificaciones a las que se someten las consideraciones de los máximos de bienestar instantáneos tan pronto como tomamos en cuenta el futuro. No menos notablemente, tales consideraciones están casi completamente ausentes de los escritos de los economistas del bienestar modernos. Prácticamente su único tema es la administración de los medios que ofrece una estructura industrial existente. Esto no es una objeción mientras las proposiciones de bienestar sigan siendo ejercicios de teoría pura y se describan francamente como tales. Es una objeción fatal tan pronto como el economista del bienestar, repitiendo un error metodológico explotado hace mucho tiempo, procede a "prescribir". La principal objeción al más popular de todos los preceptos del bienestar —la igualdad de ingresos— no es que no tenga bases rigurosamente defendibles; la principal objeción es que, *incluso en la medida en* que sea posible, carece de interés en comparación con la cuestión de sus efectos sobre la evolución cultural y económica.

8
-
Dinero, crédito y ciclos

1. Problemas prácticos

UNA VEZ MÁS, la mayor parte de la vasta literatura sobre dinero y temas relacionados, que produjo el período bajo estudio, surgió de las discusiones sobre problemas actuales. Contenía, como siempre lo ha hecho y tiene la literatura sobre el dinero, una gran cantidad de publicaciones totalmente inútiles y una cantidad aún mayor de publicaciones que, aunque más o menos meritorias dentro de su rango, carecen de interés desde el punto de vista de una historia del análisis. No obstante, es necesario, recordando lo que se ha dicho en el capítulo 2, sección 3, reafirmar algunos de esos problemas prácticos que suscitaron discusiones de cierta importancia.

(a) El patrón oro.

El reflejo literario de la tendencia que dominó la política monetaria de la época, el mantenimiento o adopción del patrón oro, merece un análisis más detenido del que nos es posible ofrecer. En todos los países, entre los que discutieron la actualidad de la política monetaria nacional con un espíritu práctico, hubo muchos "pros" incondicionales. Incluían, al igual que todas las partes en toda controversia práctica, fanáticos de mente estrecha sin rastro de inteligencia, pero en sus niveles más altos este era un grupo respetable. Mencionaré, a modo de ejemplo, a Bamberger, Giffen, de Parieu, aunque una docena de otros tríos similares servirían igual de bien. 1924

En vista de la frase superficial que algunos de nosotros tenemos la costumbre de transmitir el pensamiento monetario de esa época, debe notarse, primero, que las opiniones y recomendaciones de los 'pro' incondicionales fueron incesantemente bajo fuego, de modo que nada Podría estar más lejos de la verdad que la idea de que los economistas de ese período como un cuerpo adoraban al becerro de oro y, en segundo lugar, que estas opiniones recibieron pero apoyo calificado de los líderes de la economía científica *que realmente trabajaban en el campo* . Como veremos, ni Jevons, ni Walras, ni Marshall, ni Wicksell, ni Wieser, ni Fisher pueden, sin reservas, ser llamados monometalistas de oro teóricos o prácticos. Más adelante, además, las depresiones de los años ochenta y noventa plantearon la cuestión de la responsabilidad del oro en la caída o en la fluctuación cíclica de los precios. Y el surgimiento del patrón de cambio de oro planteó la cuestión de los méritos de la circulación real del oro a la que, como sabemos, Ricardo ya había devuelto una respuesta negativa. 1925

(b) Bimetalismo.

Esta fue, durante todo ese período, la fuente más fértil de controversia "práctica". La literatura popular y política de los hombres de plata: justicia a la plata; dólar de nuestros padres; No crucificarás a la humanidad sobre una cruz de oro; contiene muchos argumentos que se mantienen en un nivel mucho más bajo que cualquier cosa que se pueda encontrar en los escritos de los patrocinadores del oro. En particular, está infestado por productos de naturaleza semi-patológica, ya que en ese momento el bimetalismo era el principal terreno de caza de los monomaníacos monetarios. Sin embargo, es el hecho -un hecho que estos productos semi-patológicos y también la victoria del partido del oro tienden a borrar- que, en su nivel más alto, el argumento bimetalista realmente tuvo lo mejor de la controversia,

incluso al margen del apoyo que varios hombres de prestigio científico extendieron a la causa del bimetalismo. [1926]

(c) Cooperación Monetaria Internacional.

Las diversas uniones y convenciones monetarias internacionales, como la Unión Latina, la Unión Escandinava, la Unión Alemana (antes de la fundación del imperio), naturalmente sugirieron esquemas más completos. Por iniciativa de Francia, se celebró en París en 1867 una conferencia monetaria internacional que, bajo el liderazgo de De Parieu, logró en una medida sorprendente mantenerse alejado del nido de avispas bimetalistas, considerado la cuestión de una acuñación mundial uniforme de oro. y adoptó las propuestas más audaces jamás formuladas para una unión monetaria mundial. Pero en las conferencias internacionales posteriores de 1878, 1881 y 1892, la presión de Estados Unidos desvió la discusión y las propuestas hacia el bimetalismo y, por lo tanto, acabó con la idea original. [1927] Sin embargo, en la conferencia de 1892, el economista alemán Julius Wolf propuso una nueva idea, a saber, que se depositara una reserva internacional de oro en un país neutral y que se emitieran billetes internacionales sobre la base de esta reserva: la idea de que , aunque en una forma completamente diferente, fue en parte realizado por el Fondo Internacional de Bretton Woods, la fama.

(d) Estabilización y Gestión Monetaria.

El principal atractivo del argumento bimetalista, al menos para las personas que no están directamente interesadas en la producción de plata, residía, por supuesto, en la perspectiva que ofrecía el *aumento* de *los* precios. Oficialmente, sin embargo, los bimetalistas prefirieron hablar de *estabilizar* el nivel de precios. Pero también se produjeron otros esquemas de estabilización, ajenos a la plata, por ejemplo, esquemas que proponían divorciar completamente la circulación del oro y usar papel moneda. Y aunque, durante tres décadas de precios a la baja, fue principalmente el nivel de precios que la gente pensó en estabilizar (como siempre, hubo confusión intencional o no intencional de este objetivo con el objetivo de mantener altos los precios individuales, especialmente los de los productos agrícolas), más amplio. los objetivos no estaban ausentes. Incluso la mera estabilización de precios implica —como principal motivo puramente económico— preocupación por la estabilización de la situación económica de un país. Pero la estabilización del empleo a menudo se menciona explícitamente. Además, especialmente en relación con las discusiones sobre el patrón de cambio oro, se habló mucho sobre estabilizar las tasas monetarias. [1928]

Todo esto ya significaba una gestión monetaria de uno u otro tipo. Por ejemplo, el bimetalismo significa gestión siempre que, para que funcione, es necesario regular el precio de la plata, es decir, fijarlo mediante compras para evitar que la plata saque el oro de circulación, porque en este caso caso de que el sistema monetario deje de funcionar automáticamente. Todos los planes que iban más allá implicaban, por supuesto, aún más gestión. Como ejemplo, mencionaré una propuesta que contó con cierto apoyo: la propuesta de un papel moneda inconvertible a ser regulado por un departamento de gobierno que iba a comprar bonos del gobierno por esta moneda —para aumentar la liquidez— cada vez que bajara el nivel de precios, y para vender bonos del gobierno — para disminuir la liquidez — por esta moneda cuando el nivel de precios subió. Esta propuesta puede considerarse como una de las muchas precursoras de las operaciones de mercado abierto del Sistema de la Reserva Federal. Pero la idea de operaciones de mercado abierto también era familiar en otras formas. Pues la gestión monetaria no se limitaba a la gestión de la moneda. Se extendió a la gestión de las divisas y, lo que es más importante, al crédito bancario. [1929] Tampoco permaneció en el ámbito de los 'planes'. Fue practicado

cada vez más por todos los grandes bancos centrales. [1930] Y no es cierto que la gestión monetaria de este y otros tipos no tuviera otro propósito que salvaguardar las existencias de oro de una nación. Se practicaba con fines terapéuticos. Estos propósitos diferían de los nuestros y el propósito del pleno empleo no era el dominante. Pero es tan engañoso insistir demasiado en la importancia que entonces se atribuía al juego del patrón oro por sí mismo, como lo es hablar de los sistemas monetarios anteriores a 1914 como "automáticos". [1931] A menos que esto se comprenda claramente, es imposible apreciar los desarrollos doctrinales de esa época, ni en sí mismos ni en su relación con el pensamiento de nuestro tiempo.

Por lo demás, debemos contentarnos con notar algunas de las actuaciones, en el campo de la "reforma monetaria", de los líderes científicos. Jevons esbozó lo que le parecía 'Un sistema de moneda idealmente perfecto' en [1932] en el que el oro, aunque se retuvo como medio de cambio y denominador común de valores, dejaría de ser el estándar para los pagos diferidos, 'los montos de las deudas, aunque expresado en oro, variando inversamente, como el oro varía en términos de otras mercancías. ' Esto revivió el 'plan estándar tabular' de Lowe (ver arriba, Parte III, cap. 7, sec. 3) y es también la nota clave de las sugerencias de Marshall. [1933] Estos últimos incluyen, sin embargo, una idea novedosa. Adoptando el plan de lingotes de Ricardo, propuso que estos lingotes deberían consistir tanto de oro como de plata y que las barras de plata de cierto peso deberían estar legalmente 'unidas' a barras de oro de cierto peso para que la unidad monetaria constituyese un reclamo de cantidades de tanto oro como plata en proporción fija (simetalismo). La propuesta de Irving Fisher, [1934] , el dólar compensado, combinó la adopción del patrón de cambio de oro con el dispositivo de variar el contenido de oro de la unidad monetaria de acuerdo con las variaciones de un índice de precios oficial de modo que un dólar debería representar, en lugar de una cantidad constante de oro, una cantidad constante de poder adquisitivo. Finalmente, Walras abogó por un plan que se vincule con la práctica real en Francia de una manera tan ingeniosa como simple. El oro seguiría siendo el metal monetario estándar y se acuñaría para cuenta privada sin límite. La plata iba a ser el material de las monedas simbólicas (*billones*) que, sin embargo, no solo proporcionarían un pequeño cambio (*billon divisionnaire*) sino también un tipo de dinero de curso legal que se usaría con el propósito de controlar el nivel de precios (*billon régulateur*): el gobierno debía expandir su circulación cuando los precios *bajaban* y contraer su emisión cuando los precios subían. El tono moderno de esta propuesta no necesita énfasis. Walras agregó otro, lo que lo convierte en uno de los precursores de nuestros propios 'planes al 100 por ciento'. Reconoció, aunque solo en el caso de los billetes, el hecho de que los bancos crean medios de pago o, como él mismo dijo, que los bancos pueden prestar a los empresarios sin pedir prestado la misma cantidad a los capitalistas (ahorradores). Pero lo desaprobó. Y propuso que el excedente de plata se utilice para acuñar fichas de plata adicionales por la cantidad de billetes en circulación, menos la cantidad de efectivo de curso legal en poder de los bancos emisores, y suprimir este último. [1935]

Los méritos o deméritos de estos planes no se cuestionan aquí. Se han mencionado por dos razones: primero, porque muestran cuán infundada es la creencia de que los líderes científicos no se ocuparon de los problemas de la reforma monetaria hasta nuestros días; segundo, porque todos esos planes descansaban sobre una base de trabajo analítico, cuya importancia fundamental debe reconocerse con bastante independencia de si nos gustan o no los planes mismos.

2. Trabajo analítico

La historia del trabajo puramente analítico de la época —a la que de ahora en adelante limitaremos nuestra atención casi exclusivamente— es una historia de avance exitoso. 1936 Aunque, como acabamos de ver, la mayoría de los líderes participaron con entusiasmo en las discusiones sobre los problemas prácticos de su época, su trabajo dependía menos de este estímulo que el trabajo de sus predecesores: más que antes el análisis avanzó. , por así decirlo, por sus propios medios, y la filiación puramente científica de ideas —un cambio doctrinal que no es simplemente una reacción a los hechos cambiantes y los humores políticos cambiantes— es más evidente que en el período anterior. Y más que en otras partes de la economía surgieron métodos y resultados nuevos y valiosos a partir del acervo de conocimientos preexistente: en la "teoría general" es posible, si así lo elegimos, hablar de revolución; en teoría monetaria sólo hubo una evolución vigorosa. No se produjo ninguna ruptura con el trabajo que JS Mill había convertido en una forma imperfectamente sistemática. Sin embargo, la mayor parte del terreno sobre el que se asienta hoy la estructura del análisis monetario fue realmente conquistado.

El cuadro general que estoy a punto de presentar adolece de la imposibilidad de dar cuenta, salvo en raras ocasiones, del trabajo fáctico de ese período que es al menos tan importante para el nuestro como lo son las «teorías». Pero todo lo que se puede hacer en un boceto como este es mencionar tipos y dar uno o dos ejemplos de cada uno. Hay, en primer lugar, algunos informes oficiales realmente excelentes: además de los ingleses, que como de costumbre ocupan el primer lugar, volveré a referirme a los de las conferencias monetarias internacionales y de la Comisión Monetaria Nacional de Estados Unidos (1911–12). En segundo lugar, están las historias de las monedas y de la banca, como *History of Currency, 1252-1894* (1895) de WA Shaw o el clásico de WG Sumner, *A History of American Currency* (1874). En tercer lugar, el período produjo repertorios de materiales que aún son valiosos: *Materialien zur Erläuterung und Beurteilung der wirtschaftlichen Edelmetallverhältnisse de* Adolf Soetbeer (1814-1892) (1885; *traducción al* inglés de la 2a ed., 1887, la séptima parte del cual contiene su famoso Tabla de Precios) es el desempeño sobresaliente de este género. Un cuarto tipo está ejemplificado por el trabajo estadístico de Sir RH Inglis Palgrave sobre los bancos centrales, especialmente el Banco de Inglaterra (la mayor parte resumida en su *Bank Rate and the Money Market* , 1903, que es una obra maestra del arte de hacer hablar a las cifras) : es muy difícil formular resultados particulares, pero quien examina este libro página por página descubre de repente que comprende el tema. En quinto lugar, debemos señalar la infiltración de métodos estadísticos modernos en el campo; el primer ejemplo que conozco son los *Estudios estadísticos de* JP Norton *en el mercado monetario de Nueva York* (1902).

¿Por qué, entonces, se hace referencia a la obra de ese período de manera tan despectiva y muchos de nosotros construimos una división completamente irreal entre ella y la nuestra? Una respuesta es precisamente que la calidad evolutiva de esos nuevos métodos y resultados los hace parecer meras reformulaciones de material antiguo. Pero hay otra respuesta, muy interesante para el estudioso de los mecanismos del "progreso" científico. Ese período no logró desarrollar y sistematizar sus conquistas en una forma fácilmente accesible para todos los economistas, con todas las implicaciones y aplicaciones bien elaboradas y exhibidas en bandeja de plata. Por lo tanto, estas conquistas no penetraron en el curso común de la literatura, especialmente en los libros de texto, de modo que la crítica despectiva, si bien suscita justa indignación en estudiosos como la profesora

Marget, está al mismo tiempo en condiciones de justificarse mediante citas de los textos comunes. incluso de libros tan conocidos, exitosos y (a su manera) meritorios como *Das Geld* (1903) de Karl Helfferich , o *Principles of Money* (1903) de JL Laughlin , o el popular *Money and Banking de* Horace White (1a ed., 1895; 5a ed., 1914), o *Money de* David Kinley (1904), o *La Monnaie* de Alfred de Foville (1907). Incluso *Sozialökonomische Theorie des Geldes* (1909) de Adolf Wagner , que toma un vuelo más alto y contiene varios puntos originales, no está en mucho mejor caso, y *Geld und Credit de* Karl Knies (1873-189), aunque importante en otros aspectos, agregó pero poco a los temas cubiertos por su título.

Sin embargo, en conciencia, debemos mencionar al menos algunos más de esos libros de texto que se destacan del resto por una razón u otra: Jevons ' *Money and the Mechanism of Exchange* (1875), que tuvo muchas ediciones, un libro encantador en el que elementos bastante trillados a veces son glorificados por chispas originales; *Tratado sobre el dinero y ensayos sobre problemas monetarios de* J. Shield Nicholson (1888), una obra que nunca ha merecido lo que merece; El famoso libro de texto de FA Walker, *Money* (1878), quizás el mejor medio para familiarizarse con la doctrina actual de aquellos tiempos en su máxima expresión; *La Moneta* (1883) de Tullio Martello , cuyo valor se ve levemente afectado por algunos caprichos liberalistas sobre la libre acuñación; *La Moneta de* A. Messedaglia . . . (1882-183), una de las mejores actuaciones de la literatura científica sobre el dinero que precedió a los logros de Walras-Marshall-Wicksell-Fisher. Además, conviene mencionar las partes, libros o capítulos sobre dinero de los tratados generales —como el de Pierson, el de Divisia o el de Colson—. 1937 Pero debemos limitarnos al tercer libro de *Theoretische Sozialökonomie* de G. Cassel (1918, 4ª ed. Rev. 1927; *traducción* inglesa, 1923, nueva ed., 1932). Este trabajo merece ser destacado porque presenta, con una claridad que no admite dudas, un ejemplo de la visión de que la lógica fundamental del proceso económico es enteramente independiente del fenómeno monetario, cuya teoría consiste fundamentalmente meramente en la teoría del nivel de precios —por la cual los precios relativos (relaciones de cambio) se convierten en precios monetarios absolutos según las líneas de la teoría cuantitativa — y, por tanto, *real* y no sólo *aparentemente* está fuera del cuerpo de la teoría económica general. En este sentido, Cassel perdió por completo la importancia del mensaje de Walras, que en otros aspectos siguió tan de cerca. Pero si tomamos su tratamiento como un ejemplo destacado de lo que de hecho es una visión completamente anticuada del asunto, debemos agregar que representa esta visión de manera extremadamente eficaz y que, por lo tanto, su tratamiento conserva importancia. Esta importancia tampoco es meramente histórica. Bien podemos utilizar Cassel siempre que queramos averiguar a qué equivale realmente nuestro propio avance.

Una breve descripción de la naturaleza y el destino de las principales actuaciones analíticas del período explicará este estado paradójico de las cosas.

(a) Walras.

Primero, con mucho, la mejor de esas actuaciones fue la de Walras. 1938 En el mismo sentido en que es cierto decir que creó la estática económica, la teoría moderna del equilibrio económico, también es cierto decir que creó la teoría moderna del dinero. De hecho, su teoría del dinero y el crédito es simplemente parte de esta teoría general del equilibrio económico. Por lo tanto, cumplió sustancialmente el gran desiderátum que tanto se ha subrayado durante los últimos veinte años, a saber, el desiderátum de que el análisis del dinero debe integrarse en el sistema de la teoría general en lugar de desarrollarse independientemente y luego enyesarse sobre él. Y, en *lo que respecta a la estática*

monetaria , todas las proposiciones desarrolladas sobre el dinero y los procesos monetarios están contenidas en su sistema o pueden derivarse de él mediante la introducción de supuestos adicionales. Así, como ha demostrado Lange, [1939] , el análisis keynesiano de la *Teoría General* (no del *Tratado* de 1930) no es sino un caso especial de la teoría genuinamente general de Walras. Pero, como hemos visto, Walras no se hizo realidad hasta los años veinte. La influencia que ejerció durante el período en discusión fue principalmente a través de Wicksell y Pantaleoni. E incluso estos dos no apreciaron completamente la importancia de su trabajo sobre el dinero. Su sucesor inmediato, Pareto, fue completamente ciego y retrocedió en lugar de avanzar en este campo en particular. Walras sí encontró dos excelentes seguidores. Pero permanecieron casi completamente desconocidos, Aupetit y Schlesinger. [1940]

En lo que respecta al período objeto de estudio, la teoría walrasiana del dinero simplemente no existía para la abrumadora mayoría de economistas. Aprovecho, sin embargo, la oportunidad para darme cuenta de la obra original de Del Vecchio, que, en parte a partir de bases walrasianas, se inició en los últimos años de ese período. [1941]

Otro cuerpo de trabajo original sobre el dinero, relacionado con el de Walras, puede ser convenientemente mencionado aquí, a saber, el de Irving Fisher. La mayor parte llegó demasiado tarde para ejercer influencia durante el período. Y cuando apareció, la atención profesional se concentró demasiado en un libro, *El poder adquisitivo del dinero* (1911), cuyo éxito oscureció el hecho de que presentaba sólo un aspecto —y no el más importante— de la economía monetaria de su autor. teoría *como se entiende ahora esta frase* . Desde la publicación de este libro, Fisher ha sido clasificado como patrocinador de una forma particularmente rígida de teoría cuantitativa (véase más adelante, sección 5) y todas sus demás contribuciones al análisis monetario del proceso económico en su conjunto: el análisis monetario en el En el sentido en que la *teoría general* de Keynes es análisis monetario, se han descuidado. Esto fue y es porque no los llamó análisis monetario o de ingresos, sino que eligió otros títulos, como *Teoría del interés* o *Booms and Depressions* . En consecuencia, sus lectores nunca tuvieron una visión completa de su trabajo sobre el dinero y, en particular, nunca notaron la veta walrasiana en él. [1942]

(b) Marshall.

La segunda gran actuación de las últimas tres décadas del siglo XIX fue la de Marshall. [1943] Al igual que Walras, aunque menos explícitamente, vio el problema monetario como parte del análisis general del proceso económico y como una de las puertas de la teoría del empleo. Más claramente que Walras, aunque menos enfáticamente que Wicksell, enseñó la importancia de la distinción entre la tasa de interés `` real '' y la `` monetaria '' y de prestar atención a los detalles del mecanismo por el cual los cambios en la cantidad de dinero actúan sobre el sistema económico. Y hubo muchos indicios que sugieren desarrollos futuros, aunque solo algunos de ellos se mencionarán en este capítulo. Tenía todos los elementos necesarios para dar un paso adelante decisivo, aunque él mismo no dio ese paso. A diferencia de Walras, él estaba de hecho en una posición de liderazgo eficaz. A partir de 1885, toda la población mundial de economistas habría escuchado si se hubiera dirigido a él. Pero sólo se le concedieron destellos de sus opiniones sobre los problemas monetarios hasta la publicación, en su extrema vejez, de *Money, Credit, and Commerce* (1923), cuando ya nada parecía novedoso. Sus alumnos de Cambridge y otros seguidores suyos lo escucharon. Como cuestión de justicia histórica, debe enfatizarse que, al desarrollar las teorías monetarias inglesas de nuestro propio tiempo, Hawtrey,

Lavington, Keynes, Pigou y Robertson desarrollaron la enseñanza marshalliana, aunque siguiendo sus propias líneas.

No es necesario comentar obras que están en manos de todos los alumnos. Todo lo que es necesario señalar aquí son los vínculos con Marshall. El profesor RG Hawtrey tal vez no debería ser llamado alumno en el mismo sentido en que este término se aplica a los demás. Pero la mayoría de las proposiciones que individualizan su enseñanza, que, como el lector sabe, está principalmente orientada a los problemas de los ciclos económicos, puede rastrearse hasta Marshall (y algunas hasta Wicksell). La mejor manera de decirlo es quizás decir que el análisis de Hawtrey es un desarrollo original, en cierta dirección, del análisis de Marshall. De sus numerosas obras, bastará mencionar aquí *Buen y mal comercio* (1913), *Moneda y crédito* (1ª ed., 1919), *El arte de la banca central* (1932), *Capital y empleo* (1937). Las obras de Frederick Lavington no son tan conocidas como merecen: *The English Capital Market* (1921) y *The Trade Cycle* . . . (1922). Son incondicionalmente marshallianos. También lo es el artículo del profesor Pigou, The Value of Money, en el *Quarterly Journal of Economics* , noviembre de 1917, su principal contribución a la teoría monetaria per se. Otras contribuciones se encuentran en su *Industrial Fluctuations* (1927). De todos los demás, mencionaré sólo su análisis monetario del proceso económico, *Empleo y Equilibrio* (1941). El esqueleto teórico del primer libro de Lord Keynes, *Indian Currency and Finance* (1913), también era marshalliano, y en su *Tract on Monetary Reform* (1923) escribió que su 'exposición [de la teoría monetaria] sigue las líneas generales del profesor Pigou y Dr. Marshall "(p. 85n.), aunque sus propias notas suenan en puntos críticos. Su libro más ambicioso, *Tratado sobre el dinero* (1930), puede describirse como un desarrollo de las líneas marshallianas y wicksellianas (aunque también alejadas de ellas); sin embargo, los elementos wicksellianos fueron redescubiertos, no tomados de Wicksell. Sólo en *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936) se renunció formalmente a la lealtad a Marshall. Esto hace que sea aún más importante señalar que no fueron tanto las diferencias teóricas las que produjeron esta ruptura póstuma con Marshall como la diferencia en la visión social, en los diagnósticos que Marshall y Keynes formaron sobre la situación económica de su época. En lo que respecta a los puntos teóricos y no a los supuestos fácticos o recomendaciones prácticas, sólo había una diferencia importante, sobre el mecanismo de ahorro e inversión, pero incluso éste podría haberse reducido a una cuestión de cambio de énfasis, de no ser así. Ha sido esencial para Keynes divorciarse de lo que llamó la "teoría clásica". La *política bancaria y el nivel de precios* (1926) del profesor DH Robertson fue realmente más allá de Marshall que cualquiera de los trabajos mencionados en este párrafo. Si estuviera solo, no sería apropiado encasillar a Robertson con los Marshallianos. Tampoco puede estar tan encasillado por la fuerza de su teoría de los ciclos económicos. Pero se puede decir que el resto de sus publicaciones sobre el dinero (incluido su conocido libro de texto elemental), las más importantes de las cuales se han vuelto a publicar en sus *Ensayos en teoría monetaria* (1940), surgieron de raíces marshallianas.

Pero este éxito de la enseñanza de Marshall sobre el dinero vendría más tarde, tan tarde que perdió parte del crédito por ello. Hasta 1914, la teoría monetaria fuera de Cambridge prácticamente no se vio afectada por la influencia marshalliana.

(c) Wicksell.

La tercera gran actuación a mencionar es la de Wicksell. [1944] Póstumamente adquirió una reputación internacional aún mayor como teórico monetario que Marshall o Walras. Esta mejor fortuna se debe al hecho de que sus discípulos suecos nunca dejaron de llamarse a sí mismos wicksellianos,

incluso cuando lo criticaron y lo superaron, y que su mensaje se hizo accesible en alemán en una fecha relativamente temprana y en una forma que no era tan prohibitiva como fue el de Walras. Pero le tomó décadas llegar a la esfera angloamericana.

Una vez más, apenas es necesario mencionar nombres tan conocidos como Myrdal, Ohlin, Lindahl, Lundberg. *Equilibrio monetario de* Gunnar Myrdal (sueco, 1931; alemán, 1933; inglés, 1939), ensayo sueco de Bertil Ohlin sobre la teoría de la expansión, 'Penningpolitik, offentliga arbeten, subventioner och tullar som medel mot arbetslöshet', publicado en un informe sobre política monetaria para la Comisión de Desempleo de Suecia, 1934), y el resumen en inglés de Erik Lindahl de sus contribuciones (*Studies in the Theory of Money and Capital* , 1939). Los *estudios de* Erik Lundberg *en la teoría de la expansión económica* (1937) representarán el desarrollo post-Wickselliano. Es un hecho interesante notar en una historia del análisis económico que, hasta hace unos diez años, este desarrollo fue paralelo y en algunos puntos importantes anticipado, el inglés (keynesiano) sin que los economistas ingleses lo conocieran. Algunas protestas leves resultaron naturalmente de este estado de cosas y también algunas discusiones sobre las diferencias y los méritos relativos de los dos cuerpos de pensamiento. Véase 'Some Notes on the Stockholm Theory of Savings and Investment' de Ohlin, *Economic Journal* , marzo y junio de 1937, y las discusiones posteriores en el mismo Journal (véase más adelante, Parte V, cap. 5). El profesor D. Davidson, el crítico contemporáneo y útil de Wicksell, no debería dejar de mencionarse. El lector encuentra todo lo que debe saber sobre las doctrinas monetarias de Davidson en el excelente artículo, The Monetary Doctrines of Professor Davidson, del Sr. Brinley Thomas (*Economic Journal* , marzo de 1935). En *Monetary Policy and Crises* (1936) de este último hay un breve pero útil esbozo de la teoría monetaria sueca desde Wicksell.

(d) Los austriacos.

En cuarto lugar, estuvieron las aportaciones del grupo austriaco. Todos partieron de Menger, [1945] , quien, sin embargo, no trazó una línea para sí mismo: su teoría, aunque fue una interpretación magistral hasta donde llegó, era simplemente un descendiente de Davanzati. Fue Wieser quien intentó una nueva salida. [1946] Al tratar de hacerle justicia, nos encontramos con la misma dificultad que enfrentamos cuando intentábamos definir su lugar en la historia de la teoría general. La visión espaciosa de Wieser del fenómeno monetario no se traduce adecuadamente llamándolo patrocinador del "enfoque de ingresos" de [1947] o patrocinador del estándar de consumo. Comprende mucho más que eso, en particular la concepción de una teoría monetaria del proceso económico en su conjunto. Pero era tan deficiente en técnica y tan poco capaz de acuñar su metal que nada de esto salió como debería. Y así, su influencia afectó solo a unos pocos individuos. El autor del trabajo estándar del grupo sobre el dinero, von Mises, [1948] , quien también fue su principal maestro en el campo —de hecho, el fundador de una escuela propia— fue sin duda uno de ellos. Pero solo simpatizaba parcialmente con las opiniones de Wieser.

3. Fundamentos

(a) Naturaleza y funciones del dinero.

Durante todo el período se llevaron a cabo debates sobre la naturaleza y las funciones del dinero y, por tanto, sobre la cuestión de la definición. Pero, con la excepción de ser notado en (b), no despertaron mucho interés y, sin excepción, no produjeron resultados muy interesantes. Creo que la mayoría de los escritores aceptaron, o hubieran estado dispuestos a aceptar, la definición de Roscher.

[1949] Menger y sus seguidores lo hicieron con especial énfasis, sin ninguna intención de comprometerse con todas sus implicaciones. Otros, especialmente los estadounidenses, aceptaron la elegante frase de Walker: "El dinero es lo que hace el dinero", con un espíritu igualmente no comprometido. La mayoría de los escritores distinguieron entre dinero o dinero primario (es decir, moneda y fiat del gobierno, a menudo, pero no siempre, también billetes de banco o al menos billetes de bancos centrales) y dinero de crédito o fiduciario (es decir, medios de pago que surgen de transacciones crediticias), un distinción a la que algunos atribuían gran importancia en [1950] y que, en ciertos casos, era de hecho indicativo de algo más significativo que la preferencia terminológica. Hemos visto anteriormente que las principales autoridades en materia de dinero no eran adictas a ningún fetichismo acrítico del patrón oro. Donde sí defendían el patrón oro, como en Italia, existían buenas y suficientes razones prácticas para hacerlo. Pero prácticamente todos deben ser clasificados como metalistas teóricos en nuestro sentido del término. [1951] Parece que vale la pena hacer un repaso a los siguientes puntos.

Primero, siguió prevaleciendo la práctica de desarrollar la teoría del dinero a partir de sus antiguas cuatro funciones: medio de cambio, medida de valor, depósito de valor, estándar de pagos diferidos; muchos autores insisten tanto en la separabilidad de estas funciones como en la práctica. razones por las que los encontramos combinados. Walras, anticipado por supuesto por todos aquellos autores que, como A. Smith y Malthus, habían utilizado el trabajo como patrón de valor, introdujo la forma útil de mantener distinto el *numéraire,* una mercancía cuya unidad se usa para expresar precios y valores. pero cuyo propio valor no se ve afectado por este papel —y *monnaie*— , la mercancía que realmente sirve como medio de intercambio y cuyo valor se ve afectado en consecuencia porque su papel monetario absorbe parte de su oferta.

En segundo lugar, muchos escritores hicieron todo lo posible por enfatizar la función de depósito de valor del dinero. Esto es importante porque plantea la cuestión de hasta qué punto los economistas de ese período eran conscientes del fenómeno que se llama Preferencia de liquidez en la economía keynesiana de nuestros días. Marshall habló de una ley de atesoramiento según la cual la demanda de la gente por tesoros de oro aumenta a medida que aumenta su valor (ver *Official Papers* , p. 6). De vez en cuando parece haber pensado en el hecho de que las personas a veces no gastan, aunque tienen el poder para hacerlo. [1952] Von Mises notó de pasada que el dinero a veces se mantiene como un activo (*Vermögensanlage*). Yendo más allá, Kemmerer afirmó (*Money and Credit Instruments* , p. 20) que "continuamente se acumulan grandes sumas de dinero" y que "la proporción del medio circulante que se acumula de vez en cuando". . . varía con todas las influencias que afectan. . . confianza empresarial '. Además, Marshall y otros, especialmente Fisher, eran conscientes del papel que juega el acaparamiento, en el sentido de falta de voluntad para gastar, en el mecanismo de las depresiones. Pero sólo los forasteros, como Hobson, le atribuían una "importancia crítica" como causa de disturbios en general y de desempleo en particular. [1953] Dado que es esta característica la que constituye la teoría de la preferencia de liquidez, creo que debemos acreditar —o debitar— la introducción de la teoría a Lord Keynes (véase, sin embargo, más adelante, sec. 6).

En tercer lugar, la teoría del dinero de ese período no era un análisis monetario ni en el sentido de Becher y Quesnay [1954] ni en el sentido moderno; es decir, no era la teoría general de una economía monetaria. De hecho, hemos visto que la teoría del dinero de Walras está completamente integrada con su teoría general del valor y la distribución. Hemos notado y notaremos nuevamente otros avances en esa dirección, en particular el asociado con el nombre de Wicksell. Sin embargo, en general, la teoría

monetaria permaneció en un compartimento separado y la "teoría del valor y la distribución" en otro. Los precios (incluidas las tasas de ingreso) se mantuvieron principalmente en relaciones de cambio, que el dinero reduce a cifras absolutas sin afectarlos en nada, excepto en vestirlos con un disfraz monetario. O, en otras palabras, el modelo del proceso económico era en esencia un modelo de trueque, cuyo funcionamiento pueden perturbar las inflaciones y deflaciones, pero que es lógicamente completo y autónomo. Prácticamente todo el trabajo más valioso del período —en la medida en que no se refirió a problemas específicamente monetarios— fue Análisis real, incluso cuando expresó sus conceptos en términos de dinero. [1955]

Esta situación encontró expresión en la creación de un concepto interesante que surgió y se desvaneció con él. Si, por un lado, los hechos de valor y distribución son lógicamente tan independientes del dinero que pueden exponerse con sólo una referencia pasajera a él, pero si, por otro lado, se reconoce que el dinero puede actuar como un perturbador, entonces surge el problema de definir cómo debería comportarse el dinero para dejar sin influencia los procesos reales del modelo de trueque. Wicksell fue el primero en ver el problema con claridad y acuñar el concepto apropiado, Dinero Neutral. En sí mismo, este concepto no expresa más que la creencia establecida en la posibilidad de un análisis "real" puro. Pero también sugiere el reconocimiento del hecho de que el dinero no *necesita* ser neutral. Así que su creación indujo a buscar las condiciones en las que el dinero es neutral. Y este punto finalmente llevó al descubrimiento de que tales condiciones no pueden formularse, es decir, que no existe el dinero neutral o el dinero que sea un mero velo extendido sobre los fenómenos que realmente importan: un caso interesante de interpretación de un concepto. valioso servicio al resultar inviable. [1956]

En cuarto lugar, mientras la teoría del dinero residiera realmente en un compartimento separado, su problema central —y prácticamente único— era el valor de cambio o el poder adquisitivo del dinero. En el trabajo analítico del período, esto se destaca mucho más claramente que antes. De ahí la popularidad del título del libro, Dinero y precios, que persistió hasta la posguerra. [1957] Sin duda influenciado por el progreso del método del número índice, la mayoría de los autores, especialmente en los Estados Unidos, no dudaron en definir el valor del poder adquisitivo del dinero como el recíproco del nivel de precios. Los austriacos desconfiaban de los números índice de [1958] y sentían más reparos teóricos sobre la naturaleza del valor del dinero.

Un breve comentario sobre estos escrúpulos parece justificado. Desde el principio, los austriacos abrigaron el deseo, no antinatural desde su punto de vista, de aplicar su teoría de la utilidad marginal al caso del dinero, que tanto los enemigos de esta teoría como algunos de sus principales patrocinadores, Wicksell por ejemplo, declararon imposible. . Ahora era fácil aplicar la teoría de la utilidad marginal a la importancia que los individuos atribuyen a sus ingresos monetarios. Daniel Bernoulli (ver arriba, Parte II, cap. 6, sec. 3b) ya lo había hecho. Pero esta importancia para el individuo de una unidad de su ingreso monetario —su valor de cambio subjetivo como lo llamó Menger— no nos ayuda en absoluto cuando deseamos explicar el poder adquisitivo o el valor de cambio del dinero —el valor de cambio objetivo del dinero de Menger. Porque esto último debe ser conocido por el individuo —el individuo debe saber lo que comprará con su dinero— antes de que pueda poner un valor subjetivo a su dinero. A primera vista, por lo tanto, en el caso del dinero, es imposible hacer lo que se puede hacer en cualquier otro caso, es decir, deducir su valor de cambio a partir de curvas o programas de utilidad marginal: intentar hacerlo parece deletrear circular

razonamiento. No podemos quedarnos a discutir los esfuerzos de Wieser y especialmente de Mises para superar esta dificultad o las objeciones planteadas por Anderson contra su solución. [1959] Pero debe señalarse que, con bastante independencia de esta cuestión, la forma austriaca de enfatizar el comportamiento o la decisión de los individuos y de definir el valor de cambio del dinero con respecto a mercancías individuales más que con respecto a un nivel de precios de un tipo o otra tiene sus méritos, particularmente en el análisis de un proceso inflacionario: tiende a reemplazar una imagen simple pero inadecuada por otra menos clara pero más realista y más rica en resultados.

La mayoría de los economistas estuvieron de acuerdo —o hubieran estado de acuerdo si se les preguntara— en que el análisis de la utilidad marginal no se aplica al caso del valor de cambio del dinero. Pero la pregunta de si el aparato de oferta y demanda se aplica a él fue respondida afirmativamente por la mayoría. Ésta era la posición natural que debían adoptar aquellos que estaban dispuestos a tratar el dinero como cualquier otra mercancía, como lo eran los austriacos y E. Cannan. Pero es curioso que muchos de los que, al adoptar una fórmula especial para el dinero, como la ecuación de cambio o la fórmula del saldo de efectivo (ver más adelante, secciones 5 y 6), testificaron su creencia de que el dinero no puede ser tratado así. , también debería haber tomado esa posición. De hecho, tanto amigos como enemigos de la "teoría cuantitativa" coincidieron en describirla como una aplicación del aparato de oferta y demanda al caso del dinero. [1960]

[(b) La teoría estatal del dinero de Knapp.]

En Alemania, lo que puede describirse como una tempestad en una tetera fue planteada por la *Teoría del dinero estatal* de Knapp . [1961] Este libro presenta una teoría del dinero que se basa en el adagio: El dinero es la criatura de la ley. Si Knapp se hubiera limitado a afirmar que el estado puede declarar un objeto, una orden judicial, un boleto o una ficha (con un letrero) como dinero legal y que una proclamación a este efecto o incluso una proclamación en el sentido de que una determinada ficha de pago o boleto será aceptado en la liquidación de impuestos debe contribuir en gran medida a conferir algún valor a esa muestra de pago o boleto, habría afirmado una verdad, pero una trivialidad. Si hubiera afirmado que tal acción del estado *determinaría* el valor de esa ficha de pago o boleto, habría afirmado una proposición interesante pero falsa. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Negó explícitamente que estuviera interesado en el valor del dinero. Su teoría era simplemente una teoría de la "naturaleza" del dinero considerado como el medio de pago legalmente válido. Tomado en este sentido, era tan verdadero y tan falso como decir, por ejemplo, que la institución del matrimonio es una creación de la ley.

Sin embargo, si esto es así, ¿cómo podemos explicar el éxito del libro que, aunque sustancialmente limitado a Alemania, fue espectacular? Un intento de responder a esta pregunta podría constituir un estudio interesante en la psicología social del análisis económico. Primero, la exposición de Knapp fue extremadamente efectiva. Su dogmatismo contundente y su conceptualización original de su teoría de [1962] impresionaron a los legos y a los economistas que eran legos en teoría económica. En segundo lugar, muchas personas y especialmente los políticos de esa época dieron la bienvenida a una teoría que parecía ofrecer una base para la creciente popularidad del dinero administrado por el estado; durante la Primera Guerra Mundial, de hecho, se usó ampliamente para 'probar' que la inflación de la moneda no tuvo nada que ver con la subida de los precios. En tercer lugar, en casi total ignorancia tanto de la literatura como de la lógica del tema, Knapp creía que su teoría ofrecía no solo una alternativa al metalismo teórico —su aversión favorita— sino la única posible y que por sí sola era capaz de explicar

por qué tal algo como el papel moneda puede existir. *Y esta afirmación absurda fue ampliamente aceptada* , aunque Knapp fracasó por completo en elaborar una teoría no metalista del valor del dinero. [1963] Cuarto, líderes como Wieser y Hawtrey, que estaban avanzando hacia tal teoría, sintieron cierta simpatía por el trabajo que tenía un parecido superficial con el suyo. Aquel que esté interesado en la pregunta `` qué es lo que tiene éxito y cómo y por qué '' y que crea que la respuesta a esta pregunta es más reveladora que cualquier otra cosa sobre las condiciones que prevalecen en un campo de actividad humana, hará bien en reflexionar. esta.

4. El valor del dinero: enfoque numérico

Mucho más importante que la discusión teórica sobre el poder adquisitivo del dinero fue su complemento estadístico: los vigorosos desarrollos en el campo de los índices de precios durante ese período constituyen de hecho uno de los hechos más significativos en toda la historia de la economía y uno de los más importantes. avances significativos hacia una teoría económica que debe ser no sólo cuantitativa sino también numérica. Los índices de producción siguieron con un retraso considerable con respecto a los de precios, pero también se sentaron las bases para su desarrollo de posguerra. Y hubo un comienzo en la construcción de índices de salario y empleo. Pero precisamente porque el tema se expandió a vastas dimensiones, aquí no se puede hacer ningún intento por examinar su crecimiento. Me limitaré a mencionar los esfuerzos sobresalientes de sistematización de lo que se estaba convirtiendo en una especialidad o ciencia semiindependiente, y luego ofreceré algunos comentarios que pueden ayudar al lector a vincular el tema con el resto del análisis económico y ver sus orientaciones más generales. . [1964]

[(a) Trabajo temprano.]

Los números índice habiendo atraído la atención de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia, Edgeworth, actuando como secretario del comité que fue designado para el estudio del tema, escribió sus dos famosos informes (1887 y 1889), [1965] notable no tanto a causa de las recomendaciones formuladas con respecto a los métodos prácticos de elaboración de índices, así como a partir del análisis exhaustivo de significados y propósitos: estándar de trabajo, estándar de consumo, cuestión del índice de uso general, etc. En 1901, CM Walsh publicó su *Measurement of General Exchange Value* , que también basó la discusión de la técnica estadística en una teoría económica integral de los números índice elaborada en su importante libro, *The Fundamental Problem in Monetary Science* (1903). A continuación debe mencionarse la monografía del profesor WC Mitchell sobre números de índice de precios al por mayor, *Números de índice de precios al por mayor en los Estados Unidos y países extranjeros* (Boletín 173 de la Oficina de Estadísticas Laborales de los Estados Unidos, 1915, que se utilizará en su edición revisada, Boletín 284, 1921). Pero el siglo estadounidense en números índice iba a ser introducido por el monumental trabajo del profesor Irving Fisher sobre *The Making of Index Numbers* (1922), [1966] , la fuente de casi todos los mejores trabajos posteriores. Pero todo lo que se puede notar aquí de la riqueza de sus resultados es esto: Fisher analizó, clasificó y 'rectificó' los métodos de números índice existentes y posibles por medio de ciertas 'pruebas' previamente establecidas; es decir, formuló ciertas condiciones que los números índice deberían satisfacer; y desde entonces la mayor parte de la teoría de los números índice ha sido realmente la teoría de estas pruebas. Esto es mucho más importante que la búsqueda de un 'número índice ideal' per se, aunque, por supuesto, las pruebas se diseñaron para racionalizar esta búsqueda.

[(b) El papel de los teóricos económicos.]

El punto sobre los números índice que es más relevante para la historia del análisis económico es el papel dominante que juegan los teóricos económicos en su desarrollo. A primera vista, los números índice pertenecen al ámbito del técnico estadístico y su teoría debería, en consecuencia, formar parte de la teoría de la estadística, al igual que, por ejemplo, la teoría del muestreo. De hecho, una gran parte del trabajo sobre los números índice fue realizado por estadísticos o economistas a quienes poco les importaba la "teoría económica". Por ejemplo, la fórmula que de todos mostró la vitalidad más indestructible se debe a un hombre que no puede sin calificación ser llamado economista en absoluto, Laspeyres. [1967] Pero casi todos los impulsos e ideas decisivos vinieron de los *teóricos* económicos como lo habían hecho en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. Para establecer este punto basta con citar los nombres de Jevons, Edgeworth y Fisher, a los que hay que añadir el de AA Young. [1968] Pero estos no fueron casos aislados. Un número cada vez mayor de economistas a los que todo el mundo clasificaría principalmente como teóricos se interesó en desarrollar el método o en dilucidar, de forma crítica y constructiva, el significado y los propósitos de los números índice. Marshall sugirió el sistema de cadena. [1969] Lexis, Walras, Wicksell, Wieser, Pigou, por mencionar algunos líderes, contribuyeron sustancialmente a los fundamentos teóricos. [1970] Continuó su trabajo, a mayor escala, durante los años veinte y treinta. Desafortunadamente, no podremos notar con detalle los desarrollos desde 1920. Sin embargo, tres actuaciones de este período se mencionarán a continuación: las de Divisia, Haberler y Keynes.

Antes de continuar, permítanme reafirmar la razón por la que pensé que era necesario insistir en la participación de los teóricos económicos en el desarrollo del método del número índice. Algunos estadísticos y algunos economistas de inclinación antiteórica parecen pensar que esta pieza de análisis `` realista " es algo que se contrapone a las endebles estructuras de la teoría, algo que ha sido creado, en el verdadero espíritu científico, con el propósito de reemplazar el mero especulación. Parecía importante corregir esta opinión. El tema de los números índice ofrece un buen ejemplo de la manera en que la investigación teórica y la investigación estadística están realmente relacionadas y, en particular, cómo los métodos estadísticos pueden surgir del trabajo del teórico.

[(c) Haberler, Divisia y Keynes.]

Con la excepción de Wieser, la mayoría de los principales austriacos adoptaron una actitud crítica, por no decir hostil, hacia la idea de "medir" las variaciones en el poder adquisitivo del dinero (recíproco del nivel de precios) mediante números índice. Se inclinaron a negar la ciudadanía al concepto de nivel de precios y, en cualquier caso, a negar su mensurabilidad por principio. [1971] En vista del hecho de que tantos economistas depositaron y depositan una confianza acrítica en las cifras de los índices sin preocuparse por su significado, [1972] esta actitud proporcionó un antídoto muy necesario. Y no solo eso. La crítica, al principio meramente negativa, eventualmente se volvió constructiva en el libro del profesor von Haberler sobre el significado de los números índice. [1973]

El núcleo de su análisis es una interpretación de los números del índice de precios que se basa en la siguiente proposición: *para un individuo dado de gustos invariables* , el nivel de precios ha caído (aumentado) entre los puntos de tiempo t_0 y t_1 si, su ingreso monetario permaneciendo igual, el individuo puede comprar en t_1 una colección de bienes que prefiere a la colección que pudo comprar en t_0 (no puede comprar en t_1 una colección de bienes que prefiere a la colección que comprado en t_0). Esta interpretación conecta los números índice con la economía del bienestar. Pero su principal

importancia radica en el hecho de que las basa en la teoría de la elección y, por lo tanto, las hace anclarse en el centro mismo de la teoría del valor moderna. 1974

Mientras que Haberler abandonó la idea de un nivel de precios `` objetivo " y la reemplazó por lo que podría llamarse subjetivo, Divisia elaboró la teoría del nivel de precios objetivo o parámetro monetario, o índice monetario (*indice monétaire*), un logro de primer orden. importancia de la tasa. En la nota a pie de página se hace un intento de una explicación simple de la idea esencial. 1975

Es lógico que la idea de un nivel de precios global, incluso si es admisible, es para muchos propósitos mucho menos útil que la idea de niveles de precios seccionales, por ejemplo, de un nivel de precios de bienes de consumo (Estándar de consumo). y servicios que se distinguen del nivel de precios de los bienes de producción (o de inversión), o del nivel de precios de los productos terminados que se distinguen del nivel de precios de los servicios productivos, etc. El nivel general de precios en particular oculta los movimientos relativos entre sí de estos niveles seccionales, y estos movimientos relativos son de importancia fundamental para ciertas teorías del ciclo, especialmente para la del profesor von Hayek. También son de vital importancia para la "dinámica monetaria" del *Tratado* de Keynes , cuyo Libro II, totalmente dedicado a este tema, es la principal referencia para este tipo de análisis. [Esta sección quedó sin terminar].

5. El valor del dinero: la ecuación de cambio y el 'enfoque cuantitativo'

Hemos visto que, en lo que respecta a la gran mayoría de los escritores sobre el dinero, hay algo de verdad en la afirmación de que el análisis monetario de ese período residía, por así decirlo, en un compartimento separado. También es cierto —aunque hemos notado excepciones como Walras y los austriacos— que el mobiliario de este compartimento separado fue diseñado con el propósito especial de explicar el valor o poder adquisitivo del dinero y no destinado a ningún otro uso. Ahora bien, siempre que nos propongamos explicar el comportamiento de una sola variable del sistema económico, evidentemente es conveniente agrupar todas las demás en unos pocos grandes agregados y considerarlas como las 'causas' que determinan la que se explica. La llamada Ecuación de Cambio es ciertamente el sistema más simple posible de tales agregados que contienen el valor del dinero o el nivel de precios. Y si lo último es lo que hay que explicar, los otros caen naturalmente (aunque de manera ilógica) en el papel de sus 'causas' y la Ecuación de Intercambio, en sí misma nada más que el enunciado de una relación formal sin ninguna connotación causal, entonces se convierte o puede convertirse en la teoría cuantitativa. Ésta es la razón por la que durante ese período tanto la ecuación del intercambio como la teoría cuantitativa disfrutaron de otra oportunidad de vida y por qué gran parte de la discusión sobre la teoría del dinero tomó la forma de argumentos a favor y en contra de la teoría cuantitativa. Por lo tanto, debemos intentar averiguar a qué equivale realmente la teoría cuantitativa de estos escritores. Para lograr esto de la manera más útil para el lector, nos concentraremos en el logro sobresaliente en esta línea, la teoría del profesor Fisher del poder adquisitivo del dinero. 1976

En sí mismo, no hay nada nuevo en lo que se ha dado en llamar ecuación de Fisher o Newcomb-Fisher. Simplemente vincula el nivel de precios (P) con (1) la cantidad de dinero en circulación (M); (2) su 'eficiencia' o velocidad (V); y (3) el volumen (físico) de comercio (T). Expresemos esto escribiendo $P = f(M, V, T)$. A esta relación funcional la ecuación de Fisher imparte la forma particular: $P = f(M, V, T) = MV / T$ o $MV = PT$. De nuevo, esta ecuación *no* es una identidad sino una condición de equilibrio. Porque Fisher no dijo que MV es lo mismo que PT o que

MV es igual a PT por definición: valores dados de M , V , T tienden a *producir* un valor determinado de P , pero no simplemente *deletrean* una determinada P . Pero el análisis monetario realmente interesante comienza detrás de la fachada de la ecuación. Surgen dos conjuntos de preguntas.
[(a) La definición de los conceptos.]

Primero, ¿cuáles son los significados precisos de P , M , V , T ? Independientemente de lo que se pueda alegar contra el enfoque de la teoría cuantitativa, ciertamente tiene una virtud: la proximidad obvia de sus conceptos al material estadístico obliga a los teóricos a hacer lo que sin esta compulsión a menudo no logran hacer, es decir, definir sus conceptos de manera precisa y operativa. No podemos hablar o incluso la lista, pero sólo podemos señalar, todos los problemas que se esconden detrás de la pregunta, que los precios deberían, a los efectos generales de la ecuación de cambios, pueden incluirse en P , y en consecuencia el que las transacciones en T . [1977] El propio Fisher, aunque en sus consideraciones introductorias definió T como la cantidad de "bienes" comprados con dinero, adoptó un concepto más amplio, que incluía valores, en su trabajo estadístico. Pero la atención se debe llamar a algunos problemas relativos a la definición de M .

La mayoría de los escritores sobre dinero se mostraron reacios a llamar dinero a los depósitos de cheques, al menos a hacerlo sin calificación. Como hemos visto, por lo general enfatizaban la diferencia entre dinero y "crédito" (ver más adelante, sec. 6) o dinero "primario" y "fiduciario". Pero cuando se trataba de trabajar en la ecuación de cambio, la mayoría —especialmente los estadounidenses, que realizaban con mucho la mayor parte del trabajo estadístico— incluían el tipo cuantitativamente más importante de 'instrumentos de crédito', los depósitos de cheques, por supuesto , llegando a menudo a llamarlos "moneda de depósito". La M de su ecuación de intercambio, entonces, significaba sustancialmente moneda, fiat del gobierno, billetes, depósitos a la vista. Dado que esto significa incluir prácticamente `` todo lo que compra ", podría parecer que deberían haber tenido en cuenta, por un lado, el trueque (y también el hecho de que parte del producto social es consumido directamente por sus productores) y, por otro lado, excluyó el dinero no circulante (las reservas de efectivo de los bancos y los tesoros). La primera dificultad fue, por lo que puedo ver, que no se tomó muy en serio; En cuanto a la segunda, citaré simplemente la opinión de Kemmerer (*op. cit.* p. 23): `` para la verdad de la teoría cuantitativa no hay ninguna diferencia si se ofrece nuevo dinero por mercancías de una vez, lentamente o nada, 'porque el dinero que no circula tiene simplemente la velocidad cero.

En Europa, especialmente en el continente europeo, este esquema conceptual fue mucho menos popular, en parte, porque la mayoría de los europeos no se enfrentaron a la tarea estadística. Para dar un ejemplo de primera fila para un esquema alternativo: Wicksell (como Rodbertus antes que él) confinó a M al dinero metálico (y, supongo, al papel moneda fiduciario que no tiene ningún título de redención en metal), e interpretó los billetes y depósitos como dispositivos para aumentar la velocidad del "dinero", de modo que las reservas bancarias, en lugar de tener la velocidad cero, tuvieran una muy alta (la "velocidad virtual" de Fisher). El lector debe observar que no hay ningún mérito o demérito intrínseco en ninguno de los arreglos: la conveniencia por sí sola es el criterio para elegir entre ellos. Este criterio, por supuesto, influye mucho en la "alternativa estadounidense". Pero hay otro punto al que atender. Fisher introdujo los depósitos de cheques (M') con una velocidad distinta (V') por separado en su ecuación para que diga: $MV + M'V' = PT$. Pero introdujo dos hipótesis adicionales. Primero, asumió que existe una relación muy estable entre el dinero primario (el efectivo de mano a

mano) que las personas llevan en sus bolsillos o guardan en sus cofres o bóvedas y las cantidades de medios líquidos que mantienen en cuenta corriente. En segundo lugar, asumió que, *en equilibrio* , y por períodos no demasiado largos, existe una relación muy estable entre las reservas del sistema bancario y la suma total de los depósitos corrientes. Consideremos lo que esto significa. En virtud de estas dos hipótesis, la posición de Fisher se encuentra en algún lugar entre la posición de aquellos que simplemente incluyen en *M* depósitos a la vista junto con 'moneda fuera de los bancos' sin hacer ninguna distinción entre estas dos categorías (en lo que respecta a los problemas de poder adquisitivo) y la posición de quienes, como Wicksell, incluyen sólo moneda y papel irredimible. Porque esa parte de la cantidad de dinero que Fisher llamó "primaria" y que, imaginando las condiciones angloamericanas de 1911, identificó con el oro, adquiere una posición no compartida por los depósitos corrientes. Estos siguen siendo de hecho 'moneda de depósito', pero se sugiere la idea de que la variación en la cantidad de *esta* moneda está gobernada por la variación en la cantidad de la 'moneda principal' o, en esas condiciones, de oro. El lector verá qué tan bien se vincula esto con el plan de dólares compensados, que tiene como objetivo controlar el nivel de precios mediante variaciones apropiadas del contenido de oro de la unidad monetaria.

Se deben mencionar dos puntos adicionales sobre la *V* , es decir, adicionales a la observación hecha anteriormente de que el concepto de velocidad depende del concepto de cantidad que elegimos adoptar. Primero, no se logró un gran avance más allá de Mill en el análisis de los factores detrás de la velocidad del dinero. [1978] De hecho, no fue antes de la publicación de Pigou's *Industrial Fluctuations* [1979] que se distinguieron claramente los distintos tipos de velocidad y que el más importante de ellos, la ahora familiar Velocidad de Ingresos, se hizo patente en la profesión en general. Pero no se debe decir que los economistas de ese período consideraban habitualmente la velocidad como una constante. El énfasis de Kemmerer en [1980] sobre su variabilidad en función de la situación empresarial general debería bastar para refutar una acusación que se repite constantemente y que ha creado, en muchas mentes, una impresión totalmente irreal en el sentido de que es el principal mérito del análisis moderno. haber reconocido esta variabilidad. En segundo lugar, debemos presentar nuestros respetos a algunos esfuerzos pioneros en la medición estadística de la velocidad: hitos, aunque solo parcialmente exitosos, en el camino hacia la economía numérica, principalmente asociados con los nombres de des Essars, Kinley, Kemmerer y, sobre todo, Irving Fisher. [1981]

[(b) Distinción entre la ecuación de intercambio y la teoría cuantitativa .]

El segundo grupo de preguntas gira en torno a nuestra distinción entre ecuación de intercambio y teoría cuantitativa. ¿Hasta qué punto los escritores de la época *en realidad* van más allá de la declaración de la relación formal de equilibrio $MV = PT$? La tarea de responder a esta pregunta se vuelve más difícil por el hecho de que esos escritores mismos no hicieron esa distinción, sino que a menudo se describieron como partidarios de la teoría cuantitativa cuando lo único que querían decir era que veían alguna ventaja en el uso de la ecuación de intercambio. o sus equivalentes. Sin embargo, en lo que respecta a la mayoría de los autores del primer vuelo, bien podemos tomar como típica la opinión que Pigou expresó un poco más tarde ('The Value of Money,' *Quarterly Journal of Economics* , noviembre de 1917): [1982] ' La "teoría cuantitativa" a menudo se defiende y se opone como si fuera un conjunto definido de proposiciones que deben ser verdaderas o falsas. Pero, de hecho, las fórmulas empleadas en la exposición de esa teoría son simplemente dispositivos que nos permiten reunir de manera ordenada las principales causas por las que se determina el valor del dinero ». Esta afirmación,

en la que las palabras Teoría cuantitativa deben reemplazarse por Ecuación de intercambio, ciertamente es válida para el propio Marshall y para todos los Marshallianos: no fueron en absoluto más allá de usar su variante de la ecuación de intercambio. Lo mismo se aplica al tratamiento de Wicksell de la influencia sobre los niveles de precios de las variaciones autónomas en la cantidad de dinero: Wicksell puso tanto énfasis en el papel de la tasa de interés como para dejar poco espacio para *las* influencias *directas* de las variaciones autónomas en la cantidad de dinero. dinero. Por supuesto, desde el punto de vista de aquellos opositores extremistas de la teoría cuantitativa, que se notan actualmente, que negaban que las variaciones autónomas en la cantidad de dinero tuvieran *alguna* influencia sobre su valor, él y Marshall tendrían que ser clasificados como teóricos cuantitativos. . [1983] El caso de Walras fue diferente, al menos en la superficie.

La posición de Walras es extremadamente difícil de entender. Su trabajo puramente analítico sobre el problema (ver su tratamiento en los *Éléments* y en la 'Note sur la' Théorie de la Quantité 'en los *Études d'économie politique appliquée* , pp.153 y siguientes) presenta en primer lugar una muy interesante característica: no se limitó a postular que el valor del dinero es inversamente proporcional a su cantidad, sino que intentó deducirlo racionalmente del principio de utilidad marginal, llegando a decir que habría que rechazar este último para tener un derecho a rechazar el primero. Otra característica interesante es que permite determinar de antemano las cantidades de capitales fijos y circulantes en función de un tipo de interés dado. Pero, demostrado bajo estas restricciones, el teorema en cuestión, aunque por supuesto verdadero, es extremadamente débil y completamente abierto a la objeción que encontramos con tanta frecuencia, que la teoría cuantitativa es verdadera sólo bajo supuestos que la hacen trivial y sin valor. Dado que el teorema de Walras realmente equivale a no más que eso, si todas las demás cosas son *estrictamente* iguales en el tiempo, una cantidad determinada de transacciones también podría efectuarse por medio de una cantidad menor de unidades monetarias si todos los precios se redujeran en la misma proporción. Sin embargo, Walras no solo llamó a *esto* la *théorie de la quantité, lo* que en sí mismo nos daría derecho a clasificarlo con sus *oponentes* porque, si esta es realmente su *fórmula exacta* , entonces ciertamente no hay nada en ella, sino que también parece tener Había sido víctima del engaño de que este teorema era toda la base analítica necesaria para su plan de reforma monetaria, es decir, identificó este teorema con la proposición de que el control práctico del nivel de precios se puede lograr controlando la cantidad de dinero, un proposición que, correcta o incorrecta, tiene ciertamente poco que ver con el teorema demostrado.

La proposición de Kemmerer de que la cantidad de medio circulante que se acumula varía ampliamente a corto plazo equivale a renunciar a la teoría cuantitativa en el sentido más estricto y la reduce tanto como podamos imputarle a la afirmación de que P está determinada por las tres variables M , V , y T , mientras que no podemos decir *igual de bien* que M se rige por P , V , y T , o V por P , M , T , o T por P , M , V . Fisher expresó esto diciendo (*Poder adquisitivo* , p. 172) que "el nivel de precios es *normalmente* el único elemento absolutamente pasivo en la ecuación de intercambio". [1984] Pero fue más allá. También sostuvo, no de hecho como una cuestión de teoría general, sino como una cuestión de hecho estadístico, que en prácticamente todos los casos de fluctuaciones sustanciales de los niveles de precios era sólo M , y ni V ni T , que variaban lo suficiente como para ser considerado como el explicando la variable, en otras palabras, que M era normalmente la variable "activa" más importante ya que P era normalmente la pasiva. Esto parece acercarse tanto a la enseñanza de la teoría cuantitativa en su aceptación más audaz como lo hizo la enseñanza de cualquier economista de primera línea. [1985] Si

además recordamos los rígidos supuestos que hizo Fisher sobre la relación entre el total de depósitos de cheques y el oro, en virtud de los cuales la cantidad total del medio circulante está (bajo las condiciones angloamericanas de 1911) gobernada por la producción de oro y el oro. exportaciones o importaciones, parece que obtenemos no solo una teoría cuantitativa del valor del dinero, sino (para esas condiciones particulares) una teoría cuantitativa del oro.

Es aún más importante darse cuenta de que se equivocaron aquellos críticos que clasificaron a Fisher como patrocinador del tipo más rígido y mecánico de teoría cuantitativa y que, basándose en esto, ven un abismo casi infranqueable entre la teoría monetaria de la economía. período bajo estudio, representado por Fisher, y la teoría monetaria de los años veinte y treinta. Están equivocados por dos razones: (1) la teoría monetaria de los años veinte y treinta está mucho más influenciada por la teoría cuantitativa de lo que generalmente se cree; 1986 (2) debería quedar claro, no sólo por todos los demás escritos de Fisher sino especialmente por su *Teoría del interés* , que no se le puede clasificar entre los teóricos cuantitativos excepto en un sentido especial.

En primer lugar, se detuvo en seco del teorema de la cantidad en su sentido más amplio posible, al admitir la influencia de *T* tanto en *V* y *M* (*poder adquisitivo* . . ., Cap. 8, § 6): este se debilita considerablemente el teorema, al menos como una propuesta a largo plazo, ya que introduce una relación entre las variables independientes " que interfiere con los efectos directos de las variaciones en *T* sobre *P* . En segundo lugar, dado que el teorema de la cantidad sólo se cumple en un estado de equilibrio, por supuesto, no es una calificación ni una objeción decir que no se cumple en lo que Fisher llama "períodos de transición". Pero en realidad, dado que el sistema económico está prácticamente siempre en un estado de transición o desequilibrio, casi siempre se evidencian fenómenos que *parecen* incompatibles con el teorema cuantitativo y que de hecho han proporcionado muchos de sus argumentos a sus oponentes. Prestando especial atención a ellos, especialmente a un tipo de ellos, a saber, la tendencia de la tasa de interés a ajustarse a los precios tanto al alza como a la baja con un rezago (véase más adelante, sec. 8) 1987, Fisher cambió por completo esta situación. En lógica estricta, por supuesto, simplemente complementó la información que transmite el teorema de la cantidad. Pero a efectos prácticos y, sobre todo, si nos colocamos en el punto de vista de amigos y enemigos ingenuos del teorema cuantitativo, podríamos decir con casi igual justicia que, en una parte amplia y particularmente valiosa de su obra, lo archivó. En tercer lugar, Fisher enfatizó incansablemente que *M* , *V* , *T* eran sólo los ' *próximos* causas' de *P* . Detrás de ellos hay casi una docena de influencias indirectas en poder de compra (*op. Cit.* Caps. 5 y 6) que actúan sobre los niveles de precios a través de *M* , *V* , *T* . Todos los teóricos cuantitativos de todos los tiempos habrían aceptado esto, al menos bajo fuego crítico. Pero hay un punto más allá del cual el énfasis en esas influencias indirectas comienza a deteriorar el estado de las causas próximas, que luego degeneran fácilmente en causas intermedias y finalmente en meros nombres de lo que luego se nos lleva a etiquetar como causas "reales". Y este punto parece haber llegado a Fisher: particularmente en el análisis dinámico (su análisis de los 'períodos de transición'), que es realmente lo que importa, esas causas indirectas se vuelven mucho más interesantes que la cuestión de si pueden o no forzarse en el camisas de fuerza de *M* , *V* , *T* .

Pero, ¿por qué habría de insistir ese gran economista en adoptar lo que tras un examen más detenido resulta ser una forma de pensamiento particularmente estrecha e inadecuada, si no engañosa, de su propio pensamiento? Me arriesgaré a dar una respuesta hipotética: había concebido un plan —el plan del dólar compensado— que creía de gran utilidad práctica inmediata; para el éxito de un esquema

práctico, la simplicidad es esencial; [1988], por lo tanto, fue el aspecto más simple del análisis de Fisher, el aspecto de la teoría cuantitativa, que se presentó a su mente y dominó su exposición. La teoría del *poder adquisitivo del dinero* se concibe como un andamiaje para el trabajo estadístico que a su vez iba a servir como pieza de ingeniería social. Esto es lo que hizo a un lado todas las demás consideraciones. Pero estaban allí y en virtud de su presencia su teoría cuantitativa, si es que debe ser teoría cuantitativa, es algo bastante diferente de otras teorías cuantitativas.

Como muestra ampliamente el argumento anterior, no es fácil trazar una línea fronteriza convincente entre los economistas que se adhirieron y los economistas que rechazaron el teorema de la cantidad. Pero siempre hubo muchos enemigos declarados de él —en Alemania [1989] y en Francia eran mayoría— que sostenían que ese teorema era insostenible o completamente sin valor. Comparado con el desempeño de Fisher y, de hecho, con el desempeño de cualquiera de esos líderes a los que se les puede acreditar (o cargar) el haber usado el teorema de la cantidad en un sentido u otro, los argumentos de esos enemigos declarados no se muestran muy bien. Esto se debe al hecho de que, en lo que respecta a los teóricos de la cantidad de alto nivel, los oponentes estaban realmente luchando contra los molinos de viento: como suele ser el caso en economía, estaban tratando de derribar una creación de su propia fantasía; estaban tratando de refutar lo que nunca se había sostenido —por ejemplo, que la cantidad de dinero en circulación es el único regulador de su valor— o de instar a lo que, sin que ellos lo supieran, fue tomado plenamente en cuenta por cualquiera de las mejores exposiciones de el odioso teorema. De este modo, a menudo plantearon objeciones que valer más que lo que estaba hecho y teóricamente correcto, pero eran incorrectos, no obstante, *en cuanto tales* objeciones. Viceversa, cuando sus argumentos hubieran constituido objeciones válidas —por ejemplo, el argumento de que la cantidad de dinero no tiene nada que ver con su valor—, a menudo estaban claramente equivocados. Finalmente, a veces señalaron puntos que eran válidos y relevantes pero no decisivos: esto es válido para la crítica de Anderson, que por lo demás se destaca de manera brillante del resto. [1990] Estas deficiencias también perjudican las implicaciones críticas de la investigación fáctica, muy valiosa en sí misma, que se realizó con miras a "refutar la teoría cuantitativa". Una y otra vez fenómenos como que en las primeras fases de una inflación los precios subieron menos que M , y en las últimas fases más que M , fueron aducidos contra su validez, un disparo que falla por completo en dar en el blanco. [1991] El intento de verificación de Fisher, aunque abierto a ciertas críticas con respecto a la correlación de series de tiempo, es muy superior a cualquier cosa realizada por los oponentes. [1992] Sin embargo, estos no cedieron. Y estaban justificados al negarse a hacerlo. Porque tenían un caso.

Un simple ejemplo aclarará esta situación aparentemente paradójica. Considérese un caso de inflación de guerra que sigue su curso así: la perturbación de la producción nacional y del comercio de exportación e importación primero eleva la mayoría de los precios, y la demanda de guerra del gobierno se financia con medios que sin la guerra habrían sido gastados por particulares; Este aumento de precios junto con un aumento, a un ritmo creciente, de la demanda de guerra *en términos físicos* obliga a recurrir a la fabricación de 'dinero' (o instrumentos de crédito que no tienen, en este caso, las propiedades de los instrumentos de crédito ordinarios de Comercio); y finalmente se desarrolla una creciente demanda de préstamos por parte de los productores, una expansión crediticia en el sentido comercial pero incesantemente alimentada por precios cada vez mayores. Ahora bien, los historiadores, los políticos, los empresarios, sin duda, describirán tal proceso en términos de la guerra misma y del disturbio, por un lado, y el exceso de demanda, por otro, que la guerra conlleva. Se sorprenderán al

saber que, en lugar de la guerra y los disturbios bélicos y la demanda bélica, son solo *M* , *V* y *T los* que 'causan' la inflación y que solo *M* y *V son los* que realmente importan. Y si se les dice que estas son las 'causas próximas' mientras que la guerra, la perturbación de la guerra, la demanda de guerra son 'indirectas', el teórico de la cantidad siempre tendrá que admitir el papel 'directo' de las variaciones en *T,* que son operativas pero solo de una vez, no estarán contentos. En todo caso, se sentirán molestos, especialmente, si sospechan que hay más en juego que un simple argumento teórico. En esto tenían razón, por supuesto: en el siglo XIX, así como en los años veinte y treinta del siglo XX, una teoría cuantitativa rígida, que atribuía a *M* un papel totalmente injustificable en la terapia económica, tuvo una forma de emerger repentinamente de más formulaciones cuidadosas. Especialmente en los Estados Unidos, los hombres de la moneda sólida —y todos aquellos economistas que sentían con toda razón que los problemas monetarios son sólo el reflejo de cosas más profundas— tenían muchas razones para desconfiar de las posibles implicaciones prácticas del teorema cuantitativo, una desconfianza que entonces extendido, aunque injustamente, al análisis de la teoría cuantitativa en sí. Pero también podrían haber alegado razones puramente científicas. Lo que he descrito como camisas de fuerza puede ser útil para ciertos propósitos restringidos exactamente como lo son todas estas configuraciones simplificadas, por ejemplo, el sistema keynesiano. Fuera del alcance de estos propósitos, se vuelven inconvenientes e impedimentos para un análisis más fundamental. Si, además, admitimos la variabilidad cíclica de *V* y destacamos la importancia de causas "indirectas" como la tasa de interés, la tasa de cambio de *P* (frente a la *P* misma), etc., se vuelven además inútiles. Y no es exagerado decir que el principal avance de la teoría monetaria en tiempos más recientes ha sido el resultado de una tendencia a romper las camisas de fuerza e introducir explícita y directamente todo lo que las mejores presentaciones de la teoría cuantitativa relegaron al limbo. de influencias indirectas. Lección: en economía más que en cualquier otro lugar, una buena causa y una que eventualmente saldrá victoriosa puede ser defendida de manera tan inadecuada como para parecer mala durante décadas juntas.
[c) Paridad del poder adquisitivo y mecanismo de pagos internacionales .]

Antes de continuar, abordemos otros dos asuntos. En ese período, más definitivamente que antes, encontramos en la vecindad del teorema cuantitativo su antiguo aliado, la teoría de la paridad del poder adquisitivo de las divisas, es decir, la proposición de que, si se deja a sí mismo, el precio de un país La unidad monetaria en términos de monedas extranjeras tiende a ser inversamente proporcional a las relaciones entre los respectivos niveles de precios. Marshall y Schlesinger lo afirmaron repetidamente, por ejemplo, pero cuando, en la discusión sobre los problemas de intercambio que surgieron durante y después de la Primera Guerra Mundial, Cassel lo presionó enérgicamente para que se pusiera en servicio, a la mayoría de la gente le pareció un nuevo descubrimiento. [1993] Como lo he dicho, la propuesta no parece muy emocionante. Tanto Marshall como Schlesinger lo notaron a medida que avanzaban, sin poner mucho énfasis en ello. Y podemos discernir, en el torrente de publicaciones que iba a producir la "paridad de poder adquisitivo", una pequeña entrada silenciosa de discusiones sobre los méritos de esa proposición como herramienta de análisis. [1994] El entusiasmo surgió del hecho de que Cassel lo vinculó con una teoría cuantitativa estricta y, en su aplicación, con los problemas de la inflación de guerra. Como consecuencia de esto, la teoría de la paridad del poder adquisitivo se convirtió en la llamada "teoría de la inflación" del tipo de cambio, que dice: aumento de *M* eleva el nivel de precios; el aumento en el nivel de precios de un país disminuye el valor de su unidad monetaria en términos de monedas extranjeras no infladas. Los argumentos opuestos se agruparon bajo

la bandera de una teoría de la 'balanza de pagos', que a menudo, aunque no siempre, llegó a hacer que el nexo causal se extendiera desde el tipo de cambio hasta el nivel de precios en lugar de desde el nivel de precios hasta el tipo de cambio. No podemos entrar en esta controversia en la que los oponentes nunca encontraron los argumentos de los demás en el mismo plano de hecho y de abstracción y que, aunque no faltaron cosas mejores, en conjunto presenta un triste ejemplo de futilidad, en gran parte debido a un poder analítico inadecuado. de los participantes — de tantas controversias económicas.

Aprovecho para advertir otra polémica (o conjunto de polémicas) que resultó más fructífera: la polémica sobre el mecanismo de pagos internacionales. Siguió su curso y produjo sus resultados en los años veinte y treinta, pero sus fuentes están en la obra del siglo XIX y algunos de los participantes más importantes se inspiraron en la contienda entre Thornton y Ricardo (ver arriba, Parte III, cap. 7, sección 3). [1995] Tenemos ante nosotros lo que de hecho es un caso típico de desarrollo científico normal. Los autores más antiguos habían advertido, más o menos explícitamente, todos los elementos esenciales del problema. Pero cuando JS Mill resumió su trabajo, fue sin embargo una imagen incompleta y unilateral que surgió, a saber, el esquema del mecanismo de pagos internacionales unilaterales (tributos, o préstamos, o reembolso de préstamos), según el cual el pago El país primero transfiere oro, aumentando así el nivel de precios del país receptor y reduciendo el propio para adquirir un excedente de exportación, que luego se encarga de los pagos posteriores. La flagrante insuficiencia de esta explicación, que no solo coloca toda la carga del ajuste en el nivel de precios, sino que también descuida los fenómenos inevitablemente asociados con dicho ajuste, la sintió y advirtió Bastable ('On Some Applications of the Theory of International Trade , ' *Quarterly Journal of Economics* , octubre de 1889) y otros, pero la teoría demostró ser una planta resistente y sobrevivió en la enseñanza actual hasta los años veinte, a pesar de las protestas (por ejemplo, Wicksell en' International Freights and Prices ', *Quarterly Journal of Economics* , Febrero de 1918). Cuando el problema de las reparaciones alemanas llamó la atención de todos sobre estas cuestiones de mecanismo, se avanzó relativamente rápido en la construcción de un órgano de análisis que era nuevo como tal, aunque ninguno de sus elementos lo era. La actuación de Ohlin (*Interregional and International Trade* , 1933) proporciona un hito conveniente en esto como en otros aspectos. Cabe destacar especialmente el papel de la enseñanza de Taussig. Partió del esquema de Mill y, a pesar de una serie de mejoras que agregó, personalmente nunca lo abandonó. Pero en virtud de las críticas que suscitó y del trabajo de sus alumnos, a quienes inspiró su liderazgo, ayudó a que el nuevo análisis cobrara existencia casi tan eficazmente como si lo hubiera creado él mismo. Por un lado, gran parte del trabajo teórico más significativo se desarrolló a partir de su enseñanza, especialmente la de Viner. Por otro lado, inició una importante secuencia de investigaciones fácticas. [1996]

6. The Value of Money: The Cash Balance and Income Approach [1997]

La ecuación de intercambio de Newcomb-Fisher y expresiones muy similares a ella fueron de hecho muy utilizadas (o implícitas en circunloquios verbales) pero no universalmente. Ahora vamos a echar un vistazo a otras dos fórmulas importantes. En ambos casos, es tan importante comprender que eran fundamentalmente equivalentes a la ecuación de Newcomb-Fisher como comprender la naturaleza de las diferencias que indujeron a muchos economistas a preferirlas. O para decir lo mismo desde otro ángulo: lo importante es entender por qué esas fórmulas, a pesar de su equivalencia fundamental con la ecuación de Newcomb-Fisher, sugirieron sin embargo avanzar en una dirección diferente.

(a) El método del saldo de caja.

Walras hablaba a menudo de la cantidad de dinero. Pero el concepto central de su análisis del dinero es la *encaisse désirée* , es decir, la cantidad de efectivo que las personas desean tener individualmente en cualquier momento. De manera similar, los economistas de Cambridge, siguiendo el ejemplo de Marshall y en obediencia a la tradición Petty-Locke-Cantillon, adoptaron una fórmula que expresaba la misma idea. Sea n la cantidad de 'efectivo en circulación' con el público, p el número índice del costo de vida, k el número de 'unidades de consumo', también una cifra índice, que representa el complemento físico de las tenencias de manos del público. efectivo disponible, k' el número de unidades de consumo que representan de manera similar el complemento físico de los depósitos de cheques del público, y r la fracción de k' que los bancos mantienen como reserva de efectivo contra k', entonces tenemos [1998]

$$n = p\ (\ k + rk\ ').$$

Esta es la denominada ecuación de Cambridge, que debe incorporar el método del saldo de caja. Asume y afirma exactamente lo que asume y afirma la ecuación de Newcomb-Fisher. En particular, no es ni más ni menos una identidad. La característica que a primera vista puede parecer que constituye una diferencia sustancial, a saber, la ausencia de velocidad, no es muy importante: para todos los problemas que, en la ecuación de Newcomb-Fisher, se tratan bajo el encabezado Velocidad, aparecen en gran parte misma forma cuando intentamos trabajar con la ecuación de Cambridge. Sin embargo, hay algo en él que merece ser señalado porque arroja luz sobre un aspecto importante de la filiación de las ideas científicas. Al expresar la ecuación de Cambridge en palabras, es natural decir, y todos los economistas de Cambridge lo dijeron, que 'el público elige' o 'elige' mantener $p\ (\ k + rk\ ')$ en efectivo y saldos, y esta forma de hablar constituye un puente psicológico hacia opiniones posteriores, especialmente keynesianas: pues *apunta* hacia las decisiones individuales que están detrás del comportamiento del público en materia de tenencia de activos líquidos y *sugiere el* análisis de los motivos que las impulsan. Especialmente, si expresamos el asunto diciendo que existe algo así como un 'equilibrio de ventaja' entre tener dinero y otras formas de riqueza, no podemos dejar de ver la señal que apunta hacia la Teoría de la Preferencia de Liquidez de la fama keynesiana. Pero una vez más tenemos que añadir que esto no equivale a la teoría de la preferencia por la liquidez. Está claro, especialmente en el caso de la *encaisse désirée* de Walras , que necesitamos suposiciones adicionales sobre la actitud de las personas hacia la posesión de efectivo para llevarnos de una a otra.

(b) El enfoque de ingresos.

Hemos notado que Tooke, en su "decimotercera tesis", había sugerido que la explicación de los precios monetarios debería partir de los ingresos de los consumidores. Como sabemos, ofreció esto como una alternativa a la explicación de los niveles de precios por la cantidad de dinero que rechazó. Desde entonces, el enfoque de la renta ha atraído a los analistas, aunque también fue adoptado por otros, a quienes no les gustaba la teoría cuantitativa o incluso la ecuación del intercambio. [1999] Pero es fácil ver que, en sí mismo, lo primero no es más que otra forma de escribir lo segundo. Además, la enmienda puede parecer de valor dudoso, ya que los ingresos evidentemente "determinan" los precios en el mismo sentido sólo en el que los precios "determinan" los ingresos. Sin embargo, la preferencia de Wieser [2000] y Hawtrey por este enfoque es bastante comprensible, aunque no produce ningún resultado que no pueda obtenerse mediante la ecuación de intercambio: al igual que el enfoque del

saldo de caja, apunta al comportamiento individual; más que el enfoque del saldo de caja, elimina la mera cantidad de dinero de la posición de una "causa del nivel de precios" próxima y la sustituye por una que está aún más cerca de los precios: el ingreso o incluso el gasto de los consumidores; [2001] finalmente libera a la teoría de los precios monetarios de cuestiones tales como qué debe considerarse dinero. El efecto de un aumento de dinero sobre los precios es indeterminado mientras no sepamos quién obtiene el dinero adicional, qué hace con él y cuál es el estado del organismo económico en el que incide el nuevo dinero. La fórmula de la renta no tiene en cuenta en sí misma todas estas cuestiones, pero dirige nuestra atención hacia ellas y, por lo tanto, ayuda al análisis monetario a salir de su compartimento separado. Esta ventaja es particularmente obvia al analizar un proceso inflacionario. Aunque en realidad no tiene mucho más sentido discutir sobre la cuestión de si es el aumento de la cantidad de dinero o el aumento de la nómina salarial lo que `` causa " la inflación que discutir sobre la cuestión de si es la bala o la intención del asesino lo que `` causa " la muerte de la víctima, todavía hay algo que decir a favor de concentrarse en los mecanismos por los cuales la mayor cantidad de dinero se vuelve operativa, por no hablar de la ventaja adicional que cuenta tanto en economía, a saber, que la La fórmula de ingresos-gastos no se encuentra con algunos de los prejuicios que encuentra la ecuación de intercambio.

7. Crédito bancario y 'creación' de depósitos

Los importantes desarrollos que ocurrieron durante ese período en los sistemas bancarios de todos los países comercializados y en las funciones y políticas de los bancos centrales fueron, por supuesto, notados, descritos y discutidos. No podemos examinar la vasta literatura que realizó esta tarea y de la cual los informes de comisiones oficiales y los artículos de las mejores revistas financieras, el London *Economist* en particular, formaron quizás la parte más valiosa. Fue escrito por hombres de negocios, escritores financieros, economistas de negocios de todo tipo que sabían todo acerca de los hechos, las técnicas y los problemas prácticos actuales de la banca, pero a quienes les importaban poco los 'principios', excepto que nunca dejaron de referirse a los lemas establecidos. —Y no se puede decir que haya tenido ideas muy claras sobre el significado de las tendencias institucionales que vieron. Considerados desde el punto de vista del análisis científico, estos trabajos fueron, por tanto, materia prima más que productos acabados. Y dado que los `` analistas científicos " del dinero y el crédito en gran medida no cumplieron con su parte, es decir, elaboraron este material y modelaron sus estructuras analíticas a su imagen, podríamos casi, aunque no del todo, caracterizar la situación diciendo que La literatura sobre banca y finanzas era tanto un compartimento separado dentro de la literatura sobre dinero y crédito como esta última era un compartimento separado dentro de la literatura sobre economía general.

Hay una serie de libros para Inglaterra, en particular, como WTC King's *History of the London Discount Market* (1936) y las diversas historias del Banco de Inglaterra (por ejemplo, el reciente de Sir John Clapham, *The Bank of England* , 1944), que aportará parte de la información que aquí no se puede dar. Para otras referencias, consulte la pequeña bibliografía adjunta al artículo sobre 'Banking, Commercial' en la *Encyclopaedia of the Social Sciences* (especialmente los libros de los siguientes autores: CA Conant, AW Kerr, A. Courtois, E. Kaufmann, A. Huart, J. Riesser, O. Jeidels, C. Supino, C. Eisfeld, HP Willis). Esta bibliografía contiene dos ítems que, por su alta calidad, merecen una mención especial: *Teoría e Historia de la Banca de* CF Dunbar (5a ed., 1929, pero esencialmente una obra del

siglo XIX) y *Bankpolitik* de *F.Somary* (1a ed. 1915; 2a ed. 1930). La lectura de *A History of Banking Theory* por LW Mints (1945) mostrará al lector hasta qué punto la literatura descriptiva se `` derramó " en los libros sobre teoría monetaria y bancaria, aunque la presentación del autor de su enorme material se ve algo afectada por el énfasis indebido en las deficiencias de una teoría comercial de la banca particularmente definida de forma restringida (la "doctrina de las facturas reales").

La situación descrita anteriormente por el símil de compartimentos separados explica el surgimiento de un tipo especial de libro que fue escrito no solo para el público lector en general sino también para economistas con el fin de iluminarlos sobre los hechos y problemas de la banca o las finanzas. El éxito de estos libros demuestra, mejor que cualquier otra cosa, hasta qué punto había llegado realmente la separación de esos departamentos, entre los que buscaban establecer conexión. Dos casos famosos requieren atención. El primero es *Lombard Street: A Description of the Money Market* (1873), de W. Bagehot , uno de los libros más frecuentemente citados y con más admiración en toda la literatura económica de la época. Sin duda está brillantemente escrito. Pero quienquiera que ahora se dirija a ese libro con su fama en mente, experimentará, no obstante, alguna decepción. Salvo un alegato para la reorganización de la gestión del Banco de Inglaterra y una reforma de la práctica inglesa en relación con las reservas de oro, no contiene nada que debería haber sido nuevo para cualquier estudiante de economía. Sin embargo, es evidente que enseñó a muchos economistas cosas que no sabían y que estaban felices de aprender. Nuestro otro ejemplo es el no menos brillante libro de Hartley Withers, *The Meaning of Money* (2ª ed., 1909), cuyo principal mérito consiste, como veremos más adelante, en haber hablado con audacia de la "fabricación" de dinero por parte de los bancos. Pero esto no debería haber sorprendido a nadie. Sin embargo, se consideró una doctrina novedosa y algo herética.

Así, el análisis académico del crédito y la banca —incluyendo la contribución de escritores que, sin ser economistas académicos ellos mismos, se ajustaban al patrón académico, como lo hicieron algunos banqueros— siguió el acervo de ideas heredadas del período anterior, afinando, aclarando, desarrollándose sin duda, pero sin agregar mucho que fuera nuevo. Básicamente, esto significó el predominio de la teoría comercial de la banca que hizo de la factura comercial o, de manera algo más general, la financiación del comercio actual de productos básicos, la piedra angular teórica del crédito bancario. Por supuesto, rastrearemos esta posición hasta Tooke y Fullarton. Pero la influencia de la escuela monetaria fue más fuerte de lo que parece en la superficie. Hacia el final del período, se afirmó particularmente en los recintos de la teoría de los ciclos (ver más adelante, sec. 8).

En lo que respecta a la banca central, los economistas ampliaron de hecho su concepción de las funciones de los bancos centrales, especialmente la función de control y regulación del `` prestamista de última instancia ". Pero la mayoría de ellos fueron sorprendentemente lentos en reconocer plenamente las implicaciones de la Gestión Monetaria, que como hemos visto se estaba desarrollando bajo sus ojos. La adherencia a la teoría comercial fue, por supuesto, en parte responsable de esto. Debido a ello, el control siguió significando, no total sino principalmente, control mediante una "política de descuento". La profesión económica ni siquiera estaba segura de si los bancos centrales tenían el poder de regular las tasas del mercado o si la tasa bancaria era simplemente "declaratoria". [2002] Los votantes de ambas opiniones discutieron luego los efectos de la tasa bancaria en términos de los dos *modi operandi* clásicos : por un lado, la presión sobre los precios mediante la restricción del crédito (casi equivalente a la cantidad de letras comerciales presentadas para descuento); por otro lado, la

atracción desde el exterior de fondos extranjeros o la recuperación del exterior de fondos nacionales.

En cuanto a la banca en general, es bastante cierto que la estricta adhesión a la teoría comercial hizo que los economistas pasaran por alto o malinterpretaran algunos de los desarrollos bancarios más importantes de esa época. Sin embargo, la crítica despectiva que se le ha hecho en nuestros días no está del todo justificada. Para empezar, no era tan poco realista para Inglaterra, y el prestigio inglés en materia bancaria tendía a convertir la práctica del inglés en el caso estándar. Pero, aparte de esto, debería enfatizarse que la aceptación de la teoría comercial no implica necesariamente un optimismo acrítico sobre el funcionamiento del mecanismo de descuento. Los economistas destacaron la "elasticidad" del sistema que gira en torno al financiamiento del comercio de productos básicos. Pero habían crecido, o estaban creciendo, en la opinión de que si los bancos simplemente financian las "necesidades del comercio", entonces el dinero y la producción necesariamente se moverán al mismo paso y no surgirán perturbaciones, que es la tesis realmente objetable. Por un lado, la mayoría de ellos se dio cuenta, como lo habían hecho Ricardo y Tooke antes que ellos, que no existe una necesidad cuantitativamente definida de préstamos o descuentos y que el monto real de la demanda de los prestatarios es tanto una cuestión de la propensión de los bancos a prestar y las tasas que cobran, ya que se trata de la demanda de crédito de los prestatarios. Por otro lado, se dieron cuenta cada vez más de que la práctica de financiar nada más que el comercio corriente —descontando buenos papeles comerciales— no garantiza la estabilidad de los precios ni de las situaciones comerciales en general ni, en caso de depresión, la liquidez de los bancos. [2003] Y fue un logro de Wicksell introducir ambos hechos en la teoría general del dinero por medio de su famoso modelo del Proceso Acumulativo (ver más adelante, sec. 8).

Finalmente, hay otro punto, bastante independiente de todo esto, que hay que advertir: la curiosa estrechez y falta de realismo en la concepción de ese período sobre la naturaleza del crédito bancario. Para que este punto se destaque claramente, reafirmemos cómo un economista típico, escribiendo alrededor de 1900, habría explicado el tema del crédito, teniendo en cuenta, sin embargo, todas las limitaciones y peligros inherentes a hablar de puntos de vista típicos. Habría dicho algo como esto. En el principio (lógico) está el dinero: todo libro de texto sobre dinero, crédito y banca comienza con eso. En aras de la brevedad, pensemos únicamente en la moneda de oro. Ahora bien, los poseedores de este dinero, en la medida en que no lo atesoran ni lo gastan en consumo, lo 'invierten' o, como también podemos decir, 'prestan' sus 'ahorros' o 'aportan capital' a sí mismos o a otra persona. Y este es el hecho fundamental sobre el crédito. [2004] Esencialmente, por lo tanto, el crédito es bastante independiente de la existencia o inexistencia de bancos y puede entenderse sin ninguna referencia a ellos. Si, como un paso más en el análisis, los introducimos en el cuadro, la naturaleza del fenómeno permanece sin cambios. El público sigue siendo el verdadero prestamista. Los banqueros no son más que sus agentes, intermediarios que hacen los préstamos en nombre del público y cuya existencia es una mera cuestión de división del trabajo. Esta teoría es suficientemente satisfactoria en los casos de "préstamos a cuenta de terceros" en [2005] y de depósitos de ahorro. Pero también se aplicó a los depósitos corrientes (depósitos a la vista, cuentas corrientes inglesas). Estos también surgieron a partir de que las personas depositaran en los bancos fondos de su propiedad (nuestras monedas de oro). Los depositantes se convierten y siguen siendo prestamistas tanto en el sentido de que prestan ('confían') su dinero a los bancos como en el sentido de que son los prestamistas finales en caso de que los bancos presten parte de este dinero. A pesar de ciertas diferencias técnicas, el crédito proporcionado por la banca de depósito

—la mayor parte del crédito comercial en la sociedad capitalista— puede, por tanto, interpretarse según el patrón de una operación crediticia entre dos individuos privados. Así como los depositantes siguen siendo prestamistas, los banqueros siguen siendo intermediarios que recolectan "capital líquido" de innumerables pequeños fondos para ponerlo a disposición del comercio. No agregan nada a la masa existente de medios líquidos, aunque hacen que funcione más. Como dijo el profesor Cannan en un artículo de *Economica* ('El significado de los depósitos bancarios') que apareció en enero de 1921: 'Si los encargados del guardarropa lograran prestar exactamente las tres cuartas partes de las valijas que se les confían. . . Ciertamente no deberíamos acusar a los encargados del guardarropa de haber "creado" el número de maletas indicado por el exceso de maletas depositadas sobre las maletas en los vestuarios ». Tales eran las opiniones de 99 de cada 100 economistas.

Pero si los propietarios de esas bolsas desean utilizarlas, tienen que recuperarlas de los prestatarios que deben ir sin ellas. Esto no es así con nuestros depositantes y sus monedas de oro. No prestan nada en el sentido de renunciar al uso de su dinero. Continúan gastando, pagando con cheque en lugar de con monedas. Y mientras continúan gastando como si se hubieran quedado con sus monedas, los prestatarios también gastan "el mismo dinero al mismo tiempo". Evidentemente, este fenómeno es peculiar del dinero y no tiene análogo en el mundo de las mercancías. Ningún reclamo de ovejas aumenta el número de ovejas. Pero un depósito, aunque legalmente solo es un reclamo de dinero de curso legal, sirve dentro de límites muy amplios para los mismos propósitos que este dinero en sí mismo. Los bancos, por supuesto, no "crean" dinero de curso legal y menos aún "crean" máquinas. Sin embargo, hacen algo —quizás es más fácil verlo en el caso de la emisión de billetes— que, en sus efectos económicos, se acerca bastante a la creación de dinero de curso legal y que puede *conducir* a la creación de 'capital real'. 'que no podría haber sido creado sin esta práctica. Pero esto altera profundamente la situación analítica y hace que sea muy desaconsejable interpretar el crédito bancario sobre el modelo de que los fondos existentes se retiran de usos anteriores mediante un acto de ahorro enteramente imaginario y luego se prestan por sus propietarios. Es mucho más realista decir que los bancos 'crean crédito', es decir, que crean depósitos en su acto de prestar, que decir que prestan los depósitos que les han sido confiados. Y la razón para insistir en esto es que los depositantes no deben ser investidos con la insignia de un papel que no desempeñan. La teoría a la que los economistas se aferraron tan tenazmente los convierte en ahorradores cuando ni ahorran ni tienen la intención de hacerlo; les atribuye una influencia sobre la "oferta de crédito" que no tienen. La teoría de la "creación de crédito" no sólo reconoce hechos patentes sin ocultarlos con construcciones artificiales; también pone de manifiesto el peculiar mecanismo de ahorro e inversión que caracteriza a la sociedad capitalista en toda regla y el verdadero papel de los bancos en la evolución capitalista. Con menos calificación de la que se debe agregar en la mayoría de los casos, esta teoría constituye, por lo tanto, un avance definitivo en el análisis.

Sin embargo, resultó extraordinariamente difícil para los economistas reconocer que los préstamos bancarios y las inversiones bancarias crean depósitos. De hecho, durante todo el período objeto de estudio se negaron con práctica unanimidad a hacerlo. E incluso en 1930, cuando la gran mayoría se había convertido y aceptado esa doctrina como algo natural, Keynes consideró acertadamente que era necesario volver a exponer y defender la doctrina en profundidad, [2006] y algunos de sus aspectos más importantes no se pueden decir para ser entendido completamente incluso ahora. Esta es una ilustración muy interesante de las inhibiciones con las que tiene que enfrentarse el avance

analítico y, en particular, del hecho de que la gente puede estar perfectamente familiarizada con un fenómeno durante siglos e incluso discutirlo con frecuencia sin darse cuenta de su verdadero significado y sin admitirlo en su contexto general. esquema de pensamiento. 2007

Porque los hechos de la creación de crédito, al menos de la creación de crédito en forma de billetes, deben haber sido familiares desde el principio para todos los economistas. Además, especialmente en Estados Unidos, la gente usaba libremente el término Cheque Moneda y hablaba de que los bancos "acuñaban dinero" y, por lo tanto, traspasaban los derechos del Congreso. Newcomb en 1885 dio una descripción elemental del proceso por el cual se crean depósitos a través de préstamos. Hacia el final del período (1911) Fisher hizo lo mismo. También enfatizó la verdad obvia de que los depósitos y los billetes son fundamentalmente lo mismo. Y Hartley Withers abrazó la noción de que los banqueros no eran intermediarios sino "fabricantes" de dinero. Además, muchos economistas de los siglos XVII y XVIII habían tenido ideas claras, aunque a veces exageradas, sobre la creación de crédito y su importancia para el desarrollo industrial. Y estas ideas no se habían desvanecido por completo. Sin embargo, el primer intento —aunque no del todo exitoso— de elaborar una teoría sistemática que se ajuste adecuadamente a los hechos del crédito bancario, realizado por Macleod en 2008 , atrajo poca atención, aún menos favorable. Luego vino Wicksell, cuyo análisis de los efectos sobre los precios de las tasas cobradas por los bancos lo llevó naturalmente a reconocer ciertos aspectos de la "creación de crédito", en particular el fenómeno del Ahorro Forzoso. 2009 Posteriormente, hubo otros aportes hacia una teoría completa, especialmente, como era de esperar, en Estados Unidos. Davenport, Taylor y Phillips pueden servir como ejemplos. 2010 Pero no fue hasta 1924 que Hahn hizo completamente el trabajo teórico en un libro, e incluso entonces el éxito no fue inmediato. 2011 Entre los líderes ingleses, el crédito se debe principalmente a los profesores Robertson y Pigou no solo por haber hecho que la teoría fuera aceptable para la profesión, sino también por haber agregado varios desarrollos novedosos. 2012 En otros lugares, especialmente en Francia, la resistencia se ha mantenido fuerte hasta el día de hoy.

Las razones por las que el progreso debería haber sido tan lento no están lejos de ser buscadas. Primero, la doctrina era impopular y, a los ojos de algunos, casi teñida de inmoralidad, un hecho que no es difícil de entender cuando recordamos que entre los antepasados de la doctrina se encuentra John Law. 2013 En segundo lugar, la doctrina chocó con hábitos de pensamiento establecidos, fomentados como éstos por la construcción legal de los 'depósitos': la distinción entre dinero y crédito parecía ser tan obvia y, al mismo tiempo, para una serie de cuestiones, por lo que importante que una teoría que tendía a oscurecerla estaba destinada a ser votada no sólo como inútil, sino errónea de hecho, de hecho, culpable del error elemental de confundir el dinero de curso legal con las partidas contables que reflejan las relaciones contractuales relativas a este dinero de curso legal. . Y es muy cierto que esas cuestiones no deben ocultarse. 2014 Que la teoría de la creación de crédito no necesariamente hace esto pareció un pequeño consuelo para aquellos que temían su mal uso.

8. Crisis y ciclos: las teorías monetarias

Hemos visto, por un lado, que, en términos generales, el análisis monetario de ese período se centró en los problemas del valor del dinero (o nivel de precios) pero, por otro lado, algunos economistas destacados se estaban abriendo camino hacia el análisis monetario de la economía. proceso en su conjunto en el que los meros problemas de nivel de precios pasan a un segundo plano. Esta tendencia ha sido ilustrada por las implicaciones de los enfoques de saldo de caja y de ingresos,

pero también se afirmó de muchas otras formas. Es significativo, por ejemplo, que Marshall originalmente pretendía que el volumen que aparecía como *Dinero, crédito y comercio* llevara el título *Dinero, crédito y empleo* : y de hecho hay muchas cosas en él que entran dentro del rango de Ingresos recientes. y análisis de empleo. Mucho más significativo fue el hecho de que Wicksell, en su forma un tanto vacilante que es tan atractiva, finalmente decidió que necesitamos un concepto de demanda monetaria para la producción en su conjunto. 2015 Esto revivió la idea malthusiana y anticipó, aunque de manera incompleta, la función de consumo de la *Teoría General* de Keynes .

Pero el avance más considerable en la dirección del análisis monetario en el sentido actual se produjo dentro del recinto de los problemas de interés y ciclos económicos. Ya hemos notado síntomas de una creciente inclinación de los economistas a reconocer y utilizar un concepto monetario de capital. Nada resultó de esto, ni los pocos intentos que se hicieron para interpretar el interés como un fenómeno puramente monetario tuvieron éxito. 2016 A lo largo del período, la tasa de interés siguió siendo, para prácticamente todos los economistas, una tasa de rendimiento, como sea que se explique, para el capital físico y la tasa monetaria una mera derivada de la tasa real. 2017 Desde hace mucho tiempo se reconoció que los dos pueden divergir: la explicación de Ricardo de cómo el nuevo dinero se inserta en circulación implica el reconocimiento de este hecho, y los escritores sobre banca siempre deben haber sido conscientes de ello. Pero nadie le dio mucha importancia hasta que Wicksell lo convirtió en el centro de su teoría del valor del dinero y en el tema de un análisis elaborado que produjo el Proceso Acumulativo Wickselliano: señaló que, si los bancos mantienen su tasa de préstamo por debajo de la tasa real —Que, como sabemos, explicó siguiendo las líneas de la teoría de Böhm-Bawerk—, se premiará la expansión de la producción y especialmente la inversión en plantas y equipos duraderos; los precios eventualmente subirán; y si los bancos se niegan a aumentar la tasa de sus préstamos incluso entonces, los precios seguirán subiendo acumulativamente sin ningún límite asignable, aunque todos los demás elementos de costo aumenten proporcionalmente. 2018

La situación analítica creada por este argumento puede describirse así. En sí mismo, el énfasis de Wicksell en los efectos de las posibles divergencias entre el dinero y las tasas de interés reales no constituye una razón de peso para abandonar la posición de que el hecho fundamental sobre el interés es un rendimiento neto de los bienes físicos, una posición de la que el propio Wicksell nunca se apartó. . Sin embargo, constituye una razón buena y suficiente para tratar la tasa monetaria como una variable distinta por derecho propio que depende, al menos en parte, de factores distintos de los que gobiernan el rendimiento neto del capital físico (tasa natural o real). Los dos están relacionados, por supuesto. En equilibrio son incluso iguales. Pero ya no son "fundamentalmente lo mismo". 2019 Y tan pronto como reconozcamos esto, se alejarán cada vez más y *nos* alejaremos cada vez más de la posición de que el rendimiento neto de los bienes físicos de un tipo u otro es el hecho fundamental sobre la tasa de interés del préstamo. mercado: la posición que hemos rastreado hasta Barbon y que Lord Keynes iba a condenar sobre la base de que implicaba "confusión" entre la tasa de interés y la eficiencia marginal del capital (físico). 2020 Otros factores, como la política crediticia de los bancos, nos parecerán entonces igualmente fundamentales, y se abre el camino hacia las teorías del interés puramente monetarias que surgieron más tarde y de las que el keynesiano iba a llamar más la atención que cualquier otro. . Sin embargo, tengamos en cuenta tres cosas. Primero, hemos estado esbozando una línea de desarrollo doctrinal muy interesante, que comienza con Barbon y sigue un curso que, por el momento, termina con Keynes. Pero no se sugiere que los individuos que se hicieron responsables de

las nuevas teorías monetarias del interés llegaran conscientemente a sus conclusiones al resolver las implicaciones de la situación creada por el análisis de Wicksell: este puede haber sido el caso de sus discípulos suecos, aunque No deseo cuestionar *la* originalidad subjetiva *de nadie,* pero ciertamente no fue así con los demás. En segundo lugar, no se sugiere que, al volver sobre los pasos de Barbon, los economistas de nuestra época simplemente hayan regresado a las teorías monetarias de la época prebarbónica: aunque similares a ellas en aspectos importantes, y especialmente a los de los escolásticos, las suyas son sin duda alguna. novela en otros. En tercer lugar, al definir la nueva variable de nuestro sistema económico, el interés monetario, como algo que es de naturaleza monetaria y no solo en forma, no eliminamos del problema de la tasa de préstamo los factores 'reales' tan completamente como algunos modernos. Los economistas parecen pensar: la tasa de rendimiento neto de la inversión física sigue siendo, como mínimo, un factor en la demanda de préstamos y, por lo tanto, no puede desaparecer de ninguna teoría completa de la tasa monetaria. [2021]

La posición de Wicksell en el desarrollo de las teorías modernas del ciclo monetario es bastante similar a su posición en el desarrollo de las teorías modernas del interés monetario. Él mismo no sostenía una teoría del ciclo monetario más de lo que sostenía una teoría del interés monetario. Pero abrió el camino para los primeros como lo abrió para los segundos. De hecho, el proceso acumulativo en sí solo necesita ser ajustado para producir una teoría del ciclo. Supongamos que los bancos emergen de un período de recuperación o inactividad en estado líquido. Su interés les impulsará a ampliar sus préstamos. Para ello, en general, tendrán que estimular la demanda de préstamos bajando sus tipos hasta que estén por debajo del tipo real wickselliano que, como sabemos, es el tipo real de Böhm-Bawerk. En consecuencia, las empresas van a invertir, especialmente en bienes de equipo con respecto al cual la tasa de recuento de interés fuertemente [2022] -más allá del punto en el que tendrían que parar con la tasa más alta de dinero que es igual a la tasa real. Así, por un lado, se establece un proceso de inflación acumulada y, por otro, se distorsiona la estructura temporal de la producción. Sin embargo, este proceso no puede continuar indefinidamente (hay varias razones posibles para esto, la más simple es que los bancos se topan con los límites establecidos para sus préstamos por sus reservas) y cuando se detiene y la tasa monetaria se pone al día con la tasa real, tenemos una situación insostenible en la que la inversión realizada bajo el estímulo de una tasa "artificialmente" baja resulta ser una fuente de pérdidas: los auges terminan en liquidación que presagian depresión.

Esta teoría ha sido esbozada por el profesor von Mises, [2023] , quien, al tiempo que extendió el reconocimiento crítico a Wicksell, la describió como un desarrollo de los puntos de vista de la escuela monetaria. Fue desarrollado por el profesor von Hayek en una estructura analítica mucho más elaborada propia, [2024] que, al ser presentada a la comunidad angloamericana de economistas, obtuvo un éxito arrollador que nunca ha sido igualado por ningún libro estrictamente teórico que no logró enmendar sus rigores al incluir planes y recomendaciones de políticas o al establecer contacto de otras formas con los amores u odios de sus lectores. A esto siguió una fuerte reacción crítica que, al principio, sirvió para subrayar el éxito, y luego la profesión se volvió hacia otros líderes y otros intereses. [2025] La psicología social de esto es un tema interesante de estudio.

El análisis de Hawtrey para [2026] convierte los ciclos económicos, como él mismo lo expresó, en un fenómeno puramente monetario en un sentido en el que el ciclo Mises-Hayek no lo es. Hawtrey no hace uso del elemento de perturbación (o desajuste) en la estructura temporal de la planta y el equipo; Las fluctuaciones en el flujo de ingresos monetarios, causadas a su vez por factores exclusivamente

monetarios, son la única causa de las fluctuaciones cíclicas generales en el comercio y el empleo. Pero sí usa el Proceso acumulativo y lo remonta, como Mises, a la inestabilidad inherente del sistema crediticio moderno. Por tanto, se supone que los bancos deben iniciar una actividad anormal mediante condiciones favorables para los préstamos. El único vínculo principal de esto con las condiciones generales de auge no es el aumento de los pedidos de nuevas instalaciones o equipos, sino el aumento de las existencias en poder del comercio mayorista, que también reaccionan a pequeños cambios en las tasas de crédito. La expansión conduce a una mayor expansión, por lo tanto a un aumento de los ingresos monetarios y a la pérdida de efectivo de mano a mano por parte de los bancos, cuya incapacidad para continuar expandiendo los préstamos indefinidamente conduce a un aumento en las tasas que invierte el proceso, razón por la cual la central La tasa bancaria juega un papel tan importante en este análisis. Por lo tanto, las similitudes son lo suficientemente pronunciadas como para permitirnos hablar de una única teoría monetaria, cuyos partidarios no están de acuerdo en un solo tema: si las tasas de los préstamos bancarios actúan principalmente sobre el "capital duradero" o mediante las acciones de los mayoristas. A lo largo de los años veinte, la teoría de Hawtrey gozó de considerable boga. En los Estados Unidos, especialmente, fue la destacada racionalización de la creencia acrítica en la eficacia ilimitada de las operaciones de mercado abierto del Sistema de la Reserva Federal lo que prevaleció entonces.

La unanimidad fundamental de los partidarios de la teoría monetaria de los ciclos [2027] tampoco se ve seriamente perturbada por aquellos economistas que atribuyen la responsabilidad del fenómeno a los caprichos del oro. Esta idea obtuvo más asentimiento cuando se usó para 'explicar' esos períodos más largos de prosperidad prevalente o depresión prevalente que de hecho están asociados (más o menos) con cambios significativos en la tasa de producción de oro, como, aproximadamente, 1849-72. o 1872-1891. Pero también se ha utilizado para "explicar" los ciclos económicos propiamente dichos. En este caso, dado que una adhesión de oro actúa sobre las reservas bancarias y, por lo tanto, hace que los bancos estén más dispuestos y capaces de prestar, tenemos una razón particular para esperar expansión en lugar de la razón más general formulada por Mises y Hawtrey pero, para el resto, la El argumento será más o menos el mismo: nuevamente la inflación crediticia debido a las bajas tasas de interés monetario, nuevamente el punto en el que el interés alcanza los precios y la reversión del proceso. El patrocinador más eminente de este tipo de teoría monetaria, el profesor Irving Fisher, lo expresó en un principio de esta manera poco sofisticada en su *Poder adquisitivo del dinero* , 1911 (cap. 4). [2028] Pero, aunque continuó enfatizando los aspectos monetarios del fenómeno, amplió tanto la base de su análisis que terminó con la Teoría Deuda-Deflación, que, contrariamente a su afirmación indebidamente restringida, se aplica a todos los ciclos económicos registrados y en esencia, no es monetario en absoluto. Aparentemente, la carga recae principalmente sobre el hecho de que en la atmósfera de prosperidad se acumulan deudas, cuya inevitable liquidación, con las consiguientes rupturas en la estructura de precios, constituye el núcleo de la depresión. Detrás de este mecanismo de superficie se encuentran los factores realmente operativos --principalmente nuevas posibilidades tecnológicas y comerciales-- que Fisher no deja de ver, pero que destierra al lugar aparentemente secundario de los `` iniciadores de deuda '' (*Econometrica* , octubre de 1933, p. 348). de modo que, exactamente como en el caso de su análisis monetario general (ver arriba, sección 2), las verdaderas dimensiones de lo que realmente es una gran actuación están tan completamente ocultas a la vista del lector que tienen que ser desenterradas laboriosamente y en El hecho nunca impresionó a la profesión

como debería haberlo hecho.

9. Análisis del ciclo no monetario

Será conveniente continuar para echar un vistazo breve a algunos análisis de fenómenos cíclicos distintos al de Hayek que no son monetarios *en el sentido definido* , [2029] , aunque tendremos que traspasar las fronteras del tema de este capítulo para hacerlo. Pero no iremos más allá de lo necesario para establecer una proposición importante, a saber, que *todos* los hechos e ideas esenciales sobre el análisis del ciclo económico habían surgido en 1914: los siguientes treinta años produjeron, de hecho, una avalancha de datos estadísticos y económicos. material histórico y muchas nuevas técnicas estadísticas y teóricas; por aclaración y elaboración, puede decirse que han expandido el tema a una rama reconocida de la economía; pero no agregaron ningún principio o hecho que no se hubiera conocido antes. [2030]

(a) Desempeño de Juglar.

Como hemos visto, fue el fenómeno espectacular de las "crisis" y el fenómeno menos espectacular pero aún más irritante de las depresiones ("saturación") lo que, en el período anterior, atrajo por primera vez la atención de los economistas. Sin embargo, también hemos visto que algunos de ellos miraban más allá de las depresiones: hombres como Tooke y Lord Overstone se dieron cuenta plenamente de que las crisis y la saturación no eran sino incidentes o fases de un proceso más amplio; muchos más mostraron síntomas de una vaga conciencia de este hecho. Sin embargo, fue solo durante el período objeto de estudio que el 'ciclo' desterró definitivamente a la 'crisis' de su lugar en la mente de los economistas y que se despejó el terreno para el desarrollo del análisis moderno del ciclo económico, aunque prácticamente todos los trabajadores del field continuó usando la vieja frase, un caso interesante de "retraso terminológico". Es por ello que aquí se considera la actuación decisiva aunque fue publicada en 1862. Fue obra de un hombre que fue médico de formación, pero que debe ser catalogado, en cuanto a talento y dominio del método científico, entre los más grandes economistas de todos. veces, Clément Juglar. [2031] Esta evaluación se basa en tres hechos. Para empezar, fue el primero en utilizar material de series de tiempo (principalmente precios, tasas de interés y saldos del banco central) de manera sistemática y con el claro propósito de analizar un fenómeno definido. Dado que este es el método fundamental del análisis moderno del ciclo económico, se le puede llamar con razón su antepasado. En segundo lugar, habiendo descubierto el ciclo de aproximadamente diez años de duración que era más obvio en su material, fue él quien descubrió el continente; islas cercanas a ella que varios escritores habían descubierto antes; procedió a desarrollar una morfología de la misma en términos de "fases" (actualización, "explosión", liquidación). Aunque Tooke y Overstone habían hecho lo mismo, la morfología moderna de los ciclos data de Juglar. Y también lo hace, en el mismo sentido, la "periodicidad". Esta morfología de un proceso "periódico" es lo que quiso decir cuando afirmó con orgullo haber descubierto la "ley de las crisis" sin ninguna teoría o hipótesis preconcebida. [2032] En tercer lugar, pasó a intentar dar una explicación. La gran característica de esto es la forma casi ideal en que se entrelazan los "hechos" y la "teoría". En sí mismas, la mayoría de sus sugerencias sobre los factores que provocan la recesión (pérdida de efectivo por parte de los bancos, fracaso de nuevas compras) no son muy importantes. Pero lo más importante fue su diagnóstico de la naturaleza de la depresión, que expresó con fuerza epigramática en la famosa frase: "la única causa de la depresión es la prosperidad". Esto significa que las depresiones no son más que adaptaciones del sistema económico a las situaciones

creadas por las prosperidades precedentes y que, en consecuencia, el problema básico del análisis del ciclo se reduce a la pregunta de qué es lo que causa las prosperidades, a lo que falló, sin embargo, para dar una respuesta satisfactoria.

Al principio, los economistas tardaron en seguir el ejemplo de Juglar. Más tarde, sin embargo, la mayoría de ellos, incluso aquellos que estaban más inclinados que él a comprometerse con hipótesis particulares sobre "causas", adoptaron su enfoque general, tanto que hoy la obra de Juglar parece una vieja historia contada de forma muy primitiva. Y al final del período se encuentra una obra que, por un lado, fue concebida íntegramente en su espíritu y, por otro lado, marcó el comienzo de una parte más importante del análisis del ciclo de nuestro propio tiempo: Wesley C. Mitchell's *Business Ciclos* . 2033

(b) Terreno común y 'teorías' en conflicto.

Ese período, entonces, estableció un método, al menos el principio fundamental de un método, en el que, al final del período, la mayoría de los analistas del ciclo económico estaban de acuerdo y que debía servir para la mayor parte del trabajo de nuestro tiempo. . Sin embargo, el acuerdo fue más allá. Al final del período, las listas de los rasgos o síntomas que caracterizan las fases cíclicas, que sí elaboraron o habrían elaborado distintos economistas, se parecían mucho. Y no solo eso: al final del período, la mayoría de los trabajadores acordaron —o tácitamente dieron por sentado— que el hecho fundamental sobre las fluctuaciones cíclicas era la fluctuación característica en la producción de plantas y equipos. Ahora, ¿cómo es esto? Parece que estamos descubriendo muchos puntos en común que deberían haber asegurado mucho paralelismo de esfuerzo y mucho acuerdo en los resultados. Sin embargo, esto no es en absoluto lo que revela una revisión de esa literatura. Por el contrario, parece que no vemos nada más que desacuerdo y esfuerzo antagónico, desacuerdo y antagonismo que llegaron a ser desacreditados para la ciencia e incluso ridículos. Sin embargo, la contradicción es solo aparente. El acuerdo sobre la lista de características, incluso si hubiera sido completa, 2034 no significa acuerdo en cuanto a sus relaciones entre sí, y es la interpretación de estas relaciones y no la lista per se lo que individualiza un esquema analítico o ciclo económico. 'teoría.' Incluso el acuerdo en el sentido de que es la actividad en las industrias de plantas y equipos (`` bienes de capital '') la característica sobresaliente en las fluctuaciones cíclicas no ayuda mucho a asegurar el acuerdo en los resultados, ya que deja amplia la cuestión decisiva de la interpretación. abierto. Y, para evitar malentendidos, debemos enfatizar de inmediato que la característica sobresaliente de las fases cíclicas, cualquiera que sea, no necesita contener en sí misma la 'causa' que explica por qué existen las fluctuaciones cíclicas: esta 'causa' aún puede estar en otra parte. , por ejemplo, en el ámbito del consumo. Pero a pesar de todo esto, sigue siendo cierto e importante que el acuerdo fue más allá de lo que sugiere la superficie conflictiva y que la mayoría de los analistas del fenómeno del ciclo económico que produjeron teorías, que parecen tan diferentes, realmente partieron de una base común.

I. El hecho de que la 'amplitud relativamente grande de los movimientos en las industrias de la construcción, en comparación con el consumo, sea una de las' características generales más obvias de las fluctuaciones industriales 'en 2035 difícilmente puede dejar de imponerse en 2036 a cualquiera que haya aprendido a mire un ciclo como un todo, aunque puede escapar a la atención siempre y cuando uno mire simplemente la fase de depresión. Sin embargo, tomó tiempo para que fuera reconocido conscientemente y con plena conciencia de su importancia fundamental. Hablando de manera muy aproximada, podemos asociar este logro —o una parte decisiva en este logro— con el trabajo de Tugan-Baranowsky. 2037 Sin embargo, sólo el énfasis en la importancia fundamental de ese hecho

constituye el mérito histórico de la obra. Su propia interpretación, es decir, su teoría distintiva, que se desarrolla en términos de acumulación y liberación alternas de ahorro líquido, es valiosa solo como un ejemplo de lo corto que es el camino desde un punto de partida prometedor hasta un callejón sin salida, incluso para un trabajador capaz y serio.

II. El trabajo sobresaliente en la línea en discusión es el de Arthur Spiethoff. [2038] Su esquema analítico enumera en primer lugar una serie de posibles iniciadores de un proceso de expansión de la planta y el equipo, proceso que luego explica sin dificultad todos los demás fenómenos observados de auges, teniendo mucho cuidado en tener en cuenta las peculiaridades individuales de cada instancia histórica. . Este énfasis en la expansión de plantas y equipos se refleja en la elección, para el papel de índice fundamental, del consumo de hierro (producción más importaciones menos exportaciones). El problema que persiste, a saber, por qué esta expansión eventualmente se convierte en una condición general de producción con pérdidas ('superproducción'), se resuelve mediante varios factores, como la escasez de capital de trabajo y la saturación temporal de la demanda en direcciones particulares. Este esquema, que a cada paso deja mucho espacio a las alternativas, es admirablemente adecuado para absorber, en sus lugares adecuados y sin exagerar su importancia, muchos otros factores que son transformados en motores únicos del movimiento cíclico por otras teorías, como factores 'psicológicos', factores monetarios, aceleración, subahorro. El análisis de Spiethoff, por lo tanto, se acerca más a una síntesis orgánica de elementos relevantes y a la plena utilización del poder coordinador de ese punto de partida. Y tiene aún otra virtud: con la posible excepción de Marx, Spiethoff fue el primero en reconocer explícitamente que los ciclos no son simplemente un concomitante no esencial de la evolución capitalista, sino que son la forma esencial de la vida capitalista. También fue uno de los primeros en observar que hay largos períodos durante los cuales las fases de prosperidad de los ciclos se acentúan por condiciones favorables ('períodos de prosperidad') y otros períodos largos durante los cuales las fases de depresión se acentúan ('períodos de depresión'). Sin embargo, se negó a combinar estos prolongados hechizos de prosperidad y depresión predominantes en "ciclos largos" y se reservó el juicio en cuanto a su causa.

Sería extremadamente interesante comparar el trabajo de Spiethoff sobre ciclos con el trabajo de Robertson, que aunque es independiente del de Spiethoff, muestra afinidad en aspectos importantes. [2039] No hay similitud en el método. Spiethoff comenzó, en el espíritu de Juglar, a partir de minuciosas investigaciones de las estadísticas disponibles; Robertson trabajó primero y último como 'teórico', tomando solo los hechos más amplios y obvios como base y concentrándose en forjar herramientas de interpretación. Por tanto, su trabajo es más complementario que competitivo. Pero sus visiones generales del proceso cíclico y su causa eran muy similares. [2040]

III. Unos pocos ejemplos bastarán para mostrar el hecho de que la mayoría de las teorías de los ciclos no son más que ramas diferentes de ese tronco común, "planta y equipo".

Primero, el lector se dará cuenta sin dificultad de que incluso las teorías puramente monetarias de los ciclos pueden incluirse entre las "teorías de inversión". Porque aunque ubican las *causas* del movimiento cíclico en la esfera monetaria, los *efectos* sobre las industrias de plantas y equipos están destinados a desempeñar algún papel. Si, en particular, la explicación gira en torno a la tasa de interés monetaria, la alteración en la estructura del 'capital físico' debe ser siempre un factor en situaciones cíclicas, sin embargo, especialmente desde un punto de vista a corto plazo como, por ejemplo, el de Hawtrey, no necesita ser el decisivo. Si lo hacemos decisivo, obtenemos la teoría no monetaria o

semimonetaria de Hayek: aumento de la producción de plantas y equipos duraderos ('alargamiento del período de producción') a través de una caída de la tasa de interés monetaria por debajo de la tasa marginal de ganancia.

En segundo lugar, los escritores que acceden a interpretar los ciclos económicos principalmente como ciclos de inversión —en el sentido físico del término inversión— aún pueden diferir en cuanto al "motor de arranque" y esas diferencias individualizarán sus teorías. Así, lo que puede denominarse la teoría de la *movilidad perpetua se* contenta con el hecho de que la depresión misma producirá en su curso condiciones favorables, primero, al renacimiento y, luego, a la construcción de nuevas instalaciones y equipos. Para dar otro ejemplo, la Sra. England, con un sentido más agudo de la necesidad de una causa más convincente, señaló la actividad de los promotores o, más en general, la intrusión en el horizonte de los empresarios de nuevas posibilidades tecnológicas o comerciales. [2041]

En tercer lugar, sea lo que sea lo que dé el impulso de prosperidad, podemos derivar una teoría distintiva al enfatizar el hecho indudable de que la planta y el equipo, cuya construcción se emprende en reacción a tal impulso, requiere tiempo para que exista y funcione correctamente. tiempo durante el cual no hay nada que embote el borde de ese impulso. En consecuencia, cuando más adelante el flujo de productos adicionales incide en los mercados de bienes de los consumidores, puede producirse algo así como una "sobreproducción general", es decir, una caída de precios que convierte las ganancias esperadas en pérdidas reales. Si confiamos suficientemente en esta explicación, podemos hablar de una 'teoría del rezago' del ciclo. Obtenemos otra versión si ponemos el énfasis principal, en lugar de la caída de los precios de los bienes de consumo, en la subida del precio de los artículos de coste. La primera versión puede ser ejemplificada por las obras de Bouniatian y Aftalion, la última por la de Lescure, aunque hay mucho en las tres para aliviar la presión sobre el factor principalmente enfatizado. [2042] Por cierto, podemos inferir de esto que quien dice que los ciclos económicos son principalmente ciclos de precios *puede* significar exactamente lo mismo que quien dice que son principalmente ciclos de inversión.

En cuarto lugar, hubo de nuevo, como había habido en el período anterior, una cosecha de esas teorías que, de una forma u otra, atribuyen la responsabilidad de las depresiones a la insuficiencia de los ingresos monetarios en general, más precisamente a su incapacidad para expandir *pari passu* con la producción, real o potencial, de bienes de consumo [2043] —o a los hábitos de ahorro de las personas o, finalmente, a la insuficiencia de los ingresos de algunas clases y los hábitos de ahorro de otras. Ya he tenido ocasión de comentar la vitalidad indestructible que deben a su atractivo popular. Fue a este llamado, particularmente fuerte en períodos prolongados de depresión predominante, y no a una gran mejora en sus fundamentos analíticos a lo que debían su supervivencia. Sin embargo, la opinión científica líder siguió siendo desfavorable para ellos y continuaron, tomando prestada la feliz frase de Lord Keynes, viviendo en un submundo científico. Tanto fue este el caso que los principales economistas ni siquiera se molestaron en hacer las concesiones que obviamente se indicaron. Porque aunque el argumento en contra de las teorías del sobreahorro puede ser fuerte siempre que afirmen que el ahorro es una 'causa' última e independiente de perturbación, nunca se debe negar, por un lado, que hay muchos problemas en el ahorro-inversión. mecanismo y, por otro lado, que el ahorro, en una depresión que ya ha comenzado por razones distintas al ahorro, puede empeorar las cosas en términos generales de lo que deberían ser, especialmente si el ahorro toma la forma de acaparamiento, ya que es

probable que hacer en una depresión. Pero los líderes de la opinión predominante, aunque tuvieron vislumbres ocasionales de todo esto, [2044] fallaron por completo en abordar el asunto adecuadamente, un hecho que explica mucho en la historia reciente de la economía. Evidentemente, atribuían poca importancia a estas posibilidades de perturbación. Ni siquiera enfatizaron el papel en el ciclo de ese ahorro que se está utilizando para el reembolso de préstamos bancarios. Así quedó desprotegida una considerable extensión de campo abierto en la que, a la mirada hacia atrás del economista de hoy, parece estar, en algo que para muchos parece un halo de gloria, la figura de JA Hobson. En realidad, la suya no era una figura solitaria. Tampoco se acercó mucho a haber anticipado las doctrinas del keynesianismo actual. Pero nos limitaremos a él. [2045]

En la mayoría de los casos, no existe una línea divisoria clara entre las teorías del subconsumo y otras. Algunos, aunque no todos, bien podrían expresarse en términos de sobreproducción o sobreinversión, monetaria o "real", con lo cual resulta fácil ver que no son más que otra rama del árbol de plantas y equipos. Esto es particularmente claro en el caso del tipo de argumento sobre el ahorro que propugna Hobson. Hoy en día, la mayoría de los escritores que ven el ahorro en el papel de villano de la obra afirman que la travesura surge de que los ahorradores no gastan en absoluto, ya sea en el consumo corriente o en 'bienes de inversión': el problema entonces es mostrar por qué, habiendo ahorrado, la gente se niegan a invertir, creando así desempleo y reservas de dinero ocioso. [2046] Pero aunque Hobson nota este aspecto del asunto, basó, no del todo lógicamente, su explicación de las fluctuaciones cíclicas y del desempleo incidente en un argumento completamente diferente. Con él, el ahorro produce prosperidades y depresiones alternas precisamente porque los ahorradores invierten con prontitud y, por tanto, aumentan los poderes productivos del motor económico más allá de la posibilidad de venta a precios que cubran los costos. Esta línea de razonamiento puede denominarse sobreproducción mediante el ahorro y ciertamente no es keynesiana. Pero Hobson, como Tugan-Baranowsky antes que él, prosiguió señalando que la mayor parte del ahorro lo hacen los relativamente ricos, y utilizó este hecho para llegar a la proposición de que la causa última de la perturbación cíclica y del desempleo incidente es la desigualdad. de ingresos. Por lo tanto, entenderemos por qué los economistas que solo están interesados en resultados políticamente relevantes aclamarán a Hobson como un precursor de Keynes. [2047]

Quinto, es sólo por conveniencia que pongo a Marx al final de nuestra lista de ejemplos. En justicia, debería haber sido puesto en primer lugar porque más que cualquier otro economista identificó los ciclos con el proceso de producción y operación de plantas y equipos adicionales.

Tanto seguidores como enemigos han tenido dificultades para atribuir a Marx una teoría clara de los ciclos. La razón obvia de esta dificultad es que Marx no vivió para sistematizar sus ideas sobre el tema: su teoría siguió siendo el gran "capítulo no escrito" de su obra. Pero hay otra razón más fundamental. Su tema fue la evolución capitalista. Todo lo que escribió, incluso su esquema de una sociedad estacionaria, fue escrito para dilucidar este tema. La evolución capitalista terminaría con el colapso del sistema. Pero pronto adoptó la idea —ya está en el *Manifiesto Comunista— de* que las crisis actuales eran anticipos de este colapso, es decir, el mismo tipo de fenómeno que sólo necesita intensificarse para producir el colapso definitivo (el complemento de la Revolución). [2048] Por tanto, *todos* los elementos de la realidad capitalista eran, directa o indirectamente, relevantes también para su visión del fenómeno cíclico. El 'capítulo no escrito' habría tenido que resumir *todo* su análisis del capitalismo. Y el conjunto de este análisis a su vez se centró en (1) la producción de 'capital real' y (2)

en los factores que cambian su composición (aumento relativo del capital constante frente al variable [2049]). Éstas son las concepciones unificadoras a las que hay que referir lo que de otro modo pueden parecer fácilmente indicios inconexos e incluso contradictorios. Existen, por supuesto, muchos de estos, tales como: el ineludible anhelo de acumulación de los capitalistas (independientemente del rendimiento) que debe motivar ráfagas de actividad inversora, el punto más débil, aunque respaldado por diversas sugerencias sobre factores más sustanciales; el impulso omnipresente que produce manías y choques (descrito vívidamente pero superficialmente por Engels); la tendencia a la baja de la tasa de ganancia (motivada satisfactoriamente o no); sobreproducción y anarquía (incertidumbre) de la decisión capitalista; períodos recurrentes de reinversión (renovación del aparato físico de producción) con períodos de actividad reducida a seguir. Hubo otros, entre ellos un claro indicador hacia el subconsumo de las masas trabajadoras como la 'última causa de todas las crisis reales' (El *capital* , vol. III, p. 568) y hacia la consiguiente incapacidad de los capitalistas para 'realizar' la plusvalía que "existe" en las mercancías que se han producido. La evidencia contradictoria hace imposible, sin embargo, imputar a Marx una teoría de los *ciclos* del subconsumo *,* aunque sigue siendo posible atribuir al subconsumo un papel en el condicionamiento de un estado último de estancamiento. [2050]

Pero ninguna de estas sugerencias, tomadas por sí mismas, ni su suma total equivale a una teoría de los ciclos. En lo que concierne al propio Marx, el historiador del análisis, después de haber advertido la concepción básica y también quizás el manejo particularmente insatisfactorio del dinero y el crédito, debe dejarlo así. De todos modos, hay una serie de teorías del ciclo marxista. Pero deberían atribuirse no a Marx sino a sus autores, marxistas que, ya sea seleccionando pistas que les atraían más que a otros o tratando de desarrollar, desde la base marxista, ideas propias, proporcionaron sustitutos del 'capítulo no escrito' en lugar de que la reconstrucción de ella, creyendo plenamente, sin duda, que estaban interpretando a Marx y siempre teniendo en cuenta la querida relación entre las crisis de la experiencia y la catástrofe final del capitalismo. No es posible examinarlos en un boceto como este. [2051]

(c) Otros enfoques.

Aunque es imposible examinar todas las otras ideas que surgieron durante ese período sobre la naturaleza y la causa de las fluctuaciones económicas, es posible y necesario señalar que la mayoría de ellas, además de ser sugeridas por la observación no instruida, estaban destinadas a apelar a economistas que habían desarrollado la estática económica como pieza central de su ciencia. Como hemos visto anteriormente, naturalmente exageraron la importancia de su logro central. Ellos vieron en él más que nosotros, es decir, más que un esquema lógico que es útil para aclarar ciertas relaciones de equilibrio pero que no es en sí mismo directamente aplicable a los procesos dados de la vida real. No se dieron cuenta de cuántos y cuán importantes son los fenómenos que escapan a este esquema lógico y les encantaba creer que se habían apoderado de todo lo que era esencial y "normal". Ahora bien, desde el punto de vista de este tipo de análisis, es natural ubicar las 'causas' de las perturbaciones observadas *ya sea* fuera del sistema económico [2052] *o* en el hecho de que el motor económico, como cualquier motor, nunca funciona con precisión. Y esta actitud hacia las fluctuaciones observadas fue la raíz común —o característica común— de otro grupo de teorías que también parecen a primera vista no tener nada que ver entre sí. [2053] Observaremos tres ejemplos.

En primer lugar, el más exógeno de todos los factores que influyen en la vida económica es la variación de la cosecha en la medida en que se deba al clima, un factor que WS Jevons, HS Jevons (su hijo) y HL Moore han puesto en servicio con el propósito de explicar las fluctuaciones comerciales. . [2054]

En segundo lugar, el hecho de que es probable que el motor económico se detenga puede explotarse a los efectos del análisis del ciclo económico de diversas formas. El más directo es atribuir la responsabilidad a la incertidumbre en general, lo que dará lugar a decisiones "erróneas". Pero dado que esta incertidumbre se debe, en muchos aspectos, a las propiedades fundamentales de la economía de la empresa privada, también podemos acusar directamente a las instituciones de esta última. [2055] Y dado que no se puede sostener de manera convincente que los errores individuales producen *grandes* disturbios, a menos que sean abrumadoramente unidireccionales, podemos depositar nuestra confianza en 'oleadas de optimismo y pesimismo', una versión que fue bastante común y más tarde fue para apelar a tales autoridades como Pigou y Harrod. [2056] Hay muchas otras variaciones de este tema, ninguna de las cuales está completamente desprovista de un elemento modesto de verdad y todas son desiguales para la carga que se les impone.

En tercer lugar, mientras no veamos mucho fundamento para creer que el sistema económico produce fluctuaciones generales en virtud de su propia lógica, podemos fácilmente concluir que estas fluctuaciones surgen simplemente cuando algo de suficiente importancia sale mal, sin importar la razón. Roscher ya se había entregado a este efecto, y nada menos que Böhm-Bawerk expresó una vez la opinión [2057] de que no había una explicación general de los ciclos ni de las crisis: pertenecen a un `` último capítulo '' de un tratado económico en el que todos sus posibles deben enumerarse las causas. Hay más en esta opinión (me inclino a creer que Marshall habría estado de acuerdo con ella) de lo que parece a primera vista, aunque el logro de Juglar basta para demostrar su insuficiencia. Tiene en cuenta, aunque enfatiza demasiado, el hecho que tan a menudo es descuidado por los `` teóricos '' ardientes, a saber, que cada ciclo es un individuo histórico hasta *cierto punto* y que las combinaciones únicas de circunstancias deben entrar en gran parte en cada análisis de un caso particular. . Además, prohíbe efectivamente todas esas explicaciones de un solo factor que se basan únicamente en las aversiones favoritas de su autor, como el ahorro o la explotación. Finalmente, invita al estudio detallado de los mecanismos individuales, lo que nos lleva muy lejos, aunque no todo el camino. La mayor parte de lo que se ha hecho en esta línea pertenece, sin embargo, al período de posguerra: las técnicas analíticas necesarias tardaron en desarrollarse. [2058] [Sobre estos desarrollos de posguerra, ver más abajo la Parte V, cap. 4, Investigación sobre dinámica y ciclo económico.]

Todo esto, junto con lo dicho anteriormente en la sección 8, parece establecer nuestra tesis: lo esencial tanto de los métodos como de los principios explicativos que sirven en el análisis actual del ciclo económico, salvo refinamientos de la técnica, datan de antes de 1914, un ejemplo de continuidad en el desarrollo o de filiación de ideas que es tanto más interesante cuanto que el esfuerzo consciente fue todo lo contrario. Una síntesis bastante satisfactoria que no habría dejado ningún hecho importante sin explicar y habría constituido una base excelente para futuras investigaciones era "objetivamente" posible para entonces. ¿Por qué no se intentó? La respuesta parece ser que la posibilidad objetiva es una cosa y su realización otra muy distinta: no más que cualquier otra historia, la historia de la investigación puede permitirse descuidar el elemento personal. Enredados en una controversia que a menudo era mezquina, enamorados de sus propias ideas y un énfasis particular, los economistas avanzaron con bastante éxito. Pero nadie alcanzó lo que de hecho habría sido una hazaña de liderazgo muy difícil. [2059]

En vista de una crítica totalmente infundada que muchos de nosotros tenemos la costumbre de dirigir contra el trabajo de esa época, conviene agregar que los economistas no dejaron de ofrecer

explicaciones del desempleo que ciertamente no eran evidentemente inadecuadas. Repasando una vez más las contribuciones que se han mencionado y analizándolas por sus implicaciones en relación con el desempleo, el lector puede satisfacerse fácilmente de esto. Los tipos de desempleo seccional y general, tecnológico y "monetario", temporal y "permanente" estaban en el panorama que habrían resultado de un esfuerzo por lograr una síntesis equilibrada; incluso nuestros propios errores estaban allí. La acusación de que los economistas de esa época descartaban todo el desempleo como meramente friccional sólo es cierta si adoptamos una definición de fricción tan amplia que haga que la acusación sea tautológica. [2060]

Pero otra acusación se opone a la gran mayoría de los economistas de ese período, si es realmente apropiado, considerando la situación analítica en la que trabajaron, llamarla acusación: con pocas excepciones, de las cuales Marx fue el más influyente, trataron los ciclos como fenómeno que se superpone al curso normal de la vida capitalista y sobre todo como patológico; A la mayoría nunca se le ocurrió buscar en los ciclos económicos material con el que construir la teoría fundamental de la realidad capitalista. [2061]

Parte V: Conclusión :

un bosquejo de los desarrollos modernos

1
-
[Introducción y plan]

1. Plano de la pieza

UNA VEZ MÁS cambiamos nuestro reglamento. Las encuestas presentadas en las tres partes precedentes estaban lejos de ser completas. Pero aunque incompletos, su objetivo era transmitir imágenes bastante *completas* . En lo que respecta a la economía científica en el sentido habitual, no se dejó fuera a ningún hombre, obra o movimiento significativo, al menos no intencionadamente, y he hecho lo que podía hacer en este volumen para abordar las cuestiones más importantes del marco y las fronteras. . En esta parte, no continuaremos con este plan. En cierto sentido, nuestra investigación termina, al pie de la cordillera Marshall-Wicksellian, con la última mirada a la situación clásica alrededor de 1900. Si continuamos, es con un propósito diferente y mucho más restringido. Parecía deseable, en primer lugar, mostrar cómo le fue a la obra de ese período en nuestro tiempo; [2062] segundo, para señalar algunos caminos que se alejan de él y más allá; y, tercero, intentar el diagnóstico y pronóstico de esfuerzos contemporáneos. En el mejor de los casos, esto nos dará una vista panorámica de solo unos pocos grandes contornos con todos los detalles y todos los distritos fronterizos omitidos. Más que eso, esta visión tendrá que ser muy selectiva.

Ni siquiera puedo enumerar todo lo que voy a dejar de lado. Pero lo ilustraré mencionando a dos hombres: Gottl y Spann. Los mensajes ampliamente diferentes de estos hombres, como es obvio por el considerable cuerpo de literatura producido por sus seguidores, han moldeado muchas mentes. En este sentido, posiblemente sean más importantes que dos técnicos de teoría económica de alto poder. Pero no son importantes para nosotros. Nos preocupan los técnicos. Quien escribe una historia de, digamos, la tecnología agrícola no prueba por ello que la considere más importante que la historia de la religión. Sólo en la medida en que esos autores —o cualquier otro del mismo tipo— realmente intentaron realizar un trabajo analítico *en el sentido adoptado para los propósitos de este libro* , nuestra incapacidad para tratar con ellos conlleva implicaciones que ellos o sus seguidores podrían objetar. ¿Está esto bastante entendido?

[JAS nunca terminó esta introducción a la Conclusión ni cubrió algunos de los temas que planeaba incluir. En lugar de la introducción que habría escrito, se presenta en la siguiente sección un resumen de cinco conferencias, que fueron esbozadas al mismo tiempo que estaba planeando la Parte V y los últimos dos o tres capítulos de la Parte IV y que presumiblemente resumen lo que JAS consideró como las principales líneas de avance en el período reciente.

Lo que realmente pretendía cubrir en la Conclusión (además de los capítulos 2, 3, 4 y 5 a continuación) solo se puede adivinar a partir de dos páginas de notas abreviadas (principalmente en esa enloquecedora taquigrafía), que se reproducen en el Apéndice. . Entre las 'cosas que todavía faltan por completo en la (Parte) V', enumeró:

(1) Morgenstern y von Neumann, *Teoría de los juegos y comportamiento económico* (1944)

(2) *Programación lineal* de Leontief

(3) Análisis de ingresos: contabilidad social

(4) . . . Chenery (Funciones de producción de ingeniería). . . Frisch

(5) (Varias líneas de notas taquigráficas)

A partir del segundo párrafo de la sección 3 (este capítulo), es obvio que JAS también pretendía comentar sobre la 'riqueza sin precedentes de hechos estadísticos' y sobre Econometría, 'la nueva relación entre la teoría económica y los métodos estadísticos'].

2. El progreso de la economía teórica durante los últimos veinticinco años 2063

(a) Conferencia introductoria sobre el alcance del curso.

La Primera Guerra Mundial provocó un cambio completo en las políticas económicas de todas las naciones que ha persistido desde entonces. Esto se debe, en primer lugar, al hecho de que todas las naciones han tenido que afrontar nuevos problemas derivados de situaciones políticas y económicas en las que nunca antes se habían encontrado. Pero, en segundo lugar, este cambio en las políticas se debió también al hecho de que la guerra había alterado profundamente la distribución anterior de los pesos políticos. Así, observamos no solo nuevos problemas y nuevas situaciones, sino también nuevas actitudes hacia ellos.

Economía y Economía Política . Los economistas se adaptaron a los tiempos y se produjo un cambio significativo en sus puntos de vista sobre cuestiones prácticas. La suma total de estos puntos de vista junto con el esquema de valores sociales que subyace a estos puntos de vista lo llamaremos Economía Política. En consecuencia, decimos que una nueva Economía Política surgió después de 1918. Pero, por muy interesante que sea describir esta nueva Economía Política e indagar en sus raíces sociológicas, esta no es nuestra tarea en este curso. Los nuevos puntos de vista sobre política económica se considerarán sólo en la medida en que sean relevantes para el desarrollo de la economía científica.

Por Economía Científica o Analítica, a diferencia de Economía Política, nos referiremos al acervo de hechos y métodos que los economistas recopilan con el propósito de *explicar* los fenómenos de la vida económica. La diferencia entre esta economía analítica y la economía política se puede ilustrar por analogía con la diferencia entre las materias que se enseñan en una facultad de medicina. Tal facultad tiene profesores de cirugía, medicina interna, etc. que enseñan el arte práctico de tratar a los pacientes. Pero también hay profesores de química, fisiología, biología que enseñan los fundamentos científicos de ese arte pero no ese arte en sí. Es con los análogos de este último lo que nos preocupa.

Economía y teoría económica . Restringiremos nuestro tema aún más. Quizás el progreso más importante que se ha producido en la economía científica es el gran aumento de nuestro dominio sobre los hechos. Todo tipo de información sobre hechos ha aumentado más allá de los sueños más atrevidos de las generaciones pasadas, pero nuestra época se ha caracterizado particularmente por un aumento de información *estadística* que fue tan grande que abrió posibilidades bastante nuevas para la investigación científica. En consonancia con este aumento de *material* estadístico , ha habido un desarrollo igualmente importante de *métodos* estadísticos . Pero ignoraremos todo esto y concentraremos nuestra atención en los desarrollos en ese campo restringido que se llama Teoría Económica.

Todavía prevalecen tantos malentendidos sobre la naturaleza, uso y limitaciones de la Teoría

Económica que es necesario explicar nuestra concepción de la misma. Hubo un tiempo en el que Teoría Económica significaba precisamente lo que antes hemos llamado Economía Política: había una teoría 'liberal', 'socialista' o 'mercantilista', y todas esas teorías significaban más o menos *doctrinas* políticas o al menos recomendaciones prácticas. Ésta no es la visión moderna. El economista moderno considera la teoría simplemente como un instrumento de investigación. Este *carácter instrumental* de la teoría económica se ilustrará con ejemplos que también explicarán la relación que, no obstante, existe entre teoría económica y política económica.

Precisamente porque la teoría económica es solo un instrumento de investigación, no puede producir resultados concretos sin los hechos que proporcionan las estadísticas o la descripción no estadística. Esto ya lo habían comprendido los economistas españoles de los siglos XVI y XVII. Pero la alianza entre estadística y economía teórica no se completó hasta el surgimiento de la econometría moderna.

Las principales líneas de avance de la teoría económica . La forma más obvia en la que avanzan las ciencias es mediante *nuevas salidas* , es decir, mediante el descubrimiento de nuevos hechos, o nuevos aspectos de viejos hechos, o nuevas relaciones entre hechos. Se darán ejemplos de la historia de la física y de la economía. Pero hay otra manera. Cuando usamos los conceptos y teoremas que hemos heredado de nuestros predecesores, estos conceptos y teoremas, que llamamos el *aparato analítico* de una ciencia, cambian en nuestras manos. Agregamos aquí y corregimos allí y así este aparato se convierte lentamente en uno diferente. Será nuestra primera tarea describir cómo, aproximadamente entre 1890 y 1914, se consolidó un sistema de teoría económica y cómo este sistema formó la base de un trabajo posterior, que comenzó a principios de la década de 1920 y lo transformó sin pretenderlo [Parte V, cap. 2 de esta *Historia*]. Luego veremos cómo se desarrolló un nuevo aparato analítico que se conoce como dinámica económica [Parte V, cap. 4 de esta *Historia*], A continuación se considerará otra nueva salida, principalmente asociada con el nombre de Lord Keynes [Parte V, cap. 5]. Y, finalmente, resumiremos lo que se ha logrado y lo que cabría esperar en un futuro próximo.

(b) El sistema Marshall-Wicksell y su desarrollo.

La economía científica encontró su forma sistemática en el siglo XVIII (Beccaria, A. Smith, Turgot) y, después de varias "revoluciones", en los *Principios de Economía Política* de JS Mill. Este sistema, a su vez, fue revolucionado por la introducción del principio de utilidad marginal (Jevons, Menger, Walras). Pero otro proceso de consolidación tuvo lugar entre 1890 y 1914, y surgió un sistema teórico de aparatos que está incorporado en los trabajos estándar de A. Marshall y K. Wicksell. Se dedicarán unos minutos a describir las características más destacadas de este sistema y hasta qué punto fue aceptado por los teóricos profesionales de todos los países [Parte IV de la Historia]. Luego procederemos a discutir las principales líneas de avance que partieron de este sistema.

La teoría de la empresa individual y la competencia monopolística . Ni Marshall ni Wicksell habían descuidado la tarea de analizar el comportamiento de empresas individuales. Pero sus teoremas, excepto en el caso del monopolio, se referían principalmente a todo un grupo de empresas (industria) o incluso a todo el organismo de la economía social. Apenas se dieron cuenta de la necesidad de investigar más de cerca el comportamiento de las unidades individuales que se combinan para producir los fenómenos que asociamos con una industria o la economía social. Al analizar este comportamiento, los teóricos pronto descubrieron que el caso de competencia perfecta o pura era una rara excepción en lugar de la regla, y que el organismo económico, especialmente en casos de costo promedio

decreciente, no funciona como lo haría bajo competencia perfecta o pura. De ahí surgió un nuevo cuerpo de teoremas, la teoría de la Competencia Imperfecta (Robinson) o Monopolística (Chamberlin), cuyas principales características se caracterizarán brevemente [Parte V, cap. 2 de la *Historia*].

Variedades de indiferencia . A pesar de las protestas de Pareto y otros, los teóricos de la generación Marshall-Wicksell utilizaron sin crítica el concepto de utilidad marginal. Durante las décadas de 1920 y 1930, este concepto fue rápidamente descartado en favor del enfoque de la "curva de indiferencia". Las razones de esto y las ventajas del enfoque de la curva de indiferencia se discutirán brevemente (Ver Hicks, *Value and Capital* , 2ª ed., 1946) [Parte IV, cap. 7, seg. 8 y App. y Parte V, cap. 2]. Las consecuencias de la aprobación de la vieja teoría de la utilidad marginal para la Economía del Bienestar sólo pueden tocarse superficialmente [Parte IV, cap. 7, Apéndice: Nota sobre la teoría de la utilidad].

Otras mejoras del aparato Marshall-Wicksell . Con un rigor científico creciente y especialmente con el uso cada vez mayor de las matemáticas en la teoría económica, los teóricos en los últimos veinticinco años han podido desarrollar muchas de las doctrinas enseñadas por Marshall y Wicksell y corregir otras. Un ejemplo de estos desarrollos es la teoría de la sustitución que creó el concepto de elasticidad de sustitución. Esta concepción es útil para resolver en pocas líneas muchos problemas que llenaron páginas e incluso volúmenes en el pasado (por ejemplo, el problema de la influencia de la introducción de máquinas sobre los intereses del trabajo). Las correcciones se han aplicado principalmente a la antigua teoría de la producción mediante un análisis más detallado de las propiedades de las funciones de producción [Parte IV, cap. 7, seg. 8].

(c) Dinámica económica.

Llamamos *estática a* una relación si conecta cantidades económicas que se refieren al mismo punto de tiempo. Por tanto, si la cantidad de un bien que se demanda en un momento (t) se considera dependiente del precio de este bien en el mismo momento (t), se trata de una relación estática. Llamamos *dinámica a* una relación si conecta cantidades económicas que se refieren a diferentes puntos de tiempo. Por tanto, si la cantidad de un bien que se ofrece en un momento (t) se considera dependiente del precio que prevaleció en el momento ($t - 1$), esta es una proposición dinámica. Estas definiciones de los términos "estático" y "dinámico" deben distinguirse cuidadosamente de otras que se han utilizado y que todavía se utilizan a veces. El sistema Marshall-Wicksell era esencialmente estático.

La importancia de una teoría dinámica . La necesidad de desarrollar una teoría dinámica se basa en tres hechos: (1) Es obvio que la mayoría de las cantidades demandadas y ofrecidas, tanto de productos terminados como de factores de producción, así como los precios y los ingresos están en realidad relacionados con otras cantidades económicas que pertenecen no al mismo momento sino al pasado o al futuro esperado. Es particularmente obvio que los monopolistas quieren maximizar las ganancias no por el momento, sino durante un período de tiempo. (2) No es tan obvio, pero es cierto que esto hace una gran diferencia en los resultados. Si descartamos la hipótesis de que cada elemento de la economía depende sólo de los otros elementos, ya que están en el mismo momento, surgen resultados bastante diferentes y fenómenos bastante nuevos, por ejemplo, el fenómeno de *las fluctuaciones endógenas* . (3) Finalmente, la tarea de desarrollar una teoría dinámica es muy difícil y no puede lograrse simplemente agregando calificaciones dinámicas a la teoría estática. Requiere nuevas técnicas y plantea problemas fundamentales propios. Un ejemplo de las nuevas técnicas necesarias es la teoría de ecuaciones en diferencias. Un ejemplo de los nuevos problemas fundamentales es el equilibrio

económico, que, si se considera desde un punto de vista dinámico, aparece bajo una nueva luz.

Una ilustración: el problema de la telaraña . Cuando los agricultores observan los precios actuales de, por ejemplo, carne de cerdo y forrajes, decidirán producir más o menos cerdos según sea o no rentable la producción porcina en esta relación actual entre los precios de porcinos y forrajes. Pero esta decisión no puede entrar en vigor antes de que haya transcurrido cierto período. La oferta resultante de carne de cerdo afectará entonces al mercado y cambiará la relación preexistente entre los precios de la carne de cerdo y el forraje. Esto inducirá a los agricultores a tomar nuevas decisiones y así sucesivamente. Este 'problema de la telaraña' o 'ciclo del cerdo' se discutirá, bajo supuestos simplificadores, por medio de un diagrama simple. Un problema similar es el llamado ciclo de construcción naval estudiado por Tinbergen (*Weltwirtschaftliches Archiv* , 1931). [Todos los problemas esbozados para esta conferencia sobre dinámica económica se tratan en la Parte V, cap. 4 de la *Historia* .]

(d) Análisis de ingresos.

Tenemos un gran interés científico en reducir el número de variables económicas con las que tenemos que lidiar. Si intentáramos escribir las ecuaciones que determinan el equilibrio estático de millones de empresas y hogares, nunca lograríamos la tarea. En particular, nunca podríamos reunir las estadísticas que serían el complemento necesario de tal sistema. Esto sugiere la idea de reducir el número de variables a unos pocos grandes agregados sociales. Esta idea es muy antigua. Desde el principio, los economistas han intentado razonar sobre la renta nacional, la suma nacional total de salarios y similares. Pero fue solo durante el último cuarto de siglo que esta idea se ha seguido sistemáticamente. Está claro que deberíamos estar en una posición mucho mejor para aplicar la teoría a la estadística y la estadística a la teoría si pudiéramos, para algunos propósitos o para todos, limitarnos a variables tales como Renta Nacional, Consumo e Inversión Nacional, Cantidad de Dinero, Empleo y tasas de interés. El análisis que intenta hacerlo se denomina *macroanálisis* (R. Frisch). Debido a que la Renta Nacional es la variable central en la que estamos particularmente interesados, también se denomina *Análisis de Renta* .

La teoría keynesiana . El más exitoso de todos los sistemas teóricos que se han inspirado en este deseo de simplificar la estructura de la teoría económica es el sistema estático que se asocia con el nombre del difunto Lord Keynes. Muchos otros también han sido construidos, por ejemplo, por Amoroso, Frisch, Kalecki, Pigou, Tinbergen, Vinci. Lord Keynes usó solo cuatro variables explícitamente: cantidad de dinero (depósitos), consumo, inversión y tasas de interés. La renta también entra, pero es simplemente idéntica al consumo más la inversión. El nivel de precios se elimina mediante el uso de "unidades de salario" u horas de trabajo en las que se expresan todas las cantidades. El empleo está unido al ingreso asumiendo que es estrictamente proporcional al ingreso expresado en unidades de salario. Las variables están unidas por tres relaciones: la función de preferencia de liquidez, la función de consumo (que implica el famoso 'multiplicador') y la función de inversión, todas las cuales se explicarán brevemente.

Discusión de la teoría keynesiana . Keynes presentó su teoría como un sistema *macrostático* . Pero es posible convertirlo en un sistema macrodinámico sin gran dificultad.

Es mucho más grave que Keynes supusiera no solo que los métodos de producción permanecen sin cambios, sino también que la cantidad de equipo industrial no varía. Esto restringe su análisis a períodos de tiempo muy cortos (3 a 10 meses). Además, dado que el cambio tecnológico es la

esencia del proceso capitalista y la fuente de la mayoría de sus problemas, este supuesto excluye las características sobresalientes de la realidad capitalista.

La novedad de la teoría del ahorro de Keynes consiste simplemente en esto. Antes de Keynes, los economistas solían dar por sentado que, normalmente, los ahorradores invierten lo que ahorran. Keynes asumió que las personas ahorran sin tener una intención definida de invertir y que, cuando han ahorrado, pueden decidir no invertir en absoluto sino mantener sus ahorros en forma de dinero (*Teoría general del empleo, el interés y el dinero* , 1936). , págs. 165–6). Sólo en esto descansan las características peculiares de su teoría del interés. Pero el ahorro sin inversión se produce sólo en las depresiones profundas, es decir, en aproximadamente un año de cada diez en promedio a largo plazo. El concepto de eficiencia marginal del capital no es el mismo que el de la antigua productividad marginal del capital, pero esencialmente expresa los mismos hechos.

La teoría de los salarios de Keynes es interesante porque parece proporcionar una explicación del desempleo permanente a diferencia del desempleo cíclico. Pero lo hace solo mediante el supuesto de que los salarios monetarios son rígidos. Y nadie ha negado jamás que el desempleo pueda persistir indefinidamente en este caso.

El éxito de la teoría keynesiana . Hemos visto que Keynes acepta fundamentalmente el aparato marshalliano de la teoría económica y que sólo lo ajustó en varios puntos. Pero estos puntos fueron muy importantes para la explicación de la depresión de la década de 1930 y, por tanto, atrajeron la atención con razón. Además, su sencillo sistema que considera solo unos pocos agregados fue fácil de dominar y manipular. Sin embargo, de estos factores de éxito científico debemos distinguir un factor mucho más potente de éxito *político* . Keynes parecía presentar un argumento de que el ahorro, la gran virtud que la mayoría de los economistas burgueses desde A. Smith en adelante siempre había ensalzado, era realmente un vicio que no era la causa de la formación de capital sino del desempleo y la destrucción del capital. Esto atrajo a muchas personas que, por otras razones, habían renunciado a la lealtad a los valores de la sociedad capitalista y, por lo tanto, hicieron de la doctrina keynesiana —no del todo lógico— la bandera del radicalismo económico. [Todos los puntos destacados de esta conferencia sobre análisis de ingresos se encontrarán desarrollados en la parte V, cap. 5, 'Keynes y la macroeconomía moderna'].

(e) Resumen del curso.

Es imposible prever qué pensarán las generaciones futuras del trabajo en teoría económica desde 1920 a 1945. Podemos examinar los puntos que la posteridad tendrá que juzgar, pero no podemos pronunciarnos sobre su valor. Sin embargo, hay que tener en cuenta una cosa. La teoría económica de nuestro tiempo y de todos los tiempos futuros nunca podrá volver a ser tan fascinante para el público en general como lo fue en los tiempos en que era comprensible para toda persona educada y cuando parecía establecer directamente 'leyes eternas' y prácticas. reglas. Todos pueden entender a A. Smith. Solo los especialistas pueden comprender el cálculo matricial y las ecuaciones funcionales. Todo el mundo está interesado en el libre comercio o la protección. Solo los especialistas están interesados en cuestiones de determinación y estabilidad.

El progreso en la técnica . Lo único que se puede afirmar con seguridad sobre el trabajo del período que hemos estado examinando es que la teoría de 1945 es muy superior a la teoría de 1900 en lo que respecta a la técnica. Los resultados son más fiables, las pruebas son más rigurosas. Esto en sí mismo también significa *más* resultados y resultados más *especializados* que se ajustan mejor a la

infinita variedad de configuraciones de la realidad económica. Al mismo tiempo, debe admitirse que las ideas fundamentalmente nuevas han estado casi totalmente ausentes. Hacemos mucho más de las ideas que hemos heredado del período anterior y, a menudo, las presentamos bajo una nueva luz, pero les hemos agregado poco. Como ejemplo visible, se discutirá brevemente la teoría de los ciclos económicos para mostrar que todas las ideas esenciales se desarrollaron antes de 1914 [Parte V, cap. 4].

Teoría económica al servicio de la política económica . La teoría moderna ya no se propone demostrar que el libre comercio es la política adecuada para todos los tiempos y lugares. Pero muestra mucho mejor de lo que hubieran podido demostrar Smith o Mill cuáles serán los efectos de una determinada medida de protección sobre los intereses de todas las clases de la sociedad. La teoría moderna ya no intenta demostrar que la competencia perfecta es un ideal. Pero puede mostrar cuáles serán los efectos de determinadas desviaciones de la competencia. La teoría moderna ya no recomienda ahorrar en todas las circunstancias. Pero da a la política económica una descripción completa del proceso de ahorro y de los efectos que los diferentes tipos de ahorro ejercerán sobre la situación económica de un país. Podrían citarse muchos otros ejemplos para mostrar que los teóricos modernos están desarrollando un aparato que de hecho ya no es simple, pero que al final prestará a la política económica el mismo servicio que la física teórica presta a la ingeniería.

Planificación y socialismo . Lo que se acaba de decir puede aplicarse a cualquier tipo de planificación económica. La teoría económica está desarrollando lentamente los instrumentos mentales que son necesarios para "racionalizar" la planificación y para decirle a los planificadores lo que deben hacer y evitar para alcanzar ciertos fines. Si una sociedad socialista se define como la sociedad perfectamente planificada, entonces podemos decir además que la teoría moderna está construyendo las bases de un socialismo verdaderamente "científico" [Parte IV, cap. 7, seg. 5]. Decir que la teoría pura no tiene interés para la práctica es tan irrazonable como decir que la mecánica pura no tiene interés para construir las máquinas que queremos. Los fines en sí mismos, es decir, el tipo de sociedad o cultura que queremos, debemos elegirnos nosotros mismos. Ninguna ciencia puede hacer más que indicar los medios para lograr lo que queremos.

[3. Antecedentes y patrones] 2064

De manera muy aproximada, los inicios de lo que creo que es un nuevo período en la historia del análisis económico datan de la Primera Guerra Mundial. Pero esto fue una coincidencia. Causalmente, esa guerra mundial tuvo poco que ver con las nuevas tendencias, que de hecho eran discernibles antes de 1914. El público, por supuesto, tenía la impresión, como siempre ocurre en cualquier época de acontecimientos sorprendentes, que los fenómenos económicos que observaba eran completamente novedosos, inauditos y de una naturaleza que trastocaban por completo los esquemas de la economía analítica. Y fue una experiencia nueva para algunas personas ser pobres en lugar de ricas y para otras ser ricas en lugar de pobres, para algunos ver sus intereses defendidos por los políticos en lugar de ignorados, para otros ver sus intereses atacados por los políticos en lugar de defendidos. como solían ser. Pero ningún hecho o proceso económico observable durante esa guerra y sus secuelas tenía nada nuevo que enseñarle al economista científico. Los procesos inflacionarios, en particular, encajaban maravillosamente en el más antiguo de los esquemas antiguos. Tampoco hay nada de qué sorprenderse. La economía es una ciencia muy insatisfactoria. Pero tendría que ser mucho más

insatisfactorio de lo que es si un evento como una guerra, por extenso y destructivo que sea, fuera suficiente para trastornar su enseñanza.

La independencia fundamental de las influencias de la guerra de los desarrollos que dieron lugar a un nuevo período de análisis económico puede establecerse fácilmente enumerándolos. Primero, estaba la riqueza sin precedentes de datos estadísticos. En segundo lugar, hubo nuevos resultados que surgieron del funcionamiento del viejo aparato. En tercer lugar, estaba el desarrollo de la dinámica. En cuarto lugar, estaba la nueva relación entre la teoría económica y los métodos estadísticos (Econometría). Son estos cuatro aspectos, obviamente interdependientes, del trabajo contemporáneo los que se analizarán en los capítulos que siguen. El resto de este capítulo se dedicará a la discusión de una cuestión de "atmósfera".

Nuestro tiempo es de transición, no solo en el sentido en que cualquier tiempo es necesariamente transitorio, sino también en el sentido específico definido por la rapidez, y por la *conciencia* y expectativa universales , de un cambio social actual e inminente de naturaleza fundamental. Pocos lo negarán. Conviene señalar de una vez las dos formas en que ese hecho incide sobre el trabajo científico en nuestro campo.

Lo primero que nos ocurre a la mayoría de nosotros son los nuevos patrones y los nuevos problemas. Pero en lo que concierne a ellos, es más importante darse cuenta de hasta qué punto son viejos amigos con un nuevo atuendo sociológico que darse cuenta de hasta qué punto nos enfrentamos realmente a nuevos problemas *científicos* . Para empezar, podemos repetir para la historia económica reciente lo que se dijo hace un momento para la historia económica de la Primera Guerra Mundial. Las pautas sociales, las políticas económicas y de otro tipo, las situaciones económicas son todas muy diferentes, pero esto en sí mismo no implica que estos nuevos principios económicos sean sugeridos por ellos o necesarios para comprenderlos. Así, las políticas exteriores, económicas y de otro tipo, que al buen viejo liberal le parecen nuevas herejías y a los observadores más entusiastas como grandes descubrimientos, como hemos visto, le habrían parecido muy familiares a Malynes y Misselden. El contrato de trabajo ya no es `` gratuito '', pero no solo nunca lo ha sido excepto durante períodos relativamente cortos de la historia, sino que tampoco significa un problema nuevo para el analista; todo lo que tiene que hacer es tomar un modelo diferente de su caja de herramientas. Las rentas políticas —pagos de fondos públicos a grupos particulares a los que no corresponde ningún servicio económico específico— son una característica sobresaliente de la sociedad moderna; pero no fueron menos importantes en la sociedad de Luis XV: el hecho de que los destinatarios tuvieran diferentes connotaciones de clase es, a efectos de análisis puramente económico, menos importante de lo que parece. Amigos y enemigos del New Deal estuvieron de acuerdo en considerarlo nuevo. Entonces fue en más de un sentido. Pero no en nuestro sentido: prácticamente todas las medidas que abarca ese lema habían sido observadas y analizadas en profundidad antes. Tampoco esto es todo. Hay posibles eventos que crearían situaciones históricamente novedosas. El socialismo en toda regla (no bolchevique), adoptado por la sociedad industrial moderna, es un ejemplo. Pero para el economista no presentaría un problema nuevo. La teoría de una economía socialista está a la mano, totalmente desarrollada en parte por economistas completamente burgueses en un momento en el que no había esperanza ni peligro de que ese ejercicio de teoría pura alguna vez se pusiera en práctica. En este sentido, los economistas eran mejores que su reputación.

Sin embargo, existen patrones y problemas que son *analíticamente* novedosos. Entre los

ejemplos, podría haber mencionado el 'abandono del oro', la devaluación, la depreciación, el control de cambios y otras características de la administración monetaria como ejemplos de dispositivos consagrados, solo que no siempre fueron 'respetados' y, por lo tanto, se los conoció como poco complementarios. nombres. Pero esto sería sólo sustancialmente, y no del todo, correcto. Vemos otros aspectos de ellos que no se vieron antes, y hemos aprendido a razonar sobre ellos de diferentes maneras. Además, la teoría tiende a volverse —en parte intencionalmente, pero aún más involuntariamente— especializada cuando, por acuerdo tácito, los teóricos buscan durante mucho tiempo el mismo patrón social y económico. Entonces, sus características se dan por sentadas, y muchas proposiciones se enmarcan para ajustarse incluso a las menos persistentes. Si los bancos centrales son prácticamente departamentos de tesorería; si otros bancos han perdido casi todas las funciones excepto las administrativas de cobrar cheques y comprar bonos del gobierno; si el tipo de interés del mercado no significa nada y los mecanismos del mercado monetario y de la bolsa de valores están casi paralizados; si el afán de lucro de la familia industrial está desapareciendo rápidamente; si los empleados asalariados administran las preocupaciones más importantes; si el ahorro privado y la inversión privada han dejado de funcionar y la generación de ingresos a través del gasto público se considera un elemento normal del proceso económico, en el que los impuestos absorben los ingresos más altos; y así sucesivamente, entonces la importancia relativa de las diversas piezas del motor capitalista se ve tan profundamente afectada (muchas de las piezas no funcionan en absoluto, mientras que otras que podrían ser descuidadas justificadamente antes asumen un papel dominante) que todos los 'aplicados' Los campos adquirirán naturalmente una complexión completamente diferente. Y los teóricos redistribuirán su énfasis en sus diversos modelos y trabajarán algunos de ellos de manera más completa mientras dejan de lado otros. Pero es importante darse cuenta de que esto es todo y que desde el punto de vista de la técnica analítica significa mucho menos de lo que el profano tiende a creer.

[Inconcluso; muchas notas taquigráficas y luego una frase que comenzaba: 'La otra forma en que la conciencia del cambio real e inminente influye en el trabajo científico. . . . ']

2
-
[Desarrollos derivados del aparato Marshall-Wicksell]

[1. La teoría moderna del comportamiento de los consumidores y la 'nueva' teoría de la producción]

LA TEORÍA MODERNA del comportamiento de los consumidores se desarrolló casi en su totalidad durante el último cuarto de siglo en lo que respecta a la doctrina que realmente es utilizada y enseñada por el sector de la profesión económica que está principalmente interesado en la teoría en este sentido. Pero lo que se estaba y se está desarrollando consiste en métodos y resultados, principalmente asociados al trabajo de Fisher, Pareto, Barone, Johnson, y, si no nos importa agregar un artículo que permaneció prácticamente desconocido durante una década o más después de su publicación, Slutsky. Esto significa que las ideas fundamentales estaban presentes antes del cierre de la Primera Guerra Mundial, no solo en forma de sugerencias embrionarias, sino bien elaboradas, principalmente por autores de renombre internacional, en formas accesibles, así deberíamos pensar, a todo profesional. teórico. Solo tenían que asimilar y aclarar, ampliar, aplicar y, ocasionalmente, enderezar en el proceso. Pero había poco que añadirles que fuera fundamentalmente nuevo. La situación era muy parecida a la de la industria del automóvil: a pesar de todas las mejoras y los nuevos dispositivos, un automóvil moderno sigue siendo muy parecido al automóvil de 1914. [2065] Exactamente lo mismo vale para lo que todavía podría llamarse la nueva teoría de la producción. Y el concepto de elasticidad de sustitución ilustra bien no solo lo que se ha hecho, sino también lo que se podría hacer en este campo en las circunstancias dadas. [2066]

Un historiador, inspirado por sus observaciones sobre hechos similares en el pasado, podría haber esperado que Walras hubiera perdido el barco, es decir, que su trabajo, en una época que por fin pudo comprenderlo, hubiera sido arrojado al mar. limbo donde habitan las obras que, inadecuadamente apreciadas en su tiempo, fueron condenadas por las deficiencias técnicas de su aparato cuando llegó su tiempo real. Sin embargo, esto no fue así. El trabajo sobre el comportamiento de los consumidores y sobre la producción que puede encajar en su sistema y que, en parte, fue encajado por Pareto, en lugar de impedirle ocupar el lugar que le corresponde, produjo un sistema walrasiano bastante modernizado. Este proceso se extiende desde 1924, cuando *Mathematical Groundwork of Economics* , del profesor Bowley, hizo que el sistema de equilibrio de Walras fuera accesible internacionalmente, ya modernizándolo en muchos lugares, hasta 1939, cuando *Value and Capital* , del profesor Hicks , o sus dos primeras partes, completaron la tarea. [2067] Hasta cierto punto, este libro fue particularmente exitoso en desenterrar los problemas walrasianos de los que el propio Walras no había sido consciente. Y, en parte a su paso y en parte de forma independiente, se publicó una rica corriente de contribuciones de las que me limitaré a "leer por nombre" las obras de Lange, Metzler, Mosak y, sólo alfabéticamente por último, Samuelson. Gran parte o la mayor parte de este trabajo gira en torno a cuestiones de determinación y condiciones de estabilidad y, por lo tanto, constituye la mayor parte del trabajo de nuestros días en el campo de la teoría fundamental o incluso *Grundlagenforschung* .

[2. Teoría de la empresa individual y competencia monopolística]

Sin embargo, igualmente importante, y mucho más importante en lo que respecta a la aplicabilidad directa a cuestiones prácticas y, por tanto, para la profesión económica en su conjunto, es otro desarrollo que se deriva objetivamente de Marshall: la teoría de la empresa individual y, en relación con ella, la teoría de la economía. Competencia monopolística o imperfecta. [2068] Todo el mundo sabe que este nuevo brazo del motor analítico del economista fue agregado, en diferentes formas, por autores ingleses y estadounidenses que trabajaron independientemente unos de otros, una prueba sorprendente de la necesidad intelectual, aún más que práctica, de este tipo de teoría y una ilustración no menos sorprendente de cómo la lógica de la situación científica puede conducir a diferentes mentes en líneas similares de avance. [2069] En los Estados Unidos, *The Theory of Monopolistic Competition* surgió, sin previo aviso, completamente armada de la cabeza del profesor EH Chamberlin en 1933 [2070] y obtuvo el éxito correspondiente, que se debió tanto a la fuerza y brillantez de su exposición como a a la madurez de la situación científica. El trabajo pretendía reconstruir toda la teoría del valor combinando o fusionando las hasta ahora separadas teorías del monopolio y la competencia. Tampoco esto fue todo. También pretendía enseñar una nueva *Weltanschauung* económica desde el punto de vista de la cual prácticamente todos los problemas económicos aparecen bajo una nueva luz. En cualquier caso, las contribuciones originales más importantes del trabajo —contenidas principalmente en los capítulos 4-7 sobre diferenciación de productos y costos de venta— encontraron muy poca disensión fundamental, si es que alguna. Pero toda una literatura que amplió y aplicó estas contribuciones siguió su estela.

En Inglaterra, La *economía de la competencia imperfecta de la* Sra. Joan Robinson , también en 1933, incidió en una profesión menos preparada y, por esta y otras razones, tuvo un éxito menos espectacular. Como sabemos, Piero Sraffa, en 1926, había descartado la idea de que apelar a la teoría del monopolio era el remedio para las dificultades sobre el equilibrio que habían surgido en relación con los rendimientos crecientes. Al hacerlo, ya había sugerido que las condiciones reales de la industria, en general, se encontrarían en la zona intermedia entre el monopolio y la competencia y que, dado que era la teoría competitiva la que dominaba el campo, era necesario "volverse hacia el monopolio". Al encontrar el monopolio así liberado `` de su incómoda pluma " (Robinson, *op. Cit.* P. 4) en el que había existido, aislada del corpus principal del análisis económico, la Sra. Robinson propuso reconstruir la teoría del valor permitiendo que el monopolio para 'absorber el análisis competitivo': cada empresa es un monopolista, es decir, un solo vendedor de su propio producto, y la competencia llega poco a poco hasta llegar al caso límite en el que un gran número de tales vendedores únicos de productos perfectamente sustituibles vender en un mercado perfecto, y la demanda del producto de cada uno de ellos se vuelve perfectamente elástica, el caso generalmente descrito como competencia perfecta (*op. cit.* p. 5). [2071] Cabe señalar que este concepto de monopolio no es el tradicional. De hecho, el concepto tradicional sólo puede definirse satisfactoriamente con el criterio de que admite la aplicación de la teoría del monopolio de Cournot-Marshall. Pero esta teoría, a su vez, presupone la existencia de una curva de demanda dada de forma independiente e inmune a las influencias de otras empresas sobre el comportamiento de la considerada. Por lo tanto, la teoría tradicional del monopolio es constitucionalmente incapaz de "absorber" los casos en los que estas influencias no se pueden descuidar y, por lo tanto, el concepto tradicional de monopolio se vuelve inaplicable.

3

-

[Economía en los países 'totalitarios'] [2072]

NO DEBERÍA ser necesaria ninguna explicación de lo que para algunos lectores puede parecer un descuido injustificable de las literaturas económicas "totalitarias". Sin embargo, deseo afirmar que tal negligencia no tiene nada que ver con prejuicios políticos. No tengo ninguna intención de descuidar ningún trabajo analítico que se haya realizado o se esté haciendo en países 'totalitarios', y el mero hecho de que dicho trabajo se presente en los envoltorios de una filosofía 'totalitaria' *o incluso con la intención de servir e implementarla.* no hay más razón para que lo descuide que mi fuerte aversión personal al utilitarismo es una razón para descuidar el trabajo analítico de Bentham. Las diversas filosofías totalitarias mismas, sin embargo, están excluidas —al igual que la filosofía utilitarista en tanto que filosofía— no porque sean "totalitarias" sino porque son "filosofías", es decir, especulaciones que viven fuera de la esfera de la ciencia empírica. A este respecto, estamos simplemente llevando a cabo un principio que se ha seguido desde el principio y que se ha discutido a fondo en la Parte I, donde la distinción entre economía analítica y economía política se introdujo principalmente para darle efecto. Dado que este punto de vista está en desacuerdo con creencias profundamente arraigadas, se invita al lector a refrescar su memoria sobre lo que se dijo allí.

Sin embargo, el principio anterior no explica completamente por qué la literatura económica introducida en los países totalitarios no figurará mucho en el esquema que sigue. Hay otras dos razones para esto: primero, algunas de las contribuciones más importantes, como *Marktform und Gleichgewicht* (1934) de von Stackelberg , o parte del trabajo de Del Vecchio sobre el dinero, ya se han mencionado en la Parte IV, donde llevamos las historias de una serie de temas hasta el presente; segundo, el material del tipo que pertenece a la historia del análisis económico no ha sido abundante bajo los regímenes totalitarios. Por lo demás, los casos de los tres principales países totalitarios, Alemania, Italia y Rusia, [2073] son demasiado diferentes para ser cubiertos por una sola generalización.

1. Alemania

En Alemania, los métodos de enseñanza e investigación se mejoraron rápidamente durante el período de la República de Weimar (1918-1932). El trabajo histórico y el trabajo sobre problemas actuales (del tipo cultivado por la Verein für Sozialpolitik) continuaron como antes; Como se observa en la Parte IV, capítulo 4, estos tipos de trabajo perdieron gradualmente su inclinación metodológica antiteórica, y aumentaron tanto el interés como la competencia en la `` teoría '', siendo igualmente significativo el uso generalizado del tratado de Cassel [2074] como un efecto, una causa, y un síntoma; además estaban los mensajes autóctonos de maestros como von Gottl, Liefmann, Oppenheimer y Spann, a los que ni siquiera su crítico más severo puede negar el mérito de haber estimulado muchas mentes; y estaban, más accesibles al entendimiento angloamericano (y al mío), las performances de Diehl, Eucken y otros y, sobre todo, las de Spiethoff y Sombart. El grupo vienés, bajo el liderazgo del profesor L. von Mises, aunque mantuvo una individualidad vital hasta que, por el momento, se dispersó en la década de 1930, entabló relaciones más estrechas que antes con el resto de economistas y economistas alemanes. estaba así en condiciones de afirmar sus propias doctrinas distintivas.

No se pueden dejar fuera de este esquema dos tendencias hacia la americanización. Uno fue el inexorable progreso de la especialización. Aunque los cursos integrales de economía general, política económica (y social) y finanzas públicas se mantuvieron en sus posiciones dominantes, los grupos especializados comenzaron a adquirir una existencia cada vez más definida; en un sentido más significativo que antes, fue posible, después de 1918, hablar de economistas agrícolas, laborales o industriales. Una vez más, los institutos de investigación como la Oficina Nacional de Investigación Económica o la Oficina de Economía Agrícola crecieron tanto dentro como fuera de los departamentos gubernamentales preocupados por los problemas económicos. Bastará mencionar el Institut für Weltwirtschaft de la Universidad de Kiel, fundado por uno de los organizadores de investigación más eficientes que jamás haya existido, el profesor Bernhard Harms, y el Institut für Konjunkturforschung, la fundación de un organizador igualmente eficiente, el profesor Ernst Wagemann. en Berlín [2075], ambas de las cuales agregaron nuevas revistas económicas a las existentes. Sólo hay un punto en este cuadro de considerable avance y aún más considerable promesa que, desde el punto de vista adoptado en este libro, debe registrarse como de siniestro significado. A medida que se asentó la República de Weimar, los gobiernos de los estados individuales —no había universidades federales ni privadas, solo universidades estatales— cedieron cada vez más a la demanda de los partidos políticos, principalmente los socialdemócratas y centristas, de que los nombramientos de profesionales El cargo en economía debería tener en cuenta la política de los candidatos. El argumento, discutido con bastante franqueza, decía lo siguiente: la economía, a diferencia de la física y como la filosofía, es una *Weltanschauungswissenschaft* , es decir, una `` ciencia '' en cuya investigación y enseñanza entran necesariamente las creencias y lealtades últimas del investigador o profesor. Estas creencias y lealtades últimas se materializaron en los partidos socialista y centrista (católico) y en una aglomeración de todos los demás partidos definidos por la característica negativa de que no eran ni socialistas ni católicos; por lo tanto, las cátedras deberían dividirse, lo más equitativamente posible, entre los miembros de estos tres grupos políticos, aunque nadie defendió, desde luego, que esto se hiciera independientemente de las calificaciones. No es necesario volver a discutir este asunto. De manera menos abierta, las tendencias verbalizadas por la teoría de la *Weltanschauungswissenschaft se* hacen sentir en cualquier circunstancia y en todos los países. Además, nunca prevalecen plenamente en ningún lugar, excepto en la Rusia moderna. En la República de Weimar, la resistencia de las facultades y de los miembros rectos de la burocracia los mantuvo en límites relativamente estrechos.

En estas circunstancias, el advenimiento del nacionalsocialismo no significó una ruptura tan grande y no causó todo el daño que un observador extranjero podría esperar. El régimen nacionalsocialista era intolerante no solo con las críticas a sus políticas, sino también con cualquier demostración de falta de simpatía por la filosofía del partido. Promovió a los miembros del partido y degradó a los judíos. Si no insistió en profesiones de fe aceptables, las acogió. En casos individuales, el partido o grupos dentro del partido e incluso las autoridades fueron mucho más allá de lo que esto implica. Y además, se deben tener en cuenta los efectos perturbadores de las condiciones generales que prevalecen entonces sobre la investigación y el estudio. Sin embargo, aunque menos que en el campo de las ciencias físicas, la mayor parte del trabajo profesional continuó. En particular, nadie se habría metido en problemas como consecuencia de haber elaborado nuevas herramientas teóricas o estadísticas. Una obra como la *Teoría general* de Keynes podría haber aparecido sin ser molestada, y lo hizo. [2076] No se debe olvidar que el credo del nacionalsocialismo no era primaria ni esencialmente

económico y que, por lo tanto, era compatible no solo con todo tipo de economía técnica sino también con la defensa de políticas muy diferentes.

2. Italia

En Italia encontramos una situación similar, solo que mucho más pronunciada. El régimen fascista resintió las críticas a sus medidas tanto como o, dado que las políticas individuales estaban mucho más estrechamente asociadas con el líder personalmente, aún más que en el caso de Alemania. [2077] También insistió en una actitud comprensiva de los economistas o bien en la neutralidad; quizás la mejor manera de expresar la situación es decir que en lo que insistió el gobierno fue en la ausencia de hostilidad activa hacia los principios fascistas. Algunos hombres destacados, como Ricci y Bresciani-Turroni, se expatriaron, pero la mayoría no se vio seriamente perturbada. El trabajo puramente científico no fue interferido en absoluto. [2078] En estas condiciones, la economía científica continuó moviéndose a lo que hemos visto en la Parte IV era un alto nivel, tanto dentro como fuera de la escuela de Pareto, hasta la guerra. Salvo los efectos de la guerra, no hubo ruptura y tampoco la hubo después de la caída del régimen.

3. Rusia

Pero el caso de la economía rusa [2079] en el período estalinista difiere de los casos alemán e italiano, no en grado sino en especie. En la década anterior a ese período, aproximadamente entre 1917 y 1927, esto no fue así. Los oponentes del régimen soviético o incluso los neutrales fueron tratados con mucha más crueldad que los oponentes del régimen nacionalsocialista o fascista. La investigación científica en sí, no solo la discusión de políticas, fue reglamentada de una manera inaudita en Alemania o Italia, no solo por la naturaleza y los métodos de la administración bolchevique, sino también por otras dos razones que se contradecían y, sin embargo, se reforzaban mutuamente. . Por un lado, el credo soviético, ideológicamente al menos, era esencialmente un credo económico y ligeras desviaciones de los libros sagrados, aunque fueran de tipo puramente teórico, adquirieron una importancia que nos resulta difícil de comprender; Por otro lado, el gobierno bolchevique, naturalmente, explotó al máximo la ingenua emocionalidad del `` pueblo revolucionario '', que necesariamente creía que, llegado el milenio, ya no existían las `` leyes económicas '' y, por lo tanto, no había necesidad de cualquier análisis económico en absoluto. En esta situación, la discusión tendía a centrarse exclusivamente en los deseos momentáneos de los hombres que estaban, o se creía que estaban, en el timón o cerca de él, y argumentos como que cierta opinión era "reaccionaria" o "izquierdista"; de hecho , pura denuncia, comenzó a reemplazar las opiniones científicas. Sin embargo, la ruptura no fue completa. La conversión a la ortodoxia soviética se hizo más fácil por el hecho de que el marxismo, ahora el credo prescrito, había tenido un fuerte control sobre los economistas rusos incluso antes de 1917 y que hay mucho espacio para el análisis científico dentro de los límites establecidos por la lealtad a sus principios. Mientras los incondicionales marxistas genuinos como Bujarin desempeñaron algún papel, es posible que aún tengamos que afirmar que, cualitativamente más que cuantitativamente, el trabajo genuinamente analítico está en reflujo, pero no habría razón para cuestionar que hubo trabajo genuinamente académico, como el La mera existencia del Instituto Marx-Engels basta para demostrarlo. Sin embargo, había otros institutos, por ejemplo uno para la investigación en economía agrícola y otro para la investigación empresarial o cíclica, que por el momento disfrutaban de cierta

libertad no sólo para recopilar sino también para interpretar datos económicos. La obra de Kondratieff, ya mencionada, causó gran revuelo en [2080] y constituye, hasta donde puedo ver, la máxima ejecución de la obra producida por un número considerable de economistas competentes (Perwuschin, Oparin, Sokolnikoff, y otros); este trabajo, a pesar de las siniestras implicaciones del hecho de que desde entonces no se ha oído hablar de algunos de los autores, puede tomarse como prueba de que la economía seria sobrevivió hasta que los rigores del régimen estalinista se afirmaron plenamente. Luego se produjo la ruptura, después de todo, y la enseñanza, así como el trabajo del Instituto de Economía de la URSS, se redujeron cada vez más a un tratamiento descriptivo de los problemas prácticos del gobierno soviético y a recriminaciones mutuas de esclavos que temían incesantemente por sus vidas. . [2081] Nos limitamos a dos puntos que prometen mejores cosas para el futuro. En primer lugar, la Rusia soviética heredó de la época pre-soviética una excelente tradición de trabajo en métodos estadísticos y sus antecedentes matemáticos, principalmente probabilísticos. Este trabajo, mucho menos expuesto que la economía al ataque político, sobrevivió y continuó produciendo contribuciones reconocidas internacionalmente. En segundo lugar, es evidentemente imposible `` planificar '' la inversión sin desarrollar un aparato, por primitivo que sea, para comparar métodos alternativos de llevarla a cabo, incluso si el propósito en sí es dado por un mandato dictatorial, y para comparar propósitos de inversión alternativos si hay alguna libertad. de elección. Pero en cualquier intento de hacerlo, las normas actuariales y los conceptos de valor, productividad marginal e interés entran por necesidad lógica. La tarea de los economistas soviéticos era y no es mejorar estos conceptos, sino pasarlos de contrabando de tal manera que se oculte su identidad fundamental con los correspondientes conceptos "capitalistas". [2082] Avanzar en esta línea es difícil y lento debido a la incesante amenaza de denuncia que se esconde detrás de las críticas desfavorables que parecen haber recibido hasta ahora publicaciones de este tipo. Sin embargo, hay en estas publicaciones algunas promesas para el futuro, especialmente porque es seguro predecir que las denuncias de este tipo pasarán de moda: los economistas bolcheviques seguramente descubrirán al final lo que Pareto y Barone se dieron cuenta hace medio siglo, es decir, que hay una lógica económica que no tiene nada de específicamente "capitalista". Tampoco esto es todo. Las técnicas de contabilidad y presupuestación de la renta nacional se están desarrollando rápidamente en los países no bolcheviques — ya no se les puede llamar "capitalistas", y la economía tradicional tendrá que adaptarse a ellas. [JAS pretendía, pero en realidad no escribió, una sección sobre contabilidad del ingreso nacional en esta parte final.] Estas técnicas y los métodos de análisis correspondientes son aún más necesarios en el estado soviético. Existen, pues, dos tendencias que, nacidas de necesidades similares, han comenzado a afirmarse independientemente en Rusia y en otros lugares, especialmente en Estados Unidos, y ahora tienden a converger, como tantas otras. Sin embargo, más allá de esto, no hay nada que informar para una historia del *análisis* económico , y solo él puede sorprenderse de esto quien, incluso en este punto, no ha comprendido el propósito de este libro. [2083]

4
- Investigación de
dinámica y ciclo económico

RECORDEMOS una vez más que aquí, como a lo largo de este libro, Dinámica significa exclusivamente análisis que vincula cantidades pertenecientes a diferentes puntos del tiempo teórico, en el sentido que se ha explicado repetidamente antes, y no la teoría de los procesos evolutivos que siguen su curso en tiempo histórico: es prácticamente coextensivo con el análisis de secuencia e incluye el análisis de período como un caso especial, pero no es coextensivo con la teoría del crecimiento o desarrollo económico, o "progreso". [2084] La dinámica así definida es una partida realmente nueva. De hecho, hemos visto en varios giros de nuestro camino, particularmente en el caso de Sismondi, que las consideraciones dinámicas en nuestro sentido se inmiscuyeron en el análisis económico en tiempos incontables, principalmente por implicación pero también explícitamente. Pero el núcleo exacto de la economía era, no obstante, estático y se creía que constituía un cuerpo de doctrina autónomo, un cuerpo que, además, abarcaba todos o casi todos los conocimientos esenciales. Esto es obvio en el caso de Walras. Pero también se aplica a Marshall. [2085] Sin duda, añadió muchas consideraciones extra-estáticas, principalmente sobre el crecimiento, pero también sobre las secuencias, tanto que se puede decir que ha propuesto la tarea de la teoría dinámica futura (véase, por ejemplo , *Principios* , p. 519), al igual que postuló la tarea de la econometría futura; pero aunque presentó material, puntos de vista y desiderata, no cruzó el Rubicón. Por lo demás, nos hemos percatado de los sugerentes apuntadores de Pantaleoni y Pareto, pero no hubo avance hacia la meta a la que apuntaban.

Con la frase "cruzar el Rubicón" me refiero a esto: por importantes que hayan sido esas excursiones ocasionales en el análisis de secuencias, dejaron el cuerpo principal de la teoría económica en la orilla "estática" del río; lo que hay que hacer no es complementar la teoría estática con el botín traído de estas excursiones, sino reemplazarla por un sistema de dinámica económica general en el que la estática entraría como un caso especial. La comprensión del hecho de que incluso una teoría estática no puede desarrollarse completamente sin un esquema dinámico explícito (Samuelson), [2086] , que hemos señalado antes, es un primer paso en esta dirección, y si el espacio lo permite, se podrían mencionar algunos otros. [2087] Sin embargo, todavía no se ha desarrollado ningún ataque a todo el frente de la teoría walrasiana y la analogía con un terreno de construcción sigue siendo dolorosamente apropiada: un número creciente de trabajadores ven el nuevo objetivo; pero por el momento esto es prácticamente todo, ya que el esfuerzo de HL Moore no fue sustancialmente más allá de la estática comparativa. Los esfuerzos por "dinamizar" la teoría agregada han tenido un éxito más positivo.

[1. Dinamizar la teoría agregada: macrodinámica]

Esto es comprensible. Por un lado, la teoría agregada que reduce verdaderamente innumerables arreglos de variables a media docena o incluso menos puede, evidentemente, resistir mucho mejor que un sistema walrasiano bajo las complicaciones que son inseparables incluso del esquema dinámico más simple. Como ilustración, considere un dispositivo dinamizador tan simple como la introducción de rezagos. De improviso y hasta que se inventen métodos más poderosos de los que están disponibles ahora, es muy poco lo que podemos decir cuando damos diferentes índices de

tiempo a todas las cantidades que ingresan al sistema walrasiano, excepto que por ello se vuelve inmanejable. Pero esto ya no es así si las únicas variables de las que tenemos que ocuparnos son el "consumo", la "inversión" y una renta nacional que sea idénticamente igual al consumo corriente más la inversión corriente. Supongamos que postulamos arbitrariamente que el consumo (C_t) de algún período (t) es igual a una proporción constante (α) de la renta del período ($t-1$), αY_{t-1}; y que la inversión (I_t) en el período t es igual a una proporción constante (β) de la diferencia entre el consumo actual y el consumo del período anterior, $\beta (C_t - C_{t-1})$ o $\beta (\alpha Y_{t-1} - \alpha Y_{t-2})$. Recordando que $Y_t \equiv C_t + I_t$, obtenemos como, sobre la base de las matemáticas de la escuela primaria, es fácil de ver: 2088

$$Y_t = \alpha (1 + \beta) Y_{t-1} - \alpha\beta Y_{t-2} .$$

Se trata de una ecuación en diferencias homogénea de segundo orden con coeficientes constantes, que es muy fácil de resolver mediante una técnica elemental que está a la mano y produce ciertos resultados económicamente interesantes. La tentación de valerse de una simplificación tan tremenda es casi irresistible e impermeable a las objeciones que puedan plantearse por motivos teóricos. 2089 No es de extrañar, entonces, que principios de la década de 1930 fueran fértiles en tales esquemas agregados — R. Macrodinámica de Frisch. 2090 Por supuesto, no todos eran matemáticamente exactos; un estudio más completo tendría que mencionar varios importantes que fueron presentados por economistas no matemáticos como el profesor von Hayek. Debe observarse cuidadosamente que este impulso hacia la macrodinámica era en sí mismo bastante independiente de cualquier deseo de una alianza más estrecha de la teoría económica con las cifras estadísticas: la macrodinámica habría afirmado sus afirmaciones incluso si las actitudes de los teóricos hacia la estadística no hubieran cambiado en absoluto en comparación con durante el período anterior y, de hecho, varios escritores que no mostraban síntomas de tal cambio de actitud estaban tan ansiosos como cualquiera por obtener las ventajas de la simplificación agregada.

[2. El complemento estadístico: econometría]

Pero, por otro lado, el impulso igualmente fuerte hacia una economía numérica, una economía que sería estadísticamente operativa, es también un factor dominante en nuestra situación científica. Y este factor, aunque independiente del deseo de simplificar el patrón de la teoría económica per se, también favorece los métodos macrodinámicos. Porque, con pocas excepciones, las variables agregadas, en particular si su número aumenta con los niveles de precios y las tasas de interés, son fáciles de identificar con nuestras series de tiempo más importantes. Como ejemplo destacado, que muestra ambas tendencias estrechamente unidas y que constituye un elemento tan importante en la investigación económica de nuestro tiempo que no puede omitirse en ningún esbozo, por breve que sea, menciono la obra de Tinbergen. 2091 Sus numerosos esquemas agregativos, la mayoría de los cuales utilizan muchas más variables para empezar que los de otros autores, se establecen en primera instancia sobre la base de consideraciones puramente teóricas que son extremadamente simples, tanto que tal vez sea más esclarecedor hablar de consideraciones de sentido común: incorporan, en un sistema de (casi siempre) ecuaciones lineales con coeficientes constantes, las definiciones de agregados obviamente importantes (ecuaciones de definición); las relaciones que sugiere el sentido común deben subsistir entre ellos (ecuaciones de equilibrio); y relaciones que se supone que describen el comportamiento de clases de hogares y empresas (comportamiento o ecuaciones de "decisión"). 2092 Esto implica el

principio fundamental de que la construcción de la estructura teórica debe *preceder* al trabajo estadístico: las relaciones en sí mismas no son sugeridas por observaciones estadísticas; son postulados y no resultados. 2093 Las cifras estadísticas deben "explicar" los valores numéricos de algunas variables por los valores numéricos dados de otras mediante el método de correlación múltiple, un proceso que también elimina aquellas variables "explicativas" cuyos coeficientes de regresión parcial *indican* la insignificancia de su influencia. El sistema se reduce entonces, mediante un proceso de sustituciones sucesivas, a ecuaciones "finales" que se consideran para representar el mecanismo económico. 2094 En sí mismo, cada paso de este procedimiento está abierto a serias críticas, de las que sólo se puede decir que no deben cegarnos a la grandeza de este esfuerzo pionero. Dado que la mayoría de estas críticas son de carácter estadístico, el trabajo estadístico de Frisch -en parte tomado en cuenta por Tinbergen- y su grupo deberían ser mencionados nuevamente en este punto, particularmente el trabajo de Haavelmo, quien durante su breve estadía en los Estados Unidos , sin ocupar un puesto docente, ejerció una influencia que acreditaría el trabajo de toda la vida de un profesor. 2095 En cualquier caso, sin embargo, el economista que acepta la macrodinámica tal como está, con o sin su complemento estadístico, puede hablar de conquista ya lograda, y no solo de un ataque en desarrollo y de la creciente claridad de una meta, que es todo lo que somos capaces de registrar en materia de dinamización del sistema walrasiano o paretiano.

[3. La interacción de la macrodinámica y la investigación del ciclo económico]

Exactamente como la macrodinámica ha sido y está siendo impulsada por el impulso específicamente econométrico —la tendencia al razonamiento en términos de cifras estadísticas—, tanto los componentes teóricos como numéricos del trabajo macrodinámico han sido impulsados por la preocupación por los problemas del ciclo económico. Esta preocupación es, como ya hemos visto, una característica destacada de nuestro tiempo. Del análisis anterior de los factores que produjeron la macrodinámica y, en particular, la macrodinámica estadística, podemos inferir que este desarrollo habría ocurrido incluso si no existiera el tipo particular de fluctuaciones que comúnmente se identifican como ciclos económicos. De lo que se ha dicho anteriormente en esta Parte y en la Parte IV podemos inferir que la preocupación por los fenómenos de los ciclos económicos habría aumentado, en comparación con los tiempos anteriores a 1914, incluso si no hubiera surgido la macrodinámica moderna. Pero es obvio que ambos desarrollos estaban destinados a reforzarse mutuamente y que, por un lado, los métodos, materiales y resultados de la investigación del ciclo económico abarcaban cada vez más la economía general y, por otro lado, los métodos, los materiales. , y los resultados de la macrodinámica moderna evolucionaron principalmente con miras a servir a la investigación del ciclo económico, 2096 tanto que la referencia a los ciclos económicos se entromete incluso en los títulos de muchas publicaciones macrodinámicas de un rango mucho más amplio. 2097 Ahora es fácil formular con mayor precisión la naturaleza y los resultados de esta interacción.

Hemos visto en la Parte IV, Capítulo 8, que todas las ideas fundamentales relativas al fenómeno de los ciclos económicos estaban presentes antes de 1914. 2098 Lo que nuestro período agregó, además del desarrollo crítico de estas ideas, fue en primera instancia la nueva riqueza de datos y nuevos métodos estadísticos para manejarlos. Incluso el programa econométrico, salvo las matemáticas "superiores", lo habían llevado a cabo estudiantes tan destacados como Juglar, Mitchell y Spiethoff. 2099 Pero desde 1919 se han ofrecido posibilidades incomparablemente mayores. Algunos

escritores se contentaron con utilizar cualquier cifra que pudieran captar los brazos de su aparato analítico. Un ejemplo destacado es el del profesor Pigou, cuyo *Industrial Fluctuations* (1a ed. 1927), aunque sigue siendo un trabajo `` teórico '', sin embargo, debido al nuevo material, difiere mucho del tipo de trabajo que habría producido un economista del mismo tipo. antes de 1914. Otros mostraron una tendencia a sumergirse en el material estadístico directamente y desechar el aparato existente, así como las hipótesis explicativas existentes. Podemos ilustrar esta tendencia con dos ejemplos que, en otros aspectos, tienen muy poco que ver entre sí, a saber, el trabajo del Comité de Harvard (WM Persons) y el trabajo de Mitchell.

El Comité de Investigación Económica de la Universidad de Harvard, presidido por Charles J. Bullock y dirigido principalmente por Warren M. Persons y WL Crum, se embarcó en extensas investigaciones histórico-estadísticas y desarrolló importantes series de tiempo, pero debe su renombre internacional: sus métodos están siendo discutidos , copiado y desarrollado en casi todas partes, especialmente por el Instituto de Berlín de E. Wagemann, hasta el 'barómetro de tres curvas', una versión revisada que el lector encuentra descrita con autoridad en el número de abril de 1927 de la *Review of Economic Statistics* ('The Construcción e interpretación del índice de condiciones comerciales de Harvard '). Aquí no es posible ningún análisis de su método. Debemos limitarnos a indicar el principio fundamental y agregar tres observaciones que se ruega urgentemente al lector que tenga en cuenta. El principio es correlacionar las series de tiempo que el sentido común indica que son particularmente relevantes, después de haber 'eliminado' de ellas las variaciones estacionales y la 'tendencia secular', de modo que los ciclos se den como residuales (para más detalles ver WM Persons, 'Correlation of Serie temporal, *Manual de estadística matemática de* Rietz , 1924, cap. 10).

Las observaciones que deseo añadir son las siguientes: (1) Los métodos estadísticos utilizados por el Comité de Harvard están a la luz de desarrollos posteriores, e incluso contemporáneos, de estadísticas "superiores" expuestas a serias objeciones. Pero esto no debe inducirnos a pasar por alto el impulso que tanto la posterior compilación de cifras estadísticas como el desarrollo del método estadístico derivaron de esa empresa pionera; o pasar por alto el hecho de que había un sentido común aproximado acerca de esos métodos que ayudarían de alguna manera a justificar sus resultados como aproximaciones, si alguien se preocupara por emprender la tarea.

(2) Si los críticos se equivocaron al no dar la debida importancia a la importancia histórica de esa empresa, se equivocaron aún más en la parte de su crítica que estaba dirigida contra el valor de pronóstico del barómetro. El hecho es que las curvas del barómetro indicaban con bastante claridad la ruptura que se aproximaba en 1929; el problema era que los intérpretes de las curvas no creían en sus propios métodos o no asumían lo que creían que era una responsabilidad seria en la predicción de la depresión.

(3) Los constructores del Barómetro de Harvard enfatizaron en beneficio de sus lectores y también creyeron que no estaban usando nada de esa teoría económica desacreditada y desacreditadora de monstruos. El profesor Persons era bastante propenso a responder a las objeciones teóricas señalando los cientos de coeficientes de correlación que se habían calculado bajo su dirección. De hecho, sin embargo, sí utilizaron una teoría que era tanto más peligrosa porque era subconsciente: utilizaron lo que podría llamarse la teoría marshalliana de la evolución. Es decir (si descuidamos la importante, pero en este sentido secundaria, corrección de las variaciones estacionales, una de sus contribuciones más duraderas) asumieron que la estructura de la economía evoluciona de una manera

constante o suave que puede ser representada (excepto por ocasionales cambios de gradiente, 'rupturas') por tendencias lineales y que los ciclos son desviaciones hacia arriba o hacia abajo de tales tendencias y constituyen un fenómeno separado y separable. Este es un error que tendremos que mencionar de nuevo ahora. Pero aunque erróneo, este punto de vista constituye una teoría, o la columna vertebral de una. La pequeña controversia metodológica sobre el tema de la `` investigación del ciclo económico sin teoría '', que surgió ocasionalmente, fue de una naturaleza similar a la que surgió sobre el trabajo de Mitchell y la Oficina Nacional de Investigación Económica y, por lo tanto, se abordará en conjunto. con este último.

La importancia del trabajo de Wesley Clair Mitchell y la Oficina Nacional de Investigación Económica, que él dirigió e inspiró, ya se ha enfatizado. Así como el profesor E. Wagemann dijo en alguna parte que las publicaciones de su Institut für Konjunkturforschung eran simplemente el segundo volumen de su *Allgemeine Geldlehre* (1923), Mitchell podría haber dicho que (la mayoría de) las publicaciones de la Oficina Nacional formaron en conjunto una enorme segundo volumen al primero que había publicado en 1913. Y su volumen de 1927, *Business Cycles: The Problem and its Setting* , era, como el *Konjunkturlehre* de Wagemann de 1928, un estudio organizador de problemas, puntos de vista y materiales, para el trabajo que fue le fue dado para que lo llevara, si no hasta su finalización, al menos hasta su monumental *Measuring Business Cycles* (y el de AF Burns) (1946). No podemos entrar en una discusión sobre lo que se conoce como el método de la Oficina Nacional para representar los ciclos estadísticamente. Todo lo que podemos hacer es señalar que este esfuerzo de establecer y ordenar una gran cantidad de material (principalmente) estadístico esencialmente continúa el plan que se ejecutó parcialmente en el libro de 1913 y no debe nada a la teoría macrodinámica, aunque eventualmente puede establecer problemas y proporcionar comprobaciones importantes para ello: el trabajo de Mitchell y su grupo apunta principalmente a mostrar qué es lo que tenemos que explicar y, más allá de esto, sugiere puntos de vista desde los que hacerlo.

Aprovecho esta oportunidad para hacer un breve comentario sobre la pequeña controversia acerca de la metodología mencionada anteriormente. Mitchell podría haber hecho algo para prevenirlo si hubiera distinguido más claramente entre teoría en el sentido de hipótesis explicativa y teoría en el sentido de aparato analítico. La mayoría de nosotros estaríamos de acuerdo con él si pensara que la formulación de hipótesis explicativas debería esperar a la adquisición de un dominio más completo de los hechos y que las hipótesis explicativas, hasta ahora ofrecidas, antiguas y nuevas, carecían de fundamentación adecuada y podrían ser incapaces de mantenerse. a la luz de los hechos que iba a reunir. Aun así, no mostró ninguna hostilidad activa hacia las muchas "teorías" de los ciclos económicos que enumeró en su libro de 1927 con perfecto desapego. Pero, además, le importaban poco los refinamientos técnicos de la "teoría" en el sentido instrumental del término, del mismo modo que le importaban poco los refinamientos modernos del método estadístico. Sus primeras asociaciones con las tendencias veblenistas hicieron el resto para hacer que pareciera, a los ojos de la profesión, más antiteórico de lo que era, y aún más a los ojos de aquellos devotos de la macrodinámica para quienes la teoría económica y la teoría económica. modelo matemático tienden a ser sinónimos. Pero en realidad, tanto en la intención como en los hechos, estaba sentando las bases para una "teoría", una teoría del ciclo económico y una teoría general del proceso económico, pero para una diferente. De manera similar, el Comité de Harvard, al profesar proceder sin teoría, realmente no quiso decir más que no pretendía guiarse en su trabajo fáctico por hipótesis explicativas preconcebidas.

Pero la investigación del ciclo económico es la investigación de secuencias de situaciones empresariales que también son el tema, o parte del tema, de la macrodinámica. Por tanto, la cooperación entre los dos estaba claramente indicada. Todos los estudiantes de ciclos económicos, no excluidos por discapacidades matemáticas, deberían haber reconocido esto desde el principio. La lógica formal de los rezagos, las tasas de cambio, las acumulaciones y las oscilaciones que pueden producir será útil en la interpretación del comportamiento observado del material de series de tiempo. La macrodinámica no debería ser menos útil en cualquier intento de dar al material teórico existente una forma más prometedora, por ejemplo, al decidir cuestiones de determinación y al formular condiciones de amortiguación o explosividad y similares. Los problemas de los mecanismos por los que los impulsos se propagan a través del sistema económico pueden resolverse mediante métodos macrodinámicos, que por lo tanto pueden contribuir sustancialmente, entre otras cosas, a nuestra comprensión de los puntos de inflexión cíclicos. [2100] El ejemplo estrella para demostrar la utilidad de estos métodos es la teoría de los osciladores, es decir, de los factores que crean fluctuaciones en el sistema, aunque ellos mismos son perfectamente estables — libres de fluctuaciones. [2101] Los estudiantes "literarios" de los ciclos económicos no verán fácilmente la posibilidad de esto. Serán propensos a argumentar que ningún factor puede contribuir a las fluctuaciones cíclicas a menos que su propia serie de tiempo sea oscilatoria. Por tanto, se puede esperar que muestren algunos signos de gratitud a la macrodinámica por ampliar así su horizonte, como deberían hacerlo en otros casos, por haber afinado y corregido sus argumentos. Si no siempre lo hacen, sin duda se debe principalmente a discapacidades matemáticas. Pero también hay otra razón que es importante señalar.

Se ha dicho anteriormente que la macrodinámica nos ayuda a comprender los mecanismos de propagación. Quizás ayude al lector si considera el sistema económico como una especie de resonador, que reacciona al impacto de eventos perturbadores o "irritantes" de una manera que está determinada en parte por su estructura física. Piense, por ejemplo, en un violín que "reacciona" de una manera determinada cuando se "irrita" cuando el jugador aplica el arco. Comprender las 'leyes' de esta reacción contribuye a una 'explicación' completa del fenómeno que llamamos concierto de violín. Pero evidentemente esta contribución, aunque reforzada por la contribución del neurofisiólogo, no la explica en su totalidad: la evaluación estética y cosas por el estilo, aparte, hay una gama de fundamentos puramente científicos que la acústica y la fisiología son constitucionalmente incapaces de cubrir. De manera similar, la macrodinámica, aunque es bastante esencial para una explicación de los fenómenos cíclicos, adolece de limitaciones definidas: [2102] sus modelos cíclicos son lo que son los modelos acústicos de resonadores para el concierto de violín. Pero sus devotos no verán esto. Construyen modelos macrodinámicos que deben explicar todo lo que hay que explicar, para los economistas, en los fenómenos cíclicos. El mismo intento de hacerlo implica varios errores de hecho definidos. [2103] Y las estructuras endebles basadas en supuestos arbitrarios se "aplican" inmediatamente y se presentan como guías para la política, una práctica que, por supuesto, completa la lista de motivos de irritación en el campo opuesto. A veces uno tiene la impresión de que sólo hay dos grupos de economistas: los que no comprenden una ecuación en diferencias; y los que no entienden nada más. Es, por tanto, una esperanza, más que un pronóstico a ser cumplido en el presente, que estoy expresando si me atrevo a decir que esta barrera totalmente innecesaria —pero que no es una novedad en nuestra ciencia— a la interacción fertilizante se desvanecerá en virtud de la lógica. de cosas.

Todavía tengo que señalar una rama prometedora de la dinámica que no es de hecho la

microeconomía, porque no llega a los agentes decisores individuales, pero tampoco es la macroeconomía, porque sus modelos no abarcan la totalidad de la economía: es similar al de Marshall. análisis parcial y se ocupa (principalmente) de industrias individuales. El famoso ciclo maíz-cerdo es el ejemplo más conocido: si los agricultores, bajo la influencia de una relación favorable entre el precio de los cerdos (carne de cerdo) y el costo de criarlos (precio del maíz), todos deciden aproximadamente al mismo tiempo para aumentar su producción porcina y si, como será el caso en este caso, todos salen aproximadamente al mismo tiempo con una mayor oferta de cerdos, esto puede causar una fuerte caída en el precio de la carne de cerdo (y también un aumento en el precio del maíz), lo que podría inducir a la mayoría a contraer su producción, lo que recrearía condiciones favorables que a su vez conducirían a otra expansión de la producción porcina. El ciclo resultante puede, por supuesto, ser amortiguado, explosivo o estacionario, y se puede establecer un modelo general muy simple para describir este mecanismo que de hecho es observable, no solo en el mercado porcino sino en una gran clase de casos. [2104] Otro ejemplo famoso, que muestra el fenómeno de los bienes duraderos, es el ciclo de construcción naval del profesor Tinbergen. [2105] Por un lado, es lógico pensar que no se puede depositar una gran confianza en los resultados que dichos esquemas producen —más aparentemente que en realidad— y que es imperativo un cuidado extremo al aplicarlos, si es que son aplicables a cualquier práctica práctica. casos en absoluto. Así, los lectores del artículo del profesor Tinbergen notarán con preocupación la formidable lista de suposiciones contrarias al hecho que se les pide que acepten. Pero incluso si las aceptan todas, les resultará difícil reconciliarse con el total descuido de todas las influencias sobre la construcción naval que están destinadas a ejercer otras industrias y condiciones comerciales generales; y pueden ver en el gráfico básico (*op. cit.* p. 154) más rastros del ciclo económico que del mecanismo que aísla el esquema. Por otro lado, sin embargo, los esquemas de este tipo son los primeros pasos hacia una teoría dinámica más perfecta y, por lo tanto, deben enumerarse como empresas pioneras de importancia de primer orden: el mismo lector que está impresionado con sus defectos, tanto como lo estaría en Al leer una descripción del buque insignia de Colón, también debería quedar impresionado con el hecho de que un elemento del mecanismo que describen está indudablemente presente en casi todos los casos prácticos y, además, con la multitud de tareas bien definidas que sugieren para seguir trabajando en la misma línea. En la actualidad, este trabajo no puede pretender ser más que exploratorio. Pero explora el terreno sobre el que algún día se asentará una nueva estructura.

5
-
[Keynes y la macroeconomía moderna] [2106]

EN UNA HISTORIA del análisis económico, es desde el punto de vista de la macroeconomía moderna que debemos contemplar el mayor éxito literario de nuestra época, la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero de* JM Keynes (1936), y es sólo desde este punto de vista que podemos intentar hacerle justicia. Desde cualquier otro punto de vista, esto inevitablemente significa injusticia. Como la mayoría de los grandes economistas cuyos mensajes llegaron al público en general, especialmente como A. Smith, Lord Keynes era mucho más además de un trabajador en el campo del análisis económico. Fue un líder contundente e intrépido de la opinión pública, un sabio consejero de su país, la Inglaterra que nació en la Primera Guerra Mundial y que luego mantuvo, con líneas cada vez más profundas, la fisonomía social que adquirió entonces, y un exitoso representante de su interés. , un hombre que habría conquistado un lugar en la historia aunque nunca hubiera hecho un trazo de trabajo específicamente científico: aún habría sido el hombre que escribió *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), irrumpiendo en la fama internacional cuando hombres de igual perspicacia pero menos coraje y los hombres de igual coraje pero menos perspicacia guardaron silencio. [2107]

Su *Teoría General* , en cierto sentido, fue una hazaña de liderazgo similar. Le enseñó a Inglaterra, en la forma de un análisis aparentemente general, su propia visión personal de su situación social y económica y también su propia visión personal de "lo que debería hacerse al respecto". Además, incidiendo como lo hizo en la atmósfera moral creada por la depresión y en una marea creciente de radicalismo, el mensaje del libro, emitido desde el terreno ventajoso de Cambridge y propagado por muchos discípulos capaces y fieles, tuvo el mismo éxito en otros lugares. y particularmente en los Estados Unidos. Teniendo en cuenta que la actitud de Lord Keynes fue bastante conservadora en muchos aspectos, especialmente en asuntos relacionados con la libertad de empresa, esto podría parecer sorprendente. Pero no hay que olvidar que prestó un servicio decisivo al igualitarismo en un punto de suma importancia. Los economistas con una inclinación igualitaria habían aprendido mucho antes a descartar todos los demás aspectos o funciones de la desigualdad del ingreso excepto uno: como JS Mill, habían conservado escrúpulos con respecto a los efectos de las políticas igualitarias sobre el ahorro. Keynes los liberó de estos escrúpulos. Su análisis pareció restaurar la respetabilidad intelectual a las opiniones contrarias al ahorro; y explicó las implicaciones de esto en el Capítulo 24 de la *Teoría General* . Así, aunque su mensaje científico atrajo a muchas de las mejores mentes de la profesión económica, también atrajo a los escritores y conversadores al margen de la economía profesional que no extrajeron nada de la *Teoría General* excepto la Nueva Economía del Gasto y para quienes trajo Retrocedamos los tiempos felices de la Sra. Marcet (ver Parte III, cap. 4) cuando cada estudiante, al aprender el uso de algunos conceptos simples, adquirió la competencia para juzgar todos los entresijos del organismo infinitamente complejo de la sociedad capitalista. Keynes era el compañero de Ricardo en el sentido más alto de la frase. Pero también era el par de Ricardo en el sentido de que su trabajo es un ejemplo sorprendente de lo que hemos llamado antes el vicio ricardiano, a saber, el hábito de acumular una gran cantidad de conclusiones prácticas sobre una base tenue, que era desigual pero que parecía en su simplicidad no solo atractiva sino también convincente. Todo esto

contribuye en gran medida a responder a las preguntas que siempre nos interesan, a saber, las preguntas sobre *qué* hay en el mensaje de un hombre que hace que la gente lo escuche, y *por qué* y *cómo* . Sin embargo, nuestra única tarea es insertar en nuestra encuesta la contribución de Keynes a nuestro aparato analítico. Pero la importancia de su trabajo parece imponer el deber, antes de hacerlo, de presentar algunos comentarios sobre sus aspectos más amplios.

[1. Comentarios sobre los aspectos más amplios del trabajo de Keynes]

En primer lugar, el trabajo de Keynes presenta un excelente ejemplo para nuestra tesis de que, en principio, la visión de hechos y significados precede al trabajo analítico, que, al poner en práctica la visión, va de la mano con ella en una interminable relación de toma y daca. . Nada puede ser más obvio que que al comienzo de la parte relevante del trabajo de Keynes se encontraba su visión del capitalismo envejecido de Inglaterra y su diagnóstico intuitivo del mismo (que siguió sin la menor consideración de otros diagnósticos posibles): la economía arterioesclerótica cuyas oportunidades para rejuvenecer el declive de las empresas mientras persisten los viejos hábitos de ahorro formados en tiempos de abundantes oportunidades. Esta visión fue claramente formulada en las primeras páginas de *Economic Consequences of the Peace* (1919) y esbozada con creciente claridad en obras sucesivas, especialmente en el *Tract on Monetary Reform* (1923) y el *Tratado sobre el dinero* (1930), la obra más ambiciosa de Keynes. aventura puramente académica. Este *Tratado* , aunque no falló en el sentido ordinario del término, recibió críticas respetuosas pero dañinas y, sobre todo, no logró expresar adecuadamente la visión de Keynes. Entonces, con admirable determinación, decidió deshacerse de los aparatos que lo impedían y se dedicó a la tarea de enmarcar un sistema analítico que expresara su idea fundamental *y nada más* . El resultado, dado al mundo en 1936, parece haberlo satisfecho por completo, tanto que sintió que había llevado a la economía de 150 años de error a la tierra de la verdad definitiva, una afirmación que no se puede poner a prueba aquí. pero fue aceptado tan fácilmente por algunos como desacreditó su trabajo a los ojos de otros.

A continuación, debemos registrar los reconocimientos de deuda de Keynes, que en todos los casos pueden establecerse de manera independiente, a la Sra. Joan Robinson, el Sr. RG Hawtrey, el Sr. RF Harrod, pero especialmente al Sr. RF Kahn, cuya participación en el logro histórico no puede se han quedado muy lejos de la coautoría. Aprovecho esta oportunidad para rescatar del olvido amenazante, además de su participación en la *Teoría general* de Keynes y en la teoría de la competencia imperfecta, otra contribución de Kahn. Marshall, aunque ofreció abundante material sobre la teoría de los procesos a corto plazo, siempre enfatizó principalmente las propiedades de lo normal a largo plazo sin, quizás, dejar suficientemente claro que lo que realmente quería decir era la lógica pura del proceso económico en lugar de cualquier estado de cosas que realmente surgirá en cualquier momento futuro. Era necesario darse cuenta de que lo que en realidad surge y se puede observar es el resultado de una sucesión de acontecimientos a corto plazo y las respuestas a corto plazo a ellos y, a su osito general de semejanza con el equilibrio perfecto que *podría* surgir si se diera el tiempo para que todo se resuelva por sí solo sin que se produzcan más perturbaciones mientras tanto. Este punto de vista, obviamente muy importante para la mejora del análisis económico, ha sido adoptado de manera consistente por el Sr. Kahn, de manera más consistente y consciente que cualquier otra persona, creo, aunque no puedo señalar ninguna publicación en particular de su eso corroboraría esta afirmación. (Sobre la posible relación de esta contribución *científica* con la *filosofía a* corto plazo de nuestra época, véase la Parte IV,

capítulo 7).

En tercer lugar, a Keynes se le debe acreditar o adeudar, según sea el caso, la paternidad del estancamiento moderno. En sí mismo, el estancamiento es prácticamente tan antiguo como el pensamiento económico. En cualquier período prolongado de *malestar* económico los economistas, cayendo como otras personas con los humores de su tiempo, proponen teorías que pretenden demostrar que la depresión ha llegado para quedarse. Hemos tenido casos antes. Pero en lo que respecta a nuestra propia época y literatura científica, esta actitud se puede rastrear, como hemos visto, en las *Consecuencias económicas de la paz de* Keynes . En los Estados Unidos, naturalmente, no "se puso al día" hasta la crisis de 1929-1932, pero como secuela de esta crisis se puso de moda con fuerza. Un grupo que casi podría llamarse escuela y que encontró resonancia en casi todos los estratos de la opinión pública, incluida la opinión de la comunidad empresarial acosada, alcanzó importancia científica bajo el brillante liderazgo del profesor Alvin H. Hansen, quien amplificó y expandió la doctrina de la economía madura o estancada en parte por motivos diferentes a los de Keynes. No podemos intentar un análisis crítico del mismo y nos limitaremos a señalar que se mantuvo mejor de lo que podría haberse esperado frente a evidencia aparentemente contradictoria por tres razones: (1) porque las nuevas oportunidades económicas que se están desarrollando pueden ser, en parte con la justicia, atribuida a las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, interpretada como un intermedio irrelevante para cuestiones de tendencia fundamental; (2) porque cada período de prosperidad, por más prolongado que sea, presenta reveses que siempre será posible interpretar como manifestaciones de esa tendencia; (3) porque algunos trabajadores que no son "estancacionistas" en el sentido de Keynes o Hansen, sin embargo, llegan a un resultado similar por sus propias razones. [2108] A veces parece que no deberíamos hablar de estancacionistas y antiestacionacionistas, sino más bien de dos líneas diferentes de un único argumento estancacionista, al menos si descuidamos a todos esos escritores antiestacionacionistas que se limitan a criticar los argumentos estancacionistas individuales.

Finalmente, en cuarto lugar, observemos el hecho significativo, significativo en el sentido de que muestra hasta qué punto la *Teoría General* de Keynes fue una respuesta a ideas ampliamente aceptadas, que en la década de 1930 aparecieron otras obras que, cada una a su manera, intentaron expresar puntos de vista. que eran similares a los de Keynes en puntos importantes. Un keynesiano entusiasta ha hablado, por ejemplo, de `` los trampolines suecos hacia Keynes '' y, si descuidamos el juicio de valor que implica esta frase, podemos estar de acuerdo en que los principales economistas suecos, en particular Lindahl, Myrdal y Ohlin, están desarrollando ciertas sugerencias de Wicksell's, construido con materiales similares según un plan similar. Sin embargo, me limitaré a mencionar dos obras que ilustrarán lo que quiero decir.

Los *estudios de* Erik Lundberg sobre *la teoría de la expansión económica* (1937) apareció un año después de la *Teoría general* de Keynes , tuvo plenamente en cuenta esta última y contiene un reconocimiento explícito de su "influencia estimulante". Pero ninguna obra de este alcance y profundidad puede, en un solo año, ser *formada* por una influencia externa a menos que su autor haya llegado a conclusiones algo similares por sí mismo. Además, la influencia de Wicksell es mucho más obvia que la de Keynes, y el trabajo de Lundberg, tanto en métodos como en resultados, difiere lo suficiente del de Keynes como para dejar fuera de toda duda su independencia fundamental de este último. De hecho, salvo por la eficacia de la presentación, bien podríamos hablar de superioridad, especialmente (pero no sólo) porque Lundberg abordó desde el principio el problema de la secuencia

que los seguidores tenían que hacer para Keynes. Para nosotros, el libro es particularmente interesante porque muestra las raíces micro y macrodinámicas del keynesianismo actual mucho mejor que el propio Keynes. Y para los poskeynesianos de nuestros días debería ser particularmente interesante debido a la experiencia esclarecedora que puede permitir ver las proposiciones "keynesianas" bajo una luz diferente y en diferentes conexiones.

El libro de Carl Föhl, *Geldschöpfung und Wirtschaftskreislauf* (1937), no debe nada a la *Teoría general* de Keynes porque, como el autor afirmó en el prefacio, su manuscrito se había completado en diciembre de 1935, por lo que no pudo hacer más que agregar referencias a la *Teoría general* aquí y allá. Tanto más sorprendente es una serie de paralelismos entre sus proposiciones y las de Keynes, aunque, para los lectores ingleses y estadounidenses, el alcance total de los acuerdos reales no será obvio a primera vista. Esto se debe a dos hechos: el Dr. Föhl utilizó un aparato conceptual diferente y llegó a sus conclusiones por métodos que tienden a oscurecer esos acuerdos; y escribiendo en un entorno diferente, dio mucho espacio a problemas que ya no son de interés para la profesión estadounidense. Precisamente por esto, el estudio de este libro resultaría sumamente instructivo para los economistas estadounidenses: precisamente por su enfoque aparentemente no keynesiano, revela relaciones doctrinales (objetivas) y arroja lo que equivale a nueva luz sobre varios problemas keynesianos, especialmente el problema del subempleo de equilibrio. Este libro ha tenido cierta influencia en Alemania y, según me informó un colega economista danés, una influencia considerable en Dinamarca.

[2. El aparato analítico de la *teoría general*]

El aparato analítico de la *Teoría General* es, en primer lugar, esencialmente estático. A continuación explicaremos la aparente paradoja de que su lugar en la historia del análisis está, sin embargo, ligado al impulso que dio a la macrodinámica. Tampoco pretendo negar que gran parte del libro —algunos dirían que sus partes más valiosas— están dedicadas a consideraciones dinámicas. Pero estos se agregaron a un esqueleto [2109] que era severamente estático, tanto que descuidaba, en principio, todas las secuencias y períodos. [2110] En segundo lugar, esta teoría estática no es la estática de las normales a largo plazo, sino la teoría de los equilibrios a corto plazo. En tercer lugar, el punto más importante a este respecto es que, de todos los aspectos del proceso de inversión, es sólo el efecto de gasto de la nueva inversión lo que entra en el *modelo* (no en el *libro*): como el mismo Keynes correctamente enfatizó, el capital físico (equipo) se supone que permanece constante en todo momento, tanto en especie como en cantidad. Esto limita la teoría a un análisis de los factores que determinan el mayor o menor grado de utilización de un aparato industrial existente. Aquellos que buscan la esencia del capitalismo en los fenómenos que acompañan a la incesante recreación de este aparato y la incesante revolución que se desarrolla dentro de él deben, por tanto, ser excusados si sostienen que la teoría de Keynes se abstrae de la esencia del proceso capitalista. [2111] Cuarto, aunque agregado, el análisis keynesiano —sin duda en aras de la simplicidad— presupone una competencia "libre", si no realmente "pura", en todos los mercados de productos y factores. En quinto lugar, se supone que todo el mundo reacciona a un tipo particular de valores `` reales '', a saber, a los precios expresados en unidades salariales o precios divididos por un salario monetario medio por unidad de trabajo, que se determina mediante negociaciones entre empleadores y empleados: un medida de simplificación casi desesperada que hace que los resultados sean incomparables entre dos puntos de

tiempo diferentes, a menos que los salarios sean los mismos en ambos. Pero hay una excepción importante a este postulado de que la gente calcula en términos de valores reales en este sentido: los trabajadores sólo lo hacen en la medida en que ahorran e invierten, pero no en sus negociaciones sobre su trabajo; cuando negocian contratos salariales, consideran exclusivamente los salarios nominales. [2112]

En el marco de estos cinco puntos, el análisis keynesiano —el análisis del ingreso nacional corriente— trabaja cinco variables endógenas, es decir, variables que el sistema va a determinar: el ingreso nacional mismo, el empleo, el consumo, la inversión y la tasa de interés. ; y una variable exógena que se le da al sistema por la acción de las 'autoridades', la cantidad de dinero. [2113] Se puede permitir que el empleo abandone la base de la solidez de la hipótesis, quizás permisible a muy corto plazo, de que está determinado únicamente por el ingreso nacional. El valor corriente de este último es, por definición, idénticamente igual al consumo corriente más la inversión corriente, y las tres cantidades se expresan en unidades de salario. [2114] Y, con todos los 'dados' implícitos, se puede decir que el valor actual de la renta nacional está 'determinado' por tres funciones o programas que Keynes dignificó con el título de 'leyes psicológicas': [2115] la función de consumo, la función de inversión, y la función de preferencia de liquidez, los tres grandes simplificadores, que deben implementar la visión de Keynes del proceso económico, en particular la intención de probar la existencia de equilibrios de subempleo y, para decirlo con un énfasis quizás inadmisible, su convicción de que el ahorro (o , alternativamente, la tasa de interés) tiene el papel de villano de la pieza que empobrece a las naciones. [2116]

En un sentido similar a aquel en el que la curva de demanda marshalliana desciende de Cournot (y, objetivamente, también de Verri), la función de consumo keynesiana desciende de Malthus y Wicksell [2117] pero recibió una precisión adicional de manos de Keynes. Como todo el mundo sabe, representa el consumo nacional total corriente (gasto total en 'consumo' en términos de unidades de salario) como una función de la renta nacional corriente (en unidades de salario) y expresa el postulado arbitrario de que cualquier aumento en este último es siempre asistido por un aumento en el primero pero por uno menor. [2118] La función de inversión es menos fácil de transmitir en pocas palabras debido a su conexión con las muy importantes consideraciones dinámicas de los capítulos 11 y 12 de Keynes, que no entran en su declaración explícita. Relaciona la tasa de inversión agregada con la eficiencia marginal del capital (físico) en general que establecerá esa tasa de inversión (*op. Cit.* P. 136), definiéndose la eficiencia marginal del capital como la relación entre el valor esperado rendimiento de una unidad más (debidamente elegida) de cualquier bien de capital y el costo de producción de esta unidad. [2119] Esto, como señaló Keynes, es lo mismo que la "tasa marginal de rendimiento sobre el costo" de Fisher. [2120] Pero existe esta diferencia entre los dos: mientras que con Fisher esta tasa marginal de rendimiento sobre el costo -que implica un proceso de descuento de la serie de rendimientos esperados- constituye el hecho básico sobre el fenómeno del interés, Keynes rompió en este punto con lo que He denominado la tradición de Barbon y, al menos en la intención, establecí una teoría monetaria del interés, según la cual el interés no se deriva ni se expresa de nada que tenga, en cualquier forma, que ver con el rendimiento neto de los bienes de capital. . [2121]

Esto nos lleva a la tercera de las funciones o programas básicos de Keynes, la función de preferencia de liquidez. En el capítulo 13 de la *Teoría general,* Keynes parecía aceptar la teoría que hace que la tasa de interés "dependa de la interacción del programa de la eficiencia marginal del capital con la propensión psicológica a ahorrar" (preferencia temporal). Pues afirmó como su única objeción que es imposible deducir la tasa de interés *simplemente* de estos dos factores porque también dependerá

de la forma en que el ahorrador desee retener lo que ahorra. Habiendo decidido cuánto se 'reservará en *alguna* forma de mando sobre el consumo futuro' (p. 166; nótese el tono clásico de esta frase), todavía tiene que decidir si y en qué medida se separará del mando inmediato para un determinado período. o período indefinido, es decir, según su preferencia de liquidez. [2122] A primera vista, esto claramente equivale a no más que una enmienda. Más tarde, sin embargo, incluso en la *Teoría General* , el propio Keynes y aún más algunos seguidores ortodoxos suyos, especialmente el profesor Lerner, [2123] fueron mucho más lejos que eso en la dirección de las proposiciones de que el interés no es más que un pago por superar la renuencia a parte con el único activo idealmente líquido que existe (teoría de la tasa de interés propia) y que la cantidad de dinero, considerada en relación con la cantidad que es absorbida por las transacciones, es el único factor que gobierna directamente en su determinación. [2124] El ahorro corriente y la inversión corriente, siendo idénticamente iguales, no pueden determinar nada. Planificada (*ex ante*) y el ahorro previsto (*ex ante*) la inversión a determinar el ingreso (producto neto total), pero no de interés. Y se siguen una serie de paradojas para las cuales se puede encontrar alguna verificación en las situaciones extrañas de profunda depresión. [2125]

[3. El impacto del mensaje keynesiano]

Por medio de esas tres funciones o programas básicos se puede escribir un sistema de tres condiciones de equilibrio (ecuaciones) y una identidad que, con la cantidad de dinero como un dato impuesto externamente y bajo supuestos adecuados, determinará de manera única el interés, la inversión y ya sea el ahorro o el consumo y puede ampliarse para incluir también otras variables como los salarios de Keynes. [2126] Pero no era esta interpretación exacta y mutilada del mensaje de Keynes lo que fascinaba, sino su resplandeciente conjunto. Particularmente en su relación con el ahorro, los intereses y el subempleo, este mensaje parecía revelar una visión novedosa del proceso capitalista no solo, como vimos antes, al público y a los `` escritores marginados '' sino también a muchas de las mejores mentes. en la esfera del análisis profesional, una visión novedosa que resultaba tan atractiva para algunos como repugnante para otros. [2127] Esto creó casi de inmediato una atmósfera ideal para una lucha llena de entusiasmo, tanto, en principio, como la atmósfera creada por Ricardo en 1817, pero más, de hecho, debido a la temperatura producida por la enorme mayor número de economistas profesionales. Todo lo que se puede hacer en este boceto es enumerar los tres tipos de tareas que se llevaron a cabo y dar cuenta en conjunto del torrente de literatura más o menos keynesiana que es tan característico de la década posterior a 1936.

La primera tarea, por supuesto, procedió de la necesidad que sentían casi todos los economistas de averiguar y decir cuál era su posición en relación con un mensaje que nadie podía ignorar. La mayor parte del trabajo de la profesión continuó como de costumbre y poco a poco se vio afectado por ese mensaje. Pero para todos los teóricos, economistas generales y trabajadores de los campos del dinero, la banca y los ciclos económicos, esa necesidad sólo podría satisfacerse mediante un análisis laborioso, una crítica y un desarrollo. Dado que no podemos examinar satisfactoriamente la literatura de este tipo, [2128] simplemente anotamos dos hechos. El primero es que haber creado tal respuesta es, en y por sí mismo, un logro, cuyo franco reconocimiento es el más grande y merecido de los cumplidos que se pueden rendir justificadamente a la memoria de Lord Keynes. No fue el desempeño analítico lo que lo hizo; tampoco fue el atractivo de las cuestiones prácticas planteadas. Como en el caso de Ricardo, fue la actuación intelectual aderezada por la relevancia —real o putativa

— de las cuestiones candentes de la época lo que logró lo que, en nuestro campo, ninguno de los dos podría haber logrado por sí solo. Las mismas imperfecciones del desempeño intelectual y las mismas objeciones que pueden plantearse contra la respuesta práctica de Keynes fueron fundamentales para lograr un éxito espectacular y para extender la controversia sobre todo el campo que se encuentra entre, e incluye, recomendaciones y cuestiones de método puramente lógicas. El otro hecho es la propiedad acumulativa del éxito de este tipo, que se puede transmitir mejor con referencia a la enseñanza. Cualquier trabajo exitoso de nivel científico debe mencionarse en los cursos sobre el tema para el que es relevante. Pero un docente, tan pronto como descubra que los estudiantes emprenderán un trabajo independientemente de su enseñanza o que se pueda confiar en que se familiarizarán con él antes de ingresar a su curso, también descubrirá las ventajas pedagógicas que se pueden obtener al referirse y basándose en dichos conocimientos previos; y, cualesquiera que sean sus propias opiniones, tratará mucho más intensamente este trabajo de lo que lo haría simplemente por sus méritos. Así, como en la banca o los seguros, el crecimiento induce un mayor crecimiento simplemente aumentando las reservas, el éxito engendra éxito. La literatura produce más literatura.

La segunda tarea que presentó la *Teoría General* fue el desarrollo, crítico o constructivo, teórico o fáctico, de un gran número de puntos individuales. [2129] Existían las cuestiones del equilibrio keynesiano del subempleo, de la teoría del interés de la 'tasa propia' *versus* la del 'fondo de préstamos', del principio de la teoría agregada (macroeconómica), de la relación entre el dinero y los salarios reales, y muchas otras , todos los cuales produjeron "literaturas especiales" propias. Pero debe bastar un ejemplo, el trabajo que se ha realizado y se está haciendo sobre la función de consumo. Ningún teórico digno de ese nombre puede aceptar como enunciado *exacto* el postulado que vincula el gasto en consumo (en términos de unidades de salario) con el ingreso (en términos de unidades de salario) únicamente. Menos aún es posible aceptar la propiedad keynesiana de esta función (dC / dY , ver nota a pie de página arriba) como universalmente válida. Por tanto, tenemos ante nosotros una aproximación. Pero, ¿cuán cercana es esta aproximación y, en particular, *cuán* imperativo es agregar un término para permitir cambios de la función en el tiempo? ¿Y qué tan gravemente estamos pecando si decretamos que la función sea lineal? ¿O debemos arriesgarnos y admitir variables independientes distintas de los ingresos, por ejemplo, la cantidad de activos o al menos los activos líquidos que las personas ya tienen? Todas estas cuestiones son cuestiones teóricas en primera instancia a ser respondidas con referencia a la autonomía de la función [2130] y a su coherencia con otras relaciones que pretendemos aceptar en el mismo plano argumental. Pero, evidentemente, también tienen un aspecto fáctico muy importante. Y no es sorprendente, pero es motivo de felicitación, que una docena de econometristas le hayan dedicado y estén prestando atención.

La tercera tarea surge de la necesidad de "dinamizar" el sistema keynesiano según las líneas sugeridas por el propio Keynes o por otros. Esta necesidad se hizo evidente tan pronto como la gente empezó a "trabajar" seriamente en el sistema keynesiano, porque, como sabemos, incluso la mera cuestión de la estabilidad de un sistema estático conduce rápidamente a consideraciones dinámicas. Pero, además, muchos keynesianos se propusieron introducir en sus modelos los habituales "dinamizadores", especialmente los rezagos. Como ejemplos menciono el modelo [2131] del profesor Smithies y luego nuevamente la ecuación de Hansen-Samuelson que ya hemos cumplido. Así, el análisis de equilibrio keynesiano dio paso gradualmente al "análisis de procesos" keynesiano, y en la actualidad este análisis de procesos keynesiano tiende a fusionarse con la macrodinámica más antigua y

más amplia, cuyo desarrollo hemos visto antes. Aquí, por fin, estamos en el punto desde el cual es posible definir y ubicar la importancia histórica de la contribución puramente analítica de Keynes a la economía. Siendo esto importante y, debido a la brevedad de nuestra exposición, no fácil de entender, se solicita la atención del lector para el siguiente *currículum* .

En lo que respecta al núcleo exacto, el sistema de Keynes es esencialmente estático. Esta teoría estática era suficiente para los propósitos que tenía más en el corazón, en particular para su doctrina del equilibrio del subempleo. Sin embargo, en parte porque era inevitable que tuviera que agregar consideraciones dinámicas a ese núcleo, en parte porque su trabajo incidía en una situación en el campo de la teoría pura que estaba dominada (independientemente de él) por el nuevo interés por la macrodinámica, esto la macrodinámica absorbió su trabajo. Pero, debido a la posición que la obra de Keynes conquistó en el pensamiento de la profesión, no se vio simplemente inundada por la macrodinámica, sino que a su vez ayudó a moldear e impulsar esta última, para lo cual el modelo de Keynes estaba particularmente calificado en virtud de su simplicidad. Evidentemente, el profesor Hicks tenía razón al decir que «la *teoría general del empleo* . . . no es ni el principio ni el final de la economía dinámica ”. [2132] Pero también es cierto que, involuntariamente y quizás incluso en contra de su voluntad, [2133] Keynes le dio un poderoso impulso: casi todo el trabajo en macrodinámica comienza ahora a partir de una forma "dinamizada" de su modelo. En la historia del análisis, este es el punto a destacar. [2134] En una historia del pensamiento económico, las recomendaciones de política de Keynes —como estaban limitadas en el tiempo— y ciertas doctrinas característicamente de Keynes — que ya están perdiendo su control — pueden ser mucho más importantes.

[El manuscrito se rompe en este punto; hay notas breves, en parte taquigráficas: «Se añadirán otros puntos. . . La macroeconomía necesitará un nuevo aparato conceptual. . . nuevos objetos generales. . . multiplicador. . . acelerador. . . . ']

Apéndice del editor

ESTE APÉNDICE está escrito para el especialista que esté interesado en el orden en que se escribieron las distintas partes de la *Historia* y en qué medida se completaron. Ya he mencionado brevemente estos problemas en la Introducción del Editor y en las notas editoriales (entre corchetes) a lo largo del libro. El lector académico común encontrará todo lo que necesita saber en la introducción. Como dije allí, todo había sido escrito a mano alzada originalmente; algunos de los capítulos se habían escrito temprano y se habían reescrito más tarde; la mayoría de ellos habían sido mecanografiados y corregidos a lápiz por JAS; se habían mecanografiado algunas secciones hacia el final y el texto mecanografiado se había leído muy apresuradamente o no se había leído en absoluto; y, finalmente, había algo de material todavía en manuscrito. Incluso hubo versiones alternativas de parte del manuscrito en el capítulo sobre Análisis de equilibrio (cap. 7 de la Parte IV).

Se recuerda al lector que el manuscrito original, las versiones alternativas, muchos fragmentos del manuscrito descartado, las notas (algunas de ellas en esos pequeños trozos de papel amarillo con los que todos los estudiantes y colaboradores cercanos estaban tan familiarizados) y el primer manuscrito con correcciones y las revisiones sugeridas de la mano de JAS, se depositarán en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, donde podrán ser consultadas por el académico interesado. Aunque intenté presentar una versión lo más completa y precisa posible de lo que realmente se escribió, sin duda hay algunos lugares donde sería posible una interpretación diferente. Por lo tanto, es una gran satisfacción para mí que el manuscrito original y las notas para revisión estén disponibles en la Biblioteca Houghton.

En mi ansiedad por mostrar que el autor no habría enviado su *Historia* al editor sin más trabajo sobre ella, puede ser que haya enfatizado demasiado el grado de su incompletitud. En realidad, la *Historia* estaba sustancialmente terminada. Las tres partes principales (II, III y IV) necesitaban un poco de pulido aquí y allá, algunas páginas adicionales para completar algunas de las secciones, algunos títulos y subtítulos y, por supuesto, las referencias debían ser verificadas. Los capítulos sobre La literatura 'mercantilista' (Parte II) y sobre *Sozialpolitik* y el método histórico (Parte IV), que datan del período temprano, habrían sido revisados. Esto también fue cierto en la sección sobre los cuatro postulados de Senior en el capítulo 6 de la parte III. Quedaba por hacer un poco más de trabajo en algunas de las secciones del capítulo sobre Análisis de equilibrio. En general, sin embargo, las Partes II, III y IV estaban casi terminadas. En cuanto al resto, la Parte I introductoria y la Parte V final se estaban escribiendo al final y eran algo menos completas. Sin embargo, estas dos partes eran claramente subsidiarias y no eran absolutamente necesarias para el plan principal, cuyas divisiones se basaban en las de la *Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte* de 1914. La parte I debía ser una breve exposición de los problemas metodológicos de los cuales todas menos las dos últimas secciones del capítulo final habían sido escritas; La Parte V iba a ser un tratamiento igualmente breve, relacionando el estado actual de la economía con el trabajo del pasado como se describe en las tres partes principales. Las fotocopias de los planos de la Parte V (que aparecen a continuación en este apéndice) indican que quizás dos tercios de la conclusión deben haberse escrito. Hay otra forma de indicar la importancia relativa en todo el trabajo de la introducción y la conclusión, a saber, comparando la cantidad relativa de espacio que se les asigna con el total. La copia que finalmente llegó a la editorial

consistió en 1919 páginas mecanografiadas, aproximadamente el 20 por ciento en un solo espacio. Si se hubiera completado la *Historia* , podría haber sido 2000 páginas mecanografiadas, de las cuales la introducción habría ocupado un poco más de 100 páginas o el 5 por ciento del total y la conclusión otras 100 páginas o el 5 por ciento del total. Por lo tanto, los dos juntos habrían ocupado solo alrededor del 10 por ciento del espacio total.

Ya se ha dicho en la Introducción del Editor que JAS probablemente comenzó a escribir la *Historia* en 1941 o 1942 y que se mecanografiaron porciones sustanciales en 1942 y 1943. En ese momento, solo tenía la intención de traducir, revisar y actualizar el *Dogmengeschichte* . Posteriormente, la mayor parte de este trabajo inicial fue reescrito, tan completamente reescrito que a menudo solo se usaba una página o dos (muchas tachadas y escritas) de una versión anterior en una versión final. Naturalmente, surge una pregunta en este punto: ¿cómo sabemos cuándo se escribieron varios capítulos y secciones? En su mayor parte, no conocemos las fechas reales de escritura, pero sí sabemos en muchos casos las fechas reales o aproximadas de escritura. La fecha de mecanografía puede ser considerablemente posterior a la fecha de escritura, ya que JAS a menudo acumulaba una gran cantidad de manuscrito antes de enviarlo a mecanografiar. No tuvo ni siquiera una secretaria a tiempo parcial hasta el otoño de 1948, y la mecanografía fue realizada por al menos cinco personas diferentes que usaban diferentes máquinas de escribir y tenían estilos de mecanografía distintivos. La Sra. Thorpe, quien hizo gran parte de la mecanografía entre 1943 y mediados de 1948, solía poner la fecha de mecanografía en la copia al carbón. (Era una gran pila de estas copias al carbón, en el ático de la casa de la calle Acacia, que primero me indicó lo que se había escrito y me mantuvo buscando hasta que encontré manuscritos y primeros mecanografiados para todas las copias al carbón). Una mujer mecanografió el manuscrito solo en el verano de 1948, un segundo en el año académico 1948-1949 y un tercero en el otoño de 1949. Otros medios para determinar el tiempo aproximado y el orden de escritura son dos informes de progreso, que se hicieron para me en la segunda mitad de 1947 y la primera mitad de 1948, y las fechas de algunas de las referencias citadas. El siguiente esquema de fechas de mecanografía ayudará al lector a comprender la explicación detallada del orden en que se escribió la *Historia* y hasta qué punto se reescribieron varias partes. Muchos de estos fragmentos de manuscrito no tenían título. Donde había un título proporcionado por JAS, lo he incluido entre comillas. De lo contrario, los títulos son meramente descriptivos del material cubierto. Las referencias entre paréntesis al final de cada descripción indican la parte, el capítulo y la sección en la que finalmente se trató este tema. Los artículos con fecha de 1950 (y posteriores) se mecanografiaron después de la muerte del autor.

Fechas de escritura conocidas o aproximadas †

1942 (?)

'Los inicios.' Primera versión de Economía grecorromana, Los médicos escolásticos y los filósofos del derecho natural, y Los administradores y panfletistas consultores. (II, capítulos 1, 2, 3)

10 de enero de 1943

El método histórico. ‡ Versión final (IV, cap. 4, sec. 2)

19 de febrero de 1943

Análisis de equilibrio. Versión anterior (IV, cap. 7)

15 de marzo de 1943
Salarios, Desempleo, Pobreza. Versión anterior (II, cap. 5, secs. 3 y 4)
19 de junio de 1943
'Administradores consultores y panfletistas'. Versión intermedia (II, cap. 3)
19 de junio de 1943-10 de julio de 1943
'La literatura “mercantilista”.' ‡ Versión final (II, cap. 7)
13 de julio de 1943
Población, rendimientos crecientes y decrecientes. Versión anterior (II, cap. 5, secs. 1 y 2)
1 de diciembre de 1943
'El escenario político e intelectual'. Versión anterior (III, cap. 3)
1943 (?)
'Alcance y método'. Versión anterior (en, cap. 5)
12 de diciembre de 1943
Los cuatro postulados de Senior. ‡ Versión final (III, cap. 6, sec. 1)
17 de diciembre de 1943
Sozialpolitik . ‡ Versión final (IV, cap. 4, sec. 1)
26 de marzo de 1944
Valor y dinero antes de 1790. Versión anterior (II, cap. 6)
27 de marzo de 1944 a 4 de abril de 1944
Los escolásticos y sus sucesores. Versión intermedia (II, cap. 2)
23 de agosto de 1945 a septiembre. 17 de octubre de 1945
'Economía grecorromana' y 'Los doctores escolásticos y los filósofos del derecho natural'. Versión final (II, cap. 1 y 2)
21 de febrero de 1946
'Desempleo y el' estado de los pobres '.' Versión final (II, cap. 5, sec. 4)
Verano 1948
'Dinero, crédito y ciclos'. Versión final (III, cap.7)
1948-1948
'Algunas cuestiones de principio'. Versión anterior de Introducción (I)
1948-1948
'Unidad fundamental de la teoría económica del período'. Versión final (IV, cap. 7, sec. 1)
1948-1948
'Cournot y la “Escuela de Matemáticas”: Econometría.' Versión final (IV, cap.7 , sec.2)
1948-1948
'Estática y dinámica. Determinación. Estabilidad. Equilibrio.' Versión anterior (IV, cap. 7, sec. 3)
1948-1948
'La hipótesis competitiva y la teoría del monopolio'. Versión anterior (IV, cap. 7, sec. 4)
1948-1948
'La Teoría de la Planificación y de la Economía Socialista'. Versión final (IV, cap.7 , sec.5)
1948-1948
'Análisis parcial'. Versión anterior (IV, cap. 7, sec. 6)

1948-1948
'Nota sobre la teoría de la utilidad'. Versión final (IV, cap. 7, App. Secs. 1-6)
1948-1948
'Economía del bienestar'. Versión anterior (IV, cap. 7, App. Sec. 8)
Finales de 1949
Introducción: alcance y método. Versión final (I, cap. 1, 2, 3, 4)
Finales de 1949
'Análisis parcial'. Versión final (IV, cap. 7, sec. 6)
Finales de 1949
'La teoría walrasiana del equilibrio general'. Versión final (IV, cap. 7, secs. 7a, 7b, 7c)
Finales de 1949
'La función de producción'. Versión final (IV, cap. 7, sec. 8)
Finales de 1949
Desarrollos derivados del aparato Marshall-Wicksell. Versión final (V, cap. 2)
Finales de 1949
Economía en los países totalitarios. Versión final (V, cap. 3)
Finales de 1949
'Investigación sobre dinámica y ciclo económico'. Versión final (V, cap. 4)
1950
Teoría de la producción de Walras. Versión final (IV, cap. 7, sec. 7d)
1950
Keynes y la macroeconomía moderna. Versión final (V, cap.5)
1950
'Valor y dinero'. Versión final (II, cap.6)
1950
'La contribución de los campos aplicados'. Versión final (IV, cap. 6, sec. 6)
1950
'El concepto de equilibrio'. Descartado (IV, cap. 7, sec. 3)
1950
'Estática, Dinámica, Estado estacionario, Evolución'. Versión final (IV, cap. 7, sec. 3)
1950
'Determinación y equilibrio. Estabilidad.' Versión final (IV, cap. 7, sec. 3)
1950
'La hipótesis competitiva y la teoría del monopolio'. Versión final (IV, cap. 7, sec. 4)
1950
'Economía del bienestar'. Versión final (IV, cap. 7, App. Sec. 8)
Septiembre de 1951
Walras: la introducción de la formación de capital y del dinero. Versión final (IV, cap. 7, sec. 7e)
Abril de 1952
Adam Smith y la *riqueza de las naciones* . Versión final (II, cap. 3, sec. 4e)
† Las fechas conocidas dan mes, día y año; las fechas aproximadas (especialmente después de

mediados de 1948) se basan en la máquina de escribir utilizada y el estilo de escritura. El término 'versión final' significa la última versión, la que realmente se usó. A veces, por supuesto, solo había una versión. En tal caso, incluso sin terminar, se convirtió en la versión final.

‡ Estas cuatro porciones del manuscrito nunca fueron revisadas; la versión final también fue la primera. Existe amplia evidencia de que el autor tenía la intención de revisarlos.

El esquema anterior, por supuesto, no está completo. Para muchas partes del *historial* , no tenemos información específica sobre las fechas de escritura. Sin embargo, el esquema sirve para mostrar lo que se escribió al principio y al final. El manuscrito mecanografiado en 1942 y 1943 fue completamente reescrito con la excepción de los ítems comentados en la nota al pie ‡. Esto probablemente se logró con respecto a la Parte II (con la excepción del capítulo sobre el valor y el dinero) a fines de 1945. [2135] Tengo la impresión de que los Capítulos 1-5 de la Parte III y los Capítulos 1-5 de la Parte IV se escribieron a continuación. . Los capítulos sobre teoría pura en las Partes III y IV y los capítulos sobre dinero en estas partes se escribieron relativamente tarde. Los capítulos de dinero se escribieron aproximadamente al mismo tiempo, pero no en orden cronológico, ya que el último capítulo se escribió primero. El primer capítulo sobre Valor y dinero (en la Parte II) no se había escrito a máquina en enero de 1950 y, francamente, estoy desconcertado en cuanto a cuándo se reescribió este capítulo. [2136] Este conocimiento del orden en que se escribieron algunos de los capítulos posteriores se lo debo a dos breves entrevistas con JAS en las que me esbozó el estado de la *Historia* . Lo hizo con cierta desgana, a petición mía, porque los agentes de la editorial estaban intentando averiguar por mí cuándo estaría terminado el libro. Anoté un bosquejo aproximado pero desafortunadamente no puse las fechas. Creo que la primera entrevista pudo haber sido en el otoño de 1947 y la segunda a principios de 1948 porque JAS tuvo un medio año sabático en el otoño de 1947-8. Durante este período trabajó de manera constante en la *Historia* . En la primera ocasión me dijo que la Parte II estaba completa excepto por el capítulo sobre Valor y Dinero; que la Parte III estaba completa, excepto los Capítulos 6 y 7, que quedaban en gran parte por hacer; y que en la Parte IV, Capítulos 1 - 5 y el capítulo 8 (el dinero, el crédito y ciclos) [2137] se han escrito, pero que los capítulos 6 y 7 se mantuvieron por hacer. La Nota sobre la utilidad (apéndice del cap. 7) se escribió pero no se mecanografió. En la segunda ocasión informó que el Capítulo 6 de la Parte IV podría utilizarse sustancialmente como estaba entonces.

El Capítulo 6 de la Parte III se mecanografió antes del verano de 1948 y el Capítulo 7 de la misma parte —el capítulo del dinero— durante ese verano. Finalmente, JAS comenzó a trabajar en el capítulo sobre "teoría pura superior" (Parte IV, cap. 7, Análisis de equilibrio). Las secciones 1 a 6 y el Apéndice (Nota sobre la utilidad, que se había escrito durante algún tiempo) se mecanografiaron en el otoño de 1948.

Durante 1949, el último año de su vida, JAS aparentemente escribió la introducción y la conclusión de las Partes I y V, revisó las secciones 3-6 en la Parte IV, Capítulo 7 (Análisis de equilibrio), y escribió la sección 7 de este capítulo sobre La teoría walrasiana de Equilibrio general y la sección 8, la función de producción. Todos ellos fueron mecanografiados durante el último trimestre de 1949 o fueron encontrados en manuscrito y mecanografiados después de la muerte del autor. Las referencias en varias de estas secciones o capítulos a artículos de revistas que se publicaron en febrero y mayo de 1949 confirman estas impresiones en cuanto a la fecha de su redacción.

La parte I se encontró con un montón de notas, manuscritos y reimpresiones en el estudio de

Cambridge. Debía haber sido en seis capítulos, que reduje a cuatro. Los primeros tres capítulos eran tan cortos que los hice tres secciones del Capítulo 1, conservando los títulos de los capítulos originales como títulos de las secciones. Dos planos esquemáticos de la Parte I que se encuentran entre las notas indican que JAS estaba trabajando en el capítulo final de la introducción. (Véanse también las notas editoriales en el capítulo 4 de la Parte I.)

Hubo una introducción anterior mecanografiada el año anterior por la secretaria a tiempo parcial que trabajó durante el año académico 1948-1949. Constaba de 38 páginas mecanografiadas en comparación con las 87 páginas de la versión final sin terminar. Estaba titulado "Capítulo I: Algunas cuestiones de principio". Había seis subtítulos, algunos de los cuales aparecen como títulos de sección en la versión final:

¿Por qué estudiamos la historia de la economía?
Pero, ¿es la economía una ciencia?
El carácter histórico de nuestro tema
¿Es la economía una ideología?
Pensamiento económico y economía
Economía y teoría económica.

Muy poco de esta introducción anterior está incorporada en la última. Las páginas mecanografiadas 1 y 6 - 8, muy tachadas y revisadas, se utilizaron en el Capítulo 1 (JAS cap. 1, 2 y 3) y las páginas 15-17 mecanografiadas en el Capítulo 4 (JAS cap. 6). Por lo demás, el material del manuscrito final de la Parte I era completamente nuevo.

No sé por qué JAS tituló los capítulos 2 y 3 (originalmente cap. 4 y 5) 'Interludio I' e 'Interludio II'. Agregué los títulos y subtítulos entre corchetes, como lo he hecho en todos los lugares donde JAS no pudo proporcionar títulos detallados. Había indicado las seis divisiones en el capítulo 2. El título proporcionado por mí (Las técnicas de análisis económico) no es del todo exacto, ya que estrictamente hablando sólo hay tres técnicas de este tipo (Historia económica, Estadística y Teoría) con Sociología económica como *posible* cuarto (ver arriba, cap. 1 y 2 de la parte I). El último capítulo inconcluso de la Parte I (La sociología de la economía) se ocupa de muchos de los problemas tratados en 'Ciencia e ideología', el discurso presidencial del autor ante la American Economic Association en diciembre de 1948, y estoy seguro de que trabajó en ambos simultaneamente. Como era su costumbre, JAS habló con notas bastante detalladas y escribió la dirección para su publicación posterior.

La Parte II estaba completa excepto por el capítulo de dinero, que fue escrito pero no mecanografiado, y las inevitables revisiones. El manuscrito, las notas y el manuscrito desechado de la Parte II, Capítulos 1 a 4 y 7 (2 a 5 y 8) se encontraron en una pila en el armario del estudio Taconic.[2138] El primer texto mecanografiado de los capítulos 1 a 5 y 7 (2 a 6 y 8), leído y corregido por JAS, estaba en una caja de archivo etiquetada por el autor. El manuscrito del Capítulo 5 (6) también estaba en esta caja de archivo aparentemente porque el autor aún no había leído el texto mecanografiado de la sección 4, la sección final. Las copias al carbón estaban con todas las demás en una habitación en el tercer piso de la casa de Cambridge. El manuscrito del Capítulo 6 (7), Valor y dinero, con numerosas notas y fragmentos de manuscrito descartados, incluidas algunas páginas de la primera versión mecanografiada en marzo de 1944, se encontró en una caja de archivo separada.

Hasta hace aproximadamente un año, JAS había planeado tener ocho capítulos en la Parte II. Luego redujo el número a siete. Había un fragmento de un Capítulo 1 titulado 'Desde los inicios hasta

la primera situación clásica' comenzando con '1. Plano de la pieza. Los dos primeros párrafos de este plan se han utilizado al comienzo del capítulo sobre Economía grecorromana (ver arriba, cap. 1 de la Parte II), ya que es obvio que JAS no había hecho las revisiones necesarias al comienzo de este capítulo cuando lo convirtió en el primero en lugar del segundo en la Parte.

La Parte II se escribió antes y se reescribió más que cualquier otra. Es aquí donde vemos más claramente cómo el plan original (para traducir, revisar y actualizar el primer esbozo de doctrinas y métodos) creció y cambió casi sin reconocimiento. Se recordará (Introducción del editor) que la *Epochen der Dogmen — und Methodengeschichte* se dividió en cuatro partes o capítulos, que a su vez se dividieron en secciones. A estas secciones se les asignó un título en la tabla de contenido, pero simplemente se numeraron según aparecían en el texto.

Esta práctica de numerar sus secciones, sin títulos, la siguió JAS cuando comenzó a escribir la *Historia del Análisis Económico* . Fue principalmente en los capítulos que se escribieron antes y no se revisaron posteriormente (capítulos 1 y 7 de la Parte II y cap. 4 de la Parte IV) donde el editor tuvo que proporcionar los títulos de las secciones. Posteriormente, el autor dio títulos no solo a las secciones sino incluso a las subsecciones, por ejemplo, en las Partes III y IV. Esto último no se hizo en absoluto en la Parte II. Cuando las secciones de la Parte II eran largas, el editor las dividió y proporcionó títulos para las subsecciones.

La primera parte o capítulo de la *Dogmengeschichte* (El desarrollo de la economía como ciencia) trata muy brevemente las fuentes de la economía en los escritos de los filósofos (desde la antigüedad hasta el siglo XVIII) y en la discusión popular, temas que se tratan. con considerable detalle en los Capítulos 1-3 de la Parte II de la *Historia* ; la segunda parte o capítulo (El descubrimiento del flujo circular de la vida económica) incluye aproximadamente a los autores (los fisiócratas, Turgot y Adam Smith) y los temas que se tratan en los capítulos 4 a 7 de la parte II de la *historia* . El *Dogmengeschichte* dedicó 32 páginas —*paginas* algo grandes, sin duda— a lo que requería 326 páginas en la *Historia* .

Un vistazo al bosquejo de las fechas conocidas o aproximadas de mecanografía de varias partes de la *historia* será de gran ayuda para seguir la evolución de los capítulos de la Parte II. La mayoría de los capítulos pasaron por al menos dos etapas, pero los capítulos 2 y 3 (Los médicos escolásticos y los filósofos del derecho natural y Los administradores consultores y los panfletistas) pasaron por no menos de tres etapas: una primera, una intermedia y una final.

La primera versión de los Capítulos 1-3 (titulada "Capítulo I: Comienzos") constaba de 77 páginas mecanografiadas divididas en 17 secciones sin título. Comienza con una descripción del concepto del autor de situaciones clásicas y termina con una breve reseña de los administradores consultores y de las finanzas públicas. Debe haber sido mecanografiado a más tardar en 1942, ya que algunas páginas están incorporadas en una versión intermedia del Capítulo 2 mecanografiada el 19 de junio de 1943. Varias páginas de esta primera versión se utilizaron en el manuscrito final del primer capítulo, Graeco- Economía romana. Por ejemplo, las páginas 5–6, 14–16 y 19–21 mecanografiadas se convirtieron en las páginas 2–3, 42–4 y 52–4 del manuscrito de la versión final. Creo que la fecha de mecanografía en este caso es algo engañosa, y que este capítulo se retuvo y se envió para ser mecanografiado sólo cuando el Capítulo 2, que fue revisado en 1944 y nuevamente en 1945, estuvo listo. No había títulos de sección, aunque las secciones estaban numeradas.

Los capítulos 2 y 3 se revisaron y ampliaron dos veces. No hay rastro de la versión temprana

en el tratamiento intermedio de los escolásticos y sólo cuatro páginas (39-42) de la versión temprana aparecen en el tratamiento intermedio de los administradores consultores. En los manuscritos finales de los capítulos 2 y 3 se utilizan algunas páginas de las versiones inicial e intermedia, pero la mayor parte del material es completamente nuevo. Los capítulos 1 y 2 se mecanografiaron finalmente en agosto y septiembre de 1945, y parece probable que el capítulo 3 se mecanografiara más o menos al mismo tiempo, pero no tenemos una fecha definida. La nota editorial en la página 181 arriba explica cómo el capítulo 3, sección 4e (Adam Smith y la *riqueza de las naciones*), que había sido descartado por el autor sin haber sido mecanografiado nunca, fue restaurado por el editor.

El Capítulo 4 (Los Econometristas y Turgot) era completamente nuevo excepto por dos páginas mecanografiadas tomadas del tratamiento intermedio de los Administradores Consultores y los Panfletistas. JAS tenía dudas sobre el título. Originalmente era 'Los econométricos'. Añadió '¿y Turgot?' a lápiz en el primer texto mecanografiado.

El Capítulo 5 (Población, Rendimientos, Salarios y Empleo) tenía una versión temprana bastante completa que se escribió en dos secciones el 15 de marzo de 1943 y el 13 de julio de 1943. Fue reescrito casi por completo con solo dos páginas mecanografiadas de la versión anterior. utilizado en la versión final, la última sección de la cual fue mecanografiada el 21 de febrero de 1946. Esta última sección del texto mecanografiado no había sido leída ni corregida por JAS

El capítulo 6 (Valor y dinero) se encontró en manuscrito, obviamente no del todo terminado, con las páginas sin numerar y ligeramente mezcladas. El orden de las páginas en tales casos fue determinado por Arthur W. Marget, quien armó este capítulo e hizo gran parte del trabajo de edición. Parte del manuscrito estaba muy tachado y escrito, pero parecía estar dividido en siete secciones, de las cuales 1, 3, 6 y 7 tenían títulos. En la caja del archivo con este manuscrito, había notas voluminosas (en gran parte en taquigrafía) y muchos fragmentos de manuscrito descartados, también el manuscrito del tratamiento temprano del dinero mecanografiado en marzo de 1944. En las secciones 2 se utilizaron varias páginas mecanografiadas del manuscrito temprano y 3 de la versión posterior. Entre las notas se encontraba un plano del capítulo, que se reproduce en la página opuesta. Este plan confirmó la impresión de que se habían previsto siete secciones y proporcionó los títulos de las secciones faltantes. Esta página, así como las otras tres que se reproducen en este apéndice, darán al lector una impresión más vívida de la que pueden transmitir las meras palabras sobre la apariencia de muchas de las notas y la dificultad de descifrarlas.

Como ya he dicho, estoy francamente desconcertado en cuanto a cuándo se escribió esta revisión de Valor y dinero en el período inicial. Tengo algunas razones para sentir que podría haberse hecho bastante temprano, como indiqué en mi nota al comienzo del cap. 6 de la Parte II anterior. Sin embargo, si fue así, no entiendo por qué nunca se mecanografió, a menos que JAS quisiera trabajar mucho más en él y decidiera esperar hasta que estuviera trabajando en los capítulos de dinero de las Partes III y IV. Sabemos que la primera versión, que constaba de 31 páginas mecanografiadas, fue mecanografiada el 26 de marzo de 1944. Las páginas 1 a 12 de esta primera versión se incorporaron a la sección 2 de la versión posterior (ver arriba, cap. 6, sección 2 , de la Parte II) y las páginas 14-18 sobre Galiani se incorporaron en la sección 3.

Durante un tiempo estuve convencido de que este capítulo sobre el dinero se había escrito bastante tarde, después de los de las Partes III y IV. El capítulo sobre dinero de la Parte IV ya estaba mecanografiado cuando JAS me describió el estado de la *Historia* en la primera de nuestras dos entrevistas sobre este tema, probablemente en el otoño de 1947. En ese momento me dijo que la Parte II estaba completa excepto por el capítulo sobre Valor y Dinero y que la Parte III estaba completa, excepto los Capítulos 6 y 7 (Teoría pura y Dinero, Crédito y Ciclos), que quedaban en gran parte por hacer. El capítulo 7 se escribió en dos entregas, la segunda durante el verano de 1948. Supongo que, habiendo terminado los capítulos sobre dinero de las Partes IV y III en ese orden, emprendió la

reescritura de Valor y dinero (antes de 1790) para la Parte II. Aproximadamente en ese momento, había aceptado escribir dos libritos, uno sobre dinero y otro sobre banca, para la serie de manuales de economía. Había sacado del baúl marrón en el que estaba guardado el manuscrito del libro sobre el dinero, [2139] , que abandonó a su regreso de Europa a fines del verano de 1934 o 1935. Hubiera sido natural al mismo tiempo, para revisar su tratamiento inicial y enfatizar ciertos conceptos fundamentales que eran importantes para su propia teoría del dinero.

El único problema con esta tesis es que el manuscrito no parece algo escrito en 1948 o después. A medida que pasaba el tiempo, JAS estaba cada vez más seguro de lo que quería decir. Es posible, por supuesto, que se tratara de una versión muy apresurada con la que no estaba completamente satisfecho, que quisiera repasarla antes de que la mecanografiaran. Incluso puede ser que algunas de las secciones hayan sido revisadas antes y otras más tarde. Esto puede ayudar a explicar por qué algunas secciones tenían títulos y otras no. Las secciones 2, 4 y 5 carecían de títulos y no estaban terminadas. El párrafo final de la sección 7 sobre Intereses, que también es el párrafo final del capítulo, quedó inconcluso. La página, repleta de notas que se utilizarán para continuar con el argumento, se reproduce en la página siguiente como un ejemplo típico de muchas de estas páginas.

El Capítulo 7 de la Parte II (La literatura 'mercantilista') fue escrito muy temprano y nunca fue reescrito como lo fueron las primeras versiones de los otros capítulos de esta Parte. Fue mecanografiado en dos secciones el 19 de junio de 1943 y el 13 de julio de 1943. No tenía título y ni siquiera estaba dividido en secciones, aunque era un tratamiento comparativamente largo (71 páginas mecanografiadas) y detallado del tema. Da evidencia de una lectura sostenida de la literatura en la Biblioteca Kress de la Escuela de Administración de Empresas de Harvard. El título del capítulo fue sugerido por el autor en una nota escrita a lápiz en el texto mecanografiado, que había leído y corregido. El editor dividió el capítulo en secciones y subsecciones y proporcionó títulos.

La Parte III no presentó problemas como los que acabamos de revisar. Al parecer, estaba escrito de una manera perfectamente sencilla y estaba completo excepto por la primera sección del capítulo 6. Corresponde a la tercera parte o capítulo del *Dogmengeschichte* (El sistema clásico y sus derivados). Toda la Parte III se ensambló en Taconic. El manuscrito de los primeros cuatro capítulos con notas y material desechado fue encontrado en un montón en el armario del estudio Taconic. El primer texto mecanografiado de estos capítulos estaba en dos carpetas sobre el escritorio. El manuscrito y el texto mecanografiado de los capítulos 5 y 6 estaban en una caja de archivo, y había otra caja de notas y fragmentos de manuscrito descartado para estos capítulos. El manuscrito y el texto mecanografiado de los dos capítulos sobre Dinero, Crédito y Ciclos (Parte III, cap. 7 y Parte IV, cap. 8) estaban en la misma caja de archivo.

Todo el texto mecanografiado de la Parte III había sido leído y corregido por el autor a lápiz, excepto las dos últimas secciones del Capítulo 6: la sección 5 (Capital) y la sección 6 (Las acciones distributivas). Cabe señalar, sin embargo, que se trataba de dos secciones muy largas e importantes que constaban de 103 páginas mecanografiadas. Algunos de los otros capítulos se habían leído muy rápida y superficialmente, especialmente la parte media del capítulo sobre dinero. Unos días antes de su muerte, a su regreso de las reuniones de la Asociación Económica Estadounidense hacia fines de diciembre de 1949, JAS comenzó a revisar la Parte III de manera sistemática. Además de las correcciones escritas a lápiz en el texto mecanografiado, había un pequeño montón de notas en varias hojas que todavía estaban pegadas a una libreta con el título '¿Lectura III? 30.xii.49. » Estas fueron sin duda sugerencias de cambios. En ese momento, o antes, también había eliminado algunas páginas del final del Capítulo 5 (sección 5c, El modelo, y sección 6, La concepción "clásica" del desarrollo económico). Recortada a la primera de estas páginas había una hoja de notas taquigráficas con el comentario 'Cap. 5, seg. ¡5 se vuelve bastante suelto!

No hubo tantas "primeras versiones" para la Parte III como para la parte anterior. Había un 'Capítulo II: El panorama político e intelectual', algunas páginas del cual se utilizaron en la versión final del Capítulo 3; había un 'Capítulo III: Alcance y método', algunas páginas del cual se utilizaron en la versión final del Capítulo 5; y estaba el material (sin título) sobre los Cuatro Postulados de Senior

que, sin ser reescrito, se convirtió en la primera sección del Capítulo 6. La primera y la última de estas tres fueron mecanografiadas en diciembre de 1943.

La nota editorial del cap. 6 de la parte III explica que JAS habría revisado el material sobre los postulados de Senior y lo habría integrado con el resto del capítulo. Pero, ¿cómo sabemos esto? El resto de este capítulo se escribió bastante tarde, probablemente en 1948. Había 161 páginas mecanografiadas, pero comenzaba con la sección 2 (Valor). La primera página de la sección 2 era la página 1 del texto mecanografiado. El material sobre los postulados de Senior en una carpeta se colocó al comienzo del capítulo. Al discutir el plan de la Parte IV, JAS escribió "El Capítulo 7 (Análisis de Equilibrio) corresponde al Capítulo 6 de la Parte III y asigna la misma función piloto a Walras que se asignó a Senior en la Parte III".

También había otro problema: el del título del Capítulo 6. Todos los demás capítulos de la Parte III estaban completos con títulos, títulos de secciones y, en muchos casos, títulos de subsecciones. Todo el Capítulo 6 desde la sección 2 en adelante estaba completo con títulos de sección y títulos de subsección. Pero la sección 1, al no haber sido revisada, carecía de título y también el capítulo, ya que el título del capítulo aparece al comienzo de la sección 1. Aquí nuevamente el Plan de la Parte proporcionó una solución. Esta vez fue el plan de la Parte III (cap. 1, sección 3, de la Parte III) donde JAS explicó que propuso 'hacer un dibujo de los desarrollos analíticos con referencia a una sección transversal. . . representado (en el Capítulo 5) por los *Principios de* JS Mill 'y que simplificaría las cosas' reservando los detalles de la teoría pura y del dinero. . . para dos capítulos separados (6 y 7). ' De ahí los títulos de los capítulos 5 y 6 — Economía general; Una sección transversal y economía general: teoría pura.

La Parte IV puede considerarse un desarrollo de la cuarta parte o capítulo del *Dogmengeschichte* (La escuela histórica y la teoría de la utilidad marginal), pero solo en lo que respecta al tema general. En el primer boceto, este material requería solo 27 páginas; en la *Historia* , requirió casi 400 páginas.

Hubo un tiempo en que esta Parte iba a consistir en diez capítulos; luego el número se redujo a nueve y finalmente a ocho. Esto no fue el resultado de ninguna eliminación de material, sino más bien el resultado de la consolidación de los Capítulos 4 y 5 en el Capítulo 4 y de los Capítulos 8 y 9 en el Capítulo 7, habiendo cambiado el número de los capítulos intermedios. Debido a que esto me confundió al principio y debido a que puede confundir a otros al usar el manuscrito y las notas depositadas en la Biblioteca Houghton, citaré el Capítulo 1 de la Parte IV tal como se escribió originalmente, antes de ser editado. Probablemente los primeros tres capítulos de la Parte IV y los capítulos paralelos de la Parte III se hayan escrito y mecanografiado a más tardar a principios de 1947. Después de comentar los primeros tres capítulos, el esquema del Plan de la Parte en la página 758 decía lo siguiente:

Luego siguen los comentarios sobre dos grupos aliados de hombres e ideas que se prestan a un tratamiento separado, el grupo cuyo trabajo se centró en el interés contemporáneo en la reforma social y cuyos líderes fueron con singular infelicidad apodados 'socialistas de la silla' (*Kathedersozialisten*); y el grupo que se llamó, y se llamó a sí mismo, la escuela histórica (Capítulos 4 y 5). La muy debatida cuestión de los juicios de valor de los economistas se abordará convenientemente en relación con el primero y la famosa "batalla de métodos" (y su contraparte estadounidense, la controversia institucionalista) en relación con el segundo. Hasta cierto punto, este arreglo daña nuestra imagen

porque cuando pasemos a un breve estudio de los hombres, los grupos y los desarrollos en la `` economía general " (capítulos 6 y 7), ya habremos eliminado dos de las influencias más importantes sobre la economía. esta 'economía general'. Permítanme, por tanto, suplicar al lector que lea detenidamente estos capítulos en su orden. Los últimos tres capítulos de la Parte tratan conjuntos de temas que ha parecido mejor reservar para un tratamiento por separado. El Capítulo 8 corresponde al Capítulo 6 de la Parte III y asigna la misma función de pilotaje a Walras que se le ha asignado a Senior en la Parte III. Su objetivo es presentar el surgimiento de los elementos de la teoría pura moderna de una manera que, me temo, resultará tan insatisfactoria para el teórico moderno como parecerá sobrecargada para el no teórico. Este último puede tener razón al contentarse con lo que habrá leído sobre estos asuntos en los capítulos 6 y 7. El capítulo 9, sobre la suerte de la teoría de la utilidad y sus sucesores hasta el día de hoy, se mantiene por sí solo o casi y solo debería ser leído por quienes tienen especial interés en el tema. La segregación de los temas de dinero, crédito, ahorro e inversión, ciclos económicos en el último capítulo (10) requiere esta observación: la segregación se impuso por razones de exposición como lo hizo en la Parte III.

El manuscrito y el texto mecanografiado de los capítulos 1 a 5 se encontraron en una caja de archivo. En la carpeta del Capítulo 4 había notas y reimpresiones que se utilizarían en la reescritura de este capítulo. El manuscrito, el mecanografiado, las notas y los fragmentos desechados del manuscrito de los capítulos 6 y 7 se encontraron en otra caja de archivo. También se encontraron algunos fragmentos del Capítulo 7 en el escritorio de Littauer. Después de mediados de 1948, los carbones ya no se depositaron en el ático de la calle Acacia, por lo que fue algo más difícil averiguar qué se había hecho y dónde pertenecía. JAS había revisado el texto mecanografiado de la mayoría de los capítulos de esta parte muy apresuradamente y había hecho pequeñas correcciones a lápiz. Ciertamente no había leído los primeros capítulos sistemáticamente cuando se acercaba al final de su trabajo. Por ejemplo, no había corregido la numeración de los capítulos del Plan de la Parte citada anteriormente.

La Parte IV no presentó dificultades reales, excepto con referencia al Capítulo 4 (*Sozialpolitik* y el método histórico), Capítulo 7 (Análisis de equilibrio) y la sección final del Capítulo 6 (sección 6: La contribución de los campos aplicados), todos los cuales estaban inacabados. El capítulo 4 tal como está impreso consta de dos versiones anteriores mecanografiadas en 1943, que habrían sido revisadas exhaustivamente. La larga nota editorial al comienzo del cap. 4 de la Parte IV dice todo lo necesario sobre este capítulo. El capítulo 6 se escribió y mecanografió relativamente tarde, pero parece completo, excepto por la sección final sobre los campos aplicados, que solo se bosquejó. De las cinco subsecciones, dos sólo tenían títulos y otra, la de finanzas públicas, estaba inconclusa. Este material fue encontrado en manuscrito y mecanografiado después de la muerte del autor.

El capítulo 7 (Análisis de equilibrio) tenía como objetivo "presentar el surgimiento de los elementos de la teoría pura moderna", asignando la función piloto a Walras. Hay un breve tratamiento inicial escrito a máquina en febrero de 1943. Consta de 29 páginas mecanografiadas con muchos espacios en blanco para que las notas al pie se llenen más tarde. El párrafo final, que resume y valora la contribución de Walras a la economía científica, se interrumpe en medio de una frase. JAS había leído el primer texto mecanografiado [2140] y había tomado muchas notas a lápiz en los márgenes y otros espacios en blanco. No se trataba de correcciones, sino de sugerencias para la elaboración del argumento. La versión final es un largo capítulo de más de 200 páginas mecanografiadas (123 páginas impresas) que cubre esencialmente los mismos temas que los discutidos en Economía 203, el curso de

Teoría Económica Avanzada impartido por el autor.

Gran parte de este capítulo se escribió unas pocas páginas a la vez durante la segunda mitad de 1948 y todo el año 1949, posiblemente después de regresar de una discusión en el aula sobre el tema. Este último hecho explica en cierta medida la existencia de una serie de "primeras versiones" abandonadas para algunas secciones y la existencia de versiones alternativas para otras secciones. Al principio fue un poco confuso elegir entre estos, pero la elección se hizo fácil en algunos casos por el hecho de que una versión anterior fue revisada y ampliada para formar una versión final (secciones 4 y 6, por ejemplo). El plan del capítulo y la numeración de las secciones siempre fue perfectamente claro, con la única excepción de la posición del material sobre Economía del Bienestar que se explicará a continuación.

Las primeras seis secciones del Capítulo 7, las primeras seis secciones del Apéndice del capítulo (Nota sobre la teoría de la utilidad) y la sección sobre Economía del bienestar fueron mecanografiadas durante el año académico 1948-9. [2141] Las secciones 1, 2 y 5 se dejaron como habían sido mecanografiadas con pequeñas correcciones y revisiones a lápiz en el texto mecanografiado. La versión mecanografiada de la sección 3 fue abandonada por el editor, y en su lugar se utilizaron dos versiones alternativas en manuscrito. Las secciones 4 y 6 fueron revisadas y agregadas por el autor. La versión final de la sección 6, parte de la sección 7 (sub a, byc) y la sección 8 se mecanografiaron en el último trimestre de 1949. La versión de Welfare Economics mecanografiada en 1948-9 fue abandonada por el editor por otro encontrado en el manuscrito, que se convirtió en la sección 8 del Apéndice (Nota sobre la utilidad). (Puede resultar un poco confuso que tanto el Capítulo 7 como el Apéndice del capítulo tengan ocho secciones).

Comentamos ahora las secciones en su orden numérico, omitiendo las secciones 1, 2 y 5, las cuales, como se ha dicho, no presentaban problemas particulares. La sección 3 (El concepto de equilibrio) presentó varios problemas. Había no menos de cuatro versiones diferentes con cuatro títulos diferentes: la versión mecanografiada de 1948-9 y tres versiones alternativas en manuscrito a las que JAS había recortado una página de notas taquigráficas con el comentario 'Ahora hay *tres* formulaciones alternativas de [sección] 3 [taquigrafía indescifrable] con el propósito de reescribir inevitablemente 3. ' El título de la versión mecanografiada era '3. Estática y dinámica. Determinación. Estabilidad. Equilibrio.' Etiqueté las tres formulaciones alternativas (3a), (3b) y (3c). Sus títulos eran los siguientes: (3a) El concepto de equilibrio; (3b) Estática, Dinámica y Estado estacionario, Evolución; (3c) Determinación y equilibrio. Estabilidad. Hubo una gran cantidad de repetición de los problemas discutidos en estas cuatro versiones y, sin embargo, ninguno de ellos estaba completo. Abandoné la versión mecanografiada por razones que se discutirán en el siguiente párrafo. Decidí usar formulaciones alternativas (3b) y (3c), que eran aproximadamente complementarias, mientras que (3a) tendía a repetir lo que se trató de manera más completa en (3b). Al principio tenía la intención de publicar (3a) y algunas otras versiones tempranas y alternativas en este apéndice. El arreglo por el cual se depositarán en la Biblioteca Houghton de Harvard hace que esto sea innecesario.

En la nota editorial al comienzo del capítulo sobre Análisis de equilibrio, expliqué que primero se había elaborado con la ayuda de Richard M. Goodwin. Esto se hizo a finales de la primavera y principios del verano de 1950, antes de que se editaran las Partes II y III y los capítulos anteriores de la Parte IV porque Goodwin se iba a Europa. Al ocuparse de la sección 3, utilizó partes de las cuatro formulaciones, organizándolas de modo que dieran la mayor coherencia y continuidad posible. Más

tarde, después de mucho trabajo en las primeras partes de la *Historia* , decidí presentarla lo más parecido posible a como estaba escrita. Esto significó, por supuesto, no mezclar ni reorganizar los diferentes tratamientos del mismo tema, incluso en aras de una cobertura más completa.

No encontré ningún manuscrito para la versión mecanografiada de la sección 3, que era tan general y tan carente de referencias específicas de notas al pie de página que comencé a preguntarme si podría haber sido dictado. Más tarde tuve el mismo sentimiento por las mismas razones acerca de la versión mecanografiada sobre Economía del Bienestar. Como he señalado en más de una ocasión, JAS primero escribió toda la *Historia* de su propia mano. De vez en cuando se lamentaba de que hubiera tanto que hacer y tan poco tiempo para hacerlo. Cuando durante 1948-9 tuvo la asistencia de secretaría adecuada por primera vez, recuerdo que lo alenté a intentar dictar parte del material que conocía tan bien con la idea de que pudiera revisarlo más tarde. Informó que el experimento no tuvo éxito.

La sección 4 (La hipótesis competitiva y la teoría del monopolio) ofrece un ejemplo de las dificultades encontradas cuando las páginas del manuscrito no estaban numeradas en absoluto y varios fragmentos de texto mecanografiado se numeraron de forma independiente sin indicio de su orden. La versión final de esta sección constaba de cuatro entregas diferentes, escritas en diferentes momentos. Tres (los dos primeros y el último) se mecanografiaron en 1948-1948 y uno sólo existía en manuscrito. En realidad, los dos primeros se sucedieron directamente uno tras otro a pesar de que las páginas estaban numeradas del 1 al 8 y del 1 al 5 respectivamente. Primero JAS leyó y revisó a lápiz estas dos entregas mecanografiadas; luego añadió varias páginas en manuscrito y el último párrafo del texto mecanografiado continuó en la primera página del nuevo manuscrito. Finalmente, la cuarta entrega (3 páginas mecanografiadas) parecía seguir al último párrafo de la nueva entrega manuscrita, aunque este último no es absolutamente seguro (ver nota, cap. 7, subsección 4c, de la Parte IV). Para confundir aún más la situación, se encontró entre las notas otro tratamiento en el manuscrito titulado 'Monopolio, Oligopolio, Monopolio Bilateral'. Aparentemente, se trataba de un primer intento breve que se había descartado sin haber sido mecanografiado.

Había tres versiones de la sección 6 (Análisis parcial), todas mecanografiadas a partir del manuscrito, dos en 1948-1949 y una en el último trimestre de 1949. La primera de estas (5 páginas mecanografiadas) obviamente había sido descartada; Mecanografiado y manuscrito se encontraron doblados juntos en el armario del estudio Taconic. Las otras dos versiones se encuentran en el cuadro de archivo con el resto del material de este capítulo. La segunda versión (8 páginas mecanografiadas) fue leída y revisada y se le agregaron varias páginas de manuscrito nuevo. Luego se volvió a escribir y se convirtió en la tercera versión (12 páginas mecanografiadas). Esta última versión no había sido leída ni corregida por el autor después de ser mecanografiada.

Ahora llegamos a la sección 7 (El sistema walrasiano de equilibrio general), que estaba inconclusa y la mayoría de la cual no había sido mecanografiada. Afortunadamente, dado que esta iba a ser la sección fundamental del capítulo, gran parte de ella se encontró en manuscrito. Quizás no estaría fuera de lugar recordar aquí los comentarios hechos sobre la obra de Walras en el cap. 5, sección 1, de la Parte IV anterior: 'Su sistema de equilibrio económico, que une, como lo hace, la calidad de la creatividad "revolucionaria" con la calidad de la síntesis clásica, es el único trabajo de un economista que se puede comparar con el logros de la física teórica. . . . Es el hito sobresaliente en el camino por el que la economía viaja hacia el estado de una ciencia rigurosa o exacta y, aunque ya está pasada de moda, todavía se encuentra detrás de gran parte del mejor trabajo teórico de nuestro tiempo '.

La nota editorial del cap. 7 de la parte IV explica cómo se compuso este capítulo a partir de seis entregas diferentes, dos de las cuales fueron mecanografiadas y cuatro de las cuales existían solo en manuscrito. En su mayor parte, no había títulos de subsección. Las dos entregas mecanografiadas (de 9 páginas cada una) se encontraron con sus manuscritos. No habían sido leídos por JAS. Ahora son las subsecciones 7a, 7b y 7c. Se encontraron cinco entregas diferentes en manuscrito con páginas sin numerar. Los numeré del 1 al 3, del 4 al 7, del 8 al 24, del 25 al 36 y del 37 al 55. Las primeras 3 páginas se utilizaron como introducción a la sección, las páginas 4 a 7 se descartaron, las páginas 8 a 36 se convirtieron en la subsección 7d (Teoría de la producción de Walras) y las páginas 37 a 55 se convirtieron en la subsección 7e (La introducción de la formación de capital y de dinero). El descubrimiento de esta última sección importante del manuscrito fue bastante dramático. Se había pasado por alto cuando se armó la sección por primera vez. Estaba revisando el buzón de archivos en septiembre de 1951 con la esperanza de encontrar algunos párrafos descartados sobre este tema. Encontré algunas páginas preliminares y las estaba escribiendo a máquina cuando de repente encontré las páginas 37–55. Estas últimas subsecciones deben haber sido escritas en la segunda mitad de 1949. Hay una referencia en la página 1021 a 'Input and Output Analysis' de Leontief, *Papers and Proceedings, American Economic Association* , mayo de 1949.

La sección 8 (La función de producción) se escribió en el último trimestre de 1949. Debe haberse escrito durante ese año, posiblemente en el verano, ya que hay una referencia (en la subsección 8c) a una controversia en el *Quarterly Journal of Economics* para Febrero de 1949. (El número de febrero probablemente apareció en marzo.) JAS apenas había echado un vistazo a la copia mecanografiada y no había hecho las correcciones habituales a lápiz. Había estado muy ocupado en diciembre de 1949: escribiendo el artículo sobre Mitchell para el *Quarterly Journal* , anotando notas para 'The March into Socialism' para la reunión de diciembre de la American Economic Association, preparando un esbozo de las conferencias Walgreen que se darían en Chicago en enero, junto con las habituales conferencias y consultas en Harvard. Es por esta razón que ninguno de los materiales mecanografiados a finales de 1949 se leyó con atención y se corrigió.

Finalmente llegamos al apéndice del capítulo. Las primeras seis secciones de la Nota sobre la teoría de la utilidad y la versión de Economía del bienestar (impresas anteriormente como sección 8 de la Nota) se habían escrito antes que otras partes del capítulo. Se recordará que el relato de `` la suerte de la teoría de la utilidad y sus sucesores hasta el día de hoy '' (que en un momento debió ser el capítulo 9) se había escrito pero no mecanografiado cuando tuve mi primera entrevista con JAS en el estado de la *Historia* durante la última parte de 1947. Las seis secciones de la Nota estaban numeradas, pero las cuatro primeras no tenían título. La sección 7 (El postulado de coherencia) y los comienzos de una nueva sección 8 (El cadáver muestra signos de vida) aparentemente se escribieron más tarde y no se habían mecanografiado en absoluto. Por las razones expuestas en la nota editorial de la página 1068, creo que Welfare Economics iba a haber sido originalmente la sección 8 de la Nota sobre la utilidad y la he colocado en esa posición. Dado que la nueva sección 8 (El cadáver) constaba de un solo párrafo y algunas notas, lo he incluido en la nota editorial ya mencionada.

La versión de Welfare Economics que se utilizó en realidad no fue la que se escribió en 1948-1948. Este último era bastante general y carecía de referencias específicas a pie de página con una excepción. Además, no pude encontrar ningún manuscrito correspondiente a este tratamiento. Como ya he explicado, tuve la impresión de que, al igual que la primera versión de la sección 3, podría haber

sido dictada. Había otra versión manuscrita, que nunca había sido mecanografiada. Estaba escrito con tinta y corregido con lápiz azul y lápiz de mina, al igual que las seis primeras secciones de la Nota sobre la utilidad; ciertamente parece como si hubiera sido escrito al mismo tiempo que este último. Los números de sección de la Nota (1–6) estaban entre paréntesis; había un par de paréntesis sin ningún número insertado antes del título, Economía del bienestar. Finalmente, la última referencia en esta versión de Welfare Economics, tal como se escribió originalmente, fue a un artículo de Tintner en *Econometrica* , enero de 1946. Más tarde se agregó a lápiz una referencia a Samuelson's *Foundations* (1947). Esto es consistente con el tiempo probable de redacción de las primeras seis secciones. La versión manuscrita fue más específica que la versión mecanografiada; cada versión tenía ciertas cosas que le faltaban a la otra. Goodwin sugirió una versión compuesta, usando algunas páginas de ambos tratamientos; pero, como cuestión de política editorial, por las razones ya expuestas, me había pronunciado en contra de esta solución. Finalmente decidí —con escrúpulos, sin duda— utilizar la versión manuscrita.

El capítulo 8 (Dinero, crédito y ciclos) fue probablemente el primero de los capítulos sobre dinero en completarse; sin duda fue el primero en ser mecanografiado. Aparentemente, cuando JAS lo envió para que lo mecanografiaran, no estaba contento con eso. (Por supuesto, nunca estuvo realmente satisfecho con su propio trabajo; sentía que si hubiera tiempo, podría mejorarse de muchas maneras). Recortado al primer texto mecanografiado, que había sido leído y corregido apresuradamente por el autor, Había una serie de pequeños trozos de papel con nombres, esquemas y notas taquigráficas. En el exterior estaba el comentario "Ahora bien, esto se reservó porque contenía las adiciones y correcciones necesarias; no se llevan a cabo y, por lo tanto, se dejaron cuando envié el capítulo desesperado". Para este capítulo, proporcioné algunos títulos para subsecciones que se reconocerán fácilmente por el hecho de que están encerrados entre los corchetes habituales. También dividí la sección 8 sobre Crisis y ciclos en dos secciones (8 y 9) para poder conservar los subtítulos en Análisis de ciclo no monetario.

La Parte V (Conclusión: Un bosquejo de los desarrollos modernos), al igual que la Parte I introductoria, tenía la intención de ser breve. Su función era ayudar al lector a comprender cómo el trabajo moderno se vincula con el trabajo del pasado. JAS estaba trabajando en las Partes I y V en el momento de su muerte. Había un cuadro de archivo en el estudio de Cambridge que contenía 'Notas y plan breve para la Parte V'. Es a partir de las dos páginas de notas reproducidas en las dos páginas siguientes que sabemos cuáles serían las principales líneas de discusión. Desafortunadamente, el plan en sí es mayormente abreviado. Indica ocho elementos de los cuales al menos los últimos tres (Desarrollos de Marshall, Business Cycles and Dynamics y Keynes) se habían redactado realmente. La lista de 'Cosas que todavía faltan por completo en V' es quizás más reveladora porque hay más cosas escritas a mano.

Solo existía un fragmento de una introducción a la Parte. Fue por esta razón que en el Capítulo 1 se publicó un resumen de las Conferencias Mexicanas (ver nota editorial al comienzo del capítulo 1 de la Parte V) sobre el Progreso de la Economía Teórica durante los Últimos Veinticinco Años.

Los capítulos 2 a 5 se escribieron en 1949. Los capítulos 2 a 4 se mecanografiaron a finales de 1949, pero el capítulo 5 (Keynes y macroeconomía) no se terminó y no se mecanografió hasta después de la muerte del autor. De estos capítulos, solo el Capítulo 4 (Investigación sobre dinámica y ciclo económico) tenía un título. Este también parece haber sido el único de estos capítulos leído por el autor después de haber sido mecanografiado. Los demás títulos de los capítulos y todos los títulos de las secciones fueron proporcionados por el editor.

E. B. S.

Lista de libros citados con frecuencia
(con las ediciones utilizadas)

LO QUE SIGUE no es de ninguna manera una lista completa de los libros citados en la *Historia* o incluso una lista de los libros citados varias veces. La lista se limita a los libros que se citan repetidamente oa los libros para los que la edición utilizada es importante y en los que no se proporciona información específica sobre la edición en cada ocasión que se cita el libro.

Allen, RGD, *Análisis matemático para economistas* , Londres, 1938.

Aquino, Santo Tomás, *Summa Theologica* [latín, 6 vols.], Turín (Italia), Libraria Marietti, 1932.

Böhm-Bawerk, Eugen V., *Capital e interés: una historia crítica de la teoría económica* [1ª ed. Alemana. 1884; Traducción inglesa. 1890], Reimpresión, Nueva York, 1932.

Böhm-Bawerk, Eugen V., *La teoría positiva del capital* [1ª ed. Alemana. 1889; Traducción inglesa. 1891], Reimpresión, Nueva York, 1923.

Bowley, AL, *The Mathematical Groundwork of Economics: An Introductory Trea* tise, Oxford, 1924.

Cairnes, JE, *Algunos principios principales de economía política recientemente expuestos* , Londres, 1874.

Cannan, Edwin, *Una historia de las teorías de producción y distribución en la economía política inglesa desde 1776 hasta 1848* [1893], 3ª ed. 1917; Cuarta impresión, Londres, 1924.

[Cantillon, Richard], *Essai sur la nature du commerce en général* [1755], reimpreso para la Universidad de Harvard, Boston, 1892.

Chamberlin, Edward Hastings, *La teoría de la competencia monopolística: una reorientación de la teoría del valor* [1933], 5ª ed., Cambridge, Mass., 1946.

Cournot, Augustin, *Investiga los principios matemáticos de la teoría de la riqueza* [1ª ed. Francesa, 1838; Traducción inglesa. por Nathaniel T. Bacon, 1897], Nueva York, 1927.

Custodi, Pietro, *Scrittori classici italiani di economia politica* (50 vols.), Milán, 1803–16.

Fisher, Irving, *Investigaciones matemáticas en la teoría del valor y los precios* [1892], New Haven, 1926.

Hayek, Friedrich A., *La teoría pura del capital, Londres* , 1941.

Heckscher, Eli F., *Mercantilism* [1ª ed. Sueca. 1931], Londres, 1935.

Hicks, JR, *Value and Capital: An Inquiry into Some Fundamental Principles of Economic Theory* , Oxford, 1939.

Jevons, W. Stanley, *Investigations in Currency and Finance* [artículos escritos en 1862–82], ed. con introd. por HS Foxwell, Londres, 1884.

Jevons, W. Stanley, *La teoría de la economía política* [1871], 2ª ed., Rev. y ampliada, Londres, 1879.

Keynes, John Maynard, *Ensayos biográficos* , Londres, 1933.

Keynes, John Maynard, *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* , Londres, 1936.

Keynes, John Maynard, *A Tract on Monetary Reform* , Londres, 1923. *Monetary Reform* (edición estadounidense de arriba), Nueva York, 1924.

Keynes, John Maynard, *Tratado sobre el dinero* (vol. I, *The Pure Theory of Money* ; vol. II, *The Applied Theory of Money*), Londres, 1930.

Malthus, TR, *Principios de economía política considerados con miras a su aplicación práctica* , Londres, 1820.

Marget, Arthur W., *The Theory of Prices* , Nueva York, 1938–42.

Marshall, Alfred, *Principles of Economics* [1890], 4ª ed.; Londres, 1898.

Marx, Karl, El *capital: una crítica de la economía política* . vol. I, *The Process of Capitalist Production* [1867], traducción original en inglés. por Moore y Aveling, rev. y amplificado según la 4ª ed. alemana. por Ernest Untermann, Chicago, Charles H. Kerr & Co., 1906. vol. II, *El proceso de circulación del capital* [1885]. vol. III, *El proceso de producción capitalista en su conjunto* [1894]. vols. II y III, trad. por Untermann, Chicago, Charles H. Kerr & Co., 1909.

Mill, James, *Elements of Political Economy* , 1a ed., Londres, 1821.

Mill, John Stuart, *Autobiografía* , Londres, 1873.

Mill, John Stuart, *Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social* [1848], 7ª ed. 1871; ed. con introd. por Sir WJ Ashley, Londres, 1909.

Pareto, Vilfredo, *Cours d'économie politique* , Lausana, 1896–187.

Pareto, Vilfredo, *Manuel d'économie politique* [ed. Italiano. 1906], París, 1909.

Ricardo, David, *Los principios de la economía política y los impuestos* [1817], 3ª ed. 1821, Everyman's Library ed., Londres y Nueva York, 1912, reimpreso en 1917.

Rist, Charles, *Historia de la teoría monetaria y crediticia desde John Law hasta la actualidad* [1ª ed. Francesa. 1938], Nueva York, 1940.

Robinson, Joan, *The Economics of Imperfect Competition* , Londres, 1933.

Roscher, William, *Principios de economía política* [1ª ed. Alemana. 1854], Nueva York, 1878.

Samuelson, Paul Anthony, *Fundamentos del análisis económico* , Cambridge, 1947.

Diga, Jean Baptiste, *Tratado de economía política; o La producción, distribución y consumo de riqueza* [1ª ed. francesa. 1803], trad. de la 4ª ed. francesa. por CR Prinsep, Boston, 1821.

Seligman, Edwin RA, *Essays in Economics* , Nueva York, 1925.

Sempere y Guarinos, Juan, ed., *Biblioteca española economico-politica* (4 vols.), Madrid, 1801–21.

Senior, Nassau William, *Un esquema de la ciencia de la economía política* [1836], Reimpresión de la Biblioteca de Economía, Londres, 1938.

Smith, Adam, *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* [1776], ed. por Edwin Cannan del texto de la 5ª ed., Modern Library, Nueva York. [La biblioteca moderna ed. es el que se menciona en todas partes excepto en la Parte II, cap. 3, seg. 46, donde las referencias de las páginas corresponden a la edición de Everyman's Library, Londres y Nueva York, 1910, reimpreso en 1917.]

Stigler, George J., *Production and Distribution Theories* , Nueva York, 1941.

Sweezy, Paul M., *The Theory of Capitalist Development: Principles of Marxian Political Economy* , Nueva York, 1942.

Tagliacozzo, Giorgio, *Economisti napoletani dei sec. XVII y XVIII* , Bolonia, 1937.

Thornton, Henry, *Investigación sobre la naturaleza y los efectos del crédito en papel de Gran Bretaña* [1802], Reimpresión de la Biblioteca de Economía, Londres, 1939.

Tooke y Newmarch, *A History of Prices and of the State of the Circulation from* 1792-1856 [6 vols., 1838-1857], reproducido del original con una introducción. por TE Gregory, Nueva York, 1928.

[Turgot, Robert Jacques], 'Reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas', *Éphémérides du citoyen* , 1769, vols. 11 y 12; 1770, vol 1. [Reeditado en *Œuvres* ed. por Dupont de Nemours, vol. V, París, 1808.]

Viner, Jacob, *Studies in the Theory of International Trade* , Nueva York, 1937.

Walras, Léon, *Éléments d'économie politique pure* (*Théorie de la richesse sociale*) [1874–7], 5ª ed., París y Lausana, 1926.

Walras, Léon, *Études d'économie politique appliquée* (*Théorie de la production de la richesse sociale*) [1898], París y Lausana, 1936.

Walras, Léon, *Études d'économie sociale* (*Théorie de la répartition de la richesse sociale*) [1896], París y Lausana, 1936.

Wicksell, Knut, *Conferencias sobre economía política* [1ª ed. Sueca. 1901-1906], traducción inglesa, ed. con introd. por Lionel Robbins, Londres, 1934.

[*Índice omitido* .]